

ANTONY BEEVOR
LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

CRITICA
BARCELONA

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo públicos. Traducción castellana de Gonzalo Pontón Diseño de la cubierta: © Jaime Fernández Ilustración de la cubierta: Soldado republicano a punto de lanzar una granada (3 de junio de 1938)
© Hulton - Deutsch Collection/Corbis Fotocomposición: Pacmer S. A. Realización de mapas: © Estudi Farrés, S. L.
© Ocito Ltd., 2005
© 2005, de la presente edición para España y América:
CRÍTICA, S. L., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
e-mail: editorialz@ed-critica.es

<http://www.ed-critica.es>

ISBN: 84-8432-665-3

Depósito legal: B. 32.308-2005

2005. Impreso y encuadernado en España por EGEDSA (Barcelona)

Introducción

«Una guerra civil no es una guerra, sino una enfermedad -escribió Antoine de Saint-Exupéry-. El enemigo es interior. Lucha uno casi contra sí mismo.» La tragedia española de los años treinta fue más que una enfermedad, si cabe, porque se vio atrapada en la guerra civil internacional que estalló con la revolución bolchevique.

Los horrores que se sucedieron en Rusia socavaron el espacio político del centro democrático en toda la Europa continental. Y es que el proceso de polarización entre «rojos» y «blancos» consintió a ambos extremos políticos incrementar su propio poder y manipular la imagen de sus enemigos pintándola con tintes aterradores, cuando no apocalípticos. Las propagandas antagónicas se alimentaron recíprocamente. Tanto Stalin como Goebbels explotaron, con perspicacia diabólica, la poderosa combinación que constituyen el miedo y el odio. El proceso despojó a sus oponentes «traidores» tanto de su condición humana como de su ciudadanía. Por eso es erróneo calificar a la guerra civil española de «fratricida». La divisoria de las nuevas ideologías podía convertir a los hermanos en extraños sin rostro, y a sindicalistas o tenderos en enemigos de clase. Todas las nociones tradicionales de afinidad de grupo y de comunidad local quedaron abolidas de golpe.

Se suele presentar a la guerra civil española como el resultado de un choque entre la izquierda y la derecha, pero sabemos que eso es una simplificación engañosa. El conflicto tenía otros dos ejes: centralismo estatal contra independencia regional, y autoritarismo contra libertad del individuo. Una de las razones que explican la mayor coherencia política y militar de las fuerzas nacionales radica en que, con sólo alguna excepción menor, combinaron tres extremos aglutinantes. Eran de derechas, centralistas y autoritarias a la vez. La República, por el contrario, venía a ser un crisol de incompatibilidades y sospechas mutuas, con centralistas y autoritarios enfrentados a regionalistas y libertarios.

Todavía nos rondan los fantasmas de las batallas de propaganda que se libraron hace setenta años. La guerra civil española es uno de los pocos conflictos modernos cuya historia la han escrito con mayor eficacia los perdedores que los vencedores. No es sorprendente si uno piensa en la sensación internacional de angustia que sobrevino tras la derrota republicana en la primavera de 1939. Un sentimiento que se hizo más intenso después de 1945, al salir a la luz los crímenes de la Alemania nazi y al ver que la obsesiva sed de venganza del general Franco hacia los republicanos vencidos no daba muestras de remitir.

Las generaciones más jóvenes no pueden imaginar cómo era la vida en aquellos tiempos de conflicto totalitario. Los ideales colectivos, ya fueran los de los ejércitos, los de los movimientos juveniles políticos o los de los sindicatos, prácticamente se habían desvanecido. Las pasiones y los odios de aquella época están a años luz del entorno estable, de seguridad y bienestar y de derechos ciudadanos en el que vivimos hoy. Aquel pasado es, ciertamente, un país lejano. España ha cambiado de arriba a abajo en cuestión de décadas. Su renacimiento tras la guerra civil y el franquismo ha sido una de las transformaciones más sorprendentes e impresionantes de toda Europa. Por eso quizá no es sensato tratar de juzgar el terrible conflicto de hace setenta años con los valores y actitudes liberales que hoy en día aceptamos como dados. Es imprescindible hacer brincar a la imaginación para tratar de comprender las creencias y las actitudes de entonces, ya sean los mitos nacional-católicos y el miedo al bolchevismo de la derecha, o la convicción de la izquierda de que la revolución y el reparto forzado de la riqueza iban a llevar a la felicidad universal.

La pasión con la que se luchó por aquellas causas ha hecho muchísimo más difícil la búsqueda de la objetividad, sobre todo en lo tocante a los orígenes de la guerra. Cada lado ha tratado de demostrar que fue el otro quien la empezó. A veces, incluso se tiende a pasar por alto factores neutros, como el hecho de que la República trataba de llevar a cabo, en muy

pocos años, un proceso de reforma social y política que, en cualquier otro país, había requerido un siglo.

Sin embargo, gracias al inmenso trabajo que han llevado a cabo muchos historiadores españoles en los archivos locales y en los cementerios, lo ocurrido durante la guerra, como las atrocidades que se cometieron y los aspectos de la represión que la siguió, está hoy fuera de toda duda razonable. También están claras la mayoría de las cuestiones militares, incluidas las disensiones entre los comandantes republicanos, gracias a que, desde hace unos doce años, se han abierto en Rusia archivos que hasta entonces habían sido considerados secretos. Conocemos también, con mucha mayor precisión, el alcance de la política soviética en España. Pero es inevitable que muchos hechos se sigan interpretando al arrimo de las opiniones personales, como sucede, sobre todo, con el debate sobre la cadena causal que condujo a la guerra: ¿qué fue antes, el huevo o la gallina? ¿Por dónde empezamos? ¿Por el «egoísmo suicida» de los terratenientes, o por la «gimnasia revolucionaria» y la retórica que desataba el miedo al bolchevismo, arrojando a las clases medias «en brazos del fascismo», como advertían los líderes socialistas más moderados? Dar una respuesta definitiva a estas preguntas está más allá de la capacidad de cualquier historiador.

Hay quien se inclina a pensar que la guerra civil española no podía evitarse. Eso contraviene aquella regla histórica informal pero importante que dice que nada es inevitable, excepto, quizá, lo que uno cavila en su interior. Pero, por otra parte, es muy difícil imaginar cómo se hubiera podido alcanzar algún tipo de compromiso serio tras la fracasada revuelta de octubre de 1934. Una izquierda cada vez más militante no iba a perdonar la carnicería llevada a cabo por la Guardia Civil y el Tercio, mientras que la derecha estaba convencida de que tenía que anticiparse a cualquier otro intento de revolución violenta.

Hay otras cuestiones, a las que todavía es más difícil responder, que también son importantes, aunque sólo sea porque pueden llevarnos a mirar las cosas desde una perspectiva distinta. Es verdad que, a menos que uno disfrute con ella, la historia contrafactual puede llegar a ser irritante. Pero, por otra parte, puede ser muy útil para revelar ciertos aspectos de la polémica que suelen obviarse. Los ideales de libertad y democracia eran el cimiento de la causa de la República en el extranjero. Pero es preciso que observemos desde diferentes atalayas la realidad revolucionaria del día a día, la impotencia de las Cortes y la falta de respeto por el imperio de la ley que mostraban ambos bandos. La propaganda republicana de la guerra civil siempre hizo hincapié en que, tras las elecciones de febrero de 1936, su gobierno era el gobierno legítimo de España. Lo que sin duda era cierto, pero también aquí hay que hacerse una pregunta importante. Si la coalición de derechas encabezada por la CEDA hubiera ganado las elecciones (cosa que habría sucedido si los anarquistas también entonces se hubieran negado a votar), ¿habría acatado la izquierda el resultado legítimo? Uno no puede por menos que sospechar que no. Largo Caballero había amenazado abiertamente antes de las elecciones con que si la derecha las ganaba, se iría a la guerra civil.

Desde el primer momento, los nacionales quisieron hacer creer a todo el mundo que sólo se habían sublevado para abortar un *putsch* comunista, lo que no era más que un montaje para justificarse, a toro pasado, por lo que habían hecho. Pero que la izquierda arguyera que los nacionales habían desencadenado un ataque sin provocación previa contra demócratas respetuosos de la ley era especioso. La izquierda fue muchas veces tan poco respetuosa con el proceso democrático y con el imperio de la ley como lo fue la derecha. Por supuesto que ambos bandos justificaron sus acciones sosteniendo que, de no haberse adelantado, sus oponentes se habrían apoderado del poder y los habrían aplastado. Pero eso sólo demuestra

que nada destruye con mayor rapidez el espacio político de centro que la estrategia del miedo y la retórica de la amenaza.

Algunos sostienen que las palabras no matan. Pero cuanto más mira uno al ciclo de odio y recelo mutuos, encizañado por declaraciones irresponsables, más le cuesta creerlo. A Calvo Sotelo se le mató por sus discursos deliberadamente provocativos en las Cortes. También es importante pararse a pensar si, una vez puesta en marcha la retórica de la aniquilación, no acaba ésta convirtiéndose en una profecía que se cumple por sí misma. En una de sus célebres charlas radiofónicas desde Sevilla, el general Queipo de Llano amenazó con matar a diez republicanos por cada nacional muerto. Bien, pues su cálculo resultó al final asombrosamente parecido a lo que en realidad sucedió. Tampoco debe uno olvidar las declaraciones de Largo Caballero de que quería una República sin lucha de clases, pero que para lograrlo una de ellas debía desaparecer, lo que no era más que un remedo de la palmaria intención de Lenin de eliminar a la burguesía. Pero una victoria de la izquierda, pongamos en 1937 o 1938, ¿habría conducido a una escalada de ejecuciones y cárceles comparable a la de Franco? Está claro que no hay modo de averiguarlo, y no se debe especular con lo sucedido tras la guerra civil rusa, pero sigue siendo una pregunta pertinente. Como sostienen algunos historiadores, el ciclo temor-odio hace más sanguinario al vencedor de cualquier guerra civil.

Esto nos lleva a otra cuestión esencial. Si el ejército popular hubiera alcanzado la victoria, ¿cuál habría sido la forma del gobierno consiguiente? ¿Una administración de izquierda liberal como la de principios de 1936 o un régimen comunista de línea dura? El acelerado colapso del gobierno republicano durante la primavera y el verano de 1936 y el estallido de la guerra civil, que desencadenó el levantamiento revolucionario, siguieron una senda distinta a la del caos que sobrevino tras la primera guerra mundial. Y, sin embargo, hay una similitud con la revolución rusa: la determinación comunista de eliminar a sus aliados de izquierda una vez que la guerra contra la derecha hubiera sido ganada. En septiembre de 1936, poco después de su llegada a España, el general Vladimir Gorev informó a Moscú: «Tras la victoria sobre los blancos, la lucha contra los anarquistas será inevitable. Esa lucha va a ser muy dura». André Marty, el representante de la Comintern, afirmó el 10 de octubre de 1936: «Tras la victoria nos las veremos incluso con ellos [los anarquistas], tanto más cuanto que en aquel momento dispondremos de un ejército fuerte».2 Y *Pravda* manifestaba el 10 de diciembre de aquel mismo año que la «limpieza de elementos trotskistas y anarcosindicalistas será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS». Como se ve claramente en los numerosos informes enviados a Moscú, la estrategia del Frente Popular no era más que una estrategia «momentánea».

Los estalinistas, por la naturaleza misma de su propia ideología, no estaban dispuestos a compartir, a la larga, el poder con nadie. Quizás en esto España podía haber sido una excepción a causa de los intereses de la Unión Soviética en otros países del escenario internacional. Stalin ya había demostrado su predisposición a sacrificar un partido comunista extranjero si ello iba en interés de la «Patria socialista». Lo que determinó la política soviética en el caso de España fue, sobre todo, lo que pasaba en la Europa central. La política de apaciguamiento que siguieron los británicos con las pretensiones de Hitler sobre Checoslovaquia, en 1938, llevó a Stalin a pensar en una vía de actuación alternativa, aun si ello significaba llegar a una alianza con el propio Hitler.

La complejidad y el entramado de todas estas cuestiones muestran lo difícilísimo que es separar causa y efecto con precisión forense. Indiscutiblemente la verdad fue la primera víctima de la guerra civil española, un conflicto que, mucho tiempo después de que acabara, ha generado una controversia más intensa y más polémica que cualquier otro conflicto moderno, segunda guerra mundial incluida. El historiador que, desde luego, no puede ser

totalmente desapasionado, no debe ir más allá de tratar de comprender los sentimientos de los dos bandos, demostrar hipótesis previas y ampliar las fronteras de lo que ya sabemos sobre la guerra civil. Los juicios morales deben quedar a la conciencia del lector.

La primera redacción de este libro fue producto del trabajo de investigación que llevé a cabo a finales de los años setenta, y no se publicó hasta 1982. El libro que hoy presento no es una edición ampliada del anterior, sino una obra totalmente nueva que incorpora las numerosas publicaciones aparecidas desde entonces y que se beneficia del trabajo que he podido realizar en los muchos archivos que se han abierto en los últimos años. La estructura y el enfoque de este nuevo libro son, sin embargo, poco más o menos los mismos. Es interesante comprobar que la enorme masa de información con que contamos hoy en día ha planteado nuevas preguntas en vez de reducirlas. Aunque, tal vez, mi percepción se deba también a que, a lo largo de los últimos veintitrés años, he ido perdiendo algunas apasionadas certezas de juventud.

Sea como fuere, yo no hubiera podido terminar este libro sin la generosa ayuda de amigos y colegas. Una vez más debo dejar constancia de mi profunda gratitud al profesor Anatoly Chernobayev, en Rusia, por sus consejos. También la tiene mi ayudante de investigación, la doctora Luba Vinogradova, que lleva ya tanto tiempo trabajando conmigo. Debo dar las gracias al personal de muchos archivos y, especialmente, a los de la biblioteca del «Memorial», en Moscú. En Alemania pude contar de nuevo con la ayuda de Angélica von Hase, sobre todo en el Bundesarchiv-Militärarchiv, de Freiburg. En Suecia, Björn Andersson y el doctor Lars Erickson me consiguieron documentos del Krigsarkivet sueco, y Alan Crozier tuvo la amabilidad de traducírmelos.

Sin embargo, la mayor deuda que he contraído la tengo con Gonzalo Pontón, mi editor y amigo. Este libro no se habría publicado jamás de no haber sido por su entusiasmo y su colaboración personal para dar cima a un proyecto que, al final, resultó ser mucho más complejo de lo que ninguno de los dos había pensado. Trabajar con él ha sido un inmenso placer y un privilegio.

1. España a comienzos del siglo XX

Sobre un camino sin asfaltar, justo en el repecho de la cuesta, uno de los mejores automóviles que hay en España se ha calado. Un hombre empuña con fuerza el volante: es joven y mal parecido. Lo que más destaca en su rostro alargado son una nariz generosa y unas orejas enormes. Su cabello engominado y brillante está partido, por una raya, en dos. Sobre su labio superior se adivina una sombra. Es el rey Alfonso XIII.

A izquierda y derecha del automóvil, sobre los guardabarros, unos hombres empujan: tienen la tez quemada por el sol, van mal vestidos, desaliñados, sin corbata. Algunos gastan una chambrá campesina. Están en pleno esfuerzo. Detrás, tres o cuatro figuras vestidas a la inglesa, con sombrero, cuello, corbata y chaleco, observan, distantes, la maniobra. En último término un jinete, quizás un hacendado, refrena un caballo tordo. A la derecha, sobre un promontorio, un coche de punto tirado por dos caballos enjaezados, cuyas riendas sostiene un cochero de uniforme, aguarda para rescatar al monarca si el automóvil no logra arrancar.

La fotografía -pues de eso se trata- es una excelente representación gráfica de la estructura económica y social de España a principios del siglo XX.¹

España era entonces un país de 18 millones y medio de habitantes cuya principal fuente de riqueza estaba constituida por la agricultura, que aportaba casi la mitad del producto nacional.²

En el orden internacional, España era una potencia de segunda categoría desde hacía más de un siglo, aunque hasta 1898 había conservado los restos de su imperio colonial. Las grandes potencias mundiales no contaban con ella ni como aliada ni como enemiga, su mercado era poco atractivo y las compras que realizaba a España la comunidad internacional eran casi exclusivamente de productos agrícolas, sobre todo agrios de Levante, y mineros. No era un destino turístico ni contaba con una ciencia o tecnología propias apreciables para las naciones del resto de Europa. Era exportadora neta de mano de obra no cualificada: 500.000 españoles emigraron a América sólo en la primera década del siglo.

España era una monarquía constitucional y su jefe de Estado desde mayo de 1902 fue el rey Alfonso XIII, que contaba, entonces, con dieciséis años de edad. En el gobierno del Estado se turnaban dos partidos, el conservador y el liberal, que accedían al poder a través de un pacto entre ellos que determinaba la composición del parlamento y marginaba a otros competidores. El régimen se regía por la constitución de 1876, cuyos mandamientos en lo tocante a representación popular por medio de elecciones eran conculcados ex profeso. España no era un país democrático en el sentido actual del término.

Tanto el partido liberal como el conservador representaban, con matices, los intereses de la nobleza, la Iglesia, los terratenientes, la propiedad campesina media y la burguesía administrativa, industrial y financiera, mientras que los minifundistas, pequeños propietarios agrícolas, arrendatarios y las clases medias de las ciudades podían poner sus esperanzas de mejora social en pequeños partidos republicanos y en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE), fundado en 1879 por Pablo Iglesias. En 1888 se fundó también la Unión General de Trabajadores (UGT), brazo sindical del partido socialista. Los jornaleros del campo de Extremadura, Andalucía y La Mancha, y los proletarios industriales de las ciudades, sobre todo de Cataluña, se encuadraban mayoritariamente en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), el sindicato anarquista fundado en 1910.

Cataluña constituía una singularidad notable, tanto en sus estructuras económicas como sociales. Tras un período de fuerte resurgimiento de su identidad histórica y cultural -la Renaixença- a mediados del siglo XIX, las clases dirigentes de Cataluña se dispusieron a traducir en términos de política concreta aquellos sentimientos diferenciales. Nada más comenzar el siglo, un sistema de partidos de nuevo cuño rompió el monopolio, en Cataluña,

de conservadores y liberales, los partidos dinásticos. El 24 de mayo de 1901 nació la Lliga Regionalista de Catalunya para defender los intereses de unas clases dirigentes que tenían detrás una sociedad mucho más interclasista y «moderna» que la española.**3**

En 1913 la Mancomunitat, o unión de diputaciones provinciales, bajo la dirección de Enric Prat de la Riba, significó el primer germen de la autonomía moderna de Cataluña. La especificidad de Cataluña y las complejas relaciones que tuvo que establecer con el Estado español son fundamentales para comprender la historia de España en el primer tercio del siglo XX y aun después.

Los muchos gobiernos formados por los partidos del «turno pacífico», por coaliciones o por facciones durante los primeros veinte años del siglo, fracasaron porque nunca se atrevieron a desafiar los fundamentos mismos de la sociedad de «antiguo régimen» que en muchos aspectos seguía siendo España. Sus medidas fueron tímidas, anticuadas y, sobre todo, irrealizables en la práctica por la férrea oposición de los poderosos que temían las consecuencias de la modernización económica, imprescindible, por otra parte, para una sociedad que se adentraba en el capitalismo y que planteaba retos, estructurales y coyunturales, desconocidos hasta entonces.

Uno de los mayores obstáculos para el cambio era la explotación de la tierra, cuya estructura de propiedad se remontaba a la que dibujaron las desamortizaciones del siglo XIX y, aun, a la continuidad de una especie de feudalismo agrario, sobre todo en Extremadura, Andalucía y La Mancha, que contrastaba vivamente con la minúscula propiedad de Galicia y de León y con la pequeña propiedad castellana y levantina. Al problema de la estructura de propiedad se añadía un desarrollo desigual de las técnicas de cultivo, aperos y abonos y, sobre todo, una subexplotación crónica de los grandes latifundios que impedía la integración en el circuito económico de los jornaleros sin tierra.**4**

Los gobiernos dinásticos, incapaces de afrontar un problema que requería cambios profundos, dedicaron su atención al sector secundario y a los servicios. Tras la desaparición de los últimos rastros coloniales, afluyó a España una considerable cantidad de capitales «indianos»**5** que, junto con los que llegaban de Europa (sobre todo de Francia) por la buena cotización de la peseta, fueron encauzados hacia el sector industrial y, sobre todo, al financiero, que se desarrolló notablemente a principios del siglo con la creación del Banco Hispano Americano, el Banco de Vizcaya, el Español de Crédito y el Banco de Crédito Industrial Gijonés.**6** El Estado, sobre todo durante los gobiernos encabezados por el conservador Antonio Maura, intervino directamente para apoyar la industria reforzando la política proteccionista que exigían los industriales catalanes y vascos, a los que se unieron, a causa de una crisis agraria, los cerealistas castellanos.**7** Los gobiernos, ya fueran conservadores o liberales, mantendrán, como dogma de fe, un declarado nacionalismo económico que alejará aún más a España de los flujos internacionales de comercio hasta que estalle la primera guerra mundial.

Ante la que entonces se llamó Gran Guerra, España, que no podía ser otra cosa, se declaró neutral y surgió, por primera vez en el siglo, como referencia cotidiana en Europa porque se convirtió en una importante fuente de abastecimiento de alimentos, tejidos y minerales. Entre 1914 y 1918, España exportó no sólo sus productos habituales (aunque no los agrios), sino también nuevos productos y, sobre todo, más caros, con una balanza comercial siempre favorable. La caída de las importaciones de maquinaria y bienes de equipo, a causa de la guerra, produjo un beneficioso efecto al estimular la creación de nuevas empresas en el interior que fabricaran los productos que no se podían importar. Como consecuencia de la guerra, las empresas industriales y del sector terciario así como las grandes explotaciones agrarias consiguieron beneficios nunca vistos hasta entonces.**8**

Cuando terminó la guerra, aquel «milagro» económico desapareció. Muchas empresas, nacidas o crecidas en la marginalidad económica, tuvieron que cerrar, enviando a sus obreros al paro. Instalada de nuevo en su ciclo natural, la economía española entró en crisis y los gobiernos regresaron al nacionalismo económico con sucesivas leyes proteccionistas que culminaron en el «arancel Cambó» de 1922. A una masa de trabajadores en paro o empobrecida por el deterioro del salario real ante la subida de los precios no le quedó más opción que la revuelta.⁹

La modesta afiliación sindical comenzó a crecer con ímpetu. Al terminar la Gran Guerra, la UGT, fuerte en Madrid y en el centro, contaba ya con 160.000 afiliados, y la CNT, que tenía 15.000 afiliados en 1915, pasó quizás a 700.000 a finales de 1919, más de dos tercios de los cuales estaban en Cataluña. El PSOE también crecía, contaba ya con 42.000 militantes, y se había renovado con dirigentes de la talla de Francisco Largo Caballero, Indalecio Prieto, Fernando de los Ríos o Julián Besteiro. El movimiento sindical de los católicos, la Confederación Nacional Católica Agraria (CONGA), llegó a tener cerca de medio millón de afiliados, concentrados, casi todos, en Castilla y León, porque «en el medio urbano, con la excepción del País Vasco, el sindicalismo católico siguió siendo irrelevante».¹⁰

Otro obstáculo para el cambio lo constituían el poder económico y la influencia educativa y social de la Iglesia católica española y sus relaciones con los gobiernos dinásticos, buenas con los conservadores y malas con los liberales. Si el gobierno «corto» de Maura estableció un convenio con el Vaticano para proteger las congregaciones religiosas en España, que habían crecido mucho por la presencia de órdenes y eclesiásticos expulsados de Francia e Italia, el gobierno liberal de Canalejas aprobó en 1910 una ley -llamada «del candado»- para contenerlas y fijarlas, tratando, vanamente, de imponer gravámenes a sus propiedades.

Otro grave problema de la España de principios del siglo XX era el encaje del estamento militar. El ejército español contaba con unos 150.000 efectivos, mandados por 25.000 jefes y oficiales y 471 generales.¹¹ Hipertrofiado como estaba, constituía una severa carga para los presupuestos del Estado, y su papel era confuso. Percibido unas veces como amenaza para los gobiernos, otras se veía en él a un aliado del «pueblo» para acabar con la corrupción de los políticos y «regenerar» la administración pública. Reducido, tras la pérdida de las últimas colonias, a la Península, el ejército encontró en Marruecos un terreno propicio para recuperar protagonismo. ¹¹

En la Conferencia de Algeciras de 1906, el control de los intereses económicos europeos en Marruecos fue confiado a Francia y España. La zona de influencia asignada a España no llegaba a los 50.000 km² de extensión (era una vigésima parte de la francesa), tenía escaso valor económico, salvo por sus minas de fosfatos, y estaba poblada por kábilas guerreras que luchaban por su independencia de los europeos. Los oficiales españoles destinados a Marruecos encontraron allí posibilidades de ascenso por méritos de guerra y, más tarde, una mística «africanista» que les confirió un sentimiento de élite con un destino por cumplir. Aunque durante mucho tiempo se mantuvo un cierto *statu quo*, en el mes de julio de 1921 una estúpida campaña de penetración, alentada personalmente por el rey, condujo, cerca de Annual, a una derrota total de las tropas españolas en la que murieron 10.000 hombres y se perdieron, en dos semanas, los 4.000 km² que se había tardado diez años en controlar.

El rey, en vez de ser una solución, era, también, un problema. Desde el principio de su reinado mostró inclinación a intervenir en los asuntos propios del gobierno y, sobre todo, en los del estamento militar, donde actuaba con personalismo e indiscreción. Ya en 1905, cuando Alfonso XIII no tenía más que 19 años, puso en aprietos al poder civil al dar su apoyo espontáneo a los militares tras el asunto del *Cu-Cut!* ¹² y provocó la caída del liberal Eugenio Montero Ríos. El rey apoyó también la Ley de Jurisdicciones que reclamaban los militares y

que supuso, en muchos casos, una militarización del orden público. Tras los sucesos de la Semana Trágica de Barcelona en 1909, **13** volvió a apoyar al ejército y, sobre todo, fue el gran valedor de las Juntas de Defensa en 1917, cuyas reivindicaciones acabaron con el gobierno liberal de Manuel García Prieto.

En el año 1917 se produjo en España una gran crisis militar, política y social. Las reivindicaciones de las Juntas de Defensa militares que se crearon aquel año eran sólo de casta, de nivel de vida y de privilegios militares, pero, cuando el gobierno trató de disolverlas, sus jefes publicaron un manifiesto en el que atribuían la mala condición del ejército a la incuria de los políticos y reivindicaban un golpe de timón en la gobernación del país. Ante el temor a un pronunciamiento, el gobierno conservador de Eduardo Dato concedió algunas de las demandas de los junteros. Pero su acción había desencadenado en algunos políticos y, sobre todo, en Francesc Cambó, el líder de la Lliga catalana, la ilusión de que, al socaire de los militares, los políticos podrían obtener una reforma de la Constitución que llevara a la democratización y a la modernización de España, de modo que el 19 de julio convocó en Barcelona una asamblea de parlamentarios para avanzar hacia unas Cortes constituyentes.

Al mismo tiempo, el PSOE y la UGT, también prendidos de la misma ilusión, vieron coincidencias «regeneracionistas» en los junteros y, en conjunción con los republicanos, convocaron a una huelga general exigiendo elecciones a Cortes constituyentes. Dato clausuró las Cortes y suspendió las garantías constitucionales.

La huelga comenzó el 13 de agosto en Madrid, Barcelona, Bilbao, Zaragoza, Oviedo y las cuencas mineras asturianas y andaluzas. Pero las Juntas de Defensa no sólo no se pusieron al frente de la «revolución», sino que se emplearon a fondo en la represión de los huelguistas causando 71 muertos, 156 heridos y deteniendo a unas 2.000 personas. En Asturias, donde la huelga duró un mes, el general Ricardo Burguete y un joven comandante «africanista» llamado Francisco Franco dirigieron la represión y toleraron torturas y persecuciones que presagiaban las de 1934. A Cambó no le pasó nada, pero los dirigentes socialistas fueron a parar al penal de Cartagena, condenados a cadena perpetua.

Sin embargo, la represión sola ya no podía solucionar los problemas sociales que se habían agudizado desde el final de la primera guerra mundial. El país había cambiado mucho como consecuencia, en buena parte, de las repercusiones de la guerra misma. Durante los últimos años se había producido un incremento demográfico notable (sobre todo por la disminución de la mortalidad), las ciudades habían crecido mucho por la emigración interna que, expulsada del campo, acudía a buscar trabajo en la boyante industria de la construcción, las clases medias se habían ensanchado, aunque también lo había hecho la proletarización, y en muchas zonas del país la secularización y la aculturación habían ganado terreno. El analfabetismo, por ejemplo, había descendido en 20 puntos. Pero los políticos parecían no darse cuenta de los cambios y seguían tejiendo sus ambiciones en un mundo que ya no era real. O, dicho de otro modo, no sabían cómo pasar «del liberalismo oligárquico a una democracia de masa».**14**

Y en 1919 estalló de nuevo, con gran virulencia, el conflicto, tanto en la ciudad como en el campo. En Barcelona, la CNT llamó a la huelga a los obreros de la Canadiense,**15** que pronto se extendió por toda la provincia y duró un mes y medio. Los patronos respondieron a la violencia con la violencia y Barcelona conoció, desde entonces y hasta 1923, una época endémica de atentados y represalias que se sucedían como el trueno al relámpago: fueron los años del pistolero de los sindicatos de la patronal -los Sindicatos Libres- contra el del sindicato obrero anarquista. El nombramiento del general Severiano Martínez Anido como gobernador «civil» enconó la espiral de violencia de tal modo que terroristas de la CNT llegaron a asesinar al jefe del Gobierno, Eduardo Dato, en 1921.**16**

La radicalización de la CNT chocó con la moderación de la UGT, que los anarcosindicalistas vieron desde entonces, sin remedio, como reformista y pactista, cuando no «traidora» a la clase obrera. La formación del Partido Comunista de España, en 1921, constituido por socialistas y anarquistas que respondieron a la llamada de los comunistas de Andreu Nin y Joaquina Maurín, vendría a ensanchar el panorama de las organizaciones políticas y sindicales españolas y a complicar la lucha por la hegemonía.

Los jornaleros andaluces, por su parte, iniciaron una larguísima *jacqueñe* que duró desde 1918 a 1920 (el «trienio bolchevique»). Las huelgas de los obreros del campo se sucedieron al ritmo de las cosechas y supusieron, dada la fuerza de las organizaciones societarias (sólo en Córdoba había 100), continuos enfrentamientos con la Guardia Civil, con los correspondientes muertos, heridos y detenidos. La protesta se extendió desde Córdoba a Jaén, Sevilla y Cádiz como una mancha de aceite. Junto a las reivindicaciones de que se les dieran en explotación las tierras municipales y estatales, los jornaleros luchaban por mejores condiciones de vida concretadas en la abolición del trabajo a destajo, la negociación salarial y el reconocimiento de los sindicatos del campo. Pero, también, inflamados por las noticias de la Revolución rusa, por un cambio total y repentino de la vida que conocían. En las paredes enjalbegadas de los cortijos aparecieron pintadas de «¡Vivan los soviets!», de los que nunca habían oído hablar y de los que la mayoría no sabía nada. El impacto de esta rebelión campesina *forzó* al Gobierno a crear un programa mínimo para resolver la cuestión agraria que quedó en el papel.**17**

Ante la incapacidad gubernamental para entender aquel mundo nuevo,**18** la desastrosa situación económica del país, el deterioro del orden público y, sobre todo, las consecuencias del desastre de Annual con la exigencia de responsabilidades al ejército y las negociaciones directas del poder civil con los rebeldes marroquíes, un grupo de generales vio el remedio en un golpe de estado.

El capitán general de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, se «pronunció» en Barcelona el 13 de septiembre de 1923, proclamando el estado de guerra y ocupando por militares los centros de comunicaciones. Acto seguido publicó un manifiesto y formó un directorio militar. El golpe permitía a Alfonso XIII eludir su responsabilidad personal en el desastre marroquí porque la comisión investigadora, encabezada por el general Juan Picasso, tenía que informar a las Cortes el día 1 de octubre siguiente, cosa que nunca se produjo. El Gobierno desapareció y el rey -encantado de perder de vista a todos los políticos- disolvió las Cortes.

La llegada de un «cirujano de hierro» que desbridara los tumores de España fue bien recibida por las clases medias que habían dejado de confiar en los gobiernos civiles por su fracaso ante la rebelión de las masas. Con igual simpatía recibieron a la Dictadura las clases dirigentes, incluidas las de Cataluña, con las que el general Primo de Rivera había mantenido una excelente relación como capitán general. Pero la alegría les duró poco: ante su insistencia en la autonomía, el dictador prohibió el uso público de la lengua catalana y clausuró la Mancomunitat. Esas medidas represivas radicalizaron la postura de los catalanistas, que se alejaron de la Lliga de Cambó y se aproximaron al separatismo republicano de Francesc Maciá. Las organizaciones obreras, por su parte, se mostraron indiferentes, al principio, ante el golpe de estado.

La primera preocupación del directorio militar fue restablecer el orden público. Para ello se proclamó el estado de guerra en toda España, se suspendieron las garantías constitucionales, se disolvieron las diputaciones provinciales y los ayuntamientos, los gobernadores civiles y alcaldes fueron sustituidos por militares y se responsabilizó a los generales Severiano Martínez Anido y Miguel Arlegui de conseguir la paz social. Con sus métodos habituales, el triunfo estaba asegurado, pero, además, la actuación de estos represores profesionales se hizo en una coyuntura económica favorable (bajó mucho el precio del pan) y con la CNT ya

muy desmantelada, con sus militantes presos o exiliados. Por otra parte, Primo de Rivera conjugó la represión con un acercamiento a la UGT que llevó al sindicato a colaborar con la Dictadura en un organismo corporativo: el Consejo Superior de Trabajo. Francisco Largo Caballero aceptó ser consejero de Estado pese a la oposición de Indalecio Prieto.

Otro de los problemas con que tenía que enfrentarse la Dictadura era la cuestión marroquí. Primo de Rivera la gestionó mal al principio, con una política de semiabandono del protectorado que le enfrentó a los africanistas. Pero una circunstancia afortunada vino a ayudarlo. En abril de 1925, el jefe rifeño Abd el-Krim atacó insensatamente la zona francesa del protectorado provocando una alianza entre España y Francia. El 8 de septiembre de aquel mismo año, tropas francesas y españolas desembarcaron en Alhucemas y derrotaron definitivamente la rebelión en Marruecos.

Resuelta la cuestión marroquí y restablecida la paz social, el dictador procedió a la constitución de un directorio mixto de civiles y militares en diciembre de 1925. Sus principales colaboradores civiles fueron José Calvo Sotelo, Eduardo Aunós y el conde de Guadalhorce, que formaban parte de la Unión Patriótica, un partido creado por el dictador a partir de las Uniones Patrióticas que había impulsado Ángel Herrera Oria y su Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) con el fin de crear un gran partido católico.

La Dictadura, que quería regular la economía y la sociedad imitando la organización corporativa fascista, puso en marcha una ambiciosa campaña de obras públicas con especial atención a la construcción de nuevas carreteras y mejora de las existentes, y al regadío y a la energía eléctrica mediante la construcción de embalses.¹⁹ Carente, sin embargo, de los instrumentos fiscales necesarios porque no existían, y no podía crearlos enfrentándose a la oligarquía, tuvo que recurrir al expediente del presupuesto extraordinario, que pretendió financiar con deuda pública y que significó a la postre la creación de una gran deuda que heredó la República. Ante las deficiencias del capitalismo español, Primo de Rivera utilizó los recursos del Estado para apoyarlo. Así, subvencionó los ferrocarriles -que entonces eran de propiedad privada- y algunas compañías navieras, y concedió el monopolio de teléfonos a la ITT norteamericana, el de petróleo a la CAMPSA (formada por un consorcio de bancos privados) y el de tabaco de Ceuta y Melilla a Juan March, que ya era dueño de la compañía de transporte marítimo Transmediterránea.

Aunque quizás una de las peores gestiones de la Dictadura la llevó a cabo su ministro de Hacienda, Calvo Sotelo, con la paridad monetaria de la peseta. Finalizada la guerra de Marruecos, la Dictadura había prometido incorporar la peseta al patrón oro. Como la peseta se cotizaba entonces a un valor correspondiente al 80 por 100 de su valor en oro, los especuladores se dedicaron a comprar pesetas para atesorarlas durante un tiempo y venderlas al 100 por 100 cuando se produjera aquella decisión. Sin embargo, la Dictadura fue dejando pasar el tiempo sin volver al patrón oro y los especuladores, preocupados, empezaron a vender cuando la peseta se cotizaba al 94 por 100, porque, aun así, hacían un negocio suculento. Como es lógico, el valor de la peseta se desplomó. Entonces Calvo Sotelo recurrió a los fondos de intervención para comprar pesetas, pero no consiguió detener su caída y perdió, además, alrededor de la mitad de los fondos utilizados en la maniobra, que habían ascendido a 500 millones de pesetas.²⁰ Hacia 1929, cuando la Dictadura empezó a trastabillar, se produjo una fuga de capitales que hundió todavía más la peseta, de modo que la República no la recibió ya al 80 por 100, sino al 50.

Mientras tanto, la oposición a la Dictadura había configurado una Alianza Republicana encabezada por Manuel Azaña, Alejandro Lerroux, Marcelino Domingo y otros dirigentes que, en contacto con los exiliados en París, con los intelectuales y con los estudiantes universitarios, conspiraban no ya para derribar al Gobierno, sino para hacer caer la

Monarquía. En el verano de 1926, Primo de Rivera había anunciado la convocatoria de una Asamblea Nacional que debería proceder a la redacción de una nueva Constitución que llevara a España por los caminos del corporativismo y que nunca llegaría a ver la luz.

En enero de 1927, los universitarios fundaron un sindicato, la Federación Universitaria Española (FUE), y en julio de 1927 un grupo de extremistas de la CNT fundó la Federación Anarquista Ibérica (FAI). A la consiguiente agitación estudiantil, obrera y política el dictador respondió con una represión ciega. Pero el problema era que también los conservadores estaban hartos de él por su insistencia en el Estado corporativo y su retórica sobre el bienestar de los trabajadores; la Iglesia desconfiaba de su regalismo y los banqueros y los industriales de su intervencionismo. De modo que, ante la creciente impopularidad de la Dictadura, el rey empezó a temer por su corona y buscó el modo de deshacerse del dictador.

Pero en una reacción impropia de un hombre tan convencido de su papel, el 26 de enero de 1930 Primo de Rivera consultó a los mandos del ejército sobre la conveniencia de su permanencia en el poder. La respuesta fue tan descorazonadora para él que el día 28 presentó su dimisión al rey y se exilió en París, donde murió el 16 de marzo siguiente.

El día 30 de enero, Alfonso XIII, que ya no podía regresar al marco constitucional que él mismo había quebrado, encargó el gobierno a otro general, Dámaso Berenguer, para disgusto del general Sanjurjo, entonces director de la Guardia Civil, que se creía con mayores méritos para el puesto. El rey pagaría cara esta afrenta. La persistencia de Alfonso XIII en el recurso a los generales y el hecho de que Berenguer dejara pasar todo un año antes de convocar las Cortes, gobernando por decreto y sin levantar la censura, hizo que antiguos monárquicos como José Sánchez Guerra, Niceto Alcalá Zamora o Miguel Maura se declararan públicamente contra la Monarquía y a favor de una República. Alcalá Zamora y Maura fundaron una Derecha Liberal Republicana; Indalecio Prieto a título personal, primero, y las ejecutivas del PSOE y de la UGT, después, se sumaron a la conspiración republicana, mientras que la CNT declaraba su profunda aversión a la Monarquía. La alianza cuajó en un comité ejecutivo revolucionario que convocó a las fuerzas de oposición a un pacto: el que tuvo lugar en San Sebastián el 27 de agosto de 1930 y que contó con la alianza de los catalanistas republicanos a cambio de que se concediera a Cataluña un Estatuto de Autonomía.

El movimiento revolucionario que se puso en marcha con el pacto de San Sebastián se apoyaba en militares republicanos como Gonzalo Queipo de Llano, Ramón Franco, Ignacio Hidalgo de Cisneros, Fermín Galán o Ángel García Hernández, y en la convocatoria a la huelga general que declaró en diciembre la UGT y a la que la CNT no se opuso. Niceto Alcalá Zamora presidió el comité revolucionario y se constituyó un gobierno en la sombra que habría de ser, luego, el gobierno provisional de la República. Los estudiantes universitarios y los obreros se lanzaron abiertamente a la propaganda republicana. El levantamiento, que se había previsto para el 12 de diciembre, tuvo que retrasarse tres días, pero no se consiguió avisar a tiempo a los capitanes Galán y García Hernández de la guarnición de Jaca. El capitán Galán se sublevó a las seis de la mañana del día 12 pero, enfrentado a las fuerzas enviadas por el Gobierno, tuvo que capitular. Procesados por rebelión militar, los capitanes Galán y García Hernández fueron fusilados y convertidos *ipso facto* en mártires de la causa republicana. El general Emilio Mola, que era el director general de Seguridad, detuvo a todos los miembros del comité que consiguió encontrar, la huelga general quedó abortada y el movimiento fracasado.

Pero la rueda de la conspiración seguía girando. En el mes de enero siguiente, una nueva huelga de universitarios y su represión precedió a la fundación de una agrupación «Al servicio de la República», que encabezaban las principales figuras de la *intelligentsia* española: José Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala, y que presidió el poeta Antonio Machado. La toma de posición de los intelectuales y las manifestaciones estudiantiles fueron

cruciales en los días que siguieron. El 14 de febrero de 1931, el rey, acorralado por la presión prorrepblicana, sustituyó a Berenguer por el almirante Juan Bautista Aznar, con órdenes de que convocara elecciones municipales para el día 12 de abril siguiente. Pero para entonces se había apoderado ya de todo el país un sentimiento que veía en la República, confundida con la democracia, el único camino de salvación de España. El juicio público de los miembros del comité republicano se convirtió en un plebiscito por el cambio de régimen: el público los trató como a los futuros gobernantes de España.

Cuando, al atardecer del día 12, empezaron a recibirse los resultados de las elecciones municipales, quedó claro que la conjunción republicano-socialista había ganado en casi todas las capitales de provincia de España.²¹ Berenguer, que era entonces ministro de la Guerra, ordenó al ejército que acatara la voluntad popular. El conde de Romanones, miembro del gobierno Aznar, trató inútilmente de llegar a un acuerdo con el comité republicano. Preguntó luego al director de la Guardia Civil, general Sanjurjo, si se podía contar con ella. El agraviado general saboreó su venganza y dijo que no. Todo Madrid era «una fiesta popular que tomó el aire de una revolución»,²² y en las calles de Barcelona, donde había arrasado Esquerra Republicana de Catalunya, las gentes iban cantando «Visca Maciá, mori Cambó!». Aquella misma tarde el almirante Aznar presentó al rey la dimisión de su gobierno.

A las seis de la mañana del día 14 de abril se proclamó la República en Eibar y la noticia se extendió por toda España desatando una alegría desconocida. El conde de Romanones se entrevistó con Alcalá Zamora, quien le dijo que el rey y su familia debían abandonar España aquella misma tarde. El rey, que rehusó el recurso a la fuerza militar que le ofrecía el ministro Juan de la Cierva, salió de Madrid con destino a Cartagena para embarcar, allí, rumbo a Francia, sin que se produjera ni una sola protesta popular: «Mucho antes de su caída, la Monarquía se había evaporado en la conciencia de los españoles». ²³

2. La Segunda República

El 14 de abril de 1931, el comité revolucionario, encabezado por el político ex monárquico, católico y terrateniente cordobés Niceto Alcalá Zamora, se convirtió en el gobierno provisional de la República y su presidente en el jefe del Estado español.**1**

Ante los hombres de la República se alzaban los inmensos retos, siempre pospuestos, que tenía planteados la sociedad española: la reforma agraria, la reforma militar, la cuestión catalana y las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Tenían, además, que modificar el sistema de enseñanza y fomentar la cultura si querían construir su «república de ciudadanos».

Y tenían que hacerlo en un escenario internacional adverso. La República empezaba su andadura en el marco de la crisis más grave que ha conocido el capitalismo y que, aunque no golpeó a España con la misma intensidad que a los países más desarrollados, significó un duro golpe para la economía española.**2** El marasmo del comercio internacional, la recesión y el paro retrajeron las inversiones en toda Europa y acrecentaron el miedo de los gobernantes a una revolución como la que había tenido lugar en Rusia en 1917. Las protestas por la carestía de la vida y la agitación social se resolvieron, en muchos países de Europa, con la proclamación de dictaduras y giros de los gobiernos democráticos a la derecha.**3** En este ambiente político, la caída de la Monarquía y la proclamación de una República en España no eran, precisamente, bienvenidas. Se comprende, así, que la Banca Morgan cancelara de inmediato un préstamo de 60 millones de dólares que había concedido a la Monarquía.

El régimen republicano heredaba, por otra parte, las consecuencias de los errores económicos de la dictadura de Primo de Rivera. Las obras públicas habían generado una deuda colosal, y la crisis de la peseta, que Calvo Sotelo no supo resolver, se había agravado porque los ricos, temerosos de que la República hiciera una reforma fiscal que les afectara, habían transferido parte de su dinero al exterior.**4** Los empresarios y terratenientes, preocupados por las medidas que pudiera tomar el nuevo gobierno sobre la reforma agraria o la mejora salarial de las clases trabajadoras y acuciados por su propio imaginario de la «revolución social», cortaron inmediatamente toda inversión. Además, la elección de un socialista, Indalecio Prieto, como ministro de Hacienda y, de otro, Francisco Largo Caballero, como ministro de Trabajo no fue, precisamente, una medida tranquilizadora para ellos.**5**

Pese a todos estos condicionantes, los hombres del gobierno provisional, de personalidades complejas y procedentes de siete partidos distintos, se dispusieron a gobernar desde el primer día y, mientras preparaban la convocatoria a Cortes constituyentes para redactar la Constitución republicana, tomaron medidas de un calibre y de una profundidad desconocidos hasta entonces en España.

Durante los meses de abril, mayo y junio, el Gobierno no paró de promulgar decretos relacionados con la cuestión de la tierra. En espera de una ley de reforma agraria, prohibió expulsar a los arrendatarios de las fincas, obligó a los propietarios a no dar trabajo a jornaleros de otros municipios hasta que no lo tuvieran los del propio, forzó a los patronos agrícolas a cultivar la tierra según los usos y costumbres de la zona, aplicó al campo las mismas leyes de seguridad y protección de que gozaban los obreros industriales, incluida la jornada de ocho horas, y el sistema de jurados mixtos para arbitrar los conflictos laborales. El 21 de mayo creó la Comisión Técnica Agraria para que redactara un proyecto de ley de reforma por el que pudieran asentarse cada año de 60.000 a 75.000 familias. Para dirigir este proyecto se creó un Instituto de Reforma Agraria que, por falta de presupuesto, no pudo ser dotado de forma adecuada a las imperiosas necesidades del campo: 50 millones de pesetas anuales, la mitad de lo que costaba la Guardia Civil.

El nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, acometió, a la semana siguiente de haber sido nombrado para el cargo, la reforma del estamento militar ofreciendo a generales, jefes y

oficiales que lo desearan pasar a la reserva con la paga íntegra y los incrementos sucesivos que les hubieran correspondido de seguir en activo, redujo las dieciséis capitanías generales a ocho «divisiones orgánicas», suprimió el grado de teniente general, hizo revisar los ascensos por méritos de guerra, redujo el servicio militar obligatorio a un año y ordenó clausurar la Academia General Militar de Zaragoza que dirigía el general Franco.**6**

La reforma militar no significó un verdadero saneamiento ni una modernización en profundidad del ejército, pese a lo cual fue esgrimida más tarde (la causticidad de Azaña dio también pie para ello) como un intento de triturarlo que justificaba, por sí solo, una rebelión. El Gobierno cometió, además, el error de mantener al general Sanjurjo al frente de la Guardia Civil, que seguía siendo un cuerpo represivo de resultados mortales. Justamente para evitar esas desgracias la República crearía la Guardia de Asalto (ya el nombre no presagiaba nada bueno), dotada con «defensas» (porras), pero que también disponía de armas de fuego; cuando tuvo que reprimir recurrió a ellas con los mismos efectos que la Guardia Civil.

La cuestión catalana adquirió un protagonismo inmediato. Las elecciones de abril habían dado el triunfo a Esquerra Republicana de Catalunya, el partido de clases medias dirigido por Francesc Maciá y Lluís Companys. El mismo 14 de abril, ambos políticos habían proclamado el nacimiento de una república catalana que veían inserta en una estructura federal del Estado. No era exactamente eso lo que se había negociado en el pacto de San Sebastián, y tres días después el gobierno provisional de la República envió a Barcelona a tres de sus ministros **7** para que negociaran con Maciá y Companys la vía que había de seguirse hasta que las Cortes aprobaran el Estatuto de Autonomía. Maciá aceptó, no sin reticencias, ser nombrado presidente del gobierno de la Generalitat de Cataluña por un decreto del 21 de abril.

Las relaciones de una República laica con la Iglesia católica no podían ser fáciles, entre otras cosas porque el Concordato de 1851 aún seguía vigente. Tan sólo quince días después de la proclamación de la República, el cardenal Pedro Segura, primado de España, había emitido una pastoral denunciando la voluntad del gobierno provisional de establecer la libertad de cultos y separar la Iglesia y el Estado. El cardenal exhortaba en su carta a los católicos a que en las futuras elecciones a constituyentes votaran contra los nuevos gobernantes que, en su opinión, querían destruir la religión. La prensa católica tomó partido en seguida: el órgano de la Acción Católica, *El Debate*, se dedicó a defender los privilegios de la Iglesia sin poner en tela de juicio la nueva forma de gobierno, mientras que el diario monárquico *ABC* se alineó con las tesis más integristas.

Ante la rebelión de una parte tan importante de la Iglesia española, los gobernantes republicanos expulsaron del país al cardenal Segura y a otro clérigo irreductible, Mateo Múgica, obispo de Vitoria. Tras un extraño viaje de ida y vuelta, el cardenal Segura se instaló en el sur de Francia y dio instrucciones a sus sacerdotes para que, por medio de testaferros, vendieran bienes eclesiásticos y evadieran el dinero de España.**8** El 3 de junio, los obispos españoles enviaron al presidente del gobierno provisional una carta colectiva denunciando la separación de la Iglesia y el Estado y protestando por la supresión de la enseñanza obligatoria de la religión en las escuelas.**9**

Otra medida que no podía esperar más era la referente a la educación primaria porque el analfabetismo rondaba, todavía, el 45 por 100 de la población. Era necesario construir 27.000 escuelas para atender a un millón y medio de niños sin escolarizar. Por un decreto del 23 de junio, el gobierno provisional creaba 7.000 nuevas plazas de maestro incrementando sus sueldos en un porcentaje que variaba desde el 15 hasta el 50 por 100. Asimismo se ordenaba la construcción inmediata de 7.000 nuevas escuelas que debían costearse entre los ayuntamientos, que proporcionarían los terrenos, y el Estado, que abonaría el 75 por 100 de la construcción y pagaría los sueldos de los nuevos maestros.**10** Se suprimía la obligatoriedad

de enseñar religión en las escuelas públicas y se establecía la coeducación en la enseñanza secundaria. Un mes antes, el 29 de mayo, se había creado el patronato de las Misiones Pedagógicas que, presidido por Manuel B. Cossío, debía llevar la educación y la cultura a todas las zonas rurales de España.**11**

La rapidez y la contundencia de estas medidas explicó mejor que cualquier discurso o manifiesto lo que las viejas clases dirigentes del país podían esperar de los nuevos gobernantes. Su reacción fue inmediata: había que acabar en seguida, por cualquier medio, con el régimen recién nacido antes de que fuera demasiado tarde. Tan sólo dos meses y medio después de ser proclamada la República, Manuel Azaña escribió en su diario: «Me informan de que a un capitán de artillería le han propuesto que ingrese en una organización dirigida por Barrera, Orgaz y no sé qué otro general para derribar la República».**12**

Pero, al mismo tiempo que legislaba por decreto, el gobierno provisional tuvo que hacer frente a graves problemas de orden público que, obviamente, no habían desaparecido por ensalmo con sólo proclamarse la República. Durante los días 11,12 y 13 de mayo Madrid vivió una algarada en la que se incendiaron iglesias y conventos y se atacó la sede del *diario ABC*. En otras ciudades, como Alicante, Sevilla o Cádiz, se produjeron también tumultos e incendios, y en Málaga, además de iglesias y conventos, se atacó a la Unión Mercantil y a la Cámara de Comercio. Estos disturbios obligaron finalmente al gobierno provisional a decretar la ley marcial y reprimir con dureza a los revoltosos. Pero la derecha no olvidaría nunca la frase que se atribuyó a Azaña de que todas las iglesias de España no valían la vida de un solo republicano.

Aquel verano puso a prueba el temple de los gobernantes republicanos. El 6 de julio, la CNT que, para destruir el Estado, necesitaba obviamente acabar con el Gobierno, declaró la huelga en la Telefónica de toda España, paralizó las líneas de teléfonos de Barcelona y Sevilla y se lanzó a realizar sabotajes contra los intereses de la ITT norteamericana, propietaria de la Telefónica. Los gobernantes republicanos mantuvieron el servicio en Madrid recurriendo a esquirols de la UGT, enviaron a la fuerza pública y, presionados por el embajador de Estados Unidos en Madrid, avalaron el despido de los huelguistas.

Como la huelga de la Telefónica había fracasado en la mayor parte de España, los anarcosindicalistas convocaron a la huelga general, que triunfó en toda la provincia de Sevilla el 20 de julio, tras el enfrentamiento entre la fuerza pública y los asistentes al entierro de un obrero en huelga que había sido asesinado por un esquirol. El enfrentamiento produjo siete muertos, incluidos tres guardias civiles. El Gobierno decretó el estado de guerra el día 22 y la fuerza pública actuó con la brutalidad de costumbre: recurrió a la «ley de fugas» y hasta empleó la artillería, hubo 30 muertos y 200 heridos y los detenidos se contaron por centenares.

Los trabajadores españoles, que tantas viejas esperanzas habían depositado en la «traída» de la República, advirtieron con estupor que ésta podía ser tan represiva como la Monarquía. La CNT le declaró la guerra abierta y se propuso derribarla a través de la revolución social. Pocos días antes, el 28 de junio, se habían celebrado las elecciones a Cortes constituyentes que dieron un triunfo rotundo a la izquierda y, sobre todo, a la conjunción republicano-socialista,**13** de modo que el gobierno provisional quedó legitimado por las urnas. Además de socialistas y republicanos, en las nuevas Cortes ocuparon sus escaños los representantes de la derecha y, también, un nutrido grupo muy representativo de la intelectualidad española ilusionada, aún, con la República.

El 14 de julio se iniciaron las sesiones de las Cortes constituyentes, bajo la presidencia de Julián Besteiro, y el 29 de agosto Luis Jiménez de Asúa presentaba la primera redacción de la Constitución y se iniciaba su discusión artículo por artículo. Se decidió que «España era una

república democrática de trabajadores de toda clase» y, no sin enconados debates, «un estado integral compatible con la autonomía de los municipios y de las regiones». Los mayores escollos aparecieron al discutir las relaciones del Estado con la Iglesia -el famoso artículo 26- y el artículo 44 sobre expropiación forzosa de tierras, que abría el camino a la reforma agraria.

La discusión de los artículos 26 y 27 de la Constitución, que en principio implicaban la disolución de las órdenes religiosas, suscitó una grave crisis que llevó a la dimisión de Alcalá Zamora y de Maura. Al final se llegó a un acuerdo -gracias al poder de convicción de Azaña- para que la disolución sólo afectara a la Compañía de Jesús, que, efectivamente, fue disuelta el 24 de enero de 1932 y sus bienes nacionalizados.**14** Pero el artículo 26 preveía también que en el plazo de dos años el Estado dejaría de financiar a la Iglesia. Con una población de unos 150.000 religiosos (incluidos los seminaristas), que dependían de la asignación del Estado para vivir, la Iglesia se encontraba ante un problema nuevo, de difícil solución y, sobre todo, tenía que habérselas con una actitud nada sumisa por parte de los mandatarios del Estado, algo hasta entonces impensable para una institución que confundía su fe con la existencia misma de España.**15** José María Gil Robles, diputado católico por Salamanca, pidió, ya en aquellos momentos, una revisión completa de la Constitución. Y eso que la ley de confesiones y congregaciones religiosas, que prohibía a las órdenes religiosas que se dedicaran al comercio, a la industria y, sobre todo, a la enseñanza, no se aprobaría hasta mayo de 1933.**16**

El debate en las Cortes sobre el artículo 44 provocó las mayores disensiones entre los constituyentes y estuvo a punto de costar, de nuevo, la dimisión de Alcalá Zamora. Los socialistas habían redactado el borrador en el que se contemplaba la posibilidad de expropiar propiedades privadas si así convenía al interés nacional. La derecha y el centro pusieron el grito en el cielo. Tras un forcejeo inacabable, se llegó a un acuerdo favorable a los redactores del artículo. En el fondo, lo que estaba en discusión era la reforma agraria y la expropiación forzosa de las tierras incultas, a lo que la derecha se negaba arguyendo que sería inoperante y el centro lo aceptaba con muchos matices.**17**

Por fin la Constitución fue aprobada el 9 de diciembre de 1931. Era una carta democrática que consagraba la supremacía del poder legislativo y amparaba un sistema de economía mixta. Su contenido era fácilmente asumible por la mayoría de partidos, pero no por los de obediencia católica, que veían en su laicismo un obstáculo insalvable.**18**

Niceto Alcalá Zamora fue elegido presidente de la República y Manuel Azaña fue confirmado, el día 15, como jefe de un nuevo gobierno con el apoyo de republicanos, socialistas y liberales, pero con el rechazo de monárquicos y católicos. El gran perdedor fue el jefe del Partido Radical, Alejandro Lerroux, que aspiraba al cargo de Azaña pero fue vetado por los socialistas, que consideraban a su partido como corrupto y acomodaticio. Desde entonces, el viejo «emperador del Paralelo» buscaría sólo alianzas a su derecha.**19**

El proceso reformista que habían puesto en marcha los hombres del gobierno provisional tuvo enemigos, dentro del sistema, por la derecha y por la izquierda. Entre ellos, los propios intelectuales, muy pronto desencantados con una República que, a su juicio, avanzaba demasiado aprisa.**20** Pero, sobre todo, los representantes parlamentarios de los grandes propietarios y el clero, de las organizaciones patronales y del alto funcionariado civil y militar se aprestaron a detener la marcha del gobierno Azaña. Los *outsiders* del sistema parlamentario, monárquicos, fascistas y anarquistas, se pusieron a conspirar abiertamente contra él.

En octubre de 1931, los monárquicos alfonsinos, encabezados por Antonio Goicoechea, constituyeron Acción Nacional (más tarde Acción Popular), una federación en la que

participaban Herrera Oria y Gil Robles, que no cuestionaban directamente la forma republicana. La difícil coexistencia entre los dos grupos dio lugar a una escisión de la que nació, en marzo de 1933, la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), de Herrera Oria y Gil Robles, y Renovación Española (RE), de Goicoechea, a la que se adhirieron otros monárquicos como Ramiro de Maeztu, Pedro Sáinz Rodríguez o José María Pemán.

La Comunión Tradicionalista agrupaba a los monárquicos carlistas que, en ocasiones, se asociaron a coaliciones de derecha en espera de que se produjera un pacto entre Alfonso XIII y su «rey» Alfonso Carlos.

Las primeras manifestaciones del fascismo en España fueron recogidas por dos revistas: *La Gaceta literaria*, de Ernesto Giménez Caballero, y *La conquista del Estado*, de Ramiro Ledesma Ramos, publicada por un grupo fascista que se unió a las muy católicas y conservadoras Juntas Castellanas de Acción Hispánica, fundadas por Onésimo Redondo, para formar las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (JONS). Hubo también un extraño partido fascista, aunque católico y monárquico, el Partido Nacionalista Español, fundado por el doctor José María Albiñana que apenas tuvo implantación y que acabaría integrándose en el Bloque Nacional de Calvo Sotelo. José Antonio Primo de Rivera (el hijo del dictador de los años veinte), Rafael Sánchez Mazas y Julio Ruiz de Alda fundaron el Movimiento Español Sindicalista que en octubre de 1933 sería refundado con el nombre de Falange Española.

Tras la proclamación de la República, los anarquistas se habían dividido entre los que preconizaban la línea sindicalista, como era el caso de los «treintistas» de Ángel Pestaña o de Joan Peiró, y los que constituían la FAI, como Juan García Oliver o Buenaventura Durruti, partidarios de la lucha contra el Estado y de ejercer una irresistible presión huelguística sobre los gobiernos (la «gimnasia revolucionaria») que llevara, cuanto antes, a la revolución social. En el Congreso confederal celebrado en Madrid en junio de 1931, los delegados rechazaron toda colaboración con la conjunción republicano-socialista y con la UGT y emprendieron su camino hacia la revolución desencadenando revueltas insensatas como, por ejemplo, la insurrección que llevaron a cabo en enero de 1932 en la cuenca minera de los ríos Llobregat y Cardener. Iniciada en Fígols, la insurrección se extendió a Berga, Sallent, Cardona, Súria y Manresa. Liquidado el «comunismo libertario» en tres días por las fuerzas del ejército, el levantamiento sólo sirvió para que todos los mineros en huelga fueran despedidos.

Pero los enemigos más peligrosos de la República eran, desde luego, los militares que conspiraban por dos vías. Una incluía a los generales Ponte y Orgaz y la otra estaba encabezada por el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Goded. Ambas coincidían en que el general Sanjurjo, director de la Guardia Civil, era el hombre indicado para encabezar un golpe de estado.**21**

La ocasión para desencadenar el golpe la facilitaron dos cuestiones «sensibles»: los sucesos de Castilblanco y Arnedo -que tocaban el orden público- y la discusión en Cortes del Estatuto de Cataluña que tocaba la unidad de España.

Castilblanco era un pueblecito de Badajoz que, en los últimos días de diciembre de 1931, estaba en huelga. Al tratar de restablecer el orden público, un guardia civil disparó su arma y mató a un lugareño. La reacción de los paisanos fue feroz: lincharon a cuatro números de la Guardia Civil. La espiral de violencia se puso en marcha y la Guardia Civil extremó sus rigores represivos en distintas localidades en huelga hasta que en un pueblo de La Rioja, Arnedo, hubo once muertos y treinta heridos, en lo que pareció una represalia por los guardias civiles muertos en Castilblanco. Azaña llamó a Sanjurjo, le reprochó la acción de la Benemérita, le destituyó del cargo y lo pasó a la inspección general de carabineros.**22**

De las dos líneas conspirativas, Sanjurjo se decidió, al final, por la que dirigía Goded,**23** de modo que la facción de los generales monárquicos se retrajo y esperó a verlas venir. Pero el

Gobierno había sido informado de la preparación del *putsch* y tomó todas las medidas necesarias para que fracasara. Sanjurjo confiaba en que el golpe triunfara en Madrid y Sevilla y que produjera una reacción en cadena en todas las divisiones orgánicas. Pero en Madrid le esperaban Azaña y los guardias de Asalto.

Sin embargo, el golpe tuvo éxito inicial en Sevilla, en gran parte debido a una Guardia Civil fiel a Sanjurjo. El general golpista se apoderó de los centros de telégrafos y teléfonos, declaró el estado de sitio y derogó todas las disposiciones relativas al orden público, poniéndolo bajo la jurisdicción castrense. Con la guarnición sublevada, Sanjurjo cometió el error de esperar en Sevilla los resultados de su intentona durante todo un día, hasta que, al saber que el golpe había fracasado en el resto de España y tener que hacer frente a la huelga general convocada por los sindicatos sevillanos, trató de huir a Portugal con tan poca fortuna que fue detenido en Huelva.

El Gobierno detuvo en Madrid a los principales conspiradores (entre ellos a José Antonio Primo de Rivera y a Ramiro de Maeztu) y deportó a Villa Cisneros a unas 140 personas implicadas en el golpe de estado. En represalia contra los aristócratas que habían apoyado el golpe, el Gobierno decretó la incautación de las tierras de los grandes de España. Juzgó y condenó a muerte a Sanjurjo, pero le indultó inmediatamente y lo recluyó en el penal de El Dueso. Cuando Lerrox llegara a la presidencia del Consejo de ministros lo indultaría. Sanjurjo se exiliaría entonces en Lisboa para «organizar un movimiento nacional que salvara a España de la ruina y del deshonor». **24**

La rebelión de Sanjurjo puso abruptamente sobre la mesa de las Cortes la amenaza que los militares suponían para la República, provocó una reacción en el cuerpo legislativo y lo hizo más diligente para aprobar algunas de las importantes leyes que estaban pendientes, entre ellas la de reforma agraria **25** y la del Estatuto de Autonomía para Cataluña. **26**

El año de 1933 empezó con mal pie para el gobierno Azaña. Durante los primeros días de enero, en el marco de la *recurrente jacquerie* andaluza, se desencadenó en Cádiz una oleada de violencia. Un pequeño pueblo de esta provincia, Casas Viejas, de larga tradición anarquista, vio en las revueltas «el día»; es decir, la llegada del comunismo libertario. El 11 de enero, un grupo de anarquistas quiso apoderarse del cuartel de la Guardia Civil, se produjo un tiroteo y murieron dos números.

Desde Cádiz enviaron más guardias civiles y de Asalto que procedieron a la detención de sospechosos y trataron de entrar en un chamizo en el que se encontraban, al parecer, algunos de los cabecillas, que dispararon y mataron a un guardia. Acto seguido empezó un tiroteo cruzado y la vivienda, que pertenecía a Francisco Cruz, un carbonero septuagenario conocido como «Seisdedos», fue sitiada por la fuerza pública. Ante la resistencia armada de los campesinos, el director general de Seguridad, Arturo Menéndez, envió a un capitán de Asalto, Manuel Rojas, con instrucciones de poner fin a la situación. Rojas ordenó incendiar la cabaña y disparar contra los que la abandonaban, y mataron a dos revolucionarios cuando huían del fuego. Pero lo peor fue que el capitán dio órdenes de matar a sangre fría a doce de los anarquistas del pueblo que habían sido detenidos. Veintidós campesinos y tres guardias perdieron la vida en la tragedia de Casas Viejas. **27**

La derecha, que tantas veces había exigido mano dura, y que al principio vio con aprobación la acción de la fuerza pública, advirtió el potencial que aquellos hechos podían tener como arma política y se volcó, en el Congreso y en la calle, en acusar al jefe del Gobierno de obrar con extrema brutalidad. Rojas afirmó que había recibido órdenes expresas de matar a los revolucionarios y un capitán, manifestó que Azaña había dado órdenes personales de que los guardias dispararan «los tiros a la barriga». Cuando Rojas confesó, finalmente, la verdad, fue juzgado y condenado a veintidós años de prisión y Menéndez fue

destituido de su cargo, pero la imagen de un Zana con las manos manchadas de sangre (y despistado en las Cortes) quedó fijada para siempre en el imaginario de la gente.

El debate en las Cortes sobre los hechos de Casas Viejas alimentó los argumentos de las derechas sobre la «rapidez» con que se avanzaba en la legislación social del campo y sobre las tendencias «socialistas» del Gobierno en la industria. Si las elecciones municipales de abril habían representado un golpe para el gobierno Azaña, las elecciones para el Tribunal de Garantías Constitucionales, en septiembre, confirmaron su débil posición parlamentaria. El presidente de la República decidió entonces encargar la formación de un nuevo gobierno al radical Alejandro Lerroux, pero éste no consiguió la confianza de la cámara. En tales circunstancias, Alcalá Zamora encargó al socio de Lerroux, Diego Martínez Barrio, que formara un gabinete destinado a convocar nuevas elecciones.

Ante la oportunidad de cambiar el signo del Gobierno, las derechas no republicanas se unieron el 12 de octubre en una coalición temporal llamada Unión de Derecha y Agrarios, que incluía a la CEDA, representante de los intereses de los grandes terratenientes, pero también de los medianos y pequeños propietarios agrícolas y trabajadores católicos. El principal partido de la coalición era Acción Popular, dirigido por Gil Robles, y formaban también parte de ésta Renovación Española, dirigida por Antonio Goicoechea, que representaba los intereses de los monárquicos alfonsinos, la Comunión Tradicionalista, que acogía a los carlistas, los «agrarios» y los católicos independientes.

El Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux se presentaba ante los electores como la gran fuerza moderadora y de centro que sabría compensar el desvío «socialista» que había experimentado la República durante sus dos primeros años, y para ello se ofrecía a pactar con derechas e izquierdas.

La izquierda, en cambio, acudía dividida y atomizada a las urnas. Los socialistas, insatisfechos con el reformismo de sus socios republicanos y presionados por la UGT, que denunciaba los excesos represivos del gobierno Azaña, se desmarcaron de los republicanos de izquierda y acudieron prácticamente en solitario a las urnas. Los anarquistas, fieles a sus ideas antiparlamentarias, llamaron a la abstención.

Las elecciones se celebraron el 19 de noviembre de 1933, participaron en ellas por primera vez las mujeres y dieron la victoria al centro-derecha.**28** En consecuencia, el presidente de la República encargó la formación del gobierno a Lerroux. El gabinete, compuesto sólo por radicales, necesitaba, sin embargo, el apoyo parlamentario de la CEDA para gobernar, lo que, claro está, tenía un precio. Gil Robles lo concretó en que las escuelas de la Iglesia siguieran funcionando, que se aparicara la Ley de Congregaciones, que se revisara la legislación laboral y que se detuviera la reforma agraria. Lerroux y Gil Robles acordaron también decretar una amnistía para todos los implicados en el golpe de estado del general Sanjurjo.

El acontecimiento más peligroso que ocurrió entonces fue la bolchevización del PSOE, dirigida por Largo Caballero. El 3 de enero de 1934, *El Socialista* declaraba: «¿Armonía? ¡No! ¡Lucha de clases! ¡Odio a muerte a la burguesía criminal!». Diez días después, el comité ejecutivo socialista redactó un nuevo programa. Entre los puntos que alarmaron tanto al centro como a la derecha figuraban: la nacionalización de la tierra; la disolución de todas las órdenes religiosas y la confiscación de sus propiedades; la disolución del ejército, que sería sustituido por una milicia democrática, y la disolución de la Guardia Civil.**29**

Tras la derrota electoral, Indalecio Prieto había ido perdiendo poder en el comité ejecutivo del PSOE, que ahora controlaba Largo Caballero. Desde entonces, los socialistas habían seguido un proceso de radicalización que les llevó a integrarse en las coaliciones obreras que, surgidas en Cataluña, habían llevado a la constitución de una Alianza Obrera en diciembre de 1933. El 3 de febrero del año siguiente, se constituyó un comité revolucionario dispuesto a

que la insurrección contra el Gobierno tuviese «todos los caracteres de una guerra civil», y cuyo éxito dependiera «de la extensión que alcance y la violencia con que se produzca».³⁰ Largo Caballero hizo oídos sordos a las advertencias del depuesto líder de la UGT, Julián Besteiro, de que semejante política era una «locura colectiva» y que tratar de imponer la dictadura del proletariado constituía «una vana ilusión infantil».³¹ Manuel Azaña también había advertido a los socialistas de que preparar una insurrección daría al ejército la excusa para intervenir de nuevo en política y aplastar a los trabajadores. Pero Largo Caballero hizo caso omiso de tales consejos. Las Juventudes Socialistas comenzaron a armarse y a adiestrarse en secreto, como hacían los carlistas y también la minúscula Falange.

En el mes de febrero de 1934, el Gobierno dispuso que los jornaleros instalados en tierras por las medidas de intensificación de cultivos tenían que abandonarlas antes del primero de agosto de aquel año, lo que produjo el desahucio de 28.000 braceros, de los cuales 18.000 sólo en Extremadura.

El 4 de mayo se devolvieron las propiedades incautadas a los grandes de España por el golpe de Sanjurjo y el 28 se anularon las leyes referidas a la protección de los trabajadores del campo, lo que redujo sus salarios a la mitad. Aquellos fueron los tiempos del famoso «comed República» que los terratenientes espetaban a los braceros hambrientos que buscaban trabajo.

Ante las medidas de contrarreforma agraria, la Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra (FNTT), dependiente de la UGT, convocó, al empezar el verano de 1934, a los trabajadores del campo a una huelga general en toda España que sólo tuvo éxito en Cáceres, Badajoz, Ciudad Real y en algunas zonas de Andalucía. Al convocar semejante huelga, sin respaldo posible en el Parlamento, los socialistas cometieron un grave error, porque echar un pulso al Gobierno en aquellas condiciones era insensato. Lo pagaron muy caro porque la represión consiguiente condujo a la detención de 10.000 braceros, fueron suspendidos cerca de 200 ayuntamientos socialistas, las represalias laborales fueron feroces y la FNTT quedó prácticamente desmantelada.

Aquel verano fue escenario, también, de un enfrentamiento entre el gobierno central y el de Cataluña que traería desgraciadas consecuencias. El 21 de marzo anterior, el Parlamento catalán había aprobado una «Llei de contractes de conreu» con la que se trataba de facilitar el acceso a la propiedad a los arrendatarios de los viñedos catalanes.³² Los propietarios, agrupados en el Institut Agrícola CATALA de Sant Isidre, se oponían a estas reivindicaciones.

La Ley de cultivos de la Generalitat establecía que la duración mínima del contrato había de ser de seis años y facilitaba, bajo ciertas condiciones, la adquisición de la tierra por el arrendatario a precios de mercado. Pese a su moderación, la entidad patronal, apoyada por la Luga de Cambó, denunció la ley ante el Tribunal de Garantías Constitucionales, que la anuló el 9 de junio. Cuatro días más tarde, el parlamento de Cataluña votó una nueva ley idéntica a la anterior, aunque la Generalitat estableció un diálogo con el gobierno central para no forzar las instituciones. El 2 de octubre de 1934, el entonces jefe del Gobierno Ricardo Samper, socio de Lerroux, defendió en las Cortes la ley negociada con la Generalitat, pero la intransigencia de la derecha, a la que le importaba más el fuero que el huevo, la rechazó y Samper se vio forzado a presentar su dimisión.

El presidente Alcalá Zamora tuvo que gestionar aquella crisis de gobierno contra el clamor de las izquierdas que sostenían que la participación en el poder de una derecha claramente enemiga de la República hacía inútiles las Cortes y que había que proceder a disolverlas y convocar nuevas elecciones. Pero también tenía que contender con las derechas, que no sólo no querían que se disolvieran las Cortes, sino que aspiraban a tener presencia en el gobierno

de la República. Gil Robles advirtió que ya no iba a apoyar desde los escaños a ningún gobierno en el que no figurara la CEDA.

El propio Largo Caballero había reconocido el año anterior que en España no había peligro de fascismo, pero en el verano de 1934 la retórica de los caballeristas viró 180 grados. La táctica de gritar «que viene el lobo fascista» corría el riesgo de convertirse en una profecía autosatisfecha. Tras la protesta por un envío de armas a los socialistas asturianos, Gil Robles, el líder de la CEDA, anunció que «no podemos consentir por más tiempo que continúe este estado de cosas». **33** A pesar de ser el partido con mayor representación parlamentaria, la CEDA no había recibido ningún ministerio, y Gil Robles dijo una semana más tarde que reclamarían su parte. La UGT, que sospechaba de la falta de compromiso de la CEDA con la República (debido sobre todo a las cláusulas anticlericales de la Constitución), anunció a su vez que no respondían de su acción futura. Tras la caída del gobierno Samper el 4 de octubre, entraron en el nuevo gobierno de Alejandro Lerroux tres miembros de la CEDA, aunque no lo hizo Gil Robles.

Un PSOE radicalizado y dispuesto a rebelarse contra el Gobierno decidió desencadenar la huelga general revolucionaria. Otros partidos de izquierda y centro izquierda, estimando que se había entregado la República a sus enemigos, proclamaron que, a partir de aquel momento, rompían con las instituciones legales. El Gobierno se apresuró a declarar fuera de la ley la huelga general convocada por los socialistas y proclamó el estado de guerra en toda España.

La huelga general revolucionaria empezó el 5 de octubre y se extendió por buena parte del país. Largo Caballero y sus seguidores añadieron a la irresponsabilidad de su acción -«mezcla de ingenuidad práctica y de pedantería teórica»- **34** la torpeza de organizar un movimiento insurreccional sin haber elaborado ningún plan para hacerse con el poder, con lo cual no sólo la derrota de los trabajadores estaba cantada, sino que la huelga general tendría el efecto contrario al aterrorizar con toda seguridad a las clases medias que acudirían a buscar refugio en las filas de la derecha.

Cuando la UGT declaró la huelga general en Madrid, pidió a soldados y policías que se unieran a la revuelta, como si la capital de España fuera Petrogrado. Largo Caballero pudo comprobar que no se producía la revolución espontánea de las masas que él esperaba. Los huelguistas, algunos pistola en mano, trataron de ocupar el Ministerio de la Gobernación y algunas instalaciones militares, pero fueron neutralizados por la fuerza pública y no lograron paralizar la vida de la ciudad. El día 8 ya habían sido detenidos casi todos los miembros del comité revolucionario.

En Cataluña la huelga general tuvo éxito, pese a la abstención de la CNT, que no quiso saber nada de una «revolución» auspiciada por republicanos y socialistas. La izquierda nacionalista catalana estaba muy irritada por el retraso del gobierno central en hacer las transferencias a Cataluña que señalaba el Estatuto de Autonomía y vieron en la huelga revolucionaria la ocasión de avanzar hacia la independencia. Tras sopesarlo mucho, a las ocho de la tarde del día 6 de octubre, el presidente Lluís Companys **35** apareció en el balcón de la Generalitat para proclamar la creación de un «Estado catalán dentro de la República Federal Española», invitando al paso a los dirigentes políticos «antifascistas» de toda España a que se trasladaran a Barcelona para establecer un gobierno provisional. Lerroux dio órdenes al jefe de la cuarta división orgánica, general Domingo Batet, de que proclamará el estado de guerra y terminara con la sedición, pero Batet, que era un militar prudente, emplazó un par de cañones en la plaza de Sant Jaume y los hizo disparar con carga hueca. A las seis de la mañana del día 7, Companys se rindió.

El presidente de la Generalitat y sus seguidores fueron detenidos y procesados. El consejo de guerra dictó pena de muerte contra dos militares rebeldes y condenó a Companys a treinta años de reclusión por «rebelión militar». Manuel Azaña, que se encontraba accidentalmente en Barcelona y no había tenido ninguna participación en la insensata aventura de Companys, fue detenido también y enviado al buque-prisión *Sánchez Barcáiztegui*. El Estatuto de Cataluña fue suspendido *sine die* y el gobierno nombró a Manuel Pórtela Valladares gobernador general de Cataluña. La Ley de cultivos de la Generalitat fue anulada.

En el norte del país, la huelga general revolucionaria cuajó en las zonas mineras de León, en Santander y en Vizcaya. En Bilbao, durante los días 5 y 6 hubo enfrentamientos con las fuerzas del orden y en Eibar y Mondragón se produjeron 40 muertos, pero la llegada de tropas militares y el bombardeo de las zonas mineras a cargo de la aviación puso punto final a la revuelta.

En Asturias las cosas fueron muy diferentes. Un mes antes había tenido lugar allí una huelga en protesta contra la *radunata* de la CEDA celebrada en Covadonga y los ánimos estaban muy excitados. Asturias era, además, el único lugar de España donde la CNT se había adherido a la Alianza Obrera, cuyo comité dirigía el socialista Ramón González Peña, y donde los comunistas tenían alguna fuerza real. No, desde luego, aquella de que presumieron diciendo que ellos habían dirigido la revolución y que proporcionó a Franco la excusa para hablar de una «conjura roja». **36** Los 15.000 obreros (algunas fuentes dicen que 30.000) que tomaron parte en la rebelión estaban armados con fusiles proporcionados por Indalecio Prieto³⁷ y con los que habían ido sacando subrepticamente de las fábricas de armas de Éibar y de Oviedo. Contaban, además, con la dinamita de las minas, «la artillería de la revolución».

Lo primero que hicieron los sublevados, en la madrugada del día 5 de octubre, fue asaltar los cuartelillos de la Guardia Civil y los ayuntamientos. Ocuparon Mieres, Gijón, Aviles y algunos pueblos de la cuenca minera y enviaron columnas para apoderarse de Trubia, La Felguera y Sama de Langreo. El día 6 se plantaron ante Oviedo, defendido por una guarnición de unos mil hombres, que tomaron parcialmente luchando calle por calle y casa por casa. Los revolucionarios implantaron una comuna, sustituyeron la moneda corriente por vales firmados por los comités, requisaron los trenes y los vehículos de transporte, confiscaron edificios y organizaron los abastecimientos y la sanidad. Los más radicalizados asesinaron a unas cuarenta personas entre sacerdotes y miembros de las clases altas asturianas. Era una guerra civil en toda regla, aunque limitada a una región.

Como el país estaba bajo la ley marcial, el ministro de la Guerra recurrió al general Franco para que acabara con la rebelión. El general López Óchoa salió de Lugo con una fuerza expedicionaria y el día 7 llegó a Gijón el crucero *Libertad* acompañado de dos cañoneras que dispararon contra los revolucionarios mientras la aviación bombardeaba las cuencas mineras y Oviedo. El día 8 el general Franco envió dos banderas de la Legión y dos tabores de regulares (compuestos por marroquíes mercenarios) al mando del teniente coronel Yagüe. Ese mismo día López Ochoa tomó Aviles. El día 11 la situación de los revolucionarios en Oviedo era desesperada: se habían quedado sin municiones y ya sabían que el intento revolucionario había fracasado en toda España. Al anochecer del 12 de octubre el general López Ochoa reconquistó prácticamente toda la ciudad. El día 18 el nuevo presidente del comité revolucionario, Belarmino Tomás, negoció la rendición con el general López Ochoa a cambio de que los moros no entrasen en los pueblos. **37**

Sin embargo, desde el día 10, legionarios y regulares ya habían entrado en los pueblos de la cuenca como en territorio extranjero, llevando a cabo robos, violaciones y asesinatos a los que siguieron frecuentes fusilamientos de prisioneros *in situ*. Y una vez desmantelada la

comuna asturiana, las fuerzas del orden desencadenaron una represión salvaje en la que no faltaron los asesinatos a sangre fría, las torturas y las detenciones arbitrarias.**38**

La revolución de Asturias había durado sólo quince días, pero había costado alrededor de 1.000 vidas y enormes destrucciones. Miles de obreros fueron despedidos por participar en el levantamiento revolucionario, se dictaron veinte penas de muerte (sólo se ejecutaron dos) y se detuvo a miles de personas hasta que en enero de 1935 se levantó el estado de guerra. El Gobierno ordenó sustituir por gestoras de su confianza los equipos de más de 200 ayuntamientos controlados por republicanos de izquierda y socialistas. Para la izquierda más sensata, la revolución de Octubre fue un desastroso error y un fracaso. Para la CNT, la comuna asturiana quedó como una gran esperanza frustrada de implantar el comunismo libertario. Para la derecha quedó claro que el ejército -columna vertebral de la Patria, como lo definió entonces Calvo Sotelo- era la única garantía contra el cambio revolucionario.

Pero, por encima de todo, el levantamiento había supuesto una profunda sacudida para la nación y un golpe casi fatal para la democracia en España. No cabe duda de que una insurrección tan violenta alarmó por igual al centro y a la derecha. El levantamiento, ciertamente, parecía confirmar a la derecha en su creencia de que debía hacer todo lo posible para impedir un nuevo intento de establecer la dictadura del proletariado, sobre todo cuando Largo Caballero declaraba que quería una república sin lucha de clases, pero que para ello era preciso que una de las clases desapareciera. No necesitaba la derecha que se le recordaran los horrores que siguieron a la Revolución rusa y la determinación de Lenin de aniquilar a la burguesía.

Con la derrota de la revolución de Octubre, la suspensión del Estatuto de Cataluña, la represión de los obreros y la disolución de los ayuntamientos de izquierda, se consolidó el predominio radical-cedista. La CEDA, sin embargo, creía que su peso en el gobierno Lerroux no era representativo de su fuerza y pugnaba por conseguir mayor representación. Gil Robles quería reformar la Constitución para abolir las disposiciones referentes a la prohibición de que la Iglesia controlara la enseñanza, pero si algo le quedaba al viejo radicalismo republicano era su veta anticlerical que se oponía a los designios de la CEDA.

Pero no por eso entró en crisis el gobierno Lerroux, sino porque, cuando Alcalá Zamora, ejerciendo su prerrogativa constitucional, conmutó la pena de muerte a González Peña (aunque no a otros), la se opuso terminantemente al indulto. Lerroux tuvo que formar un nuevo gobierno y esta vez dio entrada en él a cinco miembros de la CEDA, con sólo tres de su propio partido. Gil Robles pidió para sí la cartera de Guerra y nombró al general Fanjul subsecretario a Franco jefe del Estado Mayor Central, a Goded director general de Aeronáutica y a Mola le confió la jefatura del ejército de Marruecos. El nuevo gobierno se olvidó de la reforma agraria, desatendió la enseñanza pública, impidió la creación de nuevos impuestos que pudieran irritar a los ricos, aprobó una indemnización de 230 millones de pesetas para los grandes de España, devolvió a los jesuitas todas sus propiedades y mantuvo el estado de alarma en el país durante todo el año 1935.

Mientras tanto, la izquierda republicana iba tratando de rehacer sus filas. En diciembre de 1934, Azaña fue exonerado de toda culpa en los hechos de Octubre y puesto en libertad. En abril estableció un pacto de conjunción republicana en el que figuraban Izquierda Republicana, Unión Republicana y el Partido Nacional Republicano. En marzo de 1935 reapareció en las Cortes y comenzó una campaña de mítines-monstruo. El 26 de mayo pronunció un gran discurso en el campo de Mestalla (Valencia), luego otro en Bilbao y, el 20 de octubre, otro más en el campo de Comillas (Madrid) al que asistieron más de 300.000 personas. En este discurso, Manuel Azaña puso los cimientos de la alianza electoral de las izquierdas que las llevaría al triunfo en las elecciones de febrero de 1936.

Los socialistas, en cambio, siguieron dividiéndose. Prieto, exiliado en París por los hechos de Octubre, rompió con los caballeristas y trató de aproximarse, de nuevo, a Azaña. Largo Caballero salió de la cárcel, en noviembre, más bolchevizado que nunca, tras su primera lectura de las obras de Lenin y las visitas que le hacía en su celda Jacques Ducloux, el representante francés de la Comintern. El enfrentamiento con el ala prietista, que le obligó a dimitir como presidente del PSOE, selló el aborrecimiento que, desde entonces, sintió siempre por Prieto.

La alianza radical-cedista se vino abajo a finales de 1935 por dos escándalos políticos. En octubre estalló el del estraperlo,³⁹ que permitió al presidente de la República exigir la dimisión de Lerroux y encargar a Joaquín Chapaprieta, un hacendista preocupado por el gasto público, la formación de un nuevo gobierno. Pero al mes siguiente apareció otro escándalo de corrupción, el de Tayá-Nombela,⁴⁰ que significó el tiro de gracia para el entero Partido Radical.

Gil Robles pensó que le había llegado la hora de gobernar, de modo que retiró su apoyo a Chapaprieta por sus intentos de reforma fiscal e hizo caer al Gobierno. Pero la jugada le salió mal. Niceto Alcalá Zamora, en parte por escrúpulos republicanos y en parte porque tenía la intención de impulsar la creación de un gran partido de centro, encargó la formación del nuevo gabinete a un hombre de su confianza, el ex gobernador de Cataluña Manuel Pórtela Valladares.

3. El Frente Popular

Cuando Pórtela Valladares reunió al Consejo de ministros el uno de enero de 1936, ya tenía en sus manos el decreto de disolución de las Cortes que preveía la convocatoria de elecciones generales para el día 16 de febrero próximo. Aquellas iban a ser las últimas elecciones democráticas que se celebrarían en España durante cuarenta años.

El 7 de enero, cuando se hizo público el decreto de disolución, arrancó una campaña electoral que se encrespó rápidamente: la derecha necesitaba volver a gobernar para continuar desmontando los avances reformistas del primer bienio y la izquierda quería recuperar a toda costa la senda del cambio económico y social. Dada la ley electoral, que primaba a las mayorías, se imponía la constitución de coaliciones en todo el país con la consiguiente polarización y, en consecuencia, la práctica desaparición de las fuerzas centristas.

Lo que, tal vez, no era sorprendente. Los sentimientos de unos y otros eran demasiado fuertes como para permitir que la democracia funcionara normalmente. Ambas partes recurrían a un lenguaje apocalíptico que canalizaba las expectativas de sus seguidores hacia una salida violenta, no política. Largo Caballero había dicho que si las derechas ganaban las elecciones, se iría a la guerra civil abierta. De forma nada sorprendente la derecha reaccionó con una actitud similar. En su opinión, una victoria de la izquierda en las elecciones era el camino que podía conducir a la dictadura del proletariado que Largo Caballero y otros habían prometido.

La CEDA constituyó con los monárquicos y los carlistas un «frente nacional contrarrevolucionario».1 La cabeza de esa coalición era José María Gil Robles, que se había ido deslizado desde el «accidentalismo» por las formas de gobierno hacia el integrista católico con tintes fascistas. Se dejaba aclamar por la JAP al grito de «Jefe, jefe, jefe!» y gustaba de un márketing político colosal y apabullante, como el célebre cartelón que ocupaba tres pisos de la fachada de un edificio céntrico en Madrid, donde bajo un neón luminoso de Anís del Mono aparecía su efigie adornada con el eslogan «Dadme la mayoría absoluta y os daré una España grande».

Ante la convocatoria de las elecciones, repartió millones de folletos en los que se decía, entre otras cosas, que una victoria de la izquierda llevaría al «armamento de la canalla, incendio de bancos y casas particulares, reparto de bienes y tierras, saqueos en forma, reparto de vuestras mujeres».2 Obviamente los fondos para esas campañas procedían de terratenientes, grandes empresarios y de la Iglesia católica, que se había apresurado también a bendecir el Bloque Nacional de Calvo Sotelo afirmando que votar por él era votar a Cristo.

Desde la proclamación de la República, en abril de 1931, la quema de iglesias y conventos en mayo y las cláusulas anticlericales de la Constitución, la jerarquía católica había mostrado su hostilidad al nuevo régimen, pero tras el levantamiento de Octubre de 1934, en Asturias, no se había recatado de predicar la desobediencia al gobierno legalmente constituido, cuando las disposiciones de éste contravenían los intereses de la Iglesia, y de incitar a la insurrección. Cuando la República suprimió el presupuesto de culto y clero, que era una de las mayores fuentes de financiación de la Iglesia española, ésta se empobreció en seguida y los sacerdotes tuvieron que depender mucho más del óbolo de los fieles, mientras que los obispos se aferraban desesperadamente a sus prebendas para mantener su tren de vida.3

En 1936 había en España unos 30.000 sacerdotes diocesanos, la mayoría de los cuales era pobre y tremendamente inculta, incapacitada para otro trabajo que no fuera su ministerio, y, al parecer, los católicos practicantes españoles eran muy reacios a la hora de rascarse el bolsillo para las limosnas, con lo que muchos sacerdotes vivían con grandes estrecheces. Tampoco la jerarquía eclesiástica parecía ser mucho más generosa que su rebaño: cuando,

ante las dificultades financieras de la Iglesia, el cardenal Vidal y Barraquer propuso un plan de solidaridad interdiocesana, los obispos españoles pusieron el grito en el cielo.**4**

Los partidos y agrupaciones de centro-izquierda e izquierda firmaron el 15 de enero un pacto para concurrir juntos a las elecciones y llevar a cabo un programa de Frente Popular, basado principalmente en dinamizar la reforma agraria, promulgar una amnistía para los 20.000 o 25.000 presos políticos que había en España tras la revolución de Octubre,**5** restablecer el suspendido Estatuto de Cataluña, derogar la ley de arrendamientos rústicos, reformar las leyes municipales y volver a impulsar la educación y la cultura. Aunque en el programa se rechazaba la nacionalización de la banca y el reparto de la tierra, las derechas sostuvieron que en el pacto había unas cláusulas secretas «mediante las cuales los partidos republicanos llegaban a concesiones de distinto y superior alcance».**6**

Dadas las circunstancias, esas sospechas eran inevitables. El manifiesto del Frente Popular para las elecciones era, desde luego, moderado, pero los caballeristas sí habían reivindicado la nacionalización de la tierra, la disolución del ejército, de la Guardia Civil y de todas las órdenes religiosas con incautación de sus propiedades. En mayo de 1935, el manifiesto de la Alianza Obrera pedía, además, la «confiscación y nacionalización de la gran industria, las finanzas, el transporte y las comunicaciones».**7** Hasta los republicanos de izquierda justificaron el levantamiento de 1934. Por otra parte, la petición de libertad para los condenados por tomar parte en una rebelión violenta contra el gobierno legalmente elegido iba a soliviantar a la derecha. La firme decisión de la izquierda de liberar de la cárcel a todos los condenados por el levantamiento de 1934 no era precisamente garantía de su respeto por el imperio de la ley y el gobierno constitucional. La naturaleza bifronte de la alianza del Frente Popular quedó demostrada una semana después de las elecciones. En el mismo día, Diego Martínez Barrio afirmó que el Frente Popular era una «empresa conservadora» y *El Socialista* escribió que «estamos decididos a hacer en España lo que se ha hecho en Rusia. El plan del socialismo español y del comunismo ruso es el mismo».**8**

Este Frente Popular estaba integrado por Izquierda Republicana, Unión Republicana, Partido Socialista Obrero Español, Juventudes Socialistas, Partido Comunista de España, Partido Obrero de Unificación Marxista, Partido Sindicalista y Unión General de Trabajadores. En Cataluña Esquerra Republicana, Acció Catalana Republicana, Partit Nacionalista República Cántala, Unió Socialista de Catalunya, Unió de Rabassaires y los pequeños partidos comunistas constituyeron el Front d'Esquerres. El Partido Nacionalista Vasco (PNV) presentó candidatura aparte pese a las presiones, o quizá por ellas, del Vaticano para que se integrara en el Bloque Nacional, y en Galicia el Partido Galeguista se integró en el Frente Popular no sin sufrir una escisión por su derecha. El pacto electoral, promovido en principio por socialistas y republicanos de izquierda, nació del levantamiento de Asturias y coincidía con las nuevas consignas de la Internacional Comunista, que en su séptimo congreso había urgido a los partidos comunistas ortodoxos a aliarse con otras fuerzas de izquierda no revolucionaria en frentes populares para combatir el fascismo que amenazaba en toda Europa. Este paso era una redefinición de la táctica pero no de la estrategia de la Comintern, que ensayaba, así, una doble vía de actuación: moderada en el corto plazo, pero revolucionaria en sus fines.**9**

Sin embargo, en junio de 1936, Georg Dimitrov, secretario de la Comintern, advirtió que, dada la situación realmente existente en España, la tarea básica y urgente del Partido Comunista de España y del proletariado español en la hora presente es conseguir la victoria total de las fuerzas democráticas y revolucionarias sobre el fascismo y la contrarrevolución y, con la ayuda de medidas de carácter económico y político que completen la revolución democrática, aislar a los fascistas de las masas de campesinos y pequeña burguesía urbana

sobre las que se han apoyado hasta ahora, para desbaratar sus fuerzas, minar la base material de la contrarrevolución y fortalecer la posición del proletariado y sus aliados.**10**

Sin embargo, los dirigentes de la Comintern difícilmente estaban interesados en preservar, a la larga, a la clase media. La estrategia del Frente Popular no era más que un medio para conseguir el poder. Eso quedó claro, más tarde, en la reunión de la Comintern del 23 de julio en la que se analizó el levantamiento derechista. Dimitrov advirtió que los comunistas españoles no debían tratar de establecer una dictadura del proletariado «en la situación actual»:

Eso sería un error fatal. Por lo tanto, hemos de decir: actuamos bajo la bandera de la defensa de la República ... En otras palabras, camaradas, creemos que en la presente situación internacional es ventajoso y necesario para nosotros llevar a cabo una política que pueda preservar la oportunidad que tenemos de organizar, educar, unificar a las masas y reforzar nuestras propias posiciones en un cierto número de países -España, Francia, Bélgica, etc.- donde hay gobiernos que dependen del Frente Popular y donde el Partido Comunista tiene grandes oportunidades. Cuando hayamos fortalecido nuestras posiciones, entonces podremos ir más allá.**11**

«Ir más allá» significaba también que la eliminación de los rivales políticos tenía máxima prioridad desde el principio. El 17 de julio, justo cuando los anarquistas se preparaban para derrotar la sublevación de los generales en Barcelona, la Comintern «aconsejó» a la dirección del PCE: «Es necesario tomar medidas preventivas, con la mayor urgencia, contra los intentos de *putsch* de los anarquistas, tras los que se oculta la mano de los fascistas».

El PCE, como informó más tarde a Moscú André Marty, representante francés de la Comintern, estaba dirigido casi enteramente por Codovilla, y el PSUC catalán, por Erno Geró, otro emisario de la Comintern. Marty se refería con desdén al trabajo del comité central del PCE como «tremendamente primitivo». José Díaz era el único miembro competente, pero estaba demasiado enfermo del hígado para ser eficaz.

El mayor partido del Frente Popular era el PSOE, y Largo Caballero se había convertido, a sus sesenta y seis años, a la retórica revolucionaria. No se fiaba de la amplia alianza de centro-izquierda forjada por Prieto y Azaña y se dejaba cortejar por las Juventudes Socialistas y por Jacques Ducloux, representante de la Comintern, que veía en Largo Caballero al líder más adecuado para aglutinar a los obreros españoles. No sólo *Claridad*, el órgano de los caballeristas, sino la prensa comunista de toda Europa colaboró en la construcción de una imagen revolucionaria para Largo Caballero. Le llamaron el «Lenin español» y alabaron sus virtudes proletarias hasta tal punto que el propio Largo Caballero, que no había leído a Marx ni a Lenin hasta 1934, durante su prisión en la cárcel Modelo de Madrid, acabó creyéndose. Se lanzó entonces a dar una serie de mítines por todo el país en los que sus soflamas revolucionarias llegaron a preocupar seriamente a los comunistas, quienes, de acuerdo con la nueva línea señalada por Dimitrov, veían con horror que Largo Caballero se dedicara a asustar a las clases medias llamando a eliminarlas. Algún socialista chistoso hizo célebre el eslogan «Vota comunista y salva a España del marxismo». Pero, fueran o no sus discursos producto de la intoxicación revolucionaria, o revelaran sus propias intenciones en aquel momento, no es sorprendente que la derecha, amenazada de extinción por la izquierda, se preparara para dar una respuesta.

La efectividad y la progresión del Partido Comunista de España podía medirse por la distancia que había entre su estrategia de escasa militancia y su considerable influencia. Cuando se fundó el partido en noviembre de 1921 contaba con unas docenas de militantes, que llegaron a ser unos mil hacia abril de 1931; en las elecciones de noviembre de 1933 había obtenido 170.000 votos y su primer escaño en las Cortes, pero entre febrero y julio de

1936 pasó de 30.000 afiliados a unos 100.000, cifra que hay que comparar con los casi 60.000 del PSOE en aquel momento, los dos millones de ugetistas y el millón y medio de cenetistas.**12** De la actitud de estos últimos ante las elecciones dependía en buena parte el triunfo de la izquierda, pero en aquella ocasión, con sus presos políticos en las cárceles, la CNT no se opuso mayoritariamente al voto y contribuyó, sin lugar a dudas, a la victoria del Frente Popular.

El 16 de febrero se abrieron los colegios electorales en medio de una calma tensa. Tanto la coalición de derechas como la de izquierdas estaban seguras de ganar, pero cuando las juntas electorales provinciales dieron a conocer los resultados el 20 de febrero, el Frente Popular había triunfado en 37 circunscripciones y en todas las grandes ciudades de España, ganando limpiamente las elecciones por más de 150.000 votos sobre el conglomerado de derechas. Aplicando la ley electoral, que trataba de evitar la formación de unas Cortes fragmentadas y que en noviembre de 1933 había favorecido a la derecha,**13** el Frente Popular obtenía la mayoría absoluta.

Pero en realidad, los resultados dieron un triunfo muy ajustado a la izquierda, que ganó por menos del 2 por 100 del voto popular:

Votantes: 9.864.783 (el 72% del censo electoral)

Por el Frente Popular: 4.654.116

Nacionalistas vascos: 125.714

Centro: 400.901

Derechas: 4.503.524 **14**

De los partidos más importantes el PSOE obtuvo 99 escaños, Izquierda Republicana (una amalgama de Acción Republicana, el Partido Republicano Galleguista de Casares Quiroga y los radical-socialistas de Marcelino Domingo) ganó 87 escaños, la Unión Republicana de Martínez Barrio (escindida del Partido Radical de Lerroux) obtuvo 38, el Partido Comunista de España, 17, y Esquerra Republicana de Catalunya, 21. Por la derecha, la CEDA conservó 88 escaños, los monárquicos del Bloque Nacional obtuvieron 12, los tradicionalistas, 10, la Lliga, 12, y el Partido Radical, 5. Al margen de estos dos bloques, el Partido Centrista de Pórtela Valladares ganó 16 escaños y el Partido Nacionalista Vasco 10.**15**

Tal vez lo más sorprendente de las elecciones fue que, de los casi diez millones de votantes, los falangistas de José Antonio Primo de Rivera obtuvieron sólo 46.000 votos en toda España, que venían a significar en promedio menos de 1.000 votos por provincia, lo que da una idea algo más real de la amenaza fascista que la que proclamaba Largo Caballero.

La izquierda, sin pararse a considerar la estrechez de su victoria, procedió a comportarse como si hubiese recibido un mandato aplastante para el cambio revolucionario. Como era de esperar, la derecha se exasperó al ver cómo las multitudes corrían a liberar a los presos, sin esperar siquiera a una amnistía.

Tan pronto como se conocieron los resultados de las elecciones, un grupo de monárquicos pidió a Gil Robles que encabezara un golpe de estado, pero éste no se atrevió a llevarlo a cabo. La vía parlamentaria hacia el estado corporativo que él quería había fracasado y ahora, llegado el momento de la verdad, no se atrevía a dar el paso de hacerse con el poder por medios violentos. Acuciado, tal vez, por la amargura de la derrota, Gil Robles se desató en una sorprendente e hipócrita filípica contra los ricos -es decir, los que financiaban la CEDA- en la que les acusaba de haber mostrado un egoísmo suicida al reducir los salarios, incrementar los arriendos y promover desahucios tan pronto como la derecha llegó al poder en 1933. Exhortó entonces a Pórtela, primero, a que instaurase una dictadura antes de que las masas revolucionarias se lanzaran a la calle y, después, ante la negativa de éste, a que proclamara el «estado de guerra». Pórtela vaciló, pero al final llamó por teléfono al jefe del Estado y

consiguió su autorización, si bien en el posterior Consejo de ministros sólo se acordó el «estado de alarma» durante ocho días. El jefe del Estado Mayor Central, general Franco, lo amplió por su cuenta al «estado de guerra» en Zaragoza, Valencia, Oviedo y Alicante para reprimir lo que Gil Robles llamaba «locura colectiva de las masas», horrorizado de que, por ejemplo, se hubiesen abierto los hospitales de leprosos.**16** Franco, a su vez, envió un emisario al general Pozas, director general de la Guardia Civil, invitándole a sumarse a «las determinaciones que hubiera de tomarse en defensa del orden y en bien de España»**17** y trató de convencer a Pórtela Valladares para que no entregara el gobierno al Frente Popular, ofreciéndole el apoyo del ejército. Fue entonces, quizá, cuando Franco acarició por primera vez la perspectiva de entrar en una conspiración militar, que si no se materializó fue tan sólo porque la oficialidad de grado medio no se atrevió a secundar un movimiento de aquella envergadura sin contar con la Guardia Civil y la Guardia de Asalto. En un texto de 1944, Franco dijo que «convocó a aquellos generales que le habían expuesto en otras ocasiones su disgusto y necesidad de un movimiento para ... intentar que el ejército evitase la total y segura ruina de nuestra patria».**18**

Ante su escasa confianza en que el golpe saliese adelante, Franco se entrevistó de nuevo con Pórtela el día 19 de febrero para espetarle que «si deja[ba] pasar al comunismo» contraería una gravísima responsabilidad ante la historia. Pero Pórtela no estaba para chantajes morales: hundido, deshecho («produce la impresión de un fantasma, no de un jefe de gobierno» en palabras de Azaña), dimitió aquel mismo día. El presidente de la República, Alcalá Zamora, no tuvo más remedio que pedir a su aborrecido rival, Manuel Azaña, que formara gobierno, cosa que éste hizo al día siguiente con miembros de su propio partido y de Unión Republicana. No pensaba Azaña incluir a ningún socialista en su gabinete, pero, en cualquier caso, Largo Caballero vetó la participación del PSOE en el nuevo gobierno para impedir que Prieto volviera a aliarse con aquél en una alianza socialdemócrata.

Pese a la moderadísima composición del nuevo gabinete, los políticos de la derecha reaccionaron como si los bolcheviques se hubiesen apoderado del gobierno de España. Les horrorizaba la estampa de los ciudadanos recorriendo las calles de las principales ciudades festejando la victoria, o que empezaran a salir de la cárcel algunos presos políticos incluso antes de que se hubiese promulgado el decreto de amnistía. La Iglesia alertaba de que los enemigos del catolicismo, «bajo la influencia y la dirección de la asociación mundial judío-masónica, nos tienen declarada una guerra sin cuartel, a muerte»,**19** y hacía un llamamiento a la España católica para que cumpliera su destino histórico y salvara a la nación de los peligros del socialismo y del laicismo por medio de un choque «entre el bien y el mal, entre la ciudad de Dios y la ciudad de Satanás».**20** La derecha había comprendido que para salvaguardar su idea de España la vía parlamentaria ya no le era de utilidad, aunque sólo fuera porque sus oponentes de la izquierda ya habían demostrado su propia voluntad de ignorar el imperio de la ley.

El día 20 de febrero se reunió el primer Consejo de ministros del gobierno Azaña tras el cual el jefe del Gobierno se dirigió por radio a todos los españoles. Azaña les habló de paz, de justicia, de libertad, de vigencia de la Constitución y de amnistía. Y concluyó así:**21**

Cumplidos estos primeros actos del Gobierno, se emprenderá, con el concurso de las Cortes, una gran obra de restauración nacional en defensa del trabajo y de la producción, impulsando las obras públicas, atendiendo a los problemas del paro y a todos los demás puntos que han servido de motivo para la coalición de los partidos republicanos y proletarios que hoy están representados en el poder.

Entre los muchos problemas que tuvo que afrontar Azaña, quizá la medida más urgente fuera, en efecto, la concesión de una amnistía, porque había motines en los penales de

Burgos, Cartagena y Valencia promovidos por los presos comunes que intuían que los presos políticos iban a ser puestos en libertad. No cabía esperar a la constitución de las Cortes y la amnistía se votó en la Diputación permanente, promulgándose al día siguiente con los votos solícitos de una CEDA asustada. El día 23 se restablecieron la Generalitat de Cataluña, los ayuntamientos socialistas suspendidos en toda España desde el levantamiento de Octubre de 1934 y los ayuntamientos vascos suspendidos en el verano de aquel mismo año, al tiempo que se procedió a una reestructuración de los mandos militares nombrando a generales leales a la República para puestos clave y alejando de Madrid a los generales sospechosos de golpismo.

En seguida se reanudaron los trabajos del Instituto de Reforma Agraria (IRA), y el propio ministro de Agricultura, Mariano Ruiz Funes, garantizó con su presencia personal en Andalucía y Extremadura la recta adjudicación de tierras a los colonos. El presidente de la Generalitat, Lluís Companys, salió del penal del Puerto de Santa María, fue recibido en Barcelona por una enorme muchedumbre y se reabrió el Parlamento catalán. El 16 de marzo, Azaña anunció que se reanudaba la confiscación de tierras a los aristócratas implicados en la «sanjurjada» del verano de 1932, que se suspendían los juicios de desahucio contra los campesinos arrendatarios, que se devolvían a los yunteros de Extremadura las tierras que venían trabajando, y que se reintegraba a sus puestos de trabajo a los represaliados políticos por los hechos de Octubre.

La situación económica, sin embargo, no era buena. Desde 1931 la inversión privada había caído en picado hasta llegar en 1936 a alcanzar los valores de 1913, mientras que la inversión pública había tenido que experimentar el comportamiento opuesto, con el consiguiente efecto sobre los presupuestos del Estado.**22** Las fugas de capital estaban a la orden del día: Juan March, el multimillonario mallorquín, principal accionista de la Transmediterránea y de la compañía petrolera Porto Pi, que había amasado una enorme fortuna gracias al contrabando de tabaco, aprovechando que Calvo Sotelo le había ayudado a hacerse con la concesión del monopolio de tabacos en Marruecos, huyó de España para evitar la prisión. Una vez fuera del país, se dedicó a especular contra la peseta en el mercado de cambios y actuó como banquero de las fuerzas que llevaban conspirando contra la República desde el otoño de 1932. De su propio bolsillo aportó dos millones de pesetas de los 20 que recaudó la comisión antirrepublicana presidida por el conde de los Andes.**23**

Mucho más graves que los manejos financieros de March, fueron las consecuencias económicas de la victoria electoral de la izquierda. Los obreros reivindicaron grandes aumentos salariales, mucho más allá de lo que podían soportar las fábricas o las explotaciones agrarias. Las huelgas se multiplicaron, creció el desempleo y el valor de la peseta cayó con fuerza en los mercados exteriores. El problema real con que se enfrentaba el gobierno de centro-izquierda de Azaña nacía de su pacto fáustico con la izquierda dura de los caballeristas, que veían aquel gobierno como el equivalente del régimen de Kerenski en Rusia, cosa que compartía la derecha. Casi de inmediato, el gobierno Azaña se encontró con que carecía de influencia sobre sus aliados electorales, embarcados ahora en una vía revolucionaria, y que no había esperanzas de convencer a sus seguidores de que obedecieran las leyes. Luis Araquistáin, director de *Claridad* y portavoz de la tendencia bolchevique en el seno del Partido Socialista y de la UGT, había pronunciado discursos durante la campaña electoral diciendo que España, como Rusia en 1917, estaba lista para la revolución. Araquistáin había rechazado las advertencias de Julián Besteiro de que las actividades revolucionarias, como las ocupaciones de fábricas, no hacían más que arrojar a las clases medias a los brazos del fascismo y destruir la economía. Cada organización de izquierda empezó a formar sus propias milicias, de las cuales la comunista fue la más disciplinada y

eficaz. Un gran número de gentes, antes nunca visto, deambulaba armado, pronto para defenderse de los ataques de sus adversarios. La impresión general de que la ley y el orden se habían desmoronado fue un regalo para la derecha antidemocrática que, en la forma de la Falange, trataba de provocar desórdenes con el fin de justificar un levantamiento militar.

Desde luego, el terror que experimentaba la derecha seguía creciendo: periódicos como *&ABC* no dejaban de machacar a sus lectores con mensajes catastrofistas sobre «las hordas asesinas e incendiarias capitaneadas por extranjeros de faz mongólica que quieren imponer la dictadura del proletariado»,**24** afirmaban que el país era ingobernable y contabilizaban como crímenes políticos delitos comunes para reforzar la impresión de desgobierno. La derecha no dejaba de decir que la democracia no funcionaba y que las Cortes no servían para nada, como hacía Calvo Sotelo, el ex ministro de Hacienda de Primo de Rivera, responsable de la devaluación de la peseta, que se sentía orgulloso de que le llamaran fascista. Toda la fuerza de la España tradicional se había volcado sobre la actividad extraparlamentaria. A los oficiales del ejército se les denigraba en público llamándoles cobardes porque no hacían nada por derribar al nuevo Gobierno.

Pero de todos los grupos de derecha que repudiaban el parlamentarismo, el más vocinglero era la Falange, que hasta 1936 apenas había aparecido en el panorama político español. Esta fuerza fascista obtenía su financiación básicamente de Renovación Española, que le asignaba 10.000 pesetas mensuales, del Banco de Vizcaya y, desde luego, de Juan March. Mussolini enviaba a la Falange todos los meses 50.000 liras a través de la embajada de Italia en París,**25** pero los nazis alemanes no confiaban en el pequeño grupo español y le negaron una subvención de un millón de marcos que había pedido.**26** La Falange necesitaba dinero porque crecía con rapidez gracias a la sangría de jóvenes católicos que abandonaban las Juventudes de Acción Popular (JAP) hartos de retórica y de mítines y deseosos de acción. Durante la primavera de 1936 la Falange alcanzó la cifra de 30.000 miembros, de los que 15.000 eran antiguos japistas.**27**

Falange Española nació en el teatro de la Comedia de Madrid el 29 de octubre de 1933, fundada por José Antonio Primo de Rivera, quien dio sus primeros pasos políticos en la Unión Monárquica Nacional. Los miembros iniciales de Falange eran, básicamente, intelectuales fascistas, estudiantes, monárquicos alfonsinos, conservadores insatisfechos y antiguos afiliados a la Unión Patriótica del general Primo de Rivera:

La clientela falangista estaba compuesta por individuos de las clases medias que admiraban a la clase alta y aspiraban a su estilo de vida y sus valores ... Eran gentes que se sentían horrorizadas y amenazadas por la creciente virulencia de la izquierda organizada y, al mismo tiempo, por el fracaso del gobierno republicano para defender todo lo que ellos consideraban estimable: La Iglesia, la propiedad privada, el matrimonio y la familia. Confiaban en que un partido autoritario como Falange Española garantizara esos valores y, con ellos, su propia supervivencia. **28**

En el acto fundacional de Falange, José Antonio se refirió a España como «una síntesis trascendental, una síntesis indivisible, con fines propios que cumplir», y al nuevo movimiento (nada de «partido») como «el instrumento eficaz, autoritario, al servicio de esa unidad irrevocable que se llama Patria».**29** Tras aquella palabrería de ética irracionalista y de estética elitista, lo que se escondía era un suspiro señoril por la perdida grandeza de España, identificada con la de los Reyes Católicos. El nuevo movimiento era de un nacionalismo español exacerbado, imperialista y católico (el auténtico falangista había de ser «mitad monje y mitad soldado»), tenía una concepción autoritaria del orden, de la disciplina y de la jerarquía, y profesaba una admiración sin límites por los valores militares tradicionales.

Odiaba el liberalismo, el marxismo y, sobre todo, cualquier particularismo. Nadie mejor que el propio José Antonio para hacérselo entender:

Hoy están frente a frente dos concepciones totales del mundo ... O vence la concepción espiritual, occidental, cristiana, española, de la existencia, con cuanto supone de servicio y sacrificio, pero con todo lo que concede de dignidad individual y de decoro patrio, o vence la concepción materialista, rusa, de la existencia que, sobre someter a los españoles al yugo feroz de un ejército rojo y de una implacable policía, disgregará a España en Repúblicas locales -Cataluña, Vasconia, Galicia- mediatizadas por Rusia ... Rusia ha ganado las elecciones ... y el comunismo manda en la calle; en estos días los grupos comunistas de acción han incendiado en España centenares de casas, fábricas e iglesias, han asesinado a mansalva, han destituido y nombrado autoridades...**30**

La ideología paradójica de la Falange **31** revela la verdadera dimensión de la mentalidad centralista y autoritaria de la España tradicional. La Falange alardeaba de sus pretensiones socializantes, al igual que los nazis y los fascistas, y José Antonio atacaba la «bancarrotasocial del capitalismo» denunciando las condiciones de vida de obreros y campesinos. Comprendía que éstos se hicieran marxistas, pero le repugnaba una ideología que no era española y que predicaba una lucha de clases que sólo serviría para debilitar sin remedio a la nación. Para evitarlo, el país debía estar fuertemente unido en un sistema en el que el patrón ya no pudiera explotar al obrero ni éste combatir a aquél.

El falangismo se diferenciaba del fascismo italiano y del nazismo alemán en su naturaleza profundamente conservadora. Mussolini recurría a los símbolos romanos y a la imaginería imperial en sus mítines tan sólo como elementos de propaganda. La Falange, en cambio, utilizaba fraseología moderna y revolucionaria aunque seguía siendo fundamentalmente reaccionaria. La ideología de la Falange no era ya contradictoria, sino esquizofrénica. José Antonio tan pronto se aproximaba a Indalecio Prieto como a la CNT. Al general Franco le recordaba que «como ha dicho Spengler, en el último momento la civilización ha sido salvada siempre por un pelotón de soldados». Pero una civilización que tiene que ser salvada por soldados es la imagen propia del mundo perfecto de un conservador, no la de un nacionalsocialista revolucionario.

La Falange necesitaba cada vez más armas para su dialéctica de puños y pistolas y por medio de Luis Bolín, corresponsal entonces de *ABC* en Londres y futura pieza del engranaje del golpe de estado, se entrevistaba con un importante personaje inglés en el hotel Claridge de Londres para comprar grandes cantidades de metralletas que debían ser embaladas en cajas de champagne y enviadas vía Alemania a bordo de un yate privado. De hecho estas armas no llegaron a tiempo, pero Bolín siguió negociando en Londres la organización de futuros suministros regulares más cuantiosos.

El 10 de marzo, una escuadra de Falange dirigida por Alberto Ortega atentó contra la vida del profesor Luis Jiménez de Asúa, diputado socialista, y asesinó al policía que le escoltaba. Cuatro días después, los falangistas atentaron contra Largo Caballero. José Antonio se entrevistó con Franco en casa de Ramón Serrano Súñer para preparar un plan conjunto de acción, pero al día siguiente la Falange fue ilegalizada por el Gobierno y José Antonio detenido bajo la acusación de tenencia ilícita de armas. En muchas ocasiones se hace difícil reconciliar la imagen de joven encantador que no sólo amigos y correligionarios han pintado de José Antonio con la brutalidad que sus seguidores mostraban en las calles y con el repugnante racismo de sus amigos más íntimos. El siguiente texto de Agustín de Foxá sobre la España republicana, que es, desde luego, sólo el material literario con que construye su novela, no deja de ayudarnos a entender cuál era la mentalidad de los dirigentes falangistas:

Pasaban masas ya revueltas: mujerzuelas feas, jorobadas, con lazos rojos en las greñas, niños anémicos y sucios, gitanos, cojos, negros de los cabarets, rizados estudiantes mal alimentados, obreros de mirada estúpida, poceros, maestrillos amargados y biliosos. Toda la hez de los fracasos, los torpes, los enfermos, los feos; el mundo inferior y terrible, removido por aquellas banderas siniestras.**32**

Sea, o no, recurso literario esa descripción del pueblo de Madrid, impregnada de asco, se compadece muy bien con los rasgos de aristocratismo y dandismo de José Antonio y sus camaradas, muy evidentes, por ejemplo, en las llamadas «cenas de Carlomagno»: una vez al mes, José Antonio, Sánchez Mazas, Mourlane Michelena, Ridruejo, Foxá y otros se reunían en el comedor del Hotel París, en la Carrera de San Jerónimo, para degustar, de riguroso smoking, una cena en honor de Carlomagno, cuya composición había sido discutida minuciosamente durante el mes anterior. Presidía el banquete un sillón cubierto con una piel de corzo en homenaje al regio convidado ausente.**33**

Por su parte los carlistas, que también veían en el liberalismo la fuente de todos los males, soñaban con resucitar una autocracia real católica de signo populista que les devolviese la España eterna. El carlismo era un movimiento ultraconservador, distinto del falangismo, pero alarmado, como éste, por la conspiración «judeo-marxista-masónica» que iba a convertir a España, tras la victoria del Frente Popular, en una colonia de Rusia.**34** Su financiación principal procedía de los miembros de la Comunión Tradicionalista: los Oriol, los Baleztena, los Zozaya o los Contreras, pero también de Italia. Sus dirigentes, Manuel Fal Conde, secretario general de la Comunión, y el conde Tomás de Rodezno se dedicaban a comprar armas en Alemania y en Italia, donde se preparaban los oficiales del Requeté,**35** la milicia carlista cuyas dimensiones son muy difíciles de calcular pero que a principios de 1936 contaba, sólo en Navarra, con más de 8.000 boinas rojas. En total, nos dice Blinkhorn, parece razonable cifrar esa milicia en unos 30.000 hombres. Tras el resultado de las elecciones de febrero, el carlismo abandonó definitivamente la vía parlamentaria y se dispuso a terminar de una vez por todas con los experimentos de cambio republicanos. En la primavera de 1936, la Junta Suprema Militar carlista, creada en San Juan de Luz por don Javier de Borbón-Parma y por Fal Conde, y compuesta enteramente por ex militares, preparó un levantamiento en contacto con la reaccionaria Unión Militar Española (UME), los alfonsinos y José Antonio, mientras enlazaba con los generales golpistas a través del entonces coronel José Várela, que había adiestrado en secreto a los requetés en los meses anteriores.

4. La fatal paradoja

La incertidumbre a que llevaba la situación política de España en la primavera de 1936 iba paralizando el desarrollo industrial del país. La balanza comercial a precios constantes mostraba el mismo nivel de déficit que en 1925; las importaciones habían caído en picado desde 1931 y el déficit exterior aumentó sobre todo por la caída imparable de las exportaciones, casi la mitad de las cuales estaban constituidas por cuatro productos: naranjas, almendras, vino y aceite.¹ Aunque la industria y los servicios no tenían tan poco peso como se ha venido diciendo tradicionalmente, lo cierto es que el sector primario seguía siendo fundamental en la economía española y los ciclos agrarios marcaban la evolución del PIB, mientras que la fuerza animal suponía aún el 95 por 100 de las disponibilidades energéticas de la agricultura española. Si, por un lado, los terratenientes buscaban maximizar los beneficios de su explotación, con independencia de lo que eso supusiera para el bienestar social, que no era de su incumbencia, los trabajadores del campo necesitaban desesperadamente mejorar sus condiciones de vida. El paro, que en España era más estructural y agrario que industrial y coyuntural, justificaba por sí solo una reforma agraria que ayudase a reducirlo, para crear así el ciclo virtuoso de la economía: incremento de la masa salarial que a su vez impulsaría la demanda de consumo. Por eso los economistas Flores de Lemus y Bernis, que conocían los resultados de las reformas centroeuropeas, estaban a favor de la reforma agraria, que veían como imprescindible para lograr un incremento de la productividad y de la eficiencia económica.

El Instituto de Reforma Agraria reemprendió en cuanto pudo sus tareas de asentamientos en nuevas tierras, pero lo hizo con tal lentitud a causa de los recursos judiciales interpuestos por los propietarios absentistas, que exasperó a los campesinos sin tierra, cegados por el acuciante imaginario del reparto. Durante la primera quincena de marzo, los braceros comenzaron a ocupar fincas en Madrid, Salamanca y Toledo y al alba del día 25, 60.000 campesinos sin tierra se lanzaron en Badajoz a la ocupación de tierras y empezaron a roturarlas. Durante las semanas siguientes se produjeron acciones similares en Cáceres, Jaén, Sevilla y Córdoba. La fuerza pública, hipotecada por el recuerdo de Casas Viejas, actuó con indecisión, y en uno de los rifirrafes con los campesinos resultó muerto un guardia civil en Yeste. La Benemérita replicó matando a 17 jornaleros e hiriendo a muchos más.² Lo cierto es que durante el gobierno del Frente Popular sólo se asentaron en toda España algo menos de 200.000 campesinos en unas 756.000 hectáreas de tierra, aunque en esos meses se distribuyeran más tierras que durante todo el anterior período republicano.³ Lo malo era que los campesinos que colonizaban las tierras no disponían de capital para aperos, semillas y abonos por la inexistencia del Banco Nacional Agrario que, sin embargo, había sido previsto por la ley.

Estaba claro que la derecha no iba a moverse ni un centímetro de su postura tradicional, como había demostrado cuando gobernó durante el bienio anterior y, por otra parte, la línea gradualista de los socialdemócratas no podía satisfacer ya las encendidas aspiraciones de los trabajadores. Las vías moderadas no parecían posibles, porque los obreros tenían el sentimiento de que, tras siglos de explotación, no se les podía pedir sin más que olvidaran el pasado y fueran pacientes. Tras el triunfo del Frente Popular, el recuerdo de los desahucios, los despidos y la drástica reducción de los salarios condujo al sentimiento de que «ahora los amos somos nosotros», sobre todo entre los braceros del campo.⁴ Aquella primavera, pues, floreció en huelgas no sólo por la consecución de un puesto de trabajo y un salario decente, sino también, como quería la FAI, para «ejercitar la musculatura» de la clase obrera, que experimentaba inevitablemente un sentimiento de venganza, una íntima satisfacción de que

por fin había llegado el momento de que se cumpliera el dicho ancestral: «Cuándo querrá el Dios del cielo que la justicia se vuelva / y los pobres coman pan y los ricos coman mierda».

Mientras tanto, en Madrid, el día 3 de abril se constituyó el Congreso de los diputados. Indalecio Prieto propuso la destitución del presidente Alcalá Zamora a quien acusaba, de acuerdo con una interpretación literal y sectaria del artículo 81 de la Constitución, de haber disuelto por segunda vez las Cortes sin que hubiera necesidad para ello. La votación en Cortes dio un resultado de 238 votos favorables a la moción de Prieto contra 5, con lo que Alcalá Zamora fue destituido el 7 de abril. Menos de un mes después, el 3 de mayo, Manuel Azaña era elegido presidente de la República Española por 754 votos a favor y 88 en blanco; es decir, que con la excepción de la CEDA, que es la que se abstuvo, todo el arco parlamentario reunido en el palacio de Cristal del Retiro votó por él. Prieto esperaba conseguir la jefatura del Gobierno, pero Largo Caballero se encargó de impedirselo: en la votación del grupo parlamentario socialista, 49 votos contra 19 se opusieron a que el PSOE entrase en el Gobierno y Prieto no quiso lanzar un órdago pensando en la unidad del partido. Azaña nombró entonces al galleguista Santiago Casares Quiroga presidente del Consejo de ministros.

Durante los días siguientes, una serie de atentados conmocionó al país. El magistrado Manuel Pedregal, que había sentenciado a treinta años de cárcel a un falangista por la muerte de un voceador de periódicos de izquierda, fue asesinado; estalló una bomba junto al palco presidencial en el desfile militar conmemorativo del 14 de abril y los guardias de Asalto dispararon por error contra el alférez de la Guardia Civil Anastasio de los Reyes. Durante el entierro de éste, se produjeron una serie de enfrentamientos entre falangistas y guardias de Asalto en los que hubo muertos y heridos. La Falange reivindicó la muerte del periodista Luciano Malumbres en Santander, la del periodista Manuel Andrés en San Sebastián, y en Madrid la del capitán socialista Carlos Faraudo. El 16 de abril los falangistas dispararon sus metralletas contra trabajadores en el centro de Madrid, matando a tres de ellos e hiriendo a otros 40. Por su parte, los comunistas contaban para oponérseles con un dispositivo paramilitar muy eficaz: las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC), en tanto que los socialistas solían recurrir a su mítica guardia «motorizada» para enfrentarse a los grupúsculos fascistas. Había demasiadas armas en las calles, hasta el punto que hubo que obligar a los diputados a que entregaran las suyas antes de entrar en el edificio de las Cortes. Aunque en Cataluña no existía un clima de violencia como en Madrid, el día 28 de abril un pistolero de la FAI asesinó a los hermanos Miquel y Josep Badia, dirigentes de Estat Català.

Largo Caballero seguía recurriendo a una retórica desmadrada. Sus declaraciones de que «la revolución que queremos sólo puede obtenerse por medio de la violencia» eran interpretadas por las Juventudes Socialistas como estrategia leninista. Cuando la manifestación del 1.º de mayo recorrió las calles de Madrid, los conservadores que la contemplaban tras los visillos de sus balcones y ventanas sólo se fijaban, aterrados, en las consignas que coreaban los manifestantes pidiendo la formación de un gobierno proletario y de un ejército popular, en el rojo de las banderas y en los enormes retratos de Lenin, Stalin... y Largo Caballero. Su pequeño mundo se venía abajo y se sentían amenazados en su seguridad por lo que ellos consideraban insolencia de los obreros. Los mendigos en las calles habían dejado de pedir «por el amor de Dios» y ahora se dirigían a ellos en nombre de la solidaridad revolucionaria. El 4 de mayo de 1936, José Antonio Primo de Rivera lanzó una diatriba (la famosa «invasión de los bárbaros») en la que afirmaba que las consignas del Frente Popular procedentes de Moscú, fomentaban la prostitución colectiva y socavaban la familia. Y añadía: «¿No habéis oído gritar a muchachas españolas estos días "¡Hijos, sí; maridos, no!"?».⁵

Prieto, con sensatez, atacaba el «infantilismo revolucionario» y advertía que los excesos en las calles y los templos chamuscados sólo servían para arrojar a las asustadas clases medias

en brazos del fascismo, como dijo en el discurso que pronunció en Cuenca con motivo del 1.º de mayo en el que se refirió a los «fermentos de subversión» que había entre los militares y apuntó directamente a Franco como el hombre con más probabilidades de encabezar la revuelta.⁶ Tenía razón pero, tras octubre de 1934, era, con toda seguridad, demasiado tarde para esperar que cada lado regresara a las reglas de la democracia parlamentaria.

Por su parte, el dirigente socialista Julián Besteiro, catedrático de lógica de la Universidad Complutense, advertía a sus correligionarios que la España de 1936 no era la Rusia de 1917, ni el ejército español estaba a punto de amotinarse como el ejército de Rusia en 1917, cuando la fuerza de los reaccionarios se había debilitado tras la Gran Guerra. Sin embargo, lo cierto es que a los obreros sólo les quedaban dos opciones posibles: lanzarse al asalto de las posiciones enemigas o quedarse en las trincheras socialdemócratas en un marasmo de francotiradores. Y esta última alternativa no les garantizaba que no iba a ocurrirles lo que les había ocurrido a sus iguales en Italia o en Alemania. A los ministros liberales y al ala prietista del PSOE les preocupaba mucho el modo en que Largo Caballero y las Juventudes Socialistas provocaban a la derecha, mientras que éstos les acusaban de ser demasiado complacientes ante la amenaza de una sublevación militar.

Durante aquella turbulenta primavera, la CNT trataba de conseguir trabajo para sus parados, compitiendo con la UGT en un «sindicalismo reformista» que criticaban los puristas de la FAI, persuadidos de que intervenir en la sociedad capitalista en sus mismos términos equivalía a corromperse. Sin embargo, los sindicalistas creían que su alternativa era la única estrategia eficaz para ayudar a la clase obrera. En todo caso, la amenaza de una sublevación militar volvió a unir a sindicalistas y miembros de la FAI. El 1.º de mayo, la CNT celebraba su congreso nacional en Zaragoza, «la segunda ciudad del anarquismo». El congreso ratificó la estrategia tradicional de no pactar con los partidos, pero escuchó con atención los alegatos de Largo Caballero en favor de la unidad de UGT y CNT, en lo que éste venía a coincidir con la estrategia comunista.

A pesar de su escasa militancia, el Partido Comunista contaba con una organización mejor y con la firme determinación que tanto admiraban sus reclutas como único modo de hacer avanzar la causa del movimiento obrero. La alianza del Frente Popular no les bastaba. Los comunistas querían una integración total de los partidos y sindicatos de clase para poder organizar el asalto al poder. Largo Caballero ignoraba totalmente que el asesor en quien más confiaba y al que más tarde nombraría ministro de Estado, Álvarez del Vayo, colaboraba con el agente de la Comintern Vittorio Codovilla, «Medina», que quería hacerse con el control de las Juventudes Socialistas. Ambos se habían entrevistado con posibles reclutas de las Juventudes Socialistas para que se pasaran al Partido Comunista con promesas de poder y con el argumento de que tan sólo el partido tenía la profesionalidad y la ayuda internacional para derrotar al fascismo. Ettore Vanni, un importante dirigente del Partido Comunista Italiano que se encontraba en España decía que su disciplina «se acepta con un fanatismo que a un tiempo nos deshumaniza y constituye nuestra fuerza». La idea determinista del «socialismo científico», formulada normalmente a partir de los catecismos de la época y difícilmente comprendida por las masas, convenció a los jóvenes militantes de que nada podría parar el triunfo final del marxismo. Creían que el control absoluto del poder era el único medio para conseguir sus ideales, que uno de sus miembros, Manuel Tagüeña, uno de los principales jefes militares de la guerra civil, describía como los mismos de los anarquistas «pero siguiendo una vía distinta, con organización y disciplina».

Los comunistas españoles estaban fuertemente influidos por su propio imaginario de la Revolución rusa, que veían como una mezcla de heroísmo romántico y de rechazo decidido del sentimentalismo para conseguir una sociedad mejor. Se veían a sí mismos como los

únicos que podían dirigir a las masas con acierto. Cualquier titubeo se consideraba como una flaqueza pequeñoburguesa, cuando no como traición al proletariado internacional. Se mofaban de los temores de los libertarios sobre la corruptora influencia del poder, que veían como tiquismiquis de aficionados ante la batalla contra un enemigo implacable. Entre los que sintieron la llamada del comunismo estaba el jefe de las Juventudes Socialistas, Santiago Carrillo, el que habría de ser todopoderoso secretario general del partido. El 1 de abril se habían unificado las Juventudes Socialistas y las Comunistas en la Juventud Socialista Unificada, y cuando empezó la guerra civil, Carrillo colocó a los 200.000 miembros de esas juventudes bajo control comunista en una maniobra cuidadosamente instrumentada durante la confusión de la lucha.

En Cataluña los comunistas se unirían, en el mes de julio, con la Unió Socialista, con la rama catalana del PSOE y con el Partit Cártala Proletari para constituir el PSUC (Partit Socialista Unificat de Catalunya), adherido a la Tercera Internacional, cuyo secretario general fue Joan Comorera. Por su parte los comunistas seguidores de Trotsky se habían agrupado a finales de 1935 en el POUM (Partit Obrer d'Unificació Marxista) bajo la dirección de Joaquim Maurín.

En Euskadi se aprobó el Estatuto de Autonomía pese a los problemas que planteaba (y que sigue planteando en nuestros días) el concierto económico, que daba diversas ventajas a la fiscalidad vasca y que aceptaban a regañadientes los gobiernos de Madrid. Y en Galicia, el 28 de junio se plebiscitaba el Estatuto de Autonomía gallego, que fue votado por el 70 por 100 del censo (una participación que rara vez volvería a verse en Galicia) con casi un millón de votos a favor y poco más de seis mil en contra.

Mientras tanto, la situación en Europa era muy tensa. Hitler estaba remilitarizando la Renania en flagrante violación del tratado de Versalles e iniciaba las presiones sobre el canciller austríaco Dollfuss para acelerar el *Anschluss*. Mussolini invadió Abisinia y consideró la posibilidad de extender su imperio a Túnez y quizás a Argelia. En Francia triunfó en las elecciones el Frente Popular y León Blum presidió el nuevo Gobierno.

En España, cuando empezó el largo verano del 36, se incrementó el ritmo de la violencia política y el de las huelgas, cosa que aprovechó la prensa de derechas para clamar por la restauración del orden público. El 1 de junio la UGT y la CNT convocaron conjuntamente en Madrid una huelga de albañiles, mecánicos y ascensoristas. Durante la manifestación que siguió, a la que asistieron más de 70.000 trabajadores, el servicio de orden fue atacado repetidamente por falangistas provistos de metralletas, los huelguistas saquearon las tiendas de comestibles y tuvo que intervenir la fuerza pública. A principios de julio, la UGT aceptó el fallo del jurado mixto, pero la CNT decidió seguir con la huelga, con lo que estallaron conflictos con la sindical socialista que aprovecharon los falangistas para renovar sus ataques e incrementar la atmósfera de violencia. Miembros de la CNT respondieron a las provocaciones fascistas y mataron en un café a tres de los guardaespaldas de José Antonio. El Gobierno clausuró los centros de la CNT en Madrid y detuvo a los dirigentes de la huelga David Antona y Cipriano Mera, uno de los grandes jefes anarquistas de la guerra civil. También a mediados de junio, en Málaga, anarquistas y socialistas se habían enzarzado en combates que fueron condenados tanto por la UGT como por la CNT mientras que en la provincia unos 100.000 campesinos Genetistas se declaraban en huelga.

El día 16 de junio Gil Robles dijo en las Cortes que desde el 16 de febrero habían sido quemadas 170 iglesias, se habían cometido 269 homicidios y 1.287 personas habían resultado heridas; se habían declarado 133 huelgas generales y 216 parciales, sin que diera las fuentes de sus datos, que, en realidad, procedían de los periodistas de *El Debate*.⁷

Le secundó Calvo Sotelo con un torrente de acusaciones contra el Gobierno, advirtiendo que los militares patriotas salvarían a España de la anarquía. Cuando personalizaba sus

insultos tronando como un energúmeno, el presidente de las Cortes tuvo que retirarle la palabra. Fue la célebre sesión de las «anchas espaldas» y de que era preferible morir con gloria que vivir con vilipendio, del que sería conocido como el «protomártir» en la España nacional. En aquellos momentos, las escuadras de Falange se lanzaban a toda velocidad en sus coches contra los barrios obreros de Madrid disparando indiscriminadamente a los viandantes.

No hay duda de que se intentó multiplicar la sensación de caos recurriendo a la triste tradición del terrorismo de los años veinte en Barcelona, aunque no parece que los desmanes procedieran de una campaña perfectamente organizada por la derecha. Se recurrió a atribuir falsamente a la izquierda actos de violencia perpetrados por falangistas, o a la publicación de terribles panfletos falsamente anarquistas amañados por los carlistas. En ese contexto hay que incluir el célebre asunto de los caramelos envenenados que las monjas ofrecían a los niños, un bulo que hizo correr la derecha para provocar algaradas anticlericales. La prensa de derechas comparaba repetidamente a Azaña con Kerenski y José Antonio recordaba al ejército la suerte que habían corrido los oficiales zaristas, al tiempo que, en su inconfundible prosa, le instaba a rebelarse:

Si un día, fatigados todos de derechas e izquierdas, de Parlamento gárrulo y vida miserable, de atraso, de desaliento y de injusticia, una juventud enérgica se decide a intentar adueñarse del poder ... ¿qué haréis los oficiales? ¿Cumplir a ciegas con la exterioridad de vuestro deber y malograr acaso la única esperanza fecunda? ¿O decidiros a cumplir con el otro deber, mucho más lleno de gloriosa responsabilidad, de presentar las armas con ademán amigo a las banderas de la mejor España?**8**

En 1936 el ejército español contaba con unos 100.000 efectivos, de los que 30.000 o 40.000 estaban constituidos por las duras y eficaces tropas de Marruecos, pero el resto del ejército metropolitano estaba muy mal pertrechado: «No había en España municiones suficientes para un día de combate, la industria militar era un caos, casi no había carros blindados, artillería anticarro y antiaérea».**9** Probablemente sólo unos 50.000 soldados disponían del uniforme reglamentario. A los reclutas apenas se les daba instrucción, muchos no sabían lo que era un fusil y los oficiales los utilizaban como asistentes y mano de obra gratuita.

La escasa efectividad del ejército no había impedido los pronunciamientos del pasado y, a pesar de los hechos de Asturias, no parece que a los conspiradores les preocupara demasiado el estado de las tropas. La mayoría de los complotos se organizaba en el seno de la Unión Militar Española (UME), fundada en 1933 por el capitán de Estado Mayor Barba Hernández (el que había acusado a Azaña de ordenar «tiros a la barriga» durante el asalto a Casas Viejas) y por el teniente coronel falangista Rodríguez Tarduchy, y que se componía de oficiales en activo y retirados para proteger sus intereses gremiales y conspirar contra la República. No fue muy numerosa, quizás un 10 por 100 del total de la oficialidad, pero tenía muy buenas conexiones con los carlistas, con Renovación Española, con las Juventudes de Acción Popular, con Falange Española y con los generales golpistas, en cuyo círculo se introdujo de la mano del general Goded.**10** Por eso la UME no quiso intervenir en el disparatado plan golpista que el coronel Várela había trazado para el 19 de abril. La intentona se saldó con el confinamiento de Várela en Cádiz y con el de Orgaz, que le había apoyado, en Las Palmas.**11**

Inmediatamente después de las elecciones, el Gobierno había tomado la precaución poco afortunada, desde luego, de enviar a los generales más sospechosos, como Franco y Goded, a destinos lejanos en Canarias y Baleares respectivamente, lejanía que ya no lo era tanto en la

era de la aviación. Además, Las Palmas estaba cerca de Marruecos y Mallorca de Barcelona. El general Emilio Mola, el gran organizador de la conspiración que sería llamado el «Director» (Sanjurjo sería el «Jefe» y el teniente coronel Valentín Galarza el «Técnico») fue enviado precisamente a Pamplona, el feudo de los requetés, como gobernador militar, donde se encontró a sus anchas para dirigir el golpe de estado contando con 8.000 requetés armados hasta los dientes que habrían de constituir las columnas navarras de la guerra civil.

Mola, destinado antes en Marruecos, había estado preparando esta guarnición para un golpe militar y, al regresar a la Península para incorporarse a su nuevo destino en Pamplona, lo hizo vía Madrid, donde entre el 5 y el 12 de marzo se entrevistó con los militares conspiradores Orgaz, Goded, Ponte, Kindelán, Saliquet, Franco, Várela, Galarza, Fanjul y Rodríguez del Barrio. Allí Mola le dijo a Goded que estaba redactando unas «instrucciones y directivas para el arranque de la conspiración, primero, y de un posible alzamiento, después», que habría de tener lugar el 19 de abril próximo.**12** El proyecto fracasó porque José Díaz, secretario general del PCE, leyó en el Congreso un documento confidencial de la trama golpista y forzó al Gobierno a tomar medidas contra algunos golpistas, como los ya mencionados Várela y Orgaz. El 25 de mayo, Mola envió la «Instrucción reservada n.º 1» indicando que el golpe había de llevarse a cabo mediante la acción conjunta de las fuerzas armadas y los grupos civiles afectos a la causa y encareciendo la toma de Madrid. Se contaba, claro está, con las enloquecidas escuadras falangistas, con los monárquicos y con la CEDA, pese al escapismo de Gil Robles.

Al frente del levantamiento debería estar el general José Sanjurjo, «el león del Rif», descendiente de militares carlistas que habían combatido a los liberales en el siglo XIX. Sanjurjo se encontraba exiliado en Lisboa por la magnanimidad de la República, que, como hemos visto, no le condenó a muerte tras su intento de golpe de estado del 10 de agosto de 1932 en Madrid y Sevilla. Lisboa era, así, un punto más del circuito conspirativo que formaban Londres, París, Biarritz, Berlín, Roma, las islas Canarias y el Marruecos español. Sanjurjo había estado al frente del arriesgado desembarco de Alhucemas en 1925 que permitió al general Primo de Rivera derrotar a Abd el-Krim, con la ayuda de los franceses.

A sus órdenes figuraba entonces quien había de ser el mayor de todos los africanistas, Francisco Franco Bahamonde. Franco, hijo de un contador de navío del servicio administrativo de la Armada, destinado en El Ferrol, había ingresado en la Academia de Infantería porque en la Armada estaba cerrado el cupo. Cadete aplicado pero no brillante (al terminar sus estudios en la Academia obtuvo el número 251 de un total de 312 aprobados), consiguió en África rápidos ascensos y en 1920 fue destinado al mando del Tercio de Extranjeros. Esta unidad, fundada por los tenientes coroneles Valenzuela y Millán Astray, había sido modelada según el patrón de la Legión Extranjera francesa, con la salvedad de que en aquella había muchos más nacionales que extranjeros.

En contraste con sus rudos soldados, Franco no tenía la menor prestancia militar: bajito, regordete, casi lampiño y con voz de falsete, había sido objeto de las burlas de sus compañeros, que le llamaban «comandantín» y «Franquito». Presten nos ha legado un magnífico retrato de Franco **13** que se puede completar, por lo que a su carrera militar se refiere, con los datos del coronel de caballería e historiador Carlos Blanco Escola, quien ha estudiado con detenimiento las capacidades militares del que sería llamado Caudillo de España. Blanco Escola sostiene que Franco era un hombre mediocre y escasamente dotado para el estudio, con un pobre nivel profesional teórico y práctico: «Franco era un hombre de exasperante lentitud, extremadamente cauteloso, rutinario, conservador a ultranza».**14**

El joven general era valiente, pero, efectivamente, muy cauto. De hecho su «prudencia» durante la primavera de 1936 condujo a muchos compañeros suyos a pensar que no se

sumaría al levantamiento, por más que la izquierda le odiara por haber dirigido la represión en Asturias. Era un hombre introvertido, parco en palabras, y poco religioso en aquel entonces. A Franco se le conocía en la Legión como el oficial de las tres «emes»: «sin miedo», «sin mujeres», «sin misa». **15** Formado en el más visceral anticomunismo, era un lector incansable de los boletines de la Entente contre la Troisième Internationale, que relataban continuamente imaginarias conjuras comunistas que Franco creía a pies juntillas. **16**

La verdad es que el presuntuoso general Sanjurjo, el desconfiado Mola y el reservado Franco constituían un triunvirato de contrastes. Y a ellos se unió sorprendentemente otro general peculiar: Queipo de Llano, tenido por republicano porque había tomado parte en el fallido complot antimonárquico de 1930, pero que había de ser una pieza fundamental del llamado «alzamiento» en sus primeros días.

La izquierda, entretanto, también trataba de aproximarse a los militares, principalmente a través de la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA), concentrada, sobre todo, en la Guardia de Asalto y en la Escolta Presidencial. Esta organización se creó a finales de 1935 y su alma fue el capitán Díaz Tendero, que había de morir, años después, en el campo de concentración de Mauthausen. Sus militares giraban, sobre todo, en torno al PSOE, aunque los comunistas trataron de infiltrarse a través de Vicente Uribe y de Enrique Líster.

A principios de julio de 1936 un grupo de 200 militares de la UMRA se desplazó a África con la intención de secuestrar o asesinar a los jefes golpistas, pero el 8 de julio la «operación Romerales» fue descubierta y desmontada inmediatamente por Casares Quiroga. Sus dirigentes se entrevistaron entonces con el jefe del Gobierno para alertarle sobre el golpe militar que se preparaba para el 16 de julio y le dieron los nombres de Goded, Mola, Fanjul, Várela, Franco, Aranda, Alonso Vega, Yague y García Valiño, es decir, toda la nómina de golpistas. Casares Quiroga les respondió que no existía el más mínimo peligro de insurrección. **17**

Sería, justamente, la implicación política de algunos oficiales ganados por la izquierda lo que conduciría a uno de los acontecimientos más importantes de aquel verano, que posteriormente los golpistas calificarían de «la señal». El 12 de julio unos pistoleros falangistas asesinaron al teniente de Asalto José Castillo, miembro de la UMRA, que había estado en el punto de mira de las escuadras falangistas desde los violentos choques de mediados de abril y que fue el segundo oficial socialista asesinado. Algunos de sus compañeros, con el capitán de la Guardia Civil Fernando Condes y el socialista Victoriano Cuenca, decidieron vengarse e ir a por quienes le habían dado muerte. Fueron primero al domicilio de Antonio Goicoechea, jefe de Renovación Española, que no estaba allí, luego al de Gil Robles, que se encontraba en Biarritz y, finalmente, se dirigieron al de Calvo Sotelo, en la calle de Velázquez. Le sacaron de la cama, se lo llevaron en un coche y le mataron a tiros, abandonando su cuerpo en el cementerio del Este.

El clamor de la derecha fue ya ensordecedor, aunque el Gobierno nada tuviera que ver con aquel asesinato. Pero los que serían llamados «nacionales» siempre sostuvieron que fue así y que el asesinato de Calvo Sotelo -a quien convertirían en el san Esteban de la España nacional-católica- fue la gota que colmó el vaso. Pero eso es totalmente falso. Cuando sucedían estos hechos en Madrid, hacía ya tiempo -el 6 de julio- que golpistas de la trama civil como Luca de Tena, Juan de la Cierva y Luis Bolín habían alquilado en Londres, con dinero de Juan March, el avión *Dragón Rapide*, que volaba en aquellos momentos hacia Las Palmas para llevar a Franco a Casablanca y de allí a Tetuán junto al ejército de África. Por otra parte, hacía muchas semanas que Mola había enviado órdenes detalladas con las instrucciones del levantamiento que debía tener lugar entre el 10 y el 20 de julio, los falangistas hacía meses que se coordinaban en secreto con los oficiales rebeldes (utilizando por cierto el santo y seña

«Covadonga», en un registro melodramático que poco tenía que ver con la seguridad militar), y José Antonio, cuyo encarcelamiento no le privaba de seguir controlando a su gente por medio de los jefes provinciales, había ordenado ya, el 29 de junio, la participación de Falange Española en el levantamiento.

Por otra parte, los nacionales podían argumentar que, aunque el Gobierno no tuviera responsabilidad personal en el asesinato del líder de la oposición a manos de policías uniformados, aquello no era lo importante. Los generales no se sublevaban tanto contra el gobierno elegido como contra la total ausencia de gobierno, como revelaba paladinamente el asesinato de Calvo Sotelo. Es probablemente cierto que, aunque los mecanismos de la rebelión ya se habían puesto en marcha, el asesinato de Calvo Sotelo hizo que mucha más gente apoyara el levantamiento de lo que habría sucedido de no mediar el crimen.

Pese a tantas evidencias y todos esos preparativos, los dirigentes republicanos no acababan de creérselo. Azaña y Casares Quiroga actuaban como Chamberlain ante Hitler. El presidente de la República, sobre todo, parecía haber perdido su sentido político. Sufría momentos de depresión combinados con brotes de euforia que paralizaban su voluntad y le sumían en amargas reflexiones sobre la escasa altura de miras de los políticos españoles. Tanto Azaña como Casares Quiroga desoyeron todas las advertencias, ya procedieran de generales leales a la República como Núñez del Prado o de los militares de la UMRA, de Prieto o de la diputada comunista Dolores Ibárruri, «Pasionaria», que trató de alertar a Casares de los preparativos de Mola en Pamplona. Pero el jefe del Gobierno le respondió que «Mola es leal a la República» y que los oficiales del ejército español «se mantenían en los límites de la más estricta disciplina, dispuestos en todo momento a cumplir escrupulosamente con su deber y a obedecer, por supuesto, las órdenes del Gobierno legalmente constituido».

La paradoja última, fatal, de la República liberal la encarnaba su propio Gobierno, que no osaba defenderse ante el ejército sublevado armando a los trabajadores que lo habían elegido. Se contentó con proclamar a los cuatro vientos que era «el Gobierno legalmente constituido», pero la historia de España debía haberle enseñado que la legalidad ha sido, muchas veces, tan sólo un término arbitrario y subjetivo, poco más que un eufemismo para enmascarar el derecho de conquista y la voluntad de instalarse largamente en el poder.

5. La rebelión de los generales

Lo que los generales conjurados pretendían era dar un golpe de estado sublevando las guarniciones del Marruecos español, a las que deberían unirse, acto seguido, los acuartelamientos de la Península. Para el triunfo de este plan contaban más con los efectos psicológicos de una acción rápida, eficaz y brutal que con el número de los sublevados. A los militares les salió mal el golpe, pero la República fue incapaz de aplastar el levantamiento en las primeras cuarenta y ocho horas, un período de importancia capital, pues en ese breve lapso de tiempo se fijaron las dos zonas en liza.

Los titubeos del Gobierno fueron fatales para la suerte de la República española. Sus dirigentes no se atrevieron a armar a la UGT ni a la CNT, negándose a subvertir la constitución del Estado, aunque poco estado queda cuando éste se ve atacado por su propia «columna vertebral». Esa negativa a facilitar armamento impidió que se pudieran tomar medidas precautorias o que se lanzara una rápida contraofensiva contra los militares sublevados. «Si no nos daban armas era porque las autoridades republicanas tenían más miedo a la clase obrera que a los militares. Nosotros, los comunistas, no compartíamos la confianza del Gobierno en el sentido de que el levantamiento sería sofocado en veinticuatro horas», razonaba un ebanista sevillano.¹

Se hizo de la necesidad virtud y la República se aferró a la idea de que «resistir es vencer». Hasta la diputada comunista Dolores Ibárruri, «Pasionaria», traducía esa peligrosa actitud en su célebre lema «¡No pasarán!», eco de Pétain en Verdún.

Los conspiradores militares apenas si contaron con el factor sorpresa, pero no hay duda de que el desconcierto, los titubeos y la confusión de los dirigentes republicanos obraron en su favor. Allí donde los obreros se dejaron convencer por un gobernador civil aterrado ante la perspectiva de provocar el levantamiento de la guarnición local, perdieron la partida y hubieron de pagar el titubeo con sus vidas. Pero si demostraban en seguida que estaban preparados y dispuestos para asaltar los cuarteles, entonces se les unía la mayoría de los guardias de Asalto y otras fuerzas de seguridad y conseguían que la guarnición se rindiera.

Las órdenes finales del general Mola, enviadas por telegrama cifrado, fijaban el levantamiento del ejército de África para las cinco de la mañana del día 18 de julio. Veinticuatro horas más tarde, debían hacerlo todas las fuerzas de la Península. Ese margen de tiempo debía consentir que el ejército de África controlara todo el Marruecos español antes de ser transportado a la costa andaluza por la flota, que también tenía que sublevarse.

Los generales rebeldes confiaban en el ejército de África porque contaba con elevados efectivos, estaba bien adiestrado, disponía de material bélico moderno y se podía incorporar de inmediato a la lucha. Además, sus filas no estaban compuestas por reclutas, sino por regulares, es decir, mercenarios, cuya lealtad había sido ya contrastada durante la revolución de Asturias. Contaba ese ejército con escasos oficiales de simpatías liberales, tal vez porque los oficiales coloniales siempre han tendido a exagerar las «virtudes nacionales». Despreciaban a los políticos y sentían un odio visceral hacia los «rojos», un término en el que incluían a todo aquel que estuviera en contra de una dictadura de derechas. En sus instrucciones para el levantamiento, Mola describía esta actitud con claridad meridiana: «Quien no está con nosotros, está contra nosotros».

Las tropas de élite estaban constituidas por el Tercio de Extranjeros. Compuesto en buena parte por prófugos y delincuentes, a los legionarios se les formaba en el culto a la virilidad y a la crueldad, convirtiéndoles en suicidas que se lanzaban contra el enemigo al grito de «¡Viva la muerte!». La Legión estaba organizada en banderas que disponían de su propia artillería. Las tropas marroquíes estaban divididas en tabores constituidos por unos 250 hombres cada uno. Estos regulares eran, sobre todo, cabileños del Rif mandados por oficiales españoles. Su

tremenda eficacia había sido comprobada con creces por las fuerzas coloniales a las que llevaban 25 años resistiendo. La especialidad de los rifeños era avanzar sigilosamente sobre el terreno aprovechando al máximo pliegues y hondonadas. Su inesperado ataque era mucho más eficaz que salir a luchar a pecho descubierto, como requería el canon del valor español.

A estos marroquíes se les ofrecía para su reclutamiento un salario mayor que el que pagaban los colonos franceses y una prima de enganche (dos meses de salario) que cobraban en el momento mismo de alistarse. Las pésimas condiciones económicas de la zona, con un paro altísimo, que se vieron agudizadas por la mala cosecha de 1936, determinaron alistamientos masivos en las filas de los generales rebeldes, no sólo de rifeños, sino también de marroquíes que solían ir a trabajar a Argelia como temporeros, en la siega o en la vendimia.²

Los generales rebeldes no podían fracasar en Marruecos. Allí no quedaba más que un puñado de oficiales de ideas republicanas que podían ser neutralizados rápidamente, mientras que sus hombres obedecerían sin rechistar la orden de sumarse al levantamiento. A los regulares se les dijo que la República era enemiga de Alá, y a los trabajadores españoles, que carecían de armas y tenían escaso contacto con los indígenas, se les mantuvo totalmente aislados de los acontecimientos.

Hacia el mediodía del día 17 de julio, fue descubierto en Melilla el plan de los rebeldes para el día siguiente, pero el comandante general de Melilla, general Romerales, «el más gordo de los cuatrocientos generales españoles y uno de los más fáciles de engañar»,³ no se decidió a arrestar a los oficiales sospechosos. Por el contrario, el coronel Solans y el teniente coronel Seguí se movieron con rapidez y arrestaron al general Romerales aun corriendo el riesgo de que los demás conspiradores no estuviesen preparados.

Los guardias de Asalto se sumaron a la rebelión y los principales edificios de la ciudad fueron ocupados. La Legión y los regulares asaltaron la Casa del Pueblo y acabaron a tiros con los sindicalistas que se encontraban allí. Para cuando se hubo terminado con todas las bolsas de resistencia, el teniente coronel Seguí ya había asesinado al alcalde.⁴ Acto seguido llamó por teléfono a los tenientes coroneles Sáenz de Buruaga y Yagüe, responsables del levantamiento en Tetuán y Ceuta respectivamente, para darles cuenta de lo que había ocurrido. El coronel Solans telegrafió al general Franco, que estaba en Las Palmas con la excusa oficial de asistir al entierro del general Amado Balmes, muerto en extrañas circunstancias, para explicarle que no había tenido más remedio que precipitar el levantamiento en Melilla al ser descubierta la conspiración.

La famosa respuesta de Franco, telegrafuada a las seis y diez minutos de la mañana del día 18, fue «Gloria al heroico ejército de África. España sobre todo. Recibid el saludo entusiasta estas guarniciones que se unen a vosotros y demás compañeros Península en estos momentos históricos. Fe ciega en el triunfo. Viva España con honor». Ese mismo texto será cursado a todas las divisiones orgánicas, a la Comandancia de Baleares, al jefe de la División de Caballería y a las bases navales.⁵ Antes, el general había ordenado a una compañía de infantería que proclamara el estado de guerra, pero la Guardia Civil y los de Asalto no se sumaron a la rebelión, sino que, por el contrario, se concentraron en el gobierno civil. Franco ordenó entonces que todas las tropas salieran a la calle y se dirigieran, junto a los falangistas, al edificio gubernativo que fue asediado y rendido al mediodía del día 18. Franco dejó entonces al general Orgaz al mando de las Canarias y se dirigió, por mar, al aeropuerto de Gando, donde llegó a las tres de la tarde.⁶

A medida que caía la tarde, los jefes de la Legión y de los regulares colocaron en posición a sus fuerzas en las otras ciudades de guarnición. Los barrios habitados por trabajadores españoles fueron ocupados sin tardanza y se fusiló sin miramientos a los sindicalistas más

notorios. La declaración de la huelga general por parte de los sindicatos no pasó de representar un gesto de coraje ante la brutal acometida de los regulares. En Larache los obreros resistieron durante toda la noche con muy pocas armas, pero en Ceuta los legionarios de Yagüe aplastaron la resistencia en poco más de dos horas, asesinando al alcalde Antonio López Sánchez. Durante todo este tiempo, el general Gómez Morato, comandante en jefe del ejército de Marruecos al que todos los oficiales odiaban por su colaboración en las reformas de Azaña, estuvo jugando en el casino sin enterarse de lo que ocurría en Melilla hasta que le llamó Casares Quiroga desde Madrid para decírselo. Inmediatamente tomó un avión para Melilla donde fue detenido nada más aterrizar.

En la madrugada del día 18 los únicos núcleos de resistencia que quedaban en Marruecos eran la residencia del alto comisario y la base aérea de Tetuán, que se rindieron pocas horas después ante la amenaza de la artillería. Todos aquellos que se habían opuesto al levantamiento fueron asesinados, incluido el alto comisario, Alvarez Buylla, y el comandante De la Puente Bahamonde, primo hermano de Franco, quien se desentendió del seguro fin que aguardaba a su pariente. En una sola noche, la primera del golpe de estado, los facciosos habían asesinado a 189 personas.⁷ El coronel Beigbeder, conecedor del árabe, se había entrevistado con el jalifa Muley Hassan para conseguir su apoyo, advirtiéndole que el gobierno republicano iba a declarar la independencia de Marruecos con el fin de debilitar las bases rebeldes, y que todo lo que fuera fomentar el nacionalismo marroquí podía convertirse en una grave amenaza para él por su colaboración con el poder colonial.

En Madrid, el Gobierno estaba al tanto de la sublevación desde la tarde misma del día 17. A la mañana siguiente el jefe del Gobierno anunció por la radio que había una rebelión militar en Marruecos pero no en la Península, y a las tres de la tarde rechazó firmemente las ofertas de colaboración que le llegaban de la UGT y la CNT, exhortando a todos a que se condujeran normalmente y a que «tuvieran confianza en los poderes militares del Estado». Casares Quiroga afirmó que había sido atajada la sublevación en Sevilla, convencido de que el general Queipo de Llano sabría conservar la Andalucía central para la República. Lo que el general golpista había hecho era, precisamente, todo lo contrario, pero Casares siguió insistiendo en que gracias a la previsión del Gobierno se había abortado el golpe de estado contra la República y amenazó con que «quien facilite armas sin mi consentimiento será fusilado».⁸

Aquella misma noche, la CNT y la UGT proclamaron desde Unión Radio la huelga general, que era lo más parecido a la movilización que podían hacer. Las noticias que iban llegando dejaban bien claro que tras las palabras del Gobierno sólo había una mezcla de contradicciones, mentiras e incompetencia. Los obreros empezaron entonces a recuperar las armas que habían ocultado a raíz de la represión por los sucesos de Asturias, pero el gobierno de Casares Quiroga no cambió de actitud, a pesar de que ya tenía que haberse dado cuenta de aquello con lo que se enfrentaba. «Aquel Ministerio es una casa de locos, y el más furioso de todos es el ministro», diría un informador a Julián Zugazagoitia.⁹

En casi todas las ciudades y pueblos, la secuencia que siguió al levantamiento vino a ser la misma: las fuerzas sublevadas salían a la calle y se apoderaban de los edificios oficiales, sobre todo del ayuntamiento. Donde no existía guarnición, guardias civiles, falangistas y gentes «de orden» armados de escopetas y tercerolas hacían las veces de militares y proclamaban en términos oficiales el estado de guerra, que mucha gente agolpada en las plazas de los pueblos creía que se hacía por orden del Gobierno de Madrid.

Las organizaciones obreras, la CNT y la UGT, declaraban la huelga general y acudían al gobierno civil en busca de armas, que se les negaban o se les decía que no existían. Levantaban entonces barricadas pero, sin medios para defenderse, eran fácilmente derrotados y muertos por las fuerzas rebeldes que luego ejecutaban sumariamente a

cualquiera que hubiese quedado con vida, desde el gobernador civil hasta el último cargo sindical. En cambio, si las tropas no se decidían a salir de sus cuarteles, o tardaban en hacerlo, y los obreros estaban armados, las cosas sucedían de forma muy distinta: el simple cerco de un cuartel era a veces más que suficiente para conseguir que los sublevados se rindieran.

Las fuerzas de seguridad, mucho mejor adiestradas y armadas que los soldados de reemplazo, jugaron un papel muy importante para que se decantara la balanza, pero sería exagerado afirmar que su lealtad o deslealtad al Gobierno legalmente constituido fuera un elemento decisivo para el triunfo o el fracaso de la sublevación. Como le sucedía a la gente corriente, tampoco esas fuerzas tenían una visión clara de lo que iba a suceder y sólo los más concienciados se aprestaban a la lucha aunque vieran la batalla perdida de antemano. Otros estaban a verlas venir. Cuando las organizaciones obreras se lanzaban inmediatamente y con firmeza a la acción, entonces guardias de Asalto, carabineros y guardias civiles se declaraban leales a la República, aunque estos últimos, llamados entonces Guardia Nacional Republicana, cambiaban de bando en cuanto podían. La lealtad de los guardias de Asalto fue más generalizada y constante, pero quizá menos imprescindible porque desempeñaban su servicio exclusivamente en las ciudades y éstas, sobre todo las grandes, contaban con una clase obrera mejor preparada para la lucha.

En los planes de los rebeldes Sevilla tenía una gran importancia estratégica como base para la toma de Madrid. Contaban, además, allí con el inteligente jefe de Estado Mayor comandante José Cuesta Monereo, que fue el verdadero cerebro del golpe que «entronizó» al general Gonzalo Queipo de Llano, inspector de Carabineros, como virrey de Andalucía. Este general, consuegro del ex presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, era un personaje chulesco y cínico dotado de un macabro sentido del humor. A primeras horas del día 18, acompañado de su ayudante y de otros tres oficiales rebeldes, se presentó en el despacho del jefe de la 2ª División Orgánica, general José Fernández de Villa-Abrille, quien no acababa de decidirse por el golpe. Subieron ambos generales al despacho de Villa-Abrille y éste quedó arrestado, aunque algunos historiadores consideran que hacía un paripé y que, más tarde, fue interlocutor de Queipo de Llano para planear el control de Sevilla.

Acto seguido, el general golpista se dirigió al cuartel de San Hermenegildo, sede del Regimiento de Infantería n.º 6, donde encontró a las tropas formadas y en perfecto estado de revista. Sin pensárselo dos veces, felicitó al coronel jefe del regimiento Manuel Allanegui por su adhesión al «alzamiento», pero éste le respondió en seguida que él estaba a favor del Gobierno legítimo. Queipo le sugirió entonces la conveniencia de continuar la conversación en su despacho y una vez dentro le arrestó. Buscó entonces a otros jefes que pudieran mandar el regimiento, pero a éstos el recuerdo de la sanjurjada los echaba para atrás. Un joven capitán -el falangista Carlos Fernández de Córdoba- se ofreció entonces voluntario para el puesto, Queipo le nombró y acto seguido le ordenó que encerrara a todos los oficiales tibios.

Con la infantería de su parte, Queipo se apoderó entonces del Parque y Fábrica de Artillería con el tiempo suficiente para hacer una mortandad entre los obreros que acudían allí a buscar armas, que fueron a parar a los falangistas que se iban sumando a la rebelión. La leyenda «nacional» dice que Queipo de Llano tomó Sevilla sólo con un puñado de soldados que hizo pasear en camiones para dar la sensación de que eran muchos más. En realidad, Queipo llegó a contar con unos 4.000 efectivos.¹⁰ Una salva de artillería consiguió la rendición del gobernador civil y de los guardias de Asalto que, pese a la promesa de Queipo de respetarles la vida si se rendían, fueron inmediatamente pasados por las armas. Minutos antes de ejecutar al comisario de policía se le prometió que su mujer recibiría la paga entera si

entregaba las fichas de las organizaciones obreras. Este dijo dónde estaban escondidas, luego fue ejecutado y probablemente su mujer no recibió ni un duro.

Tan pronto como vio la suerte que corrieron los guardias de Asalto, la Guardia Civil se sumó a los rebeldes. Sólo entonces reaccionaron los obreros. Desde Radio Sevilla se declaró la huelga general y se pidió a los campesinos de los lugares que acudieran a la ciudad. Se levantaron barricadas a todo correr, pero las disputas entre anarquistas y comunistas malograron la organización de un contraataque eficaz. Los obreros se retiraron entonces a los barrios de Triana y La Macarena para preparar su defensa. Los rebeldes capturaron la emisora de radio que Queipo usaría a partir de entonces para proferir amenazas contra todo aquel que se le opusiera y para desmentir las noticias del Gobierno de que la rebelión había sido sofocada en la Península. El levantamiento del 18 de julio de 1936 fue el primer golpe de estado moderno en el que las emisoras de radio, las líneas telefónicas y los aeródromos tuvieron una importancia capital. El día 22 de julio, el general Queipo de Llano manifestaba por la radio que él «no hacía política» y que lo que los generales deseaban era «restablecer el orden subrectado [sic] por la intromisión de poderes extranjeros, que por el órgano [sic] conglomerado marxista han desvirtuado el carácter de la República ... En cuanto a los obreros, nadie me ganará en amor al proletariado ...». Y añadía: «Como español lamento la ciega obstinación de quienes con las armas en la mano [no] dejan aún [de] oponerse a este movimiento libertador. Ello me obligará a ser implacable en el castigo».**11**

En Málaga los obreros eran fuertes pero carecían de armamento. Sus dirigentes mantenían contactos con los guardias de Asalto, única fuerza gubernamental en la que podían confiar. Al atardecer del día 17, cuando llegaron las noticias del levantamiento de Melilla, un temerario oficial, el capitán Agustín Huelin, sacó su compañía a la calle. De camino hacia la Aduana se topó con un grupo de guardias de Asalto que le atacaron. En la refriega los soldados llevaron la peor parte, pero el capitán Huelin consiguió sitiar el gobierno civil, que no llegó a tomar por las indecisiones del general Patxot que, finalmente, dio la orden de que las tropas regresaran a los cuarteles. El coronel jefe del tercio de la Guardia Civil fue arrestado por sus propios hombres cuando se declaró a favor del levantamiento. Los obreros y los braceros del campo, «los desarrapados, los hambrientos, los humillados, los que en la plaza del pueblo esperaban que vinieran los capataces de los señoritos a alquilarles por jornada»,**12** se habían hecho dueños de la calle y habían prendido fuego al Casino Mercantil, al Aero Club, a la Sociedad Malagueña y a otros edificios emblemáticos de la ciudad.

En Almería el gobernador civil también se negó a armar a los obreros argumentando que no quería provocar a los militares para que se declarasen en rebelión abierta. Más tarde afirmó que no disponía de ningún tipo de armas. La llegada, el 21 de julio, del destructor *Lepanto* al mando de un capitán leal conservó el puerto para la República porque cuando sus cañones apuntaron a la casa cuartel de la Guardia Civil ésta se rindió inmediatamente.

El gobernador civil de Jaén tuvo una actitud más positiva. Convocó a la Guardia Civil y le pidió que entregara sus armas, cosa que hicieron los guardias en medio de protestas de lealtad a la República por parte de su coronel, que resultó llamarse Pablo Iglesias. El gobernador entregó entonces las armas a la CNT y a la UGT y la ciudad se salvó. Es evidente que con una actuación similar podrían haberse salvado otras muchas ciudades, pero los gobernadores civiles no tuvieron en general el coraje de admitir que la vía reglamentaria estaba cegada y que no tenían más remedio que tomar decisiones graves.

En el puerto de Cádiz, el coronel Várela fue liberado por la guarnición local de la prisión en la que permanecía desde su intento golpista de abril y se puso al frente de la revuelta. Sus tropas atacaron la comandancia, que fue defendida por el gobernador civil, Mariano Zapico, y por milicias improvisadas. El Ayuntamiento ofreció también resistencia, pero Várela recurrió a

la artillería. Al alba del día 19 el destructor *Churruca* llegó al puerto con los primeros refuerzos del ejército de África. Los insurgentes habían capturado uno de los principales puertos de la costa andaluza.

Los sublevados se hicieron también con toda la costa hasta la frontera portuguesa, incluida Algeciras, La Línea (donde los carlistas ejecutaron a 200 masones) y Jerez. La represión fue una salvajada. El profesor Carlos Castilla del Pino, que entonces tenía trece años, recuerda cómo fueron las matanzas en su pueblo natal, San Roque:

A una pareja de anarquistas, cuyo hijo era compañero mío en la escuela, se la llevaron a un pueblo que estaba a 25 kilómetros y allí la fusilaron. Más tarde, un falangista que presencié la ejecución me contó que, antes de ser ejecutada, a la mujer la habían violado todos los moros que formaban el pelotón de fusilamiento ... Los cinco carabineros heridos que había en el hospital fueron sacados en camilla. Los moros los iban cogiendo por los brazos y los pies y los arrojaban a la parte de atrás de un camión ... Cuando salieron a la carretera, no hubo forma de que los heridos se tuvieran en pie para fusilarlos, así que los moros los mataron a bayonetazos...**13**

En Huelva, sin embargo, la izquierda pudo conservar el poder durante algunos días. La dirección general de la Guardia Civil en Madrid ordenó al destacamento local que atacara Sevilla, pero lo que hizo éste fue pasarse inmediatamente a las fuerzas de Queipo de Llano.

En Madrid, Casares Quiroga dimitió como presidente del Consejo a las cuatro de la madrugada del día 19 de julio. El ambiente había sido muy tenso durante toda la noche. El simple petardeo de un coche llevaba a la gente a pensar que la sublevación había estallado también en la capital de España. Durante aquella larga y cálida noche de verano los cafés permanecieron abiertos y las calles repletas de gente irritada contra el Gobierno e impotente ante las noticias contradictorias que oía por la radio. La UGT y la CNT venteaban aires de traición.

Tras aceptar la dimisión de Casares Quiroga, Azaña pidió a su amigo Diego Martínez Barrio, el presidente de las Cortes, que formara gobierno. Este lo constituyó sólo con republicanos, excluyendo expresamente a los partidos de izquierda que habían formado la alianza del Frente Popular, porque lo que quería Martínez Barrio era tratar de llegar a un acuerdo con los representantes de la derecha. Este momento de crisis revelaba la escisión fundamental entre el gobierno liberal del Frente Popular y las masas que le habían dado el poder con su voto.

Sin embargo, la propuesta de paz que Martínez Barrio hizo a Mola por teléfono fue rechazada por éste. «No, no es posible, señor Martínez Barrio. Ustedes tienen sus masas y yo tengo las mías. Si yo acordase con usted una transacción habríamos los dos traicionado a nuestros ideales y a nuestros hombres. Mereceríamos ambos que nos arrastrasen.»**14** No deja de ser curioso que un general rebelde tuviera que recordar al jefe del Gobierno sus obligaciones con aquellos que le habían votado.

Los obreros estaban furiosos ante la actitud de lo que consideraban un gobierno desfalleciente, si no traidor. Un testigo presencial escribe: «Espontáneamente se forman enormes manifestaciones. Van como avalanchas contra Gobernación y Guerra: "¡Traidores! ¡Cobardes!". Surgen oradores improvisados que arengan a las masas. "Nos han vendido! ¡Tenemos que empezar por fusilarlos a ellos!"».**15** El gobierno de Martínez Barrio colapso inmediatamente. El mismo lo describió así: «En pocos minutos la manifestación de los partidos había consumado la ruina de mi gobierno y era absurdo pedirme que yo combatiera la rebelión militar con la ayuda de unas sombras, despojadas de autoridad, a las que irrisoriamente se conservaba el nombre de ministros».**16** Su gabinete no había durado ni doce horas.

Azaña recurrió entonces a otro amigo suyo para formar gobierno: José Giral. Catedrático de química, el doctor Giral fue el único político liberal que advertía cabalmente que los dirigentes de la República ya no podían seguir negándose a afrontar la realidad. Durante la mañana del día 19 tomó la ardua decisión de disolver el ejército por decreto **17** y dio órdenes de que se entregasen armas a las organizaciones obreras. Y aun así hubo gobernadores civiles que se negaron a obedecer sus instrucciones. En Madrid, el Gobierno tuvo que poner firmes al general Miaja para que cumpliera las órdenes.**18** Se entregaron entonces a la CNT y a la UGT unos miles de fusiles, que hubo que limpiar de grasa en los sindicatos con papel de periódico. De ellos, sólo 5.000 disponían de cerrojo, porque, siguiendo una norma tradicional de precaución contra los motines, el resto de los cerrojos se encontraba en el cuartel de la Montaña, donde el coronel Serra, implicado en la conspiración, se negó a entregarlos.

Los leales a la República tuvieron la suerte de que la conspiración en Madrid nunca estuvo bien organizada. El general Rafael Villegas, jefe teórico de los conjurados, que habría debido ocupar el Ministerio de la Guerra, ni siquiera lo intentó. El general Fanjul, que debía hacerse cargo del mando de la 1ª División Orgánica, vio más factible dar el golpe desde el cuartel de la Montaña que apoyarse en la red de cuarteles que desde el Pardo, en el norte, hasta Getafe, al sur, habría dispersado la atención de los republicanos. Los generales rebeldes siempre habían sido conscientes de que era muy improbable que pudieran hacerse en seguida con Madrid, pero dado que su estrategia se basaba en resistir hasta que llegaran refuerzos de Pamplona, Zaragoza y Barcelona, no deja de sorprender que hubieran hecho tan pocos preparativos para soportar un asedio.

A la caída de la tarde del día 19, Fanjul llegó al cuartel de la Montaña, donde cambió impresiones con los oficiales y los falangistas que habían acudido para colaborar en el levantamiento. Pero cuando intentaron salir del cuartel se vieron rodeados por una multitud de madrileños dirigidos por la CNT y la UGT. Se intercambiaron disparos y las tropas tuvieron que retroceder hasta el cuartel. La intentona rebelde tenía más aire de acción ritual que de operación militar. Mientras afuera los asaltantes aguardaban la madrugada, la voz de «Pasionaria» resonaba en los altavoces llamando a la resistencia.

Durante la tarde del día 18, mientras se intensificaba la lucha en la Península, el *Dragón Rapide* había recogido en el aeropuerto de Gando al general Franco. Éste, que se había afeitado el bigote, vestía de civil y llevaba un pasaporte falso, se dirigió primero a Casablanca donde le esperaba Luis Bolín. Desde allí telefonearon a Larache, desde donde les aconsejaron que no hicieran escala en Tánger. A las cinco y media de la mañana siguiente se dirigieron al aeropuerto de Sania Ramel, en Tetuán, que controlaban los sublevados. Franco se vistió de uniforme y fue recibido en el aeropuerto por la plana mayor de los golpistas: Yagüe, Solans, Seguí, Sáenz de Buruaga, Beigbeder... que pusieron a sus órdenes al ejército de África.**19** Al pie del avión se improvisó una breve conferencia durante la cual Franco fue informado de que el levantamiento no había salido tan bien como estaba previsto. Franco decidió que Bolín partiera al instante con una autorización «para comprar aviones y suministros para el ejército español no marxista», una curiosa descripción de las fuerzas que más adelante iban a constituir la «Cruzada». En la Península se necesitaban refuerzos con urgencia y, dado que la sublevación de la flota había fracasado, era indispensable contar con aviones para transportar allí al ejército de África.

La segunda decisión que tomó Franco en Tetuán, el mismo día 19, fue ordenar que los leales a la República fuesen internados en un campo de concentración establecido en los alrededores de la ciudad y en el castillo de El Hacho, en Ceuta. Tras una rápida selección, los falangistas locales procedían, cada amanecer, a fusilamientos en masa. **20**

En la costa cantábrica, en la mañana del día 19, Santander permaneció en poder de la República sin derramamiento de sangre porque el Regimiento de Infantería n.º 23 se negó a sublevarse. En Oviedo, en cambio, la izquierda se mostró excesivamente confiada, quizá por el recuerdo de su fortaleza durante los hechos de Octubre de 1934. Allí el coronel Aranda logró convencer al gobernador civil y a la mayoría de los dirigentes obreros de su lealtad a la República, escudándose para no entregar armas a los obreros en que seguía al pie de la letra las órdenes de Madrid. El gobernador civil, tranquilizado por las protestas de lealtad de Aranda, le presentó ante González Peña, Belarmino Tomás y demás dirigentes obreros como «un hombre de honor». Aranda sugirió entonces la conveniencia de que los mineros formaran una columna para la defensa de Madrid mientras él custodiaba Oviedo para la República, pero tan pronto como la columna se puso en marcha, el coronel se sumó al levantamiento faccioso y, una vez que tuvo controlada la ciudad con la ayuda de la Guardia Civil, mandó fusilar al gobernador que tenía tan buena opinión de él. Aranda se dispuso a resistir el largo y furioso asalto a que le sometieron los mineros asturianos cuando se dieron cuenta de que habían sido burlados. En Gijón fracasó el golpe de estado gracias a la decidida acción de los estibadores del puerto, que acosaron a los militares hasta que éstos retrocedieron hasta el cuartel de Simancas, donde se encerraron y resistieron durante más de un mes al mando del coronel Pinilla. Los dinamiteros hicieron saltar el cuartel.

Los acontecimientos fueron mucho menos dramáticos en la ciudadela carlista de Pamplona. En la mañana del día 19 el «Director» aplicó allí escrupulosamente su propio plan y declaró el estado de guerra en toda Navarra «para restablecer el principio de autoridad» que exigía inexcusablemente que «los castigos sean ejemplares, por la seriedad con que se impondrán y la rapidez con que se llevarán a cabo, sin titubeos ni vacilaciones», haciendo un llamamiento a «todas las personas patrióticas que suspiraban por este Movimiento» y que hasta entonces habían sido dominadas «por una minoría de audaces sujetos a órdenes de Internacionales de índole varia, pero todas igualmente antiespañolas». **21** Hubo muy poca resistencia en aquel bastión del tradicionalismo, donde los requetés «ahogaron en sangre la breve resistencia de la Casa del Pueblo» tratando de cumplimentar escrupulosamente el bando de Mola. **22** Durante todo el día, los voluntarios carlistas del campo, tocados con sus tradicionales boinas rojas y lanzando gritos de «¡Viva Cristo Rey!» acudieron a la ciudad para alistarse. Un observador francés dice que no se habría sorprendido en aquellos momentos si hubiera tenido lugar allí mismo un auto de fe con quema de herejes incluida. Ocho mil requetés se concentraron en Pamplona cantando:

Cálzame las alpargatas,
dame la boina,
dame el fusil,
que voy a matar más rojos
que flores tienen
mayo y abril.

Navarra había rechazado el Estatuto de Autonomía ofrecido por la República a Euskadi, de modo que los vascos eran bien conscientes de la amenaza que significaba que los carlistas se unieran a la rebelión militar. El 19 de julio los golpistas se apoderaron de Vitoria, pero en Bilbao el gobernador civil hizo derivar todas las llamadas telefónicas a su despacho, de suerte que, cuando llamó Mola desde Pamplona al gobierno militar, la llamada la recibió el gobernador civil y el levantamiento quedó abortado. **23** Se organizó un consejo de defensa para la provincia de Vizcaya, la fortaleza de Basurto fue cercada y se desarmó a los soldados.

En el País Vasco oriental la iniciativa la tomaron casi enteramente las organizaciones obreras, como la UGT en Eibar y la CNT en San Sebastián. Aquí los acontecimientos se desarrollaron de forma parecida a Oviedo. El coronel Carrasco se declaró a favor de la República y se envió una columna a Mondragón. Cuando el coronel mostró sus verdaderas cartas, sus hombres fueron cercados en el Hotel María Cristina y en el Gran Casino. San Sebastián, la capital de verano de la Monarquía, contaba con un gran núcleo de gentes de derechas que, sin embargo, no consiguieron hacer frente al inesperado y feroz ataque de los obreros. Se dijo que, para defenderse, los rebeldes del María Cristina habían apostado rehenes en las ventanas del hotel como si fueran sacos terreros, pero probablemente ése no fue más que uno de los muchos rumores que se harían circular durante toda la guerra como arma de propaganda. Los anarquistas, recelosos de que el Partido Nacionalista Vasco se opusiera de verdad al levantamiento, se apoderaron de las armas del cuartel de Loyola. Esto y la ejecución de algunos prisioneros de derechas envenenó las relaciones de los libertarios con el PNV.

Los sublevados se apoderaron de Burgos sin hallar la menor oposición («allí son nacionales hasta las piedras», dijo la condesa de Vellellano al doctor Junod, de la Cruz Roja),²⁴ pero eso no fue óbice para que se llevaran a cabo ejecuciones masivas una vez que la policía facilitó nombres y direcciones. Los generales Batet y Mena, que permanecieron leales al Gobierno, fueron fusilados en seguida. Los elementos civiles más prominentes de la conspiración -Sáinz Rodríguez, Goicoechea, el conde de Vellellano, Vegas Latapié, Yanguas, Zunzunegui y el marqués de Valdeiglesias- ya se habían congregado en Burgos, con el general Mola, para recibir al general Sanjurjo como nuevo jefe del Estado, pero su espera fue en vano. Su avión se estrelló el día 20 en Marinha, cerca de Lisboa, al poco de despegar, y el «León del Rif» murió carbonizado allí mismo entre sus uniformes de gala y sus condecoraciones militares.

En Valladolid, corazón de la austera Castilla que adoraba José Antonio, la Guardia de Asalto se rebeló contra el gobernador civil Luis Lavín y se apoderó de Radio Valladolid, de Correos y del Gobierno Civil, arrestando al gobernador y poniendo en libertad a los militares golpistas que éste había hecho encarcelar. Los generales Saliquet y Ponte se presentaron en Capitanía pistola en mano para ponerse al frente de la sublevación. El general Nicolás Molero y sus leales repelieron la agresión. Se produjeron tres muertos y cinco heridos, entre ellos el propio general Molero, que fue fusilado días más tarde. Saliquet proclamó entonces el estado de guerra y sacó las tropas a la calle. Los ferroviarios de la UGT se les opusieron con gran coraje, pero fueron aniquilados en un abrir y cerrar de ojos. Las 478 personas que se habían refugiado en la Casa del Pueblo fueron encarceladas.²⁵

La pérdida de Zaragoza fue una de las mayores calamidades para la izquierda, especialmente para los anarquistas. El Gobierno, que recelaba de las intenciones del general Cabanellas, envió a un amigo suyo, el general Núñez del Prado, para que confirmara su lealtad a la República. Cabanellas se sublevó y mandó fusilar a Núñez del Prado y a su ayudante. La CNT contaba en Zaragoza con unos 30.000 afiliados pero sus líderes decidieron que sólo actuarían de acuerdo con el gobernador civil a pesar de que éste no les había dado ningún arma. Al alba del 19 de julio las tropas al mando del coronel Monasterio tomaron las calles de la ciudad y acabaron fe rozmente con la resistencia de los pocos obreros armados que pudieron hacerles frente.

A comienzos del siglo XX, España era una monarquía constitucional, y su jefe de Estado, desde mayo de 1902, fue el rey Alfonso XIII, que aparece en la fotografía en uniforme de gran gala. El rey era un gran aficionado a los automóviles. En la fotografía, unos campesinos empujan su vehículo *enpantie*, mientras un coche de caballos acude al rescate. Tropas sublevadas controlan, con fuerte

armamento, las ciudades en las que ha triunfado el golpe. En la fotografía, soldados en Zaragoza. Obsérvense las alpargatas que calza el soldado de la izquierda. El general de división José Sanjurjo había de ser el «generalísimo» de la guerra. Se mató el día 20 de julio al estrellarse su avión, excesivamente cargado, cerca de Lisboa. En la fotografía se despide de sus familiares y amigos para abordar el aparato que debía llevarle a Burgos.

En Barcelona las cosas sucedieron de forma muy distinta, aunque los conspiradores **26** daban por seguro que la ciudad se sumaría al levantamiento. Para ello contaban con los oficiales de la UME, españolistas a ultranza y por tanto enemigos de todo lo que sonara a catalán y a izquierda. Esos oficiales pensaban sacar a la calle las tropas de los distintos regimientos y hacerlas converger en la plaza de Cataluña para, después, tomar la Comisaría de Orden Público, el palacio de la Generalitat y el edificio de Capitanía general. Contaban, además, con la presencia del general Manuel Goded, que volaría desde Mallorca, una vez controlada la isla, para dirigir la rebelión.**27** Pero no tuvieron en cuenta ni el temple de las organizaciones obreras ni la lealtad de los guardias de Seguridad y Asalto ni, mucho menos, la de la Guardia Civil.

En la tarde del 18 de julio el presidente Lluís Companys se negó a que se armara a la CNT a pesar de que ya había recibido noticias sobre los acontecimientos en Marruecos y Sevilla y el comisario general de Orden Público, Frederic Escofet, le había hecho llegar la documentación conseguida por medio de oficiales de la UMRA con los planes para el levantamiento en Barcelona. La Guardia de Seguridad y Asalto, que dependía de la Generalitat, detuvo a los anarquistas que portaban armas, aunque todos fueron puestos en libertad tras las protestas del comité regional de la CNT.

Los anarquistas, que sabían muy bien cuál sería su suerte si el ejército se apoderaba de la ciudad, no estaban dispuestos a dejar su destino en manos de los políticos. Durante toda la noche los comités de defensa locales de la CNT estuvieron preparándose para la guerra. Asaltaron algunas armerías (un par de ellas con la ayuda de suboficiales simpatizantes) y se apoderaron de las armas que había en cuatro vapores amarrados en el puerto. Asaltaron incluso el viejo barco-prisión *Uruguay* para hacerse con las armas de los guardianes. El sindicato de estibadores de la UGT tenía conocimiento de que en el puerto había dinamita, que encontraron y con la que estuvieron toda la noche fabricando bombas de mano caseras. Todas las escopetas de la ciudad fueron incautadas. Se requisaron asimismo coches y camionetas que los metalúrgicos blindaron someramente y se apilaron sacos terreros en los camiones. Se identificó a todos los vehículos con grandes letras pintadas en blanco sobre el techo y en los laterales. Las iniciales más frecuentes eran las de la CNT-FÁI, pero también se veían las del POUM y las del PSUC. Algunos vehículos ostentaban el anagrama UHP (Unión Hermanos Proletarios), en recuerdo del grito conjunto de la alianza obrera durante la revolución de Asturias.

El ambiente de aquella noche, cálida y húmeda, era muy tenso. A la mañana siguiente tenía que inaugurarse la Olimpiada Popular organizada como respuesta a las Olimpiadas de la Alemania nazi, pero el acto no fue posible porque la pasión de la lucha lo desbordó todo. Muchos de los atletas extranjeros que esperaban en sus alojamientos y hoteles se unieron al día siguiente a los obreros para luchar contra el fascismo, y unos 200 de ellos se incorporaron más tarde a las columnas de las milicias populares. Hacia las dos de la madrugada, el presidente Companys se dirigió a las Ramblas con un sombrero de fieltro calado hasta las cejas para no ser reconocido. Las calles aparecían ruidosas y repletas. De los altavoces sujetos a los árboles salía constantemente música que, de vez en cuando, interrumpían las consignas sindicales. En el lugar de encuentro favorito de los anarquistas, el café La

Tranquilidad, los miembros de la CNT entraban y salían para oír las últimas noticias y las informaciones sobre la entrega de armas a los trabajadores. Los miembros del Comité de Defensa Confederat, Buenaventura Durruti, Juan García Oliver y Francisco Ascaso, se mantenían en estrecho contacto con la Generalitat a pesar de la actitud de Companys. Algunos guardias de Asalto ignoraron las instrucciones de la Generalitat y armaron por su cuenta a miembros de la CNT.

Poco antes de romper el día 19 de julio, se dio a los soldados del Regimiento de Infantería n.º 13, de los cuarteles de Pedralbes, una ración de coñac mientras el comandante López Amor y sus oficiales les decían que habían recibido órdenes de Madrid de salir a la calle para sofocar un levantamiento anarquista. A medida que la columna bajaba por la Diagonal se le iban sumando falangistas y gentes «de orden»²⁸ al tiempo que las sirenas de las fábricas y los barcos del puerto hacían sonar la alarma. Hacia las cinco de la mañana salieron también de sus cuarteles soldados del Regimiento de Caballería de Montesa del cuartel de la calle Tarragona, el Regimiento de Dragones de Santiago, del cuartel de la Travessera de Gracia, y una batería del 7 º Ligero de Artillería, del cuartel de Sant Andreu, donde se guardaban más de 30.000 fusiles. ²⁹

La salida de las tropas a la calle estuvo muy mal coordinada. Parte de la artillería que salió del cuartel de los Docks tuvo que retroceder y refugiarse en el interior al ser atacada nada más pisar la calle, mientras que el Regimiento de Caballería de Santiago era diezmado y dispersado en el Cinc d'Oros. Algunas unidades no consiguieron siquiera llegar a la calle. Las que lo hicieron se dirigieron a tomar los edificios estratégicos de la plaza de España y de la plaza de Cataluña pero tuvieron que refugiarse y hacerse fuertes en el Hotel Colón, en el Ritz y en el edificio de la Telefónica. Los destacamentos que eran hostigados en su marcha hacia el centro de la ciudad se parapetaban tras barricadas, pero eran barridos en seguida por camiones pesados conducidos por obreros en embestidas casi suicidas. Les atacaban también con granadas caseras desde los tejados de los edificios y, por supuesto, eran hostigados por los francotiradores. Aquellos que no podían tomar parte directa en la lucha se afanaban en construir barricadas para impedir que los rebeldes llegaran al centro de la ciudad. Los adoquines de las calles constituían un excelente material para la construcción de barricadas, como sabían muy bien los obreros barceloneses por lo menos desde la Semana Trágica de 1909.

Hacia las once de la mañana llegó el general Goded en un hidroavión procedente de Mallorca. La isla había quedado en manos de los rebeldes pero no Menorca, con su base de submarinos en el puerto de Mahón, que se conservó para la República gracias a los soldados y a los suboficiales que se enfrentaron a sus jefes. Goded se dirigió inmediatamente a Capitanía donde arrestó al jefe de la 4ª División Orgánica, general Llano de la Encomienda, leal a la República, pero a las pocas horas todos los edificios, militares o no, en los que los facciosos se hacían fuertes fueron sitiados.

La bandera roja y negra de la CNT/FAI ondeaba en camiones, Aneadas y edificios. Los altavoces en las calles continuaron transmitiendo noticias y consignas durante todo aquel caluroso domingo de julio. La mayoría de las iglesias y los conventos de Barcelona fueron incendiados y se practicaron ejecuciones sumarias, entre ellas las de doce religiosos del convento de los Carmelitas acusados falsamente de disparar contra la gente desde sus ventanas. Los ataques desde campo raso contra los edificios ocupados se saldaron con grandes bajas. Entonces, hacia las dos de la tarde, cuando ya era evidente que el ejército no iba a poder derrotar a semejante número de oponentes, la Guardia Civil se decidió a actuar. Una columna de unos 800 guardias civiles al mando del coronel Escobar ascendió por la Vía Layetana y al llegar frente al balcón de la Comisaría de Orden Público donde se encontraba

Companys expectante, el coronel se cuadró y se puso a disposición del presidente de la Generalitat. Un escuadrón montado recorrió las Ramblas siendo vitoreado y saludado por la multitud. Era esta la primera vez que la Benemérita era ovacionada por los obreros de Barcelona, aunque sus instintivos recelos hacia la Guardia Civil no debieron desaparecer del todo.

Con su excelente puntería, los guardias civiles prestaron gran ayuda en el ataque a los hoteles Colón y Ritz, si bien los anarquistas reconquistaron la Telefónica sin su asistencia. Pero el momento crucial se vivió en la avenida de Icaria, en la que se habían alzado barricadas improvisadas con grandes bobinas de papel de imprimir para parar al Regimiento de Artillería de Montaña n.º 1 del cuartel de los Docks, que acudía a socorrer a los sitiados rebeldes del centro de la ciudad. En un momento dado, en medio del tiroteo, un pequeño grupo de obreros y un guardia de Asalto se plantaron ante los soldados de una batería compuesta de dos cañones de 75 mm. Sosteniendo sus fusiles sobre la cabeza en señal de que no iban a atacarles se dirigieron a los atónitos soldados exhortándoles a que no dispararan contra sus hermanos e informándoles de que sus oficiales les habían engañado. Al punto, los servidores de las piezas las giraron 180 grados contra las fuerzas rebeldes. A partir de aquel momento, la riada de soldados que se unía a los obreros y a los guardias de Asalto fue ya imparable.

El general Goded se rindió en Capitanía poco después de que los estibadores del puerto le enviaran algunos cañonazos. Algunos quisieron entonces ejecutar en el acto al militar traidor, pero se interpuso Mercader, la madre del que había de ser asesino de Trotsky. Goded fue llevado ante Companys, quien le exhortó a que se dirigiera por radio a sus partidarios para evitar mayor derramamiento de sangre «Soy el general Goded. Declaro ante el pueblo español que la suerte me ha sido adversa. En adelante, aquellos que quieran continuar la lucha no deben ya contar conmigo.» Sus palabras supusieron una inyección de coraje para las fuerzas de izquierda en otros lugares de España,³⁰ pero su discurso no le salvó del fusilamiento. En agosto un tribunal militar le condenó a muerte por rebelión.

Hacia el anochecer sólo resistían las Atarazanas y el cuartel de Sant Andreu. Aquella tarde ya habían sido silenciadas las ametralladoras emplazadas en la estatua de Colón. El aeropuerto del Prat estaba en manos del teniente coronel Díaz Sandino, que había enviado aviones a atacar esta posición permitiendo a una oleada de obreros y guardias de Asalto que se hicieran con ella. En el castillo de Montjuic los soldados habían ejecutado a los oficiales rebeldes y habían entregado armas a la CNT.

A la mañana siguiente, los anarquistas, determinados a asaltar el cuartel de Atarazanas, pidieron a las fuerzas paramilitares que no intervinieran. Buenaventura Durruti dio la orden de ataque: «¡Adelante hombres de la CNT!». El mismo dirigió el asalto junto a su compañero de armas Francisco Ascaso, que cayó en seguida. Al final hubo unos 600 muertos y 4.000 heridos en el asalto. Como en todos los combates, los asaltantes también demostraron entonces que eran valientes y generosos, pero muchas de las bajas fueron innecesarias, sobre todo las que se produjeron en el momento final, cuando los anarquistas ya disponían de artillería y de apoyo aéreo. No obstante, la épica de aquel ataque pasó para siempre al folklore anarquista, sin reparar en que las agallas y el coraje son peligrosos sustitutos de la ciencia militar.

6. Rojo y azul

En los planes de los rebeldes, la flota tenía asignado un papel clave: el de transportar el ejército de África hasta la Península. En su primera alocución por Radio Sevilla, el mismo día 18, el general Queipo de Llano señalaba ese papel y, también, los primeros objetivos de los golpistas:

la Marina de Guerra, siempre fiel a los latidos de la Patria, se encuentra en masa con nosotros. Gracias a su ayuda, el traslado de tropas de Marruecos a la Península ha de ser rapidísimo y pronto veremos llegar a Cádiz, Málaga y Algeciras las columnas gloriosas de nuestro ejército de África, que avanzarán sin reposo sobre Granada, Córdoba, Jaén, Extremadura, Toledo y Madrid.**1**

Entre los conspiradores del ejército y de la escuadra se había acordado que, tan pronto como ésta tuviera conocimiento del golpe, debía poner proa a toda máquina al Marruecos español. Sabían que muy pocos oficiales iban a permanecer leales al gobierno de la República. Al igual que en otros países, los marinos de carrera de la flota e guerra española eran más aristocráticos que los militares de carrera el ejército de tierra, que durante el siglo XIX había abierto sus filas a una clase media deseosa de ascenso social que daría al ejército su pátina de liberalismo. Muchos marinos eran monárquicos, otros, declaradamente antirrepublicanos, pero, en cualquier caso, la inmensa mayoría simpatizaba con sus compañeros golpistas.

En la mañana del 18 de julio, desde el Ministerio de Marina en Madrid se cursaron órdenes para que zarparan del puerto de Cartagena tres destructores con destino a Melilla, a los que se ordenó por radio que cañonearan la ciudad rebelde. Los oficiales supieron, así, que el levantamiento había empezado. En dos de los destructores los mandos reunieron en cubierta a todo el personal para explicarle los objetivos que perseguía el levantamiento que acababa de producirse. La falta de entusiasmo de la marinería delataba ya el curso que podían seguir los acontecimientos.

Los cuerpos de suboficiales y subalternos de la marina estaban mucho mejor organizados que los del ejército. El día 13 de julio se habían reunido en secreto en El Ferrol para ponerse de acuerdo en lo que harían si los oficiales se rebelaban en contra del Gobierno. En Madrid, en el Ministerio de Marina, el radiotelegrafista Benjamín Balboa interceptó el mensaje que había dictado el general Franco en Tenerife y que llegaba desde Cartagena, lo comunicó de inmediato a la superioridad y arrestó al jefe de la estación de radio, el capitán de corbeta Castor Ibáñez que estaba implicado en la conspiración. Acto seguido Balboa, cumpliendo órdenes del Ministerio, se puso en contacto con los radiotelegrafistas de la escuadra para alertarles de lo que podía ocurrir y pedirles «que vigilen a sus jefes, una cuadrilla de fascistas, que les desobedezcan si es preciso, que les reduzcan, que se los carguen...».**2** Gracias a su decidida actuación, la mayoría de las tripulaciones de los buques tuvo conocimiento de lo que realmente sucedía, por lo que sus oficiales no les pudieron engañar. El doctor Giral, que conservaba la cartera de Marina, envió un comunicado destituyendo a todos los oficiales que se negaran a cumplir las órdenes del Gobierno.

De los tres destructores que partieron hacia Melilla sólo conservaron el control del buque los oficiales del *Churruca*, porque tenía la radio averiada. En el *Almirante Valdés* y en el *Sánchez Barcáiztegui*, la marinería detuvo y encerró a sus oficiales. Eligieron entonces un comité de dirección, bombardearon Ceuta y Melilla y regresaron a su base en Cartagena. Los rebeldes no contaban, pues, más que con un constructor y un cañonero, el *Dato*, para escoltar transbordadores y otonaves con los que empezaron a transportar a la Península los refuerzos que tanto necesitaban.

En la mañana del día 19 el Gobierno ordenó a todos los barcos de guerra disponibles que se dirigieran al estrecho de Gibraltar para impedir que el ejército de África cruzara a la Península. Los oficiales, que estaban dispuestos a sumarse a la rebelión, no pudieron impedir que las órdenes llegaran a la marinería. A bordo del crucero *Miguel de Cervantes*, los oficiales resistieron hasta el fin, pero en la mayoría de los buques se rindieron ante los marineros armados. El único acorazado navegable, el *Jaime I*, fue recuperado por los marineros, como sucedió con el crucero *Libertad* e incluso con el destructor *Churruca* después de que éste escoltara al trasbordador *Ciudad de Algeciras*, que desembarcó un tabor de regulares en Cádiz. Más tarde, los que se llamarían a sí mismos «nacionales» dirían que los marineros se habían amotinado y asesinado a sus oficiales, acusando a Giral de haberles instigado a ello.

Poco después de que el Ministerio de Marina hubiese enviado instrucciones deponiendo del mando a los oficiales rebeldes, se produjo el célebre cruce de mensajes tantas veces citado: «Tripulación del *Jaime I* al Ministerio de Marina. Hemos tenido gran resistencia por parte de los comandantes y oficiales a bordo y les hemos reducido por la fuerza ... Pedimos instrucciones sobre lo que hay que hacer con los cadáveres». «Ministerio de Marina a tripulación del *Jaime I*. Arrojen los cuerpos por la borda con respetuosa solemnidad.»

Desde Gibraltar, los oficiales de la Royal Navy seguían atentamente los acontecimientos. Un escalofrío les recorría el cuerpo tan sólo de pensar en la reacción de la marinería. Tenían fresco en la memoria el motín de Invergordon³ y sólo habían transcurrido 17 años desde la revuelta de la flota francesa en el Mar Negro.⁴ No había ninguna duda de hacia dónde se inclinaban sus simpatías y eso habría de tener repercusiones. La más importante fue que pasaron información a los nacionales sobre los movimientos de la flota republicana; la más inmediata fue permitir que Franco estableciera un centro de información en Gibraltar, aunque no se sabe con certeza si el gobierno de Londres estaba al corriente.

Con la rebelión sofocada en la mayoría de los barcos, muchos rebeldes pensaron que habían fracasado porque no veían cómo se lograría hacer pasar el ejército de África a la Península. El *chargé d'affaires* alemán informó a la Wilhelmstrasse que la defección de la flota podía dar al traste con los planes de Franco y que, en cualquier caso, se había perdido un tiempo precioso.

Ese contratiempo no llegó a convertirse en un desastre para los nacionales porque consiguieron organizar, con ayuda alemana, el primer gran puente aéreo de tropas de la historia.⁵ Aunque el puente comenzó a funcionar casi inmediatamente, con unos pocos Breguet, Fokker, Niueport y DC2 de las fuerzas aéreas españolas y algunos Savoia italianos, el grueso del transporte lo realizaron 20 Junker 52 enviados por Hitler, quien diría más tarde que «Franco tendría que haber erigido un monumento a la gloria de los Junker 52».⁶ Pero los nacionales se vieron favorecidos, además, porque los recién elegidos comités de mando en los buques de la Armada no eran, lógicamente, capaces de mantener a pleno rendimiento la eficacia de la flota republicana. Ésta, que se vio obligada a abandonar el puerto de Tánger por presiones de los ingleses, que tampoco le permitieron repostar en Gibraltar, no se atrevió a atacar a las embarcaciones que transportaban unidades del ejército de África a la Península porque se sabían bajo la mira de los acorazados de bolsillo alemanes *Deutschland Admiral Scheer*. De este modo, los rebeldes consiguieron que el que llamaron «convoy de la victoria» trasladara a la Península una importante cantidad de material bélico y 2.500 legionarios y regulares que se sumaron a los que habían llegado por vía aérea.

La batalla más intensa de la flota no se dio en el mar, sino en el puerto de El Ferrol. El día 19 la CNT y la UGT pidieron que el gobernador civil cumpliera la orden de entregarles armas, cosa que éste autorizó, pero el jefe del Arsenal se negó a entregarlas y los conspiradores declararon el estado de guerra. El Regimiento de Infantería de Marina n.º 29 y el Regimiento

de Artillería de Costa n.º 3 trataron de hacerse con la ciudad, pero los obreros y los marineros se apoderaron del Arsenal.

Los marinos leales controlaban el crucero *Almirante Cervera*, que estaba en dique seco, como también lo estaba el acorazado *España*.

Desde estos dos buques consiguieron poner fuera de combate al destructor *Vélasco*, sublevado, pero no pudieron dirigir sus pesados cañones hacia las baterías de costa, en poder de los rebeldes, porque los tinglados de los muelles se lo impedían. Una batalla naval de esta envergadura en una zona tan reducida causó enormes destrozos. El día 21 de julio los oficiales rebeldes se valieron de una *añagaza* para salvar la situación: enviaron un radio en la misma onda en que transmitía el Ministerio de Marina ordenando a la flota que se rindiera para evitar un inútil derramamiento de sangre. Ante las órdenes que aparentemente llegaban de Madrid, el contraalmirante Azaróla y el capitán del *Almirante Cervera*, Sánchez Ferragut, se rindieron para acabar siendo fusilados. Treinta marineros como mínimo fueron colgados de las vergas.

En Galicia, el levantamiento militar se inició con retraso en las primeras horas del día 20 de julio. En La Coruña el gobernador civil, Francisco Pérez Carballo, amigo personal de Casares Quiroga, se negó a entregar armas a los sindicatos asegurándoles que el gobernador militar, general Caridad Pita Romero, antifascista convencido, había recibido promesa solemne de sus oficiales de que no iban a rebelarse y que el general jefe de la 8ª División, Enrique Salcedo, era leal al Gobierno legítimo.

Sin embargo, la sublevación, encabezada por el coronel Pablo Martín Alonso, no tardó en producirse con las consecuencias que cabía esperar: el general Pita fue asesinado, y destituido y detenido el general Salcedo, que sería fusilado meses más tarde. Fueron asesinados también el joven gobernador civil y su esposa, que estaba encinta.⁷ Grupos de obreros someramente armados se opusieron valientemente a las tropas rebeldes y a un nutrido destacamento de falangistas al mando de Manuel Hedilla, quien habría de ser jefe nacional de Falange a la muerte de José Antonio. Los defensores de la República fueron aplastados finalmente muy cerca de donde se encuentra la tumba del general escocés sir John Moore, héroe de la guerra de Independencia, justo en el momento en que llegaba una columna de mineros de Noya provistos de dinamita. Al advertir éstos que llegaban tarde y que tenían que enfrentarse a fuerzas muy superiores, se dispersaron; una Parte de la columna de socorro se embarcó rumbo a Bilbao y el resto se echó al monte.

En Vigo, que también cayó en manos de los rebeldes, a los soldados del Regimiento de Mérida se les suministró gran cantidad de alcohol y se les ordenó salir, bayoneta calada, hacia el centro de la ciudad. El oficial al mando de la columna proclamó el estado de guerra y cuando los civiles desarmados prorrumpieron en protestas, mandó hacer fuego. Los soldados, medio borrachos, se liaron a tiros contra todo lo que se movía en la Puerta del Sol.

A primeras horas de la mañana del día 20 de julio, a los ciudadanos de Madrid que sitiaban, armados en precario, el cuartel de la Montaña, se les unieron muchos otros madrileños, mujeres incluidas. El capitán de artillería retirado Orad de la Torre instaló dos cañones Schneider de 75 mm en la calle Bailen, a unos 500 metros del cuartel. Más tarde lo haría el teniente Vidal, quien consiguió poner en posición de tiro un cañón de campaña de 155 mm a unos 200 metros del cuartel, prácticamente a tiro de fusil. Para dar la sensación de que los sitiados tenían que habérselas con toda una batería, los cañones eran desplazados constantemente de un lugar a otro.⁸

Miles de personas rodeaban el cuartel por Moncloa, por el Paseo de Rosales, por la estación del Norte... Era una masa que avanzaba y retrocedía sin orden -«como una granizada», dice Camilo J. Cela-, parapetándose como podía tras los bancos y los árboles. En algún momento

sobrevolaron el cuartel aviones procedentes del aeródromo de Cuatro Vientos, donde el levantamiento había sido sofocado el día anterior. Primero lanzaron octavillas instigando a la rendición de los sitiados; más tarde bombardearon el cuartel. La multitud, dando saltos, prorrumpió en gritos de júbilo que fueron pronto acallados por las ametralladoras del cuartel, que abrieron fuego y mataron a varias personas.

El joven poeta inglés Jack Lindsay escribió un largo poema para ser recitado ante las gentes. En él dice:

Encontramos un cañón solitario,
y lo montamos en un camión de cervezas.
Corrimos hacia el cuartel de la Montaña
con algunas pistolas viejas y nuestras manos desnudas
desafiando el fuego de las ametralladoras.
Yo estaba allí.
Yo vi el terror de los oficiales
en sus caras pálidas de miedo.**9**

No es sorprendente que la emoción pudiera con el sentido común, pero el asalto al cuartel de la Montaña iba a mostrar los horrores que produce la confusión. Algunos disparaban viejos revólveres contra los gruesos muros del cuartel; muchos de los soldados sitiados quisieron rendirse e hicieron ondear banderas blancas desde las ventanas. El gentío se confió y se acercó al cuartel, pero los oficiales que mandaban las ametralladoras ordenaron hacer fuego de nuevo causando una espantosa mortandad. Esa situación equívoca se repitió varias veces, de modo que, en el momento del asalto final, las masas estaban enloquecidas de miedo y de rabia. Asaltaron el cuartel de Infantería y entraron en el de Zapadores por el portón gracias a que un sargento republicano lo abrió desde dentro antes de que un oficial le pegara un tiro. La matanza que siguió fue terrible.

Un hormiguero humano se agita; hombres y mujeres, con insignias de organizaciones sindicales o de partidos políticos, entran y salen, se reparten armas y municiones, gesticulan y vocean. Parecen ebrios ... Huele a sangre, huele como en una carnicería, como huelen las naves de un matadero. Los cadáveres en distintas posturas, acribillados, carecen de solemnidad ... entre esta concurrencia espantosa no hay ni un solo vivo; nadie siquiera se asoma a contemplar este horror, a reconocerse en este horror.**10**

En Granada, el gobernador civil, César Torres, también desoyó las instrucciones del Gobierno y se negó a entregar armas: «Campins nos había convencido a todos de que podíamos fiarnos de él y de la guarnición y de que no había ninguna razón para armar al pueblo», dirá a Ian Gibson muchos años más tarde.**11** El comandante militar, general Miguel Campins, tenía en efecto una confianza total en la lealtad de sus oficiales, a quienes ordenó personalmente que entregasen las armas precisas a la Guardia Civil. Pero los coroneles Muñoz Y León Maestre no le obedecieron y siguieron adelante con la rebelión que implicó, al final, a los regimientos de Artillería, Infantería, Guardia Civil y Guardia de Asalto. Ante la genuina estupefacción de Campins, el coronel Muñoz le detuvo obligándole a firmar el bando que proclamaba el estado de guerra y que los rebeldes emitieron por Radio Granada aquella misma tarde. «Al caer la noche del 20 de julio todo el centro de Granada estaba en manos de los facciosos. Cientos de revolucionarios, marxistas, extremistas y demás "indeseables" habían ido ya a parar a la cárcel o a la comisaría de Policía, y empezaba a reinar el pánico en

Granada.»**12** El general Campins fue puesto a disposición de Queipo, quien le mandó fusilar el 16 de agosto «por haber tratado de hacer fracasar el movimiento salvador de España», según el ABC de Sevilla.**13**

Los obreros, que habían confiado en la lealtad de la guarnición y, sobre todo, en la de los guardias de Asalto advirtieron demasiado tarde lo que estaba ocurriendo. Se refugiaron entonces en el Albaicín, donde levantaron barricadas y abrieron zanjas para proteger la Carrera del Darro y la Cuesta del Chapiz. Resistieron con gran coraje las embestidas de los sublevados hasta la mañana del día 23, tras haber sufrido la acción de los obuses de artillería, que enterraron entre las ruinas de sus casas a familias enteras.

De entre todas las grandes ciudades, donde la situación se mantuvo más tiempo en la incertidumbre fue en Valencia, porque el jefe de la 3ª División Orgánica, general Martínez Monje, se negó a tomar partido por cualquiera de los bandos. Por su parte, el general González Carrasco, que había llegado desde Madrid para desencadenar el golpe, había perdido toda iniciativa, y el jefe local de la CEDA, Luis Lucía, había mostrado públicamente su rechazo a una rebelión militar. Además, la transmisión por radio de las palabras de rendición de Goded en Barcelona supuso un duro golpe para los conspiradores, que hallaron entonces muy difícil convencer a otros oficiales para que se sumaran a la rebelión. La CNT, por su parte, había declarado la huelga general en toda la región valenciana y se había integrado en el comité ejecutivo que habían constituido los partidos del Frente Popular en el despacho del gobernador civil, Braulio Solsona, quien había sido depuesto por su negativa a entregar armas a los sindicalistas.

La CNT, con miles de estibadores afiliados, era la más numerosa ríe las organizaciones obreras valencianas. Para cooperar con el Frente Popular insistió en fijar determinadas condiciones. Una de ellas fue que las tropas paramilitares se integraran en grupos mucho mayores de obreros para asegurar su lealtad. Esa condición se aceptó y los «grupos de intervención» mixtos ocuparon la emisora de radio, la telefónica y otros edificios estratégicos. Pese a semejantes precauciones, un destacamento de guardias civiles que había sido encuadrado en un grupo de obreros, disparó contra éstos y se pasó a los rebeldes.

El general Martínez Monje siguió insistiendo en su lealtad al Gobierno aunque se negó a entregar armas al pueblo tal como aquél había ordenado. Trataba de ganar tiempo y ver cómo se desarrollaban los acontecimientos en otras ciudades. La decisión de asaltar los cuarteles se pospuso aún por la llegada de una Junta Delegada de Gobierno encabezada por Martínez Barrio. Pero, al final, hasta aquellos que no querían forzar a quienes se manifestaban neutrales en el campo enemigo comprendieron que la situación era insostenible y el asalto a los cuarteles se llevó a cabo el día 29 de julio. El fracaso de Valencia fue gravísimo para la intención de los generales golpistas, que no pudieron contar con una gran base para atacar Madrid desde el este.

En Andalucía, las fuerzas de Queipo no habían conseguido hacerse con mucho más que el centro de Sevilla y el aeródromo desde el que partieron aviones privados en tareas de reconocimiento y también para lanzar bombas a mano. Pero el valor principal de la toma del aeródromo fue que permitió el aterrizaje de los aviones con los primeros regulares y legionarios procedentes de Marruecos, entre ellos la 5ª Bandera mandada por el comandante Castejón. Esos efectivos se lanzaron de inmediato a aplastar a los defensores de la República que se habían hecho fuertes en Triana, donde resistieron hasta el día 21, y en la Macarena, San Julián, San Bernardo o el Pumarejo, que resistieron las embestidas de los legionarios de Castejón hasta el día 25. «Al día siguiente, 21, prosiguió la incursión de las fuerzas de Castejón, con unos 20 legionarios más, siendo por fin liberada Triana de las garras rojas a través de una acometida enérgica, tajante y dura de los asaltantes nacionales, bajo el signo

de la cruz trazada sobre el cuerpo de cada víctima yacente en la vía pública con el cadáver de un asesino rojo. Ojo por ojo, diente por diente.»**14**

Antonio Bahamonde, editor sevillano, católico, que fue jefe de prensa y propaganda del general Queipo de Llano, y que en 1938 consiguió huir de los nacionales, nos ha dejado un testimonio tremendo de la represión en Sevilla y de los modos del general:

Sólo en la ciudad de Sevilla, e independientemente de toda acción guerrera, han asesinado a más de nueve mil obreros y campesinos. En los barrios obreros, los soldados de regulares moros y del Tercio recorrían sus calles de modestísimas casas de una planta y por las ventanas arrojaban bombas de mano, destruyéndolas y matando a las mujeres y los niños. Las hordas moras se entregaron libremente al saqueo y a la violación. El general Queipo de Llano, en sus charlas a través del micrófono, que son exponente de la grosera y baja mentalidad de los sublevados, incita a estas fuerzas a que violen a las mujeres, y cuenta con rudo sarcasmo brutales escenas de este género.**15**

Las noticias de estas brutalidades provocaron asesinatos de represalia en el campo andaluz, donde los campesinos se habían alzado, a su modo tradicional, contra los señoritos y los guardias civiles. Así que, tan pronto como las fuerzas de Queipo de Llano tuvieron dominada Sevilla, los rebeldes se adentraron en los pueblos vecinos creando un auténtico clima de terror. Algunos falangistas, hijos de terratenientes, organizaron cacerías de campesinos a caballo, a las que se referían jocosamente como «la reforma agraria» en la que los braceros iban a conseguir por fin un pedazo de tierra para cada uno.**16**

En muchas zonas aisladas de España una súbita tranquilidad siguió al estallido de la violencia, pero no sucedió lo mismo en las grandes ciudades una vez que su control quedó en manos de la República. En seguida se organizaron columnas para luchar contra la rebelión en otras zonas o para reconquistar los pueblos más cercanos. En Madrid la UGT organizó un eficaz sistema de inteligencia a través de la red telefónica de los ferrocarriles para averiguar dónde había triunfado el levantamiento y dónde no. Se enviaban entonces a donde hacía falta camiones llenos de milicianos. Guadalajara, por ejemplo, fue reconquistada en seguida tras una dura lucha. Se consiguió arrebatar Alca de Henares a los guardias civiles sublevados y Cuenca fue retomada por 200 hombres dirigidos por Cipriano Mera. Columnas de milicianos formadas a toda prisa se desplazaron rápidamente en dirección norte para hacer frente a las tropas del general Mola cuando llegaron a la sierra de Guadarrama.

Una nutrida columna de milicianos, en un convoy de camiones, taxis y coches particulares, se dirigió hacia el sur, hacia Toledo, donde el coronel Moscardó, comandante militar de la plaza, se había hecho fuerte en el Alcázar, sede de la Academia de Infantería. Sólo contaba con un puñado de cadetes, pues la mayoría estaba de vacaciones, pero se le unió un numeroso contingente de guardias civiles procedentes de los pueblos aledaños. Unos pocos oficiales y bastantes falangistas elevaron el número de los defensores hasta unos 1.100. En la fortaleza se encontraban también más de 500 mujeres y niños y 100 rehenes de izquierdas. Moscardó, que no había estado implicado en la conspiración, actuó por propia iniciativa negándose a obedecer las órdenes del Ministerio de la Guerra para que enviara a Madrid municiones de la fábrica de armas. Cuando la columna de milicianos llegó a las calles de Toledo, empezó el sitio del Alcázar, que habría de convertirse en una de las piezas más simbólicas de la parafernalia franquista.

Una vez estuvo Barcelona en calma, la mayor preocupación de los anarquistas era la caída de Zaragoza y la consiguiente matanza de sus camaradas. En una atmósfera de júbilo, pero también de tumultuosa desorganización y de precariedad, nacieron las diversas columnas que, como la célebre «Durruti», se lanzaron a las carreteras, camino de Aragón. «Ni siquiera teníamos mapas, y no me refiero a mapas militares, sino a un simple mapa Michelin de

carreteras», según recordaba años después Jordi Arquer, uno de los dirigentes del POUM.**17** Durante su marcha, las columnas anarcosindicalistas, armadas con los 30.000 fusiles del cuartel de Sant Andreu, fueron reconquistando ciudades y pueblos que habían caído en manos rebeldes, logrando que estos se replegaran hacia Zaragoza, y fusilando a cuantos consideraron que representaban una amenaza.

De las columnas que marcharon hacia Zaragoza sólo la de Duti no cayó en la tentación de reconquistar zonas rurales, que resultó ser una peligrosa distracción cuando la capital estaba en manos enemigas. El jefe regular de las tropas, coronel Villalba, que era simpatizante de los generales rebeldes, aconsejó a Durruti que refrenara su tempestuosa marcha sobre Zaragoza cuando se encontraba a unos 20 km de la capital aragonesa, impidiéndole así, casi con toda seguridad, tomarla.**18** Un fuerte destacamento de requetés enviado por Mola desde Pamplona acudió a reforzar la guarnición de Zaragoza y entonces la columna Durruti quedó peligrosamente expuesta. Aquellas columnas de milicianos que salieron de Barcelona -la de Antonio Ortiz, la de «Francisco Ascaso», la de «Los Aguiluchos»- y que llegaron a reunir a unas 20.000 personas habrían sido mucho más efectivas si hubieran concentrado su actuación en unos pocos objetivos concretos. Pero una masa de aquella magnitud, en buena parte movilizada espontáneamente y eufórica por haber derrotado a los militares rebeldes en Barcelona, no podía comportarse como lo hubieran hecho tropas regulares dirigidas por un estado mayor.

Los primeros días de lucha fueron caóticos. Las improvisaciones en ambos bandos, unas inspiradas, otras impracticables, fueron constantes. A la trasera de los camiones se engancharon cañones de campaña en una especie de versión primitiva de la artillería autopropulsada; se improvisaron carros armados a partir de camionetas, en ocasiones con buenos resultados; en otras, sus motores no pudieron con el peso de las planchas de acero; se ideó cualquier forma de granada o petardo (el cóctel Molotov fue inventado por la Legión Extranjera aquel otoño cuando atacaba tanques rusos en las afueras de Madrid). Con aquella originalidad llegó también un cierto desprecio por hábitos militares más prosaicos, como el de cavar trincheras. Luchar desde ellas era un concepto totalmente opuesto a la forma de hacer la guerra que querían los contendientes. Les animaba la certeza moral de que el valor por sí solo conducía a la victoria.

Hasta los primeros días de agosto no quedó clara la distribución de las dos zonas ni se hicieron reconocibles los frentes. Los insurgentes controlaban Galicia, la ciudad de Oviedo, León, Castilla la Vieja, Álava, Navarra, Aragón, Cáceres, Huelva, Sevilla, Cádiz, la ciudad de Granada, las Canarias, Mallorca e Ibiza y, por supuesto, el protectorado de Marruecos. El Gobierno conservaba casi toda Asturias, Santander, Vizcaya, Guipúzcoa, Cataluña, Levante, Castilla la Nueva, Badajoz, la mayor parte de Andalucía y Menorca. Es decir, que los sublevados controlaban aproximadamente 235.000 km² del territorio peninsular y la República 270.000, poblados por 11 y 14 millones de personas respectivamente.

La República, que no había aplastado a los golpistas durante los primeros días de la rebelión, cuando el arrojo y el instinto hubieran podido sorprender a las armas y a la ciencia militar, tuvo que hacer frente a un largo golpe de estado que al final se convertiría definitivamente en guerra civil, cuando los golpistas fracasaran en tomar Madrid.

La mayor baza militar con que contaban los nacionales eran los 40.000 hombres del ejército de África, con experiencia de combate.**19** A éstos hay que añadir otros 50.000 efectivos del ejército peninsular, peor armado y menos eficiente, 17 generales y 10.000 jefes y oficiales. Dispusieron, además, de unos 30.000 agentes de Orden Público (entre Guardia Civil, carabineros y guardias de Asalto), con lo que el conjunto de sus fuerzas a finales de julio se puede estimar *grosso modo* en 130.000 efectivos. Antes del decreto de disolución del

ejército, la República pudo contar con unos 50.000 soldados, 22 generales, 7.000 jefes y oficiales y 33.000 miembros de Orden Público; es decir, un total teórico de 90.000 efectivos.**20**

Ante la hipótesis de una guerra larga, se diría que la República disponía de las mejores bazas: contaba con las regiones más desarrolladas y con las ciudades más pobladas; controlaba, así, las zonas industriales, buena parte de los recursos mineros, parte de los productos agrícolas (arroz, viñedos y, sobre todo, los agrios de Levante, entonces primer producto de exportación y fuente de divisas) y las reservas de oro del Banco de España. Los nacionales, que se hicieron con las regiones más pobres y atrasadas de España, carecían de todo control sobre las zonas industriales o productoras de materias primas y sólo contaban con las tierras de cereal de Castilla y León y las minas de Río Tinto y de Marruecos.

Les faltaban, además, recursos financieros. **21** Pero todas esas carencias quedaron sobradamente compensadas por la abundante ayuda externa que los sublevados recibieron de inmediato: primero, los efectivos de las tribus del Rif; acto seguido, todo el apoyo militar naval y aéreo, logístico y técnico, que les prestaron Hitler y Mussolini; luego el respaldo de las grandes empresas norteamericanas y británicas que apostaron por los «anticomunistas», concediendo a los rebeldes créditos vitales y suministrándoles ríos de petróleo, en tanto que el Portugal de Salazar **22** ofrecía protección para el flanco izquierdo de su ejército y el Vaticano la bendición apostólica.

Ante la prolongación del golpe, los nacionales comenzaron a organizar un estado militar, mientras que en la zona republicana, herida la estructura del Estado, se ponían en marcha procesos revolucionarios. Se ha dicho que la contrarrevolución «preventiva» de los militares engendró, al producir un colapso en los mecanismos de coerción del Estado, la revolución misma que tanto temían. En realidad, lo que trataba de hacer la derecha en julio de 1936 era enfrentarse a una situación prerrevolucionaria y, sobre todo, restaurar la ley y el orden y defender los derechos de propiedad tradicionales.

7. El terror rojo

La cara más espantosa de las guerras es la de las atrocidades, y casi siempre son las más terribles las que quedan impresas en la memoria y en el imaginario popular. Durante la guerra civil española las atrocidades cometidas fueron muchas, pero conviene, antes de analizarlas, tener bien presente el importante papel que jugaron las técnicas de propaganda -positivas y negativas- en el imaginario colectivo durante la contienda y el franquismo, y el que juegan aún en nuestros días.

Víctimas y a la vez vehículos de la propaganda de guerra, los corresponsales de periódicos extranjeros cayeron muchas veces en la trampa de dar por buenas «informaciones» sensacionalistas que les llegaban de parte interesada o que recogían ellos mismos sobre el terreno y que la confusión, la fugacidad de los acontecimientos o las precarias comunicaciones no les permitían verificar. Las primeras impresiones que enviaron algunos periodistas, sin comprobar los datos que les facilitaban los responsables de prensa de los nacionales, hicieron mucho daño a la imagen de la República en el exterior y pesaron en su contra cuando necesitó adquirir armamento en los meses cruciales de la guerra. Los violentos excesos de que daban cuenta muchos periódicos calaron hondo entre los círculos diplomáticos y conservadores británicos. El gobierno de Frente Popular de Francia, encabezado por León Blum, ahogó sus simpatías naturales por la República y, alarmado por la ocupación alemana de Renania aquella primavera, se sintió obligado a hacer seguidismo de Gran Bretaña. La batalla de la opinión pública mundial no la ganó la República hasta el bombardeo de Gernika, en abril de 1937, cuando ya la guerra estaba casi perdida para el gobierno republicano.

Durante los primeros días de la lucha poco pudieron hacer realmente los corresponsales de guerra para verificar la certeza y las circunstancias de los hechos y, en ocasiones, fueron víctimas de sus propios clichés sobre el «carácter violento» de los españoles dando crédito a narraciones fantásticas, cuando no totalmente imaginarias, de los que huían. Por ejemplo, cuando informaron a sus lectores sobre un grupo de obreros de Barcelona que, dijeron, estaban cubiertos de sangre por la matanza que habían llevado a cabo el 19 de julio y que eran, en realidad, trabajadores del matadero que habían salido a la calle con sus ropas de trabajo para luchar contra la rebelión militar. O cuando respaldaron las noticias más estrambóticas, como aquella de que los rojos habían volado el Arco de Berá, o aceptaron acríticamente burdas manipulaciones informativas y fotográficas, como la de los guardias de Asalto de Barcelona recorriendo victoriosos y cansados las calles tras la batalla del 19 de julio y que la propaganda nacional convertiría en milicianos dedicados al saqueo y la requisita, o la fotografía de la matanza de Talavera del Tajo llevada a cabo por las tropas de Yagüe que la propaganda franquista atribuyó a las «hordas» rojas. Se ofrecieron cifras casi imposibles sobre los muertos: los nacionales afirmaron que había habido medio millón de asesinatos en la zona republicana, aunque después de la guerra redujeron esa cifra a la, también inflada, de 55.000.

Pero fueron seguramente las atrocidades de significación religiosa las que más se difundieron fuera de España y también las que más se manipularon. Actos de violencia que se presentaban en los periódicos extranjeros como una reedición de la guerra de los Treinta Años o de las persecuciones religiosas de la época medieval y que hacían estremecer de horror a los lectores ante esa «nueva barbarie»: «rojos» que degollaban sacerdotes y desenterraban las momias de los conventos (se llegó a decir que Dolores Ibárruri había seccionado de un mordisco la yugular de un cura), o requetés que obligaban a los republicanos a tumbarse en el suelo con los brazos en cruz y les cortaban los miembros al grito de «¡Viva Cristo Rey!».

Los extranjeros no podían comprender cómo un país tan fanáticamente religioso como España, patria de la Inquisición y de los autos de fe, arremetía brutalmente contra la Iglesia.

No conocían, por supuesto, el poderoso papel político que desde hacía siglos había jugado la Iglesia de España, corazón de las fuerzas más conservadoras del país y baluarte de lo que la derecha definía como «civilización española». Para los anarquistas la Iglesia venía a ser algo así como el ejecutor de la represión psicológica del Estado, la cómplice de ricos y poderosos que prometía a los pobres que algún día, si se portaban bien, heredarían la tierra. Era para ellos, por tanto, un objetivo por lo menos tan legítimo como la Guardia Civil.

Durante la propaganda de guerra los nacionales afirmaron que habían sido asesinados unos 20.000 sacerdotes en la zona republicana y, al terminar la contienda, bajaron la cifra a 7.937. Esta segunda cifra aún estaba algo inflada. Hoy sabemos con certeza que, al terminar la contienda, de una comunidad total de alrededor de 115.000 personas habían muerto asesinados 13 obispos, 4.184 sacerdotes diocesanos, 2.365 religiosos y 283 monjas, la inmensa mayoría durante el verano de 1936. «La magnitud del ataque contra la Iglesia ha sido bien documentada. Nadie discute su escala ni su intensidad.»¹ En cualquier caso, cifras tremendas, sobrecogedoras, aunque los católicos liberales de otros países tendrían que enfrentarse, con estupor, al hecho de que la matanza de sacerdotes era muy inferior a los asesinatos de izquierdistas que la derecha llevaba a cabo en nombre de Dios.

La jerarquía de la Iglesia católica española montó en cólera por la difusión de estas noticias, pero no abrió la boca cuando los nacionales fusilaron a 16 sacerdotes vascos, incluido el coadjutor de Mondragón José Markiegi, acusados de ser nacionalistas radicales. Las informaciones más sensacionalistas de la prensa mundial se recreaban en detallar las violaciones de monjas, que fueron totalmente inexistentes, al punto que la *Causa general* no aporta ninguna prueba de tales procesos y sólo menciona un posible caso.² Lo más probable es que el verdadero alcance de las atrocidades no se pareciera a lo que diariamente proclamaba la propaganda de uno y otro lado, «aunque tal propaganda, a su vez, sea un capítulo de esa historia por su valor demostrativo, ya que no probatorio», como escribe Azaña.³

Es cierto que se cometieron crueldades con el clero, sobre todo en Aragón, Cataluña y Valencia, donde aparecieron numerosos sacerdotes mutilados, degollados, castrados o decapitados. Como también lo es que se incendiaron iglesias y conventos y se profanaron sagrarios y pilas de agua bendita. Los milicianos amontonaban en la calle las imágenes y los objetos de culto y les prendían fuego junto con los documentos municipales, judiciales, notariales, eclesiásticos y registros de la propiedad que habían podido conseguir. Luego dedicaban las iglesias a establos. En las calles se produjeron mascaradas en las que se usaban capas pluviales a guisa de capotes en fingidas corridas de toros, se parodiaban procesiones o se fingían bodas con las prostitutas del lugar. Un miliciano que en mitad del jolgorio se enfundó las vestiduras ceremoniales del arzobispo de Toledo estuvo a punto de ser asesinado por otro miliciano borracho que le confundió con el cardenal primado.

Desde nuestra óptica actual, cuando la Iglesia y sus ministros dejan más bien indiferente a la mayoría de la población, se hace difícil comprender aquella furia exacerbada que parecía rebosar de un pozo centenario de humillaciones y atropellos, de la desesperación de gentes maceradas en el silencio temeroso y en el odio íntimo que, de pronto, ven desaparecer los viejos tabúes y se lanzan con rencorosa urgencia a la trasgresión purificadora que, por fin, habrá de liberarlos.⁴ Pero no hay que olvidar que esa violencia no siempre fue espontánea y ciega, sino que se vio atizada, en muchos casos, por actitudes más frías y racionales, desde los que buscaban venganza por cuestiones económicas o sexuales hasta quienes eran perfectamente conscientes del papel político y educador, «de clase», que había desempeñado la Iglesia católica en España, de su oposición a los cambios sociales que propugnaba la República y, sobre todo, de su compromiso casi unánime con las intenciones últimas de los

sublevados. A mediados de agosto de 1936 podía leerse en *Solidaridad Obrera*: «Las órdenes religiosas han de ser disueltas, los obispos y cardenales han de ser fusilados. Y los bienes eclesiásticos han de ser expropiados».5

Tras la quiebra del Estado de derecho en la zona republicana, rotas las ataduras de la coerción pública, la «espontaneidad caliente»6 se cebó, primero, en los militares golpistas y, después, en los enemigos de clase: curas, propietarios, latifundistas, patronos, profesionales, comerciantes, caciques y señoritos. Esa violencia de los primeros días fue como un brutal estallido -rápidamente cercenado, en cuanto se consiguió aislar a los delincuentes liberados de las cárceles- de los deseos de venganza por las miserias sufridas, pero no fue tan ciego ni tan indiscriminado como a veces se ha dicho.

Por lo que hace a las clases medias, es cierto que algunos abogados o médicos fueron «paseados», pero rara vez se molestó a un comerciante de ultramarinos honrado y generoso con los pobres o a un sacerdote que no hacía distinción entre pobres y ricos a la hora de los funerales. Gerentes y encargados de fábrica o taller con una reputación de buen trato hacia sus trabajadores salieron casi siempre indemnes; es más, en muchos casos se les puso de nuevo al frente de las empresas colectivizadas. En cambio, cualquier «explotador» notorio tenía muy pocas probabilidades de sobrevivir si se le encontraba durante los primeros días. Como es obvio hubo excepciones a este patrón de comportamiento, pero no hay pruebas de que se disparara a los burgueses porque llevaran sombrero y corbata. Esos rumores eran producto de una inevitable manía persecutoria que la clase media experimentaba hacia los anarquistas, a quienes temía por la revolución social que predicaban pero a los que, a la vez, admiraba por su ascetismo y su orden moral.

Determinados partidos políticos y organizaciones sindicales requisaron edificios para montar checas,7 donde funcionaban las llamadas «comisiones de investigación» que, mediante los registros y los archivos de las agrupaciones de derecha, detuvieron a los simpatizantes del golpe militar y les juzgaron. Evidentemente, algunas víctimas fueron denunciadas por sus sirvientes, deudores y enemigos, y, sin duda, se cometieron muchos errores de identificación por la rapidez con que se actuó y por la paranoia que reinaba en aquellos momentos.

Esta institucionalización superficial de la justicia tuvo lugar principalmente en ciudades, como Madrid, dominadas por socialistas o comunistas. Para asegurarse de que el procedimiento judicial fuese sumario, se llegaron a falsificar carnets de Falange atribuyéndolos falsamente a algunos sospechosos. Cuando se pronunciaba el veredicto de culpabilidad, los detenidos eran fusilados y enterrados en zanjas o arrojados a pozos. Otras veces, se dejaban los cadáveres en lugares bien visibles con carteles en los que se hacía constar que las víctimas eran «fascistas».8 Generalmente los anarquistas despreciaban lo que para ellos era una farsa de legalidad y liquidaban a los «fascistas» sin más. Como creían en la responsabilidad del individuo sobre sus acciones, rechazaban cualquier forma de «estatismo» corporativo, covachuela de funcionarios, como la cárcel, que para ellos era la más simbólica de todas las instituciones represivas del Estado.

Es posible que el funcionamiento de las checas fuera inevitable dado el clima de paranoia existente en el que se veían espías nacionales por todas partes y se acusaba la frustración causada por la debilidad del Gobierno ante la sublevación militar. No es sorprendente que algunas de ellas se convirtieran en cuevas de criminales dirigidas por oportunistas indeseables. Una de ellas, instalada en el palacio de los condes del Rincón, en el n.º 1 de la calle Martínez de la Rosa, de Madrid, fue dirigida por Agapito García Altadell, ex secretario general de las Juventudes Comunistas en los años veinte, que se dedicó a robar a mansalva y

trató de huir a Argentina en octubre de 1936. Los franquistas le detuvieron en la escala que su barco hizo en Canarias y le dieron garrote vil.

Al socaire del miedo y de la confusión, a muchos delincuentes les fue fácil actuar enrolándose en banderas políticas de conveniencia. Otros que se dedicaron a dar «paseos» a fascistas reales o imaginarios eran muchas veces aprendices y mozos que no eran fanáticos políticos. La actriz María Casares, hija del ex presidente del Consejo, que trabajaba en un hospital de Madrid con su madre, encontró una mañana manchas de sangre en su coche. Al preguntarle a Paco, su joven chófer, éste se encogió de hombros y le dijo que aquella madrugada habían dado un «paseo» a un tipo y aún no había tenido tiempo de limpiar el coche. «Y en el retrovisor contemplé su indefinible media sonrisa; una sonrisa de satisfacción y de vergüenza al mismo tiempo, y también una especie de inocencia atroz. La expresión de un chiquillo cogido en una travesura.»⁹

A pesar de la ola de asesinatos políticos que sacudió Madrid al inicio de la guerra, es obvio que la mayoría de simpatizantes de los nacionales sobrevivieron escondidos o ignorados para acabar constituyendo la famosa «quinta columna» que actuó dos años y medio después cuando las tropas de Franco sitiaban la capital. Los miembros de las clases alta y media que se sentían en peligro trataban normalmente de encontrar un buen escondite, se vestían como obreros para poder salir de Madrid o se refugiaban en las embajadas que, a principios de 1937, daban cobijo a unas 8.500 personas.¹⁰ Se sabía que determinadas embajadas funcionaban como centros de espionaje y usaban tanto su radio como la valija diplomática para pasar información al bando rebelde. En una checa se «abrió» una falsa embajada y todos los que acudieron al engaño en busca de amparo fueron asesinados.

Durante la noche del 22 al 23 de agosto, en Madrid, al poco de una incursión aérea y tras la llegada de noticias sobre la matanza de 1.200 republicanos en la plaza de toros de Badajoz, tuvo lugar una cruel venganza. Al hacerse público que un grupo de falangistas y presos comunes se había amotinado en la Modelo provocando un incendio, un tropel de milicianos enfurecidos se dirigió a la cárcel, «sacó» a unos treinta presos de los 2.000 que había y los asesinó allí mismo. Entre los muertos estaban los falangistas Julio Ruiz de Alda y Fernando Primo de Rivera; José Ma. Albiñana, fundador del Partido Nacionalista; los ex ministros Ramón Álvarez Valdés, Manuel Rico Avello y José Martínez de Velasco, y el anciano Melquíades Álvarez.¹¹ Quizá nunca estuvo tan tentado Azaña como aquel día de dimitir de la presidencia de la República.¹²

En Barcelona también fueron objetivos prioritarios de la venganza los propietarios y los patronos que habían empleado a pistoleros contra los dirigentes sindicales, los somatenistas y, claro está, los propios pistoleros de los sindicatos libres, ejecutores del terrorismo patronal que había assolado Barcelona en los años veinte. Fue inevitable el ajuste de cuentas con los esquirols, sobre todo los del puerto y los tranviarios, pero también perecieron trabajadores católicos, técnicos o encargados de fábrica. La marea represiva fue obra sobre todo de «grupos de investigación» y «patrullas de control» creados por el Comité Central de Milicias Antifeixistes, que estaban compuestos por anarcosindicalistas armados dirigidos, en ocasiones, por individuos sin escrúpulos como Dionisio Eróles o Manuel Escorza y que se dedicaron a la «higiene social», creando sus propias cárceles y señalando a quienes debían ser «paseados».

Uno o dos asesinatos tuvieron que ver con ajustes de cuentas entre sindicatos. Desiderio Trillas, el jefe de los estibadores de la UGT, fue abatido por un grupo de anarquistas porque había impedido que la gente de la CNT consiguiera trabajo en el puerto. Este asesinato fue condenado inmediatamente por los dirigentes de la CNT/FAI, que prometieron ejecutar de inmediato a cualquiera de sus miembros que actuara movido por razones personales,

amenaza que llegaron a cumplir: el dirigente de la construcción Josep Gardenyes (que había sido liberado de la cárcel el 19 de julio) y el jefe del sindicato de la alimentación, Manuel Fernández, que se habían vengado de quienes les habían denunciado a la policía durante la dictadura de Primo de Rivera, fueron ejecutados por sus propios compañeros de la FAI.**13**

Desde luego, los oficiales regulares que se habían sumado al levantamiento fueron asesinados. Una columna dirigida por Ángel «Luzbel» Ruiz asaltó el buque-prisión *Uruguay* y fusiló a toda la plana mayor de los golpistas entre los días 29,30 y 31 de agosto.**14** Pero la violencia sectaria se cebó, también, sobre los sospechosos de simpatías «fascistas» y los enemigos de clase. Los religiosos pagaron un alto precio. Son bien conocidos los casos del obispo Irurita o el de los 100 maristas, de los que sólo se salvaron 63, que fueron entregados a la justicia. Pero también fueron asesinados algunos militares sospechosos de simpatizar con los rebeldes, quizás unos 150 y, desde luego, empresarios, industriales y comerciantes. Muchas de las víctimas fueron ejecutadas en los cementerios de Les Corts, de Montcada y de Cerdanyola (unas 1.500 entre septiembre de 1936 y abril de 1937) sin pasar por los tribunales populares que se crearon en octubre y que sólo pronunciaron 40 sentencias de muerte en Barcelona. En toda Cataluña, más de la mitad de todos los asesinatos cometidos durante la guerra civil se produjo antes del 30 de septiembre de 1936 y se cortaron casi de raíz cuando fueron suprimidas las «patrullas de control», tras los hechos de mayo de 1937.**15**

Parece claro que gran parte de la violencia y la mayoría de los pillajes fueron cosa de delincuentes comunes que habían sido liberados de las cárceles. Los anarquistas verdaderos quemaban billetes de banco porque simbolizaban la avaricia de la sociedad, pero era insensato pretender que aquellos a quienes habían liberado de la cárcel se rehabilitaran como por ensalmo con la llegada de la revolución social. Los dirigentes de la CNT/FAI deploraban los excesos de los delincuentes recalcitrantes que «deshonraban la revolución»,**16** pero no querían reconocer que ellos mismos habían consentido que casi cualquiera entrara a formar parte de la organización anarcosindicalista. Es bien sabido que muchos falangistas buscaron refugio en las filas de la FAI, que también acogió a gentes que no tenían ninguna conciencia libertaria, incluidos guardias civiles que, para protegerse de las sospechas de simpatizar con la derecha, se empleaban con extraordinaria inquina.

El patrón de violencia en la zona republicana varió mucho de región a región. En términos generales, las zonas deprimidas fueron testigo de una ferocidad mayor, especialmente algunas provincias de Castilla la Nueva, como Toledo y Ciudad Real, donde a lo largo de la guerra se produjeron más de 2.000 asesinatos. En Toledo fueron asesinadas 400 personas entre el 20 y el 31 de julio. En Ciudad Real las matanzas se concentraron en agosto y septiembre, y gran parte de las víctimas, unas 600, fueron enterradas en el famoso «pozo de Carrión». En Ronda, ya en Andalucía, algunas víctimas fueron arrojadas desde las peñas, como cuenta Hemingway en *Por quién doblan las campanas*. Tanto en Ronda como en muchos otros pueblos, los asesinatos fueron realizados por gentes venidas de otros lugares, en un extraño ritual que se parecía mucho a la forma en que, durante las algaradas del siglo XIX, los lugareños habían incendiado las iglesias de los pueblos vecinos, pero no la del suyo.

En Málaga apenas se produjeron actos violentos antes del 27 de julio. Pero aquel día los aviones de los nacionales arrojaron sus bombas sobre el mercado y mataron a mujeres y niños. Sabiendo como sabían por las fanfarronadas que Queipo prodigaba desde Radio Sevilla que Málaga estaba llena de espías del general faccioso, la incursión aérea provocó el estallido. Los sospechosos de espionaje fueron sacados de la cárcel y fusilados contra la pared más cercana. Entre agosto y septiembre fueron asesinadas en la ciudad de Málaga alrededor de 1.100 personas, entre ellas el general Patxot.**17** Durante el mes de septiembre Valencia y

Alicante sufrieron los peores episodios de una violencia que llegaría a cobrarse 4.715 víctimas en toda la región.

Las características fundamentales de la violencia en zona republicana fueron el descontrol, la corta duración del proceso y la casi inmediata intervención de las autoridades republicanas y de los dirigentes de los partidos para intentar detener la locura homicida. El grueso de las matanzas descontroladas tuvo lugar en los meses de agosto y septiembre, para desaparecer casi por completo a principios de 1937, cuando la violencia «legal» se impuso al terror «caliente». Había repuntado, sin embargo, en Madrid a finales de octubre de 1936 cuando fueron «paseados» 31 hombres de la cárcel de las Ventas, entre ellos Ramiro de Maeztu, el autor de la famosa *Defensa de la Hispanidad*, y Ramiro Ledesma Ramos, fundador de las JONS, y, de nuevo, con las famosas «sacas» de noviembre de 1936, realizadas con las tropas de Franco a las puertas de Madrid, cuando el Gobierno se había trasladado a Valencia y cuando ya funcionaba la Junta de Defensa dirigida por el general Miaja. Durante los días 7 y 8 de noviembre se sacó de las atestadas cárceles a unos 2.000 prisioneros que fueron trasladados a Paracuellos del Jarama y a Torrejón de Ardoz. La mayoría fueron fusilados y enterrados en fosas comunes, en lo que fue una limpieza de la retaguardia en toda regla, destinada a impedir que los presos «fascistas» fuesen liberados por las tropas de Franco.

En septiembre, el nuevo Gobierno de unidad de Largo Caballero formado por socialistas, comunistas y anarquistas tomó severas medidas para restablecer la ley y el orden constitucional. Se consolidaron los tribunales populares y se crearon consejos municipales para sustituir a las patrullas, enviando a sus componentes a luchar al frente. Así terminaron «sacas» y «paseos». Pero, ya antes, las autoridades republicanas, si bien descoordinadamente, habían tratado de detener la violencia «caliente» y de esclarecer los crímenes, como consta en los informes policiales. En Madrid, el presidente Azaña consiguió salvar a los monjes agustinos de su antiguo colegio del Escorial; Galarza, ministro de la Gobernación, salvó a Joaquín Ruiz Jiménez; «Pasionaria» intervino en numerosas ocasiones para salvar víctimas, entre ellas muchas monjas, lo mismo que Juan Negrín y muchos otros. En Cataluña Companys, Ventura Gassol, Frederic Escofet y otros cargos políticos de la Generalitat, el rector de la Universidad Pere Bosch Gimpera, el sindicalista Joan Peiró, entre otros, clamaron contra los crímenes y ayudaron a esconderse o a salir del país a cientos de amenazados.

Y eso no sucedió solamente en las grandes ciudades donde el golpe había sido sofocado, sino también en las pequeñas, como Huelva, donde el gobernador civil, Diego Jiménez Castellano, se ocupó personalmente de que nada les sucediera a los derechistas detenidos. Son muchos los pueblos, grandes y pequeños, en los que los alcaldes, los concejales y los dirigentes políticos y sindicales se enfrentaron a la violencia y protegieron a los presos. Por ejemplo en La Nava de Santiago (Badajoz), donde el 12 de agosto el concejo municipal impidió que se prendiera fuego a la iglesia con 63 prisioneros de derechas dentro.**18** O en Zafra, con la decidida actuación del alcalde González Barrero, momentos antes de que la columna de Castejón entrara en el pueblo.**19** O en Pozoblanco, donde el maestro, Antonio Baena, impidió el asalto a la cárcel.**20** En Nerva, el alcalde José Rodríguez González entregó a quienes habrían de recibir a la columna nacional un documento firmado en el que constaba el número y situación de los detenidos. El escrito del alcalde concluía así: «...entrego a ustedes para que lo hagan a las referidas fuerzas el Ayuntamiento, y con él a 27 detenidos por cuyas vidas les ruego que miren defendiéndolas, como yo lo he hecho, de todo peligro».**21**

En total, el número de víctimas del terror en zona republicana durante el golpe de estado y la guerra civil sería de unas 38.000 personas, casi la mitad de ellas asesinadas en Madrid (8.815) y Cataluña (8.352) durante el verano y el otoño de 1936.**22**

Aun cuando la razón y la justicia exigen que se siga estudiando el alcance de la violencia durante el golpe militar y la guerra civil, lo verdaderamente útil para comprender el papel que desempeñó la represión no es tanto el número exacto o aproximado de las víctimas como su naturaleza, radicalmente distinta en cada bando. **23**

8. El terror blanco

La naturaleza de la represión nacional no tuvo nada que ver con la de la violencia en zona republicana. En primer lugar hay que tener presente que la idea de hacer «limpieza» formaba parte de los planes golpistas. Ya Mola, en la instrucción del 30 de junio relativa a Marruecos, ordenaba «eliminar los elementos izquierdistas: comunistas, anarquistas, sindicalistas, masones, etc.». **1** Pero Queipo de Llano, que calificó a su «movimiento» de «depurador del pueblo español», ya no hablaba de anarquistas o comunistas, sino de cualquiera que simpatizara «con corrientes sociales avanzadas o simples movimientos de opinión democrática y liberal». **2** Los nacionales, en efecto, tenían que llevar a cabo una represión dura e intensa para arrancar de cuajo la experiencia democratizadora de la Segunda República e impedir que volviera a intentarse. Lo expresó muy bien uno de los jefes de prensa de Franco, el capitán Gonzalo de Aguilera, en la entrevista que le hizo el periodista norteamericano John Whitaker: hay que «matar, matar y matar» a todos los rojos, «exterminar un tercio de la población masculina y limpiar el país de proletarios». **3** Es decir, que la represión que llevaron a cabo los nacionales no fue tanto consecuencia de los enfrentamientos como uno de los requisitos del golpe de estado. **4** Entre julio de 1936 y comienzos de 1937 los nacionales permitieron la matanza «a discreción», bajo el bando de guerra, pero luego la represión se planificó, dirigió y se realizó metódicamente, alentada por las máximas autoridades militares y civiles y bendecida por la Iglesia católica.

La represión en la España «nacional» empezaba tan pronto como una zona había sido conquistada por las fuerzas rebeldes. Los primeros en caer, aparte de los defensores de primera línea que fueron asesinados en cuanto se rindieron, fueron autoridades de la República, sobre todo gobernadores civiles y alcaldes, pero también presidentes de diputación, concejales y dirigentes políticos y sindicales que se habían mantenido fieles al Gobierno legítimo, aunque no hubieran tomado parte en la represión de izquierdas.

Una vez que las tropas seguían su marcha, llegaba una segunda oleada de muerte, más intensa aún, nada espontánea y muy ideologizada, a cargo de los falangistas o, en determinados lugares, de requetés que llevaban a cabo una sangrienta purga no sólo entre las masas obreras, sino también entre la clase media progresista que no apoyaba el golpe. Funcionarios del Gobierno, políticos de centroizquierda (fueron asesinados no menos de 40 diputados elegidos por la coalición del Frente Popular), **5** intelectuales, profesionales, pequeños industriales, periodistas, maestros, **6** médicos, mecanógrafos que trabajaban para los comités revolucionarios, o cualquiera de quien se sospechase que podía haber votado al Frente Popular, corrían peligro de muerte, sobre todo los masones, contra quienes se lanzó una campaña demoledora en la que se arrasaron las logias y se asesinó a todos sus miembros y a quienes simpatizaban con ellos. En Huesca fueron fusiladas un centenar de personas acusadas de pertenecer a la masonería, cuando en esa ciudad los afiliados no llegaban a la docena. **7**

La contrapartida nacional de las checas republicanas fueron los comités locales, compuestos normalmente por notables de derechas, como el terrateniente local, el comandante de puesto de la Guardia Civil, un falangista y, con frecuencia, el cura (aunque algunos sacerdotes llegaron a arriesgar sus vidas para evitar las matanzas). Todos los liberales conocidos o sospechosos, así como los masones e izquierdistas eran puestos a disposición del comité que, en ocasiones, disponía de las actas de las votaciones de febrero. Algunos detenidos, aterrorizados, acusaban a otros con tal de salvar sus vidas, pero en muchas ocasiones se plantaban ante el comité con actitud resuelta y aire desafiante. Algunos iban a parar a la cárcel, a otros se les ataba las muñecas con cuerdas o con alambres y se les conducía al lugar de la ejecución. La Falange recurría con frecuencia a la prisión local como

reserva de víctimas cuando sus escuadras no conseguían encontrar a nadie a quien pascar. Sólo en Granada murieron así unas 2.000 personas.

Nunca podremos saber cuántas personas fueron fusiladas de noche ante los faros encendidos de un automóvil. Cuando los disparos retumbaban en la noche, la gente se persignaba en sus camas. Los cadáveres de aquellos «clientes», como se les denominó a veces, se dejaban tirados en caminos y carreteras. Si eran miembros de organizaciones sindicales, se les prendía sobre el pecho su carnet de afiliado como prueba de su culpabilidad. En algunas zonas, como sucedió en Sevilla o en Huelva, se utilizaban camiones especiales -los «camiones de la carne»- para el traslado de los muertos al cementerio.⁸ A veces sin embargo se exponían los cadáveres para general escarmiento, como sucedió con la madre del líder comunista Saturnino Barnero, cuyo cadáver estuvo expuesto varios días en la plaza del Pumarejo, en Sevilla. En Huelva también se dejó expuesto el cadáver de un confitero que había lanzado una alpargata al paso de Sanjurjo cuando en agosto de 1932 era trasladado de Ayamonte a Sevilla. Esta costumbre de exhibir los cadáveres se mantuvo durante mucho tiempo,⁹ hasta que las autoridades nacionales tuvieron que dar severas instrucciones para que se enterrasen por razones sanitarias.

No parece que los nacionales hayan hecho distingos entre los que se habían opuesto abiertamente a sus fuerzas y los que no. En Burgos o en Navarra no hubo resistencia al golpe y, sin embargo, las purgas comenzaron de inmediato. En la capital castellana, cada noche se hacía salir a un grupo de presos para ejecutarlos al borde de una carretera. Ruiz Vilaplana, presidente del Colegio de Secretarios Judiciales de Burgos, cuenta en sus memorias que fue testigo de la muerte de sesenta personas de una sola vez. Investigaciones recientes cifran en 2.500 personas las víctimas mortales de la represión en Burgos.¹⁰

En Pamplona, el 15 de agosto, mientras se desarrollaba la procesión de la Virgen del Sagrario, falangistas y requetés sacaron de la cárcel a un grupo de 50 o 60 presos, incluidos algunos curas sospechosos de separatismo. Antes de asesinarlos los requetés querían darles ocasión de confesarse, pero los falangistas, no. En la confusión algunos echaron a correr y fueron abatidos como animales. «Para arreglar la situación, los sacerdotes dieron la absolución en masa a los restantes, las ejecuciones se llevaron a cabo y los camiones volvieron a Pamplona, a tiempo para que los requetés se incorporaran a la procesión que estaba entrando en la catedral.»¹¹ La Asociación de Familiares de Asesinados de Navarra ha identificado a 2.789 personas ejecutadas en dicha provincia.¹²

Pero, como es lógico, en términos generales la represión fue mucho más abundante y sistemática allí donde se habían consolidado los sindicatos anarcosindicalistas o socialistas, sobre todo en las localidades donde había triunfado el Frente Popular en las elecciones de febrero. En La Rioja, por ejemplo, donde el 61,75 por 100 de las víctimas se produjo en los partidos judiciales en que había triunfado el Frente Popular, fueron asesinadas y enterradas en grandes fosas comunes a las afueras de Logroño más de 2.000 personas.¹³ Prácticamente no hay pueblo en La Rioja que no tenga a alguno de sus vecinos enterrado en la fosa de La Barranca.¹⁴ Algo parecido sucedió en Navarra y Aragón, donde, por ejemplo, en Uncastillo casi la mitad de los 118 detenidos en el pueblo por los disturbios de octubre del 34 fueron «paseados» en los primeros meses de la sublevación militar.¹⁵ Son célebres en Teruel los llamados pozos de Caudé, de unos 84 metros de profundidad, que se llenaron a rebosar con los cadáveres de los fusilados. Mil cinco tiros de gracia contó y apuntó en una vieja libreta un campesino del lugar.¹⁶

En Sevilla, donde las añagazas de Queipo y de Cuesta habían engañado a los desconcertados soldados, se dijo que las muertes iniciales formaban parte de una operación militar. Pero cuando llegó el comandante Castejón con sus regulares y legionarios, la

«operación militar» se convirtió en una horrible masacre en la que los supervivientes fueron rematados a cuchillo. Inmediatamente después, nombrado delegado de Orden Público el coronel Díaz Criado, fueron detenidos el alcalde de Sevilla, Horacio Hermoso Rendueles, el gobernador civil José María Várela, el jefe de la Guardia Municipal, el presidente de la Diputación, el delegado de Trabajo y varios concejales. Todos, menos dos, serían asesinados.

Como la cárcel no daba abasto, se utilizó el cine Jáuregui como prisión, donde llegó a haber más de 2.000 personas detenidas, y también el cabaret Variedades, la sede de Falange del Jesús del Gran Poder y hasta dos barcos anclados junto a la Torre del Oro. Francisca Díaz hermana del secretario general del PCE, que entonces tenía dieciocho años, fue interrogada durante toda una noche. Vio sacar a muchas obreras de la fábrica de aceite en cordada de presos. Las llevaban a fusilar.**17** La represión nacional se cobró, en la provincia de Sevilla, unas 8.000 vidas durante 1936, entre ellas la de Fermín de Zagos, por masón, la del socialista Manuel Barrios y la del notario andalucista Blas Infante, asesinados el 10 de agosto a la altura del kilómetro 4 de la carretera de Carmona.

Córdoba había sido tomada el 18 de julio en pocas horas y casi sin ofrecer resistencia. Queipo de Llano, furioso porque no se habían producido represalias, envió a la ciudad al comandante de la Guardia Civil Bruno Ibáñez, quien arrestó de inmediato a 109 personas a partir de las listas que le presentaban terratenientes y eclesiásticos. A los pocos días empezaron a aparecer jornaleros fusilados en los caminos y entre los olivos. «El sótano del cuartel general de la Falange en el que encerraban a la gente era como un globo que se hinchase por la tarde y volviera a estar vacío a la mañana siguiente. A diario había ejecuciones en el cementerio y en las demás carreteras que salían de la ciudad.»**18** Se calcula que en total murieron asesinadas en Córdoba durante la guerra casi 10.000 personas, el 10 por 100 de la población total. «Don Bruno hubiese podido fusilar a Córdoba entera: lo enviaron a la ciudad con carta blanca», nos dice un abogado falangista.**19**

En Huelva, ciudad que los militares sublevados no ocuparon enteramente hasta mediados de septiembre, fueron asesinadas más de 2.000 personas, entre ellas el gobernador civil Diego Jiménez Castellano y los jefes de la Guardia Civil y de Carabineros que se habían mantenido leales al gobierno de la República. Se calculan en unos 2.500 más los onubenses desaparecidos.**20**

Cuando la «columna de la muerte» llegó a Zafra, camino de Badajoz, el comandante Castejón, que la mandaba, exigió a las autoridades que él mismo acababa de nombrar una lista con los nombres de 60 personas, el 1 por 100 de la población, para ser fusiladas. El texto que sigue a continuación es un buen ejemplo del tipo de macabras negociaciones que llegaron a establecerse:

Poco a poco los nominados van siendo encerrados en una habitación de las Casas Consistoriales. A algunos que entran en esos momentos en la Alcaldía se les permite borrar de la lista, que poco a poco va engrosándose, tres nombres a condición de que escriban otros tres. El tira y afloja entre los militares y las nuevas autoridades, poniendo y quitando nombres de la lista, acaba según alguna fuente con 48 personas cuyos nombres han sido escritos y no borrados en la lista fatídica. A mediodía Castejón y parte de su columna salen de Zafra y se llevan atadas detrás al casi medio centenar de personas que no han encontrado valedor. Cada cierto trecho va sacando a siete personas y ordena que sean fusiladas.**21**

Uno de los grandes *lieux de mémoire* de la guerra civil española es Badajoz.**22** La matanza perpetrada allí por las tropas del teniente coronel Yagüe durante la toma y represión consiguiente fue tan estremecedora que los mismos triunfadores de la guerra civil tuvieron

que manipular los datos para tratar de establecer algún tipo de «equilibrio» entre las dos violencias.**23** Lo hicieron en dos direcciones; primero, exagerando las cifras de las bajas habidas entre sus tropas durante el asalto a la ciudad amurallada; y en segundo lugar, aprovechando la propaganda del bando republicano para dar cuerpo a la «leyenda» de la represión y, en consecuencia, descalificarla. En efecto, frente a los centenares de bajas de las fuerzas rebeldes de que se habló en un principio y de las 285 a que las redujeron más tarde los estudios de los historiadores franquistas, hoy sabemos que el número total de bajas nacionales durante el asalto a Badajoz fue de 44 muertos y 141 heridos.**24**

En total, y por los estudios de que disponemos hasta hoy, la represión nacional en la provincia de Badajoz debió rondar las 12.000 personas,**25** mientras que los derechistas asesinados por la izquierda antes de la llegada de la «columna de la muerte» y que se conocen perfectamente a través de la *Causa general* ascienden a 243.

El continuo avance hacia Madrid siguió más o menos el mismo patrón represivo, pero, tras la experiencia de Badajoz relatada a todo el mundo por los periodistas franceses y portugueses que fueron testigos directos de las atrocidades, hubo un mayor control de la información por parte de los nacionales. No se permitió a ningún periodista que entrara en una ciudad hasta 48 horas después de haber sido tomada. Por ejemplo, a los corresponsales de guerra se les impidió entrar en Toledo para que no fueran testigos de que, tras la liberación del Alcázar, 200 milicianos heridos que se encontraban en el hospital fueron degollados. Un testigo de las matanzas de milicianos del 30 de septiembre nos dice: «En Toledo la represión franquista fue horrible. Las calles estaban llenas de cadáveres», y recuerda el caso de un vecino suyo fusilado por leer *El Socialista*.**26**

Camino de Madrid, las columnas nacionales arrasaron pueblos enteros dejando el horror en sus calles y la pretendida huella de su paso en los muros: «Vuestras mujeres parirán fascistas». Mientras tanto el general Queipo de Llano se deleitaba explicando a los republicanos que escuchaban Radio Sevilla las hazañas sexuales de las tropas africanas, a quienes prometió las mujeres de Madrid como recompensa. Cerca de Gibraltar la esposa de un izquierdista fue violada por todo un pelotón marroquí antes de ser fusilada. El periodista John Whitaker estaba presente cuando, en Navalcarnero, el comandante de un tabor de regulares entregó a sus tropas marroquíes a dos mujeres jóvenes, que fueron violadas salvajemente. Ante la indignación del periodista, el comandante Mohamed Ben Mizzian le dijo que no se preocupara porque a las pobrecillas no les quedaban más de cuatro horas de vida.**27** Aquel comandante llegó a ser teniente general del ejército español y los regulares fueron elevados más tarde a la condición de «cristianos honorarios». El horror que las tropas marroquíes inspiraban en la zona republicana condujo a que dos de estos mercenarios fuesen hechos picadillo por una multitud enloquecida cuando el camión que los llevaba detenidos se detuvo para repostar.

Otro de los grandes *lieux de mémoire* es Granada, sobre todo, claro está, por el asesinato de Federico García Lorca, la víctima más célebre de la guerra civil. Los militares y los falangistas sentían hacia los intelectuales una mezcla de desconfianza, odio, temor y desprecio, como demostraron en Granada asesinando a cinco profesores de universidad. García Lorca, que había regresado a su casa de la Huerta de San Vicente poco antes del levantamiento, advirtió en seguida que, aunque no militaba en ningún partido político, sus ideas liberales y antifascistas le ponían en peligro. Aunque no de muerte, pensaba el poeta. Pero ni el refugio que le procuró el poeta falangista Luis Rosales y su familia pudo salvarle. El domingo 16 de agosto, pocas horas después del asesinato de su cuñado Manuel Fernández Montesinos, flamante alcalde de Granada, fue detenido por un ex diputado de la CEDA, Ramón Ruiz Alonso, quien dijo más tarde que Lorca «había hecho más daño con su pluma que

otros con su pistola». Acompañaban a Ruiz Alonso Luis García Alix, secretario de Acción Popular, y el terrateniente falangista Juan Luis Trescastro, autor material del crimen, quien diría más tarde: «Acabamos de matar a Federico García Lorca. Yo le metí dos tiros en el culo por maricón».

Lorca fue asesinado, seguramente, el día 18 junto al maestro de Pulianas Dióscoro Galindo González y a los banderilleros anarquistas Joaquín Arcollas y Francisco Galadí, en Fuente Grande, junto al barranco de Víznar, donde «yacen los restos de cientos de víctimas de la vesania de los nacionalistas granadinos». **28** Antes de ordenar el asesinato del poeta, el nuevo gobernador, coronel José Valdés Guzmán, jefe de las escuadras falangistas, telefoneó a Queipo para consultarle. Éste, al parecer, le contestó «que le den café, mucho café». **29** El certificado de defunción de García Lorca dice: «falleció en el mes de agosto de 1936 a consecuencia de heridas producidas por hecho de guerra». **30**

Los sublevados justificaban la brutalidad de sus actos como represalia contra el «terror rojo», pero, como había pasado en Sevilla, en Córdoba o en Badajoz y como sucedería con la caída de Málaga seis meses después, la represión nacional sobrepasaba en mucho a las ejecuciones republicanas. De hecho, la terrible revancha que se tomaron en Málaga cuando se retiraron los milicianos hizo que los asesinatos de éstos fueran, en comparación, insignificantes. Hombres, mujeres y niños huyeron de la ciudad por la carretera de Motril -«calvario de infinitas cruces» en palabras de Zugazagoitia-, pero fueron machacados sin piedad por las bombas de la aviación y de la armada nacionales, en un primer episodio de lo que iba a ser una larga historia de infamia contra la población civil. Los que se quedaron no corrieron mejor suerte, ya que fueron ejecutadas unas 3.500 personas durante la primera semana de la «liberación» de la ciudad, **31** y cuando comenzaron a funcionar los consejos de guerra, cuatro tribunales juzgaron a 20.000 personas en cien días, de las cuales más de 3.000 fueron condenadas a muerte. **32** De todas las ciudades que se habían resistido al levantamiento, Málaga fue, quizá, la más castigada. Sólo entre el 1 y el 23 de marzo de 1937 fueron fusiladas más de 700 personas en las tapias del cementerio de San Rafael. **33** Es muy difícil llegar a conocer el número total de víctimas de la represión nacional en Málaga; se han contabilizado unas 7.000 **34** pero, posiblemente, el número real se acerque al triple.

El cónsul británico en Málaga envió en 1944 un informe basado en estadísticas de los nacionales en el que decía que «mientras los "rojos" controlaron Málaga, entre el 18 de julio de 1936 y el 7 de febrero de 1937 ... ejecutaron o asesinaron a 1.005 personas». Pero que «durante la primera semana de la "liberación", es decir, del 8 al 14 de febrero de 1937, los nacionales ejecutaron a 3.500 personas», y que «desde el 15 de febrero de 1937 hasta el 25 de agosto de 1944, otras 16.952 personas fueron condenadas a muerte y fusiladas en Málaga». **35**

A veces, los nacionales convirtieron el terror y la muerte en espectáculo para que su mensaje llegara claramente a la sociedad. Las ejecuciones llegaron a ser tantas que se convirtieron en rutina. En Valladolid, los falangistas procedieron a una limpieza sistemática de los «rojos» que se habían opuesto a la sublevación militar. De las cocheras de los tranvías, convertidas en depósitos de prisioneros, salían diariamente decenas de personas para ser fusiladas en público. **36** «No era una chusma analfabeta la que iba a ver el espectáculo -nos dice Jesús Álvarez, un farmacéutico republicano de Valladolid-. Se trataba de gente de posición, hijos de familias distinguidas, hombres que habían recibido una educación, gente que se decía religiosa ... Iban tantos a ver el espectáculo que se instalaron puestos de churros y café para que pudieran comer y beber mientras miraban.» **37** El 24 de septiembre de 1936 el gabinete de Censura y Prensa del gobierno civil de Valladolid publicó una nota en la que decía haber observado que en aquellos días -cuando «la justicia militar» daba satisfacción «a

la vindicta pública»- se producía una gran concurrencia de gentes en el lugar de las ejecuciones y hacía un llamamiento a las personas piadosas para que «no asistan a tales actos, ni mucho menos lleven a sus esposas y a sus hijos». **38** Las «patrullas del alba» de los falangistas «pasearon» a no menos de 914 personas, según el recuento de Martín Jiménez.

Las leyes militares exigían que los oficiales regulares, leales o neutrales, comparecieran, siempre que fuera posible, ante un consejo de guerra. Por lo general se mandó a prisión a aquellos que habían mostrado vacilación, pero a la mayoría de los que permanecieron leales al Gobierno republicano se les fusiló bajo la acusación de «rebelión militar», incluidos siete generales y un almirante. Esta pasmosa inversión de los términos se practicó también en la Armada, donde los marineros que obedecieron las órdenes del Ministerio de Marina fueron juzgados como reos de «motín».

En la retaguardia, los señoritos de Falange, asistidos con frecuencia por sus hermanas y novias, se organizaron en escuadras móviles utilizando los coches de sus padres. José Antonio había dicho que «la Falange Española, inflamada de amor, firme en su fe, conquistará España para España al son de la música militar». Los falangistas auténticos estaban obsesionados en su tarea de «extirpar la gangrena de la nación» y destruir el contagio extranjero, «rojo». Los que no lo eran se sentían atraídos simplemente por el gangsterismo legitimado. En Mojados (Valladolid) «muchos del pueblo ... pegaron muchos palos. Decían que eran de Falange, pero no eran de Falange ni de nada. Nada más que querían matar y se aprovecharon del momento. En aquellas fechas te vestías con una camisa con las flechas de Falange y ya eras falangista. Se les permitía todo porque tenían la sartén por el mango». **39** Por su parte los requetés, inflamados de fanatismo religioso, querían vengar a la Iglesia de sus enemigos modernos: la masonería, el ateísmo y el socialismo. Disponían de mayores contingentes en el frente que los falangistas, y pese a sus violentos excesos ocasionales se dice que trataron más correctamente a sus prisioneros de guerra.

Tras las dos oleadas represivas iniciales -la de los militares y la de los falangistas y requetés- los nacionales establecieron «tribunales militares de urgencia» para dar cobertura legal a los fusilamientos. En Valladolid fueron juzgadas por este procedimiento 448 personas en menos de seis horas, mientras que al informar sobre un juicio masivo *el ABC* de Sevilla del 29 de agosto decía que «se han pedido varias condenas a perpetuidad pero lo más seguro es que los fusilen a todos». La descripción de este tipo de procedimiento que hace Luis Bolín es reveladora: «Normalmente los culpables confiesan. Cuando saben de qué se les acusa, su defensa suele ser siempre la misma: han sido engañados por agitadores rojos que les han hecho creer que eliminando a todos los que no están de acuerdo con ellos, quemando cosechas, y dedicándose al pillaje, se establecerá un nuevo orden y ya no habrá que trabajar nunca mas». **40**

La represión nacional alcanzó su cénit en septiembre de 1936, se extendió a todo el territorio del Estado y continuó largamente en el tiempo, porque se siguió fusilando hasta cuatro años después de terminada la guerra y aun más allá, porque el régimen no dejó de ejecutar a sus enemigos hasta su desaparición. Le hubiera cuadrado muy bien al general Franco la respuesta que dio Narváez en su lecho de muerte al serle preguntado si perdonaba a sus enemigos: «No tengo ninguno. Los he matado a todos».

En los últimos diez años se ha llevado a cabo en España un admirable trabajo de investigación histórica para tratar de establecer el número, la identidad y la condición de las víctimas de la guerra civil. Han sido, en su mayoría, estudios regionales, publicados algunos por entidades locales, que no siempre han conseguido la difusión suficiente. Aunque queda mucho por hacer, gracias a estos trabajos parciales basados en su mayoría en el registro civil y en los registros de los ayuntamientos y de los cementerios, podemos hacernos una idea

bastante aproximada de la magnitud de la represión derechista. Existen datos concretos sobre 25 provincias que han sido investigadas en su totalidad y sobre otras cuatro que han sido investigadas parcialmente. En total se tiene constancia de más de 80.000 víctimas (Córdoba con cerca de 10.000, Sevilla con 8.000 y Málaga con 7.000, si no más, figurarían a la cabeza, mientras que Soria con 281 víctimas estaría en la cola).⁴¹ Si tenemos en cuenta los muertos que no fueron nunca registrados y los desaparecidos, y pensamos en un número de víctimas similar para las provincias que no han podido ser investigadas aún, la represión franquista durante la guerra y la posguerra podría situarse alrededor de las 200.000 víctimas, cifra que no desacreditaría del todo los cálculos del general Gonzalo Queipo de Llano y Sierra, cuando juró «por mi palabra de honor y de caballero que por cada víctima que hagáis, he de hacer lo menos diez».⁴²

9. Zona nacional

Un *coup d'état* no necesita de un credo positivo, sólo requiere un enemigo. En consecuencia, los generales no se habían preocupado por definir la forma exacta de gobierno que su pronunciamiento debía promover. Además, las urgencias de la conspiración no les permitían perder mucho tiempo discutiendo hipotéticas constituciones. Cuando se hicieran con el poder ya dispondrían de tiempo para organizar un régimen y dar una justificación cuidadosa de sus actos, aunque la cuestión de fondo estaba clara para todos: habría de ser un gobierno centralizado autoritario. La forma ya no estaba tan clara, pues se presentaban diversas posibilidades: el falangismo, el tradicionalismo, la restauración de la Monarquía alfonsina o una dictadura republicana.

Los nacionales tenían necesidad de crear un órgano de gestión con competencias administrativas y diplomáticas, por lo que el mando nominal de la zona rebelde se hizo recaer en una Junta de Defensa Nacional que se constituyó en Burgos el 24 de julio bajo la presidencia del general Cabanellas y que estaba compuesta por otros nueve generales y dos coroneles.¹ Su hacedor fue el general Mola, jefe del ejército del Norte, en lo que parece haber sido, además, un intento de controlar el poder de Franco, que era el jefe de las fuerzas militares decisivas. Meses antes de la rebelión, el general Hidalgo de Cisneros, comandante de la aviación gubernamental, le había dicho a su mujer, Constanza de la Mora, que «Franco era un general muy ambicioso; Goded, más inteligente; Mola, mejor militar. ¡Pero Franco era el más ambicioso de los tres!».² El tiempo demostraría que su opinión sobre Mola no estaba justificada.

Mola había hablado de una dictadura republicana que mantendría la separación de la Iglesia y el Estado y había llegado a ordenar que se arriara la bandera monárquica en Pamplona. La jerarquía eclesiástica estaba consternada, y a los carlistas les alarmaba tanto la actitud de Mola que hasta pocos días antes del levantamiento estuvieron dudando sobre la conveniencia de comprometer a sus requetés, que Mola necesitaba para conquistar a las tropas regulares para la causa nacional. No debió de alarmarles menos la actitud del general Queipo de Llano, quien no sólo finalizaba sus charlas por Radio Sevilla con un «¡Viva la República!» al son de las notas del *Himno de Riego*, sino que, además, era masón. La sola idea de luchar bajo la bandera tricolor republicana -a la que sólo los militares habían jurado fidelidad- exasperaba a los tradicionalistas. Su mayor esperanza para salvaguardar sus intereses se había disipado el día 20 de julio con la muerte del general Sanjurjo en Lisboa.

Mientras duró la incertidumbre sobre la forma que había de tener el nuevo Estado, la Iglesia católica proporcionó a la alianza nacional compuesta por la Comunión Tradicionalista, Renovación Española y la Falange un símbolo común de tradición y, lo que es más importante, cierto grado de integración ideológica que podía trascender las diferencias partidistas. La naturaleza autoritaria y centralista de la Iglesia y su actitud hacia la propiedad privada eran aceptables para todas las facciones (excepto para el ala izquierda de Falange), la jerarquía se había apresurado a cerrar filas junto a la derecha, algunos obispos no le hacían ascos al saludo fascista y el cardenal Goma había afirmado que «judíos y masones ... envenenaron el alma nacional con doctrinas absurdas, con cuentos tártaros o mongoles aderezados y convertidos en sistema político y social en las sociedades tenebrosas manejadas por el internacionalismo semita». ³

Aunque, tal vez, la pieza de doctrina eclesiástica más notable en respaldo de la sedición se encuentre en la famosa carta pastoral «Las ciudades», publicada por el obispo de Salamanca Pía y Deniel el 30 de septiembre. En ella, el prelado afirma que en el suelo de Espada se hallaban en lucha dos concepciones (las «dos ciudades» que describió san Agustín en *La ciudad de Dios*), tilda a los gobernantes republicanos de incapaces, denuncia el intento de

«revolución comunista» en la que los niños cantaban «¡Somos hijos de Lenin!», describe las atrocidades cometidas por comunistas y anarquistas: «los hijos de Caín ... que se gozan en el asesinato, en el saqueo, en la destrucción y en el incendio» (ésos serían los representantes de la «ciudad terrena» frente a los cuales se había alzado «la ciudad celeste de los hijos de Dios»), reconoce explícitamente el temor que se apoderó de la Iglesia al proclamarse la República, se apoya en la clara actitud del papa Pío XI a favor de los nacionales, saluda la «contrarrevolución» y bendice a los «cruzados de Cristo y de España».4 Aunque la carta pastoral se ocupaba, aparentemente, de absolutos morales, la jerarquía esperaba beneficios más tangibles de los insurrectos. En la pastoral, Pía y Deniel presentaba una lista con las demandas de la Iglesia: la abrogación de las leyes eclesiásticas de la República, en especial la ley de congregaciones de 1933; la devolución de los cementerios al clero; la reforma de la legislación matrimonial; un nuevo concordato con el Vaticano y, sobre todo, el reconocimiento de la independencia y la libertad de la Iglesia en sus relaciones con el poder civil; es decir, estaba proponiendo regresar al *statu quo* anterior a 1931: «El clero veía la guerra y sus consecuencias con sagaz espíritu práctico».5

Si es cierto que un puñado de sacerdotes decentes pusieron sus vidas en peligro al condenar las atrocidades de los nacionales, la mayor parte del clero estaba encantada de recuperar su antiguo poder y ver cómo crecían sus rebaños. El futuro cardenal Tarancón, que se encontraba en Tuy en el mes de julio, ha escrito que «todos los sacerdotes del lugar aceptaron la sublevación militar con alegría y apoyaban al ejército como un deber de conciencia».6 Quien no asistiera puntualmente a misa corría el riesgo de aparecer como un «rojo». Los comerciantes de imágenes piadosas hicieron su agosto vendiendo símbolos religiosos, que se portaban ostentadamente no para alejar a los malos espíritus, sino para disipar sospechas. El fenómeno recuerda, en cierto modo, el temor de los españoles medievales a ser tenidos por judaizantes por la Inquisición, lo que hizo de la carne de cerdo un elemento tan importante en la dieta nacional.

Los diversos grupos que integraban el «Movimiento» eran conscientes de su precariedad, ya que controlaban menos territorio, y más pobre, que la República y sólo a 11 millones de habitantes. Esta situación y el deseo de una dirección fuerte fueron las bazas sobre las que apostó el general Franco, admirador y aventajado discípulo de Fernando II de Aragón, el cínico estadista tenido por modelo de *El príncipe*, de Maquiavelo. Durante el mes de agosto ya se hizo evidente para casi todo el mundo que Franco iba a ser el *caudillo* de los nacionales, aunque nadie sabía a ciencia cierta qué bullía en su cabeza ni tampoco si, llegado el momento, sería capaz de aglutinar las diversas «sensibilidades» sobre la forma del nuevo Estado nacional. A la Falange le preocupaba verse reducida al simple papel de auxiliar de los militares, a los monárquicos les interesaba el retorno de Alfonso XIII y a los carlistas les convenía una dictadura real católica con un toque populista, aunque sabían que su pretendiente al trono no tenía nada que hacer (en cualquier caso, el pretendiente, Alfonso Carlos, que era octogenario, iba a morir, sin descendencia, en un accidente de automóvil en el mes de septiembre).

La fórmula que maquinó Franco para unificar a las fuerzas nacionales fue brillante: una monarquía sin monarca, ya que el ex rey Alfonso XIII no era aceptable para la mayoría de los nacionales ni contaba con el fervor popular. El invento satisfizo a los tradicionalistas sin molestar a la Falange ni a pretendidos republicanos como Queipo de Llano o Mola y permitió evitar disensiones como las que se produjeron entre Mussolini y el rey Víctor Manuel, que se tradujeron en graves tensiones entre realistas y fascistas en las fuerzas armadas italianas.

El 15 de agosto de 1936, festividad de la Virgen de los Reyes, patrona de Sevilla, se organizó en la ciudad una gran ceremonia. El motivo era rendir homenaje a la vieja bandera

monárquica y adoptarla como enseña de la «nueva Reconquista». El acto formaba también parte del plan de Franco para hacer sentir su ascendencia sobre sus rivales al liderazgo nacional. Cuando llegó a Sevilla, acompañado del fundador de la Legión, José Millán Astray, fue recibido por todas las autoridades, incluido el cardenal Illundáin, pero a excepción de Queipo de Llano, quien dijo que no asistiría al acto y que si Franco quería verle ya sabía dónde encontrarle.⁷ Franco se dirigió al Ayuntamiento, en la plaza de San Fernando, donde debía tener lugar la ceremonia, y al cabo de unos minutos llegó Queipo, que había cambiado de opinión. En el balcón central se arrió la bandera republicana y Queipo, decidido a que Franco no le robase protagonismo, se lanzó a pronunciar un discurso tan disparatado que causó consternación entre la corte del general y regocijo en Franco y Millán Astray.⁸ En una catarata de palabrería irrefrenable, Queipo, que se remontó a Egipto y a los romanos, se metió en una absurda disquisición cromática: él no podía entender el color morado de la franja republicana, y tras un enrevesado paseo por la historia, concluyó que el color morado debía significar «inmoralidad». Luego dijo al gentío que iban a ver ondear la bandera roja y gualda a la que tenían que ofrecer, sin vacilar, «vuestra vida y vuestro oro [sic]»,⁹ para añadir a continuación que todos debían enaltecerla para hacer verdad la popular copla que dice «no hay oro para comprarla / ni sangre para vencerla».

Cuando Queipo terminó de desbarrar se izó la bandera roja y gualda a los sonos de la *Marcha real*, todas las autoridades, incluido el cardenal, la besaron con unción y Franco tomó la palabra en una alocución breve, pero mucho más práctica y en la línea que siempre le había caracterizado y le caracterizaría hasta su muerte: «Esta es, como os digo, la insignia de una raza, de unos ideales, de una dignidad, de una Religión, de todo lo que estaba en peligro de desaparecer por el avance de las hordas marxistas y de la propaganda de Moscú».¹⁰

Sevilla se había convertido rápidamente en el feudo particular de Queipo y a Franco le irritaba su presuntuosa actitud. El retrato del general masón se veía por todas partes. Su rostro, reproducido en vasijas, ceniceros y espejos, campeaba en toda la ciudad. Las casas que habían sido de «rojos» fueron las primeras obligadas a poner la foto de Queipo en sus ventanas. Contra semejante avalancha publicitaria, el equipo asesor de Franco buscaba desesperadamente el modo de conseguir que su jefe destacara. Tuvieron la idea de proyectar su fotografía, al son de la *Marcha real*, en las pantallas de los cinematógrafos. Durante los cinco minutos que duraba la proyección del retrato, la gente se ponía en pie y saludaba brazo en alto. Más tarde, todos los establecimientos públicos de la zona nacional se vieron obligados a ostentar el retrato de Franco. Y cuando sonaba la *Marcha real* en la radio todos los que no querían ser mirados como sospechosos debían ponerse en pie y saludar.

La publicidad de otros grupos nacionales era también estridente. Por todas partes aparecían carteles y pasquines. El eslogan carlista proclamaba: «Si eres un buen español, amas a tu patria y a sus gloriosas tradiciones, alístate en el requeté». El de Falange era más corto y un punto amenazador: «La Falange te llama. Ahora o nunca». Sólo en Sevilla se alistaron más de 2.000 personas a la Falange en menos de veinticuatro horas. Queipo de Llano estaba en lo cierto cuando se refería cínicamente a la camisa azul mahón como «el salvavidas»: muchos izquierdistas o neutrales corrieron a alistarse para evitar la máquina de matar y con frecuencia se mostraron en sus actos más fascistas que los fascistas. Un fenómeno semejante se produjo también en zona republicana.

Los temores que tenía José Antonio antes de la guerra sobre la desnaturalización de la Falange se confirmaron cuando el aluvión de recién llegados sepultó a los «camisas viejas», muchos de los cuales habían perecido durante el levantamiento. Y él estaba preso, Onésimo Redondo había muerto y Ledesma Ramos estaba en manos enemigas. La Falange se encontraba en una posición incómoda por aquel crecimiento extraordinario de sus efectivos

(en octubre llegaron a contar con 35.000 hombres, es decir, el 54 por 100 de las milicias nacionales y el 19 por 100 de las fuerzas rebeldes totales, muy por encima de los requetés) que se producía precisamente cuando sus dirigentes se encontraban fuera de combate. En consecuencia, la Falange se comportaba de un modo errático. Algunas milicias fueron al frente, pero otras muchas se quedaron en la retaguardia para constituir una burocracia improvisada y una policía política aficionada. Las patrullas falangistas que se dedicaban a la caza del sospechoso vestían sus camisas azules y paseaban su desparpajo por las calles obligando a los transeúntes a hacer el saludo fascista y a gritar «¡Arriba España!». Muchachas falangistas entraban en los cafés para preguntar a los hombres por qué no iban de uniforme. Les ofrecían entonces, despectivamente, vestiditos de muñeca mientras una escuadra masculina de sus cantaradas contemplaba con regocijo la escena desde la puerta.

A principios de julio, las autoridades republicanas habían enviado a José Antonio a la cárcel de Alicante. Allí, encerrado con su hermano Miguel, fue tratado con tan poco rigor que el conde de Mayalde logró pasarle, en el locutorio, dos pistolas. Los dos hermanos disponían, además, en sus celdas, de un mapa de España y de esquemas de los frentes sobre los que trazaban, en rojo y azul, los movimientos de las tropas según las noticias que les llegaban.**11** En aquel ambiente de lenidad fueron varios los planes que se urdieron para tratar de liberarlos, aunque, al final, todos fracasaron. Militares y falangistas locales tramaron un plan de fuga para el mismo día 18 de julio, pero José Antonio lo desestimó al parecer porque confiaba en recibir noticias muy importantes desde Valencia, no sabemos cuáles.**12** En un intento posterior, el día 19, llevado a cabo por un grupo de falangistas de la vega baja del Segura, éstos fueron descubiertos por la Guardia de Asalto, tres murieron y casi todos los demás fueron detenidos.**13** A raíz de una protesta de los presos comunes por las deferencias de que eran objeto los Primo de Rivera, se hicieron cargo de su custodia milicianos Genetistas pertenecientes a la Comisión Provincial de Orden Público. El gobernador civil de Alicante recibió entonces la confidencia de que se pensaba trasladar a José Antonio a Cartagena, pero con la intención de asesinarle. Inmediatamente, tanto el presidente de la República como el jefe del Gobierno exigieron al gobernador civil que garantizara la seguridad del jefe falangista, cosa que al final se logró gracias a la mediación de Indalecio Prieto, y el plan fue abortado.

Durante los meses de septiembre y octubre se hicieron varios intentos de sacar a José Antonio de la cárcel, primero con negociaciones económicas y, después, intentando canjes de prisioneros: el hijo de Largo Caballero, que se hallaba en Sevilla, o la esposa e hijas del general Miaja, que estaban en Melilla. Más tarde se intentó una rocambolesca acción de comandos a cargo de un grupo de falangistas conchabados con el cónsul alemán, para la que se solicitó la ayuda del torpedero *litis*, de la marina germana. También fracasó, como ocurrió con otros dos intentos realizados a lo largo del mes de octubre, en parte por lo que parece haber sido un acuerdo de Franco y el alto mando alemán para paralizar todo el proceso.**14**

El día 3 de octubre, el Tribunal Popular de Alicante abrió un sumario contra José Antonio y su hermano Miguel por conspiración contra la República y rebelión militar, y el día 16 de noviembre se inició la vista del proceso ante un tribunal compuesto por tres magistrados y un jurado de catorce miembros. José Antonio, como abogado, se defendió a sí mismo, a su hermano Miguel y a su cuñada, Margarita Larios. Tras dos días de juicio, a las tres de la mañana del 18 de noviembre, el juez Iglesias Portal dio por concluida la vista aceptando todas las alegaciones del fiscal y condenando a la pena de muerte a José Antonio, a cadena perpetua a su hermano Miguel y a seis años y un día a Margarita Larios.

En un último recurso técnico, José Antonio envió un telegrama al Gobierno alegando defectos de forma, pero antes de que éste se pronunciara el jefe de Falange había sido fusilado en el patio de la cárcel de Alicante, a las siete de la mañana del 20 de noviembre. Ese

mismo día hubo reunión del Consejo de ministros en Valencia, con el expediente de Primo de Rivera en el orden del día, cuando se recibió un telegrama comunicando que el reo había sido ejecutado. Según escribió Largo Caballero años después, «el Consejo no quiso tratar una cosa ya ejecutada, y yo me negué a firmar el enterado para no legalizar un hecho realizado a falta de un trámite impuesto por mí a fin de evitar fusilamientos ejecutados por la pasión política. En Alicante sospechaban que el Consejo le hubiera conmutado la pena. Acaso hubiera sido así, pero no hubo lugar». **15**

Había nacido el gran mártir, el Cristo de la España nacional, pero la Falange se había quedado sin ningún dirigente de talla, aunque no desamparada del todo: el Consejo Nacional de Falange ya había creado en septiembre una «Junta de Mando Provisional», compuesta por siete miembros, uno de los cuales, Manuel Hedilla, ex jefe provincial de Santander, fue nombrado jefe con la aprobación del resto de consejeros. **16**

La muerte de José Antonio no se dio a conocer oficialmente en la España nacional hasta el 20 de noviembre de 1938, exactamente dos años después, cuando la República acababa de perder la batalla del Ebro y el éxito de los nacionales estaba garantizado. Y es que a Franco le convenía la «ausencia» de José Antonio, no tanto porque el dirigente fascista pudiera haber sido un rival para él, pues cuando José Antonio muere hace casi ya dos meses que Franco ha sido proclamado jefe supremo de las fuerzas armadas y «jefe del Gobierno del Estado», como por el seguro obstáculo que habría supuesto el fundador para la domesticación de la Falange y su posterior conversión en el partido único del régimen.

Tras el edificio militar de la España nacional, había que atender mínimamente a la economía. Una de las prioridades de los generales rebeldes era la obtención de divisas y, por ello, se atendió en cuanto se pudo al comercio. En Andalucía, Queipo de Llano tomó una serie de medidas económicas que le acreditan como eficiente administrador, aunque, eso sí, con la pistola en la mano: «Serán pasados por las armas, sin formación de causa, todos aquellos individuos que cometan actos que, según la legalidad vigente, merezcan la calificación de contrabando o defraudación, incluso desde luego la exportación de capitales». Exigió que se incrementara la producción de aquellos productos que, como el jerez, las aceitunas y los cítricos, podían ser fuentes de divisas y firmó acuerdos comerciales con el régimen de Salazar en Lisboa. El general intervino para que Burgos concediera las ayudas necesarias para adquirir maquinaria textil en Suiza con destino a la empresa Hytasa, única fábrica textil integrada que hubo en Andalucía en aquella época y que dio trabajo a 2.500 obreros. Prohibió las exportaciones pagaderas en pesetas e impuso la obligación de liquidarlas en libras o dólares preferentemente. Cuando los exportadores cobraban las divisas debían entregarlas a las autoridades militares en el plazo de tres días, ya que de no hacerlo Queipo tendría que proceder «con energía» contra ellos. El 28 de septiembre Queipo estableció una Junta Reguladora de Exportación e Importación que era la que concedía las licencias comerciales con una discrecionalidad total, excelente sistema para el florecimiento de la corrupción y el mercado negro, que iban a ser moneda corriente en la España nacional. **17**

Mientras tanto, de los altavoces en las calles surgían las notas del himno de la Legión *El novio de la muerte* y en las emisoras de radio cada tarde sonaba un cornetín para anunciar el «parte» desde el cuartel del Generalísimo. En este ambiente cuartelero iba a tener lugar un notable acto de coraje moral, un incidente jaleado por el énfasis que se dio en él al valor puramente físico de la guerra. El 12 de octubre, aniversario del descubrimiento de América, «Día de la Raza», tuvo lugar un acto ceremonial en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca. La audiencia estaba integrada por notables del Movimiento, incluido un fuerte contingente de la Falange local. En el estrado tomaron asiento Carmen Polo, esposa de Franco, Pía y Deniel, obispo de Salamanca, el general Millán Astray, fundador del Tercio de

Extranjeros (que llegó acompañado de sus legionarios), y Miguel de Unamuno, rector de la Universidad. Unamuno, irritado contra los gobernantes de la República, había apoyado al principio el «alzamiento» que debía «salvar la civilización occidental, la civilización cristiana que se ve amenazada», pero no podía pasar por alto la matanza que se había llevado a cabo en la ciudad bajo las órdenes del comandante Doval, aquel que se había hecho famoso como represor en Asturias, ni los asesinatos de sus amigos Casto Prieto, alcalde de Salamanca, Salvador Vila, catedrático de árabe y hebreo de la Universidad de Granada, o García Lorca.

Los discursos iniciales corrieron a cargo de Vicente Bertrán de Heredia y de José María Pemán. Acto seguido el profesor Francisco Maldonado lanzó una tremenda diatriba contra los nacionalismos catalán y vasco, «cánceres de la nación» que había de curar el implacable bisturí del fascismo. Al fondo de la sala alguien lanzó el grito legionario «¡Viva la muerte!» y el general Millán Astray, que parecía el auténtico espectro de la guerra, manco, tuerto y cubierto de cicatrices, dio los «¡vivas!» de rigor, mientras los falangistas saludaban a la romana hacia el retrato de Franco, que colgaba sobre el sitial de su esposa. El alboroto se desvaneció cuando Unamuno tomó la palabra:

Estáis esperando mis palabras. Me conocéis bien y sabéis que soy incapaz de permanecer en silencio. A veces, quedarse callado equivale a mentir. Porque el silencio puede ser interpretado como aquiescencia. Quiero hacer algunos comentarios al discurso, por llamarlo de algún modo, del profesor Maldonado. Dejaré de lado la ofensa personal que supone su repentina explosión contra vascos y catalanes. Yo mismo, como sabéis, nací en Bilbao. El obispo, lo quiera o no lo quiera, es catalán nacido en Barcelona.

Pía y Deniel se removió a disgusto por la alusión de Unamuno a su lugar de origen, que era casi en sí mismo una implicación de deslealtad a la cruzada nacional. Entre el silencio general, Unamuno prosiguió:

Pero ahora acabo de oír el necrófilo e insensato grito: «¡Viva la muerte!». Y yo, que he pasado mi vida componiendo paradojas que excitaban la ira de algunos que no las comprendían, he de decir, como experto en la materia, que esta ridícula paradoja me parece repelente. El general Millán Astray es un inválido. No es preciso que digamos esto con un tono más bajo. Es un inválido de guerra. También lo fue Cervantes. Pero, desgraciadamente, en España hay actualmente demasiados mutilados. Y, si Dios no nos ayuda, pronto habrá muchísimos más. Me atormenta pensar que el general Millán Astray pudiera dictar las normas de la psicología de la masa. Un mutilado que carezca de la grandeza espiritual de Cervantes, es de esperar que encuentre un terrible alivio viendo cómo se multiplican los mutilados a su alrededor.

Llegado Unamuno a este punto, Millán Astray ya no pudo contener su ira por más tiempo. «¡Muera la inteligencia! ¡Viva la muerte!», gritó a pleno pulmón.**18** Falangistas y militares echaron mano a sus pistolas y hasta el escolta del general apuntó su subfusil a la cabeza de Unamuno, lo que no impidió que éste terminara su intervención en tono desafiante:

Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis, porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedir que penséis en España.**19**

Hizo una pausa y dejando caer, sin fuerza, los brazos, concluyó en tono resignado: «He dicho». Se dice que la presencia de Carmen Polo le libró de ser asesinado allí mismo, y que

cuando Franco se enteró de lo que había ocurrido lamentó que no hubiese sido así. Seguramente los nacionales no asesinaron a Unamuno por la fama internacional del filósofo y por la reacción que había causado ya en el exterior el asesinato de García Lorca. Pero Unamuno, destituido como rector y confinado en su domicilio, murió el día de fin de año consternado y tachado de «rojo» y traidor -aunque su funeral fuera manipulado por los falangistas- por aquellos a quienes él había creído amigos.

10. Zona republicana

Aunque el levantamiento de los militares fragmentó al país en un mosaico de luchas regionales, no fue esa la razón principal del colapso del Estado republicano. La quiebra se produjo, en parte, a causa de la desastrosa respuesta del Gobierno central a la crisis, tal vez consecuencia de la inevitable parálisis de un gobierno de centro-izquierda que tenía que enfrentarse, a la vez, con una revuelta militar, de un lado, y con una revolución *de facto*, de otro. La mayoría de sus funcionarios, desde el cuerpo diplomático hasta las fuerzas de seguridad, en el fondo simpatizaban con la rebelión.

En consecuencia, la CNT y la UGT, que habían sobrellevado el peso principal de la lucha, se dispusieron a reorganizar el Estado español según sus respectivas ideas revolucionarias. Con la sola excepción del País Vasco: «La situación allí no es revolucionaria. La propiedad privada no se pone en cuestión».1 El número de miembros de las dos organizaciones creció espectacularmente durante aquellas semanas, en parte por la admiración que despertaban sus acciones, pero sobre todo por razones oportunistas, ya que ahora las centrales sindicales tenían el poder. Pronto llegaron a la cifra de dos millones de afiliados cada una, cifra asombrosa si se tiene en cuenta el territorio perdido a manos de los rebeldes. También crecían con rapidez el POUM y mucho más, el PCE, que en los primeros ocho meses de la guerra llegó a tener 250.000 militantes. El mayor número de adhesiones al Partido Comunista procedía de republicanos de clase media que se sentían atraídos por el disciplinado enfoque antirrevolucionario del partido, hombres ambiciosos, seguros de medrar y gentes temerosas de ser detenidas como simpatizantes de los nacionales.

Durante los primeros días del levantamiento, Madrid tenía todo el aire de una ciudad en plena revolución, en contraste con su posterior aspecto de una ciudad simplemente en guerra. Por las calles pululaban milicianos de la UGT y la CNT que comprobaban la identidad de la gente. Su vestimenta habitual consistía en un mono azul oscuro -el típico traje de faena de los mecánicos-, brazaletes y pañuelos al cuello con los colores de su afiliación política: negro y rojo para los anarcosindicalistas y rojo para socialistas y comunistas. La falta de tiempo para afeitarse, o la desgana, daba a sus rostros un aire patibulario. Nadie iba a ninguna parte sin su fusil: «Jóvenes ociosos, en vez de combatir en la trinchera, lucían por las calles arreos marciales, el fusil en bandolera».2 La negativa inicial del Gobierno a entregarles armas, que había producido en ellos un profundo sentimiento de impotencia ante los militares sublevados, les había marcado profundamente. Esa absoluta desconfianza les llevó a esconder una gran cantidad de armas durante los primeros meses de la lucha. Las encerronas de que habían sido víctimas en Oviedo o en San Sebastián les hacían recelar ante la posibilidad de que aparecieran, todavía, nuevas sorpresas.

En Madrid, la UGT era aún la organización sindical más poderosa, aunque la CNT crecía constantemente a sus expensas. Chicas con los colores rojo y azul de las Juventudes Socialistas pedían dinero para el Socorro Rojo Internacional, animadas por la nueva libertad que les permitía dirigirse a cualquiera sin ser mal vistas. Asimismo aparecían en las calles escolares con el uniforme de Jóvenes Pioneros (un remedo español del Komsomol), marchando en columnas de a dos y entonando eslóganes con voz monótona, como quien recita la tabla de multiplicar. Los periódicos extranjeros fijaban su atención en que habían desaparecido casi por completo, en las calles de Madrid, las americanas, los cuellos y corbatas típicos de la clase media, aunque probablemente el espantoso calor de aquel verano contribuyó mucho a la nueva informalidad. Como es obvio, los simpatizantes de los nacionales hacían cuanto podían por confundirse con el resto de la gente cuando salían a la calle, y los neutrales, en un clima de sospecha generalizada, nadaban y guardaban la ropa.

Una vez que la mayor parte de los milicianos abandonó la ciudad para dirigirse a los distintos frentes, el aspecto revolucionario de Madrid comenzó a disiparse. Reaparecieron por las esquinas los sempiternos mendigos y tullidos y pronto volvieron a abrir sus puertas los restaurantes caros y los comercios de lujo. La guerra podía estarse librando en otro planeta. Tan sólo los periodistas que llenaban los cafés y los bares de los hoteles de la Gran Vía parecían saber que la capital de España estaba en el corazón de los acontecimientos. Pero la situación económica se deterioraba sin remedio. Al escasear el dinero, los sindicatos comenzaron a emitir «vales» que, cuando la situación amenazaba con volverse caótica, fueron asumidos por el Ayuntamiento, obligado a facilitar medios de subsistencia a una población que cada día vivía con mayor precariedad.

El estallido de la guerra hizo que los obreros españoles pusieran sus esperanzas en el exterior buscando «apoyo internacional contra el fascismo» y en el interior buscando el apoyo exclusivo de la comunidad local. En cada ciudad y en cada pueblo se constituyó un «comité revolucionario» que representaba el equilibrio de fuerzas de la comunidad y era responsable de organizar todo lo que antes era competencia del Gobierno y de las autoridades locales. Junto a la frontera pirenaica, milicianos anarquistas vestidos con el mono azul patrullaban junto a los carabineros uniformados convencionalmente para controlar los pasaportes. Quien decidía si un extranjero podía entrar en el país era el comité de fronteras y no los representantes del Gobierno, como pudo comprobar personalmente el historiador Eric Hobsbawm cuando, aprovechando un viaje al sur de Francia, atravesó la frontera y llegó hasta Puigcerdá. Allí fue detenido por los milicianos, quienes le devolvieron, sin muchos miramientos, a Francia.³

Los comités locales se ocupaban de todos los servicios básicos. Dispusieron hoteles, casas privadas y locales comerciales para ser utilizados como hospitales, escuelas, orfanatos, alojamiento de milicianos y puestos de mando. En Madrid el Hotel Palace, uno de los mayores de Europa, pasó a convertirse en orfanato para albergar a los huérfanos de la represión de los nacionales en el suroeste, y el Ritz en hospital militar.⁴ Además, los comités crearon sus propias fuerzas de seguridad para detener a los responsables de los asesinatos ocasionales perpetrados por razones personales so capa de «operaciones antifascistas». La justicia pasó a manos de los tribunales revolucionarios, cuyos procedimientos mejoraron los fraudulentos juicios de los primeros días. A los acusados se les permitía asistencia legal y que pudieran llamar a testigos, aunque la situación variaba mucho y en algunos lugares la justicia siguió siendo una farsa grotesca. Una vez que los temores iniciales de las primeras semanas comenzaron a disiparse, las condenas a muerte escasearon.

En Asturias la CNT puso en pie el comité de guerra de Gijón. La fuerza de los anarcosindicalistas procedía allí de los estibadores, marineros y, sobre todo, de los pescadores, quienes organizaron una cooperativa que atendía a todos los aspectos de su industria. Los pescadores de Aviles y Gijón colectivizaron su equipo, los muelles y las fábricas de conservas.⁵ La UGT era más fuerte en el interior, en los valles mineros. Durante un par de meses las dos zonas, separadas por menos de 40 km, actuaron independientemente. Entre ellas se encontraba atrapado Aranda, que resistía en Oviedo.⁶ Con el tiempo, el comité de la UGT se fusionó con el de los anarquistas y un socialista fue nombrado presidente del consejo conjunto. En Santander, sin embargo, los socialistas se hicieron con el comité de guerra, ante las protestas de los anarquistas que censuraban sus «maneras autoritarias».

En el País Vasco las cosas eran muy distintas. Mientras actuaban las juntas de defensa -en las que el PNV siempre anduvo a la greña con anarquistas y comunistas- se negociaba con el Gobierno central el Estatuto vasco, que fue aprobado finalmente por las Cortes el 1 de octubre. Los concejales de la zona vasca leal a la República debían elegir al presidente o

lehendakari. El 7 de octubre, en Gernika, y tras el solemne juramento bajo el roble, José Antonio Aguirre, del PNV, **7** fue elegido para el cargo. Inmediatamente formó un gobierno vasco de coalición entre el PNV y las fuerzas del Frente Popular, compuesto por cuatro consejeros del PNV, tres del PSOE, uno de ANV, uno de Izquierda Republicana, uno de Unión Republicana y uno del PCE. Desde entonces, la actitud pendular del PNV, siempre a caballo de su esquizofrenia entre permanecer fiel a la República, que le garantizaba el Estatuto de Autonomía, o posicionarse a favor de los rebeldes, más afines a ellos en su concepción social, económica y religiosa de la vida, iba a ser una china en el desastrado zapato de la República española.

Los anarquistas, que eran fuertes en San Sebastián y en las comunidades de pescadores, ni pidieron ni se les ofreció ningún papel en la administración del país. Los nacionalistas vascos establecieron un rígido control con su milicia paramilitar, el Euzko Gudarostea, que excluyó a izquierdistas y no vascos. Sin embargo, tanto la CNT como la UGT constituyeron más tarde sus propios batallones para luchar en el ejército de Euskadi.

De todos los movimientos regionales que pugnaban por el autogobierno, el más extraordinario y el más importante tuvo lugar en Cataluña. Al periodista John Langdon-Davies, Barcelona le parecía entonces «la ciudad más extraña del mundo, donde el anarcosindicalismo es el sostén de la democracia, los anarquistas mantienen el orden y los filósofos apolíticos ejercen el poder».**8** Al anochecer del 20 de julio, Juan García Oliver, Buenaventura Durruti y Diego Abad de Santillán se encontraron con el presidente Companys en el palacio de la Generalitat, llevando aún consigo las armas que habían utilizado aquella mañana en el asalto a las Atarazanas. Llegaban de una reunión improvisada a la que habían asistido más de 2.000 representantes de las federaciones locales de la CNT, unos ávidos por establecer inmediatamente el comunismo libertario, otros deseosos de acabar primero con la rebelión de los generales.

El presidente de la Generalitat había defendido desinteresadamente a muchos anarquistas cuando ejercía como abogado laboralista. Su simpatía hacia los libertarios era muy poco usual entre los nacionalistas catalanes, que a veces se referían a ellos con el abusivo epíteto de «murcianos», ya que la mayor parte de la fuerza anarquista estaba constituida por obreros inmigrados a Cataluña, muchos procedentes de Murcia, de donde habían llegado en los años veinte para trabajar duramente, en condiciones mucho más favorables a la patronal que los obreros catalanes «conscientes», en la construcción del ferrocarril metropolitano transversal. Durante aquella reunión, companys, con gran sentido práctico y visión de la realidad, reconoció que la ciudad estaba en manos de los anarcosindicalistas y que lo único que podía hacer era tratar de conservar las instituciones, aunque, al principio, fuera un paripé. Aunque algunos políticos catalanes lo desmintieron posteriormente,**9** parece que Companys dirigió a los jefes confederales las palabras siguientes:

Ante todo he de deciros que la CNT y la FAI no han sido nunca tratadas como se merecían por su verdadera importancia. Siempre habéis sido perseguidos duramente. Y yo, con mucho dolor, pero forzado por las realidades políticas, que antes estuve con vosotros, después me he visto obligado a enfrentarme y perseguiros. Hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña, porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas, y espero que no os sabrá mal que en este momento os recuerde que no os ha faltado la ayuda de los pocos o muchos hombres leales de mi partido y de los guardias y mozos ... Habéis vencido y todo está en vuestro poder. Si no me necesitáis o no me queréis como presidente de Cataluña, decídmelo ahora, que yo pasaré a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Si, por el contrario, creéis que en este puesto, que sólo muerto hubiese dejado ante el fascismo triunfante, puedo, con los hombres de mi partido, mi nombre y mi

prestigio ser útil en esta lucha ... podéis contar conmigo y con mi lealtad de hombre y de político que está convencido de que hoy muere todo un pasado de bochorno y que desea sinceramente que Cataluña marche a la cabeza de los países más adelantados en materia social.**10**

Fueran éstas u otras parecidas las palabras que utilizó Companys para llegar a un acuerdo con los jefes anarquistas, su actitud de fondo era inequívoca, una actitud que Azaña iba a calificar más tarde, con cierta paranoia, de «conspiración para abolir el Estado español», cuando al presidente catalán no le quedaba otra alternativa. Las fuerzas del orden republicano en Barcelona ascendían a unos 5.000 hombres de la Guardia de Seguridad y Asalto, y los acontecimientos que acababan de producirse en otros lugares de España habían dejado bien a las claras el peligro que representaba depender enteramente de ellas. El ejército regular de Barcelona había dejado de existir, ya que muchos de los oficiales rebeldes habían sido detenidos o ejecutados y los soldados estaban en sus casas o habían marchado al frente como milicianos.

Por su parte, los anarquistas contaban quizá con unos 100.000 miembros sólo en Barcelona y sus alrededores, armados con unos 40 000 fusiles y pistolas procedentes del cuartel de Sant Andreu y de los saqueos. Hubiera sido una necedad que Companys se enfrentara a ellos justo en el momento en que se encontraban en el climax de su poderío y de su popularidad. Además, los anarquistas eran sus mejores aliados contra los intentos recuperacionistas del gobierno de Madrid. Companys expresaba la situación con claridad meridiana: «Traicionados por los guardianes de la ley y el orden, hemos recurrido al proletariado para que nos proteja».

El presidente de la Generalitat había puesto a los anarquistas frente a un dilema crucial: o establecían el poder anarquista con todas sus consecuencias, o colaboraban con el Gobierno y con los partidos. Son conocidísimas las palabras de García Oliven «comunismo libertario, que era igual a dictadura anarquista, o democracia, que significaba colaboración».**11** Al final, no se decidieron por ninguna de las dos alternativas. Los anarquistas estaban, en realidad, en situación de desmontar todo el aparato de la Generalitat, pero optaron, finalmente, por colaborar con ella. Diego Abad de Santillán lo explica diciendo que los anarquistas rechazaban por principio cualquier dictadura, incluida la suya.**12**

En el célebre congreso de la CNT celebrado en Zaragoza siete semanas antes, se había pedido una alianza revolucionaria de toda la clase obrera y se había acordado que cada filosofía política debía desarrollar «la forma de coexistencia social que más le convenga», lo que significaba trabajar codo con codo con otras formaciones políticas, con respeto mutuo a las diferencias de cada uno. Aunque honrada, aquélla era una idea simplista, porque la sola mención de control obrero y autogestión era anatema tanto para los republicanos burgueses como para los comunistas. Éstos, con el tiempo, ganarían la partida a los anarquistas forzándolos a renunciar a una gran parte de sus principios, expulsándolos, además, de todos los órganos decisivos de poder, lo que supuso, en buena parte, que el programa económico y social defendió históricamente por los anarquistas, por utópico que fuese, nunca se llevara a cabo.**13**

Aunque los dirigentes confederales que se reunieron en el despacho de Companys, a los que se habían ofrecido las llaves del reino hubieran podido prever el futuro, su elección no hubiera sido más fácil. En teoría, tenían en sus manos la posibilidad de convertir a Cataluña y Aragón en un no-Estado independiente de la noche a la mañana, pero también era evidente que la realización inmediata del comunismo libertario conduciría inexorablemente al enfrentamiento con republicanos y socialistas. Además, Cataluña se vería sometida a un boicot internacional y a un aislamiento político y económico del resto de España que no podría sino favorecer a los militares rebeldes. Así que propusieron un control conjunto de

Cataluña con otros partidos, y el 21 de julio se constituyó el Comité Central de Milicias Antifeixistes. Aunque los anarquistas eran mayoría, jugaron la carta de respetar el derecho de las minorías creyendo, ingenuamente, que allí donde ellos estaban en minoría (las partes central y septentrional de la zona republicana) obtendrían un trato similar. De los quince puestos del comité los anarquistas sólo ocuparon cinco: tres representantes de la CNT (Durruti, García Oliver y Asens) y dos de la FAI (Abad de Santillán y Aurelio Fernández).**14** De todas formas, hay que recordar que Durruti y otros muchos dirigentes anarquistas ya el día 23 salieron de Barcelona hacia el frente de Aragón.

Durante los primeros días, el Comité Central de Milicias Antifeixistes se ocupó literalmente de todo, desde la creación de columnas para enviar al frente, la seguridad y los servicios básicos hasta la atención social. La Generalitat no era más que un gobierno *de iure*, un «artefacto meramente formulario», en palabras de Ossorio y Gallardo.**15** Sus consejeros podían hacer cabalas y diseñar proyectos, pero poco tenían que ver con lo que en realidad se llevaba a la práctica. Tal vez la Generalitat no había perdido el poder, pero sí toda la capacidad de iniciativa política.**16** Apenas dominada la rebelión militar, Juan García Oliver y Eugenio Vallejo dirigieron la reconversión de las industrias tradicionales en industrias de guerra, mientras que la Generalitat no nombró su propia comisión de industrias de guerra hasta agosto y, durante un tiempo, tuvo escasa influencia.

Sin embargo, la CNT no fue capaz de controlar la economía y las finanzas de Cataluña, que quedaron en manos de la Generalitat del sindicato de empleados de banca de la UGT, que controló las operaciones interbancarias e impidió, en la medida de sus posibilidades, la fuga de capitales.**17** Los bancos de Cataluña nunca se nacionalizaron, pero su potencial económico, sin el concurso del gobierno de Madrid, empeinado en negar créditos a Cataluña, fue escaso.

Las contradicciones del poder político iban a poner en un aprieto a los anarquistas. Por ejemplo, en su manifiesto de 1917 habían condenado todo aquello que podía embrutecer al pueblo, como las corridas de toros o los cabarets. Pero si actuaban como censores dictatoriales, sus más íntimas convicciones se venían abajo. Mientras tanto, las Mujeres Libres, las feministas anarquistas, que llegaron a contar con 30.000 miembros,**18** pegaban carteles en las paredes del barrio chino para convencer a las prostitutas de que abandonaran su modo de vida. Ofrecían y dirigían cursos para ex prostitutas con el fin de que adquirieran los conocimientos necesarios para el trabajo productivo. Otros anarquistas, sin embargo, no eran tan pacientes. Según Kaminski -un periodista francés simpatizante de los ácratas-, fusilaban en el acto a los chulos y a los traficantes de drogas.

Un fenómeno notable fue el surgimiento espontáneo de un movimiento de mujeres tras las elecciones de febrero. No nació de la literatura o de las teorías feministas procedentes del exterior (con excepción, quizá, de alguna traducción de Emma Goldman), sino del sentimiento instintivo de las mujeres de que la desaparición del sistema de clases iba a significar también el fin del sistema patriarcal. Los anarquistas habían declarado siempre su creencia en la igualdad de todos los seres humanos, pero la organización Mujeres Libres, que creó un sindicato de mujeres en la alimentación y el transporte de Madrid y Barcelona, estaba convencida de que el sistema de relaciones de género seguía siendo «feudal».

Uno de los fracasos más clamorosos de los anarquistas para llevar a cabo en la práctica los ideales que profesaban fue el diferente nivel salarial de hombres y mujeres en la mayoría de las empresas colectivizadas por la CNT (las mujeres cobraban alrededor del 20 por 100 menos que los hombres). No disponemos de cifras seguras, pero es posible que, pese a toda la propaganda dirigida específicamente a las mujeres llamando a combatir al fascismo, no llegara a haber 1.000 en el frente. Había, eso sí, varios miles en armas en la retaguardia, y es

sabido que en la defensa de Madrid tomó parte un batallón compuesto enteramente por mujeres. En realidad, poco se había avanzado fuera de las ciudades aunque, al principio, las mujeres fueron a combatir al frente en pie de igualdad con los hombres (el embajador alemán no daba crédito a sus ojos cuando un día Franco ordenó ejecutar a unas milicianas capturadas y, luego, siguió almorzando tranquilamente). Estos avances hacia una participación igualitaria fueron cercenados por la dirección, cada vez más autoritaria, del esfuerzo de guerra, al paso que se deterioraba la situación militar. Hacia 1938 la propaganda republicana había dado un vuelco de 180 grados y las mujeres habían vuelto a desempeñar un papel estrictamente auxiliar que, poco a poco, las fue acercando a su rol tradicional.**19**

La actitud de la gente hacia la propiedad inmobiliaria fue descrita explícitamente por Kaminski: «Se inclinan por destruir símbolos, pero respetan de una forma que a veces parece exagerada e ingenua todo aquello que les parece útil». Edificios religiosos, monumentos patrióticos y la cárcel de mujeres fueron demolidos o incendiados, pero los hospitales y las escuelas fueron preservados casi con la misma reverencia con que los nacionales respetaban las iglesias.

El gobierno liberal republicano de 1931-1933 había emprendido con gran ímpetu la transformación de España en un Estado moderno, unificado y liberal partiendo de un cambio radical en la educación y la cultura de los españoles, con acciones imaginativas y solventes tales como las Misiones Pedagógicas impulsadas por Manuel Cossío. Los intelectuales republicanos, krausistas de segunda o tercera generación muchos de ellos, procedían del madrileño Instituto-Escuela y de la Junta para la Ampliación de Estudios. Para ellos, el problema de España era de maestros y escuelas, de lectura formativa y de tradición cultural. Así que tomaron una serie de medidas para reducir la influencia de la Iglesia católica en la enseñanza primaria, que había sido su *chasse gardée* desde tiempo inmemorial.**20** Para los dirigentes republicanos, los maestros no sólo habían de ser enseñantes, sino también agentes de promoción cultural. La Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza (FETE) agrupó a la mayoría de los maestros y desplegó una serie de iniciativas culturales tanto en el frente (colaborando con las Milicias de la Cultura) como en la retaguardia, combatiendo el analfabetismo, organizando colonias infantiles y estableciendo programas de extensión cultural.**21**

Con estas medidas, la República consiguió escolarizar a una gran parte del millón de niños que antes, bajo la Monarquía, no iban a la escuela y reducir drásticamente la tasa de analfabetismo, que en 1930 era del 45 por 100 de la población total. Los dirigentes republicanos pusieron en marcha, además, una interminable serie de proyectos, algunos tan imaginativos como «La Barraca», de Lorca, o «El Búho», de Max Aub, encaminados a liberar a las masas, sobre todo rurales, de la vulnerabilidad a que les condenaba su ignorancia.

Con independencia de los esfuerzos que hacía el Gobierno, las casas del pueblo de la UGT y los ateneos libertarios de los anarquistas no cesaron nunca en el empeño educativo y cultural. Durante la guerra lo que más impresionaba a los visitantes extranjeros, como Saint-Exupéry, era sobre todo la enseñanza de urgencia que se daba a los analfabetos en las trincheras, en los hospitales y en la retaguardia por medio de las Milicias de la Cultura o de las Brigadas Volantes. Repartían periódicos, revistas y folletos, daban conferencias, proyectaban películas o leían poemas a los soldados en el frente (Alberti, Hernández...)**22**

A diferencia de lo que ocurría en Madrid, los signos externos del poder de la clase obrera campeaban en toda Barcelona. Las enseñas de los partidos colgaban de los edificios públicos, sobre todo la bandera roja y negra de la CNT. Los anarquistas habían instalado su cuartel general en el edificio de la antigua patronal, el Foment del Treball Nacional, en la vía Layetana, en tanto que el PSUC, controlado por los comunistas y dirigido por Joan Comorera,

había ocupado el Hotel Colón, en la plaza de Cataluña. El POUM ocupaba el Hotel Falcón, en las Ramblas, aunque su base principal estaba en Lérida. La militancia en el POUM iba creciendo porque parecía ofrecer una vía media entre los objetivos anarquistas y los comunistas. Pero como su líder Andreu Nin había sido un estrecho colaborador de Trotsky, los estalinistas odiaban al POUM aún más que a los anarquistas, ignorando de que Trotsky y su Cuarta Internacional no dejaron nunca de atacar con saña al partido de Nin y Maurín.

Barcelona había sido siempre una ciudad bulliciosa y la rebelión de julio no la había cambiado. Al principio, los conductores de los coches expropiados circulaban a toda velocidad causando frecuentes accidentes, aunque la alegría les duró muy poco porque había que racionar la gasolina, que sólo se facilitaba para los viajes imprescindibles. Los altavoces que colgaban de los plátanos de los bulevares barceloneses no dejaban de transmitir música, interrumpida, de vez en cuando, por boletines de noticias exageradamente optimistas que exaltaban a los grupos de ociosos pendientes de la «inminente» caída de Zaragoza, un recurrente imaginario anarquista. Era un mundo de amistades instantáneas, en el que ya no se usaban las expresiones rituales de saludo. Los extranjeros eran bienvenidos y se les introducía en seguida y repetidamente en los ideales de la causa antifascista, explicándoles ingenuamente que las democracias no dejarían de ayudarles contra Franco, Hitler y Mussolini.

Por todas partes prevalecía un ambiente de excitación y optimismo. Gerald Brenan dijo que «los visitantes de Barcelona en el otoño de 1936 nunca olvidarían aquella experiencia conmovedora y contagiosa». **23** A los extranjeros que daban una propina se les devolvía ésta con corteses explicaciones sobre cómo la práctica de tal costumbre rebajaba al que la daba y al que la recibía.

Un gran contraste entre Madrid y Barcelona tenía que ver con el uso que se daba a los hoteles. En la capital, el Hotel Gaylord fue utilizado por el Partido Comunista como alojamiento de lujo para sus altos funcionarios y los asesores rusos. En Barcelona, la CNT y la UGT utilizaron el Ritz como «Unidad gastronómica número uno», es decir, como comedor público para los necesitados. Puede que se tratara tan sólo de un gesto simbólico, pero desde luego las enormes cocinas del hotel eran ideales para semejante servicio. Se suponía que todos los que acudían al comedor debían llevar consigo un pase de su comité local, pero, aunque los celadores «se negaban a la burocracia», no sólo fueron muy pocos los que intentaron comer dos veces sino que, según cuenta Langdon-Davies, no desapareció apenas ninguna pieza de la cubertería del Ritz. **24** Los anarquistas creían de buena fe que eso era así porque la cubertería ya no pertenecía a ninguna empresa privada ni al Estado, y el pueblo no se robaba a sí mismo. Su Básico era que la comunidad debía hacerse responsable del bienestar social y que dejarlo en manos del Estado no era sino darle al autoritarismo un rostro humano. Mientras tanto, a los refugiados que llegaban de las zonas conquistadas por los nacionales se les alojaba en los pisos de los ricos.

Los mayores campeones del derecho a la propiedad no eran los republicanos liberales, como hubiera sido lógico suponer, sino el Partido Comunista y su rama catalana, el PSUC. Ambos seguían la estrategia de la Comintern de camuflar la revolución. Dolores Ibárruri y otros miembros de su comité central negaban enfáticamente que en España se estuviera produciendo una revolución y defendían vigorosamente a empresarios y pequeños propietarios rurales (en un tiempo en que los kulaks morían en los campos del Gulag). Esta actitud antirrevolucionaria, dictada por Moscú, llevó a las clases medias en gran número a las filas del PC. Incluso los periódicos tradicionales de la comunidad económica catalana *La Vanguardia* y *El Noticiero* elogiaron «el modelo de disciplina soviético», cuando ya el modelo de la «disciplina no organizada» se había hecho sentir con fuerza en toda la zona republicana, y, sobre todo, a lo largo del cinturón costero mediterráneo.

Este extraordinario movimiento de masas en pos de la autogestión obrera sigue provocando, aún hoy, grandes controversias. El gobierno liberal y el Partido Comunista lo veían como un gran obstáculo para la organización del esfuerzo de guerra. Estaban convencidos de que, en un país como España, con sus fuertes particularismos y su reluctancia a reaccionar ante una amenaza a menos que estuviese muy cercana, el control centralizado era vital. Por ejemplo, los anarquistas de Cataluña sostenían a machamartillo que la reconquista de Zaragoza era crucial para ganar la guerra. Para ellos, el avance del ejército de África por el suroeste era cosa tan lejana que podía estar ocurriendo en un país extranjero.

Los partidarios de la autogestión argumentaban que no había ningún motivo para la lucha contra el fascismo si no se avanzaba en la revolución social. Si los anarquistas habían soportado el mayor esfuerzo de la batalla de Barcelona en julio, abandonados por un gobierno que se negó a armarlos, ¿por qué razón esperaba ese gobierno que ahora le restituyeran todo lo que ellos habían conquistado? Las posturas irreconciliables dentro de la zona controlada por la República minaron fatalmente la unidad de la alianza republicana. En 1937 los abogados de un Estado centralizado iban a ganar la lucha, pero, durante el proceso, la moral de la población sufrió un golpe mortal por la decidida apuesta que hizo el Partido Comunista por controlar el poder.

Las colectividades que se establecieron en la España republicana no eran las colectividades estatales de la Rusia soviética. La mayor parte se basaron en la propiedad y gestión conjuntas de la tierra y de las fábricas. Entre ellas había industrias «socializadas», reestructuradas y dirigidas por la CNT y la UGT, y también empresas privadas bajo el control conjunto de los obreros y el patrón, cuando éste no había huido. Existían también cooperativas que comercializaban la producción de campesinos individuales y artesanos, aunque no eran de nuevo cuño sino que tenían una larga tradición en muchas regiones de España, especialmente en las comunidades de pescadores. La CNT era, por supuesto, el primer motor de este proceso, pero también contribuían a él miembros de la UGT.**25**

Las regiones más afectadas fueron Cataluña y Aragón, en las que se vio implicado alrededor del 70 por 100 de la fuerza de trabajo. En Barcelona, los obreros, que habían acudido al trabajo siguiendo el llamamiento que las centrales sindicales hicieron ya el 24 de julio, se encontraron con que muchos dueños de fábricas o sus gerentes habían huido, de modo que los comités de empresa se hicieron cargo de ellas en un fenómeno de colectivización que se ha calificado de «espontáneo». En los casos en que los propietarios o directivos se quedaron, se constituyó en cada empresa un comité de control obrero que fiscalizaba su gestión. El 5 de agosto, tras un decreto de la Generalitat por el que se establecía la jornada laboral de 40 horas semanales, se había normalizado totalmente la actividad laboral en Barcelona. Los comités obreros se hicieron cargo de todos los servicios, del monopolio del petróleo, de las compañías navieras, de las grandes empresas industriales como la Vulcano o la Ford, de las empresas químicas, de la industria textil y de una miríada de pequeñas empresas.**26**

El 11 de agosto la Generalitat, que necesitaba encauzar y controlar de algún modo el proceso desencadenado por los anarcosindicalistas, creó el Consell d'Economia de Catalunya, en el que figuraban representantes de todos los partidos y sindicatos. Este consejo impulsará la promulgación, el 24 de octubre, del «Decret de Col·leccions i control obrer d'indústries i comeaos», de contenido templado, gracias sobre todo a los esfuerzos de los anarcosindicalistas moderados -«los treintistas»- y, sobre todo, del dirigente Peiró. El decreto de colectivizaciones se refería sólo a las industrias y empresas comerciales y no era aplicable a la tierra o a los bancos, contemplaba la existencia de empresas privadas fiscalizadas por el comité obrero; de empresas colectivizadas regidas por los trabajadores y el comité de

empresa; y de concentraciones o *clusters* que agrupaban las empresas de un determinado sector. Las empresas con menos de cien trabajadores podían optar por la colectivización o no, según el acuerdo al que llegaran obreros y patronos.**27**

Pero ese remedio de «revolución social» en la industria catalana se vio muy pronto amenazado desde distintos frentes: una parte importante del mercado interior se había perdido con el avance de los nacionales; el valor de la peseta había caído en picado al comenzar la guerra, de modo que las materias primas de importación costaban casi un 50 por 100 más que cinco meses antes y, por lo tanto, cada vez fueron más escasas; se produjeron rupturas de la cadena de relaciones comerciales a causa de la contienda; la comunidad financiera internacional, presionada por el Banco de España, que no quería facilitar divisas a las empresas colectivizadas, impuso un embargo comercial oficioso.

El gobierno central trataba de imponer su autoridad a toda costa sobre la Generalitat. Largo Caballero, el gran rival de los anarquistas, llegó a ofrecer el contrato para la confección de uniformes a empresas extranjeras antes que a las fábricas textiles colectivizadas por la CNT. Por su parte, el PSUC, frontalmente opuesto a la autogestión y que trataba de ganarse a las clases medias defendiendo los intereses comerciales de éstas, pidió a los empleados de banca de la UGT que utilizaran todos los medios a su alcance para entorpecer las transacciones financieras de las empresas colectivizadas. Por eso, la contracción de la producción industrial en Cataluña durante la guerra no se puede atribuir al «desorden revolucionario».**28**

Los periódicos extranjeros que describían el fenómeno de las colectivizaciones como un romántico retorno a las comunas de la Edad Media no tenían razón. Tanto en el campo como en las fábricas, se llevaron a cabo mejoras técnicas y de racionalización del trabajo que anteriormente habrían desencadenado una oleada de huelgas. El sindicato de la madera de la CNT, por ejemplo, cerró centenares de talleres ineficientes para concentrar la producción en dos grandes plantas con más de 200 trabajadores en cada una. Toda la industria fue reorganizada sobre una base vertical, desde la madera recién talada del Valle de Aran hasta el producto acabado. Y en industrias tan diversas como las de productos del cuero, ingeniería ligera o banca se llevaron a cabo cambios estructurales semejantes. La industria textil de Cataluña, que constaba de 20.000 empresas y daba trabajo a 230.000 obreros (las tres cuartas partes afiliados a la CNT), se organizó en un consejo general que supervisaba la importación y la distribución de las materias primas, la exportación de los productos acabados, los precios y los salarios.

Hubo, desde luego, grandes disparidades entre las colectivizaciones «ricas» y las «pobres», y sólo se consiguió en parte el objetivo de evitar el derroche del sistema capitalista o la ineficiencia del socialismo de Estado. El objetivo anarquista de un equilibrio consumidor productor fracasó también porque muchas veces los comités de obreros, ensimismados en su fervor revolucionario, perdieron de vista las necesidades del consumidor. Además, la mentalidad inducida por años de conflictos industriales estaba fuertemente arraigada. A muchos les llevó tiempo darse cuenta de que más paga por menos trabajo iba ahora en contra de sus intereses.

Con frecuencia se producían largas discusiones y disputas en los comités obreros, pero cuando se llegaba a un acuerdo no se perdía el tiempo. Los servicios básicos como el agua, el gas y la electricidad ya funcionaban bajo la nueva gestión al cabo de pocas horas de haber asaltado los cuarteles de las Atarazanas. Por increíble que parezca, los metalúrgicos empezaron a producir blindados bastante aceptables el 22 o el 23 de julio, en un esfuerzo de conversión de las fábricas a la producción de guerra. Ciertamente es que los obreros industriales de Cataluña eran los más cualificados de España. El sociólogo austríaco Franz Borkenau, que

estuvo en Barcelona en agosto de 1936, visitó una fábrica de automóviles y comprobó que el comité de dirección elegido por los obreros había conseguido recortar los gastos y mejorar la productividad. En su opinión, los mecánicos, ya fueran de la CNT o de Esquerra, trabajaban con gran diligencia y libertad, en parte porque, diferencia de lo que pasó en Rusia, su labor no se veía entorpecida por los altos directivos técnicos.**29**

Uno de los hitos más impresionantes de aquellos días primeros fue la resurrección del sistema de transporte público en un momento en que las calles estaban aún llenas de escombros y restos de barricadas. Cinco días después de que terminaran los combates, funcionaban en Barcelona 700 tranvías, en vez de los 800 habituales, pintados con los colores rojo y negro de la CNT/FAI. De hecho, el restablecimiento de los transportes urbanos fue más rápido en la Barcelona de 1936 que en el Moscú de 1917.**30** Aunque hay que reconocer que el éxito del transporte colectivizado de Barcelona se debió también a factores que no contaban en otras industrias: ingresos regulares y escasa necesidad de materias primas.

No hay duda de que el punto más débil de los anarquistas fueron las finanzas. Para la mayoría de ellos, manejar dinero era «como si un cura regentara un burdel». Confundían el vehículo de la codicia con la codicia misma. Sus comités dirigieron muchas empresas con un control económico impecable, pero en otras el caos financiero estaba a la orden del día. Confundían los ingresos por ventas con los beneficios y no se hacían provisiones de obsolescencia ni siquiera para las materias primas. Lo que no significa que derrocharan el dinero. El sobrante del salario se entregaba con frecuencia a las organizaciones de solidaridad revolucionaria o a las colectividades agrarias para que pudieran invertir en nueva maquinaria.

Tras parar el golpe de estado en Barcelona y reorganizar la producción, a los anarquistas no les cabía en la cabeza que el gobierno de Madrid tratara de recuperar el control negándoles todo tipo de créditos, el comité regional de la CNT consideró muy seriamente, aunque final lo rechazara, un plan para hacerse con parte de las reservas de oro españolas, de forma que pudieran disponer de las divisas que el gobierno central les negaba en demás de los aspectos financieros, la otra gran carencia de los foquistas fue la falta de coordinación entre cooperativas dentro de una industria determinada, aunque cabe preguntarse, vistos los logros del Gobierno en cuestiones industriales, si los ministros de Madrid lo hubieran hecho mucho mejor.

Al mismo tiempo que se transformaba la gestión de la industria, se produjo una eclosión de colectividades agrarias en la parte meridional del territorio controlado por la República. Estas colectivizaciones, que llegaron como máximo a mil, con una media de 960 miembros por colectividad, fueron obra de la CNT por sí sola o en colaboración con la UGT. La central sindical socialista se implicó en la colectivización agraria porque reconocía que era el método más práctico para trabajar los latifundios menos fértiles, aunque, seguramente, en muchos lugares los socialistas siguieron esta política para evitar ser sustituidos por los anarquistas en lo que ellos consideraban su feudo.

En Aragón las columnas anarquistas que procedían de Barcelona, especialmente la columna Durruti, tuvieron que implantar muchas colectividades agrarias por la fuerza porque los campesinos aragoneses no querían que obreros industriales catalanes exultantes de entusiasmo les dijeran lo que tenían que hacer, y muchos temían una colectivización al estilo ruso. Y, sin embargo, contaban con el apoyo del ministro de Agricultura, el comunista Vicente Uribe, que defendía a toda costa los derechos tradicionales de los pequeños propietarios. Borkenau dice de su estancia en Fraga que el núcleo anarquista había conseguido «una considerable mejora para los campesinos, pero era sensato no tratar de forzar la conversión de la parte más reacia del lugar, sino esperar hasta que surtiera efecto el ejemplo de los otros».**31** Con todo, según concluye John Brademas, «el experimento fue un éxito para los

campesinos pobres de Aragón». **32** En ninguna otra región de la zona republicana se llegaron a constituir tantas colectividades -unas 600- como en Aragón, ni se vieron localidades enteras totalmente colectivizadas, como fue el caso de Alcolea de Cinca, Bujaraloz, Lagunarrota, Muniesa o Peñalba. **33**

Hubo pocos pueblos completamente colectivizados. A los «individualistas», que consistían mayoritariamente en pegujaleros que temían perder lo poco que tenían, se les permitía conservar tanta tierra como pudiera cultivar una familia sin necesidad de alquilar mano de obra. En zonas donde siempre había habido una tradición minifundista hubo pocos cambios. El deseo de trabajar colectivamente era mucho más intenso entre los campesinos sin tierras, especialmente en zonas menos fértiles, donde las pequeñas parcelas eran escasamente viables. **34**

Los anarquistas trataban de convencer a los campesinos de que la propiedad de la tierra daba una falsa sensación de seguridad y les explicaban que la única seguridad real radicaba en una comunidad que se ocupara de sus propios miembros proporcionando asistencia médica y protección social para enfermos y ancianos. Pero la realidad tenía poco que ver con el imaginario ácrata: individualistas desaprensivos encasquetaban a sus abuelos y parientes enfermos a la colectividad mientras los miembros saludables de la familia se quedaban con toda la producción.

En la mayoría de las colectividades anarquistas se abolió el dinero y se sustituyó por cupones para comida, vestido y calzado. «Aquí en Fraga -proclamaba cándidamente el periódico local- puedes tirar billetes de banco a la calle que nadie reparará en ello. Rockefeller: si vinieras a Fraga con todas tus cuentas bancarias no podrías comprarte ni una taza de café. El dinero, tu Dios y tu servidor, ha sido abolido y la gente es feliz.» Pero lo cierto es que no hubo forma de utilizar el trueque con las zonas vecinas hasta que el dinero en circulación disminuyó y se agudizó la carestía de alimentos.

Habitualmente se fijaba un salario familiar más próximo a una cierta forma de racionamiento que a un estipendio, ya que todo el mundo tenía igual derecho, trabajaran o estuvieran enfermos. La sanción contra el perezoso, al igual que sucedía en la industria, había de ser la opinión pública. **35** En el imaginario anarquista la gente viviría en adelante sin la angustia de morir de hambre y sin el incentivo de la mejora material. En algunas colectividades de la CNT el comité se atribuía automáticamente menos estipendio que nadie para que nunca se les pudiera acusar de aprovecharse de su posición. En muchas colectividades de la UGT también se sustituyó el dinero por cupones que se podían cambiar en las tiendas del pueblo, convertidas en centros de distribución. Médicos, barberos, carpinteros y zapateros remendones ofrecían gratuitamente sus servicios y, en compensación, eran mantenidos por la comunidad.

En muchos lugares se implantaron pequeñas empresas de manufacturas para aprovechar los recursos locales y ofrecer una mayor variedad de productos. No sólo el obrero industrial había dejado de temer la nueva tecnología, sino que también muchos campesinos supuestamente reaccionarios se apresuraron a saludar tales innovaciones. Incluso los pequeños propietarios agrícolas se animaban con frecuencia a unirse a la colectividad cuando veían las ventajas que ofrecía el trabajo en común de la tierra. Los comunistas atacaban las colectividades autogestionarias por ineficientes, pero lo cierto es que en Aragón la producción se incrementó en una quinta parte. **36** También es verdad que decayó en Cataluña, donde aún predominaba la pequeña propiedad representada por la poderosa Unió de Rabassaires, que absorbió a la federación de cooperativas para crear la Federació de Sindicats Agrícoles de Catalunya, a la que debían afiliarse todos los campesinos por decreto de la Generalitat. «Los anarcosindicalistas tuvieron pérdida desde el principio [en Cataluña] la batalla rural.» **37**

Los únicos sistemas alternativos a las colectividades libres para suministrar alimentos a la zona republicana eran o bien colectividades estatales o el reparto de la tierra en pequeñas parcelas. Los equivalentes más cercanos a las colectividades estatales eran las granjas organizadas por los municipios. En la provincia de Jaén, por ejemplo, donde la CNT era casi inexistente y la UGT débil, los ayuntamientos se apropiaron de la tierra y organizaron el cultivo. Borkenau dice que en Andújar el Ayuntamiento «empleó a los mismos braceros que empleaban los antiguos propietarios en las mismas fincas por las mismas interminables horas de trabajo y por los mismos salarios de hambre... Como nada había cambiado en sus condiciones de vida, nada cambiaba en sus actitudes. Ya que eran contratados más o menos como antes y por los mismos salarios, empezaron a luchar contra la nueva administración de las fincas como habían hecho con la anterior». **38**

El «reparto», esto es, la división de las tierras confiscadas entre las familias campesinas, era bien recibido por los campesinos acomodados porque veían incrementarse el tamaño de sus propiedades. También gustaba a ciertos labradores sin tierra que creían que la única seguridad contra la miseria era poseer su propia finca. Sin embargo, en muchos casos se organizaron unidades totalmente antieconómicas. La pequeña propiedad, el minifundio, no era viable en España excepto los Pirineos, Galicia y en los ricos valles del cinturón costero mediterráneo.

Los anarquistas estaban en contra del reparto porque creían que «la tierra bajo control privado crea siempre una mentalidad burguesa, calculadora y egoísta, que queremos desarraigar para siempre», pero si prescindimos de la ideología, la cooperativa autogestionada era casi con toda seguridad la mejor solución para el problema del suministro de alimentos. No sólo la producción no colectivizada era más baja, sino que además los «individualistas» sacaban a relucir los peores rasgos del pequeño propietario, malicioso y desconfiado. Cuando había escasez de alimentos, los acaparaban y creaban un floreciente mercado negro que, además de interrumpir los suministros, iba minando la moral en la zona republicana. El gobernador civil de Cuenca, comunista, tuvo que admitir que los pequeños propietarios que predominaban en su provincia atesoraban su grano mientras las ciudades se morían de hambre.

Otra crítica que se ha hecho a las colectividades agrarias fue su incapacidad de entregar alimentos al frente en cantidades regulares y a intervalos constantes. Claro está que hubo muchos casos de ineficiencia, pero en conjunto la acusación no es justa si tenemos en cuenta el factor transporte, ya que todos los camiones fueron requisados. Cuando llegaba un medio de transporte, los campesinos lo abarrotaban porque no sabían cuándo llegaría el próximo. Gran parte de la culpa la tuvieron los propios milicianos anarquistas, que deberían haber organizado las cosas de una forma completamente distinta y haber avisado a las colectividades, con tiempo, sobre sus necesidades. El ejército y las Brigadas Internacionales también iban a sufrir las consecuencias de una mala intendencia, con frecuencia a una escala mucho peor.

El gobierno central estaba alarmado por lo que ocurría en Aragón, donde las columnas de milicianos anarquistas ejercían un poder absoluto en una zona predominante de simpatías libertarias. A finales de septiembre, los delegados de las colectividades aragonesas acudieron a una conferencia en Bujaraloz, cerca de donde tenía su cuartel general la columna Durruti, y decidieron establecer un Consejo de Defensa de Aragón, para el que eligieron como presidente a Joaquín Ascaso, primo hermano del jefe anarquista muerto en el asalto al cuartel de Atarazanas.

A principios de aquel verano el gobierno central había tratado infructuosamente de restablecer su control en Valencia mediante una delegación encabezada por Martínez Barrio.

El Comité Ejecutivo Popular, formado sobre todo por miembros de la CNT y la UGT, sencillamente la ignoró. Se hizo oídos sordos a las admoniciones comunistas pidiendo disciplina y obediencia al Gobierno. Aun así, los comunistas se aprovecharon de las condiciones locales en su tarea de reclutamiento de nuevos miembros. El campo rico (la huerta) estaba dividido en minifundios de campesinos extremadamente conservadores, a quienes se unieron muchos cultivadores de agrios en su resistencia a la colectivización.

No hará falta insistir en que el gobierno Giral, en Madrid, no compartía en nada el entusiasmo anarquista por las colectividades autogestionadas. Ni tampoco le gustaba la fragmentación del poder central que se producía con el establecimiento de comités locales. Sus ministros liberales creían en un gobierno centralizado y en una democracia convencional basada en la propiedad privada. Pensaban, junto con el ala prietista de los socialistas y el Partido Comunista, que sólo la disciplina y la organización podían prevalecer contra el enemigo. Por encima de todo, les consternaba haber perdido el control de la base industrial de Cataluña. Pero, tras el fracaso de Martínez Barrio en Valencia, poco podía hacer el gobierno Giral excepto tratar de guardar las apariencias y confiar en que su constante control de los suministros y el crédito forzara, en el futuro próximo, algunas renunciaciones graduales de las organizaciones revolucionarias como primer paso para incorporarlas al Estado.

11. El ejército de África y las milicias populares

Hacia principios de agosto el alcance del levantamiento estaba claro. Tanto la zona nacional como la republicana se organizaban para enfrentarse en lo que más parecía una guerra entre dos naciones distintas que un golpe de estado y la correspondiente resistencia al mismo. Los generales rebeldes necesitaban obtener urgentemente rápidas conquistas de territorio para demostrar a españoles y extranjeros que su triunfo final era seguro. Al no haber conseguido que el golpe de estado triunfara en seguida, necesitaban el reconocimiento internacional, los créditos y el material que una guerra requiere. El ejército de África, mandado por el general Franco, iba a ser el que hiciera la mayor contribución a esa necesaria impresión de que los sublevados iban a alzarse con el triunfo.

Aunque las fuerzas que mandaba Mola no desempeñaban un papel tan decisivo, el «Director» envió rápidamente tres columnas desde Pamplona compuestas casi por entero de requetés, aunque con alguna presencia de falangistas y voluntarios. La primera, apenas un regimiento, salió en dirección a Madrid, una segunda fuerza se dirigió hacia Zaragoza para reforzar la guarnición sublevada, y una tercera, mucho mayor, fue enviada a la costa vasca.

La primera columna de 1.000 hombres al mando del coronel García Escámez, que había salido hacia la capital el 19 de julio, se encontró con que Guadalajara ya había sido tomada por obreros armados procedentes de Madrid. García Escámez intentó entonces una nueva línea de aproximación, girando al norte y a la izquierda y bajando por la carretera de Burgos para cruzar la sierra de Guadarrama por el puerto de Somosierra. Sus fuerzas se encontraron con los milicianos madrileños dirigidos por el capitán Francisco Galán en la cima donde, hacía más de un siglo y cuarto, los lanceros polacos de Napoleón habían abierto la ruta hacia la capital con una carga suicida contra la artillería. Tras varios días de combate, las fuerzas de García Escámez tomaron el puerto, pero, aunque consolidaron su posición, tuvieron que detenerse allí porque apenas les quedaban municiones. Otra fuerza nacional al mando del coronel Serrador, procedente de Valladolid, a la que se unieron algunos guardias civiles y parte de un regimiento de Transmisiones que había huido de El Pardo,¹ consiguió hacerse con el otro paso hacia Madrid, el del Alto del León, pero también sufría escasez de municiones.

Sorprende que Mola, el arquitecto de la conspiración, no hubiera acumulado reservas de munición en Burgos o en Pamplona durante los meses anteriores. Esas dificultades sólo se superaron cuando Franco le envió grandes suministros alemanes vía Portugal con la ayuda del régimen de Salazar (los nacionales se referían a Lisboa como «el puerto de Castilla»), o por medio del carguero *Monteállo*, que consiguió llegar a Vigo; pero cuando se recibieron las municiones, los milicianos habían conseguido ya una cierta organización y habían consolidado un frente. **2**

La mayor fuerza de Mola, compuesta por 3.500 efectivos, se dirigió desde Pamplona hacia el norte. El plan consistía en avanzar a través de los montes del norte de Navarra hacia la costa para aislar a los vascos de la frontera francesa y después hacerse con San Sebastián. El 11 de agosto la columna a las órdenes del comandante Beorlegui, a quien se unió García Valiño, huido de la zona republicana, trazó una cuña entre San Sebastián e Irún. Seis días más tarde, el acorazado *España*, el crucero *Almirante Cervera* y el destructor *Vélasco* llegaron para bombardear la antigua capital de verano de la Monarquía. El gobernador militar republicano amenazó con fusilar a los rehenes de derechas si se infligían graves daños a la población civil, pero los nacionales ignoraron la amenaza y procedieron al bombardeo, no sólo desde los buques de guerra, sino también utilizando los Junker 52 tanto sobre San Sebastián como sobre Irún.

La defensa de Irún demostró que obreros sin instrucción militar podían combatir valientemente y con eficacia contra ataques frontales realizados con armas modernas con tal

de que ocuparan una posición defensiva bien escogida y pertrechada. La CNT había contribuido decisivamente a la derrota de la rebelión en la provincia de Guipúzcoa; junto a los asturianos, los nacionalistas vascos y los voluntarios comunistas franceses dirigidos por André Marty (que más tarde sería el organizador de las Brigadas Internacionales), sumaron una fuerza total de 3.000 hombres. Las fuerzas de Beorlegui eran numéricamente inferiores, pero disponían de toda la artillería que Mola había podido conseguir, de tanques ligeros alemanes y de los Junker 52. Además, Franco le envió una bandera del Tercio compuesta por unos 700 legionarios y una batería de 155 mm.

En la cumbre de Puntza, al sur de Irún, se produjeron feroces combates cuerpo a cuerpo y las posiciones fueron perdidas y reconquistadas varias veces en el transcurso de una semana. Los milicianos de la CNT combatieron con increíble coraje y defendieron hasta el fin el convento de San Marcial con la ayuda de un grupo de dinamiteros asturianos. Durante el asalto final, terminadas las municiones, lanzaron piedras contra los requetés que trataban de ocupar sus posiciones. Cuando el último de los milicianos se retiró (algunos tuvieron que huir a nado por el Bidasoa en dirección a Francia), Irún, que había sido incendiado por los milicianos, no era más que un montón de ruinas humeantes. La batalla se perdió, en parte, porque no pudieron llegar a Irún seis camiones cargados de municiones, retenidos en Hendaya, porque la frontera se cerró el 8 de agosto. Sin embargo, los campesinos franceses trataron de ayudar a los defensores de Irún haciéndoles señales sobre las posiciones que ocupaba la artillería de Beoriegui. Éste, herido de una esquirla de ametralladora en una pantorrilla, siguió en combate negándose a que le atendieran los sanitarios y, final, murió de gangrena.

Los anarquistas de San Sebastián, que ya estaban furiosos por la idea de apoyo de los nacionalistas vascos, no daban crédito a sus oídos cuando se enteraron de que el gobernador estaba negociando con el enemigo la rendición de la ciudad. Se comprenden sus sospechas por las traiciones de que habían sido objeto durante las primeras semanas de la lucha, pero, a pesar de su conservadurismo, el PNV no tenía la más mínima intención de cambiar de bando.

De hecho, Telesforo Monzón se dirigió en seguida a Barcelona en busca de armamento y municiones. Lamentablemente no consiguió más que un millar de fusiles y seis piezas de artillería, aunque durante los días siguientes el dirigente del sindicato de pescadores de la CNT, Miguel González Inestal, se entrevistó en Barcelona con García Oliver, Abad de Santillán y el presidente Companys, quienes le ayudaron a conseguir armas y organizar un tren que salió para Hendaya, donde también fue retenido por las autoridades francesas.³ Sin embargo, es cierto que el PNV se oponía frontalmente a la política de tierra quemada de los anarquistas, que había conducido al incendio de Irún durante la retirada, y ahora pretendía proteger San Sebastián a toda costa. Tras un enfrentamiento con los anarquistas, el PNV se salió con la suya y la ciudad fue abandonada a los nacionales el 14 de septiembre,⁴ lo que significaba que la zona republicana del norte estaba ahora firmemente rodeada. En efecto, el coronel De los Arcos, sustituto de Beorlegui, consiguió hacerse con toda la provincia de Guipúzcoa, a excepción de Éibar y Elgueta.⁵

La acción militar más importante de aquel verano fue, sin embargo, la campaña que llevó a cabo el ejército de África en el suroeste. Como ya hemos visto, su paso a la Península se consiguió fundamentalmente gracias a las ayudas de la aviación alemana e italiana, por lo que no es sorprendente que la propaganda republicana se lanzara a denunciar la intervención extranjera en un estadio tan vital de la contienda, aunque sus vehementes protestas encubrían dos verdades incómodas. En primer lugar, la flota leal dirigida por los comités de marineros o carecía de capacidad para la acción ofensiva o no se atrevía a ella (hay pocas dudas de que los acorazados alemanes *Deutschland* y *Admiral Scheer* que vigilaban los

convoyes nacionales a través del Estrecho tenían órdenes de evitar cualquier conflicto abierto), pero, en cualquier caso, «los barcos republicanos no supieron cumplir con su deber».6 En segundo lugar, el popurrí de oficiales regulares, milicias obreras urbanas y milicias campesinas no fue capaz de lanzar ningún contraataque eficaz en el vital sector suroriental antes de que llegaran las tropas coloniales. Así pues, no debe exagerarse la importancia militar del puente aéreo llevado a cabo por los Savoia y los Tunker 52, aunque es bien cierto que la llegada de 1.500 hombres entre el 28 de julio y el 5 de agosto tuvo una enorme influencia tanto sobre la moral de los nacionales como sobre los cálculos que hacían los observadores internacionales sobre quién iba a vencer. Durante los dos primeros meses de la guerra, y antes de que los nacionales consiguieran controlar totalmente el estrecho de Gibraltar, fueron transportados a la Península en aeroplano unos 12.000 efectivos entre regulares y legionarios del ejército de África.

El día 6 de agosto, el propio Franco cruzó a la Península dejando al general Orgaz al frente del Protectorado. Estableció su cuartel general en Sevilla, donde decidió dividir sus fuerzas de forma que pudiera controlar Andalucía y, al mismo tiempo, dirigirse rápidamente hacia Madrid, siguiendo al pie de la letra el plan de la conspiración: desde la base de Sevilla avanzar por la línea Mérida-Trujillo-Navalmoral y Talavera para caer sobre la capital de España.7

La columna principal del ejército de África, al mando del teniente coronel Yagüe, se dirigió hacia el noroeste, en paralelo a la frontera portuguesa, con la intención de girar más tarde al nordeste en dirección a Madrid. Yagüe demostró que era el más agresivo de todos los jefes nacionales. Sus cualidades ponían de relieve, desde diversos puntos de vista, el contraste entre el dinámico ejército de África y el apático ejército peninsular. Los oficiales coloniales siempre han sido menos señoritos y más profesionales que los de la metrópoli, pero en España esta diferencia era aún más pronunciada que en los ejércitos franceses o británico. Sin embargo, Franco, supuesto arquetipo de africanista, era sumamente convencional en comparación con su impetuoso subordinado.

Una fuerza mucho menor, compuesta por unos 400 regulares, se ocupó de controlar el sur de Andalucía, bajo el mando del coronel Varela, instructor secreto del requeté antes del levantamiento y que había sido liberado de la prisión de Cádiz el 19 de julio. Las primeras tropas coloniales procedentes de Sevilla capturaron Huelva antes de retirarse para aplastar lo que quedaba de resistencia en el sur, hacia Cádiz y Algeciras. Luego, durante la segunda semana de agosto, las fuerzas de Varela se dirigieron hacia el este para socorrer a las tropas nacionales de Granada que se hallaban en situación comprometida. Seguidamente se aprestaron a atacar Málaga y la franja costera que se abre tras la sierra, pero como Córdoba se hallaba amenazada por una fuerza republicana de 3.000 hombres mandados por el general Miaja, Varela cambió rápidamente de planes y el 20 de agosto se dirigió a aquella ciudad para socorrer a la pequeña fuerza que tenía allí el coronel Cascajo. Una vez que el frente de Córdoba quedó estabilizado en la primera semana de septiembre (apenas si cambiaría durante el resto de la guerra), Varela se dirigió al sur para conquistar Ronda, cosa que hizo el 18 de septiembre.

El general José Miaja, comandante republicano del frente sur y después de Madrid durante el asedio, era uno de esos altos oficiales que probablemente se mantuvo leal más por la fuerza de las circunstancias que por convicción propia. «¿Era leal Miaja? ¿Podía serlo algún general? ... Se llegó a afirmar que era, como la totalidad de los generales, afiliado de la organización militar monárquica y adversario manifiesto de la República por cuya ruina trabajaba», escribió Julián Zugazagoitia.8 Las fuerzas de Miaja estaban compuestas por tropas regulares leales, milicianos de Madrid y voluntarios locales. Era de esperar que tropas sin

instrucción fueran un desastre en las maniobras convencionales, pero lo que no cabe en la imaginación es la inutilidad y la indolencia de los oficiales regulares. Franz Borkenau visitó el cuartel general del frente de Córdoba el 5 de septiembre, durante un intenso fuego que ponía en gran aprieto a las fuerzas republicanas. «El estado mayor ... estaba almorzando, charlando, contando chistes verdes, sin preocuparse para nada de su deber, sin tratar siquiera de establecer contacto con la primera línea durante muchas horas. Hasta a los heridos se ignoraba.»⁹

Mientras tanto, en el eje norte del avance, las fuerzas de Yagüe se dispusieron en cinco columnas de unos 1.500 hombres cada una, con legionarios y regulares montados en camiones requisados y acompañados de artillería de 75 mm. Les daban apoyo aviones Savoia-Marchetti 81, pilotados por italianos, y Junker 52 operados por personal de la Luftwaffe. El ritmo de avance de Yagüe hacia Extremadura sólo se vio superado por el de los blindados alemanes en 1940. Su táctica era sencilla y eficaz. Lanzaba a las fuerzas montadas en camiones a toda velocidad por la calle principal de un pueblo hasta que encontraban resistencia. (Yagüe no se protegía de emboscadas en campo abierto porque intuía que lo que querían los lugareños era defender sus casas y para ello necesitaban la sensación de seguridad que les daban los muros.) Los nacionales, provistos de megáfonos facilitados por los alemanes, llamaban a la rendición. Todas las puertas y ventanas debían estar abiertas y en todas las casas debían colgar banderas blancas. Si no se producían réplicas, o disparos, las tropas bajaban de los camiones y avanzaban en un movimiento de tenaza.

La concentración de defensores proporcionaba blancos ideales para tropas profesionales provistas de artillería y apoyadas por bombarderos. Si los republicanos se hubieran dispuesto en grupos móviles, habrían infligido mayores bajas al enemigo y retrasado el avance de los nacionales con mayor eficacia. En cualquier caso, una vez era capturado un pueblo, se llevaba a cabo la correspondiente matanza, totalmente indiscriminada, «en represalia» por los asesinatos de los «rojos», como ya hemos visto antes.

El ataque de los nacionales ponía de relieve la vulnerabilidad psicológica de las milicias obreras. En la lucha callejera, armados de valor colectivo, eran valientes hasta un grado temerario, pero en terreno abierto, los bombardeos y los cañonazos les superaban, en buena parte porque se negaban a abrir trincheras (con la excepción de Irún). «Los españoles son demasiado orgullosos para cavar en el suelo», le dijo más tarde Largo Caballero al funcionario comunista Antonio Mije.¹⁰

Muchas de las bombas que lanzaban los aviones nacionales eran, en realidad, prácticamente inservibles, pero los aparatos estaban pilotados por profesionales que sabían cómo causar el máximo terror a campesinos que apenas conocían la tecnología moderna. Además, como no sabían organizar adecuadamente una posición defensiva, los milicianos se desesperaban al pensar cómo podrían enfrentarse solos a las terroríficas gomas de los moros. Los movimientos de tenaza con que les sorprendían provocaban que salieran de estampida, presas del pánico. El caos era aún mayor cuando la población de una villa, que trataba de huir de las tropas coloniales, atestaba los caminos con sus carros y sus mulos. A veces incluso se apoderaban de los camiones de las milicias. Pero el terrorismo de los nacionales provocaba también que, cuando los campesinos creían que sus familias estaban a salvo, tomaran sus escopetas o fusiles abandonados y regresaran para morir defendiendo su pueblo.

El 10 de agosto las columnas de Yagüe habían avanzado más de 300 km hasta Mérida. El comandante Castejón la sometió a un intenso cañoneo doblado por las bombas lanzadas por dos Junker 52. Pero, justo al sur de la ciudad, en el puente romano sobre el Guadiana, las fuerzas que mandaba Asensio se encontraron con una dura oposición, especialmente fuerte en la Alcazaba, que no consiguieron vencer hasta bien entrada la noche. La irrupción en la

ciudad de los moros y los legionarios, a bombazo limpio, fue apocalíptica.**11** Al día siguiente, el grueso de los milicianos de Mérida, con la ayuda de un fuerte destacamento de guardias de Asalto y civiles llegados desde Madrid, contraatacaron. Yagüe dejó parte de sus tropas para hacerles frente y se dirigió con el resto hacia Badajoz vía Talavera la Real. Franco insistió en esta división del eje de avance principal. Así, además de impedir que quedara un potente foco enemigo tras sus líneas, Franco quería demostrar que había puesto en contacto a las partes septentrional y meridional de la zona nacional.

Badajoz estaba defendida por no más de 2.000 milicianos escasamente armados y por unos 500 soldados regulares al mando del coronel Puigdengolas.**12** Además habían tenido que enfrentarse a los guardias civiles que se habían declarado favorables a la rebelión poco antes de la llegada de Yagüe. El 14 de agosto sus tropas tomaron posiciones a las afueras de las murallas. A las cuatro y media Yagüe envió un radiotelegrama a Franco pidiendo cobertura aérea y a las cinco y treinta y cinco comenzó el ataque a la ciudad rodeándola para ocupar sus entradas, la Puerta Pilar, la Puerta de Palmas, la Puerta Trinidad y la Puerta de Carros, mientras la aviación nacional bombardeaba el interior urbano. Por fin, y tras una extraño confusiónismo del que participó el propio Yagüe,**13** legionarios y moros penetraron en la ciudad y comenzó la matanza. Las casas fueron limpiadas de enemigos con granadas y a punta de bayoneta, sin distinción entre combatientes y civiles. Luego siguieron las atrocidades que ya hemos descrito antes.

Un oficial explicó que el botín que se obtuvo, incluidas las propiedades de los simpatizantes de los nacionales, era «el impuesto de Cierra que pagaban por su salvación». Los propios oficiales se ocupaban de hacer llegar el botín que conseguían los regulares a sus familias en Marruecos, porque servía para atraer a nuevos reclutas. Los legionarios, en cambio, no se cargaban con la pesada impedimenta que arrastraban los moros; se limitaban a examinar las bocas de los muertos y arrancarles las piezas de oro con la culata de sus mosquetones.

El 2 de septiembre Yagüe alcanzó el valle del Tajo, que dejó a su izquierda, para dirigirse a Madrid. Había ordenado a las fuerzas de Asensio y Castejón que avanzaran hacia Naval Moral de la Mata por las altas lomas que se alzan hacia el sur del río. Allí fueron atacadas por una escuadrilla aérea internacional organizada por el escritor francés André Malraux, antes de toparse con una tropa de 8.000 milicianos al mando del general Riquelme. Sin embargo, el rápido despliegue de las tropas coloniales en una maniobra envolvente hizo retirarse a las fuerzas republicanas desordenadamente. Los movimientos tácticos de los moros, que aprovechaban cualquier saliente del terreno, sorprendían y aterrorizaban a los inexpertos milicianos de ciudad. Algunos grupos independientes, sin embargo, atacaron y hostigaron a las tropas coloniales al estilo de las guerrillas. Esa táctica ofrecía probablemente una mejor oportunidad de detener al enemigo que la estática defensa practicada por Riquelme.

Yagüe se dirigió hacia Talavera de la Reina, la ciudad más importante antes de llegar a Madrid, sin retener el impetuoso avance que había desmoralizado seriamente a los 10.000 milicianos que le aguardaban allí. Parecía como si el ejército de África fuera invencible. Una vez más, un movimiento de flanco apoyado por aire y por la artillería rué suficiente para provocar la retirada de los republicanos. Sólo los mas arrojados resistieron hasta el fin. Al atardecer del 3 de septiembre la carretera de Madrid estaba llena de armas abandonadas. La capital se encontraba tan sólo a 100 km de distancia.

En cuatro semanas Yagüe había avanzado casi 500 km. Fue una maniobra que, aun teniendo en cuenta la experiencia y el adiestramiento de sus tropas, hizo que el operativo vasco de Mola quedara en segundo plano. El siguiente movimiento del ejército de África aún es motivo de especulación hoy en día. Franco no forzó la marcha hacia Madrid para aprovechar el ímpetu del ataque antes de que hubiera podido organizarse una defensa

adecuada de la capital. En vez de ello, hizo girar las tropas hacia Toledo para acudir en auxilio de los sitiados en el Alcázar. Como Yagüe protestó, enfadado, contra esta decisión, Franco le sustituyó por Várela tras haber capturado éste Ronda el 18 de septiembre.**14**

Como siempre se ha dicho, Franco era ambicioso y tenía visión política. La defensa del Alcázar se había convertido en el eje de la propaganda de los nacionales, que elevaron su resistencia a alturas casi míticas.**15** Franco entonces era poco más que *unprimus inter pares*, y supo ver con claridad meridiana que si se convertía en «el salvador del Alcázar» su liderazgo como jefe del Movimiento sería indiscutible. Se ha dicho que Franco también podía haber conseguido ese liderazgo con la toma de Madrid, pero si lo intentaba entonces corría el riesgo de fracasar, y eso no se lo podía permitir. Una cosa era derrotar a milicianos novatos en campo abierto y otra muy distinta tomar una gran ciudad y acabar con sus defensores. Franco era demasiado astuto como para aceptar un riesgo innecesario antes de que su liderazgo se consolidara oficialmente.

Además, aunque a quienes le estaban dispensando las ayudas materiales y financieras que necesitaba no les conviniera que el largo golpe de estado se convirtiera en guerra abierta, a él sí, porque el tiempo jugaba en su favor para llevar a cabo la cuidadosa limpieza de «enemigos de la patria» que se había propuesto. El general italiano Mario Roatta contó que Queipo de Llano le había dicho que convenía llevar a cabo las operaciones militares con toda lentitud, en una especie de «*macchia d'olio*, con el fin de ocupar y pacificar, pueblo por pueblo, toda la zona».**16** Franco, por otra parte, no creía que las capacidades bélicas de los milicianos de Madrid, ni su armamento, fueran a mejorar en un futuro inmediato, y, por lo tanto, pensaba que bien podía aguardar unos días hasta que llegasen los refuerzos. A fin de cuentas, era Mola quien había presumido de que, en pocos días, tomaría el café en la Gran Vía, no él. Pero Franco se equivocaba al subestimar la capacidad de resistencia de Madrid.

Los milicianos que habían puesto sitio al Alcázar de Toledo no supieron valorar ni la rapidez del avance de Yagüe ni la resistencia de los defensores de la fortaleza. En las barricadas que rodeaban el edificio de la Academia de Infantería el ambiente era relajado y los asaltantes desperdiciaban grandes cantidades de munición disparando inútilmente contra los gruesos muros del Alcázar. Pasó bastante tiempo antes de que los sitiadores dispusieran de artillería y, cuando recibieron una pieza de 175 mm, lo único que consiguieron con ella fue desconchar la superestructura del edificio. El Alcázar era como un iceberg, ya que el bastión más importante se hallaba como sumergido en la roca. El escenario acabó siendo un poco buñuelesco, con milicianos tocados con sombreros de paja, tumbados en colchones tras las barricadas e intercambiando insultos con los guardias civiles que defendían el Alcázar. Dos veces al día tenía lugar un alto el fuego tácito para que un mendigo ciego pudiera seguir su camino por la cañe del Carmen, entre las líneas de fuego.

El error psicológico más grave que iban a cometer los asaltantes republicanos sería el intento de utilizar al hijo mayor del coronel Moscardó, Luis, como rehén. Dice la epopeya franquista que en la mañana del 23 de julio un feroz jefe miliciano (en realidad Cándido Cabello, abogado del Tribunal de Toledo) llamó por teléfono al Alcázar amenazando con matar allí mismo a Luis Moscardó si no se rendían. El coronel Moscardó rechazó la amenaza y, siempre según la versión de los nacionales, los «rojos» fusilaron en el acto a Luis, confortado al teléfono por su padre, que le animó a morir como un valiente.

Este relato, y todas sus infinitas variantes, ha sido desmontado y reconstruido por la mayoría de los historiadores de la guerra civil.**17** Luis Moscardó no murió sino un mes más tarde, en represalia por una incursión aérea de los nacionales sobre Toledo que provocó numerosas víctimas civiles. Hasta un historiador tan franquista como Ricardo de la Cierva admite que el hijo del coronel Moscardó fue fusilado el 23 de agosto.**18** El truculento

dramatismo de la fábula sirvió, sin embargo, para ocultar el hecho de que fue Moscardó quien, al empezar asedio, tomó rehenes entre la población de Toledo, incluidos mujeres y niños, sin permitir que salieran del edificio a pesar de las ofertas que el Gobierno, del coronel Rojo nunca más se supo.

La leyenda del Alcázar se convirtió en el símbolo más emotivo del Movimiento nacional. A los defensores, convencidos de que Luis Moscardó había sido ejecutado inmediatamente, ni se les podía pasar por la cabeza la opción de rendirse después de aquel heroico sacrificio. El relato pasó a desempeñar el papel de una gran lección moral que los verdaderos españoles, embarcados en una cruzada contra el ateísmo, habían dado a los enemigos de la patria, precisamente en la santa tierra de Toledo, crisol del catolicismo español, donde los izquierdistas habían asesinado a más de cien sacerdotes. El sacrificio del coronel Moscardó llegó a compararse, en un arrebató místico, con Abraham e Isaac, incluso con Dios y Cristo, aunque los paralelos más frecuentes se hicieron con Felipe II entregando a su hijo para que fuese ejecutado por la Inquisición y con Guzmán el Bueno arrojando a los moros que asediaban Tarifa su propio cuchillo para que degollaran a su hijo antes que rendir la plaza del rey. Los jóvenes cadetes de la Academia fueron ensalzados por la prensa nacional y por sus simpatizantes del extranjero con una vehemencia tal que se creó el mito de «los cadetes del Alcázar», que nada tuvieron que envidiar a «los niños héroes» de Chapultepec. En realidad no había allí más que unos nueve, porque casi todos, como era habitual en aquellas fechas, estaban de vacaciones. La verdad, más prosaica, es que la defensa del Alcázar corrió a cargo de los guardias civiles dirigidos por el teniente coronel Romero Bassart, verdadero cerebro de la resistencia a las fuerzas republicanas asaltantes. **19**

Cuando llegó el mes de septiembre, la rápida aproximación del ejército de África hizo que los sitiadores se dieran cuenta de la gravedad de su situación. Colocaron entonces minas bajo la fortaleza horadando la roca e hicieron volar una esquina del Alcázar ante los representantes de la prensa mundial. Lo único que consiguieron, aparte de dar un espectáculo contraproducente por la presencia de mujeres y niños, fue que los escombros resultantes de la explosión se convirtieron en una barrera formidable que aún ayudó más a la defensa de los sitiados. Hacia finales de septiembre llegó Várela con las fuerzas de socorro. Algunos milicianos les hicieron frente con gran coraje pero la mayoría se retiró hacia Aranjuez. Várela ignoró a tal punto la promesa de Moscardó de respetar la vida a los milicianos que se rindieran que las calles de Toledo parecían ríos de sangre. El ejército de África limpió sin piedad los focos de resistencia, muchos milicianos se suicidaron antes de ser capturados y los doscientos que se encontraban, heridos, en el hospital de San Juan Bautista, fueron asesinados con granadas y bayonetas. **20** Las tropas nacionales condujeron al cementerio a una veintena de mujeres embarazadas que se hallaban en la casa de Maternidad y las fusilaron contra las tapias. **21**

Moscardó, demacrado pero erguido, lleno de polvo su uniforme, se cuadró ante Várela y le dijo: «Sin novedad en el Alcázar», cosa que repitió con el general Franco ante los periodistas al día siguiente, 29 de septiembre, brindándole, así, una proyección internacional. «En la España nacional [Franco] se convirtió en el salvador de los héroes sitiados. Su placer no debió de ser poco al verse emulando a los grandes héroes guerreros de la España medieval.» **22**

En estos dos primeros meses de la contienda, los nacionales, especialmente el ejército de África, habían demostrado su capacidad ofensiva, en tanto que las fuerzas republicanas, constituidas básicamente por las milicias obreras, carecían del adiestramiento y de la cohesión necesarios para llevar a cabo operaciones efectivas contra tropas bien organizadas. Disponían, además, de poquísimas armas y municiones. Uno de los primeros asesores

soviéticos informó a Moscú de que en agosto y a primeros de septiembre de 1936, había un fusil por cada tres hombres y una ametralladora por cada 150 o 200 hombres.

En Oviedo, ganado para la causa nacional por la traición de Aranda, proseguía el sitio a pesar de los ingeniosos y valientes ataques de los dinamiteros asturianos que conducían camiones someramente blindados y que, con improvisados lanzallamas, consiguieron abrir una brecha, pero fueron rechazados en seguida. Desde Galicia llegaba, a toda prisa, socorro para los sitiados a las órdenes del coronel Martín Alonso.

En el sur, a unos 30 km de Andújar, un destacamento de guardias civiles y falangistas compuesto por unos 1.200 efectivos se había hecho fuerte en el santuario de la Virgen de la Cabeza.²³ Los republicanos, que, al principio, contemporizaron con la situación porque no revestía gran peligro, al final no tuvieron más remedio que acabar con la bolsa de resistencia. El asedio al santuario, planeado y dirigido por el coronel Antonio Cordón, fue, en muchos aspectos, un remedo del Alcázar de Toledo. El comandante de la Guardia Civil, Nofuentes, oficial de mayor graduación en el Cabezo, quiso rendirse, pero el capitán Cortés lo impidió. Los republicanos recurrieron entonces, primero, a la persuasión y a la propaganda: se dirigieron a los sitiados por altavoz, pidiendo que desistieran, Miguel Hernández, José Herrera Petere, Pedro Garfias, Constanza de la Mora y el corresponsal del *Chicago Daily Tribune* Richard Mowrer, entre otros.

Cortés se negó a la rendición. Las fuerzas republicanas, que eran escasas, no contaban con más de dos o tres cañones para el asedio, así que recurrieron a la misma estrategia que se había utilizado en el asalto al cuartel de la Montaña, de Madrid: disparaban los cañones y los cambiaban constantemente de posición para hacer creer a los sitiados que tenían ante sí toda una batería. Durante el asalto, un solo avión republicano hizo una sola pasada del todo inocua, pero los pilotos nacionales se las ingeniaron para arrojar a los suyos suministros frágiles atándolos a pavos que descendían batiendo sus alas, con lo que, además de hacer las veces de paracaídas, se convertían en alimento.

Sin embargo, a medida que pasaban los días las penosas condiciones de hacinamiento de los sitiados y, al final, la desmoralización del mismo capitán Cortés, hicieron que se fuera produciendo un goteo de desertiones. Finalmente, y tras una frustrada mediación de la Cruz Roja Internacional, el primero de mayo de 1937, dos brigadas republicanas se lanzaron al asalto del Cabezo. Los sitiados enarbolaron bandera blanca y se pudo proceder a la evacuación de mujeres y niños, heridos y enfermos (entre ellos el propio capitán Cortés), que dirigió el capitán Rey Pastor, sobrino de uno de los mayores matemáticos que ha dado España. Los rebeldes sufrieron unas veinte bajas y los republicanos cerca de cien. Tras ser intervenido quirúrgicamente, el capitán Cortés murió en el hospital de Andújar.²⁴

Aunque la epopeya franquista concedió a la defensa del santuario de la Virgen de la Cabeza un lugar importante, aquello no fue nada comparado con la leyenda del Alcázar. Era congruente: Franco ya había conseguido la gloria con la «gesta» del Alcázar y su caudillaje estaba más que asegurado; no había ninguna necesidad de glorificar demasiado una acción en la que él no había participado.

El recurso a los milicianos era la única respuesta posible contra la rebelión de los generales, dado que pocas unidades regulares del ejército estaban en condiciones de luchar. Tanto los anarquistas, como el POUM y los socialistas de izquierda, Largo Caballero incluido, veían en las milicias una virtud en lugar de una necesidad. Creían a pies juntillas que la moral y la motivación de los trabajadores eran más que suficientes para derrotar a un enemigo compuesto por mercenarios del ejército de África o por hermanos proletarios que desertarían a la primera ocasión. No llegaban a comprender el extremo celo católico y el profundo

conservadurismo de los pequeños propietarios agrícolas de Galicia, Castilla la Vieja y Navarra, que serían las mejores tropas de los nacionales tras los profesionales del ejército de África.

Por el contrario, el gobierno de Madrid, los oficiales regulares, los políticos centristas y, sobre todo, los comunistas abogaban por levantar un ejército convencional como único medio de enfrentarse a los rebeldes con posibilidades de éxito. Los comunistas sabían que podían infiltrarse en un mando centralizado y llegar a controlarlo, de ahí sus llamamientos a la «disciplina, jerarquía, organización». Los socialistas de izquierda desconfiaban profundamente de semejantes planes de militarización, los calificaban de «contrarrevolucionarios» y los veían como una táctica del Gobierno para recuperar el control del movimiento obrero. Aunque a los anarquistas aún les gustaban menos, porque para ellos un ejército regular -«la organización del crimen colectivo»- representaba la peor cara del Estado. **25**

Todos los partidos disponían de milicias (había milicianos de Izquierda Republicana, de Esquerra, del POUM), pero el grueso de las Berzas procedía de los dos sindicatos, la CNT y la UGT. Un miliciano ganaba diez pesetas al día, que le pagaba, en primera instancia, su organización local, y si no, el Gobierno. Diez pesetas diarias eran el equivalente del salario de un obrero especializado y el pago a los milinos se convirtió en una enorme carga para una economía desfalleciente. El uniforme de los milicianos consistía en un mono azul, pañuelo rojinegro o rojo al cuello, e iban tocados con una boina o, las más de las veces, con un gorro que ostentaba la divisa de su partido. El armamento y el equipo variaban mucho: tras seis meses de guerra algunos milicianos utilizaban todavía sus escopetas de caza. El mantenimiento de las armas era desastroso. No había ni un solo fusil sin óxido, casi ninguno estaba limpio y, mucho menos, engrasado. Las pocas ametralladoras de que disponían los milicianos eran viejas, carecían de piezas de repuesto y había tal variedad de calibres que algunas unidades necesitaban dieciséis tipos diferentes de munición. Morteros y granadas, cuando los había, eran muchas veces más mortíferos para quien los operaba que para el enemigo, de modo que se preferían los proyectiles caseros de dinamita en latas de tomate.

Con todo, lo peor del sistema de milicias era la falta de disciplina. En los días iniciales del enfrentamiento con la rebelión militar, parece que hubo destacamentos enteros que abandonaron el frente a su antojo para pasar el fin de semana en Barcelona o Madrid. Todos se burlaban del centinela que se mantuviera despierto. Se derrochaba la munición disparando inútilmente contra los aviones rebeldes cuando éstos volaban muy alto y se perdían posiciones porque nadie quería cavar trincheras. Los actos de indisciplina eran más frecuentes entre los grupos compuestos por obreros industriales que procedían de un ambiente laboral sujeto a limitaciones y controles. Aquellos que estaban habituados a una vida independiente, como era el caso de labradores y artesanos, tenían, en general, mucha más capacidad de disciplina. «La disciplina era casi un delito», fue la triste conclusión de Abad de Santillán. **26**

Mucho se ha dicho y escrito sobre el sistema de elección de los jefes milicianos y sobre el hecho de que, dentro de las milicias, se mantuvieran las agrupaciones políticas, aunque esto no fue nunca un inconveniente grave. El verdadero problema sobrevino durante el caos de las primeras semanas, cuando el fervor revolucionario hacía reaccionar de inmediato a los milicianos ante cualquier actitud que pudiera recordar ni remotamente el autoritarismo. Sin embargo, el propio Bakunin había escrito que «en el momento de la acción, los papeles se reparten de forma natural según la capacidad de cada uno, valorada y juzgada por la opinión general: unos mandan y dirigen y otros obedecen las órdenes». Tuvieron que pasar bastantes meses antes de que las milicias anarquistas aceptaran que las cosas debían ser así.

La elección de los oficiales y el juicio de quienes faltaban a la disciplina por tribunales de milicianos eran tenidos por los anarquistas como principios fundamentales. Cada decuria,

compuesta por diez hombres, elegía a su propio cabo; cada centuria, compuesta por cien hombres, elegía a su propio delegado. Las columnas de milicias variaban mucho en el número de sus centurias. La columna Durruti llegó a contar con 6.000 hombres, mientras que otras estaban compuestas por unos pocos centenares. Muchas columnas contaban con un oficial regular que actuaba como «asesor» del jefe de la columna, pero a menos que se supiera de su lealtad a ciencia cierta, todo el mundo desconfiaba de él. Había, desde luego, en el ejército un cierto número de oficiales muy radicalizados, como, por ejemplo, el coronel Romero Bassart (hermano del guardia civil que llevó el peso de la defensa del Alcázar de Toledo), que se había opuesto al levantamiento en Larache, había conseguido huir de Marruecos y que más tarde sería asesor militar de la CNT, o el estrambótico coronel Mangada, que fue tenido por un héroe en los primeros días de la guerra cuando su columna avanzó en dirección a Ávila y rechazó, en una confusa escaramuza, a las fuerzas nacionales procedentes de Salamanca que mandaba el terrible comandante Doval, y donde murió Onésimo Redondo. Pero, en términos generales, los milicianos desconfiaban profundamente de los oficiales del ejército, porque muchos de ellos se habían declarado al principio leales al Gobierno para traicionarlo luego. No es improbable que, al principio, se fusilara por error a auténticos partidarios de la República, y, desde luego, en varias ocasiones, ante reveses sufridos por las milicias, se escogió como cabezas de turco a oficiales regulares auténticamente leales.

En Cataluña, donde mejor se organizó el sistema de milicias, el teniente coronel de las fuerzas aéreas Díaz Sandino fue nombrado consejero de Guerra de la Generalitat cuando el anarquista Juan García se hizo cargo de la organización de la milicia popular. Su primer tarea fue desarrollar programas de instrucción en la retaguardia, los voluntarios de las milicias fueron equipados en los cuarteles edralbes, llamados ahora cuarteles Miguel Bakunin, donde García Oliver había instalado la Escuela Popular de Guerra. Allí mismo se dio alojamiento a los anarquistas extranjeros que llegaban de toda Europa y de América Latina para luchar en la Columna Internacional, entre ellos muchos italianos, incluido el profesor de filosofía Gamillo Berneri, que sería asesinado durante los «hechos de mayo» de 1937, así como también Cario Roselli, quien organizó la columna de liberales y anarquistas Giustizia e Liberta, y que sería asesinado en Francia el mes de junio del año siguiente por agentes de Mussolini. Un grupo de norteamericanos integró la centuria Sacco y Vanzetti y un destacamento de alemanes formó la Erich Muhsam, en memoria del poeta anarquista asesinado dos años antes por la Gestapo. También el POUM utilizó esos cuarteles para sus columnas de milicianos, que incluían voluntarios extranjeros, entre ellos el más famoso de todos, George Orwell, quien nos ha dejado un relato desolador de las penurias de los milicianos:

Lo que llamaban «instrucción» consistía sencillamente en ejercicios de parada que se llevaban a cabo del modo más anticuado y estúpido: derecha, izquierda, media vuelta ... y todas las tonterías inútiles que yo había aprendido cuando tenía quince años ... A aquella masa de milicianos que habían de ser enviados al cabo de pocos días a la línea de fuego, ni siquiera se les enseñaba a disparar un fusil o a tirar de la anilla de una bomba de mano. Entonces no comprendí que todo se debía a una razón muy simple: no había armas disponibles. En las milicias del POUM la escasez de fusiles era tal que las tropas de refresco enviadas al frente tenían que armarse con los fusiles de los soldados que iban a relevar. Sospecho que en todo el cuartel Lenin no había más fusiles que los de los centinelas.**27**

Los comunistas del PSUC, dirigidos por Comorera, se encontraban en una posición difícil: la política comunista requería un ejército regular, no milicias, pero, al mismo tiempo, no podían dejar de colaborar con el gobierno catalán.

En aquellos momentos la operación de más envergadura realizada en el este de España fue la invasión de las Baleares por los milicianos catalanes. Ibiza y Formentera fueron tomadas fácilmente y el 16 de agosto 8.000 hombres, apoyados por el acorazado *Jaime I*, dos destructores, desembarcaron en Mallorca bajo el mando del capitán de infantería (luego oficial de la fuerza aérea) Alberto Bayo, quien con el tiempo llegaría a ser instructor de las guerrillas de Fidel Castro.

En Barcelona el golpe ha fracasado gracias a la unión de los sindicalistas, las fuerzas de seguridad y la Guardia Civil. *Arriba*: una barricada construida con adoquines levantados de la calle. Obsérvese el fusil con que apunta un joven, pero también las escopetas de caza. Milicianos y carabineros desfilan, triunfantes, por la calle Ampie, el 19 de julio. La propaganda «nacional» afirmó que la fotografía retrataba a gentes que acababan de saquear los comercios. En el frente de Aragón, a mediados de agosto, el dirigente anarquista Buenaventura Durruti es el hombre mítico. En la fotografía charla, desde su «Hispano Suiza» con las siglas de la CNT, con un campesino de Bujaraloz. El frente de Aragón se caracterizó durante muchos meses por su tranquilidad. En la fotografía, un miliciano vestido y calzado de forma característica, lee *ABC* (el de Madrid, claro), pero no descuida su fusil.

Los invasores establecieron una cabeza de puente sin obtener resistencia y luego se detuvieron. Para cuando la milicia contó con artillería y apoyo aéreo e incluso naval, ya los nacionales habían organizado un contraataque. Llegaron modernos aviones italianos que castigaron y bombardearon a las fuerzas invasoras virtualmente sin oposición. La retirada y el reembarque, ordenado por el nuevo ministro de Marina Indalecio Prieto, se convirtió en una derrota aplastante y la isla siguió siendo una base naval y aérea de vital importancia para los nacionales durante toda la guerra.

El frente de Aragón se había estancado después de que los refuerzos carlistas llegaran a Zaragoza. La única excepción fue un ataque sobre Huesca coordinado por el coronel Villalba, quien el 21 de octubre exigió la rendición de la ciudad, tras casi sitiársela con más de 13.000 efectivos de las distintas columnas de milicianos, con el apoyo de algunas baterías de artillería y autocamiones blindados. Pero Huesca, defendida por unos 6.000 hombres, no se rindió y allí se detuvo el frente. La ciudad quedó rodeada, pero con una vía de escape que permitió el paso de los trenes y, por tanto, la llegada de refuerzos de los nacionales.**28**

En Madrid, el Partido Comunista disponía ya de unas bases sobre las que edificar. En efecto, las Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas (MAOC) proporcionaron los cuadros iniciales para el 5.º Regimiento. El primer objetivo de los comunistas fue que sus hombres tuvieran el aspecto de soldados disciplinados y se comportaran como tales. Se constituyeron «compañías de acero»**29** (que luego imitarían otros partidos) que hacían ostentosos desfiles militares por las calles de Madrid, causando un efecto considerable. El solo hecho de marcar el paso ya ofrecía un gran contraste con las milicias. La mentalidad que se impuso al 5.º Regimiento ha sido perfectamente descrita por Vittorio Vidali (el famoso «comandante Carlos»): «Decidíais crear una compañía especial que debía constituir un ejemplo de Disciplina. La llamamos la "Compañía de Acero" ... Para esta comparación establecimos consignas especiales encaminadas a crear una unidad férrea: "No abandones jamás a un camarada herido o muerto en manos del enemigo", o "si un camarada avanza o retrocede sin órdenes, tengo derecho a disparar contra él"».**30** El adiestramiento de las Brigadas Internacionales iba a seguir un modelo similar en el que la instrucción, la disciplina y el adoctrinamiento político ocuparían la mayor parte de su tiempo antes de ser enviadas al frente. El manual del partido decía que un soldado solamente lucharía bien si sabía

perfectamente por qué estaba combatiendo. Este adoctrinamiento era cosa de los comisarios políticos y el 5.º Regimiento fue el primero que los introdujo a través de Vittorio Vidali. Oficialmente estaban allí para calibrar la lealtad del comandante regular, pero, en realidad, eran los agentes del Partido Comunista encargados de asegurar el control del ejército republicano que habría de formarse si se llegaba a una guerra convencional. La tarea de estos «capellanes laicos» se define así en el *Libro de la XV Brigada Internacional*.

Los comisarios son parte integrante del ejército. Su función consiste en dotar a su unidad del más alto espíritu de disciplina y lealtad a la causa republicana ... El comisario explica a los reclutas que la victoria depende de llevar a cabo, sin hacerse preguntas, cualquier orden que puedan recibir del mando militar ... El comisario es un educador en el más amplio sentido de la palabra ... La labor del comisario alcanza hasta los más pequeños detalles que puedan contribuir al bienestar material y a la comodidad de los hombres ... El comisario nunca olvida que los intereses de los soldados y los civiles son los mismos. En todo momento el comisario predica con su ejemplo a los voluntarios ... «El primero en avanzar y el último en retirarse» es la divisa de los comisarios.**31**

El primer jefe del 5.º Regimiento fue Enrique Castro Delgado, asistido por asesores comunistas extranjeros. La campaña de reclutamiento del partido llamada «Frente Común», dirigida por Dolores Ibárruri, atrajo a muchos antifascistas que admiraban la apariencia profesional del 5.º Regimiento: «Debe reconocerse al Partido Comunista el mérito de haber dado el ejemplo al aceptar la disciplina. Al obrar así no sólo aumentó enormemente su prestigio, sino también su número. Innumerables hombres que deseaban alistarse y luchar por su patria se adhirieron al Partido Comunista».**32** Alrededor del 25 por 100 de los nuevos reclutas eran socialistas y un 15 por 100 aproximadamente republicanos de izquierda. Más tarde descubrirían que los ascensos eran prácticamente imposibles para quien no perteneciera al partido, ya que el 5.º Regimiento actuaba sobre todo como cantera para los futuros oficiales comunistas que habrían de dirigir un ejército convencional. El Partido Comunista afirmaba que contaba en sus filas con 60.000 efectivos, pero lo más probable es que no superara los 30.000. Entre ellos se encontraba Juan Modesto, un ex cabo de la Legión, y Enrique Lister, instruido en Moscú: ambos habrían de convertirse en comandantes míticos durante la guerra.

La mayor parte de los oficiales regulares preferían también colaborar con los comunistas porque el sistema de milicias les horrorizaba. En términos generales estos oficiales leales a la República eran los miembros más antiguos y más burocratizados del ejército metropolitano, ya que los elementos más jóvenes y agresivos estaban con la rebelión. En cuanto a la tropa, sólo los soldados coloniales contaban con alguna experiencia, mientras que el reemplazo de la Península apenas si había llegado a hacer algunas maniobras. Es decir, que los oficiales republicanos poco tenían que ofrecer más allá de algunas teorías estratégicas, aprendidas de segunda mano, que se remontaban a la primera guerra mundial. Junto con los comunistas y el Gobierno, que querían tener a todas las fuerzas controladas en una estructura central, sostenían que las milicias debían adaptarse a un modelo ortodoxo. Con el tiempo así sería, porque no era posible resistir al enemigo durante mucho tiempo sin introducir cambios de importancia, ya que los teóricos del sistema de milicias eran incapaces de ofrecer cualquier estrategia alternativa. El Gobierno y sus aliados tenían aún otro motivo para propugnar la creación de una organización militar regular: si los gobiernos extranjeros habían de tomarles en serio, la República debía aparecer claramente como un Estado convencional en posesión de un ejército convencional.

12. Armas y diplomáticos

El fracaso del golpe militar de los rebeldes, emparejado con el fracaso del Gobierno y los sindicatos en aplastarlo, significaba que España tenía que enfrentarse a una larga y sangrienta guerra civil. La necesidad de armas para esta dilatada contienda obligó a las dos partes a buscar ayuda en el exterior. Y eso supuso dar el paso crucial en la internacionalización de la guerra civil española, ya que la victoria o la derrota iban a depender sobremanera de cómo reaccionaran las principales potencias extranjeras.

De las tres grandes potencias mundiales, los británicos habían de desempeñar el papel más importante en la crisis. Estados Unidos, fiel a su política de aislamiento, no tenía en aquellos momentos ningún interés en contraer compromisos internacionales. Francia estaba muy alarmada ante el rearme que Hitler estaba llevando a cabo y, aunque había firmado un pacto con la Unión Soviética, contaba, sobre todo, con la ayuda de Gran Bretaña si tenía que defenderse de un ataque alemán, de modo que, cuando el 19 de julio el presidente del Gobierno español, José Giral, envió un telegrama a su homólogo francés, León Blum, en el que reconocía el peligro del pronunciamiento militar e invocaba fraternalmente la ayuda de la República francesa, solicitando armas y aviones para defenderse de los golpistas, lo que hicieron los gobernantes franceses fue mirar hacia Gran Bretaña.

La coalición de centro-izquierda de León Blum no llevaba más de seis semanas al frente del gobierno francés, pero la reacción inmediata del presidente del Consejo fue ayudar a la República. En principio, respondió favorablemente a la petición de 20 bombarderos Potez, 8 ametralladoras Hotchkiss, 8 cañones Schneider de 155 mm, fusiles Lebel, granadas y cartuchos.¹ Sin embargo, las cosas no eran tan sencillas: en las calles de París militantes de izquierda y grupos fascistas como la Croix-de-Feu se batían con una violencia tal que, aunque fuese incomparable con la que había sacudido España en la primavera, había provocado la alarma y la irritación entre los militares franceses. Los generales Gamelin, Duval y Jouart, así como el «Comité des forges» expresaron en seguida su abierta simpatía por los rebeldes.² El escritor católico Francois Mauriac se apresuró a publicar en *Le Figaro* un artículo contra la intervención francesa en el que amenazaba abiertamente al gobierno Blum: «Tened cuidado. Nunca os perdonaríamos este crimen».³ En aquel clima de confrontación, la más mínima referencia a que Francia pudiera implicarse en el conflicto español del lado de la República podía desencadenar una tormenta. «Por un lado está la multitud que corea *Cañones /para España, aviones /para España* y que en el Velodrome d’Hiver aclama a *Pasionaria*. Por el otro, convergen los pacifismos tradicionales y el “neopacifismo” que afirma que la crítica a Hitler y a Mussolini es una amenaza para la paz».⁴

En este ambiente, la República española se vio traicionada, además, por la defección de su embajador en París, Juan Cárdenas, quien, junto al agregado militar Antonio Barroso, bloqueó la transacción entre los gobiernos, se apresuró a filtrar la petición de ayuda a la prensa de derechas francesa y la comunicó al embajador de Francia en Londres, Charles Corbin, entusiasta defensor de la alianza francobritánica.⁵

Ante la traición de sus funcionarios, el gobierno de la República recurrió a Fernando de los Ríos, quien se hallaba de vacaciones en Ginebra, visitando a Pablo de Azcárate, para que se hiciese cargo momentáneamente de la embajada de París y cerrara la transacción. Sin embargo, Fernando de los Ríos no podía firmar ningún contrato oficial porque carecía de rango diplomático reconocido ante Francia, no tenía de fondos y, además, no tenía ni idea de aviones ni armamento. La noche del 24 de julio, Fernando de los Ríos se reunió con Fierre Cot, Édouard Daladier, Yvon Delbos y el propio Blum para estudiar la posibilidad de que la ayuda francesa se hiciese al amparo de una cláusula del acuerdo comercial de 1935 que permitía a España comprar material de guerra francés por valor de 20 millones de francos. Los franceses

dieron su aprobación y se estudió la forma de enviar discretamente los aviones para que la prensa de derechas (*L'Action française, Paris-Soir, Jesuispartouto Candidé*), que había estado tronando contra la ayuda a España, no se les echara encima.**6**

Otra de las formas de ayudar a la República era, obviamente, impedir que a los generales rebeldes les llegaran ayudas exteriores, pero el Foreign Office británico sostuvo que, para conseguirlo, lo que había que hacer, precisamente, era no enviar armas a la República porque, de hacerlo, Hitler y Mussolini redoblarían sus esfuerzos y se volcarían en ayudar a los nacionales. Anthony Edén, ministro de Asuntos Exteriores británico, venía a coincidir con la opinión de Salvador de Madariaga, ex representante de la República en la Sociedad de Naciones, en que, sin la intervención de otras potencias extranjeras, la situación de los dos contendientes era tan pareja que ninguno podía ganar la guerra. Siguiendo estos razonamientos, el gobierno francés dedujo que lo mejor que podía hacer a favor de la República era impedir que llegara armamento a cualquiera de las dos zonas.

Las últimas esperanzas de que el gobierno legal de la República no recibiera el mismo trato que los militares sublevados, se disiparon definitivamente el día 25 de julio, cuando el presidente de la República francesa, Lebrun, convocó un Consejo de ministros extraordinario para evaluar el impacto social de la campaña de prensa derechista contra la ayuda a la República española y se decidió rechazar la petición oficial del gobierno republicano español consintiendo, sin embargo, en la venta de algunos aviones desarmados a través de sociedades privadas o de terceros países, como, por ejemplo, México.**7**

En consecuencia, el día 2 de agosto, los franceses propusieron formalmente que se aceptara el principio de «no intervención» por parte de los gobiernos de París, Londres y Roma para extenderlo después resto de naciones que pudieran estar implicadas, de un modo u otro, en los asuntos de España.**8** Gran Bretaña, que había sido desde el principio la verdadera instigadora de la política de no intervención, maniobró hábilmente para que la propuesta formal procediera de Francia. Como dijo Edén: «El gobierno francés ha actuado con gran lealtad hacia nosotros».**9**

Entre el 3 y el 4 de agosto, Francia sondeó a Italia y Alemania sobre sus intenciones de participar en el proyecto de no intervención. Las potencias fascistas respondieron negativamente para ganar tiempo mientras aceleraban el envío de armamento a los generales rebeldes. Londres, sin embargo, aún temeroso de que el gobierno de León Blum cediese ante las manifestaciones que se hacían en las calles de París a favor de la República, dio instrucciones a su embajador en Francia sir George Clerk para que no dejase de presionar al Quai d'Orsay haciéndole ver que quien controlaba realmente los mecanismos del poder en España eran «los elementos anarquistas más radicales»**10** y alertase del peligro que corría Francia en caso de intervención, sin ocultar en ningún momento que sus simpatías personales estaban con los rebeldes, a quienes consideraba como los únicos capaces de derrotar la anarquía y la influencia soviética.**11** Exigió a Delbos que, en tanto no se produjera el acuerdo de no intervención, se interrumpieran también todas las transacciones privadas con España.

Los «buenos oficios» de Clerk y, sobre todo, el responsable pragmatismo de León Blum ante el temor a las graves complicaciones internacionales en que podía sumir a su país, dieron lugar a que el 8 de agosto se reuniera el Consejo de ministros para prohibir totalmente la exportación de material militar con destino a España, incluidos los aviones civiles. Decretaba, además, el cierre de la frontera con España al tráfico de mercancías prohibidas. Cuando se tomó esta decisión oficial, ninguna de las grandes potencias había respondido aún formalmente a la propuesta de no intervención, pero italianos y alemanes intensificaron su ayuda -contra lo que Edén decía creer- en hombres y material de guerra a los rebeldes.**12**

Cuatro días después del Consejo de ministros francés el *chargé d'affaires* en Londres recomendó la constitución inmediata de un comité internacional de control para supervisar el acuerdo y seguir puntualmente los acontecimientos. Edén, sin embargo, anunció que Gran Bretaña aplicaría el embargo de armas sin esperar a lo que decidieran otras potencias, lo que en realidad significaba que el gobierno legítimo de España, reconocido internacionalmente, se quedaba sin ayuda de las democracias principales, mientras el Foreign Office hacía la vista gorda ante el armamento que les llegaba a los rebeldes, negándose a aceptar las pruebas de la intervención alemana e italiana. Por si fuera poco, el gobierno británico advirtió, además, a la oposición laborista de que cualquier expresión de simpatía hacia el gobierno de la República española iba en aquellos momentos contra los intereses de Gran Bretaña y sería considerada, en consecuencia, como antipatriótica.

La política de apaciguamiento frente a Hitler no fue una invención de Neville Chamberlain. Sus raíces están en el pánico al bolchevismo. La huelga general de 1926, que duró diez días, fue inocua, pero constituyó un episodio real de lucha de clases, y el terrible ciclo de declive industrial, desempleo rampante y resentimiento social que se extendió por Gran Bretaña hizo que los políticos conservadores se asustaran ante la posibilidad de que estallase una verdadera revolución. La derecha experimentaba entonces sentimientos encontrados hacia los regímenes alemán e italiano que, a fin de cuentas, habían aplastado a los comunistas y a los socialistas en sus propios países. Además, gran parte del electorado era fuertemente antimilitarista después de lo ocurrido en la primera guerra mundial y abrigaba ciertos sentimientos de culpa por la excesiva humillación que los aliados habían infligido a los alemanes en el tratado de Versalles.**13** Por otra parte, los británicos en general estaban muy poco informados de lo que ocurría en el extranjero. Como diría sir Ivonne Kirkpatrick, embajador de Gran Bretaña en Berlín, «el país no podía tener una visión clara de la situación internacional porque el gobierno no había hecho nada para tenerlo informado».**14**

Cuando empezó el conflicto en España, Edén tuvo que hacer frente a la situación en solitario. El primer ministro, Stanley Baldwin, además de estar enfermo por aquel entonces, dedicaba todo su tiempo a los problemas que planteaba la abdicación del rey Eduardo VIII, por lo que dejó enteramente en manos de Edén la política internacional no sin antes decirle con relación a España: «De ningún modo, con independencia de lo que haga Francia o cualquier otro país, debe usted meternos en una lucha al lado de los rusos».**15** Edén, por otra parte, no era un observador imparcial del conflicto español: sentía admiración por el fascista confeso Calvo Sotelo, que había sido asesinado por los «rojos», y le horrorizaban los asesinatos que se producían en la zona republicana, de los que estaba puntualmente informado. El 29 de julio el cónsul general de Gran Bretaña en Barcelona, Norman King, había enviado al Foreign Office el despacho siguiente: «Si el gobierno triunfa y aplasta la rebelión militar, España se precipitará en el caos de alguna forma de bolchevismo».**16** Asimismo, el embajador de España, Julio López Olivan, le había asegurado que aunque fracasara el golpe de estado, al final el gobierno de Madrid se vería desbordado por los comunistas.**17**

El embajador del Reino Unido en España, sir Henry Chilton, era un admirador entusiasta de los nacionales que prefería permanecer en Hendaya antes que regresar a Madrid, esperando a que los alemanes enviaran los hombres suficientes para que por fin terminase la guerra. El gobierno británico también estaba informado a través de los oficiales de la Royal Navy, que eran simpatizantes de los rebeldes. La base naval de Gibraltar estaba atestada de refugiados partidarios de los nacionales entrevistados continuamente por un enjambre de periodistas ávidos de obtener información «de primera mano» sobre las atrocidades de los republicanos. Aunque más tarde sus informaciones quedaran empequeñecidas por las noticias que llegaban sobre las atrocidades de los nacionales, Winston Churchill no dudó en condenar sin paliativos

a la República, en octubre: «Las repugnantes carnicerías nocturnas han apartado al gobierno de Madrid de la senda de las potencias civilizadas». **18** La afirmación que había hecho Franco a mediados de julio de que estaba dispuesto a fusilar a media España no había hecho en él la más mínima mella.

Luis Bolín, el nuevo jefe de prensa de Franco, había orquestado, ya antes del levantamiento, una discreta pero eficaz campaña antirrepublicana en Londres como corresponsal del *ABC*. Se jactaba, con razón, de haber «desarrollado un grado de influencia nada despreciable en los círculos convenientes». Su aliado más importante era el duque de Alba, también duque de Berwick, el duque de Alba, con su entusiasmo por las instituciones inglesas, representaba el cliché del español señorial. Sus reposadas conversaciones en el club White eran infinitamente más influyentes en la política del gobierno británico que las manifestaciones de las masas en las calles a favor de la República. Nadie en este ambiente, tenía cuajo para decir una sola palabra a favor del gobierno republicano.

Hasta 1937 Edén no alcanzó a tener conciencia clara del peligro que suponían Hitler y Mussolini, y hasta 1938 no se atrevió a alzar su voz contra la política de apaciguamiento. Que entonces reconociera que aquélla no había hecho más que dar alas a las ambiciones del Eje no le exime de su responsabilidad en 1936. Era una hipocresía total encogerse de hombros diciendo que los españoles no iban a agradecer la ayuda que recibieran, cuando el gobierno británico no actuaba imparcialmente pero quería seguir siendo reconocido como «el policía internacional». Lo cierto es que durante la primera parte de la guerra civil española, Edén prefería claramente una victoria «fascista» a una victoria «comunista». Paradójicamente, su negativa a facilitar armas a la República favoreció a la larga a los comunistas y debilitó a las fuerzas del centro y de la izquierda no comunista.

La única circunstancia que hubiera podido influir en la política exterior británica habría sido una amenaza directa a sus intereses tradicionales, como, por ejemplo, la ruta de la India. La amenaza de una ocupación permanente de Mallorca y la ruptura por parte de Mussolini del *Gentlemerís Agreement fas*, lo único que hizo a Edén reconsiderar su posición el 7 de enero de 1937. «El carácter del futuro gobierno de España es ahora menos importante para la paz de Europa que la victoria de los dictadores en ese país. La amplitud y el carácter de la intervención que ahora practican Alemania e Italia han dejado claro ante el mundo que el objetivo de esas potencias es conseguir la victoria del general Franco, represente o no la voluntad del pueblo español.» Pese a ese nuevo análisis de la situación, no se produjo alteración alguna en la política de «no intervención».

Mientras tanto, las acciones de la Royal Navy no tenían nada que ver con la actitud de una potencia no intervencionista. No sólo se faltaron las comunicaciones de los rebeldes a través de Gibraltar (los ingleses pusieron a disposición de Kindelán una línea telefónica para hablar con Lisboa, Roma y Berlín), sino que se envió al acorazado *Queen Elizabeth* a la bahía de Algeciras para impedir que la flota republicana bombardeara el puerto. **19**

Al tiempo que el gobierno republicano apelaba a Francia para conseguir ayuda militar, los nacionales se dirigían a sus aliados naturales, Alemania e Italia. Tras dejar a Franco en Tetuán el 19 de julio, Bolín voló a Lisboa. Allí, justo antes de su mortal accidente aéreo, Sanjurjo ratificó con su firma la carta que enviaba Franco para adquirir aviones y suministros con destino al «ejército español no marxista». Luego Bolín se dirigió a Roma, donde llegó el día 21. Al día siguiente se reunió con el marqués de Viana, secretario privado de Alfonso XIII, portador de una carta del monarca exiliado. Fueron recibidos por el conde Galeazzo Ciano, yerno de Mussolini y ministro de Asuntos Exteriores, quien, al decir de Bolín, les prometió en seguida toda la ayuda necesaria para poner fin a la amenaza «comunista» en el Mediterráneo. Pero la realidad es que quien tenía la última palabra era Mussolini y éste necesitaba algo más que

una carta firmada por un muerto. De hecho, lo que fue verdaderamente decisivo a la hora de conseguir la ayuda italiana fueron las conversaciones de Franco con los representantes italianos en Tánger, especialmente la presión que ejerció sobre el agregado militar y agente del SIM Giuseppe Luccardi y el cónsul general Pier Filippo de Rossi.**20** A través de Luccardi Franco envió al Duce un *exposé* sobre la situación militar del conflicto, afirmando que si recibía el material que solicitaba, el éxito del «alzamiento» estaba asegurado, «aun cuando Francia continúe con el envío de armas y munición al gobierno de Madrid».

Es posible que Mussolini viera en la petición de Franco la ocasión de hacer de España un satélite fascista de Italia, o que sintiera halagado su inmenso ego, o que supiera ya que Hitler estaba ayudando a Franco, o que estuviera informado por su *chargé d'affaires* en Moscú que Stalin era reticente a intervenir, o que le constara la simpatía que despertaban los rebeldes en Londres.**21** O quizá fuera por todo ello, pero, en cualquier caso, Mussolini tomó la decisión de ayudar a los militares sublevados.

El día 30 de julio, Mussolini envió a Franco doce bombarderos Savoia-Marchetti 81, dos trimotores de transporte modernos y un barco cargado de combustible y municiones, todo ello por un importe superior a los 14 millones de liras. De los doce Savoia 81 dotados de mecánicos, técnicos y 170.000 cartuchos que salieron de Cerdeña en dirección al aeropuerto de Nador, dos se estrenaron y un tercero tuvo que hacer un aterrizaje de emergencia en el Marruecos francés, con lo que toda la operación quedó al descubierto y el mundo entero pudo disponer de pruebas fehacientes de la intervención italiana. Los nueve aparatos que llegaron en perfecto estado se utilizaron en seguida para dar cobertura aérea al primer convoy de los nacionales que cruzó el Estrecho el 5 de agosto.

A Mussolini le convenía que venciera Franco para tener un aliado fascista en el Mediterráneo que, si además le era deudor, le ayudaría a conseguir la supremacía italiana en aquel mar sujeto al imperio del poder naval inglés. España, como aliada suya, podría controlar el Estrecho apoderándose de Gibraltar y ofreciendo bases en las Baleares, con lo que la flota británica dejaría de contar. La conquista de Abisinia había encendido aún más los sueños de Mussolini de convertir a Italia en una gran potencia, y la tarea principal que confió a Ciano fue la de conseguir que el «Imperio italiano» fuese reconocido internacionalmente. A los 12 Savoia iniciales siguió la entrega, el 7 de agosto, de 27 cazas Fiat, cinco carros de combate ligeros Fiat-Ansaldo, 40 ametralladoras y doce cañones, más gran cantidad de municiones y gasolina; el 13 de agosto hizo enviar directamente a Mallorca tres hidroaviones y el 19 seis cazas, todo ello con sus correspondientes especialistas.**22**

La propaganda republicana trató de demostrar más tarde -con ficheros del partido nazi procedentes del consulado alemán en Barcelona, incautados por los milicianos- que la intervención fascista había sido acordada de antemano y que los generales rebeldes no se habrían atrevido a dar el golpe de estado sin aquella garantía, pero, en realidad, tal garantía nunca existió. Las relaciones entre Alemania e Italia se habían hecho tensas a principios del verano de 1936 principalmente a causa de su rivalidad sobre Austria, y fue, justamente, su común ayuda a la España nacional lo que contribuyó a forjar el «eje Korna-Berlín», denominación que Mussolini utilizó por vez primera el 1 de noviembre de 1936.

El gobierno nazi era el que mejor informado estaba de la situación en España, tanto a través de sus contactos oficiosos como por medio de sus propias fuentes dentro de la comunidad empresarial alemana. Al principio del conflicto, sus diplomáticos, dirigidos por el ministro de Asuntos Exteriores, Von Neurath, se oponían a ayudar a Franco por temor a provocar una reacción británica. Pero Hitler menospreciaba la Wilhelmstrasse y no informaba a su cuerpo diplomático de las acciones que decidía emprender. Prefería trabajar con el aparato de inteligencia militar, la Abwehr, dirigido por el almirante Canaris, quien se había

entrevistado con Franco en España en alguna ocasión y con cuyos planes simpatizaba, aunque no estaba en contacto con los sublevados.

En marzo de 1936 el general Sanjurjo había visitado Berlín, en compañía del teniente coronel Beigbeder, que había sido agregado militar en la capital de Alemania desde 1926 hasta 1935. Trataba de reverdecer los lazos de cooperación militar entre Alemania y España establecidos durante la década anterior que, entre otras cosas, llevaron a la colaboración del ejército alemán en la creación de la aviación española, militar y civil (Lufthansa tuvo mucho que ver con la fundación de Iberia en 1927) y a facilitar a los generales africanistas gas mostaza que éstos usaron contra los rifeños a principios de la década de los veinte. Sin embargo, esta gestión de Sanjurjo no condujo a nada ni hay ninguna prueba de que estableciera contactos con las autoridades nazis.**23**

El 22 de julio Franco se dirigió al gobierno alemán en demanda de aviones de transporte. La petición la presentó inicialmente Beigbeder, quien mantenía una buena amistad con el general Kühnental, antiguo agregado militar en Francia, España y Portugal. Para reforzar la gestión, Franco envió a Berlín, a bordo de un avión alemán D-APOK secuestrado en Canarias, a tres emisarios: Johannes Bernhardt y Adolf Langenheim, dos hombres de negocios alemanes, miembros del partido nazi, que vivían en Marruecos y que tenían tratos comerciales con los sublevados, y al capitán Francisco Arranz Monasterio, segundo de Kindelán.

Los enviados de Franco llegaron a Berlín el 25 de julio y se entrevistaron con los encargados de la diplomacia alemana. La primera reacción de estos funcionarios, conscientes de las consecuencias de una intervención a favor de los sublevados, fue impedir el acceso de los emisarios de Franco a cualquier autoridad superior del gobierno ni a los altos miembros del partido nazi. Sin embargo, intervino un factor hasta hace poco desconocido: Langenheim había pedido a Friedhelm Burbach, jefe del departamento de la Abwehr encargado de España y del partido nazi en el Marruecos español, que acudiera a Berlín. Burbach fue quien convenció a Ernst Bohle, jefe de la Auslandsorganisation (AO), de que el asunto valía la pena y le pidió que llamara a su número dos, Alfred Hess, quien podía contactar con su hermano Rudolf, el colaborador más cercano al Führer. Así se hizo y, finalmente, Rudolf Hess llamó por teléfono para decir que Hitler recibiría a los emisarios de Franco.**24**

Adolf Hitler recibió a los enviados de Franco en Bayreuth, tras asistir a la representación del *Sigfrido*. Allí Bernhardt y Langenheim expusieron al dictador alemán la situación de España y le entregaron una carta manuscrita del general Franco en la que éste explicaba a Hitler las razones del levantamiento militar y le pedía ayuda aérea y armamentística. Tras oír que Franco era el más capaz de todos los generales españoles y escuchar el relato de sus hazañas en África y su papel en el aplastamiento de la revolución de Octubre en Asturias, el Führer decidió enviar a Franco el material solicitado -doblando los aviones de transporte- por valor de cuatro millones de marcos.**25**

Hitler encargó al mariscal Goering y al ministro de la Guerra, general Von Blomberg, que lo dispusieran todo de inmediato. A la una y media de la mañana del 26 de julio terminó la entrevista. Hitler exigió a Bernhardt y a Langenheim que todo se mantuviera en el más estricto secreto e impuso la condición de que la ayuda alemana fuese a parar íntegramente a las manos de Franco y no a ningún otro general (en detrimento, sobre todo, de Mola, quien también había tratado, infructuosamente, de obtener ayuda alemana). Goering bautizó el plan con el nombre del último acto de *Sigfrido*, operación *Feuerzauber*. Se enviaron, acto seguido, a Franco 20 Junker Ju 52, 6 cazabombarderos Heinkel 51 -los cazas reglamentarios de la Luftwaffe-, equipos de mantenimiento, veinte cañones antiaéreos de 20 mm, municiones y otros pertrechos, todo ello acompañado de aviadores, mecánicos, ingenieros, artilleros, una unidad médica e instructores.**26**

El apoyo material y técnico a los nacionales se enmascaró en una empresa creada al efecto llamada Sociedad Hispano-Marroquí de Transportes (HISMA), que habría de hacerse cargo de todo el comercio entre Alemania y la España nacional hasta el fin de la guerra civil.**27** Con posterioridad se crearía un segundo *holding*, la Rohstoffe und Waren Einkaufsgesellschaft (ROWAK), como contrapartida alemana. En el Ministerio del Aire, Goering, encantado ante la perspectiva de probar su nueva Luftwaffe, creó la Sonderstab W, un departamento especial destinado al reclutamiento de pilotos «voluntarios» y a controlar el buen funcionamiento de la ayuda alemana.**28** La verdad es que los alemanes estaban mucho más entusiasmados con la empresa que los italianos, por lo que ofrecieron las mejores máquinas y los mejores técnicos de que disponían, aunque exigieron el pago por la ayuda que ofrecían en piritas y mineral de hierro, necesarios para su industria de guerra.

La primera remesa alemana indicada por Hitler llegó a España el 1 de agosto y, en pocos días, la variedad y cantidad de material -que se enviaba directamente a Cádiz o vía Lisboa- fue haciéndose cada vez mayor, incluyendo los carros de combate Panzer Mark I, baterías antiaéreas de 20 mm y los famosos cañones de 88 mm.**29** Sin embargo, la intervención alemana no se completó totalmente hasta la creación de la Legión Cóndor, hacia mediados de noviembre, tras el fracaso de Franco ante Madrid.

Las verdaderas razones que impulsaban a Hitler a ayudar a Franco eran, también, estratégicas. Una España fascista representaría una amenaza tanto para la retaguardia de Francia como para la ruta británica hacia el canal de Suez. Tampoco se le escapaba la tentadora posibilidad de establecer bases submarinas en el Atlántico (de hecho, durante la segunda guerra mundial se utilizaron ocasionalmente los puertos españoles de Vigo, El Ferrol, Cádiz y Las Palmas de Gran Canaria)**30** para avanzar en lo que, al parecer, era su secreto objetivo final: la guerra contra Estados Unidos. Por otra parte, la guerra civil española también le servía a Hitler para distraer la atención de su estrategia en Europa central y además le ofrecía la ocasión de foguear a sus tropas y ensayar nuevos equipos y nuevas tácticas.

A los quince días de iniciada la rebelión militar ya se hizo evidente que los nacionales iban a recibir ayuda militar de Alemania e Italia y que, en cambio, la República no podía esperar armas de las democracias. Esta situación se agravaría aún más por el apoyo financiero que recibieron los nacionales, de tanta importancia como la ayuda militar si la guerra iba a ser larga. El gobierno de la República disponía, el 18 de julio de 1936, en el Banco de España, de 635 toneladas de oro fino, que equivalían a 715 millones de dólares,**31** con las que respaldaba la peseta, en tanto que los nacionales sólo podían ofrecer, como contrapartida de las divisas que necesitaban, una futura victoria. Pero Indalecio Prieto se equivocaba al decir el 8 de agosto que las reservas de oro permitirían al gobierno español una resistencia ilimitada, mientras que la capacidad financiera del enemigo era despreciable.

Los nacionales se dirigieron de inmediato en busca de apoyo económico tanto a instituciones financieras del extranjero como a sus partidarios en el interior. Los fondos principales para la conspiración procedieron, como ya sabemos, de Juan March, quien aportó 15 millones de libras esterlinas, y de la inmensa generosidad de Alfonso XIII con el movimiento nacional, al que donó 10 millones de dólares, generosidad que podía ejercer, claro está, gracias a los 85 millones de dólares que había conseguido transferir al extranjero. Buena parte de los capitales que habían salido de España durante la República, especialmente durante el primer semestre de 1936, regresaron muy pronto a zona nacional. El Movimiento pidió a los ciudadanos que entregaran todo su oro, especialmente anillos de boda, para ayudar a los gastos de guerra.

Los hombres de negocios británicos y norteamericanos iban a hacer una gran contribución a la victoria final de los nacionales, bien por medio de ayuda activa, como la que proporcionó

el magnate del petróleo Deterding, o bien boicoteando a la República, entorpeciendo su comercio con argucias legales y bloqueando créditos al sistema bancario.**32**

En 1936 el petróleo se había convertido ya en algo tanpreciado para una guerra como las municiones y, sin embargo, la Ley de Neutralidad de Estados Unidos de 1935 no recogía este cambio tecnológico, lo que permitió que Franco recibiera 3.500.000 toneladas de petróleo a crédito durante el curso de la guerra, mucho más del doble de las importaciones que consiguió la República. El presidente de la Texas Oil Company, Thorkild Rieber, era un admirador de los fascistas y al enterarse del levantamiento hizo desviar cinco petroleros *en route* con destino a CAMPSA hacia el puerto de Tenerife, en poder de los nacionales, que contaba con una gran refinería de petróleo. A mediados de agosto Rieber se entrevistó personalmente con Franco y le ofreció a crédito, y sin fijar plazo, todo el petróleo que necesitara. Por Navidad le había entregado ya 344.000 toneladas, que al final de la guerra se convertirían en 1.866.000.**33** La compañía fue multada con 22.000 dólares por las autoridades de Estados Unidos.**34** La Standard Oil, de New Jersey, era proveedora de la República, aunque en menor escala, pero también envió tres buques cisterna a los nacionales. En total, Texaco, Shell, Standard Oil de New Jersey, Socony y la Compañía Refinadora Atlántica vendieron a los nacionales carburante por valor de unos veinte millones de dólares.**35**

La duquesa de Atholl, que apoyaba a la República desde el inicio, denunció que la compañía Río Tinto Zinc ayudaba a financiar a Franco proporcionándole divisas al doble del cambio oficial.**36** Más adelante, la Ford, la Studebaker y la General Motors proporcionaron 12.000 camiones a los nacionales,**37** casi el triple de los que aportaron las potencias del Eje, y el gigante de la industria química Dupont de Nemours suministró 40.000 bombas, enviándolas vía Alemania, y burlando así la Ley de Neutralidad. En 1945 el subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores español, José Ma. Doussinague, admitió que «sin el petróleo americano, sin los camiones americanos y sin los créditos americanos nunca hubiésemos ganado la guerra».**38**

Abandonada por las potencias democráticas y por la comunidad económica internacional, la República no podía contar más que con el apoyo de México y de la Unión Soviética. En consecuencia, las denuncias que habían hecho los nacionales de que existía una «conspiración comunista internacional» consiguieron cierto crédito. Tras la muerte de Lenin, la política de Trotsky para llevar a cabo una revolución mundial se basaba en la premisa de que el comunismo ruso no podría prosperar en tanto que estuviera rodeado por un mundo capitalista hostil. La política opuesta de Stalin de «socialismo en un solo país», que triunfó en 1927, consistía en concentrarse primero en construir el poder de la Unión Soviética y sólo explotar oportunidades en el exterior si respondían a los intereses soviéticos. Los comunistas chinos por ejemplo, fueron sacrificados al Kuomintang de Chiang KaiShek por intereses soviéticos y Stalin se ganó el reconocimiento del gobierno de Estados Unidos en 1933 cuando se comprometió a no llevar a cabo ningún tipo de actividades subversivas en su país.

El presidente del Consejo, José Giral, se había dirigido también a la URSS el 25 de julio, a través del embajador soviético en París, en solicitud de armamento moderno y municiones «de todo tipo y en grandes cantidades»;**39** pero a la diplomacia soviética le preocupaban la situación internacional y las posibles consecuencias de su decisión. Eso no impidió al Kremlin, sin embargo, autorizar ayuda menos comprometida y «ordenar al NKVT que venda de inmediato todo el fueloil que necesiten los españoles, a precios reducidos y en las condiciones más favorables».**40** La petición de armas de Giral sólo obtuvo el total silencio de Moscú, cosa que desató la alarma en los círculos comunistas del extranjero. En aquella coyuntura, Stalin estaba a punto de purgar el Ejército Rojo, criatura de Trotsky, y no le convenía participar en una aventura extranjera que pudiera provocar a Hitler en momentos tan delicados para él.

Pero el exiliado Trotsky utilizó el silencio del Kremlin para acusar a Stalin de traicionar a la revolución española y ayudar a los fascistas.

Fuera o no Trotsky quien le empujó a actuar, lo cierto es que Stalin debió de advertir que el comunismo ruso perdería toda su credibilidad, y probablemente la lealtad de los partidos comunistas europeos, si no hacía nada para ayudar a la República española. Por otra parte, tenía conocimiento de que Hitler y Mussolini estaban ayudando a los facciosos, con lo que la política de no intervención propuesta por París se quedaba en un paripé. Aun así, Stalin no se decidió a intervenir hasta finales de septiembre, enviando alimentos y otras ayudas humanitarias.**41**

La ayuda inicial de Stalin fue calculadamente medida como para que la República no obtuviera una súbita ventaja sobre los golpistas, de forma que el gobierno británico -al que miraba como aliado potencial- no se inquietara ni los alemanes lo tomaran como una provocación. Antes, el 3 de agosto, habían tenido lugar en toda Rusia «manifestaciones populares» y «concentraciones de indignación espontánea», y los obreros de las fábricas habían hecho «contribuciones voluntarias» para ayudar a la República. También se enviaron a España funcionarios de la Comintern, con nombres falsos, para cuidar de que el joven Partido Comunista de España no se desmandara. En todo caso, la URSS no envió ayuda militar significativa a los republicanos españoles hasta principios de octubre (la primera remesa de material soviético salió de Crimea el 26 de septiembre y no llegó a Cartagena hasta el 4 de octubre). «Quizá eso no permitió aplastar la insurrección.»**42**

México, el otro país que ayudó a la República, no se adhirió al pacto de no intervención y, a pesar de sus limitados recursos, a primeros de septiembre el general Lázaro Cárdenas hizo enviar a los republicanos 20.000 fusiles Máuser, veinte millones de cartuchos y vituallas. Con este material mexicano se armaron las unidades de milicianos que tuvieron que enfrentarse a las columnas de regulares que avanzaban hacia Madrid.**43**

La guerra de España había dejado de ser un asunto nacional. La importancia estratégica del país, y la coincidencia de la guerra civil con los preparativos de las potencias del Eje para experimentar en Europa el nuevo armamento que secretamente habían desarrollado, hicieron que la guerra perdiera su carácter *amateur*. Un mes después del 18 de julio, Franco había recibido ya 48 aviones de combate procedentes de Italia y 41 de Alemania. La República no recibió ningún avión antes del 7 de agosto. En los días siguientes, Cot y Malraux consiguieron enviar 13 aviones de caza Dewoitine y 6 bombarderos Potez 54, desarmados, sin pilotos ni personal de mantenimiento y sin instalaciones para acoplar armas.**44** «Entre la segunda mitad de septiembre y la segunda mitad de octubre [de 1936] ... comenzó a realizarse la intervención de Francia solicitada por Madrid y por los partidos extremos del Frente Popular francés, a favor de la España roja», dice un informe dirigido al general Franco.**45**

André Malraux, el autor de *La condición humana*, supuestamente simpatizante comunista, organizó la escuadrilla «España» con pilotos mercenarios. La iniciativa de Malraux provocó las sospechas y el desdén de André Marty, quien no veía en el escritor francés más que a un «aventurero». Cuando llegaron a España, los consejeros soviéticos criticaron a Malraux por ignorar a los mandos republicanos haciendo «propuestas absurdas» y por saber «muy poco de tácticas aéreas». También censuraron a su grupo por una «total ausencia de disciplina y falta de participación en la batalla». Es verdad que los anticuados aparatos de la escuadrilla «España» tenían muy poco que hacer ante los cazas Heinkel o Fiat, pero eso no impidió a Malraux obtener pagas exorbitantes por sus contadas acciones, como informaron a Moscú los oficiales soviéticos: «[Malraux] ha reclutado por su cuenta en Francia pilotos y técnicos, y muchos de ellos han venido aquí sólo para hacer un buen dinero. Ante su insistencia, el gobierno español pagaba 50.000 francos mensuales a los pilotos, 30.000 a los observadores y

15.000 a los mecánicos. Eso se había acordado durante los días en que el Gobierno no tenía ninguna fuerza aérea, y para Malraux era fácil conseguir que pagaran lo que pedía». **46**

En aquellos días, la República, desconocedora del turbio mundo de los mercenarios y de la industria de armamentos, tuvo que sufrir las consecuencias de los estafadores. Malraux destaca no porque fuera un mitómano que proclamaba su heroísmo en el combate -tanto en España como después en la Resistencia francesa- sino porque explotó cínicamente la oportunidad de aparecer como un héroe intelectual en la leyenda de la República española.

13. Estados soberanos

Tanto los nacionales como los republicanos necesitaban exhibir una estructura de estado formal ante los gobiernos extranjeros, aunque la naturaleza autoritaria del «Movimiento nacional» exigía apremiantemente la presencia clara de un líder. Franco había tenido buen cuidado de no proponerse para el puesto hasta la liberación del Alcázar a finales de septiembre, porque, como hacía con su estrategia militar, el general no movía pieza en el tablero político hasta no estar seguro de que tenía la partida ganada.

El hecho de que Franco mandara las fuerzas de África le había dado, desde el principio del golpe, una indiscutible ventaja para acceder al mando supremo de los nacionales; ventaja que se vio incrementada porque, como acabamos de ver, fue el único de los generales rebeldes que consiguió la ayuda de la Alemania nazi. Sin embargo, Franco sabía perfectamente que para conseguir lo que ambicionaba a largo plazo tenía que sobrepasar a sus rivales en autoridad militar y moral. El general rebelde, que había instalado su cuartel general en Cáceres el 26 de agosto, ordenó a las tropas que se detuvieran a la altura de Maqueda, a 72 kilómetros de Madrid. Luego cometió «el error militar» de desviarse hacia Toledo, consciente de que, con aquel golpe de efecto, nadie se atrevería a desafiar al «Salvador del Alcázar».

La que fue primera camarilla de Franco -su hermano Nicolás, Kindelán, Orgaz, Yagüe, Millán Astray más Luis Bolín y el diplomático José Antonio Sangróniz- trabajó afanosamente para colocar a su jefe en una posición de ventaja mientras Franco se hacía querer y aparentaba no tener gran interés en el asunto. Para remachar el clavo recibió la presión de los alemanes a través de Walter Warlimont, enviado oficioso de Hitler, quien le hizo ver la necesidad que tenía Alemania (y desde luego Italia) de contar con un jefe supremo con el que tratar la asistencia militar, ya que, en caso contrario, la ayuda que le estaban prestando a él exclusivamente podía correr peligro. Por otra parte, la República había recobrado algo de nervio con el nuevo gabinete presidido por Largo Caballero y era conveniente lanzarse sobre Madrid antes de que la toma de la ciudad se hiciera más difícil.

El general Franco decidió entonces pedir que se reuniera la Junta de Defensa Nacional. El primer encuentro tuvo lugar el 21 de septiembre en el aeropuerto militar cercano a Salamanca, improvisado en los terrenos cedidos por el ganadero de reses bravas Pérez Tabernero. La reunión fue presidida por el general Cabanellas y a ella asistieron todos los miembros de la junta: Franco, obviamente, Mola, Queipo, Dávila, Saliquet, los coroneles Muntaner y Moreno Calderón, así como los generales Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, que no formaban parte de la junta.

Los militares tenían que tomar una decisión que complaciera a todas las fuerzas de la derecha que habían preparado el levantamiento contra la República, pero como Gil Robles, el jefe de la CEDA, se había autoexiliado en Portugal, José Antonio estaba preso en Alicante y Calvo Sotelo muerto, de hecho sólo había que dar satisfacción a los monárquicos y a los carlistas. Mola, Queipo y Cabanellas, teñidos en mayor o menor grado de republicanismo o de masonería, fueron descartados, de modo que el único candidato libre de estigmas era Franco, que había tenido buen cuidado de no comprometerse públicamente. En un ambiente de disimulo general, sólo se trató del asunto que interesaba a Franco al final de la reunión. El general monárquico Kindelán propuso que Franco fuera nombrado jefe supremo de los ejércitos de Tierra, Mar y Aire con el título de «Generalísimo». Mola, consciente de que el fracaso de su plan de golpe de estado le había dejado en una posición poco airosa, aceptó el nombramiento de Franco: «es más joven que yo, de más categoría, cuenta con infinidad de simpatías y es famoso en el extranjero». ¹ A Queipo de Llano no le quedó más remedio que allanarse: «¿A quién íbamos a nombrar? ... Cabanellas no podía serlo. Era republicano decidido y todo el mundo sabía que era masón. A Mola no podíamos tampoco nombrarle,

porque hubiéramos perdido la guerra ... Y yo estaba muy desprestigiado». **2** Sólo disintió Cabanellas (y le costaría caro), que quería una especie de directorio militar, pero como el Alcázar fue liberado seis días más tarde, Kindelán, creyendo que Franco restauraría a Alfonso XIII en su trono, preparó la investidura para el 28 de septiembre, cuando el «Salvador del Alcázar» regresó a Salamanca.

Nicolás Franco, que manejaba los hilos entre bastidores, organizó una guardia mixta de falangistas y requetés que aclamaron a Franco como jefe a su llegada a la ciudad. Mola se irritó y manifestó su oposición a que Franco sumara la suprema autoridad política a la militar y se ha dicho que Queipo musitó: «Franco es un hijo de puta» (los historiadores españoles escriben «canalla»), pero Kindelán y Dávila convencieron a los demás generales de que Franco fuese nombrado «jefe *del gobierno* del Estado español», *mientras dure la guerra*, que son exactamente los términos que figuran en el decreto redactado por el jurista José Yanguas Messía. **3**

El 1 de octubre de 1936, que durante casi cuarenta años sería festejado oficialmente en España como el «Día del Caudillo», Franco fue investido de sus cargos en el salón del trono de la Capitanía general de Burgos, ante los diplomáticos de Portugal, Italia y Alemania. El general Cabanellas escenificó su propia derrota y se dirigió a Franco diciéndole: «Señor Jefe del Estado Español. En nombre de la Junta de Defensa Nacional, os entrego los poderes absolutos del Estado», franco le repuso aquello de que «mi pulso no temblará...» y luego salió al balcón para recibir la aclamación de la multitud y pronunciar un muy conocido discurso, lleno de demagogia, en el que dijo lo de «ni un hogar sin lumbre ni un español sin pan». Inmediatamente la junta militar fue sustituida por una «Junta Técnica del Estado» presidida por el general Dávila, a Franco se le empezó a llamar «caudillo» y se oyeron los primeros gritos de «¡Franco!, ¡Franco!, ¡Franco!». Los diversos organismos de la Junta Técnica se repartieron por Burgos, Valladolid y Salamanca, donde el «caudillo» instaló su cuartel general con las secretarías General y de Relaciones Exteriores, así como con la de Prensa y Propaganda, que dirigía Millán Astray con la colaboración de Ernesto Giménez Caballero. El poeta y presidente de Acción Española José María Pemán se hizo cargo de la Comisión de Cultura y Enseñanza con la colaboración de Enrique Suñer, catedrático de pediatría obsesionado por la Institución Libre de Enseñanza. Ambos se aplicaron en seguida en la depuración de profesores y catedráticos:

El carácter de la depuración que hoy se persigue no es sólo punitivo, sino también preventivo. Es necesario garantizar a los españoles ... que no se volverá a tolerar a los envenenadores del alma popular, primeros y mayores responsables de todos los crímenes y destrucciones que sobrecogen al mundo y han sembrado en la mayoría de los hogares honrados de España. Los individuos que integran esas hordas revolucionarias [se refiere al Frente Popular], cuyos desmanes tanto espanto causan, son los hijos espirituales de catedráticos y profesores que, a través de instituciones como la llamada Libre de Enseñanza, forjaron a generaciones enteras ... [si las comisiones depuradoras hacen bien su trabajo] veremos amanecer la alborada jubilosa de un nuevo Siglo de Oro para gloria de la Cristiandad, de la civilización y de España. **4**

El día anterior mismo se había publicado la famosa pastoral de Pío y Deniel «Las dos ciudades», donde se empleó por primera vez con énfasis la palabra «cruzada» para referirse a la guerra de los sublevados contra la República, que tanto gustó a algunos diputados conservadores británicos. Sir Henry Page Croft declaró que Franco era «un valeroso caballero cristiano»; A. H. M. Ramsay, que Franco defendía «la causa de la cristiandad contra el

Anticristo», y el cardenal Hinsley colocó en su despacho una foto dedicada de Franco que permaneció allí hasta el fin de la segunda guerra mundial.⁵

Franco, el «Caudillo» de la «Cruzada», no iba a tolerar la más mínima oposición hasta el final de sus días. En sus discursos durante la guerra tuvo buen cuidado de seleccionar aquellas referencias que fueran compatibles con las ideologías rivales dentro del campo nacional. Afectó un profundo sentimiento religioso para atraerse a los carlistas y a la Iglesia y el eslogan falangista de «Una Patria, Un Estado, Un Caudillo» se convirtió en «Una Patria: España. Un Caudillo: Franco». Los plumíferos al servicio de Franco trazaron en seguida paralelos con la Reconquista que los falangistas interpretaron en clave de nacimiento de la nación, los carlistas y los monárquicos alfonsinos como el establecimiento de una dictadura real católica, la Iglesia como la era de la supremacía eclesiástica y los terratenientes como garantía de sus propiedades y su poder.

Además, la posición militar del Caudillo se vio aún más reforzada porque el crucero nacional *Canarias*, que acababa de salir de los astilleros en aquellos días, zarpó de El Ferrol con destino a Gibraltar y consiguió hundir al destructor *Almirante Fernández*, forzando al resto de la flota leal a buscar refugio en el puerto de Cartagena. Con ello el bloqueo del Estrecho había terminado y Franco pudo hacer pasar a la Península tropas de refresco de Marruecos sin tener que distraer aviones de los bombardeos.

En la zona republicana, el gobierno del doctor Giral, un gabinete que no fue capaz de manejar la situación ni, mucho menos, de conseguir el apoyo necesario para hacerle frente, había dimitido el 4 de septiembre. Todos los partidos políticos reconocieron que sólo había un hombre capaz de ganar la confianza de los comités revolucionarios: Largo Caballero, quien disfrutaba en aquellos momentos de una oleada de popularidad por su visita a las posiciones de los milicianos en la sierra de Guadarrama. «Largo Caballero conservaba ante las masas sus cualidades de mito; había comenzado por operar el milagro de un renacimiento difícil del entusiasmo colectivo», nos dice Zugazagoitia.⁶ Hasta Prieto, socialdemócrata de clase media, reconoció que su gran rival, el terco y, a veces, exasperante obrero estuquista, era el único sucesor adecuado de Giral. «Es un hombre capaz de echarlo a perder todo y a todos ... Y, a pesar de todo, por lo menos hoy, es el único hombre, mejor dicho, el único nombre apropiado para encabezar un nuevo gobierno.»⁷ Tanto Prieto como los comunistas deseaban mantener a toda costa la fachada liberal del Gobierno, pero Largo Caballero quería una coalición que fuera preponderantemente socialista porque tenía la sensación de que los liberales se la habían jugado durante el primer gobierno de la República, torpedeando sus medidas reformistas como ministro de Trabajo.

El nuevo gobierno fue presentado como el símbolo de la unidad ante el enemigo común, ya que reunía al centro liberal y a la izquierda revolucionaria. Se le denominó «el gobierno de la Victoria» y fue el primero en la historia de las democracias occidentales en el que participaron los comunistas. La formación del gabinete supuso dar un primer paso, muy importante, hacia la recuperación progresiva del poder de manos de los comités anarquistas locales. Ante los éxitos militares de los nacionales (Talavera e Irún estaban a punto de caer), ni siquiera los libertarios se atrevieron a disputar la partida a Largo Caballero. Sin embargo, la República estaba todavía lejos de aquel estado burgués que la propaganda comunista trataba de vender al mundo exterior. Los portavoces del partido, Dolores Ibárruri, «Pasionaria», y Jesús Hernández, insistían en que España estaba pasando por una «revolución democrática burguesa» y que a ellos les motivaba tan sólo el deseo de defender la legitimidad republicana establecida el 14 de abril de 1931.

A los comunistas españoles les disgustaba que Largo Caballero, al que hacía tan poco alababan como el «Lenin español», estuviese ahora al frente del Gobierno. El 8 de septiembre,

el PCE informó a Moscú de que «a pesar de nuestros esfuerzos, no hemos sido capaces de impedir un gobierno de Largo Caballero». Los comunistas españoles, siguiendo las órdenes de la Comintern, habían tratado de no figurar en el Gobierno, pero «todo el mundo insistió vehementemente en la participación de los comunistas en el nuevo gobierno, y fue imposible evitarlo sin crear una situación muy peligrosa. Estamos tomando las medidas necesarias para organizar el trabajo de nuestros ministros».⁸

André Marty sabía que el poder comunista no tenía por qué residir en el Consejo de ministros. Radicaba en la infiltración en el ejército y en la policía, y también en sus métodos de propaganda. «La influencia política del Partido Comunista ha superado todas las expectativas ... Sólo nuestro partido sabe lo que hay que hacer. En seguida se adoptan las consignas del partido y se reproducen en todos los periódicos ... Nuestro partido facilita cuadros para la policía ... Se ha recurrido a las mayores capacidades del ejército para crear lo que hoy es el orgullo del Ejército Popular: el 5.º Regimiento de la milicia. 15.º Regimiento, que disfruta de una gloria militar bien merecida, se compone de 20.000 combatientes. Todos los mandos del regimiento son comunistas.» El propiamente llamado camarada Checa, funcionario del partido responsable del ejército y de la policía, dio las oportunas «directrices para llevar a cabo el interrogatorio de quienes estaban bajo arresto por causa grave».⁹

El presidente Azaña, enseña del parlamentarismo liberal, se opuso a la inclusión de comunistas en el Gobierno, pero el presidente estaba cada vez más aislado y prevaleció la voluntad de Largo Caballero. En consecuencia, el gabinete quedó constituido así: Presidencia y Guerra, Francisco Largo Caballero; Estado, Julio Alvarez del Vayo; Gobernación, Ángel Galarza; Hacienda, Juan Negrín; Marina y Aire, Indalecio Prieto; Industria y Comercio, Anastasio de Gracia (todos socialistas); Justicia, Mariano Ruiz Funes (de Izquierda Republicana); Agricultura, Vicente Uribe (comunista); Instrucción Pública, Jesús Hernández (comunista); Trabajo y Sanidad, Josep Tomás i Piera (Esquerra Republicana); Comunicaciones y Marina mercante, Bernardo Giner de los Ríos (Unión Republicana); ministro sin cartera, José Giral (Izquierda Republicana).

Largo Caballero había invitado a sus viejos rivales, los anarquistas, a formar parte de la coalición de gobierno para ampliar la representación de los grupos antifascistas. Los anarquistas hicieron la contrapropuesta -que no fue aceptada- de crear un «Consejo de Defensa Nacional» con Largo Caballero como presidente, cinco miembros de la CNT, cinco de la UGT, cuatro republicanos liberales y ausencia comunista. Semejante estructura administrativa no era mucho más que un eufemismo por gobierno, pero, así, los anarquistas, que ya habían admitido tácitamente la necesidad de una coordinación centralizada y la colaboración común para hacer frente a una guerra convencional, aliviaban sus escrúpulos ideológicos. Finalmente no se llegó a un acuerdo y en este primer gobierno de Largo Caballero los anarquistas no estuvieron representados, aunque le dieron su apoyo.

La nueva administración comenzó a cambiar el nombre de los comités y, aunque muchos de los delegados originales permanecieron en sus puestos, poco a poco se fueron sometiendo al control desde arriba. En los consejos municipales fue apareciendo también una nueva forma de paridad política que, paulatinamente, fue sustituyendo a los comités locales. Con ello, los municipios dejaron de reflejar la correlación de fuerzas políticas, especialmente en Cataluña, lo que redundó en favor de los comunistas, que obtuvieron mayor representación de la que les hubiera correspondido por su fuerza numérica.

Pocos días después, el gabinete quedó completado con el nombramiento de Julio Just (Izquierda Republicana) para la cartera de Obras Públicas. Pero Prieto quería que los nacionalistas vascos también formaran parte del gobierno de Frente Popular, entre otras cosas para evitar la deriva de éstos hacia las posturas de los nacionales y para reforzar la autoridad

republicana en el norte. Las conversaciones para la entrada del PNV en el Gobierno fueron paralelas a la discusión para que se aprobara el Estatuto vasco, que estaba congelado desde 1934. Prieto ofreció a José Antonio Aguirre una cartera el mismo día que el PNV decidió la formación de un gobierno autónomo que habría de designar la representación vasca en el gobierno de Madrid. Por ello Aguirre no aceptó el nombramiento y fue sustituido por Manuel de Irujo, quien aceptó ser ministro sin cartera en el Gobierno central el día 17 de septiembre, al tiempo que comenzaba a trabajar la ponencia interministerial para la aprobación del Estatuto.**10**

En Valencia, el Comité Ejecutivo Popular, que no había hecho el menor caso de la delegación del Gobierno encabezada por Martínez Barrio, aceptó la autoridad del nuevo gabinete el 8 de septiembre. Pero los enviados de la Comintern se enfurecieron cuando un «anarquista valenciano muy popular» dijo en un mitin celebrado en Madrid el 25 de septiembre que «hay un partido que quiere monopolizar la revolución. Si ese partido sigue con su política, lo vamos a aplastar. Hay un embajador extranjero en Madrid [el soviético Marcel Rosenberg] que está interfiriendo en los asuntos españoles. Le advertimos que los asuntos españoles son sólo cosa de los españoles». André Marty vio en esta declaración un ultimátum.**11**

A finales del mismo mes, el día 26, se formó el nuevo gobierno de la Generalitat de Cataluña, encabezado por Josep Tarradellas y con representación de todas las fuerzas obreras y republicanas, incluidos los anarcosindicalistas y los comunistas del PSUC y del POUM, pero con la excepción de Estat Cántala y Unió Democrática. Entre el 24 y el 26 de septiembre, en el consejo plenario que se reunió en Barcelona las distintas federaciones comarcales y locales de la CNT-FAI aceptaron la propuesta de entrar a formar parte de un nuevo gobierno de la Generalitat. Entre el 27 de septiembre y el 1 de octubre se suprimió el Comité de Milícies Antifeixistes y sus departamentos y personal fueron integrados en la Generalitat, lo que supuso el fin de una etapa marcada por la dualidad de poderes en Cataluña. Los anarcosindicalistas se integraron en el gobierno de la Generalitat porque creyeron que así les sería más fácil consolidar el proceso revolucionario que habían puesto en marcha y porque sabían que, de no obrar así, las esperanzas de que el gobierno de Madrid dejara de bloquear los créditos y las divisas que necesitaban para comprar materias primas con destino a las colectividades eran nulas. Sin embargo, lo que aquel paso señaló fue el principio del fin del poder anarquista en Cataluña.**12**

El POUM, único apoyo de los dirigentes anarquistas en el gobierno de la Generalitat, había sido el crítico más feroz de la CNT porque ésta había renunciado a la toma del poder en Cataluña; en parte porque el Partido Obrero de Unificación Marxista abogaba por una vía autoritaria hacia la sociedad nueva pero, sobre todo, porque sus dirigentes eran mucho más sensibles que los anarquistas catalanes a las amenazas estalinistas, ya que a éstos ni se les pasaba por la cabeza imaginar que alguien pudiera oponérseles en Barcelona. Andreu Nin, el líder del POUM, había vivido lo bastante en Rusia como para saber que lo peligroso de los comunistas no estaba en el número de sus seguidores, sino en su capacidad de infiltrarse en los puestos clave, y, sin embargo, había aceptado la *Consejería de Justicia* para trabajar codo a codo con Joan Comorera, del PSUC, *conseller de Servicios Públicos*. Desde el punto de vista de los nacionalistas catalanes, la política de moderación llevada a cabo por Companys estaba empezando a dar sus frutos.

En octubre, la única organización no gubernamental de peso que mantenía el control sobre su propia área era el Consejo de Defensa de Aragón. Este organismo, controlado por la FAI y presidido por Joaquín Ascaso, se ocupaba de la producción y el consumo, regulaba los salarios, dirigía las exportaciones de aceite, frutos secos y azafrán y las importaciones de los

productos agrícolas que no se obtenían en el campo aragonés, además, claro está, de velar por el «orden revolucionario». **13** No hay que decir que al gobierno central le irritaba esta situación. Azaña había ejercido presiones para que se disolviera «el órgano de los anarquistas», que estaba, también, en el punto de mira de los comunistas y de los socialistas prietistas, que veían en aquella especificidad regional «una revolución agraria que juzgaban fuera de lugar». **14**

A finales de octubre, el comité de control del Consejo de Aragón no tuvo más remedio que hacer concesiones para sobrevivir. Se integró en él a representantes de los partidos del Frente Popular y Joaquín Ascaso realizó con éxito una visita «diplomática» a Madrid. Se acordó un reconocimiento mutuo de las partes, pero sin llegar a compromisos que pudieran perjudicar a ninguna de ellas, aunque no tardó mucho en quedar claro que el gobierno central, los comunistas y los prietistas no tenían ninguna intención de permitir que el Consejo de Aragón durara más allá de lo estrictamente necesario.

En aquellos momentos, Largo Caballero no se daba cuenta de que estaba siendo utilizado por liberales, socialdemócratas y comunistas para restablecer el poder del Estado central. Parece sorprendente, ya que estaba escarmentado por la forma en que se le había llevado a participar en la administración de 1931-1933, pero Largo Caballero confiaba en que esta vez su puesto de jefe del Gobierno le permitiría controlar la maquinaria del Estado. Hasta el mes de noviembre no empezó a darse cuenta de que él había cargado lo que Lenin llamó «la pistola del Estado», y que otros aguardaban para apoderarse de ella.

Aunque fueron muchos los que se alegraron con el nombramiento de Largo Caballero, a la Comintern no le impresionaba. Marty le describió en un informe del 17 de octubre a Moscú como «un mal burócrata sindical», señalando que Largo Caballero y Prieto se pasaban la vida atacándose el uno al otro en sus respectivos periódicos, *Claridad* y *El Socialista*.

Uno de los argumentos a favor de la centralización a toda costa era que la evidencia de un gobierno estable, con autoridad, en Madrid, llevaría a los gobiernos francés e inglés a cambiar de política respecto a la venta de armas a la República, esperanza que se disipó en cuanto se hizo evidente la verdadera cara de la política de no intervención. Los primeros estados intervencionistas, Italia y Alemania, habían dispensado inicialmente al proyecto una glacial acogida, pero luego advirtieron las ventajas potenciales de sumarse a la no intervención. Ciano empezó a mostrar su acuerdo con las líneas generales del proyecto, si bien insistiendo en que la política de no intervención tenía que extenderse a todos los aspectos, incluida la «ayuda propagandística». Así, tanto Alemania como Italia estarían en condiciones de acusar a Rusia de violar el acuerdo, y justificar sus actividades intervencionistas. Los alemanes dijeron también que sí al pacto, pero argumentando que, para que fuera eficaz, era necesario establecer el bloqueo. El gobierno soviético, que no iba a ser menos, utilizó tácticas similares insistiendo en que el Comité estableciera un control de los puertos portugueses, base principal del suministro de armas a los rebeldes. Stalin, que no se atrevía a oponerse frontalmente a los dictadores fascistas, iba a convertir a Portugal en cabeza de turco.

El 9 de septiembre se iniciaron en Londres las primeras reuniones del International Committee for the Application of Non-Intervention in Spain, tras numerosos retrasos causados principalmente por los alemanes, que no querían participar en él hasta que la República no hubiera devuelto los restos de un Junker 52 que se había estrellado en la zona gubernamental. El Comité fue organizado por el Foreign Office bajo la presidencia del delegado británico (primero el subsecretario del Tesoro William Morrison y, desde la tercera reunión, el subsecretario parlamentario del Foreign Office, lord Plymouth), y los embajadores de los países signatarios del pacto -todos los europeos excepto Suiza- constituyeron el Comité, del que fue nombrado secretario permanente el diplomático inglés Francis Hemming.

Para facilitar los trabajos, se constituyó un subcomité formado por las cinco grandes potencias y cinco países miembros más. El embajador de la República en Londres, Pablo de Azcárate, se refirió a las «discusiones confusas, embrolladas y estériles a que las denuncias y contradenuncias dieron lugar» en las reuniones del Comité,**15** y Anthony Edén escribió que «continúan las largas reuniones ... Las acusaciones reciben desmayadas negativas y los resultados son estériles». Señalaba Edén que en octubre «los rusos enviaban abiertamente suministros a España, y las pruebas de que disponíamos entonces eran más concluyentes sobre esta ayuda que sobre la que prestaban los dictadores de Roma y Berlín». Pero en Ginebra, hacia finales de septiembre, había afirmado que Alvarez del Vayo «me entregó documentos y fotografías que demostraban hasta qué punto Hitler y Mussolini estaban violando el tratado».**16** Conociendo de qué lado estaban las simpatías de la Royal Navy en Gibraltar, no hay que sorprenderse de que cerraran los ojos ante las oleadas de Junkers y Savoias que pasaban sobre el peñón para dar cobertura aérea a los convoyes que llevaban las tropas de África de Tetuán a Sevilla.

El continuo sabotaje de alemanes, italianos y portugueses y la inhibición de Francia y el Reino Unido convirtieron el pacto de no intervención en papel mojado. «La cristalización de esa estructura tan asimétrica de apoyos e inhibiciones internacionales ... tuvo su reflejo inmediato en el curso de las hostilidades en España, con su cosecha de triunfos militares insurgentes y de clamorosas derrotas republicanas.»**17** Claude Bowers, el embajador norteamericano ante la República, condenaría más tarde todo el programa de no intervención: «Cada paso del Comité de No Intervención estaba orientado a apoyar la causa de la rebelión ... Aquel Comité fue el grupo más cínico y deshonesto que ha conocido la historia».**18**

14. La Unión Soviética y la República

Durante el mes de octubre de 1936, los militares rebeldes concentraron sus mejores fuerzas en un ataque dirigido a apoderarse de la capital de España. Su imparable avance presagiaba, tal vez, que la República estaba herida de muerte, pero «la defensa de Madrid» se convirtió muy pronto en una causa que hermanó, en toda Europa, a todos aquellos que temían a las fuerzas triunfantes del «fascismo internacional» y estaban dispuestos a hacerles frente. La consigna comunista de que Madrid había de ser «la tumba del fascismo» cargaba las voces de emoción al tiempo que la batalla por la capital de España iba a ayudar al Partido Comunista a hacerse con el poder.

Si a principios del verano de 1936 los miembros del PCE podían ser unos 38.000, hacia fin de año se acercaban a los 200.000 y en marzo de 1937 rondaban los 300.000.**1**

El PCE había recibido la orden de la Internacional Comunista (Dimitri Manuilski, Georgi Dimitrov) de colaborar en el aplastamiento de la rebelión y en la defensa de la República democrática, así como de reivindicar la capacidad del pueblo español para vencer por sí solo a los fascistas, lanzándose a luchar «de nuevo por nuestra independencia» (como reza el conocido cartel de Renau). Ese planteamiento, hecho en el momento en que la Unión Soviética se adhería al pacto de no intervención, cubría a la perfección varios objetivos políticos: primero, combatía la imagen dada por la derecha de que en España se estaba llevando a cabo una revolución que habría de instaurar el comunismo; segundo, contrarrestaba eficazmente la idea de «movimiento nacional» de los militares rebeldes, que necesitaban la ayuda de potencias extranjeras, y, tercero, conseguía conciliar el leninismo con la tradición liberal española.**2**

Sin embargo, los hechos eran tozudos. La situación militar empeoraba día a día: Madrid parecía estar condenada, lo mismo que Bilbao, tras las derrotas de Talavera, Irún y San Sebastián. Los republicanos no conseguían tomar Oviedo ni el Alcázar de Toledo y la ofensiva anarquista se había encallado ante Zaragoza. Es cierto que se resistía en el Guadarrama, pero ése iba a ser, como todos los de la República durante la guerra, un éxito exclusivamente defensivo. El curso de la contienda no pintaba nada bien para el gobierno legítimo, cuyas tropas estaban sumidas en la desorganización y en la ineficacia, mientras que italianos y alemanes no dejaban de enviar ayuda de extraordinaria calidad técnica a los generales rebeldes. En este contexto, Dimitrov, el secretario general de la Internacional Comunista, empezó a pensar en una intervención de la Unión Soviética. El día 28 de agosto escribió en su diario: «La cuestión de la ayuda a los españoles (posible organización de un cuerpo internacional)»; el 3 de septiembre: «La situación en España es crítica», y el 14, «Organizar ayuda a los españoles (en forma de contrabando)».**3**

Hasta hace unos años, la cuestión de la intervención soviética en la guerra de España estaba polarizada en las dos visiones esquemáticas clásicas: o bien obedecía a los designios de Stalin y de la Internacional Comunista de establecer un régimen soviético en España, siervo de los dictados de Moscú, o, por el contrario, la heroica URSS, patria del proletariado, había sido la única amiga de la República que acudió presurosa y desinteresadamente a defender la legalidad constitucional de España. Estas dos visiones antagónicas equidistaban de una tercera, generalmente aceptada por la historiografía liberal: la ayuda militar de la URSS, fruto del cálculo de Stalin, impidió la caída de Madrid y permitió a la República resistir durante dos años más al golpe de estado. Hoy en día, tras la apertura parcial de los archivos soviéticos a partir de los años noventa, sabemos que las cosas fueron algo más complejas.**4**

En primer lugar, hay que tener en cuenta que, desde mediados de los años veinte, existió en la península Ibérica una presencia soviética creciente, que se traducían en contactos culturales, libros, folletos de propaganda comunista y, sobre todo, cine. La Comintern no hacía aquí más

de lo que hacía en cualquier otro país de Europa: infiltrarse, penetrar y aguardar. Ante las noticias del golpe de estado del 18 de julio de 1936, lo primero que hicieron las autoridades soviéticas fue recabar la mayor información posible de la Comintern y de los agentes que tenía destacados en España, sobre todo del argentino Vittorio Codovilla, que estaba en el país desde finales de 1932 para vigilar a los nuevos dirigentes del PCE. Como hemos visto, Stalin no daría luz verde a la ayuda militar hasta mediados de septiembre, casi dos meses después del levantamiento militar, pero el gobierno soviético vio en seguida las potencialidades del conflicto español para ganar apoyo nacional e internacional. Por eso el Politburó mandó organizar manifestaciones ciudadanas monstruosas en el interior de la Unión Soviética, mientras la Comintern iniciaba una campaña semejante en el campo internacional y el PCUS dictaba, hasta en el más mínimo detalle, las reglas para «el desarrollo de una campaña de ayuda al pueblo español»⁵

El gobierno soviético envió en seguida a España a Mijail Koltsov, corresponsal de *Pravda*, y algo más tarde envió a dos cineastas soviéticos, Román Karmen y Boris Makaseev: tres semanas después de su llegada, se proyectaban ya en Moscú noticiarios realizados por ellos con información desde el frente, y los ciudadanos soviéticos leían todos los días noticias de la guerra de España en los periódicos.

El 21 de agosto, el gobierno soviético nombró a Marcel Rosenberg, un diplomático de carrera que había representado a su país en la Sociedad de Naciones, embajador en Madrid, y un mes después al veterano dirigente bolchevique del asalto al Palacio de Invierno, Vladimir Antonov-Ovseenko, como cónsul general en Barcelona (durante el intervalo Ilya Ehrenburg, corresponsal de *Izvestia*, tuvo perfectamente informado a Rosenberg sobre las vicisitudes de la política catalana y las quejas de Companys acerca del gobierno central). El buró nombró, además, a Jacob Gaikis, secretario de embajada, y a Artur Stashevsky, agregado comercial.

Entre los asesores militares figuraban el general Jan Berzin («Grishin»), como jefe de consejeros militares, Vladimir Y. Gorev («Sancho»), como agregado militar, Nikolai Kuznetsov («Kolya»), como agregado naval, y Yakov Smushkevich («Douglas»), como consejero de la fuerza aérea. La mayoría de los altos oficiales enviados a España procedía de la inteligencia militar soviética, el GRU. La embajada soviética se domicilió en el Hotel Palace hasta que, ocho semanas después, siguió al gobierno de la República a Valencia. El nombramiento de embajadores y el envío de un cuerpo diplomático tan nutrido a España señaló un cambio radical en la actitud que Stalin había mantenido hasta entonces.

La Internacional Comunista, por su parte, envió también a su propio equipo. Palmiro Togliatti («Ercole» o «Alfredo»), líder del Partido Comunista Italiano en el exilio y uno de los cerebros decisivos de la Comintern, fue, más tarde, el principal consejero del Partido Comunista de España, y el húngaro Erno Geró («Pedro») desempeñó un papel similar en el PSUC. Lo más lamentable fue la llegada a España de Alexander Orlov (cuyo nombre real era Nikolsky), el funcionario del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos, es decir, el NKVD, que iba a hacerse cargo de la policía secreta. Al principio, el Partido Comunista francés y sus dirigentes constituyeron la principal correa de transmisión para España de las instrucciones de la Internacional Comunista, pero muy pronto los comunicados sobre envíos de armas y los informes de los funcionarios de la GRU y de los consejeros militares soviéticos fueron enviados directamente, por la mañana o por la tarde, a una estación de radio situada en las Colinas de los Gorriones, cercana a lo que es hoy la Universidad de Moscú.

El gobierno Largo Caballero aprobó el 16 de septiembre la creación de una embajada en Moscú y el día 21 nombró para el cargo al médico socialista Marcelino Pascua, que conocía el ruso y había visitado la Unión Soviética en 1932 para estudiar el sistema de sanidad pública soviético. El doctor Pascua fue recibido en Moscú por todo lo alto, en una demostración de

afecto que el Kremlin prodigaba muy poco, se le buscó el mejor palacio para establecer la embajada y se le trató siempre con una extraordinaria deferencia (Pascua llegaba con relativa facilidad a Stalin). En contrapartida, el gobierno de la República, con su cicatería y su inhibición inexplicables, convirtió el trabajo del doctor Pascua -conseguir las armas que tanto necesitaba!- en una misión imposible.**6**

Los dirigentes soviéticos sabían por sus servicios de inteligencia (NKVD) y por los informadores permanentes de la Comintern de la precaria situación en que se encontraba la República española hacia finales de agosto. El secretario general del PCF, Maurice Thorez, presentó un informe en la sesión del 16 de septiembre del Presidium de la Comintern en el que comunicaba que las fuerzas del gobierno de la República carecían de un ejército regular y de un mando unificado, mientras que el 22 del mismo mes Codovilla clamaba por «armas por encima de todas las cosas». En consecuencia, y en respuesta -tardía a la petición oficial de ayuda por parte de la República, tramitada el 25 de julio, los servicios soviéticos de inteligencia militar prepararon un anteproyecto de asistencia militar y la organización de un subgrupo especial de los servicios del NKVD para llevarla a cabo, que fueron bautizados, en una clave más bien pedestre, con los nombres de «Operación X» y «Sección X» y que estuvieron listos el 14 de septiembre. En su informe acerca de los preparativos de la clandestina y secreta «Operación X»,**7** Voroshilov informaba a Stalin, el 24 de septiembre, de que estaba preparada la venta de 80 a 100 carros de combate provistos del sistema Vickers (T-26) y de 50 a 60 cazas, como así autorizó Stalin.**8**

Sin embargo, más que la cantidad del armamento, lo que importa es establecer su calidad, largamente puesta en tela de juicio por memorialistas e historiadores de la guerra civil. Por lo que respecta a fusiles y cañones, los soviéticos enviaron piezas en mal estado, desajustadas u obsoletas. Los fusiles procedían de ocho países distintos, eran de diez tipos diferentes y de seis calibres diversos.**9** Una cuarta parte eran piezas de origen francés y austríaco del calibre 11, usado durante la década de 1880, pero abandonado en el siglo XX. Sin embargo, por lo que respecta a carros de combate y aparatos aéreos, no cabe ninguna duda de que el material soviético que se vendió a los republicanos era el más avanzado que Moscú podía suministrar y no enviaba, en nada, al que tenían los nacionales en 1936. Como admitió Voroshilov en una nota a Stalin: «Te envío una lista de mercancías que podemos vender, por mucho que nos duela, a los españoles ... Lo más Doloroso de todo es el material de aviación que estamos enviando...».**10**

El principal problema para obtener un rendimiento eficaz del material residió en el sectarismo de los comunistas, que lo acapararon en exclusiva para sus fuerzas. Los jefes de regimiento se vieron obligados a veces a hacerse miembros del Partido Comunista con el fin de que sus hombres pudieran disponer de armas y asistencia sanitaria. Los asesores, especialmente el comandante de carros, general Pavlov («Pablito»), y el jefe de la fuerza aérea tomaban las decisiones militares, de las que muchas veces no informaban a sus colegas españoles. Prieto bromeaba sobre su ninguneo como ministro del Aire. Ni siquiera estaba seguro de qué aeropuertos se estaban utilizando y, mucho menos, del número de aparatos disponibles. Su correligionario, Luis Araquistáin, decía que el verdadero ministro del Aire era el general ruso Smushkevich. No exageraban. Un informe enviado a Moscú demuestra con toda claridad que Smushkevich, o «Duglas», como se le conocía, controlaba totalmente la fuerza aérea republicana:

El coronel Cisneros dirige el departamento. [Es] un oficial muy honesto y enérgico que tiene gran autoridad tanto sobre la aviación como en círculos gubernamentales, y es un amigo de la Unión Soviética. Pero no hay duda de que en estos momentos carece tanto de los conocimientos teóricos como de la experiencia táctica para dirigir, él solo, la fuerza aérea. Él se da cuenta y acepta

nuestra ayuda con honestidad y gratitud. S[mushkevich], como jefe asesor, ha establecido con él las mejores relaciones posibles ... Puede decirse sin exageración que, en su condición oficial de asesor, Smushkevich es el verdadero jefe de toda la fuerza aérea.**11**

Otro de los temas importantes de la guerra civil española es el que se refiere al pago de la ayuda soviética con el oro del Banco de España y que, aunque ya muy bien documentado por los investigadores,**12** ha podido ser contrastado con la documentación recientemente disponible. España era, entonces, la cuarta potencia mundial en reservas de oro, que se habían acrecentado gracias al *boom* comercial que le supuso su neutralidad en la primera guerra mundial. Se ha dicho que fue Artur Stashevsky, el economista ruso, quien sugirió al ministro de Hacienda, el doctor Negrín, la idea de tener «una cuenta corriente en oro» en Moscú, dado que Madrid estaba amenazada y el gobierno de la República necesitaba comprar armas y materias primas. **13**

Ese oro podría convertirse en divisas a través de la Banque Commerciale pour l'Europe du Nord, o Eurobank, de París (la organización financiera del Kremlin en Francia). El 24 de julio de 1936 el entonces presidente del Consejo, el doctor Giral, autorizó ya el primer envío de oro, en este caso a París, para pagar las compras de armamento a Francia. Cuando empezó a funcionar el Comité de No Intervención, no se suspendió el envío de oro a París, sino que continuó hasta marzo de 1937, para transformarlo en efectivo con el que comprar armas a terceros países. El total enviado al Banco de Francia fue de unas 174 toneladas de oro fino, equivalentes al 27,4 por 100 de todas las reservas españolas. Su valor mínimo ascendió a 598 millones de pesetas-oro (195 millones de dólares).**14**

El 13 de septiembre de 1936, el Consejo de ministros, con la complacencia de Largo Caballero y el conocimiento de Prieto,**15** autorizó al doctor Negrín al traslado a Moscú del oro y la plata que quedaban en el Banco de España. El 15 de septiembre salieron de Atocha 10.000 cajas repletas de metal noble que llegaron a los polvorines de La Algameca, en Cartagena, dos días después. Una quinta parte fue embarcada con destino a Marsella y el resto, 7.800 cajas, fueron embarcadas el 25 de octubre con destino a Moscú, vía Odesa, acompañadas por los funcionarios del NKVD y vigiladas por los carabineros de Negrín, quien había facilitado a Alexander Orlov documentos falsos a nombre de un tal Mr. Blackstone, representante del Bank of America. Tras su huida a Estados Unidos, Orlov relató a un comité del Senado norteamericano su ansiedad de aquellos días: «Si los anarquistas hubieran interceptado a mis hombres, rusos, cargados de oro español, les habrían matado, se habría formado un monumental escándalo político de alcance mundial y podría haberse llegado incluso a una revolución interna».**16**

Sin embargo, el oro, custodiado por el **17** 3 regimiento del NKVD, consiguió llegar a la capital rusa un día antes del 19.º aniversario de la revolución de Octubre, donde fue recibido por representantes del gobierno español, del Banco de España y por altos funcionarios soviéticos. Su peso superaba las 510 toneladas y su valor, según el precio del oro en 1936, era de 518 millones de dólares.**18** Esta cifra no refleja, sin embargo, el alto valor numismático de parte del oro, compuesto por monedas españolas y portuguesas únicas, de valor difícil de calcular en el mercado (y que, desde luego, no se calculó), pero, en cualquier caso, superior al del metal fundido.**19** Aunque, de acuerdo con el convenio, el gobierno español podía recuperar el oro en cuanto quisiese, la cuenta abierta en el Eurobank iba a permitir a la República no sólo la financiación del armamento que necesitaba, sino también la disponibilidad de efectivo para comprar alimentos y materias primas. Una de las primeras facturas rusas que tuvo que pagar la República con el oro ascendía ya a 51.160.168 dólares y correspondía al «fraternal apoyo militar» soviético ya entregado. A lo largo de 1937, fueron

transferidos a la cuenta del Eurobank en París otros 256 millones de dólares, además de 131.500.000 dólares que sirvieron para pagar a los soviéticos el material que iban suministrando. Los recursos del oro del Banco de España se agotaron ya a comienzos de 1938, en marzo de ese mismo año la República tuvo que pedir un crédito a la URSS por valor de 70 millones de dólares y en diciembre otro de 85 millones de dólares más.**20**

Es, también, muy difícil establecer con toda exactitud la contabilidad pertinente al envío de armas soviéticas contra pago en oro, en parte porque ignoramos el precio exacto de los costes indirectos implicados en el complejo traslado de los pertrechos: carga y descarga de las mercancías en los puertos, gastos de transporte por vía marítima y ferroviaria, los emolumentos de oficiales y tripulación de los buques cargueros, etc., que los soviéticos cobraron «religiosamente». El costo de la instrucción de los pilotos españoles en la URSS sería otro ítem a añadir en las facturas (según el doctor Pascua sólo en el primer año de la guerra la República tuvo que pagar por este concepto 1.156.356 dólares). En cualquier caso, podemos intentar ya una aproximación muy fiable a uno de los costes -desgraciadamente no el mayor- que los españoles tuvieron que pagar por el golpe de estado. A los 256 millones de dólares transferidos a la cuenta de la República en el Eurobank habría que añadir como mínimo otros 250 millones por la compra de armamento soviético durante toda la contienda. Si a esos 506 millones de dólares se añaden los 70 millones del crédito de marzo y los 85 del de diciembre, de los que tenemos constancia segura, se alcanza la cifra de 661 millones de dólares, muy superior al valor inicial contabilizado del oro (518 millones).**21** Sin embargo, también hay que tener en cuenta que Moscú aplicó una contabilidad «creativa», manipulando los cambios de divisa de rublos a dólares y de dólares a pesetas. En efecto, durante la segunda mitad de la década de 1930 el cambio rublo/dólar estuvo fijado permanentemente en 5 3 a 1, pero los soviéticos aplicaron un cambio medio aproximado de 2 5 a 1, obteniendo un diferencial de unos 51 millones de dólares que cargaron a la cuenta de la República.**22**

El crecimiento de los costos de la importación en general iba a ser excepcionalmente gravoso para la economía republicana, contribuyendo en gran medida a que la inflación se disparara. Por otra parte, hay que recordar aquí que junto a la peseta legal de la República circularon multitud de monedas y pagarés emitidos por las distintas autoridades autonómicas y municipales, convirtiendo la zona republicana en un caos monetario **23** y dando lugar a que apareciera la implacable ley de Gresham: la gente atesoraba las monedas con algún contenido de plata y utilizaba para sus compras billetes, pagarés y vales; así iba a ser difícil «abolir el dinero», como querían los anarquistas.**24**

El papel que desempeñó Negrín en aquellos días fue importante de cara al futuro. Mientras organizaba el despacho del oro, simpatizó mucho con Artur Stashevsky, un polaco enviado por Moscú que se convirtió en seguida en el *attaché* económico soviético. Stashevsky advirtió rápidamente que Negrín podía ser algo más que alguien en quien la Unión Soviética pudiera confiar. Negrín creía fervientemente en la centralización del poder político, lo que quería decir, también, el poder económico. «En nuestra opinión -informaba Stashevsky a Moscú- hay que hacer todo lo posible para apoyar la concentración de todas las exportaciones e importaciones, es decir, todas las operaciones en moneda extranjera, en las mismas manos.»**25**

Tanto a Negrín como a Stashevsky les irritaba que la Generalitat los anarquistas catalanes controlaran las cuestiones financieras. «Los catalanes se están llevando sin ningún control cientos de millones de pesetas de la sucursal del Banco de España», decía Stashevsky en un informe a Moscú. En opinión de ambos, el hecho de que el gobierno central no hubiera hecho nada para ayudar a la industria catalana carecía de importancia. Los dos hombres odiaban al cónsul general soviético en Barcelona, Antonov-Ovseenko, que simpatizaba claramente con

Companys y tenía buenas relaciones con el dirigente anarquista García Oliver. Antonov-Ovseenko escribió en su diario que «García Oliver no pone objeciones a la dirección unificada o a la disciplina en la batalla, pero está en contra de la restauración del estatus permanente de los oficiales, base del militarismo. Obviamente me escucha con placer cuando me expreso a favor de su plan militar». **26** Antonov-Ovseenko anotó también los comentarios del *conseller de Esquerra* Jaume Miravittles: «Los anarcosindicalistas son cada vez más prudentes en su gestión de la industria. Han abandonado la idea de introducir el igualitarismo en las grandes empresas».

Antonov-Ovseenko, el dirigente bolchevique que había asaltado el Palacio de Invierno, se había hecho seguidor de Trotsky y miembro de la Oposición de Izquierda, pero su abyecta confesión en agosto de 1936 admitiendo sus errores y condenando a sus antiguos camaradas no le salvó de las sospechas de Stalin. **27** Puede muy bien haber sido uno de esos funcionarios que se enviaron expresamente a España para preparar su posterior caída. El viejo bolchevique nunca fue capaz de ver el peligro en que se encontraba. Pidió a los consejeros soviéticos y al gobierno central que apoyaran una ofensiva en Cataluña. El 6 de octubre de 1936 el cónsul general envió un informe detallado a Rosenberg, el embajador soviético en Madrid: «Nuestra concepción del anarquismo en Cataluña es errónea ... El Gobierno desea verdaderamente organizar la defensa y está haciendo mucho en esa dirección, por ejemplo está formando un estado mayor dirigido por un especialista adecuado en vez del antiguo comité de milicias antifascistas». Sus palabras fueron ignoradas. La propaganda de la Comintern veía a Cataluña y a Aragón como «el reino de la facción majnovista española», y Antonov-Ovseenko, sabiendo que el Ejército Rojo había destruido a los anarquistas majnovistas en Ucrania, debía haber advertido las señales de peligro.

Antonov-Ovseenko **28** se implicó también en las relaciones internacionales apoyando los contactos de la Generalitat con marroquíes para prometerles la independencia de la colonia con la esperanza de provocar un levantamiento en la mina de reclutas de Franco.

Hace dos semanas -informó a Moscú- una delegación del comité nacional de Marruecos, en la que hay que confiar porque tiene mucha influencia entre las tribus del Marruecos español, entabló negociaciones con el comité de milicias antifascistas. Los marroquíes están dispuestos a levantarse inmediatamente si el gobierno republicano les garantiza que, de tener éxito en la sublevación, Marruecos se convertirá en un estado independiente, y también a condición de que los marroquíes reciban de inmediato apoyo financiero. El comité catalán es partidario de firmar semejante acuerdo y hace diez días envió una delegación especial a Madrid. Largo Caballero no dio su opinión y sugirió que la delegación marroquí negociara directamente [con el gobierno central]. **29**

Aunque la propuesta fue tomada en consideración por el gobierno central y por el PCE, Moscú la rechazó agriamente. Lo último que quería Stalin era provocar a Francia, cuya propia colonia marroquí podía verse impelida a la revuelta, y dar a los británicos la impresión de que los comunistas estaban organizando la revolución mundial.

Las críticas de Stashevsky y de Negrín sellaron la suerte de Antonov-Ovseenko, sobre todo cuando, en el mes de febrero siguiente, el cónsul soviético «se mostró como un ardiente defensor de Cataluña». Ante la afirmación de Negrín de que el cónsul era «más catalán que los catalanes», el viejo bolchevique respondió que él era «un revolucionario, no un burócrata». Negrín afirmó entonces que iba a dimitir porque veía en las afirmaciones del cónsul desconfianza política y añadió que estaba dispuesto «a combatir a vascos y catalanes, pero no a la URSS». Stashevsky informó de todo esto a Moscú (uno llega incluso a pensar si él

y Negrín provocaron adrede a Antonov Ovseenko) y los días del cónsul general llegaron a su fin.**30**

Como resultado de los informes que llegaban de España en los que se decía que no había forma de convencer a Largo Caballero para que no atacara el poder comunista en el ejército, el Kremlin buscaba un político «fuerte y leal» que fuera capaz de controlar las cosas, que impresionara a las democracias burguesas, especialmente a Francia y a Gran Bretaña, y que pusiera fin a los «ultrajes cometidos por algunas de las provincias». Stashevsky ya había visto en Negrín al candidato ideal. A finales de 1936 informó a Moscú: «El ministro de Hacienda tiene mucho sentido común y está muy próximo a nosotros».**31**

15. Las Brigadas Internacionales y los asesores soviéticos

La aportación más famosa de la Internacional Comunista a la guerra civil española fue la organización de las Brigadas Internacionales.¹ Aunque aún no podemos establecer con toda exactitud de dónde surgió la idea de crearlas, no cabe duda de que los llamamientos iniciales de solidaridad internacional con la República tuvieron también una dimensión militar.² El día 3 de agosto de 1936 la Comintern aprobó una primera resolución en tal sentido y el 18 de septiembre el Secretariado dictó una resolución sobre «la campaña de apoyo a la lucha del pueblo español» en cuyo punto 7 se lee: «Proceder al reclutamiento, entre los obreros de todos los países, de voluntarios con experiencia militar, con el fin de su envío a España».³

Hacia finales de septiembre, en una reunión en París a la que asistieron Eugen Fried («Clément»), que traía instrucciones de Moscú, Maurice Thorez y otros dirigentes del PCF, se decidió organizar el reclutamiento y encuadramiento de los voluntarios que habían de ir a España a luchar contra el fascismo. Los partidos comunistas locales, las asociaciones afines (Socorro Rojo Internacional, Amigos de la Unión Soviética, Rot Front), la Confédération Générale du Travail francesa, el Independent Labour Party británico, el movimiento Paix et Liberté y los distintos comités locales de ayuda a la República española se ocupaban del reclutamiento, que era supervisado por Walter Krivitsky, con base en La Haya.⁴

En España se encontraban ya, desde agosto, un buen número de voluntarios extranjeros que vinieron a ser el núcleo inicial de las Brigadas Internacionales, como los que constituían la centuria Thaelmann, integrada en el PSUC. Esta unidad fue dirigida por Hans Beimler, miembro del comité central del Partido Comunista Alemán y diputado en el Reichstag, que había sido encarcelado en 1933 en Dachau, de donde logró escapar, y que llegó a Barcelona el 5 de agosto de 1936. Otros muchos extranjeros de ideas liberales y de izquierda habían llegado a Barcelona por su cuenta, varios con ocasión de la Olimpiada popular, de modo que, fuera de las Brigadas Internacionales, lucharon a favor de la República unos 5.000 extranjeros más.

El centro de reclutamiento de los interbrigadistas fue París, donde se encargaron de los aspectos organizativos dirigentes del PCF y del PCI en el exilio. André Marty, líder del PCF y miembro del comité ejecutivo de la Comintern, asumió la jefatura inicial y su segundo fue Luigi Longo («Gallo»), que ya había estado en España al producirse el levantamiento militar. Giuseppe di Vittorio («Nicoletti») fue nombrado jefe de los comisarios políticos. También tuvo una participación importante en el reclutamiento de voluntarios Josip Broz («Tito»), quien se hallaba en París. La Internacional Comunista sostuvo públicamente que las Brigadas Internacionales estaban formadas por un extenso grupo de voluntarios espontáneos, demócratas y antifascistas, y negó rotundamente que la llegada a París de jóvenes comunistas de toda Europa tuviera nada que ver con un reclutamiento organizado. Hasta finales de los años sesenta Moscú no admitiría que en septiembre de 1936 la Comintern decidió infiltrar entre los cooperantes de los distintos países «a voluntarios con experiencia militar para enviarlos a combatir a España».⁵ Esmond Romilly, el joven sobrino de Winston Churchill que se alistó en las Brigadas Internacionales, escribió que los comunistas franceses se llevaron una reprimenda por gritar «Vive les Soviets!».⁶

Dado que las dictaduras fascistas formaban un cinturón desde Hamburgo hasta Tarento, traer voluntarios del centro y del este de Europa requirió de una cuidadosa organización. Los polacos exiliados del régimen militar de su país se concentraron en París, como también hicieron los húngaros que huían de la dictadura del almirante Horthy, y los rumanos que huían de la Guardia de Hierro. Los yugoslavos escapaban de la policía realista por medio del sistema

de falsificación de pasaportes conocido como el «ferrocarril secreto» de Tito. Hasta los rusos blancos, que esperaban que el servicio en las Brigadas les redimiría para regresar a su país, se unieron a la masa de exiliados de la Europa del Este. Casi todos ellos pasaron un calvario antes de llegar a su destino: «A menudo a pie, por campos y montañas, durmiendo al raso, escondidos entre el carbón de las locomotoras o en los sollados de algún barco, consiguieron filtrarse a través de las barreras y de los controles de la policía y llegar a Francia». **7** Los voluntarios de Norteamérica no llegaron hasta más tarde, a finales de 1936. El primer destacamento de estadounidenses -96 reclutas- no salió del puerto de Nueva York hasta el 26 de diciembre, y el batallón Lincoln se fogueó por primera vez en el Jarama, en febrero de 1937.

A lo largo de los años, la historia de las Brigadas Internacionales ha sido distorsionada de formas diversas, y no sólo con el simple fin de exagerar su papel fuera de toda medida al parangonarlas con las formaciones compuestas por españoles. Sobre todo en Gran Bretaña y en Estados Unidos se acuñó la imagen de que las Brigadas Internacionales estaban formadas por intelectuales de clase media y *Beau Gestes* ideológicos (los Ralph Fox, John Cornford, Julián Bell, Christopher Caudwell, muertos en campaña, o los Robert H. Merriman, Louis Fischer, John Murra, Paul Singel). Tal imagen fue creada, en parte, por la prensa, que se dedicó a celebrar y a airear la presencia de aquella minoría de intelectuales y, en parte, porque algunos de los que sobrevivieron a la guerra estaban bien relacionados y tuvieron fácil acceso a los editores. Aparte de eso, una vez que aquellos idealistas de extracción acomodada se desilusionaron ante las prácticas de los comunistas, contribuyeron a crear el mito más tranquilizador para el *establishment*: eran jóvenes rebeldes que, cuando se paraban a contemplar su estado, reconocían el error de sus pasos.

Casi el 80 por 100 de los voluntarios procedentes de Gran Bretaña eran obreros manuales que, o bien habían dejado su trabajo, o se encontraban en situación de desempleo. Algunas de las fotografías conservadas nos muestran rostros con barba de unos días con expresión decidida: cabello corto, gorros de paño en la mano y trajes de paseo con botas. Algunos de ellos querían escapar de la apatía del desempleo, otros habían combatido en las calles a los fascistas de Oswald Mosley, del mismo modo que sus compañeros franceses habían luchado contra la Action Française y los Croix-de-Feu. Pero la mayoría tenía escasas nociones de lo que significaba una guerra de verdad. Algo más de la mitad de ellos eran miembros del Partido Comunista. Jason Gurney, del British Battalion, describió muy bien la capacidad de atracción del partido en los años treinta: «Su verdadero genio fue proporcionar un mundo en el que los solitarios y los desamparados se sintieron importantes». **8** Los graves, interminables discursos que recibían les hicieron verse a sí mismos como enrolados en «la marcha de la Historia», pero tuvieron que pagar, a cambio, el precio de renunciar a su responsabilidad y a tener un pensamiento propio. Las consignas que se les daban en «la jerga de la agit-prop», como la denominó Víctor Serge, se convertían en una suerte de mantra interior analgésico. George Orwell atacaría la deshonestidad intelectual de aquella izquierda en su trivial giro del pacifismo al «belicismo romántico»:

Aquellos eran los mismos hombres que durante veinte años habían tronado contra la «gloria» de la guerra, contra las atrocidades, contra el patriotismo, hasta contra el valor físico, y que ahora se descolgaban con una retórica que, con sólo variar unos pocos nombres, hubiera encajado perfectamente en el *Daily Mail* de 1918. Los mismos que en 1933 se sonreían despectivamente si alguien afirmaba que, en determinadas circunstancias, había que luchar por el país, en 1937 tildaban de trotskista-fascista a quien afirmase que podían ser exageradas las noticias publicadas

en la *New Masses* según las cuales los combatientes, apenas heridos, clamaban porque los devolvieran a primera línea de fuego. **9**

Algunos idealistas británicos de clase media se encontraban a disgusto entre los obreros de su propio país y sufrían ante el riesgo de que su fervorosa conversión social pudiera ponerles en ridículo. Como le sucedió a Marx antes que a ellos, se desesperaban ante la apatía del proletariado «burgués» de Inglaterra. Por otra parte, el proletariado español jamás había sentido gran respeto por sus superiores sociales ni había tratado de imitarlos. Ya en el siglo XVIII los viajeros ingleses se sorprendían ante los modos altivos con que, en su opinión, los sirvientes y empleados españoles trataban a su aristocracia. Por ello, aquellos idealistas se habían construido un imaginario romántico de la clase obrera española muy alejado de la realidad y, sobre todo, de las realidades de su propia clase obrera. De modo que en el conflicto español creyeron encontrar una atmósfera de pureza y gallardía que, comparada con la complacencia chata que hallaban en su propio país, era muy estimulante. Los sentimientos de culpa por pertenecer a la clase media y la necesidad de sublimar una identidad privilegiada en la lucha de clases, hizo de muchos de estos intelectuales reclutas ideales para el Partido Comunista. «Yo necesitaba ... actuar por primera vez en un mundo en el que cabían otros muchos hombres, sumergirme en aquella masa, no buscar distinciones ni privilegios (todo lo contrario de lo que había hecho durante los últimos años) y, de este modo, conseguir autodisciplina, paciencia y generosidad (todo lo contrario de lo que aprende la clase media) para vivir una vida que engranara con la de los otros hombres.»**10**

Hubo, quizá, gentes que fueron a España en busca de emociones, pero la motivación esencialmente altruista de los voluntarios no puede ponerse en duda. Veían en el fascismo una amenaza internacional y las Brigadas Internacionales les ofrecían la mejor vía para combatirlo. España era para ellos el campo de batalla en el que se decidía el futuro, sentimiento que mantuvieron durante mucho tiempo, hasta el punto de que aún hoy muchos de los ex brigadistas supervivientes creen que una victoria republicana hubiera impedido que estallase la segunda guerra mundial.

París fue el banderín de enganche para los voluntarios de todas las nacionalidades. Las redes secretas les condujeron a la ciudad del Sena desde la Europa oriental, central y balcánica. Desde el norte, obreros británicos sin pasaporte cruzaron el canal de la Mancha como 81 fueran excursionistas. A su llegada a la Gare du Nord, taxistas de izquierda les condujeron a los centros de recepción en la rué de La Fayette, en la rué Chabrol, en la rué Châteaurund (sede del PCF) y en la avenue Mathurin-Moreau (sede de los Sindicatos). Casi a diario podía verse a jóvenes con paquetes envueltos en papel de estraza bajo el brazo, esperando el tren de Perpiñán en la Gare d'Austerlitz, tratando ostensiblemente de pasar inadvertidos. Una vez a salvo en el tren, confraternizaban con aquellos cuya mirada habían estado tratando de evitar con tanto cuidado. Se compartía la comida y la botella de vino corría de mano en mano mientras cantaban, una y otra vez, la *Internacional*.

Las dos rutas fijas principales (algunos atravesaban solos, de noche, los Pirineos) eran la marítima, por Marsella, donde eran embarcados rumbo a Barcelona o Valencia, o la terrestre, por Perpiñán y Portbou o El Pertús. Algunos anarquistas, que aún controlaban la frontera pirenaica, les rechazaban argumentando que «se necesitaban armas y no hombres», aunque en realidad lo que temían era que se estuviese formando una «Legión Extranjera» controlada por los comunistas con el fin de aplastarlos.**11** Tras pasar la frontera, los voluntarios eran concentrados en el castillo de Figueres, en espera de que un tren militar les condujera a Albacete. Los que llegaban a Barcelona eran recibidos por el cónsul soviético Antonov-Ovseenko y se les concentraba en los locales del comité ejecutivo del PSUC, en el Hotel Colón.

«En grupos de cien, de doscientos, los voluntarios desembarcaban en la estación de Francia y, luego, en formación militar, subían por las Ramblas. Algunos iban sucios a causa del largo viaje en los topes de los trenes, con sus trajes maltrechos, sus boinas...»**12**

El 12 de octubre llegó a Alicante el vapor *Ciudad de Barcelona* con los primeros 500 voluntarios que el día 10 habían embarcado en Marsella y, por la tarde, continuaron en tren hacia Albacete, adonde llegaron en la madrugada del 13 de octubre.

Albacete, base seleccionada para las Brigadas Internacionales, había sido reconquistada de manos de la Guardia Civil después del levantamiento y fueron precisamente los cuarteles de la Benemérita de la calle de la Libertad los que dieron cobijo a los brigadistas. Aquellos cuarteles, escenario de fusilamientos y represiones, se hallaban en un estado lamentable hasta que un grupo de comunistas alemanes los limpió. La higiene era un problema, en especial para quienes no disfrutaban de unas condiciones físicas saludables a causa de la mala alimentación propia de su condición de parados. Las raciones de judías en aceite contribuyeron, desde luego, a la diarrea que padecieron los voluntarios británicos de clase obrera quienes, como los canadienses y los de Estados Unidos, no estaban habituados a la comida foránea. Nada más llegar, los comunistas alemanes colgaron en su zona un cartel con la consigna «amamos la disciplina», mientras que los franceses pegaban en la suya rótulos advirtiendo de los peligros de las enfermedades venéreas (por falta de antibióticos, éstas iban a cobrarse casi tantas víctimas brigadistas como habían hecho en las milicias.)

En Albacete los brigadistas recibieron su primer adoctrinamiento y sus «uniformes»: habitualmente gorros alpinos de lana o gorras caqui, jerseys gruesos, pantalones bombacho, largos y gruesos calcetines y botas que normalmente no eran del número adecuado. Algunos encontraron uniformes antiguos y los norteamericanos acabaron equipándose como los soldados de infantería de la primera guerra mundial, aunque no les fue fácil encontrar prendas militares de la talla adecuada. Los jefes del Partido Comunista y los comisarios iban vestidos de forma completamente distinta. Solían usar chaquetas de cuero negras, gorros azul oscuro y un cinturón «Sam Browne» con una enorme pistola automática de 9 mm, gran símbolo de estatus de los funcionarios del partido.

La primera arenga que recibieron la pronunció André Marty, el jefe de las Brigadas Internacionales que había encabezado la acción de los voluntarios franceses cuando la defensa de Irún. Marty, un tipo rechoncho, de grandes bigotes blancos, de mofletes colgantes y tocado con una gorra excesiva, era el famoso *mutiné de la MerNoire*.**13** La heroica leyenda que le otorgaba la mitología del partido hizo de él uno de los hombres más poderosos de la Comintern. Casi nadie se atrevía a cuestionar su autoridad. Por aquel entonces estaba desarrollando una manía persecutoria que nada tenía que envidiar a la de Stalin, convencido como estaba de que los agentes «trotsko-fascistas» pululaban a su alrededor y que su deber era exterminarlos. «Se sabe que André Marty actuó con una extrema brutalidad con los desertores, los débiles, los sospechosos. Ciertamente, estuvo obsesionado por la "espionitis", en tanto que su entorno inmediato hormigueaba, se dice, de agentes de gobiernos extranjeros. Una cosa no quita la otra.»**14** Marty llegaría a admitir que había hecho fusilar a unos 500 brigadistas, la vigésima parte de los que murieron en combate.**15**

El comité organizador de las Brigadas Internacionales se transformó el 26 de octubre en comité militar, del que formaron parte Vital Gayman («Vidal») y Carlos Contreras, así como el general Walter. Constanza de la Mora, una aristócrata nieta de Antonio Maura y esposa del jefe de la aviación republicana, Hidalgo de Cisneros, actuó de intérprete. El comité militar se instaló en una villa situada a las afueras de la ciudad y André Marty fue disponiendo la ocupación de diversos edificios públicos de Albacete para las necesidades del servicio. Fue nombrado comandante militar de las Brigadas Internacionales el célebre general «Kléber»,

pseudónimo tomado de un general de la Revolución francesa. Usó otros, como «Manfred Stern», que era el nombre que figuraba en su pasaporte canadiense falso, confeccionado por el NKVD, cuando llegó a España. En realidad era un judío húngaro de elevada estatura y cabellos grises, oficial del ejército bolchevique, que más tarde sería asesinado por orden de Stalin. **16**

En general, los voluntarios de las Brigadas Internacionales hacían la instrucción con poco entusiasmo: habían venido a España para combatir y no para marcar el paso por las calles. Tras la instrucción, los comisarios de batallón daban largas charlas sobre «por qué hemos venido a combatir». Estas charlas iban seguidas por grupos de discusión que los comisarios aprovechaban para «introducir» ideas que después eran «discutidas y votadas democráticamente». De esta forma, las Brigadas Internacionales introdujeron, como había hecho el 5.º Regimiento, el saludo militar a los oficiales. «El saludo es la señal de que un camarada que antes era un individualista egocéntrico se ha adaptado al modo colectivo de hacer las cosas. El saludo es la prueba de que nuestra brigada está en camino de dejar de ser un conjunto de aficionados bienintencionados para convertirse en un instrumento de precisión en la lucha contra el fascismo.»**17**

Aquellos discursos y el «procedimiento democrático» daban a los iconoclastas una ocasión de oro para mofarse, aunque corrían el peligro de ir a parar a la lista negra de los comisarios. Podían convertirse en los primeros sospechosos de «tendencias trotsko-fascistas». Otros escépticos, sobre todo los veteranos de la primera guerra mundial, criticaban sin piedad la «instrucción» y muchos de los voluntarios no eran aptos o ignoraban lo más rudimentario de las acciones militares.

Marty había dicho a los voluntarios que «cuando la primera Brigada Internacional entre en acción, sus miembros estarán adecuadamente entrenados, con buenos fusiles, bien equipados», pero todo ello formaba parte del mito del partido sobre la profesionalidad, ya que, en realidad, hubo que compensar las enormes deficiencias de la instrucción básica de los brigadistas con puro coraje, estimulado por la creencia de que el mundo estaba pendiente de sus acciones. «Las dificultades en la Base eran inmensas. La escasez de armas, equipos, uniformes y de todo lo necesario para formar unidades militares eficaces era muy grave.»

Los hombres que iban a ser enviados contra el ejército de África tenían que parecer expertos para impresionar a las milicias, pero en realidad poco sabían hacer más allá de formar, marchar y dar media vuelta. Muchos de ellos ni siquiera habían empuñado un fusil hasta que estuvieron camino del frente, y los pocos veteranos de la Gran Guerra tuvieron que enseñar a los bisoños a cargar las viejas armas y a encontrar el calibre correspondiente en un revoltijo de municiones. Las milicias habían sufrido también estos inconvenientes, pero no pretendían ser una fuerza de élite que llegaba justo a tiempo de salvar la situación. A pesar de todo, los novatos extranjeros que sintieron un «estremecimiento de pánico» la primera vez que les alargaron un fusil tenían algunas ventajas sobre los milicianos españoles cuando se dirigían al frente: muchos procedían de la industria metalúrgica, estaban habituados a la disciplina de la fábrica, conocían mejor la tecnología moderna, comprendían el valor de las trincheras y, lo que es más importante, en sus filas había algunos hombres que anteriormente ya «habían pasado por aquello». La neutralidad de España durante la primera guerra mundial y, por lo tanto, la falta de experiencia militar, hizo que los milicianos vivieran mucho más dolorosamente su bautismo de fuego. **18**

Los rusos se las arreglaron también para camuflar el número de miembros del Ejército Rojo presentes en España, haciendo que algunos se alistaran como voluntarios en las Brigadas Internacionales, como por ejemplo Kléber, Gal, Copie y Walter, mientras que en el batallón polaco Dombrowski había una dotación importante de oficiales del Ejército Rojo. Como

comandantes de las Brigadas Internacionales fueron enviados a España treinta oficiales soviéticos, y en Tiflis se creó un centro de entrenamiento que tenía capacidad para 60 oficiales de infantería y 200 pilotos.**19**

A los asesores militares soviéticos se les dio la conocida consigna de que se mantuvieran fuera del alcance de la artillería (*podahhe ot artillereiskovo ognial*), de modo que ningún oficial ruso capturado pudiera ser llevado ante el Comité de No Intervención.

Aunque es difícil establecer con exactitud el número de soviéticos presentes en la guerra civil española, normalmente se ha venido aceptando que nunca fueron más de 800 a la vez, e investigaciones recientes sostienen que el total fue como máximo de 2.150 individuos, de los cuales 600 eran asesores no combatientes. Habría también entre 20 y 40 miembros del NKVD y unos 20 o 25 del cuerpo diplomático.**20**

El 16 de octubre, en un telegrama cifrado, Voroshilov, comisario del pueblo para la Defensa, ordenó a Gorev que «enviara asesores para trabajar en divisiones y brigadas».**21** El fatuo Voroshilov, que había adoptado el alias de «El amo» para la Operación X, se moría de ganas de impresionar a Stalin. Sentado en su despacho de Moscú, con un mapa de España sobre la mesa, pretendía controlar los acontecimientos que tenían lugar a miles de kilómetros de distancia. Los asesores, exasperados por su injerencia, empezaron a llamarle con sorna «el gran estratega». **22** Voroshilov enviaba mensajes a Madrid diciéndole al asesor militar en jefe que «utilizara el cerebro y su fuerza de voluntad para que la situación comenzara a parecer diferente». Amenazó a los asesores de mayor nivel con que «si la instrucción mencionada [sobre la concentración de fuerzas para atacar en el frente de Madrid] no se lleva a cabo, se tomarán estrictas medidas disciplinarias contra todos vosotros...».**23**

Lo que pasaba era que muchos de los asesores tenían un nivel tan bajo que su experiencia en el mando era tan nula como la de los oficiales españoles a los que se suponía tenían que aconsejar. El coronel -más tarde mariscal- Rodion Malinovski («Malino») **24** confirmó posteriormente que los asesores de algunos jefes de división eran de bajo nivel. Eran «muy buenos tenientes, espléndidos comandantes de compañía o escuadrón, pero, desde luego, no estaban en condiciones de mandar una división. ¿Cómo se puede aconsejar sobre algo de lo que no se tiene ni idea?» Algunos asesores mostraban, además, escasas dotes diplomáticas para tratar con los oficiales republicanos e «interferían con rudeza en las órdenes de operaciones dadas por los jefes».**25**

Sin embargo, los asesores soviéticos empezaron muy pronto a quejarse en sus informes a Moscú de la incompetencia y dejadez con que tenían que lidiar. «A veces me pican las manos por sacar a alguno de esos hijos de puta de su despacho y estamparlo contra la pared», escribió el general Berzin a Voroshilov. «Nunca antes me hubiera podido imaginar semejante sabotaje impune a las medidas que es preciso tomar, tanto descuido e irresponsabilidad como reinan aquí en el Estado Mayor y en la administración en el frente. La gente no lleva a cabo las órdenes del Ministerio de la Guerra, o hace todo lo contrario, y se queda tan tranquila.»**26**

Uno de los principales problemas que había en las relaciones entre el personal soviético y sus aliados españoles procedía de un choque entre culturas muy diferentes, tanto en lo político como en lo social. Los soldados soviéticos no habían tenido nunca antes ocasión de mezclarse con extranjeros, sobre todo con unos que no estaban de acuerdo con la política estalinista, y aquello les desconcertaba. Un comisario de un batallón de tanques soviético escribió en su informe que la primera «característica específica de la situación local que no hemos sabido tener en cuenta» era que «la gente a nuestro alrededor pertenece a diferentes partidos políticos». Otro problema era la «práctica de consumir alcohol a la vista de todos (se sirve vino en las comidas)». Un cierto número de asesores soviéticos, como era previsible, trató de aprovechar la ocasión. Un comisario de aviación decía que el alcohol «era también

una gran amenaza» para los pilotos soviéticos. «Beber vino en las comidas es una tradición local. Siempre hay vino en nuestras cantinas. Al principio, nuestros hombres se entusiasmaban con ello.»

Al comisario del batallón de tanques también le chocaba la existencia de burdeles legalizados en la España republicana. «Debo mencionar que a cierto número de nuestros camaradas le llevó un tiempo comprender lo peligroso que es acudir a los burdeles. Unos 20 hombres tuvieron trato con prostitutas sin permiso antes del 3 de diciembre- Una vez que el partido cortó esas visitas a los burdeles, la disciplina cambió a mejor de forma notable.» Es evidente que se tomaron pocas precauciones, porque 22 hombres se contagiaron de enfermedades venéreas. El comisario informó también de una «actitud desconsiderada y ofensiva hacia las mujeres: Morkevich, miembro del Komsomol y jefe de un tanque, ofreció 200 pesetas a una mujer, que las rechazó e informó de ello al Comité de Mujeres Antifascistas». **27**

El pequeño grupo de asesores navales soviéticos, encabezado por Kuznetsov, tenía una prioridad absoluta: organizar la llegada segura de los barcos que traían armamento y municiones desde la Unión Soviética. Cada barco se identificaba con un código que consistía en una «Y» seguida de un número, y a cada uno se le marcaba una ruta diferente. Los que zarpaban de Crimea tenían que atravesar los Dardanelos, luego buscar una isla en el mar Egeo para cambiar someramente la identidad del buque, incluido el nombre y la bandera de conveniencia. Se le añadía una chimenea falsa o una superestructura que sirviera para camuflar el perfil del barco. Algunos fingían transportar turistas, con miembros de la tripulación paseando por cubierta con sombreros y haciendo ver que tomaban fotografías. Al capitán se le daban instrucciones de que evitara trayectos largos a la luz del día.

Una vez alcanzado el Mediterráneo central, los barcos «Y» tenían que navegar junto a la costa de África. Sólo viraban al norte, en dirección a Cartagena, cuando estaban a la altura de Argelia. La parte más peligrosa de la travesía era la última, con los submarinos y los aviones italianos patrullando la zona de bloqueo. Cuando les faltaban 48 horas para llegar a destino, el equipo de Kuznetsov, que había seguido el trayecto de cada barco, avisaba a los buques de guerra republicanos para que les escoltaran a puerto. **28**

El primer barco con ayuda militar soviética que llegó a España fue el *Campeche*, que fondeó en Cartagena el día 4 de octubre de 1936. Este primer envío consistió en seis cañones ingleses con 6.000 proyectiles, 240 lanzagranadas alemanes y 100.000 granadas, y 20.362 fusiles con siete millones de balas. El segundo cargamento llegó a Cartagena el día 12 del mismo mes a bordo del *Komsomol* y contenía 50 carros de combate T-26 y algunos vehículos blindados. Los dos cargamentos llegaron justo a tiempo de desempeñar un papel importante en la inminente batalla de Madrid. **29**

16. La batalla de Madrid

El desmoronamiento de las milicias ante el empuje del ejército de África había enardecido a los nacionales y alimentado las expectativas de sus aliados. El fuego concentrado de la artillería, o los ataques desde el aire que llevaban a cabo los cazas Fiat y Heinkel, desmoralizaban sin remedio a los milicianos. Hasta los oficiales regulares temblaban al oír los motores de la aviación.

Hay que recordar, una vez más, que el ejército metropolitano carecía de experiencia de guerra y que la mayoría de sus oficiales no había estado al mando de tropas ni siquiera en maniobras. Esta falta de adiestramiento, así como el instintivo disgusto que muchos de ellos sentían por el sistema de milicias, contribuyó a que la retirada de las tropas republicanas desde Extremadura rozara el caos. Dado que muchas veces el mando, que se hallaba en la retaguardia, se retiraba sin advertirlo a las unidades de vanguardia, no es extraño que muchos grupos de milicianos quedaran aislados y al albur de las fuerzas enemigas. Una estructura de mando formal no hubiera podido coordinar mejor los diferentes sectores, por muy eficiente que hubiera sido, porque los sistemas de comunicación eran prácticamente inexistentes. Los comandantes enviaban con frecuencia órdenes que no se atenían a lo que realmente estaba sucediendo sobre el terreno, por *ÍQ* que eran ignoradas. Además los celos profesionales empeoraron las cosas. Cipriano Mera dijo que si la guerra no hubiera sido tan trágica habría sido cómico asistir a los ataques que los mandos militares se hacían entre sí por razones personales y por cuestiones de prestigio.¹ Los informes que se recibían en Alemania decían que a Madrid ya no le quedaban alimentos y que la ciudad carecía de defensas antiaéreas y de fortificaciones, que los milicianos estaban armados de forma precaria, con viejos fusiles de distintos calibres, y que disponían de muy pocas ametralladoras en condiciones de ser utilizadas. Los cazas y bombarderos republicanos, básicamente Dewoitine y Potez franceses, no eran enemigos para los Heinkel y los Fiat.

Sin embargo, el general Carlos Masquelet había diseñado un frente de contención basado en cuatro líneas concéntricas de resistencia, de carácter discontinuo, pero reforzadas en los cruces de carreteras más importantes.²

La aproximación de los nacionales a Madrid empezó a finales de la primera semana de octubre de 1936. El ejército de África lanzó un ataque en tres frentes: hacia el norte desde Toledo, hacia el nordeste por la carretera de Navalcarnero y Móstoles, y hacia el este desde San Martín de Valdeiglesias. La estructura de mando de las columnas que atacaban Madrid era compleja. A Mola se le había encomendado oficialmente el mando de la operación, en lo que parece haber sido una calculada jugada de Franco.³ El coronel Várela estaba al mando de las tropas coloniales y Yagüe, que se había reincorporado al ejército de África tras su disgusto con Franco, ocupaba una posición subordinada a aquél. Las columnas, compuestas por unos 10.000 hombres, estaban mandadas por los tenientes coroneles Carlos Asensio, Fernando Barrón, Heli Rolando de Telia, Delgado Serrano, el comandante Castejón y el coronel Monasterio con la caballería.

El flanco izquierdo del ataque fue reforzado con 10.000 efectivos del ejército de Mola, compuesto por requetés, falangistas y tropa regular. Los nacionales se habían propuesto entrar en Madrid el 12 de octubre, «Día de la Raza», y Mola había dicho, fanfarrón, que aquel día tomaría café en la Gran Vía. El Estado Mayor de Franco lo dispuso todo para la entrada triunfal de los nacionales en la capital de España, aunque luego el ataque tuvo que demorarse. La toma de Madrid, que a los nacionales les parecía cosa hecha, no iba a significar solamente un golpe psicológico mortal para los republicanos, sino que comportaría que las potencias extranjeras reconocieran derechos de beligerancia a las dos partes.

El 18 de octubre, el Estado Mayor Central republicano dio órdenes de que se constituyeran en seguida las seis primeras «brigadas mixtas». Aunque, salvo en Madrid, el decreto no entró inmediatamente en vigor, esta decisión del Gobierno supuso el primer paso importante para reconvertir las columnas de milicias en un ejército formal, el ejército popular de la República. El decreto disponía que cada brigada mixta contara con 4.000 hombres repartidos en cuatro batallones de infantería y un número variable de apoyo artillero, de ametralladoras y de servicios, en lo que no dejaba de ser una optimista concesión al lenguaje, porque el Gobierno hablaba de «brigadas» y «batallones» cuando sus fuerzas estaban diezmadas por las fuertes bajas sufridas durante el repliegue hacia Madrid.

Sea como fuere, se constituyeron las brigadas que se hicieron depender de la División Orgánica de Albacete, a las órdenes del coronel Segismundo Casado: la primera estaba bajo el mando del comandante de milicias Enrique Líster; la segunda la mandaba el comandante Jesús Martínez de Aragón; la tercera, compuesta por carabineros, estaba a las órdenes del comandante José María Galán; la cuarta la mandaba un capitán de infantería, Eutiquiano Arellano, y estaba formada por soldados de leva; la quinta, también de carabineros, la mandaba Fernando Sabio, y la sexta, de militares de reemplazo y con sede en Murcia, estaba a las órdenes de Miguel Gallo Martínez. Pocos días después se constituyeron en Albacete las Brigadas Internacionales XI y XII, al mando de Kléber y Lukács, respectivamente. En poco tiempo, el ejército de la República llegó a un contingente de 80.000 nombres, muchos de los cuales habrían de soportar el peso de la defensa de Madrid.

En aquellos poco prometedores momentos llegó al frente de Madrid Alexander Rodimtsev, quien había de ser uno de los comandantes seis años después. Venía en camión desde Albacete, y cada vez que su vehículo se detenía, la chiquillería admiraba los uniformes de los soldados y acariciaba las fundas de sus pistolas- El convoy había sufrido un ataque aéreo y todos los ocupantes habían saltado de los camiones maldiciendo en diversas lenguas. En Madrid, Rodimtsev se presentó en el Ministerio de la Guerra acompañado de un intérprete. Allí le recibió el general Pozas, jefe del ejército del Centro, ex jefe de la Guardia Civil y futuro miembro del Partido Comunista, quien le advirtió que entre los milicianos la disciplina era escasa. Los soldados abandonaban el frente y se iban a casa cuando les venía en gana.

Rodimtsev visitó el frente, donde halló a una joven que manejaba una ametralladora y a dinamiteros anarquistas con arreos llenos de bombas de mano. Uno de ellos disparó un tiro al aire y le exigió la documentación. Rodimtsev había sido adscrito a la brigada de Líster, que tenía su cuartel general en un pueblo abandonado. Algunos miembros del Estado Mayor estaban haciendo la siesta. Otros, tumbados en el prado, tarareaban una melodía triste. De pronto apareció su comandante:

Líster era fornido y moreno -escribió Rodimtsev-. Tenía una frente ancha y pronunciada, cabello negro, largo, con las puntas teñidas por el sol. Cuando sonreía, los hoyuelos de sus mejillas daban a su rostro un aire afable y un poco aniñado. Líster me dijo en un ruso con ligero acento español: «Hola, Pablito. Te estaba esperando. Me llamaron por teléfono esta mañana para decirme que venías». Me presentó a su comisario y a sus oficiales. Todos me palmearon la espalda y me estrecharon la mano con fuerza. Todos sabían algunas palabras rusas. «Ven aquí. Tómate un café. Echa un pito.» Líster me susurró al oído que fuera con cuidado: podía haber quintacolumnistas.⁴

En un esfuerzo por mejorar la defensa de Madrid, Largo Caballero promulgó, durante la segunda quincena de octubre, una serie de decretos ampliando la movilización de reclutas pero, pese a ello, una gran parte de la población madrileña aún veía la guerra como algo remoto: «Dejando aparte unas pocas excepciones ... la gente no se tomaba la guerra en serio. El puñado de miles de militantes que estaban en el frente sabían qué era lo que estaba en

juego, pero la mayoría se quedó en Madrid, la mar de satisfecha con lo que se había hecho, contenta con su papel de espectadores complacidos...».**5** Muchos milicianos emboscados, que alargaban eternamente el servicio de guardia en la ciudad como excusa para no ir al frente, se saltaban a la torera las disposiciones oficiales. El propio presidente del Consejo no podía olvidar las viejas rencillas y se negaba a asignar obreros ugetistas de la construcción para cavar trincheras por temor a que se pasaran a la CNT. Y, sin embargo, el ritmo del avance de los nacionales era tan rápido que el día 18 de octubre ya habían llegado a Illescas y días después la columna de Heli de Telia, apoyada por la caballería de Monasterio, ocupó el importantísimo nudo de comunicaciones de Navalcarnero, a 30 kilómetros de Madrid. Ante la voz de «copo», y la presencia de las tanquetas Ansaldo de tres toneladas, los milicianos huyeron en desbandada y abandonaron la triple línea de trincheras que envolvía el pueblo por el norte, el oeste y el sur.

En sus últimas instrucciones para el ataque final a Madrid, Franco pedía concentrar toda la atención y todos los medios de combate disponibles a fin de precipitar la caída de la capital. «Por lo tanto, dispongo que a este objetivo principal se subordinen los futuros planes de operaciones.»**6** Los generales rebeldes no eran los únicos que creían en la rápida caída de Madrid: los diplomáticos y los periodistas extranjeros coincidían en que nada iba a poder contener el avance del ejército de África, reforzado por las escuadrillas de la Luftwaffe y la Aviazione Legionaria italiana. El gobierno de la República parecía estar paralizado por una extraña mezcla de actividad frenética y dejadez inercial. Abundaban sus denuncias sobre los sabotajes que debían estar llevando a cabo los simpatizantes de los fascistas emboscados en puestos oficiales pero, aunque fueran ciertas, tales acusaciones sólo servían para desviar la atención sobre la ineficacia gubernamental.

El 23 de octubre, aviones Junker 52 bombardearon Getafe y, por primera vez, la ciudad de Madrid. Las bombas que cayeron en Preciados, en Fuencarral o en la calle de la Luna hicieron una sarracina, e una cola de mujeres que intentaban comprar alimentos «sólo que eran trozos de carne quemada, hacinamiento de cadáveres».**7** El día 27 los nacionales tomaron Torrejón de Velasco, Seseña, Torrejón de Ardoz y Griñón. Al día siguiente, Largo Caballero, en una arenga hecha al ejército del Centro, reveló insensatamente a los franquistas los movimientos militares que la República iba a llevar a cabo para derrotarlos:

¡Escuchadme, camaradas! Mañana, 29 de octubre, al amanecer, nuestra artillería y nuestros trenes blindados abrirán fuego contra ellos. Enseguida aparecerá nuestra aviación lanzando bombas contra el enemigo y desencadenando el fuego de sus ametralladoras. En el momento del ataque aéreo, nuestros tanques van a lanzarse sobre el enemigo por el lado más vulnerable, sembrando el pánico en sus filas... ¡Ahora tenemos tanques y aviones, adelante camaradas del frente, hijos heroicos del pueblo trabajador! ¡La victoria es nuestra!**8**

En efecto, los quince carros de combate T-26 **9** del capitán Pavel Arman se lanzaron a la reconquista de Seseña constituyéndose en la punta de lanza de un ataque de la primera brigada mixta mandada por Líster. Cogidos por sorpresa, los infantes nacionales retrocedieron y la caballería de Monasterio sufrió numerosas bajas, aunque los regulares consiguieron poner fuera de combate a algunos tanques aislados con botellas llenas de gasolina, en lo que fue el estreno en España del cóctel Molotov. Aunque Pavel regresó eufórico a su base, la realidad es que perdió el 20 por 100 de sus tanques y no consiguió el principal objetivo de la operación, que era romper el frente enemigo, en parte porque la infantería de Líster no pudo seguir el ritmo de los tanques y se quedó retrasada. Se perdieron tres tanques con sus dotaciones, pero a Arman se le nombró héroe de la Unión Soviética.**10**

El 30 de octubre, el Ministerio de la Guerra decretó la militarización de todos los varones de entre veinte y cuarenta y cinco años de edad, pero la República no declaró formalmente el

estado de guerra para que los rebeldes no obtuvieran el estatuto de beligerantes. Aquel mismo día, 60 niños de una escuela de Getafe murieron bajo las bombas de los aviones nacionales:

Yacen en filas dispuestas
como farolillos caídos
tras una noche de alboroto
apagados por el seco aire de la mañana.**11**

Pocos días después, Largo Caballero, con el apoyo de los partidos que integraban el Frente Popular, pidió de nuevo a los anarquistas que entrasen en su gobierno con el fin de darle toda la representatividad posible y, por supuesto, para incorporar al Estado las fuerzas de los antiestado. El único que disintió fue el presidente Azaña, cuyo intenso disgusto por los anarquistas se remontaba al episodio de Casas Viejas, que había conducido a la caída de su primer gobierno.

Una vez más los dirigentes de la CNT-FAI se veían enfrentados a un dilema fundamental. Estaban seguros de que el Estado no podía cambiar su naturaleza fuese cual fuese la política de sus dirigentes, pero les preocupaba el creciente poder que ostentaban los rusos y el aumento de las fuerzas comunistas. Como escribiría más tarde Federica Montseny a Burnett Bolloten: «En aquel momento no veíamos más que la realidad de la situación que se nos creaba: los comunistas en el gobierno, nosotros fuera de él y muchas posibilidades y todas las realizaciones comprometidas».**12**

La CNT-FAI exigió cinco ministerios, incluidos los de Hacienda y Guerra, con el fin de protegerse en las dos áreas en las que los anarquistas se sentían más vulnerables, pero se contentó con cuatro carteras menores: Sanidad (que antes había sido sólo una dirección general), Justicia, Industria y Comercio. Los sindicalistas «reformistas», como Horacio Prieto, secretario del Comité Nacional de la CNT, Joan Peiró, nuevo ministro de Industria, y Juan López, que fue nombrado ministro de Comercio, convencieron a los «puristas» de la FAI de la necesidad de aceptar el compromiso. Federica Montseny dejó a un lado sus recelos y las advertencias de su padre (el mítico publicista anarquista «Federico Urales») para convertirse en la primera mujer ministra de España. Como era de esperar, García Oliver fue un ministro de Justicia nada convencional: abolió las tasas legales e hizo destruir todos los ficheros de delincuentes.

Cuando apenas habían tomado posesión de sus cargos los ministros de la CNT, Largo Caballero convocó una reunión del Consejo en la mañana del 6 de noviembre para informar que el Gobierno se trasladaba a Valencia. El presidente Azaña ya había abandonado sigilosamente la capital camino de Barcelona y la mayoría de los ministros, especialmente Prieto y el mismo Largo Caballero, estaban convencidos de que la caída de Madrid era inminente. Los argumentos que se esgrimieron en el Consejo iban en la dirección de que si entraban los facciosos en la capital y detenían al Gobierno, la República se quedaba sin dirección legal, con lo que los rebeldes obtendrían el reconocimiento instantáneo por parte de los gobiernos extranjeros. (De hecho, la mera caída de la capital ya habría tenido esa consecuencia, y, por otra parte, los miembros del Gobierno bien habrían podido esperar hasta el último momento para escapar, ya que el aeródromo de Barajas no estaba amenazado por las fuerzas enemigas.) Los nuevos ministros de la CNT-FAI se opusieron decididamente al plan de Largo Caballero diciendo que no se podía abandonar a los defensores de Madrid, pero, solos en su protesta, tuvieron que plegarse a la decisión de que la capital fuese dirigida por una junta de defensa en ausencia de la administración del Estado. Al general Pozas se le

confió el mando del ejército del Centro, mientras que el general Miaja era nombrado jefe de la Junta de Defensa de Madrid.**13**

En la noche del 6 de noviembre, el Gobierno, con sus documentos y sus archivos empaquetados y cargados en un enorme convoy de camiones, se dirigió a Valencia. Los temores de que la carretera pudiera estar cortada por una avanzadilla enemiga eran infundados; lo que sucedió en realidad fue que los milicianos de la CNT detuvieron el convoy en Tarancón. Los anarquistas arrestaron a Alvarez del Vayo, al general Pozas, a Juan López y al general Asensio (el subsecretario de Guerra que tenía fama de haber discriminado a las milicias anarquistas) por desertión ante el enemigo. También pararon al embajador de la Unión Soviética para decirle lo que pensaban ellos del comunismo. Finalmente, Horacio Prieto consiguió convencer a los milicianos para que dejaran pasar el convoy. «A un tiro de fusil de la capital, su autoridad [la del Gobierno] se extingüía y la suplantaban, con la suya de militares en libertad, los jefes de columna o los sargentos de piquete.»**14**

El efecto que produjo la huida del Gobierno fue desastroso. La actitud de los anarquistas viró de inmediato y los ecos de su «¡Viva Madrid sin gobierno!» retumbaron, multiplicándose, en la atmósfera libertaria que se apoderó de la ciudad. Reapareció la sensación de urgencia que había caracterizado los primeros días del levantamiento. Los comunistas llamaron a la formación de comités locales, a los que no hacía tanto se habían opuesto resueltamente. El establecimiento de la Junta de Defensa de Madrid representó una vuelta a la fragmentación del poder que se había producido en julio. Consignas que unos días antes eran tabú volvieron a aparecer en los labios de todos los cuadros del partido. El impulso instintivo de defender la ciudad contra «los fascistas y sus moros» se apoderó de la población, la ente se vio emulando la defensa de Petrogrado contra los Blancos en la guerra civil rusa y en los cines se proyectaron sin cesar películas del estilo de *Los marineros de Kronstadt* o *El acorazado Potemkin*. Dolores Ibárruri, «Pasionaria», llamaba sin descanso a la resistencia por la radio y en los mítines de masas.

Como había sucedido en Barcelona, en julio, la decisión popular de defender Madrid enardeció a las masas. El terror y el odio que las tropas coloniales despertaban en los madrileños hicieron que el pánico se trocara en fiera resistencia. En la plaza de Atocha colgaron un gran cartel en el que podía leerse: «En Badajoz los fascistas mataron a 2.000 personas. Si entran en Madrid, matarán a media ciudad». Mujeres y niños formando cadenas humanas se pasaban de mano en mano piedras y adoquines para construir barricadas. En el amenazado flanco occidental de la ciudad se cavaron trincheras y en Carabanchel se adecuaron las viviendas para la lucha calle por calle.

Cuando empezaron los combates en los suburbios del sur de Madrid, las masas se movilizaron. Los obreros del metal acuñaron el eslogan «Cada sindicato una milicia, cada sindicalista un miliciano», UGT y CNT constituyeron batallones de ferroviarios, barberos, sastres, maestros de escuela, tipógrafos... Se requisaron transportes y edificios y, al igual que había ocurrido en Barcelona, el Hotel Ritz fue convertido en comedor para indigentes y refugiados. La Junta se instaló en el palacio de Juan March, donde los mecanógrafos trabajaban bajo las enormes arañas de cristal de la sala de baile, que se mecían peligrosamente sobre sus cabezas con los bombardeos y el fuego de artillería. La Junta de Miaja era una organización *suigeneris*. Casi todos sus miembros eran jóvenes (la «guardia infantil de Miaja») y enérgicos, al contrario de Miaja, que era viejo, miope, locuaz, voluble... y escasamente revolucionario. De hecho, había sido miembro de la Unión Militar Española, que tan importante papel había jugado en los planes iniciales de la rebelión militar. Sin embargo, le encantaba la popularidad y era muy sensible a la lisonja. Los comunistas le elevaron a la categoría de héroe de Madrid, dándole un tratamiento idealizado en su prensa. Miaja,

emocionado, se hizo miembro del Partido Comunista para corresponder a tanta devoción, aunque parece que lo suyo era apuntarse a cuanto organización política se le ponía por delante. Azaña se sonreía, malévolo, ante el «comunismo» de Miaja: «iDe dónde le habrá venido a Miaja el comunismo, cuando hace cuatro años, siendo yo ministro de la Guerra, me decía que era muy republicano, pero que con los socialistas no podía transigir y había que fusilarlos!».15

El embajador soviético, Marcel Rosenberg, advirtió claramente sobre lo que iba a deparar el futuro cuando impuso su veto a que entraran en la Junta representantes del POUM, ignorando el principio de paridad política que tanto había beneficiado a los comunistas. El embajador dejó bien claro que si se incluía en la Junta a los «trotskistas» (Andreu Nin, en realidad, había roto con Trotsky, que era muy crítico con el POUM) peligraba el envío de armas desde Rusia. La cuestión del «orden público» en Madrid iba a adquirir tintes inquietantes, ya que algunos miembros del NKVD se quedaron en la capital cuando el resto del personal no militar soviético la había abandonado. Mola ayudó a empeorar las cosas con su famosa «quinta columna», expresión con la que se refería a los nacionales emboscados en Madrid (las otras cuatro eran la de África, la de Valladolid, la de Pamplona y la de Zaragoza). No es sorprendente que semejante ligereza de Mola desatara el pánico a la traición desde dentro. La Guardia Nacional Republicana, cuya rebelión en Badajoz al aproximarse las tropas de Yagüe estaba viva en la memoria, fue purgada a modo. Otro tanto se hizo con los guardias de Asalto, que luego fueron enviados a Valencia. El 5.º Regimiento comunista tomó el control de la inmensa mayoría de los operativos de seguridad y el día 6 de noviembre Santiago Carrillo fue nombrado consejero de Orden Público. Se desencadenó entonces una avalancha de detenciones y ejecuciones sumarias que nada tuvieron que envidiar a las de julio y agosto.

No cabe ninguna duda de que había en Madrid muchos simpatizantes de los nacionales, pero la inmensa mayoría de los ataques que se atribuían a la «quinta columna» procedía en realidad de una población asustada que se equivocaba al interpretar la dirección del fuego de ametralladoras o que confundía los obuses de la artillería con «granadas arrojadas desde las ventanas». Pero los soviéticos, llenos de sospechas como buenos estalinistas, contagiaban su paranoia a sus obedientes camaradas madrileños, ya bastante excitados por las bravuconadas radiofónicas de Queipo de Llano sobre las acciones de la quinta columna. La «espionitis» alcanzó su cénit cuando se llegaron a cortar las líneas telefónicas para impedir que los simpatizantes de los nacionales se comunicaran con los servicios de inteligencia del ejército de África que atacaba la ciudad. Las actividades, reales e imaginadas, de la «quinta columna» no pueden, sin embargo, justificar la decisión de sacar y fusilar en Paracuellos del Jarama, adonde fueron conducidos en autobuses de dos pisos, a 970 presos de la cárcel Modelo, algunos de ellos dirigentes nacionales.16

Tal decisión se tomó el día 8 de noviembre, a las 10,30 horas, durante una reunión entre representantes de la Juventud Socialista Unificada y de la federación local de la CNT para llegar a un acuerdo sobre lo que había que hacer con los presos. El acta correspondiente a esta reunión refleja así lo acordado:

A continuación da cuenta [la federación local] de los acuerdos que han tenido con los socialistas que tienen la Consejería de Orden Público sobre lo que debe hacerse con los presos, habiendo tomado el acuerdo de dividirlos en tres grupos, a saber:

Primer grupo. Fascistas y elementos peligrosos. Ejecución inmediata, cubriendo la responsabilidad. Segundo grupo. Detenidos sin peligrosidad, su evacuación inmediata al penal de Chinchilla. Con todas las seguridades.

Tercer grupo. Detenidos sin responsabilidad, su libertad inmediata con toda clase de garantías sirviéndonos de ello como instrumento para demostrar a las Embajadas nuestro humanitarismo.17

No hay ninguna constancia de que la Junta de Defensa, Miaja ni, mucho menos, el gobierno de Valencia tuvieran información alguna sobre esta decisión tomada por dos fuerzas políticas por su cuenta: «Las organizaciones que han llegado a un compromiso están dirigidas por Santiago Carrillo y Amor Núñez. Los dos tienen veinte años.» El acuerdo costará la vida a cientos de personas.**18**

Se ha dicho que esta política de «firmeza» desbarató una revuelta de la quinta columna en la ciudad, pero, aunque no hay duda de que los partidarios de los nacionales eran muchos, no parece que hubiesen dispuesto de las armas necesarias para llevar a cabo, con éxito, tal acción.

Mientras tanto, iban refugiándose en la capital unidades de milicianos que llegaban desmoralizadas y exhaustas, creando enormes problemas de abastecimiento. Algunos habían huido sin más, apoderándose incluso de ambulancias para escapar de los moros, pero otros resistieron a las columnas con fiero coraje, entorpeciendo su avance. A veces parece que el colapso de los milicianos fue exagerado a posta por los periodistas, atentos tan sólo a relatar el pánico de los que huían, pero lo cierto es que el 2 de noviembre los nacionales ya estaban en Villaviciosa de Odón, Móstoles, Fuenlabrada y Pinto, y el 4 se apoderaron de Alcorcón, Leganés y Getafe, incluido el aeropuerto militar. Várela declaró a la prensa que ya podían anunciar al mundo que Madrid sería conquistada aquella misma semana. El ABC de Sevilla de ese día decía: «Estamos a 4,60 pesetas de taxi de Madrid». Los nacionales comenzaron a organizar un convoy de suministros para atender a las necesidades alimentarias de la población una vez se apoderaran de la ciudad. Hasta el cauteloso Franco pensó que la caída de Madrid estaba tan cerca que permitió una línea de escape para lo que él suponía acorraladas tropas republicanas. Por eso no se tomó ninguna disposición para dirigirse a Vallecas y cortar la carretera de Valencia, decisión que los nacionales habrían de lamentar largamente.

Pese a la trágica situación de los republicanos, en aquellos días se produjo un acontecimiento que elevó en muchos grados la moral de las milicias: empezó a llegar la ayuda rusa. Maisky, embajador soviético en Londres y representante ante el Comité de No Intervención, ya había declarado, el 28 de octubre, que su país no se sentía más ligado por el acuerdo de lo que pudieran sentirse Alemania, Italia o Portugal. La primera remesa de ayuda rusa incluía los cazas 1-15, Chatos, y los 1-16, Moscas. El 29 de octubre 30 bombarderos ligeros Katiuska, que acababan de llegar, habían atacado Sevilla, y el 3 de noviembre el cielo de Madrid vio por vez primera las evoluciones de los Chatos. Al día siguiente dispersaron una formación de cazas Fiat y demostraron ser superiores a los Heinkel 51. Las calles de Madrid estaban llenas de gente que, mirando al cielo, lanzaba gritos de triunfo cada vez que veían caer un aparato, que siempre suponían era enemigo. No sabían que a los cazas soviéticos en el sector de Madrid se les había ordenado «librar combates sólo sobre territorio propio, y que sólo se adentraran en zona enemiga lo justo para que, en caso de parada de motor, pudieran planear hasta nuestras líneas».**19**

El día 5 de noviembre, Várela tenía 15.000 hombres apostados en los alrededores de Madrid y debía decidir su estrategia de asalto. Se le presentaban tres opciones: atravesar el río Manzanares por Villaverde y atacar por Vallecas y Vicálvaro; pasar el río por Puerta de Hierro y entrar en la ciudad por la Dehesa de la Villa; o fijar a los republicanos en el sur y atacar por la Casa de Campo y la Ciudad Universitaria para penetrar en Madrid por Cuatro Caminos. Esta última opción era la que permitía el ataque sin tener que atravesar las barriadas populares, repletas de obreros que hubieran defendido a sus familias y sus casas. Al día siguiente, Várela transmitió sus órdenes de operaciones para el día 7: había que llevar a

cabo un ataque demostrativo entre el puente de Segovia y el de la Princesa para atraer las defensas enemigas a aquella zona y situar la masa de maniobra a lo largo de la línea que va desde la Ciudad Universitaria hasta la plaza de España. La columna Castejón tenía que proteger el flanco izquierdo, tomando un arco definido por el kilómetro tres del ferrocarril Madrid-Irún y el hospital Clínico, y ocupar el Cerro de Garabitas y parte de la Casa de Campo. Asensio, con su columna, debía avanzar por el centro de la cuña hacia la zona de Rosales y Princesa desde el parque del Oeste. A Delgado Serrano se le ordenaba dirigirse a la calle Ferraz y a la plaza de España. La caballería motorizada ligera italiana y los carros Panzer Mark I que mandaba el coronel Von Thoma les apoyarían.

El 6 de noviembre, el día que el Gobierno salió en dirección a Valencia, el general Miaja estableció su cuartel general en el Ministerio de Hacienda. El jefe de su Estado Mayor era el teniente coronel Vicente Rojo, un soldado profesional concienzudo que gozaba de gran prestigio y era «uno de los miembros más competentes del ejército español», como reconocieron sus propios enemigos.**20** Pero ninguno de los dos sabía, en realidad, de cuántas fuerzas disponían, ni siquiera quienes las mandaban exactamente. Muchos oficiales, aprovechando la confusión, habían abandonado la ciudad y otros, incluido el jefe de operaciones, se habían pasado a los nacionales. Hasta las órdenes que recibió Miaja del Gobierno eran contradictorias, ya que le exhortaban a resistir a toda costa pero al mismo tiempo le daban instrucciones detalladas para la retirada hacia Cuenca.

En el ministerio se encontraba también el general Gorev, considerado por algunos historiadores militares como el verdadero jefe de la defensa de Madrid. Uno de sus oficiales, el coronel Nikolai Voronov, controlaba la artillería, aunque, debido a la increíble incompetencia del Ministerio de la Guerra, pocas baterías disponían de munición.**21** Tanto él como sus iguales españoles establecieron su puesto de observación en lo alto de la Telefónica, un edificio sobre el que se abatieron más obuses de la artillería nacional que sobre ningún otro. Aquel edificio, que era propiedad de la ITT norteamericana, se convirtió por una ironía del destino en el símbolo de la resistencia de la izquierda, a la vez que en los pisos inferiores el presidente de la ITT, Sosthenes Benn, departía con los periodistas tomando un coñac mientras esperaban la llegada de Franco (según el intérprete de Hitler, Paul Schmidt, ya tenía preparado un banquete para agasajar a los conquistadores) .**22**

Con las tropas franquistas desplegadas en un arco que iba desde Majadahonda hasta Vallecas, la prensa internacional comenzó a informar sobre «las últimas horas de Madrid». El corresponsal de *L'illustration*, el periodista Jean-Clair Guyot, escribió: «A la hora en que transcribo estas notas no sólo el ejército de Franco puede contemplar la imponente masa de la capital española, sino que sus vanguardias ya alcanzan los barrios extremos de la ciudad. La victoria decisiva es inminente». Su colega y compatriota León Bailby era de la misma opinión: «No se puede hacer nada contra esta verdad evidente. Madrid será tomada muy pronto. Y eso será la victoria final de los nacionales».**23**

Otros periodistas enviaron incluso detalles de lo sucedido durante la toma de la ciudad con el fin de adelantarse a sus competidores. La radio portuguesa retransmitía detalles coloristas de la triunfal entrada de Franco en Madrid, montado en un caballo blanco, y hasta llegaba a decir que José Antonio se había evadido de la cárcel de Alicante y marchaba sobre Madrid al frente de una columna compuesta por varios miles de paisanos.**24** El general Miaja quedó estupefacto al recibir los telegramas de felicitación que enviaban a Franco los gobiernos de El Salvador y Guatemala. Los nacionales y sus aliados no tenían la menor duda sobre su triunfo. Según el corresponsal del *Daily Telegraph*, los requetés corrían hacia la ciudad para estar presentes cuando entrara Franco. En la retaguardia se habían constituido ya tribunales de guerra y se habían destinado a cada distrito de la ciudad destacamentos de guardias civiles

para llevar a cabo las detenciones de rojos. Hasta el prudentísimo general Franco había declarado que el día 7 de noviembre oiría misa en Madrid y había dado órdenes a su Estado Mayor para que proporcionara medios de transporte a los dignatarios eclesiásticos.

El mundo aguardaba el resultado de una «batalla decisiva» entre el progreso y la reacción, o entre la civilización y la barbarie roja, dependiendo de quien opinara. Los liberales y la izquierda de todo el mundo creían que el fascismo internacional tenía que ser derrotado en Madrid antes de que Europa se hundiera en una glaciación totalitaria, mientras que los conservadores veían en la toma de Madrid la ocasión de detener la oleada comunista.

En aquellos momentos cruciales para el destino de la batalla, los defensores recibieron la inesperada ayuda de un hallazgo afortunado. El 7 de noviembre, un día antes del ataque decisivo, un destacamento de milicianos registraba el cadáver de un oficial sublevado -el capitán Vidal-Quadras- que se hallaba en el interior de un tanque italiano fuera de combate. En su guerrera encontraron las órdenes de operaciones emitidas por Várela el día 6, cuyo texto decía, entre otras cosas: «Atacar para fijar al enemigo en el frente comprendido entre el puente de Segovia y el puente de Andalucía, desplazando el núcleo de maniobra hacia el noroeste para ocupar la zona comprendida entre la Ciudad Universitaria y la plaza de España, que constituirá la base de partida para avances sucesivos en el interior de Madrid». **25**

Ahora que sabía que el ataque a Carabanchel no era más que una tinta, el Estado Mayor del ejército republicano trasladó el grueso de sus tropas a la Casa de Campo y organizó las posiciones defensivas para la mañana siguiente. Los miembros de la UGT que no estaban en las Milicias se concentraron en las casas del pueblo y los de la CNT en los ateneos libertarios antes de dirigirse al frente como fuerzas de reserva. Ellos y todos los demás, incluidos los refugiados del suroeste, aguardarían en grupos situados inmediatamente detrás de la línea de fuego, preparados para precipitarse a recoger las armas de los que cayeran en el combate. La presencia reconfortante de semejante número de camaradas tuvo que ser como una inyección de coraje para los defensores de Madrid, aunque aquella noche algunos centinelas bisonños, aterrorizados por las sombras, abrieron fuego, lo que, inevitablemente, condujo a un tiroteo enloquecido en toda la zona que hizo que se desperdiciasen muchas municiones. Cosa grave, porque los republicanos sólo contaban con menos de diez cartuchos por fusil, y es que los oficiales del Ministerio de la Guerra que habían abandonado la ciudad no habían dejado dicho dónde se encontraban los depósitos de munición.

Tal como estaba previsto en las órdenes de Várela, el día 7 por la mañana la columna Castejón atacó en la Casa de Campo, pero los milicianos resistieron bravamente todas las embestidas, causando una mortandad considerable entre los regulares e hiriendo gravemente al propio Castejón. En la mañana del 8 de noviembre las fuerzas de asalto que mandaba Yagüe atacaron protegiéndose bajo los árboles bajos de la Casa de Campo, tras la contundente acción de la artillería que machacaba las defensas republicanas en la orilla izquierda del Manzanares, desde Puerta de Hierro hasta el puente de la Princesa. Al mismo tiempo las columnas más reducidas de Barrón y Telia se dirigieron hacia Carabanchel en su maniobra de diversión, deteniéndose en los puentes de Segovia y Toledo.

Miaja, tras conocer la realidad del plan de los rebeldes, había dejado en Carabanchel sólo 12.000 de los 40.000 hombres que tenía allí; el resto tomó posiciones en la Casa de Campo. Esta masa heterogénea de milicianos, entre la que se encontraba un batallón de mujeres en el puente de Segovia, compuesta por carabineros y soldados de leva, y apoyada por voluntarios carentes de toda instrucción militar, era el doble que sus oponentes. Pero eso no empequeñece su triunfo en aquella batalla, si tenemos en cuenta la enorme diferencia en experiencia y armamento. Probablemente menos de la mitad de los defensores republicanos había participado antes en combates y muchos de ellos había aprendido a armar el cerrojo y

disparar un fusil la tarde anterior. Muchos no tenían ni idea de lo que debían hacer cuando se les encasquillaba el arma, operación harto difícil incluso para dedos acostumbrados a ella. Y, sin embargo, aquel día las columnas nacionales de asalto fueron detenidas en el ángulo occidental de la ciudad, en lo que fue una gran victoria psicológica. El ejército de África había dejado de ser invencible. El júbilo de los defensores de Madrid se redobló cuando aquella misma noche llegó a la Casa de Campo la primera de las Brigadas Internacionales.

La llegada de la XI Brigada Internacional, mandada por el general Kléber, tuvo un poderoso efecto en la población de Madrid, puesto que se la consideraba la mejor de todas. Su agilidad, su disciplina en cuanto al uso de las municiones, su disposición a cavar trincheras iban a tener una influencia muy positiva entre los milicianos. El periodista de la CNT Eduardo de Guzmán recordaba que «la llegada de las Brigadas Internacionales nos impresionó a todos. Y aquella que era la primera, la número XI, era la mejor de todas. Eran revolucionarios que luchaban magníficamente ... En cierto modo enseñaron a las milicias a luchar. Hicieron algo que antes no se le había ocurrido a nadie: cavar hoyos de protección...». **26** Cuando los 1.900 hombres de la brigada desfilaban por la Gran Vía, los madrileños gritaban jubilosos «¡Vivan los rusos!», creyendo erróneamente que eran las fuerzas de infantería correspondientes a los cazas de aviación. «Entre los asistentes había muchas ancianas -escribió un serbio llamado Dobrolovski que usaba el *nom deguerre* de Karl Anger -. Con una mano se enjugaban las lágrimas, mientras levantaban la otra, con el puño cerrado, saludando al estilo del Frente Popular ... Esas ancianas con los puños cerrados nos llenaron de valor y de entusiasmo.» **27**

La determinación y el valor casi suicida de la XI Brigada Internacional, especialmente por lo que se refiere a sus integrantes alemanes, están fuera de toda duda, pero la explotación propagandística de su coraje fue especialmente desagradable. El general Kléber («Manfred stern») fue convertido en un héroe, aunque eso se volvió contra él más tarde, cuando sus compañeros soviéticos le acusaron de «kleberismo», termino que vino a definir a quienes querían toda la gloria para sí en detrimento de los españoles. **28** En cualquier caso, Madrid tenía que Ser sólo victoria del Partido Comunista. Tropas comunistas al mando del comisario italiano Luigi Longo habían tratado de impedir que el comandante Palacios, con dos batallones de voluntarios y una batería de campaña Vickers de 105 mm llegara a la capital un día antes que la XI Brigada Internacional. Consiguieron, pese a todo, abrirse paso y fueron recibidos por Miaja y Rojo poco antes de que llegara la XI. A la mañana siguiente, el día 9 al alba, los dos batallones lanzaron un contraataque en el puente de San Fernando, en el flanco izquierdo de las tropas nacionales de la Casa de Campo, en el que perdieron a casi la mitad de sus hombres, pero reconquistaron el sector nororiental perdido en los días previos. El mundo exterior no se enteró de esta hazaña, ni de otras llevadas a cabo por los milicianos. Se olvidó que los brigadistas no llegaron a tiempo para participar en los combates del día 8 y de que sólo representaban un 5 por 100 de las fuerzas republicanas. La propaganda de la Comintern tuvo tanto éxito que sir Henry Chillón, el embajador británico, estaba convencido de que Madrid sólo estaba defendida por extranjeros. Por su parte, los nacionales también exageraron la importancia de los brigadistas con el fin de justificar su propio fracaso y poner de relieve, una vez más, «la amenaza del comunismo internacional».

La unidad de Líster fue enviada a la zona universitaria a través del puente sobre el Manzanares. En su puesto de mando, Rodimtsev veía cómo los regulares marroquíes avanzaban hacia el puente gritando. Mientras algunos de ellos atacaban, los otros, más atrás, les cubrían. Miguel, uno de los ametralladores de Líster, disparaba contra ellos con ráfagas cortas, pero de pronto cesaba en el fuego. Rodimtsev, que era instructor de ametralladores, fue a ver qué pasaba: «La cinta se había atascado. Le di un fuerte golpe a la recámara con la palma de la mano y la ajusté de nuevo. Luego empecé a disparar contra los marroquíes que

se me echaban encima. La Maxim funcionaba perfectamente. En el puente se había producido un atasco humano con marroquíes que trataban de retirarse y chocaban con los que llegaban». Otro ametrallador, Gómez, le dijo después que la Unión Soviética les había enviado ametralladoras de mala calidad. No servían para matar moros. «Les tiramos pero no pasa nada, y luego el enemigo nos hace migas con sus morteros.» Rodimtsev le enseñó a camuflar las ametralladoras. Los marroquíes usaban señuelos para atraer el fuego y en cuanto los ametralladores republicanos delataban su posición, los nacionales les machacaban.**29**

Al ser derrotado seriamente en el flanco occidental, el día 9 de noviembre Várela decidió atacar por Carabanchel. Allí se produjo una feroz lucha casa por casa en la que los milicianos, conocedores del terreno, no sólo contuvieron a los regulares, sino que les infligieron importantes bajas. Aquella misma tarde, dos kilómetros más al norte, la XI Brigada Internacional sufrió cuantiosas bajas cuando trataba de obligar a que los nacionales se retiraran unos cientos de metros en la zona central de la Casa de Campo. Durante unos días se sucedieron los feroces combates en Carabanchel, hasta que el 12 de noviembre el general Miaja (o más probablemente el general Gorev), preocupado por la posibilidad de que los nacionales trataran de lanzar un ataque para cortar la carretera de Valencia, envió a la XII Brigada Internacional y a cuatro brigadas españolas a atacar en el Cerro de los Ángeles. Esta segunda Brigada Internacional, al mando del general «Lukács» (el escritor húngaro Mate Zalka), había recibido incluso menos instrucción militar que la anterior y, aunque contaba en sus filas con algunos veteranos de la primera guerra mundial, su ataque degeneró en caos debido, en parte, a problemas lingüísticos y de comunicaciones, pero sobre todo a que los brigadistas no eran mucho mejores que los milicianos cuando se trataba de lanzar un ataque. Mientras tanto, los nacionales tomaban el Cerro de Garabitas y los vértices de Paquillo y Basurero.

En aquella situación llegó a Madrid el dirigente anarquista Buenaventura Durruti con más de 3.000 hombres procedentes del frente de Aragón. Federica Montseny, que representaba al gobierno de Valencia, le había convencido de que se dirigiera a Madrid con su columna. En una reunión con García Oliver celebrada en el cuartel general de la CNT en Madrid, Cipriano Mera alertó a Durruti sobre los peligros de intentar un ataque frontal en la Casa de Campo, por mucho que le alarmara la influencia que estaban obteniendo los comunistas gracias a las Brigadas Internacionales. Pero Durruti vio que no le quedaba más opción que contraatacar desde la Ciudad Universitaria en dirección a la Casa de Velázquez. El ataque tuvo lugar en mañana del día 17, pero no apareció por ninguna parte la cobertura artillera y aérea que le habían prometido. (Fuera por imposibilidad material o intencionadamente, lo cierto es que los anarquistas vieron en esta falta de apoyo la mano de los comunistas.) Los milicianos de Durruti, cuya temeridad había quedado clara en la defensa de Barcelona, se retiraron desordenadamente a su punto de partida al encontrarse con el fuego concentrado de la artillería y las ametralladoras nacionales, que ninguno de ellos había experimentado antes.

El día 19, los nacionales atacaron con el apoyo de artillería pesada, permitiendo a la columna de Asensio romper las líneas republicanas y, cruzando el Manzanares, escalar la pendiente de la Ciudad Universitaria y llegar hasta la Escuela de Arquitectura. Dos días más tarde, en un nuevo ataque, los nacionales ocuparon el hospital Clínico, punto máximo de su penetración. En una premonición de Stalingrado, dentro del edificio pelearon habitación por habitación los legionarios de la 4ª Bandera y los internacionales del batallón Edgar André, de la XI Brigada Internacional. Entre estos últimos se hallaba Karl Anger: «Una vez llegados al campus universitario, empezamos a combatir con fiereza por cada casa, cada piso y cada portal. Aquí la línea del frente pasa a menudo por los mejores laboratorios y bibliotecas. A veces se hacen parapetos con los gruesos volúmenes de la *Encyclopedia Britannica*». Los

fascistas habían llegado al punto más próximo a Madrid: desde la Casa de Velázquez hasta el café más cercano no había más de quinientos metros.**30**

Pese a los furiosos ataques, los legionarios y los regulares se mantuvieron firmes en lo que iba a convertirse en la lucha por territorio más dura de todo el frente. Durante aquel combate, Durruti resultó mortalmente herido y murió, en el hospital del Ritz, en la madrugada del 20 de noviembre (al tiempo que José Antonio moría fusilado en Alicante y, casualmente, el mismo día en que moriría Franco 39 años después).**31** En seguida corrió la voz de que había sido asesinado por uno de sus propios hombres hartos de su estricta disciplina. Los anarquistas, tanto por su moral como por razones propagandísticas, sostuvieron que Durruti había muerto por la acción de un francotirador, cuando en realidad su muerte fue accidental. Una bala salida de un naranjero que se había enganchado en la puerta del coche atravesó el pecho del dirigente libertario. Durruti fue sin duda el líder anarquista más popular. Personaje casi barojiano, su vida había transcurrido en la rebelión permanente y se había ganado la reputación de ser un Robin Hood revolucionario. Su entierro en Barcelona, al que asistieron cerca de medio millón de personas, constituyó la mayor manifestación de duelo que jamás se había producido en la capital catalana. Su reputación era tan grande, y no sólo entre los anarquistas, que tras su muerte muchos quisieron apropiarse de su figura. La Falange dijo que tanto él como sus dos hermanos eran simpatizantes falangistas de corazón, en tanto que los comunistas manifestaban su certeza de que Durruti estaba a punto de ingresar en el partido.

El 19 de noviembre, ante la imposibilidad de que sus tropas rompieran el frente, Franco cambió de estrategia. Ya no podía arriesgar más sus mejores tropas en ataques infructuosos cuando estaba claro que una victoria rápida era imposible. Así que ordenó que la ciudad fuese sometida a un intenso bombardeo artillero y de la aviación, contrayendo la responsabilidad de que, por primera vez en la historia, fuese bombardeada una gran ciudad. «Los africanistas habían dejado patente su incapacidad para la guerra regular y la inutilidad de su táctica de la fuerza bruta ante un adversario escasamente armado y organizado, aunque lleno de entusiasmo y bien dirigido; y ahora recurrían, una vez más, al terror, su verdadera especialidad.»**32** Todos los barrios residenciales, con excepción del selecto barrio de Salamanca, sufrieron el bombardeo con el que los nacionales trataban de destruir la moral de la población civil. Tanto la Aviación Legionaria como la Luftwaffe llevaron a cabo un experimento metódico de guerra psicológica con sus Savoia 81 y Junker 52, pero el bombardeo no desmoralizó a los madrileños sino que, por el contrario, aumentó el ardor de la población. En Londres, el príncipe Bismarck se burlaba de los temores británicos a un ataque aéreo diciendo: «Ya ven el poco daño que [las bombas] han hecho en Madrid».

En cuanto se supo que el barrio de Salamanca no iba a ser bombardeado, la gente corrió hacia él, haciéndolo intransitable. La UGT, que actuó con una diligencia encomiable, organizó el traslado de las principales industrias de la ciudad a túneles del metro inutilizados. Por su parte, el gran cartelista Josep Renau, que era el director general de Bellas Artes, secundado por José Bergamín, Rafael Alberti y María Teresa León, hizo trasladar los cuadros del Museo del Prado a Valencia en camiones del 5.º Regimiento. Las incursiones aéreas destruyeron cientos de edificios, desde las viviendas más humildes hasta el palacio de Liria, propiedad del duque de Alba, quien acusaba cínicamente a la República de ser la responsable de los daños sufridos en su casa, pero no mostraba ninguna sorpresa ante la brutal incongruencia de un ejército nacional que se dedicaba a destruir su propia capital con cómplices extranjeros. Franco ya había manifestado con toda claridad al corresponsal de *The Times* que «destruiré Madrid antes que dejárselo a los marxistas».

El día 13 de noviembre se produjo «el mayor combate aéreo de 1936» **33** cuando 14 Fiat combatieron contra 13 Chatos sobre el cielo del paseo de Rosales. El 14, Miaja ordenó a todas

las fuerzas que defendían Madrid que no dispararan contra los paracaidistas y el día 16 la aviación franquista bombardeó el Prado, el Museo Antropológico, la Academia de Bellas Artes de San Fernando y el edificio que compartían la Biblioteca Nacional, el Museo de Arte Moderno, el Museo Arqueológico y el Archivo Histórico Nacional, así como varios hospitales: el Clínico de San Carlos, el hospital Provincial y el hospital de la Cruz Roja. Ése fue el famoso ataque inmortalizado por Malraux en *L'Espoir*. La «alfombra» de niños muertos que dejó una bomba en una escuela no quebró el ánimo de los madrileños, que no querían de ningún modo la victoria de Franco. El odio y la entereza crecieron. **34**

Los cálculos que se han hecho de las bombas arrojadas sobre Madrid varían mucho, pero sí sabemos por el diario de guerra privado del coronel Von Richthofen que, tan sólo el 4 de diciembre, su Ju 52 dejó caer 36 toneladas de bombas sobre la ciudad. **35** En comparación con las cargas de bombas de la segunda guerra mundial, cuando un solo Lancaster británico podía arrojar diez toneladas, no se puede decir que se tratara de un bombardeo intenso, pero en tanto que formaba parte de la primera campaña específica de ataque aéreo a una capital, el efecto psicológico era tremendo. Pablo Neruda, que perdió su casa, la de «las flores», sintió un horror que nada tenía que ver con aquella pérdida material:

Venid a ver la sangre por las calles,
(venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles! **36**

La reconstitución de los comités locales fue muy útil. A pesar del plan de evacuación, los refugiados seguían abarrotando la ciudad, que debió de pasar aquellos días, largamente, del millón de habitantes, por lo que los comités locales se ocuparon de organizar la vida de los que habían perdido sus hogares tras el bombardeo. Estos comités supervisaron la construcción de refugios antiaéreos, requisaron apartamentos vacíos y organizaron los suministros y los comedores de auxilio. En contraste con esta labor, surgió en seguida un mercado negro que, inevitablemente, hizo mucho daño a la moral de los republicanos.

Los asesores soviéticos, comisarios, oficiales de alta graduación y los cuadros importantes del Partido Comunista tenían su base en el hotel Gaylord, lujoso y bien provisto. Allí atendían cuidadosamente a un gran número de visitantes, misiones de ayuda y fervorosos simpatizantes extranjeros. Los periodistas internacionales («que revoloteaban como estrellas de cine», por usar la expresión de Auden) no sufrieron muchas privaciones, pero para la mayoría de la población el pan de cada día era escaso y el hambre se dejaba notar. Tanto que, un día, un grupo de amas de casa se lanzó sobre un mulo muerto por un obús de artillería para desollarlo y arrancarle la carne hasta el hueso, mientras perros hambrientos hacían cabriolas a su alrededor. Un brigadista ha narrado que vio a un miliciano disparar contra un perro que devoraba los sesos de un cadáver: a los canes empezaba a gustarles la carne humana. Gatos y ratones se convirtieron en alimento de la población, aunque sólo fuera para dar más sabor a la insulsa sopa de lentejas. Sin embargo, la muerte de un ave del zoo de Madrid no fue provocada por el hambre, sino porque la desgraciada criatura imitaba a las mil maravillas el silbido de un obús.

La vida en Madrid estaba llena de contradicciones. Dos periodistas extranjeros, Sefton Delmer y Virginia Cowles, vieron cerca de la puerta del Sol a una anciana que vendía en la acera pañuelos anarquistas rojinegros. Luego entraron en una sastrería especializada en capas de lujo. A Delmer y Cowles les fascinaba que en mitad del Madrid revolucionario

podiera existir semejante establecimiento. El propietario, que obviamente no tenía clientes, recibió entusiasmado a sus visitantes, y Delmer le preguntó cómo iba el negocio. «Son tiempos difíciles, señor -le contestó el comerciante tristemente-. ¡Quedan tan pocos caballeros en Madrid!»**37** Los dos periodistas se fueron luego a almorzar a la Gran Vía tratando de protegerse a lo largo del camino de las salvas de artillería que llegaban puntualmente a diario, antes de comer. A Cowles le llamaba la atención ver que, tras el estallido del último obús, las calles quedaban expeditas en seguida, los tenderos salían a abrir los portones y la gente volvía a pasear inmediatamente por las calles.

Un brigadista inglés les explicó después que lo que más le había impresionado al llegar al país fue ver a un español, plantado en mitad de la calle durante un bombardeo, que se hurgaba los dientes displicentemente con una cerilla. A los extranjeros les intrigaba el culto español a aparentar que no conocían el miedo. Un brigadista internacional escribió: «Los españoles son muy valientes en el combate. Pero se trata de un valor de tipo caballeresco, casi poético. A los españoles les cuesta mucho adaptarse a las exigencias nimias y prosaicas de la guerra moderna».**38**

Es decir, que pese a los intensos ataques aéreos que se sucedieron entre el 19 y el 23 de noviembre, la vida transcurría casi con normalidad. La gente iba al trabajo todas las mañanas y los tranvías circulaban, aunque sus raíles tuvieran que ser reparados continuamente. El metro era mucho más seguro, aunque la gente bromeaba diciendo que el tranvía por lo menos paraba antes de llegar al frente, mientras que el metro te podía dejar en las líneas enemigas. Ambos sistemas de comunicación se usaban para llevar suministros a las tropas combatientes. Refuerzos y vituallas podían desplazarse rápidamente en aquellas distancias relativamente cortas. En tales condiciones, era más fácil suministrar alimento caliente a las tropas de primera línea que en posiciones defensivas normales, y las tropas mismas podían ser sustituidas con frecuencia por otras de refresco o incluso recibir visitas en el frente.

Las tropas republicanas, especialmente las Brigadas Internacionales, eran visitadas en sus trincheras con frecuencia por los muchos extranjeros que el asedio había llevado hasta Madrid. Entre ellos había tantos periodistas y «turistas de guerra» como simpatizantes de la República comprometidos políticamente. Algunos de los visitantes habían llegado hasta allí para «experimentar emociones pseudomilitares», en opinión de un brigadista. Al visitar el frente, algunos de estos visitantes se ponían a disparar con fusiles y ametralladoras hacia las líneas enemigas, como hizo Ernest Hemingway, pero por mucho que a los defensores les agradara ver caras nuevas en el frente, especialmente si eran famosas, les entusiasmaban mucho menos los bombardeos de respuesta enemigos que provocaban tales divertimentos.

El día 26 de noviembre, el teniente coronel Rojo dividió el frente de Madrid en cuatro sectores de defensa **39** porque ya la batalla de Madrid se había convertido en un frío y desangelado asedio puntuado por bombardeos, incursiones aéreas y ocasionales estallidos llameantes. Nadie ha descrito aquella desolación como Cernuda:

A oscuras la ciudad, las calles desiertas y ciegas y, más cerca o más lejos, según las ráfagas del viento, las descargas de fusilería, el chasquido rítmico de las ametralladoras y, de vez en vez, los cañonazos densos y opacos. En el pecho la angustia, la zozobra y el dolor de todo y por todo.**40**

En Carabanchel, donde el frente estaba en mitad de la calle, proseguían los mortales combates entre francotiradores y las explosiones de cócteles molotov y cargas de dinamita escondidas bajo las casas. En una sola de aquellas violentas explosiones los requetés perdieron una compañía entera. El entusiasmo de la población madrileña remitía a medida que descendía el peligro inmediato, lo que produjo la sustitución paulatina de los comités

locales por un mando cada vez más centralizado y, a pesar de que el peligro ya había pasado, la continuación de las actividades de las policías paralelas, que contribuyó a minar la moral de los republicanos. Cuando los comunistas trataron de censurar la prensa ácrata, se les tuvieron que ver con los milicianos anarquistas. Aquél era el inicio de un proceso que había de conducir, en mayo del año siguiente, a un gran estallido: el inicio de una virtual guerra civil dentro de la guerra civil.

Fue entonces, al incrementarse las acusaciones mutuas entre rivales marxistas, cuando los comunistas dieron su primer paso contra el POUM. Esta organización había ultrajado a los comunistas ortodoxos cuando el 15 de noviembre su periódico, *La Batalla*, analizaba, con toda solvencia, la política de los rusos. «La preocupación de Stalin -decía el artículo- no es la suerte del proletariado español e internacional, sino la protección del gobierno soviético según la política de pactos que otros han establecido.»⁴¹ Los asesores soviéticos acusaron inmediatamente a *La Batalla* de «haberse vendido al fascismo internacional» y se incrementó el control directo de los rusos sobre el Partido Comunista de España, en cuya línea de actuación empezó a reproducirse la caza de brujas contra los trotskistas que se estaba llevando a cabo en la Unión Soviética. Tras haber logrado expulsarles de la Junta de Defensa de Madrid, los comunistas bloquearon los pagos y suministros dirigidos a la pequeña fuerza del POUM en el frente de Madrid tan pronto como remitió la amenaza inmediata sobre la capital. Así, la milicia del POUM no tuvo más alternativa que disgregarse, integrándose sus miembros en las unidades de la UGT o de la CNT.

La capital de España se salvó del asalto franquista y las pasiones políticas se desbordaron en todo el mundo, pero desde luego Madrid no fue «la tumba del fascismo», como habían predicho los comunistas. La batalla de Madrid sólo señaló un cambio en la guerra de columnas llevada a cabo hasta entonces -o el final del «primer ciclo de operaciones» en versión franquista-⁴² y, desde luego, el fracaso final del golpe de estado que, a partir de este momento, se convirtió, definitivamente, en una guerra civil. Lo que significaba que los nacionales necesitaban más ayuda exterior. El día 2 de diciembre de 1936, el coronel Von Richthofen escribió en su diario privado: «Salamanca quiere tropas de tierra alemanas: dos divisiones, por lo menos». ⁴³

17. La metamorfosis de la guerra

La historia nunca procede linealmente. En diciembre de 1936 empezó a desarrollarse, en torno a Madrid, un nuevo modelo de lucha por el terreno, aunque la última de las derrotas de las milicias, en febrero de 1937, durante la breve campaña de Málaga, corresponderá aún al modelo antiguo. Franco se encontró empantanado en una estrategia chata porque las enormes expectativas suscitadas en octubre de 1936 obligaron a los nacionales a seguir concentrando sus esfuerzos en la conquista de la capital de España. Contenidos los ataques de Várela e intacta la moral de los defensores, a pesar de los bombardeos, la única opción que quedaba era envolver Madrid desde un flanco, y conseguir, por lo menos, cortar los suministros eléctricos y de agua potable que recibía desde la sierra de Guadarrama.

Ante los nacionales se abría la posibilidad de llevar el frente al este de la capital y al sur, hacia Aranjuez, lo que, unido al repliegue de sus fuerzas hacia el Guadarrama y hacia Guadalajara, les permitiría pensar en atacar la carretera de Valencia haciendo una pinza con las tuerzas de que disponían en la zona de Toledo. En consecuencia, los nacionales desencadenaron tres ofensivas importantes en torno a Madrid entre finales de noviembre de 1936 y marzo de 1937; más tarde, en julio, la República trataría de aliviar la presión sobre la capital con la ofensiva de Brúñete.

El 29 de noviembre de 1936 Várela lanzó un primer ataque sobre la carretera de La Coruña, al noroeste de Madrid. Su intención era abrirse un paso hacia la sierra, antes de girar en dirección a la capital. Dirigió el ataque contra el sector de Pozuelo enviando unos 3.000 legionarios y regulares, apoyados por tanques, artillería y bombarderos Junker 52. La brigada republicana que ocupaba el sector se retiró desordenadamente, pero la línea fue restablecida por un contraataque apoyado por carros T-26. Ambos contendientes se red desplegaron entonces para reforzar sus frentes al oeste de Madrid.

No parece, sin embargo, que las dotaciones de los nacionales utilizaran con mucha eficacia los tanques alemanes. «Inexplicables operaciones de carros -escribe con sorna Von Richthofen en su diario privado el 2 de diciembre-. El personal alemán de los panzer lleva los carros hasta la zona de combate para entregárselos a los españoles que los utilizan para perder el tiempo paseándose.» Los ataques aéreos eran, con mucho, más eficaces. «Los rojos huyen de los aviones alemanes», anotó con satisfacción en su diario cuatro días más tarde. El coronel Von Richthofen, primo del Barón Rojo, el famoso «as» de la aviación alemana, era un hombre duro y arrogante a quien detestaban por igual los oficiales alemanes y españoles. Se haría tristemente famoso como exterminador de muchas ciudades y pueblos: Durango y Gernika, en España, pero también Rotterdam, Belgrado, Canea y Heraklion, en Creta, a las que siguieron toda una serie de ciudades de la Unión Soviética, sobre todo Stalingrado, donde perecieron 40.000 civiles. **1**

En el bando nacional, Mola fue sustituido por el general Orgaz, quien se hizo cargo del frente central para relanzar la ofensiva el 16 de diciembre. Várela siguió al frente de las tropas de campaña que constaban de 17.000 hombres divididos en cuatro columnas, al mando de García Escámez, Barrón, Sáenz de Buruaga y Monasterio. El primer objetivo a conquistar, tras un intenso bombardeo con artillería de 155 mm, fue Boadilla del Monte, a unos 15 kilómetros al oeste de Madrid. El pueblo fue capturado aquella noche y el Estado Mayor de la República, advirtiendo que se encontraba frente a una ofensiva de gran envergadura y no ante un ataque de diversión, envió las Brigadas Internacionales XI y XII apoyadas por algunos de los T-26 de Pavlov («Pablito»). La XI contraatacó en Boadilla, pero quedó virtualmente aislada en el pueblo, lo que permitió a los nacionales retirarse para explotar la ventaja de disponer de un objetivo preciso para la artillería, lanzando acto seguido, de nuevo, a la infantería. Las Brigadas Internacionales fijaron sus posiciones defensivas tras las gruesas paredes de las

residencias de verano de los madrileños ricos. La resistencia fue desesperada y el 19 de diciembre ambas partes sufrieron una carnicería atroz. Al día siguiente Orgaz detuvo la ofensiva con la que sólo había conseguido ganar algunos kilómetros. No disponía de reservas y los republicanos tenían superioridad numérica.

Karl Anger, el serbio que combatía en la XI Brigada Internacional, describió con gusto literario su llegada a Majadahonda al principio de los combates:

Era un lugar tranquilo, incontaminado aún por la guerra, nada hermoso, embrutecido por la pobreza, pero cálido, tranquilo y dulce, como un corderino. Lo llenamos de tropas, servicios, cañones, camiones, vehículos acorazados y de toda la impedimenta que suele arrastrar un ejército en campaña. Aquella plácida Majadahonda se llenó de gentes, ruidos y cachivaches como en un día de mercado. La mañana siguiente a nuestra partida, la aviación enemiga empezó a arrojar bombas contra el pueblo y sus habitantes se dispersaron abandonando todas sus propiedades: el ganado, los cerdos, las camas deshechas y las casas vacías. Durante la primera tarde y la primera mañana que estuvimos allí, aún había vida en Majadahonda. A la luz mortecina se podían ver misteriosas siluetas de muchachas españolas tras las ventanas de las casas. Al día siguiente, las ventanas estaban a oscuras, ciegas, como espantosas oquedades en las calaveras de las casas. En el pueblo sólo se veían perros perdidos, vagabundos y olvidados, y también una mujer enajenada. La loca aullaba espantosamente en su casa vacía y los ecos de sus gritos rebotaban en las calles muertas, iluminadas por la pálida luz de la luna.

También es importante comprender la contribución al caos de la cellisca y de la oscuridad invernal. Las Brigadas Internacionales carecían de información secreta sobre el enemigo. No tenían ni mapas ni brújulas e iban dando tumbos con riesgo de acometerse entre sí.

Un batallón podía estar cavando trincheras sin darse cuenta de que estaba fuera de línea con las unidades vecinas. Los problemas lingüísticos contribuían al caos. Anger que, aunque serbio, formaba parte de un batallón alemán, se refiere también en su relato a la extraordinaria mezcla de nacionalidades y de motivaciones en el seno de las Brigadas Internacionales. «Llegó a Majadahonda un joven voluntario chino, el primero que venía con nosotros. Al día siguiente, cuando justamente habíamos empezado a pensar dónde mejor ubicarle en nuestro grupo serbio, fue retirado de la línea de fuego con las piernas hechas trizas. No tuvimos ni tiempo de saber su nombre.» Anger sigue diciendo que «en todas las Brigadas Internacionales, incluida la primera [es decir la XI], había un cierto número de antiguos guardias blancos rusos, o hijos de los guardias blancos». Eran emigrados rusos que echaban de menos a su país y que trataban de merecer el regreso a la Unión Soviética.²

Cuando a finales de diciembre llegaron los refuerzos nacionales, Orgaz se aprestó a relanzar una nueva ofensiva, a lo largo del mismo eje, con la misma falta de ingenio militar que había demostrado en la anterior. Durante el respiro, el Estado Mayor republicano había red desplegado sus unidades en el sector de Pozuelo, bien que de forma descoordinada y sin aguardar el suministro de municiones. Cuando, el 3 de enero, llegó la ofensiva de los nacionales, el flanco derecho republicano se vino abajo y aquéllos llegaron hasta la carretera de La Coruña. Es cierto que, en un principio, las tropas republicanas del flanco izquierdo consiguieron retener Pozuelo, pero a costa de un desastre que Koltsov describe así: «Pese a todo su heroísmo nuestras unidades fueron víctimas de la confusión, la estupidez y quién sabe si la traición del cuartel general».³

Várela concentró entonces sobre el pueblo la casi totalidad de sus ocho baterías de 105 y 155 mm, junto con sus tanques y toda la fuerza aérea de que pudo disponer. Las defensas republicanas cedieron y la retirada de la formación de Modesto, surgida a partir del antiguo 5.º Regimiento, fue, en realidad, una derrota virtual, en la que muchas unidades republicanas

se desbandaron y perdieron el sentido de la orientación a causa de la espesa niebla. El general Miaja tuvo que dar órdenes a la 10 Brigada de que desarmara a todos los que huían.

El único consuelo de los republicanos fue que consiguieron destruir con los cañones de 37 mm de los carros blindados rusos algunos tanques ligeros alemanes.

La verdad es que el suministro de municiones a las tropas había sido deplorable. En el momento de emprender la huida, a muchos hombres no les quedaba más que un puñado de cartuchos. Los culpables del desastre fueron, en parte, Miaja y su Estado Mayor, porque reaccionaron muy tarde ante el problema de falta de suministros, pero los responsables últimos fueron Largo Caballero y sus oficiales del Ministerio de la Guerra en Valencia. El presidente del Consejo, en vez de atender a las peticiones de Miaja de que le enviaran más municiones, se despachó acusando al viejo general de que lo único que buscaba era cubrir su responsabilidad ante la derrota.

Cuando parecía que el entero sector republicano estaba a punto de colapsarse, Miaja hizo emplazar ametralladoras en los cruces de carreteras próximos a Madrid para impedir la huida a los desertores. Aprestó a la XII Brigada Internacional y a la Brigada de Líster e hizo venir a la XIV Brigada Internacional desde el frente de Córdoba. El 7 de enero, Kléber ordenó al batallón Thaelmann que contuviera al enemigo junto a Las Rozas diciéndoles que no cedieran ni un palmo de terreno bajo ninguna circunstancia. Los componentes del Thaelmann dieron un ejemplo de valor y sacrificio siguiendo las órdenes al pie de la letra: sólo sobrevivieron 35 hombres.

Cuando llegaron los refuerzos, la línea del frente estaba prácticamente estabilizada. Ambas formaciones estaban exhaustas y hacia mediados de enero la batalla se dio por terminada, situándose los dos ejércitos contendientes en posiciones defensivas. Los nacionales habían cortado la carretera de El Escorial cerca de Aravaca, a las puertas de Madrid, pero la República había impedido el cerco de la capital por el flanco oeste. Cada bando sufrió alrededor de 15.000 bajas durante la batalla.

Las dos batallas de la carretera de La Coruña, como a veces se las llamó, significaron una dura prueba para los franceses y otros voluntarios de la brigada de tanques. Los franceses se presentaron, en opinión de los asesores soviéticos, con una cierta *nonchalance*. «Desde el primer día -decía el informe enviado a Moscú- los franceses rechazaron la disciplina. Decían: "Pero ¿qué clase de vida es ésta? No se le permite a uno beber vino, o ir de putas, y además hay que levantarse temprano". Lo que más aborrecían era levantarse al alba y hacer marchas de 25 kilómetros. Pero cuando les explicamos la razón, lo entendieron y se comportaron en la batalla como héroes. Y cuando regresaron del combate declararon: "No nos consideramos franceses, sino internacionalistas y antifascistas".» El informe reconoce las duras condiciones en que combatían las tripulaciones de los tanques. «Los hombres acababan muy cansados. Tras un día de actividad, salían de los tanques como borrachos, acusando la falta de oxígeno del interior de los carros. Algunos vomitaban, otros se hallaban en un estado de gran nerviosismo.»⁴

La comisaría soviética de la unidad médica de la brigada de carros nos ha dejado sus recuerdos sobre la buena asistencia médica que se daba a los asesores soviéticos y sobre las condiciones de los soldados españoles que se encontraban en el improvisado hospital de El Escorial. El jefe de la brigada de carros, presumiblemente Pavlov, cuidaba mucho de sus hombres, cosa especialmente rara en el Ejército Rojo. Su solicitud iba mucho más allá de sus obligaciones en el adiestramiento de tanquistas. Las observaciones de la comisaría son muy interesantes porque constituyen una de las pocas informaciones soviéticas sobre casos de shock de combate, lo que hoy en día se llama estrés postraumático:

Por la carretera vemos avanzar los vehículos sanitarios de las Brigadas Internacionales. Algunos están pintados de verde-amarillo-negro-gris, como en un mosaico que remedara el paisaje. Esos vehículos no son un buen blanco, hay pocos y los más son camionetas modificadas o viejos vehículos adaptados para su función. La mayoría no tienen espacio para más de cuatro camillas. Aparecen dos tanques a la vuelta del camino. En el segundo viaja el cadáver del conductor-mecánico Ulianov, muerto por un impacto directo en su tanque. Malyshev y Starkov resultaron heridos. El hospital de campaña [para tanquistas y brigadistas internacionales] ocupa una gran sala de una de las casas levantadas en una reserva natural boscosa. Hay en el suelo colchones dobles con sábanas y mantas limpias. También hay una estufa, que alimentan con leña para mantener el calor, que es necesario para todos los que han traído del frente. La operación de Las Rozas se llevó a cabo en mitad de una espesa niebla que penetraba hasta los huesos ... Además de agua y jabón, el hospital dispone de petróleo y de alcohol para que los tanquistas puedan lavarse las manos y la cara ... El doctor y yo vamos al hospital central para atender a nuestros hombres. El hospital de El Escorial está lleno a rebosar de heridos ... Tomo nota de los tipos de heridas mientras recorro los pabellones y el recinto donde se recibe a los combatientes. La mayoría de los heridos son soldados de infantería alcanzados por los disparos de la artillería. Tienen heridas de bala en la espalda y en los costados. El inicio de la operación de Las Rozas ha significado un montón de heridos. Durante la noche del 14 de enero encontré el cadáver de un francés en la habitación contigua a la de Starkov. Había sido retirado inconsciente del frente con una grave herida. La enfermera me contó que había murmurado en francés: «¡Cuidado, camaradas! Los obuses vienen de la izquierda». Luego empezó a cantar la *Internacional* y murió. No llevaba consigo documento alguno. Ni la enfermera ni yo teníamos una cámara para tomar una foto de aquel camarada desconocido muerto. Escaleras arriba, en un pabellón vacío, hay un italiano moribundo, herido en el cuello. Justo al lado, un marroquí con una grave herida en una de sus piernas no dice nada y rechaza el alimento ... En el hospital hace un frío que pela. Tapamos a Starkov [al que le han amputado una pierna] con algunas mantas, y le vestimos con ropa interior cálida que nos hemos agenciado en la brigada. El jefe de la brigada nos ha dicho si puede traer algo para Starkov. Le pregunté y el herido dijo que le gustaría tener un reloj. El jefe de la brigada nos dio el suyo ... Desde el cuartel general de la brigada se envía diariamente alimentos a todos los tanquistas heridos que están en los hospitales de Madrid: leche condensada, cacao, naranjas, manzanas, chocolate, salchichas, galletas ... En Madrid hemos encontrado las obras completas de Gorki y Chéjov. A los heridos se les llevan periódicos y revistas y los comisarios les visitan continuamente. Cada día son distintos los tipos de heridas que se ven en los hospitales de campaña del frente y también en los hospitales de Madrid. En los hospitales, en los pabellones y en los quirófanos que visité personalmente tras los combates vi a algunos infantes españoles heridos en la espalda, en la parte posterior de sus piernas y en los hombros. En los puestos de primeros auxilios del frente habíamos asistido, a veces, a heridas autoinfligidas entre los soldados de infantería españoles, quienes, atenazados por un pavor animal, se habían disparado en los brazos o en las piernas para que los evacuaran a los hospitales.

La comisaría informa también del caso de un tanquista llamado Soloviev, que tenía un brazo fracturado y que «desarrolló reacciones psíquicas anormales», un eufemismo evidente para lo que era, en realidad, un shock de combate o estrés postraumático. Soloviev fue evacuado el 15 de enero al Hotel Palace de Madrid. Su delirio fue tal vez un interesante producto de la propaganda:

Soloviev estaba extraordinariamente agitado y hablaba sin parar de sus recuerdos. Se refería constantemente a su entrenamiento y a su estancia en el Ejército Rojo, mencionando los nombres

de sus jefes, la ubicación de los campos de entrenamiento, el destino de las unidades. Luego volvió a la guerra civil española, a los suministros y a los combatientes que llegaban en barcos, a los anarquistas y a los trotskistas. Por órdenes del jefe de la brigada, Soloviev fue trasladado a una habitación aparte ... El 20 de enero mostró síntomas de delirio agudo: «Los anarquistas vinieron aquí por la noche y se apoderaron de mí». «¡Los anarquistas nos matarán a todos, vienen a por mí, me lo dijeron anoche!» El jefe de la brigada nos ordenó que evacuáramos de Madrid a Soloviev. Aunque sus brotes de delirio se habían hecho más frecuentes, evacuamos a Soloviev en uno de los vehículos sanitarios de la brigada y le llevamos a un hospital en Archena. En este hospital estará aislado del mundo exterior y recibirá el tratamiento adecuado. Mientras estuvo en el Hotel Palas [sic], no se admitieron extraños en su pabellón. Los miembros políticos de la brigada visitaron a Soloviev y verificaron su estado de salud.5

En este punto, importa comprender lo que significaba el combate en campo abierto para los milicianos que ahora formaban parte del ejército popular. La mayoría eran obreros industriales que tenían poca familiaridad con el campo. Hasta aquellos que habían hecho el servicio militar poco sabían de los viejos trucos de campaña que hacían en general la vida más llevadera y permitían sobrevivir en la batalla. Sus columnas y las nuevas «brigadas mixtas» salieron de Madrid a pie o en camiones y los mapas eran tan escasos que los mandos de algunas compañías carecían de ellos y, aunque los hubiera habido, la verdad es que pocos sabían leerlos. Una vez llegados a la posición que se les había ordenado defender, los soldados, equipados con poco más que un fusil, cartucheras y una manta, empezaban a cavar trincheras con las bayonetas y las manos desnudas. No abrían letrinas porque cavar en la pedregosa tierra española llevaba mucho tiempo y, además, acudir a ellas podía significar la muerte. En muchos casos, se limitaron a usar como letrinas sus propias trincheras, lo que horrorizaba a aquellos componentes de las Brigadas Internacionales que estaban habituados a abrir zanjas para distintos usos, tal como habían aprendido en la primera guerra mundial.

Los milicianos soportaban, helados en las trincheras, el gélido viento de la sierra vestidos la mayoría de las veces sólo con sus monos y calzando alpargatas o sandalias que se rompían en seguida. Embarrados hasta las cejas, poco podían hacer para asearse por falta de depósitos móviles de agua y, sobre todo, por la ausencia de jabón.

En teoría cada batallón disponía de una compañía de ametralladoras además de sus tres compañías de fusileros, pero sólo las Brigadas Internacionales o los batallones comunistas cumplían con estas condiciones. Sin embargo, las armas automáticas eran fundamentales para rechazar los ataques frontales, de modo que el ejército popular estaba en gran desventaja puesto que carecía de ellas y, también, de operadores experimentados para manejarlas. Por el contrario, los regulares marroquíes eran excelentes ametralladores. La tierra árida en la que habían combatido con tanto éxito contra las tropas coloniales españolas les había enseñado a sacar el máximo partido de la más ligera ondulación del terreno, con lo que no sólo reducían sus bajas, sino que esta pericia, junto a la que tenían en el manejo del cuchillo, inspiraba un pánico tremendo en las tropas republicanas. En numerosas ocasiones, los moros se arrastraban por el suelo reptando hacia las posiciones enemigas con el fin de coger desprevenidos a sus defensores y degollarlos.

Sin embargo, los generales nacionales, tan convencionales muchas veces como sus equivalentes republicanos, no supieron sacar todo el partido posible de los regulares. Además, en la mayoría de los combates se limitaban a una ofensiva artillera que batía, muchas veces, la tierra de nadie, seguida de ataque o de contraataque. La única diferencia táctica apreciable respecto a la primera guerra mundial era una mayor coordinación entre la infantería y los

blindados y la integración en el ataque de los obuses de artillería y las bombas de la aviación, cosa que sucedía sobre todo en el lado nacional, asesorado por la Legión Cóndor.

La nueva promoción de mandos republicanos que surgió en aquellos momentos era joven, agresiva, dura y con gran valor personal, pero tan convencional y carente de imaginación como los viejos oficiales del ejército peninsular. Modesto y Líster, hombres de estas características, eran comunistas del 5.º Regimiento; otros, como Tagüeña, se hicieron comunistas durante los primeros meses de la guerra, aunque habían empezado a combatir en los batallones de las Juventudes Socialistas, que se habían integrado en el 5.º Regimiento el verano anterior, durante la lucha en la sierra. Estos hombres, muy influidos en su preparación militar por la ortodoxia estalinista, usaban tácticas de guerra extremadamente convencionales.

En la URSS la purga del mariscal Tujachevsky y sus seguidores, que abogaban por la nueva aproximación hacia la guerra de blindados, hizo retroceder la teoría militar comunista a la seguridad política de las viejas tácticas. En Rusia se había reintroducido el saludo militar, obligación que adoptó también el 5.º Regimiento. Los oficiales de la XI Brigada Internacional incluso llevaban sable cuando desfilaron por la Gran Vía el día 8 de noviembre. Las arengas a las nuevas brigadas de la República podían estar hechas en lenguaje revolucionario, pero, desde luego, la forma de maniobrar en campaña era claramente zarista.

Tras la batalla de la carretera de La Coruña, Kléber, que había sido relevado del mando, fue llamado a Moscú, adonde viajó en compañía de André Marty. Se ha dicho que los comunistas españoles, celosos de él, le convirtieron en chivo expiatorio del colapso de Pozuelo, y Borkenau cree que Miaja temía que Kléber pudiera rivalizar con él como héroe de la defensa de Madrid. Sea cual sea la explicación, lo cierto es que Kléber regresó con las orejas gachas en junio para hacerse cargo de una división. Pese a los idealizados retratos que habían hecho de él muchos periodistas extranjeros, que lo halagaban sin parar, Kléber, como dijo uno de ellos, no pasó nunca de ser un duro comandante del estilo de los de la primera guerra mundial a quien no le importaba demasiado la vida de sus hombres.

Entre los dos episodios de la ofensiva de la carretera de La Coruña, los republicanos habían llevado a cabo una acción desgraciada en el sur, cuando las fuerzas de Queipo de Llano se dirigían a conquistar la zona olivarera de Andújar. Aquella acción de guerra señaló fatalmente la entrada en combate de la XIV Brigada Internacional mandada por el general «Walter». En esta brigada se incluía el batallón francés La Marseillaise, que contaba con una compañía inglesa, y ésta, a su vez, disponía de una sección irlandesa. La acción principal, que tuvo lugar junto a Lopera, y se produjo inmediatamente después de las Navidades, pasó a la historia por la muerte de dos poetas comunistas ingleses y por una escalofriante muestra de cómo se impartía justicia en las Brigadas Internacionales.

El combate empezó en la madrugada del 28 de diciembre y no terminó hasta la medianoche del día siguiente. «Walter» tenía órdenes de recuperar Lopera, pero no disponía de enlace telefónico con sus unidades ni contaba con cobertura aérea o artillera. Durante todo el día los nacionales machacaron las posiciones republicanas con un nutrido fuego de ametralladoras, artillería y morteros. En uno de los repetidos cambios de fortuna, los republicanos se dispersaron y perdieron el contacto con sus mandos. Aquello fue una sarracina: los republicanos dejaron más de 800 cadáveres bajo los olivos y más de 500 abandonaron sus puestos de combate.⁶ La compañía inglesa quedó materialmente deshecha: sobre un total de 145 hombres, hubo 78 muertos, entre ellos Ralph Fox y John Cornford, bisnieto de Charles Darwin, que acababa de cumplir veintiún años y aún llevaba cubiertas con vendajes las heridas sufridas en Boadilla del Monte.⁷

La XIV Brigada Internacional no había recibido, prácticamente, ninguna instrucción. Como sucedía con los milicianos en similares circunstancias, en cuanto los brigadistas se vieron sorprendidos por el ruego de ametralladoras, se dieron la vuelta y comenzaron a correr. El oficial jefe del batallón La Marseillaise, el comandante Gastón Delate, fue arrestado y acusado no sólo de incompetencia y de cobardía, sino también de ser un «espía fascista». Un tribunal militar organizado a toda prisa por André Marty le halló culpable. Ilya Ehrenburg escribiría más tarde que Marty hablaba, y a veces actuaba, «como un enfermo mental», y Gustav Regler opinaba que Marty prefería fusilar a cualquiera ante una sospecha que perder el tiempo en lo que él llamaba «indecisión pequeñoburguesa». **8** Sin embargo, algunos brigadistas sentían gran admiración por él y le consideraban un revolucionario auténtico. Sommerfield lo describía como «una suma de paciencia, firmeza granítica y determinación inquebrantable». Wintringham, que mandaría más tarde el batallón británico, definió el proceso de Gastón Delasalle como un «consejo de guerra impecable». Nick Gillain, combatiente de la XIV Brigada, escribió: «Los guardias arrastraron fuera de la sala al procesado, que se obstinaba todavía en justificarse. Sonaron dos o tres tiros. Después, un hombre volvió a la sala y dejó sobre la mesa del tribunal un reloj y unas monedas ... La justicia revolucionaria estaba hecha». **9**

Los nacionales y sus adláteres del Eje empezaron a preparar sus fuerzas para una guerra larga. A Hitler no le sorprendió el giro de los acontecimientos, informado como estaba puntualmente de cuanto ocurría por Voelckers, el antiguo *chargé d'affaires* alemán. Tampoco le apesadumbraban los informes pesimistas que le llegaban de su embajador Von Faupel, y del jefe de la Legión Cóndor, general Von Sperrle, porque en aquellos momentos una guerra larga convenía mejor a sus propósitos. Por su parte, Mussolini estaba hambriento de glorias militares en Europa, pero su humor variaba al ritmo de los éxitos o fracasos de sus tropas.

La tarea más urgente a la que se enfrentaba el Estado Mayor de Franco era crear un ejército bien adiestrado del tamaño imprescindible. La ayuda alemana para esta tarea era casi tan importante como su contribución directa al combate. Un oficial de la Wehrmacht decía que los soldados alemanes, que llevaban a cabo su cometido de forma ejemplar, en las más difíciles circunstancias, realizaron de forma discreta, pero eficazmente, la tarea de formar el nuevo ejército español. Para proveerse de oficiales de complemento, el general Franco aprobó un decreto el 7 de septiembre por el que se establecían en Burgos y en Sevilla academias para formar en un plazo muy breve a jóvenes universitarios para el grado de alférez. El 3 de octubre salió la primer promoción de 139 alféreces de infantería y 44 de artillería. Con el tiempo se abrieron centros de formación de oficiales en Santa Cruz de Tenerife, Palma de Mallorca, Granada, Toledo, Vitoria y otras ciudades. También se crearon centros específicos para la formación de suboficiales que aportaron más de 30.000 durante toda la contienda. Tal vez más de 3.000 alféreces provisionales («y cadáveres efectivos») murieron en combate. Un falangista de Valladolid, alférez provisional definió con sorna y con acierto la zona nacional: «El nuestro es un estado nacionalsindicalista de todos los alféreces provisionales bajo el mando de los militares y el clero». **10**

La milicia falangista adiestrada por los oficiales de la Legión Cóndor en Cáceres se parecía ya muy poco a la banda de señoritos pistoleros del verano anterior. Los requetés, las tropas más eficaces de los nacionales tras el ejército de África, llegaban ahora a unos 60.000 hombres, de los cuales la mitad procedía de Navarra, cosa que hacía fanfarronear a los carlistas diciendo que «Navarra había salvado a España». Esta arrogancia, combinada con el abierto desprecio a la Iglesia castellana, a la que consideraban corrupta y farisaica, no les hizo precisamente populares entre sus aliados. Para los carlistas, los falangistas no eran más que una chusma sin Dios, a lo que éstos respondían que no sólo eran también buenos católicos,

sino que no eran unos señoritos como ellos.**11** La famosa disciplina de los requetés no derivaba del respeto a la jerarquía, sino del autocontrol del campesino montañés. (Su dirigente, Fal Conde, exageraba al calificar el carlismo como un movimiento dirigido desde abajo, ya que, en realidad, era una forma singular de populismo realista.) Su fe medieval en la cruzada hizo de ellos gentes sin miedo. El coronel Rada decía que sus requetés eran hombres «con fe en la victoria, con fe en Dios; con una granada en una mano y en la otra el rosario».

A primeros de diciembre de 1936 la Junta Central Carlista de Guerra decidió establecer una «Real Academia Militar Carlista» para formar a sus futuros oficiales. Franco, cuidadoso de que su poder no era menoscabado, declaró que semejante iniciativa no autorizada sena considerada como un acto contra el Movimiento nacional. La Junta Central Carlista se retractó y Manuel Fal Conde, jefe delegado de la Comunión Tradicionalista, escogió el exilio en Lisboa antes que enfrentarse a un consejo de guerra. Por su parte, Agustín Aznar, jefe de las milicias de Falange, intentó algo parecido pocos días después pero por una vía menos azarosa. El y su jefe nacional, Manuel Hedilla, pidieron al embajador alemán Von Faupel que les enviara instructores para sus academias falangistas con el fin de formar a los jefes de centuria. Todos los intentos posteriores de elevar la categoría de estas academias fracasaron. El Caudillo, que había resuelto la crisis de un plumazo, redondeó su victoria con un decreto que subordinaba todas las milicias políticas al Código de Justicia Militar y a los mandos del ejército, colocándolas a las órdenes directas del coronel Monasterio. Hacia finales de 1936 el ejército nacional se acercaba a unos 200.000 hombres, de los que la mitad correspondía a fuerzas carlistas y falangistas. El ejército de África llegó a 60.000 efectivos a principios de 1937, principalmente como resultado de una recluta intensiva en el Rif. Los sueldos y bonificaciones que se ofrecían a los rifeños superaban en mucho los salarios que recibían los obreros marroquíes, en una época de gran penuria económica por las pésimas cosechas de los años anteriores.**12** Asimismo, acudieron a la Legión nuevos voluntarios extranjeros. El mayor grupo era portugués y consistía en unos 12.000 hombres conocidos como «viriatos», aunque había también un destacamento de voluntarios derechistas franceses y 600 «camisas azules» irlandeses al mando del general Eoin O'Duffy, pero su contribución cuenta muy poco, ya que estas tropas fueron retiradas tras sólo una acción de guerra en la que se vieron atacadas por fuego amigo. A consecuencia de las críticas que recibía de sus aliados -en especial del furioso Mussolini- sobre su forma de conducir la guerra, en el mes de enero de 1937 Franco aceptó la constitución de un Estado Mayor general conjunto germano-italiano, viendo en él una concesión que le permitiría, por un lado, pedir más ayuda militar y, por otro, implicar a sus asesores en la responsabilidad de cualquier revés.

La ayuda más valiosa para los nacionales procedía indiscutiblemente del aumento de la colaboración alemana. El gobierno nazi reaccionó con rapidez a primeros de noviembre ante la aparición del armamento ruso. Evidentemente Hitler no podía saber que Stalin tenía convocarle y que no estaba dispuesto a dejar que la cuestión de España entorpeciera la política exterior soviética, se creó así la Legión Cóndor. La mandaba el general Von Sperrle, y el coronel Von Richthofen era el jefe de operaciones. Ambos eran oficiales de la Luftwaffe: no en vano su nombramiento reflejaba la gran importancia que se daba al arma aérea. La fuerza alemana constaba de 100 aviones repartidos en cuatro escuadrillas de cazas formadas por Heinkel 51 biplanos (que serían sustituidos por los Messerschmitt 109 a principios del verano de 1937) y cuatro escuadrillas de bombarderos Junker 52, a los que seguirían más tarde otros aparatos. Todas las máquinas importantes que utilizó la Luftwaffe al principio de la segunda guerra mundial fueron ensayadas primero en España.

Los refuerzos terrestres de la Wehrmacht estuvieron al mando del coronel Von Thoma e incluían antitanques y destacamentos de ametralladoras pesadas, artillería y el equivalente

de dos batallones de tanques Mark I. **13** Una fuerza de 88 panzers Mark I quedó acantonada en Cubas, al norte de Toledo. Las grandes boinas negras de los tanquistas ostentaban en una banda la calavera de los húsares del viejo ejército prusiano. Como apoyo contaban con baterías antiaéreas de 20 mm y los potentes cañones antiaéreos de 88 mm. Al cuerpo de señales se le suministró equipo y adiestramiento y llegó, además, un vasto contingente de ingenieros e instructores civiles, que incluyó más tarde a «asesores» de la Gestapo y también un Estado Mayor naval de apoyo basado en los acorazados de bolsillo *Deutschland* y *Admiral Scheer*, que permanecieron en aguas del Mediterráneo occidental. El 16 de noviembre desembarcaron en Cádiz 5.000 soldados alemanes y el día 26 lo hicieron otros 7.000.**14**

El mayor incremento de la ayuda italiana se produjo como consecuencia del pacto secreto firmado por Franco el 28 de noviembre en Amanea. El Caudillo aceptaba la política mediterránea de Mussolini a cambio de ayuda militar «para restaurar el orden político y social en el País.» Durante los primeros meses de la guerra, los italianos que pilotaban los Savoia 81 y los cazas Fiat habían sido asignados teóricamente a la Legión Extranjera y llevaban los uniformes de ésta, Pero, en sus ansias de gloria, Mussolini quería ahora un mando independiente y formaciones italianas reconocibles en los campos de batalla. Se organizó entonces el Corpo di Truppe Volontarie (CTV) al mando del general Mario Roatta («Manzini»), quien había sido la contrapartida del almirante Canaris como director del Servicio de Inteligencia Militar Italiano y que ya había estado en España al inicio de la guerra con el oficial de enlace alemán, coronel Warlimont. El envío de tropas italianas de infantería no estaba previsto en el acuerdo y cuando Franco advirtió que Mussolini tenía la intención de que actuaran autónomamente, bajo mando italiano exclusivo, se quejó al embajador Roberto Cantalupo y al coronel Emilio Faldella. Nunca, desde entonces, fueron buenas las relaciones de los generales nacionales con los oficiales fascistas italianos.**15**

La infantería italiana enviada a España consistía principalmente en milicianos fascistas, muchos de los cuales habían sido reclutados forzosamente o con engaños. Se les había dicho que los llevaban a Abisinia, por lo que se plantaron en mitad del invierno vistiendo uniformes tropicales. Con el tiempo, el CTV llegó a constar de unos 50.000 hombres, aunque se destinaron a sus filas muchos soldados españoles que combatieron bajo el mando de oficiales italianos. Se incrementó notablemente el número de tanques miniatura Fiat Ansaldo, aunque no eran mucho más que vehículos de transporte ligeros artillados. Los cañones de campaña italianos, aunque viejos, eran de buena calidad, en la tradición de la industria militar italiana, que siempre fue muy buena en artillería. La «Aviazione Legionaria», llamada así para rememorar imágenes de la Roma imperial, llegó a alcanzar casi 5.000 hombres. También se enviaron a España muchos más cazas Fiat y bombarderos Savoia. Su base principal fue Mallorca, desde donde podían atacar a los convoyes navales y, en palabras de Ciano, «aprovechar el momento para aterrorizar al enemigo».**16** Esta reorganización dejó al comandante de la fuerza aérea franquista, general Kindelán, en la misma situación en que se encontraba su equivalente republicano, Hidalgo de Cisneros, quien, incluso después de hacerse miembro del Partido Comunista, podía estar contento si el general ruso «Duglas» se dignaba comunicarle qué estaba sucediendo con su aviación.

La primera acción en España del CTV italiano, la campaña de Málaga, tuvo lugar mientras los ejércitos contendientes en la zona de Madrid se preparaban para el siguiente asalto. El extremo meridional de la zona republicana no era más que una larga franja de terreno entre el mar y la montaña, que iba desde Motril hasta Estepona. Tan sólo la suma prioridad dada al asalto sobre Madrid había impedido a los nacionales atacar con anterioridad aquel reducto de la República. Queipo de Llano estaba impaciente ante lo que él veía como un reto a su control total de Andalucía. El mando de las tropas se asignó a un Borbón, el coronel duque de Sevilla,

y Franco pidió a Roatta que se uniera a la ofensiva con sus 10.000 milicianos fascistas y la Aviazione Legionaria como apoyo. Fue una decisión inteligente porque la victoria estaba asegurada y así Mussolini se sentiría animado para proseguir con su ayuda en unos momentos en que, de repente, se preocupaba por la opinión internacional.

Si estaba escrito que la República tenía que perder una campaña, era ésta. El terreno y lo alargado de la zona significaba que los nacionales podían cortarlo por donde quisieran y cuando quisieran. La situación de las defensas de Málaga era penosa, porque la ciudad había llevado hasta entonces una existencia revolucionaria, aislada de la realidad de la guerra. En la ciudad reinaba además un exacerbado antagonismo entre los comunistas y la CNT, mientras que en el campo los campesinos, en su mayoría anarquistas, estaban inmersos en el trabajo de sus colectividades, al amparo de las montañas de la cordillera Penibética, que les daba una falsa sensación de seguridad.

Las fuerzas republicanas consistían sólo en 12.000 milicianos, un tercio de los cuales carecía de fusiles y los que estaban armados no disponían tampoco de mucha munición. Este estado de cosas se debía, en parte, a la negligencia deliberada del Gobierno, a quien desagradaba la continua independencia de la provincia. Se ha puesto en boca de Largo Caballero la expresión «ni un tiro más por Málaga». De otro lado, el comandante de la plaza, coronel Villalba, que ya antes había dado muestras de defección, traicionó a la República y prácticamente dejó a Málaga inerme ante las tropas nacionales, tal como argumentó en su defensa cuando, tras la guerra, regresó a España y fue perdonado por Franco.**17**

La ofensiva del duque de Sevilla arrancó lentamente, a mediados de enero, bajo una lluvia torrencial. La primera zona de importancia que se ocupó fue el extremo suroeste, que incluía Marbella, mientras las tropas motorizadas italianas se desplazaban hacia el sur desde Alhama, comprometiendo las comunicaciones de Málaga con Motril. Y, sin embargo, el primer ataque a la ciudad de Málaga, en la primera semana de febrero, llegó casi por sorpresa. Las fuerzas del duque de Sevilla avanzaron por la costa, aplastando a los destacamentos de milicianos con facilidad, mientras que las milicias de camisas negras, al mando de Roatta, cortaban el paso hacia el mar y la fuerza procedente de Granada avanzaba hacia la carretera de la costa, aunque dejaron abierta esta ruta de escape para no provocar una resistencia encarnizada. En el plazo de tres días las fuerzas nacionales e italianas habían llegado a los arrabales de Málaga, tras un bombardeo desde el aire a cargo de la aviación italiana y desde el mar a cargo de unidades de la flota nacional, apoyadas por *El Admiral Graf Spee*. Los barcos de guerra republicanos con base en Cartagena ni siquiera llegaron a salir del puerto.

El mal tiempo entorpeció las operaciones y la Legión Cóndor apenas pudo intervenir. «Por fin ha podido despegar la escuadrilla de cazas -escribió Von Richthofen el 6 de febrero-. Los italianos avanzan con dificultad. Derribado un He 51. Los italianos aún están a cuatro kilómetros de Málaga. Los españoles necesitan cazas aquí, allá y en todas partes. Y hoy, de nuevo, en Zaragoza, porque apareció un [avión] rojo. Las cosas no deberían hacerse así. Hoy la Legión Cóndor sufrió su baja número catorce.» Dos días después, el 8 de febrero, Von Richthofen anotaba: «¡Hemos tomado Málaga! Gran fiesta [*sic*] de victoria en la España blanca».**18**

Las descripciones de la huida de civiles y milicianos exhaustos que escapaban de la ciudad por la carretera de la costa son espeluznantes.**19** Mujeres enloquecidas seguían amamantando a sus hijos muertos mientras que los más viejos y débiles iban muriendo a lo largo de la carretera bajo el fuego de los morteros que llegaba desde el mar y del de los aviones que, en vuelo rasante, ametrallaban sin piedad a los fugitivos.**20** A Arthur Koestler y a sir Peter Chalmers-Mitchell les parecía que la ciudad abandonada era el reino de las sombras solitarias. Espesas columnas de humo se alzaban sobre los restos de las casas derruidas por

las bombas. Anonadados ante la derrota, algunos milicianos deambulaban sin rumbo en espera de que les pusieran contra una pared y los fusilaran. La venganza de los nacionales sobre Málaga fue quizá la más horrenda de toda la guerra: como ya hemos visto, el embajador británico en Madrid informó al Foreign Office el 31 de agosto de 1944 de que durante la primera semana de «liberación» de la ciudad, los nacionales fusilaron sin juicio previo a 3.500 personas, y desde el 15 de febrero al 25 de agosto de 1944 otras 16.952 más fueron sentenciadas «legalmente» a muerte.²¹ El fiscal de los nacionales en Málaga fue Carlos Arias Navarro, que sería conocido como «carnicerito de Málaga» y, con el tiempo, llegaría a ser el último presidente de gobierno de Franco y el primero de Juan Carlos I.

El desastre de Málaga alimentó la tensión que ya existía entre los comunistas y Largo Caballero, a quien los consejeros soviéticos se referían como «el Viejo» en sus informes a Moscú. A aquéllos les enfurecía que Largo Caballero tratara de poner cortapisas a su influencia en el ejército, actitud que obedecía en parte al rencor que Largo Caballero sentía por los comunistas desde que éstos, infiltrándose con éxito en las Juventudes Socialistas, habían conseguido llevarlas al PCE. André Marty llegó a decir posteriormente que los británicos tenían a Largo Caballero y a Prieto en el bolsillo y eran ellos quienes les incitaban a plantar cara a los comunistas.²²

«El [Largo Caballero] teme la excepcional influencia que tiene el partido en una parte significativa del ejército y trata de rebajarla», escribió Berzin a Moscú el 12 de enero de 1937. Y proseguía diciendo que el general Asensio, subsecretario de Guerra, y el general Cabrera, jefe del Estado Mayor, «siguen conservando la confianza del jefe del Gobierno y ministro de Defensa, el socialista de izquierda Largo Caballero, a pesar de haberse comprobado que cometían sabotajes a la hora de tomar medidas eficaces para los frentes fortificados. A otros aún no se les ha desenmascarado, pero no cabe duda de que son agentes de Franco ... La caída de Málaga en concreto fue causada, mayormente, por la traición». El general Berzin hacía acusaciones semejantes contra los anarquistas y los «trotskistas contrarrevolucionarios» del POUM, un *Leitmotiv* presente en casi todos los informes que se enviaban a Moscú. «No es preciso decir que si no se limpia el campo republicano de toda esa escoria, es imposible ganar la guerra contra los rebeldes.» ²³

Los comunistas se sentían indignados, además, por la «impúdica actitud calumniosa» de Prieto, el ministro de Marina, «en el último Consejo de ministros, donde, en esencia, vino a repetir palabra por palabra los ataques de *La Batalla* trotskista contra la Unión Soviética».²⁴

La transformación de las columnas de milicias en un ejército formal empezó a forjarse, como ya hemos visto, a partir del decreto de Largo Caballero de 30 de septiembre de 1936, que establecía que las milicias debían someterse al Código de Justicia Militar, y del de 16 de octubre por el cual el Ministerio de la Guerra asumía el mando de las milicias a través del Estado Mayor Central. El 13 de diciembre el Ministerio publicó una circular que ordenaba a las columnas de milicias que hicieran un censo de todos sus efectivos por graduación con el fin de proceder a su militarización total.²⁵

A principios de 1937 las fuerzas republicanas totalizaban unos 340.000 hombres, aunque sólo la mitad de ellos se encontró, a la vez, en un frente determinado. Estas fuerzas fueron repartidas entre las zonas central y meridional (ejército del Centro y ejército del Sur) con unos 130.000 hombres, las tres zonas septentrionales (ejércitos del País Vasco, de Asturias y Santander) con unos 100.000, y Aragón (ejército de Operaciones de Teruel), donde fueron otros 30.000. Los 80.000 restantes, que estaban en la retaguardia, se componían de guardias de Asalto, de la Guardia Nacional Republicana, formada por guardias civiles leales, los carabineros y las Milicias de Vigilancia de la Retaguardia, que estaban compuestas de fuerzas irregulares organizadas por el Gobierno entre otras cosas para controlar a las policías

paralelas. Los carabineros, que llegaron a ser unos 40.000, dependían directamente de Negrín, el ministro de Hacienda, quien los convirtió en una fuerza casi de obediencia personal.**26**

El aumento de las cifras del ejército republicano se debió principalmente al llamamiento a filas de los reemplazos de 1933, 1934 y 1935. Es imposible aquilatar qué proporción de estas incorporaciones se produjo por razones idealistas, por las circunstancias o incluso por el hambre, ya que las raciones del ejército eran mejores que las que disfrutaba la población en general. Un brigadista inglés hospitalizado observó que «la gente de los pueblos estaba tan desesperada que comían todo lo que nosotros dejábamos, aunque estuviera a medio masticar». Mientras tanto, y gracias a una combinación de razonamientos, manipulación y chantaje, las milicias fueron incorporadas a la estructura de mando prevista sobre el papel. Durante el verano de 1936 las columnas se convirtieron en batallones y brigadas, y en la primavera de 1937 empezaron a constituirse divisiones e incluso cuerpos de ejército.

Otra cosa que se llevó a cabo con toda premura fue la asignación de comisarios a cada brigada y a cada batallón. El cometido oficial de los comisarios era, como ya hemos explicado, vigilar a los mandos regulares y cuidar del bienestar de las tropas. Álvarez del Vayo convenció a Largo Caballero de que le nombrara comisario general, y con su apoyo los comunistas consiguieron controlar este poderoso cuerpo. En primavera, 125 de los 168 comisarios de batallón pertenecían al Partido Comunista (PCE y PSUC) o a la Juventud Socialista Unificada.

La Generalitat de Cataluña siguió la política del gobierno central, pero al mismo tiempo trató de convertir a las fuerzas bajo su control en un ejército catalán independiente. El día 6 de diciembre, el *Diari Oficial de la Generalitat* publicó el decreto que creaba el Exèrcit Nacional de Catalunya, que se componía de tres divisiones en lugar de las brigadas mixtas propias del ejército republicano. Este proyecto no tendría vigencia, pero dejó clara la voluntad del gobierno catalán de formar un ejército al margen del gobierno de Valencia. El 11 de febrero de 1937, la Generalitat llamaba a filas a los quintos del 34 y del 35 y establecía el mando único coordinado con el Estado Mayor Central, lo que ponía fin al sueño catalán de disponer de un ejército propio.**27** Ni que decir tiene que aquella aspiración de Cataluña había disgustado profundamente al gobierno central. Los comunistas se abstenían de criticar a la Generalitat porque su política era ayudar a Companys a restablecer el poder del Estado a expensas de los anarquistas. Una vez que estuvieran a punto de conseguirlo, utilizarían al PSUC para ayudar a que la Generalitat se sometiera, a su vez, al control del gobierno central.

Por su parte, el *lehendakari* Aguirre organizó también un ejército vasco independiente, el Euzko Gudarostea, compuesto por unos 25.000 hombres, que tampoco fueron encuadrados en brigadas mixtas, ni siquiera en divisiones, sino en batallones integrados nominalmente en el ejército del Norte. Además, el *lehendakari* militarizó la industria de guerra, creó una academia y una sanidad militares vascas y construyó el «cinturón de hierro» de Bilbao.**28**

La única ofensiva republicana en el norte fue la que llevó a cabo el general Llano de la Encomienda, penetrando en dirección sur, hacia las montañas de Villarreal, a principios de diciembre. Los vascos y sus aliados, mal equipados, carecían virtualmente de apoyo aéreo y sólo disponían de unos pocos cañones tirados por bueyes. Pero la moral era alta. Fierre Bocheau, un comunista francés voluntario en el batallón Larrañaga, nos ha dejado sus recuerdos:

Viernes. Es un día gris y lluvioso. Agrupados en el patio del cuartel, llenamos de munición nuestras cartucheras y comprobamos las ametralladoras, los revólveres y los fusiles. De pronto, uno de los nuestros, casi un niño, se pone a cantar una canción ... Atravesamos Bilbao. En la estación del tren están las hermanas, novias y madres de nuestros camaradas españoles. Algunas, lloran. Y

nosotros, italianos, franceses y búlgaros del destacamento internacional nos acordamos de nuestras madres, novias y hermanas, que no están aquí. Las mujeres españolas se me acercan. Me ofrecen pan y naranjas. Me dicen con gran ternura: «*iMuchacho! Tu familia no está aquí para decirte adiós*». En el tren, uno de mis camaradas -me parece que era Piero habla de la muerte con total indiferencia. «Morir no es nada. Lo que importa es vencer.» ... Empezamos a entonar la *Carmagnole*. Luego cantamos en español *La Joven Guardia*. Por un minuto me parece que somos inmortales. Que ninguno de nosotros va a morir, aunque una bala nos alcance en la cabeza o en el corazón. Elorrio. El tren se detiene. Es de noche. Nos llamamos unos a otros mientras formamos por compañías. Lluve a cántaros. Nuestro batallón de obreros y campesinos se pone en marcha junto a los oscuros, silenciosos, cercados del pueblo.

Martes. «¡Camaradas! ¡Arriba!» Son las dos de la mañana y la noche es negra. La compañía puede entrar en combate en un par de minutos. Todo lo que tenemos que hacer es calzarnos las botas. Dudul me dice de pronto: «La verdad es que cuando vas a entrar en combate el corazón te late más aprisa». Las balas sacuden las ramas de los árboles. Las balas silban junto a nuestras orejas. Las balas repiquetean en el suelo, a nuestros pies. Se oye un susurro: «Camaradas, dispuestos para avanzar». Luego, un grito fuerte: «*iAdelante!*». Avanzamos con barro hasta los tobillos. Nos movemos en medio de una cortina de balas. No soy cobarde, pero siento cómo mi cuerpo tiembla. Se agita como una bandera al viento. Tengo que cogerlo por los hombros y empujarlo hacia delante... ¡Cuánto llega a pesar un hombre herido! Parece que los heridos pesan más cuando has estado de pie todo el día, desde el alba hasta el anochecer. A veces tropezamos en los cráteres de los obuses, nos sentimos caer y soltamos al hombre que estábamos transportando. Cada gemido nos rompe el corazón. Cuando llegamos al bosque donde combatía el batallón francés, me derrumbé. Es todo lo que recuerdo.**29**

Las columnas de milicias del frente de Aragón fueron reorganizadas en seis divisiones incompletas sin pasar por la fase de brigadas. La conducción de la guerra en este frente, especialmente la falta de acción, se convirtió muy pronto en causa de tensión entre los anarquistas y los comunistas. Es verdad que una vez que disminuyó la posibilidad de recapturar las ciudades clave de Zaragoza, Teruel y Huesca, el letargo pareció apoderarse de las milicias catalanas, pero las acusaciones comunistas como, por ejemplo, la de que se jugaban partidos de fútbol con el enemigo, que Hemingway aceptó como si fuera el Evangelio,**30** eran con frecuencia erróneas.

Los comunistas se aseguraron de que ni una sola pieza del nuevo equipo que recibieron de la Unión Soviética fuese a parar al frente de Aragón, desde luego ningún avión ni tanque, que se reservaron para sus propias tropas y, por lo tanto, se concentraron alrededor de Madrid. Tampoco es cierto que la superioridad numérica de las milicias republicanas en el frente de Aragón fuera tan grande como sostenían los comunistas, ya que los nacionales disponían de no menos de 20.000 hombres entre Teruel y los Pirineos. Aparte de eso, algunas de las mejores tropas de Cataluña luchaban en el frente de Madrid, y muchos de los que habían quedado atrás estaban armados sólo de escopetas. En tales condiciones no era realista esperar que se pudieran organizar ofensivas convencionales, especialmente desde que la XIII Brigada Internacional fracasó en sus siete intentos de conquistar Teruel.

Aun así, la inactividad anarquista en una región que habían prometido convertir en la «Ucrania española» era notable. Los dirigentes de la CNT-FAI no hicieron nada para organizar grupos guerrilleros y llevar a cabo una campaña de tipo majnovista **31** que habría evitado las convenciones militares que tanto detestaban. Resulta sorprendente que un hombre como García Oliver, que era enérgico e imaginativo, no se diera cuenta de que con una vigorosa campaña de guerrillas hubiera obligado a las fuerzas enemigas a desplegarse en zonas muy

extensas, para hacer frente a los ataques, lo que hubiera sido mucho menos costoso en vidas humanas que la matanza a la que inexorablemente se conducía a los milicianos. Los nacionales no disponían de suficientes tropas para luchar a la vez contra la guerrilla en sus zonas de retaguardia y llevar a cabo una guerra convencional en el frente. Es cierto que había muchos grupos guerrilleros tras las líneas enemigas, pero, como se verá más adelante, una parte considerable de ellos no eran más que fugitivos de los piquetes nacionales de fusilamiento que trataban de sobrevivir. Sin embargo, hubo una resistencia activa en Galicia, León, Extremadura y Andalucía, donde actuaba una brigada irregular bajo el mando del ebanista Manuel Pastor «Maroto».

La GRU y, sobre todo, el NKVD llevaron a cabo «trabajo activo» en España. Eso quería decir que, además de las misiones de espionaje estricto, se dedicaron al sabotaje a gran escala en la retaguardia de las líneas nacionales. Orlov, el jefe del NKVD en España, estaba al mando, pero desde agosto de 1936 hasta octubre de 1937, el hombre que dirigió toda la actividad guerrillera en España fue Kh. U. Mamsurov, bajo el alias de «coronel Xanthé». Mamsurov organizó los *aktivki*, pequeños grupos de sabotaje que cruzaban las líneas para llevar a cabo su misión. Mamsurov, que fue héroe de la Unión Soviética, afirmó, más tarde, cuando ya había alcanzado el grado de coronel general, que Hemingway se basó en él para crear el personaje de Robert Jordán en *Por quién doblan las campanas*. Mamsurov fue sustituido por Naum Eitingon, uno de los grandes héroes de la inteligencia extranjera soviética y un experto en «operaciones húmedas», que fue quien organizó el asesinato de Trotsky en México.**32**

En una carta a Largo Caballero de diciembre de 1936 Stalin abogaba por la formación de destacamentos guerrilleros tras las líneas enemigas. Con el tiempo, Orlov, que había organizado a los partisanos durante la guerra civil rusa, se encargó de este proyecto compaginándolo con sus responsabilidades en la policía secreta. Después de la guerra, Orlov manifestó que había entrenado a 1.600 guerrilleros y aprestado a 14.000 tropas regulares para el combate, aunque esta última cifra parece muy exagerada.

La conversión de las milicias en ejército popular fue conocida como «militarización» y no fue sencilla. Aquellos anarquistas, poumistas y socialistas de izquierda que defendían el sistema de milicias por principio se negaban a reconocer que con tal sistema no se podía hacer frente a la situación: «Cuando se pronuncia la palabra militarización nos inquietamos ... porque nos trae a la memoria atentados constantes contra la dignidad y contra la personalidad humana...».**33** Una «máquina militar» sólo puede ser derrotada por una máquina mejor o por las tácticas de sabotaje de la guerra irregular. La milicia venía a ser una cosa intermedia. Su improvisación había sido una necesidad revolucionaria, no una virtud militar, y como fuerza destinada a oponerse a un enemigo relativamente bien organizado las milicias eran totalmente inadecuadas, por lo que «el paralelismo que tan a menudo se trazó entonces con los ejércitos de las revoluciones rusa y francesa resulta incorrecto».**34**

La teoría con la que se justificaba el sistema de milicias descansaba casi enteramente en la moral de la tropa, que es sólo una parte de la condición militar y la más vulnerable de todas ellas. La moral no es un sustituto de la acción y no siempre produce automáticamente una autodisciplina sustitutoria de la disciplina tradicional que tantos anarquistas rechazaban, provocando muchas veces que sus ideales degeneraran en una justificación ideológica de la ineficacia. Había otros anarquistas, como Cipriano Mera, que se daban cuenta de que estaban comprometidos con una situación a la que no tenían más remedio que hacer frente con eficacia, por mucho que aquello entrara en conflicto con sus ideales. Durante el otoño y el invierno de 1936 esta realidad acabó imponiéndose al idealismo de los anarquistas, que, aunque alarmados por el avance del poder comunista, sabían que se estaban jugando su propia supervivencia.

Dos obstáculos principales obstruían el proceso de militarización. Uno era el principio del «mando único», que preocupaba a los anarquistas y al POUM porque temían a los comunistas, por mucho que reconocieran su necesidad en una guerra convencional. El otro era la imposición de la disciplina militar tradicional, que a los anarquistas les parecía inaceptable, pero cuya ausencia les hacía vulnerables. (El rechazo de los anarquistas españoles a cualquier forma de mando no era nada nuevo ni específico: en 1917 Trotsky fue nombrado jefe del soviet de Petrogrado porque Voline renunció al cargo por sus convicciones anarquistas.) La alternativa del POUM era la constitución de consejos de soldados como los que se formaron durante la Revolución rusa, que era algo que horrorizaba a los comunistas, mientras que los anarquistas no acababan de ponerse de acuerdo entre ellos. Mera les explicó en diversas ocasiones que el instinto de conservación era demasiado fuerte para ser controlado solamente por la voluntad individual en el ambiente inhumano del «tronar de la artillería, el tableteo de las ametralladoras y el silbido de los obuses»,³⁵ pero, por otra parte, había quien pensaba que «si el éxito de la guerra depende de poner un hombre armado con una pistola tras cada siete u ocho camaradas, entonces podemos decir que ya la hemos perdido».³⁶ Otros, como el delegado de la columna Iberia, no ponían objeciones a la disciplina en sí misma: «Aceptamos una disciplina de hierro; fusilaremos a quien abandone el frente; aceptamos una estructura de mando único; pero no aceptamos que alguien sentado tras una mesa, alejado del peligro, nos mande».³⁷ Helmut Rudiger, el delegado de la AIT en España, decía con gran sentido común: «Si se quisiese basar la guerra en principios antiautoritarios o asambleas generales, discusiones y acuerdos de organización, estaríamos perdidos».³⁸

Los conflictos entre los anarquistas y la jerarquía militar acabaron resolviéndose mediante una serie de compromisos. El saludo militar, el tratamiento y los oficiales no libertarios eran rechazados, mientras que se comunicaba al Estado Mayor Central del ejército el nombre de los delegados escogidos y éste les confirmaba en su puesto con el grado equivalente. (Como sólo los oficiales regulares podían llegar a coronel, los jefes de columnas milicianas ostentaron, como máximo, el grado de comandante.) El problema sobre las diferencias en la paga se solucionaba haciendo que los oficiales donaran todo lo que ganaban por encima del salario de un miliciano al fondo de guerra de la CNT. García Pradas, director del diario *CNT* y miembro del Comité anarquista de Defensa de Madrid, explicaba la situación en los siguientes términos: «Al llegar la militarización de las milicias, las nuestras sólo la admitieron a condición de retener cierta independencia, y en esta condición entraba la de conservar sus propios mandos ... Nos convino obrar así por varias razones, una de las cuales fue obtener la alta paga asignada oficialmente a los comandantes; los nuestros, en el Centro, después de cobrarla, entregaban la mayor parte de ella al Comité de Defensa, que gracias a eso dispuso de millones de pesetas para ayudar a las colectividades agrícolas».³⁹ La CNT trató de perder lo menos posible con la militarización una vez tuvo que aceptar el hecho de que las milicias eran inútiles para una guerra de largo alcance.

Durante el invierno de 1936 mucha gente tuvo que cambiar de actitud. En menos de seis meses un intento de golpe de estado se había convertido, primero, en una guerra civil en toda regla, y luego en una guerra mundial por poderes. El 31 de diciembre de 1936 la artillería nacional que asediaba Madrid celebró el año nuevo lanzando 12 obuses en dirección a la Puerta del Sol cuando daban las doce. «Desde Getafe doce cañonazos rompen el silencio, anuncian doce veces que la guerra sigue, que Madrid será bombardeada mientras la guerra dure, que sus habitantes no podrán tener paz mientras no se rebelen contra los dirigentes republicanos.»⁴⁰ Las bombas cayeron en la zona de Gran Vía-Cibeles y diez de los proyectiles alcanzaron el edificio de la Telefónica. Se dice que al Caudillo no le gustó nada esta ligereza tan poco profesional, pero menos le habrían gustado las palabras del capitán Von Goss, de la

Legión Cóndor: «En la primavera de 1937 ya no se podía hablar simplemente de una guerra *española*. Se había convertido en una guerra de verdad».

18. Las ofensivas del Jarama y Guadalajara

Tras el sangriento choque de la carretera de La Coruña, terminado en tablas, Franco empezó a preparar, durante la segunda quincena de enero de 1937, una nueva operación contra Madrid. El general seguía empeñado en tomar la ciudad antes de la primavera, pero, al final no siguió su sensata estrategia de atacarla por el este en un movimiento de pinza.

El frente fue desplazado hacia el sur de Madrid a lo largo de la carretera de Aranjuez, donde se gestó una nueva ofensiva de penetración hacia el nordeste, a través del río Jarama, para cortar la carretera de Valencia. Tal ofensiva había de coordinarse con un ataque de las tropas italianas del Corpo di Truppe Volontarie, que, a las órdenes de Roatta, debían avanzar desde Sigüenza hacia Guadalajara para cerrar la pinza a la altura de Alcalá de Henares. El mal tiempo era un problema. «Lluvia, lluvia y lluvia -anotó Von Richthofen en su diario a finales de enero-. Los aeródromos están encharcados. ¡Hielo y niebla!»¹ En efecto, los dos movimientos de tenaza no pudieron coordinarse porque las lluvias retrasaron a las tropas italianas que regresaban de la campaña de Málaga, impidiéndoles estar en condiciones de atacar en la primera semana de febrero. Franco, sin embargo, decidió lanzar la ofensiva del Jarama sin aguardar a que sus aliados italianos estuviesen listos.

Franco aún no era capaz de advertir lo mucho que había cambiado la guerra durante los últimos meses ni de que sus mejores tropas ya no conseguían poner en fuga en seguida a las fuerzas republicanas como había sucedido constantemente durante el otoño. El general ya no estaba librando una guerra de rápida maniobra, sino que se encontraba en una contienda que se basaba principalmente en intensos ataques frontales, con lo que la maniobrabilidad y capacidad táctica de sus fuerzas, que hasta entonces le habían dado siempre ventaja, ya no eran decisivas. Ni siquiera el gran apoyo artillero y aéreo con que ahora contaba era suficiente ya para darle la victoria, sobre todo desde la llegada de los Chatos rusos, que eran mucho más rápidos y eficaces que los Heinkel 51. Por esta razón, sus aliados alemanes decidieron enviar a España, con destino a la Legión Cóndor, los nuevos Messerschmitt 109, que, sin embargo, no llegaron hasta marzo. En cualquier caso, las fuerzas republicanas estaban ahora mucho mejor preparadas para protegerse de los bombardeos de la artillería o de la aviación.²

Aunque el general Mola era el comandante supremo, el general Orgaz tenía el mando de todo el frente y Várela, de nuevo, estaba al mando de las tropas de campaña. Disponía de cinco brigadas compuestas de seis batallones cada una, con once batallones más en reserva, lo que totalizaba unos 25.000 hombres apoyados por dos batallones de ametralladoras alemanas, los carros blindados de Von Thoma, seis baterías de 155 mm y los certeros cañones de 88 mm de la Legión Cóndor que iban a ser utilizados por primera vez en combate. El coronel García Escámez mandaba la brigada del ala derecha cerca de Ciempozuelos; el coronel Rada estaba a la izquierda del ataque, en el flanco norte limitado por el río Manzanares en su curso hacia el este para unirse al Jarama, y en el centro estaban las brigadas de Asensio, Barrón y Sáenz de Buruaga sobre un eje de avance que apuntaba a Arganda. La mayoría de las tropas estaba compuesta por regulares marroquíes y legionarios. Rada contaba también con el regimiento de requetés y Barrón con diez escuadrones de caballería.

El Estado Mayor republicano ya había estado considerando también las posibilidades de lanzar una ofensiva en este sector, acción que no había prosperado por las rivalidades surgidas entre el general Miaja y el general Pozas por la cuestión del mando. Aun así, la República disponía allí de 50 batallones, que equivalían poco más o menos a las tropas de infantería con las que tendrían que enfrentarse.

El día 5 de febrero amainan las lluvias y Mola da la orden de que el ataque se inicie a la mañana siguiente. A la izquierda y al norte, las fuerzas de Rada atacan La Marañososa, un cerro de casi 700 metros de altura que es defendido con uñas y dientes por dos batallones republicanos. Cinco kilómetros hacia el sur, Sáenz de Buruaga toma con su brigada el pueblo de Gózquez de Abajo, situado a un kilómetro del río Jarama. La brigada de Asensio penetra hacia el este desde Valdemoro y sobrepasa San Martín de la Vega, en tanto que las fuerzas mandadas por García Escámez capturan Ciempozuelos tras una dura batalla en la que la 18 Brigada pierde 1.300 hombres. En la mañana del día 8 los nacionales controlan ya la mayor parte de la ribera oeste del Jarama, y al día siguiente los hombres de Rada toman posiciones en el terreno próximo a la «Y» que dibuja la confluencia de los ríos Manzanares y Jarama, frente a Vaciamadrid. La estrategia de Várela es correcta en cuanto a la disposición de las brigadas de Rada y de García Escámez en las alas del ataque, pero las tres columnas del centro no son lo bastante fuertes como para conseguir romper el frente. Los republicanos, que ignoran el lugar exacto donde se va a producir el ataque siguiente, no pueden establecer un plan específico para la defensa, por lo que se deciden a fortificar la carretera de Madrid y la orilla derecha del Manzanares.

Durante los dos días siguientes no deja de llover, de modo que los nacionales tienen que detener su ofensiva porque no consiguen vadear las aguas del Jarama, que baja muy crecido. Mientras tanto, llega a Arganda, para vigilar el puente, la XII Brigada Internacional, Garibaldi, que es recibida por el fuego de la artillería nacional, que no ha dejado de machacar el frente de Arganda, las posiciones republicanas desplegadas a lo largo del Manzanares y los pueblos de la inmediata retaguardia. Al alba del día 11 de febrero, tropas marroquíes de la brigada de Barrón, que han vadeado el Jarama aguas abajo del puente de Pindoque, pasan a cuchillo a los centinelas franceses del batallón André Marty, de la XIV Brigada Internacional, que vigilan el puente ferroviario entre Vaciamadrid y San Martín de la Vega. «Los moros ahorraban sus municiones, utilizaban sus cuchillos, cuchillos largos, triangulares, deslustrados», contó a Regler un médico de las Brigadas Internacionales testigo del asalto.³ Las tropas republicanas han puesto cargas de demolición en el puente que son detonadas correctamente en el momento en que las tropas nacionales entran en él, pero la estructura de metal da un brinco en el aire y vuelve a caer en su posición inicial.

La brigada de Barrón, y la que manda Sáenz de Buruaga, que le sigue, cruzan el puente a todo correr, pero ambas son frenadas en su avance por el fuego intenso que les hace el batallón Garibaldi, situado en una cota superior. Horas más tarde, 25 tanques T-26 republicanos contraatacan en dos oleadas sucesivas, pero las baterías nacionales de 155 mm situadas en La Marañososa les hacen retroceder. Al amanecer del día siguiente, aguas abajo del Jarama, los regulares de Asensio capturan el puente de San Martín de la Vega en un ataque similar, contraviniendo las órdenes de Várela de aguardar hasta que la otra cabeza de puente estuviese asegurada. Tras tomar el puente, la brigada de Asensio gira hacia los altos del Pingarrón, que, al igual que sucede con otros puntos clave del sector,³ no han sido preparados para la defensa.

El general Pozas, jefe del ejército del Centro, se ha dirigido inmediatamente hacia Arganda con el fin de organizar un contraataque, pero sus diferencias con Miaja, que su jefe de Estado Mayor, coronel Casado, califica de infantiles, entorpecen el despliegue. Miaja se niega a enviar las cinco brigadas de que dispone hasta que el gobierno de Valencia no le dé el mando del frente. Al final lo consigue, pero mientras tanto los nacionales ya han cruzado el río con todas sus fuerzas a pesar de los ataques aéreos contra los dos puntos de cruce, que, además, suponen para la República cuantiosas bajas en las escuadrillas de Chatos, que se han puesto necesariamente al alcance de los temibles cañones de 88 mm de la Legión Cóndor.

El día 11 por la noche llega al frente la XV Brigada Internacional recién constituida, al mando del general «Gal» (Janos Galicz), que tiene como jefe de Estado Mayor al capitán Nathan. La brigada se sitúa en el flanco izquierdo, llevando a su izquierda al batallón británico, al mando de Tom Wintringham, el Six-Février franco-belga en el centro y el Dimitrov a la derecha. Los voluntarios internacionales avanzan entre los olivares hacia las cotas más altas bajo un fuego enemigo que no les da respiro.⁴ Las órdenes de «Gal» son hacer frente a las tropas de Sáenz de Buruaga en la carretera de San Martín-Morata.

El 12 de febrero las tropas de Asensio capturan los altos del Pingarrón, mientras que al norte la XI Brigada Internacional y la 17 Brigada toman Pajares. Mientras tanto, en Albacete, el batallón norteamericano Lincoln se prepara para dirigirse al frente como fuerza de refresco.

Al sur de la carretera, las unidades británicas de Wintringham pierden más de la mitad de sus miembros en el ataque que lanzan para capturar y mantener la posición que llaman con toda propiedad *Suicide Hill* («la colina del suicidio»),⁵ la cual tratan de defender con sus ametralladoras Maxim y acaban defendiendo con sus fusiles, porque la munición que les han enviado para las Maxim no es la adecuada.⁶ El batallón Six-Février, situado a su derecha, se ve obligado a retirarse sin previo aviso, lo que permite que la compañía de ametralladoras británica sea capturada por un grupo de regulares que, atacando por el flanco desguarnecido, se acercan cantando la *Internacional*. **7**

Al terminar el combate, de los 600 hombres del British sólo quedan 225. Allí cae herido el propio Tom Wintringham y halla la muerte el novelista y filósofo comunista Christopher Caudwell. La «colina del suicidio» ha pasado a manos enemigas, pero en el flanco derecho de la brigada el batallón Dimitrov, compuesto por exiliados balcánicos, y el Thaelmann reconstituido de la XI Brigada Internacional rechazan un furioso ataque de los regulares, que caen como moscas hasta que las viejas ametralladoras Colt se encasquillan y toda la brigada tiene que emprender la retirada. El batallón Dimitrov sufre enormes pérdidas: dos soldados de cada tres son bajas, pero se consigue evitar la penetración por el centro porque los nacionales creen que las tropas republicanas son mucho más numerosas y no descubren la debilidad de la XV Brigada Internacional por su flanco sur.

Von Richthofen anota en su diario lo que ha oído de labios de oficiales nacionales: «Enemigos rojos ante Madrid: duros combates. Se toman prisioneros franceses, belgas e ingleses. Menos a éstos se les fusila a todos. Los carros están bien camuflados entre los olivos. Muchos muertos a su alrededor. Los moros hicieron su trabajo con bombas de mano.»⁸

Al este del Jarama, entre Pajares y Pingarrón, en las suaves colinas pobladas de olivares, los ataques y contraataques se suceden sin descanso a lo largo de todo el día 13 de febrero, ante la desesperación de Várela por conseguir romper el frente. Con el paso de las horas, el batallón Edgar André, de la XI Brigada Internacional, se ve obligado a retroceder ante el fuego de ametralladora de un batallón de la Legión Cóndor y los obuses que disparan los cañones de 155 mm desde La Marañososa. El fuego de artillería llega a destruir varios puestos de mando de las brigadas y a cortar los cables telefónicos de campaña en la retaguardia. Al amparo de la acción devastadora de la artillería, la columna de Barrón lanza en Pajares un ataque contra el flanco derecho de la XV Brigada Internacional, consiguiendo romper las líneas en dirección a Arganda, en la carretera de Valencia, pero lo tiene que hacer en solitario porque el resto de las formaciones nacionales se han quedado clavadas en el terreno por la encarnizada defensa de los republicanos.

Durante la noche del 13, el frente está a punto de desmoronarse porque la XI Brigada Internacional y las formaciones que constituyen sus alas retroceden tratando de restablecer la línea del frente. A Várela le preocupa la posición de la brigada de Barrón, que en su avance ha quedado aislada, por lo que le ordena que detenga su marcha hasta que las demás

formaciones nacionales lleguen a su altura y puedan proteger sus flancos. Esa decisión le cuesta a Várela que el punto de penetración conseguido por Barrón sea el límite máximo al que llegan sus hombres, porque al día siguiente se lanzan al contraataque 50 carros de combate T-26 en algo parecido a una carga de caballería pesada, aunque llevada a cabo por vehículos mecánicos. El ataque no es brillante, pero da a los republicanos tiempo suficiente para que lleguen las unidades de reserva y puedan consolidar el centro del sector.

A Mola le preocupa la energía demostrada por los republicanos para contener su ofensiva. También él está obsesionado con la idea de tomar Madrid y ha convencido a Franco de que le permita comprometer a sus últimos seis batallones de reserva, unidades que ni siquiera sirven para sustituir las pérdidas que han sufrido las columnas. Ambos bandos han combatido hasta el agotamiento y ahora están en un punto muerto. Las tropas de primera línea de fuego han sufrido enormes bajas al lanzarse a la carga llenas de coraje y desesperación: «En el campo que abarcaban mis gemelos ... veía claramente numerosos cadáveres que sembraban el terreno y los heridos, más numerosos todavía, que, arrastrándose, intentaban salir de la zona maldita». **9** Como muchas veces el rancho no llega a las líneas del frente por la intensidad de los combates, los combatientes de uno y otro bando están en un lamentable estado de debilidad por la falta de alimentos. El Estado Mayor republicano se ha podido aprovechar del agotamiento de las tropas nacionales lanzando un contraataque cuando más exhaustas están, pero reacciona tan tarde que no consigue llevar a las posiciones unidades de reserva. Tan sólo tiene disponible la XIV Brigada Internacional, que envía para que consolide el frente en el centro del sector, entre Arganda y Morata.

A pesar de las cuantiosas bajas de sus tropas, el 15 de febrero Franco ordena a Orgaz que continúe el avance. Tanta tozudez y tantas prisas son injustificables, ya que las tropas italianas están siendo reagrupadas para ser conducidas al frente de Guadalajara y si hay que volver a intentar la penetración en las filas republicanas ésta tendrá que coordinarse con la acción de los italianos. El resultado es que para ganar una porción de terreno insignificante, Franco sacrifica a sus mejores tropas. Aquel mismo día se hacen oficiales las órdenes que dan a Miaja el control de las operaciones militares en el frente del Jarama. Asistido por el coronel Rojo, Miaja reorganiza las formaciones republicanas en cuatro divisiones y el día 17 de febrero las lanza a la ofensiva. La 11 División de Líster asalta los altos del Pingarrón en un ataque frontal que causa cuantiosas bajas; la 70 Brigada, asignada a la 14 División de Mera, pierde 1.100 hombres, más de la mitad de su fuerza; la División de Modesto cruza el Manzanares desde el norte para atacar La Marañosá, defendida por los requetés de Rada, y un batallón comunista llamado los «lobos grises de Pasionaria» queda diezmado por el fuego enemigo en un ataque desesperado en campo abierto. Peter Kemp, un voluntario inglés que ha sido nombrado suboficial de requetés, recuerda que el capellán de su regimiento le incordia, impidiéndole fijar el punto de mira, gritándole desaforadamente al oído que dispare sin cesar «contra la chusma atea». **10**

El contraataque republicano sólo consiguió que la brigada de Barrón se retirara hacia la carretera de Chinchón a Madrid. La brigada de tanques soviética jugó aquí un papel crucial con sus T-26, que aparecían de pronto saliendo de sus posiciones de camuflaje bajo los olivos. En un informe enviado a Moscú constaba que un oficial llamado Bilibin había conseguido evacuar un tanque averiado bajo un denso fuego de ametralladoras y obuses de artillería. Y el 19 de febrero se informaba de que «el tanque del oficial Novikov fue alcanzado por tres impactos directos. El artillero quedó herido y el conductormecánico muerto. El mismo Novikov resultó gravemente herido, pero durante más de 24 horas no permitió que el enemigo se acercara a su tanque en llamas. Más tarde fue rescatado por sus cantaradas». Esta historia de supervivencia dentro de un tanque incendiado, durante todo un día y una noche, no es fácil

de creer, porque los informes soviéticos sobre ejemplos de heroísmo -muchas veces auténticos- en el campo de batalla fueron exagerados tan absurdamente como lo habían sido las bravuconadas de Stalin sobre la capacidad de trabajo de los rusos.**11**

Krasilnikov, jefe de un tanque y miembro del Partido Comunista, revela también en sus informes la estúpida influencia de la mentalidad estajanovista en las cuestiones militares. «Durante los combates junto al Jarama, el comandante de batallón, camarada Glaziev, consideraba que las mejores dotaciones de carros eran aquellas que conseguían disparar los máximos proyectiles posibles. Pero lo que pasaba es que enviaban los proyectiles a tres kilómetros de distancia de donde estaba el enemigo.»**12**

Durante la mañana del 21 de febrero, la compañía escandinava del batallón Thaelmann aprovechó un momento de tregua para hacer más profundas sus trincheras y cortar ramas para el camuflaje. Finalmente había dejado de llover. Conny Andersson, un sueco superviviente de la batalla, describió la escena. «El sol de la mañana acariciaba nuestros rostros terrosos y secaba lentamente las mantas húmedas de rocío.» Algunos hombres gatearon, en busca de café, hacia un gran depósito de color verde que habían traído hasta la línea del frente y les alargaron dátiles y galletas. «Dormitábamos al amor del sol, hablando de naderías, enrollábamos las mantas que ya estaban secas o limpiábamos los fusiles y preparábamos la munición. Un alemán que chuleaba con un casco para provocar a los francotiradores fue despachado a la eternidad con un disparo de profesional. Los camilleros le recogieron en silencio, bajaron a la carretera y lo echaron a la fosa común.» Aquel mismo día llegaron algunos austríacos para reforzar la segunda compañía del batallón: «Todos eran valientes y cordiales, y llevaban puestos chalecos de piel de cordero. Allí donde fuesen llamaban la atención o, por lo menos, la llamaban sus chalecos. Los hombres los contemplaban con ojos codiciosos pensando en el frío que se pasaba haciendo la guardia en las primeras horas del amanecer».**13**

Durante toda la semana siguiente el frente no se movió hasta que el general Gal lanzó a su división, recién constituida, a un ataque imposible contra los altos del Pingarrón ordenando que fueran tomados a toda costa y empecinándose en un ataque inútil por la falta de apoyo de los carros de combate y de los aviones que le habían prometido.**14** Una vez más, todos, brigadistas extranjeros y soldados españoles, sufrieron las consecuencias de la incapacidad de sus mandos y de la incompetencia del Estado Mayor.

El férreo control político que ejercían algunos comisarios ambiciosos hizo que la propaganda interfiriera con la acción militar. Es cierto que había algunos oficiales muy competentes, como el coronel francés Putz o el comandante inglés Nathan (que no fue ascendido porque no quiso entrar en el Partido Comunista), pero la mayor parte de los oficiales superiores disimulaban su incompetencia amparándose en una rígida disciplina. Sus decisiones producían con frecuencia un montón de bajas para nada. Sus grandilocuentes órdenes de «resistir o morir» o «no retroceder ni un palmo», una vez que ya no quedaba munición, podían servir como material de propaganda, pero desde luego no eran ellos los que sufrían las consecuencias de semejantes estupideces. Uno de los episodios más trágicos de aquella campaña tuvo que ver con el batallón Lincoln, que había llegado la noche del 16 y había sido enviado inmediatamente al frente. El charlatán inglés que, pretendiendo haber sido oficial del 11.º Regimiento de Húsares británico, fue nombrado comandante de los norteamericanos, les ordenó lanzar ataque tras ataque hasta que perdió 120 hombres de los 500 que formaban el batallón. Los estadounidenses se amotinaron y casi lincharon al pelicularo personaje que les habían impuesto como jefe, negándose a regresar a primera línea de fuego hasta que no les dejaran elegir a su propio comandante.

Poco después de estos últimos ataques, a finales de febrero, se estabilizó el frente con ambos bandos combatientes completamente exhaustos. La carretera de Valencia no había sido cortada y los nacionales habían sufrido grandes pérdidas entre sus mejores tropas. Las bajas fueron más o menos equivalentes en ambos lados, aunque los cálculos varían entre 6.000 y 20.000, con una proporción del 60 por 100 de bajas en los republicanos y de 40 por 100 en los nacionales.**15** La batalla del Jarama no había proporcionado, en suma, ningún resultado positivo para los nacionales más allá de la conquista de unos miles de metros. Como escribió un testigo ocular italiano que iba con las fuerzas nacionales, «la ofensiva del Jarama no fue sólo estéril, sino contraproducente y pesó sobre el curso de la guerra como una derrota».**16**

La batalla del Jarama fue testigo de una coordinación más estrecha entre las fuerzas nacionales de tierra y de aire, pero no entre las republicanas, tal como observó un comisario soviético de escuadrillas en su informe a Moscú:

La fuerza aérea se emplea diariamente con gran tenacidad y consagra todos sus esfuerzos al combate. Derrota al enemigo en el aire y en tierra, mientras las unidades de carros rompen la línea del frente. Lo único que ha de hacer la infantería es consolidar los resultados de las operaciones aéreas. Pero las débiles unidades de fusileros no lo consiguen. Cuando se enteran de ello nuestros hombres, sienten que su trabajo es inútil. Tras las batallas aéreas sobre el Jarama, algunos pilotos me dijeron: «No nos importa hacer otras cinco o seis salidas diarias, si la infantería avanza y consolida los resultados de nuestro trabajo.» Tras un día de combates victoriosos en el sector del Jarama, los pilotos preguntaron cómo les había ido a las unidades de fusileros y cuando se enteraron de que la infantería no sólo no había avanzado, sino que incluso se había retirado algo, se sintieron muy desafortunados. El piloto Sokolov se puso tan nervioso que llegó incluso a llorar.**17**

Los nacionales utilizaron los Junker 52 de la Legión Cóndor para contrarrestar el ataque de los T-26 en el puente de Pindoque y contra el avance de Modesto sobre La Marañosa. La fuerza aérea republicana, por su parte, consiguió mantener la cobertura durante los primeros días de la batalla, pero después del 13 de febrero su supremacía fue contestada por los Fiat CR 32 de los nacionales, que se lanzaron ferozmente contra los Chatos en un espectacular duelo aéreo sobre el cielo de Arganda en el que combatieron 14 Fiat contra 24 Chatos. Cinco días más tarde, el grupo de Fiat conocido como «patrulla azul», que dirigía el as de la aviación nacional García Morato, fue transferido al frente y entró en combate el día 18. Junto con los Fiat de la Aviazione Legionaria, estas unidades infligieron severas pérdidas a un grupo de aviones republicanos compuesto por una escuadrilla de Chatos pilotada por voluntarios norteamericanos, otra, también de Chatos, pilotada por rusos y una tercera de Moscas también pilotada por rusos. Ese día los aviones nacionales derribaron ocho Chatos y sólo sufrieron una pérdida.**18** Tras esta batalla se pidió a los pilotos rusos que fuesen más cuidadosos en sus acciones de guerra.

Llegados de nuevo a un punto muerto, atrincherados en sus zanjas los dos bandos combatientes, los días transcurrían monótonamente entre los húmedos olivares. Se hacía la vida en trincheras anegadas por el agua de la lluvia, sacudidas de pronto por muertes ocasionales causadas por balas perdidas. Los hombres trataban inútilmente de acabar con los piojos que anidaban en las costuras de la ropa. Los comisarios trataban de mantener alta la moral organizando «discusiones» políticas y distribuyendo folletos o periódicos del partido. La tranquilidad del frente propició nuevas visitas a los combatientes de las Brigadas

Internacionales, como las que hicieron, entre otros, Stephen Spender, Henri Cartier-Bresson, el profesor J. B. S. Haldane y Errol Flynn.

Los acontecimientos militares de los últimos meses, y especialmente la caída de Málaga, provocaron disensiones en el Gobierno acerca de la conducción de la guerra. Los comunistas lanzaron un ataque frontal contra el general Asensio Torrado, subsecretario de la Guerra, objetivo cuatro meses antes de críticas que habían sido rechazadas por Largo Caballero. Anteriormente los comunistas habían tratado de ganarse a Asensio llamándole «héroe de la República democrática», pero éste, lejos de recrearse en la lisonja, tomó medidas contra ellos, como llevar a cabo una inspección en las cuentas del 5.º Regimiento u oponerse al intento de los comunistas de infiltrarse en el cuerpo de Asalto. Como no podían tacharlo de incompetente, pues era el responsable de la buena actuación de la infantería en el Jarama, le acusaron, tal vez con razón, de ser el culpable de la caída de Málaga al no haber enviado suficiente armamento,¹⁹ cosa que tampoco hizo mella en Largo Caballero, por lo que los comunistas terminaron acusándole de que bebía mucho y de que le gustaban demasiado las mujeres.²⁰

Álvarez del Vayo dio su abierto apoyo a los ministros comunistas, lo que le enfrentó con el presidente del Consejo. Los ministros anarquistas, por su parte, no hicieron nada por ayudar al general porque le consideraban responsable del trato discriminatorio que habían sufrido repetidamente las tropas de la CNT. A los republicanos y a los socialistas de derecha tampoco les agradaba Asensio, sobre todo porque Largo Caballero reaccionaba en seguida ante la menor crítica hecha a su subordinado. Al final, el general Asensio fue destituido el 21 de febrero y sustituido por el socialista Carlos de Baraibar, amigo personal de Largo Caballero, con lo que los comunistas vieron frustrada su intención de colocar en el puesto a uno de sus hombres.

André Marty, en un extenso informe a Moscú, daba su punto de vista sobre la férrea resistencia de Largo Caballero a los comunistas:

Caballero no quiere la derrota, pero le teme a la victoria. Le da miedo la victoria porque la victoria no es posible sin la activa participación de los comunistas. La victoria significa una consolidación todavía mayor de la posición del Partido Comunista. Una victoria militar final sobre el enemigo significa para Caballero, y para el mundo entero, la hegemonía política del Partido Comunista en España. Eso es natural e indiscutible ... Una España republicana, levantada sobre las ruinas del fascismo y liderada por los comunistas, una España libre, de un tipo republicano nuevo, organizada con la ayuda de gente competente, será una gran potencia militar y económica que llevará a cabo una política de solidaridad en estrecha relación con la Unión Soviética.²¹

La polémica sobre el general Asensio en Valencia ocurrió al poco del enfrentamiento entre Miaja y Pozas del que hemos hablado antes y que concluyó con el nombramiento oficial de Miaja como jefe de los frentes del Jarama y Guadalajara. Miaja iba a ser, así, quien estuviera al mando durante las mayores batallas que se sucedieron en el primer año de guerra civil, incluyendo la de Guadalajara, una de las pocas victorias del ejército republicano.

La decisión de Franco de seguir adelante con la operación correspondiente a la otra pata de la pinza fue tan injustificable como la propia ofensiva del Jarama.²² Se suponía que las tropas de Várela retomarían su avance en dirección a Alcalá de Henares, al tiempo que las tropas italianas bajaban hacia Guadalajara para cerrar la pinza, pero la realidad era que las fuerzas nacionales del frente del Jarama estaban totalmente exhaustas y eran por tanto incapaces de reaccionar con el más mínimo entusiasmo: «[las tropas nacionales] podían mantenerse a la defensiva, pero no estaban en condiciones de llevar a cabo la más pequeña acción contra las

posiciones rojas, que seguían siendo formidables aunque sólo las defendieran ya los milicianos españoles», como admitía un testigo del frente favorable a los nacionales.**23** Es posible que, en parte, Franco continuara con la estrategia original para escarmentar a los italianos, quienes, tras el paseo militar de Málaga, hacían gala de una prepotencia totalmente injustificada, pero que ya venía de lo que Renzo de Felice ha llamado «la aureola de fuerza que tras la guerra de Abisinia rodeaba a la Italia fascista».**24** De modo que el avance se dejó casi por completo en manos italianas.

El general Roatta disponía de unos 35.000 hombres entre las «Llamas negras» del general Coppi, las «Flechas negras» del general Nuvolini, la División Dio lo vuole, del general Rossi, y la División Littorio del general Bergonzoli. La última constaba de oficiales regulares y de tropa de leva; las otras, de milicianos fascistas. Esta fuerza de infantería motorizada estaba apoyada por cuatro escuadrones de tanques miniatura Fiat Ansaldo, 160 cañones de campaña y cuatro escuadrillas de cazas Fiat CR 32, que la escasa visibilidad y los aeródromos embarrados hacían casi inservibles. Contaban además con unos 1.500 camiones. Las ansias de Mussolini por conseguir victorias militares condicionaban la actitud de los oficiales que mandaban estas tropas de «voluntarios involuntarios» que el Duce había conseguido concentrar bajo mando italiano independiente.

Parece ser que el Estado Mayor republicano era perfectamente consciente de la amenaza que se cernía sobre el sector de Guadalajara, en la carretera de Madrid a Zaragoza, pero sólo envió a una compañía de tanques T-26 para que reforzara a las tropas de la inexperta 12 División al mando del coronel Lacalle.

El 8 de marzo, con la primera luz del día, la división motorizada «Llamas negras» del general Coppi, con vehículos blindados y Fiat Ansaldo a la cabeza, se lanza contra las líneas republicanas usando las tácticas de la *guerra celeré* que habían dado a Roatta la victoria en Málaga. A su derecha, la 2ª Brigada de la División Soria mandada por el recién ascendido general Moscardó, y compuesta por regulares, legionarios y requetés, penetra en el frente republicano, pero, al ir a pie, pronto se queda atrás. Durante aquel día la ventisca y la niebla reducen la visibilidad a menos de 100 metros. El mal tiempo continúa durante todo el día siguiente, por lo que los italianos aminoran la velocidad de su ataque, aunque siguen ensanchando la brecha en el frente republicano ocupando el pueblo de Masegoso. La noche del día 9 se detienen a descansar porque los hombres están helados y fatigados (muchos milicianos llevan aún los uniformes tropicales). Aquel parón en el climax del ataque es incompatible con las tácticas de la *Blitzkrieg*, pero aún resulta peor porque en el frente del Jarama no se lleva a cabo ninguna operación de diversión que hostigue a las tropas republicanas y les impida acudir a reforzar la zona de Guadalajara, pese a las desesperadas peticiones que, en tal sentido, Roatta no deja de hacer a Franco.**25**

Estrategas franceses e ingleses (con las notables excepciones de Liddell Hart y Charles de Gaulle) señalarían la ofensiva de Guadalajara como prueba de que una penetración con blindados era una estrategia inútil. Por su parte, los alemanes sostuvieron que la ofensiva no se realizó correctamente y que las fuerzas italianas no estaban bien adiestradas para llevar a cabo semejante maniobra nada más llegar.

Miaja y Rojo reaccionan con mayor rapidez de lo que lo habían hecho en el Jarama, envían en seguida refuerzos y reorganizan la estructura de mando. Al coronel Jurado se le ordena que forme el IV Cuerpo de Ejército con base en Guadalajara. Bajo su mando se encuentran la División de Líster, desplegada en la carretera general de Madrid a Zaragoza, junto a Torija, la 14 División de Mera a la derecha, frente a Brihuega, y a la izquierda la 12 División del coronel Lacalle. Éste está furioso por haber sido preterido por Jurado, pero nadie le hace demasiado caso. Tras tres días de batalla, Lacalle se declara enfermo y el comunista italiano Niño Nanetti

le sustituye. En los cuarteles generales los comunistas extranjeros tienen vara alta; el Estado Mayor de Jurado, por ejemplo, está supervisado estrechamente por asesores soviéticos como Meretskoy, Malinovski, Rodimtsev y Voronov.

Rodimtsev, que sería nombrado héroe de la Unión Soviética por su bravura en la batalla inminente, y más tarde se haría mundialmente famoso como comandante de la 13 División de Guardias Fusileros en Stalingrado, es asignado a la 2ª Brigada que manda el mayor González Pando. «Pasionaria» acaba de visitar la 11 División de Líster. Vestida de uniforme y con gorra cuartelera, ha estado en las trincheras hablando con los soldados, incluidas dos jóvenes servidoras de ametralladora que, en opinión de Rodimtsev, no deben de tener más allá de dieciséis o diecisiete años.**26**

El 10 de marzo los soldados de las «Llamas negras» y de las «Flechas negras» alcanzan Brihuega casi sin hallar oposición y ocupan la vieja ciudad amurallada. Por la tarde, el batallón italiano Garibaldi, de la XII Brigada Internacional, marcha por la carretera de Torija a Brihuega cuando una de sus patrullas se encuentra con una avanzadilla de paisanos suyos que luchan en el lado nacional. La avanzadilla fascista intercambia con ellos unas palabras en italiano y regresa para informar de que han establecido contacto con fuerzas de la División Littorio, que avanza a lo largo de la carretera general. Poco después, una columna fascista encabezada por Fiat Ansaldo recorre la carretera de Brihuega a Torija pensando que el camino está expedito de tropas republicanas. En cuanto se topan con los garibaldinos se dan cuenta de su error y comienzan a tirotearse, en lo que se podría calificar de pequeña guerra civil entre italianos que se desarrolla junto al palacio Ibarra.**27** Los brigadistas aprovechan la ocasión con fines propagandísticos, y Nenni, Nanetti y otros utilizan altavoces para exhortar a los milicianos fascistas a que se unan a sus hermanos proletarios. Los aviones republicanos lanzan octavillas prometiendo salvoconductos a los italianos que deserten y 50 pesetas de recompensa, o 100 si se entregan con el armamento.

Al día siguiente, las «Flechas negras» empujan a las tropas de Líster hacia la carretera principal, llegando hasta Trijueque, pero el avance italiano lo detiene junto a Torija la brigada Thaelmann con la ayuda de carros de combate. El día 12 las fuerzas republicanas contraatacan con el apoyo de la aviación republicana, que, a diferencia de la nacional, puede despegar porque dispone de pistas de cemento en Albacete, desde donde el general «Duglas» dirige las operaciones. Cerca de 100 cazas Chato y Mosca y dos escuadrillas de bombarderos Katiuska se abaten sobre los italianos que son atacados a la vez, sobre el terreno, por los T-26 de Pavlov y algunos de los BT-5 más rápidos. **28** La 11 División de Líster empieza a avanzar al amanecer por el «camino francés» con la 2ª Brigada a la cabeza. Hace frío, hay nieve y barro. Es imposible caminar fuera de la carretera. Se producen embotellamientos de vehículos y se origina un caos. Rodimtsev es testigo de una encolerizada discusión entre el jefe de una batería y un oficial de suministros sobre quién tiene prioridad de paso. «La artillería lo es todo -grita el artillero-. Es la que decide el éxito de una batalla y de una operación.» «Y qué quieres ¿disparar al enemigo con spaghettis?», le responde el de intendencia. «¿Quién te va a llevar las municiones si no lo hacemos nosotros?» El oficial de artillería, furioso, ordena a sus hombres que empujen los vehículos de suministros fuera de la carretera. El de intendencia saca la pistola.**29**

La XI Brigada Internacional y la de «el Campesino» reconquistan Trijueque y avanzan por la carretera de Brihuega dispersando a las tropas italianas. Los habitantes de Trijueque están enloquecidos por los bombardeos y la destrucción. Los padres de algunos niños apartan vigas y escombros tratando de encontrar supervivientes. Karl Anger, que asiste a la escena, ve llegar a Mijail Koltsov, el periodista y plenipotenciario soviético. «Llega un coche. Koltsov salta

de él y nos saluda en silencio, como el que hay en una casa donde alguien acaba de fallecer.»**30**

Los Fiat de la Aviazione Legionaria ni siquiera pueden despegar porque los aeródromos se han convertido en auténticos barrizales, con lo que las fuerzas italianas se retiran por la carretera de Zaragoza y se repliegan hacia Brihuega. Entonces el general Roatta procede a un cambio de posicionamiento de sus divisiones motorizadas, relevando a las que van en vanguardia por las Dio lo vuole y la Littorio, una maniobra complicada porque el terreno está enfangado y hay que maniobrar en la estrechez de la carretera, lo que da lugar a que muchos vehículos queden embarrados e inermes, convirtiéndose en un blanco perfecto para las ametralladoras de los cazas republicanos.

Al día siguiente, 13 de marzo, y mientras el IV Cuerpo de Ejército se prepara para una gran contraofensiva, los representantes de la República protestan ante la Sociedad de Naciones y ante el Comité de No Intervención exhibiendo pruebas documentales obtenidas de los prisioneros sobre la presencia de formaciones italianas en territorio español. Pablo de Azcárate envía una nota al Foreign Office pidiendo al gobierno británico que someta al Comité de Londres las pruebas sobre la presencia italiana en España desde el 6 de febrero, que no prospera.**31**

Los planes de la República para la contraofensiva están claros: la división de Líster y todos los tanques disponibles tienen que concentrarse en la carretera de Zaragoza. Poco después del mediodía, los carros de Pavlov avanzan por la carretera cubiertos de soldados que disparan a diestro y siniestro desde sus monturas a pesar de la velocidad. Los italianos, que se han replegado para lanzar un nuevo asalto, carecen de posiciones defensivas y sufren un ataque en campo abierto. Los tanques consiguen tender una emboscada a un convoy de camiones italianos. Tan pronto como la infantería española salta de los carros, éstos embisten a los camiones y aplastan algunos bajo sus cadenas. Otro grupo de tanques se lanza contra un campamento que está oculto en una quebrada. Pero los soldados republicanos están muy cansados tras la larga marcha de aproximación de la noche anterior durante la cual han tenido que avanzar sobre un mar de barro. A medida que se van aproximando a Trijueque, son rechazados por el fuego de las ametralladoras. Al mismo tiempo, sufren un contraataque de los italianos provistos de lanzallamas instalados en sus tanques-miniatura Fiat Ansaldo. Al poco, se planta ante ellos un batallón de infantería italiano que sale de su resguardo en un campo de olivos. El mayor Pando y Rodimtsev organizan la defensa general al pie de un cerro. Su compañía de ametralladoras, mandada por una mujer, la capitana Encarnación Fernández Luna, consigue mantener a raya al batallón italiano hasta que llega Líster con tanques y refuerzos. Rodimtsev y Pando corren hacia las ametralladoras para abrazar a su comandante y se la encuentran tan tranquila, peinándose con ayuda de un trozo de espejo.**32**

Mientras la 11 División de Líster combate en la carretera de Zaragoza, la 14 División de Mera ha de cruzar el río Tajuña desde el sudeste y asaltar Brihuega. El jefe de operaciones franquista, coronel Barroso, advierte a los italianos del posible movimiento de las fuerzas republicanas contra su flanco, pero nadie le hace caso. Sin embargo, Mera se encuentra con algún problema durante la preparación de su ofensiva. El jefe anarquista ha destacado a un batallón de carabineros junto al río para proteger un pequeño puente preparado para ser demolido por los dinamiteros en caso de que el enemigo trate de avanzar por él, pero el oficial al mando lo hace volar sin esperar sus órdenes.**33** Mera consigue salvar la situación gracias a la ayuda de miembros de la CNT local que se brindan a actuar como espías y exploradores con el fin de descubrir y señalar dónde están los mejores lugares para tender un pontón sobre el caudaloso río.

Al alba del 18 de marzo su división cruza la pasadera y ocupa los altos sobre Brihuega. Una tormenta de aguanieve les protege de la vista del enemigo, pero es también causa de que haya de retrasarse la ofensiva general. Mera no tiene más alternativa que mantener a sus tropas cuerpo a tierra con instrucciones de no disparar y esperar que los italianos no les descubran. El tiempo no mejora hasta después del mediodía y sólo entonces las escuadrillas de Chatos y de Katiuskas están en condiciones de despegar: más de cien aviones republicanos se lanzan sobre Brihuega.

A primera hora de la tarde, Jurado da la orden de ataque. La división de Líster avanza por la carretera principal cubriéndose tras los tanques T-26 de 20 toneladas. Sus tropas van a enfrentarse con la División Littorio, de Bergonzoli, compuesta por tropas regulares, que es indudablemente la mejor de todas las formaciones italianas. Les acompaña en la ofensiva la XI Brigada Internacional. Karl Angetr recuerda «el claque de las ametralladoras». **34** En el ala derecha republicana la división de Mera casi ha conseguido rodear Brihuega cuando el enemigo huye presa del pánico. Sólo la caída de la noche, la ordenada retirada de la División Littorio y el hecho de que el CTV cimente con numerosos medios de transporte evitan que los italianos sufran un desastre sin paliativos. Aun así, la campaña les cuesta unas 5.000 bajas y la pérdida de una considerable cantidad de material.

La documentación que se confisca a los italianos demuestra, que muchos de sus supuestos heridos no tienen absolutamente nada bajo las vendas.

El fin de la batalla proporcionó a los republicanos un momento de respiro. Comenzaron a llegar alimentos a lomos de asnos y mulas y corrió el vino. Algunos hombres hicieron una paella en las trincheras. Los comisarios repartieron tres cigarrillos por cabeza y los camiones trajeron alpargatas nuevas para sustituir a las que se habían destrozado entre el barro y la nieve. **35**

La «batalla de Brihuega» fue la única victoria nítida que consiguió la República durante toda la guerra, con lo que los responsables de la propaganda gubernamental le sacaron todo el partido que pudieron. Los comunistas dijeron que la ciudad fue tomada por la brigada de «el Campesino», añadiéndole incluso toques anecdóticos. En realidad «el Campesino» no llegó hasta el anochecer montado en una motocicleta y fue recibido a tiros por piquetes de la 14 División, con lo que se apresuró a regresar, creyendo que la ciudad estaba aún en manos enemigas. La versión comunista de los hechos fue abandonada años después, cuando «el Campesino» cayó en desgracia durante su exilio en la Unión Soviética y fue enviado a un campo de trabajo.

Durante aquel peligroso año de 1937, los oficiales soviéticos iban a desaparecer en los campos de trabajo mucho antes que «el Campesino». La espionitis estalinista había alcanzado su climax. Las sospechas surgidas en España y las sospechas que surgieron, a la vuelta, en la Unión Soviética, se alimentaban unas a otras. El comisario de regimiento A. Agaltsov informó a Moscú en 1937 de que la «Intervención fascista en España y las pandillas trotskistas-bujarinistas que actúan en nuestro país son eslabones de una misma cadena». Algunos de los consejeros militares soviéticos que regresaban de misión especial en España aceleraron la «picadora de carne» de las purgas. G. Kulik, comandante del in Cuerpo de Fusileros, escribió el 29 de abril de 1937 a Vbroshilov: «Uno no puede dejar de preguntarse: ¿cómo es posible que los enemigos del pueblo, traidores a mi patria por cuyos intereses he combatido en los frentes de España, hayan conseguido acceder a los mejores puestos de dirección? ... Como bolchevique, no quiero que se derrame innecesariamente la sangre de nuestra gente por buscavidas, traidores solapados y capitanes mediocres como los que he visto combatiendo en el ejército español. Considero necesario que se lleve a cabo un expurgo cuidadoso de todos

nuestros comandantes, y en primer lugar los de mayor categoría, y eso tanto en el ejército como en el cuartel general». La purga estalinista del Ejército Rojo estaba en marcha.**36**

Como las tropas de Moscardó habían sufrido muy pocas bajas, los oficiales franquistas no reconocieron la derrota como suya y echaron todas las culpas a los italianos. Se regodearon criticando la actuación de sus aliados y llegaron a componer una canción con la música de *Faccetta* cuyo estribillo decía: «Guadalajara no es Abisinia / aquí los rojos tiran bombas explosivas», y terminaba así: «la retirada fue cosa atroz / hubo italiano que llegó hasta Badajoz».

El fracaso de la ofensiva franquista de Guadalajara fue excelente para la moral republicana, pero no significó la recuperación que la República y sus simpatizantes en el extranjero trataron de pintar. Herbert Matthews, del *New York Times* llegó a escribir que «Guadalajara es para el fascismo lo que Bailen para Napoleón»,**37** pero es cierto que desde el punto de vista político «Guadalajara suscitó el entusiasmo de todo el antifascismo ... y supuso un golpe durísimo para el prestigio del fascismo y de Mussolini».**38**

La única consecuencia militar de esta batalla fue que Franco tuvo que abandonar su obsesión por entrar pronto en Madrid y adoptar una estrategia a largo plazo. En este sentido, la derrota de Guadalajara le aportó paradójicamente la ventaja de que atrapó a Mussolini -que estaba furioso por la derrota y deseaba venganza a toda costa- en su estrategia y consiguió del Duce que los soldados italianos actuaran bajo el mando de oficiales españoles durante el resto de la guerra. El general Roatta fue reemplazado por el general Ettore Bastico. «Guadalajara supone el fin de la osadía mussoliniana en España y el inicio de un largo compromiso de dos años con la guerra de Franco, que iba a tener un precio muy elevado para Italia, tanto desde el punto de vista material como económico.»**39** Los hagiógrafos de Franco hicieron de la necesidad virtud al quitarle hierro a la última oportunidad que tuvieron las tropas nacionales de hacerse con Madrid: «la lucha que se ha entablado no consiste en tomar esta o aquella ciudad, sino en derrotar y vencer al enemigo».**40**

Tras las tremendas bajas sufridas en el Jarama y en Guadalajara, los asesores alemanes se cargaron de razón para defender un programa de ataque y conquista de los territorios republicanos más vulnerables. El objetivo más atractivo para llevar a cabo este programa era, indudablemente, la región industrial y minera del norte.

19. La guerra en el norte

La sitiada zona norte del territorio republicano, Asturias, Santander, Vizcaya y Guipúzcoa, no había podido incluirse en la centralización llevada a cabo por el gobierno de Largo Caballero. Los consejos de Asturias y Santander todavía reflejaban la composición política que siguió al levantamiento militar, y el País Vasco trataba de establecer una relación específica con la República desde su fuerte sentimiento autonómico. A pesar de que en Oviedo habían combatido unidades de voluntarios vascos y de que las milicias asturianas y santanderinas habían acudido en ayuda de Vizcaya, el único sentimiento que compartían en realidad esas zonas del norte era su rechazo a un mando republicano centralizado. Los vascos, especialmente, no querían que el ejército de Euskadi formara parte del ejército del Norte, que dependía en última instancia del gobierno de Valencia. Largo Caballero había aceptado las pretensiones de los vascos, pero no se lo había comunicado oficialmente al general Llano de la Encomienda, que era, en teoría, el jefe de todo el ejército del Norte.

El 1 de octubre de 1936 las Cortes, en Valencia, habían aprobado el Estatuto de Autonomía de Euskadi y cuatro días más tarde había entrado en vigor. El texto del estatuto preveía que, provisionalmente, el presidente de Euskadi o *lehendakari* debía ser elegido por los concejales de la zona vasca leal a la República. En consecuencia, el 7 de octubre los concejales de los ayuntamientos vascos se reunieron en la Casa de Juntas de Gernika, «la ciudad sagrada de los vascos», y eligieron por unanimidad como *lehendakari* al líder del Partido Nacionalista Vasco José Antonio Aguirre, de treinta y dos años. Por precaución ante un posible ataque aéreo, los preparativos para la reunión se habían mantenido en secreto, por lo que la ciudad seguía con su vida habitual cuando Aguirre prestó el tradicional juramento en euskera, junto al árbol de Gernika.

Aguirre constituyó su gobierno con cuatro miembros del PNV (él mismo, Jesús María Leizaola, Heliodoro de la Torre y Telesforo Monzón), tres socialistas (Santiago Aznar, Juan Gracia y Juan de los Toyos), un miembro de ANV (Gonzalo Nárdiz), otro de Izquierda Republicana (Ramón María Aldasoro), otro de Unión Republicana (Alfredo Espinosa) y otro del PC (Juan Astigarrabía). El PNV, cuyo lema era «Jaungoikua eta Lagi-Zarra» (Dios y ley vieja), controlaba las consejerías de Defensa, Hacienda, Justicia y Gobernación.

El programa de gobierno pretendía acercarse a las izquierdas por medio de la doctrina social cristiana del PNV y defendía la libertad religiosa, el mantenimiento del orden público y la defensa de las señas de identidad nacional del pueblo vasco, «prestando al fomento de las mismas toda la consideración y protección a que le obliga el reconocimiento de la personalidad vasca».1 Durante sus nueve meses de vida, el gobierno vasco creó una estructura administrativa que daba a Euskadi toda la apariencia de un Estado independiente. Ante la escasez de moneda republicana, acuñó moneda propia, controló el ejército en Euskadi, fijó las fronteras y llevó a cabo su propia política exterior. Se creó un órgano de difusión oficial, el *Diario Oficial del País Vasco*, una bandera, la ikurriña, se organizó la administración de justicia, se creó la Universidad Vasca y se promovió el uso público del euskera. Hacienda gestionó los fondos necesarios para la administración y controló la banca privada y la Bolsa de Bilbao.2

El consejero de Gobernación era Telesforo Monzón, un joven aristócrata que 40 años después sería el dirigente de Herri Batasuna, brazo político de ETA. Su primer acto de gobierno fue disolver la Guardia Civil y la de Asalto, para dedicarse a reclutar una nueva fuerza de policía entre vascos abertzales, armados contundentemente, seccionados por su estatura, y vestidos con nuevos uniformes. Este cuerpo de élite, la Ertzaña, controlado exclusivamente por el PNV, desaradó a buena parte de sus aliados de izquierda y, de forma especial, a los anarcosindicalistas de la CNT.

Sin embargo, las fricciones se produjeron menos por diferencias políticas que por desacuerdos militares. La CNT había demostrado repetidas veces su determinación de luchar hasta el fin: en sus furiosos asaltos contra los edificios de San Sebastián ocupados por los sublevados, cuando sus militantes incendiaron Irún al verse rodeados por los nacionales o, más tarde, cuando se propusieron destruir San Sebastián antes de que fuera ocupado por las tropas de Mola. La CNT prefería perecer entre las ruinas que someterse a los dictados de Franco. Los nacionalistas vascos, en línea con su idiosincrasia, se contentaban con defenderse si eran atacados directamente y tenían siempre en cuenta que estaban luchando en su tierra y por ella.

Los dirigentes del PNV no ocultaron nunca, desde el principio de la guerra civil que, aparte de sus sentimientos antifascistas, estaban al lado de la República porque ésta les había prometido el Estatuto de Autonomía para el País Vasco, no porque tuvieran ninguna afinidad con las izquierdas republicanas y obreras. Por el contrario, el PNV compartía con los sublevados antirrepublicanos la defensa de la Iglesia y el rechazo de la revolución social, aunque, al mismo tiempo, sabía muy bien que no podía esperar de ellos la más mínima concesión en el terreno de la autonomía política. Los nacionalistas vascos presumían de su fe católica y condenaban radicalmente el anticlericalismo que se producía en otras zonas del territorio republicano. Sin embargo, su resistencia al levantamiento militar era seguida por la inmensa mayoría de sus sacerdotes, a pesar del apoyo incondicional que tanto el Vaticano como la Iglesia española daban al general Franco. «Era evidente que el PNV no sentía entusiasmo por ninguno de ambos bandos, con los que se había enfrentado sucesivamente durante la República, y que hubiese preferido no tener que optar.»³

Por otra parte, los nacionalistas vascos pretendían que en Euska no existían las divisiones de clase. Quizá no en su imaginario idílico de la vida agraria medieval, con una feudalización muy débil, pero era ridículo afirmarlo del frente marítimo, donde la industrialización había atraído en el siglo XIX mano de obra barata de Castilla, Asturias y Galicia, que era la que nutría las filas de la UGT, de la CNT y del Partido Comunista. Los trabajadores «vascos» se agrupaban en el sindicato Solidaridad de Trabajadores Vascos (STV).

La izquierda creía fervientemente que los nacionales tenían que ser derrotados, pero los nacionalistas vascos parecían saber en su corazón que aquéllos acabarían venciendo. Muchos de sus dirigentes habían sido criados por *nannies* inglesas (las familias pudientes castellanas preferían las *Fräulein* alemanas) y se habían educado en Inglaterra. Es posible que aprendieran de los ingleses a ser buenos perdedores. En cualquier caso, trataron a sus prisioneros extremadamente bien, enviando muchos a Francia para que quedaran libres, con la esperanza de que eso indujera al enemigo a ser un buen ganador. Pero los nacionales no tuvieron ningún gesto recíproco para con este intento de «humanizar la guerra», como lo definió Manuel de Irujo, el ministro vasco del gobierno central.

Lo que hicieron los nacionales fue embestir ciegamente contra cualquier cosa que sonara a separatismo, usando frases tan contradictorias como «vasco-soviéticos» para referirse a los nacionalistas. Tener a los vascos católicos por enemigos era un contrasentido para la cruzada nacional, por lo que Franco matizaba: «esos demócratacristianos, menos cristianos que demócratas, que infectados por un liberalismo destructivo no son capaces de comprender esta página sublime de persecución religiosa en España que, con sus miles de mártires, es la más gloriosa que ha sufrido la Iglesia». El arzobispo de Burgos llamaba a los sacerdotes vascos «la escoria del clero español, vendidos a los rojos», y el catedrático de Teología moral de la Universidad de Salamanca, que había descrito el alzamiento contra el Frente Popular como «la guerra más santa de la historia», opinaba que los que se defendían de los sublevados eran traidores a la patria, apóstatas y criminales. El cardenal Goma acusó al clero

vasco de tomar parte activa en la lucha, pero en realidad parece que muy pocos sacerdotes vascos llevaban pistola, si es que alguno lo hacía, y no hay la más mínima prueba de que la usaran. El primado, en cambio, pasaba por alto la acción de los fanáticos capellanes carlistas de su cuerda. Muchos de estos curas requetés, tocados con la boina roja y la borla dorada, seguían la tradición del feroz clérigo carlista, el cura Santa Cruz, que solía absolver a sus prisioneros en masa antes de fusilarlos. No es de extrañar que los carlitas navarros fueran elegidos como instrumento principal para reducir a sus vecinos vascos durante la primavera de 1937.

Durante el invierno anterior, en el frente Norte se habían desarrollado dos acciones de importancia: el feroz asedio de Oviedo y la ofensiva que el 30 de noviembre lanzó el XIV Cuerpo de Ejército del País Vasco sobre la zona de Villarreal y Vitoria. En esta última acción los republicanos consiguieron cortar la carretera a Vitoria y acariciar la posibilidad de tomarla, que se frustró porque el movimiento de las tropas fue detectado por un avión de reconocimiento de los nacionales que procedía de Burgos, aunque el PNV achacó el fracaso a la falta de coordinación y a la indisciplina de los batallones. El contraataque de las tropas nacionales impidió también la captura de Villarreal, pero los vascos conservaron el control de tres montes: Maroto, Albertia y Jarinto, cuya cima se apresuraron a fortificar. Uno de sus mayores errores sería establecer precisamente posiciones defensivas sin camuflaje en las cimas, ya que dejaba a los vascos inermes ante las pasadas de los cazas y los bombardeos.

Tras cuatro intentos infructuosos de terminar la guerra por la vía rápida tomando Madrid, el lógico objetivo militar de los nacionales era esa aislada zona norte. Los asesores alemanes presionaron a Franco para que cambiara su estrategia; una guerra larga no sólo ayudaría a los planes de Hitler en la Europa central, sino que además les permitiría obtener el carbón y el acero de la zona cantábrica que necesitaban para su programa de armamento acelerado. En cualquier caso, Franco no disponía de las tropas suficientes para lanzar una ofensiva decisiva sobre la capital de España, donde la República tenía la ventaja de que controlaba las líneas interiores y, además, tenía superioridad numérica. La única forma de mejorar la *ratio* de las fuerzas era aplastar un sector más débil primero con el fin de liberar tropas para los objetivos más duros en el centro. Dado que tanto el frente de Aragón como el de Andalucía podían ser reforzados rápidamente por los republicanos, es claro que la zona norte era la elección obvia.

Para hacer frente a la amenaza, los nacionalistas vascos y sus aliados de izquierda habían formado unos 46 batallones, de los cuales casi la mitad estaban compuestos por milicianos vascos del Euzko Gudaroztea y el resto eran unidades de la UGT, CNT, comunistas o republicanas. Esas formaciones estaban reforzadas con 10 batallones de milicianos procedentes de Asturias y Santander que no gozaban de la simpatía de los vascos. El Estado Mayor de Llano de la Encomienda estaba formado por oficiales de carrera de escaso genio militar, pero el problema más grave lo constituía la falta de armamento.

Cuando los militares desencadenaron la rebelión, Telesforo Monzón viajó a Barcelona para conseguir armamento, con escasos resultados, por lo que los dirigentes vascos tuvieron que recurrir a otros medios, como fue comprar armas en el mercado negro extranjero, armas que se intenta traer de contrabando en barcos de pesca, que debían atravesar el bloqueo impuesto por los nacionales, o bien a bordo de barcos ingleses. Algunos mercantes consiguieron pasar a finales de otoño, como fue el caso del barco ruso *A. Andreev*, que llevó a los vascos el mayor cargamento de armas que se recibiría en toda la guerra en Bilbao: dos escuadrillas de Chatos, 30 tanques T-26 y Renault, 14 carros blindados rusos con cañones de 37 mm, 50 cañones, 40 lanzaminas, 300 ametralladoras y 15.000 fusiles con sus correspondientes cartuchos.⁴ Otro problema grave fue el de la alimentación, ya que los suministros tardaban muchas veces más de dos semanas en llegar. A los vascos sólo les

salvaba de la inanición la monótona y escasa dieta de garbanzos que podían procurarse gracias a una gran remesa que había llegado de México. Quedaron muy pocos gatos vivos en el País Vasco y la gente se las ingenió para poder cazar gaviotas.

Las fuerzas navales con que contaban los franquistas en la costa cantábrica consistían en el acorazado *España*, el crucero *Almirante Cervera* y el destructor *Velasco*. Los vascos disponían tan sólo de un viejo destructor y de dos submarinos apenas operativos, pero improvisaron una flotilla armando con cañones de 101 mm, procedentes del acorazado *Jaime I*, a cuatro barcos de pesca de altura.

El problema, según un asesor soviético, era el mando naval de los vascos, especialmente el capitán de fragata Enrique Navarro.

Según la gente de por aquí y los marineros, Navarro no presta la debida atención a las operaciones de la flotilla. Evita visitar los barcos porque tiene miedo de los marinos. Cuando está en la ciudad o en su cuartel general, en tierra, usa ropas civiles. Durante nuestra primera entrevista, Navarro se quejó de la falta de disciplina de los marinos, de las amenazas de los comités de los barcos, y me dijo que existía un complot para tratar de asesinarle... No había ni un solo socialista, y mucho menos un comunista, entre el personal del cuartel general. Los barcos de guerra de la flotilla estaban amarrados pasivamente en Bilbao siguiendo, al parecer, un acuerdo tácito entre los oficiales del cuartel general y los de a bordo. Con pretextos diversos, las reparaciones se alargaban indefinidamente. A la flotilla se le dio el apelativo burlón de «Comité de No Interferencia».5

El 5 de marzo apareció junto a la desembocadura del Nervión el crucero nacional *Canarias*, que había apresado un bou. Las baterías de costa de 105 y 155 mm abrieron fuego inmediatamente para ahuyentarlo porque sabían que estaban a punto de llegar bous armados que escoltaban a otra embarcación procedente de Bayona. Cuando aparecieron entre la niebla, el *Canarias* se dispuso a hacerles frente. Uno de los bous, el *Bizkaya*, rodeó al *Canarias* y le arrebató el mercante *Yorkbrook*, que había apresado, mientras los otros dos replicaban con su escaso armamento a los cañones de ocho pulgadas del crucero franquista. El *Gipuzkoa* comenzó a arder y tuvo que buscar refugio en Portugalete, pero la tripulación del *Nabarra* continuó el ataque y luchó durante la noche hasta que agotó toda la munición y, envuelto en llamas, se hundió con sus 29 tripulantes.6

A mediados de marzo, el general Mola dio las primeras órdenes para iniciar la campaña del Norte. Su jefe de Estado Mayor, el coronel Juan Vigón, era el estratega más capaz del ejército nacional y uno de los pocos oficiales superiores que respetaban los alemanes, quienes lo describían como «uno de los fenómenos más sobresalientes del nuevo ejército nacional español», pero su actuación estaba coartada por las excesivas precauciones que Mola tomaba. Von Richthofen alardeaba de que «el liderazgo está prácticamente en manos de la Legión Cóndor».7

El grueso de las fuerzas nacionales estaba constituido por la División de Navarra, compuesta por cuatro brigadas de requetés. Contaban, además, con la División de Flechas negras italiana compuesta por 8.000 infantes españoles al mando de oficiales italianos y apoyada por Fiats Ansaldo. Pero la gran baza de los nacionales en estas regiones montañosas fue la Legión Cóndor. Mola se dio cuenta de que la estrecha franja costera que controlaba la República daba a los defensores poco tiempo para advertir las incursiones aéreas, en tanto que las características abruptas del terreno hacían muy difícil la construcción y operatividad de aeródromos de los que pudieran despegar a toda prisa los cazas. Además, los vascos sólo disponían de una exigua fuerza aérea, de modo que la Legión Cóndor podía arriesgarse

perfectamente a utilizar los obsoletos Heinkel 51 mientras llegaban más unidades de los nuevos Messerschmitt.

El ala de caza de la Legión Cóndor estaba concentrada en Vitoria y las escuadrillas de bombarderos en Burgos, porque el aeródromo de Vitoria era muy angosto. Quien estaba al frente del mando operativo de las fuerzas de ataque en aquellos momentos era el coronel Von Richthofen, ya que el jefe de la Legión Cóndor, el general Sperrle, se encontraba en Salamanca, en el cuartel general de Franco. En el frente Norte, la Legión Cóndor disponía de tres escuadrillas de bombarderos Junker 52, una «escuadrilla experimental» de bombarderos semipesados Heinkel 111, tres escuadrillas de cazas Heinkel 51 y media escuadrilla de Messerschmitt 109 que había tenido problemas con los motores.⁸ La Aviazione Legionaria italiana también intervenía en misiones de apoyo a las tropas de ataque con sus Savoia Marchetti 81 y 79, así como con sus cazas Fiat CR 32.

Tras lanzar su famoso ultimátum de que «si la rendición no es inmediata arrasará Vizcaya», Mola ordenó avanzar desde el sudeste. La ofensiva empezó el 31 de marzo con un asalto a los tres montes -Albertia, Maroto y Jarinto- que habían sido tomados por los vascos en el invierno anterior durante la ofensiva de Villarreal, y desde el primer día los nacionales desplegaron su aplastante superioridad en el aire. Las ciudades de Elorrio y Durango, tras la línea del frente, fueron bombardeadas en oleadas sucesivas por 12 S-81 italianos procedentes de Soria y por los Junker 52. Durango, con unos 10.000 habitantes, no tenía defensas antiaéreas ni la más mínima presencia militar, pero los bombarderos franquistas arrojaron sobre ella doce toneladas de bombas. Una iglesia fue alcanzada durante la celebración de la misa, y murieron en ella 14 monjas, el celebrante y la mayoría de los feligreses. Los cazas Heinkel 51 -«grises, bastante bellos y siniestros»- se encargaron de ametrallar a los civiles que salían corriendo. En total murieron en el ataque -uno de los más criminales de la guerra- unos 250 civiles no combatientes. Se dijo que el objetivo de la incursión aérea era bloquear las carreteras que conducían a la ciudad, pero eso no explica la actuación de los cazas.⁹ El día 2 de abril, los nacionales manifestaron a través de los micrófonos de Radio Valladolid que «no fueron bombardeados [en Durango] más que objetivos militares. Se confirma, por el contrario, que fueron los rojos quienes destruyeron las iglesias de dicha ciudad. La iglesia de Santa María fue incendiada mientras estaba llena de fieles».¹⁰

Aquel día, las tropas nacionales de Alonso Vega atacaron a fondo los tres montes que estaban en poder de las tropas republicanas desde noviembre, combinando bombardeos aéreos con fuego cerrado de artillería y lanzando luego las tropas navarras al asalto. Von Richthofen disfrutaba de «un excelente panorama» en su puesto de mando. Para que la aviación alemana pudiera reconocer a las tropas navarras con toda claridad, éstas «vestían túnicas blancas, llevando delante la enseña nacional».

El 31 de marzo, día de la ofensiva, los bombarderos de la Legión Cóndor se presentaron a las ocho de la mañana y «arrojaron 60 toneladas de bombas en sólo dos minutos», anotó Von Richthofen en su diario privado.¹¹ Los *gudaris* apenas pudieron darse cuenta de lo que se les venía encima cuando se lanzaron sobre ellos los requetés al grito de «¡Viva Cristo Rey!». Los republicanos no pudieron enviar tropas de reserva porque los aviones nacionales castigaban duramente todas las vías de comunicación que conducían al frente. Además, el nutrido fuego de artillería había cortado los cables de los teléfonos de campaña, dejando incomunicadas las posiciones de vanguardia.

Sin embargo, los vascos contraatacaron y lograron hacerse con el monte Gorbea, posición que no abandonarían en dos meses, asegurando así el extremo de su flanco derecho. Pero al día siguiente perlaron otras cotas y los ataques que llevaron a cabo cuarenta aviones nacionales sobre Ochandiano y sus alrededores produjeron una gran recta en el frente. Los

gudaris estaban desmoralizados ante aquella aplastante fuerza aérea. Podían hacer frente a la fiereza de un ataque de infantería requeté, pero carecían de cañones antiaéreos y de cobertura ante las pasadas de los cazas. Veinte batallones carecían de armas automáticas adecuadas y algunas unidades de ametralladoras no tenían más que un puñado de pistolas automáticas. El 4 de abril Von Richthofen escribió en su diario: «Los cazas ametrallan a los rojos por toda la montaña. 200 muertos, 400 prisioneros». Las tropas vascas fueron rechazadas, pero los gudaris cavaron pozos de tirador y siguieron luchando. «Siempre nos sorprende la dureza de la infantería roja. Los rojos están perdiendo mucha sangre.»¹²

Aquel mismo día, y para desesperación de Von Richthofen, Mola dio órdenes de que se hiciera una pausa en la ofensiva. «La guerra aquí es muy tediosa -anotó el 5 de abril-. Primero hay que llevar a los españoles a la operación. Después hay que redactar las órdenes operativas. Luego, el reconocimiento, más tarde, visita al cuartel general. Tengo que leer las órdenes de operaciones y sugerir cambios, tal vez con la amenaza de "sin nosotros". Tengo que comprobar con mi gente si han recibido las órdenes y si han sido llevadas a cabo.» A la mañana siguiente sus bombarderos atacaron tal como se había dispuesto, «pero la infantería no ha intervenido y ahora pide más apoyo». Mola ordenó otro ataque para el día siguiente. «Estamos lanzando bombas sin ningún sentido -escribió Von Richthofen-. Telegrama de protesta a Franco.»

El 6 de abril los nacionales anunciaron el bloqueo de los puertos republicanos de la costa cantábrica. Aquel mismo día el crucero nacional *Almirante Cervera*, con el apoyo moral del acorazado de bolsillo *Admiral Graf Spee* que se mantenía a prudente distancia, detuvo al mercante británico *Thorpehall*. Sin embargo, aparecieron los buques *HMS Blanche* y *HMS Brazen* de la flotilla de destructores británica asignada a la bahía de Vizcaya y el carguero fue autorizado a llegar a Bilbao.

Al gobierno Baldwin le preocupaba que la salvaguarda del comercio anglo-vasco pudiera forzar a Gran Bretaña a tomar partido. No quería reconocer ni a los nacionales ni a los republicanos como beligerantes, porque ello hubiera significado que, de acuerdo con el derecho internacional, los buques de guerra españoles podían detener y registrar mercantes ingleses de camino a los puertos españoles. Sin embargo, a la luz de los acontecimientos posteriores, es evidente que ni el gabinete Baldwin ni sus asesores actuaron con imparcialidad. El almirante lord Chatfield, el primer lord del Mar, era un admirador del general Franco y sus oficiales en la bahía de Vizcaya sentían una indudable simpatía por sus iguales nacionales. Sir Henry Chilton, el embajador que residía en Hendaya y que seguía en contacto con el Foreign Office, actuaba de portavoz de los nacionales. Chatfield y Chilton informaron al gobierno británico de que el bloqueo de Bilbao era efectivo porque los nacionales habían minado la desembocadura del Nervión y, por lo tanto, había un gran riesgo para los barcos británicos si ignoraban el bloqueo. Aunque ninguna unidad de la marina británica había patrullado el área desde hacía meses y por lo tanto no disponían de más información que la que les llegaba a través de los nacionales, prefirieron creer a éstos y hacer caso omiso del telegrama que el *lehendakari* vasco envió al primer ministro británico garantizándole que las aguas jurisdiccionales republicanas cercanas a Bilbao eran seguras para la navegación. En consecuencia, se ordenó a la flotilla de la Royal Navy que diera instrucciones a todos los barcos británicos del aérea de Vizcaya en ruta hacia Bilbao para que aguardaran en el puerto francés de San Juan de Luz hasta nuevas órdenes. Con el fin de mitigar la mala impresión que podía dar este implícito apoyo británico a los nacionales, se ordenó al acorazado *HMS Hood* que partiera de Gibraltar con rumbo a las aguas vascas.

La interpretación que había hecho la Royal Navy sobre la efectividad del bloqueo desencadenó tormentosas escenas en la Cámara de los Comunes. Sólo había cuatro buques

nacionales para controlar 200 millas de costa y las baterías costeras vascas batían un área más allá del límite de las tres millas. El gobierno británico soportó la arremetida que sufrió en la Cámara de los Comunes, pero no pudo ocultar la deshonestidad de sir Samuel Hoare, primer lord del Almirantazgo, quien decidió creer la información recibida de la marina nacional, y desoír la de los republicanos, sobre las minas del Nervión. El 20 de abril el *Seven Seas Spray*, un pequeño mercante británico que había decidido ignorar las instrucciones y advertencias de la flota británica, llegó a Bilbao procedente de San Juan de Luz. No había allí ni buques nacionales ni minas; sólo la hambrienta población bilbaína que lanzaba vítores al buque inglés. El descrédito del gobierno británico y del Almirantazgo fue mayúsculo. Ante el éxito del *Seven Seas Spray*, otros barcos que aguardaban junto a la costa vascofrancesa zarparon inmediatamente hacia España. Uno de ellos, el *MacGregor*, fue detenido a diez millas de Bilbao por el crucero *Almirante Cervera*. El mercante lanzó un SOS por radio y esta vez la flota británica, encarnada en el *HMS Hood*, tuvo que ponerse seria ante los nacionales. Nueve días después, el acorazado *España* chocó con una mina nacional frente a Santander y se hundió: aquello a los vascos les supo ajusticia poética.

A partir de esos momentos, ya no se podía vencer a los vascos por inanición, pero en los combates, que se habían reemprendido el 20 de abril, llevaban las de perder. La combinación del poderío aéreo nacional y la fanática combatividad de los requetés con la retirada de las tropas republicanas sin previo aviso llevó al frente casi al colapso. Pero la frustración de Von Richthofen no se mitigaba. El 20 de abril estaba furioso con la fuerza aérea italiana. «Ahí tienes. Han tirado las bombas sobre nuestras propias tropas. Un día lleno de desastres. Cumpleaños del Führer. Sander [Sperrle] ha sido ascendido a teniente general.»**13**

Cualesquiera que fuesen las carencias del lado nacional, la lentitud e incompetencia del Estado Mayor vasco era mucho peor. Su jefe, el coronel Montaud, era famoso por su derrotismo, y los oficiales regulares eran criticados por todos por su mentalidad acomodaticia: «Había pocos oficiales profesionales que valieran algo en el ejército vasco. La mayor parte tenían mentalidad de funcionario, les faltaba iniciativa y comprensión de las fuerzas populares que tenían bajo su mando. Resumiendo, sospechaban del pueblo».**14** La situación llegó a ser tan desastrosa que el presidente Aguirre tuvo que hacerse cargo de la dirección de las fuerzas. Por suerte para los vascos, el cauteloso avance de Mola no sacó todo el partido que podía de la desorganización republicana.

El 23 de abril, Von Richthofen anotó en su diario: «Tiempo muy bueno. La 4ª Brigada ha desplegado, a pesar de las órdenes, dos batallones, no doce. Tienen que ser relevados. La infantería no avanza. ¿Qué se puede hacer? La Legión Cóndor se retira a las 18.00. No se puede dirigir a una infantería incapaz de atacar posiciones débiles». Al día siguiente volvía a quejarse, exasperado porque los italianos habían bombardeado la ciudad que no era. «Son cargas para el mando que no se pueden ni imaginar ... ¿Conseguiremos destruir Bilbao?» A los italianos les preocupaba que un ataque a los católicos vascos provocara la reacción del Papa, y eran reacios a bombardear la principal ciudad de Euskadi. Son sólo especulaciones, pero es posible que las frustraciones de Von Richthofen tuvieran que ver en la más famosa de todas las operaciones llevadas a cabo por la Legión Cóndor.**15**

Durante el 25 de abril la mayor parte de las desmoralizadas tropas de Markina emprendieron la retirada hacia Gernika, que estaba a diez kilómetros del frente. Al día siguiente, lunes 26, a las 4,30 de la tarde, la campana mayor de Gernika repicó avisando de un ataque aéreo. Era día de mercado, y aunque se había hecho volver atrás a muchos campesinos a la entrada de la ciudad, otros muchos habían pasado con su ganado. Los refugiados que se hallaban en la ciudad y sus habitantes buscaron amparo en los sótanos que se habían habilitado a toda prisa como refugios después del terrible bombardeo de Durango.

Un bombardero solitario Heinkel 111 de la «escuadrilla experimental» de la Legión Cóndor apareció en el cielo, arrojó su carga en el centro y desapareció.**16** La gente salió entonces de sus refugios con el fin de ayudar a los heridos, pero quince minutos después sobrevolaba la ciudad la escuadrilla al completo, lanzando todo tipo de bombas. La gente corrió de nuevo hacia los reparos en medio del polvo y la humareda preguntándose si los sótanos que les servían de refugio soportarían el tremendo bombardeo. Se inició así una estampida de gentes que decidieron salir de la ciudad para encontrar amparo en el campo, pero entonces aparecieron los cazas Heinkel 51, que ametrallaron sin piedad a hombres, mujeres y niños, a las monjas del hospital y hasta al ganado. Y, sin embargo, lo peor del ataque aún no había comenzado.

A las 5,15 se oyó el tronar de aviones. Los soldados los identificaron inmediatamente como los «abuelos», que es como llamaban a los bombarderos Junker 52. Tres escuadrillas procedentes de Burgos arrasaron sistemáticamente la ciudad en pasadas de 20 minutos durante dos horas y media. La carga de los casi cuarenta aviones que bombardearon Gernika consistía en bombas medias y pequeñas, pero también llevaban las bombas de 250 kg, bombas antipersonal y bombas incendiarias. Éstas eran sembradas desde los Junker en tubos de aluminio de un kilo como si de confetti metálico se tratara. Los testigos describen la escena en términos dantescos y apocalípticos. Familias enteras quedaron enterradas entre las ruinas de sus casas o murieron aplastadas en los refugios; vacas y ovejas, ardiendo por la acción de la termita y el fósforo blanco, brincaban enloquecidas entre los edificios llameantes hasta caer muertas. Seres humanos ennegrecidos por el humo se abrían paso entre las llamas y el polvo mientras otros excavaban como locos entre las ruinas tratando de desenterrar a amigos y parientes. Los que se acercaban a Gernika huyendo de Bilbao no podían creer lo que veían sus ojos en el cielo rojo-anaranjado, en la lejanía. Con excepción de la Casa de Juntas y el roble, que no fueron alcanzados porque se encontraban fuera del corredor aéreo que los pilotos habían seguido disciplinadamente, Gernika era una ruina de fuego y de muerte:

Las mujeres los niños tienen las mismas rosas
rojas
En los ojos
Cada uno muestra su sangre
El miedo y el coraje de vivir y de morir
La muerte tan difícil y tan fácil.**17**

Nunca se ha sabido con certeza el número de muertos y heridos que produjo el ataque. El gobierno vasco sostuvo que un tercio de la población (1.645 muertos y 889 heridos) sufrió en sus carnes el bombardeo, aunque las investigaciones más recientes sostienen que los muertos no pasaron de 300.**18**

Al día siguiente, 27 de abril, la noticia de la destrucción de Gernika apareció ya en la prensa británica de la tarde, y el día 28 tanto el *Times* como el *New York Times* publicaron el famoso artículo de George L. Steer.**19** El *lehendak*a Aguirre denunció los hechos el mismo día 27 por la mañana con las siguientes palabras: «Los aviadores alemanes, al servicio de los rebeldes españoles, han bombardeado Guernica, quemando la ciudad histórica venerada por todos los vascos».**20**

Como ya había pasado con el bombardeo de Durango, los nacionales le dieron en seguida la vuelta a lo ocurrido. Utilizando el precedente de Irún, dijeron que la ciudad había sido destruida por sus defensores en retirada y Queipo llegó a especificar que los responsables directos fueron «los dinamiteros asturianos que han empleado los marxistas para después

achacarnos tal crimen». **21** El 29 de abril el cuartel general de Franco hizo público un comunicado en el que se decía:

Guernica está destruida por el fuego y la gasolina. La han incendiado y convertido en ruinas las hordas rojas al servicio del perverso y criminal Aguirre [que] ha lanzado la mentira infame -porque es un delincuente común- de atribuir a la heroica y noble aviación de nuestro ejército nacional ese crimen... Aguirre ha preparado la destrucción de Guernica para endosarla al adversario ... Su destrucción es labor de los que quemaron Irún y Eibar, de los que dejan siempre una España espectral a sus espaldas. **22**

La Iglesia española respaldó sin reservas esta patraña y un catedrático de teología en Roma llegó a declarar que no había en España ni un solo alemán porque Franco no necesitaba más que a los soldados españoles, que eran los mejores del mundo. Ni siquiera los más fervientes amigos de Franco en el extranjero se atrevieron a sostener esta falacia. El propio general Roatta informó a Ciano el 8 de mayo de que el general Sperrle le había dicho que la Legión Cóndor había bombardeado Gernika con bombas incendiarias. **23** Una periodista norteamericana, a la que escoltaba un falangista, se entrevistó, unos meses después, en agosto, con un oficial de Estado Mayor del ejército del Norte. El falangista, que se había creído a pies juntillas el bulo puesto en circulación por Salamanca, le contó al oficial que los «rojos» de Gernika habían tratado de explicarle que la ciudad había sido bombardeada desde el aire, no incendiada. «Pues claro que fue bombardeada -le dijo el oficial de Estado Mayor-. La bombardeamos, la bombardeamos y la bombardeamos, y, bueno, ¿por qué no?» **24**

Algunos veteranos de la Legión Cóndor explicaron, tiempo después, que lo que trataban de hacer sus escuadrillas era bombardear el puente de Rentería a las afueras de Gernika, pero que los fuertes vientos habían desviado las bombas hacia la ciudad. La realidad es que el puente quedó intacto, que se sabe que aquel día no hacía viento, que los Junker volaban en formación de combate y no en línea, y, desde luego, que las bombas antipersonal, incendiarias y de metralla no son precisamente eficaces contra los puentes de piedra, ni se comprende cómo para destruir un pequeño puente y cortar la retirada de las tropas republicanas, los aviones tuvieron que lanzar alrededor de 33 toneladas de bombas. La entrada correspondiente a ese día en el diario de Von Richthofen fue, probablemente, reescrita, una vez que se supieron las consecuencias del ataque y los nacionales acuñaron la versión para la propaganda. Se le añadió lo siguiente: «Lamentablemente, los rojos pegaron fuego a las casas durante la noche. Hicieron salir a todos los habitantes. Prendieron fuego a todos los edificios públicos y a los monasterios, luego a las casas particulares, que aquí son, en parte, de madera». Por quién sabe qué razones, el *Gefechtsbericht* (informe de combate) de la Legión Cóndor correspondiente a ese día no se ha conservado. **25** Según el diario privado de Von Richthofen, que no tiene que ver con su diario oficial de guerra, el ataque fue planeado conjuntamente con los nacionales. El coronel Vigón, jefe de Estado Mayor de Mola, dio su visto bueno al objetivo el día antes de la incursión aérea y, de nuevo, unas pocas horas antes del ataque. A ningún oficial nacional se le ocurrió mencionar la importancia de Gernika en la vida y en la historia vascas pero, aunque lo hubieran hecho, el plan se habría llevado igualmente a cabo. Uno de los posibles objetivos del ataque puede haber sido el bloqueo de las carreteras, como en Durango, pero todo apunta a que, además de los objetivos bélicos grandes o pequeños, lo que se pretendía era llevar a cabo un experimento de entidad para verificar los efectos del terror aéreo. **26**

Durante la retirada en esta zona tuvieron lugar, en la retaguardia, algunas acciones valientes y eficaces. En Gernika el batallón comunista Rosa Luxemburg, mandado por el

comandante Cristóbal, contuvo durante un tiempo a los Fiat-Ansaldo nacionales, pese a la extraordinaria incompetencia del jefe superior, coronel Yartz, que parece que no sabía siquiera leer un mapa. Luego, el 1 de mayo, a medida que la retirada progresaba, el octavo batallón de la UGT tendió con gran éxito en Bermeo una trampa a las tropas nacionales, consiguiendo poner en fuga a 4.000 hombres de las Flechas negras con sus Fiat Ansaldo.

El ejército de Euskadi, sin embargo, tuvo que retirarse tras la protección del «cinturón de hierro» de Bilbao. Esta obra defensiva, con un perímetro de unos 80 kilómetros, se había iniciado durante el invierno anterior. Trabajaron en ella 15.000 hombres, más los de las empresas concesionarias civiles, que construyeron fortificaciones de cemento y troneras. Aunque fue comparado con la Línea Maginot, el cinturón carecía de profundidad -en muchos puntos no era más que una simple línea de trincheras-, tenía un trazado excesivamente rectilíneo y estaba incompleto. Su construcción no se mantuvo en secreto y además el oficial al mando, el comandante Goicoechea, se había pasado a los nacionales con los planos detallados de la fortificación. El presidente Azaña no se engañaba ni sobre la capacidad defensiva del cinturón ni sobre la de Bilbao: «Lo que la gente ha dado en llamar "cinturón de Bilbao" ... es una invención de la fantasía. Es más, temo que Bilbao, ciudad, no se defiende cuando el enemigo esté a sus puertas». **27**

Los italianos aumentaron el tamaño de sus fuerzas en el norte y las cuatro brigadas navarras de los nacionales fueron reforzadas hasta convertirlas casi en divisiones. Por su parte, los republicanos formaron nuevos batallones de gudaris, de la UGT, de la CNT y de los comunistas, y trajeron refuerzos de Asturias y Santander. Pese a la desconfianza de los nacionalistas, el gobierno de Valencia trataba de colaborar con el envío de aparatos aéreos vía Francia, pero el Comité de No Intervención frustró estos envíos en dos ocasiones. El hecho de que la política de no intervención sólo fuera efectiva en la frontera francesa llenaba de amargura a los republicanos, que no podían enviar los aviones en vuelo directo a Bilbao porque se arriesgaban a que llegaran sin combustible o a que fueran presa de los cazas de la aviación nacional. En el País Vasco no quedaban entonces más que seis Chatos, y aunque sus pilotos habían conseguido derribar los primeros dos Dornier 17 que llegaron a España, la moral estaba muy baja, sobre todo después de que el as de la aviación republicana, Felipe del Río, muriera en combate.

En aquel punto empezaron a surgir malentendidos entre los gobiernos vasco y central. El gobierno de Valencia recelaba de que el presidente Aguirre tratara de firmar una paz separada, mientras que muchos nacionalistas vascos sospechaban que había elementos en el gobierno de Valencia que trataban de impedir activamente que se les enviara ayuda. De hecho, el PNV se dirigió al gobierno de Valencia denunciando la falta de aviones como si se debiera a una maniobra política contra Euskadi, en cuyo caso el PNV se consideraría relevado de su lealtad hacia el gobierno central, pero lo cierto es que era muy difícil, por las razones mencionadas, hacer llegar aviones a Vizcaya. La República sabía perfectamente que la conquista del norte no sólo proporcionaría a los nacionales industrias vitales, sino que permitiría liberar a gran número de tropas enemigas para desplegarlas en el centro. De modo que los republicanos lanzaron dos ataques en mayo, la ofensiva de Huesca y el asalto en la sierra de Guadarrama, hacia Segovia, aunque ninguna de estas dos acciones forzó a los nacionales a distraer tropas del frente Norte.

El 22 de mayo la 4ª Brigada navarra alcanzó el lado este del cinturón de hierro. El progreso de los nacionales era aún más lento porque los vascos y sus aliados luchaban ahora con mayor eficacia y parecían menos afectados por los ataques aéreos. Estaban empezando a responder con sus armas personales a los aviones enemigos, una táctica que mantenía a los

cazas Fiat y Heinkel a mayor distancia. (Casi un tercio de los Fiat destruidos en acción durante la guerra fue derribado por armas de fuego ligeras.)

En el ejército de Euskadi algunos de los oficiales superiores más incompetentes fueron sustituidos, pero ni siquiera la dirección de Aguirre había conseguido mejorar el rendimiento del Estado Mayor durante la campaña. Su injerencia terminó cuando Llano de la Encomienda fue sustituido por el general Gámir Ulíbarri, un oficial regular vasco enviado desde Valencia para hacerse cargo de lo que se llamó el Cuerpo de Ejército del País Vascongado, separado del ejército del Norte. Se nombraron también nuevos mandos de brigada y de división, tales como el notable mecánico Belderrain, que había organizado una eficaz defensa de las Inchartas, el comunista Cristóbal o el coronel francés Putz, de las Brigadas Internacionales. Se mantuvo en su puesto al general Gorev, pese a que no tuvo ninguna actuación meritoria.

Al mismo tiempo se hizo necesario también un cambio en el mando nacional por la muerte del general Mola, ocurrida el día 3 de junio, al chocar el avión en que viajaba contra el cerro de Alcocera, en Briviesca. Su muerte puede ser descrita como una mala noticia para los vascos, porque su cautela, que tanto exasperaba a los alemanes, les había salvado en momentos críticos. En el lado nacional, muchos sospechaban que el Caudillo o su camarilla estaban implicados en el accidente, pero la sospecha era infundada. Se recordó, desde luego, que el otro gran rival de Franco, el general Sanjurjo, había muerto en circunstancias similares, pero los accidentes aéreos eran frecuentes y lo cierto es que durante la guerra se perdieron casi tantos aparatos por accidente como por la acción del enemigo.

El lugar de Mola lo ocupó el general Fidel Dávila, que también era metódico pero menos cauteloso que su predecesor. Dávila reorganizó sus fuerzas, ordenando que se procediera al asalto del cinturón de hierro el 12 de junio. Los planos de Goicoechea, confirmados por los aviones de reconocimiento aéreo, revelaban hasta el menor punto débil de la línea de defensa. Von Richthofen comenta el 29 de abril: «Las fotografías muestran que, por ahora, buena parte de esas posiciones no están fortificadas». Dos días después se marchó de permiso sabiendo que la Legión Cóndor había sufrido la mayor pérdida de toda la guerra. Cazas republicanos habían interceptado un Junker 52 a bordo del cual viajaban siete pilotos de caza que murieron al ser abatido el aparato.²⁸ Tras un ataque de artillería pesada con 150 piezas y bombardeo desde el aire, Dávila lanzó un rápido asalto de sus fuerzas al mando de García Valiño, Juan Bautista Sánchez y Bertomeu a través de terreno no batido.²⁹ La defensa no tenía profundidad suficiente y todo el sector se desmoronó, aunque sin que se produjera la derrota que los nacionales preveían. Muchas unidades se mantuvieron en sus puestos con gran valor y entorpecieron el avance de los franquistas.

El PNV había entrado en contacto con Italia y el Vaticano para conseguir que los nacionales no destruyeran Bilbao, como tantas veces había amenazado Mola con hacer. El 6 de mayo, Pío XI había pedido al cardenal Goma que ejerciera de mediador. Este se había entrevistado con Mola y obtenido la promesa de que si Bilbao se rendía no se cometerían excesos ni se llevarían a cabo represiones sangrientas. El cardenal Pacelli, secretario de Estado, envió un telegrama el 12 de mayo al *lehendakari* con una propuesta de paz separada para el País Vasco. Aguirre, sin embargo, no llegó a enterarse de los resultados de la mediación vaticana porque el telegrama fue enviado al gobierno de Valencia.

Por su parte, el ala más «colaboracionista» del PNV (Ajuriaguerra y Leizaola) trató de negociar una paz separada con los italianos por medio del cónsul de Italia en San Sebastián, gracias a la cual las tropas italianas en España protegerían a la población civil de Bilbao, en tanto que los nacionalistas vascos se comprometían a evitar cualquier desorden en la capital. Finalmente, el 16 de junio, el gobierno vasco acordó evacuar Bilbao volando sólo los puentes sobre la ría para dificultar el avance de los nacionales, pero evitando destrucciones

innecesarias en la ciudad y en la industria vizcaína. Esta decisión entraba en conflicto con las órdenes recibidas del gobierno de la República, que, naturalmente, no quería dejar en manos de sus enemigos las industrias bilbaínas. Pero los sentimientos del PNV no eran éstos: ellos no querían destruir nada en Euskadi porque aquél era su país, aquéllas eran sus industrias y, de un modo u otro, esperaban regresar pronto.

Al abandonar Bilbao, los refugiados se lanzaron hacia la carretera de la costa, hacia el oeste, donde toda la masa humana fue ametrallada por las escuadrillas de cazas Heinkel. En la ciudad se quedó una junta de defensa al mando de Leizaola, mientras que el gobierno de Euskadi se retiró a Santander. Otros dirigentes vascos y jefes militares huyeron por mar.

A las fuerzas republicanas se les asignaron nuevas posiciones a lo largo del Nervión. Con la llegada inminente de las fuerzas nacionales, la quinta columna de las Arenas, al este de la desembocadura del río, salió a las calles y comenzó a disparar, llena de excitación. Dio buena cuenta de ella el batallón anarquista Malatesta, que había tomado posiciones al otro lado del río. Su última acción antes de retirarse fue prender fuego a la iglesia. El jefe del batallón sabía muy bien que el cura simpatizaba con los nacionales: era su hermano.

La ciudad estaba bajo constante fuego de la artillería y las fuerzas republicanas no tuvieron más remedio que retirarse porque se vieron amenazadas por su flanco sur, donde tropas al mando del comisario italiano Niño Nanetti se habían retirado sin volar el puente que dejaban atrás. Los quintacolumnistas de la ciudad se llevaron otro susto cuando se juntaron en la plaza principal con banderas monárquicas para dar la bienvenida a los requetés. De repente, apareció un carro de combate tras una esquina, disparó contra algunas banderas que colgaban de los balcones y desapareció. A las cinco de la tarde la 5ª Brigada de Navarra, a las órdenes del coronel Juan Bautista Sánchez, entraba en Bilbao. Los vivas a los nacionales cuando éstos tomaron la ciudad sonaron a hueco: Bilbao estaba medio vacía.**30**

Las bajas nacionales de la campaña del Norte fueron altas, unas 30.000, pero la proporción de muertes fue escasa. Los vascos y sus aliados sufrieron pocas más, pero su tasa de mortalidad fue cercana a un tercio, sobre todo a causa de los ataques aéreos. El ejército vasco había actuado de forma muy distinta a la del ejército republicano del Centro. Hubo mucho menos derroche de vidas humanas por fútiles contraataques en campo abierto.

En el territorio recién conquistado tuvieron lugar juicios sumarísimos y miles de personas, incluidos muchos sacerdotes, fueron sentenciadas a prisión. Sin embargo, se produjeron menos ejecuciones de lo habitual por el escándalo que la destrucción de Gernika había suscitado en el exterior. Nada, sin embargo, detuvo la voluntad de los conquistadores de aniquilar cualquier traza de nacionalismo vasco. La ikurriña fue declarada fuera de la ley y se suprimió el uso público del euskera. Por un decreto-ley de junio de 1937, el general Franco suprimió el concierto económico de Vizcaya y Guipúzcoa. Los carteles advertían por doquier: «Si eres español, habla español». Los sentimientos regionalistas, cualquiera que fuese su forma, se pintaban como el cáncer del cuerpo político de España.

Las unidades que se retiraban hacia Santander a lo largo de la costa estaban desmoralizadas. Sabían que la caída de Santander y Asturias era sólo cuestión de tiempo. Tuvieron, sin embargo, la ocasión de reorganizarse cuando se detuvo el avance nacional por la gran ofensiva republicana de Brúñete, el 6 de julio. Una vez que esta ofensiva fue rechazada, el general Dávila redespiegó sus tropas. Entre ellas se incluían seis brigadas de requetés mandadas por el general Solchaga, las fuerzas italianas que mandaba ahora el general Bastico, que comprendían la División Littorio de Bergonzoli, la División 23 de Marzo, las Llamas negras y las Flechas negras con soldados españoles. El apoyo aéreo consistía en más de 200 aparatos entre la Legión Cóndor, la Aviazione Legionaria y las escuadrillas

nacionales, a las que se cedieron los Heinkel 51a partir del momento en que llegaron los Messerschmitt en grandes cantidades.

El general Gámir Ulíbarri mandaba una fuerza de 80.000 hombres y no sólo tenía menos infantería que los nacionales, sino que sólo disponía de 40 cazas y bombarderos operativos, muchos de ellos obsoletos. En el día en que se reanudó la ofensiva, el 14 de agosto, las brigadas navarras de Solchaga atacaron por el este y aplastaron a la 54 División. Los italianos se encontraron con una fiera resistencia en las montañas cántabras, en el suroeste, pero con su aplastante superioridad artillera y de apoyo aéreo capturaron el puerto del Escudo dos días más tarde. Las tres divisiones republicanas enviadas a taponar la brecha no pudieron llegar a tiempo y la penetración se completó.

Muchas formaciones republicanas se retiraron, combatiendo, hacia las montañas de Asturias. Las que quedaron fueron copadas en la zona de Santander y en el pequeño puerto de Santoña. En Santander, la desesperación de las fuerzas republicanas era tal que muchos hombres se dieron a la bebida. Los oficiales tuvieron que organizar patrullas para destruir todas las botellas de vino que encontraban. El Estado Mayor trató de escapar en barcos y botes que abordaban hombres presa del pánico y los hacían zozobrar. Los batallones 122 y 136 trataron de organizar la defensa, pero una vez que se perdió la última oportunidad de escapar, la apatía se apoderó de todos. Se quedaron aguardando la llegada de los nacionales y de sus pelotones de ejecución. No esperaban recibir mucho cuartel porque durante el año anterior habían sido ejecutados allí muchos partidarios de los nacionales, en su mayor parte por órdenes del socialista coronel Neila.

A pesar de todo, Ajuriaguerra siguió con sus gestiones para conseguir la protección italiana a través de Roma, donde los enviados del PNV se entrevistaron con el conde Ciano, con el que acordaron que no se producirían represalias por parte de los nacionales y que ningún soldado vasco sería obligado a luchar con las tropas de Franco. Los dirigentes del PNV obraron ingenuamente, o calcularon mal sus bazas de conseguir, al mismo tiempo, rendirse a los italianos, eludir las represalias de Franco y no herir al gobierno de la República. El llamado «pacto de Santoña» acabó convirtiéndose en una rendición incondicional, tanto por la imposibilidad material de aplicarlo en poco tiempo como por el retraso en la llegada de los barcos de rescate. Aunque el PNV, con el pacto de Santoña, perdió parte de su crédito ante la República, el gobierno vasco no sufrió ninguna crisis ni se arruinó del todo su relación con el de la República, cuya prioridad en aquellos momentos era salvar a los presos y sacar partido del hecho mismo del pacto para denunciar la farsa de la «no intervención», demostrando la presencia de tropas italianas en España.³¹ Pese a que el coronel Fariña, que mandaba las Flechas negras, había autorizado la salida de los gudarís, en cuanto los nacionales llegaron a Santoña declararon el pacto como no válido y ordenaron que se hiciera bajar a punta de fusil a todos los soldados vascos que ya se habían embarcado en los dos buques ingleses aparejados por el gobierno vasco. A ello siguieron los juicios sumarísimos y el día 15 fueron fusilados 14 prisioneros, entre ellos seis nacionalistas vascos. Este deshonoroso desconocimiento de los términos de la rendición fue argumentado años más tarde por ETA como una razón por la que la «República de Euskadi» estaba todavía en guerra con el estado franquista.³²

Tanto Mussolini como Ciano estaban exultantes con aquella «gran victoria». Ciano quería las banderas y cañones capturados a los vascos. «Envidio a los franceses la Galería de los Inválidos y a los alemanes el Museo Militar. Ningún cuadro vale lo que una bandera arrebatada al enemigo.» ³³ Ambos sentían que su decisión de seguir manteniendo tropas italianas en España después de la debacle de Brihuega no había sido errónea. Pero cantaban victoria demasiado pronto, porque aproximadamente la mitad de las fuerzas republicanas se había

replegado hacia las montañas de Asturias, donde iba a tener lugar una campaña mucho más dura, que duraría hasta el final de octubre, seguida por cinco meses más de furiosa guerra de guerrillas. Franco no iba a poder disponer del ejército del Norte tan pronto como quería.

La relativa rapidez de la victoria nacional en la campaña vasca se debió a la contribución de la Legión Cóndor, y el gobierno nazi no tardó en reclamar el pago por ella. Los ingenieros alemanes se encargaron de las fundiciones de acero y de las fábricas que los nacionalistas vascos no habían querido destruir, y la mayoría de la producción industrial fue enviada a Alemania para pagar los gastos de la Luftwaffe por haber destruido la región. Franco no pudo recoger tan rápidamente sus beneficios, porque tuvo que esperar, aunque sabía que en algún momento podría reducir la presencia de sus fuerzas en el norte y llevarlas al centro y al sur. Aquellas fuerzas de infantería, combinadas con su cada vez mayor superioridad en apoyo aéreo y artillero, le asegurarían la victoria final, a menos que estallase primero un conflicto en Europa. La guerra era ahora poco más que un continuo machaqueo y él era quien podía machacar con más fuerza, porque, como se había demostrado durante la campaña del Norte, sus aliados disponían de mejores medios para golpear que los aliados de sus enemigos.

20. La guerra de propaganda y los intelectuales

Se suele decir que la historia la escriben siempre los vencedores, pero en el caso de la guerra civil española quienes más la han hecho han sido los simpatizantes de los perdedores. No cabe duda de que la derrota de nazis y fascistas en la segunda guerra mundial ha tenido mucho que ver con ello. Durante la guerra misma, la República pudo haber ganado muchas batallas ante la opinión pública internacional, pero fueron los nacionales los que, al final, ganaron la guerra porque tuvieron la habilidad de concentrar todos sus esfuerzos en una selecta y poderosa audiencia en Gran Bretaña y en Estados Unidos. Apostaron a una carta ganadora: el miedo al comunismo que galvanizaba los sentimientos conservadores y religiosos de aquellos a quienes se dirigían. Luego, la ayuda militar rusa a la República no hizo sino confirmar las sospechas de los simpatizantes de los nacionales e incrementar su desconfianza hacia el gobierno republicano.

Los nacionales se presentaban ante el mundo como los paladines del cristianismo, el orden y la civilización occidental en lucha contra «el comunismo asiático». Ellos, con su levantamiento, no habían hecho más que abortar la revolución bolchevique que los comunistas iban a desencadenar en España en el verano de 1936 con 150.000 tropas de choque y 100.000 de reserva. Como prueba de semejante revolución, los nacionales presentaron ante la opinión pública cuatro «documentos secretos» que habían «descubierto» y que contenían nada menos que las «Instrucciones para el golpe de estado comunista y para la constitución de un gobierno soviético».¹

Además de al espantajo comunista, los nacionales recurrieron a la denuncia de las elecciones de febrero de 1936 diciendo que sus resultados eran fraudulentos, sin importarles que tanto la CEDA como los dirigentes monárquicos hubieran aceptado la limpieza de los comicios. Como justificación adicional para su rebelión, los nacionales exageraron los desórdenes ocurridos en España durante la primavera de 1936 y presentaron la vida en la zona republicana como una imparable masacre de sacerdotes, monjas e inocentes, acompañada de una furibunda destrucción de templos y obras de arte.

Los argumentos de la República eran simples, quizá demasiado simples: su gobierno, que había sido elegido democráticamente en febrero de 1936, había sufrido un golpe de estado a cargo de generales reaccionarios apoyados por las dictaduras del Eje. La República luchaba por la causa de la democracia, la libertad y la ilustración contra el fascismo. Aunque entonces y más tarde todos estos argumentos se defendieron con vehemencia, las propias credenciales democráticas de la izquierda dejaban mucho que desear, como había demostrado palmariamente su rebelión contra un gobierno legal en octubre de 1934. Los partidarios de la República no constataron tampoco lo que era obvio, es decir que la derecha, amenazada de extinción por la izquierda y por una situación prerrevolucionaria en la primera mitad de 1936, tenía que reaccionar. Los indecibles horrores de la guerra civil rusa y el sistema soviético de opresión que surgió de ella -la dictadura del proletariado que había pedido Largo Caballero- constituían una lección difícil de olvidar.

Ambas partes tuvieron una visión de la historia muy selectiva y manipuladora. En años posteriores los partidarios de la República sostuvieron que el conflicto español venía a ser la primera batalla de la segunda guerra mundial. Los franquistas, por su parte, lo vieron como el preludio de una tercera guerra mundial entre la civilización occidental y el comunismo, y minimizaron la ayuda nazi y fascista que habían recibido.

La propaganda exterior de la República puso el acento en que su gobierno era el único legal y democrático de España, lo que básicamente era cierto, sobre todo comparado con la ilegalidad y el autoritarismo de sus oponentes, pero los políticos y diplomáticos norteamericanos y europeos difícilmente podían olvidar el levantamiento de octubre de 1934,

en el que, de un modo u otro, habían participado Prieto y Largo Caballero. Como tampoco olvidaron que las Cortes habían quedado reducidas durante la guerra a un cuerpo simbólico sin control sobre el Gobierno.

La política exterior británica condicionó aún más la necesidad que tenía la República de convencer al mundo de la justicia de su causa. Además, la tensa atmósfera política de los años treinta y la internacionalización de la guerra concedieron a la opinión extranjera una vital importancia para ese reconocimiento. Los obreros y los campesinos españoles creían, con ingenua sinceridad, que si la situación de su país se explicaba bien en el extranjero, los gobiernos occidentales acudirían presurosos en su ayuda contra las dictaduras fascistas. A los visitantes extranjeros les preguntaban cómo era posible que una democracia como Estados Unidos, donde la mayor parte de la población simpatizaba con la República (más del 70 por 100 según las encuestas de opinión), les negara armas para su propia defensa. Los dirigentes republicanos eran mucho más conscientes de las razones que dictaban la actuación de los gobiernos occidentales, pero hasta ellos se equivocaban al creer que los gobiernos británico y francés acabarían viéndose obligados a aceptar que sus propios intereses pasaban por oponerse con firmeza al Eje antes de que fuera demasiado tarde.

En tales circunstancias era inevitable que la República se lanzara a cortejar a periodistas y escritores famosos. Tras las primeras informaciones sobre las «masacres de los rojos», la República había perdido mucho terreno y los vientos no empezaron a soplar a su favor hasta noviembre de 1936, con los bombardeos de los barrios obreros y de los hospitales de Madrid. Cinco meses después, la destrucción de Gernika dio a la República su mayor victoria en la guerra de propaganda, sobre todo porque los vascos eran conservadores y católicos. Sin embargo, no bastó para que la política no intervencionista de los gobiernos occidentales se modificara.

En julio de 1936 la prensa católica internacional se había volcado en apoyo del levantamiento rebelde denunciando con acritud el anticlericalismo de la República, la profanación de las iglesias y la matanza de sacerdotes. La acusación más sensacionalista propagada por dicha prensa fue la violación de monjas, una invención similar a las de la Edad Media cuando se trataba de justificar la matanza de judíos. Dos incidentes relacionados con monjas y no verificados sirvieron de excusa a los propagandistas católicos para lanzar una campaña general de inconcebible virulencia. Mucha más entidad tenía la condena de los asesinatos de sacerdotes, que fueron declarados mártires por el Papa.² El 1 de julio de 1937, el cardenal Goma envió una carta abierta a «los obispos de todo el mundo», pidiendo el apoyo de la Iglesia a la causa nacional, que firmaron dos cardenales, seis arzobispos, treinta y cinco obispos y cinco vicarios generales. Tan sólo se abstuvieron de firmarla el cardenal Vidal i Barraquer y el obispo Mateo Múgica. En ella se afirmaba, entre otras cosas, que «es cosa documentalmente probada que en el minucioso proyecto de la revolución marxista que se gestaba, y que habría estallado en todo el país si en gran parte de él no lo hubiese impedido el movimiento cívico-militar, estaba ordenado el exterminio del clero católico».³

Aunque la Iglesia orilló cuidadosamente el papel político que había desempeñado en el golpe de estado, no consiguió engañar a algunos escritores católicos extranjeros, como fue el caso de Francois Mauriac, quien arremetió contra los nacionales después de que uno de sus oficiales le explicara su filosofía respecto de los enemigos heridos: «Las medicinas son escasas y caras. ¿Se figura usted que vamos a gastarlas inútilmente con ellos? ... Debiéndoles matar, al fin y al cabo, no vale la pena curarlos. Se termina con ellos cuanto antes.»⁴ Mauriac escribió a Serrano Súñer que «para millones de españoles el cristianismo y el fascismo se han convertido en una sola cosa y no pueden odiar a uno sin odiar también al otro», y salió en defensa de su correligionario, el escritor Jacques Maritain, cuando el ministro pronazi se refirió

a él como «ese judío converso». La publicación en 1938 del libro de Georges Bernanos *Les granas ametières sous la lune*, en el que describía la aterradora acción de los nacionales en Mallorca, incrementó en gran manera la reacción de los católicos liberales contra el apoyo oficial que la Iglesia había dado a Franco.

En Estados Unidos el *lobby* católico era muy poderoso. Cuenta Luis Bolín que una joven irlandesa, Aileen O'Brien, «llamó por teléfono a todos los obispos católicos de Estados Unidos pidiéndoles que los párrocos solicitaran a todos sus feligreses el envío de telegramas de protesta al presidente Roosevelt». ⁵ Como resultado de sus esfuerzos, dice Bolín, se recibieron en la Casa Blanca más de un millón de telegramas y se consiguió parar un embarque de municiones para la República. El poder del *lobby* pronacional aún se percibió mejor en mayo de 1938. Un grupo encabezado por el embajador norteamericano en Gran Bretaña, Joseph Kennedy, consiguió que los congresistas que dependían del voto católico se opusieran a la revocación del embargo de armas. Y eso que no más del 20 por 100 del país y el 40 por 100 de los católicos apoyaban a los nacionales.

Sin embargo, en 1937, los nacionales empezaron a sentir que estaban perdiendo la batalla de la opinión pública internacional. Varios factores les eran adversos. Primero, había una diferencia fundamental de actitud entre los mandos militares republicanos y los nacionales en su relación con la prensa. Estos veían con frecuencia en los periodistas a espías potenciales y no les permitían libertad de movimientos, sobre todo cuando podían ser testigos de algún episodio de limpieza, escarmentados por las informaciones de quienes habían presenciado las matanzas de Badajoz. Por eso los corresponsales de los nacionales no podían competir con los de la zona republicana para obtener relatos personales realizados «en el fragor de la batalla», tan estimados por la profesión. Por otra parte, no todos los oficiales de prensa de los nacionales eran tan sutiles como Luis Bolín. Gonzalo de Aguilera, conde de Alba y Yeltes, gran terrateniente salmantino que recorría la España nacional en un Mercedes amarillo con dos rifles de repetición en el asiento trasero, declaró a un periodista extranjero que el 18 de julio de 1936 «hizo poner en fila india a los jornaleros de sus tierras, escogió a seis y los fusiló delante de los demás. *Pour encourager les autres, ¿comprende?*». ⁶

Los periodistas extranjeros autorizados a entrar en zona nacional descubrieron en seguida, con asombro, la histérica relación con la verdad que allí reinaba. Cualquiera que pusiese en duda una invención de la propaganda nacional, por ridícula que fuera, era sospechoso de ser un «rojo» encubierto. La periodista norteamericana Virginia Cowles, que acababa de llegar de la España republicana, halló en Salamanca que la gente estaba muy interesada en saber lo que pasaba en Madrid, pero no quería creer nada que no se ajustara a su propio imaginario grotesco. Para la periodista norteamericana, la autohipnosis política llegaba a tal grado que «era casi una enfermedad mental». Cuando respondió a quienes le preguntaban que en la zona republicana los cadáveres no se dejaban amontonados en las cunetas hasta que se pudrieran, como les habían dicho, y que los «rojos» no alimentaban a las fieras del zoo con prisioneros de derechas, pensaron inmediatamente que ella tenía que ser, por fuerza, «roja». Pablo Merry del Val, el jefe de prensa de Franco, admirando la pulsera de oro que Cowles llevaba puesta, le dijo con una sonrisa: «Espero que no llevara usted en Madrid esa pulsera». Al responderle que, en efecto, la había llevado puesta, Merry del Val se sintió «profundamente ofendido» y nunca más volvió a dirigirle la palabra. ⁷

Cualquier jefe de prensa de nuestros días habría palidecido ante algunas de las extraordinarias manifestaciones hechas por otro de los portavoces de Franco, el general Millán Astray, uno de los fundadores de la Legión Extranjera, que había sufrido tremendas heridas durante las guerras coloniales. «Los valientes moros -dijo una vez- que sólo ayer destrozaron mi cuerpo, hoy merecen la gratitud de mi alma, porque luchan por España contra los

españoles ... quiero decir los malos españoles ... porque están dando sus vidas en defensa de la sagrada religión de España, como lo demuestran asistiendo a las misas de campaña, escoltando al Caudillo y colgando medallas y sagrados corazones en sus chilabas». **8** Franco, por supuesto, evitaba caer en semejantes contradicciones cuando se ponía a hablar de la «cruzada».

Había también un factor técnico que, durante la mayor parte de la guerra, jugó en contra de las versiones que daban los nacionales. Las terminales de los cables submarinos se hallaban en territorio republicano, lo que daba ventaja a los periodistas acreditados en aquella zona. Las informaciones que salían de la España nacional llegaban con frecuencia atrasadas. Sin embargo, los nacionales habían ganado el primer asalto de la guerra de propaganda por varias razones. En primer lugar, durante los primeros días de las matanzas en retaguardia, había muy pocos periodistas extranjeros en su zona, mientras que Barcelona y Madrid estaban atestadas de corresponsales que dieron cuenta, con toda rapidez, de los asesinatos iniciales perpetrados en territorio republicano.

Otro punto clave del que partieron informes precoces que perjudicaron la imagen de la República fue Gibraltar, adonde llegaron muchos refugiados de las clases altas, especialmente procedentes de Málaga. El 21 de agosto de 1936 el corresponsal del *New York Herald Tribune*, Robert Neville, escribió: «En Gibraltar pude comprobar, con sorpresa, que la mayoría de periodistas habían enviado sólo historias de "atrocidades". No parecían ser conscientes de las terribles implicaciones internacionales de la situación». Aunque los relatos sensacionalistas hacían vender periódicos, sólo unos pocos corresponsales (entre ellos Bertrand de Jouvenal, del *París Soir*) informaron sobre el «terror blanco» desatado en el norte de Andalucía. Una explicación puede ser que muchos periodistas no podían entenderse con los campesinos que huían del ejército de África, mientras que entre los españoles de clase media y alta siempre había alguien que hablaba una lengua extranjera. De lo que no hay duda, sin embargo, es de que las tendencias periodísticas y las líneas editoriales definían el tipo de noticia que llegaba a los lectores. **9**

Poco antes de iniciarse el levantamiento, los británicos tuvieron ya una primera muestra de lo que iba a ser la guerra de propaganda cuando en los medios ingleses apareció la noticia de que al cadáver de Calvo Sotelo le habían arrancado los ojos con un cuchillo, una fábula a la que ni siquiera los periódicos más derechistas de España habían dado crédito.

Lo habitual fue enviar corresponsales al lado que el periódico apoyaba, aunque Kim Philby, que ya era comunista en secreto, afectó una imagen conservadora como corresponsal del *Times* ante los nacionales. Una excepción de los primeros días fue otro agente comunista secreto, el escritor Arthur Koestler, que, aunque representaba al *News Chronicle*, periódico londinense de izquierdas, empezó su trabajo de corresponsal ante los nacionales, en Sevilla, pero tuvo que huir cuando un periodista alemán llamado Strindberg, que sabía que era comunista, le reconoció. Luis Bolín, el jefe de prensa de los nacionales, no llegó a tiempo de detenerle como espía porque Koestler ya había regresado a territorio republicano, pero consiguió atraparlo durante la caída de Málaga. Sólo las presiones de la prensa británica y estadounidense le libraron de la muerte. **10**

En la mayoría de los casos, los corresponsales reflejaban el color político de su periódico o se adaptaban a él, así que el comentario que Richard Ford hizo en 1846 seguía siendo válido noventa años después: «El público inglés lo que quiere es leer relatos "auténticos" de España que coincidan con las ideas preconcebidas que tienen sobre el país». Al principio de la guerra los corresponsales corrieron hacia España sin pararse a pensar si hablaban la lengua del país o si sabían algo de su política. Hasta un reputado experto como el profesor Allison Peers era incapaz de diferenciar cabalmente los partidos de izquierda y atribuía las agitaciones

campesinas andaluzas a agitadores que se aprovechaban de la mejora de las comunicaciones. Las ideas de que los latinos «llevaban la violencia en la sangre» y de que las dictaduras militares les eran connaturales ocupaban las entradillas de los periódicos. Además, y como siempre sucede, la falta de espacio y las simplificaciones de los periodistas para hacer que las informaciones puedan ser digeridas con rapidez eran elementos adicionales de distorsión de la realidad.

Como al común de los mortales, a los periodistas les afectaban las emociones del momento. Tras vivir el asedio de Madrid, muchos de ellos se convirtieron en decididos campeones, a veces acrílicos, de la causa republicana, de modo que su compromiso personal tino la información que dieron sobre acontecimientos posteriores, como, por ejemplo, las maniobras del Partido Comunista para hacerse con la dirección de la guerra. Los ideales de la causa antifascista anestesiaron a muchos de ellos ante los aspectos menos edificantes de la contienda. En aquella atmósfera era muy difícil conservar la objetividad.

Las informaciones aparecidas en los países de origen de los corresponsales sufrieron también la censura y las presiones. Que fueron desde resúmenes orientados por la propaganda que hacían los funcionarios de la prensa gubernamental y la censura republicana hasta los prejuicios comerciales o políticos del director del periódico. Hacia el final de la guerra, el director del *New York Times* pidió a su corresponsal en España, Herbert Matthews, que no enviara más comunicados emotivos sobre los campos de refugiados. En 1937, Geoffrey Dawson, el director del *Times*, congeló algunos de los reportajes de Steer sobre el País Vasco porque no quería incomodar a los alemanes. El 3 de mayo, una semana después del reportaje de Steer sobre Gernika, Dawson escribió: «He hecho lo imposible, noche tras noche, por mantener al periódico alejado de lo que pudiese herir su susceptibilidad». **11** La disputa más conocida fue la que mantuvo Louis Delaprée con su director del periódico de derechas *Paris-Soir*. Poco antes de su muerte, acaecida cuando regresaba a París en un avión republicano que fue derribado, Delaprée se quejaba de que sus reportajes no aparecían. Terminó su último despacho observando amargamente que «la masacre de un centenar de niños españoles es menos interesante que el suspiro de Mrs. Simpson». **12**

Con mucha frecuencia la propaganda republicana no era muy distinta de la que practicaban los nacionales. **13** Ambos bandos se aferraban a incidentes aislados para hacer de ellos categoría general. Los republicanos contaban horrores de los regulares moros que cortaban las manos de los niños que habían saludado con el puño en alto. Narraban también milagros laicos como los de las bombas nacionales que no estallaban porque contenían mensajes de solidaridad de los obreros extranjeros en lugar de explosivos. Es claro que debió de haber casos de sabotaje de los obreros que preparaban las municiones, pero la exageración de la propaganda republicana generó tantas expectativas imposibles que, al final, la frustración fue aún mayor. El coronel Casado sostenía con razón que la frustración de las expectativas había sido una contribución de primer orden a la derrota republicana. Una vez que el Gobierno había desencadenado el mayor de los optimismos sobre una ofensiva determinada, era virtualmente imposible admitir ningún fracaso, lo que conducía a la pérdida de grandes cantidades de hombres y material en proezas inútiles.

El mayor problema del gobierno republicano era que necesitaba producir, simultáneamente, dos versiones incompatibles de los hechos. La versión para el consumo exterior estaba orientada a convencer a los gobiernos francés, británico y estadounidense de que la República era una democracia liberal basada en la propiedad privada, mientras que los comunicados para el consumo interno trataban de convencer a los obreros de que luchaban por la revolución social. El director de propaganda para Estados Unidos e Inglaterra, que dependía de Álvarez del Vayo, quien controlaba la censura, manifestó que «le dieron

instrucciones de no enviar al exterior ni una sola palabra sobre esta revolución en el sistema económico de la España leal. Ni hay corresponsales en Valencia a quienes se les permita escribir libremente de la revolución que se ha producido». **14**

El compromiso de artistas e intelectuales con la guerra civil española -la inmensa mayoría de ellos en el campo republicano- alcanzó unas dimensiones sin precedentes. El conflicto tenía toda la fascinación de un drama épico en el que intervenían las fuerzas motrices de la humanidad. Como escribió John Lehmann:

Escritores de clase media, escritores de la clase trabajadora y escritores que no pertenecen a ninguna clase; españoles, ingleses, franceses, exiliados alemanes y exiliados italianos se dieron cuenta de que todas sus esperanzas, todos sus ideales, todas sus teorías no tenían ahora más que una única y dramática manifestación, presente en los olivares donde se enfrentaban los ejércitos de la República y los generales rebeldes ... Es impresionante constatar qué pocos hombres conocidos de esta generación no se comprometieron con los republicanos, al menos dejando traslucir una fuerte simpatía, aunque los matices de opinión fuesen extremadamente variados. **15**

Aquellas gentes no adoptaron tan sólo el papel de observadores apasionados: las carnicerías de la primera guerra mundial habían minado las bases morales de un arte alejado de la política y habían hecho que «el arte por el arte» pareciera una impertinencia señoril. El realismo socialista llevó esta cuestión a su extremo lógico subordinando todas las formas de expresión a la causa del proletariado.

Fueron legión los intelectuales que llegaron a España para defender, con las armas o con las palabras, «la última gran causa», como llamaron a la defensa de la republicana. Los escritores fueron mayoría. De Francia llegaron André Malraux, con su escuadrilla de aviadores, Francois Mauriac, Jacques Maritain, Antoine de Saint-Exupéry, piloto de caza, Louis Aragón, Paul Eluard... De Gran Bretaña, George Orwell, W. H. Auden, John Cornford, Stephen Spender, John Sommerfield, Tom Wintringham, C. Day Lewis, Herbert Read, Edwin Rolfe... De Estados Unidos, Ernest Hemingway, John Dos Passos, Theodore Dreiser, Alvah Bessie... De Rusia, Ilya Ehrenburg y Mijail Koltsov. De Chile, Pablo Neruda.

Los nacionales contaron en España y fuera de ella con la ayuda de Roy Campbell, Peter Kemp, James Norman, William Herrick, Charles Maurras, Paul Claudel, Pierre Drieu La Rochelle, Robert Brasillach, Henri Massis... **16**

Muchos de estos escritores vieron publicados sus testimonios durante o inmediatamente después de la guerra, algunos férreamente partidistas, otros más ecuanímenes, pero todos teñidos por el terrible impacto de los acontecimientos que presenciaron, que, en varios casos, hicieron mella en el idealismo primigenio de sus autores. Simone Weil, por ejemplo, que simpatizaba con el ideal ácrata, no podía entender las matanzas que se producían en zonas del este controladas por anarquistas. Le horrorizó de forma especial el caso de un prisionero falangista de Pina, de quince años, que fue capturado en el frente de Aragón y fusilado tras una conversación de una hora con Durruti durante la cual éste intentó convencer al muchacho de que sus ideas políticas estaban equivocadas y le dio veinticuatro horas para que cambiara de bando. Auden, que a finales de 1936 había escrito un relato entusiasta sobre la revolución social, llegó a España en enero de 1937 con la intención de conducir una ambulancia en el lado republicano, aunque no pudo cumplir su propósito. Regresó de España desmoralizado por las luchas internas de los republicanos y por la violencia anticlerical sin hacer ninguna declaración pública. Convencido, sin embargo, de la necesidad de combatir al fascismo, escribió su poema *Spain* en un mes:

Mañana, para el joven, una eclosión de poetas, Paseos junto al lago, semanas en comunión perfecta; Mañana las carreras de bicicletas Por los arrabales en las tardes de verano. Pero hoy La lucha.**17**

Stephen Spender, autor de *Poems from Spain*, conmocionado por las ejecuciones en las Brigadas Internacionales, abandonó el Partido Comunista. André Malraux escribió en 1938 *L'Espoir*, una de las obras sobre la guerra civil que más han perdurado. Implicado como jefe de una escuadrilla republicana en los combates aéreos del principio de la guerra, narra en su libro (que después sería llevado al cine) las acciones de las Brigadas Internacionales desde el asedio de Madrid hasta marzo de 1937. Su mensaje no es nada inocente: «Este mensaje tenía un doble filo ... Mientras que sin duda se necesita coraje para iniciar una revolución, la organización tiene que ver con valores bien diferentes: disciplina, jerarquía, sacrificio ... Con la vista puesta en Lenin y Stalin, Malraux llamaba la atención sobre los peligros inherentes a toda revolución...».**18**

Otros muchos intelectuales en Europa y en Estados Unidos declararon, de un modo u otro, su oposición a Franco. Samuel Beckett escribió «¡VIVALAREPÚBLICA!»; William Faulkner y John Steinbeck se limitaron a declarar su aversión al fascismo, mientras otros matizaban su posición apoyando a una facción concreta del lado republicano, como hizo Aldous Huxley, que especificó su oposición al comunismo y su simpatía por el anarquismo. También fueron simpatizantes de la CNT-FAI John Dos Passos, Berick Traven y Herbert Read.

Por supuesto, no todos los escritores fueron prorrepblicanos. Evelyn Waugh, que había dicho que si él fuera español estaría con Franco, afirmó que aun no siéndolo se haría fascista si fuera la única alternativa al marxismo. Ezra Pound se despachó diciendo que «España es un lujo emocional para una pandilla de bobos diletantes». Hilaire Belloc, simpatizante de los nacionales, se había referido a la contienda como «una prueba de fuerza entre el comunismo judío y nuestra civilización cristiana tradicional». A Arnold Lunn le gustaban mucho las infames charlas radiofónicas de Queipo de Llano que, según él, iban destinadas a «alegrar a los hombres del frente». Peter Kemp, que luchó primero con los requetés y, más tarde, en la Legión era un ultraconservador que escribió en 1937 un libro de gran éxito en el mundo anglosajón, *Mine Were of Trouble*. Y, sobre todo, el poeta sudafricano Roy Campbell, también fascinado con Queipo, cuya prosa compara a la de Quevedo. Escribió un largo poema de 5.000 versos, violentamente racista y antisemita, con el título de *Flowering Rifle*, que fue publicado en 1939.

Entre los intelectuales españoles no se produjo un desequilibrio partidista tan extremo como el de los extranjeros. La incardinación de muchos de ellos en la política española, su conciencia de clase, su conocimiento de la situación y aun su «lealtad geográfica» hicieron que ambos bandos se repartieran sus simpatías. De lo que no hay duda, sin embargo, es de que los más importantes y reconocidos mundialmente permanecieron leales al gobierno republicano.**19** La producción de estos escritores durante la guerra será muy desigual. Si la poesía, más inmediata, da frutos importantes, como es, por ejemplo, *Viento del pueblo*, de Miguel Hernández, la novela escrita «rara vez alcanza la calidad media de su producción [la de los novelistas]».**20** Lo lograrán en el exilio Max Aub con su *Laberinto mágico*; Sender con *Réquiem por un campesino español*; Barea con *La forja de un rebelde*; Ayala con *La cabeza del cordero*.

Aunque en la propaganda destinada al consumo exterior los dos contendientes hicieron grandes esfuerzos, no cabe duda de que en la agitación cultural interior los republicanos se llevaron la palma. La sección teatral de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, dirigida por Rafael Dieste, creó la compañía «Nueva Escena», que representaba piezas dramáticas de

actualidad adecuadas a las circunstancias de la guerra. Escribieron entremeses para «Nueva Escena» Rafael Alberti, José Bergamín, Ramón J. Sender y otros, llevando el teatro a las calles y a las plazas en sus representaciones «como guerra popular por la independencia». **21** Aparte de los servicios institucionales, como el Servicio de Milicias de la Cultura, el «Altavoz del Frente» o las «Guerrillas del Teatro», los combatientes republicanos recurrieron a todos los medios de comunicación y difusión con que se podía contar en aquella época; libros, prensa, radio, cine, teatro... Las revistas republicanas fueron numerosas. De un lado, se adaptaron a las necesidades de la guerra las viejas revistas republicanas como *Estampa*, de Madrid, o *Mirador*, de Barcelona; de otro se iniciaron o remozaron otras muchas: *Meridiá* (en catalán), *Nova Caliza* (en gallego), *Música*, *Film popular*, *Boletín de Orientación Teatral*, *Nueva Cultura*, *Armas y Letras*, Madrid («Cuadernos de la Casa de la Cultura»), que se editaba en Valencia. De todas ellas destacan por su importancia *El Mono Azul*, popular y redactada con un estilo muy directo, en cuyo seno Alberti compiló el *Romancero de la guerra de España*, y *Hora de España*, más elitista y ambiciosa, de extraordinaria calidad intelectual y material, en cuyo consejo de redacción figuraban poetas, músicos, arquitectos y artistas plásticos y que fue dirigida por Juan Gil-Albert, Rafael Dieste, Arturo Serrano Plaja, Ramón Gaya y Antonio Sánchez Barbudo, el mismo grupo que se había responsabilizado de la edición de *Hoja Literaria* (de 1933) y de *El Buque Rojo* (de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, y que sólo llegó a publicar un número en 1936).

En la retaguardia, las organizaciones políticas y sindicales produjeron una prensa inmensa. E igual sucedía en el frente, donde cada cuerpo de ejército, división, brigada, batallón o compañía contaba con su propio órgano de expresión, que iba del periódico mural al boletín. Existen cerca de 500 publicaciones vinculadas a unidades de combate republicana, y la prensa llamada «de trinchera» pasó de las 150 cabeceras: *Avance*, que era el órgano de la columna Mangada; *iNo pasarán!*, que editaban los comunistas de Somosierra; *El miliciano rojo*, que daba noticias sobre el frente de Aragón; *Octubre*, periódico del batallón homónimo; *Komsomol*, que editaban los jóvenes comunistas manchegos; *Ciencia y cultura*, periódico anarquista del barrio madrileño de La Guindalera; *Ayuda*, publicación del Socorro Rojo Internacional... Sólo las Brigadas Internacionales contaron con una docena de periódicos propios, entre ellos *Le Volontaire de la Liberté*, *Our Fight*, *Il Garibaldino* o *Freiheit Kämpfer*. Hasta la compañía escandinava que formaba parte del batallón Thaelmann tenía su propio periódico, que dirigía una periodista llamada Lise que les había acompañado a España. **22**

Los nacionales, que controlaban el ABC de Sevilla; *El Heraldo de Aragón*, de Zaragoza; *El Norte de Castilla*, de Valladolid; el *Ideal*, de Granada; la *Gaceta regional*, de Salamanca; *El Faro*, de Vigo; *La Voz de Asturias*, de Oviedo; *El Pensamiento Navarro*, de Pamplona, o el *Diario de Burgos*, seguramente no necesitaban tal despliegue, por lo menos al principio de la guerra (con la excepción aquí de la efímera publicación en ciclostil *El Alcázar*). Se publicaron durante la guerra *iArriba España!*, que fue el primer periódico falangista; *Jerarquía*, la «revista negra» de Falange; *Vértice*, que editaba la Delegación de Prensa y Propaganda; *Fotos*, muy ligada a Manuel Hedilla; *Fe*, de Sevilla; *Patria*, de Granada; *Odiel*, de Huelva; *Sur*, de Málaga; *Destino*, órgano de los catalanes de Burgos, o la revista cómica *La Ametralladora*, cuyos redactores fundarían, ya durante el franquismo, *La Codorniz*. En noviembre de 1938 el gobierno franquista creó la agencia oficial de noticias EFE, financiada por Juan March y otros banqueros. **23**

Pero quizás uno de los fenómenos más específicos e innovadores de la propaganda de guerra fue el recurso a los carteles. El cartelismo, sobre todo el soviético, tenía un gran prestigio entre los dibujantes españoles y ya antes de la guerra esa manifestación artística había alcanzado considerables cotas. Los incontables carteles que llegaron a diseñarse

durante la guerra civil son, en general, de una eficacia asombrosa por el realismo imaginativo de las escenas y, sobre todo, por la cuidadosa elección de los eslóganes, ya sean de defensa, de ataque, de denuncia, llamando a la prudencia ante los posibles espías o advirtiendo contra las enfermedades venéreas. Para producir aquellos «soldados de papel y tinta»,**24** la República contó con los mejores cartelistas de España: Josep Renau, Caries Fontseré, Lorenzo Gomis, Ramón Gaya, José Bardasano, Josep Obiols, Lola Anglada, Martí Bas, José Luis Rey Vila («Sim»), Antoni Clavé, Emeterio Melendreras, Helios Gómez o Luis Quintanilla.

Carlos Sáenz de Tejada, un gran dibujante, y Teodoro Delgado fueron los más célebres cartelistas de la zona nacional.**25**

Ambos bandos contendientes recurrieron a la utilización constante de las emisoras de radio como medio rápido de comunicación, encuadramiento y propaganda. Los republicanos contaron con las emisoras de las cadenas de Unión Radio, Radio España y con las numerosísimas emisoras de partidos y sindicatos, aparte de La Voz de España, que era la emisora de propaganda hacia el exterior. Los nacionales recurrieron al principio a Radio Tetuán, Radio Ceuta y Radio Sevilla (el «juguete» de Queipo de Llano), así como a las estaciones amigas de Roma, Berlín y Lisboa. Luego se limitaron a la radio del Cuartel General del Generalísimo y a utilizar las emisoras republicanas a medida que conquistaban terreno.**26**

Como fuente de identificación política y moral, y para conseguir galvanizar el ardor revolucionario de los milicianos, la República recurrió a un arma de indudable eficacia: el cine, que, sin embargo, fue muy poco utilizado por los nacionales. Desde el principio mismo de la guerra, en las salas cinematográficas de Barcelona y Madrid se proyectaron sin cesar una serie de películas de procedencia soviética. Quizás una de las más vistas fue *Tchapáiev*, de los hermanos Georgi y Sergei Vasiliev, en la que el héroe incita a los campesinos rusos a defender la revolución y muere al final de la película (en algunos pases no se proyectó el último rollo para evitar el efecto del anticlímax sobre los espectadores).

Otra película que inflamó la imaginación de los comunistas fue *Los marineros de Kronstadt*, de Yefím Dzigan, en la que se narra la transformación de una banda de marineros anarquistas en una unidad disciplinada del Ejército Rojo. Ni que decir tiene que a los anarquistas, que sabían la verdad sobre el aplastamiento bolchevique de la rebelión de Kronstadt, la película no les hacía ninguna gracia. *El acorazado Potemkin* de Sergei Eisenstein fue también proyectada numerosas veces, al igual que la película de Alexander Feinzimmer *Los marineros del Báltico* y las estrictamente partidistas como *El carnet del Partido*, de Iván Pyriev, *La juventud de Maksim*, de Grigori Kozintsev y Leonid Trauberg, o los documentales rodados en España por los cineastas rusos Román Karmen y Boris Makadeev *Madrid se defiende*, *Madrid en llamas* y el largometraje *Ispania*.

Pero la República no recurrió sólo al cine de importación. A través del Ministerio de Propaganda se impulsó el pase de noticiarios (*Todo el poder para el gobierno*) y la producción de películas como *España Leal en Armas*, destinada a la propaganda en el exterior y en la que colaboró Luis Buñuel. Más tarde, desaparecido el Ministerio de Propaganda con el gobierno Negrín, se crearon unos Estudios Cinematográficos de la República que produjeron reportajes y películas de acción y propaganda, como *Madrid*, de Manuel Villegas López; *Viva la República*; *Los Trece Puntos de la Victoria*; *Campesinos de Ayer y de Hoy*. Por su parte, la Generalitat de Cataluña creó Laya Films, que estrenaba todas las semanas un noticiario con el título de *España al día*, y que realizaría a lo largo de la guerra casi 30 documentales, la *La guerra de propaganda y los intelectuales* mayoría obra de Ramón Biadiu: *Delta de l'Ebre*; *Els tapers de la Costa*; *Transformado de la industria al servei de la guerra* o *Valí' d'Aran*.**27**

Durante el año 1937 tuvieron lugar dos acontecimientos que sirvieron tanto para la propaganda interior como para la exportación y en ambos casos los responsables culturales

republicanos obtuvieron un éxito espectacular. El primero de ellos fue la Exposición Internacional de Artes y Técnicas, que se celebró en París en mayo, en la que se estrenó el famosísimo Pabellón de la República, obra de Luis Lacasa, Josep Lluís Sert y Antoni Bonet. El embajador de la República en Francia, Luis Araquistáin, organizó una excelente exposición de murales y paneles informativos sobre España, carteles, artesanía popular y representaciones escénicas. Obviamente la pieza más espectacular de la exposición fue el *Guernica*, de Pablo Picasso, al que acompañaban *El pagés català i la Revolució*, de Joan Miró, *Los aviones negros*, de Horacio Ferrer, la *Montserrat* de Julio González, la escultura en hierro de Alberto *El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella* y la *Fuente de mercurio*, de Calder.

En aquella exposición participó también el gobierno franquista, bajo bandera vaticana y financiado por la Iglesia española, con un altar pintado por José María Sert: «Intercesión de Santa Teresa por la guerra española». **28**

El otro gran acontecimiento, organizado enteramente por el frente comunista, **29** fue el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, que tuvo sesiones en Valencia y en Barcelona y que se clausuró en París. **30**

De entre toda la enorme labor de propaganda y agitación cultural, no hay nada que pueda compararse a la movilización intelectual que consiguió el Partido Comunista. Se ha dicho que la innovadora propaganda del PCE fue sin duda la mejor de la guerra civil y que encontró en la figura excepcionalmente dotada de Dolores Ibárruri, «Pasionaria», su mejor baza. «La foto de Pasionaria cavando trincheras en el frente de Madrid dio la vuelta al mundo y se convirtió en símbolo de la lucha del pueblo español contra el fascismo.» **31** En la década de 1930, el Partido Comunista consiguió atraer a su causa a muchos escritores, sobre todo poetas, entre los que se encontraban Miguel Hernández, Rafael Alberti, John Cornford, Stephen Spender, Cecil Day-Lewis, Hugo MacDiarmid o Pablo Neruda. De todos ellos, quien más contribuyó a la campaña que tan eficazmente organizaron los comunistas fue Ernest Hemingway. Es muy interesante analizar las dos facetas de su carácter a la luz del conflicto que surgió entre las diversas fuerzas políticas de la España republicana. Hemingway era un individualista que creía en la disciplina para todos menos para él. Apoyaba a los comunistas frente a los anarquistas, porque creía que los métodos de aquéllos eran los más adecuados para ganar la guerra. «Me gustan los comunistas cuando son soldados -le dijo en 1938 a un amigo-, pero les odio cuando son cu ras.»

32 Cuando los comunistas otorgaron a Hemingway una atención tan especial, no supieron ver que su profundo y auténtico odio por el fascismo no significaba que les admirara a ellos por convicción política.

No es fácil sopesar la influencia de la información privilegiada que Hemingway recibía de los altos cuadros del partido y de los asesores soviéticos. Que los expertos se lo tomaran tan en serio pidiéndole que firmara cheques morales en blanco a favor de la República influyó negativamente en su percepción de los hechos. De ahí sus absurdas manifestaciones de que «Brihuega ocupará un lugar en la historia militar junto a las otras batallas decisivas del mundo», y de que la República «estaba dando una paliza a los rebeldes», **33** como si la lucha fuera entre yankis y propietarios esclavistas del sur de Estados Unidos. Aunque está ambientada a principios del verano de 1937 y narra las vicisitudes de un grupo de milicianos en la sierra de Guadarrama, la guerra civil norteamericana planea por su mejor obra, *Por quién doblan las campanas*. Esta novela, escrita inmediatamente después de la derrota de la República española y publicada en 1940, revela tanto una constante admiración por los profesionales comunistas como el *penchant* libertario del autor. Su héroe, Robert Jordán, un *alter ego* de Hemingway, se pregunta: «¿Existió alguna vez un pueblo al que odiaran tanto sus propios dirigentes?».

Si la República, con la ayuda de la Comintern, ganó la batalla de la propaganda, los comunistas vencieron en el conflicto entre la izquierda. El golpe de estado bolchevique en Rusia les había colocado en una posición única, la de «controlar el único faro de la esperanza revolucionaria» en el mundo. Bertrand Russell señaló que cualquier resistencia u objeción a las directrices del partido era condenada «como traición a la causa del proletariado. Las críticas anarquistas o sindicalistas fueron olvidadas o ignoradas, y con la exaltación del estado socialista, fue posible mantener la creencia de que un gran país había realizado las aspiraciones de los pioneros». **34** Tres años después, cuando en una cena de bienvenida en Londres a la que asistían veinticinco intelectuales Emma Goldman condenó vehementemente el régimen comunista de la Unión Soviética, Russell fue el único que le mostró su apoyo. El resto permaneció sentado en un silencio hosco e incómodo. Pero el propio Russell escribiría poco después que él «no estaba en condiciones de sugerir un gobierno alternativo en Rusia».

Menos de un mes después del inicio de la guerra civil en España, empezó en Moscú el primero de los grandes juicios farsa. Victor Serge, que daba una conferencia contra ellos en París, fue interrumpido por un obrero comunista: «¡Traidor!, ¡fascista! Nada de lo que tú hagas podrá impedir que la Unión Soviética siga siendo la patria de los oprimidos!». **35** Salvo contadas excepciones, como el poeta francés André Bretón, los socialistas no se atrevieron a levantar la voz «porque el interés del Frente Popular requería estar a bien con los comunistas». André Gide, que había regresado desilusionado de un viaje a la Unión Soviética, redactó un comunicado de condena, pero en cuanto Ilya Ehrenburg supo de él, organizó a los milicianos comunistas del frente de Madrid para que enviaran telegramas rogándole que no publicara un «golpe mortal» contra ellos. Gide estaba consternado: «¡Qué lluvia de insultos tengo que aguantar! Habrá milicianos en España que crean de veras que soy un traidor!».

En España el diario del POUM *La Batalla* no se abstuvo de publicar artículos contra las purgas, con lo que exacerbaron el odio que los comunistas estalinistas sentían por sus rivales marxistas. Cuando se necesitaba desesperadamente recibir armamento de Rusia, hasta los dirigentes de la CNT trataron de impedir que en sus publicaciones aparecieran ataques contra las purgas de Stalin. La miope reacción de los gobiernos occidentales y su debilidad ante Hitler y Mussolini concedieron a la Comintern, cuyo aparato propagandístico dirigía el eficaz Willi Münzenberg, organizador de las grandes campañas de solidaridad con la República española en todo el mundo, el monopolio de la resistencia al fascismo.

Durante todo este tiempo, la República tuvo que nadar entre dos aguas por su dependencia de los suministros soviéticos, cuyo envío a España confirmaba los miedos y los prejuicios de la minoría a la que se dirigían los nacionales en su guerra de propaganda. En 1938 Churchill dijo de Neville Chamberlain que «nada ha reforzado más la ascendencia del primer ministro sobre las clases acomodadas que la creencia de que simpatiza con Franco y la causa de los nacionales en España». **36** La política de *appeasement* ante el Eje y el boicot de los gobiernos occidentales a la República reforzaron el poder de la Comintern, que se erigió en la única fuerza efectiva para combatir al fascismo. Una lección que no se entendió ni siquiera después de la guerra. Otra lección es que el autoengaño de las masas no es más que un sedante prescrito por dirigentes incapaces de enfrentarse a la realidad. Como demostró la guerra civil española, la primera baja de la guerra no es la verdad, sino la fuente de la que procede: la consciencia y la integridad del individuo.

21. La lucha por el poder

Los cuatro intentos fallidos de tomar Madrid no sólo enturbiaron las relaciones de Franco con sus aliados alemanes e italianos, sino que encrespaban los ánimos en la coalición nacional. Los carlistas no habían olvidado la tajante reacción de Franco cuando intentaron mantener la independencia de sus formaciones de requetés, mientras que los «camisas viejas» falangistas seguían temiendo, como siempre había temido su jefe muerto, perder su identidad si se les encuadraba en el ejército nacional.

Franco estaba perfectamente informado de cuanto ocurría en el seno de los dos partidos y no le preocupaban demasiado sus reivindicaciones porque la alianza nacional requería un líder único y él, una vez muerto Mola y controlado Queipo, no tenía ningún rival efectivo. Al principal dirigente carlista, Fal Conde, lo había enviado al exilio en Portugal y su sucesor, el conde de Rodezno, era mucho más manejable. Gil Robles también estaba en Portugal colaborando en la «cruzada», pero sin poder pasar a España. Por otra parte, la ocultación del fusilamiento de José Antonio en Alicante alentaba en la Falange la esperanza de que aún estuviera vivo, lo que impedía el nombramiento de un sucesor definitivo.

Como dijo el embajador alemán Von Faupel en uno de sus informes a la Wilhelmstrasse, Franco era un jefe sin partido y la Falange un partido sin jefe. Además de eso, la Falange estaba escindida en diversas corrientes, de las cuales dos procedían directamente de las contradicciones del pensamiento del propio José Antonio: los «camisas viejas» de extracción popular encabezados por el jefe de la Junta de Mando Provisional de la Falange, Manuel Hedilla, que reivindicaban el carácter «socialista» de su movimiento, y el ala nacionalista reaccionaria, cada vez más poderosa, que propugnaba la reconstrucción de la España tradicional.

Este último grupo, el de los modernos reaccionarios, se aproximó a los carlistas durante el invierno de 1936-1937 con el fin de mantener conversaciones secretas para establecer una alianza, en tanto que los elementos «proletarios», encabezados por Hedilla, se opusieron a semejante iniciativa. De hecho Sancho Dávila, primo de José Antonio y uno de los líderes de los «legitimistas», ya había tenido contactos con Fal Conde antes de julio de 1936 y ahora le proponía estudiar la unión de los dos partidos. El 16 de febrero, Sancho Dávila, Pedro Gamero del Castillo y José Luis Escario se reunieron en Lisboa con Fal Conde, Rodezno y otros jefes tradicionalistas, sin llegar a ningún acuerdo. Pero Rodezno, que, a diferencia de Fal Conde, no sentía ninguna lealtad hacia el pretendiente carlista, don Javier, estaba dispuesto a llegar a un entendimiento con la Falange sobre la base de la restauración de la línea alfonsina, es decir, de don Juan de Borbón, cosa que no dejó de comunicar a José Ma Pemán.¹

Franco, informado de los contactos, entendió que el peligro podía llegarle más de las filas falangistas que de las carlistas, más obtusas y disciplinadas, como pudo comprobar el 12 de abril cuando convocó a los jefes carlistas para anunciarles su decisión de unificar las fuerzas políticas nacionales. Aunque la Falange tenía en el frente muchas centurias entrenadas por los alemanes, su verdadera fuerza procedía de su actuación en la retaguardia, a la vez como elemento de represión y como encargada de la ayuda social, donde disponía del tiempo y la ocasión para meterse en maniobras políticas.

Hedilla había sido el jefe provincial de Falange en Santander, pero durante el golpe de estado se encontraba en La Coruña, donde colaboró en el encuadramiento de falangistas para ayudar a la sublevación militar y, posteriormente, para llevar a cabo la represión, que fue una de las más duras de España. Sin embargo, Hedilla advirtió pronto que los asesinatos indiscriminados de los nacionales alejaban a los obreros de la Falange. En enero de 1937 exhortó al partido a que dejara de perseguir a los pobres que «por el hambre o la desesperación» habían votado a la izquierda y declaró a Víctor de la Serna que prefería a los

marxistas arrepentidos «antes que a los derechistas cucos y maleados por la política y el caciquismo». **2** Semejante actitud hizo a Hedilla, y a los veteranos del ala izquierda de Falange, altamente sospechosos a los ojos de la derecha española. Muchos oficiales del ejército nacional consideraban a los viejos falangistas poco menos que «rojos» (sólo uno de ellos, Yagüe, era falangista). En Salamanca, un conde declaró, indignado, a Virginia Cowles que «la mitad de los fascistas no son más que rojos», y que en el norte «muchos de ellos hacen el saludo del Frente Popular y hablan de sus hermanos de Barcelona». **3** En cambio, el ala de los señoritos, con una importante base en Andalucía, era vista mucho más favorablemente por las fuerzas reaccionarias representadas en el movimiento nacional. Esa facción tenía mucho atractivo para las clases medias profesionales que deseaban un estado corporativo libre de cualquier veleidad democrática.

Durante el invierno de 1936 Von Faupel se había dedicado a cultivar la admiración que los «camisas viejas» sentían por los nazis, no porque hubiera recibido instrucciones en tal sentido, sino para apuntarse un tanto ante sus propios jefes. Aunque Von Faupel sabía muy bien que si se producía un choque entre Franco y la Falange, los alemanes, al igual que harían los italianos, tendrían que sacrificar sus simpatías por el partido fascista y apoyar a Franco sin reservas, alentó a Hedilla para que resistiera los embates de los señoritos para apoderarse de la Falange y manifestó imprudentemente a Franco que, para ganar la guerra, era preciso que los nacionales introdujeran elementos de reforma social. Franco toleraba la injerencia de sus aliados en cuestiones militares porque no le quedaba otro remedio, pero no iba a consentir que se inmiscuyeran en el futuro político de España, que había de ser sólo cosa suya. Los días de Von Faupel como embajador de Hitler ante los nacionales estaban contados.

En el marco de las luchas entre facciones de la Falange, en muchos casos alentadas o, por lo menos, controladas y encauzadas por Franco y su incipiente camarilla, se produjo un hecho que a éste le sería de gran utilidad. Durante la noche del 16 de abril de 1937 y la madrugada del 17, los partidarios de Hedilla se apoderaron de las dependencias de Falange en Salamanca en una operación destinada a expulsar a los «legitimistas» encabezados por Sancho Dávila, Agustín Aznar y Rafael Garcerán, que habían ocupado el edificio, y a quienes mandó detener. Al ir a por Sancho Dávila, que vivía en la calle Pérez Pujol, junto a la plaza Mayor, se produjo una batalla campal en el transcurso de la cual murieron dos falangistas. A su vez, Garcerán se lió a tiros con la escolta de Hedilla hasta que llegó la Guardia Civil y puso orden en la refriega deteniendo a los pistoleros.

Al día siguiente, Hedilla se apresuró a convocar al Consejo Nacional para que le eligieran jefe nacional de Falange, cosa que consiguió. El ingenuo falangista se dirigió inmediatamente al palacio episcopal para dar la noticia a Franco y ponerse a sus órdenes. Pero éste, que había dado instrucciones de no interferir en las peleas internas de los falangistas, que debilitaban al partido y le favorecían a él, ya había tomado, hacía muchos días, la decisión de fusionar a falangistas, requetés, monárquicos alfonsinos, militantes de Acción Popular y los restos de otros grupos de la España nacional en un partido unificado bajo su mando. **4** Cuando Hedilla entró en el despacho de Franco, lo encontró rodeado de cables y micrófonos preparados para una retransmisión radiofónica que se produjo aquella misma noche y en la que el Caudillo anunció la fusión de todas las fuerzas políticas nacionales en un partido único. **5**

El partido se llamaría Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (el «tradicionalista» era la única concesión al carlismo), su programa era el de los 26 puntos de José Antonio (se suprimía el 27 que comprometía a la Falange a seguir siendo autónoma), el nuevo uniforme consistía en la camisa azul mahón de los falangistas y la boina roja de los requetés, se adoptó oficialmente el saludo fascista como saludo nacional y se acuñó el eslogan «Por el Imperio hacia Dios». El Caudillo fue proclamado jefe absoluto del

nuevo partido con la prerrogativa de nombrar a la mitad del Consejo Nacional; creó la primera junta política de FET y de las JONS para la que se nombró a seis falangistas y cuatro carlistas a las órdenes de Ramón Serrano Súñer y a fin de año designó a Raimundo Fernández Cuesta -que acababa de ser canjeado por un prisionero republicano- secretario general del partido unificado.⁶ El cerebro gris del nuevo movimiento político fue el cuñado de Franco, Serrano Súñer, abogado de renombre que había sido vicepresidente de la CEDA.

Tras el abortado golpe de estado en Madrid, Serrano Súñer fue detenido y encarcelado en la Modelo, donde fue testigo angustiado de las «sacas» que se hicieron en represalia por las matanzas de Badajoz. Aquella experiencia y, sobre todo, la muerte de sus dos hermanos, «cuya tragedia me sigue torturando y causando profundas depresiones»,⁷ le marcaron para siempre y le convirtieron en uno de los principales motores de la «limpieza» de rojos una vez que logró fugarse -en circunstancias oscuras, que nunca han sido aclaradas del todo- de la Clínica España de Madrid adonde había sido trasladado desde la cárcel Modelo, y llegar a las líneas nacionales en febrero de 1937. El día 20 se presentaba en Salamanca, donde su cuñado le permitió instalarse en unas dependencias del palacio episcopal, «una especie de desván o gallinero» en la descripción de Serrano.⁸ El ex dirigente de la Juventud de Acción Popular, y amigo personal de José Antonio, era un abogado inteligente y ambicioso, dotado de aptitudes políticas y de extensos conocimientos jurídicos que aplicó al «estado campamental» de los militares rebeldes con el fin de «dar una base institucional y jurídica al bando nacional y al poder personal de Franco».⁹

Cuando la gente quiso darse cuenta de lo que significaba el decreto de unificación -un nuevo golpe de estado-, ya era tarde. Cualquiera que hubiese esbozado la más mínima objeción sólo habría conseguido exponerse a la acusación de traidor al glorioso Movimiento nacional. Que fue exactamente lo que le pasó al pobre Hedilla. El 22 de abril, Franco, a quien el nombramiento de Hedilla como jefe nacional de Falange le traía, obviamente, sin cuidado, le ofreció un puesto en la nueva Junta Política de FET y de las JONS, y al día siguiente, éste se enteró por la prensa de la composición de sus miembros, todos ellos pertenecientes a la Falange y al Requeté y hermanados por un denominador común: su fidelidad al Caudillo. Hedilla se negó entonces a integrarse en la Junta y trató, torpemente, de movilizar a sus partidarios. Era el movimiento que esperaba Franco. El 25 de abril ordenó detener a Hedilla, que fue juzgado un mes después y condenado a muerte por «manifiesta actuación de indisciplina y de subversión frente al Mando y el Poder únicos e indiscutibles de la España nacional».¹⁰ Por consejo de Serrano Súñer, Franco conmutó las dos penas de muerte a que había sido condenado Hedilla (una de ellas por los sucesos de Salamanca) por cadena perpetua, aunque finalmente sólo cumplió cuatro años de prisión, que fueron suficientes para borrarle del mapa de la España nacional.

Con el decreto de unificación, y por la propia naturaleza del Movimiento nacional que exigía un mando único y disciplinado, Franco había eliminado a cualquier posible rival político. Como resultado de todo ello, Franco había alcanzado el poder supremo en sólo dos etapas: en septiembre de 1936 y en abril de 1937. En la primera se convirtió en el jefe *de iure*; con la segunda, al suprimir toda oposición potencial, en dictador *defacto*. Ahora estaba preparado no sólo para afrontar una larga guerra, sino también para ir construyendo, pacientemente, su idea de España.

También en la zona republicana, durante el invierno de 1936 y la primavera de 1937, se desató una compleja lucha por el poder entre fuerzas políticas de distinto signo -sobre todo entre comunistas y anarcosindicalistas- y entre los gobiernos central y catalán, una vez quedó claro que la guerra iba a ser larga. Los comunistas habían partido de una militancia muy reducida, pero el control que habían conseguido sobre el nuevo ejército popular y sobre el

material y armamento que la Unión Soviética enviaba a la República los hacía formidables. Su acción militante, encaminada a centralizar el poder político, los había enfrentado sin remedio a uno de los principales componentes de la alianza republicana, los anarquistas, partidarios de consolidar, ante todo, la nueva sociedad revolucionaria que habían tratado de alumbrar desde el 18 de julio. Por otra parte, el gobierno de Valencia se sentía muy incómodo con los demás poderes de la España republicana y, singularmente, con los intentos de la Generalitat de Cataluña de consolidar su poder autónomo por medio de los instrumentos jurídicos y los medios materiales necesarios.

Durante el mes de diciembre de 1936 los organismos dirigentes de la Comintern se habían reunido en diversas ocasiones para analizar el curso de los acontecimientos en España y, obviamente, los progresos del Partido Comunista. Pocos días después, concretamente el 21 de diciembre, Stalin envió una famosa carta a Largo Caballero que también iba firmada por Molotov y Voroshilov. En primer lugar, Stalin subrayaba en ella que había sido el gobierno republicano el que había pedido que le enviaran consejeros soviéticos, y que a los oficiales enviados a España se les habían dado instrucciones de «que siempre debían recordar que, a pesar de la gran solidaridad que ahora existe entre el pueblo español y los pueblos de la URSS, un especialista soviético, que es un extranjero en España, sólo puede ser verdaderamente útil si se mantiene estrictamente dentro de los límites de consejero y sólo de consejero». **11**

Stalin proseguía insistiendo, en la línea de la Comintern, en que la ayuda soviética a la España republicana era para salvaguardar la democracia. Encarecía al gobierno español que siguiera con la política de coalición frentepopular, que favoreciera a los campesinos y que procurara atraerse a las clases medias. En realidad lo que a Stalin le preocupaba era tener perfectamente controlada a la República para evitar cualquier contratiempo en su política exterior, que, de un lado, trataba de no provocar a la Alemania nazi, y, de otro, buscaba el acercamiento a Gran Bretaña y Francia por si las cosas se ponían feas. En tales condiciones, Stalin estaba menos interesado en la causa del comunismo en España que en enmascarar la conexión de la Unión Soviética con la República «e impedir que los enemigos de España vean en ella "una República comunista"».

Dada aquella aparente armonía en lo tocante a la política, la Comintern se volcó en conseguir lo mismo en el terreno militar. La primera prioridad para Dimitrov, Gero y los demás era conseguir un ejército popular disciplinado, bien armado y dotado de un mando único, para lo que consideraban imprescindible adaptar las industrias a las necesidades de la guerra y conseguir la unidad de acción de todas las fuerzas obreras y democráticas. Codovilla debía encargarse de convencer a Largo Caballero de lo importante que era llevar adelante el programa aprobado, para lo cual se le ordenó que cambiara de táctica y recondujera sus relaciones -hasta entonces pésimas- con el líder socialista, cortejándole y tratando de hacerle olvidar su resentimiento contra los comunistas por haberse hecho con el control de la Juventud Socialista Unificada. Pero la caída de Málaga y la llegada a España del búlgaro Stoyán Minéevich («Stepánov»), agente de la Comintern, dio al traste con la estrategia de acercamiento. El 17 de marzo, Stepánov envió un informe a «la Casa» diciendo que el responsable último de la caída de Málaga era Largo Caballero por su connivencia con los militares traidores. La Comintern convenció a Stalin de que era necesario expulsar a Largo Caballero del Ministerio de la Guerra y, en consecuencia, aconsejó al PCE que hiciera todo lo necesario para que «Spaak [Largo Caballero] quede solamente como presidente del gobierno». **12**

La táctica comunista consistía en bloquear a los ministros el control sobre el ejército popular. Los comunistas consideraban que ese proceder era esencial tanto para ganar la

guerra como para incrementar su propio poder. Los comunistas habían creado el 5.º Regimiento como modelo de lo que tendría que ser el ejército popular de la República. Pero, desde el primer momento, los anarquistas se habían negado a imitar la estructura del 5.º Regimiento y habían advertido claramente que el más mínimo intento de imponerles oficiales no anarquistas sería combatido por la fuerza.

Ante la imposibilidad de entenderse con los anarcosindicalistas, los comunistas trataron, entonces, de apoderarse de los resortes fundamentales del mando militar y lo primero que hicieron fue acercarse a los oficiales de carrera, a quienes gustaba la férrea disciplina del Partido Comunista, para tratar de levantar un ejército en toda regla. Trataban de captar a los más ambiciosos presentándose como expertos en los tejemanejes del poder afirmando que, como buenos seguidores de Lenin, eran partidarios de un Estado fuerte y centralizado y que comprendían mejor que nadie los mecanismos de la burocracia. Stalin había demostrado ya lo que podía conseguirse con sólo colocar a los hombres adecuados en los puestos clave. Así lograron colocar al teniente coronel Antonio Cerdán en la Secretaría Técnica del Ministerio de la Guerra, desde donde podía controlar la paga, la disciplina, los suministros y el personal. Consecuentemente, se deshicieron del teniente coronel Segismundo Casado, jefe de operaciones del Estado Mayor general, que denunciaba el favoritismo de los comunistas con el 5.º Regimiento, y lo sustituyeron por un simpatizante de su partido.

Un informe a Moscú de marzo de 1937 revela que 27 de los 38 puestos de mando clave en el frente del Centro estaban en manos comunistas, y otros tres en las de sus simpatizantes. No es sorprendente, pues, que otro informe posterior a Moscú sostuviera que «ahora, el partido tiene la hegemonía en el ejército, y esta hegemonía crece y se consolida cada día más y más, tanto en el frente como en las unidades de retaguardia». **13**

Lo mismo trataron de hacer con el general Asensio Torrado, al que calificaban de «general de las derrotas» y al que acusaban de incompetencia y de traición. El ataque en toda regla que lanzaron contra él lo protagonizó en su fase más álgida el mismísimo embajador soviético. Desde enero de 1937, Rosenberg había estado comportándose como «un virrey ruso en España», importunando constantemente a Largo Caballero con lo que tenía y lo que no tenía que hacer, a quién debía promover y a quién debía postergar, al extremo de que un día el viejo sindicalista le echó de su despacho con cajas destempladas. No deja de ser irónico que, mientras los comunistas pedían la cabeza de Asensio, Rosenberg fuera llamado a Moscú el 21 de febrero, donde poco después sería ejecutado en una de las purgas estalinistas. Por su parte, los asesores soviéticos, lejos de comportarse del modo que Stalin había dicho en su carta, se encaraban con los oficiales españoles que ponían objeciones a sus planes diciéndoles que se preguntaran, antes de poner pegas, si querían seguir recibiendo la ayuda de la Unión Soviética.

Después de que el periódico *Adelante* publicara un artículo el 30 de abril de 1937 que «contenía ataques provocadores contra la Unión Soviética y sus líderes», Voroshilov ordenó a Stern en un telegrama cifrado: «Ve a ver a Largo Caballero personalmente, y en respuesta a su petición de que le enviemos nuestros pilotos, etc., a España, dile que dada esta actitud desleal, no sólo no podemos enviarle ni uno más de nuestros hombres, sino que tendremos que retirar los que ahora están en España, a menos que él condene ese provocativo artículo de *Adelante* y castigue a los culpables de su publicación, y a menos que se disculpe ante nosotros». **14**

Otro elemento de discordia entre el presidente del Consejo y los comunistas fue la decisión de Largo Caballero de poner coto al control que aquéllos tenían sobre las tropas republicanas a través de los comisarios políticos nombrados por Álvarez del Vayo. El 17 de abril, el jefe del Gobierno promulgó un decreto con el que ponía directamente bajo su mando a los comisarios,

fijaba que él era la única autoridad para nombrarlos y daba de plazo hasta el 15 de mayo para que los comisarios actuantes convalidaran su nombramiento.**15** Por esa época Largo Caballero ya era perfectamente consciente de que su amigo, el ministro de Estado, Álvarez del Vayo, era un simpatizante de los comunistas y les había hecho el caldo gordo nombrando comisarios a quienes éstos le recomendaban. Ante la decisión de Largo Caballero, la prensa comunista no tardó en poner el grito en el cielo: «¿Quién puede sentirse enemigo de este cuerpo de héroes? ¿Quién puede manifestarse incompatible con los forjadores del Ejército popular? Los enemigos declarados del pueblo ... Nuestros comisarios de guerra son el orgullo de nuestro Ejército. ¡Tenemos que defenderlos como a las niñas de nuestros ojos!». **16** El que había llegado a ser «Lenin español» era ahora, siquiera fuese por alusiones, un enemigo del pueblo. Los puentes estaban rotos y ya nadie iba a poder evitar el choque final del que saldrían provisionalmente victoriosos los comunistas.

Largo Caballero fracasó en sus intentos de impedir las campañas de reclutamiento de los comunistas en los servicios armados. Un oficial soviético informó a Moscú de que «dado que Largo Caballero ha prohibido el trabajo del partido en las unidades, hemos dicho a nuestros amigos que lleven a cabo su tarea bajo capa de actividades creativas amateurs. Por ejemplo, organizamos una cena la víspera de la celebración [del 1.º de Mayo] a la que se invitaron a representantes del comité antifascista, así como también a los del comité del partido, al equipo de redacción de *Mundo Obrero*, y a los mejores comandantes de otras unidades de "amigos" (Líster y otros)». **17**

Además de tratar de hacerse con el control del ejército, los comunistas cortejaron a los guardias de Asalto y otras fuerzas paramilitares y organizaron una escuela de policía en Madrid para sus militantes y simpatizantes. Sin embargo, la academia cayó en seguida en manos de Orlov del NKVD, que consintieron la entrada indiscriminada de gentes que difícilmente podían ser calificadas de «antifascistas» y a las que, sin embargo, se les dio el carnet del partido. Los rusos hicieron de la escuela de policía un arma temible ante la cual el mismo Wenceslao Carrillo, director general de Seguridad, era impotente.

Con mucha frecuencia, la policía de los comunistas, alimentada por la paranoia de Orlov, detenía e interrogaba a militantes de las demás fuerzas políticas con acusaciones que no se tenían en pie. Así, poco después de la batalla de Brihuega, Antonio Verardini, jefe de Estado Mayor de la 14 División de Mera, fue detenido en Madrid y acusado de espionaje y traición. Tan pronto como se enteró Mera, marchó a la capital junto con Sanz, comandante de la 70 Brigada Confederal, y un camión lleno de milicianos armados hasta los dientes. Fue a ver a Miaja y le dijo que si los comunistas no ponían inmediatamente en libertad a Verardini, él mismo lo liberaría con sus hombres. Ni que decir tiene que Verardini fue puesto en libertad de inmediato. Aún volvería Mera a Madrid en otra acción similar para liberar a la comandante miliciana Mika Etxebehere, que había sido detenida por «desafecta a la República».

Durante aquella primavera de 1937, la policía comunista y los milicianos anarquistas se enzarzaron en Madrid en una lucha sucia que reproducía, de algún modo, el trágico ambiente de la primavera anterior. El escándalo mayor lo desencadenó la CNT al hacer públicas las acusaciones del delegado de Prisiones Melchor Rodríguez, que había conseguido poner fin a las «sacas» de noviembre. En su informe Melchor Rodríguez revelaba quejoso Cazorla, consejero comunista de Orden Público, había establecido cárceles secretas a las que se llevaban a detenidos socialistas, anarquistas, republicanos -y a muchos acusados que los tribunales populares habían puesto en libertad- para ser torturados o ejecutados como espías o traidores. **18** Largo Caballero aprovechó la denuncia para disolver, el 22 de abril, la Junta de Defensa dirigida por Miaja y controlada por los comunistas y restablecer, así, sobre la capital, el control del orden público desde el gobierno de Valencia. Sin embargo, no era mucho más lo

que podía hacer para controlar los desmanes de los hombres del NKVD, conocido en Rusia como «la espada desenvainada de la Revolución».

El jefe del Gobierno era consciente de que, por un lado, no podía revelar la peligrosa extensión del poder comunista sin confirmar los prejuicios británicos, y, por otro, cada vez contaba con menos aliados de los que pudiera fiarse. Los socialistas moderados, como Prieto y Negrín, estudiaban una fusión del PSOE con el PCE y estaban de acuerdo con los postulados comunistas de poner coto a la fragmentación del poder republicano para poder ganar la guerra, pero Largo Caballero se negó siempre a dar semejante paso.**19**

Los republicanos liberales de la Unión Republicana de Martínez Barrio y de Izquierda Republicana de Manuel Azaña seguían una trayectoria parecida a la de los socialistas moderados porque les irritaba profundamente ver cómo se sacrificaba la centralización militar a los «separatismos» vasco y catalán y cómo se consentía la autogestión revolucionaria de los anarquistas. Ante la falta de apoyo de liberales y socialdemócratas, a Largo Caballero sólo le quedaban los cuatro ministros de la CNT-FAI como aliados objetivos ante los comunistas. Así que reclamó su apoyo para impedir que éstos se hicieran con el control del ejército.

La pugna entre los comunistas y los socialistas moderados, por un lado, y los caballeristas, los anarcosindicalistas y los poumistas, por otro, estaba alcanzando cotas peligrosas no sólo en las cuestiones organizativas de la estructura militar de la República, sino también en el Gobierno, la retaguardia y en la misma línea de fuego. Aún quedaban anarquistas convencidos de que a Durruti lo habían matado los comunistas, y si se producía entre ellos alguna baja por «fuego amigo» procedente de la artillería o la aviación controlada por los comunistas, creían que había sido hecho a posta. Esa sensación se exacerbaba cuando no les llegaban a tiempo los carros de combate, los cañones o los aparatos de aviación que les habían sido prometidos, aunque eso también les ocurriera corregido y aumentado a las unidades comunistas. Cuando se ordenaba atacar en campo abierto sobre una zona batida por el fuego de ametralladoras enemigo, muchos anarquistas se preguntaban si el oficial que había dado la orden era comunista, sin considerar que las formaciones comunistas y, sobre todo, las Brigadas Internacionales sufrían en sus carnes con mucha mayor frecuencia la inútil carnicería que provocaban ataques insensatos.

Los anarquistas advertían que el sacrificio de sus principios al entrar a formar parte de un gobierno burgués no había comportado las ventajas que podía aportarles, a cambio, su presencia en los órganos de poder del Estado para defender sus postulados e impedir que otros -los burgueses y los comunistas- llevaran a cabo sus objetivos propios. No habían tomado parte en ninguna decisión importante en cuestiones militares; tenían que allanarse a una política agraria que pisoteaba sus principios; las coerciones de los gobiernos autónomos del País Vasco y de Cataluña les impedían llevar a cabo su política industrial. En contraste, habían cedido a la militarización de sus milicias, habían tolerado la sustitución de los comités revolucionarios por consejos municipales y tenían que asistir, impotentes, al boicot financiero que sufrían sus colectividades y que llevaba a cabo el propio Gobierno del que formaban parte.

En semejantes condiciones, muchos anarquistas comenzaron a plantearse seriamente si tenía sentido seguir participando en el gobierno central y cuáles eran las ventajas de hacerlo. Durante el otoño anterior, los dirigentes anarquistas se habían negado a formar parte del Gobierno porque «un estado obrero señala el principio de una nueva esclavitud política». Luego, en noviembre, decidieron aceptar la entrada en el gobierno de Largo Caballero porque no podían oponerse al concepto de Estado en unos momentos de extremo peligro, pero, como les recordó el veterano anarquista francés Sébastien Faure, aceptar el Estado por una necesidad temporal no podía convertirse en un principio válido para siempre.

Inevitablemente, en el seno de la CNT surgieron graves diferencias que pusieron de relieve no sólo la incapacidad de sus dirigentes para defender su ansiada revolución desde el Gobierno, sino también la ausencia de discusión interna, la estructura jerarquizada de la confederación y la ruptura de las líneas de comunicación entre la dirección y su base sindical, que estaba muy lejos de ser monolítica. El fraccionamiento interno se hizo evidente, sobre todo, con la cuestión de la militarización de las columnas. El periódico *Línea de fuego*, órgano de la Columna de Hierro, criticaba duramente a los dirigentes de la CNT afirmando que lo único que se había conseguido al entrar en el Gobierno era que el Estado recibiera el aval anarquista para su actuación antirrevolucionaria. La Columna de Hierro se negaba de plano a la militarización por entender que «era un acto contrarrevolucionario para volver a someter a todo un pueblo a la esclavitud». Constituida, en parte, con presos de derecho común liberados del penal de San Miguel de los Reyes, sus casi 3.000 hombres lucharon en el frente de Teruel durante los primeros siete meses de la guerra. Ante los decretos de militarización y la amenaza de no recibir la paga si no se constituía en brigada mixta, la columna abandonó el frente «para hacer la revolución en Valencia», donde se dedicó a acciones de bandidaje que tuvo que reprimir el ejército regular. Pero hasta los asesores soviéticos admitieron que el comportamiento de la Columna de Hierro era una excepción a la regla anarquista.

Otro grupo radical, surgido de los restos de la columna Durruti, fundó una sección de combate propia, «Los Amigos de Durruti», dirigida por el ex católico y ex separatista Jaime Balius. A partir de marzo, Los Amigos de Durruti denunciaron en sus folletos y comunicados que se estaba llevando a cabo una «contrarrevolución estalinista» y criticaron el «colaboracionismo» de la CNT y su ausencia de «teoría revolucionaria» reivindicando para ellos la esencia misma del espíritu libertario y de la combatividad revolucionaria: «Nosotros somos los del 19 de julio». En su programa propugnaban un gobierno constituido exclusivamente por miembros de la CNT y de la UGT, la socialización de la economía, el control del ejército por los obreros, la disolución de los cuerpos policiales, la afirmación del orden revolucionario y la movilización total como garantía de la igualdad de condiciones sociales en la retaguardia. Todo ello condujo a un proceso de desmoralización y confusión en las filas anarquistas que se vio acompañado por un declive de su fuerza y, en consecuencia, de su influencia.

Con todo, lo que causaba mayor irritación y pesar entre las filas anarquistas era la ocasión perdida en Barcelona de implantar el comunismo libertario. ¿Por qué razón -reflexionaban- no se habían hecho con el control total de Cataluña cuando Companys la puso en sus manos en julio del 36? Los que regresaban a Barcelona tras meses de ausencia advertían el cambio que la ciudad había experimentado.

Tras la batalla del Jarama, que acabará en tablas, los republicanos se enfrentarán a los italianos del CTV en Guadalajara. La batalla de Brihuega, en marzo de 1937, será una de las pocas que gane la República. En la fotografía superior, las tropas republicanas proclaman, jubilosas, su victoria. En la inferior, prisioneros italianos capturados tras la batalla. La batalla de Belchite fue terrible por la crudeza del combate y el calor aragonés, y duró desde el 28 de agosto hasta el 5 de septiembre. *Arriba*: servidores de una ametralladora republicana. *Abajo*: tropas nacionales reconquistan Belchite.

La camaradería y la ilusión habían desaparecido, los night clubs y los restaurantes caros, que se abastecían del mercado negro, habían vuelto a abrir sus puertas que, justamente, cerraban cuando los obreros barceloneses formaban la cola del pan a las cuatro de la mañana, en medio de las protestas por la creciente escasez de alimentos. Pero lo más grave

era que estaban perdiendo el control de las empresas colectivizadas durante las primeras semanas de la sublevación militar. Sus intentos de socialización no sólo se habían estrellado contra la resistencia del PSUC, la Esquerra o los Rabassaires, sino que también la UGT, con la que habían intentado llegar a la unidad de acción sindical, estaba en contra. La militancia anarcosindicalista corría el riesgo de ser desplazada de las bases económicas y, por lo tanto, de perder su influencia sobre la clase obrera.**20** Por otra parte, tenían que defender con uñas y dientes sus colectividades en el campo amenazadas constantemente por la pinza que formaban, de un lado, los pequeños y medianos propietarios representados en el gobierno catalán y, de otro, el gobierno central, que trataba de asfixiarlas financieramente. El PSUC había aprovechado la irracional distribución de alimentos para desencadenar una campaña contra los comités de abastos de la CNT y contra la situación económica en general «tras cinco meses de fiesta revolucionaria». En opinión de su secretario general, Joan Comorera, era imprescindible reanudar la recaudación de impuestos, regular los abastecimientos, especialmente en los artículos de primera necesidad, y acabar con los comités de barrio anarquistas.**21** La CNT arremetió inmediatamente contra estas declaraciones, pero las colas en la ciudad ponían de relieve que la escasez no era una invención de la propaganda comunista. Con el nombramiento del nuevo gobierno «fuerte» de Companys, en diciembre, la prensa comunista empezó a pedir la disolución de todos los comités obreros y la concentración de las facultades económicas, políticas y militares en manos del Gobierno. Joan Comorera, que había pasado a Abastos, suprimió los comités y privatizó el comercio del pan desencadenando una furibunda reacción del ex *conseller* de Abastos, el cenetista Josep J. Doménech, que denunció la especulación y el acaparamiento que siguió a la gestión de Comorera.**22** Lo cierto es que las colas del pan no sólo no habían menguado, sino que, cuando se producían disturbios, éstos eran reprimidos sin contemplaciones por los guardias de Asalto a caballo. En febrero empezó el racionamiento que, aunque aprobado desde hacía meses, no había sido aplicado nunca.**23** La UGT catalana y los Rabassaires, que apoyaban al PSUC, respaldaron las medidas tomadas por la Generalitat y denunciaron las colectividades agrícolas de la CNT por su falta de productividad y su desorganización. El 23 de enero, cuando un grupo de anarquistas trataba de llevar a cabo una colectivización en La Fatarella, los pequeños propietarios se les enfrentaron desencadenando unos disturbios que costaron la vida a varios campesinos por la intervención de guardias de Asalto, por una parte, y de patrullas obreras de la CNT, por otra, llegadas de Barcelona.**24**

La Generalitat, sintiéndose con la fuerza suficiente para enfrentarse a los anarquistas, aprovechó los sucesos para aprobar un decreto, el 4 de marzo, por el que quedaban disueltas las patrullas de control y la Junta de Seguridad dominada por la FAI, mientras que fusionaba en un cuerpo único de seguridad a guardias de Asalto y Guardia Nacional Republicana bajo el mando del *conseller* de Seguridad Interior Artemi Aiguader. El decreto imponía, además, la recogida de armas y la disolución de los consejos obreros y campesinos de la CNT. Pese a que el *conseller* de Defensa era un cenetista, los libertarios seguían poniendo todo tipo de trabas a la militarización, por ejemplo resistiéndose a llamar a las quintas del 32 al 36 que había decidido el gobierno catalán. Acorralado, el *conseller* anarquista Francisco Isgleas no tuvo más remedio que fijar, el 18 de marzo, la fecha del llamamiento a filas de aquellos reemplazos. Una semana después dimitían todos los *consellers* anarquistas, aunque ya el 3 de abril Isgleas y Doménech volvieron al Gobierno y el 16 entraron en él otros dos representantes de la CNT, en un vaivén característico de la actuación libertaria, siempre desgarrada entre la realidad y el deseo, durante toda la guerra.**25**

En un discurso pronunciado ante el pleno del comité central ampliado del PCE en Valencia, que se celebró entre el 5 y 8 de marzo, Joan Comorera remachaba el clavo: «Cataluña aún no

ha dado de sí todo lo que podía en la guerra porque ha estado aprisionada por el eslogan "La Revolución es lo primero" ... [Han transcurrido] siete meses de errores graves, de aventuras y de ensayos lamentables y peligrosos». Refiriéndose al período de fuerte depresión de la economía catalana que había coincidido con la pérdida de Málaga, añadió: «El mismo día de la tragedia malagueña, cuando tantos trabajadores caían fusilados por los mercenarios de Franco, en Barcelona todo el mundo, Gobierno, prensa, orden público, organizaciones sindicales y políticas, estaba preocupado en resolver un problema que nada tenía que ver con la guerra. Caía Málaga y en Barcelona se discutía la colectivización de las vacas». **26** Un mes más tarde, el PSUC y la UGT dieron a conocer públicamente su «plan de victoria» para Cataluña que consistía en insertar el ejército regular catalán en el de la República, crear nuevas divisiones llamando a las quintas comprendidas entre 1932 y 1936, nacionalizar las industrias de guerra, militarizar el transporte y concentrar todas las armas en manos del Gobierno. **27** La CNT ya no estaba en condiciones de soportar más derrotas por parte de sus compañeros de gobierno: «Ya hemos hecho demasiadas concesiones y ha llegado el momento de cerrar la espita», manifestaba *Solidaridad Obrera* el 8 de abril. Andreu Nin, el dirigente del POUM, exultante ante el «hasta aquí hemos llegado» de la CNT, vio que podía establecer con los anarquistas la alianza que hasta entonces le había sido esquiva y se lanzó a combatir «a la contrarrevolución». **28** Se estaban definiendo los campos que iban a protagonizar los llamados «hechos de mayo». **29**

El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) se había constituido, en octubre de 1935, a partir del Bloc Obrer i Camperol, de Joaquim Maurín, y de la exigua Izquierda Comunista, de Andreu Nin. No procedía de una sola tradición y, por tanto, no podía ser calificado de «trotskista» como hacía machaconamente la propaganda estalinista. La Comintern había establecido la ecuación trotskismo = fascismo, que sólo podía despejarse a través de una lógica de exterminio del POUM: «Es preciso orientarse hacia la liquidación política de los trotskistas como contrarrevolucionarios, agentes de la Gestapo». En realidad, sólo eran trotskistas -y eso al principio y por influencia personal de Nin, que había sido colaborador de Trotsky durante su estancia en Moscú- los pocos que procedían de Izquierda Comunista. Más tarde, ni éstos, porque la IV Internacional repudiaría repetidamente al POUM por haber colaborado en las elecciones del Frente Popular, y el propio Trotsky escribiría contra su antiguo amigo. **30**

Cuando los militares se sublevaron, Joaquim Maurín se encontraba en Galicia, de donde consiguió huir, aunque fue detenido por los facciosos, liberado (con toda probabilidad por ignorancia de quién era en realidad) y nuevamente vuelto a detener, con lo que quedó al margen de las decisiones del partido, que recayeron desde entonces en Nin, partidario acérrimo de llevar a cabo en España la revolución bolchevique: «Sólo la clase obrera puede resolver los problemas que tiene planteados la Revolución española, sólo la instauración de la dictadura del proletariado puede significar el coronamiento del proceso revolucionario por que atraviesa nuestro país». **31**

Para Nin todo lo que no era revolucionario y bolchevique era reaccionario; por eso despreciaba las instituciones republicanas y por eso convocaba a la CNT-FAI a instaurar una democracia obrera. «Es preciso que la clase obrera recobre la confianza en sí misma, rompa las amarras que la atan a la democracia burguesa y emprenda resueltamente el camino de la conquista del poder.» **32** Más que despreciar a las instituciones republicanas por su reformismo, el POUM había llegado a imaginar que el gobierno del Frente Popular estaba tramando un pacto con los sublevados (Gorkin diría que tenía «la certidumbre moral» de ello), y desde su propia lógica paranoica lo único que podía hacer era cargar contra los comunistas

ortodoxos, de quienes, además, no podía esperar otra cosa que no fuera una «purga» similar a las que se estaban llevando a cabo en la Unión Soviética.**33**

22. La guerra civil dentro de la guerra civil

La evolución política del PCE y del PSUC durante la guerra civil no puede comprenderse bien sin entender el enorme condicionamiento a que les sometía el estalinismo. Por eso el PSUC, esclavo de la lógica paranoica de la Comintern, había exigido el 24 de noviembre la desaparición del POUM del gobierno catalán, donde estaba representado por Andreu Nin como *conseller* de Justicia, argumentando que no se podían tolerar por más tiempo las constantes acusaciones de «contrarrevolucionario» que los poumistas hacían al gobierno catalán, ni tampoco los ataques contra las purgas de Stalin que se estaban llevando a cabo en la URSS y que *La Batalla* no dejaba de denunciar, porque podían enajenar la ayuda de la Unión Soviética a la República española. Companys, que deseaba contar con un gobierno fuerte, que impusiera de una vez su autoridad, abrió la crisis el día 12 de diciembre y el 16 se formó el nuevo gobierno de la Generalitat, del que desapareció Nin y fue sustituido por el comunista Rafael Vidiella. La CNT, que estaba a la defensiva ante los ataques de Comorera contra sus comités de defensa y la Junta de Seguridad, se allanó a la remoción de Nin y consiguió cuatro *consellers* en el nuevo gobierno (uno mas que en septiembre).**1**

Hacia finales de abril una serie de acontecimientos encadenados hizo estallar la tensión tanto tiempo acumulada. El día 24 el comisario de Orden Público Eusebi Rodríguez Salas («el Manco»), ex anarquista y ex poumista, ahora militante del PSUC, sufrió un atentado del que salió ileso, pero al día siguiente el destacado dirigente de la UGT Roldan Cortada fue asesinado en Molins de Rei. El PSUC organizó un entierro multitudinario que se convirtió en una protesta contra la CNT y que el POUM se apresuró a tildar de «manifestación contrarrevolucionaria».**2**

Rodríguez Salas desencadenó una *razzia* en el bastión anarquista de Hospitalet de Llobregat en busca de los asesinos de Cortada. Los carabineros enviados por el gobierno de la República para hacerse cargo del control de la frontera francesa, que hasta entonces estaba en manos de los milicianos, chocaron con los militantes anarquistas en Bellver de Cerdanya y mataron a Antonio Martín («el Cojo de Málaga»), presidente del comité revolucionario de Puigcerdá.**3** El 29 de abril grupos de la CNT-FAI recorrían Barcelona armados con fusiles y bombas de mano. La Generalitat, con el acuerdo de la CNT y de la UGT, canceló las celebraciones del 1.º de Mayo por temor a que estallara el conflicto. El 2 de mayo *Solidaridad Obrera* pidió a los trabajadores que no se dejaran desarmar bajo ningún concepto. «Las nubes de tormenta se cernían, cada vez más amenazadoras, sobre Barcelona.»**4**

El lunes, 3 de mayo, el gobierno de la Generalitat, lanzado a la dinámica de recuperar todas las parcelas de poder que había ido perdiendo desde el 19 de julio de 1936, decidió hacerse con el control del edificio de la Telefónica en la plaza de Cataluña. Aunque la central estaba dirigida por un comité mixto de la CNT y la UGT al que asistía nominalmente un delegado del gobierno catalán, los anarquistas la consideraban, desde que se habían apoderado del edificio el 19 de julio, una *chassegardée* que, entre otras cosas, les permitía controlar todas las comunicaciones telefónicas que entraban y salían de Barcelona. Ni Azaña ni Companys podían hablar sin ser escuchados.**5** Abad de Santillán defendería más tarde el derecho de los anarquistas a intervenir las llamadas telefónicas de las personas «que conspiraban para reducir los derechos del pueblo».**6**

A las tres de la tarde, siguiendo instrucciones del *conseller* de Seguridad Interior, Artemi Aiguader, que no es creíble que actuara por su cuenta, el comisario de Orden Público Rodríguez Salas llega al edificio de la Telefónica con tres camiones de guardias de Asalto debidamente armados. Sorprenden a los centinelas y los desarman pero, cuando se precipitan al interior del edificio, les para en seco una ráfaga de ametralladora que les llega desde un piso superior. Los anarquistas hacen disparos de alerta desde las ventanas y en pocos

minutos las noticias del incidente recorren los barrios obreros de la ciudad. Dionisio Eróles, dirigente de las patrullas de control, se presenta en la Telefónica para convencer a los guardias -infructuosamente- de que abandonen el edificio sitiado. En cuestión de horas comienzan a arrancarse adoquines en Las Ramblas, el Paralelo, la Ciutat Vella, la Vía Layetana y también en los barrios periféricos de Sants y Sant Andreu. Las tiendas empiezan a cerrar; los tranvías dejan de circular. Las fuerzas gubernamentales, el PSUC, la Juventud Socialista Unificada, la UGT y algunas gentes de Estat Català, por un lado, y los comités de defensa confederal, las patrullas de control, las Juventudes Libertarias, el POUM, las Juventudes Comunistas Ibéricas (organización juvenil del POUM) y Los Amigos de Durruti, por otro, se van a enfrentar en las calles.

Los dirigentes de la CNT acuden al palacio de la Generalitat para entrevistarse con Companys y el primer *conseller*, Josep Tarradellas, a quienes piden la dimisión inmediata de Aiguader y Salas con el fin de calmar los ánimos, pero tras una maratónica reunión, que acaba de madrugada, las negociaciones llegan a un punto muerto. Mientras tanto, el comité regional de la CNT ya ha declarado la huelga general para el día siguiente.

La red de barricadas que se levanta en Barcelona el martes, día 4, recuerda a muchos los días de la Semana Trágica de 1909; a todos, el escenario del mes de julio anterior. Grupos de obreros reparten armas tras los parapetos mientras otros se afanan en preparar los edificios para la defensa; vehículos con los consabidos anagramas recorren las calles a toda velocidad para guarecerse de los disparos de los francotiradores; las ambulancias, con grandes cruces rojas, empiezan a evacuar a los primeros heridos; hasta los dirigentes de la CNT han sacado a las calles las viejas camionetas con blindaje casero del mes de julio anterior. Se lucha en el Paralelo, en el paseo de Colón, en el Pía de Palau, junto al parque de la Ciudadela, en el Born, en las estaciones de Francia y del Norte, en torno al edificio de la Generalitat... Desde los hoteles Colón y Victoria los guardias disparan contra la Telefónica. Las fuerzas del gobierno y del PSUC ocupan tan sólo algunas zonas del centro, mientras que los anarcosindicalistas y sus aliados controlan la mayor parte de la ciudad, así como los pesados cañones de Montjuic.

Cuando los guardias de Asalto tratan de tomar un edificio, les recibe una rociada de balas. Por toda la ciudad resuenan los ecos de los disparos intermitentes sobre los tejados o desde los balcones repletos de sacos terreros. La ciudad es un mar de rumores y confusión. «De vez en cuando -dice Orwell- las ráfagas de fusilería y de ametralladoras se confundían con la explosión de las granadas. Y a largos intervalos oíamos explosiones tremendas que, en aquellos momentos, no me sabía explicar; sonaban como proyectiles aéreos, pero era imposible porque no se veían aviones. Más tarde me dijeron -y quizás era cierto- que agentes provocadores hacían estallar grandes cantidades de explosivos con el fin de aumentar el ruido y el pánico.»⁷

A media tarde llegan a Barcelona Juan García Oliver y Mariano R. Vázquez («Marianet»), secretario nacional de la CNT, con Carlos Hernández Zancajo y Mariano Muñoz Sánchez, dirigentes de la UGT, enviados por el gobierno de Valencia para tratar de hallar una salida a la gravísima situación que está poniendo a la República en la picota de toda la prensa conservadora europea. Se reúnen en seguida con el gobierno de la Generalitat, que, por defender el principio de autoridad, sigue oponiéndose a la dimisión de Aiguader y Rodríguez Salas. Companys les dice que ante el cariz que han tomado los acontecimientos no ve otra opción más que pedir a Valencia que tome cartas en el asunto, pese a que ello supone devolver el control del orden público al gobierno central y, seguramente, el fin de la Conselleria de Defensa que había constituido la Generalitat saltándose el Estatuto. Los dirigentes anarquistas hacen un llamamiento por radio pidiendo el alto el fuego ⁸ mientras Abad de Santillán parlamenta con las patrullas de control. Aquella misma tarde, reunido el

Consejo de ministros en Valencia, se decide nombrar delegado del Gobierno en Cataluña al coronel Escobar (que no podrá tomar posesión de su cargo al resultar gravemente herido) y se nombra jefe de la Cuarta División Orgánica al general Sebastián Pozas, con mando sobre todo el frente de Aragón.

La Humanitat, el periódico de Esquerra, afirmaba ese mismo día que «el gobierno ... se dispone a operar sobre el cuerpo vivo del país y a eliminar todas las llagas peligrosas. Que persista el gobierno en su tarea. Que persista porque tras él... está toda Cataluña». *La Batalla*, el periódico del POUM, sostenía que el mejor modo de defenderse era atacar: «Es preciso exigir y obtener la anulación de los decretos de orden público adoptados por la reacción y el reformismo ... Es preciso que la clase trabajadora, manteniéndose en actitud de movilización y de ofensiva, imponga la formación del Frente Obrero Revolucionario y proceda a la inmediata organización de los Comités de Defensa de la Revolución».

El miércoles, día 5, tiene lugar una nueva reunión de los dirigentes anarquistas con Companys y se llega a una solución de compromiso en virtud de la cual se forma un nuevo gobierno del que se excluye a Aiguader. Pero la tensión en las calles no decrece. Aquel mismo día, a la una de la tarde, es asesinado el secretario general de la UGT de Cataluña, Antonio Sesé, que se dirige en su coche a la Generalitat para tomar posesión de su nuevo cargo de *conseller* de Defensa. Más tarde aparecen los cadáveres de los anarquistas italianos Camillo Berneri, que había sido profesor de filosofía en Florencia hasta la ascensión de Mussolini y era redactor del periódico anarquista *Guerra di classe*,⁹ y de Franco Barbieri, así como el de Francisco Ferrer, nieto del pedagogo del mismo nombre fusilado en Montjuic por los hechos de la Semana Trágica, y Domingo Ascaso, hermano del héroe anarquista que había perecido el verano anterior en el asalto al cuartel de Atarazanas. Las clases medias y altas de Barcelona, ajenas a la batalla, hartas de disturbios y de tiros, sólo quieren que la situación termine de una vez y que se imponga la autoridad. Azaña, que vive en el palacio del Parlamento catalán y conoce bien a la mesocracia catalana, escribe: «La gente común, el vecindario pacífico [suspira] por un general que mande, y se lleve la autonomía, el orden público, la FAI, en el mismo escobazo».¹⁰

El gobierno central recurre a Federica Montseny y la envía a Barcelona para que haga un llamamiento por radio exhortando a sus correligionarios a que abandonen las armas: «Se arrancó diciendo que llevaba la representación del Gobierno y de la CNT y rogaba que *depusiesen su actitud [sic]* los rebeldes y los camaradas guardias, que se repararían los agravios, etc.», nos cuenta, mitad divertido mitad irritado, Azaña.¹¹ Los libertarios no «deponen su actitud» y Federica Montseny tiene que rendirse a la evidencia de que hay que restablecer el orden por la fuerza. «Fueron aquéllos los días más terribles y amargos de mi vida», dirá muchos años después.¹² A Largo Caballero la situación tampoco le es propicia. Necesita a la CNT pero los hechos de Barcelona han proporcionado a los comunistas munición de gran calibre. No tiene más remedio que enviar a la capital catalana, por tierra y por mar, guardias de Asalto, de Seguridad y carabineros para poner orden. Como los disturbios se han contagiado a Tarragona, Tortosa y Amposta, la columna de 1.500 guardias de Asalto que ha sido retirada del frente del Jarama se encargará, camino de la Ciudad Condal, de restablecer la tranquilidad.

Ese mismo día, un grupo de unos 1.500 a 2.000 miembros de la columna Roja y Negra, de la 127 Brigada, de la 28 División y de la Lenin del POUM, abandonan el frente para dirigirse a Barcelona, pero son contenidos en Binéfar por fuerzas de aviación al mando del teniente coronel Reyes. A todos se les convence al final para que vuelvan a sus puestos, cosa que harán, no sin antes descargar su furia contra Barbastro y otros pueblos aragoneses.¹³

Mientras tanto, también han llegado a Barcelona los destructores *Lepanto* y *Sánchez Earcáiztegui* con fuerzas de marina para tratar de evacuar al presidente Azaña, quien se halla aislado en el edificio del Parlamento catalán y tiene que asistir, entre enojado y temeroso, no sólo a los disturbios, sino a la imposibilidad de ejercer su función institucional de jefe del Estado, que le llevará a amenazar veladamente con presentar la dimisión al presidente de las Cortes.**14** Hidalgo de Cisneros, con dos escuadrillas de cazas y dos bombarderos, vuela a Reus «para emprender operaciones contra la región en el caso de que los insurrectos ganaran».**15**

Durante este día se distribuye por las barricadas la célebre octavilla de Los Amigos de Durruti que reprodujo al día siguiente *La Batalla*. La octavilla fue redactada tras una reunión con la ejecutiva del POUM a las siete de la tarde del día 4.**16** Estaba dirigida genéricamente a los «trabajadores» y en ella se pedía: «Una Junta revolucionaria. Fusilamiento de los culpables. Desarme de todos los cuerpos armados. Socialización de la economía. Disolución de los partidos políticos que hayan agredido a la clase trabajadora», y se invocaba: «No cedamos la calle. La revolución ante todo. Saludamos a nuestros Camaradas del POUM que han confraternizado en la calle con nosotros. Viva la Revolución social ... ¡Abajo la contrarrevolución!».**17** Aquella misma tarde, la CNT y la FAI desautorizarán la octavilla de Los Amigos de Durruti.

Al atardecer del jueves, 6 de mayo, la CNT-FAI, tras desmarcarse públicamente de los *enragés* (Los Amigos de Durruti, las Juventudes Libertarias y el POUM), propone un pacto al Gobierno. Ofrece desmontar todas las barricadas y que se regrese inmediatamente al trabajo a condición de que los guardias de Asalto se retiren y no se produzcan represalias. La Generalitat responde positivamente a las cinco y cuarto de la mañana siguiente. *Solidaridad Obrera* hace un llamamiento general: «¡Camaradas de la fuerza pública, a vuestros cuarteles! ¡Camaradas de la CNT, a vuestros sindicatos! ¡Compañeros de la UGT y del PSUC, igualmente a vuestros centros! Que todo sea paz». *El Noticiero Universal*, filocomunista, hace referencia a la octavilla de Los Amigos de Durruti y señala a los que, en su opinión, tienen la culpa de todo: «Trabajadores de Barcelona, compañeros de la CNT, no hemos de malgastar ni un minuto más; hay que acabar con el trotskismo criminal que desde sus periódicos sigue incitando a los antifascistas de Cataluña a que se maten entre sí». *Treja pide* también que todos vuelvan al trabajo, pero ya adelanta la política que va a seguir su partido: «El trotskismo criminal, atizador e inductor de discordias y sabotajes en el país amigo y hermano de la URSS, ha clavado sus garras en Cataluña y ha pretendido ahogarla en sangre y llenarla de vergüenza».

El 7, viernes, llegan a Barcelona 150 camiones con los 5.000 guardias de Asalto, Seguridad y carabineros enviados por el gobierno central. El comité regional de la CNT lanza un comunicado radiofónico pidiendo que todos colaboren al restablecimiento del orden público y, aunque se produce algún disparo aislado, las barricadas comienzan a ser demolidas.**18** Pero el PSUC y los guardias de Asalto no abandonan sus posiciones en el centro y desencadenan una violenta represión contra los libertarios, a quienes detienen y rompen públicamente sus carnets sindicales. La CNT no ha conseguido ni siquiera una victoria pírrica, mientras que los comunistas se han hecho con las armas que necesitan contra Largo Caballero. La prensa comunista empieza a comentar indignada «los hechos de Barcelona» y a pedir que se castigue ejemplarmente al POUM. El corresponsal de *Pravda* en Valencia afirma que los trabajadores anarquistas han sido engañados por los agentes provocadores trotskistas-fascistas, mientras que el periódico controlado por el PSUC, *La Rambla*, da cuenta de la inmediata expulsión del POUM de la UGT. «Se ha restablecido la normalidad. Puestos en evidencia los provocadores, es preciso que todos los proletarios piensen en la necesidad imperiosa y urgente de ganar la guerra. Han sido expulsados de la central sindical [la UGT] los

dirigentes del POUM y todos los militantes del mismo partido que hayan tomado parte en el movimiento subversivo.» *La Batalla* dice: «La clase obrera quiere, ansia, la normalidad. Pero no la normalidad que quieren la burguesía y el reformismo, sino la que garantice sus posiciones y su avance hacia la victoria en la guerra y el triunfo de la revolución. Para que esta normalidad sea posible, la clase trabajadora exige: la retirada de la fuerza pública de la calle. La clase trabajadora debe conservar las armas».

A partir del sábado día 8, Barcelona se fue recuperando paulatinamente de aquel enfrentamiento que había causado centenares de muertos y heridos,**19** y terminado para siempre con el ideal de la unidad republicana contra el fascismo. Había llegado la hora de señalar culpables y el POUM los encontraba en el reformismo (el PSUC) y en la burguesía (la Esquerra). Decía *La Batalla*: «En esta situación, exacerbados los ánimos del proletariado, un hecho como el del asalto de la Telefónica tenía que colmar forzosamente la medida. Y así fue. Es inútil que el reformismo y la burguesía traten de desviar la cuestión de las responsabilidades. Estas caen íntegramente sobre ellos». La agrupación de Los Amigos de Durruti saldaba cuentas con la CNT y distribuía por las calles un «manifiesto a los trabajadores» en

el que se decía, entre otras cosas: «Es inconcebible que los comités de la CNT hayan actuado con tal timidez que llegasen a ordenar "alto el fuego" y que incluso hayan impuesto la vuelta al trabajo cuando estábamos en los lindes inmediatos de la victoria total... Tal conducta ha de calificarse de traición a la revolución».**20**

Los «hechos de mayo» no se desencadenaron sólo por el asalto al edificio de la Telefónica, como decía el POUM. Una cosa es la chispa y otra la fuerza de los gases. Estos, tanto tiempo acumulados y comprimidos, fueron los que estallaron dramáticamente en unos momentos en que la euforia inicial por haber parado el golpe fascista y haberle dado una respuesta revolucionaria tenía que haberse reconvertido ya en frialdad y cálculo para hacer frente a los requerimientos de una guerra larga. Que ésta lo sería lo habían entendido muy bien los nacionales cuando, días antes de los hechos de mayo, habían unificado todas las fuerzas políticas (las militares ya lo estaban) bajo el mando único de Franco. En mayo, en Barcelona, afloraron todos los problemas que en julio habían sido dejados momentáneamente de lado, y todas las frustraciones de los antifascistas: la militarización a regañadientes de las milicias no había servido para ganar ni una sola batalla; el sacrificio de los principios antiestatalistas de la CNT entrando en el gobierno de Largo Caballero no sólo no había servido para impulsar la revolución, sino que ni siquiera había logrado alimentar y abastecer adecuadamente a una población en guerra; la lucha entre establecer una dirección compartida pero centralizada o dejar amplia autonomía de actuación a los grupos políticos, tanto en el terreno económico como en el militar, había acabado con todos los esfuerzos por vertebrar una República que se enfrentaba a su posible desaparición.

Por otra parte, las amenazas estalinistas contra el POUM y los anarquistas, y la discriminación que sufrían sus unidades en otros frentes en cuestiones de armamento y suministros, no podían sino crear hondas sospechas, que el ataque por sorpresa a la Telefónica no hizo más que incrementar. Ciertamente, las escandalosas mentiras comunistas que siguieron a los hechos de mayo, acusando al POUM y a los anarquistas de estar conchabados con el enemigo, confirmaron los peores temores de éstos. La paranoia estalinista hacia sus rivales iba *in crescendo*. Uno de los representantes de la Comintern informó de que los sucesos de Barcelona no eran más que un *putsch*. Afirmaba que existían «documentos muy interesantes que demuestran la conexión de los trotskistas españoles con Franco ... Los preparativos para el *putsch* empezaron ya hace dos meses. Eso también está demostrado».**21** La paranoia y la persecución de los rivales de Stalin se había extendido por

España, aunque algunos historiadores rusos han sostenido recientemente que lo que sucedía en España también sirvió para acelerar «la máquina de picar carne» del Gran Terror cuando los asesores que estaban en España y de quienes sospechaba el NKVD regresaron a la Unión Soviética.

El enfrentamiento en las calles de Barcelona se saldó, al fin, con el fortalecimiento de la unidad para el esfuerzo de guerra, el restablecimiento de la disciplina militar y social y el control de la producción y el comercio por parte del Estado, lo que significaba, alternativamente, el final del sueño revolucionario anarquista, con el insalvable divorcio entre la dirección y las bases más radicalizadas, el adiós a la dictadura del proletariado del POUM y el principio de la centralización y el control del ejército y la economía.

Otra de las consecuencias importantes de los hechos de mayo fue que posibilitaron la reconstrucción de la administración de justicia en Cataluña, dotando rápidamente las vacantes de jueces de instrucción y jueces municipales. Ya a finales de abril el *conseller* de Justicia, Joan Comorera, había establecido los tribunales populares especiales de Cataluña, que complementaron los jurados de urgencia y los tribunales de guardia. Pero a partir de junio de 1937 se creó el Tribunal especial de espionaje y alta traición por decisión del ministro de Justicia Manuel de Irujo, con una jurisdicción especial para Cataluña, que prácticamente coincidió con la creación de los tribunales especiales de guardia por un decreto de presidencia del Gobierno. Estos tribunales, que dependían únicamente del Supremo, se alejaban cada vez más de la justicia popular y se parecían cada vez más a tribunales militares. Fueron estas instancias las que iniciaron la persecución del POUM y de la CNT en su búsqueda de «responsables» de los hechos de mayo, represión que se recrudeció contra la CNT tras el atentado fallido contra el presidente de la Audiencia territorial de Cataluña, Josep Andreu i Abelló, que tuvo lugar en agosto.**22**

La represión judicial de los responsables de los hechos de mayo y sus secuelas llevó a las cárceles catalanas, hasta enero de 1939, a 3.700 «prisioneros antifascistas», de los cuales el 90 por 100 eran de la CNT, el 4 por 100 del POUM y el 3 por 100 del PSUC y de la UGT. Los tribunales especiales que juzgaron a la mayoría de estos presos se pronunciaron por la liberación de los detenidos en un 57 por 100 de los casos, mientras que los tribunales populares absolvieron o pusieron en libertad al 94 por 100 de los procesados.**23** Con todo, las dos primeras galerías de la cárcel Modelo estuvieron repletas de «presos antifascistas» (procesados o no) hacia finales de 1937. También hubo muchos presos políticos, encarcelados junto a los comunes, en locales del DEDIDE, primero, y del SIM, su sucesor, después, como fueron el Palacio de las Misiones, el Preventorio C (el «Seminario»), el Preventorio G (convento de las Damas Juanas) o la cárcel del Estado de la calle Deu i Mata. Sin olvidar los campos de trabajo que se habían creado por un decreto de García Oliver en diciembre de 1936, y que llegaron a contar quizá con 20.000 presos repartidos entre el del Pueblo Español (Montjuic), Vandellós y L'Hospitalet de l'Infant, Omells de Na Gaia, Concabella, Anglesola y Falset.**24**

Como no podía ser de otro modo, las fuerzas protagonistas de las jornadas de mayo trataron de explicarlas según la posición final en que quedaron, culpando del desastre a las demás y buscando la clave de todo lo sucedido en «el agente provocador» que las habría desencadenado. «La provocación para el POUM proviene de Moscú vía PSUC; para el PSUC, de Berlín vía POUM; para la CNT, de un complot catalanista en París; para Franco, de trece de sus agentes en Barcelona.» Desde luego que para la Comintern el agente provocador no podía ser otro que el POUM, a quien culpaba de haber urdido una «conjura fascista» y llevado a cabo un «*putsch* anarcotrotskyista», lenguaje y acusaciones que no eran más que la proyección de la mentalidad que estaba conduciendo a los juicios farsa de Moscú, pero que los asesores soviéticos trataron de utilizar como base desde la que orquestar montajes similares en

España. La interpretación conspiratoria que daban a los hechos los comunistas era completamente fantástica; que Franco se jactara ante Von Faupel de que los responsables del inicio de los disturbios habían sido trece agentes suyos **25** no era más que un recurso ventajista que utilizaba el Caudillo para impresionar a sus aliados alemanes.

Por otra parte, los anticomunistas encontraron el agente provocador en el PSUC, que habría estado planeando cuidadosamente la toma de la Telefónica con el fin de que estallara una revuelta y disponer, así, de la excusa para acabar con sus enemigos. El momento era perfecto para los comunistas, ansiosos por desembarazarse de Largo Caballero y anhelantes por destruir el poder de los anarquistas en Cataluña, que estimaban se estaba debilitando rápidamente. Pero, de haber sido una provocación calculada de los comunistas, éstos no habrían actuado sin respaldo. Habrían reunido cuidadosamente a sus contingentes para poder aplastar la revuelta y aparecer así como los salvadores de la República. (Según Companys, el 3 de mayo no había en Barcelona más que 2.000 policías armados.) Lo que vio el PSUC, en seguida, fue la posibilidad de utilizar los hechos de mayo contra sus adversarios anarquistas y poumistas y arrebatárles las máximas parcelas de poder. En consecuencia, la radio y la prensa de la CNT fueron censuradas, al igual que las publicaciones del POUM, con lo que no pudieron responder a la batería de acusaciones e improperios comunistas que proclamaban que «los trotskistas han sido obligados a retirarse ante la aplastante fuerza de la clase obrera catalana» y que ésta, indignada, «pedía justicia».

El POUM fue acusado de espionaje y de ser el agente provocador de los fascistas. Se le acusó, además, de planear el asesinato de Prieto y del general Walter, comunista, «uno de los comandantes más populares del ejército español». El descaro de las mentiras propaladas por los agentes de la Comintern hizo que la gente se las creyera, porque pensaban que aquellas enormidades no podía inventárselas nadie. Jesús Hernández, el ministro comunista que se volvería contra el partido después de la guerra, llegó a decir disparates tan despectivos para la gente como que ellos podían hacer creer a todos lo que les diera la gana, aunque fuera, por ejemplo, que Largo Caballero, Prieto, Azaña o Durruti eran unos traidores.

Aún no se habían enfriado los fusiles en Barcelona cuando José Díaz anunció la estrategia de su partido, que consistía en derribar a Largo Caballero y exterminar al POUM: «[Unos] se llaman trotskistas. Es el nombre bajo el cual trabajan muchos fascistas emboscados, que hablan de revolución para sembrar el desconcierto, y yo digo: si esto lo saben todos, y lo sabe también el gobierno, ¿qué hace el gobierno que no los trata como a tales fascistas y los extermina sin consideración?», y añadía que en los procesos de Moscú los trotskistas habían declarado que actuaban en combinación con Hitler, bajo la dirección de Trotsky.**26** Estas palabras revelaban la decisión comunista de organizar un espectacular proceso contra el POUM.

En la reunión del Consejo de ministros del 13 de mayo, el ministro comunista, Uribe, siguiendo las órdenes de Moscú, pidió la supresión del POUM y la detención de sus dirigentes. Largo Caballero se negó diciendo que no ilegalizaría un partido de la clase obrera contra el que no había ninguna prueba. Los ministros anarquistas le apoyaron y acusaron a los comunistas de provocar los hechos de Barcelona. Uribe y Hernández abandonaron el Consejo, seguidos por los socialistas Prieto y Negrín, el nacionalista vasco, Irujo, Alvarez del Vayo y Giral.**27** Largo Caballero se quedó solo con los cuatro ministros anarquistas y dos de sus viejos colegas socialistas. Así las cosas, y por sugerencia de Prieto, llevó la crisis al presidente de la República, pero éste, que había sido informado por Giral de que los socialdemócratas y los liberales apoyarían a los comunistas en el próximo consejo, le confirmó en su puesto y le dijo que siguiera con los planes para la ofensiva de Extremadura proyectada para mediados de mes. La prensa anarquista se unió a sus dirigentes en apoyo a Largo Caballero y su «firme

y justa actitud, que todos elogiamos». Pero sólo ella. Largo Caballero no había medido bien el alcance de su aislamiento.

Cuando Azaña pidió a Largo Caballero que continuase al frente del Gobierno, éste sabía que no iba a poder tejer la cesta de un nuevo ministerio con los mimbres de que disponía. Regresó por lo tanto a la idea de formar un gobierno de base sindical, en lo que parecía un remedo del Consejo de Defensa Nacional que habían propuesto los anarquistas en el anterior mes de septiembre, con Largo Caballero a la cabeza y el grueso de los ministerios repartido entre la UGT y la CNT. Largo Caballero ya había desempolvado la idea en febrero, cuando había empezado a alarmarse ante el crecimiento de la influencia comunista, y entonces Azaña había rechazado agriamente la propuesta. Pero ahora la espada de Damocles de la continuidad de la ayuda rusa hacía la proposición impracticable. Por otra parte, Largo Caballero no estaba dispuesto a abandonar el Ministerio de la Guerra, como quería Stalin, porque creía firmemente que su presencia en él era el último valladar ante las pretensiones comunistas. El 17 de mayo, Largo Caballero dimitió ante lo que fue, en realidad, la culminación de una larga crisis de su gobierno. Se suele decir que los orígenes de la crisis ministerial de mayo de 1937 se remontan al levantamiento de 1934 y que Largo Caballero no fue destruido sólo por la perfidia o la voracidad del PCE, sino también por el ala reformista del PSOE.**28**

Los comunistas, mientras tanto, se habían aproximado a Negrín a finales del año anterior y conocían su disposición a aceptar el cargo de jefe del Gobierno. Prieto y los republicanos liberales apoyaron también la candidatura de Negrín y el presidente Azaña le encargó, con un suspiro de alivio, que formara gobierno el 17 de mayo. La composición de este gobierno era la siguiente: Juan Negrín (presidente del Consejo y Hacienda); Indalecio Prieto (Defensa); Julián Zugazagoitia (Gobernación); Jesús Hernández (Educación y Sanidad); Vicente Uribe (Agricultura); José Giral (Estado); Bernardo Giner de los Ríos (Obras Públicas); Manuel de Irujo (Justicia); Jaime Ayguadé (Trabajo y Asistencia pública). En cuanto el jefe del Estado publicó el nombramiento de Negrín, la CNT recuperó su discurso más radical: «Se ha constituido un gobierno contrarrevolucionario».**29**

El sistema de gobierno de la República se había convertido en lo que Negrín y los comunistas llamaron «democracia controlada», lo que venía a significar un gobierno desde arriba en el que los dirigentes de los principales partidos negociaban entre ellos la distribución de los ministerios. En condiciones de guerra, el debate político se había hecho muy difícil y el contacto entre los dirigentes y la base de los partidos era casi inexistente. Azaña había denunciado contundentemente la ausencia de debate interno y sus resultados:

El Parlamento, muy a mi pesar, no funciona. Cuantas veces le he dicho al Gobierno que convenía convocarlo, ha ido difiriéndolo; yo no tengo potestad para convocarlo personalmente ...Tampoco hay prensa. Los periódicos parecen escritos por la misma mano, no imprimen más que diatribas «contra el fascismo internacional» y seguridades de victoria ... Ni asomo de indicaciones políticas útiles. Los partidos tampoco funcionan, fuera de recolectar prosélitos de cualquier manera, y de toda procedencia, y de repetir lugares comunes sobre «la revolución». Todos hablan de revolución. Diríase que no hay ya partidos diferentes, ni clases ... Así todos los elementos del juego político ... están en suspenso o han desaparecido.**30**

A Negrín se le suele presentar o bien como una marioneta de Moscú o bien como un hombre que, acuciado por la necesidad, trató de cabalgar el tigre comunista por el bien de la República española, pero ambas interpretaciones son engañosas. Juan Negrín López había nacido el 13 de febrero de 1892 en el seno de una familia acomodada de Las Palmas de Gran

Canaria, y en su juventud había mostrado sus simpatías por el movimiento autonomista canario y con las ideas federalistas del PSOE.**31** Estaba convencido de sus propias capacidades, y todo parece indicar que se sentía insatisfecho ante los fáciles éxitos que había conseguido en su carrera profesional. En 1906 había ido a Kiel y Leipzig para estudiar medicina y fisiología, y a partir de 1916, de regreso a España, dirigió el Laboratorio de Fisiología General creado por la Junta de Ampliación de Estudios. En 1922 fue nombrado catedrático de fisiología de la Universidad de Madrid (la cátedra que había sido de Ramón y Cajal) con sólo veintinueve años.

Muy pronto empezó a introducirse en política y en seguida se vio también que su talento era mucho mayor que el de los políticos profesionales. Fue elegido diputado en la legislatura de 1931 (las Constituyentes) por Las Palmas, y de nuevo en 1933 y 1936 por Madrid. En todos sus discursos pronunciados en las Cortes aparece profundamente comprometido con un régimen republicano progresista.**32**

Como otros muchos hombres que son conscientes de sus propias aptitudes, Negrín creía firmemente en la jerarquía, era autoritario y no le temblaba la mano a la hora de decidir qué era lo mejor para los demás. Los círculos oficiales de Londres y Washington aplaudían las credenciales de Negrín y su «mano de hierro». Su gabinete, que no contenía más que dos ministros comunistas, ambos con carteras menores, fue elogiado por Churchill por su «defensa de la ley y el orden» y por su dureza con los comunistas y los anarquistas. Pero Negrín estaba dispuesto a todo con tal de ganar la guerra y ello le llevó, como a Largo Caballero, a estrechar cada vez más sus relaciones con Rusia, única proveedora de armas de la República, y con el PCE, que, por su profesionalidad y disciplina, era el partido más afín a la propia personalidad de Negrín. En el toma y daca Negrín tuvo que tragar muchos sapos y aceptar decisiones de los asesores rusos y de los comunistas españoles que, tal vez, no le gustaban, pero lo cierto es que no logró controlar a la policía secreta de Orlov, se inhibió en el asunto Nin, y casi siempre les dio carta blanca.

Entre las primeras medidas que tomó el gobierno Negrín figuraron, a petición de los comunistas, la modificación de la estructura del Consejo de Aragón y la supresión de los consejos de Información y Propaganda y de Orden Público, cosa que la CNT tuvo que aceptar.**33** El 11 de agosto el Consejo de Aragón fue disuelto y las colectividades existentes quedaron abandonadas a su suerte. Muchos militantes anarquistas que habían desempeñado labores en el departamento de Orden Público fueron perseguidos y un año después Joaquín Ascaso fue expulsado de la CNT. El Gobierno acordó, asimismo, el cierre del periódico del POUM *La Batalla*, y el 16 de junio el POUM fue declarado ilegal.

Tras habilitar los cuarteles Lenin como cárceles de «trotskistas», disolver la 29 División Lenin por la fuerza y detener a su jefe, el coronel Rovira, los servicios secretos soviéticos y las fuerzas de seguridad de la República iniciaron la caza de los dirigentes del POUM. El mismo día 16 de junio la policía detuvo a Nin y a Julián Gómez («Gorkin»), Enric Adroher, Jordi Arquer y otros dirigentes del POUM. Las detenciones se hicieron con todos los visos de legalidad, porque las órdenes iban firmadas por el jefe superior de Policía, pero en seguida se hicieron cargo de los detenidos los servicios de seguridad soviéticos, que se los llevaron a Madrid, a la checa de la calle Atocha, que estaba instalada en una iglesia. A Nin se le separó de sus compañeros desde el momento mismo de la detención, se le trasladó a Madrid y, desde allí, a Alcalá de Henares, donde fue interrogado por la policía secreta los días 18,19 y 21 de junio.

Pese a las torturas de Orlov y sus hombres, Andreu Nin negó firmemente toda complicidad en el espionaje fascista y cualquier cosa que pudiera relacionarle con la «N» que, escrita en tinta simpática, aparecía al dorso de un plano cuadriculado de Madrid, hecho por el arquitecto Golfín, que habría servido presuntamente para dar indicaciones a la artillería rebelde. Sacado

irregularmente de la prisión de Alcalá, fue llevado a un pequeño chalet de las afueras de la ciudad, propiedad de Constanza de la Mora, que iba a ser escenario de uno de los montajes estalinistas más chapuceros que se conocen. Un grupo de soldados alemanes de las Brigadas Internacionales sin distintivos, aparentando ser hombres de la Gestapo, penetraron de repente en el chalet con la intención de «rescatar» a Nin. En el forcejeo de los presuntos nazis con los guardianes de Nin cayó oportunamente al suelo una cartera que contenía documentación alemana, unas insignias falangistas y billetes de banco de los nacionales. Todo aquello estaba destinado a «demostrar» *a posteriori* que habían sido «los amigos» de Nin (es decir, los fascistas) los que habían rescatado al preso para llevárselo a sus líneas. A las pintadas que aparecieron por todas partes preguntando: «¿Dónde está Nin?», los estalinistas añadían: «En Salamanca o en Berlín» en chusco pareado.

Los dirigentes del PCE llegaron al extremo de dar esta versión increíble como la verdad oficial del partido. Hasta *Mundo Obrero* publicó una fábula según la cual Nin, tras ser liberado por falangistas, estaba en Burgos.³⁴ El grupo de «raptos» estaba compuesto, en realidad, por miembros de la policía secreta de Orlov, que asesinaron a Nin y enterraron el cadáver en algún lugar de Alcalá de Henares que sigue sin ser descubierto.

A pesar de las presiones que se produjeron en la España republicana y de las peticiones que llegaban desde el extranjero, el gobierno de Negrín, que obviamente no podía dar crédito a la versión de los comunistas, no hizo nada cuando éstos afirmaron no tener noticia del paradero de Andreu Nin. Aquella acción vergonzosa abrió para siempre una terrible divisoria en el nuevo gobierno. A un lado, Negrín y los comunistas; al otro, Zugazagoitia e Irujo. Cuando Negrín le contó la fábula a Azaña, el viejo zorro republicano no se creyó ni una palabra: «¿No es demasiado novelesco?».³⁵

Con la distancia que da el tiempo sobre el ambiente de los procesos de Moscú o de España en 1937, se nos hace difícil entender cómo alguien pudo creer las acusaciones de fascismo que se lanzaron contra el POUM y cómo el gobierno de la República no puso fin a la guerra sucia que llevaron a cabo los estalinistas contra los seguidores de Nin, a quienes secuestraron, torturaron y ejecutaron en una muerte anónima.³⁶ Hasta Prieto, que había apoyado a Negrín y los comunistas contra Largo Caballero, empezó a volverse en su contra.

23. La ofensiva de Brúñete

A principios de 1937, Nikonov, el subjefe de inteligencia del Ejército Rojo en España, había escrito entusiásticamente a Voroshilov sobre las útiles lecciones que estaban aprendiendo en España: «La guerra en España ha revelado cierto número de aspectos extremadamente importantes en la utilización del equipo militar moderno, y ha aportado experiencias valiosas para estudiar problemas operativos, tácticos y técnicos». Pero se advirtió muy pronto, cuando la República se preparaba para su mayor ofensiva de la guerra, que la valoración de Nikonov era excesivamente optimista. La «política de guerra activa» que adoptó la Comintern para el Ejército Popular iba a destruir la capacidad de resistencia republicana.¹

Durante el mes de abril de 1937, cuando las tropas nacionales avanzaban sobre Vizcaya, el Estado Mayor de Largo Caballero había empezado a planear una ofensiva de gran envergadura en Extremadura, en la que habían de tomar parte 23 brigadas apoyadas por 32 baterías y la brigada de tanques.² La había concebido el general Asensio Torrado antes de ser destituido y le habían preparado el coronel Álvarez Coque y el teniente coronel Segismundo Casado. Se pensaba en emprender un gran ataque en el suroeste para partir la zona nacional en dos y terminar con el ciclo de batallas alrededor de Madrid, que siempre terminaban en inútiles baños de sangre. Parecía sensato escoger Extremadura y no Castilla la Nueva porque las tropas que tenían allí los nacionales estaban muy desplegadas sobre el terreno, tenían menos experiencia de la guerra y estaban peor equipadas que las del centro. A Franco le habría sido mucho más difícil llevar allí refuerzos porque las carreteras y ferrocarriles que conducían a Extremadura no reunían las condiciones para ello. Además, la guerrilla ya operaba allí tras las líneas nacionales, aunque su efectividad no debía de ser mucha. Sin embargo, los promotores del plan eran demasiado optimistas al pensar que la operación podía conducir a la conquista de la zona suroccidental de España.

Los argumentos que esgrimían contra el plan sus detractores eran que el traslado de las tropas necesarias a la zona difícilmente consentiría el efecto sorpresa, que las líneas de aprovisionamiento presentaban muchas dificultades y que alejar de Madrid a las mejores formaciones suponía un peligro evidente para sus defensores.³ En cualquier caso, lo que parecía cierto es que una ofensiva sobre Extremadura tenía más posibilidades de ser eficaz que una operación en el centro, donde los nacionales podían redespigar rápidamente sus fuerzas y traerse la Legión Cóndor a Ávila.

Los asesores soviéticos y los mandos superiores comunistas se opusieron al plan de Extremadura sobre todo por razones políticas. Querían que la siguiente ofensiva se desarrollara en el sector occidental de Madrid, junto a la zona de la batalla de la carretera de La Coruña, porque seguían tan obsesionados con la lucha por la capital como lo había estado Franco unos meses antes. Los comunistas habían invertido muchos esfuerzos y sus mejores hombres en la defensa de Madrid, que se había convertido en la pieza central de su campaña de propaganda internacional. Así que habían hecho entender a Largo Caballero que los soviéticos no iban a aportar tanques ni apoyo aéreo a la ofensiva de Extremadura y que el general Miaja no permitiría que se desplazara allí ninguna de las fuerzas que estaban bajo sus órdenes.

La disputa sobre la ofensiva de Extremadura señaló también la primera reacción de los oficiales regulares contra el control de los comunistas. Algunos de los que, al principio, habían recibido con agrado sus ideas sobre la disciplina empezaban ahora a sospechar que los comunistas estaban más interesados en extender su control que en ganar la guerra. Les alarmaba la forma en que éstos manipulaban los hechos por razones propagandísticas, y no veían con buenos ojos las campañas vitriólicas que desencadenaban contra aquellos oficiales que se atrevían a criticar la utilización partidista de los suministros militares que hacía el

Partido Comunista. La caída de Largo Caballero en mayo, y el nombramiento de Negrín como jefe del Gobierno, dieron un vuelco definitivo a la situación. Indalecio Prieto, el nuevo ministro de Defensa, que controlaba las tres armas, estaba dispuesto a colaborar estrechamente con los comunistas y seguir sus consejos sobre las próximas operaciones militares, aunque su actitud hacia éstos iría cambiando a medida que se fuesen cosechando derrotas en los distintos frentes.

Como la situación en el norte era crítica, con los nacionales atacando el cinturón de hierro de Bilbao, los dirigentes republicanos organizaron dos operaciones tácticas, en mayo y junio, para aliviar la presión sobre aquel frente forzando la retirada de tropas enemigas. La primera, que se lanzó el 30 de mayo, tuvo como escenario la sierra de Guadarrama y consistió en un ataque sobre La Granja de San Ildefonso para «apoderarse de Segovia por sorpresa y mediante una acción enérgica», según las instrucciones de Prieto. En ese escenario sitúa Hemingway la acción de su novela *Por quién doblan las campanas*, que narra los combates que tuvieron lugar allí hasta el mediodía del martes, 1 de junio. Y allí muere el «hermano» de Bertolt Brecht, antihéroe del único poema que el gran dramaturgo alemán dedicó a la guerra civil española:

Mi hermano es un conquistador. A nuestro pueblo le falta espacio; conseguirlo en abundancia es un viejo sueño para nosotros. El espacio que conquistó mi hermano está en la sierra de Guadarrama. Tiene un metro ochenta de largo y un metro cincuenta de profundidad.**4**

En la operación participaron las divisiones 34, al mando de José Ma Galán, la 35, al mando del general Walter, y la 69, al mando de Duran, apoyadas por una buena dotación de artillería, los carros de combate de Pavlov y, en teoría, con la suficiente cobertura aérea. Todas estas fuerzas dependían, en última instancia, del coronel Domingo Moñones, jefe del I Cuerpo de Ejército, que defendía la sierra de Madrid con las divisiones 1,2 y 3.

Al alba del 30 de mayo, con un duro bombardeo artillero sobre las posiciones nacionales de Cabeza Grande, Matabueyes y la Cruz de la Gallega comienza la acción principal. A continuación, la infantería de la 69 División se lanza al ataque, aunque carece de cobertura aérea. De hecho, la aviación gubernamental no aparecerá hasta las once de la mañana **5** y, además, bombardeará por error las posiciones propias, ante la desesperación de Walter. A esa misma hora, sin embargo, la 69 ya ocupa la Cruz de la Gallega y continúa su avance hacia Cabeza Grande, desde donde se puede batir con fuego directo la carretera de Segovia. Walter ordena entonces a la XIV Brigada Internacional que lance un ataque frontal contra esta última posición, que es conquistada al precio de dejar el bosque sembrado de cadáveres. Más tarde, Walter, en un informe a Moscú, dice lo que piensa sobre el papel de la formación internacional en reveladores términos cínicos: «la XIV, que heroica, pero pasivamente, se ha dejado matar en el curso de cinco días».**6**

El día 1 de junio, las fuerzas de Várela, consistentes en la División de Ávila y los refuerzos que ha traído Barrón desde el frente de Madrid, contraatacan con el apoyo de gran número de bombarderos y cazas, expulsando a los republicanos de Cabeza Grande y comprometiendo todo su avance sobre La Granja. Al día siguiente, 2 de junio, Walter es relevado del mando directo de la ofensiva y a medianoche del día 6 el coronel Morlones da órdenes a sus tropas para que regresen a los puntos de partida.

La operación había costado, según Morlones, unas 3.000 bajas, de las cuales un tercio correspondían a la XIV Brigada Internacional. A cambio, sólo un par de semanas de retraso en la ofensiva de los nacionales contra Vizcaya. El fracaso de esta operación pudo obedecer a la ausencia del efecto sorpresa, ya que parece que las tropas nacionales sabían que se estaba

preparando. Azaña llega a decir que «el enemigo supo no solamente el día en que iba a comenzar el ataque, sino el día en que iba a darse por terminado»,⁷ pero no se explica sin valorar la desigual actuación de las fuerzas aéreas de cada campo. En contraste con la eficaz acción de los Fiat nacionales dirigidos por García Morato, que llegaron a ametrallar el cuartel general del Cuerpo de Ejército,⁸ los aparatos republicanos, que supervisaba directamente «Duglas» y eran tripulados por rusos, desplegaron escasa agresividad durante las pocas horas que intervinieron en los combates. En su informe decía el coronel Moñones que «la aviación propia efectuó los bombardeos desde gran altura y precipitadamente ... Los cazas propios se mantuvieron prudentemente a respetable altura y rara vez descendieron ametrallando al enemigo ... La aviación enemiga ha desarrollado una actividad, una eficiencia extraordinarias».⁹

Durante esta acción en el Guadarrama se produjo, además, la primera manifestación de protesta de las Brigadas Internacionales que llegó a trascender fuera de sus filas, por la forma en que se sacrificaba a sus fuerzas para obtener resultados insignificantes. Por otra parte, la brutalidad de los mandos brigadistas ante las desbandadas de algunos de sus hombres, aterrados por las continuas pasadas en rasante de los cazas nacionales, fue extrema. El capitán Duchesne, que mandaba la compañía disciplinaria de la XIV Brigada Internacional, «designó cinco hombres al azar [de los que habían abandonado las posiciones] y los derribó uno tras otro, a la soviética, de un disparo de revólver en la nuca».¹⁰ Cuando la 69 División se retiró de Cabeza Grande, Walter, enfurecido, ordenó «ametrallamientos a los que se retirasen, fusilamientos sobre el terreno, apaleamientos de milicianos dispersos...».¹¹ Este panorama se iba a repetir, corregido y aumentado, en la batalla de Brúñete.

La segunda operación táctica que emprendió la República para aliviar el frente Norte fue una ofensiva sobre Huesca a cargo del recién creado ejército del Este, que mandaba desde mayo el general Pozas. Se ordenó al general Lukács que viniera de Madrid con la XII Brigada Internacional (la de los *garibaldini*) y que, con otras cuatro brigadas también procedentes del frente central, se responsabilizara de la operación, pese a que no se mejoró el armamento de sus tropas ni se le dio gran apoyo artillero ni carros de combate.

Lukács inicia el ataque contra Huesca el día 12 de junio, con un limitado bombardeo artillero, en una maniobra de aproximación directa, simultaneada con otra, de apoyo, sobre el pueblo de Chimillas. La infantería ha de lanzarse al ataque en un espacio descubierto de menos de un kilómetro de ancho, carente de arbolado y pedregoso, cuya única protección son algunos arbustos que apenas llegan a las rodillas. Tanto el ataque directo sobre Huesca como el de Chimillas son rechazados fácilmente por el nutrido fuego de ametralladoras y de artillería de los nacionales, bien atrincherados. Para colmo de males republicanos, el vehículo en el que viaja el general Lukács con sus ayudantes es alcanzado en el collado de Estrecho-Quinto por un proyectil de artillería. Lukács y su chófer mueren en el acto y Gustav Regler, comisario de la XII Brigada Internacional, resulta gravemente herido.¹²

En la madrugada del día 16 las tropas republicanas lanzan un nuevo asalto contra los pueblos de Alerre y Chimillas, pero el violento fuego enemigo que bate todo el terreno donde maniobran las hace retroceder. Siguen dos días de disparos aislados y de intentonas fracasadas hasta que, el 19 de junio, el mismo día que las Brigadas navarras ocupan Bilbao, se ordena detener la ofensiva contra Huesca. El campo de batalla queda sembrado de muertos y heridos y las posiciones llenas de cadáveres que se pudren al sol. El informe de Walter dice que el rendimiento de la XII Brigada Internacional «no tiene nada que ver con el que han conseguido durante otras batallas anteriores».¹³

La ofensiva de Huesca, narrada por Gustav Regler en *La gran cruzada*, fue llevada a cabo en un ambiente derrotista que en nada ayudó a la moral republicana. Tuvo lugar en el clima

de tensión posterior a los hechos de mayo, en un sector en el que abundaban las formaciones anarquistas, y en el que se encontraba la 29 División del POUM, con la centuria inglesa de George Kopp (quien había sido detenido y acusado de espía), o el batallón alemán de choque cuyos miembros habían participado en los sucesos de Barcelona. Parece que durante la batalla se dieron órdenes de que a estos combatientes no se les entregaran los periódicos de Valencia o Barcelona que denunciaban a los hombres del POUM como traidores.**14**

Las bajas de combatientes anarquistas y del POUM (el propio Orwell recibió aquí el tiro en la garganta que le retiró de la guerra) fueron muy cuantiosas y ello dio pie nuevamente a que aumentara la desconfianza hacia los comunistas. Se dijo, además, que aquí también los nacionales estaban prevenidos porque las medidas de seguridad antes de proceder a la campaña habían sido nulas. Por otra parte, las fuerzas republicanas no dispusieron de una verdadera cobertura artillera, ni de los carros de combate que hubieran sido necesarios para asaltar Huesca. En este escenario actuó mejor la aviación republicana, compuesta por Chatos y Moscas procedentes de Alcalá, que se enfrentó a los Fiat y a la escuadrilla de Heinkel 51. El mayor combate aéreo tuvo lugar el día 14 y en él intervinieron unos cien aviones en total. El día 16 tuvo lugar el último combate aéreo de la batalla de Huesca con el bombardeo de Chimillas. Las bajas republicanas triplicaron aquí las sufridas en Segovia y la ofensiva, como allí, fue un fracaso sin paliativos.

Pero el gran ataque que llevaba tanto tiempo preparando la República como alternativa a la operación de Extremadura iba a tener lugar frente a Brúñete, un pueblo situado a unos 20 km al oeste de Madrid. Se trataba de que las tropas republicanas penetraran profundamente en dirección sur a través de la débil línea del frente nacional, entre los cuerpos de ejército que mandaban Yagüe y Várela, para desbaratarlo y provocar su retirada, desplazándolo a la línea Navalcarnero Getafe.

El Partido Comunista había estado preparando cuidadosamente la ofensiva sobre Brúñete para demostrar su fuerza y su capacidad en el terreno militar. Por ello se asignaron los papeles clave a las cinco Brigadas Internacionales y a las formaciones comunistas más famosas y todo oficial superior tuvo a su lado a un asesor soviético. Miaja era el comandante general de las fuerzas y su jefe de Estado Mayor, el coronel Vicente Rojo, el estratega que había planeado concienzudamente el ataque. A las órdenes de Miaja se encontraban el V Cuerpo de Ejército, de Modesto, a la derecha, con la 11 División de Líster; la 46 División de «el Campesino» y la 35 División de Walter; el XVIII Cuerpo de Ejército, mandado perjurado, a la izquierda, con las divisiones 10, **15** y 34,15 y como fuerzas de reserva la 45 División de Kléber y la 69 de Duran.

Al sudeste de Madrid, el II Cuerpo de Ejército mandado por Romero debería efectuar un ataque hacia Alcorcón con el fin de enlazar con el XVIII Cuerpo de Ejército. El in Cuerpo de Ejército se encargaría de llevar a cabo un ataque «demostrativo» en la Cuesta de la Reina. En total, se movilizaron para la batalla más de 70.000 hombres, 132 carros de combate, 43 vehículos blindados, 217 cañones de campaña, 50 bombarderos y 90 cazas, aunque sólo se pudieron utilizar 50.**16** Era, con mucho, la mayor concentración de fuerzas que se había conseguido reunir desde el inicio de la guerra.**17** «Si con tales elementos ... no se consigue un buen éxito, no podrá obtenerse en ninguna parte», escribió Azaña con su habitual pesimismo lúcido.**18**

Y, sin embargo, aquella masa militar escondía debilidades cruciales. Los servicios de intendencia del ejército popular no estaban acostumbrados a hacer frente a las necesidades de tamaña concentración humana. La ofensiva de Segovia había puesto de relieve las disensiones de los comandantes y su falta de iniciativa, defecto este último que se agravaría durante la ofensiva de Brúñete y que se suele atribuir al temor de los miembros del Partido

Comunista a tomar decisiones por su cuenta. Esta prudencia puede parecer sorprendente en agresivos treintañeros como Modesto y Líster, pero también es cierto que entre esta nueva carnada de comandantes, sólo Modesto y «el Campesino» tenían experiencia militar anterior (ambos habían servido como suboficiales en Marruecos) y sólo Líster había recibido formación militar en Moscú. Su primera experiencia en el mando de tropas había tenido lugar durante los enfrentamientos del verano anterior, en la sierra, en los que demostraron su osadía y su capacidad de recursos dirigiendo un batallón, pero ahora mandaban formaciones de hasta 30 batallones y tenían que enfrentarse con procedimientos de estado mayor que desconocían.

Azaña pensaba que los mandos no estaban a la altura de lo que se necesitaba, que la República carecía de buenos jefes de batallón y desconfiaba de los comandantes de milicias: «En las grandes unidades hay, por jefes supremos, gente improvisada, sin conocimientos: el Campesino, Líster, Modesto, Cipriano Mera ... que prestan buenos servicios, pero que no pueden remediar su incompetencia». **19** Puede ser que esos nuevos dirigentes del ejército popular estuvieran intimidados por sus responsabilidades o fuesen conscientes de sus limitaciones, pero, en cualquier caso, se guardaban mucho de manifestarlo exteriormente. Como ya había sucedido en el Jarama con las Brigadas Internacionales, la ignorancia se ocultaba tras una máscara de serenidad, sostenida por la disciplina.

La ofensiva sobre Brúñete se inicia al alba del día 6 de julio de 1937. La 11 División de Líster se infiltra en las líneas nacionales, pasando entre los vértices de Los Llanos y Lijar, y captura Brúñete en menos de veinticuatro horas. Allí se detiene y no avanza hasta Sevilla la Nueva porque a su jefe le preocupa la 46 División de «el Campesino», que se ha quedado rezagada porque no puede con el batallón falangista que defiende Quijorna, en el flanco derecho. Por el flanco izquierdo, la 15 División, apoyada por un nutrido bombardeo artillero y aéreo, lanza un ataque hacia Villanueva de la Cañada y consigue tomar el pueblo a las diez de la noche tras librar un intenso combate contra la División 11^ª, de guarnición en aquel frente.

Al final de la primera jornada, el frente nacional sólo ha cedido por el centro, donde algunas fuerzas de la 11 División de Líster llegan a dos kilómetros de Sevilla la Nueva, pero los nacionales resisten en Quijorna por el flanco derecho y en las cercanías de Villafranca del Castillo por el izquierdo. Sin embargo, es la primera vez en toda la guerra que el ejército de la República ha conseguido una penetración tan profunda en las líneas enemigas, que sólo podrá consolidar si logra ensanchar la brecha y profundizar hacia Navalcarnero o, por lo menos, hacia Villaviciosa de Odón, para enlazar con el XVIII Cuerpo de Ejército, que se dirige a Boadilla del Monte. En este momento, las tuerzas republicanas tienen más hombres, más cañones y más aviones que las nacionales, que aún no han conseguido traer al frente a las tuerzas que retiran del norte. Pero Líster y su asesor soviético Rodimtsev («Pablito») no se atreven a avanzar por miedo a que los flancos no respondan y ordenan a sus tropas que cavén trincheras al sur de Brúñete. «Esta indecisión les costó cara, pues Várela acumuló fuerzas con gran rapidez.» **20**

En efecto, a las veinticuatro horas de haber comenzado la ofensiva, Várela ya puede contar con la 13^ª División de Barrón, y al día siguiente le llega la 150^ª División de Sáenz de Buruaga, transportadas rapidísimamente desde el frente Norte en «cientos de camiones adquiridos a crédito en Estados Unidos». **21** Mientras Líster aguarda, la XV Brigada Internacional, que manda Gal, avanza con vigor hacia Boadilla del Monte. Ante su línea de avance encuentran un altozano que los brigadistas bautizan como cerro Mosquito, por el característico ruido de las balas, y que se va a convertir en un recuerdo tan espantoso como la famosa colina del Suicidio en el Jarama. Allí les esperan las fuerzas de Asensio, que, con la ayuda de las dos brigadas navarras al mando de Camilo Alonso Vega y de Juan Bautista Sánchez, y la División 108^ª de Galicia, que acaban de llegar, consiguen detener la embestida de Gal en una

tremenda batalla que cuesta muchas bajas a ambos bandos. Allí morirá, a las diez de la noche de ese mismo día, Oliver Law, el oficial negro que manda el batallón Washington, y allí será enterrado. Mientras tanto, a las 11,30 de la mañana, las tropas republicanas han conseguido ocupar finalmente Quijorna, de la que no queda más que un montón de escombros.

Aunque, al iniciarse la batalla, la aviación republicana es muy superior a la de los nacionales, con salidas en formación de cazas que se lanzan en oleadas de 26 a 30 aparatos,**22** la cobertura aérea de las tropas nacionales resulta decisiva, a partir del día 11, para machacar sin descanso a las ocho divisiones republicanas apiñadas en un espacio de la llanura castellana inferior a 200 kilómetros cuadrados.

Los primeros que sufren el ataque de los aviones nacionales son los carros T-26, que en aquel terreno pelado ofrecen un blanco seguro. Tan sólo dos días después de que los aviones nacionales alcancen su máximo ritmo de salida, a los republicanos no les quedan ya más que 38 vehículos blindados capaces de operar. Los primeros aparatos que utilizan los nacionales son los Junker 52 y los Heinkel 51, que pilotan ahora españoles, y los cazas Fiat. Al principio la Legión Condor no quiere arriesgar en combate a su fuerza aérea ante las peligrosas escuadrillas de Chatos y Moscas, pero en cuanto sus jefes advierten que los aparatos republicanos ya no pueden seguir prestando cobertura eficaz a sus tropas, dan órdenes de que entren en acción todos sus aviones. A lo largo del día y de la noche, los Heinkel 111 de la escuadrilla experimental y los Junker 52 pasan y repasan sobre las líneas republicanas, bombardeando a placer. A partir del día 12 la Legión Cónдор recurre a los nuevos Messerschmitt 109 que pilotan hombres de la talla de Adolf Galland, uno de los pilotos más famosos de la segunda guerra mundial.**23** Contra ellos, ni Chatos ni Moscas tienen nada que hacer.

El día 10 la XII Brigada Internacional conquista, por fin, Villanueva del Pardillo, mientras los nacionales contraatacan al suroeste entre Quijorna y Brúñete con las divisiones 10^º y 150^º, que se enfrentan a la 35 republicana del general Walter, que ha acudido a taponar la brecha entre las tropas de «el Campesino» y las de Líster. En ese momento, han muerto ya más de 3.000 soldados republicanos y el agotamiento de las tropas de las Brigadas Internacionales es total.**24** El día 16, un casco de proyectil de aviación le penetra por la espalda al jefe del regimiento anglosajón de la XV Brigada Internacional, George Nathan, quien muere pocas horas después y es enterrado, en medio de la desolación de sus camaradas, junto al río Guadarrama.

Las tropas republicanas se van quedando sin municiones y, lo que es peor, sin agua. El Estado Mayor de Miaja no ha calculado bien las necesidades de una batalla semejante. La árida estepa castellana, que ha adquirido un color carmelita, está más reseca y desnuda que nunca. Hasta el Guadarrama baja seco y los tanquistas se consumen de sed en los hornos infernales en que se han convertido sus carros de combate. La infantería se protege de las bombas o del fuego de las ametralladoras cavando hondonadas en aquella tierra arenosa que sólo les ofrece como camuflaje y como sombra ralos arbustos agostados. Toda la zona está cubierta de cadáveres ennegrecidos, hinchados, que se pudren al sol porque los camilleros, valientes como el que más, no dan abasto para recogerlos.

Durante toda la semana siguiente, los combates son feroces, pero muelles. El día 18 de julio, cuando se cumple un año de la rebelión miktar, la infantería nacional, apoyada por 60 baterías de artillería, ataca simultáneamente en todas direcciones. Ambas aviaiones se emplean a fondo, sostienen cinco combates aéreos terribles, pero los aparatos nacionales consiguen arrojar sus bombas sobre las líneas de los brigadistas internacionales. Aquel día muere Julián Bell, el sobrino de Virginia Woolf, que sólo lleva un mes en la guerra. Von

Richthofen, que ha regresado de su permiso a todo correr para hacerse cargo de las escuadrillas de la Legión Cóndor, anota en su diario:

18 de julio. Ataque a la infantería roja, que es mucho mejor de lo esperado. Ataques aéreos muy bien a pesar de los fuertes ataques antiaéreos de los rojos, como no se habían visto antes. La 4ª Brigada avanza bien. Grandes pérdidas en ambos lados. Hacia el mediodía, la 4ª Brigada ha perdido 18 oficiales y unos 400 hombres. La artillería] dispara mal. Tres ataques de bombardeo salieron bien pero no fueron de mucha ayuda. El ala derecha no intervino porque la artillería] no estaba en posición. *¡Mañana!***25**

19 de julio. Los aviones rojos lanzan muchas bombas incluso sobre su propia infantería! El puesto de mando también es alcanzado. Los rojos han atacado a la 4ª Brigada, pero han sido repelidos. Ataques rojos al sur de Brúñete. El ala derecha no puede avanzar. Nuestros aviones se despliegan alrededor de Brúñete contra las posiciones rojas.

20 de julio. Volamos y atacamos los aeródromos rojos para mantener en el suelo a nuestros oponentes. Richthofen y Sander [Sperrle] con Franco para una importante conferencia con sus generales, el jefe del Ejército y el general de Aviación Kindelán. Limpieza aquí y luego, rápidamente, de vuelta al norte. Franco espera que los rojos se estén desmoralizando ante sus grandes pérdidas. Franco pide que Richthofen se concentre en la artillería pesada.

Lo que se evidencia una vez más es que los pilotos alemanes están mucho mejor adiestrados y tienen más recursos que sus adversarios. El Heinkel 51 es inferior a los aviones soviéticos, pero los pilotos de la Luftwaffe infligen muchas más pérdidas.

A las once de la mañana del día 20, vuelven a aparecer los aviones nacionales, que machacan a placer a las tropas republicanas junto al Guadarrama. A los bombarderos y cazas de la Legión Cóndor les es fácil descubrir objetivos en la llanura abierta. Mientras los Heinkel 111 hacen salidas contra las baterías de artillería, cuarteles generales y zonas de reagrupamiento, los Heinkel 51 se lanzan sobre los tanques republicanos bombardeándolos, disparándoles con sus cañones de 20 mm y poniéndoles fuera de combate. Además, cada caza lleva una carga de seis bombas de fragmentación de diez kilogramos. Volando ala con ala, lanzan su carga simultáneamente. Las trincheras, a menos que sigan la disposición en zigzag, ofrecen escasa protección. Un jefe de escuadrilla alemán se ufana de que en un lienzo de trinchera de 200 metros se hayan podido hallar 120 cadáveres tras uno de sus ataques.**26** A partir del día 23, las tropas nacionales, con un poderoso despliegue de carros de combate, artillería y aviación, toman la iniciativa de la batalla. El día 24 llegan a las calles de Brúñete. «A causa de las bombas -escribe Von Richthofen- el terreno está lleno de humo y la visibilidad es mala. En cuanto la niebla se disipa, los rojos lanzan un contraataque. Hay muchos aviones rojos en el aire. Hemos sufrido grandes pérdidas de infantería. Hoy, por primera vez, están desplegadas todas las tripulaciones. Como la infantería roja se contiene ante esta muestra de poder aéreo, llegan siete nuevos batallones para apoyarla.»**27** La «infantería roja» es la división de Líster, que, pese a su reputación de disciplina de hierro, se desmorona el 24 de julio, tal como informa a Moscú el consejero jefe soviético: «La división de Líster se desmoronó y huyó. Con grandes dificultades conseguimos recuperarla e impedir que los soldados abandonaran sus unidades. Se han aplicado las más duras medidas represivas. El 24 de julio fueron fusilados unos 400 de entre los que habían huido».**28**

Walter informó a Moscú que «el pánico y la desbandada se generalizaron. Las Brigadas Internacionales, excepto la XI y unidades de la XV, que se mantuvieron en sus posiciones, no fueron menos rápidas en su inexplicable pero fulminante retirada».**29** «Todos los ataques rojos han sido rechazados -escribió exultante Von Richthofen al día siguiente . Incontables

rojos muertos se descomponen al sol. Hay tanques rojos fuera de combate por todas partes. ¡Qué gran panorama. Nuestros Heinkel 51 y los cazas españoles atacan al norte.» Dos días después, Von Richthofen reivindicó la victoria para la Legión Cóndor y las fuerzas aéreas nacionales. «Las tripulaciones han sido las que han salvado la situación. Las fuerzas de tierra no se les pueden ni comparar.»**30**

Tras la batalla de Brúñete, Líster recibió órdenes de «retirar a su división para readiestramiento y refuerzos», lo que quizás era necesario tras las 400 ejecuciones. Rodimtsev, su asesor militar, fue convocado a un barrio de Madrid para verse con el «camarada Malino[vski]», que deseaba recibir información sobre lo ocurrido.**31** El Estado Mayor central, como el coronel Rojo y los comunistas, sostuvo que la ofensiva de Brúñete había sido una obra maestra de planificación. Rojo escribió que fue de «una pulcritud técnica rigurosa, casi perfecta»,**32** lo que suena bastante optimista, por decir lo menos. La ofensiva de Brúñete se planteó como una operación de envolvimiento para tomar al enemigo por sorpresa, que era, en muchos aspectos, un anticipo de lo que se haría durante la segunda guerra mundial. La teoría de la «penetración en profundidad», utilizando unidades de carros como puños blindados, ya había sido desarrollada por los mejores cerebros del Ejército Rojo. La táctica ya había sido utilizada, el otoño anterior, por Paul Arman en el ataque a Seseña. Pero en julio de 1937, en Brúñete, semejante técnica ya no tenía sentido. El mariscal Tujachevski, su principal defensor, había sido torturado hasta confesarse culpable de traición y espionaje para los alemanes. El 11 de junio había sido juzgado y ejecutado con siete de sus cantaradas. Les dispararon, uno tras otro, a medida que salían del tribunal. Así que ningún asesor soviético iba a consentir semejante estrategia. Desplegaron las divisiones y los tanques, pero en vez de dejar que una segunda línea se ocupara de las bolsas de resistencia, se consintió que la fuerza de penetración se detuviera. Lo más raro fue que, tras el ataque desde el norte, otro, procedente de los barrios sur de Madrid, hacia Alcorcón, debía completar la maniobra para conseguir el envolvimiento. Pero eso nunca se produjo, de modo que el plan era virtualmente inútil desde el principio. Los estrategas del Estado Mayor no sólo subestimaron la capacidad de reacción del enemigo, sino que tampoco previeron que, tan pronto como los nacionales consiguieran superioridad aérea, el sistema de suministros, que ya estaba al límite, se colapsaría.

Además de los problemas vertebrales de falta de mandos e inferioridad en el arma aérea, las comunicaciones de las fuerzas republicanas fueron malas, como les sucedió siempre en todas las batallas, porque obuses y morteros cortaban sus líneas telefónicas de campaña lo que era aún más grave en un ejército que permitía a sus mandos muy poca iniciativa personal. Los nacionales, en cambio, se enfrentaron a la ofensiva con reacciones instintivas en todos los niveles de mando y no esperaron a recibir órdenes cuando les era imposible consultar a sus oficiales superiores. Ni tampoco seguían ciegamente las instrucciones recibidas cuando un repentino cambio de circunstancias sobre el terreno les hacía ver que eran inadecuadas. Otro fallo grave de las fuerzas republicanas era que carecían de mapas de la zona y en los batallones de las Brigadas Internacionales hubo que dibujarlos.**33**

Los problemas del mando y del control se veían agravados porque los comandantes, sometidos a presión, decían que habían alcanzado un determinado punto cuando ni siquiera estaban cerca de él. (Fue, también, un problema común del Ejército Rojo durante la segunda guerra mundial). Por estas razones, y aún más por vanidad pueril, algunos mandos confundían con frecuencia a los cuarteles generales. Por ejemplo, «el Campesino» exageró burdamente las bajas enemigas en Quijorna, cuando ésta cayó, para poder justificar su inicial falta de éxito. En su informe, Líster cuadruplicó el número de los defensores de Brúñete y luego se jactó de que sus fuerzas habían alcanzado Navalcarnero, cuando, en realidad, estaba

a unos doce kilómetros. Cuando llegó la 14 División de Mera a Brúñete para sustituir a la 11, Líster no sabía que el pueblo había sido reconquistado, y el jefe de Estado Mayor de Miaja, coronel Matallana, creía que los hombres de Líster eran aún dueños de los altozanos situados varios kilómetros más allá. Prieto, que estaba presente en el cuartel general cuando Mera expuso que sus órdenes no se correspondían con la situación real del frente, estalló lleno de cólera ante las protestas de Miaja de que había sido llevado a engaño. Vista su reacción, no se le informó de que Modesto echaba la culpa de la pérdida de Brúñete a la 14 División, para proteger la reputación de la formación comunista más famosa, el V Cuerpo de Ejército. El general Walter informó, en sus habituales términos mordaces, de que la razón por la que los comandantes de la 11 División «estaban tan sorprendentemente mal informados sobre la disposición de sus propios batallones» era que Líster tenía demasiados oficiales en su Estado Mayor.**34** Prieto tenía razón: el talón de Aquiles de la batalla de Brúñete fueron «los mandos y la aviación».**35**

Con la ofensiva de Brúñete, la República sólo consiguió ganar unos 50 kilómetros cuadrados de terreno al precio de 25.000 bajas, la pérdida del 80 por 100 de su caballería blindada y la desaparición de más de un tercio de la fuerza aérea que se había asignado a aquel frente.**36** Los nacionales sufrieron unas 17.000 bajas, pero tuvieron un menor índice de muertos, y sus pérdidas en material fueron pequeñas en comparación con el desastre de sus oponentes, que fue aún más nefasto porque se produjo cuando había comenzado a ser efectivo el bloqueo de los puertos republicanos por la escuadra rebelde.

Pese a su limitado éxito en sacar presión de la zona norte, la primera gran ofensiva de la República había significado un tropiezo grave. El daño moral, la pérdida de tantos soldados experimentados en unos momentos en que los nacionales estaban alcanzando la paridad numérica y la catastrófica pérdida de tanto material, no quedaban compensados por el retraso de cinco semanas que sufrió la campaña de los nacionales contra Santander y los dos meses en total en que se retrasó la caída del resto del frente Norte. Tampoco la República pudo aprovechar ese lapso de tiempo para reorganizar sus fuerzas en aquel frente porque no podía disponer de tropas de refresco. Franco dio por acabada la batalla de Brúñete exactamente el 25 de julio, día de Santiago, para proclamar que el apóstol le había dado la victoria. Si en algún momento pasó por su cabeza la idea de aprovechar la debilidad de las fuerzas republicanas para volver sobre Madrid, Vigón se encargó de quitársela, insistiéndole en la importancia de liquidar el frente Norte.**37**

Pero los comunistas decidieron que la batalla de Brúñete había sido una victoria y así lo hicieron saber a todo el mundo. A la XV Brigada Internacional se le dijo que «había reivindicado totalmente la política de guerra activa del nuevo gobierno de Negrín frente al *laissezfaire* de Largo Caballero, y que sus hombres habían impresionado al mundo con la promesa de futuro que ofrecía el recién reorganizado ejército republicano».**38** Las prematuras y exageradas alerías de los dos primeros días sobre el seguro éxito de la operación habían obligado a Miaja y a su Estado Mayor a persistir en la lucha a horribles costes en vez de admitir el fracaso. Los comunistas defendían con ardor la validez del plan operativo, pero lo cierto es que semejante concentración de tropas, desplazándose lentamente en un frente restringido, permitió a los nacionales aprovechar al máximo el superior potencial de sus fuerzas aéreas combinadas para atacar desde el aire. Como disponían de aeródromos situados a menos de treinta minutos de vuelo de Brúñete (Ávila y Talavera), los nacionales pudieron organizar un puente de bombarderos y consiguieron establecer un alto ritmo de salida de los cazas que los promotores de la ofensiva republicana seguramente no supieron prever.

Brúñete señala, además, un estadio importante en la insatisfacción cada vez mayor que reinaba en las Brigadas Internacionales y que fue causa de graves brotes de rebelión, llamados en los informes a Moscú «sucesos desagradables». Los principales actos de indisciplina fueron protagonizados por los norteamericanos, los ingleses y los polacos de la XIII Brigada Internacional. Sólo a punta de pistola se consiguió que los miembros del Lincoln regresaran al frente, mientras que los del British, que habían quedado reducidos a 80 hombres, acusaban de incompetencia a Gal y se negaban a seguir combatiendo hasta que éste amenazó con fusilar allí mismo a Walter Tapsell, jefe de la primera agrupación del batallón.

En la XIII los polacos, que llevaban muchos meses en el frente y estaban agotados, decidieron que se volvían a Madrid. El jefe de la brigada, Vincenzo Bianco («Krieger»), trató de sofocar brutalmente la revuelta golpeando a sus hombres a mansalva y pegándole un tiro en la cabeza a un soldado que se le había encarado. Durante algunos momentos de la batalla hubo que recurrir a la caballería -no servía para gran cosa más- para acorralar a los que se retiraban sin haber recibido órdenes de hacerlo. Modesto ordenó que en el V Cuerpo de Ejército se dispusieran ametralladoras tras la línea del frente con órdenes de abrir fuego sobre cualquier individuo o grupo que tratara de abandonar su puesto bajo cualquier pretexto. La moral de la tropa se resentía por las cuantiosas bajas, sobre todo porque la mayoría de los republicanos tenía la sospecha de que aquella carnicería era inútil.**39**

Los informes soviéticos subrayan el lamentable estado en que se encontraban las Brigadas Internacionales tras la batalla de Brúñete. De sus 13.353 hombres, 4.300 eran bajas, y cerca de 5.000 estaban en el hospital.**40** Los voluntarios internacionales constituían alrededor del 10 por 100 del contingente que formaba la XI Brigada. El resto eran españoles a los que, lógicamente, no les gustaba que les mandaran oficiales extranjeros que no hablaban en castellano. Las Brigadas XIV y XV fueron reducidas, ambas, de cuatro batallones a menos de dos. Gómez, el jefe del campo de entrenamiento de las Brigadas Internacionales en Albacete, informó al directorio de la inteligencia militar del Ejército Rojo en Moscú que el rendimiento de las brigadas en Brúñete se había visto afectado por «la obra sistemática de la quinta columna».**41**

El grado de paranoia de esta época de caza de brujas trotskistas es casi increíble. Cada metedura de pata, y hubo muchas, se atribuía a un sabotaje deliberado. Walter estaba tan convencido de que las Brigadas habían sido infiltradas, que hizo colocar ametralladoras tras las líneas para impedir que hubiera batallones que se rindieran al enemigo.

Durante la primera noche de la operación -informó a Moscú -fue necesario desarmar y arrestar a toda una compañía de uno de los batallones de las Brigadas. Un tribunal militar condenó a morir fusilados a dieciocho soldados de la compañía, encabezados por un teniente y tres oficiales fuera de servicio, por haber organizado la defección de la compañía al enemigo. Durante la segunda noche de la operación, Líster mató al comisario de división y al jefe de la brigada (anarquistas) por negarse a obedecer una orden militar y por instigar al Estado Mayor a que se rindiera. Además, en el transcurso de veintidós días, mientras la brigada estaba en la línea del frente, se desenmascaró a veinte agentes enemigos y se les sacó de la división. Más de la mitad eran oficiales. La rendición de Brúñete y la fuga de muchas brigadas fueron en muy buena medida resultado del pánico que desencadenó la «quinta columna» haciendo correr la voz de que los fascistas habían rodeado a nuestras fuerzas.**42**

La moral era, en cualquier caso, muy baja, como Kléber informó a Moscú. «Me está preocupando mucho el estado de las Brigadas Internacionales. Hay muchas cosas que van

mal: la actitud de los españoles hacia los brigadistas y la actitud de los brigadistas hacia los españoles; la moral de la tropa; el chovinismo de ciertas nacionalidades (especialmente los franceses, los polacos y los italianos); el deseo de repatriación; la presencia de enemigos en las filas de las Brigadas Internacionales. Es imperativo que la "Casa" envíe rápidamente a alguien muy importante para que tome este asunto en sus manos.»**43**

Un informe posterior añadía que «la inmensa mayoría de los dirigentes políticos, soldados, funcionarios civiles y partidos políticos en la España republicana consideran a las Brigadas Internacionales como a un cuerpo extranjero, una pandilla de intrusos». Los voluntarios extranjeros, por su parte, sentían que «habían sido tratados como a una legión extranjera dispuesta al sacrificio», porque siempre se les seleccionaba para los ataques más peligrosos, en lo que veían «un esfuerzo concertado por aniquilar y sacrificar a los contingentes internacionales». Algunas Brigadas Internacionales habían estado en el frente «durante 150 días consecutivos». En la XIII Brigada Internacional, el capitán Roehr «se suicidó durante el combate porque ya no podía más con la responsabilidad de tener que pedir un nuevo esfuerzo a sus hombres exhaustos, y al mismo tiempo no se sentía con autoridad para pedir a sus superiores un descanso para sus hombres».**44**

Otro informe a Voroshilov, que luego pasó a Stalin, hace referencia «a un talante pesimista y a falta de confianza en la victoria (esto último agravado desde la operación Brúñete)». Muchos brigadistas se sentían engañados. Se habían presentado voluntarios por seis meses y ahora no se les permitía volver a casa.**45** Aunque quizá lo más chocante es que las Brigadas Internacionales hubieran establecido su propio «campo de concentración», llamado campo Lukács. En el transcurso de tres meses, a contar desde el 1 de agosto, se envió a este campo de concentración a no menos de 4.000 hombres.**46**

24. La República, acosada

Aunque la «política activa de guerra» del gobierno Negrín no había empezado con buen pie, el nuevo presidente del Consejo tenía esperanzas de que la imagen moderada y disciplinada de su gabinete indujera a los gobiernos occidentales a cambiar su política con respecto a España. De hecho, tanto Edén como Churchill estaban favorablemente impresionados por los primeros pasos del gobierno Negrín, pero a aquél le quedaban seis meses escasos antes de que dimitiera en protesta por la política de Chamberlain, y Churchill siguió «en el desierto» hasta un año después de que la guerra civil española tocara a su fin.

Se cumplía un año de guerra civil y el gobierno británico había conseguido mantener al francés en el campo no intervencionista azuzando los temores galos de verse solos frente a Hitler. El Comité de No Intervención había aprobado el 8 de marzo anterior un segundo plan de control bajo el título de «Plan de observación de las fronteras españolas terrestres y marítimas», que consistía en crear «un consejo para la no intervención en España» compuesto por ocho países. El objetivo era establecer un control terrestre de las fronteras españolas, incluida la de Gibraltar, un control marítimo para supervisar el transporte de armas y voluntarios extranjeros y un sistema de vigilancia a cargo de patrullas navales que recorrieran las costas de España y que se encomendaría a los buques de guerra de los países miembros, entre los que se encontraban los implicados en la guerra, como Alemania o Italia, a los que, por increíble que parezca, se confió en solitario el control de las costas mediterráneas.¹ Sin embargo, eso no aplacó a los nacionales. Virginia Cowles notó en Salamanca el resentimiento contra el gobierno británico debido a la firme creencia de que la no intervención era «una conjura comunista para debilitar a Franco excluyéndole de la ayuda extranjera».²

La farsa diplomática de la no intervención recibió un duro golpe el 23 de aquel mismo mes, cuando el conde Grandi, embajador italiano, admitió abiertamente ante el Comité de No Intervención -aunque a título personal- que había fuerzas italianas en España y afirmó que no sería retirado ni un solo italiano hasta el final de la guerra civil.³ Aun así, la intervención alemana e italiana en España siguió sin ser «reconocida» oficialmente. La única medida práctica que se tomó fue que cada parte signataria del acuerdo dictaría leyes destinadas a impedir que sus ciudadanos privados se presentasen voluntarios para ir a España. La medida afectó, por supuesto, a los que trataban de incorporarse a las Brigadas Internacionales, pero no a las unidades militares de las potencias del Eje. Por si fuera poco, el único control efectivo que existía sobre la importación de material de guerra se ejercía en la frontera francesa, de modo que, una vez más, las consecuencias del bloqueo sólo las sufría la República.

El aislacionismo de Estados Unidos fue muy útil para los nacionales, a quienes ayudaron desde Washington muchos simpatizantes con influencias. El gobierno norteamericano había apoyado tácitamente la política de no intervención desde el principio. A finales de 1936, cuando una empresa privada estaba a punto de enviar aviones a la República, Roosevelt aprobó leyes destinadas a impedirlo, aunque los aparatos consiguieron ser embarcados en el *Mar Cantábrico* unas horas antes de que la ley entrara en vigor. Este barco mercante de bandera española cargó más material de guerra en México y, luego, camuflado como británico, se dirigió a aguas vascas. Allí le esperaba el crucero nacional *Canarias*, que había zarpado de El Ferrol el 4 de marzo. El *Mar Cantábrico* fue capturado el día 8 y todos los marinos españoles fueron ejecutados. Hoy en día aún no sabemos quién reveló su ruta a los nacionales.

El «Plan de observación de las fronteras españolas» entró en vigor la noche del 19 al 20 de abril, con la vigilancia de las costas por patrullas navales de Gran Bretaña, Francia, Alemania

e Italia. La inutilidad de semejante plan quedó clara por el mismo hecho de que no se produjo ni una sola contravención del acuerdo hasta que éste terminó, en otoño.

Los incidentes de mayor peligro potencial durante este período tuvieron lugar los días 24 y 26 de mayo, cuando el puerto de Palma de Mallorca fue atacado por bombarderos republicanos pilotados por aviadores rusos que habían salido de Valencia. El día 24 cayeron varias bombas cerca de dos buques de guerra italianos, el *Quarto* y el *Mirabello*, de un torpedero alemán, *Albatross*, y de otro inglés, el *Hardy*.

El día 29 la cosa fue más grave: una bomba alcanzó los camarotes de oficiales del acorazado italiano *Earletta*, y mató a seis de ellos. Los gobiernos alemán e italiano protestaron alegando que sus barcos estaban cumpliendo con la misión ordenada por el Comité de Londres. Ese mismo día 29, en aguas de Ibiza, el acorazado de bolsillo alemán *Deutschland* recibió dos impactos directos que ocasionaron la muerte de 20 marineros y causaron diversas heridas a otros 73. Hitler, al enterarse de la noticia, montó en cólera y Von Neurath tuvo que convencerle de que no declarara la guerra a la República. A cambio, se preparó una respuesta de proporciones aterradoras. El Führer ordenó a unidades de la Armada alemana, entre las que se contaba *Admiral Scheer*, que en las primeras horas del día 31 de mayo y sin aviso previo bombardearan en represalia la ciudad abierta de Almería, desprovista de fortificaciones y defensas. Las autoridades locales calcularon que la ciudad recibió más de 200 cañonazos, murieron 20 personas, 50 resultaron heridas y 40 edificios fueron arrasados.

En respuesta, Prieto quería desencadenar represalias militares inmediatas: que las fuerzas aéreas republicanas atacaran a la flota alemana, lo que equivalía a una declaración de guerra. Los comunistas se alarmaron y pidieron por radio instrucciones a Moscú. Stalin, de forma nada sorprendente, se mostró totalmente contrario a la idea de Prieto, ya que provocar a Hitler le asustaba más que cualquier otra eventualidad. Finalmente, ante la oposición formal de Giral y Hernández, y el desacuerdo que manifestaban tanto el presidente del Consejo como el jefe del Estado, lo que se hizo fue enviar notas de protesta al secretario general de la Sociedad de Naciones y a los ministros de Asuntos Exteriores francés y británico. Pero tanto el Quai d'Orsay como el Foreign Office se decantaban por dar la razón a los alemanes. Alvarez del Vayo pidió entonces la convocatoria extraordinaria y urgente del Consejo de la Sociedad de Naciones, pero su petición no fue atendida.⁴

El 30 de mayo Alemania e Italia se retiraron del Comité de No Intervención. Neville Chamberlain, que había sido nombrado primer ministro el día 17, trató de calmar al Führer con «definitivos y considerados» intentos de mejorar las relaciones anglo-germanas para que Alemania regresara al Comité, cosa que hizo el 12 de junio, una vez que los ingleses atendieron todas las peticiones alemanas e italianas y así se lo comunicaron al gobierno de la República española.⁵ Los alemanes, advirtiendo que podrían sacar provecho de la situación, afirmaron el 15 de junio que su crucero *Leipzig* había sido atacado al norte de Oran por un submarino sin identificar, y pidieron que se impusieran sanciones al gobierno de la República, a lo que París y Londres se opusieron, negativa que utilizaron aquéllos para retirarse de las patrullas navales, secundados por los italianos, el 22 de junio. La República negó cualquier implicación en el incidente.

El 1 de julio el presidente del Consejo Juan Negrín, acompañado por el ministro de Estado, José Giral, marchó a París. Allí se entrevistó con el nuevo jefe del gobierno francés Camille Chautemps y también con Ivon Delbos y León Blum, que seguían en el gabinete, acompañado por Azcárate, que había viajado desde Londres, y por Ossorio y Gallardo, embajador de España en Francia. Negrín dijo a Chautemps que ya era hora de acabar con la farsa de la no intervención. Delbos, al que vieron más favorable a las tesis españolas que otras veces, les dijo que no iban a tolerar las pretensiones alemanas, que los barcos franceses e ingleses iban

a sustituir a los italianos y alemanes y que de ninguna manera aceptarían que se concediese a los rebeldes el estatus de beligerantes. Al decir de Azaña, Chautemps les manifestó que «confiaba en salvar a la República». **6**

La política de Alemania e Italia sobre España tenía el mismo grado de coordinación que la de Gran Bretaña y Francia. Habiendo reconocido al régimen de Burgos en el mes de noviembre anterior, recomendaron el 2 de julio un «plan constructivo» basado en los siguientes puntos: 1) reconocimiento del estatuto de beligerancia para ambos bandos; 2) cese de la vigilancia de las costas españolas; 3) mantenimiento del control de las fronteras terrestres. Los representantes franceses y británicos dijeron que el plan era inaceptable. Los británicos se oponían a la concesión de los derechos de beligerancia porque sabían que ello significaba una posible intromisión en sus fuerzas navales. El gobierno francés sabía que el poderío naval de los nacionales, con la ayuda encubierta de los submarinos italianos, estaba en condiciones de forzar el bloqueo de la República hasta rendirla. El gobierno británico sugirió entonces una fórmula de compromiso que implicaba otorgar derechos de beligerancia tan sólo cuando fuesen retiradas de España las tropas extranjeras. Pero luego eso se corrigió a cuando se produjeran «reducciones sustanciales», lo que condujo a interminables discusiones sobre cifras y porcentajes.

A finales de julio empezó la campaña italiana de ataques desde Mallorca con submarinos y bombardeos de la Aviazione Legionaria. El primer barco torpedeado fue *Andutz mendi*, y durante el mes de agosto los submarinos italianos consiguieron hundir 200.000 toneladas de carga naval destinada a la República, incluidos ocho mercantes británicos y otros dieciocho de países neutrales. Ante los ataques, los dirigentes republicanos hicieron una declaración sumamente contenida en la que pedían que el asunto se incluyera en el orden del día de la reunión extraordinaria del Consejo de la Sociedad de Naciones. El 23 de agosto, Ciano anotó en su diario los detalles de la visita que le hizo el *chargé d'affaires* británico en Roma: «Ingram ha dado un paso amistoso en relación con los lanzamientos de torpedos en el Mediterráneo. He respondido con mucha cara dura. Se ha marchado casi contento». **7**

El día 31 el submarino italiano *Iride* disparó varios torpedos contra el destructor británico *Havock* al norte de Alicante. El 3 de septiembre, Ciano escribió en su diario: «Gran orquesta franco-rusobritánica. Motivo: piratería en el Mediterráneo. Responsabilidad: fascista. El Duce está muy tranquilo. Mira hacia Londres y no se cree que los ingleses quieran una confrontación con nosotros». **8** No era sorprendente que Mussolini tuviera esa percepción. Lord Perth, el embajador británico, era «un converso de verdad», un hombre que había llegado a «comprender e incluso amar al fascismo», de creer en lo que dice Ciano. Chamberlain, haciendo caso omiso del consejo de Edén, escribió directamente a Mussolini en los términos más amistosos, pensando que podía apartarle de Hitler. Mientras tanto, había dado instrucciones a Perth para que preparara un tratado de amistad con Mussolini. Utilizaría además como enviada especial a su propia cuñada, lady Chamberlain, quien ostentaba con orgullo insignias y condecoraciones fascistas.

Había un pequeño grupo en el Partido Conservador sensible al peligro que podía acarrear la política de Chamberlain. Harold Nicholson, uno de ellos, coincidía con Duff Cooper en que «la segunda guerra alemana comenzó en julio de 1936, cuando los alemanes empezaron a intervenir en España». En su opinión «las clases pudientes de este país, que coquetean insensatamente con Franco, nos han colocado en una situación muy peligrosa». **9** El único ámbito en el que el gobierno conservador estaba dispuesto a mostrar un remedo de firmeza era en el Mediterráneo, ruta marítima del imperio. En realidad sólo le preocupaba que las bases del Eje desaparecieran del territorio español en cuanto la guerra civil hubiera terminado.

Tuvieron que ser los franceses, esta vez, quienes apuntalaran la política de no intervención. Ivon Delbos decidió que ya era hora de detener los ataques de los submarinos italianos. El día 10 de septiembre, se celebró una conferencia en Nyon, a orillas del lago Lemán, para discutir la situación en el Mediterráneo. Italia y Alemania se negaron a asistir porque el gobierno nazi sostenía que el incidente del *Leipzig* aún no había sido resuelto, mientras que los italianos protestaban ante la acusación directa que les hacía la Unión Soviética de ser los responsables de los continuos ataques submarinos. Los gobiernos francés y británico «lamentaron» la decisión, añadiendo que mantendrían informados de lo que sucediera a los gobiernos del Eje.

Mientras tanto, Von Neurath advirtió a Ciano de que la inteligencia naval británica había interceptado señales de tráfico entre submarinos italianos. Sabiendo que tenía muy poco que temer, Ciano replicó que serían más cuidadosos en el futuro. La conferencia de Nyon decidió en sólo cuatro días que se debía llevar a cabo «una acción naval colectiva para la destrucción de todo submarino que atacara, o hubiese atacado, a un buque mercante no español». **10** Sin embargo, nada se dijo de ataques aéreos o de superficie. Eso se tuvo que añadir más tarde en la Sociedad de Naciones, en Ginebra. Los británicos aceptaron tantas salvedades, en un intento por convencer a los italianos de que se adhirieran al acuerdo, que todo aquello quedó prácticamente en papel mojado. Mussolini se jactó ante Hitler de que él seguiría llevando a cabo sus «operaciones torpederas».

El 16 de septiembre, el doctor Negrín intervino en la sesión de apertura del Consejo de la Sociedad de Naciones reclamando, una vez más, que cesara la farsa sobre lo que estaba ocurriendo en el Mediterráneo. Sus palabras cayeron en el vacío. El día 18 la Asamblea inauguró sus sesiones. Negrín volvió a intervenir manifestando que mantener la ficción de la no intervención era tanto como trabajar a favor de la guerra. El jefe del gobierno español exigió que se reconociera la agresión de Alemania e Italia, que se le pusiera fin, que se reconociera al gobierno español el derecho de proveerse libremente, que los combatientes no españoles se retiraran y que las medidas de seguridad adoptadas en el Mediterráneo se extendieran a toda España. Las emotivas palabras de Negrín sólo hallaron eco entre los delegados mexicano y ruso. Británicos y franceses continuaron sosteniendo, impertérritos, que sólo la no intervención podía detener la guerra civil. **11**

Aquel otoño, en la Sociedad de Naciones, Edén trató de justificar la política de no intervención afirmando que había servido para reducir la llegada a España de fuerzas extranjeras. Faltaba a la verdad a sabiendas. El gobierno británico trató asimismo de impedir que la República española publicara detalles sobre la intervención italiana. Edén admitió que «habría sido ocioso negar que se habían producido notables rupturas del acuerdo», pero insistió en recomendar el mantenimiento del acuerdo de no intervención porque «un dique resquebrajado aún puede cumplir su función». **12** Para los nacionales, por supuesto, no existía tal dique ni nunca había existido. La Sociedad de Naciones decidió que «si ese resultado [la retirada e los combatientes extranjeros] no pudiera obtenerse en un plazo breve, los miembros de la Sociedad que han adherido al acuerdo de no intervención, considerarán el fin de la política de no intervención». **13** El representante de la República española, Álvarez del Vayo, pidió que le aclararan qué quería decir «en un plazo breve». El ministro de Asuntos Exteriores francés, Delbos, expresó su deseo de que no significara más allá de diez días y el representante británico replicó que sería «probablemente en una fecha más próxima de lo que se imagina el delegado español». El plazo breve aún no había transcurrido dieciocho meses más tarde, cuando la República española ya había dejado de existir.

Es posible que los políticos conservadores británicos hubieran empezado a ver el gobierno de la República bajo una luz más positiva, aunque no tenían ni idea de la lucha por el poder que se libraba, entre bastidores, en Valencia. Los jefes comunistas y los consejeros soviéticos

se alarmaban y encolerizaban al ver cómo antiguos aliados políticos se volvían ahora en su contra.

El 30 de julio, Dimitrov pasó a Voroshilov un informe de un alto funcionario soviético en Valencia sobre el estado de las relaciones con el gobierno Negrín. Este documento revela la determinación de los comunistas de hacerse con todo el poder en España. «La luna de miel se ha terminado ... La familia gubernamental está bien lejos de lo que debería caracterizarla: amistad, amor y paz ... Es cierto que con este gobierno nuestro partido tiene más oportunidades de actuar, de ejercer presión sobre la política del gobierno, de las que tenía con el anterior. Pero aún estamos lejos del mínimo deseable.» Los comunistas volvieron a lanzar un duro ataque contra Prieto por haber puesto en libertad a Rovira, el comandante del POUM. Prieto había ordenado incluso que la 29 División del POUM fuese rearmada, pero los comunistas ya habían conseguido desmantelarla por medio de sus miembros en el ejército.

«A Prieto -sigue el informe- le asusta el ejército popular, dirigido por comandantes que proceden del pueblo [hay que entender comunistas leales], endurecidos en la batalla, porque representa una gran fuerza revolucionaria y, en consecuencia, puede desempeñar un papel decisivo en la conformación de la vida económica y social, del sistema político de la España futura.» Prieto, por consiguiente, trataba de impedir la actividad política, «especialmente la actividad comunista, y en eso los militares profesionales, Rojo incluido, le apoyan. Quiere que, por lo menos, el cuadro de mando no esté compuesto por revolucionarios activos. Estas medidas de Prieto van ligadas, fundamentalmente, a toda su concepción política, que no permite que el desarrollo de la revolución española vaya más allá de los límites de una república democrático-burguesa clásica ... Debo añadir que Martínez Barrio y los republicanos comparten totalmente la concepción que Prieto tiene del ejército». «Los republicanos están cambiando cada vez más sus relaciones con el Partido Comunista. No hace mucho que le miraban con respeto, pero en junio todo empezó a cambiar.» Ahí se deja nota, probablemente, la desaparición de Andreu Nin.

El informe pasa a describir seguidamente a Zugazagoitia, el ministro socialista de Gobernación, como a un «trotskista camuflado». «Fue él quien sabotó la persecución de los poumistas. Y lo que es más: él mismo organizó y apoyó varias campañas de naturaleza chantajista, provocaciones cuyo objetivo es volver el asunto del espionaje trotskista en contra del partido. Zugazagoitia prohibió e impidió la publicación de materiales que mostraban la conexión entre Nin y los poumistas y el Estado Mayor general de Franco. Fue él quien echó a Ortega, el comunista, de su cargo de director general de Seguridad Pública.» El ataque contra otros ministros prosigue. Irujo, el ministro de Justicia, «actúa como un auténtico fascista». «Juntamente con Zugazagoitia, Irujo hace todo lo posible y lo imposible por salvar a los trotskistas y para sabotear los juicios contra ellos. Y hará todo lo posible para que sean absueltos.»

El doctor José Giral, ministro de Estado, también fue acusado de infiltrar trotskistas. Negrín era el único que estaba de acuerdo con los comunistas, pero no era lo suficientemente fuerte. «Nuestro partido insiste en los tres puntos siguientes: que se lleve a cabo una purga del aparato militar, que se promueva a los primeros puestos a los mandos que provienen del pueblo y que se ponga fin a la campaña anticomunista; que se lleve a cabo una incansable purga de los elementos trotskistas que hay en la retaguardia; que se termine de una vez por todas con la lenidad para con la prensa, los grupos y los individuos que llevan a cabo una campaña de difamación contra la URSS. Si Negrín no lo hace, nuestro partido es lo suficientemente fuerte y comprende perfectamente la responsabilidad que tiene para encontrar los medios y las medidas necesarias para proteger los intereses del pueblo.» El panorama sobre la situación política concluye con la siguiente afirmación: «La revolución

popular no acabará triunfando si el Partido Comunista no toma el poder en sus propias manos».14

25. La guerra en Aragón

Tras el fracaso de la ofensiva de Brúñete el Estado Mayor de la República no tuvo más remedio que admitir que las grandes operaciones en el sector central no conducían a nada positivo. Aunque tras sus graves pérdidas de material era impensable otro ataque a la escala de aquél, era urgente llevar a cabo un nuevo esfuerzo para socorrer a Santander y a Asturias. Si las fuerzas republicanas del norte conseguían resistir hasta que las nieves del invierno bloquearan los puertos de la cordillera Cantábrica, Franco no podría desplazar allí a sus tropas navarras, gallegas e italianas (que le supondrían la paridad numérica con las republicanas) o a la mayor parte de su fuerza aérea antes de bien avanzada la primavera de 1938.

Los republicanos decidieron atacar de nuevo, pero esta vez en el frente de Aragón. Las razones que les llevaron a decidirse por el este antes que por el suroeste eran fundamentalmente políticas. Los comunistas y los jefes militares que les apoyaban no podían escoger Extremadura porque hubiera sido tanto como admitir que la estrategia de Brúñete había sido un error y el plan de Largo Caballero correcto. El jefe de Estado Mayor, el coronel Rojo, estaba de acuerdo con que los comunistas tuvieran la dirección militar de la guerra, pero la razón principal de llevar el énfasis guerrero al este era la voluntad del gobierno Negrín y de los comunistas de conseguir el control total de Cataluña y Aragón.

Como hemos visto, tras los hechos de mayo de Barcelona el gobierno central se había hecho cargo del orden público en Cataluña, había disuelto el Consejo de Defensa de la Generalitat, controlado por los anarquistas desde su creación, y nombrado al general Pozas como jefe del recién constituido ejército del Este. Todo ello representó el primer paso para terminar con la independencia de la Generalitat y con el poder anarquista en Cataluña. El siguiente paso para afirmar el control del gobierno central iba a ser el desmantelamiento del Consejo de Defensa de Aragón llevando allí tropas comunistas y poniendo a las tres divisiones anarquistas bajo el mando de oficiales comunistas. La composición de las fuerzas republicanas en el este había cambiado radicalmente aquel verano de 1937. Antes de la batalla de Brúñete la única formación comunista presente en la zona había sido la 27 División del PSUC (la Carlos Marx), pero durante los últimos días de julio y la primera mitad de agosto, se envió allí, desde el frente central, a todas las formaciones comunistas de élite: la 45 División de Kléber y el V Cuerpo de Ejército de Modesto (que incluía la 11 División de Líster, la 35 de Walter y la 46 de «el Campesino»). Por primera vez se amenazaba a los anarquistas en su «Ucrania española».

A finales de julio, tras la batalla de Brúñete, los comunistas, secundados por los socialistas moderados y por los republicanos, arreciaron en su campaña contra el presidente del Consejo de Defensa de Aragón, Joaquín Ascaso, que era un personaje turbio y polémico, a quien acusaron de comportarse como un capo de la mafia. Lógicamente, sus amigos libertarios le defendieron sin reservas cuando se le acusó de estar sacando joyas fuera del país. En los principales periódicos del Partido Comunista, *Mundo Obrero* y *Frente Rojo* se sucedieron los ataques contra el Consejo de Aragón, al que se acusaba de ser una formación «cantonalista», y contra las colectividades agrícolas autogestionadas que atentaban contra la «democracia controlada» por la que abogaban Negrín y los comunistas. El gobierno de Negrín estaba dispuesto a recuperar el control del Estado en todo el territorio republicano, por lo que el presidente del Consejo encargó al ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia, que redactara un decreto de disolución del Consejo de Aragón, el cual fue publicado en el *Diario oficial del* 11 de agosto.

El decreto preveía el cese del delegado del gobierno en Aragón, Joaquín Ascaso, y se nombraba gobernador general del territorio al republicano José Ignacio Mantecón. El decreto preveía también que quien quisiera podía continuar formando parte de las colectividades

anarquistas, mientras que el que deseara abandonarlas tenía derecho a retirar de ellas el capital aportado y la parte de beneficios que le correspondiera.¹ A las divisiones anarquistas 25,26 y 28 se las mantuvo ocupadas en el frente impidiendo que les llegaran noticias de la disolución del Consejo. Prieto, sabedor de que los anarquistas no iban a aceptar la pérdida de su baluarte aragonés sin plantar cara a las autoridades centrales, propuso enviar a Caspe una fuerza militar que obligara al cumplimiento del decreto. Una semana antes de su publicación, Prieto se había entrevistado con Enrique Líster para encargarle que, con su 11 División, apoyada por la 27 y la 30, se dispusiera a actuar contra las colectividades libertarias y contra las colectividades conjuntas de la CNT-UGT tan pronto como recibiera la señal de la publicación del decreto de disolución. Aunque en sus memorias Líster sostuvo que Prieto le había dado órdenes de actuar sin contemplaciones «ni trámites burocráticos ni legalistas»,² la realidad es que la temida rebelión de los libertarios no se produjo.

Aquellas «maniobras», como se las llamó oficialmente, condujeron a la detención de un centenar de anarquistas, algunos de los cuales estaban todavía en la cárcel de Caspe en marzo de 1938 cuando la ciudad fue ocupada por los franquistas,³ y a la disolución efectiva del Consejo de Aragón y de todas las organizaciones que lo integraban. Los consejos municipales fueron sustituidos por «comisiones gestoras» que, con las fuerzas de seguridad y del ejército, desmantelaron las colectividades. Las oficinas de la CNT fueron destruidas y la maquinaria, elementos de transporte, aperos y semillas de las colectividades entregadas a los pequeños propietarios que, inducidos muchas veces por los comunistas, se habían negado a trabajar la tierra de forma comunal.⁴ El órgano del Consejo, *Nuevo Aragón*, fue prohibido y sustituido por el diario comunista *El Día*. Los comunistas tenían pensado organizar un juicio espectacular a Ascaso, que fue detenido mientras se hallaba en Valencia, pero éste tuvo que ser puesto en libertad el 18 de septiembre por falta de pruebas. Un año después, el Comité Nacional de la CNT lo expulsó de la confederación. **5**

El Gobierno justificó la necesidad de esta operación (cuyas «durísimas medidas» sorprendieron incluso a algunos miembros del Partido Comunista) por la conveniencia de que fueran los propios campesinos quienes decidieran libremente seguir o no en unas colectividades que habían sido impuestas por la fuerza. Ciertamente, los anarquistas de las columnas que salieron de Barcelona, eufóricos por su triunfo revolucionario, habían obligado a muchos campesinos a organizarse en colectividades y, en muchos casos, éstas fueron impuestas a punta de pistola, pero el hecho de que en casi todos los pueblos aragoneses se diera una mezcla de colectivistas e individualistas demuestra que la imposición no fue total y que las opiniones estaban divididas. Las colectividades espontáneas coexistían con las forzadas, del mismo modo que dentro de estas últimas coexistían colectivistas de grado y otros que lo eran por fuerza.⁶ Podemos calcular que, hacia el verano de 1937, había en Aragón de 400 a 500 colectividades, que contaban con unos 150.000 o 200.000 miembros.⁷

El debate sobre la eficacia de estas colectividades, su capacidad productiva en tiempos de guerra, las dimensiones internas, los egoísmos, el acaparamiento de productos y simientes, el enriquecimiento de unos pocos, el altruismo de muchos y la conveniencia o no de su desmantelamiento son aún hoy objeto de reflexión y estudio. José Silva, secretario general del Instituto de Reforma Agraria y miembro del Partido Comunista, hizo una síntesis razonable de lo que había ocurrido:

Fue en Aragón donde se hicieron los más variados y extraños ensayos de colectivización y socialización, donde, seguramente, se ejercieron más violencias para obligar a los campesinos a entrar en las colectividades ... Cuando el Gobierno de la República disolvió el Consejo de Aragón ... quiso dar satisfacción al hondo malestar que latía en el seno de las masas campesinas disolviendo

las colectividades. Tal medida constituyó un error gravísimo que produjo una tremenda desorganización en el campo ... Como consecuencia, se paralizaron casi completamente todas las labores del campo y, a la hora de llevar a cabo la sementera, una cuarta parte de la tierra de siembra no estaba preparada para recibirla ... Para remediar esta situación el Partido Comunista procedió a restablecer algunas de las colectividades disueltas ... El reconocimiento del derecho de las colectividades, el acuerdo de devolverles lo que se les había arrebatado injustamente y la actividad del gobernador general de Aragón en este sentido, volvieron las cosas a su cauce, renaciendo la tranquilidad y despertándose el entusiasmo para el trabajo en los campesinos, que dieron las labores necesarias para la siembra en las tierras abandonadas.**8**

La reacción anarquista ante la disolución del Consejo de Defensa de Aragón fue menor de lo que el Gobierno esperaba. El único intento de oponerse a la acción protagonizada por Líster lo hizo Mariano R. Vázquez «Marianet», el secretario nacional de la CNT, quien pidió a Prieto que transfiriera inmediatamente a Aragón la división de Cipriano Mera, pero que se contentó con la respuesta del ministro de Defensa de que ya «había reprendido» a Líster. La FAI, por su parte, afirmó algunos meses después que disuadió a sus miembros de una rebelión armada para no desatar una nueva guerra civil en el campo republicano, y los dirigentes de la CNT dijeron haber conseguido que no se dictara una sola sentencia de muerte por los tribunales militares especiales controlados por los comunistas, pero no parece que fuera tanto mérito suyo como temor de los comunistas a tener que habérselas con tres divisiones confederales.

Lo que jugó un papel importante en la *detente* fue, de un lado, que los dirigentes anarquistas querían volver a entrar en el gobierno central y, de otro, su resentimiento contra el Consejo de Aragón porque había sido creado sin la aprobación del Comité Nacional de la CNT y no había sido ratificado por ningún pleno ni congreso regular. Los acontecimientos de Aragón no hicieron sino incrementar la enorme brecha que separaba a los dirigentes de la CNT de sus bases, cada vez más frustradas y enfurecidas por la poquedad de sus líderes. Todo lo que hizo el Comité Nacional fue enviar una comisión para que estudiara los hechos y que se quedó en nada porque no veía utilidad en «la defensa de una causa con la que nunca se habían sentido identificados». El Consejo de Aragón y las colectividades agrarias, de donde habían surgido las principales críticas a la militarización de las milicias anarcosindicalistas y la oposición más acerada a la entrada en política de la CNT, habían sido un quebradero de cabeza para los dirigentes nacionales de la CNT. «Para estos anarquistas de ciudad, que tanto habían defendido el agrarismo en otros tiempos, el colectivismo en el campo era ya una causa perdida.»**9**

La disolución, así, del Consejo de Aragón no fue sólo un paso más hacia el restablecimiento del poder del Estado, sino que también significó, por una parte, un nuevo triunfo de los comunistas y de sus aliados en el afianzamiento de sus posiciones de poder y, por otra, una nueva derrota del poder anarquista y de su causa.

Mientras se sucedían estos hechos, el coronel Rojo había estado preparando cuidadosamente una nueva ofensiva que debería llevar a cabo el ejército del Este, que habría de contar con la mayor cantidad de fuerzas disponibles y cuyos objetivos serían, por una parte, distraer fuerzas franquistas del frente Norte y, por otra, tomar Zaragoza, cuya recuperación era algo más que una revancha, porque siendo como era el principal nudo de comunicaciones de todo el frente de Aragón, su caída podía arrastrar la de Huesca y facilitar la de Teruel. El primer año de guerra en el este había puesto de relieve que la posesión de una ciudad clave tenía mucha más importancia que el control de amplias zonas de territorio abierto. Los nacionales sólo contaban allí con las divisiones 51^º, 52^º y 105^º, cuyas tropas

estaban desplegadas a lo largo de 300 kilómetros de frente, aunque concentradas, en su mayoría, en las ciudades.

De las operaciones militares en campaña se encargaron el jefe del ejército del Este, general Pozas, y su jefe de Estado Mayor, el teniente coronel Antonio Cordón, quienes instalaron su cuartel general en Bujaraloz. El plan de ataque consistía en penetrar por siete puntos distintos de la franja de 100 kilómetros que separa Zuera de Belchite, dividiendo las fuerzas para fragmentar los posibles contraataques de los nacionales y ofrecer menor blanco para el bombardeo aéreo y artillero del que habían ofrecido en Brúñete. En el flanco norte, la 27 División tenía que atacar Zuera antes de girar a la izquierda en dirección a Zaragoza asegurando primero el paso del río Gallego, y luego el del Ebro, a las fuerzas principales, y tomando los puentes de la capital sobre el río. En el centro, la 45 División mandada por Kléber avanzaría en dirección este desde la zona de Farlete para romper la línea enemiga, tomar Villamayor de Gallego y penetrar en Zaragoza apoyando a la 27. La 26 División y parte de la 43 debían partir de la zona de Pina, vadear el Ebro y fortificarse entre los kilómetros 36 y 39 de la carretera de Quinto a Zaragoza.

El grueso de las fuerzas lo constituía, como era habitual, el V Cuerpo de Ejército al mando de Modesto, con las divisiones 11, de Líster, y 35, de Walter, que debían avanzar por el sur del Ebro hasta la línea Fuentes de Ebro-Mediana, cercar Quinto aislándola de Zaragoza y, finalmente, atacar la capital de Aragón **10** con la protección de casi todos los carros de combate T-26 y BT-5 asignados a la ofensiva. Los BT-5 habían sido agrupados en el Regimiento Internacional de Tanques, formado por tres compañías, que mandaba el coronel Kondratiev. Todos los conductores procedían de la Unión Soviética.**11** La mayor parte de los 200 aviones republicanos del frente se reservaron para el ataque en la zona del valle del Ebro. Los aparatos republicanos superaban en mucho a los viejos bombarderos ligeros Heinkel 46 y a los cazas Heinkel 51 que utilizaron los nacionales, pese a que la Legión Cóndor disponía de una escuadrilla de Heinkel 70, Rayo, aviones que alcanzaban los 380 kilómetros por hora, pero que Franco no permitió utilizar.**12**

La República contaba, pues, con una gran superioridad local tanto en tierra como en el aire, y a Modesto la operación le parecía cosa hecha. En la orden del Estado Mayor se hacía hincapié en que el frente enemigo estaba guardado por tropas de escasa calidad, que los nacionales disponían de pocas reservas en Zaragoza y que habían estallado en la ciudad revueltas prorrepúblicas.**13** Modesto parecía más interesado en que fuera la división de Líster, ayudada por los tanques, la que alcanzara la gloria de entrar primero en Zaragoza, que en considerar otros planes alternativos por si la operación no se convertía finalmente en el paseo militar que él esperaba. Sólo habían transcurrido seis semanas desde Brúñete, pero o bien Modesto ya había olvidado lo sucedido allí, o bien se había creído la propaganda que había convertido en victoria una derrota.

La ofensiva se inicia en la madrugada del día 24 de agosto, cuando las tropas nacionales ya han tomado Torrelavega, a las puertas de Santander. Para preservar el efecto sorpresa, no hay preparación artillera ni actúa la aviación republicana.**14** En el norte, la 27 División ocupa Zuera hacia el mediodía. Kléber lanza a la 45 División al ataque, consigue llegar hasta Villamayor de Gallego, a unos seis kilómetros de Zaragoza, y allí se detiene por falta de información sobre las fortificaciones enemigas. Los soldados de la 25 División ocupan Codo tras vencer una fuerte resistencia del tercio de requetés Nuestra Señora de Montserrat que defiende el pueblo, y consiguen cortar la carretera de Belchite a Mediana. Por su parte, Líster con la 11 se dirige a Fuentes de Ebro pero no consigue tomarlo; allí se demora más de la cuenta tratando de limpiar los focos de resistencia; la IV Brigada Autónoma de Caballería se dispersa y pierde toda su capacidad ofensiva. Lo más desastroso es que una vez conseguida

la penetración, el Regimiento Internacional de Tanques no es apoyado por la infantería, y casi todos los BT-5 son destruidos. Modesto, enfurecido, echa la culpa a Líster y, desde entonces, el mutuo resentimiento entre los dos grandes jefes comunistas se convierte en un problema endémico. Se culpa de ello «a la interferencia de elementos fascistas que han azuzado la hostilidad mutua para debilitar la fuerza del V Cuerpo de Ejército». Sin embargo, otro informe más racional enviado a Moscú echa la culpa al «abierto sabotaje de Líster, que no quiere estar bajo las órdenes de Modesto». **15**

La 25 División ataca Quinto, que consigue ocupar el día 26 pese a la resistencia de los soldados nacionales en la ermita de Bonastre. Como la 11 está empantanada en Fuentes de Ebro, acude en su auxilio la 35, que había perdido mucho tiempo tratando de limpiar las bolsas de resistencia de Quinto. Los mandos republicanos se obsesionan por reducir estas bolsas de resistencia, cuando debían haberlas dejado a la acción de las fuerzas de reserva y seguir ellos con el grueso del ataque, concentrándose en el objetivo principal. En ese punto, Juan Modesto propone cambiar el objetivo inicial de tomar Zaragoza por la conquista de Belchite, que está defendido tan sólo por unos centenares de hombres, aunque cuenta con buenas fortificaciones de hierro y cemento llenas de nidos de ametralladoras y apoyadas en edificios muy bien preparados para la defensa, como el seminario y la iglesia de San Agustín.

El ataque a Belchite empieza a las diez de la mañana del día 1 de septiembre con un bombardeo de artillería seguido por la acción de los aviones leales, pilotados por la primera promoción de españoles formados en Rusia, que machacan las casas de adobe hasta reducirlas a tierra batida. En seguida enfilan los tanques. Pero cuesta avanzar. El día 2 se reduce la resistencia en el seminario y la lucha se concentra en torno a la iglesia. La calle Mayor se convierte en una línea de fuego y los nacionales se defienden en la calle Goya protegiéndose con sacos terreros. La lucha por la posesión de San Agustín continúa durante los días 3 y 4. Cuando, por fin, se lanza el ataque final, hay que reducir al enemigo luchando casa por casa en medio de las ruinas. Se avanza a bayoneta calada y se prende fuego a las pocas casas que aún ofrecen resistencia. Los nacionales en retirada se hacen fuertes en la iglesia de San Martín y en el Ayuntamiento. La durísima batalla se prolonga hasta el día 6 de septiembre cuando todo Belchite no es ya más que una inmensa carroña de muerte y de fuego: «El viento del estío mecía, a través de la campiña, el hedor nauseabundo y vigoroso de los cuerpos muertos de hombres y animales». **16**

Toda la operación había durado 13 días durante los cuales las tropas republicanas llegaron a quedarse sin agua en un clima asfixiante y contaminado por el hedor de los cadáveres putrefactos, tan intenso que los enterradores se vieron obligados a utilizar máscaras de gas. **17** La demora en acabar con las bolsas de resistencia en Quinto y Codo y el fracaso de las divisiones 27 y 45 en sus respectivos ataques hacia el norte, que ya habían iniciado con retraso, dio tiempo a los nacionales para acudir con la 13ª División de Barrón y la 150ª de Sáenz de Buruaga, repitiendo, casi exactamente, lo que ya había ocurrido en Brúñete. Los reductos de resistencia contra los que las fuerzas republicanas malgastaron vidas y horas no contaban con tantos defensores como para haber amenazado seriamente la retaguardia de Modesto y éste tenía que haber proseguido su avance. Al final, el enorme esfuerzo de los republicanos se redujo a ganar diez kilómetros de territorio ocupando los pueblos de Codo, Mediana, Pina, Quinto y Belchite, pero fracasando en su objetivo principal, que era conquistar Zaragoza y distraer aviación y fuerzas del frente Norte. «La superioridad del bando atacante es tan manifiesta que resultan increíbles los escasos resultados conseguidos», escribe un historiador franquista. **18** De nuevo la República volvía a sufrir una pérdida de material de guerra considerable, sobre todo en carros de combate. Una vez más la paranoia estalinista vio al culpable en una quinta columna trotskista. Walter consideró que la situación era aún peor

que en Brúñete. «La unidad médica de la 35 División -informó- registró varios ejemplos de internacionalistas heridos que estaban muriendo en los hospitales españoles a causa de intervenciones quirúrgicas negligentes o completamente innecesarias, y de diagnósticos y métodos de tratamiento que eran claramente obra de saboteadores.» Además se sospechaba de la presencia en la XIV Brigada Internacional de «una organización de espionaje y terrorismo trotskista a gran escala». Supuestamente, tal organización planeaba asesinar a Hans Sanje, el jefe de la Brigada, y al mismísimo Walter. Walter pidió al NKVD de Barcelona que acudiera a investigar, pero «el comandante de brigada Sanje se ocupó personalmente de llevar a cabo la investigación. Se puso a trabajar con tanta ansia y torpeza que quien había sido arrestado, un teniente francés, murió en seguida durante el interrogatorio, llevándose con él el secreto de la organización». **19**

El general Pozas acusó a Walter del fracaso de la ofensiva y Líster le acusó de falta de concentración en el objetivo principal y de prestar excesiva atención a los secundarios. **20** Los anarquistas dijeron que «el desquiciamiento de nuestras unidades y el desconocimiento del terreno por parte de los mandos comunistas fueron los causantes del fracaso y desmoralización progresiva de nuestros compañeros». **21** Un Prieto enfurecido criticó el modo en que se había llevado a cabo la operación, suscitando el resentimiento de los mandos comunistas y ganándose la animadversión del partido. A Prieto le parecía -y también a un grupo cada vez mayor de jefes y oficiales del ejército- que la dirección comunista del esfuerzo de guerra estaba destruyendo el ejército popular a base de operaciones de prestigio que tal ejército no se podía permitir y que sólo servían para alimentar una propaganda peligrosamente triunfalista. La prensa comunista afirmó el 4 de septiembre, cuando aún se combatía en Belchite, que «una inteligente y acertada labor de gobierno ha dado, por vez primera, movilidad a todos los frentes de batalla. Empieza el pueblo español a sentir las consecuencias gratas y ansiadas de una eficaz política de unidad nacional frente a la invasión fascista». **22**

Pero lo cierto es que la ofensiva de Aragón se había iniciado demasiado tarde para que hubiera podido servir de ayuda para defender Santander o para retrasar la tercera fase, y última, del asalto franquista al frente Norte. «El mando nacionalista no cayó en el error de Brúñete, ni distrajo sus reservas ni detuvo su maniobra sobre Santander. Se limitó a contener la ofensiva cediendo un terreno de escaso valor, sin idea de recuperarlo.» **23** Consciente de la importancia que tenía reducir el territorio asturiano en manos de la República antes de que llegara el invierno, el general Dávila redespiegó rápidamente sus fuerzas para continuar su avance desde Santander.

26. La desaparición del frente Norte y del idealismo republicano

El día 29 de agosto, en plena batalla de Belchite, el Consejo Provincial de Asturias asumió todos los poderes civiles y militares y se constituyó en Consejo Soberano de Asturias, bajo la presidencia del socialista Belarmino Tomás. Su primera medida fue sustituir al general Gámir Ulíbarri por el coronel Adolfo Prada, quien se hizo cargo de los restos del ejército del Norte, que no debía superar los 40.000 hombres. Su jefe de Estado Mayor era el comandante Francisco Ciutat y su fuerza principal, el XIV Cuerpo de Ejército, había sido puesta bajo el mando de Francisco Galán. La aviación gubernamental en el norte era casi inexistente: dos patrullas de Moscas y algunas más de Chatos.¹ El territorio que controlaba la República tenía unos 90 kilómetros entre Gijón y La Robla, y 120 de costa, con el saliente nacional de la sitiada ciudad de Oviedo incrustado en su flanco occidental.

Las tropas del general Dávila atacaron este último reducto de la resistencia republicana en el norte desde el este y el sudeste, en una maniobra de tenaza cuyo objetivo último era conquistar Gijón. Sus fuerzas eran por lo menos el doble de las que tenían los republicanos. Solchaga estaba al mando de las cuatro brigadas navarras y de la de Castilla, en tanto que Aranda mandaba las tres divisiones de Galicia y el CTV italiano. Estas tropas tenían la cobertura aérea de 250 aviones pertenecientes, sobre todo, a la Legión Cóndor. Sin embargo, el avance de los nacionales, que empezó el día 1 de septiembre, no pasó del promedio de un kilómetro diario, aun con la enorme superioridad aérea con que contaban. Los Picos de Europa y toda la cordillera Cantábrica ofrecían a los defensores republicanos un territorio excelente para contener al enemigo, cosa que hicieron con un valor excepcional.

Las fuerzas de Solchaga no consiguen llegar a Llanes hasta el día 5, y las brigadas navarras se estrellan contra El Mazuco, que se pierde y se recupera a punta de bayoneta. La defensa del paso Mazuco la lleva a cabo un grupo de soldados republicanos mandados por un obrero cenetista de La Felguera, que luchan durante treinta y tres días contra los nacionales. Pero, a partir del día 10, tras un aluvión de pasadas de la Legión Cóndor, que bombardea Arriendas e Infiesto, Solchaga consigue romper las líneas y desbordar la defensa del Sella por su margen derecha, mientras los italianos atacan Aviles. Las líneas de comunicación de la retaguardia republicana y la ciudad de Gijón son bombardeadas sistemáticamente por los aviones de la Cóndor.² Los aviadores alemanes no consiguen bombardear con eficacia las posiciones republicanas enquistadas en los puertos de montaña, por lo que inventan una especie de napalm primitivo a base de sujetar latas de gasolina a las bombas incendiarias y a las de diez kilos. También en esta batalla aérea toma parte el as alemán Adolf Galland, aunque esta vez al frente de una escuadrilla de Heinkel 51 que se dedica, sobre todo, a ametrallar la infantería y la artillería contrarias, impidiendo la llegada de reservas y tratando de concentrar a las tropas republicanas para hacer más eficaces los bombardeos. Galland indica en sus memorias que pudo maniobrar a gusto porque la DCA republicana era prácticamente inexistente. **3**

El 18 de septiembre las tropas de Solchaga inician las jornadas más sangrientas de aquella campaña. Tras intensos combates, la 1ª Brigada de Navarra consigue entrar en Ribadesella; el 1 de octubre la 5ª Brigada de Navarra ocupa Covadonga; el 10 toda la orilla occidental del alto Sella, y el 11 Cangas de Onís. El día 14 cae Arriendas en poder de las tropas franquistas. Mientras tanto, el coronel Muñoz Grandes ha logrado penetrar por el puerto de Tarna, uno de los mejor defendidos y fortificados por los mineros asturianos, y avanza hacia Campo de Caso para cerrar la tenaza. La Legión Cóndor completa el trabajo ametrallando a los republicanos, que se repliegan hacia Gijón, y bombardeando los depósitos de CAMPSA en El Musel. El día 20

las fuerzas de Solchaga enlazan con las de Aranda en Infiesto y ocupan un arco que va desde Villaviciosa hasta Pola de Laviana.⁴

El gobierno de la República da entonces a Prada la orden de evacuación general, pero la flota de Franco, atenta a la huida de los asturianos, ha pedido a la Cónдор que bombardee el destructor *Ciscar*, dispuesto para la ocasión, que es hundido. A los barcos extranjeros se les impide llegar a Gijón para que puedan llevar a cabo la labor humanitaria de evacuar a las mujeres y a los niños, aunque los miembros del Consejo Soberano, la mayoría de altos funcionarios de la República y oficiales del ejército consiguen embarcar en torpederos, cañoneras, botes y chalupas, tratando de poner rumbo a Francia, no sin ser hostigados por los bous artillados de los nacionales. Pero el grueso de las tropas sigue combatiendo ferozmente hasta la tarde del 21 de octubre, cuando la 4^ª Brigada de Navarra entra en Gijón.

Parte de las tropas republicanas consigue huir camino de las montañas, donde se unirán a los restos de combatientes procedentes de Santander en Peña Labra, en la zona de Villarcayo, Piedrafita y Vegarada, donde iniciarán una guerra de guerrillas que conseguirá mantener ocupadas durante seis meses a varias unidades nacionales. En cuanto los franquistas toman Gijón comienza la «limpieza de rojos», que se extenderá por toda la región. La plaza de toros de Gijón está atestada de prisioneros, como también lo están el teatro Luarca y otros edificios de la ciudad. Los piquetes de ejecución actúan sin descanso.⁵ El frente Norte ha dejado de existir. Para Prieto la causa última de la derrota es la ausencia de mando único.⁶ El ministro de Defensa nombra general a Vicente Rojo y presenta su dimisión a Negrín, quien no se la acepta.

La conquista de Asturias supuso para los franquistas, aparte de la inevitable retórica sobre la(s) Reconquista(s), una verdadera inyección de hombres para su ejército. Más de 100.000 soldados republicanos fueron destinados, de grado o por fuerza, a unidades nacionales vigiladas o a compañías de trabajadores. El carbón de Asturias, suma a los altos hornos de Vizcaya, proporcionó a Franco nuevos recursos y equilibró el potencial industrial y de exportación de los nacionales con el de la República. Pero, además, con la caída del frente Norte, la flota franquista ya pudo concentrar su atención en el Mediterráneo, única ruta de llegada de suministros y armamento para la República. Efectivamente, apenas hubo terminado la campaña del Norte, Franco estableció en Palma de Mallorca la Jefatura de las Fuerzas de Tierra, Mar y Aire del Bloqueo, al mando del almirante Francisco Moreno.⁷

La inclusión de los vencidos en las fuerzas nacionales no fue tarea fácil. Muchos soldados desertaban tan pronto como se les presentaba la ocasión. Los más concienciados políticamente incitaban a los demás a rebelarse. En Zaragoza, un grupo de anarquistas obligado a formar parte de la Legión inició una revuelta tratando de sacar a sus compañeros de la cárcel, y en El Ferrol unos 200 marineros, pertenecientes sobre todo al *España*, fueron sorprendidos cuando preparaban un motín. Ni que decir tiene que todos fueron pasados por las armas. Se produjeron también casos de sabotaje en las fuerzas aéreas que provocaron la caída de algunos aviones y otros accidentes, pero los mandos nacionales los mantuvieron en secreto.

Mientras tanto, en la España republicana el otoño de 1937 fue testigo del imparable declive del poder anarquista, el aislamiento de los nacionalistas catalanes, la discordia en las filas socialistas y el crecimiento de la policía secreta, cuyas actividades Negrín pretendía desconocer. Negrín trató de restringir la actividad política por medio de la censura, destierros y detenciones de modo parecido a como lo hacía la maquinaria estatal franquista, que reprimía cualquier divergencia ideológica.⁸ Sin embargo, la mayoría de los simpatizantes de la República en el exterior, que habían defendido su causa porque era la causa de la libertad y la democracia, callaron ante los desmanes de las policías secretas.

Los partidarios de Negrín han justificado los actos de su gabinete por la necesidad de colaborar con los rusos ante la gravedad de la situación militar, pero no hay que olvidar que el propio Negrín, que había convencido a Largo Caballero de la necesidad de enviar a Moscú las reservas de oro del Banco de España, era uno de los principales responsables de que la República se viera, ahora, atrapada en la política de Stalin. Con todo, durante el gobierno Negrín, el flujo de ayuda militar rusa fue cada vez más débil, en parte porque el bloqueo naval de los nacionales era cada vez más eficaz, en parte porque los rusos debían ayudar también a China en su guerra contra Japón, pero, sobre todo, porque Stalin quiso zafarse cuanto antes de España apenas advirtió que los gobiernos británico y francés no iban a desafiar a las potencias del Eje. Paradójicamente, el malestar de Stalin debió verse incrementado por las esperanzas que tenía Negrín de ver a la República salvada por una guerra europea.

Azaña fomentó el gobierno de mano de hierro de Negrín en los primeros días de su ministerio, pero la actitud del presidente de la República fue cambiando a medida que se le revelaba el carácter de aquél. Sin embargo, apoyó los planes del presidente del Consejo para someter a Cataluña al control del gobierno central. A los dos les disgustaba Companys y a ambos les escocía su éxito para incrementar la independencia de la Generalitat durante el turbulento verano anterior. Prieto compartía, también, sus sentimientos. De modo que ambos apoyaron sin discusión a Negrín cuando éste decidió, en el mes de noviembre, trasladar la sede del gobierno central desde Valencia a Barcelona. Dice el ministro de la Gobernación, Julián Zugazagoitia,⁹ que, con el traslado, Negrín quiso impedir que el gobierno de la Generalitat se entrometiese en cuestiones que, constitucional y estatutariamente, no eran de su incumbencia, recuperar el control de la producción catalana y, en suma, incorporar verdaderamente a Cataluña al esfuerzo de guerra, cosa que, según Negrín, aún no había hecho. Pero el traslado de la administración central a Cataluña se hizo de mala manera, a cara de perro, sin hablar apenas con el gobierno de la Generalitat. «Prácticamente Negrín evitó toda relación directa con Companys. Yo no recuerdo ningún acto o ceremonia a la que asistieran juntos», dice Cordón, entonces subsecretario del Ejército de Tierra.¹⁰

Mientras tanto, Largo Caballero, tras su caída del poder, llevaba a cabo una constante política de oposición al Gobierno. Contaba todavía con el apoyo de sus más íntimos colaboradores, especialmente los del círculo formado por Luis Araquistáin, Carlos de Baraibar y Wenceslao Carrillo, pero advertía con disgusto que muchos socialistas moderados -una fracción poderosa dentro de la UGT- y la mayoría de la Juventud Socialista Unificada colaboraban estrechamente con los comunistas, respondiendo con simpatía a sus llamamientos a la unificación. El 17 de agosto, PSOE y PCE habían publicado un comunicado conjunto en el que proponían un plan común de actuación respecto al ejército, las industrias de guerra y la economía en general. En la primera quincena de septiembre las organizaciones juveniles constituyeron la Alianza Juvenil Antifascista con un programa común mínimo.¹¹ En Valencia se había fundado un periódico conjunto, *Verdad*, que pretendía ser una suerte de *Pravda* español. Fue el primero en elogiar a los socialistas de Jaén, que habían establecido su propio partido de unificación socialista-comunista llamado Partido Socialista Unificado (PSU). El periódico del PSOE, *El Socialista*, y el de Largo Cabañero, *Claridad*, ya estaban siendo controlados por el ala procomunista del PSOE.¹²

Pero lo que más molestó a Largo Caballero fue que a sus partidarios no se les permitiera votar en el pleno nacional de la UGT que se celebró a finales de septiembre. El 17 de octubre, Largo Caballero pronunció su primer discurso público desde mayo, en el que explicó las causas de la caída de su gobierno y advirtió muy seriamente de los peligros a los que se enfrentaba el partido. Pero Largo Caballero ya no recuperaría el poder; se le mantuvo fuera del comité ejecutivo y sus partidarios en él siguieron siendo una minoría. A finales de aquel

mes se trasladó a Barcelona, donde se ocupó de asuntos menores, en una especie de exilio interior del que ya no saldría nunca más.**13**

Una de las decisiones que más habría de lamentar la República fue la racionalización de los servicios de seguridad y su concentración en el Servicio de Investigación Militar (SIM) que se llevó a cabo el 9 de agosto de 1937. El SIM concentraba, sobre todo, los servicios de espionaje y contraespionaje, que estaban repartidos entre el Departamento Especial de Información del Estado (DEDIDE) y el Servicio de Información Especial Periférico (SIEP), encargado de la inteligencia militar.**14** Prieto fue el arquitecto de esta reestructuración tendente a incrementar el control central del Estado, porque el ministro creía que la fragmentación de las organizaciones de contraespionaje las hacía difíciles de controlar y las volvía ineficientes. Uno de los responsables de la inteligencia republicana se quejaba de que «en la retaguardia todos se dedican al contraespionaje». El ejército, la Dirección General de Seguridad, los carabineros, el Ministerio de Estado, la Generalitat y el gobierno vasco en el exilio (ahora en Barcelona) disponían de servicios de inteligencia independientes con sus propias redes de agentes. Hasta las Brigadas Internacionales tenían su propia rama del NKVD, dedicada a la caza de herejes, en su base albaceteña, cuyo primer dirigente, llamado «Moreno», era un yugoslavo procedente de Rusia que fue fusilado por Stalin a su regreso.**15**

Pero el SIM escapó del control de su creador casi en el mismo momento en que fue constituido. Los primeros directores del servicio, los socialistas Ángel Díaz Baza y Prudencio Sayagüés, no resultaron adecuados para aquella labor, y otros, como Gustavo Duran, que Prieto nombró jefe del SIM en el ejército del Centro, tuvieron que ser despedidos en seguida porque sólo reclutaban comunistas para el servicio. Nombró luego como director del SIM a Manuel Uribarri, un oportunista que informaba solamente a los agentes soviéticos y que acabó huyendo a Francia con un botín de 100.000 francos.**16** Ya en 1938 Negrín tuvo que recurrir al socialista Paulino García para que pusiera orden en las «irregularidades» financieras de Uribarri y «limpiase el servicio de comunistas».**17** A partir de entonces la participación comunista en el SIM fue mínima: en abril de 1938 sólo había en la zona centro dos agentes comunistas frente a los 248 miembros del PSOE. Cuando el coronel Casado dio su golpe de estado, en marzo de 1939, el jefe del SIM en Madrid, que colaboró con él, era el socialista Ángel Pedrero García,**18** compinche de García Atadeñ en las «patrullas del amanecer». El último jefe del SIM fue el socialista negrinista Santiago Garcés.

Como servicio de contraespionaje y policía militar, el SIM formaba parte del aparato del Estado del mismo modo que otros servicios semejantes en cualquier ejército europeo. Estaba orientado, sobre todo, a dismantelar la «quinta columna», compuesta no sólo por los simpatizantes franquistas de la retaguardia, sino también por los espías nacionales y las redes de saboteadores falangistas o del Socorro lanco, que colaboraban con el frente acaparando alimentos, especulando con los precios o poniendo en circulación moneda falsa.

No cabe duda de que el SIM logró neutralizar en gran parte el espionaje franquista, desenmascarar y desarticular a una gran mayoría de las redes quintacolumnistas y detener a cientos de personas procedentes de los grupos fascistas «Concepción», «Círculo Azul», «Capitán Mora», «Cruces de fuego» y otros (en Cataluña descubrieron a todos los falangistas que actuaban allí, incluido Rafael Sánchez Mazas, uno de los fundadores de FE),**19** pero también es cierto que durante sus ocho primeros meses de existencia, el SIM -«la sífilis rusa», como lo llamaba Regler- fue un siniestro juguete en manos de Orlov y los hombres del NKVD.

Los funcionarios del SIM solían ser antiguos policías, miembros de los partidos socialista y comunista, que pronto se vieron acompañados por oportunistas de toda laya. La camarilla de altos funcionarios del PCE creó una red de agentes por medio del soborno y del chantaje. Controlaban tan férreamente los traslados y los ascensos en el ejército que llegaron a

infiltrarse en las formaciones más declaradamente anticomunistas. Consiguieron, por ejemplo, que un soldado de diecinueve años de la 119 Brigada fuese ascendido de la noche a la mañana y que se convirtiera en el jefe del SIM de toda la formación, con mayor poder sobre la vida y la muerte de los hombres que su propio comandante.**20**

Por razones obvias no es fácil saber con exactitud el número total de agentes empleados por el SIM, aunque se han barajado cifras de 6.000 miembros sólo en Madrid, y su nómina oficial podía haber ascendido a unos 22 millones de pesetas. El organigrama del SIM de Madrid constaba de siete secciones militares y de cinco civiles, entre ellas las famosas «Brigada Z», dedicada a reprimir el mercado negro, y «Brigada especial», encargada directamente de los quintacolumnistas y que dirigía los interrogatorios. Contaban con una extensa red de agentes «invisibles» tanto en el frente como en la retaguardia.**21** Cuando en el extranjero se supo de la existencia de la «Brigada especial», los jefes del SIM se limitaron a cambiarle el nombre. El Gobierno aseguró que había sido disuelta, pero de hecho hubo un incremento en el número de víctimas que «se habían pasado al enemigo» (el eufemismo para las muertes sobrevenidas durante la tortura o para las ejecuciones secretas).

En la zona centro el SIM contaba con dos lugares de reclusión que habían pertenecido al DEDIDE. El primero era la cárcel de San Lorenzo, instalada en un colegio religioso, que tenía capacidad para 200 personas. El segundo era el Campo de Trabajo n.º 1, situado en Cuenca. Los testimonios de quienes tuvieron la desgracia de pasar por tales centros concuerdan en sus narraciones: maltratos, uso del frío y del hambre para forzarles a firmar «confesiones», celdas de castigo llamadas «nevera» y «refrigeradora», en las que se abandonaba desnudos a los detenidos con agua hasta las rodillas o se les rociaba con agua casi helada durante los meses de invierno, etc.**22**

En Barcelona, el SIM tenía sus dos prisiones básicas en la calle Zaragoza y en el Seminario Conciliar, aunque también utilizó otras checas, como las del Portal de l'Angel, que llegó a tener 300 detenidos durante el verano de 1937, «la lechera Nestlé», el Hotel Colón, la de la calle Vallmajor, etc.

En manos de los hombres del NKVD, el SIM llegó a cotas inhumanas. Aunque es cierto que los nacionales tejieron una inmensa leyenda negra sobre sus actividades, leyenda que no se puede probar porque los responsables del SIM quemaron, obviamente, toda la documentación, no cabe duda, por los testimonios orales y, sobre todo, por las continuas denuncias de Manuel de Irujo y del *conseller* Pere Bosch Gimpera, de que se aplicaron a los detenidos los métodos «científicos» de interrogación aportados por los rusos.

En los suelos de las celdas disponían baldosas de canto cuyas aristas puntiagudas laceraban continuamente los pies de los prisioneros descalzos y desnudos. Como técnicas de desorientación y de pérdida de los sentidos, los hombres del NKVD utilizaron, sobre todo en Barcelona, extraños sonidos metálicos, colores, luces y suelos en pendiente. Si todas estas técnicas fallaban, o los interrogadores tenían prisa, siempre quedaba el recurso a la «silla eléctrica» y a la «caja de ruidos», aunque con ello se arriesgaban a enloquecer demasiado pronto a sus prisioneros.

No existen estimaciones fiables sobre el número total de prisioneros del SIM, aunque lo que parece cierto es que hubo más republicanos que nacionales. Se dijo que cualquier crítico de la incompetencia militar rusa, como por ejemplo algunos pilotos extranjeros voluntarios, tenía tantos números para verse acusado de traición como cualquiera que se opusiera a los comunistas por cuestiones ideológicas. Los nuevos tribunales militares se dedicaban a condenar a los quintacolumnistas (término que se aplicó muchas veces a los que se oponían a la línea comunista). El ministro de Justicia, Manuel de Irujo, dimitió de su cargo el 10 de agosto de 1938 por aquellos procesos fraudulentos, aunque siguió en el Gobierno como ministro sin

cartera. Muchos dirigentes republicanos rechazaban con disgusto aquellas prácticas judiciales y, sobre todo, el SIM. El consejero de Justicia de la Generalitat de Cataluña, Pere Bosch Gimpera, dedicó la mayor parte de su tiempo, durante el último año de la guerra, a luchar contra ello.²³ Negrín despachaba las críticas que le llegaban sobre las actividades del SIM como «pura propaganda» enemiga. En 1949 reconoció su error ante el periodista Henry Buckley.²⁴

Los comunistas habían conseguido establecer un notable dominio sobre el Gobierno, la burocracia y la maquinaria del orden público con solo controlar, por exigencias de la política de Stalin, dos carteras menores en el gabinete Negrín. Lo cierto es que se habían hecho indispensables para los políticos centristas que habían querido restaurar el poder del Estado y que ahora estaban demasiado implicados en el proceso como para protestar contra los métodos de sus aliados. Pero en el ejército empezó a surgir una reacción contra el poder de los comunistas, pese a que en el otoño de 1937 la propaganda comunista se había deshecho en alabanzas del ejército popular. Es cierto que había mejorado en muchas unidades, pero la mayoría de los comandantes u oficiales de Estado Mayor aún no habían demostrado ni su competencia ni su sentido táctico, y seguía reinando la corrupción y la ineficiencia en la organización de los suministros. Lo peor de todo, sin embargo, era el daño que había sufrido la moral de las tropas.

La promoción y el proselitismo comunistas en el frente habían llegado a tales niveles que hasta sus antiguos partidarios entre los oficiales de carrera estaban hartos. Prieto no podía creer que algunas veces se hubiera negado ayuda médica a heridos que no eran comunistas. Los comandantes de batallones que no quisieron adherirse al partido tuvieron que asistir a un recorte en los suministros de armas, las raciones o incluso las pagas de sus hombres, mientras que a aquellos que aceptaron hacerlo se les dio prioridad sobre los no comunistas, se les ascendió y se jaleó su reputación en despachos y notas de prensa. Los comunistas llegaron a negar su cooperación incluso a los jefes militares más importantes que no estaban en el partido, como al coronel Casado, a quien no se le permitió saber, cuando estuvo al frente del ejército de Andalucía, la situación exacta de los aeródromos ni se le dio información sobre los aparatos de que se disponía en aquel frente. Los comisarios, presionados por el partido para que reclutaran un determinado número de prosélitos, hacían lo indecible por conseguirlo. Prieto afirmaría más tarde que socialistas encuadrados en unidades comunistas fueron fusilados acusándolos falsamente de cobardía o desertión porque se negaron a entrar en el Partido Comunista. Tras la batalla de Brúñete, 250 hombres de la división de «el Campesino» buscaron refugio en las filas de la 14 División de Mera para huir de las represalias que estaban sufriendo por no querer ingresar en el partido. Cuando «el Campesino» llegó, hecho una furia, al cuartel general de Mera reclamándolos, éste se negó a entregarlos con el respaldo del general Miaja, pese a su militancia comunista.

Tal vez el mayor deterioro de la moral de los combatientes a mediados de 1937 se produjo en las Brigadas Internacionales, que en octubre habían perdido 2.000 hombres por una epidemia de tifus.²⁵ Siempre habían existido en sus filas combatientes no comunistas que se negaban a aceptar la línea del partido, pero ahora hasta los comunistas más comprometidos se habían vuelto críticos. A los irlandeses les faltó poco para amotinarse a principios de año, tras el desastre de Lopera, cuando se les impidió, en el último momento, que formaran su propia compañía. La revuelta de los norteamericanos en el Jarama tuvo éxito, aunque se la consideró como un brote ocasional sofocado. Algunos italianos del batallón Garibaldi desertaron para unirse a la columna liberal y anarquista Giustizia e Liberta. Durante la ofensiva de Segovia, la XIV Brigada Internacional se negó a seguir llevando a cabo inútiles

ataques frontales contra La Granja, y algunos extranjeros del batallón disciplinario se negaron a formar parte de los pelotones de fusilamiento.

A la cólera que experimentaban los brigadistas ante las matanzas muelles se añadió la repugnancia por los campos de «reeducación» creados a propuesta de Palmiro Togliatti, dirigidos por oficiales rusos 7 custodiados por comunistas españoles armados con los más modernos fusiles automáticos. En aquellos campos, el trabajo estaba organizado sobre una base estajanovista, con reparto de alimentos vinculado al cumplimiento, o superación, de los objetivos impuestos. En su mayoría, los prisioneros eran aquellos que querían regresar a sus hogares por diversas razones y a quienes se les había negado el permiso para hacerlo. (No se supo hasta más tarde que algunos brigadistas incluidos en esta categoría fueron encerrados en hospitales mentales.) Uno de los campos de reeducación más sórdidos fue el del Júcar, a unos 40 kilómetros de Albacete, a donde fueron a parar un montón de anglosajones y escandinavos amargados y decepcionados. Algunos británicos se salvaron de morir fusilados gracias a la intervención del Foreign Office. Otros brigadistas fueron encerrados en las prisiones de Albacete, Murcia, Valencia y Barcelona.**26**

Una causa del malestar que recorría las filas de las Brigadas Internacionales era la sorpresa de algunos voluntarios cuando se les negaba el permiso para regresar a sus hogares. Al llegar a España se les habían quitado sus pasaportes, que, según Krivitsky, eran enviados a Moscú por valija diplomática para que sirvieran de cobertura a los agentes del NKVD en el extranjero. Los dirigentes de las Brigadas, alarmados por las filtraciones del malestar de los brigadistas que llegaban a sus respectivos países, impusieron medidas de disciplina cada vez más severas. Las cartas tenían que pasar censura y cualquiera que criticase la competencia del liderazgo del partido se enfrentaba a los campos de trabajo o incluso al pelotón de ejecución. Se cancelaron permisos con frecuencia, y aquellos voluntarios que se tomaron unos días de descanso por su cuenta fueron fusilados por desertores al regresar a sus unidades. El temor a verse sometidos al control de una organización que ahora detestaban hizo que algunos voluntarios se atrevieran incluso a cruzar las líneas y pasarse al enemigo. Otros recurrieron a expedientes tan terribles como dispararse un tiro en el pie cuando limpiaban su fusil.

Los dirigentes de la Comintern estaban preocupados porque, poco a poco, iba trascendiendo al exterior la situación de las Brigadas Internacionales. Los voluntarios recién llegados se extrañaban ante el cinismo de los veteranos, que se reían de su idealismo mientras recordaban con amargura el suyo propio. Algunos de los recién llegados a Albacete habían sido llevados allí con engaños. Especialistas o mecánicos extranjeros que habían decidido ir a España para unos objetivos concretos fueron enviados a las líneas de fuego en contra de su voluntad,**27** y se vieron amenazados con el castigo correspondiente a la desertión si se negaban a ello. Hasta ciertos marineros de mercantes extranjeros, que estaban de permiso en los puertos republicanos, fueron detenidos como «desertores» de las Brigadas y enviados a Albacete. Todo aquello acabó el 23 de septiembre de 1937 con la firma por Prieto de un decreto sobre el estatuto de los internacionales, que apareció en el *Diario Oficial* del día 27, por el que se disponía que los miembros de las Brigadas Internacionales pasaban a formar parte de la Legión Extranjera española, que los voluntarios que se habían comprometido a prestar sus servicios durante toda la guerra quedaban sometidos al Código de Justicia Militar y que los oficiales interbrigadistas no podían superar el 50 por 100 de los españoles.**28**

Pero el mayor impacto que recibió la moral de muchos brigadistas fue la persecución de los hombres del POUM. La versión del partido sobre los hechos era tan deshonesta que sólo podían creérsela aquellos a quienes aterrorizaba la verdad, como aquel brigadista que escribió que «la institución de las discusiones políticas obligatorias una vez al día, ordenadas

desde arriba, es buena prueba de que se nos trata con más seriedad de lo habitual». La mayoría, sin embargo, al darse cuenta de que habían sido engañados, se indignaban ante aquel insulto a su inteligencia, pero tenían que sujetar su lengua si no querían caer en manos del SIM. Luego, cuando llegaban a sus países de origen, se encerraban con frecuencia en un mutismo total para no minar la causa de la República. Aquellos que, como Orwell, explicaron sus andanzas, encontraron cerradas las puertas de los editores de izquierda; mientras que los que prestaban un apoyo acrítico a la República se vieron obligados a justificar la línea de Moscú. Sin embargo, el intento de exportar a España el sistema de los juicios farsa estalinistas fracasó porque el gobierno de Negrín, por autoritario que fuese, no era totalitario. En consecuencia, aquel laberinto de espejos deformantes que había sustituido a la realidad en la Unión Soviética no pudo ser duplicado del todo en España. Sin embargo, la enseña de la República, blasonada de democracia y libertad, verdad y justicia, empezaba a ajarse.

27. La batalla de Teruel y la «espada victoriosa» de Franco

Hacia finales de 1937, los franquistas ya estaban en mucho mejor situación que los republicanos. La ocupación del norte había sido un paso fundamental para cambiar definitivamente el signo de la guerra. Por primera vez en toda la contienda las tropas nacionales igualaban en tamaño a las republicanas (entre 650.000 y 700.000 en cada zona) y muy pronto habrían de superarlas. Como se acaba de ver, la conquista de la costa cantábrica no sólo consintió desplegar en los frentes centrales las tropas que habían combatido allí, sino que Franco, que hasta ese momento apenas disponía de industrias, empezó a controlar zonas que le equiparaban en poder industrial y minero a la República. Ahora ya podía contar con las fábricas de armas cortas del País Vasco, con las fábricas de cañones de Trubia y Reinoso, con la de morteros de Mondragón y con las de bombas de aviación de Moreda y Gijón; disponía, también, del resto de la industria pesada de Bilbao, y del carbón y mineral de hierro asturianos, aunque estos últimos sirvieran para pagar parte de las deudas de guerra que había contraído con los nazis.

El ejército nacional fue reorganizado, a partir de aquel momento, en formaciones separadas, algunas destinadas a la guarnición de los frentes y otras, las más aguerridas, a formar un Ejército de Maniobra de alto poder ofensivo.¹

Pese a la máquina de guerra de los nacionales, el Estado Mayor general republicano y sus consejeros soviéticos se empeñaban en enfrentarse a ella lanzando ofensivas convencionales que iban destruyendo gradualmente su ejército y la capacidad de resistencia de la República. No supieron ver que su única esperanza estaba en el mantenimiento de una defensa regular, constante y firme, combinada con ataques no convencionales, de guerrilla, contra la retaguardia enemiga en incursiones rápidas y múltiples a lo largo de los frentes peor defendidos. Una táctica semejante habría impedido, como mínimo, esa concentración de las mejores tropas de los nacionales en el nuevo Ejército de Maniobra. Y lo que es más importante, no se habrían llevado, como al matadero, a grandes formaciones de tropas republicanas con una enorme inferioridad tanto en artillería como en aviación.

La combinación de guerra convencional y lucha de guerrillas habría sido el método más eficiente, y el menos costoso, para que la República hubiera podido resistir a las tropas de Franco hasta el estallido de la guerra en Europa. Pero lamentablemente los generales republicanos siguieron aplicando el modelo de ofensiva general hasta que el poderío militar de la República quedó exhausto, tras la batalla del Ebro, en el otoño de 1938. Las prioridades de la propaganda política siguieron determinando la necesidad de llevar a cabo esas operaciones de prestigio, y tanto los comunistas como los oficiales regulares del ejército popular siguieron manteniendo con rigidez el principio de «mando único» cuando ya no era más que una inútil cuestión burocrática. Ya que había que proyectar en España y en el extranjero la figura del ejército popular como el ejército ortodoxo de un Estado ortodoxo, las tácticas serían también las más ortodoxas.

La inflexibilidad de la estrategia republicana se hizo aún más peligrosa a finales de 1937 con el incremento del poder aéreo de los nacionales. Tras su campaña en el norte, éstos crearon la 1ª Brigada Aérea Hispana, al mando del coronel Apolinar Sáez de Buruaga y con García Morato como jefe de operaciones. Los pilotos españoles se fueron haciendo cargo paulatinamente de los aparatos alemanes e italianos más antiguos, los S-79, S-81 y los Junker 52, con los que se formaron escuadrillas de bombardeo.² También se constituyeron nuevas escuadrillas de caza con los 23 Fiat que recibieron los nacionales en diciembre.³ (Las escuadrillas de caza contaban, normalmente, con nueve aparatos cada una y las de

bombarderos con doce.) La Aviazione Legionaria italiana, al mando del general Bernasconi («Garda»), disponía de nueve escuadrillas de Fiat y tres escuadrillas de bombarderos S-79, S-81 y Fiat BR-20 en la Península, aparte de los que tenía en las bases de Mallorca. La inteligencia soviética supo que el hijo de Mussolini, Bruno, que había llegado a España en octubre, mandaba una de las escuadrillas de bombarderos S-79 que apoyaban al CTV en el frente de Aragón.**4** La Legión Cóndor, ahora bajo el mando del general Volkmann, sustituyó, para su uso propio, a todos los Junker 52 por los Heinkel 111. Disponía, además, de tres patrullas de reconocimiento de Dornier 17, una de Heinkel 45, la escuadrilla de hidroaviones Heinkel 59, dos escuadrillas de Messerschmitt 109 y dos más de los viejos Heinkel 51. En total los nacionales y sus aliados disponían de unos 400 aparatos.**5**

Tras las pérdidas sufridas en Brúñete y en el norte, la fuerza aérea republicana era muy inferior en número y en calidad. Constaría, por aquellas fechas, de unas pocas escuadrillas de Moscas y de Chatos, y de unas decenas de bombarderos.**6** Con ello tenían que enfrentarse al principal caza de los nacionales, el Fiat, que había demostrado sus condiciones de resistencia y maniobrabilidad, y al Messerschmitt, que, pilotado con pericia, era prácticamente imbatible. Hay que añadir a esto que los pilotos republicanos, y especialmente los rusos, no parecían dispuestos a arrostrar los mismos riesgos que los nacionales en los combates aéreos. Escuadrillas enteras de Moscas huyeron, a veces, ante la presencia de un puñado de Fiat decididos a atacar.

Los soviéticos, que ahora también tenían que empeñar pilotos en el conflicto chino-japones, iban cediendo cada vez más aparatos a los pilotos españoles que regresaban del curso en Rusia. Dos de las escuadrillas de Moscas eran ahora totalmente españolas, y en las cuatro escuadrillas de Chatos había pilotos españoles. Estos últimos biplanos se fabricaban en Sabadell-Reus, pero no así los Moscas, cuya sustitución por pérdidas en combate era cada vez más difícil porque no llegaban de la Unión Soviética debido a que el bloqueo del Mediterráneo por parte de la flota nacional era cada vez más eficaz. (El *Baleares* hundió todo un convoy procedente de Rusia el 7 de septiembre.) Pese a ello, a los republicanos les llegó una entrega de 31 Katiuskas, con lo que su fuerza de bombarderos se incrementó hasta constituirse en cuatro escuadrillas de Natashas y otras cuatro de Katiuskas. Los mayores éxitos de la aviación republicana se produjeron durante las intensas campañas de ataque a los aeródromos enemigos que llevaron a cabo ambas fuerzas aéreas. El 15 de octubre, durante un nuevo ataque fallido a Zaragoza, los cazas y bombarderos republicanos atacaron el campo de aviación Sanjurjo y destruyeron o dispersaron a casi todos sus aviones. Como medida adicional de defensa contra los contraataques, las fuerzas aéreas republicanas recurrieron con frecuencia a señuelos, que simulaban cazas, en aeródromos en desuso, y al traslado constante de sus aparatos de un aeródromo a otro.**7**

Tras haber conquistado la zona norte, Franco pensó que ya había llegado el momento de volver sobre Madrid, de modo que preparó una nueva gran ofensiva contra la capital de España. La nueva fuerza de que disponía ahora compensaba la ventaja que tenía la República de controlar las líneas internas. El Ejército de Maniobra nacional fue desplegado tras el frente de Aragón, entre el valle del Jalón y Medinaceli, para un ataque en dirección suroeste por la carretera Zaragoza-Madrid, que los italianos habían utilizado como eje en la batalla de Guadalajara, en marzo. El Cuerpo de Ejército de Castilla fue situado a la izquierda, el CTV italiano en el centro, el Cuerpo de Ejército marroquí a la derecha y los de Galicia y de Navarra en reserva. La Aviazione Legionaria y la Legión Cóndor daban cobertura aérea a todas estas fuerzas, aunque la alianza nacional estaba atravesando una crisis, como observó Von Richthofen el 3 de diciembre: «Increíbles tensiones entre españoles e italianos».**8**

El sector amenazado por los nacionales en el frente de Guadalajara estaba defendido por el IV Cuerpo de Ejército republicano, que mandaba ahora Cipriano Mera. Este contaba con el auxilio de sus correligionarios anarquistas que, como habían hecho en la batalla de Brihuega, cruzaban las líneas y se internaban en territorio enemigo para enterarse de los movimientos de las tropas. En esta ocasión, la información que consiguieron fue aún más valiosa. Algunas fuentes franquistas afirmaron tiempo después que el propio Mera había cruzado las líneas disfrazado de pastor y había llegado al cuartel general de los nacionales, donde consiguió acceso a sus planes operativos. En realidad, como cuenta el propio Mera, la misión de espionaje fue propuesta y llevada a cabo por un joven anarquista llamado Dolda, que no llegó hasta el cuartel general de los nacionales. Fueron miembros de la CNT que vivían, ocultando su identidad, en la zona nacional de Aragón los que le avisaron de que se estaba produciendo una gran concentración de tropas desde Zaragoza hasta Calatayud. Durante su regreso, vía Medinaceli, Dolda pudo acabar de confirmar su corazonada de que los nacionales se estaban preparando para la mayor ofensiva desencadenada hasta entonces y que ésta iba a tener lugar en el sector de Guadalajara. Dolda, de regreso a sus líneas el 30 de noviembre, informó a Mera, y éste, a su vez, trasladó la información al general Miaja.

Ante aquellos datos, a Rojo no le quedó más remedio que aparcar la ofensiva que estaba preparando para llevar a cabo en Extremadura -el famoso «Plan P»- que consistía en penetrar por el frente franquista al sur del Guadiana, alcanzar la frontera portuguesa y enfrentarse con las tropas de Queipo de Llano, partiendo en dos la zona nacional. Para desbaratar la operación franquista sobre Madrid, hizo dos propuestas de las cuales el Gobierno consideró como mejor un ataque preventivo contra Teruel, que constituía un saliente o lagrimón sobre la zona republicana y que, además, apuntaba peligrosamente hacia la costa mediterránea. Se especulaba con que, ante el desafío republicano, Franco acudiera a la cita como en Brúñete y no como en Belchite. Ante la limitada disponibilidad de medios republicanos y la urgencia del caso, el general Rojo se propuso llevar a cabo en Teruel una batalla «ofensivo-defensiva», con la que trataba de conseguir una «destrucción limitada del adversario» u obtener una «determinada ventaja de ulterior explotación».9

Rojo dio instrucciones para que se trasladase a Teruel el Ejército de Maniobra, compuesto por los cuerpos de ejército XVIII, mandado por Enrique Fernández Heredia, XX, al mando de Leopoldo Menéndez, y XXII, al mando de Juan Ibarrola. A ellos añadió los cuerpos de ejército XIII (a cargo de José Balibrea) y XIX (que mandaba Joaquín Vidal), y el ejército de Levante, cuyo jefe era el coronel Juan Hernández Saravia, a quien puso al frente de toda la operación. En total, Rojo pudo desplazar a Teruel unos 40.000 hombres formados en las divisiones 11 (Líster), 25 (García Vivancos), 34 (Etelvino Vega),

39 (Alba), 40 (Andrés Nieto), 41 (Menéndez), 42 (Naira), 64 (Martínez Cartón), 68 (Triguero) y 70 (Hilamón Toral). Quedaron en reserva la 35 (Walter) y la 47 (Duran). Los carros de combate y blindados se asignaron a las diversas formaciones según la ineficaz táctica francesa que normalmente seguían los generales republicanos.

Al principio no se contó con las Brigadas Internacionales, una medida lógica si se considera la condición en que se encontraban muchas de ellas. A Walter, que había visitado los batallones británico y canadiense de la XV Brigada Internacional, le pareció «difícil trasladar en palabras el estado del armamento y su suciedad, especialmente los fusiles». A Walter le disgustaron también «las peleas y las disputas en las unidades internacionales» y el antisemitismo de los destacamentos franceses. Le preocupaba la continua arrogancia que mostraban los internacionales ante los españoles, actitud que también entró en la categoría de «kleberismo». Refiriéndose a los alemanes de la XI Brigada Internacional, Walter decía que: «El chovinismo alemán está presente y crece desde hace más de un año, y durante todo ese

tiempo se ha llevado a cabo una política de nacionalidad abiertamente racista». En muchísimos casos, los españoles que combatían en las Brigadas Internacionales no recibían la atención médica adecuada, y los internacionalistas no compartían con ellos ni las raciones ni los cigarrillos que les enviaban desde sus casas.**10**

Las fuerzas nacionales que defendían Teruel constituían la 52ª División, que, con los voluntarios franquistas de la ciudad, no llegarían a los 10.000 efectivos. Mandaba estas tropas el coronel Domingo Rey d'Harcourt, quien había establecido una línea defensiva de trincheras y alambradas en el exterior de la plaza, apoyada en los cerros que, como La Muela, dominan Teruel. El plan de ataque del general Rojo consistía en cercar la ciudad con una maniobra de envolvimiento en la que las divisiones 11 y 25, del XXII Cuerpo de Ejército, atacaran desde el nordeste hacia los pueblos de Caudé y Conclud, mientras que las divisiones 34 y 64, del XVIII Cuerpo de Ejército, atacarían desde el suroeste hacia el Pico del Zorro y La Muela de Teruel, y las divisiones 40 y 68, del XX Cuerpo de Ejército, avanzarían sobre el puerto de Escanden y el Vértice Castellar, respectivamente. Si la maniobra salía bien, Teruel quedaría encerrada como dentro de una gran bolsa, aislada del territorio que ocupaban los nacionales. A continuación, las tropas republicanas de los cuerpos de ejército XVIII y XXII establecerían una línea de defensa para repeler los inevitables contraataques de los franquistas, mientras que se encargaba al XX que entrara en la ciudad de Teruel apoyándose en los tanques.**11**

En la mañana del día 15 de diciembre, en un clima siberiano, la 11 División de Líster, en la que combate el poeta Miguel Hernández, consigue romper el frente de los nacionales en las estribaciones del Muletón y a las diez de la mañana se apodera de Conclud. Por su parte, la 25, que ha atacado desde la zona de Villalba Baja, toma San Blas, junto al Turia. La sorpresa para los nacionales es total, en parte porque no esperan que con aquel frío gélido la República se lance al ataque, pero, sobre todo, porque las dos divisiones republicanas no llevan a cabo ninguna preparación artillera del campo enemigo. Pero los ataques son muchas veces inútiles. El 7 de diciembre, la 3ª compañía de Tanques del capitán Gubanov hace cinco intentos de lanzar un ataque, pero la infantería no le sigue. El Regimiento Internacional de Tanques, compuesto principalmente por voluntarios soviéticos, combate en los sectores más peligrosos del frente. El capitán Tsaplin se comporta como un héroe. Han alcanzado su tanque y le han destrozado una oruga a sólo cincuenta metros de las trincheras enemigas. Durante ocho horas «resiste en su tanque los feroces ataques del enemigo. Cuando agota sus municiones, inutiliza el tanque, salta y escapa».**12**

El día 20 enlazan con las divisiones del XVIII Cuerpo de Ejército, que han sobrepasado El Campillo y han tomado La Muela de Teruel a media tarde del día 18, para establecer una línea defensiva que va desde Peralejo hasta más allá de Bezas a la altura del kilómetro 179 de la carretera de Teruel a Zaragoza. La 40, que ha tenido que tornar en dura lucha el puerto de Escanden, máximo punto de penetración del frente nacional hacia el este, ha llegado a las afueras de Teruel el día 19. Ese mismo día llegan Prieto, Rojo y todo el Estado mayor, que, con un grupo de periodistas y corresponsales extranjeros-entre los que se cuentan Hemingway, Matthews y Capa- aguardan el momento de comunicar al mundo que la República ha reconquistado la primera capital de provincia.**13**

Los generales franquistas quedan desconcertados ante este ataque. «Noticias alarmantes -escribe Von Richthofen-. Los rojos han roto el frente junto a Teruel.»**14** Franco tiene que decidir entre seguir con su plan de atacar Madrid, como le aconsejan que haga sus asesores alemanes e italianos, o acudir al capote de Rojo. Se decide por esto último en medio del disgusto de los mandos nacionales, que no desearían cambiar Teruel por la gran ofensiva que se había planeado.**15** «El Generalísimo -informa la Legión Cóndor a Berlín- decidió desde el principio, por razones de prestigio de una especial naturaleza política, y al coste de renunciar

al ataque sobre Madrid pasando por Guadalajara que se había dispuesto, restablecer el frente alrededor de Teruel para dejarlo tal como estaba el día 15 de diciembre.» A Franco lo que le ocurre es que no puede soportar la idea de que los republicanos tomen una capital de provincia. Hay que reconquistarla a toda costa. Su primera intención es enviar allí, de inmediato, a la Legión Cóndor, pero Von Richthofen es cauto: «La situación meteorológica es muy seria», escribe en su diario.**16**

Para taponar de momento la brecha, Franco envía a Aranda a Teruel con tres divisiones y ordena a Dávila que desplace la 81ª desde el Alto Tajo. El día 20 emite una directiva por la que se organiza un ejército para socorrer Teruel, que, al mando de Dávila, estará integrado por el Cuerpo de Ejército de Galicia, que deberá actuar al norte del Turia, y por el Cuerpo de Ejército de Castilla, reforzado con dos divisiones navarras, que deberá atacar al sur del mismo río. Estas fuerzas contarán con el máximo apoyo artillero y de aviación, es decir, con la artillería italiana del CTV y con la Legión Cóndor, que se encontrarán con graves problemas a causa del mal tiempo. Durante casi una semana, los aviones no podrán despegar de sus aeródromos por la mala visibilidad, el hielo de las pistas y la congelación de los motores. Sólo se pueden enviar a la brecha las baterías antiaéreas de la Legión Cóndor. El día 21 se lucha ya en las calles de Teruel y los republicanos de la 68 División, con sus carros de combate T-26, ocupan en seguida el Ensanche y la plaza de toros. Las instantáneas de la entrada de los tanques republicanos en Teruel dan la vuelta al mundo. Las fuerzas de Rey d'Harcourt, que se han replegado hacia el centro de la ciudad, se hacen fuertes en los edificios que rodean la plaza de San Juan: la iglesia del mismo nombre, la Comandancia militar, el Gobierno civil, el Banco de España, la Diputación, la delegación de Hacienda, el hospital de la Asunción, el Casino... El coronel Barba se defiende en el Seminario, el convento de Santa Clara y las iglesias de Santiago y Santa Teresa. Los infantes republicanos suben las escarpas de acceso a la ciudad protegidos por una cortina de fuego de ametralladoras: «Se distinguía a los dinamiteros corriendo por las primeras calles y los fogonazos de sus granadas al estallar dentro de las casas. Había llegado el gran momento: uno de esos momentos dramáticos de la historia y del periodismo», escribe el periodista norteamericano Herbert Matthews.**17**

La toma de Teruel constituye uno de los episodios más terribles de la guerra civil española: hay que combatir en las calles, llenas de escombros, y desalojar casa por casa con bombas de mano y esgrima de fusil. Se abren grandes boquetes en las paredes y en los suelos de las casas, a través de los que se hace fuego de fusil ametrallador y se lanzan granadas de mano contra los emboscados que, en muchos casos, están mezclados con la población civil: «De pronto vimos que de una ventana alguien asomaba a un bebé, gritando que no disparáramos, que en la casa sólo había civiles. Y dejamos de disparar al ver a la criatura».**18** Los republicanos, que siguen las instrucciones dadas personalmente por Prieto de extremar la protección de los civiles en la toma de la ciudad, van enviando a las mujeres y niños que desalojan de los sótanos de las casas a la plaza del Torico, aunque también muchos de ellos, asumiendo el riesgo de ser fusilados, se entregan al saqueo. Luego, por las noches, se mezclan en las casas, inadvertidamente, soldados de ambos bandos que acaban matándose, a la luz del alba, a golpes de bayoneta. Stalingrado no va a ser mucho peor.

A partir del día 22 la artillería republicana, que dispara a cero, machaca los focos de resistencia, aunque más tarde tiene que minar con la colaboración de Belarmino Tomás, que se encuentra en Teruel los principales edificios que ocupan Rey d'Harcourt y Bara con sus hombres, como la Comandancia, el Banco de España, el Casino, el convento de Santa Clara y el edificio del Gobierno civil. Cuando éste es ocupado, «una parte de sus defensores se pasó al edificio paredaño, Hotel de Aragón, donde se les persiguió entablándose, como en Santa Clara, una lucha cruelísima. En el Gobierno civil se hicieron algunos prisioneros y se retiraron

muchos cadáveres. La mayoría y, desde luego, los niños habían muerto de hambre». **19** El gran fotógrafo Robert Capa sólo escribe un artículo sobre la guerra civil española y precisamente lo hace durante aquellos días en Teruel. Sus palabras sobre la toma del Gobierno civil estremecen: «Más de cincuenta personas, mujeres y niños, en su mayoría cegados por la luz, nos mostraron sus rostros cadavéricos, manchados de sangre y mugre. Llevaban quince días en el subsuelo, viviendo en un terror continuo, alimentados de restos de comida de la guarnición y de algunas sardinas que les tiraban diariamente. Muy pocos tuvieron fuerzas para levantarse; hubo que ayudarlos a salir. Es imposible describir una escena tan penosa». **20**

Teruel aún no está totalmente ocupado por las tropas leales, pero las autoridades republicanas comienzan a lanzar las campanas al vuelo. En Nochebuena llegan los ascensos y los premios: Hernández Saravia es ascendido a general y al general Rojo se le otorga la Placa Laureada de Madrid. Los esposos Haldane han invitado a Teruel al célebre cantante Paul Robeson, que durante toda la noche canta espirituales para los soldados del British. **21** Los comunistas se atribuyen la victoria y reclaman recompensas para sus combatientes, a quienes «aureolaban con toda suerte de nimbos y resplandores». A Prieto le entra un inusitado ataque de optimismo y bromea diciendo que ahora ya es ministro de Defensa y *de Ataque* **22**

Las terribles condiciones climáticas no permitirán a los nacionales lanzar un contraataque hasta el día 29, con una tormenta de obuses de artillería como no se había visto hasta entonces. Aquel día la visibilidad es mayor, las tormentas de nieve han remitido y las fuerzas aéreas de los nacionales están en condiciones de emplear todo su potencial. Sobre las posiciones republicanas caen más de cien toneladas de bombas y las patrullas de Moscas no se atreven a hacer frente a las escuadrillas de Fiat que escoltan a los pesados bombarderos. Su acción, combinada con la máxima cadencia de tiro de la artillería, dura dos horas seguidas. **23** En cuanto termina la tormenta de fuego, diez divisiones nacionales se lanzan en dirección sudeste para tratar de recuperar el saliente, pero, a pesar del aplastante bombardeo, las líneas republicanas no ceden. La Legión Cóndor reconoce que el efecto de sus bombas no ha sido «muy grande». El Cuerpo de Ejército de Galicia sólo ha conquistado de 300 a 400 metros de terreno, mientras que el Cuerpo de Ejército de Castilla «sigue en su posición inicial». **24**

Al día siguiente, el tiempo mejora y la artillería de los nacionales retumba de nuevo. Los Heinkel 51 de la Legión Cóndor atacan «las líneas de trinchera y las posiciones de reserva», mientras los precisos cañones de 88 mm de sus baterías antiaéreas se concentran en los puntos clave. «Como ya comprobamos en Asturias, cuando los cazas ametrallan las trincheras y las baterías antiaéreas las castigan, el enemigo no puede combatir.»

Durante el día 31 la ventisca no deja ver nada a pocos metros y en la noche de San Silvestre se alcanzan las temperaturas más bajas del siglo, alrededor de los 20 grados bajo cero. Además, hay que picar trabajosamente el hielo de las alas de los aviones. Los carros de combate y todos los vehículos parecen estatuas glaciales. Los combatientes que recurren al café, al coñac o al aguardiente para combatir el frío, morirán helados si llegan a dormirse. Las bajas por congelaciones se disparan. Ese mismo día de fin de año las dos divisiones navarras que mandan los coroneles García Valiño y Muñoz Grandes conquistan La Muela de Teruel. El general Rojo se pone en contacto con Prieto por teletipo para darle novedades y éste le contesta con malhumor: «He podido apreciar que apenas se ha combatido. Es de temer que, avanzada la jornada, no haya esperanza de reaccionar con el rigor indispensable tras la ola de pánico que ha envuelto a las tropas». **25** Walter lo califica de «un día difícil, lleno de pánico, en

que las fuerzas republicanas han huido del frente y abandonado Teruel. Se ha debido, sobre todo, a que los agentes fascistas han sembrado el pánico en nuestras unidades». **26**

A caballo del año nuevo, el mayor Andrés Nieto, jefe de la 40 División, nombrado comandante militar de la plaza, da, inexplicablemente, órdenes a sus tropas de que abandonen la ciudad. Los sitiados o no se percatan o no se atreven a salir de sus protecciones y contraatacar. «Por varias horas Teruel no fue de nadie», dice Zugazagoitia. **27**

El día 1 de enero de 1938 el general Rojo informa a Prieto de la pérdida de San Blas y tiene que echar mano de su constante recurso: ordena a Modesto que acuda al frente con su V Cuerpo de Ejército para impedir que los nacionales sigan avanzando hacia la ciudad. Las tormentas de nieve y las ventiscas convierten en un infierno las posiciones y hacen imposible el movimiento de las tropas porque, recortadas sus siluetas en la nieve, disparar contra ellas es como tirar a las perdices. Las condiciones meteorológicas son tan malas, que la Legión Cóndor no consigue despegar. Los alemanes critican a la artillería italiana, que dispara tras consultar los mapas en vez de observar la trayectoria de los obuses, de modo que no consiguen dar en el blanco «nunca, durante todo el ataque». **28**

Franco ha enviado un mensaje el día 23 al comandante militar de la plaza, coronel Rey d'Harcourt, animándole a resistir y prometiéndole el envío inmediato de refuerzos: «Tened confianza en España, como España confía en vosotros», dice a los sitiados. **29** Pero Teruel no es el Alcázar de Toledo ni aquellos son los días del golpe de estado, ni las fuerzas republicanas son las bisoñas milicias que derrotó Várela. Tras 24 días de resistencia, el coronel Rey d'Harcourt se rinde a las 22 horas del día 7 de enero. Los nacionales achacan la pérdida de Teruel a «la flaqueza e impericia del jefe del sector, pues anoche pactó la entrega de su puesto con los rojos». **30** Las autoridades republicanas evacúan a los heridos -unos 1.500- y a lo que queda de la población civil en camiones que los trasladan hacia el puerto de Escandén bajo unas terribles condiciones climáticas.

Rendida Teruel, las tropas franquistas lanzan un contraataque por el norte hacia el Alto de Celadas y El Muletón, que dominan el valle del río Alfambra. El día 17 de enero, en una jornada de fuego y metralla, rompen las líneas leales y amenazan con cortar la carretera de Alcañiz. En los cielos, sobre el valle del Alfambra, combaten más de cien aviones. Acude Walter con las Brigadas Internacionales de la 35 División a parar las tropas de Aranda. Walter escribe en su informe que la XI Brigada Internacional ha luchado bien y merece «los mayores elogios». **31**

El día 19, la 5ª de Navarra ataca El Muletón, defendido por los brigadistas de la XV, que caerán como moscas. Rápidamente se rehacen las líneas y se ordena el contraataque, pero los mandos republicanos esperan demasiado de sus tropas. Apenas tienen municiones porque las nevadas dificultan el paso de los camiones de suministro. Se están quedando sin comida y beben el agua que destilan de la nieve prensada. No hay forma de encender fuego en las líneas; sólo dentro de Teruel se obtiene combustible sacrificando muebles, puertas y ventanas. Ese mismo día 19, los soldados de la 84 Brigada Mixta, perteneciente a la 40 División, que manda el socialista Andrés Nieto, ex alcalde de Marida, se niegan a regresar al frente mientras están de permiso en Rubielos de Mora; 46 de ellos serán fusilados sin juicio previo en la madrugada del 20 de enero. **32**

El día 5 de febrero, «en perfectas condiciones climáticas» para volar, los nacionales lanzan el grueso de su contragolpe hacia el Alfambra, tratando de desbaratar el flanco republicano. **33** Dirige la ofensiva el general Juan Vigón con los cuerpos de ejército de Galicia, de Marruecos y de Navarra, más el CTV y la 1ª División de Caballería. En total, unos 100.000 hombres y entre 400 y 500 cañones que convergen sobre la sierra Palomera y penetran en un

frente de 30 kilómetros. Peter Kemp, el voluntario inglés que ahora sirve en la Legión de Franco, nos ha dejado una descripción muy realista del inicio de esta ofensiva:

En la sierra Palomera las divisiones de requetés, tocados con sus boinas rojas, y las de legionarios, con sus verdes capotes, aguardaban, en aquella mañana serena y glacial, a los bombarderos que habían de machacar al enemigo. Sólo el roncar de las mulas, cargadas de impedimenta, rompía el silencio. Los soldados nacionales empezaron a oír, a sus espaldas, el sordo ronroneo de los bombarderos italianos. De pronto, descubrieron con horror que los Savoia Marchettis les habían confundido con el enemigo.**34**

Los aviones italianos bombardean las crestas de la sierra a pesar de las desesperadas señales que les hacen los soldados nacionales, que sufren menos bajas por el «fuego amigo» de lo que temen sus mandos. Los republicanos, en cambio, tienen 15.000 bajas y pierden enormes cantidades de material de guerra.

La 1ª División de Caballería, que manda el general Monasterio, lleva a cabo durante la batalla de Alfambra la única gran carga de caballería de toda la guerra. Las tropas de esta zona del frente no han visto nunca anteriormente una acción semejante, y corren en desbandada ante los cascos de los caballos enemigos. Entonces las formaciones nacionales giran hacia el sur forzando a las fuerzas republicanas a retirarse a toda prisa. El día 19 las tropas nacionales cortan la carretera de Teruel a Valencia y la 46 División de «el Campesino» queda aislada en la ciudad de Teruel por un doble anillo que deja una mínima brecha junto al Turia. En la madrugada del día 22 de febrero, cerca de 2.000 soldados republicanos dejan Teruel en manos de los franquistas.

El día 25 Modesto consigue formar una línea de defensa en la margen derecha del Alfambra, pero eso no significa el final de la batalla. Las operaciones continúan durante cuatro semanas más, pulverizando a las tropas republicanas y obligándolas a retirarse.

La batalla de Teruel, por el frío y por la lucha casa por casa, fue una de las más terribles de una guerra terrible. Las fuerzas nacionales debieron de sufrir alrededor de 40.000 bajas, muchas de ellas a causa del frío. El mal tiempo les hizo perder más aviones y pilotos que la acción de sus enemigos, aunque consiguieron destruir muchos más aparatos republicanos, doce, el 7 de febrero.**35** Las bajas republicanas todavía fueron mayores, quizá de más de 60.000 hombres.**36** La mayor parte de ellas se produjeron una vez que se había alcanzado el objetivo de reconquistar Teruel porque, en enero, ante el contragolpe de los nacionales, la República se empeñó en defender una ciudad indefendible y de nula importancia estratégica a cambio de un montón de vidas y de gran cantidad de material de guerra. Una vez más, la obstinación de los dirigentes republicanos, azuzada por los prematuros clamores de victoria destinados a la propaganda, llevó a éstos a sacrificar buena parte de sus mejores tropas. El lamentable estado físico de las que quedaron, desmoralizadas y exhaustas, y las enormes pérdidas de material, constituyeron lo que fue, probablemente, el mayor desastre republicano de toda la guerra.

Como de costumbre, los dirigentes y mandos republicanos se enzarzaron en agrias discusiones sobre la responsabilidad del fracaso. El informe del Comisariado del Ejército de Tierra, puestos a señalar, indicó no menos de siete causas: la intensidad de la aviación franquista; la gran combinación de ésta con la artillería; lo reducido de los efectivos republicanos; la inferioridad armamentística; el decaimiento de la moral, etc.,**37** todas habituales, conocidas y sin remedio, como explica el propio general Rojo:

La escasez de material, la defectuosa moral de nuestras unidades, la incompleta organización de las mismas, la incapacidad o incompetencia de muchos mandos, las

dificultades de transporte, la instrucción defectuosa que acusa nuestra tropa y nuestros jefes y, en una palabra, todo lo que constituye el problema general orgánico en el que estamos empeñados hace tiempo y del que sólo se ha conseguido hasta el presente un boceto... **38**

Por su parte, los comunistas descargaron la mayor parte de la culpa o sobre Prieto o sobre Rojo: «La errónea valoración de la situación [se refiere a una subestimación de las fuerzas nacionales] y el injustificado optimismo fueron causa de una serie de acciones y de deficiencias que contribuyeron a agravar la inferioridad de nuestro ejército respecto al del enemigo», y culparon al ministro de «tomar distancias respecto de los comunistas». **39** Con su frialdad habitual, Stepánov dijo en su informe a «la Casa» que el fracaso de Teruel se debió, entre otras cosas, «a la conducta errónea o traidora del Alto Estado Mayor, y, en particular, de Rojo». **40**

Durante la primavera de 1938, la República sólo iba a recibir dos buenas noticias. Una fue la apertura de la frontera francesa, el 17 de marzo, al paso de material militar. La otra le llegó de una fuente inesperada: la flota. La Armada de la República no había podido hacer gran cosa para desafiar el bloqueo de los nacionales y de sus aliados italianos, sobre todo por la ineficacia de las tripulaciones de sus barcos. Por el contrario, la flota de los nacionales había aumentado mucho gracias a la ayuda de Mussolini, quien les facilitó dos submarinos italianos, el *Archimedes* y el *Torricelli*, rebautizados como *Mola* y *Sanjurjo* que no eran precisamente dos nombres muy tranquilizadores para los tripulantes de submarinos, tradicionalmente muy supersticiosos. Además, siete submarinos italianos «legionarios» continuaron operando en el Mediterráneo, listos para izar la bandera real española si se veían obligados a salir a la superficie. Mussolini también dio a Franco cuatro destructores y, más tarde, en 1938, un viejo crucero, el *Taranto*.

El fin de la guerra en el norte había significado el refuerzo de la flota mediterránea de los nacionales con las unidades que patrullaban la costa cantábrica, incluido el crucero *Almirante Cervera*, y dos escuadrillas de hidroaviones Heinkel 60. Una de ellas se asignó a Palma de Mallorca, donde, como hemos visto, el almirante Moreno, con la flota y la fuerza aérea italianas, había instalado su cuartel general de bloqueo. La ciudad de Palma fue la principal base italiana de la que partieron los bombarderos para atacar a la navegación o bombardear las ciudades costeras de la República, especialmente Barcelona y Valencia. Los italianos eran quienes, en definitiva, mandaban en la isla, que habían ocupado por completo desde los brutales días del inicio de la guerra, cuando el fascista italiano «conde Rossi» lanzó su campaña de terror. **41**

En marzo, la flota republicana se propuso desafiar este formidable control del Mediterráneo occidental, sorprendiendo a todo el mundo. Cuánto hubo de suerte en su acción es difícil de estimar. El día 5 zarpó de Cartagena una flotilla de torpederos, escoltada por dos cruceros, el *Libertad* y el *Méndez Núñez*, y nueve destructores, al mando del capitán de navío Luis González Ubieta, para enfrentarse a la flota nacional de Palma de Mallorca. A la vez, una escuadra nacional que escoltaba un convoy procedente de la ciudad avanzaba hacia ella frente a las costas murcianas. Consta de tres cruceros, el *Baleares*, el *Canarias* y el *Almirante Cervera*, tres destructores y dos minadores.

Las dos fuerzas entraron en contacto un poco antes de la una de la madrugada del 6 de marzo. Tres de los destructores republicanos avistaron el *Baleares*, que era el buque insignia de la flota, y le lanzaron sus torpedos. El crucero nacional, al mando del almirante Manuel Vierna, se hundió rápidamente con 726 marineros y su capitán. Aunque esta fue la mayor batalla de la guerra en el mar, no tuvo consecuencias importantes para los franquistas porque éstos repararon en seguida el viejo crucero *República*, al que bautizaron como *Navarra*. La flota nacional fue mucho más cautelosa a resultas de esta acción, pero siguió controlando las

costas sin más complicaciones. Sólo unos días después, los Heinkel que bombardearon Cartagena dejaron fuera de combate al único buque verdaderamente importante de la República, *el Jaime I*.

Las noticias de la pérdida del *Baleares* llegaron al Ejército de Maniobra de los nacionales justo en el momento en que estaba a punto de lanzar la ofensiva más devastadora que se había visto hasta entonces. No está claro si, tras recuperar Teruel, Franco desdeñó, una vez más, una vía rápida hacia la victoria para continuar destruyendo, sin prisa pero sin pausa, a sus enemigos o si se le convenció para que se aprovechara de la debilidad del ejército popular antes de que pudiera recuperarse de los efectos de la batalla. La oportunidad de asestar un nuevo golpe a las formaciones más experimentadas del enemigo, aislando al mismo tiempo Cataluña -fuente principal de potencial industrial de la República- del resto de la zona republicana y de Francia, era, desde luego, muy atractiva. Sin la industria catalana y sin suministros del exterior, la región central caería con rapidez. Era una estrategia menos espectacular que marchar sobre Madrid, pero tenía más garantías de éxito.

Los nacionales se dispusieron a emprender la campaña de Aragón y Levante con una ventaja considerable. Habían conseguido redespigar sus formaciones mucho más rápidamente de lo que el Estado Mayor republicano había previsto. Aunque sus espías les habían advertido de la amenaza, los mandos republicanos estaban convencidos de que, ahora, el objetivo de los nacionales volvería a ser el frente de Guadalajara. Creían, además, que las tropas franquistas debían de estar tan exhaustas como las suyas. Sin embargo, dos semanas después de haber recuperado Teruel, el jefe de Estado Mayor de Dávila, general Vigón, ya tenía listos sus planes para el ataque. El Ejército de Maniobra se posicionó tras la línea de salida, que estaba en la mitad sur del sector central de Aragón. A la vanguardia del despliegue iban el Cuerpo de Ejército marroquí, el Cuerpo de Ejército de Galicia y el CTV italiano. Participaron asimismo en la operación los cuerpos de ejército de Castilla, de Aragón y de Navarra, y la 1ª División de Caballería. En total, unas veintisiete divisiones, compuestas por 150.000 hombres, apoyadas por 600 o 700 piezas de artillería y con la cobertura aérea de unos 500 a 700 aviones.**42**

El día 9 de marzo empezó la campaña franquista con una acción coordinada de la artillería y los bombardeos aéreos tan perfecta y eficaz que cuando se lanzó la infantería al ataque pocos defensores republicanos estaban ya en condiciones de sostener un fusil. La artillería nacional sobrepasaba en mucho a la republicana y además se utilizaba con mucha mayor eficacia. Los golpes que asestaban desde el aire la Legión Cóndor, la Aviazione Legionaria y la Brigada Hispana eran incomparablemente más certeros que los de la aviación leal. En esta campaña actuaron por primera vez los que iban a ser protagonistas de la segunda guerra mundial, los Junker 87, o «Stukas», aparatos que, al decir de los oficiales de la Luftwaffe, podían descargar sus bombas en un radio inferior a cinco metros del centro de su objetivo.

Aquellos defensores republicanos que lograron salir indemnes de los bombardeos tuvieron que habérselas, en seguida, con los tanques del coronel VonThoma, que fueron utilizados con extraordinario provecho: «[hicieron] un trabajo serio: la auténtica *Blitzkrieg*».**43** Las bajas de la infantería nacional fueron las menores habidas en sus mayores ofensivas. Tras las continuas pasadas de los bombarderos, lo único que tenían que hacer los legionarios era rematar a la bayoneta a los exhaustos supervivientes en sus trincheras. El general Walter achacó una vez más el desastre a la «inmensa actividad y al incesante trabajo de elementos derrotistas y agentes de la quinta columna que hay en las unidades republicanas ... Hemos visto cómo en estos días se multiplica la actividad más asquerosa, fétida y traicionera de un montón de hijos de puta de todos los géneros y colores». Otro informe admitía, sin embargo, que «pensamos que [el ataque nacional] era sólo una finta y seguimos aguardando

tozudamente una batalla general en Guadalajara». Ni que decir tiene que ésta era una interpretación más cabal de lo que había sucedido.**44**

Durante aquel primer día de la ofensiva, el Cuerpo de Ejército marroquí de Yagüe, apoyado por los tanques, aplastó a la 44 División y avanzó 36 kilómetros hacia el este, a lo largo de la ribera sur del Ebro.

Tras los rigores del sol, la mordedura del frío. En la batalla de Teruel se combatió a 20 grados bajo cero. En la fotografía superior, *a la izquierda*, tropas republicanas combaten dentro de la ciudad el día de Nochebuena de 1937. *A la derecha*, un combatiente de las Brigadas Internacionales. En la fotografía inferior, Indalecio Prieto (tercero, por la derecha) y otros dirigentes republicanos se informan de la situación en el frente. La ofensiva de Cataluña significó, prácticamente, el final de la guerra. Tropas del Cuerpo de Ejército de Urgel descansan en Vilanova de Meia, antes de proseguir su marcha hacia Tremp. Barcelona, muy dañada por los bombardeos y abandonada por gran parte de sus habitantes, recibió, casi en silencio, a las tropas nacionales en su entrada triunfal.

Al día siguiente, 10 de marzo, los requetés entraron en las ruinas de Belchite, que tanta sangre había costado ocupar el verano anterior. Yagüe no permitió que decayera el empuje de su ataque, de modo que cualquier línea de defensa que trataban de organizar con sus restos las fuerzas republicanas se derrumbaba tan pronto como conseguían formarlas. Aquel mismo día, la Legión Cóndor envió todos sus Heinkel 111, Dornier 17 y Heinkel 51 a atacar los aeródromos republicanos. Al parecer causaron, con «sorprendente efecto, graves daños a la fuerza aérea enemiga en tierra». Al día siguiente, el rápido avance de la 5ª División desde Belchite contó con el apoyo de los tanques alemanes del Grupo Droehe y de los cañones de 88 mm de la Legión Cóndor.**45** Sin preocuparse por sus flancos, Yagüe no se detuvo hasta llegar a Caspe.

Tras la batalla de Teruel las tropas republicanas que habían tomado parte en ella estaban exhaustas, mal equipadas y con escasas municiones, mientras que las de refresco estaban compuestas sobre todo por reclutas bisoños. La retirada se parecía mucho más a una derrota que a un repliegue. «Y cuando sobrevino la ofensiva de los fascistas, una gran parte del ejército, la mayoría aplastante de oficiales y jefes, se vio sorprendida. Se desconcertó, cayó presa del pánico, perdió la cabeza y se dio a una impetuosa fuga hacia atrás» denunciará, inmisericorde, Stepánov.**46** Aunque las tropas del ejército popular trataron de resistirse y contragolpear un par de veces, la desmoralización se apoderó en seguida de ellas porque ya no estaban en condiciones de resistir las embestidas enemigas, ya fueran en tierra o desde el aire. La situación se envenenó, además, porque, desde Teruel, el resentimiento de muchos combatientes contra sus compañeros comunistas se había agudizado. La gente creía cualquier fábula sobre la perfidia comunista. Las unidades no comunistas creían que les habían cortado a posta el suministro de municiones. Estas sospechas tenían su origen en incidentes aislados. Durante la batalla de Teruel, por ejemplo, a parte de la 25 División anarquista se le negaron armas de repuesto y munición porque uno de sus oficiales superiores se había negado a ingresar en las filas del Partido Comunista.

Los comandantes en campaña, y sobre todo los mayores y tenientes coroneles comunistas, no tenían buenas relaciones con el mando desde los días de Teruel. Líster se había negado a obedecer a Rojo cuando se le pedía que regresara al frente con sus tropas exhaustas; «el Campesino», tras su ruptura con el Partido Comunista, acusará al general ruso «Grigorevitch» (Stern) de haber privado a sus fuerzas en Teruel de municiones para que la ciudad cayera en manos fascistas a fin de desacreditar a Prieto. También dirá que Modesto y Líster le

abandonaron deliberadamente en la ciudad «para que allí encontrara la muerte». **47** Estos dos últimos aún se aborrecían desde que Líster perdiera la mayor parte de los nuevos carros de combate BT-5 **48** durante su segundo asalto a Fuentes de Ebro, en el mes de octubre pasado. Durante el caos que siguió a la retirada de Aragón las recriminaciones mutuas aún subieron más de tono, y algunos jefes, sobre todo Marty y Líster, trataron de justificar su comportamiento acusando de traición y de ejecuciones arbitrarias a los demás. Los dirigentes comunistas españoles querían que algunos jefes de las Brigadas Internacionales fueran cesados por sus fracasos y, aunque se las vieron y se las desearon, lograron convencer a Marty de que relevara al general Walter y al coronel Copie.

La retirada en masa de los republicanos sólo se templaba cuando el enemigo, a su vez, se detenía para descansar. A veces el simple repliegue de un flanco degeneraba en pánico y en mitad de la barabúnda nadie pensaba en advertir de lo que sucedía a las unidades vecinas. Era frecuente que las tropas se quedaran sin munición y sin sus raciones. Los cazas nacionales, que volaban en cadena lanzando sus bombas sin parar, se cebaban en las tropas republicanas en retirada a las que perseguían sin darse tregua. El viejo temor al copo, que tanto había obsesionado a los milicianos durante los primeros días de la guerra, se había apoderado ahora del ejército popular. Según Manuel Tagüeña, hacia el primero de abril las divisiones internacionales 35 y 45, que estaban en Mora de Ebro, «habían perdido completamente toda capacidad combativa». **49**

El día 14 de marzo los soldados del CTV entran en la Alcañiz que once días antes habían bombardeado sus paisanos a placer. En efecto, el día 3,14 aviones Savoia-Marchetti descargaron 10.000 kilos de bombas sobre una población de unas 12.000 personas, que habitaban una ciudad indefensa y sin la más mínima importancia estratégica; mataron a unas 200 personas. El *Heraldo de Aragón* se apresuró a informar de que la ciudad «había sido incendiada por los rojos antes de huir». La Aviazione Legionaria ya tenía su Gernika. **50**

Los franquistas se detienen, momentáneamente, el día 22, a la altura de la línea Caspe-Alcañiz-Calanda-Alcorisa. Su siguiente acción será al norte del Ebro, apuntando hacia Lérida. El Cuerpo de Ejército de Aragón, mandado por Moscardó, y las brigadas navarras de Solchaga empujan hacia el sudeste y toman Barbastro y Monzón mientras Yagüe cruza el Ebro a la altura de Quinto, el 23 de marzo, para dar caza a los republicanos en retirada por su flanco izquierdo. Aquel mismo día, el alto mando franquista prepara la toma de Lérida ordenando a sus aviones que bombardeen la ciudad.

El día 27 de marzo, domingo cuarto de Cuaresma de este año, 1938: rotas las líneas fortificadas del Cinca, nuestras tropas [es decir, las nacionales] habían penetrado en la provincia de Lérida ... Pero toda resistencia quedó rota ya el mismo día 27, domingo de tristes recuerdos para Lérida. Después de comer, unos 30 aparatos de bombardeo, con entero dominio del aire y sin ser hostilizados, se dedicaron a machacar la ciudad por espacio de dos horas ... Es un espectáculo triste el que ofrece la mejor calle de Lérida casi toda en ruinas, el grupo escolar de la Normal, el edificio de las Hermanitas de los Pobres, el colegio de la Enseñanza, el Liceo Escolar, la casa de Correos y Telégrafos... **51**

Al día siguiente del bombardeo de Lérida, el Cuerpo de Ejército marroquí entra en Fraga y el día 29 establece una cabeza de puente sobre el Segre; el 2 de abril cae Tamarite de Litera y el día 3 las fuerzas de Yagüe entran en el viejo bastión poumista de Lérida. En Tortosa, que los bombardeos han reducido a escombros, la 11 División de Líster contiene por algún tiempo a las tropas italianas. Los cuerpos de ejército de Aragón y Navarra ocupan los embalses de Tresp y Camarasa y se apoderan de las plantas de energía hidroeléctrica que abastecen a la

industria barcelonesa. Balaguer cae el 6 de abril tras sufrir un bombardeo atroz en el que intervienen más de cien aparatos. Berti entra en Gandesa el 3 de abril con el CTV y la 1ª División de Caballería de Monasterio. Allí les están esperando algunas damas de la aristocracia española -la duquesa de Montpensier, la de Montealegre, la condesa de Bailen, la de Gamazo- para participar en una ceremonia de homenaje a sus victoriosas tropas.

Por su parte, Aranda, que el 15 de marzo ha conquistado Montalbán, rodea el Maestrazgo norte y entra en Morella el 4 de abril, desde donde se lanza en tromba hacia la costa mediterránea. El día 15, el saliente de Teruel se ha extendido como un lagrimón hasta el mar. Ahora los nacionales disponen de un corredor que separa en dos el territorio republicano.

Aquel día era Viernes Santo y los requetés, al llegar a las aguas del Mediterráneo, se bañaron en él como si se tratara del Jordán. Toda la prensa nacional rivalizó en la noticia explicando con unción que el general Alonso Vega se arrodilló en la orina, mojó sus dedos en el agua y se santiguó. Los franquistas sentían que el fin de su cruzada estaba cerca, porque «la espada victoriosa de Franco partió en dos la España que aún detentan los rojos». **52**

28. Paz, piedad y perdón

Durante aquella primavera de 1938, mientras el Ejército de Maniobra franquista avanzaba triunfante por Aragón, la República tenía que enfrentarse, además de a las tropas nacionales, a una grave crisis económica y a una moral de abatimiento y derrota. Los grupos políticos desconfiaban unos de otros, crecía el temor al SIM, pesaba la naturaleza autoritaria del gobierno de Negrín y había escasez de alimentos, acaparamiento de víveres y derrotismo. Además de todo eso, la población de Barcelona -ahora capital *de facto* de la República- tuvo que soportar las peores incursiones aéreas de toda la guerra. **1**

La zona republicana vivía en una espiral de hiperinflación y el coste de la vida se había más que triplicado en menos de dos años de guerra. Al iniciarse ésta, la mayor partida de gastos de la economía republicana había sido el pago de los haberes de las milicias, que recibían diez pesetas diarias, cifra que, a pesar del alto nivel de inflación, nunca se pudo superar, de modo que ya en el invierno de 1936 esa partida fue desplazada del primer puesto por la correspondiente a la compra de armas al extranjero. Con excepción de las relativamente pequeñas fábricas de armas del País Vasco y de Asturias, España no disponía de una industria de armamento, y no era, por tanto, muy sensato pretender que las industrias metalúrgicas catalanas se reconvirtieran de la noche a la mañana en industrias de guerra cuando faltaba la experiencia técnica. Ya era mucho lo que se había conseguido durante los primeros seis meses de guerra, teniendo además en contra al gobierno central, que, para hacerse con el control de las fábricas colectivizadas por la CNT y la Generalitat, se negaba a facilitar divisas para la compra de maquinaria al extranjero.

Todo el armamento y equipo que necesitaba la República tuvo que comprarlo en el exterior, pagando siempre, y por adelantado, con oro o con monedas fuertes (libras esterlinas, dólares, francos suizos...) que obtenía de la venta del oro que tenía en París y en Moscú. Desde el mismo momento en que se supo que el oro de la República española había sido enviado a Francia y a la Unión Soviética se despertó, en toda Europa, una verdadera «fiebre del oro» entre los dirigentes de algunos países y, sobre todo, entre los numerosos traficantes de armas que, entre una guerra mundial y otra, seguían haciendo su agosto. España fue un mercado muy lucrativo durante toda la guerra civil. A principios de 1937, un funcionario del Foreign Office se refería a las grandes posibilidades de hacer dinero con la guerra de España: «Es tan grande [el negocio] que hay que seguir enviando alimentos y material de guerra a las dos partes a través de la iniciativa privada. El tráfico comercial que tenemos ahora va sobre ruedas y se obtienen grandes beneficios. Tanto Franco como el gobierno español disponen de los suficientes fondos en el extranjero para pagar todo lo que necesitan con urgencia». **2**

Los dirigentes republicanos, en su mayoría ignorantes en la gestión del tráfico de armas, se lanzaron desesperadamente a buscarlas por toda Europa (y Norteamérica) tan pronto como las potencias democráticas se negaron a vendérselas en nombre de la no intervención. El 8 de agosto de 1936 Alvaro de Albornoz, embajador republicano en París, firmó un contrato con la Société Européenne d'Etudes et d'Entreprises otorgándole los derechos exclusivos «para la compra en Francia, u otros países, de todas las mercancías a que hubiere lugar», comprometiéndose a pagarle una comisión del 7,5 por 100 por sus servicios. Esta sociedad -con la que se romperá a principios de 1937- estaba participada por las firmas Gas, Light & Coke, de Londres, Schneider-Creusot, el gigante de la venta de armas, el Imperial Ottoman Bank y la corporación francesa Worms et Cié, propietaria del consorcio de industrias pesadas Comité des Forges y de los periódicos *Le Temps* y *Le Matin*, además de otras cinco publicaciones francesas. Todos partidarios, cuando no proveedores, del general Franco. **3**

Como consecuencia de la política de no intervención, la República se encontró en una posición extremadamente vulnerable que la empujó a comprar armas donde fuera, a quien

fuera y sin ninguna garantía. En muchos casos, cuando llegaban los suministros pagados previamente y al contado, éstos eran inservibles o habían sido desechados por los gobiernos y particulares que los habían vendido, causando a las fuerzas republicanas en campaña tremendos problemas militares y logísticos de imposible solución. En plena batalla del Ebro, los hombres de Modesto sufrieron las consecuencias del pillaje:

Un día se nos anunció que se había adquirido un puente, y al fin, cuando aún podía ser útil, llegó el puente; ipero qué puente! Verdadera chatarra: material de desecho que ni siquiera tenía capacidad para el paso de artillería ligera y que, por su lamentable estado, no pudo montarse. Pero aquellos desperdicios habían costado al Estado una cifra astronómica. Al fin, nuestra guerra, para algunos adversarios del exterior, era un buen negocio.⁴

Si se toma en cuenta la calidad media del armamento y los suministros militares comprados al exterior, más el coste de transporte, los fletes, los seguros y los sobrepuestos, y considerando que muchos mercantes fueron hundidos por la flota italiana o la nacional, el Gobierno de la República acabó recibiendo en valor alrededor de la mitad de lo que había tenido que pagar.

La necesidad de defenderse de los golpistas hizo que la República llegara a hacerles frente con armas procedentes de la Alemania nazi, principal aliada y proveedora de armamento del general Franco. Siempre se había sospechado que, por rocambolesco que parezca, existió ese flujo *contra natura*. Ahora sabemos en qué consistió, cómo se produjo y quién hizo negocios con él.⁵ Las compras de armas a Alemania venían de lejos. De los tiempos en que los militares africanistas necesitaban gas mostaza alemán para matar a unos moros cuyos hermanos e hijos les ayudarían después a matar a españoles. Así que los alemanes continuaron haciendo negocios con España durante la guerra civil. Pero esta vez, jugando a dos barajas.

El 1 de octubre de 1936, casi al principio de la guerra, el carguero *Eramhill* llegó a Alicante procedente de Hamburgo. Iba cargado con un pedido de armas gestionado por dirigentes de la CNT que se componía de 19.000 fusiles, 101 ametralladoras y más de 28 millones de cartuchos. Su presencia en el puerto de Alicante fue detectada por el buque de guerra británico *Woolwich*, que lo comunicó inmediatamente al Foreign Office. El gobierno alemán se excusó diciendo que Hamburgo era un puerto libre, pero lo cierto es que el cargamento había zarpado con la bendición de los jefes nazis. El Foreign Office se dio por satisfecho con la explicación oficial alemana entre otras razones porque el *Eramhill* era de propiedad galesa.

El arquitecto de la venta secreta de armas a la República era el mismísimo Hermann Goering, quien usó como tapadera al conocido traficante Josef Veltjens, compañero y amigo suyo que ya había vendido armas a Mola antes del levantamiento y, sobre todo, a Pródromos Bodosakis-Athanasíades, un pirata griego muy próximo al dictador Metaxas. Este hombre salido de la nada llegó a controlar un imperio armamentístico. Era el principal accionista y director general de la empresa Poudreries et Cartoucheries Helléniques, S. A., cuyo principal socio y proveedor era la corporación alemana Rheinmetall-Borsig, que, a su vez, controlaba Goering personalmente. Bodosakis pasaba los pedidos de armamento que recibía a la Rheinmetall-Borsig, con la cobertura del gobierno de Metaxas, el cual afirmaba que estaban destinados al ejército griego. Cuando el armamento llegaba a Grecia, Bodosakis lo embarcaba en mercantes que zarpaban oficialmente con destino a México, pero que iban en realidad a España. Como Bodosakis negociaba tanto con los nacionales como con los republicanos, en ocasiones embarcaba el armamento en dos buques distintos, uno con material de buena calidad destinado a los nacionales y otro con armas viejas o inservibles destinado a la

República. El mercante que contenía este último cargamento era sistemáticamente descubierto y abordado por los buques de guerra nacionales. De hecho éste era exactamente el procedimiento que seguía también Josef Veltjens y el mismo que, con otra carga, empleaba el «último pirata del Mediterráneo», Juan March.

Entre 1937 y 1938, cuando las ventas de armas alemanas a la República por este procedimiento alcanzaron su climax, la empresa de Bodosakis hizo encargos de armamento a la Rheinmetall-Borsig por valor de 40 millones de marcos (3,2 millones de libras esterlinas). Se sabe que estos pedidos fueron servidos casi íntegramente a la República, con lo que la cifra del pedido de Bodosakis a Goering puede multiplicarse por cinco o por seis para obtener la cifra aproximada que debió de pagar la República. Piénsese que Bodosakis tenía que repartir el botín con el mismísimo Goering,⁶ con Metaxas y con otros altos funcionarios de Alemania y Grecia, y que tenía que pagar elevados costes del seguro para una carga de entrega tan incierta como aquélla. Todos estos gajes iban, naturalmente, a cargo de la República. En noviembre de 1937, Bodosakis viajó a Barcelona en un avión ruso, acompañado por George Rosenberg,⁷ agente de compañías navieras de paja,⁸ con objeto de firmar personalmente un contrato con la República para el suministro de municiones por un importe de 2,1 millones de libras esterlinas. En esa ocasión, y en todas las demás, exigió siempre que se le pagase por anticipado (crédito irrevocable al cien por cien), en oro o en moneda fuerte. El suministro de armamento alemán continuó hasta el final de la guerra, como comprobó en enero de 1939 la comisión internacional que se hizo cargo de la repatriación de voluntarios extranjeros.⁹

Cuando los nacionales se enteraron del tinglado, protestaron repetidas veces ante las autoridades alemanas afirmando que tenían controlados por lo menos 18 embarques de este tipo entre el 3 de enero de 1937 y el 11 de mayo de 1938, pero jamás llegaron hasta Hermann Goering. «Para la Alemania nazi, la República fue una fuente de divisa fuerte tan importante como la zona nacional».¹⁰

Pero la República no podía seguir pagando eternamente con oro o con moneda fuerte a aquellos gángsteres que organizaron «la mayor y la más complicada de las operaciones de contrabando de armas de la historia».¹¹ A principios de 1938 las cantidades de oro que quedaban en los depósitos de París y Moscú eran ya escasas.¹² A partir de ahí, Negrín tuvo que recurrir a vender toda la plata de que disponía el Banco de España a Estados Unidos, con la denuncia del gobierno de Burgos a través de su abogado John Foster Dulles, que no prosperó. El 29 de abril el ministro de Hacienda, Francisco Méndez Aspe, firmó un decreto reservado que legalizaba las enajenaciones de oro y plata.

En total se hicieron cinco embarques de plata con destino a Nueva York que le supusieron al Gobierno unos quince millones de dólares. Hasta el final de la guerra la República conseguiría otros cinco millones de dólares vendiendo el resto de la plata que le quedaba y que obtuvo con exacciones. Por medio de disposiciones reservadas, que se tomaron en mayo y julio, la población estaba obligada a ceder al Gobierno joyas, metales y activos sobre el extranjero y se requisaron propiedades de los enemigos declarados de la República para convertirlas en divisas. Las operaciones, que se realizaron principalmente a través de entidades privadas francesas y suizas, no aportaron más que nueve millones de dólares.¹³ Se consiguieron, además, por distintas vías, otros dos millones de dólares. En total sólo se reunieron unos 31 millones de dólares, que era una cifra casi ridícula para las inmensas necesidades de la República (había venido gastando un promedio de 27 millones de dólares al mes, *sin contar el armamento soviético*).

No quedaba más que una solución: volver a llamar a la puerta de la Unión Soviética. En marzo se habían recibido los 70 millones de dólares de un crédito que el embajador Pascua había negociado en el otoño anterior, aceptando un 3 por 100 de interés y la garantía de

cubrirlo en su mitad con oro, que dio lugar a un famoso «segundo envío» de metal a Moscú. Había que pedir a los rusos otro crédito, que no se concedería hasta diciembre y que alcanzó los 85 millones de dólares.**14** La mayor parte de los préstamos se destinaron a la compra de armamento ruso.**15**

Stalin pasó por alto muchas peticiones del gobierno republicano solicitando ayuda militar. Cuando, en la primavera de 1938, la situación era especialmente difícil, la Unión Soviética ignoró las peticiones de material y armamento que llegaban de España. «He pasado la petición de Negrín a la institución correspondiente [el Politburó] -escribió el 29 de abril Litvinov a Marchenko, el *chargéd'affaires* soviético en España- pero hasta ahora no se ha tomado ninguna decisión.»**16** Finalmente, el 7 de agosto, Litvinov escribió a Marchenko Barcelona: «Hasta ahora no se ha tomado ninguna decisión sobre las peticiones de Ispanpra [el gobierno español]. Creo que la razón de este retraso es que la respuesta va a ser negativa».**17** Aún se enviaron algunos embarques de armas, pero Stalin había perdido interés por España. Estaba claro que el gobierno republicano iba a perder la guerra y él tenía otras prioridades.

Además de importar armas, la República también tenía que importar petróleo, bienes de equipo, suministros de todo tipo y, al final, alimentos, porque, tras la pérdida de Aragón, la producción alimentaria propia disminuyó sensiblemente. No sólo trigo, sino también carne, huevos y leguminosas. Había que importar de México garbanzos y lentejas, que se convirtieron en la base de la alimentación, ya que la mayor parte de los productos de la huerta valenciana había que destinarlos a la exportación para obtener divisas. La penuria alimentaria fue grave en todas partes, pero excepcional en Barcelona, que tenía que enfrentarse con el problema de dar de comer a los miles de refugiados que huían de Aragón, de Lérida y de Tarragona, además de a los andaluces, extremeños y castellanos que ya habían llegado a la ciudad al principio de la guerra y que sumaron en total alrededor de un millón de personas.**18** Las escenas de campesinos de las colectividades aragonesas, a veces arreando algún ganado y tirando de las carretas en que llevaban sus escasas pertenencias, huyendo de las tropas de Franco, eran tan patéticas como las que se habían vivido en Madrid durante el otoño de 1936. Los trenes, atestados y malolientes, no paraban de arrojar sobre los hombros de la Generalitat una carga inmensa de miseria y desvalimiento.

Hacía muchos meses que en Barcelona se pasaba hambre. Aguzado el ingenio por ella, los barceloneses se las apañaban para cultivar en patios, descampados y jardines verduras y legumbres, o para esconder en sus casas alguna gallina poco ponedora. Era muy difícil encontrar algo de carne una vez que todas las palomas de la plaza Cataluña habían volado hasta los pucheros de la vecindad y el «conejo» guisado había coincidido con la desaparición de los gatos en las calles. Se inventaron patatas fritas hechas a partir de mondas de naranja pasadas por la sartén, el café era un destilado de cáscara de cacahuets machacadas y hervidas, mientras que el «tabaco» se obtenía de hojas secas de lechuga, de roble o de plátano. Las mujeres se levantaban con el sol para caminar veinte o treinta kilómetros hasta los pueblos más cercanos para ver si allí encontraban algo de comida, o para hacer las interminables colas que no abandonaban ni siquiera bajo las bombas de los aviones italianos, que mataron o hirieron a muchas.

El racionamiento de 150 gramos diarios de harina, judías, arroz o, casi siempre, lentejas (las famosas «píldoras del doctor Negrín») no bastaba para reparar los efectos de la falta de vitaminas y proteínas que sufrían los que no podían recurrir al mercado negro, que eran la mayoría. Las latas de carne congelada se llegaron a vender a 600 pesetas; 110 se pedían por una docena de huevos o por un litro de aceite, cuando su precio de tasa era, respectivamente, de 17,50 y de 3. **19** El estraperlo, el acaparamiento y el fraude en las cartillas del

racionamiento eran muy difíciles de erradicar. Los niños, sobre todo los huérfanos de guerra, que cada vez eran más (sólo en Barcelona había 25.000, según la organización de beneficencia de los cuáqueros, que distribuía leche en polvo y chocolate), empezaban a mostrar síntomas de raquitismo. Sólo en 1938 los fallecimientos por desnutrición de niños y ancianos se duplicaron.**20**

Aunque rara vez pasó de las 2.000 calorías diarias, la tropa estaba, en términos generales, mejor alimentada que la población civil, pero sufría por el calvario que estaban pasando sus familiares. No hay que extrañarse, pues, de sus reacciones cuando se enteraban de algún escándalo protagonizado por oficiales e intendentes que habían robado petróleo, raciones o equipos para revenderlos en el mercado negro.

En aquellas terribles condiciones, Barcelona tuvo que soportar la acción continuada de los bombardeos italianos. La ciudad ya había sido bombardeada en febrero de 1937 por la flota italiana, pero a partir de marzo de ese mismo año fueron los aviones procedentes de Mallorca los que continuaron con bombardeos intermitentes pero incesantes a lo largo de todo el año. Los más graves tuvieron lugar el 29 de mayo y el 1 de octubre. Pero el año más dramático sería 1938. En enero los italianos bombardearon contundentemente el puerto y los barrios aledaños, sobre todo la Barceloneta, aterrorizando a la población civil. El propio Ciano escribió, cuando fue informado, que «no había leído nunca un documento tan auténticamente aterrador».**21**

Estas incursiones desencadenaron la represalia de la aviación republicana, que bombardeó algunas ciudades de la retaguardia franquista causando docenas de muertos,**22** mientras, desde el Gobierno, se hacían gestiones diplomáticas urgentes para conseguir que los nacionales pusieran fin a este tipo de acciones sobre la población civil. En cuanto se recibió la promesa de Anthony Edén de que intervendría ante Franco, los republicanos cesaron en sus acciones, aunque, en realidad, los británicos hicieron muy poco. Fue Mussolini quien decidió interrumpir los bombardeos por su cuenta en el mes de febrero porque estaba irritado con Franco, que hacía una guerra demasiado larga y que no había permitido al CTV que se cubriera de gloria en Teruel. Sin embargo, en uno de sus frecuentes cambios de humor, que coincidió con el avance de los nacionales hacia el mar, el Duce decidió reemprender los bombardeos sobre Barcelona.

Sin previa consulta a Franco, Mussolini envió a mediados de marzo un telegrama al general Vincenzo Velardi, jefe de la aviación italiana en Mallorca, ordenándole que bombardeara la ciudad con un «martellamento dilluito nel tempo» para causar la mayor sensación de angustia posible en la población.**23** Ciano escribió en su diario: «Mussolini piensa que estos bombardeos son muy útiles para doblegar la moral de los rojos».**24** Durante la noche del 16 de marzo, las escuadrillas de Savoia-Marchetti iniciaron, efectivamente, un machacamiento de la Ciudad Condal que continuó durante los días 17 y 18. La ciudad carecía de artillería antiaérea y los cazas republicanos no pudieron llegar desde los aeródromos más próximos hasta el anochecer del día 17, por lo que la Aviazione Legionaria se despachó a placer, causando unos 1.000 muertos y cerca de 2.000 heridos. La ciudad quedó conmocionada por la violencia de los ataques y el espanto que producía ver las enormes columnas de humo que se elevaban hacia el cielo.

El día 17, a las dos de la tarde, se produjo una tremenda explosión en el cruce de la Gran Vía de les Corts Catalanes con la calle Calmes porque se dio la circunstancia de que una de las bombas italianas más pesadas fue a caer sobre un camión cargado de trilita que, procedente de los polvorines de Montjuic, se dirigía a la Sagrera. Fue noticia de portada en los principales periódicos del mundo y motivo e cabalas sobre una supuesta «megabomba» ideada por los italianos que no existió. Se desató un rosario de condenas internacionales,

desde el Vaticano hasta Estados Unidos, que firmaron personalidades como Albert Einstein, Jawaharlal Nehru, Jules Romains, H. G. Wells, Francois Mauriac, André Maurois, etc. A Mussolini le divirtió la reacción internacional de horror ante la salvajada y Ciano escribió en su diario: «[Mussolini] se ha encontrado satisfecho por el hecho de que los italianos consigan suscitar horror por su agresividad en vez de complacencia con sus mandolinas. Esto, a su modo de ver, hace que los alemanes nos tengan mayor consideración, puesto que gustan de la guerra total y despiadada». **25**

Una piadosa tradición historiográfica sitúa a Franco muy enfadado ante el bombardeo italiano de Barcelona. Es seguro que, si el enfado existió, no se debía a ningún sentimiento humano por las víctimas: «El Estado Mayor del Aire, dirigido por Kindelán, había elaborado ya un plan completo de los bombardeos que había que efectuar en Cataluña a fin de privar a Barcelona del suministro de energía eléctrica, causando el mínimo de daños imprescindible a fin de que no fuese costosa ni larga la reparación de averías después de la conquista de la ciudad». **26**

A lo largo de la guerra, Barcelona fue bombardeada 113 veces por la Aviazione Legionaria, 80 por la Legión Cóndor (40 entre el 21 y el 25 de enero de 1939) y 1 por la Brigada Aérea Hispana. Esos bombardeos causaron 2.500 muertos, de ellos 1.200 sólo entre marzo y diciembre de 1938. **27**

Ante aquella situación general de desvalimiento y cansancio, fueron muchos los que pensaron que había que llegar a un acuerdo con los franquistas, bien fuera directamente o a través de la mediación internacional, para poner fin a la ya larga guerra. Era, también, la posición del presidente Azaña, quien, desde hacía mucho, creía que la guerra estaba perdida y buscaba tan sólo el modo de evitar que la muerte y la destrucción siguieran aumentando. Ya en octubre de 1936, Azaña había encargado a Bosch Gimpera, al margen del Gobierno, que hiciera gestiones de paz en Londres, pero éste se encontró con las reticencias del embajador Azcárate y, al final, la petición, gestionada por Ventura Gassol, tuvo que llegar al Foreign Office a través del gobierno francés. A primeros de mayo de 1937, Azaña lo intentó de nuevo aprovechando el viaje oficial de Julián Besteiro a Londres para asistir, en representación de la República, a la coronación del rey Jorge VI.

Los liberales y socialdemócratas de clase media, como Martínez Barrio, suponían correctamente que si se alargaba la guerra y si, al final, la República se rendía incondicionalmente, ellos, los dirigentes, serían perseguidos con más saña por Franco que los que combatían en las trincheras. Los nacionalistas catalanes, que habían tenido que encajar el golpe de que el gobierno central se hiciera cargo de la defensa de Cataluña tras los hechos de mayo, veían con desesperación cómo la figura del presidente de la Generalitat, Lluís Companys, había quedado reducida a un papel decorativo desde que el gobierno se trasladó a Barcelona:

Los poderes de la Generalitat fueron disminuyendo progresivamente hasta que al final quedaron reducidos virtualmente a cero. A resultas de ello, una gran masa de catalanes empezó a pensar que aquella ya no era su guerra. De pronto comenzó a evaporarse el gran espíritu que movía a las masas en épocas de crisis. Una sensación de derrota se apoderó del corazón de la mayoría de los catalanes. A ello había que añadir los bombardeos aéreos, el hambre, el cansancio general producido por la guerra... **28**

No les gustaba Negrín y clamaban contra el abandono de sus antiguos socios comerciales, Gran Bretaña y Francia, que se habían negado a ayudar a Cataluña. «La mayoría de los ingleses y franceses vivieron nuestra guerra con una indiferencia y falta de generosidad que

nos dejaron completamente abandonados a nuestra suerte. Eso fue algo realmente terrible», ha opinado Josep Andreu Abelló. Muchos comenzaron a engrosar las filas del derrotismo. Pero el mayor conflicto en el seno del Frente Popular se produjo entre los dirigentes del PSOE y los del PCE, y entre el Gobierno y el PSOE.

El antagonismo entre Prieto y los comunistas -que habían mantenido excelentes relaciones cuando se trató de dismantelar el Consejo de Aragón- venía de lejos. Prieto consideraba que toda la poética del PCE no tenía más que un objetivo: apoderarse de los resortes del Estado, y eso él no lo iba a permitir. Decidido a cerrarles el paso en su intención de controlar el ejército popular, en octubre de 1937 tomó medidas contra el acaparamiento de puestos de comisario por parte de los comunistas, sustituyó al socialista pro-comunista Álvarez del Vayo por el socialista moderado Crescenciano Bilbao al frente del Comisariado General de Guerra y prohibió la propaganda política en el ejército -su famosa «política de silencio»- para impedir el proselitismo, que no podía ser otro más que el comunista.

Procedió después a reestructurar su ministerio, destituyendo a Carlos Contreras (comisario político de la XI División), a Alejandro García Val (director general de Transportes), a Eleuterio Díaz Tendero (jefe del Gabinete de Información y Control), a Luis Deporto (subcomisario del Comisariado de Guerra) y a Antonio Cordón (jefe del Estado Mayor del Ejército del Este), todos ellos miembros del PCE.**29** Prieto se lanzó a un ataque a tumba abierta contra los comunistas, provocándoles hasta en cuestiones menores: ordenó que se transfiriese a primera línea al joven comisario general del ejército del Centro, Francisco Antón, porque se decía que era el amante de «la Pasionaria»,**30** denunció al PCE diciendo que hacía negocios con la marina mercante republicana, que había sido reorganizada a través de holdings británicos para sortear el bloqueo, o arremetió contra el SIM, controlado por los comunistas, sin conseguir que se redujese el número de ejecuciones secretas pero ganándose el odio de los hombres del NKVD.

Prieto combinaba esa explosión de coraje y de decisión política con un pesimismo atroz, en ocasiones peor que el de Azaña y menos discreto que el del presidente. No se recató de sincerarse con el embajador francés Labonne, ante quien dio la guerra por perdida, siendo como era el ministro de Defensa. Su excesiva facilidad para decir en público lo que pensaba se convertiría, en este caso, en un verdadero problema para Negrín y en el punto de fuga en la amistad entre los dos políticos socialistas. Prieto había puesto grandes esperanzas en la toma de Teruel, que él veía como el triunfo que debía jugar para alcanzar una paz negociada, y el desastre que siguió a la pérdida de la ciudad le dejó moralmente hundido.

Pero la verdad es que tanto Prieto como otros muchos moderados en España y fuera de ella habían puesto sus esperanzas en un imposible: Franco reaccionaba ante cualquier referencia a un compromiso como si fuera una traición a sus ideales absolutistas. El «contagio rojo» tenía que ser combatido con la misma ferocidad con que la Inquisición había hecho frente a los herejes. Ya a mediados de marzo, Prieto le dijo a Zugazagoitia que había escrito una carta a sus hijas diciéndoles que «hemos entrado en el último episodio. Preveo el desenlace para el mes de abril». Prieto describió ante Zugazagoitia un futuro negrísimo de republicanos derrotados corriendo hacia la frontera francesa y siendo detenidos allí mismo por las bayonetas de los senegaleses. Zugazagoitia no podía saber que Prieto acertaba en su negra profecía y se sintió abrumado por tanta verborrea pesimista que él no sabía cómo atajar: «¿En qué hombro de la verdad apoyarse para contradecir tanto pesimismo?».**31**

La prensa procomunista comenzó a criticar la política de despolitización del ejército que seguía Prieto y en febrero Jesús Hernández escribió un artículo en *Frente Rojo* denunciando a su compañero de gabinete por derrotista.**32** Como los ataques de los comunistas, incluida «Pasionaria», arreciaban, Prieto se quejó a Negrín y le dijo que él no podía seguir colaborando

con Hernández. Negrín llevó el asunto al Consejo de ministros y apoyó rotundamente a Prieto, con lo que los comunistas no tuvieron más remedio que transigir.

El 12 de marzo, Negrín se trasladó a París para entrevistarse con Blum, Daladier, Auriol y Cot. El presidente del Consejo había pensado pedir a los franceses que intervinieran directamente en España con cinco divisiones y 150 aviones de guerra. El mismo agregado militar francés en España, teniente coronel Morel, había informado a su gobierno sobre la aplastante superioridad de la aviación nacional y la absoluta necesidad que tenían los republicanos de recibir, por lo menos, 300 aviones para darle la vuelta a la situación. Pero el gobierno francés estaba muy alarmado por el *Anschluss* entre Alemania y Austria que Hitler había forzado el mismo día que Negrín llegó a París y no se atrevió a intervenir en España por miedo a desatar una conflagración europea. Lo único que consiguió Negrín fue que el gobierno francés ordenara la apertura de la frontera para que pudiera llegar a la República el material militar que tanto necesitaba.

A su regreso a Barcelona, Negrín convocó al Consejo de ministros para el día 16 con el fin de dar cuenta del resultado de sus gestiones. En el consejoillo previo, el jefe del Gobierno pidió a Prieto que le apoyara y lo mismo le pidió a Giral, quien también había hablado en términos pesimistas con Labonne. Al día siguiente intervino el presidente Azaña con un famoso discurso lleno de reticencias y sobreentendidos, durante el cual reclamó insistentemente a Prieto su aquiescencia a lo que iba diciendo sobre la debilidad del ejército popular, la crítica situación de la República y la necesidad de llegar a un acuerdo de intermediación para poner fin a la guerra. Prieto no sólo asintió, dejando a Negrín en evidencia, sino que pintó a su vez un panorama desolador, apoyándose en la propia desolación de los jefes militares que había consultado, y propuso que se congelaran los bienes de la República en el extranjero para poder atender a las necesidades de los futuros exiliados. Negrín se vio, así, desamparado en su batalla dialéctica con el presidente de la República, quien le tachará de «visionario fantástico». En medio de este tenso ambiente, se informó al Consejo de que, ante las rejas del palacio, se agolpaba una multitud con pancartas en las que se rechazaba todo tipo de compromisos y se pedía que continuara la lucha. Esta manifestación había sido preparada cuidadosamente unos días antes en una reunión a la que asistieron Mije, «Pasionaria» y Díaz, por el PCE; Mariano Vázquez y García Oliver, por la CNT; Herrera y Escorza, por la FAI; Vidarte y Pretel, por la UGT; Serra Pámies por el PSUC y Carrillo por la JSU. En esa reunión -de la que Negrín fue informado por Vidarte- se decidió pedir la continuación de la guerra y la salida del Gobierno de los ministros tibios, acordándose que se realizaría una manifestación unitaria para presionar a los dirigentes de la República justo en mitad del Consejo de ministros. El doctor Negrín abandonó el salón de reuniones y se dirigió a los manifestantes pidiéndoles cordura y asegurándoles que la lucha contra los fascistas continuaría hasta el fin. La manifestación se disolvió de inmediato.

El día 18, tras los terribles bombardeos sufridos por Barcelona, los representantes de la UGT y de la CNT firmaron un acuerdo por el cual la industria quedaba sujeta a la planificación económica del Gobierno y las colectivizaciones, a partir de entonces, se convertirían en voluntarias. En este pacto, la CNT hizo la última y quizá la mayor de las concesiones que haría durante toda la guerra. El acuerdo, obra del ala sindicalista de la CNT, dirigida por su secretario nacional, Mariano Vázquez, significaba una tácita aceptación del Estado con un programa de socialismo federal. Por su parte, la UGT se comprometió a hacer de valedora de las colectividades agrarias existentes y a apoyar el control obrero de las industrias ante el Gobierno.

El día 29 Prieto se reunió con Negrín para analizar la situación y volvió a insistir en que la guerra estaba perdida y que nada iba a detener el derrumbamiento de la República. Negrín,

desesperado, le dijo a José Prat, subsecretario de la Presidencia: «Ahora mismo no sé si pedir al chófer que me lleve a casa o a la frontera. ¡Tan atroz ha sido el informe que nos ha hecho Prieto!». **33** Según Zugazagoitia fue este informe el que decidió finalmente a Negrín a prescindir de un ministro de Defensa que quería rendirse. No tuvo otro remedio que pedirle la dimisión, aunque le ofreció una cartera menor en el gabinete que Prieto rechazó, con gran regocijo de los comunistas. **34**

En cierto modo, la salida de Prieto del Ministerio de Defensa recuerda a la de su viejo rival, Largo Caballero, de la presidencia del Consejo, forzada, en parte, por la presión comunista. Los anarquistas, ahora como entonces, apoyaron a Prieto, pese a las enormes diferencias ideológicas que les separaban, por temor a que los comunistas se saliesen con la suya. Y lo mismo hizo Julián Gorkín, de la ejecutiva del POUM. Aquella crisis de abril enemistaría sin remedio a Prieto con Negrín, quien había dejado de ser su discípulo político para pensar y actuar por su cuenta: «Ya no estaba dispuesto, si es que lo había estado alguna vez, a ser el instrumento por el que Prieto podía dar rienda suelta a su pasión por gobernar entre bastidores y, sobre todo, sin asumir la responsabilidad de hacerlo». **35**

Cuando Negrín informó de la crisis al presidente de la República, éste convocó a una reunión en Pedralbes al jefe del Gobierno, al presidente de las Cortes, Martínez Barrio, al presidente de la Generalitat, Lluís Companys, a Quemades, de Izquierda Republicana, a González Peña, del PSOE, a José Díaz, del PCE, a Monzón, del PN V, y a Mariano Vázquez, de la CNT. Azaña, en un largo discurso, también lleno de sobreentendidos, vino a decirles que había que dar por terminado el esfuerzo militar. Guardaba en la manga las candidaturas de Prieto o Besteiro para formar un gobierno de capitulación. Negrín se encaró con el presidente de la República afirmando su voluntad inquebrantable de resistir hasta el final y otro tanto hizo José Díaz con tal vehemencia que desconcertó momentáneamente a Azaña cuando le espetó que «estaba a punto de abusar de sus poderes constitucionales».

El 6 de abril de 1938, el presidente de la República encargó de nuevo al doctor Negrín que formara gobierno. Iba a ser un gobierno de unión que trataría de reverdecer el Frente Popular, aunque en seguida se le calificó de «gobierno de guerra». **36** El hecho de que sólo quedara un ministro comunista en el gabinete tenía que ver con la reacción de Stalin, alarmado por la guerra chino-japonesa y preocupado por lo que significaba el expansionismo del Reich alemán. Deseoso de buscar complicidades o alianzas con Francia y Gran Bretaña, sabía que tenía que rebajar el impacto visual de los comunistas en el gobierno de la República, del mismo modo que lo había hecho en Francia ordenando a Maurice Thorez que no participara en el segundo gobierno de Blum. Por eso dio instrucciones a Dimitrov para que los comunistas españoles abandonaran el gabinete de Negrín, contra el criterio del propio PCE, que, al final, consiguió que Stalin aceptara la continuidad de Uribe en el Gobierno.

Las siglas políticas de este gobierno no deben engañarnos sobre quiénes manejaban realmente los engranajes del poder, que estaba repartido entre socialistas negrinistas y comunistas. **37** Pero ante este medido reparto de competencias, es difícil seguir sosteniendo la tradicional versión de que los comunistas controlaban todo el poder militar. Lo que sí es cierto es que fueron siempre militantes comunistas los comandantes que se encargaron de las principales acciones militares en el campo de batalla: Juan Modesto, Enrique Lister, Valentín González, Etelvino Vega, Manuel Tagüeña, el general Walter, etc. Palmiro Togliatti, criticando lo que había de miope en las tendencias sectarias del PCE, en un informe a Moscú, se quejaba de que constantemente se presionara al PCE para que «tome en sus manos todo el aparato del Ministerio de la Guerra y todo el Ejército; se orientan [los comunistas] excesivamente en el Ejército a la conquista de puestos de dirección, lo que, entre otras cosas, expone a algún camarada a hacerse instrumento de las intrigas de los militares de carrera». **38**

Mientras tanto, las formaciones republicanas que habían sido empujadas hacia Cataluña durante la campaña de Aragón desencadenada por los nacionales, necesitaban tiempo para reagruparse y rearmarse antes de estar en condiciones de realizar acciones efectivas. La debacle de Aragón, que seguía a los enormes costes humanos y materiales sufridos en Teruel, no consentía llevar a cabo ninguna acción militar por el momento.

A principios de 1938, el gobierno de Neville Chamberlain había llevado la política de apaciguamiento a tales niveles que, el 20 de febrero, Anthony Edén, quien, con todo, era el único que no aborrecía totalmente a la República, dimitió como ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña. Este hecho confirmó a los dictadores europeos que poco habían de temer del gobierno británico. Luego, la insistencia de Chamberlain en firmar un tratado con Italia, pensando que así la alejaría de Alemania, demostró convincentemente que no se tomaría ninguna decisión sobre España, con independencia de lo que pudiera decir Negrín en la Sociedad de Naciones.

Tan pronto como lord Halifax sucedió a Edén en el Foreign Office, se aceleraron las disposiciones para el tratado, cerrando los ojos ante los barcos británicos hundidos a primeros de mes por los submarinos italianos. (Edén había ordenado a los torpederos antisubmarinos que volvieran a patrullar, aunque advirtiéndoles que «el Almirantazgo no quería que aquello lesionara las relaciones que había establecido con el almirante Moreno».)³⁹ El 16 de abril, Ciano anotó en su diario que «a las 18 horas se firma [el acuerdo] con Inglaterra. Lord Perth está emocionado. Me dice: "Sabéis lo mucho que deseaba llegar a este momento". Es verdad: Perth ha sido un amigo. Dan fe de ello decenas de informes suyos que están en nuestras manos».⁴⁰ La fecha de la firma fue escogida para complacer a Halifax «dado que este día coincide con su cumpleaños. Todo esto es muy romántico...»;⁴¹ añadía sarcásticamente el joven ministro fascista. El contenido del tratado que afectaba más directamente a España -unas cartas que lo acompañaban- era que se permitía a Italia mantener allí a sus tropas hasta el fin de la guerra. En el acuerdo no se hacía referencia a los signatarios del pacto de no intervención, aunque se entendía que éste seguía vigente. No es sorprendente que hasta Churchill, que había apoyado sin reservas la política de no intervención, escribiera más tarde que el «Tratado de Pascua» era un «complejo sistema de farsa oficial construido laboriosamente».⁴²

Para el gobierno republicano el acuerdo anglo-italiano fue un mazazo. Dos semanas después de haber sido firmado, Negrín lanzó una inútil ofensiva diplomática. En el Consejo de ministros del 30 de abril presentó el nuevo programa de su gobierno, «para conocimiento de sus compatriotas y noticia del mundo», en el que subrayaba el carácter nacional de su acción política y sentaba las bases de una futura convivencia entre todos los españoles. Fueron los famosos «13 puntos de Negrín», que, según Stepánov, fueron redactados por el comité central del PCE:⁴³

1. Asegurar la independencia absoluta y la integridad total de España.
2. Liberación del territorio español de las fuerzas extranjeras que lo habían invadido.
3. Defensa de la República popular y de un Estado vigoroso asentado en principios democráticos.
4. Convocatoria de un plebiscito en cuanto terminara la guerra.
5. Sin menoscabo de la unidad de España, protección y fomento de las culturas de sus distintos pueblos.
6. Plenitud de derechos ciudadanos; libertad de conciencia y práctica religiosa.
7. Respeto a las propiedades legales y al capital extranjero.
8. Profunda reforma agraria y democracia en el campo.
9. Legislación social avanzada para garantizar los derechos de los trabajadores.

10. Mejora de la cultura física y moral de la raza [sic].
11. Ejército independiente de los partidos e instrumento del pueblo.
12. Renuncia a la guerra como instrumento de política nacional.
13. Amplia amnistía para todos los españoles.

Negrín, que tenía gran confianza en sus capacidades diplomáticas, veía en estos trece puntos una buena fórmula para tratar de negociar la paz, aunque Ciano pronosticaba que «en las guerras civiles no compromisos que valgan». Así lo entendió, desde luego, el general Franco.

Durante 1938 Negrín había tratado de conseguir la paz en diversas ocasiones a través de terceros porque, en el fondo, compartía con Azaña la necesidad de llegar a un armisticio, aunque él no quería alcanzarlo a toda costa, sino tras conseguir una posición de fuerza --quizá tras una gran victoria militar- que le permitiera negociar con ventaja. Contaba para ello con el total respaldo de Stalin, que no veía la forma de zafarse de cualquier nuevo compromiso con la España republicana. Sin embargo, los esfuerzos diplomáticos de Negrín fueron inútiles porque a Franco no le interesaba una paz negociada.

Pese a su inteligencia, Negrín no había entendido que el compromiso del Partido Conservador británico con la democracia fuera de las Islas era de cristal. En mayo, Azcárate protestó ante lord Halifax por los bombardeos de Alicante (día 25), que causaron entre 150 y 200 muertos y quizá mil heridos, y de Granollers (día 31), que produjeron una carnicería similar. El ministro británico le dijo que haría cuanto estuviera en su mano para atajar salvajadas semejantes enviando una carta de protesta al gobierno de Burgos y preguntó al embajador español: «¿Cree usted que hay alguna posibilidad de terminar con este *bloody business*?». Azcárate le respondió que mientras no cesara la intervención extranjera no había ninguna. «Lord Halifax no juzgó prudente seguir la conversación y pasó a otros temas», nos dice el embajador de la República.⁴⁴ El gobierno de Chamberlain presionó a Daladier hasta que éste ordenó el cierre de la frontera francesa con España el día 13 de junio.

Ante los constantes ataques italianos contra barcos que ondeaban pabellón británico, el gobierno conservador miraba hacia otra parte, cosechando la protesta en los Comunes de sus propios parlamentarios, y cuando lord Perth se apresuró a advertir a Ciano de que si seguían los ataques el gabinete Chamberlain podía caer, los italianos detuvieron inmediatamente sus acciones de piratería hasta que pasó la crisis. Estaba muy claro que cualquier esperanza en un cambio de la política francesa e inglesa hacia la República, que había parecido posible a mediados de marzo cuando se reabrió la frontera de Francia al paso de armas, no tenía ya fundamento alguno.

Durante el mes de junio se fue armando un frente contra Negrín. El *chargé d'affaires* británico ante la República, John Leche, se puso en contacto con Irujo dándole a entender que si Negrín y los comunistas desaparecían del poder, el gobierno británico podría desempeñar sus buenos oficios ante Franco para llegar a una paz honorable. El 29 de julio, Azaña se entrevistó con él en Vic sin conocimiento del Gobierno.⁴⁵ Leche informó en carta muy confidencial a George Mounsey, responsable del Foreign Office para Europa occidental, que Azaña estaba dispuesto a propugnar que se retiraran de España todos los combatientes extranjeros, a congelar la guerra y a conseguir la formación de un gobierno del que estuvieran excluidos los comunistas. También el embajador francés Labonne informó al Quai d'Orsay que, en efecto, se había constituido un frente antinegrinista en el que estaban Azaña, Martínez Barrio y Besteiro, los nacionalistas vascos y catalanes, así como ciertos sectores militares y sindicales.

Mientras esto sucedía Negrín, acompañado por Rojo, se hallaba de gira por los frentes de Levante y del Centro y a su regreso a Barcelona dijo a los periodistas que había tenido que volver precipitadamente porque «la charca política se ha agitado mucho. Francamente, da un poco de asco. Mejor dicho, mucho, mucho asco».46 Ante la conspiración, el presidente del Consejo planteó la cuestión de confianza a la Diputación permanente de las Cortes, que le confirmó en sus atribuciones el día 1 de julio.

Aunque sorprenda ver a Azaña, siempre tan desdeñoso, mezclado en una conspiración mezquina, cuando se leen las breves anotaciones que aparecen en sus cuadernos entre abril y junio se advierte perfectamente el resentimiento de un hombre herido en su vanidad y en su orgullo, que él traviste con el honor debido a su alta magistratura. Cada vez que menciona a Negrín lo sitúa invariablemente en una posición moral muy inferior a la suya, encogido y pusilánime ante su presencia, sobre todo cuando el ministro de Estado destituye a su cuñado Cipriano Rivas Cherif de su puesto de cónsul en Ginebra, que es cuando le muestra la mayor antipatía. Azaña piensa que Negrín no es más que un juguete en manos de los comunistas. Al mencionar la fórmula que ha encontrado el Gobierno para darle una salida a Prieto (hacerle embajador en México y volante en América Latina), contrariando sus propias intenciones, que son las de conservar al ex ministro de Defensa junto a él para encargarle, si puede, un gobierno que negocie la paz,47 Azaña escribe: «En la URSS los fusilan; aquí los hacen embajadores».48

Pero ese hombre, que puede llegar a ser mezquino, es, también, un gran reformista político que, sostenido por el ímpetu de un moralista revolucionario, deja transparentar con nitidez en sus discursos su propia personalidad. «Azaña, por así decir, se desnuda ante el público: su yo ocupa un lugar central en su oratoria ... esa intromisión del yo es parte de la solución que ofrece, por la palabra, del conflicto.»49 Como se verá el 18 de julio de 1938, cuando, con motivo del segundo aniversario del golpe de estado contra la República, pronuncie, en el Saló de Cent del Ayuntamiento de Barcelona, su último discurso en la guerra y en la vida.

Durante la hora y doce minutos que duró su discurso, Azaña confesó que sus sentimientos de republicano y sus ilusiones de patriota se habían visto pisoteados y destrozados por una guerra atroz; afirmó la responsabilidad histórica de los países que habían alimentado la guerra con sus tropas y sus armas en vez de procurar extinguirla; denunció la patraña de la insurrección comunista como excusa para el golpe de estado y relató la terrible experiencia de dos años de lucha y la inutilidad de una guerra «que ha supuesto una calamidad nacional y un daño irreparable para España». Pensando en la gigantesca tarea de reconstrucción de España en la que tendrían que colaborar todos los españoles, evocó la profunda conmoción moral que había sufrido el país y la obligación, «cuando la antorcha pase a otras manos», de recordar a los muertos y atender a su lección, la de esos hombres que han caído empujados en la batalla luchando magnánimamente por un ideal grandioso y que ahora, abrigados en la tierra materna, ya no tienen odio, ya no tienen rencor, y nos envían, con los destellos de su luz, tranquila y remota como la de una estrella, el mensaje de la patria eterna que dice a todos sus hijos: paz, piedad y perdón.50

29. ¡Arriba España!

Al general Franco, ni la caída de Teruel en manos de los republicanos ni los avatares de la guerra le hacían perder el norte de sus últimos objetivos personales. «Mientras la guerra continuaba, devorando ingentes cantidades de hombres y de material, Franco vigilaba, siempre con extremada lentitud y estudiada cautela, el proceso económico y político del que debía surgir un nuevo Estado.»¹ A ello habían colaborado, desde el principio, su hermano Nicolás, Yagüe, Kindelán, Orgaz y Millán Astray, y, desde febrero de 1937, su cuñado, el inteligente y ambicioso abogado del Estado Ramón Serrano Súñer.

Ante la extrema simplicidad de ideas de Franco y de la mayoría de los generales rebeldes, Serrano Súñer vio el camino de su propio medro en la organización de un Estado que, dotado de unas estructuras tradicionales de gestión, pudiera sustituir a lo que él mismo había calificado de «Estado campamental», que podía servir para ganar la guerra, pero que sería impresentable ante el mundo civilizado. Una vez que Franco tenía el mando supremo del ejército nacional y se había convertido en jefe máximo del partido unificado, sólo responsable ante Dios y ante la Historia, el paso obligado era sustituir la Junta Técnica de los primeros meses de la guerra por un gobierno formal. En efecto, el día 30 de enero de 1938, Franco constituyó su pregobernio y promulgó la Ley de Administración Central del Estado, que en su artículo 16 disponía que «la Presidencia queda vinculada al Jefe del Estado. Los ministros, reunidos con él, constituirán el gobierno de la nación. Los ministros prestarán juramento de fidelidad al Jefe del Estado y al Régimen Nacional». En el jefe del Estado residía, además, «la suprema potestad de dictar normas jurídicas de carácter general», de modo que el general en jefe de los nacionales reunía en su persona los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.²

Al día siguiente de haber formado su primer gobierno, Franco recibió en Salamanca a los representantes diplomáticos extranjeros, entre los que se encontraba el agente británico acreditado ante la España nacional, Robert Hodgson, a quien el general parece haber cautivado: «Posee una delicada voz y habla con amabilidad y rapidez. Su encanto reside en sus ojos, que son castaño claros, inteligentes, vivaces y con una marcada expresión bondadosa».³ El día 12 de febrero, en el Monasterio de las Huelgas, los ministros prestaron juramento de lealtad a Franco en los siguientes términos: «Juro en el nombre de Dios y sus santos Evangelios cumplir con mi deber como ministro de España con la más estricta fidelidad al Jefe del Estado, Generalísimo de nuestros gloriosos Ejércitos, y a los principios constitutivos del régimen nacional para servir al destino de la Patria». Como bien indica Luis Suárez, «se trataba de un juramento religioso»,⁴ pero también de un juramento a un país -España-, sin forma de gobierno -ni república ni monarquía-, sólo a un hombre -Franco- y a algo tan vago como «el régimen nacional».

Durante el mes de marzo, el general Franco aprobó todos los decretos que Serrano Súñer le iba pasando a la firma, incluidos los más formales, como el que abolía las libertades de reunión y de asociación. Los ministros de Justicia y de Educación se aplicaron a hacer retroceder toda la legislación laica y cultural de la República hasta disolverla en el seno de la Santa Madre Iglesia. Así, en aquel mes de marzo, se derogó la Ley de Matrimonio Civil, aprobada en 1932, se prohibió el divorcio y la separación de los cónyuges, se derogó la legislación republicana sobre el culto, se devolvieron privilegios y derechos a la Iglesia católica, quedó restablecida la enseñanza religiosa y volvió el crucifijo a las escuelas, en una intensa campaña de recatolización «no exenta de gazmoñería».⁵

Aunque de toda la actividad legislativa del mes de marzo la de mayor trascendencia fue el llamado Fuero del Trabajo, en cuya atareada redacción participó el Consejo General del Movimiento, y que se basaba fundamentalmente en la doctrina social de la Iglesia tal como la reflejaba la encíclica *Rerum Novarum*, en los 26 puntos de la Falange y en algunos aspectos

de la *Carta del Trabajo* fascista italiana, con evidentes toques propios de la *retoñes*, falangista y de la prosa castrense.

El Fuero del Trabajo decretaba la desaparición de la lucha de clases en España, que quedaba sustituida por una asociación vertical de obreros y patronos, expresaba la voluntad del Estado de practicar un dirigismo absoluto de la economía y de las relaciones laborales, anunciaba medidas de protección (algunas ya establecidas por el régimen de Primo de Rivera) como la prohibición del trabajo nocturno de las mujeres y los niños o la observación del descanso dominical y, claro está, prohibía la huelga -considerada delito «de lesa patria»- y cualquier actividad extraña al sindicato corporativo falangista, «instrumento al servicio del Estado». Eso sí, «olvidaba» dos puntos básicos del ideario más socializante de la Falange: la nacionalización de la Banca y la reforma agraria. Del popurrí que salió de las sesiones preparatorias y de la redacción final del Fuero del Trabajo, confiada, para arbitrar las discrepancias, a Dionisio Ridruejo por los falangistas y a Eduardo Aunós por los católicos, da buena cuenta la enrevesada prosa de su Preámbulo:

Renovando la tradición católica de justicia social y alto sentido humano que informó nuestra legislación del Imperio, el Estado Nacional, en cuanto es instrumento totalitario al servicio de la integridad patria, y sindicalista en cuanto representa una reacción contra el capitalismo liberal y el materialismo marxista, emprende la tarea de realizar con aire militar constructivo y gravemente religioso- la Revolución que España tiene pendiente y que ha de devolver a los españoles, de una vez para siempre, la Patria, el Pan y la Justicia.

Durante los meses siguientes, la actividad legislativa del gobierno franquista no conoció descanso: se promulgaron decretos que sustitúan las festividades republicanas por las que habían escogido los nacionales, se dictaminó el cuño de las monedas, las efigies que debían llevar los sellos de correos (el Cid, claro, o los Reyes Católicos) o los emblemas de las enseñas del nuevo Estado y se abolió cuanto tenía que ver con las disposiciones institucionales de la República. El 5 de abril quedó abolido y sin efecto el Estatuto de Cataluña y el 22 se promulgó la Ley de Prensa, que, redactada por Giménez Arnau, ponía todas las publicaciones periódicas al servicio de Franco. Con ella se podía castigar «todo escrito que, directa o indirectamente, tienda a mermar el prestigio de la Nación, o del Régimen, entorpezca la labor de Gobierno en el nuevo Estado o siembre ideas perniciosas entre los intelectualmente débiles». Esta ley fue completada el 29 con la de Imprenta, que establecía la censura previa para toda clase de libros y folletos. La Ley de Prensa, que Serrano Súñer calificaba como «de guerra» y provisional, estaría en vigor en España hasta la que elaboró Manuel Fraga en 1966. El 21 de mayo se establecía el castellano como única lengua oficial y se prohibía, en consecuencia, el uso público del catalán y del euskera, así como la imposición de nombres de pila ajenos al santoral romano que tuvieran implicaciones políticas o separatistas. El 7 de julio se restableció -otra formalidad cínica- la pena de muerte.

Pedro Sáinz Rodríguez se aplicó a revisar las condiciones de la enseñanza primaria. A los maestros, que debían dar clase de educación religiosa, educación patriótica, educación física y educación cívica, se les exigió que, en vez de juegos extranjeros, impulsaran «las puras corrientes nacionales: los juegos de pelota, los bolos, la comba, el marro, etc., tan españoles», que impregnaran toda la enseñanza de espíritu religioso y de fervor patriótico y que mostraran sin falta «el retrato del Caudillo en el aula». **6** No es de extrañar que a los niños les asaltaran dudas: «Oye mamá, ¿quién ha hecho el mundo? ¿Dios o Franco?».

En mayo, el gobierno portugués reconoció formalmente al gobierno de Franco y la Santa Sede nombró al cardenal Cicognani nuncio apostólico ante la España nacional. Franco anuló

por decreto las disposiciones republicanas que exiliaban a los jesuitas y restableció su presencia en España, devolviéndoles propiedades y privilegios. **7** El padre general de la orden, Vladimir Ledochovsky, agradecido al Caudillo, declaró que, «a la hora de su muerte, los 30.000 jesuitas del mundo ofrecerán tres misas por el alma del Generalísimo»,**8** en lo que parece haber sido una transacción ventajosa para la Compañía de Jesús. Sin embargo, y a pesar de los privilegios que el régimen de Franco estaba concediendo a la Iglesia, ésta se encontraba incómoda porque, como carecía de los instrumentos de acción autónoma que había ido desarrollando en el primer tercio del siglo XX, ahora se veía reducida a un *lobby*, todo lo poderoso que se quisiera pero que tenía que competir entre bastidores como uno más de los grupos de presión del régimen, junto con los militares, la Falange, los monárquicos y los carlistas.**9**

El desencuentro estalló cuando se planteó la cuestión del patronato regio o de presentación de obispos, antigua prerrogativa de la Monarquía que el general Franco no estaba dispuesto a dejar escapar. En febrero, la Santa Sede había nombrado unilateralmente obispo de León al padre Carmelo Ballester, en consonancia con lo que venía haciendo durante los últimos años. Franco llamó inmediatamente al cardenal Goma y le exigió en términos imperativos que se revocara el nombramiento. Goma, aterrorizado, trató de explicar a Franco la posición del Vaticano, pero éste le hizo ver la necesidad de que él diese el visto bueno a los obispos porque disponía de información privilegiada que la Santa Sede no tenía, y así podía asegurar que el elegido era el idóneo para su alta misión pastoral. Aunque en el futuro tuvo graves problemas con la Iglesia por esta cuestión, Franco no renunció jamás al derecho de presentación.

Otra cuestión que ocupó a Franco durante la primera mitad de 1938 fue el trato que había que dar a los prisioneros de guerra que, tras el derrumbe del frente Norte republicano y la ofensiva de Aragón, sumaban más de 72.000. Según el coronel Martín Pininos, jefe de la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros establecida el año anterior para ocuparse de los 50.000 prisioneros que produjo la caída de Santander, y que dependía directamente del Cuartel General de Franco, «el volumen del problema [era] enorme ... pues como hemos dicho el número de prisioneros hasta ahora capturados pasa de los 160.000...».**10** La cuestión no era simplemente cómo ojar o vigilar a los prisioneros de guerra una vez que cárceles, conventos, escuelas, castillos, barcos, cines, sótanos, etc., ya estaban llenos, sino algo más sutil: cómo deshacerse de los «irrecuperables» y cómo reintegrar a la causa nacional a los tibios o a los proclives a ella. Así pues, el establecimiento de los campos de concentración del franquismo no fue una respuesta administrativa al problema del volumen de prisioneros de guerra, sino que respondía a una lógica: «Una lógica de coerción, exclusión, doblamiento, vigilancia, aprovechamiento y explotación, que persiguió una misma función social: la de humillar, encuadrar, clasificar, represaliar la disidencia».**11**

Dado que el golpe de estado triunfó, sobre todo, en las regiones de producción agraria, la España nacional, a diferencia de la republicana, nunca sufrió escasez de alimentos, aun cuando la situación económica empeoró algo en 1938. Pese a ello, en el mes de agosto, Hodgson informaba que la gente que vivía en la zona nacional estaba, en general, bien alimentada, bien vestida y se la veía alegre: «reina en todas partes una apariencia de normalidad y bienestar».**12** Por otra parte, la producción industrial creció en la zona franquista no tan sólo por la anexión del norte,**13** sino también porque la mayoría de empresarios y gestores permanecieron en zona nacional o se pasaron a ella en cuanto pudieron. Su capacidad empresarial ayudó al fortalecimiento y expansión de la economía de guerra haciendo que surgieran industrias en regiones donde nunca antes habían arraigado, o relanzando la industria de las zonas que iban capturando las tropas de Franco.

Además, los nacionales hicieron una política económica sumamente acertada -el caso de Andalucía bajo Queipo de Llano es bien conocido- porque obtuvo el máximo resultado de los recursos disponibles, dirigiendo la actividad económica con la misma mano de hierro con que dirigían las operaciones militares. A diferencia de lo que ocurría en la España republicana, las autoridades franquistas establecieron un control centralizado de toda la producción, la distribución y el comercio exterior, manejando con prudencia la política monetaria y renunciando a financiar la guerra con el cómodo expediente de la inflación. En la zona controlada por los nacionales, el efectivo en circulación y los precios aumentaron relativamente poco al punto que, al terminar la guerra, la peseta «nacional» sólo había sufrido una depreciación del 27,7 por 100.**14**

En efecto, los precios en la zona nacional se mantenían, excepto en el vestido y el calzado, en niveles de preguerra, y los abastecimientos en general, incluidos el pescado y el marisco, no habían sufrido grandes rupturas. El pan era de trigo, la patata temprana costaba sólo 50 céntimos el kilo, mientras que los manjares menos habituales como las almejas o los langostinos no pasaban de dos y cuatro pesetas el kilo, respectivamente.**15** En las ciudades de provincia nacionales como Burgos, Pamplona, La Coruña, Sevilla o Bilbao, las gentes, bien vestidas, paseaban por las calles con descuido, en un clima de comodidad burguesa, esperando la hora del aperitivo o de la comida, llenando los bares y restaurantes, las iglesias y hasta las plazas de toros: «En los restaurantes de las ciudades superpobladas, en el Burguense, en la Nicolasa, en el Iruña o en el Salduba, el hallazgo de una mesa libre era tarea difícil, ante la abrumadora presencia de personajes de las finanzas, del comercio, de la industria o de la tauromaquia».**16**

Los principales proveedores de Franco, Alemania e Italia, no le presionaron para cobrar por adelantado sus facturas, como le sucedió a la República, ni tuvo que pagar sobrepagos, entre otras razones porque los nacionales tenían pocas divisas. Lo que hizo Franco fue hipotecar parte de la riqueza mineral de España. Sus acreedores más voraces -pero también los que aportaron productos de mayor calidad- fueron, sin duda, los alemanes encarnados en un Hermann Goering quien, en su condición de principal artífice del *Vierjahresplan* (plan cuatrienal), que le daba el control de la industria alemana, quería también tener el control del comercio entre la España nacional y la Alemania nazi.

Ya hemos visto anteriormente la génesis y evolución de la empresa HISMA/ROWAK, que muy pronto detentó una posición cuasimonopolística en el conjunto de las importaciones y exportaciones comerciales con la España nacional, pero Goering, preocupado por la deuda de los nacionales y determinado a cobrársela controlando la producción minera española, planteó el proyecto Montana (o Montaña), una especie de filial especializada de la HISMA, con el que se proponía crear las bases para un suministro permanente de materias primas por medio de inversiones alemanas en el sector minero español. A través de Montana se trataba de explotar y enviar a Alemania la producción de mineral de hierro, mercurio, piritas de cobre, tungsteno y antimonio de 73 minas españolas.

El 10 de enero de 1938, en una reunión que convocó el embajador alemán, Von Stohrer, en Salamanca, Bernhard presentó un balance de las operaciones efectuadas en 1937 por la HISMA/ROWAK, que ascendían a 2.584.000 toneladas de mineral enviado a Alemania.**17** Quince días después, el conde de Jordana dijo a los enviados alemanes que aún no se podía poner en marcha el proyecto Montana porque la legislación española vigente -la de la República- exigía el estudio mina por mina y no se podía plantear de golpe una concesión minera que agrupara a 73 explotaciones a la vez. Además, según esa misma ley, el capital extranjero invertido en las minas españolas no podía ser superior al 20 por 100. Como sólo quedaba una semana para que se constituyera el primer gobierno de Franco, Jordana pidió

que fueran pacientes hasta que se redactara una nueva Ley de Minas pensada para favorecer los intereses de sus aliados.

Pero los nacionales también tenían que atender, y no sólo por razones económicas sino también políticas, a las presiones de Gran Bretaña, que, siendo la mayor importadora de mineral de hierro y piritas de España, quería preservar sus intereses económicos en la Península y defender su papel dominante en el comercio exterior de España contra todo tipo de competidores, incluida, claro es, la Alemania nazi. Hay que tener en cuenta que, con anterioridad a julio de 1936, cinco sociedades británicas, entre ellas la poderosa Río Tinto company, cubrían el 65 por 100 de las importaciones británicas de piritas, imprescindibles para la industria militar británica.

Tras la creación de la HISMA, los británicos advirtieron que el comercio bilateral con España se resentía en beneficio de los intereses alemanes. Más tarde, tras la conquista del frente Norte, Franco -que ya sondeaba a los británicos- permitió que se incrementaran las exportaciones de hierro al Reino Unido a través del puerto de Bilbao, y en 1938 ya se exportaron 320.119 toneladas de piritas, frente a las 194.717 que se habían enviado en 1936, aunque, a mediados de ese mismo año, la influencia cada vez mayor de Alemania en la economía de la España nacional volvió a inquietar a las autoridades británicas.

El nacionalismo de Franco le impedía aceptar mansamente las arrogantes propuestas alemanas sobre las minas españolas, y sólo cedía para exigir, a cambio, nueva ayuda militar cada vez que las cosas se ponían feas. Mientras no la necesitaba imperiosamente atendía -con la mirada puesta en el futuro- las presiones de Gran Bretaña e incluso de Francia. No se entienden los vaivenes de la política exterior franquista durante la segunda parte de la guerra, si no se comprende el juego de equilibrios que Franco trataba de establecer entre sus aliados sin reservas de entonces y los que sabía que, aunque públicamente respetaran la República, simpatizaban en realidad con su causa anticomunista. Del mismo modo que no se puede comprender el papel del gobierno británico en su doble relación diplomática con el gobierno de Valencia y con el de Burgos, ni su empeñamiento en mantener la monserga de la no intervención, si se pierde de vista que el Foreign Office actuó siempre, durante toda la guerra, guiado tan sólo por razones económicas y estratégicas sobre España.**18**

Por eso los nacionales tardaron algunos meses en dar a los alemanes lo que pedían, pero cuando éstos, encolerizados, amenazaron con cortar la ayuda militar, Franco firmó, en julio de 1938, la nueva Ley de Minas que modificaba el porcentaje de participación de capital extranjero establecido por la República para elevarlo hasta el 40, aunque la ley también decía que ese tope podía incrementarse a voluntad del Gobierno. Aunque el embajador Von Stohrer se molestó porque Franco firmó la ley sin informarle ni recibirle, los alemanes reforzaron de inmediato la Legión Cóndor, que pudo actuar a pleno rendimiento, un mes más tarde, en la batalla del Ebro. El proyecto Montana quedó encauzado perfectamente con la nueva Ley de Minas, que sirvió para que los alemanes «triangularan» sus finanzas. En noviembre, el gobierno nazi pidió a Franco que los 200 millones de marcos que le debía por los gastos de la Legión Cóndor hasta aquel momento fueran invertidos en las minas españolas del proyecto Montana. Los alemanes sólo habían invertido oficialmente un 20 por 100 del capital total, pero se hicieron con el control de las minas por medio de socios españoles que, en realidad, no eran más que testaferros de los intereses nazis. El refuerzo de la Legión Cóndor de aquel verano se convirtió en una vía magnífica para que el gobierno nazi se fuera apoderando de gran parte de la producción minera española, sobre todo a partir de diciembre, cuando Franco autorizó un aumento del porcentaje de capital alemán en las empresas mineras que, en algunos casos, llegó hasta el 75 por 100.**19**

A Franco le fue mucho mejor con sus aliados italianos. La megalomanía de Mussolini le conducía, para desesperación de su ministro de Hacienda, Paolo T. di Revel, a prodigar grandes gestos de largueza y munificencia. Así, no sólo nunca presionó a los nacionales para que pagaran en seguida su deuda o para hacerse con riquezas naturales españolas, sino que se le hubo de convencer para que no condonara todas las deudas de Franco. Sin entrar en detalle sobre el número de tratados comerciales favorables a España, préstamos y regalos que el régimen fascista italiano hizo a la España nacional, el resultado económico de la intervención italiana fue desastroso. El coste de su aventura en España fue de unos 8.500 millones de liras (unos 3.000 millones de euros actuales), de los que sólo se *pagarían* 5.000 a lo largo de veinticinco años (entre 1942 y 1967) y, además, en bonos del Estado españoles.**20**

Pero en 1938, además de dedicarse a la construcción política y económica de su Estado, Franco tenía que acabar de ganar la guerra. Cuando el demoledor efecto del avance de las tropas nacionales por Aragón y Cataluña había suscitado grandes esperanzas de una rápida victoria tomando Barcelona, el Generalísimo detuvo el avance de sus fuerzas. Juan Vigón y los principales generales rebeldes no podían comprender por qué Franco detenía el impulso de su ejército prácticamente a las puertas de Barcelona permitiendo al enemigo que se rehiciese. Ni tampoco el Estado Mayor republicano. El propio Rojo admitió que Barcelona hubiera podido ser tomada con gran facilidad, «con menos esfuerzo y en menos tiempo, [Franco] habría tenido en mayo de 1938 el triunfo de febrero de 1939».**21**

En vez de emplear el Ejército de Maniobra para *lanzar una rápida* ofensiva sobre Barcelona, Franco decidió ir reduciendo lo que quedaba por limpiar de Teruel, segmento a segmento, ensanchar la base del corredor al mar conquistado el 15 de abril y *lanzar* sus tropas en dirección a Valencia. Aquella estrategia desactivó el ímpetu que habían alcanzado las fuerzas nacionales durante marzo y abril, las lluvias torrenciales y la escasa visibilidad comprometieron la eficacia de su fuerza aérea y, lo que es más importante, ahora tenían que enfrentarse con las fuerzas republicanas al sur del corredor, que no habían sufrido las consecuencias de la ofensiva de Aragón.

La historiografía franquista ha llenado muchas páginas tratando de encontrar la explicación más favorable para el Caudillo ante su extraña decisión -la más polémica, quizá, de toda la guerra- de no tomar Barcelona. Algunos la han querido ver en los celos de Franco a acercarse a los Pirineos y provocar una intervención directa en Cataluña por parte de un gobierno francés alarmado ante lo que anunciaba el *Anschluss* de Austria. El mismo Franco dio material a sus biógrafos al confesar que nunca había jugado una carta sin ver antes la que seguía y que, en aquella ocasión, no la veía clara. Pero esta suposición no es verosímil porque, como sabía muy bien el flamante ministro de Asuntos Exteriores del Reich, Joachim von Ribbentrop (y, tal vez, Franco no), el gobierno de Blum no estaba en condiciones de embarcarse en semejante aventura. Chamberlain había advertido a Francia con toda claridad que si los nazis reaccionaban belicosamente ante una intervención francesa en Cataluña, Gran Bretaña no acudiría en su ayuda. Franco estaba informado de la oposición del Estado Mayor general francés a intervenir en Cataluña, en parte por el desprecio que sentían hacia los republicanos españoles y en parte porque no querían cargar con la responsabilidad histórica de desencadenar un conflicto en el que Francia podía encontrarse luchando en dos frentes.

También se ha dicho que Franco no lanzó un ataque inmediato sobre Barcelona porque a sus aliados no les interesaba, en aquellos momentos, que la guerra *acabara tan* pronto. Esta teoría es, también, difícil de sostener porque Mussolini no hacía más que impacientarse ante la lentitud con que Franco llevaba a cabo la guerra («que deja escapar la victoria cuando ya la tiene en la mano»)**22**

El Duce fluctuaba entre el entusiasmo y el desánimo. Estaba harto, por muchas razones, de la guerra de España. Ya había empezado a fijarse codiciosamente en las costas de Albania y le escocía la falta de gratitud demostrada por Franco: «Nos piden miles de cosas, los pagos en especie o casi y muy aleatorios. Hay que ir con calma: damos la sangre por España. ¿No es suficiente?», escribe Ciano en su diario el 26 de marzo.**23** Por otra parte, el Ministerio de la Guerra alemán había dado instrucciones al general Volkmann para que animara a Franco a proseguir su ofensiva hacia Barcelona.**24** Así lo entendió, por ejemplo, Dionisio Redruejo, quien le contó a Ronald Fraser que para Franco una guerra corta y rápida «inevitavelmente significaba negociaciones. Una guerra larga significaba la victoria total. Franco optó por la solución más cruel pero, desde su punto de vista, más eficaz también».

La decisión de Franco de no avanzar sobre Barcelona en abril, ya se debiera a su cálculo de exterminio, al temor a una invasión francesa o a sus propias limitaciones como estrategia, suscitó críticas, mudas pero perceptibles, entre los altos mandos nacionalistas. Algunas no tan mudas, como las que hizo Yagüe en Burgos, durante un banquete con falangistas el 18 de abril, en el que alabó las cualidades combativas de los republicanos («los rojos luchan con tesón, defienden el terreno palmo a palmo y cuando caen lo hacen con gallardía»; y pidió a las autoridades que revisaran los expedientes y pusieran en libertad a quienes estaban en la cárcel por defender sus ideales (se refería a determinados «rojos», pero, sobre todo, a Hedilla y a otros falangistas). Eso le costó una nueva destitución temporal del mando. Pero las críticas arreciaron cuando la estrategia alternativa de atacar en dirección sur, hacia Valencia, no confirmó las expectativas que se habían concebido cuando los requetés alcanzaron el mar, en Vinaroz, el día 15 de abril. Era evidente que, con su decisión, Franco estaba dando a las maltrechas tropas republicanas del frente de Aragón tiempo suficiente para reconstituirse y rearmarse con el nuevo material e guerra que había llegado a la zona leal tras la apertura de la frontera francesa. Además, las fuerzas republicanas podían defender mejor el accidentado territorio al sur del corredor nacional que el río Segre, que señalaba ahora el frente occidental de Cataluña. Y, finalmente, las tropas de que disponía Miaja, que era ahora el jefe supremo de las zonas central y meridional, estaban frescas y todavía conservaban intacto, aunque no estuvieran tan fogueadas como los soldados de Cataluña. **25**

Sea como fuere, el 23 de abril las tropas nacionales de los cuerpos de ejército de Castilla, mandado por Várela, y Galicia, al mando de Aranda, así como la Agrupación de Enlace, que manda García Valiño, inician la ofensiva contra Valencia: ocupando primero Aliaga, para adentrarse después en las sierras del Pobo y la Garrocha. Este primer empuje de las fuerzas de Franco sólo dura cuatro días porque el mal tiempo obliga a suspender las operaciones. El día 4 de mayo se reanuda la ofensiva. El Cuerpo de Ejército de Castilla ataca en dos ejes: de norte a sur hacia Alcalá de la Selva, y de oeste al mar desde Teruel a Corbalán, mientras el Cuerpo de Ejército de Galicia avanza hacia el sur, en dirección Benicásim-Castellón de la Plana, por la carretera de la costa. La Agrupación de Enlace baja desde Morella en dirección a Mosqueruela. La intención es enlazar Teruel con Viver, Segorbe y Sagunto. Pero el avance de las tropas franquistas es muy penoso porque el frente es muy amplio y los republicanos han establecido una línea de defensa fortísima -la llamada XYZ- que consiste en posiciones fortificadas apoyadas por la izquierda en la sierra de Javalambre y que se prolongan por la de Toro hasta los Altos de Almenara, junto a la costa. Los nacionales lanzan asalto tras asalto, pero ni aún con sus 1.000 cañones de campaña y los bombardeos en masa de las tres fuerzas aéreas consiguen romper el frente. La magnífica línea defensiva da a las tropas republicanas confianza en sus flancos y, en semejantes circunstancias, sólo ataques masivos de la aviación pueden inquietarles.

La dolorosa experiencia de los bombardeos aéreos y de la artillería ha enseñado a las tropas republicanas la necesidad de dotarse de trincheras sólidas, y las sigilosas infiltraciones de los moros, que aparecen de pronto ante ellas reptando por el terreno, les han hecho localizar las mejores posiciones para la defensa. Establecen perímetros de tiro para el fuego cruzado y posicionan sus ametralladoras de tal modo que cubren perfectamente los puntos por donde es más probable que se produzca el ataque enemigo. La gran ventaja de construir posiciones compactas como las de la línea XYZ reside en la rapidez con que se puede detectar al enemigo y en que, gracias a sus líneas de comunicación internas, se puede llegar a prever la concentración de fuerzas enemigas o sus movimientos de aproximación. Estas defensas fijas, con las líneas de fuego soterradas para evitar la acción de los obuses, tienen también otra utilidad: ayudan a detener el pánico que cunde a veces tras un corte en las comunicaciones.

A trancas y barrancas, las formaciones nacionales consiguen enlazar en Lucena del Cid el día 31 de mayo. A partir de ese momento, las tropas de García Valiño y de Aranda pueden avanzar hacia Castellón y Villarreal, que toman, respectivamente, los días 13 y 14 de junio. Diez días después, García Valiño sigue su marcha hasta Onda y las estribaciones de la sierra de Espadan, donde las tropas republicanas resisten con fiereza y no le permiten conseguir sus objetivos, que son llevar el frente hasta la línea Segorbe-Sagunto. Por su parte, el Cuerpo de Ejército de Galicia, de Aranda, que avanza paralelo al mar, sólo ha podido ocupar Burriana y Nules.

Los mandos nacionales están totalmente desconcertados ante la resistencia de un ejército popular que se bate más eficazmente que nunca, justamente después de una tremenda campaña que ellos consideran ha sido decisiva. Los defensores republicanos han aprendido a sacar el máximo partido del terreno, que defienden «palmo a palmo, y si el enemigo lograba conquistar algo lo hacía a costa de numerosísimas bajas». **26** Kindelán se dirige a Franco haciéndole ver las dificultades de avanzar por aquella zona y le pide que la operación sea abandonada por el alto coste en vidas que está suponiendo, pero el Generalísimo no da su brazo a torcer y ordena seguir con el ataque. Los nacionales no tienen cerca aeródromos adecuados y no pueden contar con gran apoyo de la Legión Cóndor porque aún no se ha promulgado la Ley de Minas y los alemanes hacen chantaje, pero en cualquier caso los cazas con que cuenta la Legión hacen bien su trabajo hasta que llegan los refuerzos en forma de una escuadrilla de flamantes Messerschmitt 109c que, con sus cañones de 20 mm, compensan su reducido número, derribando, sólo durante el mes de junio, diez aparatos republicanos. Además, Franco acaba de recibir nueva ayuda, otros 6.000 «voluntarios» y más aparatos republicanos. Mussolini que le ha enviado otros 6.000 «voluntarios nuevos» A principios de julio, el Generalísimo manda reforzar los tres cuerpos de ejército que actúan en el frente de Levante con el CTV italiano mandado por el general Berti y forma un nuevo cuerpo de ejército con cuatro divisiones, el del Turia, al mando de Solchaga, que marcha al sur de la carretera de Teruel a Castellón y llega hasta la línea de resistencia republicana en el río Palancia. Las órdenes de Franco son tomar Valencia el día 25 de julio, festividad de Santiago Apóstol, santo patrón de España. **27**

Frente a los cuerpos de ejército nacionales, que totalizan catorce divisiones, es decir, unos 125.000 hombres, se alinean los siete que ha llevado la República a aquel frente. **28** El equilibrio de fuerzas es mayor de lo que puede parecer porque las formaciones nacionales se acercan mucho más al número regular de fuerzas que componen una división que las republicanas (ambos ejércitos operan con doce batallones por división, pero muchos de los republicanos constan tan sólo de 300 o 400 hombres).

El día 13 de julio se inicia la última fase de la batalla de Levante con un ataque que sigue la línea Teruel-Sarrión-Segorbe-Sagunto a cargo de los cuerpos de ejército del Turia, de Castilla y de las fuerzas italianas, mientras la Agrupación de Enlace y el Cuerpo de Ejército de Galicia tratan de progresar de norte a sur en paralelo a la costa. Es tal la concentración de fuerzas en un frente tan estrecho que catorce divisiones nacionales quedan atrapadas allí mismo sin poder avanzar. «Tan absurda maniobra condujo a un embotellamiento de la ofensiva que no pudo superar la defensa escalonada del Ejército de Levante.» **29** Durante diez días los nacionales tratan de romper en vano las líneas de defensa republicanas, culminando su ataque en dirección a Viver los días 20,21,22 y 23 de julio con incesantes oleadas de infantería y constantes bombardeos de la aviación, que no deja un palmo de terreno sin batir a lo largo de un frente de unos 20 kilómetros, bajo el tórrido sol de la costa levantina oscurecido por las espesas columnas del humo de los incendios. Pero las tropas republicanas resisten. Rojo escribe: «Madrid revivía en el frente de Viver».**30** El frente de Levante queda fijado en la línea Barracas-Viver-Caudiel-Eslida-Nules.

Para su sorpresa, los nacionales se encontraron con que las bisoñas divisiones republicanas de Levante estaban en condiciones de darles serios reveses sin tener que pagar el alto precio en vidas y material que habían tenido que pagar las tropas de Modesto. De hecho, esta acción republicana, puramente defensiva, fue una victoria mucho mayor que la tan cacareada de Guadalajara, aunque fuera menos espectacular. Con 20.000 bajas nacionales por 5.000 republicanas, el eslogan «resistir es vencer» tenía, al fin, algún sentido. Lo lamentable fue que los dirigentes republicanos no aprendieran de esta batalla y siguieran dando prioridad a consideraciones políticas y de propaganda sobre la eficacia militar. La batalla del Ebro, que iba a comenzar poco después, excedería en espectacularidad incluso a la de Brúñete, pero conduciría también, directamente, al colapso del ejército popular.

Pero no sólo se luchaba al nordeste del País Valenciano. Tras muchos meses de inactividad, Queipo de Llano se dispuso a terminar con la tranquilidad en el oeste y el 20 de julio lanzó una ofensiva desde Madrigalejo para recortar el saliente republicano que, a caballo del Guadiana, apuntaba hacia la frontera portuguesa. En su primer avance, las tropas de Queipo desarbolaron fácilmente las instalaciones republicanas y, cinco días después, enlazaron con las divisiones del ejército del Centro en Campanario. Las tropas republicanas de guarnición en aquel frente no estaban fogueadas ni bien equipadas, y al no recibir refuerzos fueron copadas rápidamente por las cinco divisiones, la brigada de Caballería y el destacamento de maniobra de los nacionales. El día 23 de julio, las tropas de Queipo tomaron Castuera, y el 24 Don Benito y Villanueva de la Serena, borrando así el saliente republicano de Extremadura. Pero la ofensiva de Queipo de Llano fue paralizada en la tarde del 25 de julio porque el ejército republicano de Cataluña acababa de lanzar su gran ofensiva en el Ebro y el cuartel general de Franco tenía necesidad de todos los batallones disponibles.

Sólo una semana antes, el 18 de julio, segundo aniversario del golpe de estado, el gobierno de Burgos resolvió «exaltar a la dignidad de Capitán General del Ejército y la Armada al Jefe del Estado, Generalísimo de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, y Jefe Nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS, Excmo. Señor Don Francisco Franco Bahamonde». Para la sensibilidad militar, aquel nombramiento tenía una gran significación. En España, el grado máximo a que podía aspirar un guerrero era el de teniente general, siendo el de capitán general una distinción honorífica que hasta entonces sólo habían ostentado los reyes de España en su calidad de jefes supremos de los ejércitos. Franco empezaba a transitar un camino que no le llevaría al trono, pero que le acercaría mucho más de lo que habían estado Espartero o Godoy al cetro real.

Ese día se celebró un aparatoso desfile militar por las calles de Burgos, cuyos edificios más sobresalientes se habían engalanado con orlas y guirnaldas que escoltaban grandes retratos del Generalísimo, en «una empalagosa mezcla de elementos fascistas y medievales». **31** En la vieja Capitanía general de Burgos, el nuevo capitán general Francisco Franco pronunció un discurso en el que, remontándose a la revolución de octubre de 1934, rendía un cómodo homenaje a la figura del «ausente» José Antonio, denunciaba la confabulación de la Rusia atea contra la católica España y, tras relatar los crímenes de los «rojos», anunciaba la victoria final de su cruzada militar y monástica con unas palabras que no dejaban lugar a duda: **32**

Esto nos impele a todos los españoles al deber de cultivar la memoria. La dura lección no puede perderse, y los créditos de la generosidad cristiana, que no tiene límites para los engañados y para los que arrepentidos vengan de buena fe a nuestro campo, ya no rebasarán los límites de la prudencia ni permitirán infiltrarse a nuestro lado a los recalcitrantes enemigos de la patria, que la salud de ésta, como la de los cuerpos, necesita de cuarentenas para quienes proceden del campo apestado...

En su nombre [de los muertos nacionales] y en el sagrado de España, deposito hoy esta semilla en el surco profundo que han abierto las victorias de nuestro Ejército glorioso. Españoles todos: ¡Arriba España! ¡Viva España!

30. La batalla del Ebro

Tras el colapso de Aragón, el gobierno republicano se dispuso a reconstruir un ejército con los restos de las formaciones que se habían replegado hacia Cataluña. La República tenía el Segre, al oeste, y el Ebro, al sur, como razonables líneas de defensa tras las que reorganizar a sus tropas, contaba con algo más de 18.000 toneladas de material de guerra que había cruzado la frontera francesa entre mediados de marzo y mediados de junio y disponía, además, de más tiempo del que podía haber esperado gracias a la ofensiva de los nacionales sobre Valencia. A finales de la primavera y principios del verano, la República llamó a filas a los reservistas de las quintas de 1925-1929 y 1940-1941 y pudo, así, organizar doce nuevas divisiones con reclutas que iban desde los dieciséis años -la célebre «quinta del biberón»- hasta hombres maduros, ya padres de familia, con aquellos que antes habían sido considerados exentos porque sus especialidades les hacían necesarios para la industria de guerra e, incluso, con prisioneros del ejército nacional. Para un brigadista curtido aquellos soldados «eran muy jóvenes, casi sin ninguna instrucción militar, y muchos de ellos eran prisioneros del ejército de Franco que habían aceptado unirse a las tropas republicanas». **1**

Muchos de los técnicos que fueron llamados a filas se habían quedado sin trabajo desde la llegada de los franquistas a los embalses pirenaicos, con el consiguiente corte de energía de las plantas hidroeléctricas, que había provocado un espectacular descenso de la producción industrial catalana. Sin embargo, como no se disponía de fusiles para todos los reclutas, los decretos de militarización del Gobierno parecen haber tenido más que ver con la idea de dar una impresión de resistencia numantina que con exigencias estrictamente militares. El nuevo material de guerra que había llegado desde marzo a junio iba destinado, sobre todo, a las fuerzas aéreas, a las fuerzas especiales y a las compañías de ametralladoras. Las armas de fuego individuales apenas si fueron suficientes para reemplazar a las que se habían perdido en Teruel o durante la campaña de Aragón.

Tras fracasar en sus intentos de paz, Negrín, apoyado por los comunistas, quiso llamar la atención internacional con una gran acción de resonancias heroicas. Pensó que si la empresa tenía éxito la República podría negociar desde una posición de fuerza mucho mayor. El plan se justificaba militarmente por la oportunidad de volver a unir las dos zonas republicanas recuperando el corredor hacia el mar que detentaban los nacionales. Pero su optimismo era desmedido a la luz de los fracasos que había experimentado la República en todas sus ofensivas anteriores, enfrentada a la rápida reacción de los nacionales y a su aplastante poderío aéreo. Todos sus razonamientos tenían varios fallos; primero porque era difícil llamar la atención europea cuando ésta se hallaba pendiente de las intenciones de Hitler sobre Checoslovaquia; segundo, no había la más mínima razón para esperar que Franco cambiara de opinión sobre su tajante negativa a cualquier compromiso, **2** como tampoco de que Chamberlain decidiera acudir en apoyo diplomático de la República; tercero, si el ejército popular volvía a sufrir nuevas pérdidas de material, ¿cómo se reemplazaría el armamento ahora que la frontera con Francia volvía a estar cerrada?, y cuarto, ¿qué le sucedería a la ya socavada moral republicana si se producía una gran cantidad de bajas en sus filas? En conjunto, la operación significaba una apuesta formidable contra factores muy desfavorables, incompatible con las esperanzas de Negrín de que la República siguiera resistiendo tenazmente hasta que estallara la guerra en Europa.

Para llevar a cabo semejante ofensiva, se formó el llamado ejército del Ebro. Sus comandantes y formaciones eran casi todos comunistas, como en Brúñete, y estaba compuesto así: el V Cuerpo de Ejército (divisiones 11, 45 y 46), mandado por el teniente coronel Enrique Líster, el XV Cuerpo de Ejército (divisiones 3,35 y 42), mandado por el joven físico comunista Manuel Tagüeña, y el XII Cuerpo de Ejército (divisiones 16 y 44), mandado por

el teniente coronel Etelvino Vega, que actuaría como reserva. El comandante en jefe de este ejército del Ebro era el teniente coronel Juan Modesto, a disposición del cual se puso prácticamente toda la artillería republicana, carros de combate, blindados, varios batallones de ingenieros y una parte de la aviación que le quedaba a la República. Aunque contaba con unos 100.000 efectivos, sabía que aquel ejército tenía su punto débil en la artillería, muy mermada tras la campaña de Aragón, que estaba compuesta sólo por 150 cañones, algunos de los cuales databan del siglo XIX. Escaseaban los obuses y se sabía que la munición para los cañones antiaéreos de 76 mm era defectuosa, cosa que no se comunicó a la tropa para no influir negativamente en su moral de combate.

El plan del general Rojo consistía en cruzar el Ebro por sorpresa y lanzar un ataque -el principal- por el centro del arco que describe el río entre Fayón y Xerta, mientras se realizaban asaltos demostrativos al norte, entre Mequinenza y Fayón, para impedir un contraataque por el flanco y cortar las comunicaciones del enemigo, y, al sur, por Amposta, para atraer las fuerzas franquistas hacia la costa y debilitar, así, el centro de la zona por donde tendría lugar el ataque principal. El objetivo máximo que se planteaba Rojo era llevar la penetración hasta Catí para enlazar con el ejército de Levante y soldar así la zona republicana, y el mínimo avanzar con sus tropas trazando dos profundos tajos en la zona nacional: uno por Ascó-La Fatarella-Vilalba deis Arcs-Batea, a cargo del XV Cuerpo de Ejército, otro por Les Camposines-Corbera d'Ebre-Gandesa-Bot, a cargo del V, haciéndose fuerte en el terreno ganado y desplazando hasta allí el frente. El XII Cuerpo de Ejército tenía que proteger el flanco derecho cubriendo la orilla del Segre desde Lérida hasta su afluencia en el Ebro por Mequinenza.**3**

Las tropas nacionales, que ocupaban todo el recodo de la orilla Derecha del río, estaban compuestas por la 50ª División, mandada por el coronel Luis Campos Guereta, que tenía su cuartel general en Gandesa, la 13ª, del coronel Barrón, en reserva, y la 105ª, del coronel Natalio López Bravo, que cubría el frente desde Xerta hasta el mar. Estas divisiones del Cuerpo de Ejército marroquí, que constaban de unos 40.000 efectivos, estaban bajo el mando supremo del general Yagüe. Durante los días previos al paso del río por los republicanos, el coronel Campos informó a Yagüe que sus hombres habían detectado movimientos preparatorios en la orilla izquierda, movimientos que confirmaron los aviones de reconocimiento pero que no fueron tomados muy en serio porque los nacionales no creían que la República estuviera en condiciones de atacarles tan pronto después del desastre que había sufrido durante la campaña de Aragón, y menos cruzando un río tan ancho y caudaloso. Ya el 24 de junio el coronel Franco-Salgado («Pacón»), ayudante de Franco, había recibido un informe de que los republicanos estaban preparando balsas para pasar el río, que disponían de pasaderas y que la mayor parte de las Brigadas Internacionales estaban concentradas en Falset.**4** Estas informaciones fueron asimismo confirmadas por desertores y prisioneros del ejército republicano, pero Franco se limitó a ordenar a Yagüe que extremara las precauciones.**5**

El paso del Ebro fue ensayado minuciosamente, durante toda una semana, por las tropas republicanas en barrancas, en ríos y en el mar. Los cuerpos de ingenieros escenificaron el cruce en aguas del Delta con los puentes fabricados en Barcelona o comprados a Francia, mientras los exploradores cruzaban el Ebro por las noches para tratar de recabar información de los campesinos de la orilla derecha. Esta fuerza de exploradores, o comandos, había sido una innovación reciente del XIV Cuerpo de Ejército y fue muy útil en su acción de avanzadilla antes de que se iniciara el paso por el grueso de las tropas.

Por fin, a las cero horas y quince minutos de la madrugada del 25 de julio, seis divisiones republicanas cruzan el Ebro por doce puntos diferentes, guiadas sus barcas por campesinos de la zona que conocen bien las corrientes del río, el terreno que pisan y los mejores puntos

para salvarlo. Minutos antes, los exploradores ya han cruzado a la otra orilla, han pasado a los centinelas a cuchillo, han amarrado las cuerdas para las barcas de asalto y han avanzado para apostarse en los cruces de caminos y vigilar el movimiento de las tropas nacionales. La 226 Brigada de la 42 División cruza por arriba de Fayón, cortando la carretera de Mequinenza, y el resto del XV Cuerpo de Ejército atraviesa el río por Ribarroja y Flix para establecer una cabeza de puente en la línea Ascó-La Fatarella, al tiempo que el V Cuerpo de Ejército atraviesa por Miravet para tomar Corbera d'Ebre, apuntando hacia Gandesa, y por Benissanet para atacar por la retaguardia Mora d'Ebre y enlazar con las tropas del XV. Aguas abajo, en Amposta, la XIV Brigada Internacional consigue cruzar el río pero los tiradores del Rif de la 105ª División les obligan a repasarlo tras sufrir una mortandad impresionante. En 24 horas, y en un tramo de tres kilómetros, se pierden 1.200 hombres por las balas de los franquistas o anegados en las caudalosas aguas del Ebro. Pierre Landrieu, del batallón Henri Barbusse, recordará siempre que no le fue posible franquear el río y «ayudar a nuestros hermanos, en la otra orilla, que pedían socorro en vano. Sus gritos, sus súplicas, resuenan todavía en mi cabeza de joven combatiente antifascista». **6**

En el centro del ataque las tropas republicanas avanzan rápidamente y capturan a unos 4.000 hombres de la 50ª División. Al día siguiente, por la tarde, los soldados del ejército popular se plantan ante Vilalba deis Ares y Gandesa, tras haber ocupado el Puig de l'Aliga, situado entre las sierras de Pándols y de Cavalls, verdadera llave para la conquista de la capital de la Terra Alta. Es la famosa cota 481, es decir, la «Cota de la Muerte», como la llamarán los brigadistas internacionales. **7** En 24 horas las tropas de Modesto han conquistado 800 kilómetros cuadrados. Pero Yagüe, que no ha olvidado la táctica de Modesto en Brúñete y Belchite, ha ordenado en seguida a la 13ª División de Barrón que acuda a defender Gandesa. Algunos de sus hombres mueren reventados de cansancio en la rápida marcha forzada de 50 km que les impone, **8** pero a primeras horas del día 26, la 13ª División ya se ha desplegado en el pueblo.

Franco recibe las noticias de la ofensiva el mismo día 25, justo al año de terminada la batalla de Brúñete, y festividad de Santiago Apóstol, el día que había esperado tomar Valencia. Su reacción es típica de él, no consentirá que la República recupere ni un palmo de territorio por muy alto que sea el precio que tenga que pagar. Ordena paralizar las operaciones en el frente de Levante y que se envíen contra la cabeza de puente republicana todas las fuerzas de reserva disponibles, ocho divisiones. Da instrucciones a la Legión Cóndor y a la Brigada Aérea Hispana para que se dirijan inmediatamente al Ebro. A primeras horas de la tarde del día 25, la aviación nacional ya está en la Terra Alta y empieza a bombardear los puentes y las pasaderas que han tendido los ingenieros republicanos. Intervienen 40 Savoia-79,30 Heinkel-111, 8 Dornier-20,20 Savoia-81,30 Junkery 9 Breda-20, además de 100 cazas, entre los que se cuentan numerosos Messerschmitt 109. La aviación republicana no aparece por ninguna parte. **9**

Con las seguridades que recibe del ingeniero Miguel Mateu de que las industrias de Barcelona no se verán afectadas cuando conquiste la ciudad, **10** Franco ordena que se abran las compuertas de los embalses de Tremp y Camarasa, con lo que el nivel del río, que es de unos cinco metros, se incrementa en dos más. La rápida crecida, en la que sobrenadan troncos a los que los nacionales han adosado explosivos, se lleva por delante los puentes y las pasarelas del ejército popular que, sin embargo, sus batallones de zapadores conseguirán reconstruir tan sólo dos días después. Pero de momento la pérdida de los puentes supone un verdadero revés para Modesto porque sólo puede disponer de una pequeña cantidad de tanques y de cañones de campaña -los que ha conseguido pasar al otro lado en la primera fase del ataque-, insuficiente para derrotar a Barrón en Gandesa.

A lo largo de la batalla, los constantes bombardeos de los puentes por parte de la aviación nacional encontrarán respuesta en la rápida y febril actividad de los ingenieros republicanos, que los reparan por la noche, cuando la aviación no vuela, en un trabajo de Sísifo. El arma más poderosa de que disponen los nacionales para atacar los estrechos puentes es el bombardero Stuka, que se lanza en picado, pero la Legión Cóndor nunca utiliza más de dos parejas a la vez y sólo con una poderosa escolta de cazas. A la Luftwaffe le preocupa extraordinariamente que se pueda perder algún aparato en territorio enemigo y que sus restos se envíen a la Unión Soviética. Durante la ofensiva de Aragón se han empleado Stukas por primera vez, pero entonces había muy poco peligro porque los republicanos se retiraban a todo correr y allí un aparato abatido hubiera podido ser recuperado.

Cuando amanecen las primeras horas del día 27, la aviación republicana aún no ha aparecido, por lo que Modesto ordena a sus pocos tanques T-26 que avancen hacia Gandesa sin cobertura aérea. Rojo se desespera por la inexplicable ausencia de la aviación republicana mientras sus tropas se estrellan contra las defensas de Vilalba. El jefe del Estado Mayor republicano envía, el día 29, una reveladora carta a su amigo, el coronel Manuel Matallana, del ejército del Centro: «Lo del Ebro está casi paralizado ... Se ha producido el fenómeno de siempre en nuestras ofensivas y es que la gente parece que se desinfla». **11** Lo que no sorprende a nadie. El plan es deficiente desde el principio, y, una vez perdida la ventaja del efecto sorpresa inicial, los comandantes de campo comunistas no tienen ni idea de cómo hacer frente a la situación. Vuelven a su práctica habitual de malgastar vidas sin objeto porque no son capaces de admitir que la operación ha sido un fracaso. Sólo en una semana escasa han sufrido una enorme cantidad de bajas, diezmadas por las bombas y la metralla, pero también, ya, por la disentería y el tifus. Además, está el inmenso cansancio físico y moral que todos arrastran, especialmente los miembros de las Brigadas Internacionales. Dimitrov informa a Voroshilov y a Stalin de que «los soldados de las Brigadas Internacionales están extremadamente cansados por los continuos combates, su eficacia militar se ha venido abajo, y las divisiones españolas les aventajan en los valores del combatiente y en la disciplina». **12**

El 30 de julio Modesto reorganiza las tropas que tiene en el sector central y toma personalmente el control de la operación. Concentra frente a Gandesa la mayor parte de los carros blindados y de la artillería que han conseguido pasar el Ebro y los dispone en semicírculo desde la sierra de La Fatarella hasta la de Cavalls. Los nacionales ordenan entonces a las baterías antiaéreas de 88 mm que disparen contra los tanques. Al mismo tiempo, el *Kampfgruppe* de bombarderos Heinkel 111 se concentra en su ataque a los puentes y aquel día hace más de cuarenta salidas. Destruye dos puentes y un pontón desde una altura de 4.000 metros. Los republicanos reparan uno de los puentes, que vuelve a ser destruido aquella misma noche. Los Stukas atacan los puentes de Aseó y Vinebre lanzando ocho de sus bombas de 500 kilos y consiguiendo un impacto directo sobre éste. No tendrán tanta suerte al día siguiente cuando intenten cegar la salida del túnel que se encuentra a cuatro kilómetros al este de Mora la Nova. **13**

Modesto bombardea sin parar el pueblo con la máxima cadencia que le permiten sus exiguas trece baterías y lanza, después, a la infantería, que llega hasta el cementerio y muy cerca del edificio del Sindicato Agrícola para enfrentarse a las tropas de Barrón que se parapetan tras sacos terreros junto a la gasolinera y en la plaza del duque de la Victoria. Mientras tanto, las tropas republicanas de la 3 División se siguen estrellando ante las defensas de Vilalba deis Ares. La aviación franquista sigue machacando a placer los puentes y las concentraciones de tropas republicanas en la orilla porque la fuerza aérea republicana continúa ausente. Por fin, el día 31 llegan los aviones de Hidalgo de Cisneros, que se lanzan inmediatamente, aunque tarde, a bombardear Gandesa, desentendiéndose de la aviación

nacional, que no deja de machacar en el valle y en el río las concentraciones de tropas republicanas.

Las mayores batallas aéreas de toda la guerra tienen lugar en el frente del Ebro. Aquel día 31 de julio pueblan los cielos más de 300 misiones de los dos bandos, que se ametrallan entre sí para evitar que el contrario suelte sus cargas sobre las tropas hermanas ya muy castigadas. «El lugar apesta debido a los muertos. Los bombarderos enemigos regresan hacia nuestra posición en el valle matando a los heridos evacuados, a los hombres de suministros y atacando los pozos ... Las balas silban sobre nuestras cabezas, trazos rojos que parecen moverse lentamente por el aire ... Es el día más largo de mi vida», escribe el brigadista Edwin Rolfe de aquel día 31 en que acaba la primera parte de la batalla del Ebro.**14**

La experiencia es terrible para los combatientes de a pie, pero las dos últimas semanas son también desastrosas para la República en el aire. La Legión Cóndor y los nacionales afirman que, sólo en el mes de julio, han conseguido 76 derribos seguros y nueve probables de aparatos republicanos. La batalla del Ebro da a los nacionales y a sus aliados la ocasión ideal de destruir la fuerza aérea republicana de una vez por todas.**15**

Rojo, Modesto y Tagüeña valoran todo lo sucedido hasta ese momento como una victoria táctica. Han frenado la ofensiva franquista sobre Valencia, y no dudan de los efectos que la suya va a causar en la atención internacional y en la moral de la retaguardia. En realidad, lo único que ha conseguido Rojo es que el toro entre al trapo. Ni se ha tomado Gandesa, ni hay posibilidad alguna de avanzar dada la rápida concentración de tropas franquistas. «En esta primera semana el ejército republicano se ha agotado cuando se han agotado sus mejores armas: la audacia, la rapidez y la sorpresa.»**16** Una vez más, una gran ofensiva republicana se desinfla sin lograr sus objetivos por falta de continuidad en el ímpetu de las tropas y por el tiempo perdido en la reducción de bolsas de resistencia en vez de seguir avanzando hacia el objetivo principal.

El 1 de agosto, Modesto ordena al ejército del Ebro que pase a la defensiva. Durante la primera semana de la batalla ha perdido 12.000 hombres a cambio de 800 kilómetros cuadrados de un terreno desolado, sin árboles, salpicado aquí y allá de majuelos y coscojas, de nulo valor estratégico. El calor es terrible. La Legión Cóndor registra el 4 de agosto 37 grados a la sombra y 57 al sol. Ni siquiera refresca por las noches.

La maniobra de contención ordenada por Yagüe da a los nacionales tiempo suficiente para hacerle llegar la primera de las ocho divisiones de refuerzo que enviarán a aquel frente. Hasta el 1 de agosto, las tropas de Franco sólo han perdido el saliente y la cabeza de puente conseguida en Fayón por la 42 División. Bien mirado, la posición de los republicanos es aquí más vulnerable que en Brúñete, porque, con el río a sus espaldas, tendrán mucho más difícil la reposición de víveres y suministros. Y, desde luego, con la enorme masa artillera de que disponen, los nacionales podrán machacar las posiciones republicanas, que aún no han podido construir trincheras y se protegen precariamente con parapetos de piedras y pizarras, sin descanso. Van a comprobar en seguida que los obuses de artillería son mucho más terribles cuando estallan entre las rocas que en campo abierto.

O sea que proseguir la batalla en aquellas condiciones no se justifica por razones militares. La ofensiva, ahora en un punto muerto, ha servido para impedir que los nacionales sigan avanzando sobre Sagunto (aunque la magnífica línea de defensa XYZ ya ha contribuido a ello), pero toda esperanza de capturar el corredor al mar se ha esfumado. Sin embargo, en vez de retirar las tropas y el material en buen orden con el fin de conservarlos para una nueva posibilidad de ataque en mejores condiciones, los republicanos deciden enviar más hombres al otro lado del río. Como Negrín piensa que toda Europa tiene puestos sus ojos en la batalla, teme que una retirada táctica pueda ser interpretada como una derrota del ejército popular.

Otra vez las necesidades de la política y su manifestación propagandística hacen valer sus derechos sobre la estrategia militar.

El único consuelo que, quizá, le queda a la República es que Franco se ha empeñado nuevamente en destruir a las tropas que han tenido la osadía de rescatar un territorio que él había ocupado, y decide enfrentarse a ellas en lo que se convertirá en una larguísima batalla de desgaste, cuando, en buena lógica militar, la maniobra adecuada es contraatacar por el frente del Segre, tras el flanco derecho de las tropas republicanas en dirección Lérida-Barcelona, dejando a los hombres de Modesto empantanados en el Ebro. Lo explica muy bien Tagüeña en sus memorias:

Una vez que cruzamos el río y conquistamos la cabeza de puente, estábamos ya amarrados a nuestras posiciones. Lo más sencillo para nuestros adversarios hubiera sido dejarnos allí y dirigir su atención principal a la dirección Barcelona, sin dejar de presionarnos para mantenernos inmóviles y no dejarnos sacar reservas ... El camino para la ocupación de Cataluña estaba libre y el Ejército del Ebro, si no se replegaba rápidamente, hubiera terminado cercado y cautivo.**17**

Empeñadas en «una ciega lucha de carneros»,**18** las fuerzas franquistas tienen que lanzar hasta siete contraofensivas sobre las líneas republicanas. Para la primera, iniciada el 6 de agosto, se escoge casi con razón geométrica la cabeza de puente de Fayón, que defiende la 42 División. Sobre esta posición la Legión Cóndor, que en dos días hace cuarenta salidas, arrojará cincuenta toneladas de bombas. «Las pérdidas de los rojos son muy elevadas», escribe Von Richthofen en su diario.**19** La carnicería dura hasta el día 10, cuando los nacionales obligan a los republicanos a abandonar sus posiciones y repasar el río. La segunda contraofensiva nacional, que empieza el 11 de agosto, tiene como objetivo la conquista de la sierra de Pándols, que defiende la 11 División, y que, en términos militares, es sorprendente, porque la ventaja es de los soldados republicanos, que ocupan las cresterías de la sierra y sólo tienen que ametrallar a los que tratan de escalarla.

Tal vez los mandos franquistas suponen que los hombres de Líster están dormidos o agotados, porque, tras el esfuerzo de alcanzar las cotas, han tenido que soportar temperaturas de más de 35 grados y, tal como había sucedido en Brúñete el verano anterior, andan escasos de raciones alimenticias y, sobre todo, apenas tienen agua potable. Al extremo que, durante los combates, tienen que orinar sobre los cañones al rojo de las ametralladoras para que se enfríen. No disponen aún de fortificaciones y la acción combinada de la artillería de tierra y de aire no les deja un minuto libre para poder construir las defensas que necesitan.

Durante las horas del día, las bombas, los obuses y las balas parecen no tener fin, pero no hay más remedio que aguantar. «Los cadáveres de los combatientes de ambos bandos siguen tendidos por doquier, en tierra de nadie, sin que pueda dárseles sepultura. Los supervivientes no pueden, ni siquiera, cavar su trinchera individual en esa roca de aristas vivas y alma muerta, donde no pueden crecer árboles ni matorrales.»**20** La versión para la propaganda dice que los hombres de Líster resisten aquel calvario porque son bravos y disciplinados combatientes antifascistas, pero su inmensa valentía responde más al odio que sienten por el enemigo, o al temor que les paraliza ante la inquebrantable decisión de su jefe de fusilar a cualquiera que ceda un palmo de terreno.

Durante este ataque a la sierra de Pándols, el día 13 de agosto se desarrolla en los cielos de la Terra Alta una lucha a muerte entre la escasa aviación republicana y los cazas nacionales: tres escuadrillas de Messerschmitt y un enjambre de Fiat se enfrentan a los Chatos y Supermoscas. Mientras, los Heinkel 111 de la Legión Cóndor y los Junker 52 de la Brigada Aérea Hispana aún bombardean los puentes sobre el río, aunque la mayor parte han

regresado a su papel habitual de «artillería volante» para hostigar a las tropas de a pie. La batalla aérea del Ebro es un duelo desigual donde la levísima ventaja numérica de la República a finales de julio pasa a ser de dos a uno en su contra en los primeros días de septiembre, gracias a las nuevas aportaciones de Mussolini y Hitler. Mientras los Moscas y los Chatos se enzarzan con los Fiat en rabiosos combates individuales, donde hay que esquivar tanto las colisiones como las balas trazadoras, los Messerschmitt de la Legión Cóndor ensayan la táctica de combatir en parejas que desarrollarán durante la batalla de Inglaterra. Los combates aéreos posteriores se libran en una confusión total, al extremo de que el as de los nacionales, García Morato, es derribado por primera vez en la guerra por uno de sus propios pilotos.

El 18 de agosto los franquistas vuelven a soltar las presas del Segre. La tromba de agua se lleva por delante los puentes de Flix, Mora d'Ebre y Ginestar y el agua alcanza los 3,5 metros sobre el nivel normal del río. Al día siguiente, seis divisiones y una brigada de caballería lanzan el «muy esperado» contraataque contra la principal cabeza de puente republicana. Los cañones de 88 mm de la Legión Cóndor dan apoyo a las tropas de infantería mientras los Stukas se lanzan contra las baterías republicanas. El *Kampfgruppe* de Heinkel 111 vuelve a atacar los puentes. El éxito mayor se lo apunta la escuadrilla de Messerschmitt, que aquel día derriba cuatro Moscas (o Ratas, como les llaman los nacionales) sin sufrir ninguna pérdida. Uno de los pilotos de la escuadrilla es el teniente Werner Molders, que será más tarde uno de los grandes ases de la Luftwaffe en la segunda guerra mundial. Tras conseguir catorce derribos en España, el mayor récord de todos los pilotos nacionales, será el primer piloto de cazas de la Luftwaffe al que se le reconozcan cien victorias.**21**

Yagüe ordena a sus tropas que arremetan contra las líneas republicanas frente a Vilalba deis Ares y se apoderen del vértice Gaeta. La aviación nacional bombardea esta vez, primero, con octavillas instando a los republicanos a rendirse y, luego, deja caer una oscura granizada de bombas pesadas. Tras cinco días de machaqueo de las posiciones republicanas, la infantería de Yagüe se lanza al ataque contra unas fuerzas que ya han conseguido protegerse de la tormenta de fuego y saben resistir las oleadas de los soldados de a pie.

El día 26 de agosto la República asciende a Modesto a coronel. Es el primero de milicias. Pero el frente no se mueve y la gente no está para alegrías. Les han visitado los periodistas amigos y compañeros de tantas batallas: Ernest Hemingway, Herbert Matthews, Robert Capa, pero también Joseph North, del *Daily Worker*, de Nueva York, Daniel Roosevelt, del *Erooklyn Daily Eagle*, Louis Fischer, de *The Nation*, o el poeta alemán Ernst Toller; ellos han podido ver que allí, en las trincheras y entre los promontorios salpicados de matas de romero y tomillo, todo es cansancio, dolor y rutina.**22** Aunque también pueden comprobar que el ejército republicano ha mejorado mucho en sus técnicas de defensa y que los hombres han aprendido a protegerse de los ataques de la artillería refugiándose en los contrafuertes del terreno y en los parapetos construidos por los batallones de fortificación.

Cuando cesa el diluvio de la artillería franquista, se aprestan a colocar en posición sus armas automáticas y morteros, mientras sus baterías, que ocupan buenos observatorios, consiguen disparar con cierta eficacia. La Terra Alta está rellena de trincheras, de dolinas y de casamatas. Los hombres se refugian en los abrigos horadados y en los bancales de la contrapendiente. Desde el Coll del Moro, donde Yagüe tiene su puesto de mando, el general Franco estudia con sus binoculares el escenario de la batalla: a la derecha, la sierra de Pándols, en el centro, Gandesa y las sierras de Cavalls y Lavall de la Torre, Corbera a la izquierda y, al fondo, el Ebro: «En 35 kilómetros tengo encerrado lo mejor del ejército rojo», le dice eufórico a su ayudante Luis M. de Lojendio.**23** Pero Mussolini no lo ve de la misma

manera: «Hoy, 29 de agosto, profetizo la derrota de Franco. Este hombre, o no sabe cómo hacer la guerra o no quiere». **24**

El 31 de agosto los nacionales lanzan su tercera contraofensiva en el terreno comprendido entre el Puig de Aliga y la carretera que va de Alcañiz a Tarragona. Hay que tomar a toda costa la sierra de Cavalls y avanzar hacia Corbera d'Ebre, es decir, hay que realizar otra embestida frontal típica de la batalla de desgaste que Yagüe está llevando a cabo. Se refuerzan las tropas y acude al frente del Ebro el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo que manda García Valiño. Van a intervenir ocho divisiones, 300 cañones, 500 aviones y 100 carros de combate. Tendrán que enfrentarse a los hombres y las máquinas de las divisiones 35, en la zona de Corbera y Gandesa; 11, en la zona de Cavalls, y 43 -que ha regresado de Francia, tras luchar en la bolsa de Bielsa- en el Puig de l'Aliga. Desde el día 28 las unidades republicanas destinan un batallón por brigada a tareas de fortificación. Durante el atardecer y la noche 2.000 hombres de cada división republicana se dedican a abrir trincheras y tender alambradas.

El 3 de septiembre, los nacionales emprenden su cuarta contraofensiva lanzando un asalto a la sierra de Lavall, donde les esperan los hombres de Líster. Tras machacarla sin descanso con su artillería, las tropas nacionales avanzan desde Gandesa en dirección a la Venta de Camposines y consiguen tomar Corbera al día siguiente. Se emplean 300 piezas de artillería y los cañones alemanes antiaéreos de 88 mm que disparan a cero cuando no hay aviación republicana a la que batir. El general Martínez Campos, que dirige la artillería nacional, explica que dispone de «58 baterías, a cuyo fuego hay que añadir el de la masa legionaria (seis grupos a 18 piezas) y el de las pocas unidades de 88 mm (antiaéreas) que están autorizadas para tirar contra objetivos terrestres». **25** En esta contraofensiva, durante la cual la presencia de la aviación nacional es agobiante, las fuerzas de Yagüe conseguirán romper el frente republicano en el punto de enlace del V Cuerpo con el XV, no dejando a Modesto otra opción que echar mano de la 35 División que tiene en reserva para cerrar la brecha. Las instrucciones de Modesto son inequívocas y contienen un claro elemento de amenaza: «No se puede perder una sola posición. Si la ocupa el enemigo, hay que contraatacar rápidamente librando a su alrededor cuantas batallas sean precisas, pero asegurando siempre que quede en poder de la República. Ni un metro de terreno al enemigo». **26**

Dos semanas después, entre el 19 y el 26 de septiembre, las tropas de Franco aún siguen combatiendo duramente para hacerse con las cotas medias de la sierra de Cavalls, que ocupan los exhaustos soldados de la República. Rojo está desesperado porque Menéndez, el jefe del ejército de Levante, y Miaja no acaban de decidirse a lanzar una acción en el centro para aliviar el frente del Ebro. El 2 de octubre, tras apoderarse de los altos de Lavall, los nacionales llegan a la Venta de Camposines y un par de semanas después -entre el 30 de octubre y el 15 de noviembre- toman, en un ataque nocturno, la cota 666, verdadera llave de la sierra de Pándols, expugnan totalmente la fortaleza de Cavalls, dejando al descubierto las formaciones republicanas, y llevan a cabo una maniobra de pinza en la que Yagüe ataca hacia La Fatarella y García Valiño lo hace en dirección Aseó y Flix.

Los republicanos ya no pueden contar sus bajas y apenas les queda terreno que defender a la orilla derecha del Ebro. A las cuatro y media de la madrugada del día 16 de noviembre, aprovechando la niebla, los últimos hombres de la XIII Brigada de la 35 División republicana repasan el río por el puente de hierro de Flix. Quince minutos después, Tagüeña da órdenes de que se haga saltar por los aires la estructura de paso. «Un seco estampido, un resplandor, un fragor de fragmentos de hierro cayendo sobre las aguas anuncian el fin de la batalla del Ebro ciento trece días después de su inicio.» **27** El general Rojo respalda la decisión que ha tomado Tagüeña de ordenar la retirada a la orilla izquierda del Ebro y acepta que las tropas del

ejército que manda Modesto regresen exactamente a las posiciones que ocupaban el 24 de julio anterior. La batalla del Ebro -y su ejército- ha terminado.

Entre las viñas, los olivos, los picos desnudos y las escarpaduras de la Terra Alta, 250.000 hombres han luchado sin tregua, matando y muriendo. Los nacionales han tenido unas 60.000 bajas, los republicanos quizá 75.000, de ellos 30.000 muertos, más todo el material de guerra que ya no podrán utilizar para defender Cataluña.

Los oficiales no comunistas fueron los primeros en criticar la forma en que se había llevado a cabo la campaña del Ebro. El general Gámir Ulíbarri sostuvo que la caída de Cataluña había sido engendrada en el Ebro, y otros jefes, como el coronel Perca, jefe del ejército del Este, que no podía ver a Rojo, tuvo palabras muy duras sobre el poco talento militar con que se había llevado a cabo la operación. Los hombres de la Comintern, por su parte, mostraron una vez más su profunda desconfianza hacia Rojo y el Estado Mayor general. Togliatti informó que el ejército del Ebro no recibió ayuda alguna de la zona central por la mala situación de las unidades que allí se encontraban, pero, también, a causa «del sabotaje y de la nefasta acción del general Miaja y de los demás comandantes del centro».**28** En línea con su habitual paranoia, Stepánov arremetió contra el Estado Mayor (o sea contra Rojo), al que consideraba culpable de haber prolongado la operación «calculándola para extenuar las fuerzas del Ejército del Ebro, debilitarlo e incapacitarlo por tiempo prolongado ...También parece completamente sospechoso el hecho de la pasividad de los frentes de Levante y del Centro».**29** Uno de los protagonistas nacionales de la batalla, el general García Valiño, señala lapidariamente lo fundamental de la cuestión: «La República había perdido todo su ejército del norte de España».**30**

Es cierto que, una vez cruzado el río, las fuerzas republicanas no contaron con el transporte necesario ni con los blindados suficientes para conseguir sus objetivos con la rapidez imprescindible y, una vez más, se enredaron en un ataque frontal que dio tiempo a los nacionales para acudir con más refuerzos. Además, toda la operación repitió el error garrafal de concentrar grandes formaciones en campo abierto contra un enemigo que contaba con una superioridad aplastante tanto en artillería como en aviación. Tan sólo la increíble resistencia y coraje de las tropas republicanas consiguió contener a los franquistas durante tantas semanas, causándoles casi tantas bajas como las que ellos mismos sufrieron.

31. El tablero europeo

Ayguadé presentó la dimisión por la violación del Estatuto de Cataluña, en la que le siguió Irujo. Ambos ministros fueron atacados por la prensa comunista, que les acusó de estar implicados en un «complot separatista». Las penas de muerte fueron ejecutadas sin pasar ninguna comunicación al presidente Azaña, quien, el día 13 de agosto, escribió en su diario: «Tarradellas me cuenta que ayer fusilaron a 58. Datos que me envía Irujo. Horrible. Indignación mía por todo eso. A los ocho días de hablar de piedad y perdón me refriegan 58 muertos. Sin decirme nada, ni oír mi opinión. Me entero por la prensa después que está hecho». **1** Negrín, sin inmutarse, se fue aquella misma noche a visitar el frente del Ebro.

Todo el mundo empezó a hablar de crisis de gobierno. *La Vanguardia*, quizá por sugerencia del propio Negrín, publicó un artículo advirtiendo de las posibilidades de que se diera un golpe de estado para poner en el Gobierno a derrotistas que echarían a Negrín y buscarían una paz con los nacionales. A las formaciones comunistas de los frentes se les pidió que enviaran telegramas de apoyo al jefe del Gobierno que, más tarde, el 16 de agosto, en una entrevista con Azaña que éste calificó de «inolvidable», Negrín blandiría para demostrarle, en una poco velada amenaza, que los jefes del ejército estaban con él. El 14 de agosto *Frente Rojo* arropaba la jugada: «Frente a todas las maniobras, los trabajadores, los combatientes, todo el pueblo, están firmemente al lado del gobierno y de su presidente Negrín».

Aquel mismo día se celebró una parada militar en la que varios carros de combate del XVIII Cuerpo de Ejército, que mandaba el comunista José del Barrio, desfilaron por las calles de Barcelona mientras una escuadrilla aérea sobrevolaba, a baja altura, las avenidas. Era un desfile especialmente provocativo en unos momentos en que las tropas republicanas luchaban por su vida en el Ebro. Los antiguos aliados liberales y socialistas moderados de Negrín se sintieron vejados, y Prieto atacó al jefe del Gobierno diciéndole que había impuesto su voluntad al Consejo intimidándolo con una demostración de poder militar en las calles de Barcelona. Negrín entonces se presentó en la residencia de Companys, donde se celebraba una reunión a la que asistían Tarradellas, Sbert, Bosch Gimperay Pi Sunyer, para declarar su cansancio y sus intenciones de dimitir, animando a Companys a hacerse cargo del gobierno de la República. Según Azaña, Negrín le dijo a Companys «que él es un salvaje y necesita las manos libres para hacer su voluntad. Cada diez días, otra mujer». **2**

El presidente de la Generalitat, que había atacado brutalmente a Negrín ante Azaña y le había dicho que era partidario de Miaja para sustituirle, le convenció, sin embargo, de que debía seguir al frente del Gobierno, mostrándole la necesidad de hallar una vía de diálogo para arreglar las diferencias entre los gobiernos central y catalán. En realidad no había ninguna alternativa posible a Negrín, porque su estrecha alianza con los comunistas determinaba que, si se le apartaba del poder, la maquinaria militar de la República, empeñada en la batalla más desesperada de la guerra, quedaría paralizada temporalmente. Pero Negrín era casi tan centralista como Franco: «No estoy haciendo la guerra contra Franco para que nos retoñe en Barcelona un separatismo estúpido y pueblerino; estoy haciendo la guerra por España y para España ... No hay más que una nación: ¡España!», le había dicho en julio el presidente del Consejo a Rafael Méndez. **3**

Negrín decidió entonces formar un nuevo gobierno pero sorteando la disposición constitucional de presentar formalmente la crisis al presidente de la República. Se limitó, simplemente, a sustituir a Ayguadé y a Irujo por Josep Morx, del PSUC, y por Tomás Bilbao, de Acción Nacionalista Vasca, **4** y se fue a Zurich, oficialmente a asistir a un congreso internacional de fisiología y medicina, pero también para entrevistarse en secreto «con unos alemanes franquistas» según Azaña, con el embajador alemán en Francia, conde Welczeck, según Thomas **5** o, como también se ha dicho, sin pruebas fehacientes, con el duque de Alba,

para tratar de hallar una solución negociada. Pero daba igual: todas las gestiones de Negrín, auténticas o inventadas, iban a pasar en seguida a segundo plano ante acontecimientos más graves. El enorme sacrificio del Ebro sería prácticamente ignorado por una Europa que temblaba ante el inminente peligro de guerra en Checoslovaquia.

Si el tratado anglo-italiano de abril de 1938, que aceptaba tácitamente la intervención italiana en España, había significado un golpe muy duro para la República, el acuerdo de septiembre en Munich fue un mazazo. Con la política de apaciguamiento en su cota más miserable, era evidente que la actitud británica hacia España no iba a cambiar y que llevaría a Stalin a pensar que la única esperanza para Rusia estaba en un *rapprochement* a Hitler. Lo que significaba, a su vez, que el apoyo soviético a la República era un inconveniente para aquél. Munich indicaba también que la guerra europea quedaba, de momento, conjurada. Todas las esperanzas que Negrín había puesto en que estallara para que Gran Bretaña y Francia acudieran en socorro de la República se vinieron abajo. Pero sus esperanzas eran vanas; Negrín se engañaba pensando que, de haber estallado la guerra europea, la intervención de las potencias democráticas habría sido inmediata. No parece que el gobierno británico hubiera hallado muchos incentivos en ayudar a una República gravemente debilitada justo en el momento en que tenía que reunir toda la fuerza disponible para sus propias necesidades. Además, Gran Bretaña no habría asumido el tremendo riesgo sobre Gibraltar sin antes haber puesto en marcha un programa para incrementar las defensas del peñón.

El otro potencial aliado de la República, Francia, estaba harto de que su política exterior estuviera condicionada siempre a lo que disponía Gran Bretaña. A los franceses se les había forzado a llegar a un compromiso tras otro -como admitió lord Cranborne- por lo que ellos creían era la causa de la unidad democrática, cuando, en realidad, Chamberlain estaba mucho más cercano a Franco, Mussolini o Hitler con su despectiva actitud hacia «la decadencia de Francia». El temor al tradicional enemigo germano, y el resentimiento que experimentaban ante la actitud antifrancesa del gobierno británico, hicieron que algunos jefes militares pensaran en intervenir en Cataluña para ayudar a la República, pero el Estado Mayor general de Francia se oponía firmemente a cualquier paso que pudiera llevar a una guerra en dos frentes. Cuál no sería su alivio cuando, durante la crisis de los Sudetes, Franco -aconsejado por los ingleses-6 declaró que, si llegaba a desencadenarse la guerra en Europa, su gobierno sería neutral, garantizando, además, que las tropas del Eje que estaban en España no se aproximarían a la frontera pirenaica. A Ciano la actitud de Franco le daba asco, y Hitler dijo aquello de que lo que había hecho Franco «es ist eine Schweinerei, aber was konnten die arme Kerle machen» (es una cochina, pero qué van a hacer los pobres diablos), pero, por lo menos, los regímenes alemán e italiano podían estar seguros de que ni Francia ni Gran Bretaña cuestionarían su intervención en España.

De hecho las actuaciones del Comité de No Intervención nunca les habían dado motivos para sentirse alarmados. La verdad es que tras el pacto de Pascua anglo-italiano las sesiones del Comité habían continuado con la misma dinámica que antes: «Todas las negociaciones que se llevan a cabo en el comité -dijo el representante de Alemania- tienen algo de irreales porque los que participan en ellas actúan según lo que hacen o dicen los demás ... La política de no intervención es tan inestable y tan artificial, que todos temen provocar su colapso si se pronuncian por un rotundo "no", y nadie quiere ser responsable de ello». Para lord Halifax una retirada parcial de las tropas extranjeras de España era más que suficiente para salvar el espíritu del acuerdo de no intervención, ya que lo dispuesto en el tratado angloitaliano no era más que una añagaza que habían discurrido los británicos para retrasar la concesión del estatus de beligerancia.

Franco no sabía muy bien cómo reaccionar ante el plan británico revisado a la baja y aprobado por el Comité el 5 de julio, para la retirada de sus tropas extranjeras, de modo que consultó a sus aliados. Los embajadores alemán e italiano, después de consultar con sus gobiernos respectivos, le aconsejaron que aceptara el plan en principio, pero que lo fuera retrasando en la práctica. Por su parte, el gobierno republicano, por mucho que le disgustara la perspectiva de que se concediera a los nacionales el estatus de beligerancia, entregó una nota, el 26 de julio, aceptando la propuesta de retirada de tropas, aunque haciendo constar que el número de combatientes extranjeros no era igual en los dos lados, que era injusto el plan marítimo porque sometía a control los cuatro puertos importantes de la República pero no los que controlaban los franquistas, y denunciando la falta de disposiciones eficaces para el control aéreo, porque Italia y Alemania podían hacer llegar sus aparatos a los aeródromos franquistas en vuelo directo.⁷ Hasta el 16 de agosto no dio Franco una respuesta oficial a sir Robert Hodgson. Aceptaba el plan, pero con dos condiciones: quería el reconocimiento del estatus de beligerancia antes de retirar sus 10.000 combatientes extranjeros (cifra mínima fijada por los británicos) y pedía que el número de voluntarios que se retirase fuese igual para las dos partes.

Así estaban las cosas cuando Negrín intervino ante la Sociedad de Naciones el 21 de septiembre para anunciar la retirada inmediata y completa de todos los combatientes no españoles de las filas gubernamentales y sugerir la creación de una comisión internacional que supervisara el proceso. Aquel gesto sorprendente, aunque agradó, no desencadenó la simpatía universal hacía la causa republicana, que es lo que deseaba el presidente del Consejo. La crisis de Checoslovaquia, que estaba en aquellos momentos en su climax, había relegado la guerra de España a un conflicto marginal que los representantes mundiales preferían olvidar porque representaba el recuerdo vergonzoso de los peores aspectos de la diplomacia internacional. Ciano estaba perplejo ante la baza jugada por Negrín: «¿Por qué? ¿Tan fuertes se sienten? -se preguntaba en su diario- ¿O se trata sólo de una manifestación de carácter platónico? Por lo que a nosotros respecta, opino que esta acción resta a nuestra evacuación parcial parte de su sabor. Pero presenta la ventaja de no hacerla pasar por una iniciativa nuestra, que sin duda se habría prestado a comentarios desagradables: cansancio de los italianos, traición a Franco, etc.»⁸

Por su parte el Duce, que a veces se enfurecía ante el «sereno optimismo» de Franco y su «lenta conducción de la guerra», ofreció al Generalísimo más divisiones de refresco, aunque, en aquellos momentos, había ya 40.000 combatientes italianos en España. El general Berti se entrevistó con Franco el 20 de agosto para transmitirle la oferta de Mussolini de más voluntarios y el material de guerra que necesitara a cambio de que los italianos participaran en la dirección de la guerra: «Franco, lleno como siempre de confianza, ni aceptó ni rehusó, pero pidió más material».⁹

El gobierno italiano pensaba que, con el señuelo de retirar 10.000 voluntarios, podría proclamar que respetaba el pacto de Pascua, mientras Franco se hacía con más aviones y artillería, que es lo que realmente le interesaba. Chamberlain pidió un plazo breve para que se llevara a cabo la repatriación de las tropas italianas, de modo que a la Cámara de los Comunes no le diera la sensación de que, en palabras de Ciano, era «Mussolini quien había fijado la fecha» con la consiguiente irritación de los diputados, porque se seguían produciendo, aunque esporádicamente, ataques de los submarinos italianos contra barcos que ondeaban pabellón británico.

En Cádiz, el general Queipo de Llano, acompañado por Millán Astray, presidió la despedida de 10.000 legionarios italianos que llegaron a Nápoles el día 20 de octubre, donde se les deparó una gloriosa bienvenida, perfectamente orquestada, con la presencia del rey. Lord

Perth pidió permiso para que su agregado militar presenciara el desfile de las tropas, lo que llevó a Ciano a escribir en su diario: «*Nihil obstat* en principio por nuestra parte: parece que esto pueda resultar útil a Chamberlain para los debates parlamentarios, que se presagian duros». **10**

Ciano tenía buenos motivos para ser condescendiente tras el pacto de Munich. La perspectiva de una guerra europea -que tanto él como Mussolini temían a pesar de sus fanfarronadas- había remitido. Mussolini llegó a afirmar que «con la conquista de Praga, hemos capturado prácticamente Barcelona». La política soviética hacia la República pasó del apoyo cauteloso al desmarque activo. El sacrificio de Checoslovaquia convenció finalmente a Stalin de que no podía contar con Francia y Gran Bretaña como aliados contra Hitler y que, por lo tanto, tenía que cubrir su vulnerabilidad aliándose con Alemania. Pero sería engañoso ligar totalmente el destino de la República española al de Checoslovaquia, porque el fin de las esperanzas de supervivencia de la República había empezado en la batalla del Ebro, dos meses antes del pacto de Munich.

Chamberlain veía en el pacto de Munich una victoria diplomática. Estaba tan encantado con sus gestiones que, poco antes de que Mussolini y Ciano abandonaran Munich, sugirió la posibilidad de una conferencia a cuatro para resolver el problema de España. No cabe duda de que se veía con fuerzas para convencer a los republicanos españoles de que ellos, como los checos, debían sacrificarse en aras de lo que él creía que era la estabilidad europea.

Durante los últimos años de la década de los treinta, se dio un fenómeno común entre muchos hombres de estado: se convencieron de que tenían grandes capacidades diplomáticas. Y es cierto que una victoria diplomática en tiempos de tensión ofrece la halagüeña perspectiva de convertir al que la consigue en una luminaria política. Como dijo Anthony Edén refiriéndose a Chamberlain: «Es una forma de adulación a la que los primeros ministros consideran que tienen derecho; es gratificante condescender en ella y muy difícil de resistir». **11** Esta observación de Edén también se podía aplicar a Negrín, quien, tal vez por sus innegables talentos en tantos campos, sobreestimó lo que se podía conseguir con el prestigio personal y la capacidad de persuasión. La arrogancia le perdió. De otro modo, es difícil comprender cómo se atrevió a jugar una carta tan arriesgada como la ofensiva del Ebro para respaldar sus gestiones diplomáticas.

Con todo, su declaración del 21 de septiembre ante la Sociedad de Naciones no comportaba un enorme sacrificio para la República porque los extranjeros que servían en las filas del ejército popular se habían reducido mucho. Como apuntó la comisión militar internacional encargada de observar la retirada de los combatientes no españoles en la España gubernamental, «puede decirse que la decisión del gobierno Negrín de retirar y disolver los voluntarios internacionales, y que se hiciera bajo la supervisión de la Sociedad de Naciones, era un modo de *hacer de la necesidad virtud*». **12** De no haber sido porque la crisis checoslovaca dio al traste con su atrevido gesto, el anuncio de retirada unilateral de voluntarios hubiera sido una inteligente acción de propaganda, ya que la prensa internacional había dado siempre una cobertura desproporcionada a todo lo que tenía que ver con las Brigadas Internacionales. En septiembre de 1938 sólo quedaban 7.102 extranjeros en las Brigadas, por lo que sus formaciones habían tenido que ser completadas con españoles. La divulgación de historias sobre la caza de brujas que practicaban los comunistas y la forma en que se llegó a tratar a los voluntarios que querían marcharse afectó tan gravemente al reclutamiento de nuevos voluntarios, que los puñados de recién llegados no bastaban para cubrir las bajas sufridas en Teruel y en Aragón. La comisión militar internacional que supervisó su retirada quedó muy sorprendida al ver lo viejos que eran muchos de los voluntarios extranjeros. El coronel sueco Ribbing se fijó especialmente en sus compatriotas: «Sobre los

suecos que vi en Sant Quirze de Besora -escribió: la mayoría está en la cuarentena o alrededor de ella». **13**

En el frente del Ebro el plan de retirada de Negrín no se comunicó a los norteamericanos, canadienses y británicos de la XV Brigada Internacional, porque tenían que atacar la cota 401 al día siguiente y se pensaba que las noticias podían afectar a su rendimiento. Durante la última semana de septiembre se retiró a los brigadistas supervivientes del frente y se les condujo a Barcelona para su despedida oficial, aunque más de la mitad recibieron la nacionalidad española y pudieron quedarse en el ejército popular. Se trataba, sobre todo, de hombres a quienes les aguardaba la policía secreta en sus países de origen, ya fueran éstos Alemania, Italia, Hungría o las otras dictaduras de Europa y América Latina. **14**

André Marty reescribió el último editorial del periódico brigadista *Volunteer for Liberty* diciendo a los «luchadores antifascistas» que regresaran a sus países de origen para continuar allí la lucha contra el fascismo. Era un modo de comunicarles que la Unión Soviética sólo daría refugio a los cuadros más importantes del partido. A Marty, además, le aterrorizaba pensar que en el futuro se le pudiera amenazar con pruebas de sus ejecuciones sumarias, por lo que, en su ceguera por ocultar la verdad, trató de eliminar en Albacete a muchos brigadistas. **15**

El 28 de octubre, siete semanas después de su retirada del frente, las Brigadas Internacionales desfilaron por la avenida del 14 de Abril (la Diagonal) de Barcelona en una gran ceremonia de despedida, presidida por el presidente de la República, Azaña, el jefe del Gobierno, Negrín, el presidente de la Generalitat, Companys, los generales Rojo y Riquelme y casi todas las autoridades republicanas. Unas 300.000 personas asistieron al desfile bajo la protección de toda la aviación republicana disponible. Así habló «Pasionaria» en aquella ocasión:

iCamaradas de las Brigadas Internacionales! Razones políticas, razones de Estado, la sustentación de la misma causa por la que ofrecisteis vuestra sangre con tan incomparable generosidad, obligan ahora a volver a algunos de vosotros a vuestra patria, y a otros a un exilio forzoso. Podéis marchar orgullosos. Vosotros sois la historia. Vosotros sois leyenda. Vosotros sois el heroico ejemplo de la solidaridad y universalidad de la democracia. No os olvidaremos, y cuando en el olivo de la paz vuelvan a brotar de nuevo las hojas, mezcladas con los laureles de la victoria de la República española, ¡volved! **16**

En aquella ocasión memorable ni siquiera un gran cartel en el que aparecía el gélido rostro de un Stalin que estaba pensando en la forma de llegar a un pacto con Hitler pudo atenuar la emoción del internacionalismo, que hizo correr las lágrimas por las mejillas de los catalanes y de los brigadistas. Estos dejaban en suelo español 9.934 muertos, 7.686 desaparecidos, prisioneros o huidos y 37.541 heridos. **17**

La comisión militar internacional que supervisaba la retirada de los voluntarios extranjeros se llevó una sorpresa al encontrar a unos 400 brigadistas internacionales en las cárceles de Barcelona y sus alrededores, incluidas la prisión de Montjuic y la «Carlos Marx». El coronel Ribbing escribió en su informe: «Por lo que concierne a los voluntarios internacionales, algunas veces han sido castigados por puras nimiedades, y otras, por conducta indisciplinada grave. Muchos dijeron que habían sido acusados de espionaje o sabotaje; la mayoría de ellos hicieron protestas de inocencia». Aunque el gobierno de Negrín había acordado que también se repatriaría a los brigadistas que estaban presos, la comisión encontró a esos 400 detenidos a mediados de enero de 1939, justo cuando los nacionales avanzaban sobre Barcelona.

Probablemente aquello se debió más a la incompetencia o a la rutina burocrática, en una situación de caos, que a un intento deliberado de dejarles a merced del enemigo.**18**

La marcha de los comunistas extranjeros en la segunda mitad de 1938 no cambió significativamente la política del Partido Comunista de España, pero sus miembros debieron sentirse aliviados al deshacerse de los portadores de la paranoia estalinista. Los dirigentes del PCE reivindicaron después de la guerra que se habían opuesto muchas veces a las instrucciones de Moscú, aunque no aparecen pruebas de ello en los archivos rusos. Comprendían que las tácticas totalitarias sólo funcionan si se tiene el control total del ejército, la policía, el sistema legal y los medios de comunicación, y les incordiaba que los consejeros soviéticos recurrieran a métodos totalitarios que contradecían la política establecida por la Comintern para tranquilizar a las democracias burguesas.

A su regreso de Zurich, y mientras las tropas republicanas defendían su cabeza de puente en el Ebro, el doctor Negrín compareció ante las Cortes, reunidas en el monasterio románico de Sant Cugat del Valles los días 30 de septiembre y 1 de octubre. El presidente del Consejo pronunció un discurso en el que recordó con emoción a los soldados que morían en el Ebro, pasó revista a las crisis de gobierno de abril y agosto y a las relaciones entre los gobiernos central y catalán, y reiteró paladinamente su célebre consigna: «resistir es vencer», aunque manifestó su constante disposición para llegar a un acuerdo con los nacionales, a través de una mediación internacional, sobre la base de sus «Trece puntos».

Las minorías no ocultaron sus reservas ante los designios de Negrín y éste hizo un amago que Prieto y Zugazagoitia interpretaron como una amenaza de dimisión. Tras un aplazamiento en el que Negrín reunió al gobierno y puso las cartas sobre la mesa, planteando la cuestión de una nueva crisis, ésta quizá ya definitiva, compareció de nuevo ante las Cortes y retomó su discurso en términos violentos, que se fueron dulcificando a medida que repasaba los duros días de la construcción del ejército popular. Ante la intemperancia, pero también ante la firmeza del presidente del Consejo de ministros, se retiraron las muestras de desaprobación y la cámara le otorgó, por unanimidad, la confianza, aunque «a desgana, sin gusto, por obligación. Negrín y el Parlamento se reconocían enemigos».**19**

El día 11 de octubre, quince meses después del asesinato de Andreu Nin, los dirigentes del POUM Gorkín, Arquer, Andrade, Escuder, Rebull, Adroher y Bonet comparecieron ante el Tribunal de Espionaje y Alta Traición. La mayoría de los comunistas españoles entendían que, aunque el proceso debía llevarse a cabo con todas las formalidades, ser implacables no conducía a nada. Así y todo, acusaron al POUM de alta traición de un modo chapucero. La acusación se basaba en documentos falsificados que «demostraban» que el POUM había establecido un «pacto de no agresión con el enemigo» y lo vinculaban con una organización de espionaje de los nacionales radicada en Perpiñán.

Los comunistas tenían preparada, además, una segunda línea acusatoria sobre el comportamiento del POUM durante los hechos de mayo de 1937. El tribunal sabía muy bien que en aquel proceso estaba en juego la integridad de la justicia republicana, por lo que pronunció una sentencia de compromiso en la que se rechazaban las acusaciones de alta traición y se ponía de relieve que todos los acusados «tienen una marcada significación antifascista y que han contribuido con sus esfuerzos a la lucha contra la sublevación militar», pero se les imponían condenas de once a quince años de prisión por tratar de adueñarse del poder e instaurar un régimen revolucionario en mayo de 1937.**20** La correlación de fuerzas políticas en octubre de 1938 no permitía que se realizara en Barcelona otro «proceso de Moscú».**21**

La llegada del invierno a la zona republicana fue muy desapacible. Los suministros de alimentos aún habían disminuido más y la producción industrial estaba por los suelos como

consecuencia de la falta de materias primas y de electricidad en Barcelona. Apenas si quedaba carbón para las estufas y hacía mucho que la gente no sabía lo que era lavarse con agua caliente, aunque tampoco tenía jabón con qué hacerlo. Las organizaciones de socorro a la población, como las campañas Pro-Invierno o de Ayuda a la Infancia hacían todo lo que podían para conseguir unos míseros donativos con los que comprar alimentos para los niños, mantas y ropa de abrigo. Las madres españolas hicieron un llamamiento a todas «las madres del mundo» pidiendo ayuda para los niños en términos desesperados: «¡No permitáis que nuestros hijos perezcan de hambre o de frío!». **22**

En Barcelona la situación era aún peor. La ración diaria de 100 gramos de lentejas había ido menguando y la población de la ciudad catalana estaba al borde de la inanición. La gente se moría literalmente de hambre entre los escombros de las calles destruidas por las bombas italianas y empezaban a propagarse enfermedades antes desconocidas, como el escorbuto. La propaganda radiofónica les traía sin cuidado. Seguían en pie porque no tenían otra alternativa. Los obreros de las fábricas, famélicos, seguían en sus tajos sin electricidad ni materias primas por la misma razón que los soldados seguían combatiendo en las trincheras: era mejor no pensar. Todo era derrotismo y hasta aquellos que en su desesperación se habían llegado a convencer de que su lucha terminaría en victoria, ya no podían seguir engañándose. Sabían que la próxima batalla sería la última y la aguardaban con resignada amargura.

Hasta el ejército, cuya moral era normalmente más alta que la de la retaguardia, aparecía derrotado antes de que se iniciara la batalla de Cataluña, lo que no significa que, de vez en cuando, no volviera a asombrar al enemigo con acciones de resistencia brillantes y feroces. A los ejércitos republicanos de Cataluña, con unas fuerzas que rondaban el cuarto de millón de hombres, no les quedaban más que 40 carros de combate, menos de 100 cañones, 106 aviones (de los que sólo la mitad eran capaces de levantar el vuelo) y 40.000 fusiles para enfrentarse a la inmediata ofensiva de las tropas de Franco.

Mientras tanto, los consejeros soviéticos se tomaban las cosas con calma. Quizá pensaban que con la inminente derrota de la República no iban a seguir allí por mucho tiempo y que más valía disfrutar de sus «vacaciones» mientras les dejaran. «Las cosas siguen igual -escribió un intérprete a su familia-, es decir, que las cosas van muy bien. Me he convertido en un jugador empedernido (de dominó) y por las noches jugamos a la "cabra". Escuchamos el gramófono ... Mi apetito no es normal (es excesivo)... Después de comer, echamos una hora o dos de siesta, que es lo que me ha engordado ... Estoy leyendo mucho.» **23**

Negrín, sin embargo, pensaba en el futuro, aunque no decía nada a sus ministros. Tal como Geró señalaba a Dimitrov: «el Gobierno lleva cinco meses sin reunirse; los ministros se quejan de que no consiguen ver a Negrín y que no pueden resolver las cuestiones de sus ministerios con él». **24** Al parecer Negrín sólo se entrevistaba con comunistas importantes y con funcionarios soviéticos. En una entrevista que sostuvo el 17 de noviembre con Marchenko, Negrín planteó «la cuestión de nuestros trabajadores vecinos en España», que era un eufemismo para referirse al NKVD. Le dijo que «no era oportuno establecer una conexión entre el camarada Kotov y sus trabajadores con el Ministerio del Interior y el SIM. Propuso que el camarada Kotov Mantuviera una conexión indirecta con él, Negrín, porque está organizando un aparato especial dependiente de él mismo. El hecho de Negrín, que es siempre extremadamente delicado cuando se trata de nuestra gente, considere necesario hacer semejante observación, indica, sin duda alguna, que está sometido a una gran presión por parte del Partido Socialista, de los anarquistas y especialmente de los agentes de la Segunda Internacional sobre todo lo que concierne a la "interferencia" de nuestra gente en la policía y en las labores de contrainteligencia». **25**

Durante otra reunión celebrada el 10 de diciembre, Negrín explicó su posición, que estaba en todo de acuerdo con la política comunista. Había discutido con Díaz y Uribe la idea de «un frente nacional unido, que a él le parecía una suerte de partido radicalmente nuevo. Le vino esa idea al perder la fe en la posibilidad de unificar los partidos socialista y comunista ... Lo más que se podría esperar es que el Partido Socialista fuese absorbido por el comunista después de la guerra». Negrín se daba cuenta de que «depender del Partido Comunista no es favorable desde el punto de vista internacional. Los partidos republicanos existentes no tienen futuro. El Frente Popular carece de una disciplina común y está desgarrado por las luchas intrapartidistas. Por lo tanto, lo que se necesita es una organización que sea capaz de unir a lo mejor que hay en cada partido y en cada organización y que represente un apoyo fundamental para el gobierno ... No se puede volver al viejo parlamentarismo; será imposible consentir el "libre juego" de los partidos como funcionaba antes, porque en tal caso la derecha podría forzar de nuevo su camino hacia el poder. Eso significa que es necesario o bien una organización política unificada o una dictadura militar. El no ve otra salida». La idea de Negrín de un partido de «Frente Nacional» era más o menos una contrapartida de izquierdas de lo que Franco había conseguido con su Movimiento Nacional.**26**

32. La caída de Cataluña

A principios de diciembre de 1938, dos semanas después de que las últimas unidades republicanas repasaran el Ebro, el Ejército nacional de Maniobra se redespiegó a lo largo de las dos fronteras fluviales de la zona oriental de la República, la del Segre y la del Ebro.

Previendo el lógico movimiento de las tropas nacionales, el general Rojo había presentado a Negrín, el 23 de noviembre, un plan estratégico para tratar de frenar la marcha de la ofensiva franquista activando las defensas de Cataluña y desencadenando ataques republicanos en los otros frentes que obligaran a Franco a enviar tropas allí, distrayéndolas del escenario catalán. El ejército del Centro contaba con unos 100.000 efectivos, mientras que en el frente de Extremadura había otros 50.000 soldados y quizá 20.000 en el de Andalucía. El ejército de Levante constaba de 21 divisiones, que no estaban dotadas al completo, más las cuatro y media de reserva. A principios de diciembre, el conjunto del ejército popular sólo disponía de 225.000 fusiles, 4.000 fusiles ametralladores y unas 3.000 ametralladoras. Estas eran las bazas con que contaba la República para seguir resistiendo. **1**

Aunque la respuesta a la ofensiva que preparaban los nacionales sobre Cataluña era, claro está, prioritaria, Juan Negrín no podía descuidar el frente interno: muy pocos partidos querían seguirle en su proyecto de resistencia a ultranza, y menos aún, el suyo propio, que, en aquellos momentos, estaba escindido por lo menos en cuatro fracciones nítidas: sus propios partidarios, los de Prieto, los de Largo Caballero y los de Besteiro. Este último sentía una profunda aversión hacia la política de Negrín. El 16 de noviembre había dejado sus ocupaciones en Madrid para trasladarse a Barcelona y entrevistarse con el presidente de la República. Aunque durante aquella reunión Besteiro no se comprometió con los planes antinegrinistas de Azaña, expresó a éste su convicción de que Negrín estaba totalmente entregado a la causa comunista, como, por otra parte, acababa de decir en la última reunión del comité ejecutivo del PSOE y como le espetaría al propio Negrín: «Lo tengo a usted por un agente de los comunistas». **2** Pero lo cierto es que el presidente del Consejo sólo podía contar, precisamente, con los comunistas.

Durante una cena con el nuevo responsable británico, R. C. Shrine Stevenson, el doctor Negrín trató de convencerle de que su actitud hacia el comunismo era pura cuestión de necesidad:

[Dijo] que el comunismo no era una ideología adecuada para los españoles. El gobierno español, con su política y sus objetivos, había demostrado cuan lejos estaban sus simpatías del comunismo... pero que no había tenido más remedio que apoyarse en gran medida en el Partido Comunista no sólo porque era la fuerza mejor organizada en las primeras fases de la guerra civil, sino también porque Rusia había sido el único país que había ayudado realmente al gobierno español. El Partido Comunista seguía siendo el más entusiasta y el más enérgico de los que apoyaban al gobierno. En tales circunstancias, prescindir de su influencia no aportaba al gobierno ninguna ventaja, pero el Sr. Negrín afirmó que si podía obtener de Francia e Inglaterra los suministros que necesitaba, él podría, y desde luego lo haría, suprimir el Partido Comunista en una semana. **3**

Pero es difícil reconciliar las expresiones de Negrín con su propia actitud hacia los comunistas, a quienes propuso el 10 de diciembre formar un Frente Nacional Unido de acuerdo con la política del partido.

A principios de enero, el presidente del Consejo aún trató, tozudamente, de convencer a los franceses para que acudieran *in extremis* en ayuda de la República. El día 7 viajó a París en secreto, donde se entrevistó con los embajadores inglés y norteamericano además de ser

recibido por el ministro francés de Asuntos Exteriores Georges Bonnet. Negrín les expuso que para resistir con garantías de éxito necesitaba 2.000 ametralladoras y 100.000 fúsiles.**4** Las autoridades francesas no sólo no respondieron a la desesperada -e ingenua petición de Negrín, sino que a Bonnet le faltó tiempo para colaborar con el representante de Franco en París, Quiñones de León, en el bloqueo del material militar ruso que llegó a Burdeos el día 15.**5**

Esta remesa de armamento la había pedido el propio Negrín el 11 de noviembre en una carta personal a Stalin que le llevó en mano Hidalgo de Cisneros. En ella se refería a la situación internacional, daba cuenta al dictador soviético de la actitud de Francia y Gran Bretaña hacia su gobierno, le informaba de la evolución «positiva» del contexto interno español y le hacía saber la apremiante necesidad de recibir el armamento imprescindible para hacer frente al nuevo material de guerra que Alemania e Italia acababan de enviar a Franco. Acompañaban la carta cinco anexos en los que se detallaban las necesidades más acuciantes de la República: 2.150 piezas de artillería, 120 cañones antiaéreos, 400.000 fusiles, 10.000 ametralladoras, 260 aviones de caza, 150 bombarderos, 300.000 obuses, etc. Nunca en toda la guerra se había pedido a la URSS un envío tan colosal. Sin embargo, Stalin, Molotov y Voroshilov, con los que se entrevistó Hidalgo de Cisneros, accedieron a la petición y no pusieron trabas a la concesión de un nuevo crédito a la República española por importe de 103 millones de dólares. El material salió del puerto de Murmansk y llegó a Burdeos el 15 de enero, cuando ya había sido tomada Tarragona por las tropas franquistas. Bonnet confirmó al embajador, Marcelino Pascua, la llegada del envío cinco días después y le prometió abrir la frontera para que pasara todo el material. Sin embargo, sólo pasó una parte, que, además, fue a parar casi íntegramente a manos nacionales porque los republicanos no tuvieron tiempo ni de desembalar las cajas.**6**

Ante el inminente despliegue de los nacionales en el Segre, el Estado Mayor republicano dio luz verde al plan de operaciones que se había aprobado el 6 de diciembre y que había de desarrollarse en el frente Sur con dos ataques señuelo: uno contra Motril, con apoyo de la flota, y otro que había de lanzarse en el frente del Centro para cortar las líneas de comunicación enemigas con Extremadura y que debía comenzar doce días después del anterior. Estos ataques demostrativos debían amparar la ofensiva principal en el frente de Córdoba-Peñarroya, que tenía como máximo objetivo abrir una línea de penetración hasta Sevilla.

Sin embargo, toda esta acción ofensivo-defensiva de la República estaba condenada al fracaso. La maniobra sobre Motril, que debía tener lugar el día 12 de diciembre no se produjo porque el general Miaja, jefe de la Agrupación de Ejércitos, se negó a obedecer las órdenes del Estado Mayor, y el almirante Buiza detuvo la acción de la flota cuando ésta ya se dirigía a aguas andaluzas. Con todo, Rojo ordenó seguir adelante con la ofensiva principal y el 5 de enero, cuando ya los nacionales penetraban en Cataluña, aprestó a las tropas republicanas del frente de Extremadura.**7**

El asalto de los nacionales a Cataluña tenía que haberse iniciado el 10 de diciembre, pero las lluvias torrenciales y el temporal obligaron a posponerlo. El general Franco no estaba dispuesto a correr ningún riesgo y esperó a que su «artillería volante» y sus cazas pudieran ser totalmente operativos. Las fuerzas con que contaba para esta gran ofensiva ascendían a unos 340.000 hombres, alrededor de 300 carros de combate, más de 500 aviones y unos 1.400 cañones. Pese a su aplastante superioridad, a los nacionales, escarmentados con Madrid, les preocupaba tener que enfrentarse a una resistencia desesperada en Barcelona. Tampoco las tenía todas consigo el ministro de Asuntos Exteriores italiano, quien tras la decepción que le había supuesto la campaña de Aragón, estaba escarmentado: «Muti ha

regresado de España. Las cosas se están poniendo bastante bien y el próximo ataque a Cataluña podría tener un carácter resolutorio. Yo soy un poco escéptico: esta frase se ha dicho ya demasiadas veces como para que pueda seguir creyéndola», escribió en su diario el 6 de diciembre.**8**

Mientras tanto, algunos políticos extranjeros como Roosevelt, que admitía que el embargo de armas «había sido un grave error», Churchill o Edén, que tanta desconfianza habían mostrado hacia la República española, parecían darse cuenta ahora de lo que iba a significar su desaparición. Pocas democracias quedaban ya en el viejo continente: Francia, Suiza, los Países Bajos, Escandinavia... pero ni siquiera los más pesimistas podían imaginar que a la mayoría de ellas no les quedaban más de 18 meses de vida. El general Franco no sólo rechazó, uno tras otro, todos los intentos de mediación que realizaron algunos gobiernos extranjeros, sino que la actitud del gobierno británico le dio alas para seguir reclamando que se le concediera el derecho de beligerancia antes de la retirada de los combatientes extranjeros. El Caudillo podía prescindir tranquilamente de la infantería italiana, pero no de la Legión Cóndor, que era la garantía de su victoria final. **9**

En cualquier caso, nadie albergaba ya muchas dudas sobre el resultado final de la guerra, a menos que se produjera una intervención francesa. Por ello Ciano advirtió a Londres el 5 de enero (muy poco después de enviar a Franco más cazas y artillería) que «si los franceses se mueven, cesa la política de no intervención. Nosotros también enviaremos divisiones regulares. Es decir, haremos la guerra a Francia en tierras de España».**10** Pero su advertencia era superflua, porque lord Halifax ya había hecho saber a París, una vez más, que si se provocaba a las potencias del Eje por la cuestión de España, Gran Bretaña no acudiría en ayuda de Francia. Tampoco el general Franco tenía motivos para preocuparse de que Cataluña pudiera declararse independiente y pidiera la protección de Francia, porque Negrín lo hubiera impedido sin dudar un instante. En realidad, y pese a las protestas de aquellos ciudadanos franceses que se avergonzaban ante las claudicaciones de Chamberlain en Munich, no existió nunca la menor posibilidad de que las tropas francesas intervinieran en España en aquella fase de la guerra. Es más, el gobierno francés impidió que la República recibiera el grueso de los últimos envíos de armas reteniéndolos en su suelo hasta que las fuerzas republicanas pasaron a Francia. Entonces los entregaron a los nacionales.

Tras la batalla del Ebro, las fuerzas aéreas de los nacionales habían podido disponer de más de un mes para reorganizarse. A las escuadrillas de Fiat se asignaron 400 nuevos pilotos españoles, recién salidos de las academias. Al mismo tiempo, la Legión Cóndor empezó a entregar los cazas Messerschmitt 109b a los pilotos españoles más experimentados, porque sus escuadrillas estaban siendo reequipadas con los 109e. Otra escuadrilla española fue equipada con los Heinkel 112, que habían sido superados por los Messerschmitt en las pruebas de la Luftwaffe. Los italianos se trajeron también su último modelo de caza, el Fiat G.50 monoplano, para probarlo en las futuras batallas, aunque nunca entró en combate. A finales de 1938 los nacionales y sus aliados disponían de 14 escuadrillas de cazas Fiat CR 32 y tres escuadrillas de Messerschmitt compuestas de 12 aparatos cada una.

Sumadas a las fuerzas aéreas que tenían su base en las Baleares, totalizaban más de 200 cazas, con un número similar entre sus fuerzas combinadas de bombarderos Junker 52, Heinkel 111 y Savoia-Marchettis.**11** Para hacer frente a estas fuerzas aéreas, la República sólo disponía de siete escuadrillas de cazas integradas por muchos menos Moscas que Chatos, ya que éstos se montaban en Sabadell, pero los Moscas tenían que llegar de la Unión Soviética. En cualquier caso, los 45 Chatos que se produjeron en Sabadell durante los últimos tres meses de 1938 no pudieron compensar en modo alguno las pérdidas sufridas en el Ebro. Las fuerzas aéreas, como, por otra parte, todas las fuerzas de la República, sufrían las

consecuencias de la falta de piezas de repuesto, por lo que no tenían más remedio que completar máquinas y aparatos con las piezas en buen estado de otros, tratando, así, de mantener una mínima presencia operativa.

En vísperas de la ofensiva de Cataluña, el GERO (Grupo de Ejércitos de la Región Oriental) contabilizaba 220.000 efectivos, de los cuales sólo 140.000 hombres estaban encuadrados en brigadas mixtas. En su citado informe del 6 de diciembre, el general Rojo había dejado escrito que aunque «contemos con un ejército en la región catalana que rebasa los 220.000 hombres, resulta, por su dotación de medios, inferior a 100.000 (incluidos los servicios)». **12** De las aproximadamente 250 piezas de artillería de que disponían, más de la mitad eran inservibles o estaban a punto de serlo y de los 40 tanques y 60 blindados, pocos estaban en buenas condiciones. Las fuerzas republicanas que finalmente se enfrentaron a la ofensiva de los nacionales estaban compuestas por unos 90.000 combatientes, que sólo contaban con 60.000 fusiles para defender un frente de 135 kilómetros y estaban en una proporción de 1 a 6 por lo que a piezas de artillería se refiere. **13**

Por su parte, las fuerzas nacionales que habían de emprender la campaña constaban de seis cuerpos de ejército, que totalizaban 280.000 efectivos, y estaban dotados de 1.000 piezas de artillería y de unos 500 aviones. En el frente del Segre se encontraba el recién formado Cuerpo de Ejército de Urgel, al mando de Muñoz Grandes, el Cuerpo de Ejército del Maestrazgo, mandado por García Valiño, y el Cuerpo de Ejército de Aragón, que mandaba Moscardó. Cerca de la confluencia del Segre con el Ebro se encontraba el ahora llamado Cuerpo Legionario Italiano, compuesto por unos 55.000 hombres, bajo el mando de Cambara y el Cuerpo de Ejército de Navarra, de Solchaga. El Cuerpo de Ejército de Marruecos, de Yagüe, estaba concentrado en el frente del Ebro. La proporción de fuerzas destinadas al frente del Segre indica que el Estado Mayor franquista había aprendido que era mejor atacar primero desde el oeste y sólo desde el suroeste a través del Ebro una vez que los defensores del frente hubieran sido arrollados por los flancos. En este plan más competente no es difícil detectar la mano del general Vigón.

Pese a los diversos llamamientos para que se estableciera una tregua navideña, incluidos los del nuncio apostólico, la ofensiva de los nacionales se pone en marcha el 23 de diciembre. Es un día frío, de nieve, pero luminoso, que contrasta con la persistente lluvia y la ventisca de las semanas anteriores. Los cuerpos de ejército de Navarra y el Legionario Italiano, que parten de sus cabezas de puente en Seros, lanzan un ataque que tiene como objetivo llegar a Montblanc y Valls, bajo la cobertura aérea de la Legión Cóndor. Les esperan las tropas de la 56 División de carabineros del XII Cuerpo de Ejército que, pese a tratarse de las tropas mejor armadas del ejército republicano, se retiran en seguida. La brecha hace inevitable la caída de aquel sector del frente y permite a requetés e italianos penetrar 16 kilómetros en dirección a la Granadella, en la retaguardia del frente del Ebro. Al día siguiente consiguen entrar en Mayáis, aunque el 25 les detiene el fuego de los V y XV cuerpos de ejército republicanos. **14**

En la misma mañana del día 23 los nacionales llevan a cabo otro gran asalto, por el ala izquierda, al sur de Tremp, con objetivo Artesa de Segre y Cervera. Allí los cuerpos de ejército del Maestrazgo y de Urgel, respaldados por un masivo apoyo de artillería, se enfrentan a la 26 División, la antigua columna Durruti, que ofrece, según el general Rojo, una «magnífica resistencia» y sólo cede escaso terreno. Una penetración por el flanco occidental habría sido catastrófica, pero esta enconada defensa contra un ataque tan masivo limita el avance a «una estrecha franja de las líneas». Tras cinco días de resistencia, el general Vigón se ve obligado a cambiar el punto de ataque hacia la zona de Balaguer, unos 30 kilómetros más abajo, enviando allí al Cuerpo de Ejército de Aragón y ordenando al del Maestrazgo que avance por

la orilla sur del recodo del Segre con la máxima artillería, todos los tanques disponibles y tres anticarros de la Legión.

La verdadera amenaza para Cataluña está en la posibilidad de que los nacionales enlacen en el vértice de los dos frentes, donde italianos y requetés se enfrentan con un cuerpo de ejército reconstituido bajo las órdenes de Líster. Estas fuerzas, y en especial la 11 División, consiguen detener a los nacionales cerca de la Granadella el día de Navidad. Tanto estas fuerzas como otras formaciones que defienden el Ebro tienen la suerte de que las tropas de Yagüe no puedan cruzar el río a causa de una gran avenida.

El día crucial en la campaña de Cataluña es el 3 de enero de 1939. El Cuerpo de Ejército de Navarra alcanza la carretera Borges Blanques-Montblanc, cerca de Vinaixa, amenazando el puesto de mando del V Cuerpo que está en Castellidans, por lo que hay que llevarlo hasta Borges Blanques. En el norte, los nacionales cierran la bolsa de Artesa de Segre. Las tropas de Yagüe, con la protección aérea de la Brigada Hispánica, consiguen finalmente pasar el Ebro y establecen una cabeza de puente en Aseó, en el centro del recodo que había sido ocupado en verano por el ejército popular.

En los días siguientes a los triunfos nacionales del 3 de enero, los cuerpos de ejército de Urgel y del Maestrazgo ensanchan el mordiente en medio del frente del Segre, mientras que al sur el Cuerpo de Ejército de Aragón avanza desde Lérida para proteger el flanco izquierdo del Cuerpo Legionario Italiano en su ataque a Borges Blanques, que caerá el día 5. Según la escéptica mirada de Von Richthofen, la ofensiva sobre Cataluña no iba tan bien para los nacionales como debería haber ido: «5 de enero. Cae Artesa. Fuerte resistencia. Hoy ha empezado la ofensiva en Andalucía. Esperemos que Franco se mantenga firme». **15**

Ese mismo día, el XXII Cuerpo de Ejército republicano lanza su ataque sorpresa en Extremadura y rompe la primera línea del frente en el sector de Hinojosa del Duque, abriendo una brecha de unos ocho kilómetros. Al día siguiente, los hombres de Ibarrola consiguen romper la segunda línea de defensa de los nacionales y ocupan Fuenteovejuna, pero el grueso de las tropas franquistas, unos 80.000 hombres dotados de unas cien piezas de artillería, les paran en el Cerro de los Santos impidiéndoles llegar hasta Peñarroya. La columna «F» republicana, en inferioridad numérica, **16** ocupa Los Blázquez y Peraleda del Saucejo el día 7.

En Cataluña, las fuerzas del general Solchaga toman Vinaixa el día 6, pero Von Richthofen no ve más que falta de empuje del lado nacional. Envía un ultimátum al general Vigón: «Si mañana no se ataca Agramunt, la Legión Cóndor dejará de proporcionar apoyo aéreo». **17** «7 de enero. El Cuerpo de Ejército de Valiño vuelve a fallar. Por tres veces los rojos han sido desalojados de sus posiciones por la artillería antiaérea y por ataques [alemanes] desde el aire. En vez de los quince kilómetros posibles sólo se ha avanzado dos. De todo el Cuerpo de Ejército, que tiene 36 batallones, sólo atacan dos.» Von Richthofen ve en ello «mala fe» y detiene las operaciones porque cree que los nacionales están dejando que la Legión Cóndor haga todo el trabajo. Al día siguiente, en una reunión con Franco, Dávila y Vigón dice lo que piensa sobre la falta de liderazgo de los españoles en Artesa: «Buenas tropas y mediocres generales, que no son más que jefes de batallón, consecuencia natural de cómo funcionan aquí las cosas. Los españoles dicen que pueden reemplazar a sus mandos, pero no los tienen mejores».

El Cuerpo de Ejército de Aragón y las tropas de Cambara enlazan en Mollerusa. Los V y XV cuerpos de ejército republicanos llegan demasiado tarde para cortar el paso a los requetés y a los italianos, y la mitad norte del frente del Ebro se derrumba en desorden ante la amenaza del copo. Es un triste final para quienes habían luchado tanto por tan poco en el ejército del Ebro.

El día 8 de enero los nacionales inician la segunda fase de su ofensiva con el bombardeo del Montsant. El 12 toman Montblanc y el 14 Valls. Las tropas de Solchaga giran al sur hacia Tarragona, que está siendo bombardeada por la Legión Cóndor. Al atardecer del día 15 de enero las fuerzas navarras enlazan en Tarragona con las del Cuerpo de Ejército marroquí, que acaba de realizar otra de sus famosas marchas forzadas recorriendo 50 kilómetros -desde Tortosa a Tarragona- en un día. Los cuerpos de ejército de Aragón y del Maestrazgo acaban de ocupar Cervera. **18**

Tampoco en el aire las cosas pintan bien para la República. La aviación nacional derriba cazas republicanos sin parar, al extremo que el día 24 consigue dispersar totalmente una escuadrilla entera de Natachas, haciendo caer a nueve de los once aparatos que la forman. **19** Sólo durante los diez primeros días de campaña la aviación leal pierde 40 cazas y tiene que operar con los restos de las escuadrillas, muy mermadas. El 13 de enero sufren otro desastre: «Nuestros cazas destrozan diez cazas rojos en el aeródromo de Vendrell», escribe Von Richthofen. **20**

Hacia mediados de enero los nacionales habían capturado 23.000 soldados republicanos y habían causado 5.000 muertos y 40.000 heridos. **21** De hecho, la batalla de Cataluña quedó decidida cuando los nacionales sólo se habían apoderado de un tercio del territorio catalán. Esta vez Franco no repitió el error de la campaña de Aragón: el avance de sus tropas no se interrumpió y no se le concedió al enemigo la menor ocasión de recuperarse. El domingo 15 de enero, tras la toma de Tarragona, el general Franco pronunció una larga alocución en la que pasaba revista a la grandeza y los logros nacionales y a los desastres, traiciones y miserias de los republicanos. La alocución comenzaba así:

¡¡CATALANES!! Españoles todos que en la España cautiva sufrís la tiranía y la crueldad, ya os encontréis en la retaguardia esperando con anhelo el momento de vuestra liberación, ya forméis, engañados o forzados, en las filas del Ejército rojo: sean para todos mis palabras de anuncio de liberación o prenda de perdón y de paz.

Y terminaba: Nada tienen que temer los que engañados empuñaron las armas en la guerra. Doscientos setenta mil prisioneros atestiguan que en la España Nacional desconocemos el odio y el rencor. Forjamos una España para todos cuantos sepan amarla y servirla y de la que sólo apartaremos a los que mancharon sus manos con la sangre de sus hermanos. ¡Españoles todos! ¡Arriba España! ¡Viva España!**22**

Mientras tanto, las tropas republicanas en Extremadura han conseguido ocupar 500 kilómetros cuadrados en sólo dos días, pero hay que parar las operaciones a causa de la lluvia hasta el día 17, en que se retoma la ofensiva para tratar de ensanchar el boquete de entrada. Es tarea inútil porque los bombarderos nacionales machacan incesantemente y a placer las líneas atacantes, sin que aparezcan los cazas republicanos, que no harán acto de presencia hasta el día 20. Los hombres de Moriones son incapaces de continuar su avance porque sus tanques están inmovilizados en el barro y los cañones no pueden seguir a las fuerzas de vanguardia. Otra vez, como en Brúñete, en Belchite o en Teruel, el ejército popular se para y pasa a la defensiva, a unos tres kilómetros al suroeste de Monterrubio. Los nacionales contraatacan y recuperan Peraleda del Saucejo el día 22, el 25 ocupan Fuenteovejuna y el 27 cierran el frente, cuando ya ha caído Barcelona. La acción republicana es ya inútil y el coronel Moriones ordena a las tropas que se replieguen a sus bases de partida.

En Cataluña, el Estado Mayor del ejército popular había diseñado posiciones de repliegue y líneas de defensa, que fueron puramente teóricas. «Solamente cuando el enemigo ocupó Tarragona caímos en la cuenta de que alrededor de Barcelona no sólo no había ninguna línea Maginot como se imaginaban muchos de nuestros militares, sino que ni siquiera existía ni un kilómetro de pésimas trincheras», dice Stepánov. **23** El 9 de enero se había movilizó a los

reemplazos de 1922 y 1942 y el 16 se decretó la movilización general de todos los ciudadanos de ambos sexos con edades comprendidas entre los 17 y los 55 años. También se militarizaron todas las industrias y todas las empresas que hicieran trabajos relacionados directa o indirectamente con la guerra, el transporte y el abastecimiento.**24** Pero ya era demasiado tarde, y los llamamientos que se hacían tanto a los grupos de fugitivos desesperanzados para que se reagruparan como para defender Barcelona en una gesta numantina similar a la de Madrid cayeron en el vacío. En términos de fuerzas armadas, la proporción era de 6 a 1 en contra de los republicanos, que, además, no disponían de la munición necesaria para defender una ciudad sitiada. Y lo que es más importante, la moral de 1936 había desaparecido. Tal vez se podía haber producido una resistencia feroz si el pueblo de Barcelona hubiera quedado atrapado en su ciudad, pero existía una ruta de escape hacia la frontera.

Desde la caída de Tarragona, la aviación franquista no dejó de bombardear Barcelona ni de día de noche. El 17 de enero, en una visita que hizo a Franco, Von Richthofen le tranquilizó diciéndole que ya era demasiado tarde para que los franceses pudieran intervenir con sus tropas. Tanto los nacionales como sus aliados estaban convencidos de que ya podían proseguir la campaña hasta sus últimos objetivos sin preocuparse lo más mínimo de la reacción internacional.

Tras una reunión urgente del Consejo de ministros, a la que también asistieron Companys y Martínez Barrio, el 18 de enero se acordó proclamar el estado de guerra -itras dos años y medio de lucha!-, que tampoco tuvo ninguna utilidad más que la de endosar a los militares la responsabilidad de bregar con la retaguardia. Para Federica Montseny -como para casi todo el mundo- la guerra estaba perdida: «El pueblo español ya no podía más ... cualquier solución dirigida a salvar las vidas y los intereses populares ... se nos aparecía como una salvación colectiva».**25**

El día 22, por la mañana, el general Rojo comunicó al jefe del Gobierno que el frente había dejado de existir a la altura de Solsona, del Ordal, Olesa, Garraf y Manresa.**26** Ese mismo día Negrín ordenó que todos los organismos del Estado abandonaran Barcelona y se dirigiesen a Gerona y Figueres. Solchaga y Yagüe estaban atravesando el Llobregat, mientras que Muñoz Grandes y García Valiño atacaban Sabadell y Terrassa y los italianos de Cambara se dirigían hacia Badalona. «Barcelona 48 horas antes de la entrada del enemigo era una ciudad muerta. La había matado la desmoralización de los que huían a Francia y la de los que quedaban escondidos.»**27**

La noche del 25 de enero el presidente de la Generalitat, Lluís Companys, telefoneó a su amigo Josep Andreu i Abelló, presidente del Tribunal de Cassació de Catalunya, para invitarle a cenar. Tras la cena, ambos hombres se dirigieron, en el coche de Abelló, al centro de Barcelona, por cuyas calles desiertas volaban octavillas llamando a la resistencia junto con documentos de identidad abandonados. Andreu Abelló recuerda, así, aquel paseo nocturno:

Fue una noche que nunca olvidaré. El silencio era total, un silencio terrible, como sólo se advierte en el punto culminante de una tragedia. Fuimos a la plaza de Sant Jaume y nos despedimos de la Generalitat y de la ciudad. Eran las dos de la madrugada. La vanguardia del ejército nacionalista ya estaba en el Tibidabo y cerca de Montjuic. No creíamos que volviésemos jamás.**28**

Pero Companys volvería, a su pesar, cuando la Gestapo lo localizó y detuvo en París y lo entregó a los agentes de Franco. El presidente de la Generalitat fue juzgado por «rebelión militar», condenado a muerte y fusilado en los fosos de Montjuic el 15 de octubre de 1940.

Una gran parte de los habitantes de Barcelona abandonaba la ciudad presa del pánico, no sin antes asaltar las tiendas de comestibles para llevarse algo con que alimentarse durante los muchos días que habían de transcurrir antes de que llegaran a la frontera. En su frenética huida tenían que esquivar los coches de bomberos que acudían a apagar pequeños incendios causados por la quema apresurada de documentos políticos.**29** La carretera de la costa estaba atiborrada de autobuses, camiones pesados, camiones ligeros, automóviles y carros rebosantes de colchones y enseres domésticos, maletas y baúles, entre los que se hacinaban mujeres y niños asustados. Los convoyes militares de camionetas repletas de soldados ensombrecían aún más la tristeza de la despedida. A los que huían se les iban agregando grupos de gentes de los pueblos del Maresme que, como avenidas torrenciales, engrosaban la espantosa caravana del destierro. Teresa Pámies, militante del PSUC, nos ha dejado un estremecedor relato de su salida de Barcelona:

De la huida de Barcelona, el 26 de enero, nunca podré olvidar a los heridos que salían del hospital de Vallcarca y que, mutilados, envueltos en sus vendajes, semidesnudos pese al frío, se lanzaban a las carreteras pidiendo a gritos que no les abandonásemos en manos de los vencedores ... Aquellos que habían perdido las piernas se arrastraban por el suelo, los que les faltaba un brazo levantaban el otro con el puño cerrado, lloraban de miedo los más jóvenes, gritaban enloquecidos de rabia los más viejos ... y maldecían a los que huíamos y les abandonábamos.**30**

Durante aquel mismo día 26 de enero la quinta columna, hombres y mujeres escondidos durante dos años y medio, apareció en las calles de Barcelona para ajustar cuentas. A ellos se unieron elementos de las primeras columnas que entraron en la ciudad, sobre todo los moros de Yagüe, a los que se concedieron varios días para que pudieran recaudar su «impuesto de guerra» en las tiendas y en las viviendas, sin mirar si sus propietarios eran rojos o blancos. Aunque la República había puesto en libertad, sanos y salvos, a sus presos políticos, en los primeros cinco días de «liberación» de la ciudad hubo alrededor de 10.000 asesinatos.**31** Los oficiales italianos estaban aterrados ante estas matanzas a sangre fría, pero tuvieron que obedecer las órdenes de Mussolini de que cualquier italiano capturado que hubiese combatido en las filas de la República fuese ejecutado de inmediato, «porque los muertos no cuentan la historia».**32**

El general Dávila, jefe supremo de las tropas que habían ocupado Barcelona, publicó el mismo día 26 un bando por el que se «reintegraba la ciudad de Barcelona y demás territorio liberado de las provincias catalanas a la Soberanía del Estado español»; se anulaban todos los nombramientos y disposiciones posteriores al 18 de julio de 1936 y se devolvía «a las provincias catalanas el honor de ser gobernadas en pie de igualdad con sus hermanas del resto de España».**33** Por su parte, el general Eliseo Alvarez Arenas, subsecretario de Orden Público, que había sido nombrado jefe de los Servicios de Ocupación de Barcelona, hizo público también un bando que era el paradigma de todos los bandos de ocupación proclamados desde la noche de los tiempos por ejércitos invasores en tierra conquistada. El falangista Dionisio Ridruejo, como encargado de propaganda, había preparado octavillas y folletos redactados en catalán que pretendía distribuir entre los barceloneses. El general Álvarez Arenas, al saberlo, dio órdenes de que se le confiscara todo el material de propaganda y recordó que el catalán estaba prohibido por ley. «Esta es una ciudad que ha pecado en gran medida -le dijo a Ridruejo- y que ahora debe ser santificada. Hay que instalar altares en todas las calles de la ciudad y decir misas continuamente.»**34** En términos menos litúrgicos pero igualmente amenazadores se expresaba Serrano Súñer ante el enviado especial del *Völkischer Beobachter*. «La ciudad está absolutamente bolchevizada. La labor de descomposición, absoluta. El pueblo, cuya actividad yo mismo he podido comprobar, está

enfermo moral y políticamente. Barcelona será tratada por nosotros con los cuidados con que se atiende a un enfermo». **35**

El día de la caída de Barcelona no apareció ningún periódico en la ciudad. Todos fueron clausurados y requisados, pasando a ser propiedad de la «Prensa del Movimiento». El día 27 apareció el primer número de la *Hoja Oficial de Barcelona* en el que se podía leer: «¡Barcelona fue ayer liberada! A las dos de la tarde, sin disparar un solo tiro, las fuerzas nacionales, al mando del insigne general Yagüe, entraron en Barcelona». Ese mismo día 27 reaparecieron *La Vanguardia* y *El Correo Catalán*. El primero se llamaba ahora *La Vanguardia española* y había trocado su lema de «Diario al servicio de la democracia» por «Diario al servicio de España y del Generalísimo Franco». Asimismo, *El Correo Catalán* se proclamaba ahora «al servicio de España, de la Tradición y de su glorioso Caudillo». Toda referencia a la lengua o la cultura catalanas fue abolida. En las paredes empezaban a aparecer carteles en los que podía leerse: «Si eres español, habla español» y «Habla el idioma del Imperio». Los libros censurados por la Iglesia o por el ejército fueron pasto de las llamas.

Entre los que se quedaron en la ciudad, algunos no eran más que emboscados que habían estado esperando la llegada de las tropas nacionales, como era el caso de Antonio Rodríguez Sastre, jefe de la inteligencia republicana y agente secreto de Franco que más tarde sería recompensado por Juan March nombrándole su abogado. Otros se quedaron porque pensaban que no tenían nada que temer, otros simplemente porque estaban exhaustos o les había vencido la apatía y sentían un cierto alivio al pensar que todo había terminado, mientras trataban de convencerse a sí mismos de que nada podía ser peor que lo que habían pasado durante los últimos meses.

A las once de la mañana del día 28 de enero, las tropas nacionales desfilaban por las calles de Barcelona. Von Richthofen advertía, sin duda divertido, la cólera de los mandos italianos porque los nacionales no les dejaban participar en la entrada triunfal. Para impedir un ataque por sorpresa de los cazas republicanos, una escuadrilla de Messerschmitts de la Legión Cóndor sobrevolaba, protectora, las formaciones. Al día siguiente, los pilotos de caza de la Luftwaffe se emplearon en ataques de baja intensidad contra ferrocarriles y carreteras llenos tanto de refugiados como de soldados en desbandada. «Han conseguido grandes éxitos -decía el informe de la Legión Cóndor-, y los pilotos le van tomando gusto.» **36**

Las pocas formaciones del ejército popular que estaban intactas llevaban a cabo acciones valerosas pero desesperadas, como fue la defensa del Montsec, o trataban de replegarse haciendo frente a las columnas italianas que avanzaban tras los pasos de los que huían y que tardaron cinco días en cubrir los 30 kilómetros que separan Barcelona de Arenys de Mar. Mientras tanto, desde el castillo de Figueres el doctor Negrín trataba de gestionar los restos de la administración republicana, esparcidos aquí y allá en ciudades, pueblos y dependencias de la provincia de Gerona.

El día 1 de febrero, cumpliendo el precepto constitucional, se reunieron las Cortes en las caballerizas del castillo de Figueres. Asistieron 64 diputados de los 473 que tenía la Cámara. En un medido discurso, Negrín expresó tres condiciones mínimas para conseguir la paz: la independencia de España de toda injerencia extranjera; la celebración de un plebiscito para que el pueblo español decidiera la forma de gobierno que quería y la renuncia a todo tipo de represalias o represión política tras el fin de la guerra.

A Negrín el plan, en realidad, no le hacía ninguna gracia, «por no corresponder a mi política de imperturbable resistencia», **37** y era perfectamente consciente de que lo máximo que podía conseguir, con el apoyo de las potencias democráticas, es que Franco tuviera en cuenta el tercer punto, cosa que confió a los representantes francés y británico, Henry y Stevenson, en una reunión que celebró con ellos en Agullana el 3 de febrero. La respuesta de las

autoridades francesas fue que sólo permitirían la entrada de tropas en su país si llegaban debidamente formadas, con sus mandos al frente y haciendo entrega inmediata de sus armas. Los británicos ni se molestaron en contestar.

Al día siguiente los nacionales entraban en Gerona. Avanzaban muy lentamente a causa del gran número de puentes volados o destruidos. El informe de la Legión Cóndor dice: «El número de prisioneros crece extraordinariamente, del mismo modo que la resistencia en determinados sectores». Entre los prisioneros que hizo la Legión Cóndor se encontraban dos sudetes alemanes. Si hubieran sido entregados a los nacionales «lo mejor que les habría esperado era una bala». La principal tarea asignada a la Legión Cóndor fue interceptar a cualquier piloto republicano que tratara de volar hacia la zona centro. En dos días, la Legión Cóndor destruyó otros quince aparatos republicanos.

Desde los primeros días de enero, los brigadistas internacionales que esperaban la repatriación en Cataluña habían solicitado que se les permitiera volver al combate. Pero las autoridades republicanas no lo consintieron para no romper el acuerdo alcanzado sobre la retirada de voluntarios extranjeros. Los voluntarios, hartos de no hacer nada, apelaron entonces al PCE. Finalmente se autorizó a combatir a los 5.000, más o menos, que estaban en condiciones de luchar. Uno de ellos era un letón llamado Emil Shteingold, quien nos ha dejado sus recuerdos:

Soldados y oficiales fueron repartidos a toda prisa en pelotones, compañías y batallones. Nos hicieron subir a un tren y salimos pitando hacia Barcelona. En el interior del tren hacía mucho frío porque el viento se colaba por los agujeros de los vagones. Los cristales de las ventanas habían desaparecido hacía mucho tiempo. También faltaban muchos compartimentos y divisorias. Al ponerse en marcha el tren, nuestro coche se quejaba como una bestia herida. Nos apelonamos como pudimos para mantener el calor. Al amanecer llegamos a Granollers y saltamos del tren, que ya no iba más allá. Barcelona había caído y las divisiones motorizadas italianas avanzaban por las carreteras en dirección norte. Refugiados exhaustos con niños y enseres caminaban penosamente.

Llegó un camión con armamento y munición y los brigadistas internacionales se pusieron inmediatamente en marcha. Mientras caminaban se dedicaron a limpiar la grasa de los fusiles. Tras media hora de marcha, tomaron posiciones a cada lado de un pequeño puente para tratar de cortar la carretera. «Poco después aparecieron las avanzadillas del enemigo. Eran dos motocicletas y tras de ellas una ambulancia con oficiales. Cuando tratamos de capturarlos, los motoristas dieron media vuelta pero los matamos antes de que tomaran la curva. La ambulancia también trató de dar la vuelta, pero fue rodeada por nuestros hombres ... Los oficiales se rindieron y los llevamos al cuartel general de la brigada.» Más tarde apareció una pequeña columna de infantería motorizada. Los brigadistas la detuvieron poniendo fuera de combate al primero y al último de los vehículos y empezaron a disparar con sus fusiles y ametralladoras. Las tropas italianas fueron presa del pánico: «Los soldados saltaban de los camiones como si fueran guisantes. Muchos cayeron para no levantarse más. Los que aún quedaban con vida trataron de huir escondiéndose tras los vehículos. Estos se incendiaron y las municiones y el petróleo que llevaban empezaron a estallar. Los cadáveres de aquellos fascistas italianos disfrutaron de un crematorio gratuito». **38**

Pero la escaramuza no dejaba de ser un éxito pasajero. Pronto fueron atacados por cazas y copados por fuerzas superiores en número. Los brigadistas tuvieron que retirarse por los senderos de montaña y buscar una nueva posición para tender otra emboscada. Llovía y tenían poco que comer. «Nuestras botas, que estaban mojadas y rasgadas por la gravilla, empezaban a deshacerse. Tras tantas noches sin dormir, la gente se caía de sueño mientras

caminaba. A nadie se le permitía sentarse porque entonces no hubiera habido modo de volver a levantarlo.» Esta táctica de emboscada y repliegue se fue repitiendo por lo menos durante una semana, hasta que llegó la orden de que se retiraran hacia la frontera francesa.**39**

El día 5 Negrín acompañaba al presidente de la República, Manuel Azaña, a su esposa doña Lola y a su cuñado Cipriano Rivas Cherif a cruzar la frontera junto con Martínez Barrio, Giral, Companys y Aguirre. Azaña quería dimitir en aquel mismo momento, pero se le convenció de que no lo hiciera aún y se hospedara en la embajada española en París, con la ficción jurídica de que estaba allí de incógnito.

Mientras tanto, la interminable caravana de desahuciados progresaba penosamente hacia la frontera francesa. El regocijo de los nacionales por haber capturado la segunda ciudad de España relajó su ímpetu y dio algo más de tiempo a los que huían, que avanzaban muy lentamente. Los coches oficiales con funcionarios del Gobierno tenían que abrirse paso entre las renqueantes columnas de ciudadanos de a pie. En el horror del «sálvese quien pueda» algunos funcionarios y políticos se adueñaron de ambulancias para ellos y sus familias, mientras heridos desamparados tenían que hacer a pie el largo recorrido. «Una masa humana ... se desparramaba por el campo y se acostaba sobre la tierra, dura de invierno, calentándose con lumbres en las que hacían arder las maderas de los coches, de los carros y de los árboles. Algunos murieron de frío durante la noche. Madres que no querían desprenderse de sus hijos muertos y parturientas que daban a luz», escribió Julián Zugazagoitia, el periodista socialista y ex ministro que también sería entregado a Franco y fusilado.**40**

Las tropas nacionales que debían perseguirles también estaban exhaustas tras las marchas forzadas impuestas en el asalto a Barcelona y por eso tardaron tanto en llegar a la frontera. Sin embargo, la mayor preocupación del Estado Mayor de Franco no eran tanto los que huían como impedir que las últimas escuadrillas de las fuerzas aéreas republicanas volaran hacia la zona central. Todos los grupos y escuadrillas de cazas y bombarderos nacionales disponibles se concentraron en la tarea de atacar los aeródromos republicanos y las zonas donde se encontraban dependencias del Gobierno, como fueron Gerona y Figueras, bombardeadas respectivamente el 28 de enero y el 3 de febrero.

El gobierno francés tuvo que hacer frente a una oleada de refugiados sin que tuviera nada previsto para acogerla, con excepción de las medidas destinadas a garantizar el orden y la seguridad en su territorio.**41** Lo primero que hizo fue cerrar la frontera a cal y canto los días 26 y 27 de enero y dar una respuesta negativa a la petición del gobierno republicano de que se autorizara a pasar la frontera a 150.000 ancianos, mujeres y niños evacuados de Barcelona. Como explicó el ministro del Interior Albert Sarraut, «desde el 26 de enero funciona un dispositivo de contención. Nuestras falanges de guardias móviles, de gendarmes y de senegaleses ... están en sus puestos».**42** Pero la presión que ejercía la enorme multitud que se agolpaba en la frontera obligó al gobierno francés a abrirla el día 28 para los civiles, impidiendo el paso de combatientes y de aquellas personas que estaban en edad militar. Cruzaron la frontera más de 200.000 personas, aunque ya muchos miles más habían empezado a llegar ilegalmente a Francia a través de los pasos de montaña, burlando la vigilancia de las tropas senegalesas.

El día 3 de febrero las unidades nacionales se encontraban ya a unos 50 kilómetros de la frontera y era evidente que las tropas republicanas no iban a poder detenerlas, aunque contaran con el armamento suficiente para defender sus vidas. El gobierno francés tenía que hacer frente a una fiera oposición de la derecha y de sus portavoces en el interior del país. En Francia había ya muchos exiliados políticos y la prensa amarilla se despachó a gusto fomentando los prejuicios más miserables contra los republicanos españoles, a quienes pintaba, con tintes racistas, como brutales milicianos, armados hasta los dientes, con las

manos chorreando sangre y acarreando sacos llenos de cálices y crucifijos producto de sus rapiñas.**43** Pero no le quedaba ya más alternativa que enfrentarse a los republicanos con su guardia de frontera o permitir también el paso a los soldados vencidos. Lo que dijo Sarraut en la Cámara de Diputados, ya en el mes de marzo, cuando se dio a conocer que Francia llevaba gastados desde 1936 más de 344 millones de francos para la asistencia a refugiados,**44** revela claramente los sentimientos encontrados de los franceses:

Hay madres e hijos, viejos y enfermos, civiles y militares. Hay de todo. Hay héroes y fugitivos, valientes y canallas, hombres honrados y malhechores, inocentes y bandidos, hay madres que agonizan y heridos de cuyos muñones escapa la sangre y el pus de las gangrenas a través de vendajes realizados rápidamente ... Y toda esta humanidad de pesadilla viene a chocar contra las barreras que hemos dejado caer, desde el 28 de enero, en los umbrales de nuestra frontera. Y detrás de esta cancela hay fusiles y ametralladoras, que son los atributos de nuestra fuerza y los medios legítimos de nuestra salvaguarda. Si así lo queremos, toda esta masa hambrienta y miserable no pasará, no franqueará la barrera de hierro y fuego que podemos oponerles ... Pero frente a las ametralladoras, entre ellas y las súplicas de estos rostros llenos de miedo y de angustia, está el rostro tranquilo, dulce y grave de Francia ... Y creo que insultaría a esta Asamblea si preguntara si hay alguien en ella que hubiera preferido que Francia dejara hablar a las ametralladoras.**45**

No quedaba demasiada elección para un gobierno que tenía mala conciencia por lo que había consentido en Checoslovaquia. El 5 de febrero se anunció que los restos del ejército popular podían cruzar a Francia. Desde el día 28, habían pasado la frontera cerca de medio millón de personas. Otras 60.000 no llegaron a tiempo y fueron apresadas por las tropas nacionales.

El día 8 de febrero el general Rojo firmó la orden de que las tropas republicanas se replegasen sobre los pasos de frontera. La Legión Cóndor decía en su informe que por todas partes se podían ver banderas blancas, pero que aquella misma mañana, cuando sus aviones volaban cerca de la frontera, las baterías antiaéreas francesas de 105 mm les habían hecho disparos de aviso. «Las armas alemanas han desempeñado un papel decisivo en esta victoria», escribió el coronel Von Richthofen en su diario de guerra. Y al día siguiente añadía: «Recordamos a nuestros valientes camaradas que dieron alegremente sus vidas para que la epidemia roja sea destruida y por la paz y el honor de nuestra Patria».**46**

Aquel mismo día Negrín presenció la entrada en Francia de las primeras unidades del ejército popular. Los cuerpos de ejército V y XV atravesaron la frontera por Portbou; el XVIII por la Jonquera; la 46 División por El Pertús; la 27 por La Vajol; la 35 División cubrió la retirada del ejército del Ebro y el XI Cuerpo de Ejército, que se encontraba en el sector de Puigcerdá, pasó la frontera el día 13 de febrero.

La trágica estampa de aquellas masas demacradas, hambrientas y tiritando de frío movía a compasión. Pero muchos advirtieron que sus maneras eran las propias de hombres y mujeres que se negaban a aceptar la derrota. Algunas unidades republicanas desfilaron dejando caer sus armas en suelo francés ante la atenta mirada de los gendarmes, mientras las tropas de senegaleses, fusil en mano, no entendían nada de lo que estaba pasando. Un *garde mobile*, en una escena hoy famosa, obligó a un refugiado a abrir la mano para que soltara el puñado de tierra española que llevaba consigo.**47** El exilio republicano había comenzado.

El día 10 de febrero las tropas nacionales ocuparon todos los pasos fronterizos. El parte del cuartel general de Franco en Salamanca era conciso: «Nuestras tropas han alcanzado victoriosamente, en el día de hoy, todos los pasos de la frontera francesa, desde Puigcerdá hasta Portbou. La guerra en Cataluña ha terminado».

33. La quiebra de la República

El día 9 de febrero, al tiempo que los nacionales ocupaban los últimos rincones de Cataluña, el gobierno republicano, que había pasado a Francia, se reunió en Toulouse, presidido por el doctor Negrín, para analizar la situación y debatir sobre la conveniencia o no de seguir resistiendo. Al terminar la reunión, el presidente del Consejo recibió a un enviado de Miaja -que sólo un día antes había sido nombrado teniente general y jefe de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire- con la petición del general de que le autorizara a establecer contactos con el enemigo para poner fin a la guerra.¹ Negrín no llegó a dar una respuesta al enviado de Miaja y, acompañado por Álvarez del Vayo, tomó un vuelo charter de Air France con destino a Alicante. Al llegar, se reunió inmediatamente con el viejo general, a quien acompañaba Matallana -que había sustituido a Miaja en el mando del grupo de ejércitos de la zona centro-sur-, para escuchar sus razones durante un almuerzo que tuvo lugar en el peñón de Ifach.

También se habían reunido un día antes, el 8 de febrero, en París, Mariano Vázquez, Juan García Oliver, Segundo Blanco (que era ministro del Gobierno), Eduardo Val y otros dirigentes de la CNT para evaluar la situación. Para García Oliver la política de Negrín había sido un fracaso estrepitoso y, en su opinión, no había más remedio buscar la paz con los nacionales, no a cualquier precio, desde luego. La paz había de ser «honorable» y era preciso formar un nuevo gobierno capaz de negociarla. Eduardo Val, secretario del Comité de Defensa de la Regional del Centro, le secundó informando que Negrín había estado telegrafando en clave a sus amigos socialistas para que se dispusieran a evacuar la zona republicana, de lo que deducía que el jefe del Gobierno estaba practicando un juego sucio. Se decidió por unanimidad aceptar la propuesta de García Oliver para impulsar la formación de un nuevo gobierno del que Negrín estuviera excluido. Al regresar a Madrid, Eduardo Val, que no tenía mucha confianza en la determinación de sus compañeros, decidió actuar por su cuenta.²

Durante aquellos primeros días del mes de febrero, el dirigente de la Comintern Stepánov trataba de convencer a los cuadros del PCE en Madrid de que el único camino era establecer una «dictadura revolucionaria democrática».³ También él proponía sustituir el gobierno Negrín por un «Consejo Especial de la Defensa del Trabajo y de la Seguridad» compuesto por dos ministros, dos políticos y dos militares «seguros y enérgicos»,⁴ pero no para buscar la paz como querían los anarquistas, sino para proseguir la lucha contra los franquistas y ganar la guerra. Los comunistas madrileños aceptaron la línea no ya de resistir a ultranza, sino de encararse con el enemigo, de modo que en la conferencia provincial del partido celebrada entre el 9 y el 11 de febrero, el PCE se declaró, en palabras del secretario general de Madrid Isidoro Diéguez, «en pie de guerra».

«Pasionaria» expresó también su determinación a ganar la guerra y pronunció una frase de cartón piedra: «España será la antorcha que ilumine el camino de liberación de los pueblos sometidos al fascismo»,⁵ para desesperación de Palmiro Togliatti, quien advertía con lucidez el divorcio que separaba a los dirigentes de los ciudadanos cuando éstos, hartos hasta la náusea de la guerra, sólo querían oír hablar de paz: «El discurso de Dolores ... no era acertado en la sustancia. No podía ser comprendido por el pueblo ... Considero que en el equivocado planteamiento de la línea de esa conferencia hay una responsabilidad directa de Mo. [Moreno = Stepánov], quien en esa ocasión dio prueba de una pasividad y una ceguera política completas».⁶

Togliatti se daba cuenta de que, al dejar de ser los gestores únicos de las armas rusas, los comunistas habían perdido mucho peso. Y no sólo por eso. La estrategia militar que los comunistas habían patrocinado había sido desastrosa y los métodos que habían utilizado para conseguir poder les habían granjeado más enemigos que amigos. Cada vez era mayor el número de oficiales regulares que, captados para las filas comunistas al principio de la guerra,

se oponían ahora en secreto al partido. Muchos creían que los comunistas eran el principal obstáculo para que Franco accediera a firmar la paz y que, si se desembarazaban de ellos, podrían llegar a un acuerdo de caballeros con sus antiguos compañeros de armas.

Y más que nadie, los jefes y oficiales de los ejércitos republicanos de la zona centro-sur, que no se hacían ilusiones sobre la capacidad de resistencia de sus fuerzas, aunque oficialmente éstas consistieran aún en medio millón de efectivos. En esta zona, la carencia de material y piezas de repuesto no era tan extrema como lo había sido en Cataluña, pero, de todos modos, los jefes militares sabían muy bien que no tenían ninguna posibilidad de contrarrestar la superioridad de los nacionales en artillería, carros de combate y aviación. Los últimos envíos de armas rusas seguían detenidos en Francia por el gobierno Daladier, que estaba tan ansioso como el de Chamberlain por que terminara la guerra cuanto antes.

El gobierno inglés lo deseaba tanto que se había avenido a echar una mano colaborando con los franquistas en la rendición de Menorca. Siguiendo los consejos del cónsul británico en Mallorca, Alan Hilgarth, de que lo mejor que podía hacerse para evitar que los italianos ocuparan Menorca era tomar la isla y entregársela a Franco, el Foreign Office envió a Mahón al crucero *Devonshire* y el 7 de febrero su capitán invitó al comandante de la base, contraalmirante Ubieta, a subir a bordo en visita de cortesía. El ex jefe de la flota republicana se encontró por sorpresa, en el puente de mando, con el teniente coronel franquista Fernando Sartorius, conde de San Luis, quien le instó a entregar la base a cambio de garantizarle, a él y a todos los republicanos que lo quisieran, vía libre hacia Marsella. Tras evaluar la situación, Ubieta y unos 400 republicanos aceptaron el trato.⁷ Era obvio que la prioridad máxima de la política anglo-francesa consistía en que Franco mantuviera la neutralidad y que las fuerzas del Eje abandonaran el territorio español.

El 12 de febrero Negrín llegó a Madrid, donde convocó un Consejo de ministros para el día siguiente. Durante la reunión, el jefe del Gobierno, que llamó una vez más a la unión del Frente Popular, se mantuvo en su decisión de resistir hasta el final: «O todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio».⁸ Ese mismo día 13, el general Franco publicó en Burgos la Ley de Responsabilidades Políticas, que en su artículo primero decía: «Se declara la responsabilidad política de las personas, tanto jurídicas como físicas, que desde el 1.º de octubre de 1934 y antes del 18 de julio de 1936 contribuyeron a crear o a agravar la subversión de todo orden de que se hizo víctima a España, y de aquellas otras que a partir de dichas fechas se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o pasividad grave». La ley, en su generalidad, podía aplicarse prácticamente a cualquier republicano, ya fuera combatiente o no. El cónsul inglés en Burgos informó al Foreign Office de que, en su opinión, la ley no daba la menor garantía de que los que habían servido en el ejército republicano o pertenecido a organizaciones prohibidas -lo que no implicaba responsabilidad criminal- no fueran castigados como delincuentes políticos.⁹ Las dos posiciones, la de Franco y la de Negrín, estaban claras.

Pese a sus exhortaciones a resistir, el doctor Negrín no instaló formalmente su gabinete ni en Madrid ni en Valencia. Se fue a vivir a una finca de Elda llamada El Poblet que, custodiada por unos 300 guerrilleros del XIV Cuerpo de Ejército, fue conocida en el argot militar con el apropiado nombre de «posición Yuste». Desde allí, el presidente del Gobierno llevó a cabo por teléfono, a través del teletipo, con reuniones y despachos puntuales, una actividad esquizofrénica: de un lado tomaba decisiones para gestionar la defensa de la República y, de otro, hacia preparativos para la evacuación y el exilio, con lo que conseguía confundir a todo el mundo, máxime porque no daba apenas explicaciones a nadie de lo que estaba planeando realmente. «En aquellos días de febrero, Negrín era un hombre más solo que nunca», nos dice uno de sus biógrafos.¹⁰

Tuvo serios enfrentamientos con los comunistas, especialmente con su ministro Uribe, a quien echaba en cara que fueran más obedientes al partido que a él, llegando a amenazar con fusilarlos a todos.**11** La mano izquierda de Togliatti impidió la ruptura, pero el dirigente de la Comintern no confiaba en Negrín: «David [PCE] aislado, atacado por todos. Tía [Negrín] afirma formalmente voluntad resistencia, pero no toma medida alguna para cambiar situación», escribió en un telegrama a «la Casa».**12** Pero Negrín también estaba aislado y atacado por todos y no tenía más apoyo que el que le quisieran dar los comunistas, quienes, a su vez, sin Negrín, se condenaban al fracaso.

De nuevo se rehízo la obligada alianza cuando el PCE se avino, con su resolución del 22 de febrero, a aceptar formalmente los tres famosos puntos de Figueres: «La intervención de Negrín para que el PCE corrigiera su actitud fue decisiva, hasta el punto de que él mismo supervisó la redacción definitiva del documento».**13** Sin embargo, de los tres puntos programáticos, los nacionales sólo habían dado muestras de querer considerar el último, el de las represalias, y tras la recién publicada Ley de Responsabilidades Políticas había que tener una gran capacidad de autoengaño para pensar que se pudiera llegar a cualquier tipo de acuerdo con Franco. Y, sin embargo, la tendencia a creer que aún era posible llegar a un compromiso seguía estando muy extendida. La comisión militar internacional manifestó en sus informes que solía oír dos temas recurrentes: «Si nos dejaran solos a los españoles de cada bando, es muy probable que llegásemos a un acuerdo», y «aquí estamos hartos de la libertad revolucionaria y allí del rígido orden fascista. No tendría que ser difícil llegar a un acuerdo».**14**

En realidad, el único argumento válido para continuar la guerra era que una lucha a la desesperada era mucho mejor que disponerse mansamente a enfrentarse a los pelotones de fusilamiento. Los partidarios de Negrín y, sobre todo, muchos comunistas han sostenido que si la República hubiese aguantado hasta el otoño se hubiera salvado con una intervención anglo-francesa. No se daban cuenta de que, tras la destrucción del potencial bélico de la República en el Ebro, ni Gran Bretaña ni Francia hubieran podido proporcionar a la República la enorme cantidad de material que semejante operación de rescate habría requerido. A los estados mayores generales de Gran Bretaña y Francia les convenía mucho más una España neutral -la de Franco que un aliado menesteroso -la de la República.

La captura de Cataluña, base industrial de la República, había sido la puntilla para la causa leal. Los gobiernos británico y francés reconocieron formalmente al gobierno de Burgos el 27 de febrero. Philippe Pétain fue nombrado embajador de Francia ante Franco, «la espada más limpia de Occidente», según el mariscal francés, y José Félix de Lequerica presentó sus cartas credenciales al presidente de la República francesa, Lebrun. Daladier entregó a los nacionales todo el armamento y material de guerra que estaba retenido en Francia, así como también el depósito de oro republicano de Mont de Marsan,**15** garantizando, además, que su gobierno no consentiría ninguna actividad contra los nacionales desde suelo francés. En Londres, en la Cámara de los Comunes, Chamberlain engañó a la oposición diciendo que Franco le había asegurado que renunciaba a toda represalia política, cuando hacía ya quince días que era público y notorio el contenido de la Ley de Responsabilidades Políticas. Naturalmente, la mayoría conservadora le dio su apoyo y el duque de Alba se hizo cargo de la embajada de España en la corte de San Jaime. Por su parte, el gobierno de Estados Unidos llamó a consultas a su embajador prorrepblicano, Claude Bowers, «para tener las manos libres y entablar relaciones diplomáticas con Franco», según confesó el propio secretario de Estado Cordell Hull.**16** Franco, por su parte, firmaba el 27 de marzo el pacto anti Comintern, lo que no se haría público hasta el 7 de abril, una vez terminada la guerra.

El 26 de marzo, que era domingo, Manuel Azaña salió de la embajada española en París para dirigirse a la casa de Collonges-sous-Salève, en la Alta Saboya, que un año antes había hecho alquilar a su cuñado Cipriano Rivas Cherif.¹⁷ Nada más llegar, se presentó un emisario con un telegrama de Negrín en el que le pedía que regresara a España y ejerciera su alta magistratura. Poco después, Azaña redactó su dimisión -que no se hizo pública hasta el día 28- dirigida al presidente de las Cortes, Diego Martínez Barrio, quien por mandato constitucional debía aceptar la Presidencia de la República en funciones y convocar, en debida forma, a los parlamentarios para proceder a la elección de un nuevo presidente.

En su escrito de renuncia, Azaña se apoyaba en la autoridad militar del general Rojo para dar la guerra por perdida. Exponía su petición al jefe del Gobierno de que gestionara una paz en condiciones humanitarias y alegaba el reconocimiento del gobierno de Franco por las democracias para justificar su dimisión. Uno de los párrafos decía textualmente que «desaparecido el aparato político del Estado, el Parlamento y representaciones superiores de los partidos, carezco dentro y fuera de España de los órganos de consejo y acción indispensables de la función presidencial»,¹⁸ con lo que dejaba automáticamente en fuera de juego constitucional a Negrín.

Martínez Barrio reunió a dieciséis diputados de la Comisión permanente de las Cortes en el restaurante Laperouse, de París, para debatir la cuestión de la elección presidencial. No había ningún comunista entre ellos. Los reunidos decidieron enviar desde allí mismo un telegrama al jefe del Gobierno que, al parecer, no obtuvo respuesta. En ese telegrama se indicaba la disposición de Martínez Barrio para trasladarse a la zona centro, aunque sólo con el fin de negociar la paz y de velar por que se cumplieran escrupulosamente las disposiciones legales de la Constitución para proceder, mediante compromisarios, a la elección del nuevo presidente de la República. La falta de respuesta de Negrín al telegrama, ya se debiera a la situación de la zona republicana o a desidia del propio jefe del Gobierno, lavó las manos de Martínez Barrio y de otros muchos (entre ellos el general Rojo) que decidieron no regresar a la zona republicana.

Allí, por aquellas mismas fechas, el 26 o 27 de febrero,¹⁹ Negrín se reunió con los jefes de las fuerzas armadas en el aeródromo de Los Llanos, en Albacete. Asistieron los generales Miaja y Matallana, más el jefe del ejército de Levante, general Menéndez, el de Extremadura, general Escobar, el de Andalucía, coronel Moñones, el del Centro, coronel Casado, el almirante Buiza, jefe de la flota, el coronel Camacho, jefe de aviación de la zona centro-sur y el general Bernal, jefe de la base naval de Cartagena. El jefe del Gobierno les exhortó a resistir, afirmando que pedir la paz, dada la actitud intratable de Franco, equivaldría a desencadenar una catástrofe, se empeñó en sostener que en breve tiempo llegarían las armas que estaban bloqueadas en Francia y volvió a mencionar el inminente estallido de la guerra en Europa. Negrín tenía que saber que las cosas no eran así y no logró convencer a sus generales. Matallana hizo hincapié en los agobiantes problemas de equipo y suministros que padecían sus tropas y Buiza vino a decir que si no se encontraba una solución inmediata, la flota se haría a la mar abandonando las aguas españolas, porque así, además, lo querían los oficiales y la marinería. Camacho informó de que no quedaban más que tres escuadrillas de cazas y cinco de bombarderos en condiciones de operar. Tan sólo Miaja, irritado porque Negrín no le había dado la palabra el primero, manifestó ante la sorpresa de todos que estaba dispuesto a resistir. El arrebató no le iba a durar mucho.

Desde el traslado del gobierno de la República a Barcelona y, sobre todo, desde el inicio de la batalla del Ebro, Madrid había quedado privada si no de las grandes decisiones del Gobierno, sí de la atmósfera de capital del Estado que siempre había tenido. Ese aislamiento, paradójico en una ciudad tan central, fue introduciendo poco a poco elementos de

desconexión entre los mecanismos de la administración de la ciudad y los del Gobierno. Desde hacía meses, los partidos del Frente Popular en Madrid, unidos en su disgusto por Negrín y por la política de los comunistas, cabildeaban en busca de una solución independiente para poner fin a la guerra. Había llegado la hora de Julián Besteiro, de los anarquistas... y de los militares.

En el Ejército del Centro había crecido imparable, desde principios de año, una férrea oposición a Negrín y a los comunistas. Había muchas razones para ello. El modo en que los comunistas habían dirigido los asuntos militares, por mucho que ellos declararan que lo único que les preocupaba era ganar la guerra, daba a entender que lo que buscaban era conseguir que su propio poder creciera. La petulancia de los consejeros soviéticos, la arrogancia «kleberista» de las Brigadas Internacionales, las persecuciones estalinistas del NKVD y el SIM habían suscitado una intensa reacción contra la política comunista. La promesa de Negrín de que las armas que estaban en Francia llegarían en seguida no era de recibo. Negrín tenía que saber que el gobierno francés no iba a consentir que pasaran a España, aunque no supiera entonces que serían entregadas a Franco tan pronto como se reconociera a su gobierno.

Tal vez lo peor era que mientras Negrín llamaba a la resistencia, nadie creía en sus afirmaciones de que «o todos nos salvamos o todos nos hundimos en la exterminación y el oprobio». Era difícil imaginar a dirigentes como Negrín y a los del comité central del PCE compartiendo la suerte de sus seguidores. Concretamente la gente temía que los comunistas se aprovecharan de su superioridad militar y del control que tenían sobre los barcos republicanos para garantizar la evacuación de sus miembros, mientras dejaban en la estacada a los de otros partidos y organizaciones.

El jefe del ejército del Centro, el coronel Segismundo Casado, un oficial del arma de Caballería de extracción campesina y gustos austeros, había sido uno de los pocos oficiales de carrera que se había opuesto al PCE desde el inicio de la guerra, sentía simpatías por los anarquistas y era un hombre muy próximo a Cipriano Mera, con quien había compartido la tensión de la espera ante la batalla de Brihuega.**20** Mera seguía al mando del IV Cuerpo de Ejército, que custodiaba los frentes de Guadalajara y Cuenca, en tanto que los otros tres cuerpos de ejército de la zona centro estaban mandados por oficiales comunistas. El comité de enlace del movimiento libertario había criticado a Mera porque se posicionaba políticamente y tomaba decisiones por su cuenta. Mera se defendía echándoles en cara la colaboración de los dirigentes de la CNT con Negrín, que sólo había servido para que el presidente del Consejo se permitiera el lujo de ignorar a los anarquistas, cosa que espetó a la cara de Negrín cuando, hacia finales de febrero, éste visitó el frente de Guadalajara. Con toda claridad, Mera le dijo a Negrín cuál era su postura frente a un Gobierno que exigía al pueblo que resistiera cuando no habían posibilidades ni medios de hacerlo «y que los que tanto hablaban de resistencia iban, entre tanto, colocando valores y bienes a buen recaudo en el extranjero y habían hecho salir de España a sus familiares...».**21**

Como otros jefes y oficiales, el coronel Casado creía que los militares profesionales tenían más posibilidades de obtener mejores condiciones para la rendición que si la negociaba un régimen encabezado por Negrín y los comunistas. No era, tal vez, de los que buscaban el modo de salvar su vida y quizás una carrera militar con una traición de última hora, pero su ingenuidad al pensar que vínculos de hermandad militar y certificados de anticomunismo ablandarían a Franco era pasmosa. A instancias de su hermano César, que era teniente coronel de Caballería, Casado aceptó entrar en contacto con agentes franquistas del Servicio de Información y Policía Militar (SIPM). No se sabe exactamente cuándo comenzaron los escauceos, pero sí que ya el 1 de febrero Casado contactó con los agentes de Franco Ricardo Bertoloty y Diego Medina **22** y, tras decirles que era preciso fijar las condiciones de la entrega

del ejército del Centro, envió un radiograma cifrado al general Franco pidiendo garantías de que los hombres con los que hablaba eran auténticos emisarios nacionales. Bastaba, para ello, con que le escribiera una carta su compañero de promoción, el general Barrón.

Ese mismo día 1 de febrero, Casado se reunió en Valencia con los generales Miaja, Menéndez y Matallana, quienes se mostraron de acuerdo con sus planes. Al día siguiente, ya en Madrid, se reunió con Besteiro en el domicilio de éste y acordaron constituir una junta alternativa al gobierno constitucional. Pocos días más tarde, Eduardo Val ofreció el concurso de los anarquistas de Madrid de acuerdo con lo que se había hablado en la reunión de París.**23** Casado mantuvo, además, contactos frecuentes con los diversos agentes británicos que trataban de proteger los intereses de su país buscando el fin de la guerra, como era el caso de Denis Cowan, representante de sir Phillip Chetwode, presidente de la comisión internacional que supervisaba el canje de prisioneros. Cowan se entrevistó con Besteiro el día 16 y con Casado el 20. Éste le dijo que él debía obediencia al presidente del Consejo, pero que si Azaña, desde París, despedía a Negrín y pedía a Besteiro que formase gobierno, la guerra terminaría en seguida.**24** El coronel Casado había mantenido antes contactos indirectos con Godden, el cónsul inglés en Valencia, y con Stevenson, el encargado de negocios británico, quien, al parecer, le ofreció la mediación de Gran Bretaña para evitar represalias si Casado rendía la zona de Madrid o para colaborar, llegado el caso, en la evacuación de los republicanos.

El día 5 de febrero se presentó ante Casado su subordinado el teniente coronel José Centaño, jefe del taller del Parque de Artillería n.º 4, comunicándole que él era, desde principios de 1938, el jefe de «Lucero Verde», organización de la resistencia franquista en Madrid. Casado **25** le pidió a Centaño que gestionara en Burgos una rápida respuesta sobre las condiciones que ponía Franco para la rendición y que tenían que llegarle en la carta de Barrón que había pedido. El propio Franco dictó a Barrón las condiciones y éste se limitó a firmar la carta y enviársela a Casado el 15 de febrero a través de los agentes del SIPM.**26**

Las condiciones que ponía Franco para la rendición eran, en realidad, un manifiesto de conquistador: lo primero que se decía en la carta era que los republicanos tenían perdida la guerra y que toda resistencia era criminal; que la España nacional exigía la rendición incondicional manteniendo los ofrecimientos de perdón que se habían hecho por la radio para aquellos que «hayan sido arrastrados engañosamente a la lucha»; que para los que depusieran las armas no siendo reos de delito, aparte de «la gracia de la vida» se les recompensaría en proporción a la colaboración que prestasen «a la Causa de España»; que se darían salvoconductos para salir del territorio español y que de los delitos sólo entenderían los tribunales de justicia (no se especificaba que serían los militares como, por otra parte, quedaba claro después de la publicación de la Ley de Responsabilidades Políticas). Tras unas vagas promesas de trato humanitario, la carta terminaba con una amenaza meridiana: «El retraso en la rendición y la criminal y estéril resistencia a nuestro avance, serán causas de graves responsabilidades que exigiremos en nombre de la sangre inútilmente derramada».**27**

Hacia el 18 de febrero, Centaño, acompañado esta vez por Manuel Guitián -otro de los jefes de la resistencia nacional-, se entrevistó de nuevo con Casado en su puesto de mando de la Alameda de Osuna, a las afueras de Madrid, y éste les pidió que la emisora de Radio Nacional «se desatase en insultos contra su persona a fin de alejar las sospechas [que pudiera tener Negrín]».**28**

Negrín, por supuesto, tenía todas las sospechas del mundo.**29** Pero no hacía nada para parar el golpe, ya fuera porque había llegado al anal de sus fuerzas o porque contemplara con alivio la posibilidad de que un golpe de estado le ahorrara pasar bajo las horcas caudinas de la derrota. Sea como fuere, el 2 de marzo, Negrín ordenó a Casado y a Matallana que se

reunieran con él en la posición Yuste. Allí les expuso, insensatamente o con toda la intención, que estaba dispuesto a reorganizar toda la dirección del ejército. Ambos militares le presentaron sus objeciones pero Negrín no dio su brazo a torcer. Casado y Matallana abandonaron Elda y se dirigieron a Valencia para advertir a Menéndez de lo que Negrín tramaba y de la urgencia de acelerar el golpe.

Negrín, consecuente con su decisión, hizo publicar al día siguiente, 3 de marzo, en el *Diario Oficial* au Ministerio del Ejército una serie de ascensos y disposiciones menores, junto con los nombramientos de importantes oficiales comunistas: del coronel de Seguridad Francisco Galán como jefe de la base naval de Cartagena; del teniente coronel Etelvino Vega como gobernador militar de Alicante, del teniente coronel Leocadio Mendiola como comandante militar de Murcia y del teniente coronel Inocencio Curto como comandante militar de Albacete, al tiempo que se ascendía a Casado a general, al igual que a Modesto y Cerdón, a quien se nombraba secretario general del Ministerio de Defensa. El general Matallana pasaba a ser jefe del Estado Mayor Central, en sustitución de Rojo, y el general Miaja era nombrado inspector general del Ejército, un cargo simbólico. Se disponía, además, la disolución del grupo de ejércitos de la región centro-sur que en adelante dependería directamente del jefe del Gobierno a través del Estado Mayor Central.**30**

Las disposiciones publicadas el día 3 llenarían de alarma tanto a Franco, que temía que los comunistas se hiciesen con el control del ejército popular,**31** como a los conspiradores. El hecho de que Negrín hubiera nombrado a comunistas para los puestos principales del ejército y de los principales puertos de evacuación no hizo más que aumentar las sospechas de sus oponentes republicanos de que Negrín y los comunistas planeaban escapar primero.

Cuando Francisco Galán se presentó en Cartagena la noche del 4 de marzo para hacerse cargo del mando, estalló una revuelta entre distintas unidades militares y también en la flota. Galán fue detenido durante la cena con el general Bernal, quien le había recibido con toda normalidad. La quinta columna se aprestó a sacar provecho de la situación y a ella se unieron determinados oficiales que trataban de congraciarse en el último momento con los que iban a ganar la guerra. Falangistas y marineros se apoderaron de las baterías de costa de Los Dolores y de la emisora de radio, desde la que pidieron ayuda a los nacionales. La situación era muy confusa porque concurrían en ella distintas rebeliones: la de los que querían negociar la paz y la de los que eran agentes secretos o simpatizantes de Franco.

En mitad de la revuelta, el día 5, a las once de la mañana, cinco bombarderos Savoia que venían del mar comenzaron a bombardear la base alcanzando, en el puerto, a algunos buques de la flota republicana. El almirante Buiza, que seguía a distancia la rebelión en las calles de Cartagena, amenazó con bombardear la base desde los barcos si no se liberaba a Galán y a otros prisioneros republicanos, pero ante el ataque aéreo de los nacionales, los disparos de las baterías de costa en poder de los sublevados y la posibilidad cierta de que llegaran de un momento a otros barcos franquistas, ordenó a la flota soltar amarras y navegar hacia alta mar. Galán consiguió embarcar en el último minuto. La Legión Cóndor informó sobre lo que sucedía y el 6 de marzo realizó vuelos de reconocimiento sobre el rumbo de la flota republicana con sus Dorniers. Sus bombarderos atacaron las embarcaciones que estaban en el puerto de Valencia, pero no bombardearon Cartagena porque creían que ya había sido tomada por tropas nacionales desembarcadas, cuando la realidad es que éstas aún no habían llegado.**32**

Al amanecer del día 7, las fuerzas enviadas por Hernández en socorro de Cartagena (la 206 Brigada al mando de Artemio Precioso) rescataron para la República la emisora de Los Dolores, aplastaron la rebelión en la ciudad y llegaron a tiempo de disparar las baterías de costa contra dos barcos franquistas cargados de soldados que acudían en apoyo de la rebelión. El primero de ellos, el *Castillo de Olite*, no se apercibió de los cambios, fue alcanzado

por los obuses y se hundió en pocos minutos. Murieron 1.223 soldados y otros 700 fueron hechos prisioneros.**33** Sin embargo, la flota republicana no regresó a puerto. Franco envió una petición urgente a Ciano para que la marina y la aviación italianas impidieran que la flota republicana tratara de dirigirse a Odesa, que, dadas las circunstancias, era lo último que se le podía ocurrir al almirante Buiza. Éste dirigió la flota por aguas de Argelia y Túnez, donde fue internada en Bizerta, el día 7, por las autoridades francesas, que, tras detener a tripulaciones y oficiales, entregó la flota republicana a los nacionales.

Al anochecer del 5 de marzo, el coronel Casado, tras rechazar los renovados llamamientos de Negrín, constituyó el Consejo Nacional de Defensa en los sótanos del Ministerio de Hacienda, en Madrid. Él mismo se proclamó presidente provisional del Consejo, además de asumir la Consejería de Defensa; Julián Besteiro se ocuparía de la Consejería de Estado; Wenceslao Carrillo, socialista, de la de Gobernación; González Marín, anarquista, de la de Hacienda; Miguel San Andrés, de Izquierda Republicana, de Justicia y Propaganda; Eduardo Val, anarquista, de Comunicaciones y Obras Públicas; José del Río, de Unión Republicana, fue nombrado consejero de Instrucción Pública y Sanidad, y Antonio Pérez, de la UGT, de Trabajo. Melchor Rodríguez, de la CNT, era el nuevo alcalde de Madrid. Al acto de constitución del Consejo asistieron, además de Cipriano Mera, que había traído a Madrid la 70 División y que custodiaba en aquellos momentos el edificio del Ministerio, el gobernador militar de Madrid, general Martínez Cabrera, el jefe del SIM de Madrid, Pedrero, una serie de dirigentes de la CNT y la UGT locales, militares, periodistas y fotógrafos.**34**

Tras la formación del Consejo, a medianoche, los sublevados se dirigieron por Radio España y Unión Radio de Madrid a todos los españoles. Negrín, que en aquellos momentos estaba cenando en Elda con los miembros del Gobierno y altos mandos militares, se enteró de la consumación del golpe de estado al escuchar la voz trémula de Julián Besteiro que, dirigiéndose a los «conciudadanos españoles», decía que había llegado el momento de la verdad y de la denuncia de las falsedades sobre la realidad de la República, que el gobierno de Negrín no tenía autoridad legal ni moral, y que el único poder legítimo de la República era, transitoriamente, «el poder militar». Tras la intervención del viejo catedrático de lógica, se leyó un manifiesto del Consejo que venía a reiterar todo lo dicho por Besteiro añadiendo, además, que los ministros de la República exigían resistencia al pueblo mientras ellos ya se habían preparado «una cómoda y lucrativa fuga». El comunicado apelaba a salvarse todos o a hundirse todos, que era justamente la divisa de Negrín. Luego hablaron Mera y Casado, acusando aquél a Negrín de robar, vender y traicionar a la patria, y haciendo éste una defensa de la independencia de España.**35**

Manuel Azaña nunca pudo entender cómo Besteiro, aun convencido de que Negrín sacrificaba a los españoles para satisfacer sus ansias de poder, se aliaba con un militar que, al rebelarse contra el Gobierno en funciones, parodiaba el golpe de estado de Mola con el mismo pretexto. Azaña sabía muy bien, además, que sin el respaldo de Francia y Gran Bretaña, cualquier gestión para alcanzar una paz honorable con Franco era pura entelequia.**36** Tenía razón, pero los planes de Negrín de seguir luchando cuando ya era inútil habían conducido a un derramamiento de sangre todavía más inútil.

Tan pronto como cesaron los discursos, todos los reunidos en Elda se lanzaron a los teléfonos para hablar con Madrid. Hacia la una de la madrugada, Negrín lo hizo con Casado, quien le confirmó que se había sublevado contra él, y el presidente del Consejo lo destituyó fulminante e inútilmente desde el teléfono. Luego Giner de los Ríos llamó a Besteiro, Paulino Gómez y Segundo Blanco volvieron a hablar con Casado, Santiago Garcés llamó a Ángel Pedrero, pero todas estas llamadas no fueron más que un diálogo de sordos. Por teléfono y teletipo los ministros trataron de ponerse en contacto con los otros mandos militares para

evaluar la situación pero, en general, las respuestas fueron descorazonadoras, especialmente la del general Menéndez, quien preguntó por la situación de Matallana -que a diferencia de Miaja y Casado había acudido a la convocatoria de Negrín-, diciendo, en tono amenazador, que si no se le permitía regresar a Valencia enviaría tropas a buscarlo. Acto seguido, Matallana abandonó la «posición Yuste».

Hacia las cuatro de la madrugada del día 6, Negrín, que ya estaba enterado de la defección de la flota, pidió al coronel Camacho que le enviara medios aéreos desde Los Llanos porque en Monóvar no había aviones. Luego dictó al teletipo una nota para el Consejo en la que deploraba el movimiento y lo calificaba de impaciente porque desconocía «la exposición que sobre el momento actual iba a hacerse la noche de hoy en nombre del Gobierno». **37** Luego le pedía que «toda eventual transferencia de poderes se haga de una manera normal y constitucional», para que Casado aceptase un traspaso formal que diera legalidad a la marcha del Gobierno y al que, obviamente, no se dio respuesta. **38**

Entre tanto, el recién nombrado gobernador militar de Alicante, Vega, había sido detenido en la ciudad levantina por los partidarios de Casado. En cuanto llegó la noticia a Elda, traída personalmente por Tagüeña, Negrín, que tras la huida de la flota de Cartagena sólo pensaba en Alicante como último reducto para intentar la evacuación, le dijo a del Vayo en alemán para que los demás no lo entendieran: «Ich, auf alie falle, werde gehen» («Yo, de todas maneras, me voy»). **39** Negrín esperó hasta las dos de la tarde por si llegaba respuesta de Casado y luego dio instrucciones a sus acompañantes de salir hacia Monóvar, donde aguardaban los aviones procedentes de Los Llanos. Desde allí, Negrín, Álvarez del Vayo, Velao, Giner de los Ríos, Blanco, Paulino Gómez, González Peña, Cordón, Dolores Ibárruri, Rafael Alberti y María Teresa León abandonaron España a bordo de tres aviones Douglas. Durante el trayecto a Toulouse, Negrín convocó a sus ministros a un Consejo para el día 15, en París. Sería el día en que la Legión Cóndor escribiera en su diario de guerra: «08.00 Primeras noticias de casa: las tropas alemanas marchan sobre Checoslovaquia». **40**

En un hangar del mismo aeródromo se reunió el comité ejecutivo del PCE bajo la presidencia de Pedro Checa. Estaban con él el ministro Uribe, Delicado, Moix, Claudín, Melchor, Líster, Modesto, Tagüeña y Togliatti. Este preguntó a Líster y a Modesto sobre las posibilidades de llevar a cabo una acción de fuerza contra la junta de Besteiro y Casado. La respuesta fue negativa. Se decidió entonces que Checa, Claudín y Togliatti permanecieran en España para dirigir los restos del partido y orientarlos hacia la actividad clandestina futura. **41** Los demás pudieron embarcar en los últimos aviones cuando ya las fuerzas del Consejo, que habían ocupado Elda, llegaban al aeródromo, al punto que consiguieron detener a los tres dirigentes comunistas que se quedaban en España. Sin embargo, tras una peripecia en Alicante, donde fueron puestos en libertad por el jefe del SIM, quien les acompañó en coche hasta Albacete, el día 24, cuando ya hacía doce días que el Consejo había puesto fin a las luchas en Madrid, Togliatti, Claudín, Checa, Hernández, Uribe, Diéguez, Precioso y los últimos mandos comunistas que pudieron escapar de la junta abordaron en Totana los aviones que les llevarían hasta Mostaganem, en Argelia. **42**

El Consejo Nacional de Defensa tomó una serie de disposiciones tendentes a conseguir la paz o, por lo menos, a ganar tiempo para que las fuerzas republicanas se fueran retirando, escalonadamente, hacia los pocos puertos mediterráneos que aún no estaban ocupados por los franquistas. Se anularon los decretos de Negrín del día 3 y los de reclutamiento de las quintas de 1915 y 1916, se anuló el ascenso de Rojo a teniente general y el de Casado a general con la idea de que los nacionales advirtieran que el Consejo consideraba las disposiciones de Negrín como ilegales.

El coronel Prada fue nombrado jefe del ejército del Centro y el coronel Moñones fue destituido del mando del ejército de Andalucía, así como también lo fueron los tres jefes comunistas de los cuerpos I, II y III, de la zona centro, Barceló, Bueno y Ortega. Se procedió a la sustitución de gobernadores civiles y militares, se expulsó de la UGT a los comunistas, se ordenó el secuestro de *Mundo Obrero*, la desaparición de todos los uniformes de las estrellas rojas y la disolución del SIM. El poder comunista había llegado a su fin.

El Consejo, presidido ya por el general Miaja, que había llegado el día 6 a Madrid, procedió a ordenar el arresto de jefes, comisarios y militantes comunistas señalados allí donde se les encontrara. Las tropas de Mera se encargaron de cumplir las órdenes y se dirigieron a los principales centros comunistas. Uno de sus comisarios, Domingo Girón, consiguió escapar del arresto en la Comandancia del ejército del Centro y advirtió al coronel Bueno de lo que estaba sucediendo. Este, que al parecer se encontraba enfermo, se inhibió, pero su segundo, el mayor Guillermo Ascanio, marchó sobre Madrid al frente de sus tropas. Daniel Ortega, comisario de Casado, que había conseguido huir del puesto de mando del ejército del Centro -la «posición Jaca»- saltando por una ventana, previno a Tagüeña, que abandonaba Madrid porque Negrín le había ordenado que fuera a verle con urgencia a Elda.**43**

Ante las redadas de comunistas y la ocupación de sus locales no solo en Madrid, sino también en Ciudad Real, Valencia, Alicante, Almería, Murcia, Jaén y Córdoba, un grupo de dirigentes del PCE reunidos en Madrid y encabezados por Isidoro Diéguez decidieron actuar. Tomaban la decisión sin directrices de la Comintern ni de Checa, de los que estaban desconectados. El coronel comunista Luis Parceló, jefe del I Cuerpo de Ejército, se autoproclamó jefe del ejército del Centro y asumió el mando de las fuerzas contrarias al Consejo.

Tras establecer su puesto de mando en el palacio del Pardo, envió a sus hombres al cuartel general de Casado, en el palacio de la Alameda de Osuna, cerca de Barajas, donde detuvieron a los oficiales de Estado Mayor, coroneles Pérez Gazzolo y López Otero y teniente coronel Arnoldo Fernández, así como al comisario Peinado Leal, que fueron conducidos al Pardo y fusilados allí por orden de Barceló. Las tropas mandadas por Ascanio llegaron hasta el corazón mismo de Madrid, y se enfrentaron a los anarquistas de la 70 Brigada y a los carabineros y guardias de Seguridad que defendían los edificios del Consejo, especialmente los ministerios de Hacienda y de Marina, bajo la dirección del general Matallana. Poco después, el grueso del IV Cuerpo de Ejército de Mera llegaba en su ayuda.

Los feroces combates en las calles de Madrid y la lucha por el control del centro de la ciudad, que se encontró con aceras casadistas y aceras comunistas, duraron hasta el domingo, día 12, cuando las fuerzas de Mera coparon a los comunistas y se llegó a un acuerdo de alto el fuego en medio de la indiferencia y el cansancio general del pueblo madrileño. «Lo más chocante ha sido la falta de entusiasmo de la gente», dirá Cowan al Foreign Office.**44**

Aparte de la aplastante superioridad de los hombres de Mera sobre los de Barceló, no parece que éste pudiera comunicarse con Togliatti o con Checa porque las líneas telefónicas estaban controladas por los hombres de Casado. Tampoco «Alfredo» conseguía respuesta de Moscú a sus continuos telegramas en demanda de instrucciones para actuar en un sentido o en otro.**45** Sin embargo, Tagüeña escribirá que Barceló no se rindió tanto por la presencia del IV Cuerpo de Ejército como «por las instrucciones que acabaron llegando de la dirección del Partido Comunista».**46**

Si fue así -y no hay por qué dudar de la información de Tagüeña en este caso concreto-, dichas órdenes no podían obedecer más que a la línea preconizada por «Alfredo» y ratificada por los mayores mandos militares comunistas en la reunión de Monóvar, es decir, que el PCE ya no podía hacer nada más contra la junta de Casado que lo que había que hacer era prepararse para organizar la lucha clandestina que vendría. Pero el 7 de abril, en una reunión

celebrada en el Kremlin con Molotov, Beria y Dimitrov, Stalin anatematizó al PC por no haber sabido llevar la resistencia hasta sus últimas consecuencias: «no supieron sostener la lucha hasta el final». Aún más tarde, en julio y en agosto, Stalin insistió en el error cometido por el PCE al apoyar a un Negrín que, por su indecisión, consideraba como a un capitulador más. «El hilo argumental es siempre que el PCE disponía de recursos suficientes para una acción preventiva contra Casado y que, al perder la iniciativa, consumó los supuestos de su propia derrota», porque se había dejado influir «por las vacilaciones y debilidades de Negrín». **47** Es decir, que Moscú dio la razón a la política de lucha preventiva de Stepánov, frente a la línea «blanda» de Togliatti.

Sea como fuere, lo que sucedió durante aquel segundo enfrentamiento de sangre entre republicanos es que murieron unas 2.000 personas y varios miles más fueron detenidas (10.000, de creer al Foreign Office). Un tribunal militar juzgó a los mandos comunistas por «rebelión militar» y condenó a Barceló y a su comisario, José Conesa, a la pena de muerte. Ambos fueron ejecutados el día 24 en el cementerio del Este. Una vez que la tranquilidad volvió a las calles de Madrid, el mismo día 12 se reunió el Consejo Nacional de Defensa con el fin de preparar las negociaciones de paz y organizar la evacuación escalonada del ejército republicano. En la nota que se envió a Franco, tras explicar que no se habían podido poner en contacto antes con él porque los comunistas «se han sublevado contra la Autoridad del Consejo» y era preciso restablecer el orden público, se hacían constar sus condiciones para deponer las armas y terminar la guerra: la afirmación de la soberanía e integridad nacionales (la reiteración en este punto acabaría irritando a Franco, a quien no le gustaba que Casado se considerara, también, un salvador de la patria frente al comunismo); que no se produjeran represalias de ninguna clase contra civiles o militares inocentes; que se respetara «la vida, libertad y empleo» de los militares que no hubieran cometido delitos comunes; **48** que se diera un plazo de 25 días para la expatriación de cuantos quisieran abandonar España; que la negociación fuera directa, sin extranjeros (el texto dice «ni moros ni italianos»). El Consejo designaba, además, como representantes para las negociaciones de paz, a los generales Casado y Matallana. Al día siguiente, 13 de marzo, Casado citó al teniente coronel Centaño y le entregó el pliego de condiciones para que se lo hiciera llegar a Franco. El día 19 llegó la respuesta del Generalísimo, cortante y glacial: «Rendición incondicional incompatible con negociación y presencia en Zona Nacional de mandos superiores enemigos». **49** Centaño aconsejó a Casado que nombrara a dos jefes militares y, reunida la junta, se decidió enviar a Burgos al teniente coronel de Estado Mayor Antonio Garijo y al mayor Leopoldo Ortega. A pesar del jarro de agua fría, el coronel Casado redactó aún otro documento dirigido a los nacionales en el que ponderaba su lucha contra los comunistas y el peligro de que éstos resurgieran aún si se defraudaban las esperanzas que «todos han puesto en este Consejo».

El día 21, por la tarde, los agentes del SIPM comunicaron a Casado que el mando nacional había aprobado el viaje de Garijo y Ortega a Burgos, que fijaba para el día 23 en el aeródromo de Gamonal. Los coroneles Luis Gonzalo de la Victoria y Domingo Ungría fueron los encargados de reunirse con los enviados del Consejo y de especificarles que debían entregar, primero, el día 25, toda la fuerza aérea y, dos días después, el ejército de Tierra, que debería izar bandera blanca en señal de rendición incondicional. Cuando esto se supo, algunos mandos republicanos se sintieron humillados y pensaron en resistir, pero ya era demasiado tarde para dar la vuelta al proceso emocional de la rendición.

Mientras esto sucedía, Casado aún intentó otro acercamiento a los nacionales, escribiendo una carta personal a Franco que trató de hacerle llegar por medio del duque de Frías. En aquella carta Casado se confesaba abrumado por la responsabilidad, exponía al general su angustia de que el pueblo pudiera considerarle un traidor y le explicaba que se había

sublevado para abortar un golpe comunista «que hubiera desplegado un régimen de terror sin precedentes». Aquel peligro y los anhelos de paz que tenía el pueblo le habían impulsado a «derribar un gobierno abigarrado con todos los vicios políticos imaginables». Se despedía con un servilismo que no era tanto de vencido a vencedor como de inferior a superior en el concepto militar tradicional: «Ruego a S.E. disculpas por esta conducta quizás irreverente [se refería al hecho mismo de dirigirle una carta] pero inspirada en el ferviente deseo de servir a España. Respetuosamente saluda a S.E. su atto. s.s. Segismundo Casado».**50** Cuando Franco fue informado de que Casado quería hacerle llegar la carta, dictó la respuesta que era de esperar: «S.E. el Generalísimo no ve necesidad de viaje a ésta portadores documento, pues su llegada no modifica absolutamente en nada sus propósitos».**51**

Llegó el día 25, pero la junta de Casado no había podido entregar los aviones por el mal tiempo y por cuestiones técnicas y logísticas. Los dos emisarios republicanos volvieron a Gamonal para exponer sus problemas a Ungría y Gonzalo. Éste telefoneó al general jefe del Estado Mayor del Generalísimo (probablemente Vigón) para comunicarle el incumplimiento y recibió la orden de suspender la reunión y despedir a Garijo y Ortega.**52** Inmediatamente llegaron del cuartel general de Franco las órdenes para que comenzara la ofensiva final.

El 26 de marzo las tropas nacionales se pusieron en movimiento. En el frente Sur, los cuerpos de ejército de Extremadura, de Marruecos, de Andalucía y de Córdoba avanzaron desde Cabeza de Buey, Peñarroya, Espiel y Montero, respectivamente, hacia el norte en dirección Ciudad Real. En el frente del Centro, los cuerpos de ejército de Toledo, Maestrazgo, Navarra y CLI avanzaron desde Talavera de la Reina, Polán y Toledo hacia el sur, y en el frente de Levante, los cuerpos de ejército de Urgel y de Aragón lo hicieron desde Torre del Burgo, Masegoso y Cifuentes hacia Madrid. No encontraron resistencia. El ejército del Sur informaba a las 14 horas: «Muchos prisioneros, incluidos rusos».**53** Las líneas de los frentes republicanos se desintegraron el 28 de marzo en un proceso espontáneo. Algunos soldados se abrazaban entre sí aliviados por el fin de la guerra. A los republicanos que iban siendo cercados por las tropas franquistas se les ordenó que fueran dejando sus armas en montones antes de conducirles a las plazas de toros o a los campos de alambradas al aire libre. Los que estaban en las líneas posteriores tiraron sus fusiles antes de que llegaran los nacionales y se marcharon a sus casas.

La Legión Cóndor no perdió tiempo enviando «vuelos de propaganda» sobre Madrid aquella mañana. A las cuatro de la tarde, el diario de guerra oficial de la Legión Cóndor registra la última entrada: «A lo largo del día las estaciones de radio y las emisoras de todas las ciudades provinciales transmiten su sumisión a la España Nacional y a su Caudillo y expresan su devoción. Puede decirse que la guerra está a punto de acabar».**54**

«27 de marzo de 1939 -escribió Von Richthofen en su diario privado-. La artillería empieza a las 05.50. No hay movimiento en las líneas rojas. Nuestro primer bombardeo a las siete es muy bueno. Al mismo tiempo, vuelos de reconocimiento sobre las posiciones rojas que han sido bombardeadas. La artillería funciona como nunca en España. 06.00. La infantería avanza con los tanques tras el bombardeo que ha hecho la Legión Cóndor delante de sus líneas. Los rojos han evacuado las posiciones. Queda muy poca gente en las líneas del frente. Todos se están marchando. Nuestra magia de fuego ha funcionado bien. Tras una marcha de 24 kilómetros la infantería está sin aliento. Noticias de que en todas partes alrededor de Madrid hay banderas blancas y las unidades se están rindiendo. iiiLA GUERRA HA TERMINADO!!! Fin para la Legión Cóndor.»**55** Esta afirmación, que no sorprende dada la impaciencia de Von Richthofen, era algo prematura.

Al fracasar en sus negociaciones, el Consejo Nacional de Defensa se desmoronó. Julián Besteiro decidió permanecer en Madrid aguardando su suerte (que sería la muerte un año

más tarde en el penal de Carmena). Miaja huyó a Oran en su avión privado el día 28. Casado se marchó a Valencia, pero antes dio órdenes de que la rendición formal tuviera lugar a las once de la mañana del 29 de marzo. **56**

Las formaciones franquistas prosiguieron su avance hacia los principales puertos valencianos, donde se hacinaban miles y miles de personas que trataban desesperadamente de que les acogieran en alguno de los pocos barcos que estaban amarrados a los muelles. Las peticiones de ayuda que Casado había dirigido a Francia y a Gran Bretaña no obtuvieron respuesta, aunque, de todos modos, tampoco hubiera podido llegar a tiempo o, en tal caso, haber conseguido burlar a los submarinos italianos que trataban de impedir la llegada y salida de las embarcaciones. Cuando Casado llegó a Valencia se encontró con el caos. Sólo pudo zarpar un barco con refugiados, el *Lézardrieux*. En el puerto de Alicante estaban el *Maritime* y el *African Trade*, que zarparon sin acoger refugiados, y el *Stanbrook*, que zarpó el día 28, con destino a Oran, abarrotado por 3.500 refugiados. De Cartagena sólo salió el *Campilo*. En busca de salvación, Casado se fue a Gandía el 29 donde pudo embarcar, con sus seguidores, en el crucero británico *Galatea*, que había acudido para evacuar soldados italianos prisioneros como parte de un acuerdo de intercambio. **57**

Mientras tanto, millares de combatientes, personalidades políticas y sindicales, gentes del común, se dirigían hacia el puerto de Alicante formando interminables colas de camiones y de coches que avanzaban con extrema lentitud. Llegaron a congregarse allí más de 15.000 personas, que fueron cercadas por las tropas italianas de Cambara el 30 de marzo. Algunos se suicidaron en los muelles, los más fueron conducidos por las tropas nacionales a los campos de alambradas de Los Almendros, a Albaterra, al castillo de Santa Bárbara, a las plazas de toros...

Las primeras fuerzas nacionales que entraron en Madrid fueron las de la Casa de Campo del coronel Losas, a quien el coronel Prada entregó la plaza en las trincheras de la Ciudad Universitaria el 28 de marzo. Más tarde, al mediodía, entró en Madrid el general Espinosa de los Monteros seguido de camiones con víveres y de 200 oficiales jurídicos y numerosos miembros de la policía militar, que, con la colaboración de la Falange, habían de encargarse de la represión. En los balcones de Madrid apareció la bandera de la «Vieja España», mientras los quintacolumnistas se echaban a la calle saludando brazo en alto y gritando consignas nacionales. «Se rompían retratos y arrancaban carteles, se hacían saltar rótulos de calles y edificios, se desmontaban barricadas, surgían curas y frailes repartiendo bendiciones y guardias civiles que habían conservado su antiguo uniforme.» **58** Los ejércitos de Franco alcanzaron, el 31 de marzo, sus últimos objetivos militares.

El papa Pío XII envió a Franco un telegrama de felicitación en el que decía: «Levantando nuestro corazón al Señor, agradecemos sinceramente, con V. E., deseada victoria católica España». **59** Ciano escribió en su *Diario* el 28 de marzo: «Cae Madrid y, con la capital, todas las restantes ciudades de la España roja. La guerra ha terminado- Es una nueva y formidable victoria del fascismo; acaso, hasta ahora, la más grande». **60** En Londres, el 20 de abril, tres semanas después del triunfo de Franco, el Comité de No Intervención, en su trigésima sesión plenaria, consideró que su tarea había concluido.

34. La España nueva

El día 19 de mayo de 1939 tuvo lugar en Madrid, en la Castellana -que pasó a llamarse avenida del Generalísimo-, el gran desfile de la Victoria nacional. Se había levantado allí una altísima construcción de madera y cartón piedra que representaba un arco triunfal sobre cuya bóveda figuraba la palabra «VICTORIA». En los laterales, el nombre «FRANCO», repetido tres veces a cada lado, escoltaba el escudo heráldico de los Reyes Católicos. Debajo, en la tribuna, que ostentaba, a su frente, el «VÍCTOR» de Franco, presidía el acto el jefe del Estado en uniforme de capitán general por cuyo cuello, sobrepuesto, aparecía el azul mahón de la camisa falangista. Se tocaba el caudillo Franco con la boina roja de los requetés y le escoltaban sus generales victoriosos. De pie, cubriendo la carrera, ante él, su guardia mora.

En el desfile participaron cerca de 120.000 soldados, con artillería y carros de combate, legionarios, regulares, falangistas y requetés. En retaguardia, los voluntarios portugueses y la Legión Cóndor. El coronel Von Richthofen iba a la cabeza del contingente alemán. «Marcho al frente -escribió en su diario-. Los espectadores, enardecidos, gritan "¡Viva Alemania!".»¹ En el cielo, los aviones dibujaron las iniciales de «Viva Franco». Antes de iniciarse el desfile, el general Várela, que poseía, repetida, la máxima condecoración militar española, impuso la suya -la laureada de San Fernando que hasta entonces le había sido esquiva- al Generalísimo.

Al día siguiente, el cardenal Goma, primado de España, dio a besar a Franco el *lignum crucis* a la puerta de la iglesia de Santa Bárbara, de las Salesas Reales, donde entró el Caudillo bajo palio, como solían hacer los reyes de España. En medio de un silencio solemne, rodeado de una poderosa imaginería medieval, el general Franco depositó su espada victoriosa ante el milagroso Cristo de Lepante, traído expresamente de Barcelona para tan solemne ocasión.

Todo el *atrezzo* medievalizante armonizaba a la perfección con los sentimientos e identificaciones históricas del vencedor de la «cruzada». Al combatir, y vencer, a la hidra marxista, Franco luchaba contra el pasado: contra el siglo XIX, envenenado por el liberalismo; contra el XVIII, que había engendrado la Ilustración y la masonería; contra el XVII, que le traía los desgraciados recuerdos de Rocroi y de Las Dunas. Sólo en el siglo XVI y aun en el XV encontraba el Caudillo las raíces de la España grande y unida, la de los Reyes Católicos, de Carlos I y Felipe II, la que era preciso restablecer aboliendo, al modo de Fernando VII, todos los males que habían afligido a la patria desde entonces «como si no hubiesen pasado jamás tales actos y se quitasen de en medio del tiempo».²

Franco era ahora señor en su propio país, pero no podía descuidar la deuda que había contraído con los barones y con los clanes que le habían ayudado a conseguir la victoria. Tampoco podía demorar el ejemplar castigo que debía imponer a sus enemigos derrotados, porque «la sangre de los que cayeron no consiente el olvido, la esterilidad ni la traición».³ Sin embargo, antes era preciso poner orden en su feudo. Sabía que sus generales le serían fieles una vez ocuparan los ministerios, las subsecretarías, las direcciones generales, las capitanías y los gobiernos militares. Pero quedaban algunos -Kindelán, Várela, Aranda- que sólo aceptaban su poder como una magistratura temporal, en espera de que fuera restaurada la monarquía en la línea dinástica alfonsina. Otros, como Queipo de Llano o Yagüe, tenían planes propios.

Cuando Franco supo por boca de Beigbeder que Queipo conspiraba abiertamente para imponerle un directorio militar, esperó a que el virrey de Andalucía cometiera un error que, dada la garrulería de Queipo, no tardaría en llegar. En efecto, el 17 de julio, al conmemorarse el tercer aniversario del levantamiento, se concedió la cruz laureada de San Fernando a la ciudad de Valladolid, cosa que irritó a Queipo, pues consideraba que Sevilla (es decir, él), por su papel en los primeros días del «alzamiento», tenía mayores merecimientos. El general

locutor no se recató de pregonar a los cuatro vientos su desacuerdo con «Paca, la culona», como llamaba a Franco en su círculo íntimo. Éste le pidió que fuera a verle a Burgos para hacerle una consulta al tiempo que despachaba a Saliquet a Sevilla para que se hiciera cargo de la Capitanía general mientras Queipo estaba con él. Sin suelo bajo los pies, el verdugo de Sevilla no tuvo otra opción que aceptar a regañadientes el cargo de jefe de una misión militar en Roma. «De este modo se alejó la perspectiva del directorio militar.»**4**

Liquidado el último fantasma militar del pasado, Franco dio un nuevo paso hacia la consolidación de su poder político. El 8 de agosto dictó la Ley de la Jefatura del Estado, que le daba el poder de sancionar leyes o decretos «aunque no vayan precedidas de la deliberación del Consejo de ministros cuando razones de urgencia así lo aconsejen», es decir, sin necesidad de consultar con el Gobierno. «Con disposiciones como éstas Franco había adquirido un poder más absoluto que el de Stalin, que debía someterse, al menos en teoría, a una constitución, o el de Hitler, que debía hacerlo a un parlamento.»**5**

Dos días después, Franco aprovechó la formación de su segundo gobierno para dar otro golpe maestro. Constituyeron el gabinete el coronel Juan Beigbeder como ministro de Asuntos Exteriores, Ramón Serrano Súñer, ministro de Gobernación; Esteban Bilbao, ministro de Justicia; José Larraz, ministro de Hacienda; el general várela, ministro del Ejército; el vicealmirante Moreno, ministro de Marina; el teniente coronel retirado Luis Alarcón de la Lastra, ministro de Industria y Comercio; Joaquín Benjumea, ministro de Agricultura y de Trabajo; Juan Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional; Alfonso Peña Boeuf, ministro de Obras Públicas; pero se nombraba al general Yagüe ministro del Aire, ante la estupefacción de Kindelán, que había sido el jefe de la aviación nacional durante toda la guerra. El general monárquico fue enviado a las Baleares como comandante militar de las islas, con lo que Franco lo alejaba de los círculos monárquicos, al tiempo que, destinando a Yagüe a un ministerio del que lo desconocía todo, le dificultaba conspirar constantemente con sus amigos falangistas.**6**

Los militares, tras haber fatigado durante casi tres años a «las armas», dieron ahora el protagonismo a «los cuerpos», sobre todo al de Intendencia, con la salvedad de que esta vez el cuartel era España entera. Pero España no estaba, ni mucho menos, en condiciones de revista. La economía estaba profundamente desarticulada y tanto la producción agraria como la industrial habían caído por debajo de las de 1935. Aunque durante la guerra abierta no se habían producido, en general, destrucciones masivas de las infraestructuras, había que reconstruir muchos puentes, enlaces viarios, carreteras, puertos, líneas eléctricas y de comunicación, y la red de transportes.**7** Sin embargo, el Estado nuevo carecía casi por completo de divisas y de reservas de oro y su sistema monetario era un caos. Aunque la pérdida de población causada por la guerra llegaba, sin contar los exiliados, a un 3,5 por 100 de la población activa (algo más de un 1 por 100 de la población total, es decir unas 250.000 personas) y la dejaba en los niveles de 1930, lo más grave era la disminución del capital humano cualificado, diezmado por la guerra pero, sobre todo, por la represión, la cárcel y el exilio.

Ante esta situación pavorosa, el gobierno de Franco recurrió a dos expedientes básicos, en la línea del nacionalismo más cerril: el intervencionismo y la autarquía. Para llevar a cabo la reconstrucción económica de España, los militares contaban como ministro de Agricultura y Trabajo con Joaquín Benjumea, que había sido diputado por la CEDA en las elecciones de 1933 y que gestionaba los intereses de las oligarquías terratenientes. De la industria y el comercio se hacía cargo directamente la técnica castrense por medio del teniente coronel de artillería Luis Alarcón de la Lastra, cuyo único mérito económico, que se sepa, era haber sido administrador de la casa de Alba.

El Servicio Nacional de Reforma Económica y Social de la Tierra, creado en 1938, llevó a cabo una rápida contrarreforma agraria y devolvió a sus antiguos propietarios todas las tierras que habían sido afectadas por la tímida acción reformadora del Frente Popular, así como todas las propiedades colectivizadas o incautadas durante la guerra que aún no habían sido recuperadas directamente por sus propietarios.

Restablecida la propiedad de la tierra, era preciso conseguir un incremento de la productividad agraria y, para ello, se creó, en octubre de 1939, el Instituto Nacional de Colonización, que compró 18.000 hectáreas de propiedades incultas o semiabandonadas para asentar en ellas a unas 23.000 familias entre 1939 y 1951.⁸ Para controlar la producción agrícola, se establecieron unos cupos que habían de entregarse al Estado y se fijaron los precios -irrisorios- que los propietarios recibirían por sus cosechas, de acuerdo con el Fuero del Trabajo que indicaba que «se disciplinarán y revalorizarán los precios de los principales productos agrarios». Lamentablemente, los mecanismos del mercado no se mostraron sensibles a las disposiciones del Fuero del Trabajo y las cantidades entregadas al Estado fueron cada vez menores, ocasionando carencias continuas en el abastecimiento. Eso, a su vez, provocó un mayor intervencionismo y un mayor control, que los agricultores sortearon recortando las cosechas y acudiendo al mercado negro con el excedente ocultado, donde hicieron excelentes negocios vendiendo su producción al triple o al cuádruple de los precios que fijaba oficialmente el Estado. Y eso que teóricamente se arriesgaban a la justicia de los tribunales militares porque, desde 1939, éstos eran los competentes en materia de acaparamiento de productos alimentarios.⁹ Obviamente el estraperlo beneficiaba a los propietarios, pero también a una maraña de intermediarios, muchas veces falangistas, que acabaron constituyendo una nueva clase media vinculada al Régimen por la corrupción, así como a las familias pudientes, que podían alimentarse correctamente. Pero la inmensa mayoría de la población no estaba en condiciones de acudir al mercado negro y había de contentarse con las magras cantidades de alimento que le correspondía de acuerdo con su cartilla de racionamiento, que fue implantada el 14 de mayo de 1939 y que se mantuvo en vigor hasta 1952, el año del Congreso Eucarístico Internacional de Barcelona.

Los terratenientes, y los medianos y pequeños empresarios agrícolas que habían cerrado filas con los nacionales, redondearon sus negocios porque tanto la represión como el hambre engendró un verdadero ejército de campesinos pobres que supuso una mano de obra, abundantísima (la población activa agraria llegó a alcanzar el 50 por 100 del total, rompiendo la tendencia de la época republicana), barata, sumisa e inerme por la desaparición total de los sindicatos de trabajadores del campo. Los salarios de estos obreros -que fijaba el propio Benjumea en su calidad de ministro de Trabajo- se redujeron en términos reales a la mitad de lo que cobraban durante la República y no volvieron a alcanzar el nivel de 1931 hasta el año 1956. Sus condiciones de vida se redujeron al mínimo para subsistir.¹⁰

Pese a todo esto, durante la década de los cuarenta disminuyó la superficie de la tierra cultivada de España y la producción agraria descendió por debajo de los niveles que eran habituales antes de la guerra. Como el general Franco no comprendía ni los mecanismos del mercado ni los efectos reductivos de la sobreexplotación económica de la mano de obra agraria, echaba la culpa de lo que pasaba a los elementos, como Felipe II: a la famosa «pertinaz sequía», cuando, de hecho, los años verdaderamente malos fueron sólo dos, 1941 y, especialmente, 1945. El general no se daba cuenta de que el factor fundamental que explicaba el desastre del campo era la falta de inversiones en maquinaria agrícola, en abonos y en otras mejoras agrarias, inversiones que, por su misma voluntad, se destinaban casi exclusivamente a una industria autárquica básicamente militar.

Lo primero que se hizo en el terreno industrial fue, también, procurar que empresarios y patronos recuperaran cuanto antes sus fábricas, talleres y propiedades, pero estableciendo un dirigismo cuartelero. Así, en octubre y noviembre de 1939, se promulgaron las leyes de Protección a las Nuevas Industrias de Interés Nacional y de Ordenación y Defensa de la Industria Nacional, en las que se establecían las condiciones para crear nuevas empresas, se regulaban los mecanismos de ampliación o reforma de las antiguas y se redimía a España «de la importación de productos exóticos». Se trataba de lograr una industria fuerte, impregnada de espíritu castrense, al servicio de un Estado nuevo que tenía dos prioridades: seguir armándose por si rebrotaba el enemigo vencido en las trincheras y, sobre todo, prepararse para participar en la inminente guerra europea al lado de las potencias correligionarias. Para ello se disponía, desde luego, de una abundante mano de obra civil renovada -unos dos millones de obreros- que iba a proporcionar a los empresarios una larga época de paz social absoluta en sus fábricas, porque las huelgas habían sido prohibidas (y desde 1943 caían bajo la jurisdicción militar) y las antiguas plantillas de obreros fueron depuradas concienzudamente de «rojos, separatistas y desafectos al régimen». De lo que se trataba, ahora, era de alargar las jornadas de trabajo y recortar los salarios, como sucedió en Barcelona, donde las 40 horas de trabajo semanal decretadas por la Generalitat en 1936 se convirtieron en un mínimo de 48 y se extendió el trabajo a los menores de catorce años.**11**

El hombre que iba a encargarse de dirigir la política industrial para hacer de España una potencia militar no era el artillero De la Lastra, sino el ingeniero naval militar Juan Antonio Suanzes, ferrolano como Franco y amigo de la infancia de su hermano Nicolás, que ya había sido ministro de Industria y Comercio en el gobierno «de guerra» de enero de 1938 y que no había podido repetir en el de agosto de 1939 por los manejos de Serrano Súñer, celoso de cuantos fueran cercanos a Franco. Suanzes, autoritario y enérgico, fanático del intervencionismo estatal y enemigo de todo lo que fuera capital privado, creía que lo mejor para el nuevo Estado y sus apremiantes necesidades militares era constituir un *holding* que interviniera en la producción industrial y la controlara férreamente.**12**

El día 25 de septiembre de 1941 se publicó la ley fundacional del organismo de Suanzes, el Instituto Nacional de Industria (INI), clave de bóveda del edificio económico de la autarquía, y se le dotó de capacidad financiera propia por medio de obligaciones colocadas en las Cajas de Ahorros y garantizadas por el Estado. Suanzes puso en marcha en seguida toda la producción relacionada con la guerra y sus necesidades: prospecciones mineras, combustibles sólidos, hierro y acero, cobre y metales no férricos, aluminio y aleaciones ligeras, química, pólvora, explosivos, caucho, etc. Con el recuerdo fresco de que la superioridad aérea de los nacionales había sido una baza decisiva para ganar la guerra, Suanzes intervino en seguida en las antiguas empresas de construcciones aeronáuticas y, más tarde, en las de automoción.**13** ero quizás el mejor ejemplo de la política autárquica emprendida por el INI fue la Empresa Nacional Calvo Sotelo de Combustibles Líquidos y Lubricantes (ENCASO), que se instaló en Puertollano y que fue concebida para sustituir las importaciones de petróleo por combustibles líquidos obtenidos a partir de la destilación de lignitos y pizarras bituminosas, idea que había maravillado a Franco. La inversión que requería semejante estrategia alternativa a la importación de crudo (para obtener 120.000 toneladas de derivados del petróleo había que destilar más de un millón de toneladas de pizarra) hizo que durante muchos años se volcaran sobre Puertollano cientos de millones que se tragó un proyecto que acabaría abandonándose. En 1950, al INI no le quedó otro remedio que levantar en Escombreras una planta para el tratamiento de crudos naturales, es decir, de importación.**14**

El Estado nuevo procedió, también, a nacionalizar la red de ferrocarriles de vía ancha, compensando opíparamente a sus propietarios -la banca privada- por unas acciones que no

valían nada.**15** Y lo hizo en unos tiempos en que, por la escasez de gasolina y, en consecuencia, su elevado coste, el tren era una alternativa espléndida al transporte por carretera. Pero la RENFE fue gestionada de un modo tan desastroso que siempre produjo pérdidas y se convirtió, durante muchos años, en el hazmerreír de extranjeros y españoles que tenían que sufrir sus servicios. Algunos comentaristas han observado que los efectos del programa de nacionalización franquista fueron muy similares a los que experimentaron los países satélites de la URSS después de 1945.**16**

Pero donde la política de autarquía había de dar sus mayores frutos era, sin duda, en el comercio de aquellos productos agrarios e industriales que tan eficazmente gestionaban Benjumea y Suanzes. Lo único que había que hacer era vender mucho fuera del cuartel nacional y comprar muy poco, o nada, en el exterior porque, como ya había explicado Franco, «España es un país privilegiado que puede bastarse a sí mismo. Tenemos todo lo que nos hace falta para vivir, y nuestra producción es lo suficientemente abundante para asegurar nuestra propia subsistencia. No tenemos necesidad de importar nada».**17** De modo que el Generalísimo decidió poner en marcha el 7 de octubre de 1939 un plan para construir grandes embalses de agua que habían de proporcionar, de un lado, energía barata para que funcionara la industria y, de otro, agua en abundancia para transformar las tierras de secano en regadíos.

Los recursos económicos para construir los pantanos se obtendrían de «la movilización de capitales interiores [sic] y el resultado sería un desarrollo de la producción que aumentase las exportaciones disminuyendo al mismo tiempo las importaciones».**18** Lamentablemente, no se especificaban los detalles del nuevo cuento de la lechera. Esta pretensión de sustituir los mecanismos de regulación del mercado por un intervencionismo generalizado que quería «disciplinar» los mercados, los agentes económicos y los precios, y controlar férreamente el comercio exterior para contener al máximo las importaciones, bloqueó el proceso de crecimiento económico que había empezado con la República, aisló a España del exterior y la condenó no sólo a la carestía de petróleo, caucho, algodón o fertilizantes, sino incluso a la falta de trigo, que hubo de importarse de la Argentina de Perón.

Quien quería implicarse en el comercio exterior de España tenía que inscribirse en un registro (que no admitía nuevas incorporaciones), tras haber acreditado su adhesión a los principios del Movimiento, para optar a la concesión de licencias, que se convirtieron en un premio a los leales y en una fuente de corrupción infinita.**19** Estos mecanismos de corrupción económica y política sobregavaron los productos españoles haciéndoles perder competitividad en los mercados internacionales, ante lo cual los hombres del régimen reaccionaron tratando de controlar férreamente el mercado interno para que sus leales siguieran consiguiendo beneficios, de modo que recurrieron a nuevas medidas proteccionistas e intervencionistas, creando un inacabable círculo vicioso. En consecuencia, el comercio exterior de España disminuyó en un 50 por 100 respecto del que existía en 1935 y se mantuvo así hasta 1952.**20**

El intervencionismo y la autarquía se dispararon tan sólo frente a dos grupos de presión, uno exterior y otro interior. Para pagar la deuda contraída con Alemania e Italia, el nuevo Estado tuvo que transferir a la primera, entre 1939 y 1943, una cantidad equivalente al 12 por 100 del valor de todas las importaciones, y el equivalente al 3 por 100 a la segunda.**21** La deuda contraída con los aliados del interior se saldó por decreto. En mayo de 1940, el Ministerio de Hacienda fijó el *statu quo* de las cinco grandes entidades bancarias privadas de España, se les aseguró su cuota de mercado y se pusieron obstáculos insalvables para la creación de nuevas entidades, hasta el punto de que en España no se crearon nuevos bancos hasta 1962.**22** Durante el franquismo de guerra, la banca adquirió un enorme poder económico obteniendo

en algunos ejercicios beneficios del 700 por 100 y repartiendo a sus accionistas dividendos del 12 y el 13 por 100.**23** «El símbolo arquitectónico de la nueva España no era el templo, como hubieran deseado los carlistas de antes de la guerra, sino el banco.»**24**

Lo que, desde luego, no consiguieron -ni tampoco lo pretendían- las toscas recetas económicas dispensadas por furrieles y terratenientes fue mejorar en nada la suerte de la inmensa mayoría de los españoles de la década de los cuarenta. Por el contrario, a corto plazo la puesta en práctica del «patriarcalismo económico» condujo a la etapa de estancamiento más larga de todo el siglo XX. El PIB correspondiente al año 1935 no se alcanzó de nuevo hasta el año 1951 y, entonces, no llegó a ser más que la mitad del de los países que hoy constituyen la Unión Europea.**25**

La tremenda depresión económica de la posguerra no fue debida tanto a la propia guerra como a los terribles efectos acumulativos de una combinación perversa: la caída de la productividad debida a la brutal reducción de los salarios reales; el colapso del comercio exterior; el intervencionismo en el mercado interior y su correlato, el mercado negro; la política bancaria de protección del oligopolio en el sector; un enorme déficit público provocado por los gastos militares y por la creación de empresas inviables con dinero público; una política monetaria expansiva, la corrupción y el agio.

35. El gulag de Franco

Organizada, así, la Intendencia, los militares prestaron también atención a otro de los «cuerpos» del ejército: la Sanidad. Era imperioso llevar a cabo serias medidas de profilaxis social y política para erradicar el morbo de España. El obispo de Vic, Joan Perelló, conocía, además, la técnica quirúrgica: «un bisturí para sacar el pus de las entrañas de España, verdaderamente corrompida en su cerebro y corazón, en ideas y costumbres».1 Ya había explicado cómo hacerlo durante la guerra uno de los jefes de prensa de Franco, el capitán Aguilera, decimoséptimo conde de Alba y Yeltes:

En épocas más sanas ... las plagas y las pestes solían causar una mortandad masiva entre los españoles ... Son una raza de esclavos ... Son como animales, ¿sabe?, y no cabe esperar que se libren del virus del bolchevismo. Al fin y al cabo, ratas y piojos son los portadores de la peste ... Nuestro programa consiste en exterminar un tercio de la población masculina de España. Con eso se limpiaría el país y nos desharíamos del proletariado.2

Al conde le encantaba escandalizar a ingleses y norteamericanos, Pero aun considerando sus grotescas exageraciones, sus palabras no dejan de poner de relieve el miedo y el odio que sentían los vencedores. Para poner en marcha tan sugestivo programa era preciso seleccionar a la población que había que exterminar para limpiar el país. La primera prioridad era deshacerse, de un modo u otro, de los prisioneros de guerra, aunque una buena parte ya estaba siendo exterminada en los campos de concentración y en las cárceles de Franco, así como en las calles y en las checas de Falange.

Los campos de concentración se habían propagado por toda España como una plaga bíblica y sus moradores significaban un enorme problema económico y político para los militares. «Han obligado a crear campos de concentración en todos los pueblos de la España nacional», se quejaba el atribulado coronel Martín Pinillos. En total, incluidos los provisionales, existieron 190 campos de concentración por los que pasaron entre 367.000 y 500.000 prisioneros de guerra.3 Los 116.000 prisioneros de la campaña de Cataluña fueron clasificados y pasaron a campos estables, principalmente a San Juan de Mozarrifar y a San Gregorio, en Zaragoza, pero el resto de prisioneros amenazaba con desbordar los campos de concentración de Andalucía y Extremadura que, bajo el virreinato de Queipo, se parecían mucho a la Cuba de Weyler, uno de los grandes inventores de los campos de concentración. Había en la zona, a finales de abril, unos 75.000 prisioneros. Sólo en el campo de Castuera se hacinaban en 70 barracones 10.000 prisioneros procedentes de las campañas del verano de 1938. Con los campos de la provincia de Badajoz, de Huelva y de Málaga desbordados, no hubo más remedio que crear nuevos campos en San Lúcar, Antequera, Ronda, Cádiz y Sevilla y, cuando ya no cupieron más, se habilitaron campos de concentración algo más lejos: en Valladolid, Falencia, Astorga, Ciudad Rodrigo, Salamanca, Toro, Santiago de Compostela, la Puebla del Caramiñal, La Coruña, Mollerusa, Toledo...4

Pero, además, había que hacer frente a nuevos prisioneros: los que se habían tomado durante el hundimiento final de los ejércitos republicanos que eran, como mínimo, 45.000 en la zona centro, 60.000 en el sur y 35.000 en Levante. Esos 140.000 prisioneros (o 177.000 según las fuentes)5 de la «ofensiva de la Victoria» fueron llevados a campos provisionales de los cuerpos de ejército en Guadalajara, Teruel, Cuenca, Medinaceli, Alcázar de San Juan, Manzanares, Valdepeñas, Santa Cruz de Múdela...

Cuando llegó el verano de 1939 y, con él, el calor, hubo que tomar medidas para reducir al máximo la población de los campos que en julio era todavía de 156.789 prisioneros, y en diciembre, tras varios meses de clasificaciones, libertades provisionales, licenciamientos,

traslados a prisión y a batallones de trabajo, ejecuciones, suicidios y evasiones, aún se mantenía en 90.000, sin contar con otros 90.000 que estaban encuadrados en los 121 batallones de trabajo, y con unos 8.000 más que servían en fábricas y talleres militarizados. Hubo que desmantelar todos los campos provisionales abiertos durante la ofensiva final, así como muchos de los levantados durante la guerra, o reconvertirlos en prisiones militares.

Quedaron, sin embargo, algunos campos «especiales», como los de Miranda de Ebro y San Pedro de Cárdena, destinados a los extranjeros combatientes en las Brigadas Internacionales que, entre otros menesteres, fueron empleados en la reconstrucción del nuevo Belchite («vosotros habéis destruido Belchite y vosotros lo vais a reconstruir»), ya que el viejo se dejó en ruinas por voluntad expresa de Franco. En noviembre de 1939 quedaban aún 406 internos extranjeros y a mediados de 1942, 139, todos ellos en el campo de concentración de Miranda de Ebro, que iba a servir, además, junto con los campos de Molinar de Carranza, el Balneario de Sobrón o Nanclares de Oca, para acoger a los millares de combatientes o prisioneros que huían de los campos de la segunda guerra mundial.**6**

En enero de 1940, la ICCP pasó a depender de la Dirección General de Servicios del Ministerio del Ejército, que estaba al mando de un general de toda la confianza de Franco, Camilo Alonso Vega, que fue muchos años director de la Guardia Civil y, luego, ministro de la Gobernación. Los juzgados en consejo de guerra pasaron a formar parte de las Colonias Penitenciarias Militarizadas, de los destacamentos penales o de los de regiones devastadas, que dependían de tres ministerios: Ejército, Gobernación y Justicia. Los encausados penales y sentenciados a prisión pasaron a depender de la Dirección General de Prisiones, del Ministerio de Justicia, que dirigió hasta 1942 el acertadamente llamado Máximo Cuervo.

Los que fueron a parar a las cárceles de Franco -270.719 personas, según las cifras del Ministerio de Justicia- abarrotaron la red carcelaria española, que tenía capacidad para unos 20.000 internos. Se les hacinó en los penales, las prisiones centrales, las provinciales, las comarcales, las de cabeza de partido, los depósitos municipales, las granjas agrícolas y otros recintos penitenciarios.**7**

Un problema adicional para el Estado nuevo es que aún no se habían desgajado de los ejércitos o de las milicias de Falange los suficientes funcionarios de prisiones para gestionarlas. Hacia finales de 1939, en el castillo de Santa Bárbara, por ejemplo, que no tenía barrotes en las ventanas, no había más que tres funcionarios para custodiar a más de 1.700 personas, así que no es de extrañar que se sucedieran las fugas. Otro tanto ocurría en la cárcel de Berja, en Almería, donde las celdas rebosaban presos que había que acostar en los pasillos, con lo que no había más remedio que dejar abiertas las puertas de las celdas. Las paredes de la cárcel de Manresa eran tan endebles que los presos se fugaban agujereándolas. Y algo parecido sucedía en la de Terrassa o en la de Sant Elies, de Barcelona.

El colapso de la administración penal y judicial vino a socorrerlo el Patronato Central para la Redención de Penas por el Trabajo, creado en octubre de 1938, a propuesta del sacerdote jesuita José Antonio Pérez del Pulgar, gestionado por el padre Martín Torrent y el director general de Prisiones, el señor Cuervo. El «Patronato de la Merced» venía a encarnar la continuación «de las leyes de Indias, inspiradas por nuestros grandes teólogos», y funcionaba «con la disciplina de un cuartel, la seriedad de un banco y la caridad de un convento».**8** Para que los penados pudieran acogerse a las ventajas que les ofrecía el Patronato se construyeron nuevas cárceles en Asturias, muy cerca de las minas de carbón, así como destacamentos en León y el País Vasco, también cerca del carbón, o en Almadén, para trabajar el mercurio, en el Coto minero de Hellín, en el Pozo del Fondón, en Fabero, junto a las minas de estaño de Silleda... Los «rojos» pudieron también tomar parte en los principales proyectos de regadío de Franco: el canal de Montijo, en Extremadura, La Real Acequia del Jarama, la presa del Alberche

o el desierto de los Monegros, gracias a la creación del Servicio de Colonias Penitenciarias Militarizadas, instituido por la ley de 8 de septiembre de 1939 para ceder mano de obra penada a «entidades que contratan sus trabajos».

Como muchas de las obras imprescindibles para el nuevo Estado no eran rentables al precio de los salarios libres, se pensó en utilizar a los penados -y también a soldados de los batallones de trabajo como mano de obra forzada para las empresas que construían la línea férrea Madrid-Burgos, las que perforaban el túnel de Viella, las encargadas de la reconstrucción del templo de la Merced, en Barcelona, o de levantar el mausoleo de José Antonio y Franco en el Valle de los Caídos, en Madrid (adjudicado a las empresas Banús y San Román), o para empresas metalúrgicas como la Babcock & Wilcox, La Maquinista, Fundiciones del Ebro, etcétera.⁹

Estos trabajos que, en régimen de semiesclavitud, llevaron a cabo los presos de Franco significaron un magnífico negocio para empresarios y terratenientes, como ilustra muy bien el mejor estudiado de todos ellos, el de la construcción del Canal de Riegos del Bajo Guadalquivir, para regar los secanos sevillanos, que llevaron a cabo, entre 1940 y 1962, 2.500 presos de los campos de trabajo de Los Mérmalos, La Corchuela, Guillena o Las Marismas. Sin necesidad de invertir ni una peseta, y gracias al trabajo de los presos, los terratenientes andaluces consiguieron transformar sus latifundios de secano -más de 74.000 hectáreas- en tierras de regadío que dieron lugar a una agricultura intensiva y muy competitiva que nada tenía que ver con la que habían practicado sus padres y abuelos.¹⁰

El Patronato de la Merced remuneraba a sus presos, por este trabajo, con un jornal diario de dos pesetas, aunque descontaba de ellas 1,50 pesetas, que iban destinadas a la manutención de los mismos. Los penados tenían derecho a cuatro o cinco pesetas más si podían demostrar que sus mujeres e hijos menores de quince años carecían de medios para subsistir. Como el jornal oficial de un obrero manual era de 14 pesetas diarias, el Patronato ingresaba -para el caso de un preso con mujer y un hijo menor de quince años- 8,50 pesetas diarias. Además, regresaban a las arcas del Estado la peseta y cincuenta céntimos de la manutención, con lo que se producía un excedente de 10 pesetas diarias. Sólo con el «Canal de los Presos» de Sevilla, el Estado nuevo ahorró, como poco, doscientos millones de pesetas.

Es muy difícil calcular el monto total de las retenciones salariales efectuadas por el Estado durante todo el franquismo de guerra, pero parece que, entre 1939 y 1946, pudo ascender a cien mil millones de pesetas, a los que habría que añadir el «ahorro indirecto» que obtuvo el Estado en el mantenimiento de los presos, que rondaría los cinco mil millones de pesetas.¹¹ Pero no se crea que el Patronato abandonó la finalidad principal para la que había sido creado: los penados podían «redimir» días de condena, normalmente dos por día de trabajo, aunque se conoce algún caso en que se llegó hasta seis días.¹²

Los, digamos, 150.000 republicanos que repasaron la frontera se encontraron con que la España de Franco había puesto en marcha una serie de fríos mecanismos que administraban el terror en un país que seguía estando en guerra, aunque ya no fuera la de las trincheras. Las leyes represivas se instrumentaron, el 26 de abril de 1940, en una «Causa general informativa de los hechos delictivos y otros aspectos de la vida en la zona roja desde el 18 de julio de 1936 hasta la liberación» para proceder a la investigación de «cuanto concierne al crimen, sus causas y efectos, procedimientos empleados en su ejecución, atribución de responsabilidades, identificación de las víctimas y concreción de los daños causados, lo mismo en el orden material que en el moral, contra las personas, contra los bienes, así como contra la religión, la cultura, el arte y el patrimonio nacionales».¹³

La «atribución de responsabilidades» supuso, en primer lugar, muerte, mucha muerte, con una sola intención: «la destrucción física de los cuadros de los partidos del Frente Popular, de

los sindicatos obreros y de las organizaciones masónicas ... una operación perfecta de extirpación de las fuerzas políticas que habían patrocinado y sostenido la República». **14** No conocemos, en su total dimensión, el alcance de esa operación. Disponemos, sí, de datos provinciales que indican que durante el franquismo de guerra se produjeron, como mínimo, 35.000 ejecuciones. **15** Si se hace una proyección matizada que tenga en cuenta el mapa político de cada zona que falta por estudiar, y se toma en cuenta la enorme cantidad de expedientes incoados hasta octubre de 1941 (más de 125.000), es posible que la cifra de 50.000 ejecutados en la posguerra, que venía considerándose hasta ahora como probable por la mayoría de los historiadores, haya que corregirla al alza, hasta el punto de que la cifra de todos los ejecutados por «rebelión militar» desde el primer día de la guerra abierta hasta julio de 1948, más los que murieron por abandono, hambre o epidemia, puede superar en mucho los 200.000 y acercarse a los 250.000. **16** No se pueden conocer, obviamente, las cifras de los asesinatos arbitrarios, los «paseos» y los ejecutados por la «ley de fugas», cuyos cadáveres fueron a parar a fosas anónimas que, desde hace unos años, están empezando a ser excavadas, en León y otras zonas, pero que pueden rondar los 30.000. **17**

Como hemos visto, al acabar la guerra abierta había, entre los diversos campos de concentración y los establecimientos penitenciarios, alrededor de medio millón de presos sometidos a torturas, castigos, trabajos forzados, hambre, enfermedades y muerte. Ni los campos ni las prisiones pretendían reinsertar a los penados en la sociedad: su principal función era la de destruirlos físicamente o, por lo menos, moralmente, para que renegaran de sí mismos, convirtiéndolos en revenidos sin decoro que purgaran su culpa en un limbo en la tierra. No fue ajeno a ello la agobiante presencia de capellanes y monjas. Las narraciones de los supervivientes y la historia oral nos revelan las dimensiones apocalípticas del castigo. Hubo campos de concentración, como el infame de San Marcos, en León, donde murieron más de 800 personas de hambre y de frío. En otros, como el de Albaterra, en Alicante, el de la Granjuela en Córdoba, o el de Castuera en Badajoz, la muerte llegó con la mayor de las violencias, creando un circuito del terror con ejecuciones masivas o disparos azarosos que no siempre habían acabado con la vida de aquellos a los que se enterraba apresuradamente. La inanición, la epidemia, el suicidio eran otros tantos vehículos de la muerte en los campos.

El campo de Castuera estaba situado en una ladera, junto al pueblo. Rodeado de foso y alambradas, se convirtió en un infierno de muerte y desesperación. Todos los días, después de medianoche, los que habían de morir eran conducidos a unas minas próximas, abandonadas, y allí, tras tirotearlos, arrojaban sus cuerpos. Como algunos quedaban con vida los remataban con bombas de mano. No se sabe cuántos cadáveres reposan en unas minas que fueron cegadas para borrar las huellas de la barbarie. **18**

Y tras los campos, las cárceles. Como sabemos, el número de presos alcanzó, en 1940, la cifra oficial de 270.719 personas, entre presos políticos y comunes, de las cuales 2.828 estaban condenadas a muerte, casi 30.000 a cadena perpetua y otras 37.000 a largos años de privación de libertad. **19** De hecho sólo 103.000 presos cumplían sentencia firme, porque «más de la mitad de los presos lo estaban por una medida administrativa». **20**

Todos los condenados políticos habían sido juzgados por tribunales militares en aplicación del Código de Justicia Militar, que por su artículo 237 les condenaba por el delito de «rebelión militar» en versión calderoniana: «En batallas tales, / los que vencen son leales, / los vencidos, los traidores». Aunque a primeros de mayo de 1939 se crearon en cada provincia auditorías de guerra, el régimen, para dar abasto a tanta justicia como quería, tuvo que crear diez auditorías de guerra provisionales y una multitud de juzgados militares que durante tres años no dieron abasto. **21** Las sentencias de los consejos de guerra pasaban a las auditorías y de éstas, directamente, al teniente coronel togado Lorenzo Martínez Fuset, que se las daba a

Franco, por cuyas diligentes manos pasaron todas las sentencias de muerte de aquellos tiempos.

El Caudillo solía leer las sentencias de muerte después de comer, a la hora del café, muchas veces acompañado de su asesor espiritual, el capellán José María Bulart. Franco procedía a anotar en los expedientes una «E» de enterado (que significaba ejecución de la sentencia), una «C» de conmutado (para los casos en que en la sentencia aparecía un «ojo» de algún capitán general o capitoste del régimen) o una acotación manuscrita de «garrote y prensa» (para los casos que debían tener un efecto-demostración). Tras el café, Martínez Fuset pasaba el tanto a los capitanes generales y éstos al gobernador militar, quien designaba juez para la notificación de la sentencia y ejecución de la pena. Luego, el gobernador militar enviaba un telegrama al director de la prisión con la relación de presos que debían ser ejecutados. Esta relación solía ser leída en voz alta, en las galerías, y algunos funcionarios encontraban satisfacción personal en pronunciar los nombres muy comunes, como José o Juan, hacer una larga pausa para mantener la tensión del auditorio y, luego, pronunciar silabeando el apellido del condenado. En la cárcel de mujeres de Amorebieta lo hacían las monjas oblatas.**22**

Los que se salvaron de la muerte tuvieron que soportar muchos años de cárcel en uno de los 500 establecimientos penitenciarios que existieron entre 1939 y 1940, en las peores condiciones que se puedan imaginar. El director de la cárcel Modelo de Barcelona, Isidro Castrillón López, definía así a sus presos: «Hablo a la población reclusa: tenéis que saber que un preso es la diezmillonésima parte de una mierda».**23** Pero no se crea que el carcelero franquista exageraba. «La cárcel de Ocaña era una rumba de cientos de hombres, mujeres y niños.»**24** Los que no morían ejecutados morían de hambre bajo una dieta compuesta exclusivamente por forraje: berzas, nabos, coles, vainas de habas... «Para beber nos daban cada tres días un poco de agua, la cantidad aproximadamente de un bote de leche condensada.» En la prisión de Albacete, en la sección de mujeres, sólo había un retrete para mil personas, de manera que se evacuaba en cubos que sólo eran retirados cada 24 horas. Las epidemias de tifus y disentería y las muertes por enfermedad e inanición son incontables. En la cárcel de Las Ventas se hacinaban más de mil mujeres, muchas con sus hijos pequeños, que sufrían disentería y estaban comidos de piojos:

El olor de aquella galería era insoportable. A las ropas estaban adheridas las materias fecales y los vómitos de los niños, ya que se secaban una y otra vez sin poderlas lavar. En aquellos momentos se había declarado una epidemia de tina, y ninguna madre, a pesar de la falta de medios para cuidarles, quería desprenderse de sus hijos y llevarles a una sala llamada enfermería de niños. Esta sala era tan trágica que los pequeños que pasaban a ella morían sin remedio, se les tiraba en jergones de crin en el suelo y se les dejaba morir sin ninguna asistencia.**25**

El poeta Miguel Hernández sufrió una neumonía en la cárcel de Falencia, una bronquitis en el penal de Ocaña y tifus y tuberculosis, de la que moriría, en la cárcel de Alicante. A lo largo de la década de los cuarenta, en las cárceles de Toledo se produjeron 680 muertes por enfermedad, 813 en Valencia, 240 en Alicante, 112 en Castellón, 367 en Jaén, 648 en Cataluña, 328 en Navarra, 335 en Asturias, 144 en Almendralejo... Cerca de 5.000 muertos por hambre y epidemias se han contabilizado en las cárceles de Franco.**26**

No sólo la muerte, el hambre y la enfermedad. La corrupción degradante apareció pronto en las cárceles, practicada por funcionarios de prisiones venales y por presos «de confianza». En el penal de la isla de San Simón, en Pontevedra, se llegó a los extremos de «vender» por dinero la libertad condicional a los que ya la tenían concedida, y aún peor: se creó allí un

remedo macabro de la odiosa «redención en metálico» con lo que llamaron la «redención de la muerte», en la que los presos que conseguían dinero podían comprar su vida enviando a la muerte en su lugar a algún desgraciado sin relaciones, amigos ni familia. Estos hechos se descubrieron cuando la familia de un médico de Vigo trataba de reunir desesperadamente las 400.000 pesetas que les había exigido un funcionario para evitar la ejecución de su deudo.**27**

El argot policial y penitenciario dividió a los presos en «anteriores» (al 1 de abril de 1939) y «posteriores», detenidos por haber participado en la resistencia. Los «anteriores» fueron tratados con crueldad sumaria: «Eran unos métodos muy brutales, muy poco refinados, simplemente te apaleaban bárbaramente. Muchos se les quedaban entre las manos, muchos morían. Pero, a fin de cuentas, al tercer golpe perdías el sentido y se acababa la tortura», nos dice Marcos Ana. Sin embargo a los «posteriores», que tenían intencionalidad militante, se les aplicaron torturas más refinadas para que delataran a sus dirigentes o a sus cómplices, y que iban desde «la bañera» o «la rueda» hasta las descargas eléctricas, en un siniestro repertorio de la historia universal de la infamia. Petra Cuevas fue interrogada ante el mismísimo Arias Navarro: «En los dedos me enroscaron los cables como si fueran anillos y me enchufaban y volvían a enchufar con las manos empapadas en gasolina, para que la corriente diese más fuerte». Entonces la obligaron a hacer el saludo fascista y «como un surtidor, empezó a salir sangre de los dedos».**28** Todos, «anteriores» y «posteriores», recibieron la visita de viudas de guerra acompañadas por falangistas que señalaban a los que creían culpables de la muerte de sus esposos. El participio «desaparecido», en función transitiva, no fue un invento del Cono Sur.

Los libros sobre la guerra civil están llenos de los nombre de los vencedores, pero no de los que levantaron los pesados bloques de piedra de la larga noche franquista. Tal vez valga la pena llenar aquí una sola página con una historia, no de las más siniestras, que vale por tantas otras igualmente trágicas: la de María Salvo. María fue detenida en Madrid, en septiembre de 1941, por participar en un intento --frustrado- de reorganización de la Juventud Socialista Unificada. Acababa de llegar del campo de concentración de Francia y disponía de poca información. En la Dirección General de Seguridad de la Puerta del Sol fue torturada y apaleada hasta que la dejaron estéril. De allí fue trasladada al convento-prisión de Les Corts, en Barcelona, donde estuvo nueve meses incomunicada. Compartía con otras tres mujeres una pequeña celda del convento, un balde de agua diario para lavarse y una lata para hacer sus necesidades.

La alimentación que le daban -caldo de boniatos y coles del huerto- le provocó una colitis y le hizo contraer la tuberculosis. Una vez le levantaron la incomunicación, pudo pasar a la sala general de presas, donde todas dormían en el suelo, en un espacio de 50 centímetros por persona. Estaba cubierta de sarna y ya no sentía las picaduras de los piojos. En 1943 la trasladaron a la cárcel de Las Ventas, en Madrid, donde ocupó con otras nueve mujeres una celda «individual» en la que no podían acomodarse para dormir, ni tampoco lo hubieran conseguido por la proximidad del cementerio, desde donde llegaban los sonidos de las descargas de fusilería de los pelotones de ejecución. Hasta el 15 de diciembre de 1944 no compareció ante el consejo de guerra, que la condenó a 30 años de reclusión mayor. Fue trasladada a Segovia, donde estuvo hasta 1956, y de allí a Alcalá de Henares, donde pasó un año más. Perdió toda su juventud -de los veintiuno a los treinta y ocho años- en la cárcel, pero no la doblegaron: «Nosotros no éramos vencidos, sino derrotados. Vencidos son los que aceptan la situación y derrotados son los que se enfrentan a ella. Nosotros no nos conformamos nunca. Nunca lo aceptamos. Nunca».**29**

Como los «rojos» eran «criminales empedernidos, sin posible redención dentro del orden humano»,**30** se pensó en investigar las raíces profundas de tanto mal. Antonio Vallejo Nágera,

comandante del ejército, miembro de Acción Española y catedrático de psiquiatría de la Universidad de Madrid, se aplicó a ello fundando, en el verano de 1938, un gabinete de investigaciones psicológicas con el fin de estudiar «el psiquismo del fanatismo marxista» y estableciendo durante la guerra catorce clínicas psiquiátricas en zona nacional. Las investigaciones del comandante Vallejo le llevaron a concluir que la única forma eficaz de proteger a la sociedad de semejante amenaza era «la segregación total de estos sujetos desde la infancia», para lo que pedía la fundación de una Inquisición moderna que persiguiera «a plaga tan temible» para evitar la disolución racial de la Hispanidad. En consecuencia, los hijos de las presas que no estaban en las cárceles fueron tutelados por el franquismo para evitar que se convirtieran en «rojos». En 1943 había 12.042 niños y niñas que habían sido apartados de sus madres y entregados al Auxilio Social, a hospicios y a centros religiosos. Algunos de estos niños fueron entregados en adopción, tras cambiarles el nombre, a familias respetables.**31**

36. La cárcel abierta

Pese a que gran parte de España era un universo penitencial, quedaban muchas personas en los pueblos y en las ciudades que, trastornadas por las ejecuciones o desapariciones de sus familiares, angustiadas por la vida trashumante que nevaban mujeres e hijos de prisioneros a los que iban siguiendo por los distintos campos de concentración, o enfebrecidas por el hambre, la miseria y la desesperación, podían llegar a ser una amenaza para el buen orden castrense. Estaba claro que había que inventar una policía militar, aunque se la llamara de otra forma. «En el orden de la gobernación, es necesario crear el instrumento policíaco y de orden público del nuevo régimen, tan vasto y numeroso como exijan las circunstancias, ya que lo más oneroso para la nación sería la perturbación de nuestra paz interna, indispensable a nuestro resurgimiento», escribió Franco el 20 de diciembre de 1939.¹

Aquel mismo mes se creó el Servicio de Información Especial Antimasónico y en marzo de 1940 fue promulgada la Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo, que para Franco eran responsables, por lo menos, de la pérdida del imperio, de la guerra de Independencia, de las guerras carlistas, de la caída de la Monarquía y de los numerosos «crímenes de estado» de la época republicana. Durante muchos años, por medio de agentes, Franco recibió informes y copias de documentos secretos referentes a las actividades masónicas.² El 29 de marzo de 1941 se promulgó la Ley para la Segundad del Estado que, entre otras cosas, castigaba la propaganda ilegal y el asociacionismo, la difusión de rumores que pudieran perjudicar al régimen o la convocatoria de huelgas, delitos que eran asimilados a la «rebelión militar». Más tarde, en abril de 1947, la Ley de Represión del Bandidaje y Terrorismo, concebida específicamente contra la guerrilla y la oposición armada, vino a suponer otra vuelta de tuerca al potro donde yacían las libertades.³ Aunque era la autoridad militar, por supuesto, la encargada de aplicar estas leyes, también se responsabilizaría de que se cumplieran con todo rigor el cuñado de Franco, Ramón Serrano Súñer, todopoderoso ministro de la Gobernación, responsable de orden público y cabecilla de la Falange.

FET y de las JONS, que proporcionaba al régimen uno de sus variados disfraces ideológicos, había sido llamada por Franco a desempeñar un papel crucial en las redes de represión y control social. Tarea de Serrano Súñer era fijar los límites que no habían de traspasar los falangistas joseantonianos, los «camisas viejas», que no hacían más que ofender a los militares con sus consignas pseudorrevolucionarias. Como la interpretación de los famosos 26 puntos de Falange era «imperativo indeclinable y exclusivo del Caudillaje», el 31 de julio de 1939 Franco promulgó un decreto sobre los estatutos de Falange Española cuyo artículo 11 decía textualmente: «Como autor de la era histórica donde España adquiere las posibilidades de realizar su destino y con él los anhelos del Movimiento, el Jefe [es decir, Franco] asume en su entera plenitud la más absoluta autoridad. El Jefe responde ante Dios y ante la Historia». El artículo 42 establecía que Franco designaría directamente a su sucesor. Serrano Súñer fue nombrado presidente de la Junta Política y el general Muñoz Grandes secretario general en sustitución del «camisa vieja» Fernández Cuesta, que fue enviado como embajador al Brasil. Eliminada o apartada la vieja guardia de Falange, el partido ya estaba en condiciones de acometer su nueva responsabilidad.

El organigrama de Falange era muy adecuado para la función que se le encomendaba. El jefe nacional -Franco- designaba a quienes iban a constituir el Consejo Nacional, militares de su total confianza, neofalangistas dispuestos a obedecerle ciegamente y algunos «camisas viejas» domesticados. El Consejo Nacional nombraba sólo a la mitad de los miembros de la Junta Política, porque la otra mitad también la designaba Franco. Franco era también el que nombraba al jefe provincial de Falange, que, a partir de 1941, simultanearía el cargo con el de gobernador civil, y que, a su vez, nombraba a los jefes y secretarios locales de todas las

ciudades y pueblos de España. El partido tenía en 1939 unos 650.000 afiliados, que prácticamente se duplicaron en 1945 y que coparon todos los puestos de la administración del Estado, lanzando sus prietas filas a controlar la universidad, los sindicatos, el Frente de Juventudes, la Sección Femenina, la prensa y la propaganda. La inmensa burocracia falangista y sus modos de actuación fascistoide le recordaban al cónsul del Reino Unido en Madrid, a comienzos de 1940, una administración colonial: «la Falange desempeña casi el mismo papel que la administración europea en una colonia africana».**4**

El 23 de septiembre de 1939 se creó el Sindicato Español Universitario (SEU), en el que estaban obligados a integrarse todos los estudiantes de la Universidad y de las escuelas técnicas superiores. Sus rectores, nombrados por el gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, eran «jefes de la Universidad y delegados del Gobierno». En diciembre de 1940 se creó el Frente de Juventudes y se promulgaron las leyes de Unidad Sindical y de Bases de la Organización Sindical que completaban la de 29 de septiembre de 1939, que había otorgado a la Falange el patrimonio «de los antiguos sindicatos marxistas y anarquistas». La clase obrera, que ya se había quedado sin líderes, no tenía ahora ni patrimonio ni lugar alguno donde reconocerse.

En manos falangistas, la Organización Sindical agrupó a los españoles en un inmenso cuerpo de ejército cuyo estado mayor era la Delegación Nacional de Sindicatos y su general en jefe, Franco. Las empresas, regidas por normas cuasimilitares, eran como cuarteles donde el patrón, como si fuera el coronel de un regimiento, tenía unas atribuciones disciplinarias excepcionales. El orden castrense impregnó de tal modo la mentalidad patronal que, en 1947, los empresarios se opusieron a la constitución de los «jurados de empresa» por considerarla «una innovación peligrosa».**5**

Encuadrados así los «productores», había que organizar, también, la vida de quienes no producían y, además, no debían producir: las mujeres. Para ello estaba la Sección Femenina, que tuvo su origen en la red de comedores del Auxilio de Invierno (copiado de la *Winterhilfe* alemana), fundado durante la guerra por la viuda de Onésimo Redondo, Mercedes Sanz Bachiller. A partir de la primavera de 1937, el Auxilio de Invierno se denominó Auxilio Social, que reproducía ahora las características básicas del *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt*, fundado por Goebbels.**6** En diciembre de 1939, Franco ordenó que la organización de Sanz Bachiller se fusionara con la Sección Femenina de Falange, que capitaneaba Pilar Primo de Rivera, la hermana del «Ausente».**7**

Mercedes y Pilar no se entendieron, la primera dimitió y la segunda pudo llevar a cabo su ideario, caro a Franco, que consistía en encuadrar y formar a las mujeres españolas en aquellas tareas que les eran propias, es decir, el cuidado del hogar y de la familia y la subordinación de la mujer al marido, identificado de forma mística con Franco o José Antonio.**8** En realidad, la tarea básica que desempeñó la Sección Femenina fue controlar a las mujeres para educarlas en los principios del Movimiento. La obligación que tuvieron todas las mujeres españolas de servir durante seis meses en el servicio social no dejó de observarse hasta bien entrados los años 60. Auxilio Social no desapareció hasta la muerte de Franco. En 1960 aún acogía a 69.000 niños distribuidos en 372 instituciones, y daba de comer a 62.000 personas en sus 1.160 comedores.**9**

Pero si la derrota de los vencidos había de ser realmente ejemplar, la acción represiva no podía quedarse sólo en el exterminio, la violencia física, la privación de libertad, la explotación o el control social, acciones todas, al fin y al cabo, referidas a lo material. Había que someter también el alma, y el alma, como es sabido, sólo es de Dios.

Tras restituir a la Iglesia todos sus bienes, Franco le concedió una generosa dotación económica, exenciones fiscales, un estatuto excepcional para sus órdenes religiosas, un fuero

de asociación específico, competencia exclusiva en las causas matrimoniales, un calendario de festividades litúrgicas y... el monopolio de la enseñanza primaria y secundaria. Juan Ibáñez Martín, ministro de Educación Nacional hasta 1951, había sido diputado de la CEDA por Murcia en 1933. Procedía de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (ACNP) y era un devoto hijo de la Iglesia. En nombre de ella, Ibáñez Martín depuró a conciencia a miles de maestros y a centenares de profesores de enseñanza media.

Sus principales colaboradores fueron Tiburcio R. de Toledo, jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Primaria, y José Pemartín, jefe del Servicio Nacional de Enseñanza Media y Superior, que empararon a los niños en una moral religiosa tridentina para contrarrestar la acción educativa, laica y normalmente liberal, de los maestros de escuela. El «maestro nacional» republicano, execrado por militares y falangistas,**10** había sido el gran competidor del clero secular y regular, forzado a contemplar impotente desde la instauración de la República cómo aquél desmontaba los dogmas religiosos y denunciaba la corrupción del clero, arrancando del seno de la Iglesia a sus futuros hijos. Ya en abril de 1937 se había denunciado que: en casi todos los pueblos en donde estalló la revolución, como en la generalidad de todos los de España, el agente soviético más eficaz era el maestro de escuela. Alguien le ganaba la infame partida, superando las malas artes de su venenosa faena: la maestra.**11**

La cuarta parte del cuerpo de magisterio, unos 15.000 maestros, fue purgada. De éstos, unos 6.000 sufrieron inhabilitación total, 3.000 fueron suspendidos temporalmente y a otros 6.000 se les revocó la plaza y tuvieron que extrañarse.**12** En Lugo fueron depurados prácticamente todos los maestros que no habían dado «su última lección».**13** No sólo se persiguió a los vivos: en mayo de 1941, la Comisión Depuradora de Madrid expulsó del cuerpo de catedráticos de instituto a don Antonio Machado, cuyos restos descansaban ya en Collioure, y no se le reincorporó hasta el 31 de diciembre de 1981.**14** La venganza de la Iglesia fue tal que si en 1940 había en España 119 institutos de enseñanza media, en 1956 seguía habiendo 119. Todo el incremento del alumnado que se produjo en esos 16 años fue a parar a los centros religiosos.

La enseñanza universitaria quedó, como hemos visto, en manos de la Falange, pero dado el carácter público de la Universidad española, «difícilmente podía enseñar doctrinas contrarias a la Iglesia».**15** Entre los profesores universitarios el castigo afectó al 33 por 100, pero llegó, en el caso de Barcelona, hasta el 44 por 100, y fueron depurados en total unos 1.100. **16** Los pocos intelectuales que no se exiliaron fueron perseguidos con la cárcel o con sanciones ejemplares, aunque poco podían hacer en un país que había recuperado como guías del pensamiento a Jaime Balmes, a Donoso Cortés, al peor Menéndez Pelayo o al beato Diego José de Cádiz. El Consejo Superior de Investigaciones Científicas creado por Franco se proponía «la restauración de la clásica y cristiana unidad de las ciencias, destruida en el siglo XVIII».

En la cruzadilla por entroncar con el pasado imperial, se reivindicó el siglo de oro, la arquitectura herreriana, los imagineros barrocos, el paisaje castellano, la música sacra, Velázquez, El Greco, los místicos, y se abjuró de todo vanguardismo estético, que vino a ser el *enfúrtete Kunst* del franquismo. El expurgo de libros, la sotanización de la enseñanza y la represión contra catedráticos, maestros e intelectuales trataba de erradicar la tradición republicana y liquidarla como espuria y antiespañola. Sobre todo en cuanto era deudora de la Institución Libre de Enseñanza, *hete noire* del catolicismo integrista, para quien la Institución era hija de la masonería y del judaísmo. Ya lo había dicho Pemán: «El Estado ... reservaría toda su dureza depuradora a todos los intelectuales que habían optado por lo antinacional, lo masónico, lo judío o lo marxista». Para ello podía contar con la ardorosa colaboración de gentes como Enrique Súniz, que se proponía a sí mismo como chivato y verdugo: «Busco

señalarlos con el dedo [a los hombres de la Institución] delatando con todo valor, duramente, sin eufemismos ni atenuaciones, sus turbias actividades». **17**

Desde marzo de 1937, cuando se había creado la Junta Nacional de Censura Cinematográfica, las películas vinieron a añadirse al control que, supervisado por militares, ejercían los sacerdotes sobre libros, revistas y obras de teatro desde la Ley de Prensa de 1938. Los censores eclesiásticos y militares desmontaron bibliotecas, requisaron libros de particulares con los que hicieron hogueras **18** y prohibieron la difusión de una buena parte de la cultura universal. El expurgo de libros se hizo a conciencia. Como no se trataba sólo de quitar de en medio los textos marxistas, ácratas o liberales que tantas desgracias habían traído a España, sino que había que arrancar el mal de allí donde había anidado y crecido como un cáncer, se prohibieron prácticamente todos los libros menos los religiosos. **19**

La Iglesia española tuvo una presencia constante y una complicidad inolvidable en todos los órganos educativos, laborales, sociales, penales y legislativos de la nueva España, a través de los capellanes castrenses, de los sacerdotes y frailes en la enseñanza, de curas y monjas en los hospitales y en las cárceles, de consiliarios en el sindicato único y de obispos, elegidos por Franco, en las Cortes. Toda España era, en palabras de Eva Perón, un enjambre de «sotanudos y chupahostias». **20**

Los derrotados que tuvieron la fortuna de no ir a parar ni a los campos ni a las cárceles, se vieron enfrentados a sanciones de tres tipos: las «restrictivas de la libertad», que suponían una inhabilitación a perpetuidad o por muchos años en las carreras y profesiones de los sancionados; las «limitativas de la libertad de residencia», que comportaban el destierro o la «relegación a nuestras posesiones africanas», y las económicas, que llevaban aparejadas la pérdida de los bienes y el pago de sanciones elevadas.

Para aplicar estas sanciones, los jueces instructores se basaban en los informes que sobre el acusado proporcionaban el jefe local de Falange, el cura párroco o el comandante de puesto de la Guardia Civil, los cuales, a su vez, los recibían de quienes, muchas veces, se movían por el odio, la codicia o la simple venganza. Había habido demasiados muertos, la vida era muy dura y un puesto en la administración del Estado podía significar comer caliente todos los días. «Minorías de celantes movidos por la envidia, el resentimiento, la pequeñez y el arribismo se apresuraron a ocupar los puestos que quedaron vacantes por la depuración o el exilio, o a multiplicar cargos y sinecuras aduciendo su calidad de ex combatientes.» **21**

La participación del común en el terror fue espoleada por falangistas, militares y sacerdotes. Las autoridades establecieron en muchos casos centros de recepción de denuncias a cuyas puertas se formaron colas de ciudadanos deseosos de colaborar. Se exhortaba a denunciar no sólo por cumplir un deber patriótico, sino porque el que no lo hacía podía incurrir en la pena correspondiente al delito de encubrimiento, y hasta se facilitaron modelos impresos de delación para los funcionarios públicos. Los porteros de los inmuebles fueron convertidos en esbirros de la policía que les obligó a pasar información sobre los «sospechosos» y denunciar a los que no asistían a misa los domingos. En la iglesia, los curas predicaban la vigilancia constante ante las obras y las pompas de Satanás. Había que exorcizar una especie de espíritu abstracto del mal, al que los periódicos se referían como la «sexta columna», una suerte de sexto sentido subversivo. Los derrotados tuvieron que mendigar en un medio hostil, pródigo en humillaciones, informes y avales de jerifaltes civiles y eclesiásticos que les pusieran a cubierto de los «verdugos voluntarios» de Franco. **22**

Pero ahí no terminaba todo, nunca terminaba. Había que sobrevivir y luchar para encontrar un medio de subsistencia. A los desafectos al régimen, que habían sido expulsados de la administración pública y de las empresas privadas, no se les daban permisos para montar pequeños negocios, todas las oposiciones y concursos estaban restringidos a los vencedores,

así como el 80 por 100 de las plazas disponibles tanto para empresas públicas como privadas que eran para los mutilados (del ejército de Franco, claro), los alféreces provisionales, los ex combatientes, los ex cautivos, las viudas y los huérfanos de víctimas de los «rojos»... Además, para encontrar trabajo era preciso disponer de un certificado de buena conducta de un integrante de las fuerzas vivas.

Privadas de un ingreso, muchas familias de derrotados tuvieron que emigrar de los pueblos, donde eran conocidas, a las ciudades, y otros muchos, de las ciudades a pueblos donde vivían familiares con alguna huerta o medio de vida que pudieran darles de comer.**23**

Los traslados, las enfermedades, las privaciones y el hambre se sumaron a las trágicas condiciones sanitarias de pueblos y ciudades para hacer la vida aún más precaria. Toledo, por ejemplo, careció de agua corriente hasta noviembre de 1948, y cuando llegó a la ciudad lo fue «gracias a la intervención activa y directa del Caudillo, que ha resuelto al fin este arduo problema de Toledo que no consiguieron resolver ni iberos, ni romanos, ni árabes...».**24** En su discurso de inauguración, Franco admitió que «900 poblaciones importantes esperan aún la traída del agua de la mano generosa del régimen». En semejantes condiciones, no es de extrañar que de la mano generosa del régimen lo que llegara fueran enfermedades epidémicas, que hicieron verdaderos estragos.**25**

37. Los exiliados

Los 450.000 republicanos que cruzaron la frontera francesa a finales de febrero y primeros de marzo de 1939, tras el hundimiento de Cataluña, no fueron los primeros refugiados de la guerra civil que llegaron a Francia. Entre 1936 y 1938 ya se habían producido tres oleadas de refugiados, provocadas, la primera, por la derrota republicana del verano de 1936 en el País Vasco; la segunda, por la caída de los frentes de Santander y Asturias en junio de 1937; y la tercera, por la campaña de Aragón de la primavera de 1938.¹ Pero a mediados de marzo de 1939 había medio millón de refugiados republicanos en Francia.

Otros 15.000 refugiados, que pudieron huir del Levante en los últimos días de la guerra, llegaron a Túnez, donde fueron internados en los campos de Gettat y Gafsa, en Bizerta, y a Argelia, a los campos de Hadjerat-M'guil, Boghar, Berrouaghia y Djelfa, donde sobrevivieron en condiciones infrahumanas.²

Tan pronto como los refugiados españoles cruzaron la frontera con Francia, las autoridades galas separaron a los hombres que estaban en buenas condiciones físicas de las mujeres, los niños, los ancianos y los enfermos. Los primeros fueron internados en campos de concentración improvisados en las playas del sudeste de Francia. Los demás, unos 170.000, tras su paso por los campos de clasificación de Prats de Molió, La Tour-de-Carol, Le Boulu, Bourg-Madame o Arles-sur Tech, fueron enviados a centros de acogida y dispersados por no menos de setenta departamentos franceses.³

Los lugares a donde fueron conducidos los republicanos derrotados eran, principalmente, desoladas playas batidas por los vientos cortantes del mes de marzo, impregnadas de humedad y de olor a salitre. El primer campo que se abrió, a mediados de febrero, en Argelès-sur-Mer no era más que una marisma dividida en rectángulos de una hectárea y rodeada de alambradas de espino. Carecía de agua potable y no había nada dispuesto para la higiene de aquellas personas. Los 77.000 refugiados, vestidos y calzados precariamente, sin ninguna pertenencia, sin dinero y sin agua ni comida, tuvieron que construir con los restos que encontraron unos pocos barracones donde guarecer a los heridos, mientras los demás cavaron hoyos en la arena para protegerse del frío. Los víveres que recibieron fueron escasos y de mala calidad, tuvieron que hacer sus necesidades en la misma playa y se vieron forzados a beber agua de mar, lo que causó una epidemia de disentería. La sarna y los piojos se apoderaron de los cuerpos. Sometido a rigurosa disciplina militar, Argeles fue dividido en dos sectores, civil y militar, en los que se organizó a los hombres en centurias según el arma de la que procedían y manteniendo las jerarquías militares. Los oficiales, de mayoría comunista, eran los únicos interlocutores de las autoridades francesas. Todo el perímetro del campo estaba custodiado por soldados senegaleses. Pasadas las primeras semanas, a los refugiados se les proporcionó agua potable en bidones y material para que pudieran construirse sus letrinas junto al mar.⁴

Emil Shteingold, el brigadista letón, nos ha dejado sus impresiones sobre el mayor campo de todos los campos, Saint-Cyprien, donde se amontonaban más de 90.000 hombres:

Imaginaos una triste franja de tierra arenosa, carente de toda vegetación, de unos dos kilómetros de largo y de 400 a 500 metros de anchura. Por un lado la bañaba el Mediterráneo y, por el otro, una ciénaga. Toda la zona, dividida en corrales cuadrangulares, estaba rodeada de alambre de espino. A lo largo del perímetro del campo se habían dispuesto ametralladoras. En la playa se levantó una letrina que consistía en un largo leño asentado en dos pilones bajo el que discurría la marea. Así nos recibió la republicana Francia, con su gobierno socialista. Como muestra de gratitud por esta cálida acogida dimos a la zona donde estaba la letrina el nombre de "Boulevard Daladier"... Aunque la arena parecía seca, sólo lo estaba en la superficie. Teníamos que dormir al raso, sobre la playa, en grupos de cinco o diez hombres.

Con algunos de los capotes y las mantas hacíamos lechos y con otros nos cubríamos. Debíamos evitar girarnos a un lado y al otro, porque al entrar el cuerpo en contacto con la zona húmeda, que se helaba por el viento, se podía coger una neumonía... Los heridos y los enfermos también estaban allí. La mortalidad era muy alta, de unas cien personas al día.**5**

El resto de los campos de concentración del sudeste, como Le Barcarés, fueron, en líneas generales, similares al de Argelés-sur-Mer. El de Barcarés estaba en mejores condiciones porque acogió a los que manifestaron su disposición a repatriarse en seguida. Tenía barracones, pero, previsto para 50.000 personas, pronto albergó a muchas más. Los barracones, que medían ocho pasos de anchura y una treintena de longitud, debían contener, cada uno, 70 hombres mezclados sin distinción de edad ni procedencia que tenían que dormir directamente sobre la arena de la playa: «Es la arena la que nos servirá de cama y de mesa. El zurrón y la manta señalarán el espacio de cada uno». La alimentación era insuficiente y poco nutritiva; la sopa consistía en «dos cucharones por persona de un líquido en el que nadan algunos garbanzos desesperadamente solos. Yo he tenido suerte: ¡me han tocado cuatro!». **6**

Para aliviar esos campos, las autoridades francesas trataron de convertir en estables los campos de clasificación inicial de Arles, Prats de Molió y Bourg-Madame, pero tuvieron que desistir porque la gente se moría, literalmente, de frío. **7**

El campo de Vernet-les-Bains, situado entre Saverdun y Foix, era un campo disciplinario de la primera guerra mundial. De unas 50 hectáreas de extensión y dividido en tres secciones, la primera impresión al verlo era la de un caótico trenzado de alambradas que rodeaban el campo en direcciones dispares. Los barracones eran una pura ruina, contaba con celdas y cercados de castigo -«el cuadrilátero» o «el picadero»- y estaba totalmente incomunicado con el exterior. Los franceses enviaron allí a los que consideraron «peligrosos para la seguridad pública», entre ellos a miembros de la 26 División (la antigua columna Durruti) y a 150 ex brigadistas internacionales que ocupaban la llamada «barraca de los leprosos». Bajo el gobierno de Vichy, el campo pasó a disposición de los alemanes, que lo reestructuraron como si fuera un campo de concentración nazi. «Sólo faltaba el crematorio», nos dice Antoni Soriano. **8** Para Arthur Koestler, aún era peor: «desde el punto de vista de la comida, de las instalaciones y de la higiene, Vernet estaba incluso por debajo del nivel de un campo de concentración nazi». **9**

En semejantes condiciones, no es de extrañar que miles de refugiados murieran en los campos de Francia. En Saint-Cyprien se produjeron entre 50 y 100 fallecimientos diarios; en una sola noche retiraron 20 cadáveres del campo de Arles-sur-Tech y el promedio general no bajó de 30 muertos semanales. **10** Todos los cadáveres iban a parar a la fosa común. Los heridos y enfermos -unos 10.000- fueron atendidos en los hospitales de Perpiñán, Amélie-les-Bains o en barcos hospital, como el *Maréchal Lyautey* o *Asni*, en Port-Vendres. Los que fueron sobreviviendo merced a la escasa alimentación que aportaba el gobierno francés, pero también gracias a los envíos de la SERÉ y al auxilio de organizaciones caritativas como el Comité de Acogida a los Niños de España, patrocinado por la Confédération Générale du Travail (CGT) y la Liga Francesa por los Derechos del Hombre, o la Comisión Internacional para la Ayuda a los Refugiados Infantiles, patrocinada por los cuáqueros, fueron enfermando de desesperanza y aburrimiento. A su mal le llamaron con humor amargo «arenitis». **11** Otros, como siempre sucede, se las ingeniaron para sobrevivir, llevaron a cabo actividades deportivas y culturales y hasta llegaron a editar periódicos, sobre todo los miembros de la FUE y de la FETE. **12** En aquellas condiciones extremas para la supervivencia, apareció en seguida un miserable mercado negro, en el que intervinieron los guardias del campo, basado en el supuesto oro que algunos republicanos traían consigo, en la ayuda de las instituciones de

apoyo y caritativas y en rendimientos de los pequeños trabajos que algunos pudieron realizar para los agricultores y comerciantes vecinos.**13**

El recuerdo que han conservado los exiliados republicanos que padecieron los campos franceses es unánime: fueron tratados como animales. Es cierto que, tras el caos de las primeras semanas, la administración francesa hizo un esfuerzo de organización mínima e inició, con la ayuda de los propios refugiados, la construcción de barracones, aportando medios para que pudieran tener unas condiciones higiénicas elementales. Pero también es cierto que el gobierno Daladier acogió a los refugiados porque no tuvo más remedio que hacerlo, y lo hizo con desconfianza y aprensión. Las autoridades francesas sólo permitieron salir de los campos a los republicanos que tenían parientes establecidos en Francia, con la condición de que les avalaran y con el compromiso por parte de los refugiados de no solicitar jamás ayudas del Estado ni de las instituciones públicas francesas.**14**

Tal vez no debería olvidarse que el gobierno de Daladier tenía que gastar en el mantenimiento de los refugiados 15 francos por persona y día y 60 francos por cada enfermo o herido hospitalizado, es decir, más de siete millones de francos diarios, y que ese gasto era para mantener con vida «a comunistas», en los que Daladier veía el mismo peligro que Franco. Quizá por eso, *Candide* se quejaba de que se les diera de comer.**15**

En efecto, desde el mismo mes de marzo de 1939, el Ministerio del Interior francés comenzó a elaborar listas de sospechosos de activismo político que fueron trasladados al castillo templario de Collioure, cerca del cementerio donde estaba enterrado Antonio Machado, y que al final hubo que cerrar porque trascendieron al exterior los castigos y malos tratos, gracias sobre todo a la valiente denuncia de Henri Wallon.**16** Las mujeres sospechosas de activismo revolucionario fueron internadas en el campo de Rieucros. Aunque la prensa de izquierdas, como *Le Populaire*, *L'Humanité* o *Ce Soir*, denunció muchas veces las terribles condiciones de los campos, los periódicos de derecha, que ya habían puesto el grito en el cielo cuando empezaron a pasar la frontera los primeros refugiados, presionaron constantemente al gobierno francés para que se deshiciera de los «indeseables» españoles y de «la hez de las cárceles catalanas» y los devolviera a Franco cuanto antes. *Le Fígaro* decía que todos los republicanos eran unos holgazanes que no querían colaborar, *Action Française* se preguntaba si Francia había de convertirse en «el estercolero del mundo», y de forma similar se expresaban *Le Petit Parisien*, *La Dépêche du Midi*, *L'Indépendant des Pyrénées-Orientales*, *La Garonne* o *La Croix*.**17** La batalla de papel por los refugiados duró muy poco tiempo. Excepto entre los sectores más politizados de la izquierda, la suerte de los republicanos españoles dejó de preocupar a los franceses, que pasaron de la compasión a la indiferencia.**18**

A los proscritos republicanos se les presentaban cuatro opciones: volver a España para caer en manos de Franco; reemigrar desde Francia a otros países de Europa y América; acogerse a la oferta de formar parte de las compañías de trabajadores que organizó la administración francesa, o enrolarse en la Legión Extranjera. Desde luego que la prioridad máxima de las autoridades francesas fue impulsar la primera opción e hicieron cuanto pudieron para incitar -cuando no engañar- a los refugiados para que regresaran a España.**19**

A finales de 1939 unos 300.000 refugiados habían escogido el exilio permanente, ya fuera en Francia, en otros países de Europa o en América, pero entre 140.000 y 180.000 habían regresado a España para caer en las manos de Franco.**20**

Éste, a mediados de mayo de 1939, abrió las fronteras para los refugiados que regresaban pensando que no tenían nada que temer, y al comenzar la segunda guerra mundial, se dirigió a los muchos españoles que aún quedaban en Francia invitándoles a regresar, diciéndoles:

Todos saben, incluso por informes directos de los suyos, cómo se administra la justicia de Franco, con qué benevolencia, con cuánta escrupulosa apreciación de las razones complejas determinantes de muchas conductas, proceden sus gobernantes ... Todos los españoles de conciencia limpia y pasado honrado tenéis allí vuestra patria para trabajar en la empresa de hacerla mejor y reparar sus males. **21**

Lo que no decía Franco es que serían los tribunales militares los que iban a determinar si el pasado de los que volvían era «honrado» o no.

La segunda opción que se les había presentado a los republicanos españoles refugiados en Francia era reemigrar a otros países. De entre todos los de lengua española, México fue el que ofreció la hospitalidad más generosa. Ya en 1937, el presidente Lázaro Cárdenas, gran amigo de la República española, había acogido a 500 niños evacuados de la España en guerra abierta, los famosos «niños de Morelia», y a partir de la derrota republicana hizo cuanto estuvo en su mano para gestionar la llegada de los proscritos a su país. El 20 de abril desembarcó en Veracruz un primer grupo de 77 refugiados españoles y el 30 de mayo llegó a las costas mexicanas el *Flandres*, con 320 españoles, entre los cuales figuraban el ex jefe del Gobierno y ministro de la República el doctor José Giral, su hijo, Juan Domenchina o Juan Botella. Poco después llegó el general Miaja, a quien se le tributó un caluroso recibimiento. Más tarde llegaron las tres grandes expediciones financiadas por el SERÉ a bordo del *Sinaia*, del *Ipanema* y del *Mexique*, al año siguiente una nueva oleada **22** y más en los posteriores.**23**

El Chile del Frente Popular y de Pedro Aguirre Cerda acogió a 2.271 refugiados **24** que Neruda, desde su puesto de cónsul en París, ayudó a reclutar. Primero en el *Winnipeg* luego en el *Formosa*, el *Órbita* y el *Massilia*, llegaron a Chile Margarita Xirgu, Josep Ferrater Mora, Joan Oliver, Xavier Benguerel, José Balines, Leopoldo Castedo, Roser Bru y Víctor Pey. La República Dominicana recibió entre el 7 de noviembre de 1939 y el 30 de abril de 1940 **25** a 3.032 refugiados que escapaban de Franco para caer en las manos de Trujillo y que tuvieron que reemigrar a Venezuela, Cuba o México tan pronto como pudieron. Entre ellos, el célebre Jesús Galíndez, hombre del PNV y espía luego de Estados Unidos. En Colombia, el presidente Eduardo Santos, gran amigo de la República y admirador de Azaña, sólo pudo acoger a unos 200 refugiados. Entre Venezuela y Cuba quizá recibieron a unos 2.000.

La República Argentina, que tenía un gobierno de derechas, puso un montón de trabas y sólo permitió la llegada de 2.500 republicanos, especificando que si era posible fueran vascos, porque daban por descontado que todos los vascos tenían que ser católicos. Pero, además, no tuvo más remedio que aceptar a los 60 intelectuales que llegaron en el *Massilia*, en ruta hacia Chile, por la campaña de simpatía que organizaron el periódico *Crítica* y la gente que lo animaba. Los españoles refugiados, entre los que se contaban Claudio Sánchez Albornoz, Francisco Ayala, Luis Jiménez de Asúa, Pere Corominas, Pío del Río Hortega, Lorenzo Luzuriaga y tantos otros, contribuyeron a animar la vida universitaria e intelectual argentina y fundaron entre 1948 y 1952 casas editoriales tan importantes como Losada, Sudamericana, Emecé, Botella al Mar, Pleamar, etc.**26**

Los países europeos sólo aceptaron unos pocos miles de refugiados españoles. Bélgica admitió entre dos y tres mil niños. El gobierno británico sólo quiso acoger a funcionarios importantes o a los republicanos que fueran avalados por un británico, con lo que sólo entraron en el país unos pocos cientos. La administración Roosevelt no fue más generosa. Los que acogió la URSS no llegaron a 3.000, que fueron en su mayoría dirigentes y cuadros del PCE.

De los refugiados que decidieron quedarse en Francia, entre 50.000 y 60.000 **27** entraron a formar parte de las denominadas *compagnies de Travailleurs Etrangers* (CTE), que estaban militarizadas. A los que se integraban en ellas se les llamaba «prestatarios de servicios» y sus

condiciones de retribución económica son difíciles de concretar, pero debían oscilar entre los 50 céntimos de franco y los cinco francos, extrapolando las cantidades extras percibidas como prima por productividad.**28** En cualquier caso, como dice Bennassar, «no era un verdadero salario».**29** Los republicanos enrolados en las CTE trabajaron en las minas, en las industrias de guerra y en la agricultura. Otros 6.000 habían optado por alistarse en la Legión Extranjera, aunque, como a la mayoría le repugnaba la idea porque la asociaban mentalmente con el Tercio de Extranjeros contra el que habían combatido en España, el gobierno francés organizó para convencerles los llamados Regimientos de Marcha de Voluntarios Extranjeros.

Los gobernantes de la República en el exilio no sufrieron, en su inmensa mayoría, ni los padecimientos ni las vejaciones de los campos franceses, ni el horror de las cárceles de Franco, pero no se libraron de las amarguras del exilio ni, lamentablemente, tampoco de sus viejas rencillas y miserias personales. El ex presidente de la República, Manuel Azaña, enfermó muy pronto del corazón en Collonges, y en octubre se instaló en Pyla-sur-Mer, cerca de Burdeos, desde donde tuvo que ser trasladado a Montauban. Allí falleció el 4 de noviembre de 1940 y allí fue enterrado, cubierto por la bandera de México porque el prefecto de la ciudad prohibió que lo fuera por la tricolor republicana y pretendió que se cubriera el féretro con la bandera de Franco.**30**

El jefe del Gobierno, Juan Negrín, y su némesis, Indalecio Prieto, retomaron en Francia su trágico enfrentamiento. Aunque Negrín había convocado la Diputación permanente de las Cortes en París el 31 de marzo de 1939, Prieto organizó una nueva reunión el 27 de julio para que se disolviera formalmente el gobierno de la República. Aunque su propuesta venció por catorce votos a favor y cinco en contra (dos de los comunistas y tres de los negrinistas presentes), Negrín no la aceptó porque sostuvo que si a él se le negaba legitimidad, menos la tenía la Diputación permanente para tomar semejante decisión, que vulneraba los preceptos constitucionales.

El enfrentamiento estalló cuando la Diputación permanente creó la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) y exigió a Negrín, para ésta, el control de los valores y bienes que tenía el gobierno de la República en distintos países de Europa y América, entre ellos el famoso «tesoro» del *Vita*, fletado por el Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles (SERÉ) que Negrín había fundado en París el 1 de abril para controlar y seleccionar la ayuda económica a los refugiados de su cuerda. El «tesoro» procedía de las sentencias del Tribunal Popular de Responsabilidades Civiles que ordenaba la retención de salarios y la congelación de cuentas bancarias, así como la requisa de joyas, bonos, obligaciones y valores de los responsables y simpatizantes de la sublevación militar que habían huido al extranjero o se habían pasado a zona nacional. Se había creado, al efecto, en octubre de 1936, una «caja de reparaciones» en la que se había ingresado una parte de aquellas riquezas, ya que otra había ido a parar a organizaciones del Frente Popular y a los anarcosindicalistas, que habían creado sus propias «cajas» de compensación.**31**

El «tesoro» del *Vita*, un yate que había pertenecido a Alfonso XIII, consistía en un cargamento de joyas y valores que equivalían, quizás, a unos 300 millones de dólares.**32** Fletado en Francia por Negrín y tripulado por sus célebres carabineros, el *Vita*, que había zarpado de El Havre a mediados de febrero de 1939, llegó a Veracruz un par de días antes de lo previsto. En consecuencia, el doctor José Puche, hombre de confianza de Negrín, no estaba en el puerto para hacerse cargo del contenido del yate, con lo que Enrique Puente, el capitán de carabineros que estaba al mando, telefoneó a Prieto, quien tomó posesión del cargamento con el permiso del presidente Cárdenas. El «tesoro» fue trasladado a Ciudad de México bajo el control y la responsabilidad de la JARE, es decir, de Prieto, hurtándolo así de manos negrinistas y comunistas y utilizándolo para sus propios fines políticos. En enero de 1941, el

gobierno de Ávila Camacho tomó el control de la JARE después de que salieran a la luz diversas irregularidades, como la fundición de monedas de oro de gran valor numismático, aunque no pudo realizarse ninguna auditoría por falta de documentación oficial.**33**

Pero ni Negrín ni los suyos se vieron, precisamente, en la miseria. Él, personalmente, controlaba un trust que administraba intereses españoles incautados por el gobierno de la República, como las acciones de la CHADE que habían pertenecido a Cambó, de modo que dispuso del dinero suficiente para comprarse una mansión a pocos kilómetros de Londres, adonde había huido, tras la caída de Francia, acompañado por Casares Quiroga, Ramón Lamonedá, Francisco Méndez Aspe y otros diez o doce dirigentes republicanos. Antes de embarcar en Burdeos envió un mensaje a Largo Caballero y visitó a Azaña -ya muy enfermo- invitándoles a acompañarle.**34** Desde entonces y hasta agosto de 1945 Negrín residió en Gran Bretaña como jefe de un gobierno democrático obligado al exilio por una sublevación militar. Los británicos, reticentes al principio, le permitieron vivir allí a condición de que jamás interfiriera en la política del Reino Unido hacia Franco.

Éste, en cambio, no estaba dispuesto a dejar en paz ni a los dirigentes republicanos ni a los responsables de partidos y organizaciones del Frente Popular refugiados en Francia. Tras la ocupación del país por las tropas alemanas, Franco pidió al mariscal Pétain la extradición de 3.617 dirigentes republicanos,**35** entre ellos Azaña, Negrín, Prieto, Largo Caballero, Manuel Pórtela Valladares, Federica Montseny, Lluís Companys, Josep Tarradellas, Julio Just, Rodolfo Llopis, Joan Peiró, Julián Zugazagoitia, Francisco Cruz Salido, Cipriano Rivas Cherif, Carlos Montellá, Miguel Salvador... El gobierno de Vichy concedió muy pocas extradiciones, pero colaboró con la Gestapo para detener a Companys, Peiró, Zugazagoitia, Cruz Salido, Rivas Cherif, Montellá y Salvador. Cuando fueron entregados a Franco éste hizo fusilar a los cuatro primeros y condenó a cadena perpetua a los restantes. También Largo Caballero fue detenido por la Gestapo, pero en vez de entregarlo a Franco lo llevaron a Berlín y, después de interrogarlo, al campo de concentración de Sachsenhausen-Oranienburg, de donde no saldría hasta abril de 1945, poco antes de su muerte. El embajador de Franco en París, José Félix de Lequerica, se ocupó personalmente de perseguir a dirigentes e intelectuales republicanos, como Max Aub, que fue deportado a Argelia, al terrible campo de concentración de Djelfa.**36**

Los dirigentes de la CNT habían fusionado los comités directivos de la FAI, de la CNT y de la FIJL en un denominado Consejo del Movimiento Libertario del que formaban parte Mariano R. Vázquez -que moriría accidentalmente al cruzar a nado el río Marne-, Germinal de Sousa, Germinal Esgleas y su compañera Federica Montseny. Asumió la secretaría Germinal Esgleas, pero en el seno del comité rebrotaron las dos ramas tradicionales del anarquismo y con ellas la vieja lucha de los puristas, partidarios del sindicalismo, y los que querían intervenir en la política. Algunos libertarios consiguieron pasar clandestinamente a España y organizar pequeños grupos, llegando incluso a editar un periódico, *Ruta*, pero sus comités nacionales y organizaciones locales fueron desarticulados, uno tras otro, por la policía franquista. El secretario nacional de la CNT clandestina Masó Riera fue fusilado a finales de 1939 y Pallareis tres años más tarde, mientras que el gobierno de Vichy encarceló a Germinal Esgleas, Manuel González Marín y Eduardo Val por atentar «contra la seguridad del Estado». Federica Montseny se salvó de la extradición porque estaba embarazada, pero sufrió prisión en Limoges y se la confinó forzosamente en la Dordogne. Hacia 1942, la CNT en suelo francés sólo estaba formada por ocho grupos organizados y no contaba más que con 80 afiliados.**37**

Wilebaldo Solano, del POUM, fue condenado por el gobierno de Vichy a 20 años de trabajos forzados; Ignacio Iglesias y Juan Andrade, también del POUM, fueron condenados a 20 y 12 años de trabajos forzados respectivamente.**38**

Los pocos cuadros comunistas exiliados en Francia fueron mantenidos a raya por la Comintern, obligados al silencio cuando no al desprecio de los demás republicanos mientras duró el pacto germano-soviético y, cuando cambiaron las tornas, Manuel Azcárate, Manuel Gimeno, Carmen de Pedro y Gabriel León Trilla (que fue asesinado más tarde por el propio partido, en Madrid) trataron de organizar una dirección en Francia alrededor de Jesús Monzón. Los comunistas del interior trataron en seguida de reorganizar el partido en la clandestinidad, pero todas sus tentativas fracasaron. Una de las primeras fue el intento de reorganizar en Madrid el Socorro Rojo y reconstruir las JSU, que terminó en matanza. Cincuenta y seis personas, acusadas de «rebelión militar», fueron fusiladas contra las tapias del cementerio del Este el 5 de agosto de 1939, entre ellas trece mujeres, siete de las cuales eran menores de edad: las famosas «Trece Rosas».**39**

Por su parte, Heriberto Quiñones (un comunista nacido en Besarabia), que actuaba con independencia de Moscú, de la Comintern y de los dirigentes del partido, escapó del campo de concentración y pasó a España para reconstruir la organización comunista. Fue detenido en diciembre de 1941, torturado salvajemente durante muchos meses y fusilado casi un año después «sentado en una silla porque no podía tenerse en pie a causa de las secuelas de la tortura».**40** Meses después fue ejecutado, también, Jesús Carreras y, más tarde, Jesús Larrañaga. Jesús Monzón también pasó a Madrid, donde organizó la Agrupación Guerrillera del Centro, pero fue detenido en julio de 1945 y condenado a muerte, aunque la pena capital le fue conmutada por 30 años de prisión, dadas las buenas relaciones de su familia con el régimen.**41** A los dirigentes comunistas no les alcanzó el largo brazo del general Franco porque estaban en la Unión Soviética o en América Latina.

38. La segunda guerra mundial

Encarrilada la acción de los «cuerpos» del ejército sobre el Estado nuevo, Franco regresó a las «armas» para afrontar sus responsabilidades en la construcción de un nuevo orden mundial. Cuando los alemanes invadieron Polonia, el 1 de septiembre de 1939, Franco, que ya había firmado el 27 de marzo de 1939 el pacto anti-Comintern y sacado a España de la Sociedad de Naciones el 8 de mayo, firmó un decreto ordenando «la más estricta neutralidad a los súbditos españoles», pero dos meses después, el 31 de octubre de 1939, reunió con carácter urgente a la Junta de Defensa Nacional para informarle que había decidido iniciar un ambicioso rearme de los ejércitos y poner en marcha una movilización gradual hasta alcanzar las 150 divisiones (unos dos millones de hombres). Franco ordenó al Alto Estado Mayor:

1. Preparar el cierre efectivo del Estrecho, principalmente mediante el uso concentrado de artillería sobre Gibraltar.
2. Preparar operaciones contra el Marruecos francés, haciendo acopio de material, municiones y movilizándolo discretamente fuerzas indígenas.
3. La Marina debía estar lista para bloquear el tráfico marítimo francés en el Mediterráneo occidental, incluyendo sus puertos norteafricanos, y las rutas inglesas hacia Europa occidental, con un eventual bloqueo de la costa portuguesa. Para ello se contaría con el apoyo de las marinas alemana y eventualmente italiana, si el Duce se decidía a entrar finalmente en guerra.**1**

Las costas y las aguas jurisdiccionales españolas fueron puestas de inmediato al servicio de Alemania, que, aparte de su base en Cádiz, situó cerca de Vigo a veintiún submarinos para controlar los pasos del Atlántico, además del *Bassel*, un barco de aprovisionamiento que, con la ayuda de una flotilla de petroleros, proporcionaba combustible y víveres a los «lobos grises». Italia ya venía actuando rutinariamente en aguas de Cádiz, Huelva, Algeciras y Cartagena, aprovisionando a sus unidades de submarinos destinadas a vigilar Gibraltar.**2**

En abril de 1940, Mussolini decidió entrar en la guerra al lado de Alemania y el 12 de junio Franco pasó de la neutralidad a la «no beligerancia»; 48 horas más tarde ordenó la ocupación de Tánger. Ese mismo día 14, Franco entregó al embajador alemán Von Stohrer un mensaje para Hitler en el que expresaba su deseo de entrar en la guerra «si el Führer tenía necesidad de él», y a mediados de julio, ocupada Francia, Franco envió al general Juan Vigón a entrevistarse con Hitler y Von Ribbentrop en el castillo de Acoz (Bélgica), para que les trasladara sus deseos de entrar en la guerra al lado del Eje. Quería, eso sí, negociar las condiciones del acuerdo. Además de las armas, combustible, equipo y víveres que iba a necesitar para entrar en guerra, el Caudillo pedía «Marruecos, el Oranesado, el Sahara hasta el paralelo 20 y la extensión de la zona costera de Guinea hasta la desembocadura del Níger» como compensación.**3** Los nazis, estupefactos por el precio que ponía Franco para entrar en la guerra, no se mostraron nada entusiasmados, pero pocos días después Hitler comunicó a Franco, a través del jefe de la Legión Cóndor, Wolfram von Richthofen, que debía estar listo para colaborar en un inminente ataque contra Gibraltar, que se realizaría en el marco de la operación «León Marino» diseñada para invadir Gran Bretaña. Von Richthofen y Vigón se reunieron para coordinar los planes de ataque al Peñón, pero el 31 de julio hubo que suspender toda la operación León Marino porque el almirante Raeder informó a Hitler que la *Kriegsmarine* aún no estaba en condiciones de actuar con garantías de éxito.

Ante la imposibilidad de invadir Inglaterra durante aquel verano, Hitler comenzó a pensar en atacar Rusia, y cuando Franco conoció sus intenciones, pensó acertadamente que, en tal coyuntura, España aún cobraba mayor importancia estratégica para el Eje como bastión fascista en el Atlántico. Así que el 15 de agosto, Franco escribió una carta a Mussolini pidiéndole que intercediera ante Hitler para que éste cediera a sus peticiones y entonces

España entraría en guerra «en el momento favorable». Al mismo tiempo, el ministro de Asuntos Exteriores Von Ribbentrop pidió a Von Stohrer que presionara a Franco para que no esperara a la respuesta de Hitler para entrar inmediatamente en la guerra. Stohrer habló con Franco y éste envió a sus falangistas pronazis Serrano Súñer, Miguel Primo de Rivera, Antonio Tovar, Dionisio Ridruejo y Demetrio Carceller a entrevistarse con Hitler, los días 17 y 25 de septiembre, en Berlín. Los delegados de Franco pusieron de nuevo sobre el tapete las condiciones que ponía el Caudillo para entrar en la guerra, pero el Führer escurrió el bulto diciendo que el Mediterráneo era una *chasse gardée* de Mussolini y que aún era pronto para atacar los intereses franceses en África.⁴

Ante el *impasse*, Hitler decidió entrevistarse personalmente con Franco en una reunión que tendría que celebrarse en la frontera francesa, en Hendaya, el día 23 del mes siguiente, pero antes, el día 19, envió a España a su fiel Himmler para que, con la excusa de supervisar la asistencia policial que la Gestapo prestaba a la Falange, preparara la entrevista con Franco. El 23 de octubre, el Caudillo español llegaba a Hendaya para conocer al Führer alemán y negociar personalmente con él las condiciones del acuerdo. Desgraciadamente, Franco tuvo que usar los ferrocarriles españoles y llegó a la estación de Hendaya con retraso, lo que irritó sobremanera tanto a él como al dictador nazi. Luego, durante la entrevista, Franco se fue por los cerros de Ubeda y Hitler se impacientó aún más porque tenía que esperar a que el traductor de Franco -el barón de las Torres- vertiera al alemán la preciosa exposición del general español.

Hitler, a su vez, también se extravió por el camino de las excusas para escabullirse de las exigencias de Franco sobre el imperio colonial francés, ya que no quería comprometerse en algo que también formaría parte de las negociaciones que, al día siguiente, tenía que llevar a cabo con Pétain para repartir el botín que éste había de obtener de la colaboración francesa contra Gran Bretaña.⁵ Finalmente, como resultado de la entrevista, se firmó un protocolo redactado por Von Ribbentrop por el que Franco se adhería secretamente al Pacto Tripartito y se comprometía a entrar en la guerra después de que las potencias del Eje le hubieran entregado la ayuda que necesitaba en armamento, víveres y materias primas. A cambio, recibía la promesa de que Gibraltar sería restituido a España y se aludía vagamente a ciertos territorios africanos, lo que, desde luego, no satisfizo a Franco.⁶ Lo cierto es que Hitler, en el marco de su «gran mentira», no pensaba dar a Franco el Marruecos francés porque confiaba más en la capacidad de Pétain que en la de Franco para defender Marruecos de los ingleses y los franceses de De Gaulle.

En diciembre, Hitler envió a Canaris a entrevistarse con Franco para explicarle que el Reich tenía preparadas quince divisiones de infantería y blindados para llevar a cabo la operación Félix (la toma de Gibraltar) y para fijar la fecha en que tenía que realizarse. Franco le recordó a Canaris las reticencias de su Führer en Hendaya y exigió seguridades antes de embarcarse en la aventura de Gibraltar y provocar una respuesta británica, quizás atacando una de las Canarias. Cuando Hitler fue informado por Canaris del resultado de la entrevista, se enfureció ante la «traición» de Franco a lo acordado en Hendaya y escribió a Mussolini diciéndole que el general español estaba cometiendo el mayor error de su vida.

Asimismo, el 6 de febrero Hitler envió otra carta a Franco, suave de forma pero imperativa, que se cruzó con el memorándum entregado a Von Stohrer sobre la ayuda que los españoles precisaban de los alemanes. Franco pedía tal cantidad de artillería, piezas de repuesto, equipos de comunicación, camiones, tractores, locomotoras, vagones de tren, combustible y alimentos que los técnicos alemanes la consideraron inviable aun para la enorme potencia del Reich.⁷ Hitler, en consecuencia, escribió de nuevo a Mussolini pidiéndole que se ocupase él de Franco -el Führer pensaba que los «charlatanes latinos» se entenderían- y le presionase

para que no siguiera insistiendo en sus reivindicaciones territoriales, porque él bastante tenía en aquellos momentos con tratar de arreglar los desastres italianos en Grecia y en Libia y con atender a la preparación de la operación Barbarroja que, finalmente, relegaría para mejor momento la operación Félix.

Mussolini, aun a sabiendas de que no haría cambiar de opinión a Franco, le citó en la Villa Margherita, de Bordighera, para el 12 de febrero, adonde el Caudillo español se trasladó en automóvil. Durante su encuentro con el Duce, al que asistió Serrano Súñer ya como titular del Ministerio de Asuntos Exteriores, que había asumido el 16 de octubre anterior, Franco le dijo que temía entrar tarde en la guerra, y se quejó de que los alemanes tardasen tanto en enviarle las armas. Mussolini informó a Hitler de los resultados de la reunión y le recomendó que no presionara más a Franco por el momento, para que siguiera en la órbita del Eje. Es posible que a Mussolini no le gustara la idea de una relación demasiado directa entre Franco y Hitler, porque él quería ser «emperador» del Mediterráneo y el que decidiera el reparto de las posesiones africanas de Francia.⁸

De regreso a Madrid, Serrano Súñer, que había acompañado a Franco a Italia y a Francia, que se había vuelto a entrevistar recientemente con Hitler y que había mantenido no menos de cinco reuniones con Von Ribbentrop, empezaba a sentirse el hombre del momento. A través de Camero del Castillo, hombre que se lo debía todo, tenía domada a la Falange, controlaba la prensa y la propaganda, seguía mandando en Gobernación a través del subsecretario José Lorente, que era criatura suya, y se codeaba con los grandes de la tierra desde su flamante puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Pero el odio que había suscitado entre los generales y un rebrinco de los «camisas viejas» iban a dar al traste con su futuro.

Desde hacía muchos meses, los servicios secretos británicos, alentados por el embajador en España, sir Samuel Hoare, venían sobornando con generosos pagos a los generales más monárquicos y religiosos de la «cruzada» para que trataran de oponerse a la voluntad de Franco y de su cuñado por entrar en la guerra al lado del Eje. Entre mediados de 1940 y finales de 1941, unos 30 generales se repartieron trece millones de dólares y siguieron cobrando en los años siguientes (Aranda recibió en 1942 dos millones de dólares) a través de los bancos Swiss Bank Corporation, de Nueva York, y Société de Banque , de Ginebra, en un montaje organizado por Juan March.⁹ El general Juan Vigón se entrevistó con Franco para confiarle el hondo malestar de sus compañeros de armas por el enorme poder que había acumulado Serrano S  ner y por los rumores que corrían por todas partes de que quien realmente mandaba en España era su cuñado y no él.

Pocos días después, el 1 de mayo, los falangistas decidieron autoexcluirse de la censura de prensa. Serrano S  ner, que tenía que respaldar a su gente, pronunció un discurso al d  a siguiente reclamando más poder para Falange, luego le dijo a Franco que en el Gobierno había pocos falangistas y le propuso la creación de una nueva cartera de Trabajo para la que había pensado en José Antonio Girón, un falangista brutal y autoritario, pero muy populista y absolutamente entregado a Serrano S  ner. Poco después, los hermanos de José Antonio Primo de Rivera, Miguel y Pilar, y otros mandos falangistas, dimitieron quejándose de la «desnaturalización» de la Falange.

Ante la crisis -la primera y la más larga del régimen-, Franco empezó a preocuparse por el ascenso libre de Serrano S  ner y por la enorme y peligrosa irritación que había suscitado en sus generales. El Generalísimo manipul   con astucia la situación con el fin de desembarazarse de su cuñado, tomar directamente en sus manos el control de Falange, para acabar de una vez con sus sueños de revolución nacionalsindicalista, y fortalecer la adhesión incondicional de sus militares otorgándoles una mayor presencia en las cuestiones políticas. Aceptaría, de un lado, el nombramiento del falangista Girón, pero en seguida lo compensaría

nombrando a su estrecho colaborador, el coronel Valentín Galarza, ministro de la Gobernación, con lo que alejaría a Serrano del control de la política interior. Galarza que, como la inmensa mayoría de los militares, aborrecía a Serrano Súñer, la emprendió contra falangistas y serranistas cesando en sus cargos a Dionisio Ridruejo y a Antonio Tovar, que controlaban la prensa y la propaganda desde Gobernación. Por si fuera poco, Franco nombró para el puesto de subsecretario de la Presidencia, que había dejado vacante Galarza, a un capitán de navío llamado Luis Carrero Blanco, un militar tradicional y extremadamente religioso que no simpatizaba en nada con Serrano Súñer.

Los falangistas más radicales se enfurecieron y aprovecharon la ocasión para tratar de dar un golpe de fuerza con la ayuda de los nazis que pululaban por España. Sólo en la embajada alemana trabajaban más de 500 empleados, un tercio de los cuales eran, probablemente, espías. Había 38 consulados alemanes en la Península y cuatro en Marruecos, donde los hombres de las SS se movían como peces en el agua. Algunos actuaban desde tapaderas como la SOFINDUS (sucesora de la HISMA/ROWAK), que seguía dirigiendo el eficaz Bernhard, uno de los hombres de Goering. Por su parte, el servicio de información militar de Canarias, el *Abwehr*, había desplegado en España, bajo el nombre de *KO-Spanien*, una extensa red informativa constituida por quince estaciones de radio, 220 empleados alemanes y 1.300 agentes españoles distribuidos entre las ciudades más importantes. Pero la organización más vinculada a los falangistas era el partido nazi, NSDAP, cuyos hombres, dirigidos por Hans Thomsen, actuaban con total independencia de la embajada alemana.

Ante las presiones que recibía de los grupos falangistas, que ya se habían enfrentado abiertamente a la policía, para que encabezara el golpe de fuerza, Serrano Súñer vio su salvación en una huida hacia delante presionando aún más a Franco para entrar en la guerra cuanto antes, visto que los alemanes acababan de conseguir el control de Bulgaria, Hungría y Rumania, habían conquistado Yugoslavia y Grecia y estaban a punto de ocupar Creta. Creyéndose en una posición fuerte, Serrano Súñer amenazó a Franco con dimitir si no recuperaba el control de la prensa, pero Galarza, apoyado por la inteligencia británica, que trataba de evitar a toda costa que España entrara en la guerra, cargó contra Serrano cuestionando su actuación al frente de Exteriores.

El día 19 Franco movió otra ficha: nombró a un falangista sumamente complaciente, José Luis de Arrese (aquel que pretendía dar a los españoles bocadillos de carne de delfín), secretario general del Movimiento. Fue una jugada maestra, porque Arrese no tenía las ínfulas de Serrano y, en cambio, valía igual para mantener controlado al partido, mientras que el nombramiento de dos incompetentes -Girón en el Ministerio de Trabajo y Miguel Primo de Rivera en el de Agricultura- le sería útil para atemperar el resentimiento de los falangistas. Para remachar el clavo, puso a las milicias falangistas bajo las órdenes de Moscardó, «el héroe del Alcázar». En un santiamén se desactivaron todos los planes conspiratorios, con gran regocijo de un exultante Samuel Hoare. **10**

Quedaba aún por dismantelar la Delegación Nacional de Sindicatos, que dirigía el jonsista Gerardo Salvador Merino, y que debía el cargo a su amistad con Serrano Súñer, pero que irritaba a los militares por su retórica de «revolución pendiente». Sus ideas nazis se habían fortalecido durante un viaje a Berlín, acompañado por el jefe del partido nazi en España, Thomsen, donde pudo admirar la organización sindical alemana del doctor Robert Ley y donde los nazis trataron de manipularle para que encabezara una insurrección en España. A su regreso, el general Saliquet «encontró» una carta que revelaba su condición de simpatizante de la masonería y fue juzgado por el Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo y condenado a doce años y un día de reclusión, que le fue conmutada por el

confinamiento en Baleares. La revolución nacionalsindicalista iba a seguir pendiente durante mucho tiempo.**11**

En el curso de un par de semanas, Serrano Súñer pasó del éxtasis a la miseria. Había perdido el Ministerio de la Gobernación, el control del aparato del Movimiento y su política como ministro de Asuntos Exteriores estaba siendo cuestionada seriamente en las más altas esferas. Pero una ocasión afortunada iba a devolverle el brillo del poder por tres meses. A las 3.15 horas del domingo 22 de junio de 1941, los alemanes invadieron la Unión Soviética y tan sólo dos días después los falangistas se lanzaron a las calles de Madrid clamando contra «el comunismo ateo». Un uniformado Serrano Súñer apareció en el balcón de la Secretaría General del Movimiento, ante los manifestantes que llenaban la calle de Alcalá, y pronunció su célebre condena: «iRusia es culpable! ¡Culpable de nuestra guerra civil! ... ¡El exterminio de Rusia es exigencia de la Historia y del porvenir de Europa!». A continuación, la muchedumbre se dirigió a la embajada del Reino Unido increpando a los funcionarios al grito de «¡Gibraltar español!» en un clima de exaltación belicista.

Serrano Súñer vio entonces con claridad que podía recuperar el poder si era capaz de canalizar adecuadamente la energía desbordante de los falangistas. Y se le ocurrió -o quizá fuera a Dionisio Ridruejo- una jugada que, de salirle bien, le iba a permitir un triunfo ante españoles y alemanes por igual. Fue a ver a Franco y le habló de la necesidad de crear una división de voluntarios falangistas para que fueran a Rusia, a luchar contra «la bestia apocalíptica» junto a los nazis. Pero a los militares no les podía gustar nada que viniera de Serrano y menos si se daba protagonismo a la Falange, de modo que se opusieron al proyecto por boca de Várela. Pero Franco encontró, como siempre, una solución binaria: estaba bien lo de la división de voluntarios falangistas, pero aún estaría mejor si la mandaban sus generales. El nombre oficial de la empresa sería «División Española de Voluntarios» (aunque siempre se impuso la denominación falangista de «División Azul») y su finalidad «cooperar con el Ejército alemán en la Cruzada contra el comunismo».

El domingo, 13 de julio, empezaron a salir los voluntarios -y otros que no lo eran tanto- hacia Alemania, con destino al campo de instrucción de Grafenwóhr, al mando del general falangista Agustín Muñoz Grandes. La División Azul fue en Alemania la 250ª División de Infantería del 18.º Cuerpo de Ejército del *Heer*, y se la envió a una zona de 50 kilómetros cuadrados situada entre Novgorod y Leningrado, donde tomó parte en las acciones del frente del río Voljov, en el lago limen, y sufrió la masacre de Krasny Bor. La División Azul luchó en Rusia durante dos años, pero con el cambio de signo de la guerra fue retirada por Franco en noviembre de 1943. Quedaron, sin embargo, 2.200 hombres, que constituyeron la «Legión Azul», que sería disuelta en enero de 1944 y sus restos agrupados en lo que se llamó la Legión Española de Voluntarios, parte de los cuales combatieron en las SS hasta el final de la guerra. Durante tres años combatieron en Rusia 45.500 españoles, que sufrieron 5.000 muertos, 8.700 heridos, 2.137 mutilados, 1.600 congelados, 372 prisioneros (que no regresarían a España hasta abril de 1954, en el *Semiramis*) y 7.800 enfermos. **12**

Cuatro días después de la salida de los primeros voluntarios de la División Azul, Franco pronunció un discurso durante la conmemoración del quinto aniversario del «alzamiento» en el que vinculó el destino de España a la victoria nazi, alabó a las armas alemanas empeñadas en una batalla «que Europa y el Cristianismo anhelaban desde hace tantos años», expresó su profundo desprecio por las democracias «plutocráticas» y afirmó que los aliados habían planteado mal la guerra y la habían perdido.**13** El discurso pronunciado por Franco en uniforme de jefe máximo del fascismo español alarmó seriamente a los Aliados y fue, junto al envío de la División Azul, la gota que colmó el vaso de Gran Bretaña, que activó los

preparativos de la operación «Pilgrim» destinada a apoderarse de las Canarias. Quizás España nunca estuvo tan cerca de entrar en la segunda guerra mundial como en aquellos días.

Aunque, al final, la operación no se llevó a cabo por voluntad de Churchill, los Aliados atacaron a Franco restringiendo los envíos de trigo y petróleo a España, exigiéndole que cesara el envío de wolframio a Alemania e incrementando los sobornos a sus generales con más autoridad para que presionaran a Franco y le obligaran a dejar el poder. El general Aranda encabezó una conspiración promonárquica en octubre y en diciembre Kindelán protestó por la venalidad y corrupción de los falangistas, reclamando a Franco que dejara paso a la Monarquía. Sin embargo, la pasión de Franco por hacerse con un imperio colonial en el noroeste de África vencía su natural cautela y el 14 de febrero de 1942 volvió a sobresaltar a los Aliados: «Si el camino de Berlín fuese abierto, no sería una división de voluntarios españoles lo que allí fuese, sino que sería un millón de españoles los que se ofrecerían», dijo en Sevilla.**14**

Serrano Súñer, que disfrutaba del clima de exaltación producido por los aparatosos preparativos de los voluntarios falangistas, creía que había conseguido dar la vuelta a su situación. Para su desgracia, el día 16 de agosto de 1942 tuvo lugar una celebración religiosa en el santuario de la Virgen de Begoña, patrona de Bilbao, durante la cual estalló el rencor que los tradicionalistas sentían por los falangistas. En la refriega de insultos y empujones que siguió, un falangista y ex divisionario, Juan Domingo, lanzó una bomba de mano que causó 30 heridos.

El tradicionalista Várela que, con Galarza, presidía el acto, se tomó los disturbios como un atentado dirigido contra él, afirmó que se trataba «de un ataque contra todo el Ejército» y envió telegramas a las capitanías generales. Domingo fue acusado de ser un provocador al servicio de los británicos y ejecutado. A Franco se le presentó entonces una ocasión de oro para ejercer su política de «palo a la burra negra, palo a la burra blanca». El 3 de septiembre aceptó la dimisión de Várela en protesta por la «falangización» de Franco y cesó a Galarza por haber secundado a Várela enviando telegramas a todos los gobernadores civiles, pero también cesó a Serrano Súñer para equilibrar la balanza. Lo sustituyó en Exteriores por el teniente general anglofilo Gómez-Jordana y los luceros de Serrano Súñer se apagaron para siempre.

Cuando los Aliados decidieron poner en marcha, en noviembre de 1942, la operación Torch (el desembarco en África), que significaba, entre otras cosas, el uso intensivo de la base británica de Gibraltar, en la que estarían los principales jefes militares aliados, entre ellos Eisenhower y Montgomery, el presidente Roosevelt envió una carta a Franco para tranquilizarle sobre las intenciones aliadas respecto a España y sus posesiones y para que leyera entre líneas que lo que más le convenía era estarse quieto. En una operación de pinza, los británicos volvieron a mover sus influencias en España y Kindelán volvió a presionar a Franco, sin ningún éxito, para que la Monarquía fuese restaurada. **15**

Franco, presionado desde el interior y el exterior, y consciente de lo que iba a significar la presencia de los norteamericanos en el escenario europeo de la guerra, tuvo que asistir, a partir de entonces, a una serie de acontecimientos bélicos que a lo largo de los años siguientes le fueron mostrando el fracaso de su sueño imperial: el 8 de noviembre de 1942 se produjo el desembarco aliado en el norte de África; el 2 de febrero de 1943, el mariscal Paulus capituló ante Stalingrado; el 5 de julio la batalla de Kursk señaló la destrucción de las fuerzas acorazadas alemanas; el 10 de julio los Aliados desembarcaron en Sicilia y cayó Mussolini; el 4 de septiembre los Aliados llegaron a la península italiana. El 6 de junio de 1944 se produjo el desembarco de Normandía, seguido en el Frente Oriental por la destrucción del Grupo

Centro del ejército alemán; hacia finales de agosto era liberada Francia, y en diciembre los alemanes fueron derrotados en las Ardenas. En mayo de 1945, el Tercer Reich se rindió.

A medida que se iba produciendo el cambio de signo en la guerra, Franco iba dando pasos para amarrarse al poder, recogiendo velas poco a poco. Para afrontar la amenaza exterior, utilizó los buenos oficios de Gómez-Jordana, a quien envió a Portugal, en diciembre de 1942, para que negociara con Oliveira Salazar la formación de un Bloque Ibérico que le permitiera un cierto acercamiento a los británicos; el 16 de marzo de 1943 inauguró las Cortes franquistas con un discurso en el que exhortó a llegar a un acuerdo con los Aliados para defender de los rusos a «la civilización occidental»; el 12 de noviembre retiró de Rusia a la División Azul y pasó de la condición de «no beligerante» a la de neutral; el 2 de mayo de 1944 hizo clausurar el consulado alemán de Tánger y cerró la espita del wolframio a los alemanes. En agosto, tras la muerte de Jordana, puso al camaleónico José Félix de Lequerica en Exteriores para que tuviera con los norteamericanos la misma obsequiosidad que Serrano Súñer había tenido con los alemanes.

En el frente interior, desbarató, en junio de 1943, una petición de la oligarquía para que restaurara la forma monárquica de gobierno, asegurando a los altos mandos militares que tras la petición lo que había era un conspiración masónica destinada a subvertir el régimen del 18 de julio. En septiembre de 1943 se deshizo de un grupo de tenientes generales que proponía el restablecimiento de la Monarquía, a través de una nota que le entregó en mano el ministro del Ejército, general Asensio. Franco, que tenía en su cabeza la destitución de su amigo Mussolini por el Gran Consejo fascista, simuló no haber recibido la petición y, en vez de recibir juntos a los militares, los fue llamando de uno en uno para recordarles en la intimidad de su despacho, a uno lo que le debía, a otro la posición económica que, gracias a él, había conseguido, a un tercero le pidió más tiempo, lagrimeó ante todos y se prometió a sí mismo alejarlos del poder también de uno en uno.

El 4 de noviembre de 1944 Franco concedió una entrevista a la United Press en la que aseguró que España nunca había sido fascista ni nacionalsocialista y que no tenía ninguna alianza con las potencias del Este. Hasta el mismísimo Hitler, cuando se enteró de estas declaraciones, consideró que «la desfachatez del señor Franco» no tenía límite.

Terminada la segunda guerra mundial, Franco promulgó el 17 de julio de 1945 el Fuero de los Españoles, que no era más que una enumeración de derechos que no se traducían en legislación ordinaria, y concedió un indulto general para los presos políticos de la guerra civil. Tranquilizó a los grandes terratenientes así como también a los altos mandos militares partidarios de la restauración de la Monarquía y recurrió, una vez más, a la Iglesia. El 18 de julio de 1945 formó un nuevo gobierno en el que dio entrada a la gente de la ACNP, encabezada por el presidente de Acción Católica, Alberto Martín Artajo, hechura de Pía y Deniel y de Herrera Oria y hombre clave de su política exterior en la travesía del desierto que ahora le tenían preparado los Aliados. La transición del nacionalsindicalismo al nacionalcatolicismo aconsejó dejar vacante la Secretaría General del Movimiento. Pero el castigo de Franco duraría poco: el 5 de marzo de 1946 Churchill acuñó la expresión «telón de acero», en lo que fue el inicio de una «guerra fría» que duraría 40 años y que permitiría al Caudillo de España seguir disfrutando del poder hasta el mismo día de su muerte.

El 13 de diciembre de 1946, la Organización de las Naciones Unidas recomendó la retirada de los embajadores de España. Franco, nada asustado, ingenió con la ayuda de su fiel Carrero Blanco, en marzo de 1947, una Ley de Sucesión que no era más que una declaración genérica en la que se decía que España era un reino, se fijaba un mecanismo de regencia en caso de fallecimiento del Caudillo y se explicitaba, por si hiciera falta, que Franco mismo nombraría a su sucesor.

Nueve años después de la guerra civil, el 17 de abril de 1948, el general Franco dio por terminado el estado de guerra en España.

39. La guerra inacabada

Para muchos republicanos españoles, sobre todo los que estaban en Francia, la segunda guerra mundial había sido una continuación, igualmente dura, de la guerra civil. Cuando tras la *drôle de guerre* Francia se encontró de pronto ante lo que Marc Bloch llamó «la extraña derrota», muchos refugiados republicanos no dudaron en alistarse para luchar contra el enemigo común. Uno de los cuerpos que acogió más voluntarios españoles (1.000 sobre 2.500) fue la 13ª Media Brigada de la Legión Extranjera, formada en Sidi Bel Abbes, que combatió en Narvik, pero también lo hicieron otras muchas unidades que, con españoles en sus filas, combatieron en el norte de África, en Eritrea, en Palestina, en Italia, en Alsacia, y llegaron a Berchtesgaden en mayo de 1945. Una compañía de republicanos españoles combatió en la fase final de la batalla de Creta a las órdenes del coronel Robert Laycock. Procedentes de los cuerpos de África, muchos españoles coincidieron en la 2ª División Blindada del general Leclerc y fueron reagrupados en el Tercer Batallón de Marcha del Chad. La novena compañía, al mando del capitán Raymond Dronne, fue de predominio español y la mandaban oficiales de la República. Fueron los primeros que llegaron al *Hotel de Ville* de París, durante la noche del 23 al 24 de agosto de 1944, cabalgando en tanques que llevaban los nombres de *Madrid, Guadalajara, Teruel, Ebro, Guernica* o *Don Quijote*.¹

Muchos soldados españoles cayeron presos durante los primeros días de la guerra y fueron deportados a los campos de la muerte alemanes. Antes de ello, sin embargo, los alemanes los utilizaron para trabajar en fortificaciones por medio de la organización «Todt», que los sometió a un régimen de dura disciplina militar, les hizo vivir en campos de concentración y no les pagó salario alguno. A Mauthausen llegaron unos 7.200 republicanos a los que se obligó a llevar en su uniforme de presidiarios un paradójico triángulo azul, siendo como eran los *rotspanier*. Allí murieron cerca de 5.000. Pero también hubo abundantes presos españoles en Dachau, Buchenwald, Bergen-Belsen, Sachsenhausen-Oranienburg y Auschwitz.²

De los 4.000 españoles que había en la Unión Soviética en edad militar, unos 700 fueron incorporados al servicio. Otros muchos, especialmente aquellos que habían sido abandonados a una existencia que rozaba la inanición, se presentaron voluntarios para el combate, pero se les dijo que ellos ya habían combatido en su propia guerra y que el mejor modo de ayudar a la Unión Soviética era trabajar en las fábricas. Se hizo caso omiso de los ruegos.³ Unos 46 pilotos, muchos de los cuales se estaban entrenando en Rusia cuando cayó la República, consiguieron alistarse en los regimientos de aviación del Ejército Rojo apelando a «Pasionaria» y a otros dirigentes comunistas de la «emigración de Moscú» para que intercedieran en su favor.⁴ Lo más sorprendente, teniendo en cuenta la desconfianza estalinista hacia los comunistas extranjeros, es que 119 españoles y 6 españolas sirvieron en el OMSBON ⁵(la Brigada de Infantería Motorizada Exenta, de designación especial del NKVD de la URSS), que era la unidad pretoriana clave de Moscú para la defensa del Kremlin. Seis de ellos alcanzaron el rango de oficial, y uno llegó a ser jefe de una compañía. Otros sirvieron en la 1ª Brigada Especial del Aire de los Guardias de Frontera del NKVD, acuartelados en Bykovo, a 20 kilómetros al sur de Moscú, y listos para defender la capital soviética. Otros 700, muchos de ellos lanzados en paracaídas, se sumaron a las unidades de partisanos que actuaban en la retaguardia alemana. Entre ellos había un grupo de catalanes al mando de José Fusimaña, y otro destacamento de dieciocho españoles combatió con Medvedev, uno de los jefes soviéticos de partisanos más renombrados. Un cierto número de soldados republicanos que hablaban bien el ruso sirvieron en la línea del frente del Ejército Rojo como si fueran ciudadanos soviéticos. El hijo de «Pasionaria», Rubén Ruiz, fue nombrado Héroe de la Unión Soviética y murió luchando ante Stalingrado, mientras que a otros dos se les concedió la

Orden de Lenin. Se dice también que 150 huérfanos españoles tomaron parte en la defensa de Leningrado.**6**

Otros muchos refugiados republicanos lucharon en la Resistencia francesa y en las Forces Françaises de l'Intérieur (FFI). En una primera fase, que abarcó desde 1940 hasta 1942, su principal tarea fue organizar, cooperando con los servicios secretos aliados, las redes de evasión a través de los Pirineos. Fue la época de mayor actividad de anarquistas y poumistas, que actuaban al margen de sus direcciones, como fue el célebre caso del libertario Francisco Ponzán («François Vidal»), que había formado parte del Consejo de Aragón y cuyo grupo era el alma de la red «Pat O'Leary». Detenido con su grupo, fue asesinado por los alemanes, que quemaron su cuerpo en un bosque, en agosto de 1944. Josep Rovira, del POUM, consiguió salvarse. Durante 1943 y el primer semestre de 1944, se produjo una cierta unificación de los resistentes españoles agrupados por el PCE, que llevó al pleno desarrollo del maquis y a su predominio en la región suroccidental de Francia. En la fase final de la guerra, los miembros republicanos de la Resistencia fueron un elemento muy importante en los combates por la liberación de Francia y empezaron a mirar a España, llenos de júbilo por la victoria aliada y de esperanza por la que creían inminente caída de Franco.

Tras el ataque de Alemania contra la URSS, en junio de 1941, y siguiendo la estrategia que le dictaba la Comintern, el PCE había lanzado desde Moscú constantes llamamientos desde Radio España Independiente («La Pirenaica») y desde Radio Toulouse para la constitución de un bloque antifascista de todas las fuerzas republicanas españolas, incluida la CNT. A esa especie de frente nacional, los comunistas lo llamaron Unión Nacional Española y nació, oficialmente, el 7 de noviembre de 1942 en Toulouse. La UNE se convirtió en el brazo político del XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros que, en la Resistencia, había sido un cuerpo armado autónomo, dedicado a realizar sabotajes, atacar destacamentos alemanes y colaborar en las redes de evasión. Mandaba su 3 División Cristino García, que llegó a héroe nacional en Francia y a reo de muerte en España.**7**

A comienzos de 1944, el XIV controlaba a todas las unidades españolas en 31 departamentos del sur de Francia, y gracias a sus iniciativas militares, y a la inhibición de los demás partidos políticos, el PCE pudo alcanzar una cierta hegemonía en aquella zona desde principios de 1943. En mayo de 1944, la UNE reorganizó su brazo armado y cambió el nombre del XIV Cuerpo de Ejército de Guerrilleros por el de Agrupación de Guerrilleros Españoles. Al final de la guerra, sus hombres ocuparon los consulados, cámaras de comercio, escuelas y edificios de propiedad española del sur de Francia, en los que izaron la bandera republicana. Contaban, desde julio de 1941, con un órgano de propaganda llamado *Reconquista de España*, que fue apareciendo con periodicidad mensual. En 1944, con motivo del octavo aniversario del 18 de julio, *Reconquista* pedía: «Volver a España por todos los medios que tenemos a nuestra disposición para reforzar y acelerar aún más la lucha interior en nuestra patria ... y recuperar las armas perdidas cuando entremos en Francia que nos permitirán reorganizar nuestro ejército patriótico para la reconquista de España».**8**

España, la España de Franco, no sería reconquistada por los republicanos jamás. Cuando en 1939 terminó la guerra abierta, muchos de los derrotados se negaron a entregarse y otros, que sí lo hicieron, consiguieron huir de los campos de concentración, de los batallones de trabajo o de las cárceles para buscar refugio en las montañas más cercanas a sus poblaciones. Fueron los famosos «huidos», los que «se echaron al monte», los «hombres de la sierra». Sin embargo, las primeras manifestaciones de la resistencia armada contra Franco habían nacido ya en los primeros días de la guerra, en muchas zonas donde triunfó la sublevación militar. Fue Galicia, en donde nada más producirse el golpe se desencadenó una represión brutal, la zona donde más gente huyó a los montes escapando de los falangistas,

sobre todo a la Serra do Eixe. En 1937 había en la región de Viana do Bolo unos 3.000, que también actuaron en Vigo y en Tuy. Pero también en León, Asturias, Santander, Cáceres, Badajoz o Huelva los fugitivos de la represión fueron uniéndose en pequeños grupos de resistencia, espontáneos, improvisados y forzados por las circunstancias. Los huidos del sur fueron aniquilados en 1937, pero los del norte siguieron luchando hasta el final de la guerra abierta y aún más allá.**9**

Cuando cayó el frente asturiano en 1937, más de 2.000 combatientes buscaron refugio en las montañas, desafiando a los nacionales, que tuvieron que distraer allí quince tabores de regulares y ocho batallones de infantería durante meses. Se trataba, sobre todo, de militantes socialistas que habían desempeñado algún cargo de responsabilidad, como los hermanos «Cepedales», que se refugiaron en los montes de Aller, o los hermanos Moran, reunidos bajo el mando de Marcelino Fernández Villanueva, cuya huida provocó que los falangistas asesinaran a seis personas, entre miembros de su familia y amigos. El jefe del 64 Batallón, José Mata, que combatió en la batalla de Oviedo, huyó al monte con sus hombres y consiguió sobrevivir allí mediante la recaudación de una especie de impuesto revolucionario. A finales de 1942, bajo la guía de Arístides Llaneza, del PSOE, se tomaron las primeras iniciativas para establecer una organización guerrillera y en agosto de 1943 se creó un Comité de Milicias Antifascistas. «El Gafas», Mario Moran y César Ríos se desplazaron hacia el occidente de Asturias y organizaron la Federación de Guerrillas León-Galicia en abril de 1942, que acabaría sumándose a la organización de la UNE.**10**

En lo que había sido la zona centro durante la guerra, en los Montes de Toledo, los huidos se fueron agrupando espontáneamente alrededor de algún jefe republicano, como fue el caso de Jesús Gómez Recio, «Quincoces», alcalde socialista de Aldeanueva de San Bartolomé, quien logró fugarse de la cárcel y con tres compañeros más huyó a las sierras que limitan con Cáceres. O el de José Manzanero, comunista, al que habían torturado bárbaramente machacándole los pies y que, sin embargo, logró escapar e internarse en los Montes de Toledo poco antes del día fijado para su ejecución. O el de Antolín Fernández Alonso, «el Lobo», o el de Honorio Molina Merino, «Comandante», hijo del alcalde socialista de Villata de los Montes, que se fugó del convento-prisión de Herrera del Duque por las cloacas y fue asesinado en mayo de 1939 tras haber sido castrado. **11**

En Badajoz fue célebre Juan M. García Martínez, «el Chato de Malcocinado», que actuó con un nutrido grupo en las sierras de Guadalcanal y Alanís. Acabó envenenado por unos pastores y su cuerpo fue acribillado a tiros por la Guardia Civil. En aquella zona se echaron al monte familias enteras, como los «Goyorías», de Alia, o los cinco hermanos Barroso Escudero, de Bohonal de Ibor.

Las estribaciones cordobesas de Sierra Morena ofrecieron, también, un magnífico refugio. Miguel Villarejo, «el Perdiz», de Bailen, huyó a las sierras del Jándula, donde sobrevivió hasta 1950 y se convirtió en uno de los famosos «topos» de la guerra: cuando logró esconderse en su casa, no volvió a salir hasta 1969. En Córdoba, los hermanos «Jubiles», anarquistas, oficiales del ejército popular, formaron un grupo de 25 personas que fue masacrado en enero de 1944, en Bujalance, al ser sorprendidos en el cortijo donde se escondían. En Málaga empezó a actuar en junio de 1937 el grupo de «el Tabarrito», que, refugiado en Ronda, luchó hasta 1942. Pablo Pérez Hidalgo, «Manolo el Rubio», comunista, organizó la Agrupación Stalingrado en 1943, en Cádiz, y fue otro «topo» durante 27 años. En Granada el grupo más legendario de esta época fue el de «los Queros», una especie de guerrilla urbana que actuó en los barrios granadinos del Sacromonte y el Albaicín al mando del «Comandante Villa», de la CNT. En 1943 lograron secuestrar a un general de Intendencia y mataron a un policía y a un confidente. Entre 1939 y 1944 se refugiaron en la Penibética no menos de 600 huidos, y en

las sierras de Huelva sólo durante el año 1937, en plena guerra, fueron ejecutados 650 huidos.**12**

Esta primera etapa de resistencia, que llegó hasta 1944, fue espontánea, individualista, desordenada, de mera supervivencia, cuando los huidos malvivían de sus contactos con familiares y amigos, de la ayuda que podían conseguir o de la caza en el bosque. Al principio fueron hostigados directamente por el ejército, los regulares o la Legión y, más tarde, por la Guardia Civil y sus colaboradores falangistas o del somatén, pero a partir de 1941 fue la Benemérita la que se ocupó exclusivamente de darles caza. Lo hizo buscándoles y atacándoles directamente en sus guaridas del monte, dando batidas, pero también con la organización de las «contrapartidas» compuestas por guardias civiles, falangistas o derechistas que se hacían pasar por huidos. Se dice que una de sus estrategias era actuar en los lugares donde sabían que se escondían los verdaderos huidos y saquear e incendiar las poblaciones vecinas, cometiendo robos, violaciones y hasta muertes que, naturalmente, los lugareños atribuían a los verdaderos huidos, que cada vez se vieron más rechazados y odiados por las gentes que antes les habían ayudado. Privados de este apoyo fundamental, los huidos tenían que robar y saquear para poder vivir, con lo que confirmaban, ante las gentes, la condición de «bandidos» que les atribuía el franquismo, entrando, así, en un circuito infernal.

Tras la liberación de Francia, en agosto de 1944, el PCE -único partido que, como tal, optó por la lucha armada- acometió dos proyectos para la «reconquista» de España. Uno, invadirla a través de los valles pirenaicos con una pequeña fuerza que habría de levantar el país en contra de Franco y, otro, infiltrar pequeños grupos de guerrilleros en España para que enlazaran con los huidos, constituyeran con ellos organizaciones formales de resistencia y provocaran, así, en los Aliados una simpatía que les llevara a una acción más decidida contra el régimen franquista.

En el mes de septiembre, el dirigente comunista Jesús Monzón dio la orden de invasión a través del Valle de Aran, en Lérida, con la idea de establecer allí una especie de cabeza de puente que permitiera organizar un «gobierno de unión nacional» para encabezar el levantamiento contra Franco que, sin duda, habría de producirse en toda España. De la operación se encargó la 204 División, que sólo constaba de 3.500 o 4.000 hombres, al mando de un reticente coronel Vicente López Tovar. El 19 de octubre de 1944, a las seis de la mañana, las tropas de López Tovar cruzaron la frontera mientras se llevaban a cabo pequeños ataques de distracción en distintos puntos de los Pirineos. En los primeros momentos, las tropas invasoras consiguieron penetrar unas decenas de kilómetros, ocupar pequeñas poblaciones, tomar algún cuartel de la Guardia Civil y hacer unos 300 prisioneros, pero, como había sido moneda corriente durante toda la guerra abierta, las tropas republicanas se detuvieron ante Viella porque López Tovar consideró que la capital del Valle de Aran podía convertirse en una peligrosa ratonera. Ante la llegada de 40.000 marroquíes al mando de los generales Yagüe, García Valiño, Monasterio y Moscardó, López Jovar dio la orden de retirada el día 28 de octubre. La operación, que no consiguió ninguno de sus fines, se saldó con unos 60 muertos en el Valle de Aran. En el valle del Roncal, en Huesca, se produjeron 30 muertos y entre todas las acciones de los Pirineos, unos 200. Fueron evacuados a Francia unos 30 heridos, 800 hombres fueron hechos prisioneros y sólo unos 200 consiguieron infiltrarse en el interior.**13**

Al mismo tiempo que se llevaba a cabo la invasión del Valle de Aran, los comunistas empezaron a organizar grupos guerrilleros a semejanza de los *maquisards* o de los partisanos que combatían en Europa contra el fascismo. Por medio de la Agrupación de Guerrilleros Españoles trataron de reorganizar a los huidos en grupos estructurados militarmente, a los

que llamaron, pese a su escaso número y dotación, «agrupaciones», «cuerpos» y «ejércitos guerrilleros», en un esfuerzo por engañar a todo el mundo que, naturalmente, no engañó a nadie: a los franquistas para que se asustaran; a la población civil para que creyera que la reconquista de España se iba a hacer a lo grande; a los Aliados para que arrimaran el hombro; a Moscú para que vieran de lo que eran capaces los comunistas españoles. Sin embargo, poco a poco, la guerrilla consiguió afianzarse por un tiempo en ocho sectores: Galicia-León, Asturias-Santander, Levante-Aragón, Extremadura-Toledo, Ciudad Real, Córdoba, Granada-Málaga y Cádiz-Málaga.**14**

En Galicia se creó a principios de 1945 el Ejército Guerrilleiro de Galicia, que duró hasta 1950 y que protagonizó episodios épicos como el ajuste de cuentas con Esteban Cortizo, jefe local de la Falange de Mugaros, a quien ejecutaron el 25 de enero de 1945 en el casino del pueblo.**15** En Asturias se constituyó la Agrupación Guerrillera de Asturias, pero tuvo una vida efímera por las desavenencias entre comunistas y socialistas. El 3 de marzo de 1946 se formó en Santander una Agrupación Guerrillera que sufrió 88 muertos y 27 capturados. La Agrupación Guerrillera de Levante, organización emblemática del PCE, y la Agrupación Guerrillera del Alto Aragón fueron organizadas tardíamente y se alimentaron de las sucesivas infiltraciones que se producían a través de los Pirineos.

En el otoño de 1944, Jesús Monzón organizó en Madrid el Ejército Guerrillero del Centro, que desapareció a principios de 1947. Su primera agrupación, la de Madrid, trató de desarrollar una guerrilla urbana con acciones como el atentado contra la subdelegación de Falange en Cuatro Caminos, que causó dos muertes falangistas y la preocupación del régimen. Casi todos sus miembros fueron detenidos y ejecutados. Para reforzar aquella agrupación, el PCE envió en la primavera de 1945 a Cristino García Granda, coronel honorario de la Resistencia francesa, quien organizó un grupo llamado «los cazadores de ciudad», que tuvo una actuación breve y fue desmantelado por la policía. Capturado García Granda, fue fusilado el 21 de febrero de 1946. El de Cristino fue uno de los pocos casos que trascendió al exterior, provocó protestas internacionales y que Francia cerrara su frontera con España. Hubo, también, una segunda agrupación guerrillera en Ciudad Real, una tercera en Córdoba, una cuarta en Toledo y una quinta en Albacete, pero todas fueron desmanteladas y sus jefes ejecutados o encarcelados en 1947. En Andalucía se creó en 1947 la Agrupación Guerrillera Granada-Málaga, que cayó bajo el control de José Muñoz Lozano, «Roberto», un asesino que ejecutaba a sus propios hombres y que sembró el pánico en toda la Axarquía. Su grupo llegó a tener en 1948 ingresos superiores al millón de pesetas. La Agrupación de Guerrilleros Fermín Galán, producto de la fusión de un grupo anarquista y otro comunista, dio el mayor golpe económico de toda la guerrilla de Andalucía: 700.000 pesetas de las de 1949.**16**

También en Cataluña el PSUC creó su propia guerrilla urbana en junio de 1944 que, reorganizada, se convirtió en el Ejército Guerrillero de Catalunya. La caída de este «ejército» en la primavera de 1947 dio lugar a uno de los consejos de guerra más multitudinarios que se recuerdan: fueron juzgados, a la vez, 78 miembros del EGC y se pronunciaron ocho sentencias de muerte. Pero los guerrilleros más famosos de Cataluña fueron, sin duda, los anarquistas Francisco Sabater Llopart («Quico»), Ramón Vila Capdevila («Caraquemada»), José Luis Facerías, Marcelino Massana y otros. Facerías logró refugiarse en Italia en 1952, pero regresó a Barcelona, donde fue muerto por la policía en agosto de 1957. Massana consiguió huir a Francia en 1950.

«Quico» comenzó su actividad guerrillera en 1945, liberando con su grupo, el 20 de octubre, a tres presos anarquistas que conducía la policía. «Quico» fue alternando períodos de actuación en Barcelona con temporadas de descanso en Francia. En marzo de 1949 organizó un atentado contra el brutal comisario Eduardo Quiniela, pero se equivocó de coche y sus

ocupantes resultaron muertos. Al regresar a Francia fue detenido por la policía y encarcelado hasta 1955. Más tarde, hacia finales de 1959, regresó a España con cuatro de sus hombres pero, en enero de 1960, la Guardia Civil los cercó en la masía Clara, en Gerona. En el tiroteo se produjeron varios heridos, el propio «Quico» entre ellos, aunque logró romper el cerco y huir. Los guardias civiles remataron a tiros a los guerrilleros heridos mientras «Quico», sangrante, medio desmayado y hambriento, cruzó el Ter, subió a un tren en Fornells en la noche del 4 al 5 de enero y se metió en la locomotora a punta de pistola. Su herida ya estaba gangrenada y a la altura de Sant Celoni se tiró del tren en marcha en busca de socorro médico. Allí le reconoció un somatén, que avisó a la policía, y «Quico» fue muerto el 5 de enero de 1960. Su correligionario «Caraqemada» aún cayó más tarde: el 6 de agosto de 1963, muerto a manos de la Guardia Civil.**17**

La represión de las guerrillas a partir de 1944 fue implacable, sobre todo entre 1947 y 1949.**18** Con la cobertura del Decreto-Ley contra el Bandidaje y el Terrorismo del 18 de abril de 1947, y bajo la experta dirección del general Alonso Vega, director de la Guardia Civil entre 1943 y 1955, la guerra sucia llegó a su climax. Secundado por oficiales como el teniente coronel Gómez Cantos, en Cáceres, el comandante Salvador Bañuls, en Córdoba, el teniente coronel Eulogio Limia, en Toledo y Ciudad Real, o el general Pizarro en Levante, Alonso Vega practicó una política casi de tierra quemada en las zonas de maquis, incendiando pueblos enteros, aplicando indiscriminadamente la «ley de fugas», torturando con brutalidad, pagando espléndidamente las delaciones y llevando a cabo matanzas ejemplares terribles, como la que dirigió el comandante Cerlada de la «brigadilla» de la Guardia Civil de Gijón en el pozo Funes, de Asturias, el 14 de abril de 1948: 22 colaboradores de los guerrilleros fueron asesinados por la Guardia Civil y arrojados a la sima, algunos aún con vida. Cuando el cónsul inglés se interesó por la suerte de aquellos «guerrilleros del llano», el pozo fue cegado con bombas de mano y luego relleno con escombros.**19** De la importancia de los enlaces y colaboradores de la guerrilla da idea el hecho de que 60.000 de ellos fueron a parar a la cárcel a lo largo de la década guerrillera.

Pero, en realidad, la resistencia armada contra Franco fue un fenómeno muy minoritario. Como mucho, los guerrilleros pudieron llegar a ser 8.000, **20** y fracasaron porque ellos y sus colaboradores fueron diezmados sin piedad, pero también porque les faltó el apoyo de una población que había sufrido demasiado y estaba siendo reprimida política, económica y socialmente. La guerrilla no fue nunca una empresa unitaria, dadas las divergencias entre los partidos y las organizaciones del exilio, ni contó realmente nunca con la implicación de las potencias democráticas. El final de las guerrillas fue caótico y trágico, con sus restos aislados y olvidados, sobre todo cuando los comunistas abandonaron la bandera de la resistencia armada contra Franco para inaugurar su nueva política de «reconciliación nacional». Quizá los últimos guerrilleros de España fueron, en el sur, Francisco Blancas, «Veneno», que capitaneó una partida entre Ciudad Real y Cáceres hasta 1955 y luego huyó a Francia, o Patricio Sierra, en Badajoz, que luchó hasta abril de 1954. En el norte, la última resistencia se produjo donde la primera, en Galicia. Allí Benigno Andrade, «Foucellas», fue ejecutado el 26 de julio de 1952; José Castro Veiga, «Piloto», fue muerto por la Guardia Civil en marzo de 1965, y Mario Rodríguez Losada, «Langullo», consiguió escapar a Francia en agosto de 1968.**21**

Mientras esto sucedía en España, los dirigentes republicanos en el exilio iban a escribir otra de sus execrables páginas de odio mutuo y autodestrucción compulsiva. Indalecio Prieto había impulsado en México, en noviembre de 1943, la creación de la Junta Española de Liberación (JEL), que agrupó al PSOE, a Unión Republicana, a Esquerra Republicana de Catalunya y a Acció Catalana Republicana bajo la presidencia de Martínez Barrio y con la exclusión expresa de comunistas y anarquistas. La JEL absorbería a su vez a la Alianza Nacional de Fuerzas

Democráticas (ANFD), que había sido fundada en Toulouse en septiembre de 1944 para contrarrestar el poder del PCE y de su Unión Nacional. Desde su posición en la JEL, Prieto presionó a Martínez Barrio para que convocara la Diputación permanente de las Cortes, que se reunió el 9 de noviembre de 1942, en México, para preparar la convocatoria de las Cortes en el exilio.

A la primera sesión de Cortes, que se celebró el 10 de enero de 1943 en el Club Francés, de México, asistieron 72 diputados y otros 49 se adhirieron por escrito.²² La reunión sólo tuvo como objeto el reencuentro, el recuerdo a los diputados muertos durante la guerra y la voluntad de seguir representando a la República en el exilio. En agosto de 1945 Negrín llegó a México para asistir a la sesión de Cortes del día 17, que tuvo lugar en el palacio de Gobierno, y allí, tras su dimisión formal como presidente del Consejo de ministros, Martínez Barrio fue elegido presidente de la República. Negrín se postuló de nuevo como jefe del Gobierno, pero Prieto le vetó, de forma que Martínez Barrio, en medio de la eterna pugna Prieto-Negrín, encargó de la formación del gobierno de la República al doctor Giral, que lo constituyó con representantes de Izquierda Republicana, de Unión Republicana, del PNV, de Esquerra Republicana de Catalunya, de Acció Republicana de Catalunya y de la corriente más moderada del PSOE. No hubo en ese gobierno Giral ni comunistas ni anarquistas.

En la sesión de Cortes de noviembre, Prieto arremetió también contra ese gabinete porque, en el fondo, no era partidario de rehacer el gobierno republicano en el exilio, sino de llegar a un acuerdo de unidad con los monárquicos para echar a Franco con el apoyo de las democracias y llevar a cabo un plebiscito para que los españoles decidieran la forma en que querían ser gobernados. Giral se trasladó a Francia y amplió su gobierno con un republicano conservador, Sánchez Guerra, un nacionalista gallego, Castelao, y un comunista, Santiago Carrillo, pero no consiguió el reconocimiento de Francia, ni de Gran Bretaña, ni de Estados Unidos, a los que Franco ofrecía mayores garantías para sus intereses.

En enero de 1947 el gobierno Giral, que tenía repartidos a sus miembros por Europa y América, entró en crisis y Martínez Barrio encargó el nuevo gobierno a Rodolfo Llopis, quien incorporó a un anarquista y a un comunista pero no consiguió ampliarlo a la derecha, con lo que el PSOE lo abandonó para tratar directamente con los monárquicos y una parte muy poco representativa de los anarquistas -el Movimiento Libertario-, que también estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con aquéllos. El gobierno Llopis no pasó del mes de agosto y Martínez Barrio lo sustituyó por el de Alvaro de Albornoz, compuesto exclusivamente por republicanos, sin socialistas, ni comunistas, ni anarquistas. El gabinete Albornoz duró hasta 1951 y representó el legitimismo republicano, pero nunca estuvo en condiciones de dirigir la alternativa al franquismo.

A través de la gestión del secretario del Foreign Office, Ernest Bevin, Prieto se entrevistó con Gil Robles, el antiguo líder de la CEDA, en Londres del 15 al 18 de octubre de 1947. De las conversaciones, tensas y difíciles, nació un pacto entre el PSOE y la Confederación de Fuerzas Monárquicas, que se firmó en San Juan de Luz el 30 de agosto de 1948, para pedir, entre otras cosas, la amnistía, el cese de las represalias, la devolución de la libertad a los españoles y su derecho a decidir bajo qué régimen querían ser gobernados. Habían pasado casi diez años y aún tenían validez los tres puntos de Figueres.

Aquel pacto nunca tendría consecuencias prácticas porque, cinco días antes de que fuera firmado, el conde de Barcelona se entrevistaba con Franco a bordo del yate *Azor*, en aguas de San Sebastián, para acordar que su hijo estudiara en España, bajo la tutela de Franco. Aquel niño de poco más de diez años habría de convertirse, veintisiete años después, en el heredero del Caudillo, «a título de rey», con el nombre de Juan Carlos I.

Conclusiones: Causas perdidas

En junio de 1937, el cardenal Goma dijo que la guerra civil española era «un plebiscito armado», pero en realidad la contienda no fue más que una continuación de la política por medios militares. La violencia del conflicto asombró al mundo, que ante la imagen de macho que cultivaban algunos españoles, se reafirmó en sus consabidos estereotipos sobre las pasiones hispánicas. «El Campesino», que confesaba haber sacrificado innecesariamente, a lo largo de la guerra, vidas humanas, trataba de justificar su actitud diciendo que él era español y que los españoles tenían un sentimiento trágico de la vida y menospreciaban la muerte. En sus palabras, de burda autojustificación, no hay un punto de cordura. La violencia, en realidad, sólo es miedo enmascarado. Y cuanto más se ahoga el miedo para mostrar mayor valor, más explosivo es el resultado.

Como muestra el imaginario de Queipo de Llano, de la Falange o del Tercio de Extranjeros, el culto a la virilidad y a la muerte iban de la mano. Los dirigentes nacionales se hartaron de invocar al cirujano de hierro paternalista que sanara los males del país aun contra su voluntad, porque el paciente no sabía lo que era mejor para él. Había que erradicar el cáncer y el contagio que venían del extranjero. La regeneración nacional había de ser dolorosa: tenía que pasar, como en la Edad Media, por una ordalía.

Las invocaciones ideológicas y religiosas dotaron a la violencia de una forma abstracta. Se dice que entre los defensores del alcázar de Toledo había un muchacho encantador, a quien se le dio el apelativo de «el ángel del Alcázar», que antes de hacer fuego solía gritar: «¡Matad sin odio!». Esta despersonalización tuvo también su reflejo en el bando republicano. David Antona, el dirigente de la CNT, decía que las balas que habían acabado con la vida de los oficiales del cuartel de la Montaña no habían matado a hombres, sino todo un sistema social. Se adoctrinó a la gente para que disolviera su identidad y su responsabilidad individual en causas rodeadas de un halo místico o sobrehumano. A los requetés se les dijo que por cada rojo que mataran se les perdonaría un año de purgatorio, como si de la lucha de la Cristiandad contra el Infiel se tratara. El armamento moderno y la táctica del terror dirigido a la población civil, junto a esta deshumanización del enemigo, hicieron de la guerra civil española un espanto.

La destrucción de Gernika se convirtió en la enseña internacional del nuevo horror, pero lo que había tras la campaña nazi en España era aún más escalofriante. El peso comparativo de la intervención extranjera a favor de cada bando, así como su llegada, o no, en el momento preciso, son objeto de constante discusión. Pero es ocioso hacerlo sobre el número exacto de aviones, tanques y asesores militares aportados por éste o aquél, porque lo importante era el nivel de formación de los combatientes y la calidad del equipo que aportaban. Por ejemplo, no hay la menor duda de que los pilotos y los aviones alemanes fueron muy superiores a sus adversarios soviéticos, cosa que se volvió a demostrar, con efectos aterradores, en junio de 1941, cuando la Luftwaffe destruyó más de 2.000 aparatos soviéticos, muchos de ellos en tierra, en menos de cuarenta y ocho horas. La contribución italiana a la victoria de Franco también fue importante, pero la naturaleza azarosa de sus bombardeos y el hecho de que, en general, no se tuviera ninguna fiabilidad sobre el comportamiento de sus tropas mermaron su capacidad militar.

La guerra civil española, como reconoció el gobierno nazi desde el primer momento, fue un laboratorio perfecto para ensayar armamento y tácticas de guerra. También el Ejército Rojo vio en ella una oportunidad semejante, pero no pudo aprovecharla bien porque estaba sometido a la ortodoxia militar estalinista que siguió a la ejecución del mariscal Tujachevskí. La Legión Cóndor de la Luftwaffe hizo detallados informes sobre los efectos de los nuevos sistemas de armamento. Por ejemplo, sus escuadrillas advirtieron que, durante una ofensiva,

lo más eficaz era ametrallar las trincheras enemigas tan pronto como cesaba el machaqueo de la artillería para mantener a los soldados republicanos agachados en ellas mientras la infantería de los nacionales cargaba en los últimos centenares de metros.¹ También pudieron calibrar la eficacia de atacar las posiciones artilleras enemigas para abortar el fuego contra-batería, y la necesidad de que las escuadrillas de bombarderos se utilizasen contra las zonas de reagrupamiento y los puestos de comunicaciones en retaguardia para impedir la llegada de refuerzos.

Por lo que se refiere a las tácticas de los cazas, las escuadrillas de Messerschmitt abandonaron la tradicional formación en «V» durante las batallas aéreas sobre el frente del Ebro. Sus aviones comenzaron a formar en dobles parejas, una táctica que el Mando de Caza de la RAF no tuvo más remedio que imitar, dos años después, durante la batalla de Inglaterra. Pero quizás el arma de mayor importancia psicológica que ensayó la Legión Cóndor en España fuera el Junker 87 o «Stuka». En la primavera de 1938, durante el avance a través de Aragón, la Legión Cóndor bombardeó pueblos y ciudades -incluidas Albocácer, Ares del Maestre, Benasal y Villar de Canes-, luego tomó fotografías de ellos, desde el aire y desde el suelo, para evaluar las pautas de los bombardeos y el monto de la destrucción que habían causado. Le interesaba, sobre todo, verificar la precisión de los bombardeos de los «Stuka» con bombas de 500 kg. En Benasal, que alcanzaron con nueve bombas de 500 kg, tomaron fotografías de la iglesia del pueblo, que era de considerables dimensiones y había quedado reducida a escombros. La mayor parte de este trabajo de investigación lo realizó el comandante Fugger, descendiente de los célebres banqueros de Carlos V.²

En tierra, los alemanes aprendieron importantes lecciones que habían de serles de gran utilidad en los años siguientes. Sus carros de combate tenían que llevar mejor armamento y había que concentrarlos en divisiones blindadas si se quería llevar a cabo la táctica del *Schwerpunkt*. También descubrieron en España que la precisión y potencia de sus cañones antiaéreos de 88 mm eran muy útiles si se usaban contra los tanques, y posteriormente los instalaron en el temible carro de combate «Tigre». Asimismo, de resultados de la guerra en España el ejército alemán advirtió la necesidad de incrementar el tamaño y la potencia de sus cuerpos de tanques. Los tanques soviéticos que se desplegaron en España -los T-26 y los BT-5- resultaron ser más efectivos que los alemanes Panzer Mark I, y los tanques miniatura Fiat-Ansaldo más parecían un juguete de cuerda que otra cosa. Pero los consejeros soviéticos, tras el juicio farsa del mariscal Tujachevski, no podían recurrir a las tácticas blindadas modernas, y su brigada de tanques no sólo fue mal utilizada, sino que se desperdició su eficacia potencial.

La batalla del Jarama mostró claramente a los dos bandos que era preciso conseguir una conexión mayor entre las tropas de tierra, que avanzaban, y el apoyo aéreo, que debía cubrirlas. Sin embargo, el Ejército Rojo se negó a instalar radios en los tanques que no fueran de mando tanto durante toda la segunda guerra mundial como durante la mayor parte de la guerra fría. La única lección que aprendieron los asesores soviéticos fue la ventaja de concentrar la artillería de largo alcance bajo un mando centralizado, táctica que finalmente dio sus frutos durante la batalla de Stalingrado.³

Una de las cuestiones más debatidas sobre la guerra civil es si la intervención extranjera fue decisiva o no. La decisión de Hitler de enviar aviones de transporte Junker 52 para ayudar a Franco a pasar a la Península los primeros destacamentos de regulares y del Tercio a través del estrecho de Gibraltar fue muy importante, pero sería exagerado afirmar que fue decisiva. La incompetencia y falta de iniciativa de la flota republicana durante el caos revolucionario de las primeras semanas garantizaba que el ejército de África podría atravesar, más pronto o más tarde, el Estrecho. Y teniendo en cuenta que las fuerzas republicanas no estaban en condiciones de desencadenar una ofensiva, el tiempo no era tan determinante como lo habría

sido en otras circunstancias. La hipótesis de que la rebelión de los generales podía haberse atajado durante el verano de 1936 no es convincente, a menos que uno incorpore en ella aquella otra forma de intervención que fue el suministro de municiones desde Portugal. Franco y sus generales rebeldes habían ido demasiado lejos como para dar marcha atrás, y mientras dispusieran de la munición suficiente habrían continuado luchando hasta que una masa crítica de tropas de África hubiese alcanzado la Península.

Es posible que, como dicen los historiadores franquistas, la intervención soviética en noviembre de 1936 pueda haber ayudado a salvar Madrid para la República, pero de lo que no puede haber duda alguna es de que la intervención de las fuerzas alemanas e italianas acertó de forma considerable la duración de la guerra en favor de las armas nacionales. (Decir que le ganaron la guerra a Franco sería ir demasiado lejos.) Las acciones de la Legión Cóndor, sobre todo, aceleraron la conquista del norte, lo que permitió a los nacionales concentrar sus fuerzas en el centro de España. Pero cuando apareció realmente la devastadora eficacia de la Legión Cóndor, fue para contrarrestar las grandes ofensivas republicanas de 1937 y 1938, batallas que iban a quebrar el espinazo de las fuerzas armadas de la República. La desastrosa conducción de la guerra que llevaron a cabo los comandantes comunistas y sus consejeros soviéticos facilitó a la aviación nacional la oportunidad de desplegar todo su potencial aéreo y conseguir la máxima efectividad.

La organización y los objetivos que asumió el Ejército Popular en el invierno de 1936 tenían más que ver con presiones políticas internas y externas que con consideraciones estrictamente bélicas. Desde un punto de vista militar, la petición de los comunistas de que se constituyera un mando y una disciplina unificados era totalmente lógica (dejando aparte que ese era también el mejor camino para hacerse con los resortes del poder), pero la convicción de que la única estrategia posible residía en lanzar ofensivas frontales, sacadas de los manuales militares franceses de la primera guerra mundial, suponía arrostrar un riesgo tan grande como el que significaba la fe de las milicias en el seguro triunfo de la moral revolucionaria. Y lo que es peor, tras la decisión de llevar a cabo determinadas ofensivas, no había una reflexión coherente. Casi todas ellas fueron intentos inútiles de aliviar la presión sobre otros sectores amenazados, y las consideraciones propagandísticas tuvieron mucho que ver con que se pusieran en marcha.

Una vez que el ataque lanzado por los republicanos había explotado el efecto sorpresa, los comandantes del ejército popular se dedicaban a sitiar aldeas y pueblos dejando que el ímpetu de la ofensiva se perdiera. En cuestión de días, los nacionales conseguían redespargar sus tropas y la Legión Cóndor. Esta, como se ve en sus diarios de guerra, advirtió en seguida que los pilotos soviéticos y las fuerzas aéreas republicanas iban al combate sin fe, y que cuando aparecían eran más un incordio que un verdadero peligro, así que sus escuadrillas pudieron bombardear y ametrallar a placer las formaciones de élite del ejército popular, que normalmente quedaban atrapadas en una zona pequeña y en un terreno totalmente expuesto. Una vez desaparecido el efecto sorpresa y disipado el ímpetu, el alto mando republicano tampoco podía reaccionar retirando unas tropas que le eran preciosas porque estaban atrapados por las desmedidas previsiones de victoria que se habían hecho al anunciar la ofensiva. De modo que las batallas de Brúñete, Belchite, Teruel o del Ebro fueron todas repeticiones desastrosas de la ofensiva de Segovia. Para empeorar las cosas, la paranoia estalinista de los consejeros soviéticos y de los dirigentes comunistas españoles atribuía todos los reveses a la traición trotskista. Corrieron las fabulaciones más absurdas, se arrestó y fusiló a oficiales y soldados inocentes y se enviaron informes a Moscú que revelan actitudes delirantes, rayanas en la insania. No es de extrañar que la moral republicana estuviera por los suelos.

Los únicos dos triunfos que consiguió la República fueron la batalla de Guadalajara -una victoria que se debió más que a otra cosa al colapso de la moral de los italianos- y la defensa de la línea XYZ en el verano de 1938. Esta última fue la batalla más efectiva en costes humanos de toda la guerra para los republicanos, que infligieron cuatro veces más bajas a los nacionales de las que sufrieron ellos. Si se le ha prestado tan poca atención es, probablemente, porque no estuvo implicada en ella ninguna de las formaciones estelares comunistas, y la propaganda no se preocupó demasiado de una batalla que no se conformaba a «la política de guerra activa» del gobierno de Negrín.

Todo esto nos lleva a pensar que para dirigir la guerra de un modo más eficaz, hubiera sido útil combinar una estrategia fuertemente defensiva con ataques cortos, rápidos, de tanteo, en puntos distintos para confundir a las tropas nacionales. Los tanques del ejército popular tendrían que haber constituido una reserva blindada lista para contraatacar ante cualquier penetración que hubieran intentado los nacionales. Lo que no podía hacer la República era abandonar sin más las tácticas ortodoxas de la guerra por acciones heterodoxas, como soñaban algunos milicianos idealistas. Y es que no existían las condiciones para llevar a cabo una guerra de guerrillas generalizada. Las zonas más propicias, con el terreno más adecuado, no eran suficientes para haber hostigado a las tropas nacionales hasta neutralizarlas. Lo que sí es cierto es que, en los frentes peor defendidos, las acciones de comando podrían haber entretenido a grandes contingentes nacionales, lo que hubiera sido un incordio excelente para la obtusa estrategia franquista. El general Franco no ganó por sí solo la guerra. Fueron los jefes militares republicanos quienes la perdieron, desperdiciando miserablemente el valor y el sacrificio de sus tropas.

Tampoco debe sorprendernos que la política de no intervención haya generado tanta pasión y tantos agravios éticos. Para los republicanos era impensable que al gobierno legítimamente elegido de un país no se le permitiera comprar armas para defenderse. Qué duda cabe de que la hipócrita política de no intervención estaba destinada al fracaso, por mucho que el Comité de Londres, que incluía a las tres mayores potencias intervencionistas, Alemania, Italia y la Unión Soviética, pretendiera otra cosa. Es comprensible que el gobierno británico haya sido el objeto de mayor resentimiento, porque, si bien es cierto que no propuso oficialmente la política de no intervención, su mano estaba tras ella. Se ha dicho que los motivos que tuvieron para actuar así los dos primeros ministros de la época, Baldwin y Chamberlain, y los dos ministros de Exteriores, Edén y Halifax, tenían que ver con un acuerdo conservador para apoyar a Franco. Aunque eso sea plausible, si tenemos en cuenta sus relaciones y sus inclinaciones personales, no debe de ser totalmente cierto.

Ninguno de ellos tenía simpatías por la naturaleza izquierdista, y no digamos ya revolucionaria, de la España republicana, y es verdad que durante los primeros días de la guerra hubiesen preferido una rápida victoria de los nacionales antes de que triunfara lo que veían como un despeñadero hacia los horrores del bolchevismo. Pero lo que de veras les preocupaba era otra cosa. Les desagradaba tanto una España controlada por la Alemania nazi o por la Italia fascista, principal rival de Gran Bretaña en el Mediterráneo, como una España entregada a la influencia soviética. Sobre todo, les angustiaba la idea de que la conflagración española pudiera convertirse en otro Sarajevo y diera lugar a una imparable serie de implicaciones que llevara a otra guerra europea. Pero el Foreign Office británico adoptaba con marrullería el alto papel de policía internacional, cuando la realidad es que se estaba preparando secretamente para sacrificar al pueblo español, como había hecho con el pueblo checo en 1938.

Hay que considerar también los resultados efectivos de la política de no intervención, que impidió que la República comprara armas abiertamente. Lo que los republicanos necesitaban,

sobre todo, era aviones, tanques y armas automáticas. El material francés era más bien de baja calidad y los únicos aviones británicos disponibles por aquel entonces eran obsoletos. Probablemente el único país capaz de satisfacer sus necesidades, dejando aparte la Unión Soviética, era Estados Unidos. Es posible que el acuerdo de no intervención influyera tanto en Roosevelt como en Cordell Hull, pero quien llevó al Congreso a bloquear el suministro de armas a la República fue el *lobby* católico. De modo que, aparte de unas pocas compras de aviones, fusiles y munición mexicanos, y ametralladoras checoslovacas adquiridas de forma privada, la República, aunque no hubiera existido el Comité de No Intervención, no tenía alternativa al monopolio soviético de suministro de armas. Sin embargo, la decisión de enviar a Stalin las reservas de oro de la República sigue siendo una de las cuestiones más controvertidas de la guerra.

El arzobispo de Burgos, que justificaba la crueldad de la guerra diciendo que en último término la acertaba, erraba tanto en términos morales como desde un punto de vista lógico. A ninguno de los dos bandos se le podía llegar a aterrorizar tanto como para que se sometiera. La polarización de las creencias políticas llevaba a ambos lados a considerar que estaba en juego no sólo todo aquello en lo que creían, sino su propia existencia. Esa convicción transmutaba el miedo en desesperada valentía. La guerra sólo iba a terminar cuando la falta de tropas, de alimentos y de municiones demostrase claramente que la derrota era segura. La República llegó a ese punto con la derrota en el Ebro y la catastrófica pérdida de material que le supuso.

La única razón que quedaba para seguir luchando era la necesidad de alcanzar unas mejores condiciones para la rendición ante Franco, pero eso era vana esperanza. Con el fracaso de los trece puntos de Negrín, no había ninguna razón para suponer que Franco cambiara de actitud; de hecho, cuanto más se acercara a la victoria, más inflexible se mostraría. La decisión de seguir combatiendo sólo podía conducir a perder más vidas inútilmente. Un brigadista internacional escribió tiempo después: «Estaba muy bien que la izquierda de Europa y Estados Unidos se diera golpes de pecho y exigiera al común de los españoles que luchara hasta el último hombre, pero cuando quedó claro que la guerra estaba perdida, tenía que habersele puesto fin». ⁴ Es imposible saber a ciencia cierta si una rendición más temprana hubiera mitigado la miserable venganza de los vencedores, pero es dudoso. De lo único de que uno puede estar seguro es de que hubiera salvado muchas de las decenas de miles de vidas que se perdieron en la desesperada batalla de Cataluña.

Poco hay que añadir sobre la venganza franquista, que se basó las más de las veces en sentencias condenatorias por «rebelión militar», una inversión de la lógica judicial que se explica por sí misma. Las pruebas reunidas con tanto esfuerzo por los historiadores españoles durante los últimos años no dejan lugar a dudas ni sobre su escala ni sobre su crueldad. La única cuestión que queda por aclarar es la de los procesos mentales de quienes perpetraron semejante represión. Pero especular sobre el estado mental de aquellos opresores, ya fueran nazis, soviéticos o nacionales, es arriesgarse a asumir el dudoso papel de psiquiatra a larga distancia.

La represión, que se extendió a la población entera creando una terrible sensación de claustrofobia, sólo fue superada por la dureza de las condiciones de vida que impuso el régimen de Franco. Otro de los grandes debates de los últimos años ha consistido en evaluar el impacto de la política franquista de autarquía y dirección económica centralizada en la transformación económica de España. No hay forma de defender la política económica de Franco, un sistema chapucero de control estatal que algunos comentaristas han comparado acertadamente con los estados satélites soviéticos de los años de la guerra fría. Sólo, tal vez, la Rumania de Ceaucescu igualó el nivel de corrupción y despilfarro de la España de Franco.

La liberalización parcial de los años 60 tuvo mucho más que ver con la influencia exterior que con el propósito del régimen.

Pero una pregunta pertinente es ¿qué habría salido de una victoria republicana? Cualquiera que hubiera sido el gobierno en el poder, los años de posguerra habrían sido tiempos de penalidades, pero todo cuanto sucediera después habría dependido de la forma de régimen que hubiera tenido España. Un gobierno totalmente democrático habría recibido con toda seguridad, en 1948, la ayuda del plan Marshall de Estados Unidos. Luego, con una economía razonablemente abierta, la recuperación habría comenzado con toda probabilidad hacia 1950, igual que sucedió en toda la Europa occidental. Pero con un gobierno autoritario de izquierdas, quizás abiertamente comunista, probablemente España hubiera quedado reducida a un estado similar al de las repúblicas populares centroeuropeas o balcánicas hasta después de 1989.

La guerra civil española se conserva en el recuerdo, sobre todo, en términos enteramente humanos: el choque de ideologías, la ferocidad, la generosidad y el egoísmo, la hipocresía de diplomáticos y ministros, la traición de los ideales y las maniobras políticas y, sobre todo, el coraje y la capacidad de sacrificio de quienes lucharon en los dos bandos. La historia, que nunca está definitivamente escrita, debe terminar siempre haciéndose preguntas. Como las conclusiones.

Lista de abreviaturas

AIT	Asociación Internacional de Trabajadores
AC	Acció Catalana
ACNP	Asociación Católica Nacional de Propagandistas
ANV	Acción Nacionalista Vasca
AE	Acción Española
AP	Acción Popular
AO	Alianza Obrera
AS	Auxilio Social
AR	Acción Republicana
ASR	Agrupación al Servicio de la República
ANFD	Alianza Nacional de Fuerzas Democráticas
ACR	Acció Catalanista Republicana
ARC	Acció Republicana de Catalunya
BOC	Bloc Obreri Camperol
BI	Brigadas Internacionales
BN	Bloque Nacional
CAMPSA	Compañía Arrendataria del Monopolio de Petróleos, S.A.
CEDA	Confederación Española de Derechas Autónomas
CNT	Confederación Nacional del Trabajo
CHERA	Cherezvychainaia Komissia (Comisión extraordinaria)
CRI	Cruz Roja Internacional
CTV	Corpo Truppe Volontarie
CONCA	Confederación Nacional Católica Agraria
CT	Comunión Tradicionalista
CLI	Corpo Legionario Italiano
CASA	Construcciones Aeronáuticas Españolas, S.A.
CGT	Confédération Générale du Travail
CTE	Compagnies de Travailleurs Etrangers
CGTU	Confederación General del Trabajo Unitaria
CNSCO	Confederación Nacional de Sindicatos Católicos Obreros
DLR	Derecha Liberal Republicana
DEDIDE	Departamento Especial de Información del Estado
DRV	Derecha Regional Valenciana
EIA	Derecha Regional Valenciana
ERC	Esquerra Republicana de Catalunya
ETA	Euskadi ta Askatasuna (Euskadi y Libertad)
ENASA	Empresa Nacional de Autocamiones, S.A.
ENMASA	Empresa Nacional de Motores de Aviación, S.A.
ENDESA	Empresa Nacional de Energía, S.A.
ENHER	Empresa Nacional Hidroeléctrica Ribagorzana
ENCASO	Empresa Nacional Calvo Sotelo de combustibles líquidos
EGC	Exércit Guerriller de Catalunya
EGG	Exército Guerrilleiro de Galicia
EC	Estat Cátala
FE	Falange Española

FETydeJ	Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de ofensiva Nacional Sindicalista
ONS	
FAI	Federación Anarquista Ibérica
FUE	Federación Universitaria Escolar
FIJL	Federación Ibérica de Juventudes Libertarias
FNTT	Federación Nacional de Trabajadores de la Tierra
FP	Frente Popular
FETE	Federación Española de Trabajadores de la Enseñanza
FO	Foreign Office
FFI	Forces Françaises de l'Intérieur
FNT	Frente Nacional del Trabajo FRG Federación Republicana Gallega
GESTAP	Geheime Staats Polizei (Policía secreta del Estado)
O	
GRU	Glavnoye Razvedyvatelnoye Upravlenie
HISMA	(Inteligencia Militar Soviética) Hispano Marroquí de Transportes
IC	Internacional Comunista (Comintern)
IR	Izquierda Republicana
ITT	International Telegraphs & Telephones
IRA	Instituto de Reforma Agraria
INI	Instituto Nacional de Industria
ICCP	Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros
IRS	Izquierda Radical Socialista
JAP	Juventudes de Acción Popular
JSS	Juventudes Socialistas
JSU	Juventud Socialista Unificada
JONS	Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista
JARE	Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles
JEL	Junta Española de Liberación
KGB	Komitet Gosudarstvennoi Bezopasnosti (Comité de Seguridad Del Estado)
LC	Lliga Catalana
MAOC	Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas
NKVD	Narodnyi Komissariat Vnutrennich Del (Comisariado del Pueblo Para Asuntos Internos) Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior
OIT	Organización Internacional del Trabajo
ORGA	Organización Republicana Gallega Autónoma
OVRA	Opera Volontaria di Repressione Antifascista
PSOE	Partido Socialista Obrero Español
PCE	Partido Comunista de España
PCUS	Partido Comunista de la Unión Soviética
PRR	Partido Republicano Radical
PRRS	Partido Republicano Radical-Socialista
POUM	Partido Obrero de Unificación Marxista Sindicalista
PS	Partido Socialista
PSUC	Partit Socialista Unificat de Catalunya
PNV	Partido Nacionalista Vasco
PNE	Partido Nacionalista Español
PNR	Partido Nacional Republicano

PCR	Partit Catalanista República
PIB	Producto Interior Bruto
PNRC	Partit Nacionalista República Cántala
PRG	Partido Republicano Gallego
PCF	Partido Comunista Francés
PCI	Partido Comunista Italiano
PRDF	Partido Republicano Democrático Federal
PRE	Partit República d'Esquerra
PRP	Partido Republicano Progresista
PRD	Partido Radical Demócrata
PRC	Partido Republicano Conservador
PNRE	Partit Nacionalista República d'Esquerra
PRRSI	Partido Republicano Radical-Socialista Independiente
PAE	Partido Agrario Español
PCP	Partit Cántala Proletari
PG	Partido Galeguista
PLD	Partido Liberal Demócrata
PURA	Partido de Unión Republicana Autonomista
RE	Renovación Española
ROWAK	Rohstoffe und Waren Einkaufsgesellschaft (Sociedad compradora de materias primas y mercancías)
RENFE	Red Nacional de Ferrocarriles Españoles
STV	Solidaridad de Trabajadores Vascos
SIM	Servicio de Inteligencia Militar
SIEP	Servicio de Información Especial Periférico
SIPM	Servicio de Información y Policía Militar
SEAT	Sociedad Española de Automóviles de Turismo
SEU	Sindicato Español Universitario
SERÉ	Servicio de Evacuación de los Republicanos Españoles
SFIO	Section Francaise de la Internationale Ouvrière
UR	Unión Republicana
UME	Unión Militar Española
UMRA	Unión Militar Republicana Antifascista
UGT	Unión General de Trabajadores
UHP	Unión de Hermanos Proletarios
USC	Unión Socialista de Catalunya
UNE	Unión Nacional Española
UDC	Unión Democrática de Catalunya
UMN	Unión Monárquica Nacional
UP	Unión Patriótica

Notas

CAPÍTULO I

1. La fotografía se reproduce en el pliego de ilustraciones de este libro.

2. El 66 por 100 de la población activa -más de cinco millones de personas- trabajaba en el campo. La minería y una industria modesta y focalizada en Cataluña y el País Vasco daban empleo a un 18 por 100 de los trabajadores, y el resto de la población activa se ganaba la vida en los servicios, sobre todo en el doméstico. Sólo dos ciudades -Barcelona y Madrid- sobrepasaban los 500.000 habitantes y cerca de la tercera parte de la población española vivía en comunidades, en muchos casos prácticamente aisladas, de menos de 2.000 almas. La renta *per capita* no llegaba por entonces ni a la mitad de la que correspondía a la media de Gran Bretaña, Francia y Alemania. La tasa media de analfabetismo era del 64 por 100, aunque en algunas zonas se alcanzaba el 70 y, en el caso de las mujeres, podía pasar del 80 (por ejemplo, en Almería). La mortalidad infantil rozaba el 200 por 1.000 y la esperanza de vida media no sobrepasaba los 35 años de edad, más o menos como en tiempos de los Reyes Católicos. Todos los datos proceden de Albert Carreras y Xavier Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004; Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España, 8. Revolución burguesa, oligarquía y constitucionalismo (1843-1923)*, Labor, Barcelona, 1983; Jordi Palafox, *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*, Crítica, Barcelona, 1991 y Mercé Vilanova y Xavier Moreno, *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992.

3. En enero de 1907, y como protesta por la Ley de Jurisdicciones de 1906 que daba a la justicia militar, en determinados supuestos, preeminencia sobre la civil, surgió la gran coalición de Solidaritat Catalana, que obtuvo en las elecciones 41 de los 44 escaños que correspondían a la circunscripción electoral de Cataluña, marcando para siempre una dinámica electoral propia.

4. Las propiedades menores de 10 hectáreas constituían el 78,7 por 100 de todas las de Galicia; las comprendidas entre 10 y 100 ha representaban el 34,2 por 100 en Murcia; las grandes fincas (mayores de 100 ha) ocupaban el 52,4 por 100 de la tierra en Andalucía. Pero en las provincias de Cádiz o Sevilla las fincas de más de 250 ha representaban el 50 por 100. En Castellar de la Frontera, un pueblo de Cádiz, un solo terrateniente poseía 17.141 ha de las 17.506 que tenía el municipio. Véase Edward Malefakis, *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1971.

5. Carreras y Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, pp. 201- 202.

6. Los bancos participaron activamente en la financiación de empresas industriales y de servicios, de tal modo que en 1921 los siete bancos más importantes controlaban la mitad del capital de todas las sociedades anónimas españolas. Véase Carreras y Tafunell, pp. 203-204.

7. Tanto el Arancel de 1906 (que levantaba las barreras aduaneras más altas de Europa) como la Ley de Industrias de 1907 respondían a los intereses de los trigueros vallisoletanos y a los del Foment del Treball Nacional y de la Liga Vizcaína de Productores.

8. Otra cosa es cómo se gestionaron esos beneficios, que se elevaron a cerca de 4.000 millones de pesetas. Una parte importante, convertida en oro, quedó absurdamente inmovilizada en el Banco de España; otra se dedicó a la adquisición de activos financieros en manos extranjeras, y, otra, por fin, constituida por divisas, prácticamente se disipó por la especulación. La Banca privada fue la gran beneficiaria de los excedentes de tesorería no reinvertidos. El presupuesto del Estado no pudo participar de los beneficios porque los gobiernos liberales fracasaron en todos los intentos de reformar la política fiscal en un sentido progresista dada la cerrada oposición de los poderosos. De modo que los principales recursos del Estado siguieron siendo los impuestos indirectos y la emisión de deuda pública. Véase Francisco Comín, *Historia de la hacienda pública, II (España 1808-1995)*, Crítica, Barcelona, 1996, p. 81 (para la presión fiscal) y 133 (para la deuda pública en circulación).

9. La inflación fue del 22 por 100 anual durante la guerra. Los precios se duplicaron largamente con respecto a 1913, mientras que los salarios sólo crecieron en un 25 por 100. José Luis García Delgado, *La España del siglo XX*, Marcial Pons, Madrid, 2003, pp. 309 y ss.

10. Javier Tusell, ed., *Historia de España. 2. La Edad Contemporánea*, Taurus, Madrid, 1998, pp. 252-253.

11. Para la composición y procedencia social del ejército español véase Julio Busquets, *El militar de carrera en España*, Ariel, Barcelona, 1967.

12. Durante la noche del 25 de noviembre de 1905 unos 300 militares asaltaron la redacción del *Cu-Cut!* irritados por un chiste antimilitarista publicado por esta revista satírica. A continuación asaltaron también la redacción de *La Veu de Catalunya* y la librería Bagunyá, destrozando y saqueando imprentas y redacciones y apaleando a ciudadanos pacíficos. La fuerza pública no intervino.

13. A causa de un choque armado cerca de Melilla, el gobierno conservador de Maura decidió enviar reservistas al Rif. En Barcelona se produjo una protesta popular espontánea, aunque canalizada por radicales y anarquistas, seguida de una huelga general que duró desde el 26 de julio hasta el 1 de agosto de 1909, y durante la cual la ciudad se llenó de barricadas y fueron incendiadas o destruidas 42 iglesias y conventos. Al terminar los disturbios, que fueron reprimidos con saña y costaron más de cien muertos, el gobierno condenó a muerte a cinco personas, entre ellas a un joven carbonero deficiente mental y a Francesc Ferrer Guardia, pedagogo ácrata, fundador de la Escuela Moderna, que no había tenido que ver directamente con la revuelta. Su fusilamiento en Montjuic levantó una oleada de protestas en toda Europa y condujo a la caída del gobierno Maura. Para estos hechos el libro de referencia es Joan Connelly Ullman, *La Semana Trágica*, Ariel, Barcelona, 1972.

14. Santos Julia, *La España del siglo XX*, p. 18.

15. La empresa que abastecía de luz y energía a Barcelona y explotaba su servicio de tranvías era la Barcelona Traction Light & Power, llamada La Canadiense por sus orígenes. Fundada en 1911 bajo la legislación del Canadá, era un *holding* que operaba a través de subsidiarias, como Riegos y Fuerzas del Ebro, que gestionaba las centrales eléctricas del Pirineo catalán.

16. Entre 1921 y 1923 murieron en atentado 152 personas en Barcelona. En 1923 fueron asesinados, allí, el abogado laboralista Francesc Layret y el dirigente anarcosindicalista Salvador Seguí, «el noi del sucre». También fue asesinado el arzobispo de Zaragoza, cardenal Soldevilla.

17. Juan Díaz del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1973, pp. 265 y ss.

18. Entre 1917 y 1923 se produjeron 23 crisis totales de gobierno y 30 parciales.

19. A través del Patronato del Circuito Nacional de Firms Especiales, la Dictadura mejoró 2.500 km de carretera. Creó las Confederaciones Sindicales Hidrográficas del Ebro, Duero, Segura, Guadalquivir y Pirineos Orientales, aunque sólo se trabajó en la del Ebro. El ingeniero Manuel Lorenzo Pardo (*La conquista del Ebro*) fue el gran impulsor de estos trabajos, apoyado por el ministro de Fomento, conde de Guadalhorce. Véase José Luis García Delgado, *La España del siglo XX*, pp. 319 y ss.

20. Datos procedentes de Josep Fontana, *La Segunda República española* (inédito).

21. No sabemos con exactitud los resultados. M. Martínez Cuadrado (*Elecciones y partidos políticos en España, 1808-1931*, Madrid, 1969, vol. 2, pp. 1.000-1.001) da 19.035 votos monárquicos contra 39.568 republicanos y 15.198 votos de tradicionalistas, integristas, nacionalistas vascos, independientes, etc. En cualquier caso, en Madrid los republicanos obtuvieron el triple de votos que los monárquicos y en Barcelona el cuádruple.

22. Santos Julia, *La España del siglo XX*, p. 15.

23. Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, Ariel, Barcelona, 1966, p. 329.

CAPÍTULO 2

1. El gobierno provisional quedó constituido así: Niceto Alcalá Zamora (DLR), presidente; Miguel Maura (DLR), ministro de Gobernación; Alejandro Lerroux (PRR), ministro de Estado; Diego Martínez

Barrio (PRR), ministro de Comunicaciones; Manuel Azaña (AR), ministro de la Guerra; Santiago Casares Quiroga (FRG), ministro de Marina; Lluís Nicolau d'Olwer (PCR), ministro de Economía; Alvaro de Albornoz (PRRS), ministro de Fomento; Marcelino Domingo (PRRS), ministro de Instrucción Pública; Fernando de los Ríos (PSOE), ministro de Justicia; Indalecio Prieto (PSOE), ministro de Hacienda; Francisco Largo Caballero (PSOE), ministro de Trabajo y Previsión Social.

2. Tanto las exportaciones como la inversión se redujeron a la mitad entre 1930 y 1933, y la producción industrial fue en 1933 un 17 por 100 menor que tres años antes. El PIB per *capita*, sin embargo, sólo disminuyó a razón del 0,1 por 100 anual. Carreras y Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, pp. 251-252.

3. Por ejemplo en Italia, Portugal, Austria, Hungría, Yugoslavia y, muy pronto, en Alemania.

4. Entre el 1 de abril y el 30 de junio de 1931 se retiraron de los bancos el 13 por 100 de los depósitos totales. La cotización internacional de la peseta bajó de golpe un 20 por 100.

5. Prieto fiscalizó las transacciones en divisas, persiguió la fuga de capitales e hizo importar petróleo barato de la Unión Soviética, contrariando a los cárteles norteamericanos. Gabriel Jackson, *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1976, p. 54.

6. Se acogieron a la «ley Azaña» 84 generales y 8.738 jefes y oficiales. La idea era que el nuevo ejército consistiera en 7.600 oficiales con 105.000 hombres en la Península y 1.700 oficiales y 42.000 soldados en África. Michael Alpert, *La reforma militar de Azaña, 1931-1933*, Siglo XXI, Madrid, 1982.

7. Fueron Marcelino Domingo, Lluís Nicolau d'Olwer y Fernando de los Ríos.

8. La Iglesia había declarado propiedades por valor de 244 millones de pesetas, pero sus propiedades reales eran muy superiores porque utilizaba testaferreros y sociedades de paja. Tenía una estructura bien organizada de instituciones culturales, medios de comunicación, obras benéficas, sindicatos y centros de enseñanza. Controlaba la enseñanza primaria, parte de la secundaria y parte de la superior a través de sus escuelas técnicas y universidades.

9. Véase Miguel Maura, *Así cayó Alfonso XIII*, pp. 293 y ss.

10. Entre 1909 y 1931, bajo la Monarquía, se habían construido 11.128 escuelas primarias. En su primer año, la República hizo 9.600. Jackson, *La República española...*, p. 74.

11. Para la tarea educativa y cultural de la República, y específicamente sobre las Misiones Pedagógicas, véase Sandie Holguín, *República de ciudadanos*, Crítica, Barcelona, 2003.

12. Manuel Azaña., *Diarios completos*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 151.

13. Los socialistas obtuvieron 117 escaños; los radicales, 94; los radical-socialistas, 58; Esquerra Republicana de Catalunya, 26; la ORGA, 21, etc. En total, las izquierdas ocupaban 400 de los 470 escaños de las Cortes. Nigel Townson, *The crisis of Democracy in Spain*, Sussex, Brighton, 2000, p. 57.

14. La Compañía de Jesús, que contaba con unos 2.500 miembros en España, era propietaria de bienes raíces y tenía acciones en diversas empresas, como la Telefónica o las compañías de tranvías de las grandes ciudades, aunque siempre a nombre de testaferreros: «Nadie, excepto sus abogados, uno de los cuales era el eminente y joven diputado católico Gil Robles, sabía qué es lo que exactamente poseían los jesuitas en acciones o fincas». Jackson, *La República española...*, pp. 71-72.

15. Lo cierto es que, entonces, no iba a misa más que el 20 por 100 de la población total de España y en el sur no llegaba al 5 por 100. La asistencia a los actos religiosos era en España la más baja de toda la cristiandad, por mucho que el cardenal Segura declarara que en España o se era católico o no se era nada.

16. «La reacción de la opinión clerical y laica al aprobarse en las Cortes la ley de confesiones y congregaciones religiosas colocó a la Iglesia más cerca que nunca de una ruptura con la República ... Para el arzobispo Goma ... la ley era ni más ni menos que una persecución declarada, e instó a los fieles a la resistencia pasiva. El 3 de junio, Pío XI publicó la encíclica *Dilectissima nobis*, que comparaba la situación en España con la persecución que la Iglesia padecía en México y la Rusia soviética.» Callaban, *La Iglesia católica en España, 1875-2002*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 239.

17. Para los proyectos de reforma agraria y su aplicación, la obra de referencia es Pascual Carrión, *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura española*, Ariel, Barcelona, 1973.

18. Aún hoy se critica a la Constitución republicana «por incluir en su articulado y con minuciosa redacción algo que nunca debió estar en su seno si de verdad se pretendía integrar: las medidas de su nefasta política religiosa». Manuel Ramírez, «Aquella ansiada República», *El País*, Madrid, 14 de abril de 2005.

19. Lo formaban Manuel Azaña (AR), en Presidencia y Guerra; José Giral (AR), en Marina; Luis Zulueta (indep.), en Estado; Jaume Carner (AC), en Hacienda; Santiago Casares Quiroga (ORGA), en Gobernación; Alvaro de Albornoz (PRRS), en Justicia; Marcelino Domingo (PRRS), en Agricultura, Industria y Comercio; Fernando de los Ríos (PSOE), en Instrucción Pública; Indalecio Prieto (PSOE), en Obras Públicas y Francisco Largo Caballero (PSOE), en Trabajo.

20. José Ortega y Gasset pronunció el 6 de diciembre una conferencia que, con el significativo título de «Rectificación de la República», era un ataque abierto al reformismo de republicanos de izquierda y socialistas.

21. La conjura de los primeros días se había ido conformando y definiendo en una tenaza conspiratoria compuesta, de un lado, por los generales Barrera, Ponte, Orgaz, Villegas y Cavalcanti, a quienes apoyaban monárquicos como Calvo Sotelo, Aunós o La Cierva y que contaban con la financiación de aristócratas y exiliados como el conde de Vellano o Luis Oriol. La otra pinza la manejaba el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Manuel Goded, con el apoyo de republicanos de derecha y viejos liberales, como Melquíades Álvarez, Burgos Mazo o el conde de Romanones.

22. Ni que decir tiene que Sanjurjo, que se había negado a defender la Corona en abril, se sintió vejado. Para sustituirle al frente de la Guardia Civil, Azaña nombró ingenuamente al general Miguel Cabanellas.

23. En ella estaban Melquíades Álvarez y el conde de Romanones, que, al parecer, contaba con el visto bueno de Lerroux, a quien se le habría prometido la presidencia del nuevo Consejo de ministros.

24. Emilio Esteban Infantes, *General Sanjurjo*, AHR, Barcelona, 1957, p. 235.

25. La Ley de reforma agraria era sólo aplicable a Salamanca, Extremadura, La Mancha y Andalucía, donde las fincas mayores de 250 hectáreas, como sucedía en Cádiz o Sevilla, ocupaban casi el 50 por 100 de la tierra. El estudio de la Comisión Técnica Agrícola había revelado que, en el conjunto del Estado, había unos dos millones de hectáreas de secano y unas 88.000 de regadío que podían ser objeto de expropiación, pero una cosa era aprobar la Ley de reforma agraria en un parlamento conmocionado por el golpe militar y otra muy distinta aplicarla. La lentitud del proceso, hostigado sin cesar por los terratenientes, irritó a los jornaleros del campo y les llevó a la desesperación que producen las grandes expectativas frustradas cuando han estado al alcance de la mano. Lo cierto es que a finales de 1934 no se habían expropiado más que 117.000 hectáreas y sólo se habían asentado 12.000 familias de las 200.000 que se habían previsto en el programa. Véase Carrión, *La reforma agraria...*, p. 129.

26. El Estatuto de Cataluña no se había empezado a discutir en las Cortes hasta el mes de mayo de 1932, en mitad de una campaña anticatalanista y del obstruccionismo de los parlamentarios de la derecha, pero un razonado y emotivo discurso de Azaña -uno de los mejores de su vida- desbloqueó la situación. Fue el fallido golpe de estado del general Sanjurjo, sin embargo, el que dio alas a las Cortes, que aprobaron el Estatuto -eso sí, muy recortado respecto de las pretensiones catalanas- el 9 de septiembre. El 20 de noviembre siguiente tuvieron lugar las elecciones al parlamento catalán, que ganó por mayoría Esquerra Republicana de Catalunya.

27. La obra de referencia es Jerome R. Mintz, *Los anarquistas de Casas Viejas*, Diputación Provincial, Cádiz, 1994.

28. La CEDA obtuvo el 24,4 por 100 de los votos y el Partido Republicano Radical, el 22. En total, la derecha obtuvo 204 diputados; el centro, 170 y la izquierda, 93. Julio Gil Pecharromán, *Historia de la Segunda República Española (1931-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002, p. 179.

29. Citado por Stanley G. Payne, *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza y Janes, Barcelona, 2003, p. 67.

30. Los socialistas, y no sólo ellos, veían en lo que había pasado en Austria una premonición de lo que iba a ocurrir en España. El canciller Dollfuss, que había llegado al poder por la vía parlamentaria, había suprimido a los socialistas, tenía una coalición llamada Frente Patriótico muy parecida a la CEDA y había modificado la Constitución para llevarla hacia un corporativismo de raíz católica y de inspiración fascista. La táctica de la CEDA no sólo era idéntica, sino que Gil Robles se hacía aclamar a los gritos de «¡jefe, jefe, jefe!», convocaba *radunate* en lugares simbólicos como el Escorial o Covadonga y su organización juvenil, las Juventudes de Acción Popular (JAP), desfilaban y actuaban al estilo nazi.

31. Andrés Saborit, *Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967, p. 240.

32. Estos campesinos disponían de un contrato que les cedía el dominio útil de los viñedos que habían plantado hasta que las cepas se agotaran a cambio de entregar al propietario de la tierra entre un cuarto y un tercio de la cosecha. El contrato sólo cubría el tiempo de vida de las cepas (en catalán, *rabassa* y de ahí *rabassa morta*. Sus cultivadores se llamaban *rabassaires*). Estos arrendatarios se habían unido en un sindicato que había fundado Lluís Companys en 1922, la Unió de Rabassaires, y desde hacía tiempo reivindicaban un contrato que no expirara con la muerte de la cepa.

33. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, Grijalbo, Barcelona, 1976,1, p. 156.

34. Santos Julia, «Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de octubre en Madrid», en *Estudios de historia social*, 1984, p. 40.

35. Companys había sustituido en la presidencia de la Generalitat a Francesc Maciá, que había muerto en diciembre del año anterior.

36. Franco escribió en 1956: «La revolución de Asturias fue el primer paso para la implantación del comunismo en nuestra nación ... La revolución había sido concienzudamente preparada por los agentes de Moscú». Jesús Palacios, *La España totalitaria*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 29.

37. Prieto compró una partida de armas embargadas a antisalazaristas que estaba depositada en Cádiz. Para transportarlas compró también el yate *Turquesa*, que zarpó con el cargamento para Asturias y desembarcó en Pravia sólo una parte de las armas, por temor a que se descubriera el alijo. Poco después Prieto huyó a Francia. Jackson, *La República española...*, p. 141.

38. Pudieron certificarla una comisión parlamentaria española encabezada por Fernando de los Ríos, que redactó un informe, y otra británica. De aquella brutal represión, de los asesinatos y torturas en el cuartel de Pelayo, de la matanza de Carbayín, de los 1.000 presos hacinados en Oviedo o en Astorga, ha quedado cristalizada en la historiografía la siniestra figura del comandante Lisardo Doval y el asesinato del periodista Luis de Sirval.

39. Dos hombres de negocios holandeses, Strauss y Perl (con sus apellidos se creó el vocablo «estra-perlo») patentaron un juego de ruleta no enteramente azaroso que pensaron introducir en España. Como el juego estaba prohibido desde la dictadura de Primo de Rivera, trataron de conseguir la autorización por medio del cohecho. En el asunto se implicaron radicales corruptos como Pich y Pon, Sigfrido Blasco Ibáñez (hijo del escritor) y también el hijo adoptivo de Lerroux, Aurelio. La ruleta llegó a instalarse en San Sebastián, pero el gobernador la prohibió. Strauss, despechado, exigió que le devolvieran el dinero de los sobornos y la prensa empezó a destapar el escándalo. Chapaprieta y Gil Robles quisieron echar tierra sobre el asunto, pero ante la firmeza de Alcalá Zamora y el miedo a que Azaña lo hiciera público, le dieron estatus parlamentario.

40. Este escándalo estaba relacionado con la indemnización que debía pagarse al empresario Antonio Tayá, que había conseguido un contrato del gobierno que éste no había respetado. La cifra de la indemnización decidida era tan desproporcionada que el inspector general de colonias, Antonio

Nombela, denunció el *affaire*, tras el que estaban, también, Alejandro Lerrox y otros dirigentes radicales.

CAPÍTULO 3

1. José Ma. Gil Robles, *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968, p. 404, que se doblaba en Cataluña con un Front Cátala d'Ordre integrado por la Lliga, la Acció Popular de Catalunya, Renovación Española, tradicionalistas y republicanos radicales.

2. Paul Preston, *La destrucción de la democracia en España*, Turner, Madrid, 1978, p. 279.

3. William J. Callaban, *La Iglesia católica en España*, pp. 262 y ss.

4. *Ibidem*, pp. 263-264.

5. La tradición de izquierda ha sostenido que eran 30.000. Sin embargo, el cálculo de Stanley G. Payne es de 15.000. Véase *La primera democracia española*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 305, n. 21.

6. Diego Martínez Barrio, *Páginas para la historia del Frente Popular*, Ediciones Españolas, Madrid, 1937, p. 12.

7. Citado por Payne, *Unión Soviética...*, p. 90.

8. *Ibidem*, p. 108.

9. Kevin McDermott y Jeremy Agnew, *The Comintern*, St. Martin Press, Nueva York, 1997, p. 132.

10. «Decisión sobre la cuestión española», f. 495, op. 18, citado en Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 23.

11. Secretariado del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, 23 de julio de 1936, RGASPI 495/18/1101, pp. 21-22.

12. Ramón Tamames, *La República, La era de Franco*, Historia de España Alfaguara, VII, Alianza, Madrid, 1973, p. 29.

13. Cuando una lista electoral obtenía más del 50 por 100 de los votos, conseguía el 80 por 100 de los escaños.

14. Durante muchos años la guerra de cifras sobre estas elecciones fue motivo de controversia, pero hoy todos los especialistas están de acuerdo en dos puntos: primero, que las elecciones de febrero de 1936 fueron limpias, incluida la segunda vuelta que hubo que celebrar en Vizcaya, Guipúzcoa, Álava, Soria y Castellón y la repetición de las elecciones en Granada y Cuenca, y, segundo, que se apliquen los métodos de recuento que se apliquen, el triunfo del Frente Popular en las elecciones es inobjetable. Javier Tusell, utilizando el método de sumar los votos obtenidos por el cabeza de lista en cada provincia, que es más riguroso que el de promedios aritméticos, es el autor de unas cifras que hoy se consideran como definitivas. «Las elecciones de 1936 son, dentro de la historia electoral española, aquellas en que se puede decir que ha existido una mayor aproximación a la forma de desarrollarse unas elecciones en un país con instituciones democráticas» (Javier Tusell, *Las elecciones del Frente Popular*, Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1972, II, pp. 190 y sin embargo, Franco hizo publicar en 1939 un «Dictamen de la comisión sobre ilegitimidad de poderes actuantes el 18 de julio de 1936» en el que se decía que el Frente Popular había amedrentado a la población y recurrido al fraude y al amaño para hacerse con el poder, cosa que contradecía al mismísimo ABC, que en su número del 17 de febrero decía: «Ni huelga, ni agresiones, ni escándalos. Todo el mundo votó como quiso, con absoluta libertad».

15. Julio Gil Pecharromán, *Historia de la Segunda República española*, p. 223.

16. Para comprender los confusos vaivenes de órdenes y contraórdenes, y la interpretación que se hace de las mismas, sobre todo por el general Franco, Josep Fontana, *La Segunda República española* (inédito).

17. Manuel Azaña, *Diarios completos*, p. 933.

18. Miguel González, «La conjura del 36 contada por Franco», *El País*, Madrid, 9 de diciembre de 2001.

19. Teodoro Rodríguez, citado en Callaban, *La Iglesia católica...*, p. 259.

20. Zacarías García Villada, citado en Callaban, *ibidem*.

21. *Ahora*, Madrid, 21 de febrero de 1936.
22. Francisco Comín, Mauro Hernández y Enrique Llopis, eds., *Historia económica de España*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 281.
23. Pedro C. González Cuevas, *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España, 1931-1936*, Tecnos, Madrid, 1998, pp. 172-174.
24. «El análisis de las páginas de *ABC* en los meses que precedieron al 18 de julio, inclina a pensar que bien pudo ser este periódico el principal órgano de expresión difusor de esa ideología que contribuyó a crear el clima emocional que alentó, arropó y justificó la rebelión militar», nos dice María Cruz Mina en *Comunicación, cultura y política durante la Segunda República y la guerra civil*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990, II, p. 12.
25. Ismael Saz, *Mussolini contra la Segunda República*, Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, Valencia, 1986, pp. 139 y ss.
26. Sheelagh Ellwood, *Historia de Falange Española*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 65 y ss.
27. Julio Gil Pecharromán, José Antonio Primo de Rivera, *Temas de Hoy*, Madrid, 2003, p. 430.
28. Ellwood, *Historia de Falange Española*, p. 41.
29. José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976, II, p. 2.
30. Citado por F. Rivas, *El Frente Popular*, Librería San Martín, Madrid, 1976, pp. 129-130.
31. «Falange Española no es un movimiento de derechas, ni es un movimiento de izquierdas, ni es un movimiento de centro» («Consigna», en *Falange Española*, n.º 1 (7-XII-1933), citado en Ellwood, *Historia de Falange Española*, p. 42.
32. Agustín de Foxá, *Madrid de Corte a checa*, Ediciones Jerarquía, San Sebastián, 1938, p. 243.
33. Mónica y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 105.
34. Martin Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 288.
35. José Luis Oriol gestionó el flete de un barco para transportar desde Bélgica 6.000 fusiles, 150 ametralladoras pesadas, 300 ametralladoras ligeras, cinco millones de cartuchos y 10.000 granadas de mano, citado en Blinkhorn, *Carlismo...*, p. 312.

CAPÍTULO 4

1. Francisco Comín, Mauro Hernández y Enrique Llopis, *Historia Económica de España*, p. 285.
2. Véase M. Requena Gallego, *Los sucesos de Yeste*, Instituto de Estudios Albacetenses, Albacete, 1983.
3. Edward Malefakis, *Reforma agraria...*, p. 434.
4. Hay que tener en cuenta que la tasa media de desempleo en España rondaba el 17 por 100, pero se acercaba al 30 por 100 en Andalucía. En el verano de 1936, de una población total de unos 24 millones de españoles, el paro afectaba a 796.341 personas, de las cuales 522.079 (es decir, el 65,6 por 100) eran trabajadores del campo que se hallaban, además, en una situación límite por la lastimosa situación de unas parcelas anegadas (entre diciembre de 1935 y marzo de 1936 no paró de llover), sobre todo en La Mancha, Andalucía y Extremadura. Malefakis, *Reforma agraria...*, p. 331.
5. José Antonio Primo de Rivera, «Carta a los militares de España», en *Obras completas*, pp. 669-674.
6. Indalecio Prieto, *Discursos fundamentales*, Tuiner, Madrid, 1976, pp. 272-273.
7. Pedro Gómez Aparicio, *Historia del periodismo español*, Editora Nacional, Madrid, 1981, IV, p. 467. Como dice Jackson: «la cifra de huelgas generales era increíble. Casi igual de difícil de aceptar eran las cifras sobre las iglesias destruidas total o parcialmente. Destruir una iglesia de piedra es una tarea formidable, y en el pasado había habido demasiados ejemplos de iglesias que se dieron como incendiadas sólo porque algún desalmado había pegado fuego a un montón de periódicos en las escaleras». Gabriel Jackson, *La República española...*, pp. 202-203.
8. José Antonio Primo de Rivera, *Obras completas*, pp. 645-653.

9. Gabriel Cardona, «Las operaciones militares», en M. Tuñón, ed., *La guerra civil española 50 años después*, Labor, Barcelona, 1985, p. 205.
10. Julio Busquéis y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 49 y ss.
11. Carlos Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil. Un homenaje a la causa republicana*, Planeta, Barcelona, 2005, p. 72.
12. Félix Maíz, *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976, pp. 62-64.
13. Paul Presión, *Franco «caudillo de España»*, Grijalbo, Barcelona, 1994.
14. Carlos Blanco Escola, *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000, p. 21.
15. Juan Pablo Fusi, *Franco*, Ediciones El País, Madrid, 1985, p. 26.
16. Herbert R. Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco*, Crítica, Barcelona, 2000, pp. 187 y ss.
17. Julio Busquets y Juan Carlos Losada, *Ruido de sables*, p. 63 y ss.

CAPÍTULO 5

1. Juan Campos, citado por Fraser, *Recuérdalo tú y recuérdalo a otros*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 49.
2. Gustau Nerín, *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 178.
3. Hugh Thomas, *La guerra civil española*, I, p. 239.
4. El general Romerales sería sentenciado a muerte por un consejo de guerra el 26 de agosto, acusado de «sedición» y «traición» (Julián Casanova et al, *Morir, matar, sobrevivir*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 62).
5. Luis Romero, *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 1967, p.12.
6. José Millán Astray, *Franco el Caudillo*, M. Quero y Simón, Salamanca, 1939, pp. 22-26.
7. J. Casanova et al., *Morir, matar, sobrevivir*, p. 62.
8. Citado en Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, Librería Española, París, 1966, p. 429.
9. Julián Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1977, p. 58.
10. Francisco Espinosa, *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 4. Bartolomé Bennassar, en su reciente libro *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, sigue dando crédito a la vieja versión franquista (véase p. 81). Véase, también, para las relaciones de Queipo con Villa-Abrille y Allanegui, Francisco Espinosa, *La justicia de Queipo*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 20 y ss.
11. *ABC* de Sevilla, suplemento extraordinario del 22 de julio de 1936.
12. Luis Romero, *Tres días de julio*, p. 311.
13. Citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, pp. 205-206.
14. Citado en Burnett Bolloten, *La Revolución española*, Grijalbo, Barcelona, 1980, p. 78.
15. Eduardo de Guzmán, *Madrid rojo y negro*, Tierra y Libertad, Barcelona, 1938, p. 37.
16. *Hoy*, México, D.F., 27 de abril de 1940.
17. «La disolución del ejército fue como la traca final de la cadena de errores cometidos [por los dirigentes de la República]»: Frederic Escofet, comisario de Orden Público de la Generalitat, en *Documents 1931-1939*, La Gaia Ciència-Edicions 62, Barcelona, 1977.
18. Sin embargo, Miaja intentó también, sin éxito, la rendición de Mola (Preston, *Franco*, p. 193).
19. Sobre la cuestión de la tardanza de Franco en presentarse en Marruecos relacionada con su «prudencia», véase Carlos Blanco Escola, *La incompetencia militar de Franco*, pp. 216-218, pero también Presión, *Franco*, pp. 187-190.
20. Carlos Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 120.
21. Manuel Tuñón de Lara, *Historia de España*, t. XII, pp. 456-459. Esa retórica de la conspiración internacional, del «contubernio», seguirá siendo eje de los discursos de los golpistas y, especialmente, de Franco hasta el final de su vida.
22. Gabriel Jackson, *La República española...*, p. 215.
23. *Ibidem*, 22.

24. Marcel Junod, *Warrior without weapons*, Nueva York, 1951, p. 98. Para la represión inicial, véase Luis Castro, *Burgos durante la guerra* (en redacción).

25. Ignacio Martín Jiménez, *La guerra civil en Valladolid, 1936-1939*, Ámbito, Valladolid, 2000, pp. 47 y ss.

26. La trama civil de la conspiración estaba dirigida por Antonio Llopis, ex presidente de Foment del Treball Nacional, el barón de Viver, Emilio Juncadella, José Ma. Poblador, jefe de la Falange, y José Ma. Cunill, jefe de los requetés. Véase *La guerra civil a Catalunya (1936-1939)*, Edicions 62, Barcelona, 2004, vol. 1, pp. 70 y ss.

27. En el proyecto inicial de los golpistas estaba previsto que el general González Carrasco dirigiera la sublevación en Barcelona, mientras que Goded lo haría en Valencia. En el último minuto, y por razones que se ignoran, se cambiaron los papeles.

28. Debían de ser muy pocos, dada la escasa implicación de elementos civiles en el golpe. Según Josep Fontana no pasaron de 346 los civiles que en Barcelona empuñaron las armas contra la República (*Visions de guerra i de reraguarda*, J. J. de Olañeta editor, Barcelona, 1977, prólogo).

29. Citado en Tuñón, *La España del siglo XX*, p. 432.

30. Aparte de que ayudaron a abortar los posibles levantamientos en otras ciudades de Cataluña, las palabras de Goded, por ejemplo, fueron radiadas a través de altavoces a los asaltantes del cuartel de la Montaña de Madrid.

CAPÍTULO 6

1. Ian Gibson, *Queipo de Llano*, Grijalbo, Barcelona, 1986, p. 76.

2. Luis Romero, *Tres días de julio*, p. 50.

3. En 1931, en la base naval de Invergordon (Escocia), los marineros protestaron por los recortes salariales y trataron de bloquear la flota en puerto. Aunque a estos hechos se les conoce en la historia de Gran Bretaña como «el motín de Invergordon», lo cierto es que la marinería no se apoderó de ningún barco ni, mucho menos, de sus oficiales.

4. Cuando en 1919 los franceses enviaron su escuadra al Mar Negro para invadir Rusia, los marineros de los acorazados *Frunce Jean Barí* se amotinaron en simpatía con los revolucionarios. André Marty fue uno de ellos.

5. Había habido otros antes, durante la primera guerra mundial y, más recientemente, en 1932, para transportar tropas de Chipre a Irak, pero éste es el que ha pasado a la historia como «primer puente aéreo».

6. H. R. Trevor-Roper, ed, *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004. Los Junker podían transportar, en cada viaje, unos 30 soldados. Por medio de cuatro «puentes» diarios, llevaron de Tetuán a Sevilla a unos 12.000 regulares en tres meses.

7. De hecho el destino de Juana Capdevielle, esposa de Pérez Carballo, fue atroz: detenida y encarcelada, abortó al enterarse de que su marido había sido asesinado. Fue puesta en libertad, pero en agosto unos falangistas la violaron y asesinaron. Véase Santos Julia, ed., *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999, pp. 87-88.

8. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, p. 70; Fraser, *Recuérdalo tú ...*, pp. 80, 86-87.

9. «We found an odd gun, / We brought it up on a truck from a beer-factory. / We rushed the Montaña barracks / With some old pistols and our bare hands / through the swivelling machine-gun fire. / was there. / I saw the officers cowering, / their faces chalked with fear». Jack Lindsay «On guard for Spain!», en *Poesía anglonorteamericana de la guerra civil española*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1986, p. 132.

10. Luis Romero, *Tres días de julio*, p. 555.

11. Ian Gibson, *Granada en 1936 y el asesinato de García Lona*, Crítica, Barcelona, 1979, p. 75.

12. Wew, p.88.

13. ABC, Sevilla, 17 de agosto de 1936.

14. Alfonso G. de la Higuera y Luis Molina, *Historia de la revolución española*, Cádiz, 1940, p. 89.
15. Reproducido en *Solidaridad obrera*, Barcelona, 2 de octubre de 1936. Para Antonio Bahamonde y su obra *Un año con Queipa. Memorias de un nacionalista*, véase Ian Gibson, *Queipa*.
16. Antonio Bahamonde, *Un año con Queipa. Memorias de un nacionalista*, Eds. Españolas, Barcelona, 1938.
17. Ronald Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 152.
18. Thomas cree que fue un «error» del coronel Villalba. Pero véase *infra*, p. 721, n.17.
19. El ejército de Marruecos estaba compuesto por 15.000 regulares, 4.000 legionarios y 11 soldados metropolitanos. Contaba, además, con 12.000 efectivos de las fuerzas jalifianas (mehallas, mejaznías y guardia del sultán) y 1.500 tiradores de Ifni. Véase Gustau Nerín, *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 170.
20. Es imposible, y probablemente innecesario, establecer con toda exactitud estas cifras por un sinnúmero de razones: bajas, enfermedad, vacaciones, ejecuciones, expulsiones, huidas... Fierre Vilar nos ha prevenido contra la facilidad de lo cuantitativo: «El problema es ¿quién dispone de un instrumento eficaz?» (*La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1986, p. 66). Véase, no obstante, Enrique Moradiellos, *1936. Los mitos de la guerra civil*, Península, Barcelona, 2004, p. 83, y Ramón Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Rioduero, Madrid, 1980, pp. 62-63.
21. Pero no una industria de armamento moderna, de la que España carecía. Por otra parte los sublevados se apoderaron en seguida de las industrias conserveras de Galicia, de La Rioja y de Navarra, fundamentales para la intendencia de sus tropas (véase Comín, Hernández y Llopis, eds., *Historia económica de España*, pp. 134-135).
22. Antonio de Oliveira Salazar prestó su apoyo, desde el primer momento, a los militares sublevados. Puso a su disposición una central telefónica en el Hotel Aviz, de Lisboa, en la que confluían las líneas de Burgos y Sevilla, y el aeródromo de Caía, que utilizaron los aviones alemanes que bombardearon Badajoz. Los bancos portugueses gestionaron préstamos para los sublevados; los puertos lisboetas fueron el primer destino en los suministros alemanes e italianos; las fábricas de Barcarena enviaban armamento y munición a la zona nacional, etc. (véase Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 184).

CAPÍTULO 7

1. Callaban, *La Iglesia católica en España*, p. 282.
2. Es indicativo que una monja de Madrid fuera asesinada, sin violación previa, porque rechazó la proposición de matrimonio que le hizo un miliciano. Thomas, *La guerra civil española*, p. 298.
3. Manuel Azaña, carta a G. R. Lafora, en *Apuntes de memoria*, Pre-Textos, Valencia, 1990.
4. Una extensísima literatura que va desde los martirologios católicos hasta los estudios históricos más solventes ha tratado de explicar las causas de este estallido sangriento con todo tipo de referencias antropológicas, sociológicas y psicológicas sobre los comportamientos irracionales de las masas y, más específicamente, sobre el imaginario ácrata: *destruam et acetificaba*. José M. Sanabre Sanromá, *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa*, Barcelona, 1943. Hilari Ragner, *La espada y la cruz: La Iglesia, 1936-1939*, Península, Barcelona, 1977; y *La pólvora y el incienso*, Península, Barcelona, 2001; Julián Casanova, *La iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
5. Santos Julia, ed., *Víctimas de la guerra civil*, p. 156.
6. La expresión es de Santos Julia, *Víctimas...*
7. «Checa» era un apócope de Chrezvicháinaia Komissia («Comisión Extraordinaria») nombre de la policía encargada de combatir la contrarrevolución y el sabotaje en la Unión Soviética. Por extensión se aplicó a los cuarteles y dependencias de aquella organización.
8. En la *Causa general* se relacionan más de doscientas checas sólo en Madrid, con abundantes denuncias de torturas y asesinatos. Véase Santos Julia, *op. cit.* p. 133.
9. María Casares, *Residente privilegiée*, Fayard, París, 1980.

10. Julia, *Víctimas...*, p. 131.
11. *Ibidem*, 73.
12. Manuel Azaña, «Cuaderno de la Pobleta», en *Diarios completos*, pp. 943 y ss.
13. José Peirats, *La CNT en la Revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971, p. 182.
14. *La guerra civil a Catalunya (1936-1939)* vol. 1, p. 152.
15. El mejor estudio que existe sobre la represión de izquierdas en Cataluña es el libro de J. M. Solé i Sabaté y J. Villarroya, *La repressió a la reraguarda de Catalunya (1936-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1989, dos volúmenes.
16. «En el pueblo en rebelión se han infiltrado elementos amorales que roban y asesinan profesionalmente»: Joan Peiró, *Perilla la reraguarda*, Eds. Llibertat, Mataró, 1936, p.91.
17. Santos Julia, *Víctimas...*; G. Woolsey, *Málaga*, Madrid, 1998, p. 123.
18. Espinosa, *La columna de la muerte*, pp. 165-166.
19. *Ibidem*, p.3
20. Julia, *Víctimas...*, p. 165.
21. Casanova, *Morir, matar...*, p. 68.
22. Julia, *Víctimas...*, p. 412; véase, también, G. Sánchez Recio, *Justicia y guerra en España. Los tribunales populares*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1991. Enrique Moradiellos eleva la cifra hasta 60.000:1936. *Los mitos de la guerra civil*, p. 124.
23. Aunque no hay que olvidar las manipulaciones: los nacionales llegaron a hablar de medio millón de asesinatos en zona republicana; más tarde el general Salas Larrazábal rebajó la cifra, y el general Franco dijo a un periodista de la United Press que en el campo nacional sólo se había ejecutado a 4.500 personas durante toda la guerra.

CAPÍTULO 8

1. Mohammad Ibn Azzuz Akin, *La actitud de los moros ante el Alzamiento*, Algazara, 1997, p. 102.
2. Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, Losada, Buenos Aires, 1964, p. 94.
3. Casanova, *Morir, matar...*, p. 11.
4. Josep Fontana, prólogo a Espinosa, *La columna de la muerte*, p. X.
5. Julia, *Víctimas...*, p. 92.
6. Este colectivo fue uno de los más castigados por la represión nacional. Varios cientos de maestros fueron asesinados en las primeras semanas: 20 en Huelva, 21 en Burgos, 33 en Zaragoza, 50 en León... Véase Jesús Crespo, *Purga de maestros en la guerra civil*, Ámbito, Valladolid, 1987; F. Morente «La repressió sobre el magisteri», en *Actes del IV Seminari sobre la República i la guerra civil*, pp. 80 y ss.
7. Julia, *Víctimas...*, p. 94.
8. Casanova, *Morir, matar...*, p. 106.
9. *Ibidem*, 107.
10. Luis Castro, *Burgos durante la guerra civil* (en redacción).
11. Gabriel Jackson, *La República española y la guerra civil*, p. 271.
12. Emilio Silva y Santiago Macías, *Las fosas de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2003, p. 303. Lo mismo sucedió en Falencia, donde la sublevación triunfó de inmediato. En 1936 los «paseos» significaron la muerte de no menos de 103 personas, a las que hay que añadir las 169 condenas a muerte pronunciadas por los tribunales militares. En Soria murieron 281 personas y en Segovia, donde nada había ocurrido antes de la guerra que pudiera justificar la represión, fueron asesinadas 358 personas y otras 2.282 fueron encarceladas. Véase Jesús M. Palomares, *La guerra civil en Falencia. La eliminación de los contrarios*, Cálamo, Falencia, 2002, pp. 121-144. Véase Santiago Vega Sombría, *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 279.
13. Julia, *Víctimas...*, p. 101. El gran libro sobre la represión en La Rioja está en vías de redacción final: Carlos Gil Andrés, *Lejos del frente. Guerra civil y violencia política en La Rioja, 1933-1945* (título provisional).

14. E. Silva y S. Macías, *Las fosas de Franco*, pp. 317 y ss.
15. Julia, *Víctimas...*, p. 103.
16. E. Silva y S. Macías, *Las fosas de Franco*, pp. 151 y ss.
17. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 369.
18. *Ibidem*, p.211.
19. *Ibidem*, p. 213.
20. Cuando, en septiembre de 1936, una columna falangista de limpieza llegó a cerro de Andavalo, lugar de residencia de muchos mineros de Río Tinto, asesino a 315 lugareños. Véase Luciano Suero Sánchez, *Memorias de un campesino andaluz en la revolución española*, Queimada, Madrid, 1982, p. 84.
21. Espinosa, *La colina de la muerte* P-30.
22. Disponemos Afanadamente, de una serie de estudios modernos de gran Habilidad sobre la matanza de Badajoz sobre todo el de Francisco Espinosa ya citado. Pero véase también Mano Neves'A *chacma de Badajoz*, Jornal, Lisboa, 1985- Julián Chaves *La guerra civil en Extremadura*, Editora Regional de Extremadura, 1997; Alberto Tapia, *Memoria de la guerra civil*, Alianza, Madrid, 1999.
- 23 *La marcha sobre Madrid, 1982*, Simón Saksllarrazábal.
- 24 *Ibidem*, p. 103.
- 25 *Ibidem*, p. 203.
26. Alfonso Bullón y Alvaro de Diego, *Historias orales de la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 2000, p. 177.
27. John Whitaker, *We cannot escape history*, Macmillan, Nueva York, 1943. Citado por Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil*, pp. 140-141 n.
28. Ian Gibson, *Federico García Lona*, Crítica, Barcelona, 1998, p. 485.
29. Para los fascistas «café» era también el anagrama de «Camaradas: Arriba Falange Española».
30. La mejor información sobre el asesinato de García Lorca sigue siendo la de Ian Gibson, *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Lorca*, Crítica, Barcelona, 1979.
31. Michael Seidman, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2003, p. 120.
32. Casanova, *Morir, matar...*, p. 97.
33. Julia, *Víctimas...*,201.
34. A. Nadal Sánchez, *Guerra avilen Málaga*, Arguval, Málaga, 1984.
35. NA PRO, FO 371/39742,9903.
36. Véase Ignacio Martín Jiménez, *La guerra civil en Valladolid, 1936-1939*, Ámbito, Valladolid, 2000.
37. Fraser, *Recuérdalo...*, p.219.
38. *Ibidem*, p.217.
39. Testimonio citado por Bullón y de Diego, *Historias orales...*, 178.
40. Luis A. Bolín, *España, los años vitales*, Espasa-Calpe, Madrid, 1967.
41. Julia, *Victimas...*, pp. 411-412.
42. *La Unión*, 26 de julio de 1936.

CAPÍTULO 9

1. La junta asumía «todos los poderes del Estado y representa legítimamente al país ante las potencias extranjeras» (*Boletín Oficial del Estado* del 25 de julio de 1936).
2. Constancia de la Mora, *Doble esplendor*, Crítica, Barcelona, 1977, p. 247.
3. Citado por Manuel Tuñón de Lara, *La España del siglo XX*, p. 479.
4. Para el contenido de la carta pastoral véase Antonio Montero, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, BAC, Madrid, 1961.
5. Callaban, *La Iglesia católica...*, p. 278.
6. Vicente Enrique y Tarancón, *Recuerdos de juventud*, Grijalbo, Barcelona, P-210.
7. Bahamonde, *Un año con Queipa*, p. 34.
8. *Ibidem*, p. 35.

9. *La Unión*, Sevilla, 15 de agosto de 1936.
10. *Ibidem*.
11. J. Gil Pecharromán, *Jose Antonio Primo de Rivera*, p. 455.
12. G. Sánchez Recio et al., *Guerra civil y franquismo en Alicante*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Alicante, 1990, p. 27.
13. Gil Pecharromán, *Primo de Rivera*, p. 454.
14. Se ha escrito mucho sobre las reticencias (o franca negativa tras haber estado de acuerdo al principio) de Franco. Véase Ellwood, *Historia de Falange Española*,. 90-91.
15. Francisco Largo Caballero, *Mis recuerdos*, México, 1976, p. 196.
16. Ellwood, *Historia de Falange Española*, p. 91.
17. Sobre las medidas económicas de Queipo, véase Banco Exterior de España, *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, Madrid, 1979, pp. 144 y ss.
18. Para la esperpéntica figura de Millán Astray, cultivador del irracionalismo, admirador del Bushido y «reencarnación de Ignacio de Loyola», véase Geoffrey Jensen, *Irrational Triumph. Cultural Despair, Military Nationalism and the Ideológica/ Origins of Francos Spain*, University of Nevada Press, Reno, 2002, pp. 140 y ss.
19. No existe original del discurso de Unamuno. Los periódicos de Salamanca del día siguiente publicaron los parlamentos de todos los oradores menos el suyo. Cf. Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*, Salamanca, 1964, y Luis Portillo, «Unamuno's Last Lecture», en Cyril Connolly, *The Golden Horizon*, Weidenfeld 8c Nicolson, Londres, 1953.

CAPÍTULO 10

1. Fierre Vilar, *La guerra civil española*, p. 104.
2. Manuel Azaña, «La revolución abortada», en *Obras completas*, Oasis, México, 1967, in, p. 499.
3. Eric Hobsbawm, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 311.
4. Thomas, *La guerra civil española*, p. 319.
5. Fernando Solano, *La tragedia del Norte*, Barcelona, 1938, p. 73.
6. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 321.
7. Sobre el trilema del PNV entre permanecer leal a la República, pactar con los sublevados o declararse neutrales dejando que los «españoles» resolvieran sus asuntos, véase Santiago de Pablo, Ludger Mees y José A. Rodríguez Ranz, *El péndulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco, II: 1936-1979*, Crítica, Barcelona, 2001.
8. Langdon-Davies, *Detrás de las barricadas españolas*, Letras, Santiago de Chile, 1937.
9. Josep Tarradellas, por ejemplo. Cf. Walther L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, Crítica, Barcelona, 1982, p. 386n.
10. Ángel Ossorio, *Vida y sacrificio de Companys*, Losada, Buenos Aires, 1943, pp. 170-171.
11. *Solidaridad Obrera*, 18 de julio de 1937.
12. Diego Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, Imán, Buenos Aires, 1940, p. 169.
13. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, pp. 437-448.
14. John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución en España, 1930-1937*, Ariel, Barcelona, 1974, p. 175.
15. Ossorio, *Vida y Sacrificio de Companys*, p. 172.
16. Para la relación de la Generalitat con los anarquistas en el campo concreto de la economía y las finanzas, véase Francesc Bonamusa, *La guerra civil a Catalunya*, vol. 2, pp. 54 y ss.
17. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 237.
18. *Ibidem*, p.393.
19. Véase Mary Nash, *Mujeres Libres: España, 1936-1939*, Tusquets, Barcelona, 1975.
20. Dichas medidas supusieron que, al principio, se creara un gran vacío en el sistema de enseñanza que se vio compensado sobradamente por la edificación de nuevas escuelas (entre 1932 y 1933 se

construyeron 7.000 escuelas, casi tantas como en los treinta años precedentes y se multiplicó por dos el número de institutos de enseñanza media) y por la creación de 7.000 puestos de maestro, a quienes se incrementó la paga entre un 20 y un 40 por 100. Joseph Pérez, *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 575.

21. Véase Francisco de Luis Martín, *La FETE en la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 2002.

22. Sandie Holguín, *República de ciudadanos*, pp. 209 y ss.

23. Gerald Brenan *El laberinto español*, p. XIII.

24. Langdon-Davies, *Detrás de las barricadas españolas*, p. 134.

25. La UGT o la UGT-CNT organizaron alrededor del 15 por 100 de las colectivizaciones en Castilla la Nueva y La Mancha, la mayoría de las de Extremadura, muy pocas en Andalucía y alrededor del 20 por 100 en Aragón.

26. No así La Seda, de capital holandés, que fue puesta bajo el control de un comité mixto CTN-UGT.

27. Sobre las colectivizaciones en Cataluña, véase sobre todo el libro de Albert Pérez Baró, *Trenta mesas de colectivisme a Catalunya*, Ariel, Barcelona, 1970.

28. Josep Maria Bricall, «Les collectivitzacions», en *Documents 1931-1939*.

29. Franz Borkenau, *The Spanish Cockpit*, The University of Michigan, Michigan, 1963, p. 90. (Hay trad. cast.: *El reñidero español*, Península, Barcelona, 2001).

30. Broué y Témime, *La Révolution et la guerre d'Espagne*, Minuit, París, 1961, p.135.

31. Borkenau, *The Spanish Cockpit*, p. 103.

32. Brademas, *Anarcosindicalismo*, pp. 204-209.

33. José Borrás, *Aragón en la revolución española*, Viguera, Barcelona, 1983, pp. 174 y ss.

34. La superficie expropiada para colectividades fue del 65 por 100 en la provincia de Jaén, del 56,9 por 100 en la de Ciudad Real, de 33,5 por 100 en la de Albacete y del 13,18 por 100 en todo el País Valenciano. Véase Aurora Bosch, *Ugetistas y libertarios. Guerra Civil y revolución en el País Valenciano*, Diputación Provincial de Valencia, Valencia, 1983.

35. «Un obrero de la España Industrial, una de las mayores fábricas textiles de Cataluña, robó un día una llave inglesa y sus compañeros se lo reprocharon. Días más tarde volvió a robar y un compañero le dijo entonces: "Escribirás tu nombre completo en la pizarra, debajo escribirás que has robado dos llaves inglesas y que por eso se te ha trasladado a una sección en la que no tendrás ocasión de robar más". "¡No, no!", exclamó; "¡la pizarra no!". "Sí", le dije; "No te hará ningún daño escribir tu nombre en ella". No hubo más casos de indisciplina. La amenaza de la pizarra resultó eficiente...» (testimonio de Luis Santacana, citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 293).

36. G. Helsey, *Anarcosindicalismo y estado en Aragón, 1930-1938*, ESS, Madrid, 1994.

37. Brademas, *Anarcosindicalismo...*, p. 202.

38. Borkenau, *The Spanish Cockpit*, pp. 155-156.

CAPÍTULO 11

1. Tuñón, *La España del siglo XX*, p. 43 8.

2. Jackson, *La República...*, p. 248.

3. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 252.

4. Tuñón, *La España del siglo XX*, p. 474.

5. *Ibidem*.

6. Nikolai G. Kuznetsov, *Bajo la bandera de la España republicana*, Progreso, Moscú, 1967, p. 160.

7. SHM, *La marcha sobre Madrid*, San Martín, Madrid, 1982, p. 129 n.

8. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 135.

9. Borkenau, *The Spanish Cockpit*, p. 159.

10. André Marty, Informe a la Comintern del 10 de octubre de 1936, RGVA 33987/3/832, pp. 70-107.

11. Espinosa, *La columna...*, p. 52.

12. *Ibidem*, p. 77.

13. *Ibidem*, p. 77.

14. Es posible que, como desean los historiadores franquistas, Yagüe se pusiera enfermo el 20 de septiembre.

15. Reig Tapia, *Memoria de la guerra civil*, pp. 149-187.

16. Robert Mallett, *Mussolini and the Origins of the Second World War, 1933- 1940*, Palgrave, Londres, 2003, p. 101.

17. Para la leyenda del Alcázar, si se produjo o no la conversación telefónica, sobre los términos en que ésta se produjo, sobre la edad de Luis Moscardó y sobre todas las fabulaciones escritas sobre el asedio, véase, sobre todo, H. R. Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*, Plaza y Janes, Barcelona, 1986, pp. 93 a 116, y A. Reig Tapia, pp. 149 a 187.

18. R. de la Cierva, *Historia actualizada de la segunda república y la guerra de España, 1931-1939*, Fénix, Madrid, 2003.

19. Según Luis Quintanilla (*Los rehenes del Alcázar de Toledo*, Ruedo Ibérico, París, 1967), fueron fusilados y se utilizaron sus cadáveres para taponar las brechas causadas por los obuses.

20. John Whitaker, *We Cannot Escape History*,. 113-114.

21. Isabelo Herreros, *El Alcázar de Toledo. Mitología de la cruzada de Franco*, Vosa, Madrid, p. 75.

22. Presten, *Franco*, p. 235.

23. Según Thomas, el campamento de Cortés en el santuario era un conjunto de guardias civiles que vivían como bandoleros efectuando robos en la vecindad (*La guerra civil española*, p. 334).

24. Antonio Cordón, *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Crítica, Barcelona, 1977, pp. 266-287.

25. Sobre la carga económica que supuso la paga de los milicianos, y los abusos que se cometieron con ella, véase Seidman, *A ras de suelo*, pp. 59-61.

26. Abad de Santillán, *Por qué perdimos la guerra*, G. de Toro, Madrid, 1975, p.85.

27. George Orwell, *Homenatge a Catalunya*, Ariel, Barcelona, 1969, p. 29.

28. Ramón Brusco, *Les milícies antifeixistes i l'Exèrcit popular a Catalunya, 1936-1937*, El Jone, Lérida, 2003, pp. 81-98.

29. Bolloten, *La revolución española*, p. 368.

30. Bill Alexander, *British Volunteers for Liberty*, Lawrence & Wishart, Londres, 1982, pp. 73-74.

31. Citado por J. Martín Blázquez, *Buildan Army*, Secker Warburg, Londres, 1939.

32. Salas, *Historia del ejército popular de la República*, I, pp. 1.147-1.148.

CAPÍTULO 12

1. Bennassar, *La guerre d'Espagne etses lendemains*, p. 133.

2. Andrée Bachoud, *Franco*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 150.

3. D. W. Pike, *Lesfranfais et leguerre d'Espagne*, PUF, París, 1975, p. 81.

4. Vilar, *La guerra civil española*, p. 163.

5. Jean-Francois Berdah, *La democracia asesinada: España, 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 198.

6. Gerald Howson, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000, pp. 45 y 46.

7. El 7 u 8 de agosto se enviaron a España 13 cazas y 6 bombarderos *sin tripulantes ni armamento*. Gerald Howson ha demostrado que «ningún avión, francés o de cualquier otra nacionalidad llegó a zona republicana antes del 7 u 8 de agosto». No hay rastro documental de que se hubieran enviado, antes de esa fecha, los 20 o 50 aviones militares franceses esgrimidos por la propaganda franquista.

8. Berdah, *La democracia asesinada*, p. 202.

9. Anthony Edén, *Facing the Dictators: The Edén Memoirs*, Cassell, Londres, I, p. 402.

10. Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 205-206.

11. Sebastian Balfour y Paul Presten, eds., *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, p. 81.

12. Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 205-206.
13. J. M. Keynes, *Las consecuencias económicas de la paz*, Crítica, Barcelona, 1987.
14. Kirkpatrick, *The Inner Gírele*.
15. Jones, *A Diary with Letters*. Moradiellos, *La perfidia deAlbión*, p. 58.
16. Moradiellos, *La perfidia de Albión*, p. 61.
17. *Ibidem*, p. 165.
18. Winston Churchill, *Step by Step 1936-19J9*, Thornton Butterworth, Londres, 1939, p. 63.
19. Edén, *Facing the Dictators*, p. 433.
20. Éste había enviado un telegrama a Mussolini el 16 de julio diciendo que era inminente una rebelión en Tetuán encabezada por Franco. Morton Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo*, Crítica, Barcelona, 2003, pp. 57-60.
21. *Ibidem*, pp. 63 y 64. Renzo de Felice (*Mussolini il duce*, t. 2. *Lo stato totalitario*, Einaudi, Turín, 1981, p. 366) sostiene que Mussolini tomó la decisión de ayudar a Franco para zaherir a los franceses, en el marco de su política mediterránea.
22. Coverdale, *La intervención italiana en la guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979.
23. Ángel Viñas y Carlos Collado Seidel, «Francois Request to the Third Reich for Military Assistance», en *Contemporary European History*, II, 2 (2002), Cambridge University Press.
24. *Ibidem*.
25. Berdah, *La democracia asesinada*, p. 226.
26. Howson, *Armas para España*, p. 35.
27. La HISMA fue creada en Tetuán en julio. La dirigían el propio Bernhardt y Fernando de Carranza. La primera remesa alemana le llegó a la HISMA a bordo del barco *Usaramo* el 6 de agosto y constaba de 10 Junker, 6 Heinkel 51, cañones antiaéreos, bombas y municiones, a los que acompañaban 86 técnicos militares y civiles. A partir de 1937 la HISMA creó una serie de sociedades para conseguir las acciones de las principales empresas mineras españolas. Entre estas sociedades pantalla, Aralar, Santa Tecla, Sierra de Credos y Montes de Galicia.
28. Balfour y Preston, eds., *España y las grandes potencias*, p. 100.
29. Durante más de dos años, cada semana saldrían de Alemania cuatro aviones de transporte con destino a España y cada cinco días zarpaba un barco de transporte. Durante toda la guerra llegaron a España unos 170 barcos alemanes cargados de material (Thomas, *La guerra civil española*, pp. 389-390).
30. Manuel Ros, *La guerra secreta de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 72-117.
31. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 170
32. La industria española había sido financiada en gran medida por el capital exterior desde sus rezagados comienzos hacia mediados del siglo XIX. Tanto los ferrocarriles como los servicios básicos de electricidad, ingeniería y minería dependían en gran manera de grandes inversiones extranjeras. La ITT de Estados Unidos era la propietaria de la Telefónica española y la Ford y la General Motors tenían escasa competencia en la industria de la automoción. Las empresas británicas controlaban la mayor parte de las acciones de los negocios españoles, con cerca del 20 por 100 de todo el capital exterior invertido. El Reino Unido era asimismo el mayor importador de mercancías españolas, incluida más de la mitad de su mineral de hierro. Entre 1851 y 1880, Francia, Gran Bretaña, Bélgica y Alemania invirtieron en España 1.424 millones de francos corrientes: Comín, Hernández y Llopis, eds., *Historia económica de España*, p. 221.
33. Howson, *Armas para España*, pp. 111 y 112.
34. Fernando Schwartz, *La internacionalización de la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1972, p. 153.
35. Howson, *Armas para España*, p. 112.
36. Katherine Atholl, *Searchlight on Spain*, Penguin Books, Harmondsworth Middlesex, 1938.

37. J. R. Hubbard, «How Franco financed his war», en *Journal of Modern History*, Chicago, 1953, p. 404.
38. En conversación con Charles Foltz, corresponsal de la Associated Press: *The Masquerade in Spain*, Boston, 1948, pp. 46-48.
39. Radosh, Habeck y Sevostianov, eds., *España traicionada*, p. 56.
40. APRF, 3/74/20, p. 51.
41. Radosh, Habeck y Sevostianov, eds., *España traicionada*, p. 55.
42. Ésa es la opinión de Jean-Francois Berdah: *La democracia asesinada*, pp. 314 y ss.
43. Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 167.
44. Howson, *Armas para España*, pp. 57,76,355-359.
45. «Intervención francesa en España», citado en E. Moradiellos, *El reñidero de Europa*, pp. 120-121.
46. RGVA, 35082/2/185, p. 148.

CAPÍTULO 13

1. Iribarren, *Mola*, p. 232.
2. Gil Robles, *No fue posible la paz*, p. 776, n. 25.
3. *Boletín Oficial del Estado* del 30 de septiembre de 1936. Es un lugar común de la historiografía sobre la guerra civil señalar que Nicolás Franco amañó el decreto haciendo saltar los términos «del gobierno», pero Presión no lo cree. Le parece que Franco se limitó a «leer» «jefe del Estado» (lo que parece bastante probable, dado que el propio Franco tachó del decreto las palabras «mientras dure la guerra») y así lo publicaron, evidentemente aleccionados por Nicolás, los periódicos nacionales del día siguiente. Puede decirse que, aquellos días, se produjo un golpe de estado dentro del golpe de estado, pero ante *el fait accompli*, cualquiera que se hubiese opuesto podría haber sido considerado traidor a la causa nacional. La mejor descripción de todo el proceso en Preston, *Franco*, pp. 221-253.
4. Preámbulo del decreto de depuración del 8 de diciembre de 1936.
5. «Ellos y muchos otros utilizaron su influencia en las finanzas y en el gobierno [británico] para inclinar la política británica hacia los intereses de los nacionales», nos dice Preston: *Franco*, p. 236.
6. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, p. 153.
7. Koltsov, «Ispanskii Dnevnik», citado por Bolloten, *La revolución española*, p. 189.
8. RGVA, 33987/3/852, p. 46
9. Marty, Informe al Comité Ejecutivo de la Comintern, RGVA, 33987/3/832, pp. 70-107.
10. Santiago de Pablo, ed., *El péndulo patriótico*, II, pp. 15-18.
11. RGVA, 33987/3/832, pp. 70-107.
12. Brusco, *Les milícies antifeixistes i l'exèrcit popular*, pp. 101-103.
13. Casanova, *De la calle al frente*, Crítica, Barcelona, 1997, p. 203.
14. Vilar, *La guerra civil española*, p. 103.
15. Pablo de Azcárate, *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 141.
16. Edén, *Facing the Dictators*, pp. 408 y 415.
17. Balfour y Preston, *España y las grandes potencias...*, p. 82.
18. Bowers, *Misión en España*.

CAPÍTULO 14

1. El PSUC pasó de los 5.000 iniciales a unos 45.000 y el PC de Euskadi de 3.000 a 22.000, lo que hace un total aproximado de 300.000 militantes, más que el PSOE y todos los partidos republicanos juntos. Los militantes del PCE, según José Díaz, se clasificaban así:

obreros industriales:	87.660
obreros agrícolas:	62.250
campesinos (propietarios):	76.700
clase media:	15.485

intelectuales:	7.045
mujeres (sic):	19.300
Total:	268.440

Si tenemos en cuenta que en el rubro «obreros industriales» se incluía a ingenieros y técnicos, no parece haber duda de que el PCE se había convertido en un partido interclasista, que representaba bastante bien al Frente Popular. Joan Estruch, *Historia oculta del PCE*, Temas de Hoy, Madrid, 2000, pp. 132-135.

2. Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos cantaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999, p. 305.

3. *The Diary of Georgi Dimitrov, 1933-1949*, ed. de Ivo Banac, Yale University Press, New Haven, 2003, pp. 28 y 32.

4. Las bases fundamentales para redactar este apartado se han tomado de los libros siguientes: Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española. Una revisión crítica*, Crítica, Barcelona, 2003; R. Radosh, M. R. Habeck y G. Sevostianov, eds., *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002; Gerald Howson, *Armas para España. La historia no contada de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2000; Michael Seidman, *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2003; A. Elorza y M. Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Planeta, Barcelona, 1999. Se han consultado, también, los documentos de los archivos rusos, principalmente RGVA, RGASPI y GARF.

5. «La ayuda ... prestada a la España republicana por el pueblo soviético ... probablemente sea la mayor movilización humanitaria extranjera de la historia con destino a la península Ibérica.» (Kowalsky, *La Unión Soviética...*, pp. 73-4.) Un estudio elaborado recientemente por un especialista ruso calcula en 274 millones de rublos (unos 11.416.000 libras esterlinas) la cantidad total de dinero recaudada por el pueblo soviético para comprar ropas y alimentos para España. Citado en Kowalsky, p. 85.

6. Cf. Kowalsky, *La Unión Soviética...*, pp. 42 y ss.

7. *Ibidem*, p. 197.

8. Es aún muy difícil establecer con exactitud el número de armas y material enviado por los soviéticos a España, pero se puede proponer un cierto orden de magnitudes para cuatro elementos bélicos básicos:

Aviones: entre 623 y 648

Carros de combate: entre 331 y 347

Cañones: entre 714 y 1.228

Fusiles: entre 338.000 y 498.000.

(Howson, pp. 382-418 y Kowalsky, pp. 214-216.)

9. Howson, *Armas para España*, p. 181.

10. El carro de combate T-26 copiaba los Vickers británicos de seis toneladas y los mejoraba con una torreta giratoria y un cañón de 45 mm. Estos tanques eran del mismo tipo que utilizó el ejército soviético durante los años treinta y que sirvieron para hacer frente a los ejércitos alemanes en 1941. Fue, con mucho, el blindado más formidable de la guerra civil española y era el más poderoso del mundo en 1936. Los nacionales lo tenían en altísima estima y pagaban 500 pesetas de la época a quien fuera capaz de capturar uno de esos tanques. Por lo que se refiere a aparatos aéreos, los soviéticos enviaron a España seis modelos básicos: los caza Polikarpov modelos 1-15 e 1-16; el bombardero Tupolev SB-2, y el bombardero ligero de reconocimiento Polikarpov R-5 con sus variantes R-Z y el R5SSS. El 1-15, o Chato, era un caza biplano capaz de superar los 400 km por hora a 3.000 m de altitud, y de virar en redondo en ocho segundos. Contaba con cuatro ametralladoras sincronizadas de 7,62 mm. El 1-16, o Mosca, era un monoplano y alcanzaba velocidades de hasta 462 km por hora. Contaba con un par de cañones de 20 mm además de sus dos ametralladoras reglamentarias. El bombardero SB-2, o Katiuska, fue el aparato aéreo más poderoso que voló en los cielos de España durante la guerra civil. Era rapidísimo y disponía

de grandes silos repletos de bombas. Los otros tres modelos, el R-Z, o Natasha, el R-5, o Rasante, y el SSS, no eran tan punteros como los anteriores y fueron superados por los cazas alemanes, sobre todo a partir de la aparición en España del velocísimo Messerschmitt 109. Howson, p. 182 y Kowalsky, pp. 218-231.

11. RGVA, 35082/1/185, p. 352.

12. El profesor Ángel Viñas es quien mejor ha estudiado toda la odisea del oro de la República y sus obras aún siguen siendo de obligada consulta: *El oro de Moscú*, Grijalbo, Barcelona, 1979, y *Guerra, dinero, dictadura*, Crítica, Barcelona, 1984. Pero véase, también, Pablo Martín Aceña, *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, Taurus, Madrid, 2001.

13. Pero Gabriel Jackson sostiene que la idea de enviar el oro a Rusia cogió por sorpresa a los soviéticos y que Negrín tuvo que explicar el plan detalladamente al embajador Rosenberg: Gabriel Jackson y V. Alba, *Juan Negrín*, Ediciones B, Barcelona, 2004, p. 75.

14. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, p. 170.

15. En el dossier que Rómulo Negrín entregó a las autoridades franquistas tras la muerte de su padre, todas las órdenes de embarque estaban firmadas por Largo Caballero. Véase Jackson, *Juan Negrín*.

16. US Senate, *Report on Scope of Soviet Activity*, Washington, 1954.

17. GARF, 7733/36/27, pp. 25-26.

18. Viñas, *El oro de Moscú*, pp. 289-292.

19. Kowalsky, *La Unión Soviética*, pp. 232-233.

20. *Ibidem*, pp. 234 y 235.

21. En total, el volumen de divisas consumido por la República durante toda la guerra civil para comprar armamento a gobiernos, organizaciones y traficantes internacionales, así como para la adquisición de materias primas, vestido y alimento, ha sido estimado en 744 millones de dólares, suma que excede al contravalor en oro y plata movilizado por sus gobernantes, generándose el diferencial de divisas con otras operaciones financieras y comerciales. Dejando a un lado el terrible impacto del gasto directo del oro español, cuando se filtró la noticia de la transferencia del oro a París y Moscú, la peseta republicana, carente ya de respaldo en metálico, cayó en picado en los mercados internacionales (junto a la situación militar, el déficit comercial y la falta de créditos de las democracias, este hecho contribuyó a que el valor de la peseta se dividiera por dos entre principios de octubre y principios de diciembre de 1936). Como resultado de ello, el material militar que compraba le costó a la República mucho más en moneda española.

22. Howson, *Armas para España*, pp. 206-214.

23. Comín et al., *Historia económica de España*, p. 335.

24. Seidman, *A ras de suelo*, p. 112.

25. RGASPI, 17/120/263, pp. 2-3.

26. Diario de Antonov-Ovseenko, RGASPI, 17/120/84, pp. 58-79.

27. Confesión de Antonov-Ovseenko publicada en *Izvestia*, 24 de agosto de 1936.

28. RGASPI, 17/120/259, pp. 73-74.

29. RGASPI, 17/120/84, pp. 75-70.

30. RGASPI, 17/120/263, p. 32.

31. RGASPI, 17/120/263, pp. 16-17.

CAPÍTULO 15

1. Durante el transcurso de la guerra civil, las Brigadas Internacionales estuvieron integradas por unos 32.000 o 35.000 «luchadores por la libertad» procedentes de 53 países, aunque nunca hubo más de 18.000 combatiendo a la vez, y hacia mediados de 1938 se habían reducido a poco más de 12.000. Otros 10.000, en números redondos, murieron en combate. Se puede establecer, gracias a la documentación que se ha conservado de la administración de las Brigadas Internacionales, una

aproximación a la procedencia nacional de los interbrigadistas (faltan varios miles de combatientes y hay algunos errores en la nacionalidad de procedencia):

Francia:	8.962	Estados Unidos:	2.341	Países Bajos:	628
Polonia:	3.113	Alemania:	2.217	Hungría:	
	528				
Italia:	3.002	Países balcánicos:	2.095	Canadá:	
	512				
Gran Bretaña:	1.843	Bélgica:	1.722	Suiza:	
	408				
Checoslovaquia:	1.066	Países bálticos:	892	Portugal:	
	134				
Austria:	872	Países escandinavos:	799	Varios:	1.122

Michel Lefebvre y Rémi Skoutelsky, *Las Brigadas Internacionales*, Lunweg, Barcelona, 2003, p. 16.

2. La «reunión» del 26 de julio de 1936 de los secretariados de la Comintern y de la Profintern a la que se refieren tantos historiadores de la guerra civil nunca existió. Probablemente se trata de una contaminación de la propaganda franquista. Véase Rémi Skoutelsky, *L'Espoir Guidait lempas. Les volontaires françaises dans les Brigades Internationales, 1936-1939*, Grasset, París, 1998, pp. 50-51.

3. Reproducida en Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 303.

4. Andreu Castells, *Las Brigadas Internacionales*, Ariel, Barcelona, 1974, p. 449.

5. Kowalsky, *La Unión Soviética...* p. 267.

6. Esmond Romilly, *Boadilla*, Londres, 1971.

7. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 80.

8. Jason Gurney, *Crusade in Spain*, Londres, 1974.

9. George Orwell, *Collected Essays, Journalism and Letters*, Londres, 1968.

10. Alvah Bessie, *Men in Battle. A Story of Americans in Spain*, Charles Scribner's & Sons, Nueva York, 1939, p. 181.

11. Abad de Santillán, *Por que perdimos la guerra*, p. 175.

12. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 82.

13. Cuando era marinero, en 1919, André Marty había dirigido un motín contra la oficialidad de la flota francesa en el Mar Negro, enviada allí para combatir a los bolcheviques.

14. Vilar, *La guerra civil española*, p. 172.

15. Dennassar opina que Marty fue responsable de la muerte de Gastón Delassale y de una decena de brigadistas, «pero no, desde luego, de ejecuciones sistemáticas» (*La guerre d'Espagne* p. 146).

16. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 73 n.

17. Comisariado de la XV BI, *Libro de la XV Brigada Internacional*, Madrid, 1938.

18. Alexander, *British Volunteers*, p. 54.

19. TsAMO, 132/2642/77, p. 47 y RGVA, 33987/3/870, p. 346.

20. Las cifras de los archivos soviéticos no siempre coinciden, sobre todo por diferencias de criterio en la definición de categorías. Uno de los desacuerdos más claros es el que sostiene que, además de los asesores del Ejército Rojo asignado a cada cuartel general, sirvieron en España un total de 772 pilotos soviéticos, 351 tanquistas, 100 artilleros, 77 marineros, 166 señaleros, 141 técnicos militares y 204 intérpretes. En 1937 había unos 150 asesores, y en 1938 alrededor de 250. En enero de 1939 su número se redujo a 84. RGVA, 33987/3/1143, p. 127 y RGVA, 35082/1/15, pp. 47-49.

21. TsAMO, 132/2642/192, p. 1.

22. TsAMO, 132/2642/192, p. 15.

23. TsAMO, 132/2642/192, p. 32.

24. RGVA, 35082/1/40, p. 78.

25. RGVA, 9/29/315, p. 70; 33987/3/11489/172.

26. RGVA, 33987/3/960, pp. 180-189.

27. RGVA, 35082/1/185, pp. 356 y 408.

28. Véase Rybalkin..., pp. 38-42 y RGVA, 33987/3/870, pp. 341-342; RGVA, 33987/13/961, p. 166; RGVA, 35082/1/18, pp. 49, 64-66; RGVA, 33987/3/961, pp. 155-156; TsAMO 16/3148/5, pp. 23-25. Según Rybalkin, la experiencia adquirida en esta operación se aplicó más tarde en la planificación y organización del transporte soviético durante la segunda guerra mundial, y, más tarde aún, en 1962, volvió a aplicarse para el transporte de tropas y armamento soviéticos a Cuba en la operación «Anadyr», dirigida por el entonces ministro de Defensa soviético mariscal Rodion Malinovski, quien había participado en la guerra civil española.

29. RGVA, 33987/3/912, p. 84. El 6 de diciembre de 1936, las fuerzas armadas de la República habían recibido 136 aviones, 106 tanques T-26, 30 vehículos blindados, 174 cañones de campaña, 3.750 ametralladoras, 340 morteros, 60.183 fusiles, 120.000 bombas de mano, 28.107 bombas, 1.010 pistolas, 692.552 obuses de artillería, 150.950.000 cartuchos, 150 toneladas de pólvora y 6.200 toneladas de combustible y piezas de repuesto. RGVA, 33987/3/870, p. 237.

CAPÍTULO 16

1. Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976.

2. El primer cinturón de defensa, situado a unos 30 kilómetros de Madrid, unía Navalcarnero con Valdemoro pasando por Batres, Griñón y Torrejón de Velasco. El segundo, que pasaba por Brúñete, Villaviciosa, Móstoles, Fuenlabrada y Pinto, estaba a unos 20 kilómetros; el tercero, que iba de Villaviciosa de Odón hasta el Cerro de los Angeles, a 10 kilómetros; y el cuarto, a las puertas de la capital, había consistido en fortificar Pozuelo, la Casa de Campo, Campamento, Carabanchel, Villaverde y Vallecas. José Manuel Martínez Bande, *La guerra en el norte*, San Martín, Madrid, 1969, p. 130.

3. «El Generalísimo sospechaba que había poca gloria que ganar y, por tanto, muy ladinamente, dejó que Mola asumiera la responsabilidad», afirma Preston. *Franco, caudillo de España*, p. 255.

4. Aleksadr Ilyich Rodimtsev, *Dobrovoltsy internatsionalisty*, Sverdlovsk, 1976, p. 31.

5. Fraser, *Recuérdalo tú...*, pp. 351-352.

6. Citado por Tuñón, *Historia de España*, IX, p. 317.

7. Luis Enrique Délano, *Cuatro meses de guerra en Madrid*, Panorama, Santiago de Chile, 1937, p. 75.

8. Francisco Largo Caballero, *Arenga a las fuerzas armadas*, 28 de octubre de 1936, en la prensa del día.

9. A España llegaron dos modelos de carros rusos T-26: el «A» pesaba ocho toneladas y sólo alcanzaba unos 30 kilómetros por hora. Disponía de un cañón de 45 mm y de una ametralladora en la torreta giratoria. El «B» pesaba 9,2 toneladas y contaba con dos ametralladoras. El principal defecto de estos tanques radicaba en el grosor de su blindaje, de sólo 15 mm, que atravesaban fácilmente los temibles cañones de 88 mm de la Legión Cóndor cuando se usaban en funciones de antitanque. Pavel Arman era un tipo aventurero que, a pesar de su heroísmo en España, se peleó con las autoridades estalinistas y pereció en el frente del Este. Las tripulaciones de los tanques estaban compuestas por instructores rusos y por españoles que, mientras aprendían, actuaban como artilleros.

10. La fuerza republicana de carros se formó sobre la base de una brigada que procedía de la región militar de Bielorrusia. El 60 por 100 de la unidad eran tanquistas voluntarios soviéticos (RGVA, 31811/4/28, pp. 104-110). Mandaba la brigada el coronel D. G. Pavlov, que sería ejecutado en 1941 como chivo expiatorio cuando la Wehrmacht aplastó al Ejército Rojo. Arman no era el hijo de la amiga de Lenin, Inessa Armand, como creen algunos.

11. «They are laid out in ranks / Like paper lanterns that have fallen / After a night of riot / Extinct in the dry morning air». Herbert Read, *Bombing casualties: Spain*, en *Collected poems*, Faber and Faber, Londres, 1946.

12. Carta de Federica Montseny a Bollothen: *La revolución española*, p. 288.

13. Es una anécdota bien conocida que las órdenes para Miaja se metieron, por error, en el sobre de Pozas y viceversa, aunque ambos abrieron los sobres inmediatamente, sin esperar hasta las seis de la mañana del día siguiente, tal como se les había ordenado. Miaja pensó que con aquel nombramiento se le abandonaba a su suerte.

14. Zagazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 181.

15. Azaña, *Diarios completos*, p. 956.

16. Para esta saca y las de otras cárceles como San Antón, Porlier o Ventas, véase Gibson, *Para cuellos cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona, 1983, pp. 185 y ss., que da una cifra total de 2.400 asesinados entre el 7 de noviembre y el 4 de diciembre de 1936. Por su parte, Javier Cervera (*Madrid en guerra. La ciudad clandestina*, Alianza, Madrid, pp. 84-103) dice que «serían algo más de dos mil los asesinados en Paracuellos y Torrejón».

17. La cuestión de la responsabilidad de los asesinatos de Paracuellos, que ha hecho correr ríos de tinta, parece haber quedado resuelta definitivamente gracias al borrador del acta de la reunión del comité nacional de la CNT que halló Jorge Martínez Reverte en el archivo de la CNT en Madrid. Véase Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona, 2004, pp. 226-227, 240. El acta aparece reproducida entre las páginas 577 y 581.

18. Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, p. 227.

19. RGVA, 35082/1/185, p. 365.

20. R. Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*, p. 574. Pero no los más recientes. El general Alonso Baquer dice de Rojo que era «una mezcla de populismo ruso y escolasticismo francés (quiere decir que fue alumno de la Ecole Supérieure de Guerre, de París). *El Ebro. La batalla decisiva de los cien días*, La Esfera, Madrid, 2003, p. 33.

21. Tiempo después, ya mariscal, Voronov aceptó la rendición del mariscal de campo alemán Paulus, tras la batalla de Stalingrado.

22. *Hitler's Interpreter*, Londres, 1951.

23. J. Delperrie, *Las brigadas internacionales*, Júcar, Madrid, 1978, p. 94.

24. *Hoy*, Las Palmas, 24 de julio de 1936.

25. Blanco Escola, *El general Rojo*, p. 173.

26. Fraser, *Recuérdalo tú*, p. 358.

27. RGVA, 35082/1/189, p. 83.

28. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.

29. Rodimtsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, p. 46.

30. RGVA, 35082/1/189, p. 103.

31. Abel Paz sugiere que los médicos que atendieron a Durruti no tuvieron el valor de intervenirle quirúrgicamente, y que, tal vez, de haberlo hecho, el moribundo se habría salvado: «El diagnóstico del Dr. Bastos les sirvió a todos [los otros médicos del Ritz] de tablas de salvación, y así dejaron que la vida de Durruti se fuese perdiendo en las doce horas que duró su agonía ... No explotando esas mínimas posibilidades [las de intervenir] se le condenaba irremisiblemente a muerte por una hemorragia interna» (Abel Paz, *Durruti en la revolución española*, La Esfera, Madrid, 2004, p. 678).

32. Blanco, *Vicente Rojo*, 185.

33. Jesús Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, Ariel, Barcelona, 1970, p. 140.

34. Véase J. M. Solé Sabaté y J. Villarroya, *España en llamas*, Temas de Hoy, Madrid, 2003, pp. 48-49.

35. BA-MA, RL, 35/38.

36. «Explico algunas cosas», en *Poesía política*, Austral, Santiago de Chile, 1953, I, p.60.

37. Virginia Cowles, *Looking for Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941, p. 18.

38. RGVA, 35082/1/189, p. 126.

39. El primero iba desde el río Perales, al noroeste, hasta la Facultad de Medicina, y era responsabilidad de Kléber; el segundo, adjudicado al coronel Alvarez, llegaba hasta la Puerta del Ángel,

en la Casa de Campo; el tercero, que se extendía hasta Villaverde, lo encomendó al teniente coronel Mena; y por fin, el cuarto, desde Vallecas a La Marañosa, era cosa de Líster.

40. *Entre la realidad y el deseo*, p. 259.

41. Citado por George Orwell, *Collected Essays, Journalism and Letters*, Secker ScWarburg, Londres, 1968.

42. El general de brigada Miguel Alonso Baquer califica así, todavía en 2003, el período correspondiente a los seis primeros meses de sublevación militar (*El Ebro. La batalla decisiva de los cien días*).

43. BA-MA, RL, 35/38.

CAPÍTULO 17

1. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

2. RGVA, 35082/1/189.

3. Mijail Koltsov, *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963.

4. RGVA, 35082/1/185, PP. 400,407.

5. RGVA, 35082/1/185, pp. 680-695.

6. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, pp. 130-131.

7. Bill Alexander, *British Volunteer for Liberty. Spain 1936-1939*, Lawrence & Wishart, Londres, 1982, p. 86.

8. *The Owl of Minerva*, Londres, 1959.

9. Nick Gillain, *El mercenario*, Tánger, 1939, p. 16.

10. British Documents on Foreign Affairs, II, serie F, vol. 27, doc. 53.

11. British Documents on Foreign Affairs, II, serie F, vol. 27, doc. 53.

12. Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 131.

13. Una de sus compañías fue tiroteada, durante la batalla del Jarama, por una unidad falangista que la confundió con brigadistas internacionales y en la escaramuza murieron cuatro irlandeses. Regresaron a sus hogares en el verano de 1937 (véase Preston, *La guerra civil española*, Plaza y Janes, Barcelona, 1999, p. 125).

14. Preston, *Franco*, pp. 254 y ss.

15. Véase Gabriele Ranzato, *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origine*, Bollati Boringhieri, Turín, 2004, pp. 372-373.

16. *Diarios 1937-1943*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 15.

17. Al término de la guerra el coronel Villalba pasó a Francia, donde residió hasta 1951. A su regreso a España compareció ante un consejo de guerra que, atendiendo a sus alegatos de *negligencia deliberada en el mando de las fuerzas republicanas que le fueron confiadas durante las campañas de Aragón y Málaga, le absolvió libremente de todos los cargos que se le hacían*. El coronel Villalba, que contaba con parientes muy próximos en los cuadros de alto mando del ejército de Franco, *logró el reingreso en el ejército como coronel retirado*. Muy buenos servicios tuvo, pues, que haber prestado a Franco para que éste no sólo le perdonara la vida -cosa rara en él- sino que lo readmitiera en su ejército. Debe ser un caso único y da que pensar sobre la lealtad republicana de su jefe y mentor el general Asensio, tantas veces denunciado por los comunistas. Véase «Rectificaciones» en el tomo 4 de *Crónica de la guerra española*, Códex, Buenos Aires, 1966, p. 491.

18. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

19. Borkenau, *The Spanish Cockpit*, p. 227.

20. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 239; Santos Julia, ed., *Víctimas de la guerra civil*, pp. 175-176.

21. Public Record Office, FO 371/39742.

22. RGVA, 33987/3/991, pp. 81-96.

23. RGVA, 33987/3/160, pp. 180-189. El coronel Krivoshein decía en un informe que Voroshilov pasó a Stalin que "el Partido Comunista debe alcanzar el poder por la fuerza, si es preciso": RGVA, 33987/3/1010, p. 300.

24. Marchenko a Litvinov, 22 de febrero de 1937, en RGVA, 33987/3/960, pp. 303-315.

25. Alpert, *El Ejército de la República*, pp. 78 y ss.

26. La principal razón por la que no podemos precisar con toda exactitud las cifras del ejército es que no disponemos de información fiable ni sobre el número de raciones (se produjeron fraudes grandes y pequeños por parte de los estados mayores y de los capitanes de cuartel) ni del monto de las unidades (los oficiales al mando a veces «retocaban» las cifras por razones políticas y personales).

27. Brusco, *Les milicies antifeixistes...*, p. 114.

28. S. de Pablo et al., *El péndulo patriótico*, II, p. 22.

29. ¡Adelante!, *Internatsionalnaya brigada*, Moscú, 1937, pp. 106-118.

30. *The Spanish Civil War*, Londres, 1937.

31. Néstor I. Majnov (1889-1934) fue un anarquista ucraniano que desarrolló un tipo guerrillero de lucha armada tanto contra los ocupantes alemanes como contra el ejército blanco de Denikin y el ejército rojo de Trotsky.

32. *Krasnaya Zvezda*, 15 de septiembre de 1993.

33. *Nosotros*, Valencia, 11 de febrero de 1937.

34. Alpert, *El Ejército de la República*, p. 65.

35. *Guerra, exilio y cárcel*, París, 1976.

36. *Ibidem*.

37. Peirats, *La CNT en la revolución española*, p. 49.

38. *El anarcosindicalismo en la Revolución española*, p. 49.

39. Carta a Bollothen, en *La Revolución española*, p. 443.

40. J. Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, p. 490.

CAPÍTULO 18

1. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

2. «Los soldados habían aprendido a mantenerse agachados, a moverse rápidamente, a disparar ráfagas cortas y a mantenerse en contacto con sus oficiales. Ahora manejaban fusiles, morteros y ametralladoras tan bien como sus oponentes marroquíes», nos dice Jackson. *La República española y la guerra civil*, p. 306.

3. Regler, *The Great Crusade*, pp. 243-263.

4. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 166.

5. Wintringham, *English Captain*, Londres, 1939.

6. Alexander, *British Volunteers...*, p. 95.

7. Castells, *Las Brigadas Internacionales...*, p. 167, y Alexander, *British Volunteers...*, p. 99.

8. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

9. Gillain, *El mercenario...*, pp. 31-32.

10. *Mine were of Trouble*, Londres, 1957.

11. RGVA, 33987/3/912, pp. 127-128.

12. RGVA, 35082/1/185, p. 379.

13. Sixten «Rogebý», *Spanska frontminnen*, Arbetarkultur, Estocolmo, 1938.

14. Colodny, *The Struggle for Madrid*, p. 128.

15. Cf. Martínez Bande, *La lucha en torno a Madrid*; Coverdale, *La intervención italiana en la guerra de España*, y Rojo, *España heroica*.

16. Renzo Segala, *Trincee i Spagna*, Treves, Milán, 1938, p. 115.

17. RGVA, 35082/1/185, p. 361.

18. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 164.

19. Véase p. 721, n. 17.
20. Jackson, *La República española ...*, p. 319.
21. Marty a Dimitrov, 28 de marzo de 1937: RGVA, 33987/3/991, pp. 150-188.
22. Blanco, *La incompetencia militar de Franco*, p. 344.
23. Segala, *Trincee di Spagna*, p. 116.
24. Renzo de Felice, *Mussolini il duce*, t. 2, *Lo stato totalitario*, p. 404.
25. Preston, *Franco*, p. 292.
26. Rodimtsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, p. 57.
27. El llamado palacio de Ibarra era un conjunto de edificaciones rústicas que rodeaban una casa señorial erigida en mitad de un espeso bosque y rodeada de altos muros.
28. Thomas, *La guerra civil española*, II, p. 650; Castells, *Las Brigadas Internacionales ...*, p. 187.
29. Rodimtsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, pp. 73-74.
30. RGVA, 35082/1/189, p. 188.
31. *Mi embajada en Londres*, pp. 321-323.
32. Rodimtsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, pp. 94-96.
33. Mera, *Guerra, exilio y cárcel*, París, 1976.
34. RGVA, 35082/1/189, p. 190.
35. Rodimtsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, p. 102.
36. RGVA, F. 33987, Op. 3, D. 961, L. 123.
37. *Two Wars and More to Come*, p. 264.
38. De Felice, *Lo stato totalitario*, p. 392.
39. Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo*, p. 98.
40. Valdesoto, *Francisco Franco*, Afrodisio Aguado, Madrid, 1943, p. 205.

CAPÍTULO 19

1. S. de Pablo *et al*, *El péndulo patriótico*, II, p. 19.
2. *Ibidem*, p. 20.
3. C. Garitaonandía y J. L. de la Granja, eds., *La guerra civil en el País Vasco, 50 años después*, Bilbao, 1987, pp. 61-62.
4. Luis Ma. J. de Aberasturi, *Crónica de la guerra en el Norte (1936-1937)*, Txertoa, San Sebastián, 2003, p. 118.
5. RGVA, 35082/1/189, pp. 8-9.
6. Luis Ma. J. de Aberasturi, *La guerra en el Norte*, p. 163.
7. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
8. *Ibidem*.
9. José Ma. Basabilotra, capellán castrense republicano, cuenta que la gente se refugió en los nichos del cementerio. Había hileras de cadáveres en el suelo del camposanto. «Han hecho esto para desmoralizarnos a los del frente» (citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, pp. 549-550).
10. Vicente Talón, *Memoria de la guerra de Euskadi de 1936*, Plaza y Janes, Barcelona, 1988, p. 398.
11. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
12. *Ibidem*.
13. *Ibidem*.
14. Luis Michelena, citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 552.
15. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
16. Solé Sabaté y Villarroya sostienen que, antes, dejaron caer 36 bombas de 50 kg tres Savoia S-79 (*España en llamas*, pp. 84-85).
17. «Les femmes les enfants ont les mêmes roses / rouges / Dans les yeux / Chacun montre son sang / La peur et le courage de vivre et de mourir / La mort si difficile et si facile». Paul Eluard, «La victoire de Guernica», en *Cours naturel*, Ed. du Sagittaire, París, 1938, pp. 48-52.

18. Entre 200 y 300 dice V. Talón (*Memoria...*, pp. 34-35), o unas 200 según S. de Pablo (*La guerra civil en el País Vasco*)
19. Este artículo está reproducido íntegramente en Southworth, *Guernica*, pp. 22-24.
20. Ángel Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, p. 122.
21. *ABC*, 29 de abril de 1937.
22. *Ibidem*.
23. Informe de Roatta en A. Rovighi y F. Stefani, *La partecipazione italiana alla guerra civile spagnola*, Estado Mayor del Ejército, Roma, 1993, citado por Ranzato, *L'eclissi della democrazia*, p. 492.
24. Cowles, *Lookingfor Trouble*, p. 75.
25. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
26. Para la destrucción de Gernika y la responsabilidad del bombardeo, véase, sobre todo, H. R. Southworth, *Guernica, el mito*, A. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, y J. L. de la Granja y C. Garitaonandía, eds., *Gernika: 50 años después*.
27. *Diarios completos*, p. 974.
28. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
29. Aberasturi, *La guerra en el Norte*, pp. 234-235.
30. El parte del cuartel general de Franco era escueto: «Frente de Vizcaya. Esta tarde a las 3,10, las tropas han entrado en la capital de Vizcaya. Bilbao es ya España».
31. S. de Pablo, *La guerra civil en el País Vasco*, *Ayer*, n.º 50, 2003.
32. Para el «pacto de Santoña», las relaciones del gobierno vasco con el central y las gestiones diplomáticas llevadas a cabo por los dirigentes del PNV, véase S. de Pablo *etal*, *El péndulo patriótico*, pp. 29-41.
33. Ciano, *Diarios 1937-1943*, p. 15.

CAPÍTULO 20

1. En realidad, los papeles eran burdas falsificaciones realizadas probablemente durante la primavera de 1936 por personas estrechamente vinculadas a la conspiración militar, que es la conclusión a la que llega Southworth tras un demoledor análisis ecdótico de los citados documentos. Sin embargo, hasta la caída del comunismo en Europa, en 1989, los medios conservadores siguieron dando credibilidad a semejante patraña. Más tarde, y para justificar su fracaso en el asalto a Madrid, los nacionales afirmaron que tuvieron que vérselas con más de medio millón de comunistas extranjeros. H. R. Southworth, *El lavado de cerebro de Francisco Franco*, pp. 21-186. Mola ya había recurrido al miedo al comunismo cuando preparaba la sublevación en Marruecos. Como Franco, estaba suscrito al boletín de la Entente Internationale Anticomunista y, además, recibía informes sobre Rusia y la Comintern a través de un antiguo general del ejército zarista, E. von Miller, el famoso falsificador de los «Protocolos de los sabios de Sión» que, supuestamente, daban instrucciones para que los judíos se apoderaran del mundo (véase Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 105).
2. La Iglesia católica dejó de declarar «mártires» a los sacerdotes asesinados por los milicianos durante la guerra civil bajo los papados de Juan XXIII y Pablo VI. Sin embargo, Juan Pablo II hizo de nuevo «mártires» de la Iglesia a un nutrido grupo de sacerdotes asesinados. En su última visita a España (mayo de 2003), Juan Pablo II mantuvo aún que el asesinato de sacerdotes durante la guerra civil fue «una encarnizada y planificada persecución religiosa», aludiendo a los posibles nuevos mártires (10.000 según la Conferencia Episcopal Española). Durante su estancia en Madrid proclamó beato al pedagogo Pedro Poveda, asesinado en esa ciudad el 27 de julio de 1936. Karol Wojtila no pronunció, sin embargo, ni una sola palabra sobre los sacerdotes vascos asesinados por los insurgentes ni sobre los asesinatos posteriores del franquismo bendecidos por la Iglesia (*El País*, 5 de mayo de 2003).
3. «Carta colectiva del Episcopado español a los obispos del mundo entero», 1 de julio de 1937, en Antonio Montero, *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, Edica, Madrid, 1961.
4. Citado por Southworth, *El mito*, p. 169.

5. Luis Bolín, *Spain: The Vital Years*, Londres, 1967.

6. Peter Kemp, *Mine Were of Trouble*, pp. 49-50.

7. Cowles, *Looking for Trouble*, pp. 77-80.

8. Kemp, *Mine Were of Trouble*, pp. 49-50.

9. Entre los periodistas de todo el mundo que apoyaron a la República hay que mencionar a Herbert Matthews y Lawrence Fernsworth, del *New York Times*; a Jay Alien y John Whitaker, del *Chicago Tribune*; a Henry Buckley, John Langdon-Davies, Geoffrey Cox, George Steer, Simone Téry, Louis Delaprée o Mario Neves. La República recibió también las simpatías del *News Chronicle* *Manchester Guardian*, de *Le Temps*, de *L'Humanité*, de *Le Populaire*, de *Ce soir*, de *L'Indépendant*, o de *La Dépêche*. *The Times* y *Telegraph* permanecieron más o menos neutrales, en tanto que todo el resto dio su apoyo a los nacionales. Simpatizantes inmediatos del levantamiento fueron el *Observer*, cuyo editor, Garvin, era un gran admirador de Mussolini, y toda la prensa propiedad de Northcliffe, que había apoyado a la Unión Británica de Fascistas de Mosley, de modo que Harold Cardozo, corresponsal del *Daily Mail*, fue acreditado en seguida ante las fuerzas nacionales. También lo fueron los periodistas Edward Knoblauch, director de la Associated Press en Madrid; H. R. Knickerbocker, del Grupo Hearst; Cecil Gerathy, del *Daily Mail*; Sandro Volta, de la *Gazetta del Popólo*; Mauricio de Oliveira, de la *Revista da Marinha* y Fierre Héricourt, de *L'Action Francaise*. A los que hay que añadir los semanarios franceses *Gringoire* y *Candide* y los diarios *L'Echo de París*, *Le Jour*, *Le Fígaro*, *Le Matin*, *L'Époque*, *LEclair*, *Le Ramillón* y *L'Express du Midi*.

10. Arthur Koestler, *Spanish Testament*, Londres, 1937.

11. Southworth, *El mito*, p. 238.

12. Mrs. Simpson era el nombre de casada de Wallis Warfield. En aquellos días su nombre llenaba la prensa como futura esposa de Eduardo VIII, rey de Gran Bretaña, quien, para casarse con la divorciada dama, tuvo que renunciar al trono en 1937.

13. ABennassar le parece que «los dos campos se comportaron como agencias de desinformación y fábricas de rumores y embustes, con una constancia sin fisuras y una perfecta mala fe» (*La guerre d'Espagne et ses lendemains*, p. 323).

14. Citado por Noam Chomsky en *American Power and the New Mandarins*, Pantheon Books, Nueva York, 1969, p. 115.

15. *New Writing in Europe*, citado por Southworth, *El mito*, p. 40.

16. Para los intelectuales y la guerra de España véase Southworth, *El mito de la cruzada de Franco*; R. Álvarez y R. López, eds., *Poesía angla-norteamericana de la guerra civil española*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 1986; RobertPayne, *The Civil War in Spain, 1936-1939*, Secker ccWarburg, Londres, 1962, y Francisco Rico, ed., *Historia y crítica de la literatura española*, vol. 7, Crítica, Barcelona, 1984.

17. «Tomorrow for the young the poets exploding like bombs, / The walks by the lake, the weeks of perfect communion; / Tomorrow the bicycle races / Through the suburbs on summer evenings. But to-day / the struggle.»

18. Peter Watson, *Historia intelectual del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002, pp.360-361.

19. Entre ellos, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Pau Casáis, Rodolfo Halffter, Blas Cabrera, Alberto Jiménez Fraud, Josep Ferrater Mora, Alfonso Rodríguez Castelao, Pere Bosch Gimpera, Luis Buñuel, Pablo Picasso, Joan Miró. Los grandes creadores literarios también permanecieron leales a la República y, muchos de ellos, lucharon en las trincheras o colaboraron de mil maneras al esfuerzo de guerra: Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillen, Pedro Salinas, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, Luis Cernuda, José Bergamín, León Felipe, Max Aub, José Moreno Villa, Ramón J. Sender, Miguel Hernández, Salvador Espriu, Juan Manchal, Francisco Ayala, Antonio Buero Vallejo, María Zambrano, Rafael Dieste, Juan Gil-Albert, Ramón Gaya, Arturo Serrano Plaja, Arturo Barca, Ma. Teresa León, José Herrera Petere, Antonio Sánchez Barbudo, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Pedro Garfias, Rosa Chacel, Antonio Agraz, Félix Paredes, Leopoldo Urrutia, Lorenzo Várela, José Ma. Morón, Benigno

Bejarano, Eduardo Zamacois, Rafel Vidiella, Julio Sesto, A. Martínez de Luzenay, Silvia Mistral, Clemente Cimorra, Roger de Flor, Gabriel Baldrich, Manuel Cabanillas, Juan Usón («Juaninus»)... En el bando nacional militaron, entre otros, Eugenio d'Ors, Manuel Machado, José Ma. Pemán, Francisco Cossío, Concha Espina, José Muñoz San Román, Rafael García Serrano, Ricardo León, Wenceslao Fernández Flórez, Cecilio Benítez de Castro, Francisco Camba, Evaristo Casariego, Tomás Borrás, Josep Pía, Eduardo Marquina, Federico de Urrutia, José Camón Aznar, José Ma. Castroviejo, Ignacio Agustí, Alvaro Cunqueiro, Pedro Laín Entralgo, José L. López Aranguren, Antonio Tovar, Luis Diez del Corral, Antonio Maravall, Gerardo Diego, Leopoldo Panero, Luis Rosales, Luis Felipe Vivanco, Gonzalo Torrente Ballester, Félix Ros, Pedro Muñoz Seca y, naturalmente, la «corte literaria» de José Antonio: Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero, Eugenio Montes, Agustín de Foxá, Jacinto Miquelarena, Pedro Murlane Michelena, José Ma. Alfaro, Luys Santa Marina, Samuel Ros y Dionisio Ridruejo. Juan Pablo Fusi en *La España del siglo XX*; Southworth, *El mito*; Francisco Rico, ed., *Historia y crítica*, vols. 7 y 7/1; Mónica y Pablo Carbajosa, *La corte literaria de José Antonio*.

20. Agustín Sánchez Vidal, en F. Rico, *Historia y crítica de la literatura española*, vol.7, p.759.

21. Sobre los intelectuales y la «causa del pueblo» véase el reciente -y extraordinario- libro del profesor Santos Julia, *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004.

22. Sixten «Rogebby», *Spanskafrontminnen*.

23. Para la prensa en ambos lados, véase Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 1975; Southworth, *El mito*.

24. Así los llamó *El Socialista*, octubre de 1936.

25. Jordi Arnau Canilla, *La guerra civil en 2.000 carteles*, 1 vols., Postermil, Barcelona, 1997; Carmen Grimau, *El cartel republicano en la guerra civil*, Cátedra, Madrid, 1979.

26. C. Garitaonandía, «La radio republicana durante la guerra civil», en *Historia y memoria de la guerra civil*, I, pp. 391-400.

27. Santos Zunzunegui y Eduardo González Calleja, *Comunicación, cultura y política durante la II República y la guerra civil*, vol. II, Bilbao, 1990, pp. 475-493; Daniel Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*.

28. Para la exposición véase Manuel Aznar, *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Laia, Barcelona, 1978.

29. Véase «Congreso Internacional Antifascista de Escritores en España», GARF, 1117/04/37.

30. Asistieron o se adhirieron al congreso André Malraux, Jullien Benda, Tristan Tzara, André Chamson, Anna Seghers, Ilya Ehrenburg, Fedor Kevin, Alexis Tolstoi, Stephen Spender, Malcolm Cowley, Jef Last, Ernest Hemingway, Frank Pitcairn, Eric Weinert, Pablo Neruda, Nicolás Guillen, Octavio Paz, César Vallejo, Vicente Huidobro, Juan Marinello, Raúl González Tuñón, José Mancisidor, Enrique Diez Cañedo, Antonio Machado, Rafael Alberti, Corpus Barga, Eugenio Imaz, Wenceslao Roces, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, José Bergamín, Juan Chabás, Juan Gil Albert y Miguel Hernández. Para un estudio a fondo del congreso véase «El Congreso Internacional de escritores para la defensa de la cultura (1927-1939)», en *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Conselleria de Cultura, Educació i Ciencia, Valencia, 1987.

31. Joan Estruch, *Historia oculta del PCE*, p. 136.

32. Ernest Hemingway, *The Spanish War*, Londres, 1937.

33. *Ibidem*.

34. Bertrand Russell, *Roads to Freedom*, Londres, 1948.

35. Víctor Serge, *Memoirs of Revolutionary*, OUP, Oxford, 1967.

36. Winston Churchill, *Step by Stef*, Londres, 1939.

CAPÍTULO 21

1. Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución en España*, pp. 388-389.

2. Citado por Preston, *Franco*, p. 324.

3. Cowles, *Looking for Trouble*, p. 80.
4. En su último informe de 9 de abril de 1937 como embajador italiano ante Franco, Roberto Cantalupo describía con gran clarividencia las intenciones del Generalísimo de fusionar los partidos políticos nacionales para fundar «su propia posición personal de futuro jefe del Estado, jefe del Gobierno y jefe de las fuerzas políticas y sindicales de la futura España totalitaria», y decía que sus familiares y consejeros eran los que le empujaban a ello porque Franco carecía de «la agudeza, la energía y la cultura político-sindical necesarias para llevar a cabo un programa tan ambicioso» (citado por Ranzato, *L'eclissi della democrazia*, p. 527).
5. Decreto n.º 255, publicado en el *Boletín Oficial* d 20 de abril de 1937. El texto fue redactado por Serrano Súñer y Ernesto Jiménez Caballero sin pactarlo, obviamente, ni con Hedilla ni con Rodezno.
6. Ellwood, *Historia de Falange Española*, p. 111. Sólo en nueve provincias correspondió la jefatura del partido a un carlista, frente a las 22 donde lo ocupó un falangista. Véase J. Tusell, *Franco en la guerra civil*, Tusquets, Barcelona, 1992.
7. Heleno Saña, *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer*, Grijalbo, Barcelona, 1982, p. 69. El fiscal del tribunal popular que condenó a muerte a los dos hermanos de Serrano Súñer, Leonardo Painador, fue fusilado a principios de 1940 (Bullón y De Diego, *Historias orales de la guerra civil*, p. 191).
8. Saña, *El franquismo sin mitos*, p. 61.
9. *Ibidem*, p. 63.
10. Manuel Hedilla, *Testimonio de Manuel Hedilla*, Acervo, Barcelona, 1972, pp. 529-533.
11. TsAMO, 132/2642/77, pp. 45-46.
12. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 341, y Dimitrov, *Diarios*, 20 de marzo de 1937, p. 58.
13. RGVA, 33987/3/961, pp. 34-56.
14. TsAMO, 132/2642/192, p. 42.
15. Bolloten, *La Revolución española*, p. 322.
16. *Frente Rojo* del 17 de abril de 1937, citado por Bolloten, p. 337.
17. Comandante de batallón Petrov, 17 de mayo de 1937: RGVA, 35082/1/185, p. 374.
18. En la paranoia de ver espías y traidores por todas partes, había, como es de suponer, un fondo de verdad. El propio Franco había explicado a Von Faupel que había conseguido infiltrar espías en las filas anarquistas y trotskistas. Véase Germán Foreign Policy Documents, Serie D (1937-1945), vol. in, p. 286.
19. La colaboración entre el PSOE y el PCE fue planteada por primera vez por Ramón Lamonedá el 26 de diciembre de 1936. La propuesta consistía en crear un comité conjunto de dirección (véase Graham, *Socialism and War*, CUP, Cambridge, 1991, p. 75).
20. Franfois Godicheau, *Laguerre d'Espagne. République et Révolution en Catalogne, 1936-1939*, Odile Jacob, París, 2004, p. 168.
21. Anna Monjo, *Militants*, Laertes, Barcelona, 2003, pp. 427-434.
22. *Treball*, 22 de diciembre de 1936.
23. Para la situación alimentaria en Barcelona, véase E. Ucelay da Cal, *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana, 1931-1939*, La Magrana, Barcelona, 1982.
24. John Brademas, *Anarcosindicalismo y revolución...*, p. 229.
25. Bolloten, *La Revolución española*, p. 456.
26. *Catalunya enpeu de guerra*, p. 11.
27. *Treball*, 8 de abril de 1937.
28. *La Batalla*, 11 de abril de 1937.
29. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 364.
30. Véase L. Trotsky, *La revolución española, 1930-1940*, Fontanella, Barcelona, 1977,1, p. 333.
31. *Los problemas de la Revolución española (1931-1937)*, París, 1971, p. 58.

32. *La Batalla*, 1 de mayo de 1937.

33. Véase el excelente capítulo «El POUM o el comunismo imaginario», en Elorza y Bizcarrondo, pp. 351 y ss.

CAPÍTULO 22

1. Según Bolloten la CNT pudo obrar así por el chantaje de la URSS, que habría amenazado con no enviar más armas si el POUM seguía figurando en el gobierno catalán, *La Revolución española*, p. 538. Según Helen Graham, porque sacrificando al POUM la CNT pensaba que no se tocaría a sus comités de defensa y seguridad: «Against the State. A genealogy of the Barcelona May Days (1937)», en *European History Quarterly*, vol. 29, n. 4, 1999, pp. 485-542.

2. *La Batalla*, 28 de abril de 1937.

3. Sobre Antonio Martín, su muerte y la influencia de ésta en los «hechos de mayo», véase J. Pous y J. M. Solé, *Anarquía i república a la Cerdanya (1936-1939)*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1988.

4. Bolloten, *La Revolución española*, p. 557.

5. *Ibidem*, pp. 557-558.

6. *Por qué perdimos la guerra*, p. 133.

7. Orwell, *Homenaje a Cataluña*, p. 135. Para Pierre Vilar, Orwell fue «el testigo más despistado del combate más confuso».

8. García Oliver pronunció un discurso sentimental en el que dijo por dos veces que se inclinaba ante los muertos «para besarlos». Los libertarios llamaron al discurso, con sorna, «La leyenda del beso».

9. Gabriele Ranzato dice que Berneri y Barbieri fueron asesinados, probablemente, por comunistas, pero también recoge la tesis, ya avanzada por García Oliver, de que Berneri pudiera haber sido víctima de agentes de la OVRA, la policía secreta italiana, por haber publicado un opúsculo con el título *Mussolini alia conquista delle Balear*, en el que se denunciaban las intenciones coloniales de la Italia fascista (*L'eclissi della democrazia*, p. 453).

10. *Diarios completos*, p. 943.

11. *Ibidem*, p. 949.

12. En una entrevista a John Brademas, en *Anarcosindicalismo y revolución...*, p. 246.

13. Casanova, *De la calle al frente*, p. 222.

14. *Diarios completos*, p. 948.

15. Según dice Bolloten que le contó personalmente Hidalgo de Cisneros, p. 570.

16. *Balance. Cuadernos de historia del movimiento obrero*, cuads. 17 y 18, Barcelona, mayo de 2002.

17. Curiosamente, Bolloten, que menciona en su libro la octavilla, no recoge lo de «Desarme de todos los cuerpos armados» (ien plena guerra!) ni otras peticiones de la misma.

18. Los dirigentes del POUM no pidieron nunca el alto el fuego. Bolloten, p. 575, n. 65.

19. Según Solé y Villarroya (*Les víctimes dels fets de maig, Recerques*, 12, 1982) los muertos fueron 218.

20. Para una narración de los «hechos de mayo» sigue siendo de utilidad la lectura de M. Cruells, *Els fets de maig. Barcelona, 1937*, Juventud, Barcelona, 1970. Pero también Miguel Caminal, *Camarrera: guerra i revolució, 1936-1939*, Empúries, Barcelona, 1985.

21. RGASPI, 495/74/204, p. 129.

22. Para la construcción de una justicia republicana contra el desorden revolucionario, véase Francois Godicheau, *La guerre d'Espagne. République et Révolution en Catalogne (1936-1939)*, Odile Jacob, París, 2004.

23. Francois Godicheau, «Los hechos de mayo de 1937 y los "presos antifascistas": identificación de un fenómeno represivo», en *Historia social*, n.º 44, 2002, pp. 39 y ss.

24. Francois Godicheau, *ibidem*, y *La guerra civil a Catalunya (1936-1939)*, vol. 2, pp. 212 y ss.

25. Cattell, *Comunism and the Spanish Civil War*, pp. 146-147.

26. En un mitin del 9 de mayo, en Valencia: José Díaz, *Tres años de lucha*, p. 433.

27. Para Helen Graham es claro que «en su conjunta oposición a Largo Caballero, el PCE y los partidos republicanos habían trabajado en tándem conscientemente» (*Socialism and War*, p. 91).

28. Para todo esto véase Helen Graham, *Socialism and War*, pp. 100-102.

29. *Solidaridad Obrera*, 18 de mayo de 1937.

30. *Diarios completos*, pp. 959-960.

31. El «apoliticismo» de primera hora de Negrín es otro de los tópicos recurrentes sobre su persona. Véase Jackson, *Negrín*, p. 55.

32. En 1933 fue nombrado presidente de la Comisión de Presupuestos y representante de España en la OIT y en la Unión Interparlamentaria Europea. En septiembre de 1936, por recomendación expresa de Prieto, entró a formar parte del gabinete Largo Caballero como ministro de Hacienda y desde el 17 de mayo de 1937 hasta agosto de 1945 (ya en el exilio de México) fue presidente del Consejo de ministros.

33. Casanova, *De la calle al frente*, p. 231.

34. Citado por Fraser, *Recuérdalo tu...*, p. 535.

35. *Diarios completos*,. 1.054.

36. Para el POUM y el asunto Nin, véase, sobre todo, Francesc Bonamusa, *Andreu Nin y el movimiento comunista en España (1930-1937)*, Anagrama, Barcelona, 1977, y Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*.

CAPÍTULO 23

1. RGVA, 33987/3/960, p. 266.

2. R. Salas Larrazábal, «Génesis y actuación del Ejército Popular de la República», en Carr, *Estudios sobre la República y la guerra civil española*, p. 222.

3. Quizá tenían razón, sobre todo pensando en la dudosa lealtad de Asensio. Es cuando menos sospechoso que a los historiadores franquistas la ofensiva de Extremadura les parezca «un bien meditado plan». Cf. R. Salas Larrazábal, p. 222.

4. «Mein Bruder ist ein Eroberer / Unserm Volke fehlts's an Raum / Und Grund und Boden zu kriegen, ist / Bei uns ein alter Traum. / Der Raum, den mein Bruder eroberte / Liegt in Guadarramamassiv. / Er ist lang einen Meter achtzig / Und einen Meter funfzig tief. Bertolt Brecht, «Mein Bruder war ein Flieger», en *Gedichte 1934-1941*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt, 1961, p. 31.

5. Manuel Castells, *Las Brigadas Internacionales...*, p. 214.

6. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.

7. *Diarios completos*, p. 1.001.

8. J. Salas Larrazábal, *La guerra de España desde el aire*, p. 222.

9. *Ibidem*, p.223.

10. Nick Gillain, *Le mercenaire*, p. 59.

11. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 217.

12. García Morato, que había descargado sus ametralladoras contra un coche de color negro, creyó que había matado a Lukács, cuando en realidad en el coche ametrallado quien viajaba era el doctor Heilbrun, jefe de la sanidad divisionaria, que resultó muerto en el acto.

13. RGVA, 35082/1/95, pp. 35-58.

14. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 225.

15. Jurado, el único jefe no comunista, se puso enfermo y fue sustituido, primero, por Casado y, más tarde, por Fernández Heredia.

16. D. Kowalski, *La Unión Soviética y la guerra civil española*, p. 340.

17. Para una información detallada, véase J. M. Martínez Bande, *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brúñete*, Madrid, 1972, pp. 103 y ss.

18. *Diarios completos*, 1.003.

19. *Ibidem*. 1.073.

20. J. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 238.
21. F. Ciutat, *Relatos y reflexiones de la guerra de España, 1936-1939*, Forma, Madrid, 1978, p. 71.
22. J. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 241.
23. C. Blanco Escola, *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Planeta, Barcelona, 2003, p. 226.
24. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 241.
25. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
26. BA-MA, RL, 35/42.
27. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
28. Informe de G. Stern, 8 de octubre de 1937, RGVA, 35082/1/21, p. 12.
29. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.
30. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
31. Rodim tsev, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*.
32. V. Rojo, *España heroica*, pp. 87 y ss.
33. Alexander, *British Volunteer...*, p. 118.
34. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.
35. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.054.
36. Radosh, *España traicionada*, p. 267.
37. Preston, *Franco*, pp. 355-356.
38. Commissariat XV Brigade, *Book of XV International Brigade*, Madrid.
39. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, pp. 246-249.
40. RGVA, 35082/1/42, pp. 249-255.
41. RGVA, 33987/3/1149, p. 262.
42. RGVA, 33987/3/1149, pp. 221-226.
43. 23 de junio de 1937, RGVA, 33987/3/1056, pp. 27-28.
44. RGVA, 35082/1/90, p. 533.
45. Meretskoy Simonov a Voroshilov, 21 de agosto de 1937, RGVA, 33957/
46. RGVA, 33987/3/1149, p. 261.

CAPÍTULO 24

1. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, pp. 145-149.
2. Cowles, *Looking for Trouble*, p. 80.
3. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, p. 155.
4. Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 292-298.
5. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, pp. 171-172.
6. *Diarios completos*,. 1.019.
7. Ciano, *Diarios*, p. 13.
8. *Ibidem*, p. 19.
9. H. Nicolson, *Diaries and Letters 1930-1939*, Londres, 1966.
10. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, p. 192.
11. Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 300-313.
12. Edén, *Facing the Dictators*, p. 412.
13. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, p. 199.
14. RGVA, 33987/3/1015, pp. 92-113.

CAPÍTULO 25

1. *Boletín Oficial de Aragón*, 22 de agosto de 1937.
2. Líster, *Nuestra guerra*, pp. 151-155.
3. Casanova, *De la calle al frente*, p. 233.
4. Bolloten, *La Revolución española*, pp. 337-339.
5. Walther L. Bernecker, *Colectividades y revolución social*, p. 428.

6. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 481.
7. F. Mintz, *L'autogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, París, 1970, Bernecker, *Colectividades y revolución social*, Casanova, *De la calle al frente*.
8. *La revolución popular en el campo*, p. 17, citada por Bolloten, *La Revolución española*, pp. 339-340.
9. Casanova, *De la calle al frente*, p. 234.
10. Antonio Cordón, *Trayectoria*, pp. 301-302.
11. TsAMO, 132/2542/192, p. 61.
12. Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 238.
13. Cordón, *Trayectoria*, p. 300.
14. Castells, *Las Brigadas Internacionales...*, p.272.
15. TsAMO 132/2542/192, p. 61; RGVA, 33987/3/1149, pp. 211-226 y 229.
16. M. Dunbar, *The Book of the XV Brigade*, p. 266. Para el conjunto de la batalla, véase Cordón, pp. 297-316, Rojo, *España heroica*, pp. 115-127, Martínez Bande, *La gran ofensiva*, pp. 77 y ss.
17. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, p. 283.
18. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 257.
19. RGVA, 33987/3/1149, pp. 211-226.
20. Líster, *Nuestra guerra*.
21. Peirats, *La CNT en la Revolución española*, in, p. 102.
22. *Mundo Obrero*, 4 de septiembre de 1937.
23. Ramón Salas, en Carr, *Estudios sobre la guerra de España*, p. 225.

CAPÍTULO 26

1. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 270.
2. Fue entonces cuando el Consejo de Asturias ordenó evacuar a 1.200 niños asturianos al puerto francés de Saint-Nazaire, desde donde fueron llevados a Leningrado. Antes ya habían salido del País Vasco alrededor de 14.000 niños más con destino a Inglaterra, Francia, Bélgica y la Unión Soviética. En total, el gobierno republicano consiguió evacuar al extranjero, durante la guerra, a unos 33.000 niños. Véase Alicia Altea, «Los niños de la guerra civil», en *Anales de Historia Contemporánea* 19,2003, pp. 43 y ss.
3. Adolf Galland, *Die Ersten und die Letzten. Jagdflieger im Zwierten Weltkrieg*, Munich, 1961, pp. 31-34.
4. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, pp. 141-152.
5. Tuñón, *Historia de España, X*, pp. 401-404.
6. *El Socialista*, 30 de octubre de 1937.
7. Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 272.
8. Thomas, *La guerra civil española*, p. II, p. 846.
9. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, p. 343.
10. Cordón, *Trayectoria*, p. 340.
11. Tuñón, *Historia de España, X*, p. 400.
12. Sin embargo, Negrín y Prieto se opusieron formalmente a la fusión de los dos partidos en octubre. Véase Cattell, *Communism*, p. 169.
13. Graham, *Socialism and War*, pp. 130-131.
14. Para la creación, organigrama y evolución del SIM véase, sobre todo, Francois Godicheau, «La légende noire du Service d'Information Militaire de la République dans la guerre civile espagnole, et Fidée de controle politique», en *Le Mouvement Social*, n.º 201, octubre-diciembre de 2002. También son interesantes los libros de D. Pastor Petit, *La cinquena columna a Catalunya (1936-1939)*, Galba, Barcelona, 1978, y *Los dossiers secretos de la guerra civil*, Argos Vergara, Barcelona, 1978.
15. Skoutelski, *L'espoir guidait leurs pas*, p. 254.
16. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.232.

17. Alpert, *El Ejército de la República*, p. 270.

18. *Ibidem*.

19. Aunque debieron cometer un sinfín de arbitrariedades, como fue, por ejemplo, la detención de Maurici Serrahima o de Salvador Espriu. Véase *La guerra civil a Catalunya*, vol. 3, pp. 60 y ss.

20. Peirats, *La CNT en la Revolución española*, in, p. 278.

21. Francois Godicheau, «La légende noire du SIM...», pp. 38-39.

22. *Ibidem*, p. 46.

23. Carta de Bosch Gimpera a Hugh Thomas, *La guerra civil española*, p. 868.

24. Thomas, *La guerra civil española*, p. 722 n.

25. RGVA, 33987/3/1149, pp. 211-226.

26. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, pp. 258-259.

27. *Ibidem*, p. 262.

28. *Ibidem*, p. 282

CAPÍTULO 27

1. Entre las primeras estaban el 5.º Cuerpo de Ejército, mandado por Moscaró, en Aragón; el ejército del Sur, de Queipo de Llano, que contaba con los cuerpos de ejército 2.º y 3.º, y el ejército del Centro, dirigido por Saliquet, que se componía del 1er Cuerpo de Ejército en el frente de Madrid y del 7º en el Guadarrama. Entre las formaciones ofensivas del Ejército de Maniobra se incluían el Cuerpo de Ejército marroquí, que mandaba Yagüe, compuesto por la mayor parte de las fuerzas de la Legión y las tropas de regulares encuadradas en las divisiones 13º, de Barrón, y 150º, de Sáenz de Buruaga; el Cuerpo de Ejército de Navarra, de Solchaga, con los requetés; el Cuerpo de Ejército de Castilla, mandado por Várela, y el Cuerpo de Ejército de Galicia, conducido por Aranda. Tras la caída de Asturias, el CTV italiano, que ahora mandaba el general Berti, fue enviado a Aragón como fuerza de reserva. Todas estas tropas de ofensiva constituían «una enorme masa de maniobra sin parangón en el bando adversario. Sólo quedaba como unidad comparable el V Cuerpo de Ejército y, en cierto modo, el XVIII». Jesús Salas, *La guerra de España desde el aire*, p. 272.

2. Sabaté y Villarroya, *España en llamas*, p. 17.

3. Salas, *La guerra...*, 282-283.

4. GARF, 4459/12/4, p. 268.

5. Salas, *La guerra...*, p. 280.

6. Jesús Salas dice que los republicanos tenían 12 escuadrillas de caza -6 de Moscas y 4 (*sic*) de Chatos- y 50 bombarderos Katiuska (*Laguerra...*, p. 285).

7. Salas, *La guerra...*,-p. 278.

8. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 45/38.

9. Vicente Roj o, *Elementos del arte de la guerra*, p. 43 3.

10. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.

11. Ciutat, *Relatos y reflexiones...*, pp. 113-114.

12. RGVA, 33987/3/912, p. 126.

13. Castells, *Las Brigadas Internacionales...*, p. 298.

14. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

15. El coronel italiano Fernando Gellich informó a sus superiores sobre la reunión que tuvieron en Burgos los mandos alemanes e italianos, diciendo que se tenía la impresión de que Franco esperaba conseguir la victoria más por un derrumbamiento interno de los republicanos que por una derrota militar, y que era imposible imponer al Generalísimo un plan de acción Ítalo-alemán (véase, sobre esto, Ranzato, *Leclissi della democrazia*, p. 553).

16. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.

17. Herbert Matthews, *The Education of a Correspondent*, Harcourt, Nueva York, 1946.

18. Testimonio de Bernardo Aguilar, citado por Pedro Corral, *Si me quieres escribir*, Debate, Barcelona, 2004.
19. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 358.
20. Citado por Corral, *Si me quieres escribir*, p. 160.
21. Castells, *Las Brigadas Internacionales...*, pp. 298-299.
22. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 354.
23. Salas, *La guerra...*, 292.
24. 1 de marzo de 1938, BA-MA, RL, 35/39.
25. Salas, *La guerra...*, p. 294.
26. RGVA, 33987/3/1149, pp. 211-226.
27. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 354; Corral, *Si me quieres escribir*.
28. 1 de marzo de 1938, BA-MA, RL, 35/39.
29. *Crónica de la guerra de España*, IV, p. 442.
30. R. de la Cierva, *Francisco Franco, un siglo de España*, p. 56. Rey d'Harcourt, que había resistido heroicamente durante 24 días, fue tratado de forma inmisericorde e injusta por el general Franco. El Gobierno dio órdenes de que fuera trasladado a la retaguardia junto con el obispo Anselmo Polanco y su vicario, Felipe Ripoll. Los tres fueron ejecutados por republicanos en fuga el 7 de febrero de 1939 en el barranco de Can Tretze, camino de la frontera.
31. RGVA, 35082/1/95, pp. 33-58.
32. Corral, *Si me quieres escribir*, p. 213.
33. 1 de marzo de 1938, BA-MA, RL, 35/39.
34. Kemp, *Mine Were of Trouble*.
35. 1 de marzo de 1938, BA-MA, RL, 35/39.
36. Seidman, *A ras de suelo*, p. 243.
37. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, pp. 369-370.
38. Citado por Blanco en *La incompetencia militar...*, p. 426.
39. Palmiro Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1980, p. 189.
40. Stepánov, *Las causas de la derrota...*, p. 108.
41. El «conde Rossi» era un escuadrista llamado en realidad Aldobrando Bonaccorsi, a quien Ciano había encargado hacerse con el control de las islas Baleares o, por lo menos, de Mallorca. Sus crímenes y su reinado del terror, bien conocidos, han enmascarado el hecho de que Mussolini y Ciano le habían encargado un cometido de gran envergadura, como era dicho control de las Baleares y la reorganización de la Falange en las islas para hacerla más fascista y organizada al modo del Fascio. Es menos conocida la figura del capitán de fragata Cario Margottini, su adjunto, mucho más dúctil e inteligente, que quería «falangistizar fascísticamente» Mallorca. (Véase, sobre todo esto, Ranzato, *Leclissi della democrazia*, pp. 554 y ss.).
42. Como casi siempre, las cifras reales son muy difíciles de precisar. Preston, por ejemplo, habla de «200 tanques y casi 1.000 aviones» (*Franco*, p. 380); Blanco de «750 piezas de artillería y 300 aviones» (*La incompetencia...*, p. 429); Tuñón de «117 baterías y 400 aviones» (*Historia de España*, p. 443); Alexander de «600 cañones y más de 900 aeroplanos» (*British volunteer*, p. 170).
43. Delperrie du Bayac, *Les Brigades Internationales*, Marabout, París, 1985, p. 331. Von Thoma contaba con cuatro batallones de tanques, compuestos por tres compañías con 15 carros cada una: un total de 180 tanques (véase Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 241).
44. RGVA, 33987/3/1149, pp. 211-226 y RGVA, 33987/3/1149, p. 230.
45. BA-MA, RL, 35/40.
46. Stepánov, *Las causas de la derrota...*, p. 109.
47. Skoutelsky, *L'espoir guidait leurspas*, p. 99.

48. El BT-5 era un carro de 20 toneladas, con una velocidad máxima de 40 kilómetros por hora, armado con un cañón de 60 mm, otro de 45 mm y tres ametralladoras. El 10 de agosto habían desembarcado en Cartagena 50 unidades (véase Blanco Escola, *Falacias de la guerra civil*, p. 209).

49. Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, p. 180.

50. José M. Maldonado, *Alcañiz 1938. El bombardeo olvidado*, Biblioteca Aragonesa de Cultura, Zaragoza, 2003.

51. Informe de los jesuitas de Lérida en «Memoria de la Casa», citado en *Victimas de la guerra civil*, pp. 227-228.

52. *ABC* Sevilla, 16 de abril de 1938.

CAPÍTULO 28

1. El 30 de junio de 1936 circulaban en España billetes por valor de 5.399 millones de pesetas, pero en abril de 1938 ya eran 9.212 millones. A medida que la guerra avanzaba y se iban produciendo cambios significativos en la situación militar, la cotización de la peseta caía en picado. A finales de 1936 se había depreciado en un 19,3 por 100, un año después la depreciación ascendía al 75,1 por 100, pero a finales de 1938, la peseta había perdido el 97,6 por 100 de su valor. Eso en el mercado oficial, porque en el libre la peseta republicana, antes de la ofensiva de Teruel, se cambiaba a 226 la libra esterlina, pero tras la campaña de los nacionales en Aragón se llegó a cambiar entre 530 y 650. En diciembre de 1936 el cambio oficial estaba fijado en 42 pesetas la libra, de modo que las importaciones que hacía la República en 1938 le costaban entre doce y quince veces más, en moneda propia. El índice del coste de la vida, tomando como base 100 en julio de 1936, alcanzó los 171 puntos en mayo de 1937, 223 en diciembre y 314 en mayo de 1938. El índice de la producción industrial de Cataluña pasó de una base 100 en enero de 1936 a 30 en abril de 1938. Joan Sarda, *Banco de España*, p. 432. Carreras y Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, p. 270. Ángel Viñas et al., *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, Banco Exterior de España, Madrid, 1979.

2. Morton Heiberg y Morgens Pelt, *Los negocios de la guerra*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 161.

3. Gracias al inmenso trabajo de Gerald Howson, ahora sabemos las peripecias de los enviados de la República, sus contactos, las frustraciones, las trampas y los engaños de que fueron objeto por parte de gobiernos poco escrupulosos, funcionarios corruptos y granujas de toda laya: «Se vieron frente a un muro de chantajes adonde quiera que miraban, por parte de ministros de gobierno, jefes de estado mayor y otros oficiales y altos cargos de más de treinta países. Se exigían para sus firmas, bajo cuerda, entre \$ 25.000 y \$ 275.000 ... a fin de conseguir dudosas licencias de exportación y demás "autorizaciones". Por debajo de ellos había desde funcionarios hasta jefes de puerto y estación que no sólo exigían dinero, sino que además encontraban pretextos para retrasar el transporte con el fin de cobrar más derechos por "almacenaje prolongado" ... ¡Y cuántas veces no cambiaron de opinión ministros y funcionarios, y buscaron la manera de retirar la entrega del material y no devolver el dinero!» Los principales equipos republicanos que se encargaron de comprar armas fueron los del doctor Alejandro Otero Fernández (sustituido más tarde por Antonio Lara), José Calviño Ozores y Martí Esteve, que formaron una comisión en París; Antonio Bolaños, Daniel Ovalle y Francisco Martínez Dorrién, que actuaron en Bélgica; Carlos Pastor Krauel, en Gran Bretaña; Ángel Pastor Velasco (que contó con la colaboración de Corpus Barga), en Checoslovaquia, y Félix Cordón Ordás, con Fernando de los Ríos, en México y Estados Unidos. Tuvieron que vérselas con traficantes como Josef Veltjens, Pródromos Bodosakis-Athanasiades, John Ball, Jack A. Billmeir, Stefan Czarnecki, Kazimierz Ziembinski, Stefan Katelbach y otros de su especie. Véase Howson, *Armas para España*, pp. 350-351.

4. Vicente Rojo, citado en *Crónica*, V, p. 110.

5. Heiberg y Pelt, *Los negocios de la guerra*.

6. Se sabe que Goering cobró como comisión una libra esterlina por cada fusil de un pedido de 750.000 unidades enviadas por Bodosakis a los «rojos» (Howson, *Armas para España*, p. 279).

7. Hijo del embajador soviético Marcel Rosenberg que actuaba como agente de compras en esta y otras aventuras marítimas que denunciaría Prieto -quien también tenía un hijo, Luis, comprando armas- como tejemanejes de los comunistas.

8. Según Hugh Thomas, las compañías navieras creadas por el gobierno republicano en Gran Bretaña eran seis (más otra inscrita en Marsella), muchas de ellas controladas por Jack A. Billmeir, el naviero millonario del Tyneside. Véase *La guerra civil española*, p. 873 n. Según Bartolomé Bennassar el 15 de abril de 1937 se creó France-Navigation, dirigida por el comunista Joseph Fritsch a propuesta de Luis Araquistáin. Los dos hombres clave de la compañía fueron Giulio Ceretti y Georges Gosnat, que compraron un primer cargo con 1.800.000 francos prestados por *L'Humanité* la federación metalúrgica del PCF, que actuaban, casi con toda certeza, como testaferros de la fuente del dinero. La compañía llegó a comprar 25 barcos. El material que llegaba a los puertos franceses del Atlántico se transportaba en los camiones de Alphonse Pelayo o por ferrocarril hacia los Pirineos orientales, pasaba clandestinamente la frontera y llegaba por mar a los puertos de Barcelona, Alicante o Cartagena. Antes de la caída de Bilbao, de Santander y de Asturias, los barcos mercantes de France-Navigation avituallaron los puertos del Norte. Según Bennassar el alma de este tráfico fue el funcionario de aduanas Gastón Cousin, a quien León Blum mantuvo en todos sus gobiernos. Véase *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, pp. 140-141.

9. Informe sobre España del coronel Ribbing, Estado Mayor, Antiguo Archivo Secreto, Departamento de Exteriores, KA, EIII26, vol. 1, p. 20.

10. La deuda de los nacionales con la Alemania nazi alcanzó 372 millones de marcos, pero se pagaron a plazos y en especie, sobre todo en recursos mineros.

11. Howson, *Armas para España*.

12. Véase p. 234.

13. Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*, p. 174.

14. Véase para todo esto Viñas, *El oro de Moscú*; Viñas, *Guerra, dinero, dictadura*; Howson, *Armas para España*, y Kowalsky, *La Unión Soviética y la guerra civil española*.

15. De enero a agosto de 1938, la República recibió de la Unión Soviética el material siguiente:

Bombarderos Katiuska: Bombarderos Tupolev: Cazas I-16 (Moscas): Tanques T-26: 5

Cañones de campaña de 75 mm: Cañones antiaéreos: 26

Cañones contra carros: 121

Ametralladoras: 25

Fusiles: 149

Proyectiles de todo tipo: 32

Cartuchos de todo tipo: 254

Todo el armamento procedente de la Unión Soviética que salió después de agosto de 1938, por una u otra razón ya no llegó a manos republicanas. Elaboración a partir de las cifras que da Howson.

16. AVPRF, Op. 18, D. 84, p. 144,1.5.

17. AVPRF, Op. 18, D. 84, p. 144,1.14-15.

18. Jackson, *La República española...*, p. 387.

19. Rafael Abella, *La vida cotidiana durante la guerra civil. La España republicana*, Planeta, Barcelona, 2004, p. 359.

20. Jackson, *La República española...*, p. 388.

21. Ciano, *Diarios*, p. 87.

22. Jackson, *La República española...*, p. 387.

23. Solé Sabatéy Villarroya, *España en llamas*, p. 170.

24. Ciano, *Diarios*, p. 109.

25. *Ibidem*.

26. Luis Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, Urbión, Madrid, 1986, vol. in, p. 76.

27. Joan Villarroya, *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1981.
28. Testimonio de Josep Andreu Abelló, citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, pp. 626-627.
29. *Muidles*, Juan Negrín, p. 188.
30. La orden no fue acatada y se dio instrucciones a los comunistas situados en posiciones de poder en el ejército y en el Gobierno de que se atuvieran estrictamente a las instrucciones del partido.
31. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 382.
32. También lo haría en *La Vanguardia* con el seudónimo *Juan Ventura*, diciendo que Prieto era «un pesimista impenitente».
33. Citado por Miralles, *Negrín*, p. 198.
34. Prieto mantuvo siempre (*Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional* en su agria correspondencia con Negrín recogida en el *Epistolario Prieto Negrín*) que Negrín le echó del ministerio a petición de los comunistas.
35. Graham, *Socialism and War*, p. 137.
36. Negrín mismo asumió la cartera de Defensa y nombró a Méndez Aspe (Izquierda Republicana) ministro de Hacienda; a González Peña (PSOE), ministro de Justicia; a Paulino Gómez Sáez (PSOE), ministro de Gobernación; a Álvarez del Vayo (PSOE, procomunista), ministro de Estado; a Giral (Izquierda Republicana) y a Irujo (PNV), ministros sin cartera; a Giner de los Ríos (Unión Republicana), ministro de Comunicaciones y Transportes, a Velao (Izquierda Republicana) ministro de Obras Públicas; a Blanco (CNT), ministro de Instrucción Pública (en sustitución de Jesús Hernández, del PCE), mientras mantenía a Ayguadé (ERC) en Trabajo y a Uribe (PCE) en Agricultura.
37. Así, Antonio Cordón fue nombrado subsecretario del Ejército de Tierra; Carlos Núñez, subsecretario de Aviación; Eleuterio Díaz Tendero, jefe de personal del Ministerio de Defensa; Manuel Estrada, jefe del Gabinete de Información y Control; Prados, jefe del Estado Mayor de la Marina; Jesús Hernández, comisario de los Ejércitos del Centro, todos ellos miembros del PCE. Pero Negrín nombró también a un prietista, Játiva, subsecretario de Marina; al socialista Otero, subsecretario de Armamento; al también socialista Trifón Gómez, subsecretario de Intendencia General; al doctor José Puche, jefe de los servicios de Sanidad de Guerra; al prietista Belarmino Tomás, comisario de Aviación, y al socialista Bruno Alonso, comisario de la Flota. Manuel Alvar, de la ejecutiva del PSOE, fue nombrado coordinador general para la gestión de los comisarios; y Julián Zugazagoitia, prietista, que dejaba el Ministerio de Gobernación a petición propia, fue nombrado secretario general de Defensa. Negrín hizo al anarquista Roldan comisario de los Ejércitos de Cataluña, y al republicano de izquierdas Ossorio y Tafall, comisario general del Ejército de Tierra. Por otra parte, Negrín mismo ya se había encargado de limpiar de comunistas el cuerpo de Carabineros. Santos Julia, prólogo a M. Azaña, *Diarios completos*, p. LIV.
38. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 198.
39. Edén, *Facing the Dictators*, p. 571.
40. Ciano, *Diarios*, p. 120.
41. *Ibidem*, p. 117.
42. Churchill, *Step by Step*.
43. Stepánov, *Las causas...*, p. 121.
44. Azcárate, *Mi embajada en Londres*, p. 95, y Berdah, *La democracia asesinada*, p. 385.
45. Cuando Negrín se enteró de la entrevista de Azaña con Leche, dijo que «por mucho menos que eso, he firmado yo enterados de penas de muerte».
46. Tuñón, *Historia de España*, X, p. 449.
47. Santos Julia, prólogo a M. Azaña, *Diarios completos*, p.
48. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.232.
49. Santos Julia, prólogo a M. Azaña, *Discursos políticos*, Crítica, Barcelona, 2004, p. 16.
50. M. Azaña, *Discursos políticos*, pp. 476-494.

CAPÍTULO 29

1. Luis Suárez, *Franco*, p. 94.

2. Ese primer gobierno del Estado nuevo quedaba configurado así: Vicepresidencia y Asuntos Exteriores, general Gómez-Jordana; Ministerio de la Gobernación y secretario general del Consejo, Ramón Serrano Súñer; Ministerio de Justicia, Tomás Domínguez, conde de Rodezno; Ministerio de Defensa Nacional, general Fidel Dávila; Ministerio de Orden Público, general Martínez Anido; Ministerio de Hacienda, Andrés Amado; Ministerio de Obras Públicas, Alfonso Peña Boeuf; Ministerio de Educación Nacional, Pedro Sáinz Rodríguez; Ministerio de Agricultura, Raimundo Fernández Cuesta; Ministerio de Organización y Acción Sindical, Pedro González Bueno; Ministerio de Industria y Comercio, Juan Antonio Suanzes. En la génesis de los tres ministerios dirigidos por militares se veía todavía la huella campamental, porque en las condiciones de aquella guerra, Defensa, Orden Público y Asuntos Exteriores venían a ser prolongaciones del cuartel general del Generalísimo. Los tres ministerios controlados por falangistas estuvieron supeditados en seguida a Gobernación y a la gran personalidad de Serrano Súñer, que gestionó su parcela de poder controlando con mano de hierro a los todopoderosos gobernadores civiles y a las direcciones de Prensa y Propaganda del Movimiento, para las que nombró a sus fieles José Antonio Giménez Arnau y Dionisio Ridruejo, respectivamente. No sólo eso; de crearle, fue él quien sugirió a Franco la mayoría de los nombres y los puestos para los que, a su juicio, eran idóneos. Así, por ejemplo, consiguió imponer al ministro de Hacienda, Amado, antiguo colaborador de Calvo Sotelo, que, sin embargo, disgustaba a Franco porque había sido muy crítico con su hermano Nicolás. También tuvo que insistir sobre Sáinz Rodríguez, a quien Franco tenía por masón, e incluso proponer a Suanzes, viejo amigo y compañero de Nicolás Franco desde los días de El Ferrol. Aparte de los tres generales, Amado y Sáinz eran monárquicos alfonsinos; el conde Rodezno, carlista; Serrano Súñer, Bueno y Fernández Cuesta, falangistas; Peña Boeuf y Suanzes, meros conservadores autoritarios. Aunque sus nombres representaban bien las corrientes que se habían levantado contra la República, todos tenían un denominador común: habían sido escogidos para el puesto por su probada lealtad personal a Franco.

3. Citado en Presión, *Franco, caudillo de España*, p. 371.

4. Luis Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, in, p. 69.

5. *Ibidem*.

6. Fraser, *Recuerdalo tú...*, p. 658.

7. Testimonio citado por Bullón y De Diego, *Historias orales de la guerra civil*, p. 106.

8. Carlos Fernández, *El general Franco*, p. 109.

9. Callaban, *La Iglesia católica en España*, p. 302.

10. Citado por Javier Rodrigo, *Cautivos*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 97.

11. *Ibidem*, p. XXV.

12. Hodgson a Halifax, *B DFA*, 24 de agosto de 1938.

13. La producción de carbón y la metalurgia experimentaron «una rápida normalización e incluso la obtención en 1938 de volúmenes de producción superiores a 1935». Véase J. M. Bricall, «La economía española, 1936-1939», en Tuñón de Lara, *La guerra civil española 50 años después*, p. 377.

14. Carreras y Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, p. 267.

15. En la primavera de 1938, los nacionales tenían un excedente de 800.000 toneladas de trigo, 160.000 toneladas de azúcar, 200.000 cabezas de ganado vacuno y otras 54.000 de porcino.

16. Abella, *La vida cotidiana...*, p. 241.

17. Luis Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, in, p. 67.

18. Para la rivalidad económica germano-británica, que estuvo presente durante todas las fases de la guerra, véase Berdah, *La democracia asesinada*, pp. 342 y ss.

19. Luis Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, in, p. 94.

20. Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo*, pp. 181 y ss.

21. Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, p. 40.

22. Ciano, *Diarios*, p. 166.

23. *Ibidem*.

24. El coronel Blanco Escola lo achaca todo a la ineptitud militar de Franco, pero ésta resulta una explicación demasiado simplista. Lo más probable es que Franco no hiciera más que seguir tenazmente la línea de conducción de la guerra que había concebido desde el momento en que fracasó ante Madrid y el golpe de estado militar se convirtió en guerra civil. Presten, *Franco, caudillo de España*, p. 381.

25. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 659.

26. Rojo, *España heroica*, p. 143.

27. Coverdale, *La intervención italiana...*, p. 317.

28. El XVI, de Palacios; el XVII, de García Vallejo; el XIX, de Vidal; el XX, de Duran; el XXII, de Ibarrola, y las agrupaciones «A», al mando de Güemes, y «B» al mando de Romero, encuadrados todos ellos en el ejército de Levante que manda el coronel Leopoldo Menéndez.

29. Ciutat, *Relatos y reflexiones*, p. 199.

30. Rojo, *España heroica*, p. 143.

31. Presten, *Franco, caudillo de España*, p. 387.

32. Francisco Franco, *Palabras del Caudillo*, Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.

CAPÍTULO 30

1. Bill Alexander, *British Volunteers for Liberty*, p. 211.

2. El profesor Joaquín Garrigues se pronunció a favor de la mediación, pero en cuanto Franco se enteró ordenó que se le procesara y condenara. Véase Saña, *Serrano Súñer*, p. 91.

3. Para el desarrollo de la batalla, véase Francisco Cabrera Castillo, *Del Ebro a Gandesa. La batalla del Ebro*, julio-noviembre 1938, Almena, Madrid, 2002; Julián Henríquez Caubín, *La batalla del Ebro*, Una y García, México, 1966; J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, Editorial San Martín, Madrid, 1988; Lluís M. Mezquida i Gene, *La batalla del Ebro*, Diputación de Tarragona, Tarragona, 2001; Estanislau Torres, *La batalla de l'Ebre i la caiguda de Barcelona*, Pagés, Lérida, 1999; Gabriel Cardona y Juan Carlos Losada, *Aunque me tires el puente*, Aguilar, Madrid, 2004, y, sobre todo, Jorge M. Reverte, *La batalla del Ebro*, Crítica, Barcelona, 2003.

4. Francisco Franco Salgado, *Mis conversaciones privadas con Franco*, pp. 262-263.

5. Blanco, *La incompetencia militar...*, p. 476.

6. Citado en Skoutelsky, *Les poirguidaitleurpas*, p. 104.

7. Castells, *Las Brigadas Internacionales*, pp. 355 y ss.

8. En un tabor de regulares ocho soldados moros murieron de agotamiento. Su sargento se hallaba tendido en el suelo incapaz de levantarse. Cuando el oficial alzó la fusta, el sargento giró sobre sí mismo y le mostró sus pies convertidos en una masa sanguinolenta. Véase Fraser, *Recuérdalo...* p.661.

9. Jesús Salas, *La guerra desde el aire*, pp. 356 y ss.

10. «No hay que temer que, aunque se tome Barcelona próximamente, la pérdida de las reservas de los pantanos de Camarasa y Tremp perjudique a la Unión Eléctrica.» Miguel Mateu, informe privado.

11. Citado por Reverte, *La batalla del Ebro*, p. 112.

12. RGVA, 33987/3/1149, p. 284.

13. Legión Córdor: Lageberichte, BA-MA, RL 35/5, H. 7197.

14. Rolfe, *The Lincoln Battalion*, p. 131.

15. Legión Córdor: Lageberichte, BA-MA, RL 35/5, H. 7162.

16. Reverte, *La batalla del Ebro*, p. 141.

17. Tagüeña, *Testimonio de dos guerras*, p. 230.

18. Ramón Salas, *El Ejército Popular de la República*, p. 1.974.

19. Legión Córdor: Lageberichte, BA-MA, RL 35/5, H. 7175.

20. Reverte, *La batalla del Ebro*, p. 219.

21. Legión Córdor: Lageberichte, BA-MA, RL 35/5, H. 7122.

22. Castells, *Las Brigadas*, p. 359.
23. Luis Ma. de Lojendio, *Operaciones militares de la guerra de España*, Madrid, 1940.
24. Ciano, *Diarios*, p. 168.
25. Citado en *Crónica*, V, p. 111.
26. Boletín del V Cuerpo del Ejército del Ebro.
27. Reverte, *La batalla del Ebro*, p. 564.
28. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 253.
29. Stepánov, *Las causas de la derrota...*, p. 142.
30. García Valiño, *Guerra de liberación española*, citado en *Crónica*, V, p. 120.

CAPÍTULO 31

1. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.238.
2. *Ibidem*, 1.240.
3. Rafael Méndez, *Índice*, noviembre-diciembre de 1971.
4. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.240.
5. Thomas, *La guerra civil española*, p. 911.
6. *Ibidem*.
7. Azcárate, *Mi embajada...*, pp. 235-236.
8. Ciano, *Diarios*, p. 180.
9. Azcárate, *Mi embajada...*, p. 240.
10. Ciano, *Diarios*.
11. Edén, *Facing the Dictators*.
12. Informe sobre España del coronel Ribbing, Estado Mayor, Antiguo Archivo Secreto, Departamento de Exteriores, KA, EIII26, vol. 1, p. 22.
13. *Ibidem*.
14. La policía secreta les esperaba no sólo en Europa. El FBI se lanzó sobre los brigadistas norteamericanos apenas llegaron a Estados Unidos y cuando empezó la «caza de brujas» del senador McCarthy, Milton Wolff, Alvah Bessie, Edwin Rolfe, John Gates, Robert Thompson, Irving Margolies y otros componentes de la brigada Lincoln fueron perseguidos y, algunos, encarcelados, mientras al resto le fue muy difícil encontrar trabajo.
15. Finalmente, en 1952, André Marry fue expulsado del PCF.
16. Ibárruri. Folleto editado en Barcelona en 1938 citado por Thomas, *La guerra civil española*, p. 916.
17. Muchos de los que combatieron en España, en las Brigadas Internacionales, alcanzarían un gran renombre al regresar a sus países durante la segunda guerra mundial y después de ella: Pietro Nenni, que fue ministro de Asuntos Exteriores de Italia; Luigi Longo, vicepresidente del PCI; Charles Tillon, ministro del Aire en Francia de 1945 a 1948; Rol-Tanguy, héroe de la Resistencia francesa; André Malraux, ministro de Cultura del general De Gaulle; Enver Hodja, jefe del Estado de Albania; Walter Ulbricht, jefe del Estado de la Alemania oriental; Josip Broz «Tito», jefe del Estado de Yugoslavia; Erno Geró «Pedro», ministro de Comunicación de Hungría; Ladislav Rajk, ministro del Interior de Hungría, y tantos otros. Castells, *Las Brigadas...*, pp. 383-384.
18. Informe sobre España del coronel Ribbing, p. 14.
19. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes*, p. 487.
20. Bollotten, *La Revolución española*, p. 792.
21. Francois Godicheau, *La guerre d'Espagne*, pp. 271-285.
22. Abella, *La vida cotidiana...*, p. 404.
23. 15 de diciembre de 1938, RGVA, 35082/1/221, p. 2.
24. 25 de noviembre de 1938, RGVA, 33987/3/1081, pp. 30-49.
25. RGVA, 33987/3/1081, p. 16.
26. RGVA, 33987/3/1081, p. 80.

CAPÍTULO 32

1. Ramón Salas, *Historia del Ejército Popular*.
2. Saboñt, Julián Besteiro, Buenos Aires, 1967, p. 421.
3. Stevenson a lord Halifax, 31 de octubre de 1938, en *B DFA*, vol. 27, Spain, July 1936-January 1940, p. 222.
4. Miralles, *I Negrín*, p. 302.
5. *ídem*, p. 303.
6. Berdah, *La democracia asesinada*, p. 405
7. Éstas se componían del XXII Cuerpo de Ejército, que mandaba Ibarrola, del XVII, al mando de Vallejo, y de la Agrupación Toral (compuesta por las divisiones 6,28 y 52), provista de 90 cañones, 32 tanques y seis compañías de carros de asalto. Contando las cuatro brigadas de refresco y un regimiento de artillería, todas aquellas fuerzas, que estaban bajo el mando supremo del coronel Domingo Morlones -«el marqués republicano»-, no llegaban a los 90.000 efectivos. Tenían que enfrentarse a los cuerpos de ejército de Extremadura y de Córdoba mandados por los coroneles Solans y Borbón, a los que se añadieron rápidamente los efectivos de la 11ª División, que estaba de reserva en el frente del Centro y que se estacionó en la zona de Mérida-Villanueva de la Serena; las 74ª, 81ª y 40ª (esta última procedente de Cataluña, única distracción de tropas del frente catalán que concedió Franco) y 30 batallones adicionales con once baterías del 77 y otra del 155. El general Queipo de Llano estaba al frente de todas estas tropas.
8. Ciano, *Diarios*, p. 223.
9. Thomas, *La guerra civil española*, p. 940.
10. Ciano, *Diarios*, p. 235.
11. Salas Larrazábal dice que el despliegue de las fuerzas aéreas nacionales el 23 de diciembre era de 197 cazas, 93 aparatos de cooperación y 179 bombarderos; en total, 469 aviones, 22 hidros y un aparato capturado a sus enemigos: *La guerra de España...*, pp. 445-446.
12. Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, p. 66
13. *Ídem*, p. 105.
14. Salas, *La guerra de España...*, p. 404.
15. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
16. Salas, *La guerra de España...*, p. 415.
17. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35/38.
18. *Ibidem*.
19. Salas, *La guerra de España...*, p. 405.
20. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL, 35-38.
21. «En estos 24 primeros días de combates, las pérdidas en hombres de las fuerzas republicanas rebasaban los 70.000 entre muertos, heridos y desaparecidos. La disminución del armamento también fue muy grande. El enemigo había avanzado cerca de 100 kilómetros en un frente de 120, y la mayor parte de las 40.000 bajas que tuvo durante toda la operación de Cataluña correspondieron a ese primer período.» Líster, *Nuestra guerra*.
22. Transcripción impresa en poder del autor.
23. Stepánov, *Las causas de la derrota...*, p. 150.
24. Cordón, *Trayectoria*, p. 375.
25. Bolloten, *La Revolución española*, p. 932.
26. Rojo, *¡Alerta los pueblos!*, p. 121.
27. *Ídem*, p. 125.
28. Citado por Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 674.
29. Abella, Z, *La vida cotidiana...*, p. 415.

30. *Quan érem capitans*, Barcelona, 1974, p. 149.
31. Guillermo Cabanellas, *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973, II, p. 1.047.
32. Ciano, *Diarios*, p. 258.
33. *Catalunya sota el règim franquista*, Editions Catalanes, París, 1973, I, p. 222.
34. Fraser, *Recuérdalo tú...*, p. 674.
35. *Catalunya sota elrègim franquista*,. 229.
36. BA-MA, RL 35/7.
37. Santiago Álvarez, *Negrín personalidad histórica*, Madrid, 994,1, p. 152.
38. BA-MA, RL 35/7.
39. Emil Voldemarovich Shteingold, «Mis últimos diez días en España», RVGA, 35082/3/32, pp. 1-5.
40. Zugazagoitia, *Guerra y vicisitudes...*, p. 523.
41. Daladier había hecho una propuesta para establecer en España una zona libre en la que internar con garantías a los refugiados republicanos. Fue rechazada tanto por Negrín como por Franco.
42. Geneviève, Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Crítica, Barcelona, 2000, p. 44.
43. El senador Fierre Josse afirmó en el periódico *L'indépendant de l'Aude* que «en las salas de tortura de los soviets de Barcelona han sido torturadas y crucificadas 100.000 personas». Citado por Barrassar, *Laguerre d'Espagne...*, p. 367.
44. Dolores Pía Brugat, «El exilio republicano español», en *AULA. Historia social*, n.º 13, primavera, 2004.
45. Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos...*, p. 46.
46. BA-MA, RL 35/7.
47. Regler, *Owl of Minerva*, p. 321.

CAPÍTULO 33

1. Luis Romero, *El final de la guerra*, Ariel, Barcelona, 1976, p. 134.
2. *Ídem*, pp. 124-125.
3. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos cantaradas*, p. 430.
4. Stepánov, *Las causas de la derrota...*, pp. 168-169.
5. *Mundo Obrero*, 12 de febrero de 1939.
6. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 275.
7. Tuñón, *Historia de España*, IX, p. 506.
8. *ABC* fe Madrid, 14 de febrero de 1939.
9. Alpert, *El ejército republicano*, p. 313.
10. Miralles, *Negrín*, p. 311.
11. Togliatti, *Escritos...*, p. 279.
12. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 431.
13. Miralles, *Negrín*, p. 310.
14. Informe sobre España del Coronel Ribbing, p. 22.
15. Era un depósito que había realizado la República en 1931 en la sucursal del Banco de Francia de Mont de Marsan como garantía de un préstamo de 250 millones de pesetas-oro. Este préstamo fue cancelado por el gobierno de la República el 29 de septiembre de 1937 aprovechando la devaluación del franco, por lo que quedó un considerable remanente a favor de España. El oro que Daladier entregó a los nacionales valía casi 27 millones de dólares. Véase Joan Sarda, *El Banco de España*, p. 452.
16. *Memoirs*, Nueva York, 1948.
17. Azaña, *Diarios completos*, p. 1.258.
18. Azaña, O. C., in, p. 567.
19. Es muy difícil de precisar porque todos los testimonios dan fechas distintas; algunos sitúan la reunión el 14 o 16 de febrero. Romero se inclina por el día 27.

20. Casado había sido el hombre de la CNT para sustituir a Miaja en los días de la defensa de Madrid, cuando llegó Durruti con su columna (véase Jorge Martínez Reverte, *La batalla de Madrid*, p. 240). Su primera relación con los anarquistas se remontaba a los tiempos de la dictadura de Primo de Rivera, cuando Casado fue encarcelado y trabó amistad con los libertarios (Alpert, *El ejército republicano*, pp.301yss.).

21. Romero, *El final de la guerra*, p. 138.

22. Luis Suárez, *Franco*, p. 111, y Martínez Bande, *Los cien últimos días de la República*.

23. Romero, *El final de la guerra*,. 123.

24. Peterson a Halifax, 6 de abril de 1939, 5827/8/41.

25. No es fácil obtener datos fiables de los dos libros que escribió Casado, *The Last Days of Madrid*, que fue publicado en Londres, en 1939, y *Así cayó Madrid*, publicado en Madrid en 1968, que difieren en muchos aspectos. Sin embargo, los detalles de esta entrevista los explicó en un artículo publicado en el diario *Pueblo* de Madrid, el 8 de noviembre de 1967.

26. En realidad había dos tentáculos de la quinta columna implicados en las negociaciones con Casado: el SIPM y la organización clandestina de la Falange de Madrid. De creer los informes del SIPM de 11 y 17 de febrero, también éstos estaban en contacto con el general Matallana, el sucesor de Miaja, que estaba dispuesto a rendirse con todo su Estado Mayor. Tras la reunión de Casado con Centaño, los contactos de los agentes de Franco con dirigentes republicanos se prodigaron. Por su parte, los quintacolumnistas Julio Palacios y Antonio Luna, catedráticos de derecho, hablaban con Besteiro sobre la dudosa constitucionalidad del gobierno Negrín. Suárez, *Franco*, p. 112, y Martínez Bande, *Los cien últimos días...*, p. 119.

27. Romero, *El final de la guerra*, p. 138.

28. Suárez, *Franco*, p. 112.

29. Según Stepánov Negrín tenía perfecto conocimiento de lo que estaban tramando Casado y Besteiro, y cita lo que dijo Negrín en la sesión permanente de las Cortes que tuvo lugar en París el 31 de marzo (véase *Las causas de la derrota*, p. 186).

30. Es posible que, desde un punto de vista estrictamente jurídico, tales nombramientos fueran, como poco, irregulares, entre otras razones porque Negrín los hacía en uso de las facultades que le habían sido *expresamente* concedidas «por el Excmo. Señor Presidente de la República y de acuerdo con el Consejo de ministros», pero no se puede dudar de la lógica de las elecciones de Negrín: ¿con quién podía contar, tanto si quería seguir luchando como si pretendía organizar una retirada escalonada seguida de la evacuación de los principales objetivos de los franquistas? Como ha escrito la historiadora británica Helen Graham «Negrín ... tenía poco donde elegir; sólo podía apoyarse en la única formación militar y política que todavía estaba dispuesta a continuar la guerra, el PCE». En los nombramientos que hizo Negrín «no hubo otro interés que el de colocar en los puestos clave de las provincias levantinas a hombres enérgicos capaces de conservarlas el tiempo necesario para que los aeródromos y puertos del Mediterráneo pudieran ofrecer una oportunidad a las personas que quisieran expatriarse».

31. «Una dictadura comunista de generales y coroneles era capaz de restablecer la disciplina hasta un nivel suficiente como para reasumir la resistencia y prolongar la lucha». Véase Suárez, *Franco*, p. 113.

32. BA-MA, RL 35/8.

33. La narración más detallada sobre la sublevación en Luis Romero, *Desastre en Cartagena*, Ariel, Barcelona, 1971.

34. Romero, *El final de la guerra*, pp. 257-259.

35. Todos los discursos están reproducidos íntegramente en Romero, *El final de la guerra*, pp. 261-268.

36. Cipriano Rivas Cherif, *Retrato de un desconocido*, p. 437.

37. Se ha especulado con este texto. El hecho de que Negrín calificara el golpe de «impaciente» ha hecho pensar a algunos que, finalmente, el jefe del Gobierno había decidido iniciar conversaciones con los nacionales.

38. Luis Romero, *El final de la guerra*, pp. 274-275.

39. Miralles, /««« Negrín, p. 324.

40. BA-MA, RL 35/8.

41. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos cantaradas*, p. 434.

42. Togliatti, *Escritos sobre la guerra de España*, p. 297.

43. Tagüeña, *Entre dos guerras*, p. 310.

44. Peterson a Halifax, 6 de abril de 1939, W 5827/8/41.

45. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, pp. 430 y ss.

46. Tagüeña, *Entre dos guerras*, p. 321.

47. Elorza y Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, p. 439.

48. Para los oficiales de milicias no se pedía el mantenimiento del «empleo» es decir, de la graduación y del salario correspondiente. En cualquier caso, Casado insistió mucho en lo del empleo. Quizá pensaba en el Convenio de Vergara que cien años antes, había estipulado que los militares carlistas conservaran el escalafón y la paga. No conocía a Franco.

49. Tuñón, *Historia de España*, IX, p. 525.

50. Carta reproducida íntegramente en Suárez, *Francisco Franco*, y en Romero *El final de la guerra*.

51. Tuñón, *Historia de España*, IX, p. 526.

52. El acta de la reunión está reproducida en Romero, *El final de la guerra* pp. 396-399.

53. BA-MA, RL 35/8.

54. *Ibidem*.

55. Diario de Guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL 35/38.

56. Casado, *The Last Days of Madrid*, p. 259.

57. Romero, *El final de la guerra*, p. 429.

58. *Idem*, -p. 421.

59. ABC del 2 de abril de 1939.

60. Ciano, *Diarios*, p. 276.

CAPÍTULO 34

1. Diario de guerra de Von Richthofen, BA-MA, RL 35/38. La Legión Cóndor llegó a Hamburgo, por vía marítima, el 31 de mayo, y el 6 de junio desfiló por las calles de Berlín.

2. Josep Fontana, *Aturar el temps. La segona restaurado espanyola, 1823-1834*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 17, que cita los *Decretos del rey don Fernando VII*, I, p. 8.

3. Mensaje por Radio Nacional de España, 3 de abril de 1939.

4. Luis Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, IV, p. 33.

5. Javier , *Dictadura franquista y democracia, 1939-2004*, Crítica Barcelona, 2005, p. 45.

6. En este gobierno compuesto por *áncO* militares, además del propio Fran, sólo quedaban dos integrantes del gobierno anterior «de guerra»: Peña Boeuf y Serrano Súñer, que ampliaba sus funciones de numstro de la Gobernación con las de jefe de Orden Público porque el ministerio había desaparecido con la muerte de Martínez Anido. El «amadísimo» había obrado inteligentemente. Fijada la cuota militar, que era incontestable, él había conseguido incluir en el primer gobierno del franquismo de guerra a hombres de su confianza y desplazar a posibles Mnistros sin cartera a dos falangistas contendientes.

7. *Ibidem*. Era preciso reponer una tercera parte-

8. Carlos Bárdela, ed., *Crítlca Barcelona, 2003*, El Servicio Nacional del Trigo, que se había creado en abril de 1937, compró en 1939 algo más de once millones de toteadas de grano.

9. *Ibidem*, p. 162

10. Richards, *Un tiempo de silencio*, y Mercedes Cabrera y Fernando del Rey, *El poder de los empresarios*, Taurus, Madrid, 2002, p. 261.

11. Ramón Garrabou, ed., *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Crítica, Barcelona, 1990, p. 106.

12. Durante una estancia en Italia había tenido ocasión de familiarizarse con el Istituto per la Ricostruzione Industriale (IRI) de Mussolini y pensó que en España se podía repetir la jugada creando un organismo similar, quizá con menos demagogia fascista pero con «aires más castrenses». Preparó una lista de prioridades, compuesta por quince acciones industriales que debía emprender el nuevo Estado. Todas las industrias relacionadas con el esfuerzo de guerra, como las de construcción y reparación de material ferroviario o la construcción naval, ocupaban los primeros puestos, mientras que las «industrias de alimentación» figuraban en el puesto número 14, en la penúltima prioridad. Para el INI véase Elena San Román, *Ejército e industria: el nacimiento del INI*, Crítica, Barcelona, 1999.

13. Como la Hispano Suiza (convertida en ENASA), Construcciones Aeronáuticas Españolas (CASA), después en la vieja Elizalde de Barcelona (convertida en ENMASA), en astilleros, como la Empresa Nacional Bazán, para hacerse más tarde con las industrias energéticas, como ENDESA o ENHER, o, ya en 1953, con las de automóviles como la SEAT (imitación servilísima de la FIAT italiana), para convertirse, al final, en un «hospital de empresas» deficitarias socializando las pérdidas.

14. El resultado de la gestión militar del sector secundario fue que durante catorce años éste creció sólo un 0,6 por 100 anual, cuando en los países vecinos el crecimiento era de un 2,7 por 100, es decir, que la actividad industrial de la España del primer franquismo retrocedió entre 1930 y 1950 y el producto industrial *per capita* español no recuperó el nivel máximo de preguerra hasta 1952. En 1975 España aún mantenía con Italia la distancia que tenía en 1947. Entre 1946 y 1950, Grecia y Yugoslavia duplicaron su producción industrial, en tanto que España sólo la multiplicó por 1,1. Jordi Nadal, *Atlas de la industrialización de España*, Crítica, Barcelona, 2003, p. 234.

15. Carreras y Tafunell, *Historia económica de la España contemporánea*, p. 277.

16. Véase, por ejemplo, Robert Graham, y *Comes of Age*, Londres, 1984.

17. Declaraciones de Franco a Henri Massis, en *Candide*, 18 de agosto de 1938.

18. Suárez, *Franco*, p. 135.

19. «Algunos apellidos de la clase política dirigente, incluidos los procedentes de la Falange, ingresaron en la relación de grandes fortunas», nos dice Javier Tusell de este período. Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, p. 99.

20. Ramón Garrabou, ed., *Franquisme*, p. 84.

21. Suárez, *Franco*, pp. 119 y ss.

22. Joan Clavera, ed., *Capitalismo español: De la autarquía a la estabilización, 1939-1959*, Edicusa, Madrid, 1978, pp. 179 y ss.

23. Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, p. 98.

24. Blinkhorn, *Carlismo y contrarrevolución*, p. 411.

25. La inflación fue muy elevada: entre 1941 y 1943 el índice de precios al por mayor aumentó a una tasa media anual acumulativa del 13 por 100; entre 1945 y 1947 la tasa fue del 16 por 100 y entre 1950 y 1951, llegó al 23 por 100. La política de dinero barato del franquismo de guerra permitió que la circulación fiduciaria pasara de 6.000 millones de pesetas en 1939 a 31.600 en 1950. La renta *per capita* de los españoles era, en 1945, un tercio de la de 1935 y así seguiría hasta 1950, aunque los niveles macroeconómicos de preguerra no se recuperaron realmente hasta 1954. Los salarios en términos reales de los obreros cualificados disminuyeron a la mitad y el número de parados alcanzó el medio millón de personas. A finales de 1939, había en Barcelona 140.000 personas que dependían de la beneficencia para sobrevivir. En 1950, el nivel de vida de los españoles estaba más lejos de los niveles de vida medios de franceses, alemanes o ingleses que en 1900. Véase José L. García Delgado, ed., *Franquismo: el juicio de la tótar/«*, Temas de Hoy, Madrid, 2000. García Delgado, ed., *Franquismo*, pp. 130 y ss. Carme

Molinero y Pere Ysás, «*Patria, justicia y pan*». *Nivell de vida i condicions de treball a Catalunya, 1939-1959*, Edicions de La Magrana, Barcelona, 1985, p. 117.

CAPÍTULO 35

1. Antonio F. Canales, *La ilargapostguerra*, Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1997, p. 178.

2. Kemp, *Mine Were of Trouble*, pp. 49-50.

3. Entre diciembre de 1938 y febrero de 1939, tras las campañas de Aragón y Cataluña, las tropas de Franco habían hecho más de 116.000 prisioneros que, sumados a los 31.000 procedentes de campañas anteriores y a los 90.000 que ya estaban encuadrados en batallones de trabajadores, suponían para la Inspección de Campos de Concentración de Prisioneros del coronel Martín Pinillos, en febrero de 1939, una carga de 237.000 internos, pese a que ya se había librado de 20.000 que habían sido reclasificados y de los que ya estaban en prisión. Rodrigo, *Cautivos*, Crítica, Barcelona, 2005, pp. 174-175.

4. Para el universo concentracionario franquista, véase Javier Rodrigo, *Cautivos*.

5. Aquí, como en muchas cifras de la guerra, no hay seguridad sobre su exactitud ni puede haberla. Sirven, eso sí, como órdenes de magnitud muy aproximados que nos ayudan a ponderar los hechos.

6. Rodrigo, *Cautivos*, p. 209.

7. A la cárcel Modelo, de Valencia, que tenía capacidad para 528 personas, fueron a parar 15.000 presos; a la Modelo de Barcelona, de capacidad similar, 10.000, por lo que hubo que habilitar nuevas cárceles en el Palacio de las Misiones de Montjuic o en naves de las fábricas de Poble Nou, que tenían la ventaja de estar muy cerca del campo de fusilamiento de La Bota. Rebosaban de presos los penales de Burgos (exclusivo para los condenados a muerte), Ocaña (donde hubo 5.000 hombres y 2.000 mujeres en celdas «individuales» para nueve personas), Dueso, Puerto de Santa María, Sevilla, Córdoba, Málaga, Bilbao, Aranjuez, Alcázar de San Juan... Y las cárceles de Madrid: Toreno, Yererías, Porlier, Claudio Coello, Santa Engracia, Comendadora ... Como había más de 20.000 «rojas» presas, hubo que crear establecimientos exclusivos para mujeres, como los de Segovia o Guadalajara, porque la cárcel de mujeres de Las Ventas albergaba ya a 7.000 reclusas, cuando su capacidad era de 500. La de Les Corts, en Barcelona, un antiguo convento con capacidad para 100 reclusas, aún albergaba en 1946 a 1.800 presas políticas y 500 comunes. Claro que, andando el tiempo, el garrote vil, el hambre, las enfermedades y los sucesivos indultos de 1940, 1941, 1943 y 1945 redujeron el censo de las cárceles franquistas a sólo 30.000 personas en 1950 (la población reclusa anterior a la guerra civil había alcanzado un máximo de 10.000 personas), algunas de las cuales aún estaban pendientes de condena. Estas cifras, en general, proceden de estudios provinciales y locales y, en ocasiones, no cuadran con las globales obtenidas de instituciones franquistas. Por ejemplo, entre los 270.719 presos en 1940 señalados por el Ministerio de Justicia, pueden encontrarse detenidos contabilizados también en los campos de concentración o en los batallones de trabajadores.

8. *Redención* (órgano del Patronato de la Merced para los funcionarios, los presos y sus familias), Madrid, 2 de noviembre de 1940.

9. Gonzalo Acosta, ed., *El canal de los presos*, p. 86.

10. *Ibidem*, pp. XXVII y ss.

11. Ismael Lafuente, *Esclavos por la patria*, Temas de Hoy, Madrid, 2001, pp. 186-189.

12. Acosta, *El canal de los presos*, p. 61.

13. J. Casanova, ed., *Morir, matar, sobrevivir*, p. 31.

14. Michael Richards, *Un tiempo de silencio*, p. 30, y Dionisio Ridruejo, *Escrito en España*, p. 93.

15. Por ejemplo, en Valencia fueron fusiladas cerca de 5.000 personas; en Cataluña, alrededor de 4.000; en el cementerio del Este, de Madrid, hay registradas 2.663 ejecuciones hasta 1945; en Jaén, 1.280 hasta 1950; en Albacete se produjeron 1.026 ejecuciones entre 1939 y 1953; en Aragón, casi mil en los primeros años del franquismo de guerra; 710 en Málaga (obviamente una cifra muy baja; la realidad debe estar más cercana a 3.000 a juzgar por los datos del cónsul británico) y 1.100 en Granada (también una cifra corta); en la mitad occidental de Badajoz, 935 (que se triplica, por lo menos, según el

trabajo de Francisco Espinosa)... No hay todavía estudios definitivos sobre Vizcaya, Asturias, Toledo, Santander, Burgos, Ávila o Madrid, pero disponemos, en cambio, de estudios realizados sobre provincias, como Soria o Segovia que, desde el primer momento, se sumaron al levantamiento militar y que, sin embargo, arrojan un importante número de ejecuciones. En Soria se sabe de 281 asesinatos durante la guerra abierta y en Segovia están documentadas 358 ejecuciones desde el inicio de la guerra hasta 1942. Casanova, *Morir, matar, sobrevivir*, pp. 19 y ss. Santiago Vega Sombría, *De la esperanza a la persecución*, p. 279.

16. Lo que vendría a dar la razón a Gabriel Jackson. Hay que recordar que Charles Foltz, en su *Masquerade in Spain*, daba casi 200.000 ejecutados entre abril de 1939 y junio de 1944, transcribiendo lo que le había dicho un funcionario del Ministerio de Justicia.

17. M. Armengou y R. Belis, *Las fosas del silencio: ¿hay un holocausto español?*, Plaza y Janes, Barcelona, 2004.

18. Francisco Moreno en *Víctimas de la guerra civil*, pp. 277 y ss.

19. *Breve resumen de la obra del Ministerio de Justicia por la pacificación espiritual de España*, Madrid, 1946, y Ricard Vinyes, *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles franquistas*, Temas de Hoy, Madrid, 2002, p. 40.

20. José Luis García Delgado, ed., *Franquismo. El juicio de la historia*.

21. En Córdoba hubo 35 juzgados militares, en Málaga, 67, en Alicante, 22, en Cartagena, 57, y en Barcelona, 25, donde en 1939 se incoaron 11.741 sumarios y se realizaron 1.150 consejos de guerra. J. M. Solé y Sabaté, *La repressió franquista a Catalunya*.

22. Vinyes, *Irredentas*, p. 114.

23. Francisco Moreno en *Víctimas de la guerra civil*, p. 278.

24. Juana Doña, *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*, La Torre, Madrid, 1978.

25. Juana Doña, *Desde la noche y la niebla*.

26. Francisco Moreno, en *Víctimas de la guerra civil*, p. 297, y J. M. Sabin, *Prisión y muerte en la España de postguerra*, Anaya 8c Mario Muchnik, Madrid, 1990.

27. Francisco Moreno, en *Víctimas de la guerra civil*, p. 300.

28. Citado por Tomasa Cuevas, *Cárcel de mujeres*, Siroco Books, Barcelona, 1985, p. 101, y también *Mujeres en las cárceles franquistas*, Casa de Campo, Madrid, 1979.

29. Queralt Solé i Barjau, y *les presons de Franco*, Proa, Barcelona, 2004, pp. 97 y ss.

30. J. Casanova, ed., *Morir, matar, sobrevivir*, p. 25.

31. Richards, *Un tiempo de silencio* y Vinyes, *Irredentas*.

CAPÍTULO 36

1. Suárez, *Franco*, p. 139.

2. *Ibidem*, pp. 153-154.

3. El Tribunal Especial para la Represión de la Masonería y el Comunismo siguió actuando hasta 1964, fecha en que fue sustituido, hasta 1977, por el infame Tribunal de Orden Público (TOP).

4. Richards, *Tiempo de silencio*, p. 26.

5. Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, p. 100.

6. En julio de 1941, Pío XII exaltaba «los laudables trabajos de la benemérita Institución [Auxilio Social], que tanto velaba por ofrecer asistencia a los pobres y a los niños, que son como las pupilas de los ojos de Dios». Véase Angela Cenarro, *La sonrisa de Falange*, en prensa.

7. Antes había hecho disolver la organización Frentes y Hospitales, dirigida por la tradicionalista Urraca Pastor, que canalizó la participación de las mujeres carlistas, las célebres «Margaritas».

8. Angela Cenarro, *La sonrisa de Falange*, en prensa, y Paul Preston, *Palomas de guerra*, Plaza y Janes, Barcelona, 2001, pp. 46 y ss.

9. Angela Cenarro, *La sonrisa de Falange*.

10. Ernesto Giménez Caballero describía al maestro como «libertario, tripudo, desabrochado, socialista, pedigüeño y rencoroso».

11. Editorial ABC de Sevilla, 18 de abril de 1937.

12. Francisco Morente, *La escuela y el Estado nuevo. La depuración del magisterio nacional, 1936-1943*, Ámbito, Valladolid, 1997.

13. Una de las estampas más conmovedoras de Castelao es la de dos niños que miran, estremecidos, el cuerpo de un maestro fusilado. La leyenda del grabado dice: «A derradeira lección do mestre».

14. Isaías Lafuente, *Tiempos de hambre*, p. 186.

15. Vicente Cárcel Ortí, *Breve historia de la Iglesia en España*, Planeta, Barcelona, 2003, p. 426.

16. Por ejemplo, las órdenes de 4 de febrero de 1939 del Ministerio de Educación Nacional separaron del Servicio a 25 catedráticos de la Universidad Central «por su pública y notoria desafección al nuevo régimen». Entre ellos, José Giral, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez de Asúa, Juan Negrín, Pablo de Azcárate, Julián Besteiro, Felipe Sánchez Román y José Castillejo; y la orden del mismo Ministerio de 29 de julio de 1939 separaba de sus cátedras, «por desafección al nuevo régimen ... por sus actuaciones en las zonas que han sufrido la dominación marxista ... por su pertinaz política antinacional y antiespañola en los tiempos precedentes al Glorioso Movimiento Nacional», a Antonio Flores de Lemus, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Niceto Alcalá Zamora, Pedro Salinas, José Gaos, Juan Peset, José Puche, Rafael de Buen, José Oís Capdequí, Luis de Zulueta, Blas Ramos, Agustín Viñuales, Emilio González López, Enrique Rioja, Pedro Carrasco, Juan M. Aguilar y Manuel López-Rey (véase Tuñón, *Historia de España*, X, pp. 450-451). Para Cataluña, véase Jaime Claret, *La repressió franquista a la Universitat catalana*, Eumo, Vic, 2003.

17. Citado por Santos Julia, *Historias de las dos Españas*, pp. 292-293.

18. El 2 de mayo de 1939, el diario *Arriba* glosaba así una quema de libros: «Con esta quema de libros ... condenamos al fuego a los libros separatistas, liberales, marxistas; a los de la leyenda negra; a los del romanticismo enfermizo, a los pesimistas, a los modernistas, a los cursis, a los cobardes...».

19. Si esta afirmación puede parecer exagerada, tal vez valga la pena citar algunas obras de autores españoles de las muchas que fueron prohibidas. Por ejemplo, en Segovia, que no era precisamente una ciudad «roja», fue prohibida la lectura, ya durante la guerra abierta, de los *Episodios nacionales*, de Galdós, la *Sonata de otoño*, de Valle Inclán, *Las niñas desaparecidas*, de Concha Espina, *La redención de las provincias*, de Ortega y Gasset, la *Antología lírica*, de Jacinto Verdaguer, el *Romancero*, de Menéndez Pidal, *Los pazos de Ulloa*, de Emilia Pardo Bazán, *Entre España y Francia*, de Azorín, o *En busca del Gran Kan*, de Pío Baroja. Se prohibió «terminantemente» la lectura de ponzoñas extranjeras tales como *El asno de oro*, de Apuleyo, las *Comedias*, de Aristófanes, las *Tragedias*, de Eurípides, los *Diálogos socráticos*, de Platón, las *Tragedias*, de Séneca, y gran cantidad de obras de Dostoievski, Victor Hugo, Tolstoi, Balzac, Flaubert, Goethe, Poe, Puschkin, Walter Scott, Chateaubriand, Daudet, Leopardi, Moliere o Shakespeare. Pero no se crea que Segovia fue una excepción. En Valladolid, otra ciudad de derechas, se prohibió o se restringió el uso de las *Fábulas*, de La Fontaine, de las *Novelas ejemplares*, de Cervantes, del *Lazarillo de Tormes*, o del *Ideario español*, de Ganivet. En Barcelona se proscribieron las novelas de Salgan, por ejemplo. Carlos de Dueñas y Lola Grimau, *La represión franquista de la enseñanza en Segovia*, Ámbito, Valladolid, 2004. Jesús M. Palomares, *La guerra avilen Valladolid*, Ayuntamiento de Valladolid, Valladolid, 2001, pp. 214-227, y M. J. Gallofré, *Ledició catalana i la censura franquista*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 1991, pp. 491-492.

20. Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, p. 89.

21. Richards, *Un tiempo de silencio*.

22. Aparte de la función que desempeñaron los campos y las prisiones, hay que tener en cuenta lo que Conxita Mir ha calificado de «efectos no contables» de la represión: el miedo, la desconfianza, la humillación, la marginación...

23. Lo que generó gran cantidad de desplazamientos y desarraigo entre la población más expuesta. Véase Vinyes, *Irredentas*, y Richards, *Un tiempo de silencio*.

24. Isaías Lafuente, *Tiempos de hambre. Viaje a la España de posguerra*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.

25. Entre 1939 y 1943, 14 de cada 100 contagiados por el tifus exantemático (el famoso «piojo verde») morían y la tuberculosis se convirtió en un azote de la población. Un 10 por 100 de los maestros de escuela y el 5 por 100 de los estudiantes universitarios estaban enfermos de tisis. Esta última enfermedad, con el tifus, la diarrea y la disentería, produjo entre 1939 y 1945 unos 200.000 muertos. El paludismo devastó las regiones de Murcia, Alicante, Jaén, Cáceres y Badajoz, donde en 1943 había 400.000 casos, y es que el mosquito anofeles se reproducía libremente porque el DDT aún no se comercializaba en España. La mortalidad infantil causada por la meningitis, la disentería, la bronquitis y el sarampión era muy elevada, y enfermedades menores, como la diarrea, duplicaron en mortalidad infantil a la tuberculosis en 1941. En los años del franquismo de guerra, cuatro de cada cien niños nacían muertos y catorce morían antes de cumplir un año. Los piojos, las chinches, la sarna, la tina y las enfermedades venéreas infestaban barrios enteros de las grandes ciudades. Javier Paredes, *Historia contemporánea de España*, Ariel, Barcelona, 2004, p. 664. Lafuente, *Tiempos de hambre*, p. 162.

CAPÍTULO 37

1. La primera oleada estuvo compuesta por unos 15.000 refugiados, la segunda, por 160.000, que supuso un éxodo masivo por tierra y por mar, ya que de los puertos de Cantabria y de Asturias salieron decenas de barcos con destino a Burdeos, Pauillac, La Palice o La Rochela. Y la tercera, compuesta por unas 24.000 personas, con la que llegaron a Francia los 7.000 soldados de la 43 División que habían combatido en la bolsa de Bielsa. En total buscaron refugio en el país vecino unas 200.000 personas, civiles y soldados derrotados. Gran parte de éstos y muchos de los primeros se las arreglaron para regresar a zona republicana por Portbou y los pasos pirenaicos, de modo que a finales de 1938 sólo quedaban en Francia 40.000 personas, entre ellas muchos niños. Dolores Pía Brugat, «El exilio republicano español», en *AULA. Historia social*, n.º 13, Valencia, primavera de 2004. Bartolomé Bennassar, *Laguerre d'Espagne et ses lendemains*, p. 363.

2. Entre ellos Cipriano Mera, que en 1940 fue entregado a Franco. Condenado a muerte, fue indultado y permaneció en la cárcel hasta 1946. Regresó en seguida a su militancia cenetista y tuvo que huir a Francia, donde murió en 1975.

3. No es fácil calcular con precisión el número de refugiados republicanos internados en los campos de concentración. La Cámara de Diputados francesa estableció en marzo de 1939 que habían sido internados 226.000 refugiados repartidos entre los campos de Argelés-sur-Mer (77.000); Saint-Cyprien (90.000); Le Barcarés (13.000); Arles-sur-Tech y Prats de Molió (46.000) y que otros 50.000 ya habían regresado a España, es decir, que hacia mediados de febrero la población de los campos debía de rondar las 280.000 personas. En realidad nos encontramos aquí con los problemas de siempre. No hay una fuente fiable, pero el orden de magnitudes es suficiente para comprender las dimensiones de la tragedia. Geneviève Dreyfus-Armand habla de 275.000; Bennassar, de 223.000.

4. Para seguir las vicisitudes de los internados y la condición de los campos, véase Javier Rubio, *La emigración española a Francia*, Ariel, Barcelona, 1975; José Luis Abellán, ed., *El exilio español de 1939*, Taurus, Madrid, 1976-1978; Antonio Soriano, *Éxodos. Historia oral del exilio republicano en Francia 1939-1945*, Crítica, Barcelona, 1989; Geneviève Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Crítica, Barcelona, 2000; Lluís Montagut, *El soldado de la República, 1936-1945*, Inédita, Barcelona, 2004.

5. Shteingold, «Mis últimos diez días en España», RGVA, 35082/3/32, pp. 6-7.

6. Montagut, *Yo fui soldado de la República*, pp. 128-130.

7. A partir de finales de febrero se abrieron otros nuevos. En Bram, Agde (el «campo de los catalanes»), Vernet-les-Bains, Rivesaltes, Septfonds, Tarn-et-Garonne... En abril se abrió el campo de

Gurs, al que fueron destinados refugiados vascos, aviadores y combatientes de las Brigadas Internacionales. Era un extenso barrizal de 79 hectáreas y albergaba a 19.000 personas distribuidas en 382 barracones, insuficientes para contener a tantos hombres, que aumentaron bajo el gobierno de Vichy cuando se añadieron los refugiados judíos procedentes de diversos países europeos. Otros eran menos horribles, como el de Bram, cerca de Carcasona, de unas doce hectáreas, con capacidad para 17.000 internados y con una enfermería para 80 camas. No lo vigilaban senegaleses, sino tropas indochinas. Agde se convirtió en una reserva de 10.000 catalanes agrupados por las gestiones de las autoridades de la Generalitat en el exilio. Soriano, *Éxodos*, p. 23.

8. Soriano, *Éxodos*, pp. 30 y ss.

9. Arthur Koestler, *La lie de la terre*, Charlot, París, 1946, pp. 148 y ss.

10. Soriano, *Éxodos*, pp. 20 y ss.

11. Soriano, *Éxodos*. Antonio Soriano fue un militante del PSUC que pasó por los campos y se quedó en Francia, donde fundó en París la mítica Librairie Espagnole, que, con Ruedo Ibérico, de Pepe Martínez, fueron lugar de encuentro y fuente de publicaciones de libros y revistas prohibidos en España, algunos hasta 1976.

12. Por ejemplo el *Boletín de los Estudiantes*, de Argeles y de Gurs, la *Hoja de los Estudiantes*, de Barcarés, *Altavoz*, de Saint-Cyprien, la *Barraca*, de Argeles o *For Nou*, de Agde.

13. Véase Dreyfus-Armand, *El exilio de los republicanos...*, p. 66.

14. El profesor Bennassar se pregunta en su reciente libro cómo pudo ser que Francia, que había ejercido honorablemente el derecho de asilo conforme a su tradición en ocasión de las tres primeras oleadas, actuara de forma tan distinta en 1939. Para el historiador francés, la explicación reside en la enorme cantidad de personas que cruzaron la frontera en 1939, la rapidez con que se produjo la migración, la insuficiente previsión de las autoridades francesas, el frío y la lluvia. Aunque para Bennassar las autoridades republicanas españolas tuvieron gran parte de culpa, sobre todo Negrín, «que se había hartado de decir que Barcelona resistiría hasta el fin». En cualquier caso, confirma que «las condiciones de la acogida, durante por lo menos un mes, fueron totalmente calamitosas». Bennassar, *La guerre d'Espagne...*, p. 369.

15. *Candide*, 8 de febrero de 1939.

16. Henri Wallon (1879-1962) fue uno de los más grandes psicólogos infantiles del siglo XX y un luchador por la libertad.

17. Dreyfus-Armand, *El exilio...* pp. 70-71.

18. *Ibidem*, y.71.

19. Enüe el 1 y el 19 de febrero lo hicieron 50.000. Otros 40.000 decidieron reemigrar, básicamente a los países de América Latina. 50.000 más se enrolaron en las compañías de trabajadores, y quizás unos 10.000 se alistaron en la Legión o en cuerpos asimilados. Los campos de concentración se fueron vaciando, así, poco a poco, hasta el punto de que a mediados del mes de junio de 1939 ya no albergaban más que a 173.000 personas y en abril de 1940 sólo quedaban 30.000. Dreyfus-Armand, *El exilio...* Bennassar, *La guerre d'Espagne...*; Tusell, *Dictadura franquista y democracia*.

20. Dreyfus-Armand, *El exilio...*, p. 79, y Tusell, *Dictadura franquista y democracia*, p. 36. Las cifras no cuadran. Hay entre éstos y otros autores desequilibrios de hasta 40.000 personas.

21. Citado por Josep Fontana: prólogo a Carmen Molinero *et al.*, *Una inmensa prisión*, Crítica, Barcelona, 2004, p. XIII.

22. Para esta segunda oleada, el embajador mexicano Luis I. Rodríguez tuvo que entrevistarse con el mariscal Pétain, el 8 de julio de 1940, porque el gobierno francés no ponía las cosas fáciles. El embajador mexicano le preguntó a Pétain qué problema había, a lo que éste respondió: «Ninguno ... pero llamemos a esa actitud [del gobierno mexicano] impulso de humanidad, mejor que auxilio a Francia, porque de sobra conocemos que en las grandes miserias las ratas son las primeras que perecen y, en el caso nuestro, los exiliados de España estarían obligados a llevar ventajosa delantera a mis

compatriotas». Luis I. Rodríguez, *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, El Colegio de México, México, 2000, pp. 9-10.

23. Dolores Pía, *El exilio republicano español*, pp. 27 y ss.

24. Javier Rubio, *La emigración de la guerra civil de 1936 a 1939*, Madrid, 1977, in, pp. 1.059-1.147.

25. Bennassar, *La guerre d'Espagne...*, p. 422.

26. Dora Schwarzstein, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Crítica, Barcelona, 2001.

27. Bennassar, *La guerre d'Espagne...*, p. 433.

28. Bennassar y Dreyfus-Armand no coinciden en estas cantidades.

29. Bennassar, *La guerre d'Espagne...*, p. 434. Para los españoles en Francia durante la segunda guerra mundial véase, sobre todo, Bennassar, *La guerre d'Espagne...*, 426-455.

30. El embajador de México se encaró con el funcionario petenista y le espetó: «Pierda cuidado, señor prefecto, no insisto más sobre el caso. Lo cubrirá con orgullo la bandera de México; para nosotros será un privilegio; para los republicanos, una esperanza, y para ustedes una dolorosa lección». Luis I. Rodríguez, *Misión en Francia*, p. 277.

31. Los asesores legales del Gobierno habían aconsejado a Negrín que sacara esas riquezas de España y en una reunión del Consejo de ministros, presidida por Azaña, se acordó autorizar para ello al ministro de Hacienda. En consecuencia, el 5 de febrero de 1939, Méndez Aspe dio poderes al conde suizo Henri de Reding, de la Cruz Roja Internacional, a fin de que éste pudiera utilizar determinados valores como fondos fiduciarios para niños refugiados y para emigrados. A tales efectos, Reding constituyó un fideicomiso en Londres desde el que se envió una primera partida de 4.000 libras esterlinas a los campos de refugiados del sur de Francia. El gobierno de Franco denunció esta decisión de la República ante los tribunales ingleses, que fallaron en su contra. Según el conde Reding, se entregaron «cantidades respetables a valiosos colegas de Negrín merecedores de estas ayudas [sic], a abogados, funcionarios civiles, hombres de negocios y colegas políticos a fin de permitirles que pudieran establecerse en México o en otros lugares». Para todo este asunto véase Gabriel Jackson, *Negrín*, Ediciones B, Barcelona, 2004.

32. Amaro del Rosal, *El oro del Banco de España y la historia del Vita*, Grijalbo, México, 1976; Richards, *Un tiempo de silencio*; Jackson, *Negrín*; Tuñón, *Historia de España*, X; Francisco Olaya Morales, *El oro de Negrín*, Nossay J. Editores, Madrid, 1990.

33. Jackson, *Negrín*, p. 143.

34. *Ibidem*, p. 150.

35. Dreyfus-Armand, *El exilio...*, p. 141.

36. Allí escribió sus poemas más lúgubres: *Diario de Guerra*, UDE, México, 1944.

37. Susanna Tavera, *Federica Montseny. La indomable (1905-1994)*, Temas de Hoy, Madrid, 2005, p. 265.

38. Tuñón, ed., *Historia de España*, X.

39. Carlos Fonseca, *Trece rosas rojas*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.

40. Joan Estruch, *Historia oculta del PCE*, p. 169.

41. Gregorio Moran, *Grandeza y miseria del Partido Comunista de España*.

CAPÍTULO 38

1. Manuel Ros, *La guerra secreta de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002, p. XXIV.

2. Suárez, *Franco: la historia y sus documentos*, V, p. 87.

3. *Ibidem*.

4. Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo*, y Preston, *Franco*.

5. Preston, *Franco*, -py. 492-493.

6. Saña, *El franquismo sin mitos*, y Tuseü, *Dictadura franquista y democracia*.

7. Preston, *Franco*, pp. 524-525.

8. Heiberg, *Emperadores del Mediterráneo*.
9. Ros, *La guerra secreta de Franco*, pp. 146-152.
10. Ros, *La guerra secreta de Franco*, y Suárez, *Francisco Franco*.
11. Saña, *El franquismo sin mitos*, pp. 154 y ss.
12. Tuvo un índice de bajas aterrador: del 56 por 100. La División Azul costó a las arcas del Estado 613,5 millones de pesetas, aunque se llegó a un acuerdo con los alemanes para compensar las pérdidas de la Legión Cóndor en España (300 muertos) con las de la División Azul en Rusia. Para la División Azul véase Xavier Moreno Julia, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Crítica, Barcelona, 2005.

13. *La Vanguardia Española*, 18 de julio de 1941.

14. *Palabras del Caudillo*, abril de 1937-diciembre de 1942, p. 236.

15. Helmut Heiber, ed., *Hitler y sus generales*, Crítica, Barcelona, 2005, p. 398.

CAPÍTULO 39

1. Pierre Vilar, *La guerra civil española*, p. 176.

2. Como Jorge Semprún, miembro de la Resistencia, que sería ministro de Cultura en la España democrática. Deportado de septiembre de 1943 hasta abril de 1945, escribió 20 años después *El largo viaje* (Seix Barral, 1963). Hasta 50 años después no pudo ajustar cuentas con el horror de los campos en *La escritura o la vida* (Tusquets, 1995).

3. RGASPI, 495/120/236, p. 57.

4. A. V. Elpatievsky, *Ispanskaya emigratsiya y GSSR*, Moscú, 2002.

5. OMSBON, Orden del Comisario del Pueblo para Asuntos Internacionales, 1942, n.º 3498,16 de noviembre de 1942, Moscú. GARF, P-9401/9/896.

6. GARF 2306/1/5991, p. 7 y GARF 307/1/272, p. 27.

7. Una calle de Saint-Denis lleva su nombre.

8. *Reconquista de España*, Suplemento, 18 de julio de 1944.

9. Para los huidos véase Hartmut Heine, *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Xerais, Vigo, 1980; Heine, *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983; Secundino Serrano, *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Temas de Hoy, Madrid, 2001; y, sobre todo, Francisco Moreno Gómez, *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Crítica, Barcelona, 2002.

10. Moreno, *La resistencia armada...*, p. 26 y 243, y *El ocaso de la libertad* (en preparación).

11. Otros «topos» famosos fueron Saturnino de Lucas, alcalde de Mudoión; Eulogio de Vega, alcalde de Rueda; Paulino Rodríguez, alcalde de Sotrondio, o el alcalde de Mijas, Manuel Cortés, cuya historia fue admirablemente relatada por Ronald Fraser, en 1972: *In hiding. The Life of Manuel Cortés*, Alien Lañe, Londres. (Hay trad. esp.: *Escondido*, El Magnánim, Valencia, 1986.)

12. Véase, para todo esto, Moreno, *La resistencia armada...*, y *El ocaso de la libertad* (en preparación). Para la provincia de Huelva, véase Francisco Espinosa, *La guerra civil en Huelva*, Diputación Provincial, Huelva, 1996.

13. Daniel Arasa, *La invasión de los maquis*, Belacqua, Barcelona, 2004; Richards, *Un tiempo de silencio*; Serrano, *Maquis*; Francisco Moreno, *La resistencia armada*.

14. Serrano, *Maquis*, pp. 146-196.

15. *Ibidem*, 161.

16. Casanova, *Morir, matar, sobrevivir*, p. 227.

17. Véase Serrano, *Maquis*.

18. Como «trienio del terror» ha calificado Francisco Moreno a este período.

19. Moreno, *El ocaso de la libertad* (en preparación).

20. Las cifras oscilan entre las 5.548 que facilitaron los propios represores, las 6.000 de Secundino Serrano y las 7.000 que, como mínimo, calcula Francisco Moreno Gómez.

21. Moreno, *El ocaso de la libertad* (en preparación).

22. Heine, *La oposición política...*, p. 163.

CONCLUSIONES

1. BA-MA, RL 35/42.

2. BA-MA, RL 35/34.

3. RGVA, 33987/3/991, p. 68.

4. Gurney, *Crusade in Spain*, p. 175.

Bibliografía

Es un lugar común de todas las historias de la guerra civil española explicar la imposibilidad de recoger ni siquiera una densa selección de la inmensa bibliografía publicada en todo el mundo sobre la cuestión. Lo que se hará aquí es citar, bajo epígrafes referidos a los asuntos mayores, los libros clásicos que aún conservan alguna vigencia y los más importantes que se han publicado desde la muerte del general Franco en 1975, incluidos, claro está, los que se han manejado para la elaboración de esta obra.

HISTORIAS GENERALES O PARCIALES DE ESPAÑA

Carr, Raymond: *España 1808-1975*, Ariel, Barcelona, 1984.

Fusi, Juan Pablo y J. Palafox: *España 1808-1996. El desafío de la modernidad*, Espasa Calpe, Madrid, 1997

Jover, José M., G. Gómez-Ferrer y J. P. Fusi: *España. Sociedad, política y civilización (siglos XIX-XX)*, Debate, Madrid, 2000.

Julia, Santos, J. L. García Delgado, J. C. Jiménez, J. P. Fusi: *La España del siglo XX*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

Madariaga, Salvador de: *Spain*, Jonathan Cape, Londres, 1946.

Malerbe, Pierre, M. Tuñón de Lara, M. C. García Nieto y J.-C. Mainer Baque: *La crisis del Estado: Dictadura, República y guerra (1923-1939)*, vol. 9 de la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara, Labor, Barcelona, 1981.

Pérez, Joseph: *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1999.

Ramos Oliveira, Antonio: *Historia de España*, tres vols., Compañía General de Ediciones, México, 1943.

Tuñón de Lara, Manuel: *La España del siglo XX*, Librería Española, París, 1966. Tusell, Javier: *Historia de España en el siglo XX*, Madrid, 1999. *Dictadura franquista y democracia, 1939-2004*, vol. XIV de la *Historia de España* dirigida por John Lynch, Crítica, Barcelona, 2005. Vilar, Fierre: *Historia de España*, Crítica, Barcelona, 1978.

LA MONARQUÍA DE ALFONSO XIII Y LA SEGUNDA REPÚBLICA

Bachoud, André: *Los españoles ante las campañas de Marruecos*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.

Ben-Ami, Shlomo: *Los orígenes de la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1990.

Boyd, Carolyn R: *La política pretoriana en el reinado de Alfonso XIII*, Alianza, Madrid, 1990.

Brenan, Gerald: *El laberinto español. Antecedentes sociales y políticos de la guerra civil*, Ruedo Ibérico, París, 1962.

Buckley, Henry: *Vida y muerte de la República española*, Espasa, Madrid, 2004.

Cabrera, Mercedes: *La patronal ante la II República. Organizaciones y estrategia, 1931-1936*, Siglo XXI, Madrid, 1983.

Cabrera, Mercedes, ed.: *Con luz y taquígrafos*, Madrid, 1999.

Carnero, Teresa, ed.: *El reinado de Alfonso XIII, Ayer, 28*, Marcial Pons, Madrid, 1997.

Carrión, Pascual: *La reforma agraria de la Segunda República y la situación actual de la agricultura española*, Ariel, Barcelona, 1973.

Connelly Ullman, Joan: *La Semana Trágica*, Ariel, Barcelona, 1972.

Cruells, Manuel: *El sis d'Octubre a Catalunya*, Pòrtic, Barcelona, 1976.

Díaz del Moral, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1973.

García Delgado, José Luis: *Modernización económica en la España de Alfonso XIII*, Espasa Calpe, Madrid, 2002.

García Delgado, José Luis, ed.: *La II República española. El primer bienio*, Siglo XXI, Madrid, 1987. *La II República española. Bienio rectificador y Frente Popular, 1934-1936*, Siglo XXI, Madrid, 1988.

Gil Pecharromán, Julio: *Historia de la Segunda República Española (1931-1936)*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002.

Gómez Navarro, José Luis: *El régimen de Primo de Rivera*, Cátedra, Madrid, 1991.

González Calvet, María Teresa: *La dictadura de Primo de Rivera. El directorio militar*, El Arquero, Madrid, 1987.

González Cuevas, P. C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España, 1931-1936*, Tecnos, Madrid, 1998. Holguín, Sandie: *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Crítica, Barcelona, 2003 Jackson, Gabriel et al.: *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

Julia, Santos: *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1979. «El fracaso de la Segunda República», en *Revista de Occidente*, 7-8, Madrid, 1981. *Madrid 1931-1934. De la fiesta popular a la lucha de clases*, Siglo XXI, Madrid, 1984. «Política en la Segunda República», en *Ayer*, 20, Marcial Pons, Madrid, 1995.

Julia, Santos, ed.: «Fracaso de una insurrección y derrota de una huelga: los hechos de Octubre en Madrid», en *Estudios de Historia Social*, Madrid, 1984.

Escritos de la República: notas históricas de la guerra en España (1917-1940), Pablo Iglesias, Madrid, 1985.

Lacomba, Juan Antonio: *La crisis española de 1917*, Ciencia Nueva, Madrid, 1970.

Little, Douglas: *Malevolent Neutrality. The United States, Great Britain and the origins of the Spanish Civil War*, Cornell U. R, Ithaca, 1985.

Martínez Barrio, Diego: *Páginas para la historia del Frente Popular*, Ediciones Españolas, Madrid, 1937.

Martínez Cuadrado, Miguel: *Elecciones y partidos políticos en España, 1808-1931*, Taurus, Madrid, 1969.

Maura, Miguel: *Así cayó Alfonso XIII...*, Ariel, Barcelona, 1966.

Meaker, Gerald H.: *The Revolutionary Left in Spain, 1914-1923*, Stanford, 1974.

Mintz, Jerome R.: *Los anarquistas de Casas Viejas*, Diputación Provincial, Cádiz, 1994.

Palafox, Jordi: *Atraso económico y democracia. La Segunda República y la economía española, 1892-1936*, Crítica, Barcelona, 1991.

Payne, Stanley G.: *La primera democracia española. La Segunda República, 1931- 1936*, Paidós, Barcelona, 1995. *El colapso de la República*, La Esfera de los libros, Madrid, 2005.

Pérez Galán, Mariano: *La enseñanza en la Segunda República española*, Edicusa, Madrid, 1975.

Presión, Paul: *La destrucción de la democracia en España. Reforma, reacción y revolución en la Segunda República*, Turner, Madrid, 1978. *Las derechas españolas en el siglo XX: Autoritarismo, fascismo y golpismo*, Sistema, Madrid, 1986.

Requena Gallego, M.: *Los sucesos de Yeste*, Instituto de Estudios Albaceteños, Albacete, 1983.

Rivas, E: *El Frente Popular*, San Martín, Madrid, 1976.

Saz, Ismael: *Mussolini contra la Segunda República*, Alfons el Magnánim, Valencia, 1986.

Seco, Carlos: *Alfonso XIII y la crisis de la Restauración*, Ariel, Barcelona, 1969. Suárez, Manuel, ed.: *La restauración, entre el liberalismo y la democracia*, Alianza, Madrid, 1997.

Townson, Nigel: *The crisis of Democracy in Spain*, Sussex, Brighton, 2000. Townson, Nigel, ed.: *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza, Madrid, 1994.

Tuñón de Lara, Manuel: *La II República*, dos vols., Siglo XXI, Madrid, 1976. Tusell, Javier: *La Segunda República en Madrid. Elecciones y partidos políticos*, Tecnos, Madrid, 1970. *Las elecciones del Frente Popular en España*, dos vols., Edicusa, Madrid, 1971. Tusell, Javier y G. Queipo de Llano: *Los intelectuales y la República*, Nerea, Madrid, 1990. Urquijo, José Ramón: *Gobiernos y ministros españoles (1808-2000)*, CSIC, Madrid, 2001.

Vidarte, Juan-Simeón: *Las Cortes constituyentes de 1931 a 1933*, Grijalbo, Barcelona, 1976. *No queríamos al rey. Testimonio de un socialista español*, Grijalbo, Barcelona, 1977.

OBRAS DE CONJUNTO O DE SÍNTESIS SOBRE LA GUERRA CIVIL

- Abella, Rafael: *La vida cotidiana durante la guerra civil*, dos vols., Planeta, Barcelona, 2004.
- Aguilar Fernández, Paloma: *Memoria y olvido de la guerra civil*, Alianza, Madrid, 1996.
- Aróstegui, Julio, ed.: *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro de Castilla y León*, tres vols., Junta de Castilla y León, Valladolid, 1988.
- Asociación de Historia Contemporánea: *La guerra Civil, Ayer*, 50, Marcial Pons, Madrid, 2003.
- Azaña, Manuel: *Causas de la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1986.
- Bennassar, Bartolomé: *La guerre d'Espagne et ses lendemains*, Perrin, París, 2004.
- Blanco Escola, Carlos: *Falacias de la guerra civil. Un homenaje a la causa republicana*, Planeta, Barcelona, 2005.
- Bolloten, Burnett: *La Revolución española. Sus orígenes, la izquierda y la lucha por el poder durante la guerra civil, 1936-1939*, Grijalbo, Barcelona, 1980.
- Broué, Pierre y E. Témime : *La Révolution et la guerre d'Espagne*, Minuit, París, 1961.
- Bullón de Mendoza, y Alvaro de Diego: *Historias orales de la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 2000.
- Cabanellas, Guillermo: *La guerra de los mil días*, Grijalbo, Barcelona, 1973.
- Carr, Raymond, ed.: *Estudios sobre la República y la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1973.
- Cierva, R. de la: *Historia actualizada de la segunda república y la guerra civil 1931- 1939*, Fénix, Madrid, 2003.
- Fraser, Ronald: *Recuérdalo túy recuérdalo a otros. Historia oral de la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1979.
- Ibárruri, Dolores, ed.: *Guerra y revolución en España*, tres vols., Progreso, Moscú, 1971.
- Jackson, Gabriel: *La República española y la guerra civil*, Crítica, Barcelona, 1976. *Entre la reforma y la revolución, La República y la guerra civil 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1980.
- Julia, Santos, ed.: *Víctimas de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 1999.
- MacDougall, Ian, ed.: *Voces from the Spanish Civil War*, Polygon, Edimburgo, 1986.
- Moradiellos, Enrique: *1936. Los mitos de la guerra civil*, Península, Barcelona, 2004.
- Payne, Stanley G.: *La Revolución española*, Ariel, Barcelona, 1971.
- Prestan, Paul: *La guerra civil española*, Plaza y Janes, Barcelona, 2000.
- Ranzato, Gabriele: *L'eclissi della democrazia. La guerra civile spagnola e le sue origini, 1931-1939*, Bollati Boringhieri, Turín, 2004.
- Salas Larrazábal, Ramón: *Pérdidas de la guerra*, Planeta, Barcelona, 1972. *Los datos exactos de la guerra civil*, Rioduero, Madrid, 1985. *Historia general de la guerra de España*, Rialp, Madrid, 1986.
- Seidman, Michael: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2003.
- Southworth, Herbert R.: *El mito de la cruzada de Franco*, Ruedo Ibérico, París, 1973.
- Thomas, Hugh: *La guerra civil española*, dos vols., Grijalbo, Barcelona, 1976.
- Tuñón de Lara, Manuel: *La guerra civil 50 años después*, Labor, Barcelona, 1985.
- Tusell, Javier: *Vivir en guerra*, Sílex, Madrid, 2003.
- Vilar, Pierre: *La guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 1986.
- VV. AA.: *Crónica de la guerra española*, cinco vols., Codex, Buenos Aires, 1966.

MEMORIAS Y RECUERDOS POLÍTICOS Y DE GUERRA

- «Rogebý», Sixten (Sixten Olsson): *Spanska frontminnen*, Arbetarkultur, Estocolmo, 1938.
- Abad de Santillán, Diego: *Por que perdimos la guerra*, Imán, Buenos Aires, 1940. *Memorias, 1897-1936*, Planeta, Barcelona, 1977.
- Alcalá Zamora, Niceto: *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1998.
- Alexander, Bill: *British Volunteerfor Liberty. Spain 1936-1939*, Lawrence ScWishart, Londres, 1982.
- Alvarez del Vayo, Julio: *En la lucha (Memorias)*, Grijalbo, México, 1974. Araquistáin, Luis: *El comunismo y la guerra de España*, Carmaux, 1939. Atholl, Katherine, duquesa de: *Search light on Spain*, Penguin Books, Harmondsworth Middlesex, 1938.

Azaña, Manuel: *Apuntes de memoria*, Pre-Textos, Valencia, 1990. *Diarios completos. Monarquía, República, Guerra civil*, Crítica, Barcelona, 2000. *Discursos políticos*, Crítica, Barcelona, 2003, Azcárate, Pablo de: *Mi embajada en Londres durante la guerra civil española* Ariel, Barcelona, 1976.

Barca, Arturo, *La forja de un rebelde*, Debate, Madrid, 2000. Bernanos, Georges: *Les grandes émetieres sous la lune*, Gallimard, París, 1983. (Haytrad. cast.: *Los grandes cementerios bajo la luna*, Zig-Zag, Santiago de Chile, 1939.) Bessie, Alvah, *Men in Battle: A History of Americans in Spain*, Charles Scribner's Sons, Nueva York, 1939.

Bolín, Luis: *España. Los años vitales*, Espasa Calpe, Madrid, 1967. Borkenau, Franz: *The Spanish Cockpit. An Eye-Witness account of the Political and Social Conflicts of the Spanish Civil War*, The University of Michigan Press, Ann Arbor, 1963. (Hay trad. cast.: *El reñidero español*, Ruedo Ibérico, París, 1971.)

Bosch Gimpera, Pere: *Memories*, Edicions 62, Barcelona, 1980. Bowers, Claude, *Misión en España*, Grijalbo, Barcelona, 1977. Bullejos, José: *La Comintern en España. Recuerdos de mi vida*, México, 1972. Cambó, Francesc: *Memorias (1876-1936)*, Alianza, Madrid, 1987. Campbell, Roy: *Light on a Dark Horse: An Autobiography (1901-1935)*, Hollis Cárter, Londres, 1951.

Casado, Segismundo: *Así cayó Madrid*, Gaudiana, Madrid, 1968. Casares, María: *Residente privilegiée*, Fayard, París, 1980. (Hay trad. cast.: Argos-Vergara, Barcelona, 1981.) Castro Delgado, Enrique: *Hombres made in Moscú*, Luis de Caralt, Barcelona, 1965. Ciutat, Francisco: *Relatos y reflexiones de la guerra de España, 1936-1939*, Forma, Madrid, 1978.

Cordón, Antonio: *Trayectoria. Memorias de un militar republicano*, Crítica, Barcelona, 1977. Cowles, Virginia: *Lookingfor Trouble*, Hamish Hamilton, Londres, 1941.

Cunard, Nancy, ed.: «Authors Take Sides», en *LeftReviewiu*, Londres, 1937. Chalmers-Mitchell, Peter: *My House in Malaga*, Faber & Faber, Londres, 1938. Chapaprieta, Joaquín: *La paz fue posible*, Ariel, Barcelona, 1971. Churchill, Winston: *Step by Step, 1936-1939*, Thornton Butterworth, Londres, 1939. *Great Contemporaries*, Faber 8c Faber, Londres, 1947. De la Mora, Constanca: *Doble esplendor*, Crítica, Barcelona, 1977. Díaz, José: *Tres años de lucha*, Ebro, París, 1970.

Dos Passos, John: *JourneysBetween Wars*, Harcourt Brace, Nueva York, 1938. Edén, Anthony, conde de Avon: *The Edén Memoirs*, dos vols., Cassell, Londres, 1962 y 1965.

Franco Bahamonde, Francisco: *Apuntes personales sobre la República y la Guerra Civil*, Fundación Nacional Francisco Franco, Madrid, 1987.

Galland, Adolf: *Die Ersten und die Letzten. Jagdflieger im Zweiten Weltkrieg*. F. Schneckluth, Darmstadt, 1953.

García Oliver, Juan: *De julio a julio: Un año de lucha*. Número extraordinario de *Fragua Social*, Valencia, 19 de julio de 1937, Tierra y Libertad, Barcelona, 1937. *El eco de los pasos*, Ruedo Ibérico, París, 1978.

García Pradas, José: *La traición de Stalin: cómo terminó la guerra de España*, Ediciones de Cultura Proletaria, Nueva York, 1939. Gil Robles, José María: *No fue posible la paz*, Ariel, Barcelona, 1968. González, Valentín, «el Campesino»: *Listen Comrades*, Heinemann, Londres, 1952. *Mis memorias de la guerra*, Pueblo, Madrid, 1968.

Gorkín, Julián: *Caníbales políticos: Hitlery Stalin en España*, Quetzal, México, 1941. Gurney, Jason: *Crusade in Spain*, Faber, Londres, 1974. Hedilla, Manuel: *Testimonio de ManuelHedilla*, Acervo, Barcelona, 1972. Hemingway, Ernest: *The Spanish War*, Fací, Londres, 1938. Hernández, Jesús: *Yo fui ministro de Stalin*, América, México, 1953. Hidalgo de Cisneros, Ignacio: *Cambio de rumbo (memorias)* dos vols., Ebro, Bucarest, 1964.

Hosbawm, E. J. *Años interesantes*, Crítica, Barcelona, 2003.

Junod, Marcel: *Warrior without Weapons*, Macmillan, Nueva York, 1951.

Kaminski, H. E.: *Ceux de Barcelone*, París, 1937. (Hay trad. cast.: *Los de Barcelona*, Parsifal, Barcelona, 2002.)

Kemp, Peter : *Mine Were of Trouble*, Cassell & Company, Londres, 1957. Kindelán, Alfredo: *Mis cuadernos de guerra*, Planeta, Barcelona, 1982. Koestler, Arthur, *Spanish Testament*, Víctor Gollancz, Londres, 1937. Koltsov, Mijail: *Diario de la guerra de España*, Ruedo Ibérico, París, 1963. Kuznetsov, Nikolai G.: *Bajo la bandera de la España republicana*, Progreso, Moscú, 1967.

Langdon-Davies, John: *Behind Spanish Barricades*, Secker & Warburg, Londres, 1936. (Hay trad. cast.: *Detrás de las barricadas españolas*, Letras, Santiago de Chile, 1937.) Largo Caballero, Francisco: *Mis recuerdos (Cartas a un amigo)*, Ediciones Unidas, México, 1976.

Líster, Enrique: *Memorias de un luchador*, G. Del Toro, Madrid, 1977. Malraux, André: *L'Espoir*, Gallimard, París, 1939. (Hay trad. cast.: *La esperanza*, Edhasa, Barcelona, 1978.) Martín Blázquez, J.: *I Helped to Build an Army*, Secker and Warburg, Londres, 1939.

Martínez Barrio, Diego, *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1983. Matthews, Herbert: *The Education of a Correspondent*, Harcourt, Nueva York, 1946. Mera, Cipriano: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, Ruedo Ibérico, París, 1976. Modesto, Juan: *Soy del Quinto Regimiento (notas de la guerra española)*, Librairie du Globe, París, 1969.

Mola, Emilio: *Obras completas*, Santarén, Valladolid, 1940. Montagut, Lluís: *Yo fui soldado de la República, 1936-1945*, Inédita, Barcelona, 2003. Nicholson, Harold: *Diaries and Letters 1930-1939*, tres vols., Atheneum, Nueva York, 1966-1968.

Orlov, Aleksandr: *Tainaya istoriya stalinskikh prestupleny*, San Petersburgo, 1981.

Orwell, George: *Collected Essays, Journalism and Letters*, Secker oc Warburg, Londres, 1968. *Homenaje a Cataluña*, Ariel, Barcelona, 1970.

Peiró, Joan: *Perilla la reraguarda*, Edicions Llibertat, Mataré, 1936.

Pérez López, E.: *Guerrilla Diary of the Spanish Civil War*, Deutsch, Londres, 1972.

Pi Sunyer, Caries: *La República y la Guerra. Memorias de un político catalán*, Oasis, México, 1975.

Plenn, Abel: *Wind in the Olive Trees: Spain from the inside*, Nueva York, 1946.

Prieto, Indalecio: *Convulsiones de España*, tres vols., Oasis, México, 1967-1969. *Discursos fundamentales*, Turner, Madrid, 1976. *Cómo y por qué salí del Ministerio de Defensa Nacional: intrigas de los rusos en España*, Planeta, Barcelona, 1989.

Primo de Rivera, José Antonio: *Obras completas*, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1976.

Regler, Gustav: *The Great Crusade*, Longmans, Green and Co., Nueva York, 1940. *The Owl of Minerva: the autobiography*, Rupert Hart-Davis, Londres, 1959. Ridruejo, Dionisio: *Escrito en España*, Losada, Buenos Aires, 1964. *Casi unas memorias*, Planeta, Barcelona, 1976.

Rodimtsev, Aleksadr Ilyich, *Dobrovoltsy-internatsionalisty*, Sverdlovsk, 1976.

Romilly, Esmond: *Boadilla*, Hamish Hamilton, Londres, 1937.

Rosado, Antonio: *Tierra y libertad. Memorias de un campesino anarcosindicalista andaluz*, Crítica, Barcelona, 1979.

Sáinz Rodríguez, Pedro: *Testimonio y recuerdos*, Planeta, Barcelona, 1978.

Segala, Renzo: *Trincee di Spagna*, Fratelli Treves, Milán, 1938.

Serge, Víctor: *Memoirs of Revolutionary*, Oxford University Press, Oxford, 1967.

Serrano Súñer, Ramón: *Entre Hendayay Gibraltar*, Nauta, Barcelona, 1973. *Entre el silencio y la propaganda. La historia como fue*, Planeta, Barcelona, 1977. *Memorias*, Planeta, Barcelona, 1977.

Sommerfield, John: *Volunteer in Spain*, Lawrence ScWishart, Londres, 1937.

Steer, G.: *The Tree of Gernika*, Hodder & Stoughton, Londres, 1938.

Suero, Luciano: *Memorias de un campesino andaluz en la revolución española*, Queimada, Madrid, 1982.

Tarancón, Vicente Enrique: *Recuerdos de juventud*, Grijalbo, Barcelona, 1984.

Vidarte, Juan-Simeón: *Todos fuimos culpables. Testimonio de un socialista español*, Grijalbo, Barcelona, 1978.

Whitaker, John: *We cannot escape History*, Macmillan, Nueva York, 1943.

Wintringham, torn: *English Captain*, Faber & Faber, Londres, 1939.

Zugazagoitia, Julián: *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Crítica, Barcelona, 1977.

BIOGRAFÍAS Y SEMBLANZAS

Alvarez, Santiago: *Negrín, personalidad histórica*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1994.

Bachoud, André: *Franco*, Crítica, Barcelona, 2000.

Bahamonde, Antonio: *Un año con Queipa. Memorias de un nacionalista*, Ediciones Españolas, Barcelona, 1938.

Blanco Escola, Carlos: *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000. *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Planeta, Barcelona, 2003.

Bonamusa, Frúncese: *Andreu Niny el movimiento comunista en España, 1930-1937*, Anagrama, Barcelona, 1977.

Cruz, R.: *Pasionaria. Dolores Ibárruri, historia y símbolo*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1999.

Enzensberger, Hans Magnus: *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Buenaventura Durruti*, Grijalbo, Barcelona, 1977.

Esteban Infantes, Emilio: *General Sanjurjo*, AHR, Barcelona, 1957.

Fernández, Carlos: *El general Franco. Un dictador en un tiempo de infamia*, Crítica, Barcelona, 2005.

Franco Salgado-Araujo, Francisco: *Mis conversaciones privadas con Franco*, Planeta, Barcelona, 1976.

Fusi, Juan Pablo: *Franco: autoritarismo y poder personal*, El País, Madrid, 1985. Garriga, Ramón: *El general Yagüe*, Planeta, Barcelona, 1985. Gibson, Ian: *Granada en 1936 y el asesinato de Federico García Larca*, Crítica, Barcelona, 1979. *En busca de José Antonio*, Planeta, Barcelona, 1980. *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Argos Vergara, Barcelona, 1982. *Queipa de Llano. Sevilla, verano de 1936*, Grijalbo, Barcelona, 1986. *Federico García Lona*, dos vols., Crítica, Barcelona, 1998. Gil Pecharromán, José Antonio Primo de Rivera. *Retrato de un visionario*, Temas de Hoy, Madrid, 1996.

Iribarren, J. M.: *El general Mola*, Buyón, Madrid, 1963. Jackson, Gabriel y V. Alba.: *Juan Negrín*, Ediciones B, Barcelona, 2004. Julia, Santos: *Manuel Azaña: una biografía política: del Ateneo al Palacio Nacional*, Alianza, Madrid, 1990.

Maíz, Félix: *Mola, aquel hombre*, Planeta, Barcelona, 1976. Marinas, Francisco Javier: *General Várela*, AHR, Barcelona, 1956. Merino, Ignacio: *Serrano Súñer. Conciencia y poder*, Algaba, Madrid, 2004. Millán Astray, José: *Franco, el Caudillo*, Quero y Simón, Salamanca, 1939. Miralles, Ricardo: *Juan Negrín. La República en guerra*, Temas de Hoy, Madrid, 2003

Nothomb, Paul: *Malraux en España*, Edhasa, Barcelona, 2001.

Ossorio, Ángel: *Vida y sacrificio de Companys*, Losada, Buenos Aires, 1943.

Paz, Abel: *Durruti en la revolución española*, Fundación Anselmo Lorenzo, Madrid, 1996.

Preston, Paul: *Franco, caudillo de España*, Grijalbo, Barcelona, 1994. *Las tres Españas del 36*, Plaza y Janes, Barcelona, 1998

Quevedo A.: *Queipa de Llano. Gloria e infortunio de un general*, Planeta, Barcelona, 2001.

Rager, Hilari: *El general Batet*, Península, Barcelona, 1996. Rivas Cherif, Cipriano: *Retrato de un desconocido. Vida de Manuel Azaña*, Grijalbo, Barcelona, 1980.

Saborit, Andrés: *Julián Besteiro*, Losada, Buenos Aires, 1967.

Salcedo, Emilio: *Vida de Don Miguel*, Anaya, Salamanca, 1964.

Southworth, Herbert R.: *El lavado de cerebro de Francisco Franco*, Crítica, Barcelona, 2000.

Suárez, Luis: *Franco: la historia y sus documentos*, veinte vols., Urbión, Madrid, 1986. *Franco*, Ariel, Barcelona, 2005.

Tavera, Susanna: *Federica Montseny. La indomable (1905-1994)*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.

Tusen, Javier: *Franco en la guerra civil. Una biografía política*, Tusquets, Barcelona, 1992.

Valdesdto, Fernando de (seudónimo): *Francisco Franco*, Afrodísio Aguado, Madrid, 1943.

Vázquez Montalbán, Manuel: *Pasionaria y los siete enanitos*, Planeta, Barcelona, 1995.

Vigón, Jorge: *General Mola*, AHR, Barcelona, 1957

HISTORIA POLÍTICA, PARTIDOS, ORGANIZACIONES Y SINDICATOS

Akin, Mohammad Ibn A.: *La actitud de los moros ante el Alzamiento*, Algazara, 1997.

Alba, Víctor: *Histoire du POUM. Le marxisme en Espagne (1919-1939)*, Champ Libre, París, 1975.

«Alfredo», véase Togliatti, Palmiro.

Aróstegui, Julio, ed.: «Violencia y política en España», en *Ayer*, 13, Marcial Pons, Madrid, 1994.

Aróstegui, Julio y J. A. Martínez: *La Junta de Defensa de Madrid*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1984.

Bahamonde, Ángel y J. Cervera: *Así terminó la guerra de España*, Marcial Pons, Madrid, 1999.

Bernecker, Walter L.: *Colectividades y revolución social. El anarquismo en la guerra civil española, 1936-1939*, Crítica, Barcelona, 1983.

Blinkhorn, Martín: *Carlismo y contrarrevolución en España, 1931-1939*, Crítica, Barcelona, 1979.

Borras, José: *Aragón en la revolución española*, Viguera, Barcelona, 1983.

Bosch, Aurora: *Ugetistas y libertarios. Guerra civil y revolución en el País Valenciano*, Diputació de Valencia, Valencia, 1983.

Brademas, José: *Anarcosindicalismo y revolución en España*, Ariel, Barcelona, 1974.

Busquets, Julio y J. C. Losada: *Ruido de sables. Las conspiraciones militares en la España del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2003.

Casanova, Julián: *Anarquismo y revolución social en la sociedad rural aragonesa (1936-1938)*, Siglo XXI, Madrid, 1985. *De la calle al frente. El anarcosindicalismo en España (1931-1939)*, Crítica, Barcelona, 1997.

Castro, Luis: *Burgos durante la guerra* (en redacción).

Catteü, David T: *Communism and the Spanish Civil War*, Russell Se Russell, Nueva York, 1965.

Cervera, Javier: *Madrid en guerra. La ciudad clandestina 1936-1939*, Alianza, Madrid, 1998.

Connolly, Cyril: *The Golden Horizon*, Weidenfeld & Nicolson, Londres, 1953. Cruells, Manuel: *Els fets de maig. Barcelona, 1937*, Juventud, Barcelona, 1970. Cruz, Rafael: *El Partido Comunista de España en la Segunda República*, Alianza, Madrid, 1987. Chaves, Julián: *La guerra civil en Extremadura*, Editora Regional de Extremadura, Badajoz, 1997.

Chomsky, Noam: *American Power and the New Mandarins*, Pantheon Books, Nueva York, 1969.

Elorza, Antonio y M. Bizcarrondo: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España*, Planeta, Barcelona, 1999.

Ellwood, Sheelagh: *Prietas las filas. Historia de Falange Española, 1933-1983*, Crítica, Barcelona, 1984.

Espinosa, Francisco: *La guerra civil en Huelva*, Diputación Provincial, Huelva, 1996. *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003. *La justicia de Queipa*, Crítica, Barcelona, 2005.

Estruch, Joan: *Historia oculta del PCE*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

Franco Bahamonde, Francisco: *Palabras de Franco. I año triunfal*, Editora Nacional, Bilbao, 1937. *Palabras del Caudillo. 19 de abril 1937-7 de diciembre 1942*, Vicesecretaría de Educación Popular, Madrid, 1943.

Gibson, Ian: *Paracuellos: cómo fue*, Argos Vergara, Barcelona, 1983. Gil Andrés, Carlos: *Lejos del frente. Guerra civil y violencia política en La Rioja 1933-1945* (en redacción). Godicheau, Francois: «La légende noire du Service d'Information Militaire de la République dans la guerre civile espagnole, et l'idée de controle politique», en *Le Mouvement Social*, París, 2002.

González, Miguel: «La conjura del 36 contada por Franco», *El País*, Madrid, 2001. Graham, Helen: *Socialism and War. The Spanish Socialist Party in Power and Crisis (1936-1939)*, Cambridge U. P., Cambridge, 1991. «Against the State: the genealogy of the Barcelona May Days (1937)», en *European History Quarterly*, vol. 29,4,1999. *The Spanish Republic at War (1936-1939)*, Cambridge U. P., Cambridge, 2002. Guerin, Daniel: *L'Anarchisme*, Gallimard, París, 1965.

Guzmán, Eduardo de: *Madrid rojo y negro*, Tierra y Libertad, Barcelona, 1938. Helsey, G.: *Anarcosindicalismo y estado en Aragón, 1930-1938*, ESS, Madrid, 1994. Higuera, A. G. de la y L. Molina: *Historia de la revolución española*, Cerón, Cádiz, 1940.

Jensen, Geoffrey: *Irrational Triumph. Cultural Despair, Mihtary Nationahsm and the Ideológica/ Origins of Francos Spain*, University of Nevada Press, Reno, 2002.

Julia, Santos: *La izquierda delPSOE (1935-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1977. *Orígenes del Frente Popular en España (1934-1936)*, Siglo XXI, Madrid, 1979. *Historia del socialismo español (1931-1939)*, Conjunto editorial, Barcelona, 1989.

Keegan, John: *El rostro de la batalla*, Servicio de Publicaciones, EM del Ejército, Madrid, 1990.

Langdon-Davies, John: *La Setmana Trágica de 1937: Elsfets de maig*, Edicions 62, Barcelona, 1987.

Leval, Gastón: *Collectives in the Spanish Revolution*, Freedom Press, Londres, 1975.

Lorenzo, César M.: *Les anarchistes espagnols et lepouvoir, 1868-1969*, Le Seuil, París, 1969. (Hay trad. cast.: *Los anarquistas españoles y el poder*, Ruedo Ibérico, París, 1972.)

Manzanera, Elias: *Documento histórico. La columna de hierro*, s. ed., Barcelona, 1981. Martín Jiménez, Ignacio: *La guerra civil en Valladolid (1936-1939)*, Ámbito, Valladolid, 2000.

Martín Ramos, Josep Lluís: *Els orígens del Partit Socialista Unificat de Catalunya (1930-1936)*, Curial, Barcelona, 1977.

Maurice, Jacques: *El anarquismo andaluz. Campesinos y sindicalistas, 1868-1936*, Crítica, Barcelona, 1990.

McDermott y J. Agnew: *The Comintern*, St. Martin Press, Nueva York, 1997.

Mínev, Stoyán («Stepánov»), *Las causas de la derrota de la República española*, Miraguano, Madrid, 2003.

Mintz, Frank: *LAutogestion dans l'Espagne révolutionnaire*, Bélibaste, París, 1970. (Hay trad. cast.: *La autogestión en la España revolucionaria*, La Piqueta, Madrid, 1977.)

Montero, José R.: *La CEDA. El catolicismo social y político en la Segunda República*, dos vols., Revista de Trabajo, Madrid, 1977.

Moran, Gregorio: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Planeta, Barcelona, 1986.

Morodo, Raúl: *Orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Alianza, Madrid, 1985.

Nadal Sánchez, A.: *Guerra civil en Málaga*, Arguval, Málaga, 1984.

Nash, Mary: *Mujeres Libres: España 1936-1939*, Tusquets, Barcelona, 1975.

Nerín, Gustau: *La guerra que vino de África*, Crítica, Barcelona, 2005.

Neves, Mario: *A chacina de Badajoz*, O Jornal, Lisboa, 1985.

Nin, Andreu: *Los problemas de la Revolución española*, Ruedo Ibérico, París, 1971.

Pagés, Pelai: *El movimiento trotskista en España 1930-1935*, Península, Barcelona, 1977.

Palomares, Jesús M.: *La guerra civil en Falencia. La eliminación de los contrarios*, Cálamo, Falencia, 2002.

Panlagua, Xavier: *La sociedad libertaria. Agrarismo e industrialización en el anarquismo español, 1930-1939*, Crítica, Barcelona, 1982. Payne, Stanley G.: *Falange. Historia del fascismo español*, Ruedo Ibérico, París, 1965. Peirats, José: *La CNT en la revolución española*, tres vols., Ruedo Ibérico, París, 1971.

Reig Tapia, Alberto: *Idelogía e historia: sobre la represión franquista y la guerra civil*, Akal, Madrid, 1986. *Memoria de la guerra civil. Los mitos de la tribu*, Alianza, Madrid, 1999.

Romero, Luis: *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 1967. *El final de la guerra*, Ariel, Barcelona, 1976.

Sánchez Recio, Glicerio: *Guerra civil y franquismo en Alicante*, Instituto Juan GilAlbert, Alicante, 1990. *Justicia y guerra en España: los tribunales populares (1936-1939)*, Instituto Juan Gil-Albert, Alicante, 1991.

Solano, Fernando: *La tragedia del Norte*, Tierra y Libertad, Barcelona, 1938.

Soria, Georges: *Trotskyism in the Service of Franco: Facis and Documents on the Activities of the POUM*, Lawrence and Wishart, Londres, 1938.

Souchy, Augustin, *Die Soziale Revolution in Spanien*, Karin Kramer, Berlín, 1974.

Southworth, Herbert R.: *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia propaganda e historia*, Ruedo Ibérico, París, 1977.

«Stepánov», véase Mínev, Stoyán.

Tavera, Susana: «La historia del anarquismo español: una encrucijada interpretativa», en *Ayer*, 45, Marcial Pons, Madrid, 2002.

Thomás, J. M.: *Lo que fue la Falange*, Plaza yjanés, Barcelona, 1999.

Togliatti, Palmiro: *Escritos sobre la guerra de España*, Crítica, Barcelona, 1980.

Tusell, Javier: *Historia de la democracia cristiana en España*, dos vols., Edicusa, Madrid, 1974.

Ucelay da Cal, Enric: «Ideas preconcebidas y estereotipos en las interpretaciones en la guerra civil española: el dorso de la solidaridad», en *Historia Social*, 6, 1990.

Vega Sombría, Santiago, *De la esperanza a la persecución, La represión franquista en la provincia de Segovia, 1936-1939*, Crítica, Barcelona, 2005.

Vega, Eulalia: *Entre revolució i reforma: la CNT a Catalunya (1930-1936)*, Pagés, Lérida, 2004.

Villarroya i Font, Joan: *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil (1936-1939)*, Serra d'Or, Barcelona, 1981.

FUERZAS ARMADAS, CAMPAÑAS MILITARES Y HECHOS DE GUERRA

Alpert, Michael: *El ejército republicano en la guerra civil*, Ruedo Ibérico, París, 1977. *La reforma militar de Azaña: 1931-1933*, Siglo XXI, Madrid, 1982. *La guerra civil española en el mar*, Siglo XXI, Madrid, 1987.

Aznar, Manuel: *Historia militar de la guerra de España*, Idea, Madrid, 1940.

Blanco Escola, Carlos: *La incompetencia militar de Franco*, Alianza, Madrid, 2000. *Vicente Rojo, el general que humilló a Franco*, Planeta, Barcelona, 2003.

Busquets, Julio: *El militar de carrera en España*, Ariel, Barcelona, 1967.

Busquets, J. y C. Losada: *Ruido de sables*, Crítica, Barcelona, 2003.

Cabrera Castillo, F.: *Del Ebro a Gadesa. La batalla delEbro*, Almena, Madrid, 2002.

Cardona, Gabriel: *El poder militar en la España contemporánea hasta la guerra civil*, Siglo XXI, Madrid, 1983. *El gigante descalzo. El ejército de Franco*, Aguilar, Madrid, 2003. Cardona, Gabriel y J. C. Losada: *Aunque me tires el puente*, Aguilar, Madrid, 2004. Casado, Segismundo: *The Last Days of Madrid*, Peter Davies, Londres, 1939. *Así cayóMadrid*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1968. Colodny, Robert G.: *El asedio de Madrid*, Ruedo Ibérico, París, 1970. Corral, Pedro: *Si me quieres escribir. Gloria y castigo de la 84a Brigada Mixta del Ejército Popular*, Debate, Barcelona, 2004.

Cox, Geoffrey: *The Defense of Madrid*, Gollancz, Londres, 1937. De la Granja, J. L. y C. Garitaonaindía, eds.: *Gernika: 50 años después (1937-1987)*, UPV, Lejona, 1987. Espinosa, Francisco: *La columna de la muerte. El avance del ejército franquista de Sevilla a Badajoz*, Crítica, Barcelona, 2003.

Ferrerons, R. y A. Gascón: *Huesca: La bolsa de Bielsa*, Diputación de Huesca, Huesca, 1991.

Figueres, J. M., ed. *Madrid en guerra. Crónica de la batalla de Madrid, 1936-1939*, Destino, Barcelona, 2004.

Gárate Córdoba, José M.: *Alféreces provisionales*, San Martín, Madrid, 1976.

García Valiño, Rafael: *Guerra de liberación española (1938-1939). Campañas de Aragón y Maestrazgo. Batalla de Teruel. Batalla delEbro*, Imprenta Biosca, Madrid, 1949.

Graham, Frank: *The Battle of Jarama 1937*, Frank Graham, Newcastle, 1987. Henríquez Caubín, Julián: *La batalla delEbro*, Una y García, México, 1966. Herreros, Isabelo: *El Alcázar de Toledo. Mitología de la cruzada de Franco*, Vosa, Madrid, 1995.

Lojendio, Luis Ma. de: *Operaciones militares de la guerra de España*, Montaner y Simón, Barcelona, 1940.

Maldonado, José María: *Alcañiz, 1938. El bombardeo olvidado*, Biblioteca Aragonesa de Cultura, Zaragoza, 2003.

Martínez Bande, J. M.: *La ofensiva sobre Segovia y la batalla de Brúñete*, San Martín, Madrid, 1972. *Los cien últimos días de la República*, Luis de Caralt, Barcelona, 1973.

Martínez Reverte, Jorge: *La batalla del Ebro*, Crítica, Barcelona, 2003. *La batalla de Madrid*, Crítica, Barcelona, 2004.

Mezquida Gene, Lluís M.: *La batalla del Ebro*, Diputación de Tarragona, Tarragona, 2001.

Quintanilla, Luis: *Los rehenes del Alcázar de Toledo*, Ruedo Ibérico, París, 1967.

Rojo, Vicente: *¡Alerta los pueblos!*, Ariel, Barcelona, 1974. *España heroica*, Ariel, Barcelona, 1975. *Así fue la defensa de Madrid*, Comunidad de Madrid, Madrid, 1987. *Elementos del arte de la guerra*, Ministerio de Defensa, Madrid, 1988.

Romero, Luis: *Desastre en Cartagena*, Ariel, Barcelona, 1971. *El final de la guerra*, Ariel, Barcelona, 1976. *Tres días de julio*, Ariel, Barcelona, 1967.

Salas Larrazábal, Jesús: *La guerra de España desde el aire. Dos ejércitos y sus cazas frente a frente*, Ariel, Barcelona, 1970.

Salas Larrazábal, Ramón: *Historia del Ejército Popular de la República*, Editora Nacional, Madrid, 1973.

Servicio Histórico Militar: *La marcha sobre Madrid*, San Martín, Madrid, 1968. *La lucha en torno a Madrid*, San Martín, Madrid, 1968. *La guerra en el norte*, San Martín, Madrid, 1969. *La batalla del Ebro*, San Martín, Madrid, 1978.

Solé Sabaté, J. M. y Joan Villarroya: *España en llamas. La guerra civil desde el aire*, Temas de Hoy, Madrid, 2003.

Southworth, Herbert R.: *La destrucción de Guernica*, Ruedo Ibérico, París, 1975.

Thomas, Cordón y M. M. Witts: *The Day Guernica Died*, Hodder & Stoughton, Londres, 1975.

Torres, Estanislau: *La batalla de l'Ebre i la caiguda de Barcelona*, Pagés, Lérida, 1999.

Woolsey, G.: *Málaga en llamas*, Temas de Hoy, Madrid, 1998.

LA INTERNACIONALIZACIÓN DE LA GUERRA CIVIL

Atkin, Nicholas y F. Tallett: *Priests, Prelates and People*, I. B. Tauris, Londres, 2003.

Balfour, S. y P. Presten: *España y las grandes potencias en el siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002.

Bañe, Ivo, ed.: *The Diary of George Dimitrov, 1933-1949*, Yale University Press, New Haven, 2003.

Berdah, Jean-Francois: *La democracia asesinada: España, 1931-1939. La República española y las grandes potencias*, Crítica, Barcelona, 2002. Capponi, N.: *legionari rossi. Le Erigate Internazionali nella Guerra civile spagnola (1936-1939)*, Cittá Nuova, Roma, 2000. Carroll, Peter N., *The Odyssey of the Abraham Lincoln Brigade: Americans in the Spanish Civil War*, Stanford U. R, Stanfbrd, 1998. Castells, Andreu: *Las Brigadas Internacionales en la guerra de España*, Ariel, Barcelona, 1974.

Ciano, Galeazzo: *Diarios, 1937-1943*, Crítica, Barcelona, 2004. Commissariat XV Brigade: *Book of XV International Brigade*, Graham, Newcastle, 1975.

Coverdale, John E: *La intervención italiana en la Guerra civil española*, Alianza, Madrid, 1979.

De Felice, Renzo: *Mussolini il duce*, dos vols., Einaudi, Turín, 1974-1981. Delperrie de Bayac, Jacques, *Les Brigades internationales*, Fayard, París, 1968. DGFP (*Documents on Germán Foreign Policy*) 1918-1945, Londres, 1951. *Documents of British Foreign Policy, 1919-1939*, HMSO, Londres, 1951. Esch, P. Van der: *Prelude to War: The International Repercussions of the Spanish Civil*, Martinus Nijhoff, La Haya, 1951.

Felice, Renzo de: *Mussolini il duce*, dos vols., Einaudi, Turín, 1974 y 1981. Foltz, Charles: *Masquerade in Spain*, Houghton Mifflin, Boston, 1948. Gillain, Nick: *El mercenario. Diario de un combatiente rojo*, Tánger, Tánger, 1939. Goloviznin, Mark: «Dnevnik sovetskogo generalnogo konsula y Barselone», en *Tetradí rabochego dvizheniya*. Daidzhest. Vypusk 1, Moscú, 1991. Heiber, Helmut, ed.: *Hitler y sus*

generales, Crítica, Barcelona, 2004. Heiberg, Morten: *Emperadores del Mediterráneo. Franco, Mussolini y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2003.

Heiberg, Morten y Mogens Pelt, *Los negocios de la guerra. Armas nazis para la República española*, Crítica, Barcelona, 2005.

Howson, Gerald, *Armas para España*, Península, Barcelona, 2000. Hubbard, J. R.: «How Franco financed his War», en *Journal of Modern History*, Chicago, 1953. *Internáisbrigada*, Moscú, 1937.

Jones, Thomas: (1931-1950), OUP, Oxford, 1954. Kowalsky, Daniel: *La Unión Soviética y la guerra civil española*, Crítica, Barcelona, 2003. Krivosheev, G. E, ed.: *Rossiya*, Moscú, 2001.

Lefebvre, Michel y R. Skoutelsky: *Las Brigadas Internacionales. Imágenes recuperadas*, Lunweg, Barcelona, 2003.

Madariaga, María Rosa de: *Los moros que trajo Franco*, Martínez Roca, Madrid, 2002.

Mallett, Robert: *Mussolini and the origins of the Second World War, 1933-1940*, Palgrave, Londres, 2003.

Martín Aceña, Pablo: *El oro de Moscú y el oro de Berlín*, Taurus, Madrid, 2001.

Moradiellos, Enrique: *Neutralidad benévola: el gobierno británico y la insurrección militar española de 1936*, Pentalfa, Oviedo, 1990. *La perfidia deAlbión. El gobierno británico y la guerra civil española*, Siglo XXI, Madrid, 1996. *El reñidero de Europa. Las dimensiones internacionales de la guerra civil española*, Península, Barcelona, 2001.

Ojeda Revah, Mario: *México y la guerra civil española*, Turner, Madrid, 2005.

Payne, Stanley G.: *Unión Soviética, comunismo y revolución en España (1931-1939)*, Plaza y Janes, Barcelona, 2003.

Pettifer, James, ed.: *Cockburn in Spain: Despatches from the Spanish Civil War*, Lawrence ScWishart, Londres, 1986.

Pike, D. W.: *Les raneáis et la guerre d'Espagne*, Presses Universitaires de France, París, 1975.

Presten, Paul: *La república asediada. Hostilidad internacional y conflictos internos durante la guerra civil*, Península, Barcelona, 1999.

Radosh, Ronald, M. R. Habeck y G. Sevostianov: *España traicionada. Stalin y la guerra civil*, Planeta, Barcelona, 2002.

Razvedka i kontrrazvedka v litsakh, Moscú, 2002.

Requena, Manuel y R. M. Sepúlveda: *Las Brigadas internacionales. El contexto internacional, los medios de propaganda, literatura y memorias*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 2003.

Rolfe, Edwin: *The Lincoln Battalion: The Síory of the Americans Who Fought in the International Brigades*, Veterans of the Abraham Lincoln Brigade, Nueva York, 1939.

Rosas, Fernando, ed.: *Portugal e a guerra civil de Espanha*, Colibrí, Lisboa, 1996.

Rovighi, A. y F. Stefani: *Lapartecipazione italiana alia guerra avile spagnola*, Estado Mayor del Ejército, Roma, 1993.

Schwartz, Fernando: *La internacionalización de la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 1972.

Skoutelski, Rémi: *L'Espoir guidait leurpas. Les volontairesfrançais dans les Brigades Internationales, 1936-1939*, Grasset, París, 1998.

Stafford, David: *Churchill and Secret Service*, Murray, Londres, 1997.

Trevor-Roper, H., ed.: *Las conversaciones privadas de Hitler*, Crítica, Barcelona, 2004.

US Senate: *Report on Scope of Soviet Activity*, Washington, 1954.

Vetrov, A.: *Voluntery svobody*, Voennoe izdat, Moscú, 1972.

Viñas, Ángel: *Guerra, dinero, dictadura. Ayuda fascista y autarquía en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1974. *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Alianza, Madrid, 1977. *El oro de Moscú*, Grijalbo, Barcelona, 1979. *Franco, Hitler y el estallido de la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2001. Viñas, Ángel y C. Collado Seidel: «Francos Request to the Third Reich for Military Assistance», en *Contemporary European History*, CUP, Cambridge, 2002.

ASPECTOS ECONÓMICOS Y SOCIALES

Abella, Rafael: *La vida cotidiana durante la guerra civil*, dos vols., Planeta, Barcelona, 2004.

Alted, Alicia: «Los niños de la guerra civil», en *Anales de Historia Contemporánea*, 2003.

Bárdela, Carlos, ed.: *Autarquía y mercado negro*, Crítica, Barcelona, 2003.

Bernal, Antonio Miguel: *Economía e historia de los latifundios*, Espasa Calpe, Madrid, 1988.

Bricall, Josep María: *La política económica de la Generalitat (1936-1939)*, dos vols., Edicions 62, Barcelona, 1979.

Cabrera, Mercedes y F. Del Rey: *El poder de los empresarios. Política e intereses económicos en la España contemporánea, 1875-2000*, Taurus, Madrid, 2002.

Callaban, William J.: *La Iglesia católica en España, 1875-2002*, Crítica, Barcelona 2002.

Cárcel Ortí, Vicente: *La gran persecución. España 1936-1939*, Planeta, Barcelona, 2001. *Breve historia de la Iglesia en España*, Planeta, Barcelona, 2003. Carreras, Albert y X. Tafunell: *Historia económica de la España contemporánea*, Crítica, Barcelona, 2004. Carrión, Pascual: *La reforma agraria de la segunda república y la situación actual de la agricultura española*, Ariel, Barcelona, 1973. Casanova, Julián: *La Iglesia de Franco*, Crítica, Barcelona, 2005. Comín, Francisco, M. Hernández y E. Llopis, eds.: *Historia económica de España*, Crítica, Barcelona, 2002. Comín, Francisco: *Historia de la Hacienda pública. E España (1808-1995)*, Crítica, Barcelona, 1997. Díaz del Moral, Juan: *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*, Alianza, Madrid, 1967. Fontana, Josep y Jordi Nadal: *España 1914-1970*, en C. M. Cipolla, ed.: *Historia económica de Europa*, vol. 6, Ariel, Barcelona, 1980.

García Delgado, José Luis: «Modernización económica y democracia en España. Una recapitulación», en *Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas*, n. 81,1.1, Madrid, 2004.

Germán, L., E. Llopis, J. Maluquer de Motes, y S. Zapata: *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001. Malefakis, Edward: *Reforma agraria y revolución campesina en la España del siglo XX*, Ariel, Barcelona, 1971. Molinero, C. y P. Ysás: *Nivell de vida i condicions de treballa Catalunya, 1939-1951*, La Magrana, Barcelona, 1985.

Monjo, Anna y Carmen Vega: *Els treballadors i la guerra civil. Historia de una industria catalana collectivitzada*, Empuñes, Barcelona, 1986. Montero, Antonio: *Historia de la persecución religiosa en España, 1936-1939*, BAC, Madrid, 1961.

Nadal Jordi, dir.: *Atlas de la industrialización de España, 1750-2000*, Crítica, Barcelona, 2003.

Nadal, Jordi, A. Carreras y C. Sudriá: *La economía española en el siglo XX. Una perspectiva histórica*, Ariel, Barcelona, 1987.

Nash, Mary: *Rojas. Las mujeres republicanas en la Guerra*, Taurus, Madrid, 1999. Prados de la Escosura, Leandro: *El progreso económico de España (1850-2000)*, Fundación BBVA, Madrid, 2003.

Raguer, Hilan: *La espada y la cruz: La Iglesia 1936-1939*, Península, Barcelona, 1977. *L'Església i la Guerra Civil (1936-1939). Bibliografia recent (1975-1985)*, en *Butlletí bibliogràfic de la Facultat de Teologia de Catalunya*, XI/1, Barcelona, 1986. *Arxiu de l'Església catalana durant la guerra civil, Julio -deseembre de 1936*, Publicacions de l'Abadía de Montserrat, Barcelona, 2003. Raguer, Hilari: *La pólvora y el incienso*, Península, Barcelona, 2001.

Sanabre, José M.: *Martirologio de la Iglesia en la diócesis de Barcelona durante la persecución religiosa*, Barcelona, 1943.

Sánchez Asiaín, José Ángel: *La Banca española en la guerra civil (1936-1939)*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1992. *Economía y finanzas en la guerra civil española, 1936-1939*, Real Academia de la Historia, Madrid, 1999.

Seidman, Michael: *A ras de suelo. Historia social de la República durante la guerra civil*, Alianza, Madrid, 2003.

Viñas, Ángel, J. Viñuela, F. Eguidazu, C. F. Pulgar y S. Florensa: *Política comercial exterior en España (1931-1975)*, dos vols., Banco Exterior de España, Madrid, 1979. W AA.: *El Banco de España. Una historia económica*, Banco de España, Madrid, 1970.

APROXIMACIÓN CULTURAL

Abellán, José Luis: *Historia crítica del pensamiento español. V. La crisis contemporánea, 1875-1936*, dos vols., Espasa, Madrid, 1988.

Álvarez Rodríguez y R. López Ortega, eds.: *Poesía angla-norteamericana de la guerra civil española. Antología bilingüe*, Junta. de Castilla y León, Salamanca, 1986. Aznar, Manuel: *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*, Laia, Barcelona, 1978. Benson, Frederick R.: *Writers in Arms. The literary impact of the Spanish Civil War*, University of London Press, Londres, 1968.

Bozal, Valeriano: *Pintura y escultura española del siglo XX*, dos vols., Madrid, 1991. Brown, C. G.: *El siglo XX. Del 98 a la guerra civil*, Ariel, Barcelona, 1993. Carbajosa, Mónica y Pablo: *La corte literaria de José Antonio*, Crítica, Barcelona, 2003.

Carulla, Jordi y A. Canilla: *La guerra civil en 2.000 carteles*, Postermil, Barcelona, 1997. Cobb, Christopher, *La cultura y el pueblo: España 1930-1939*, Laia, Barcelona, 1981. Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura: *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*, Conselleria de Cultura, Educació i Ciencia, Valencia, 1987.

Crespo, Jesús: *Purga de maestros en la guerra civil*, Ámbito, Valladolid, 1987. Cunningham, Valentine: *Spanish Civil War Verse*, Penguin, Londres, 1980. *Spanish Front. Writers on the Spanish Civil War*, Oxford U.P., Oxford, 1986. De Luis, Francisco: *La FETE en la guerra civil española (1936-1939)*, Ariel, Barcelona, 2002.

Díaz, Lorenzo: *La radio en España 1923-1997*, Alianza, Madrid, 1997. Escolar, Hipólito: *La cultura durante la guerra civil*, Pearson, Madrid, 1987. Garitaonandía, C., J. L. De la Granja y S. De Pablo: *Comunicación, cultura y política durante la II República y la guerra civil*, dos vols., Universidad del País Vasco, Bilbao, 1990.

Garosa, Aldo: *Los intelectuales y la guerra de España*, Madrid, 1981. Gómez Aparicio, P: *Historia del periodismo español*, Editora Nacional, Madrid, 1981. Graham, H. y Jo Labanyi, eds.: *Spanish Cultural Studies. An Introduction. The struggle for Modernity*, Oxford U. R, Oxford, 1995.

Grimau, Carmen: *El cartel republicano en la guerra civil*, Cátedra, Madrid, 1979. Gubern, Román, et al.: *Historia del cine español*, Cátedra, Madrid, 1995. Hanrez, Marc: *Les écrivains et la guerre d'Espagne*, Pantheon Press, París, 1975. Julia, Santos: *Historias de las dos Españas*, Taurus, Madrid, 2004. Lúea de Tena, Catalina, ed.: *El periódico del siglo. Cien firmas-cien años*, Ediciones Lúea de Tena, Madrid, 2002. Marco, Tomás: *Historia de la música española, 6. Siglo XX*, Madrid, 1982.

Martín, Francisco de Luis: *La FETE en la guerra civil española*, Ariel, Barcelona, 2002.

Morente, E: «La repressió sobre el magisteri», *Actes del IV Seminari sobre la República i la guerra civil*, Ajuntament de Barbera del Valles, 2000. Nora, Eugenio G. de: *La novela española contemporánea (1898-1962)*, tres vols., Credos, Madrid, 1958-1971.

Olmos, Víctor: *Historia del ABC*, Plaza y Janes, Barcelona, 2002. Read, Herbert: *Collected poems*, Faber and Faber, Londres, 1943. Rico, Francisco, ed.: *Historia y crítica de la literatura española. Vols. 7. Época contemporánea 1914-1939 8, Época contemporánea 1939-1980*, con sus correspondientes suplementos, Crítica, Barcelona, 1984, 1981, 1996 y 1991.

Rosenthal, Marilyn: *Poetry of the Spanish Civil War*, New York, U. P., Nueva York, 1975.

Ruiz Ramón, E: *Historia del teatro español: siglo XX*, Cátedra, Madrid, 1975. Russell, Bertrand: *Roads to Freedom*, Cornwall Press, Nueva York, 1948. Sala Noguer, Ramón: *El cine en la España republicana durante la guerra civil*, Mensajero, Bilbao, 1993.

Sánchez Aranda, J. J. y C. Barrera del Barrio: *Historia del periodismo español. Desde sus orígenes hasta 1975*, EUNSA, Pamplona, 1992. Sánchez Ron, José Manuel, ed.: *Ciencia y sociedad e España: de la*

Ilustración a la guerra civil, El Arquero, Madrid, 1988. *Un siglo de ciencia en España*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, Madrid, 1998. *Cinzel, martillo y piedra*, Taurus, Barcelona, 1999.

Trapiello, Andrés: *Las armas y las letras. Literatura y guerra civil (1936-1939)*, Planeta, Barcelona, 1994.

Vilanova, Mercé y X. Moreno: *Atlas de la evolución del analfabetismo en España de 1887 a 1981*, Ministerio de Educación y Ciencia, Madrid, 1992. Watson, Peter: *Historia intelectual del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2002.

CATALUÑA, EUSKADI Y GALICIA

Albertí, Santiago y Elisenda: *Perill de bombardeig! Barcelona sota les bombes (1936-1939)*, Albertí, Barcelona, 2004.

Balance. Cuadernos de Historia del Movimiento obrero internacional y de la Guerra de España, Barcelona, 2002.

Bobillo, F. J.: *Nacionalismo gallego*, Akal, Madrid, 1981. Bonamusa, Francesa «L'administració de Justicia a Catalunya de setembre a desembre de 1936», en *Recerques*, 4, Barcelona, 1974. *Política if mances republicanes, 1931-1939*, El Médol, Tarragona, 1997.

Brusco, Ramón: *Les milícies antifeixistes i l'Exercit Popular a Catalunya (1936-1937)*, Edicions El Jone, Lérida, 2003.

Caminal, Miquel: *Joan Camarera. Catalanisme i socialisme, 1913-1936*, Empúries, Barcelona, 1984. *Joan Camarera: Guerra irevolució, 1936-1939*, Empúries, Barcelona, 1985. Benet, Josep: *Catalunya sota el règim franquista*, Editions Catalanes, París, 1973. Cruells, M.: *Elsfets de maig. Barcelona, 193 7*, Juventud, Barcelona, 1970.

De Pablo, S.: *La guerra civil en el País Vasco*, en *Ayer*, Marcial Pons, Madrid, 2003.

De Pablo, S., L. Mees y J. A. Rodríguez: *El pendulo patriótico. Historia del Partido Nacionalista Vasco*, dos vols., Crítica, Barcelona, 1999 y 2001.

Fernández Prieto, Lourenzo: «Represión franquista y desarticulación social en Galicia. La destrucción de la organización societaria campesina (1936-1942)», en *Historia Social*, 15, 1993.

Fontana, Josep, ed.: *Visions de guerra i reraguarda*, Olañeta, Barcelona, 1977. Fusi, Juan Pablo: *El País Vasco 1931-1937*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2002. Garitaonaindía, C.: *José Antonio Aguirre, primer lehendakari*, Instituto Vasco de Administración Pública, Bilbao, 1990.

Godícheau, Francois: «Los hechos de mayo de 1937 y los presos antifascistas: identificación de un fenómeno represivo», en *Historia social*, Barcelona, 2002. *Laguerre d'Espagne. République et Révolution en Catalogne (1936-1939)*, Odile Jacob, París, 2004.

Graham, Helen: «Against the State. A Genealogy of the Barcelona May Days (1937)», en *European History Quarterly*, 1999.

Jiménez de Aberasturi, Luis M.: *Crónica de la guerra en el Norte (1936-1937)*, Txertoa, San Sebastián, 2003. *Lo que han hecho en Galicia. Episodios del terror blanco en las provincias gallegas contados por quienes los han vivido*, Imprenta Douard, París, 1937.

Maiz, B.: *Galicia na II República e baixo o Franquismo*, Xerais, Vigo, 1988.

Mayayo, Andreu: *La Conca de Barbera (1890-1939). De la crisis agraria a la guerra civil*, CECB, Montblanc, 1986.

Mir, Conxita: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Milenio, Lérida, 2000.

Monjo, Anna: *Militants participado i democracia a la CNTals anys trenta*, Laertes, Barcelona, 2003.

Pámies, Teresa: *Quan érem capitans. Membries d'aquellaguerra*, Dopesa, Barcelona, 1974.

Pastor Petit, D.: *La cinquena columna a Catalunya (1936-1939)*, Galba, Barcelona, *Dossiers secrets de la guerra civil*, Argos Vergara, Barcelona, 1978. Peiró, Joan: *Perilla la reraguarda*, Eds. Llibertat, Mataró, 1936.

Pérez Baró, Albert: *Trenta mesas de collectivisme a Catalunya*, Ariel, Barcelona, 1970. *Historia de les cooperatives a Catalunya*, Crítica, Barcelona, 1989.

Poblet, J. M.: *Vida i mort de Lluís Companys*, Pòrtic, Barcelona, 1976.

Pous, J. y J. M. Solé : *Anarquía i República a la Cerdanya (1936-1939)*, Abadía de Montserrat, Barcelona, 1988.

Salles, Anna, ed.: *Documents 1931-1939*, dos vols., La Gaya Ciència-Edicions 62, Barcelona, 1976.

Solé i Sabaté, J. M. y Villarroya: «Les víctimes deis fets de maig», en *Recerques*, Barcelona, 1982. *La repressió a la rera guarda de Catalunya (1936-1939)*, dos vols., Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1989.

Talón, Vicente: *Memoria de la guerra de Euzkadi de 1936*, Plaza y Janes, Barcelona, 1988.

Ucelay da Cal, Enric: *La Catalunya populista. Imatge, cultura i política en l'etapa republicana (1931-1939)*, La Magrana, Barcelona, 1982.

Villares, Ramón: *Historia de Galicia*, Galaxia, Vigo, 2004.

Villarroya, Joan: *Els bombardeigs de Barcelona durant la guerra civil (1936-1939)*, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1999.

W. AA.: *La guerra civil a Catalunya (1936-1939)*, cuatro vols., Edicions 62, Barcelona, 2005.

EL FRANQUISMO DE GUERRA

Acosta, Gonzalo, et al.: *El canal de los presos. Trabajos forzados: de la represión política a la explotación económica*, Crítica, Barcelona, 2004.

Arasa, Daniel: *La invasión de los maquis*, Belacqua, Barcelona, 2004.

Armengou, Montse y Ricard Belis: *Las fosas del silencio. ¿Hay un holocausto español?*, Plaza y Janes, Barcelona, 2004.

Bárdela, Carlos, ed.: *Autarquía y mercado negro. El fracaso económico del primer franquismo*, Crítica, Barcelona, 2003.

Blaye, Eduardo de: *Franco ou la Monarchie sans*, Stock, París, 1974.

Boyarsky, V. I.: *Partizansvo vchera, segodnya, zavtra*, Moscú, 2003. *Breve resumen de la obra del Ministerio de Justicia por la pacificación espiritual de España*, Madrid, 1946.

Canales, Antonio E: *La larga posguerra*, Enciclopedia Catalana, Barcelona, 1997.

Casanova, Julián, et al.: *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.

Cenarro, Ángela, *La sonrisa de Falange*, Crítica, Barcelona, 2005.

Claret, Jaume: *La repressió franquista a la Universitat catalana. La Universitat de Barcelona Autònoma, de la Segona República al primer franquisme*, Eumo, Vic, 2003.

Clavera, Joan, ed.: *Capitalismo español: De la autarquía a la estabilización, 1939- 1959*, Edicusa, Madrid, 1978.

Cuevas, Tomasa: *Mujeres en las cárceles franquistas*, Casa de Campo, Madrid, 1979. *Cárcel de mujeres*, Siroco Books, Barcelona, 1985.

Doña, Juana: *Desde la noche y la niebla (mujeres en las cárceles franquistas)*, La Torre, Madrid, 1978.

Dueñas, Carlos de y L. Grimau: *La represión franquista de la enseñanza en Segovia*, Ámbito, Valladolid, 2004.

Fonseca, Carlos: *Trece rosas rojas. La historia más conmovedora de la guerra civil*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.

Fontana, Josep, ed.: *España bajo el franquismo*, Crítica, Barcelona, 1986.

Fraser, Ronald: *In Hiding. The Life of Manuel Cortés*, Alien Lañe, Londres, 1972. (Hay trad. cast.: *Escondido: el calvario de Manuel Cortés*, Institució Alfons el Magnànim, Valencia, 1986.)

Gallofré, M. J.: *L'edició catalana a censura franquista*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1991.

García Delgado, José Luis, J. P. Fusi, S. Julia, E. Malefakis, S. G. Payne: *Franquismo. El juicio de la historia*, Temas de Hoy, Madrid, 2000.

- Garrabou, Ramón, ed.: *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938- 1959)*, Crítica, Barcelona, 1990.
- Goda, J. W.: *Tomorrow the World. Hitler, Northwest Africa and the Path toward America*, Texas U. P, Austin, 1998.
- Heine, Harmut: *A guerrilla antifranquista en Galicia*, Xerais, Vigo, 1980. *La oposición política al franquismo*, Crítica, Barcelona, 1983.
- Hoare, Samuel y Viscount Templewood: *Ambassador on Special Mission*, Collins, Londres, 1946. (Hay trad. cast.: *Embajador ante Franco en misión especial*, Sedmay, Madrid, 1977.)
- Lafuente, Isaías: *Tiempos de hambre. Viaje a la España de posguerra*, Temas de Hoy, Madrid, 1999. *Esclavos por la patria*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- Mir, Conxita: *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Pagés, Lérida, 2000.
- Moliner, Carme y P. Ysás: «*Patria, justicia y pan*». *Nivell de vida i condicions de treballa Catalunya, 1939-1959*, La Magrana, Barcelona, 1985.
- Moliner, Carme, M. Sala y J. Sobrequés, eds.: *Una inmensa prisión. Los campos de concentración y las prisiones durante la guerra civil y el franquismo*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Moreno Gómez, Francisco: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla*, Crítica, Barcelona, 2001. *El ocaso de la libertad. Últimos luchadores del maquis* (en preparación).
- Moreno, Xavier, *La División Azul. Sangre española en Rusia, 1941-1945*, Crítica, Barcelona, 2004.
- Morente, Francisco: *La escuela y el Estado nuevo. La depuración del magisterio nacional, 1936-1943*, Ámbito, Valladolid, 1997. Pagés i Blanch, Pelai, dir.: *Franquisme i repressió. La repressió franquista als Països Catalans (1939-1975)*, Universitat de València, València, 2004. Pons Prades, Eduardo: *Guerrillas españolas, 1936-1960*, Planeta, Barcelona, 1977. *Los niños republicanos en la guerra de España*, Oberon, Madrid, 2004. Presten, Paul: *Palomas de guerra*, Plaza y Janes, Barcelona, 2001. Richards, Michael: *Un tiempo de silencio. La guerra civil y la cultura de la represión en la España de Franco*, Crítica, Barcelona, 1999. Rodrigo, Javier: *Cautivos. Campos de concentración en la España franquista, 1936- 1947*, Crítica, Barcelona, 2005.
- Ros Agudo, Manuel: *La guerra secreta de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002. Sabín Rodríguez, José Manuel: *Prisión y muerte en la España de postguerra*, Anaya/Mario Muchnik, Madrid, 1996.
- San Román, Elena: *Ejército e industria: el nacimiento del INI*, Crítica, Barcelona, 1999. Sánchez Recio, G. y J. Tascón Fernández: *Los empresarios de Franco. Política y economía en España, 1936-1957*, Crítica, Barcelona, 2003.
- Saña, Heleno: *El franquismo sin mitos. Conversaciones con Serrano Súñer*, Grijalbo, Barcelona, 1981.
- Sartorius, Nicolás y Javier Alfaya: *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Crítica, Barcelona, 2002.
- Serrano, Secundino: *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- Silva, Emilio y S. Macías: *Las fosas de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2003. Solé i Barjau, Qntrah: *A les presons de Franco*, Proa, Barcelona, 2004. Solé i Sabaté, Josep María: *La repressió franquista a Catalunya (1938-1953)*, Edicions 62, Barcelona, 1985.
- Sopeña, Andrés: *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionakatólica*, Crítica, Barcelona, 1994.
- Subirats, Josep: *Pilatos 1939-1941. Prisiones de Tarragona*, Pablo Iglesias, Madrid, 1993.
- Sueiro, Daniel: *El Valle de los Caídos. Los secretos de la cripta franquista*, Argos Vergara, Barcelona, 1983.
- Tusell, Javier: *Los católicos en la España de Franco*, Alianza, Madrid, 1990. *Franco, España y la II guerra mundial. Entre el Eje y la neutralidad*, Temas de Hoy, Madrid, 1995.
- Vilanova Vila-Abadal, Francesa *Repressió i política i coacció econòmica. Les responsabilitats polítiques de republicans i conservadors catalans a la posguerra (1939-1942)*, Abadia de Montserrat, Barcelona, 1999.

Vinyes, Ricard: *Irredentas. Las presas políticas y sus hijos en las cárceles de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2002.

Wulff, Fernando: *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Diputación de Málaga, Málaga, 2003.

EL EXILIO REPUBLICANO

Abellán, José Luis, dir.: *El exilio español de 1939*, seis vols., Taurus, Madrid, 1976- 1978.

Cubero, José: *Les Républicains espagnols*, Cairn, Pau, 2003.

Dreyfus-Armand, Geneviève: *El exilio de los republicanos españoles en Francia*, Crítica, Barcelona, 2000.

Elpatievsky, A. V.: *Ispanskaya emigratsiya v SSSR*, Moscú, 2002.

Fernández, Alberto: *Emigración republicana española (1939-1945)*, Zero, Algorfa, 1972.

Matesanz, José A.: *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936- 1939*, UNAM, México, 1999.

Pía Brugat, Dolores: «El exilio republicano español», en *Aula. Historia social*, 2004.

Rodríguez, Luis I.: *Misión de Luis I. Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, El Colegio de México, México, D. F., 2000.

Rosal, Amaro del: *El oro del Banco de España y la historia del Vita*, Grijalbo, México, 1976.

Rubio, Javier: *La emigración de la guerra civil de 1936-1939*, tres vols., San Martín, Madrid, 1977.

Schwarzstein, Dora: *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español en Argentina*, Crítica, Barcelona, 2001.

Soriano, Antonio: *Éxodos. Historia oral del exilio republicano en Francia, 1939- 1945*, Crítica, Barcelona, 1989.

Wingate-Pike, David: *Vae Victis! Los republicanos españoles refugiados en Francia 1939-1944*, Ruedo Ibérico, París, 1969.

Cronología • España

Cronología • Mundo

1901 Muerte de la reina Victoria.

1902 Alfonso XIII es proclamado rey.

Mayo 1905 Hechos del *Cu-Cut*

1906 Hechos del *Cu-Cut*

1907 Se constituye la Solidaritat Catalana.

1909 La Semana Trágica de Barcelona.

1910 Ley «del candado» de Canalejas. Fundación de la CNT.

1911 Primer congreso obrero de la CNT.

1913 *diciembre* Se crea la Mancomunitat de Catalunya.

1914-1918 «Boom» de la economía española.

1917 Crisis militar, política y social. Huelga general revolucionaria.

1918-1920 Trienio «bolchevique».

1919 Huelga de la Canadiense y general en Cataluña.

ÍNDICE

Introducción.....	3
1. España a comienzos del siglo XX.....	6
2. La Segunda República.....	12
3. El Frente Popular.....	20
4. La fatal paradoja.....	26
5. La rebelión de los generales.....	31
6. Rojo y azul.....	39
7. El terror rojo.....	45
8. El terror blanco.....	49
9. Zona nacional.....	54
10. Zona republicana.....	59
11. El ejército de África y las milicias populares.....	68
12. Armas y diplomáticos.....	77
13. Estados soberanos.....	84
14. La Unión Soviética y la República.....	89
15. Las Brigadas Internacionales y los asesores soviéticos	94
16. La batalla de Madrid.....	99
17. La metamorfosis de la guerra.....	109
18. Las ofensivas del Jarama y Guadalajara.....	120
19. La guerra en el norte.....	128
20. La guerra de propaganda y los intelectuales.....	137
21. La lucha por el poder.....	145
22. La guerra civil dentro de la guerra civil.....	152
23. La ofensiva de Brúñete.....	159
24. La República, acosada.....	166
25. La guerra en Aragón.....	170
26. La desaparición del frente Norte y del idealismo republicano	174
27. La batalla de Teruel y la «espada victoriosa» de Franco	179
28. Paz, piedad y perdón.....	188
29. ¡Arriba España!.....	196
30. La batalla del Ebro.....	203
31. El tablero europeo.....	209
32. La caída de Cataluña.....	214
33. La quiebra de la República.....	222
34. La España nueva.....	231
35. El gulag de Franco.....	235
36. La cárcel abierta.....	240
37. Los exiliados.....	243
38. La segunda guerra mundial.....	248
39. La guerra inacabada.....	253
Conclusiones: Causas perdidas.....	258
Lista de abreviaturas.....	262
Notas.....	265
Bibliografía.....	308
Índice.....	321